
RAMIRO LEDESMA RAMOS
OBRAS COMPLETAS
ROYAL
ENFIE



OBRAS COMPLETAS RAMIRO LEDESMA

ÍNDICE

ÉPOCA LITERARIA

ÉPOCA FILOSÓFICA

ÉPOCA POLÍTICA

Patria Sindicalista. (1935).

Discurso a las juventudes de España. Publicado por Ediciones de La Conquista del Estado, Madrid, 1.935.

¿Fascismo en España? Publicado por Ediciones de La Conquista del Estado, Madrid, 1.935.

CORRESPONDENCIA

Correspondencia escrita entre los años 1925 a 1935

Ideas sobre el Estado

Estas notas sobre el Estado parten de un hecho histórico: ahí está, vencido e inane ante nosotros, el concepto liberal-burgués del Estado, vigente en Europa como avanzada revolucionaria, es decir, como meta ilusionadora de pueblos, todo un larguísimo siglo de vida política.

Así, pues, esta convicción moderna, actual, de que son inservibles y absurdas las bases que informaban las instituciones políticas superiores de los grandes pueblos, nos sitúa en presencia de una formidable época subversiva. Se han desplomado las supuestas gruesas columnas que desde la Revolución francesa sostenían el mito de la eficacia y del progreso revolucionarios.

Hasta aquí todos hemos vivido aceptando como normas para comprender el Estado, la existencia y vigencia del Estado, unas ideas cuya trayectoria precisa derivaba de los momentos mismos en que se incubaron el Estado liberal, la política constitucional moderna y el parlamentarismo. El Estado apareció entonces como un utensilio, una mera forma, un marco donde encuadrar la actividad nacional de un pueblo con objeto de lograr un funcionamiento cómodo. Estaba entonces presente un tipo de hombre, el burgués, que una vez rotas las vigencias tradicionales, los imperativos que la historia y el alma misma de cada pueblo imprimían a su futuro, se encargó de propagar un nuevo concepto de las instituciones públicas. Es el que ha permanecido hasta los aledaños de nuestra propia época, para convertirse ahora en el verdadero peso muerto, retardatario, que hoy cruje ante el vigor, la disciplina y el optimismo nacional, uniformado y rígido de los nuevos jerarcas europeos.

El Estado liberal se asienta sobre una desconfianza y proclama una primacía monstruosa. Sus partidarios, los burgueses, buscaban unas instituciones para su servicio, preferían las que les permitiesen realizar mejor sus propios y peculiares intereses, ignorando, desde luego, o señalándolos como secundarios, los que podemos denominar con pureza fines o intereses nacionales. Así, el Estado, repito, venía a ser un mero utensilio, sin ligazón fundamental a nada que trascendiese al afán individualista de los supuestos ciudadanos. Todas las libertades frente al Estado eran, pues, lícitas, por lo menos de un modo teórico, ya que el Estado mismo era modificable, revisable en su más honda entraña, a cualquier hora del día parlamentario, sin sujeción ni respeto a compromisos tradicionales, incluso los sellados con la sangre, el heroísmo, la grandeza y el genio creador del propio pueblo en los siglos y años precedentes.

Nace el Estado liberal cuando triunfaba en Europa la cultura «racionalista». Una Constitución es ante todo un producto racional, que se nutre de ese peculiar optimismo que caracteriza a todo racionalista: el de estar seguro de la eficacia y el dominio, sobre toda realidad posible, de los productos legislativos de su mente. Y es que la vida nacional, el genio nacional, la auténtica vibración de los pueblos era desconocida, ignorada, y se legislaba, se especulaba sobre el hombre, así en abstracto, sobre el individuo, y lo nacional —esta palabra sí circuló en tales períodos políticos, pero ahora veremos en qué erróneo sentido— era cuando más la totalidad, el grupo social, cosa de números, lo que luego se llamaría en la lucha de grupos y partidos la mayoría.

Y si el Estado era tan sólo un utensilio, pudo concebirse la posibilidad de montar algo así como una fábrica de tales objetos, de artefactos constitucionales, materia de exportación para los pueblos cuyo «atraso o mediocridad revolucionaria» impidiesen constituirlos o realizarlos por sí. Todo el mundo sabe que el moralista inglés Bentham se prestaba de muy buena gana a hacer Constituciones de encargo, con destino a pueblos de las más varias latitudes.

La primera consecuencia de todo esto, el efecto inmediato y seguro del Estado liberal-parlamentario fue entregar a los grupos y partidos políticos la tarea de marcar en «cada hora» la ruta que seguir; y el hacer del Estado y de la vida nacional objeto de botín transitorio, sin fidelidad esencial a nada, originó todas las miserias políticas, todas las pugnas vergonzosas, todos los injuriosos atropellos sobre el cuerpo y el alma del genio nacional que pueden seguirse fácilmente en cualquier período de cualquier pueblo donde haya regido un Estado liberalparlamentario.

En el último tercio del siglo XIX algo vino a perturbar la fácil y simple ideología política que informaba al Estado liberal. Fue el acontecimiento marxista, la presencia del marxismo. Con una nueva consigna revolucionaria y al hombro de un tipo humano totalmente distinto del que impulsó y realizó la Revolución francesa. El marxismo alumbró para el proletariado unas metas revolucionarias diferentes. Apartó a los obreros de las ideas de la burguesía liberal en cuanto a los fines y, sobre todo —lo que interesa destacar en estas notas rápidas que ahora hacemos—, los hizo insolidarios, esto es, los orientó en una táctica política que dio en tierra con los artilugios liberales. Pues el

marxismo proclamó la lucha de clases e introdujo la violencia en los pacíficos medios constitucionales que el Estado liberal presentaba precisamente como su mayor gloria: la tolerancia, la solidaridad de la discusión, la inclinación respetuosa ante la opinión de la mayoría, el compromiso de la lucha electoral como único camino para las disidencias, etc. Todo ese equilibrio mediocre es lo que hizo temblar el marxismo con su sola presencia. Los partidos obreros marxistas iban, sí, a las elecciones, pero no borraban de su encabezamiento la denominación de revolucionarios, no renunciaban a la actuación violenta, a la imposición coactiva de sus masas, burlando así la doctrina liberal ortodoxa, a la que se acogían, sin embargo, cuando les resultaba conveniente.

Durante la vigencia del Estado liberal, el marxismo era, pues, un luchador con ventaja. Y así resulta que terminó casi por imponerse. Ponía a su servicio todos los medios legales que la candidez liberal-parlamentaria proporcionaba a sus propagandas antinacionales, y además contaba con la eficacia rotunda que corresponde a todo partido que posee fachada y modos revolucionarios, que predica la subversión violenta para alumbrar «un mundo nuevo donde no haya injusticias ni dolores». He aquí el juego con ventaja del marxismo en su pugna con los demás grupos que practiquen en un Estado liberal, con un poco de sinceridad, sus convicciones y propagandas, o los que se recluyen en la farsa que emana de una red de caciques y de argucias abogadescas, o también los que utilicen una violencia transitoria sin raíz de ideales ni justificación ante la Patria. De todo esto, contra todo esto, el marxismo apareció invulnerable. Así aconteció que al filo de la guerra se impuso en Rusia y canalizó tales agitaciones e impulsos subversivos en otros pueblos, que su culminación produjo la presencia en escena de una nueva eficacia, de una táctica, de una resurrección del genio nacional de un pueblo, de un nuevo Estado, en fin, de tal cariz histórico, que tiene derecho a la máxima atención universal. Aludimos al fascismo italiano, hoy —en 1933— ya casi triunfante en su afán de alumbrar instituciones políticas nuevas. Entre ellas, al frente de ellas, el Estado fascista.

* * *

Ya no es, pues, para nosotros el Estado lo que era y representaba para la sociedad liberal-burguesa de nuestros abuelos e incluso nuestros padres. El hombre actual, y más aún mientras más joven sea, encuentra en el Estado un sentido diferente, lo vincula a nuevos valores y tareas, lo que significa la reintegración plena de su jerarquía a la sustancia nacional, a la expresión nacional que yace en la entraña de los grandes pueblos.

Estamos, pues, ahora en presencia del Estado nacional. Su primera ejecutoria es batir al enemigo marxista con triunfal denuedo y despojo inteligente. Es decir, resucitando el culto de la Patria y reivindicando para sí la auténtica angustia social de nuestra época.

Para destruir la maraña de particularismos viciosos que un siglo de libre cambio ideológico, de orgía partidista, había creado en torno al fecundo concepto del Estado, la política europea más reciente se ha servido de esta rotulación victoriosa: el partido único. Esto es, un partido totalitario interpreta por sí la vigorosa resurrección de la vida nacional, hasta entonces desconocida o injuriada por los partidos, y rechaza la colaboración de estos partidos, aniquila la base misma que servía de sustentáculo legal a los partidos, o sea, el derecho a revisar el problema de la existencia nacional misma y, por último, proclama e impone su propia dictadura. Y he aquí cómo esa inmediata contradicción de partido único, etapa imprescindible para el alumbramiento del Estado nacional, aparece resuelta en su transitoria faena polémica de destruir a los partidos, en su empírica y forzada utilidad como realizador estratégico de la revolución contra el orden antiguo.

Ejemplos mundiales de esa ruta son hoy el partido fascista italiano y el nacionalsocialismo alemán, entre los resucitadores y alentadores de la idea nacional contra la negación marxista, y el partido bolchevique ruso, como embestida ciega y catastrófica, pero con línea y espíritu peculiares de este siglo.

El Estado es ya para nosotros la suprema categoría. Porque, o es la esencia misma de la Patria, el granito mismo de las supremas coincidencias que garantizan el rodar nacional en la Historia, o es la pura nada. En el primer caso, el Estado es y debe ser una jerarquía inaccesible a la disidencia. La Nación en su plenitud de organismo histórico. Así, pues, son cada día más absurdos esos afanes de presentar Estado y Nación como algo diferente e incluso enemigo, como seres en pugna y defensa diaria, uno contra otro. Esa concepción, que nos resulta inexplicable advertir en plumas de carácter y sentido tradicionalista, es hija directa de los tópicos políticos que sirvieron de base al Estado liberal. Pues si Nación es el conjunto de «intereses y apetencias individuales que nutren y forman una sociedad», según estima el liberalismo, claro que hay y puede haber pugna entre ella y el Estado. Pero una Nación no es eso. Es un manojo de coincidencias superiores, trascendentes al individuo y

a su destino, que representan un espíritu histórico. Es una Patria. Y la idea de Patria, el sentimiento humano de la Patria, es en los grandes pueblos un orbe imperial, algo que por su misma esencia rechaza la idea de un enemigo interior en sus recintos, de un disconforme, de un disidente. El Estado nacional se nutre, pues, de elementos indiscutibles, innegables. Su simbólica es la Unidad, la disciplina, el sacrificio y la fe militante en sus creaciones.

He aquí el Estado militante que perfila nuestro siglo. Su lógica y su justificación. Su batalla y su brío. Un Estado impetuoso y fuerte, que se acerca a las jerarquías absolutas. Y ahora conviene destruir otro tópico que nubla asimismo a algunos espíritus tradicionalistas. Se cree erróneamente que el Estado liberalburgués es el Estado fuerte por excelencia, ya que aniquiló o sometió a su yugo a las corporaciones y gremios económicos. Pero no es esto. Su supuesta fuerza es una fuerza adventicia, de gendarmería, pero sin realidad alguna honda. Y este bagaje armado a su servicio reconoce, como señala Sorel, un origen pintoresco. Cada triunfo revolucionario demoliberal traía consigo un aumento de fuerza pública para consolidarse y una centralización —no unificación— frenética en las débiles manos de los gobiernos.

Estas notas sobre el Estado tienen un sentido tan actual que les da origen el acontecer político europeo de estos años, casi de estas horas. Pero no quiero dejar de insinuar un ejemplo vigoroso acerca de estos conceptos que hoy presiden las elaboraciones políticas más nuevas: el Estado español del siglo XVI. La arquitectura funcional del imperio católico de Felipe II. No se ha insistido en este antecedente —no en lo externo y superficial, sino en la eficacia creadora e incluso en la lógica autoritaria— directo del Estado fascista de Italia, romano de gesto y de fachada, pero con tendencia al vigor, la disciplina y el espíritu de unidad de cultura, de conciencia nacional, que caracterizaban al Estado español del siglo XVI.

No se trata, pues, de crear y dar nacimiento a nacionalidades de artificio, falsas, según el ejemplo balcánico o las normas que en Versalles presidieron el aniquilamiento de Centroeuropa y las que aquí manejan los deshacedores de la unidad española. Lo que aparece hoy como imperativo dramático que nos conduce al nuevo Estado, frente a las avanzadas rotundas y violentas del marxismo, es el grito de salvación nacional, de resurrección nacional que se advierte en los pueblos dotados de responsabilidad y de tradición fuerte, en los grandes pueblos creadores de historia.

Y hay otro elemento, otra columna fundamental del Estado. Es la angustia social que hoy domina con justicia a las masas. El nuevo orden económico entrega al Estado inexorablemente la plena función de presidir con decisión las peripecias de la pugna. Y sólo en nombre de unos fines nacionales, acudiendo a la primera raíz que suponen las coincidencias que han dado origen y vida nacional a una Patria, encuentra el Estado autoridad y justificación a sus designios. El nuevo orden corporativo tiende a servir, no estos o los otros intereses de sentido particularista ni aun de clase, sino unos fines que trascienden a todo eso, fines de imperio, de marcha, de vida nacional plena. El marxismo encrespa hoy las clases con idéntica consecuencia subversiva y perturbadora que el liberalismo encrespó en rebeldía económica a los individuos. Pues bien, he aquí la tarea del Estado nacional, con su cortejo de atributos a los que no alcanza siquiera la posibilidad de que sean ignorados como justos: la jerarquía de fines, disciplinando los factores de la producción —no la producción como tal— y del consumo. Pues una economía es algo que no agota su sentido al producir riqueza a unos individuos o a unas clases. Son los suyos fines nacionales, que afectan a la existencia nacional en su base más honda. Tiene, pues, razón el nuevo Estado frente a la concepción liberal-burguesa y frente a la concepción marxista. (Esta última, etapa maldita —si bien por fortuna truncada— en el proceso de desnacionalización de la idea del Estado.)

Y acontece que esos movimientos que surgen al paso del marxismo oponiéndole la autenticidad popular, la eficacia distributiva de sus economías y la decidida voluntad de resistir son ahora los que enarbolan en el mundo los mitos optimistas de la revolución. Se hacen hoy revoluciones para subvertir el orden liberal-burgués y aniquilar la oleada marxista. Los grupos nacionales son hoy, pues, los que manejan la iniciativa revolucionaria, los que practican en la etapa previa a la conquista del Estado la acción directa contra las organizaciones rojas. Y los que mantienen con pulso armado, en la etapa posterior al triunfo, el derecho a una cultura y a una dignidad nacionales.

Ramiro LEDESMA RAMOS

[*Acción Española*, núm. 24. Madrid, 1 – Marzo – 1933, págs. 581 - 587]

CORRESPONDENCIA

Ramiro Ledesma

Carta de Ramiro Ledesma a sus tíos. Copia a máquina, Archivo Ramiro Ledesma Ramos

Madrid 4-6-925

Queridos tíos: Siempre me sucederá lo mismo: Mis cartas están condenadas por los dioses a comenzar con la eterna disculpa…

Pero ahora, con unos bellos y sabrosos minutos por delante, libre de fijezas momentáneas y de precisiones intelectualistas, he de comunicar a mi pluma ideas que plasmen sentimientos afectivos, indebidamente interrumpidas por obra y gracia de los días que tienen el capricho de no engendrar sino las misérrimas 24 horas…

Siempre ha constituido para mí un tema grato el diálogo palpitante, afectos vivos de una verdad y una realidad absolutas, que representa siempre una carta familiar. Y por eso las escribo con gusto, pareciéndome al hacerlo como si volviera a mi mismo después de un larguísimo viaje por «lo exterior», viendo personas y cosas que reclamaban de mi una actividad, como tributo de hombría, esto es «la obra beneficiosa, y si es posible, bella», que el mundo reclama de todos los hombres. Eso es el azacaneo diario de los que trabajan: Lo mismo el artista al crear belleza; el hombre de ciencia, al desmenuzar la materia; el médico, al relacionar las anormalidades fisiológicas con los efectos de una reacción química; el industrial y el comerciante, al combinar nuevas operaciones; el filósofo, escudriñándolo todo, viéndolo todo y queriendo comprenderlo también todo; y hasta el modesto zapatero que hace un par con maestría y gusto. Todos, repito, se zambullen, en «lo exterior»; muy seriamente, con gran empaque, cada uno trata de llevar a cabo su esfuerzo como contribución a ese gran impuesto que es la *Vida*. Pero al margen de todo esto, que yo creo y he creído siempre muy interesante, se desenvuelve para el hombre, para el individuo, el grande y bello regazo familiar.

Parece algo distinto, como un mundo aparte, donde al hombre no se le exigen sacrificios perentorios. Así entiendo yo la familia. Por eso la amo, y soy muy sensible a ella.

Una carta a la familia es una flor de recuerdo que se deshace al escribirla, extendiendo su aroma por el papel, por la pluma, por la mesa, por todo este mundillo cercano en el que uno se siente inmerso.

Al hacerse hombre, el individuo se enfrenta con «lo exterior». Pasa ante él la gran procesión que significa la enorme, variada, poliédrica actividad humana. Ve las cabezas calvas de los sabios; las greñas de los artistas; las facies sudorosas de los obreros; y hasta el andar sensual, entre idiotizado y fino, del señorito que juerguea y se divierte. En esa gran procesión, el nuevo hombre se mira como en un espejo.

Yo miré a la vida con esa mirada entre inquiridora y grave que se tiende a las procesiones: Y de ella salieron voces que interpretaron mis ansias con toda precisión: Saber lo más posible.

Y eso ha de ser la vena más saliente que aliente mi trabajo: Saber. Este verbo, unido a otro no menos importante: *comprender*, será toda la aspiración de mi vida. Y estoy satisfecho, gozoso con la elección, plenamente convencido de que no llegará a mí esa hora gris del arrepentimiento. No podré nunca arrepentirme de haber empleado el tiempo, todo mi tiempo en *saber* y *comprender*. De aquí ha de partir mi obra futura, guiada por esos dos verbos, como de los faros en la noche de tormenta.

Como hombre joven veo posibilidades inmensas que realizar, y, aunque otra cosa se desprenda de mi primer libro, soy optimista. El pesimismo es noche, tinieblas, la negación de grandeza. Y el hombre joven de *nuestro tiempo* dirige sus pasos a la luz, a la grande máxima.

Perdonen si esta carta, escrita al correr velocísimo de la pluma, adolece de la carencia de temas anecdóticos, que debiera estampar en ella, y que dejaré para otra vez. Las cosas no deben hacerse así, tan veloces, lo comprendo, pero… Besos a las primas y ustedes saben lo que les aprecia su sobrino

Ramiro

Escriban

Borrador manuscrito de una carta de Ramiro Ledesma dirigida a Enrique Fajardo, enero de 1930. Publicada el 20 de enero de 1930 por el periódico Heraldo de Madrid. Manuscrito, sin fecha, Archivo Ramiro Ledesma Ramos

Sr. D.

Enrique Fajardo

Director de «La Voz»

Estimado amigo: Requiero la hospitalidad de un periódico para salir al paso a unas alusiones, demasiado recargadas de injusticia, que el señor Fernández Almagro me dirige con motivo de mi intervención final en el banquete a Giménez Caballero.

Es bien triste que en estos momentos en que llueven por las planas de los periódicos opiniones juveniles y se espera como nunca que la generación recién llegada aclare la bruma política nacional, sean desvirtuados y falsificados unos propósitos, rotundamente nuevos, lanzados por un grupo de jóvenes. Aunque sólo fuera por la seria tarea a que los nombres de estos jóvenes permaneces adscritos, debían merecer un poco más de respeto y atención.

No somos fascistas. Esta fácil etiqueta con que se nos quiere presentar en la vía pública es totalmente arbitraria. Si los elementos liberales —los restauradores que viene a ser lo mismo— quieren combatirnos, y bien justificado está que lo hagan, tengan primero con nosotros la bondad elemental de interesarse de cuáles son nuestros propósitos y qué cosas queremos y propugnamos.

Vamos contra la vieja España, que es la España de la Restauración, con propósitos superadores. Nuestra posición teórica véase y estúdiese en los libros del maestro José Ortega y Gasset, donde se hallará casi íntegra.

En todo caso, nuestro fascismo no consiste sino en el lanzamiento de una idea nacional, a la que hemos de adherirnos con todo tesón. Esa idea nacional ha de ser por nosotros elaborada, justificándose en motivaciones indubitables. Resulta grotesco, por tanto, que por el solo hecho de poner ante la enseña liberal, a la que creemos envejecida y caduca, un signo de indiferencia y de desdén se nos crea en relación con ideologías carlistas, de tradicionalismo reaccionario, y demás carroña histórica. Contra el liberalismo, sí, pero superándolo briosamente. Para otras afirmaciones y aclaraciones no creemos sean adecuadas las actuales circunstancias.

Gracias, señor director, y créame su atento s.s. y amigo

(Firmado R. Ledesma Ramos)

Carta de Ramiro Ledesma Ramos a José Ortega y Gasset. Archivo Ortega y Gasset, R. 9, T. 3, carpeta 65, JK 54

3 Abril 1930

Querido maestro Ortega: La cuestión que afloraba a mis labios ayer durante los divinos minutos de nuestro paseo era esta: Si el hecho de nacer yo en un área determinada de cultura —por ejemplo,

la Europa del siglo XX— no me impone *con todas las características de esencialidad* una problemática filosófica. Si necesariamente ha de elaborar *mi vida* la totalidad de esa problemática y no me es *dada* de alguna manera ¿Es el hecho histórico de la cultura a que yo nazco adscrito una de esas *circunstancias actuales* que usted considera?

Si no pertenece a mi destino vital —realización sincera y fiel de *mi vida*— recoger del pasado, descubrir —se descubre lo que es *dado* de algún modo— un sector de mi problemática actual.

En resumen: Si mi vida —los problemas filosóficos de urgencia vital que interesan a mi vida— es necesariamente un *crear problemas* o también un descubrirlos.

Perdóneme. Su discípulo.

(Firmado Ramiro Ledesma Ramos)

Carta manuscrita y sin fechar de una carta de Ramiro Ledesma Ramos, dirigida a Eugenio D'Or. Por el contenido de la misma, se desprende que pudo ser escrita en abril de 1930. Archivo Ramiro Ledesma Ramos

Carta a Eugenio D'Ors

En un artículo de usted, sobre pintura, aparecido en "La Gaceta Literaria" de 1º de abril, hay unas alusiones insólitas a la Fenomenología. Compara usted la significación de esta escuela o tenencia filosóficas con la que corresponde en pintura al llamado Impresionismo. Sólo caben dos explicaciones al tosco error que usted padece: O usted ignora lo que es la Fenomenología, o usted no sabe lo que es el impresionismo. Como todos le reconocemos gran autoridad en cosas de arte, no es posible sostener la segunda hipótesis. Queda en pié la primera: Su ignorancia absoluta de la filosofía fenomenológica. Insinúa usted que los *fenómenos* que considera esta filosofía equivalen a los "furtivos y dispersos contenidos de conciencia", o sea que se trata de un desmandado psicológico de la más aguda gravedad. Unas lecciones elementales sobre fenomenología serían suficientes para que cualquier muchacho un poco avispado del Instituto polemizase con usted sobre estas cosas. La fenomenología es precisamente un método para la captura de esencias, que no parece consistan entre lo fugitivo y disperso, y esa primera intención fenoménica que extravía a usted de manera tan radical no es una solemne creación de *objetos de conocimientos* sino la más primaria, previa y simple actitud frente a las cosas. La palabra *fenómeno* no quiere decir *contenido de conciencia*. Ni tiene tampoco relación con los fenómenos que consideran las filosofías idealistas tradicionales. (Sobre esto escribo más largamente en un ensayo que publicaré en breve, *De Rickert a la Fenomenología*, y que debe usted leer). Sólo añadiré aquí la exacta definición que da Heidegger de lo que debe entenderse del fenómeno: *Sich en ihm sellost Zeigende*. "Lo que es patente por sí mismo", que podríamos decir en castellano. (El hacer esto posible es la característica del Logos fenomenológico.) Cuando se habla, pues, de los fenómenos de la Fenomenología no podemos entender cosas distintas a esa. Y hay un mostrarse por sí mismo tanto en el fenómeno de aparecérseme Sirio como en el tener ante mí el problema metafísico acerca de Dios.

Lo que asusta a todos los filósofos no es el temor a ser refutados, sino más bien el temor a no ser comprendidos. A mí me parece muy bien, señor d'Ors, que usted no sea fenomenólogo. Lo que no sólo me parece muy mal, sino que califico de intolerable infidelidad a los más simples deberes que requieren las tareas de la Inteligencia, es que usted hable de la fenomenología sin tener de ella un conocimiento riguroso. Ignorando lo que ella investiga y es. Claro que a sus años, dirá usted, no es cosa de ponerse a estudiar los primeros rudimentos de una filosofía. Casi diría de la filosofía.

Pero el origen de esas comparaciones desgraciadas se me ofrece con toda nitidez. Usted ha sido sorprendido por la denominación de un movimiento pictórico, la "neue sachlidikeit" —la nueva objetividad— que se interpreta hoy como un impresionismo disfrazado.

Parece, señor, d'Ors, que la cultura española alcanza hoy una cota de tal naturaleza que excluye los confucionismos de hace 15 ó 20 años. Hemos llegado gentes enamoradas del rigor y de la lealtad a los valores supremos de la cultura. Debe usted respetar nuestro trabajo y no perturbar las jornadas con voces de arbitrariedad y desorden. Su vida intelectual supone un notorio fracaso en los sectores de la filosofía. Tiene usted en cambio bien merecidos laureles en otros aspectos de la cultura. ¿A qué se debe, por tanto, ese obstinado y contumaz deseo de presentarse con careta de filósofo cuando es patente en usted la falta de formación y de información que corresponde a los filósofos?

Claro que la Fenomenología puede ser combatida. En el ensayo que publicaré, y a que antes hice alusión, expongo varias objeciones —algunas de grave carácter— que los discípulos de Rickert oponen a los avances fenomenológicos. Se critica en una filosofía la falsa solución que dan a unas cuestiones que ella misma acepta. O bien se denuncia cómo hay dificultades teoréticas que quedan fuera del área estricta sobre la que ella ciñe y legitima la función del conocimiento. Etc, etc. Como no se combate en modo alguno una filosofía es desconociéndola, ignorándola y envolviéndola en categorías personalísimas, de enclave subterráneo y secreto con los recintos de la pequeña vanidad y de la vileza del espíritu.

Suyo afmo.

R. Ledesma Ramos.

Breve nota, enviada a Miguel de Unamuno, sin fechar. Posiblemente redacta en febrero o marzo de 1931. Archivo Universidad de Salamanca

Señor Don Miguel de Unamuno

Maestro del 98: Le adjuntamos el manifiesto político con que hacemos entrada en la vida civil de España.

No dudamos aceptará colaboración en nuestro periódico, que saldrá enseguida, y verá con cálida simpatía nuestra empresa.

Respetuoso saludo

Ramiro Ledesma

"La Conquista del Estado" Av. Eduardo dato, 7 Madrid

Párrafo de una carta dirigida a Teófilo Velasco, fechada el 8 de mayo de 1931. Reproducido en José María Sánchez Diana, *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política,* Editora Nacional, 1975, pág. 179

Nunca han explotado las J.O.N.S. ese supuesto carácter fascista que tienen, es decir, nunca han hecho un llamamiento a los españoles que se creen eran fascistas, con lo que nos constaba que un auténtico movimiento fascista en España tendría, antes que nada, que liquidar y oponerse a los más íntimos clamores de los "fascistas" que aquí había... Somos revolucionarios, pero no de cualquier

revolución, sino de la nuestra, de la que se proponga conquistar para España un estado nacional sindicalista con todo bagaje de ilusiones patrióticas y de liberación económica de las masas que postula nuestro movimiento.

Párrafo de una carta enviada a Teofilo Velasco, fechada el día 26 de octubre de 1931. Reproducido en: Sánchez Diana, José María. Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política. Editora Nacional, 1975, pág. 135

El domingo día 1 de noviembre celebraremos nuestro primer acto de propaganda en Burgos[1]. A las once de la mañana, se lo aviso por si le interesa asistir.

Carta de Ramiro Ledesma enviada a un destinatario desconocido. De su lectura se desprende que pudo ser redactada en octubre de 1931. Archivo Ramiro Ledesma Ramos

Camarada y amigo: Recibo su interesantísima carta. Creo muy justificada su impaciencia, más aún si se considera que vive Vd. aislado de los focos dónde radican nuestras organizaciones. Celebro la intensa propaganda que hace entre sus amigos. Tarde o temprano conseguirá Vd. sin duda convencer a algunos de ellos. El porvenir es nuestro, y continuidad en la actuación política no nos faltará. Si envía Vd. a nuestras oficinas direcciones de amigos posibles se le remitirá propaganda.

Sus observaciones en cuanto a la línea general de nuestro grupo me parecen exactas y oportunas. En efecto no somos fascistas (este es un fenómeno político fundamental y exclusivamente italiano, por tanto ajeno a nosotros). No somos comunistas (esta palabra significa hoy en realidad, y sólo, bolchevismo, esto es fenómeno político fundamental y exclusivamente ruso). Vea Vd. que nosotros nacemos a la lucha política con el afán de descubrir la clave y el resorte actual de un movimiento revolucionario fundamental y exclusivamente hispánico. Para ello, nos equipamos con todas las armas eficaces. Somos anticonservadores, antiburgueses, deseamos una estructuración económica que permita hoy la incorporación de todo español, por tanto también el proletario, a la eficacia revolucionaria. Forma parte radical de ese nuestro equipo una concepción novísima del Estado. El Estado liberal, hasta aquí vigente, y todo su bagaje de instituciones mediocres ha periclitado. He ahí la necesidad de nuestro Estado, no liberal sino indiscutible y absoluto.

Respecto a sus insinuaciones acerca de la necesidad de explicar y fundamentar la nueva doctrina política que representamos, he de decirle que todo se hará a su debido tiempo, y hay camaradas nuestros que trabajan fervorosamente en esa tarea.

[1] Según relata José María Sánchez Diana, el proyecto "Burgos" consistía en marchar y proceder a la apertura simbólica del sepulcro del Cid, en contra de las frases derrotistas de Joaquín Costa. La acción común se realizaría bajo la consigna de "disciplina y Audacia", subtitulo de la cabecera del periódico fundado y dirigido por Onésimo Redondo Ortega "Libertad". Enterados los diputados por Burgos, los jonsistas fueron denunciados, lo que supuso la suspensión del acto por orden gubernativa.

Copia a máquina de una carta de Ramiro Ledesma dirigida a Onésimo Redondo Ortega. Sin firma. Archivo Ramiro Ledesma Ramos

Madrid el 18 Noviembre de 1931

Querido Redondo:

El día mismo que estuviste en Madrid, te escribí una carta que supongo habrás recibido. He lamentado mucho no haberte visto, buen hay bastantes cosas de que hablar, cosas que no se prestan a la vía epistolar, sino que requieren la palabra directa. Comprendo como enfocas la actuación de nuestro grupo, exigiendo la presencia inmediata en la pelea. Cada día dudo mas que este sea en efecto nuestro primer deber, sobre todo a tontas y a locas. Nuestras JUNTAS no pueden robustecerse mientras el peligro de la canalla marxista no gravite con más furia sobre la Patria. Hay que esperar, pues. Solo nos toca ahora conseguir una organización con entusiasmo y arrestos para la lucha próxima. Insisto en esto de *próxima*. Nos es imposible apoyar ni de lejos la campaña revisionista. Sabes que hay en nosotros un particularísimo afán de distanciarnos de las viejas organizaciones sean del color que sean. Y es notorio que todos los oradores revisionistas son sospechosos –sus barbas y canas lo denuncian– de participar con los demoliberales en el guirigay de la España fracasada. A nosotros nos guía una ambición mayor que la de reaccionarios ante unos intereses heridos por el régimen. Ahora bien en la lucha contra el marxismo seremos implacables. Te adjunto una hoja pasquín que indica nuestro odio.

Respecto a lo que me dices sobre las posibilidades universitarias de esa, estimo que convendría que un núcleo aunque fuera pequeño ahí existente nos reclamase. Quizá fuera preferible dar una conferencia a los estudiantes, y yo me encargaría gustoso de ello.

Progresamos en la organización de las Juntas, el Domingo 28, daremos un mitin en Segovia, y el Domingo siguiente nos animaremos a marchar a Valladolid. Antes de esto, claro, habíamos de hablar.

Cordial saludo.

Párrafo de una carta dirigida a Teofilo Velasco. Desconocemos la fecha, aunque probablemente fuese escrita en diciembre de 1931. Reproducida en: Sánchez Diana, José María. *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política*, Editora Nacional, pág. 138

Naturalmente, en los últimos meses pudo consistir sólo en el esfuerzo por desterrar de las masas el mito liberal y resultaban infecundas por falta de oportunidad de las direcciones constructivas de nuestro partido. Hoy es el momento y nuestra mejor oportunidad hay que aprovecharla con fe y denuedo. El primer paso es la constitución definitiva del partido. Son nuestras Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. El nombre resume todo de un modo magnífico. De un lado, ardoroso y creador sentido de la patria. De otro, la renovación en un sentido corporativo sindicalista del sistema económico vigente.

Carta enviada a su amigo de la infancia, Feliciano Piorno, fechada en noviembre de 1930. Archivo Ramiro Ledesma. Carta no recogida en las Obras Completas. Publicado en: Server, Gabriel, Ramiro Ledesma Ramos, Apóstol de la Revolución Nacional, Aportes. Revista de Historia Contemporánea, Madrid, año XX, nº 58, febrero de 2005, pág.: 155 – 171

No te hablo de política —aunque me preocupa mucho— porque es tal la confusión actual que nos entenderíamos. Desde luego odio esa inapetente y cobarde actuación republicanoide que grita y vocifera.

Carta de Ramiro Ledesma Ramos dirigida a José Ortega y Gasset. Archivo Ortega y Gasset, R. 9, T. 3, carpeta 65, JK 54

12 abril 1932

M. D. José Ortega y Gasset

De nuevo, amigo Don José, ha resucitado usted eso de *partido nacional*. Sólo comprendo un *partido nacional* a base de esgrimir como bandera *ideales nacionales*.

¿Pero no ocurre que usted llama a filas a gentes y grupos por esencia y definición *antinacionales*? ¿Es posible lo *nacional* sin un compromiso de guerra a muerte con lo *masónico* y *marxista*, por ejemplo?

Acaso lleve a la prensa estas interrogaciones a usted dirigidas.

Cordialmente suyo afmo.

(Firmado R. Ledesma)

Carta de Ramiro Ledesma Ramos dirigida a Santiago Montero Díaz sobre la salida de la Revista *JONS.* No está fechada, pero debió ser escrita en abril de 1933. Original en poder de la familia del destinatario

Señor Don Santiago Montero Díaz: BERLÍN

Camarada:

Dos líneas para anunciarte que el 30 próximo sacamos, “JONS”, revista teórica del partido, de

tipo editorial semejante a “Bolchevismo”. Nos interesa mucho tu colaboración pues aunque va a ser una revista cerrada, de partido, nos consta tu rigurosa coincidencia con nosotros. El partido va muy bien, introduciéndose triunfalmente en todos los medios jóvenes. ¿ Qué te parece EL FASCIO? Creo te remitimos un ejemplar.

Puedes mandarme un artículo para el primer número sobre el Nacional-Socialismo, de líneas teóricas, y algunas notas sobre la realidad alemana para la sección internacional de la vida política.

Saludos cordiales,

Ramiro Ledesma

Escribe a “JONS” Apartado 3036 Madrid,

Castroviejo está con nosotros, gran entusiasta de las Jons. Ayer regresó de un viaje de propaganda.

Carta enviada por Ramiro Ledesma Ramos a Francisco Bravo, el día 14 de noviembre de 1933. Publicada en: Bravo Martínez, Francisco. *José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*. Eds. Españolas, Madrid, 1939, pag. 65.

Me entrega Aparicio su carta fecha 9. La contesto yo con gusto y celebraría conseguir que quedara usted bloqueado en nuestras líneas, en las razones jonsistas. Plantea usted en su carta una cuestión ya cien veces resuelta. No ha sido posible, después de cien intentos en los que siempre correspondió a las J.O.N.S. la iniciativa, entenderse con esos caballeros desviados. Hemos renunciado, pues, a adoptar la posición que usted cree necesaria, pero que le repito ha sido ensayada bastantes veces. No hay para las J.O.N.S. responsabilidad de ninguna clase. Sería muy útil su viaje a los efectos de puntualizar detalles de organización, señalar su sitio y su puesto en el partido.

Carta sin fechar de Ramiro Ledesma Ramos a Santiago Montero Díaz, previa a la fusión de las J.O.N.S. con F.E. Posiblemente redactada a principios de febrero de 1934. Original en poder de la familia del destinatario

Señor don

Santiago Montero Díaz,

SANTIAGO

Querido Camarada:

Recibida tu última. Compruebo con satisfacción tus trabajos y el entusiasmo de todos esos camaradas. Como supongo en tu poder la revista seré breve mostrándote mi deseo de que asistas a la reunión del Consejo y si ello no es posible que dispongamos de tu opinión amplia sobre los temas que van a ser objeto de deliberación. Tengo buenas impresiones acerca de que F.E. aceptará que inyectemos jonsismo en sus desmadradas filas forjando con nosotros un movimiento Nacional-

Sindicalista. De todas formas necesitamos todas las garantías y una de ellas conservar nuestros cuadros de mando. Tú en Galicia y otros camaradas igualmente animosos y jonsistas en otras zonas.

La reunión es el día 12.

Recibimos vuestro mensaje que por dos días no pudo salir en la revista. Irá en la próxima.

Saludos a todos los camaradas.

Hay un artículo para el nº 9.

Carta autógrafa sin fechar de Ramiro Ledesma Ramos dirigida a Santiago Montero Díaz, sobre el resultado —a favor de la fusión con F.E.— de la reunión con el Consejo Nacional Jonsista. Pudo ser redactada el 14 de febrero de 1934.

Querido camarada: Te adelanto noticias. En el Consejo predominó la tendencia fusionista, aunque desde luego con garantías de supervivencia jonsista. Así se acordó y fue aprobado por F.E. Incluyo copia de acuerdo para que convenzáis.

No sé si te parecerá bien. Pero créeme que en nombre de la eficacia en que obliga el ataque marxista convenía. Se conserva JONS, pues todas las secciones locales del nuevo movimiento se denominarán JONS de...X, y la integración nacional de ellas será la Falange Española Jonsista. Como ves nuestro nombre, y sobre todo nuestra doctrina, y nuestra táctica y sobre todo nuestra revista quedan intactas. He conseguido seas tú y los actuales jonsistas quienes se pongan al frente de todo en Galicia.

Saludos,

Ramiro,

Habrá un triunvirato Ejecutivo— Primo, Alda y yo.

Carta autógrafa y sin fechar de Ramiro Ledesma Ramos, en contestación a la de Santiago Montero Díaz, en la cual el dirigente gallego mostraba su total discrepancia por la fusión de las J.O.N.S. y F.E. Posiblemente redactada a finales de febrero de 1934

Camarada Montero:

Recibo tus líneas. Creo que lo que debes hacer rápidamente es hablar conmigo. Yo así lo deseo, y para ti lo estimo ineludible.

Saludos Ramiro,

Vivo en H. Gredos: Av. Dato, 8, Pero sólo duermo aquí. Llámame antes de las once al 22843.

Carta autógrafa y sin fechar de Ramiro Ledesma Ramos, dirigida a Santiago Montero Díaz. Estimamos que pudo ser escrita a finales de febrero o principios de marzo de 1934. En el membrete, a la izquierda de las siglas J.O.N.S, ha escrito a mano las palabras “F.E. de las”

Sr. D S. Montero Díaz

Estimado amigo: Muy pocas líneas. Recibí tu carta, la que de un modo incomprensible y muy poco correcto para nuestra camaradería jonsista suplió la conversación que estabas obligado a tener conmigo.

No comprendo asimismo que digas en la cata al Triunvirato de Santiago sobre la fusión: “He podido *documentarme* sobre la verdadera orientación y condiciones de la fusión...” Y yo me pregunto: ¿Dónde te has documentado? Pues no has eludido hablar con las personas responsables y enteradas? Ningún dirigente ha habado contigo de un modo oficioso

Yo te agradezco desde luego tu posición y fidelidad al espíritu jonsita. Pero he de decirte que yo lo he mantenido, lo mantengo y espero mantener siempre con toda firmeza. La fusión con F.E. es puro oportunismo, y no dudo concederás a un dirigente político licitud para, sin abandonar absolutamente nada de su profunda línea revolucionaria, realizar una estrategia oportunista. Nadie que no esté ligado de un modo intransigente y sectario, aún en lo externo, a una política puede negar eso. Lo contrario es la infecundidad, heroica si quieres, pero yo quiero moverme en terrenos de eficacia para España y para el nacional-sindicalismo revolucionario.

Estás equivocado en tus previsiones, por lo menos en las inmediatas. El mitin de Valladolid fue un éxito jons Ya leerás en la revista mi discurso. Y están francas las metas jonsistas en todo momento hagamos. Yo seré el primero en recoger velas y virar cuando así no ocurra.

Saludos Ledesma

Carta autógrafa de Ramiro Ledesma, dirigida al dirigente jonsista de Galicia, Santiago Montero Díaz, fechada el día 23 de agosto de 1934, en la que presenta la tensión entre él y José Antonio Primo de Rivera. Archivo familia Ledesma Ramos

23 de agosto de 1934

A S. Montero Díaz

Querido camarada: Recibo tu carta, que me alegra como siempre que recibo noticias tuyas directas.

Ahora bien, lamento no poder realizar la petición que me encomiendas, por varias razones, una de ellas fundamentalmente grave. En estos días, en estas horas, hay planteada, en el seno del Partido un espinosísimo conflicto entre José Antonio y yo. Que se resolverá o con su eliminación del Partido, o con la escisión jonsista con los viejos elementos y muchos otros.

Contéstame qué tal te sientan estas para ti inesperadas noticias.

Te saluda

Ramiro

Carta enviada a Francisco Bravo, sin fechar, posiblemente fue redactada a mediados de enero de 1935. Publicada en: Bravo Martínez, Francisco. *José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*. Eds. Españolas, Madrid, 1939, pag. 83.

Amigo Bravo: me ha enseñado el camarada Giménez Caballero las líneas que le escribiste. Te supongo con información errónea y ello disculpa tus juicios. ¿De veras tomas en serio al que llamas jefe? Nuestra actitud, amigo, en la que desde luego nos corresponde totalmente la iniciativa, es limpia y no le alcanzan las especies calumniosas con que trata de envolverla ese pobre equivocado que es el Primo. Estamos firmes, situados magníficamente ante capas populares donde hasta hoy era imposible acercarse con un grito español en los labios. Y dispuestos a la depuración. Ya lo creo. Nosotros vamos a ser los depuradores. Por lo que se ve permaneces en el limbo. Te invito a que consideres la cosa en sus verdaderas proporciones y a vernos marchar durante un mes. Después enjuiciarás.

Cordiales saludos. Ledesma.

Carta autógrafa de Ramiro Ledesma, dirigida al dirigente jonsista de Galicia, Santiago Montero Díaz, fechada el día 25 de enero de 1935. El papel usado lleva membrete del Hotel Torrontegui —Arenal, 6, Bilbao—. La escisión de Ramiro Ledesma Ramos de F.E. de las J.O.N.S. ya se había producido. Archivo Ledesma Ramos

25 - enero – 35

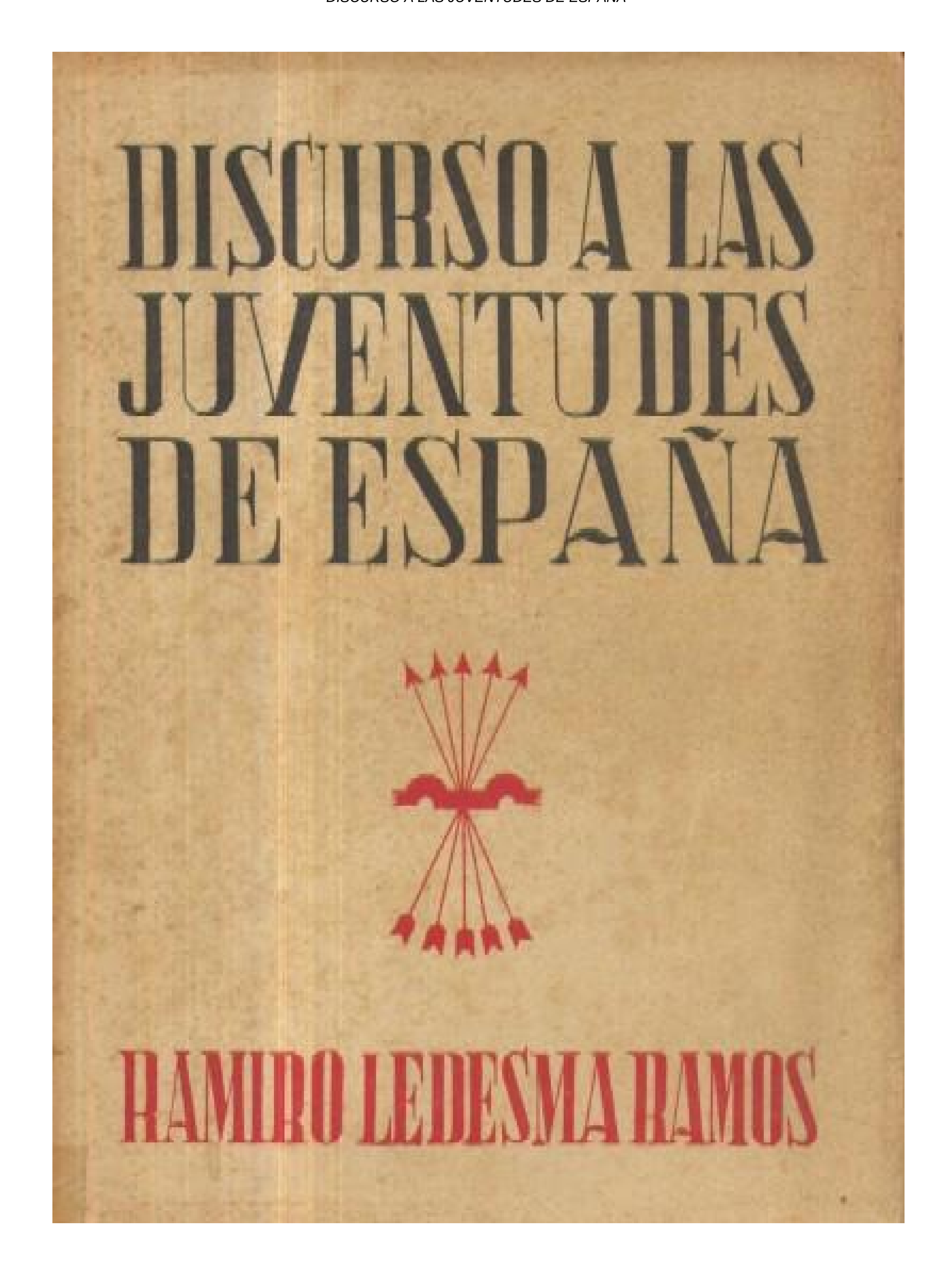
A Santiago Montero Díaz Santiago

Querido camarada: Fuiste profeta y tenías toda la razón cuando se planteó la cuestión JONS–FE. Lo reconozco, y sólo quedaré tranquilo después de tal error si ahora con mi esfuerzo y el de los buenos camaradas con quienes actuó y colaboro conseguimos salvar el mov. nacional-sindicalista, liberándolo de Primo de Rivera. Me interesa mucho tu opinión sobre esto, y la recabo con rapidez. Vamos realmente, o queremos ir, a unas JONS rigurosamente nacionalistas y obreras.

¿Recibiste un paquete de manifiestos?

Cordialmente Ledesma

Contra todas las impresiones pesimistas que circulan, compruebo —ahora en Bilbao y antes en otros puntos— que los núcleos limpios de la Garra jonsista aceptan con entusiasmo la nueva ruta. Hoy regreso a Madrid


DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE ESPAÑA
RAMIRO LEDESMA RAMOS

RAMIRO LEDESMA RAMOS

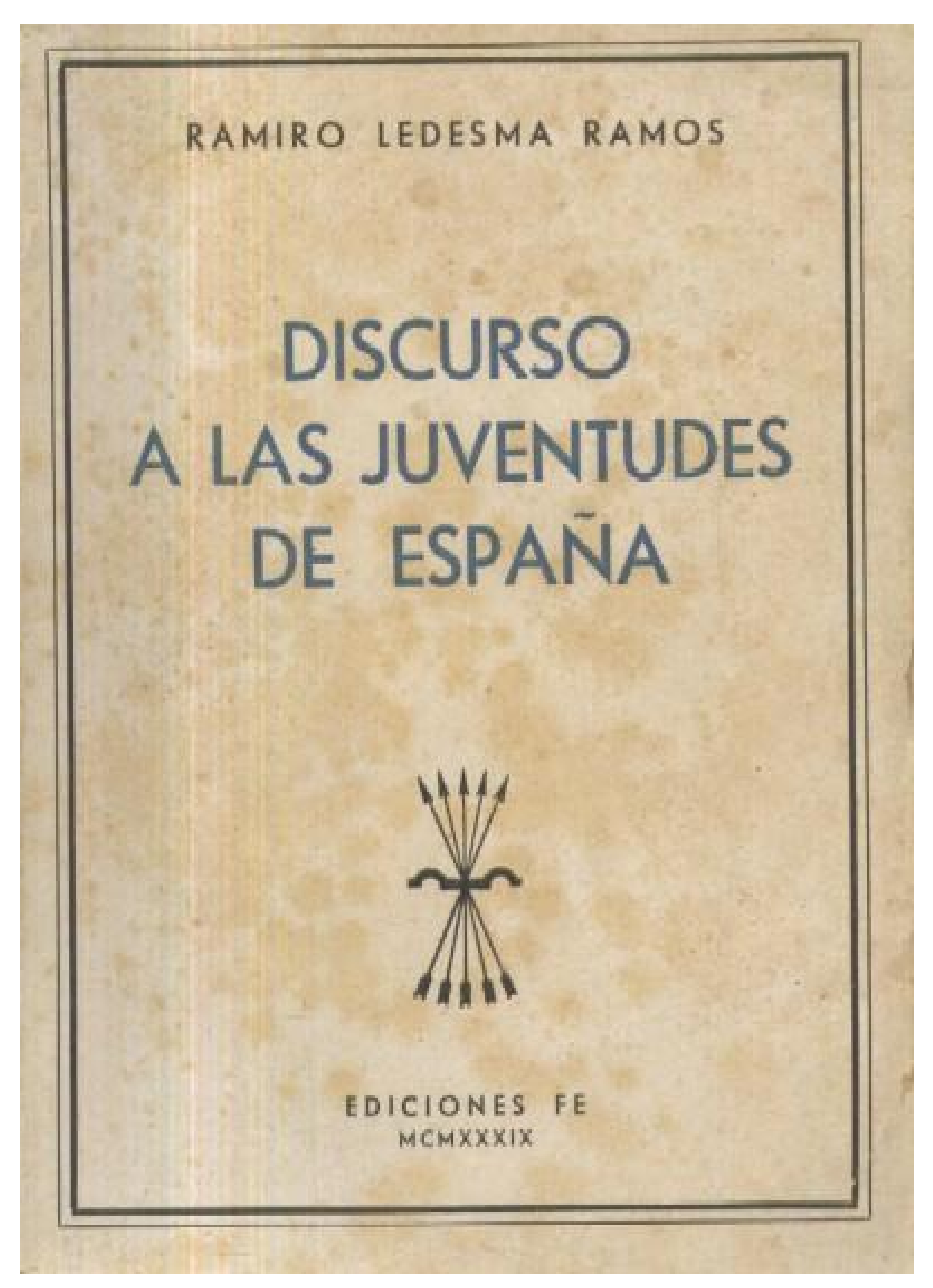
DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE ESPAÑA

(Con dos amplias digresiones acerca del signo revolucionario de las juventudes y del perfil actual de Europa. Y un epílogo de Santiago Montero Díaz).

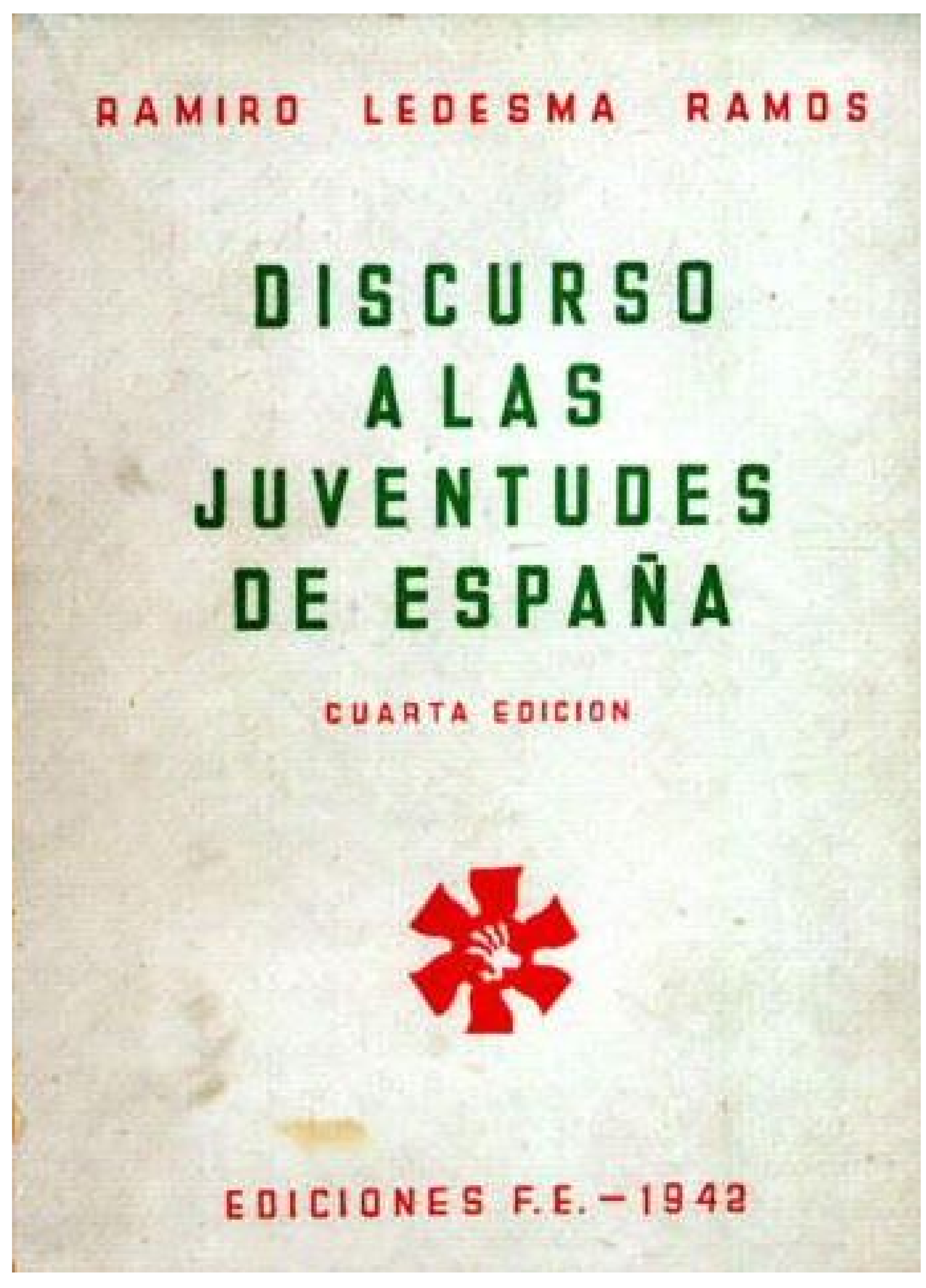
SEGUNDA EDICION

EDICIONES FE
MAYO, MCMXXXVIII

Portada edición de 1938



Portada edición de 1939



Portada edición 1942

Ramiro Ledesma Ramos

Discurso a las Juventudes de España



Portada edición de 1981

DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE ESPAÑA

RAMIRO LEDESMA RAMOS

NOTA PREVIA

¿Tiene el lector en su mano un libro político? La política, en el único sentido profundo que posee, no es una ciencia abstracta, que se nutra y sostenga de ideas generales, de simples y puros raciocinios. Es más, no es una ciencia, ni realmente tiene mucho que ver con la ciencia. La política, y expresar esto no supone invento alguno original, es un arte, y, sobre todo, una estrategia.

Por tanto, un libro, si aspira a ser de algún modo un libro político, tiene que resolver o abordar dificultades de orden estratégico. Ha de basarse en hechos y, en mayor o menor escala, extraer de ellos el camino hacia hechos nuevos. No hay política abstracta. No hay tampoco política quieta, en reposo, para ser cumplida o realizada dentro de diez años.

Ahora bien, resulta que he trabajado en este libro durante unas semanas en que me he visto forzado a hacer una especie de alto, de vacaciones, en las tareas políticas activas, concretas y diarias, que hasta aquí, desde 1931, constituyen mi labor. En esos años tuve la fortuna de realizar un hallazgo, de cuya importancia y fertilidad está ya dándose perfecta cuanta un ancho sector de jóvenes españoles.

Ese hallazgo no fue otro que el de descubrir para España una perspectiva histórica y política, que se nutriese a la vez de las dos únicas palancas hoy de veras eficaces para hacer de España lo que esta generación debe conseguir que sea: una Patria justa, grande y liberadora.

He aquí esas dos palancas: una, la idea nacional, la Patria como empresa histórica y como garantía de existencia histórica de todos los españoles; otra, la idea social, la economía socialista, como garantía del pan y del bienestar económico de todo el pueblo. Me cupo, al parecer, la tarea de unificar esas dos banderas, dotarlas de los símbolos emocionales necesarios y señalar y poner las piedras primeras de una organización que las interpretase. Todo eso ya está ahí, anda por España, y creo que de un modo insoslayable y visible. Son las J.O.N.S.

Pues este libro ha sido escrito durante las justas semanas que he permanecido al margen del movimiento, por diferencias irresolubles con quienes en él preponderan hoy, y es hijo, por tanto, de un período en cierto modo alejado de la política activa.

De ahí su carácter peculiar, su carácter de Discurso, no a estas o a aquellas gentes concretas que tuviese delante, sino a las juventudes de España, categoría genérica, difícilmente puesta por nadie en fila. Es un discurso, por tanto, que tenía que encontrar y buscar expresión, no en un estilo directo —según corresponde a los discursos políticos—, sino en una línea realmente discursiva, general. Eso le veda, pues, una proyección cercana sobre los acontecimientos diarios y le imprime por fuerza un aire de amplitud más ambiciosa.

Quizá además ocurre que ciertas cosas hay que decirlas todavía así en España, con cierta envoltura conceptual y sin la responsabilidad de las *decisiones políticas a que, de otro lado, pronto o tarde obligarán.* Bien estará hacerlo aprovechando las circunstancias en que, según dije antes, me encuentro al escribir estas líneas: fuera de una disciplina concreta de partido.

* * *

Creo firmemente que el mundo entero, y de modo singular Europa, atraviesa hoy una época de amplias y grandes transformaciones. En la disgregación final, que publico a continuación del Discurso, sostengo el criterio de que las realidades subversivas que presiden hoy la trasmutación europea tienen lugar bajo un signo extraño: el de ser sus ejecutoras y realizadoras, no las fuerzas tradicionalmente revolucionarias, como por ejemplo el marxismo, que habían llegado a nuestra época provistas de una doctrina y de una táctica revolucionarias, sino otras surgidas en estos mismos años, y que se caracterizan tanto por su expresión nacional y por aparecer vinculadas a las juventudes como por conseguir su victoria a costa precisamente del marxismo.

Pues bien, este Discurso, ante la creencia de que se avecinan también en España las manifestaciones decisivas de la subversión moderna, quiere plantear a nuestras juventudes la necesidad de que conviertan asimismo la revolución en revolución nacional, liberadora del pueblo y de la Patria, haciendo de la coyuntura trasmutadora la gran ocasión histórica para que España realice sus grandes destinos. Que ello sea así, depende sólo de que las juventudes encuentren su camino, estén a la altura de él y lo recorran militarmente.

* * *

El momento mismo en que he dado fin al libro coincide con el de mi reintegración a la política militante, función reconozco y veo como fatalmente ligada a mi destino. No quiero ser de los que hurten lo más ligero de su rostro a la etapa histórica en que ahora mismo penetra nuestra Patria española. Entro de nuevo,

pues, en batalla, tras de la justicia que apetecen y necesitan las masas populares y tras de la unidad, la grandeza y la libertad de España.

Sólo deseo que estas páginas, hijas del interregno a que antes he aludido, sirvan de algo para orientar eficazmente las luchas revolucionarias que hoy desarrolla la juventud nacional.

R. L. R.

Mayo, 1935.

I.- ¿QUÉ TENEMOS ANTE LA VISTA?

Parece, camaradas, que todos los presagios coinciden hoy en señalar firmemente con el dedo a las actuales juventudes españolas como las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone.

Yo lo creo también sin vacilar, y así os lo digo a vosotros con la emoción del camarada, el optimismo del soldado y la esperanza propia de todo español auténtico y verdadero. Este discurso intentará, pues, examinar de cerca el bagaje de las juventudes, mostrarle su presente, la realidad sobre la que hoy se encuentran acampadas, y, por último, configurarle el triunfal destino a que deben aspirar sus luchas.

I. INFECUNDIDAD DE LA CRÍTICA

Lo único que no puede serle exigido a las juventudes actuales de España es que desarrollen una labor de índole crítica. La fecundidad de la crítica es siempre muy limitada. Se reduce a darle vueltas a las cosas, a descubrir su revés, sus pliegues, la posible verdad oculta que lleven dentro. Pero jamás la crítica servirá para desentenderse por entero de lo que tiene delante, y nunca asimismo podrá vencerlo y sustituirlo por una cosa nueva y diferente.

Si las juventudes están disconformes con lo que encuentran, no tienen necesidad de justificar con muchas razones su actitud. No tienen que explicar la disconformidad, tarea que absorbería su juventud entera y las incapacitaría para la misión activa y creadora que les es propia. Pues la crítica se hace con arreglo a unas normas, a unos patrones de perfección, y todo esto tiene que ser en realidad aprendido, le tiene que ser enseñado a las juventudes, no es de ellas ni forma parte de ellas.

Pero un mínimum de crítica, en el sentido de apreciación o valoración de lo que hay delante, es quizá indispensable. Para realizar esa mínima función orientadora, en el número de páginas más breve posible, dirigiremos la vista fugazmente ante el pasado de la Patria, y luego, con un poco más de fijeza, examinaremos el período que nos ha precedido de modo más inmediato, la Restauración, para detenernos asimismo a escrutar el terreno que hoy pisamos, la República.

Conviene antes, camaradas, que hagamos una advertencia, a modo de ilustración y guía de todo el Discurso: que en España no van bien las cosas, al parecer desde tiempos remotos, lo saben ya los españoles desde que nacen. Hay y existen mil interpretaciones, mil explicaciones, acerca de los motivos por los que España camina por la historia con cierta dificultad, con pena y sin gloria. Es hora de renunciar a todas ellas. Son falsas, peligrosas, y no sirven en absoluto de nada. Bástenos saber que sobre España no pesa maldición alguna, y que los españoles no somos un pueblo incapacitado y mediocre. No hay en nosotros limitación, ni tope, ni cadenas de ningún género que nos impidan incrustar de nuevo a España en la Historia universal. Para ello es suficiente el esfuerzo de una generación. Bastan, pues, quince o veinte años.

II. LA LEJANÍA HISTÓRICA

Parece que España lleva doscientos o más años ensayando el mejor modo de morir, y la poca historia que las juventudes saben les basta para que se inicie en ellas la sospecha de que a lo largo de todo ese enorme período —de decadencia o de lo que sea— España ha sido dirigida y gobernada por gentes, grupos e ideas a quienes caracteriza una mentalidad de liquidadores, de herederos y de cobardes. Mucho hay que andar hacia atrás en el camino de la historia para encontrar victorias plenas y pulsos firmes. Renunciamos a andar con exceso tal camino. Porque si para la actitud de despego hacia esa larga e inacabable zona histórica de la *liquidación* nos es suficiente barruntar o sospechar que ha existido, también para la actitud admirativa y de orgullo por horas magníficas de nuestra propia raza nos basta sospechar asimismo que han tenido, en efecto, realidad formidable algún día.

Aparte de que no es en la historia, en el pasado histórico, donde hemos de dar nosotros la batalla. Necesitamos, si ésta ha de ser eficaz, enemigos cercanos y concretos. Por eso, en vez de remontarse España atrás, en busca del hecho fatídico, el hombre culpable o las ideas virulentas a quienes imputar las responsabilidades por la Patria deficiente que hoy tenemos, nos corresponde percibir y descubrir los hechos, los hombres y las ideas de esta misma hora. En otro caso, correremos el peligro de luchar contra fantasmas y contra enemigos ilusorios, lo que nos convertiría a nosotros también en fantasmas y en repugnantes desertores.

No nos es lícito, pues, dirigir la mirada al pasado español con languidez alguna, a descansar en él y admirar en él la grandeza que en él haya y de que nosotros hoy carecemos. Si para eso sirviese el pasado glorioso

de España, habría que renunciar a él y borrarlo sin vacilar del recuerdo de los españoles. Pero España tiene en su pasado no sólo jornadas triunfales y éxitos magníficos, sino también catástrofes considerables, desplomes históricos ruidosos. El mismo peligro encierra pasarse la vida celebrando los primeros que lamentando los segundos.

La historia de la Patria es para nosotros problema sencillo: nos hacemos responsables de ella y la aceptamos en toda su integridad. Pero a los efectos de nuestro presente, la tradición histórica es apenas válida. Sólo es estimable de ella lo que llegue a nosotros como valores vivos, buenos o malos, y que florezcan y alienten a nuestra vera. Para contestar a la pregunta de qué nos entrega la historia, no hay que ir mucho a los cronicones y a los libros, sino mirar con fijeza a nuestro propio tiempo, porque es en él, en su clima, donde tenemos que encontrar los datos de la respuesta.

Ahora bien, la dimensión histórica es por fortuna inesquivable. Saberse nacido en el seno de un gran pueblo, en el que gentes de la misma sangre que uno, poco más o menos igualmente dotados que uno, realizaron empresas de relieve histórico formidable, es sin ninguna duda un ingrediente de gran fertilidad. Se tiene así la certeza de moverse en el círculo de las ambiciones legítimas, y de que sólo es cuestión de ingenio, de heroísmo y de voluntad el atrapar de nuevo las riendas del triunfo.

III. LA HORA DEL IMPERIO Y LA DE LA DERROTA

España culmina a mediados del siglo XVI. Recogía entonces las ventajas de haber hecho su unidad nacional. Había descubierto América y realizando en gran parte su conquista. Tenía las instituciones más eficaces de la época. Disponía de una tarea gigantesca, formulada a base de conjugar los dos más poderosos resortes de la historia: la fe religiosa y el Imperio. España descubría y conquistaba territorios con la cruz en la mano y los ganaba para le fe católica, contribuyendo ésta luego a hacer sólidas las conquistas y a nacionalizar a los nuevos súbditos con el sello profundo de la fe.

El espectáculo que ofrece España desde 1492 a 1588 es de una grandeza difícilmente lograda por pueblo alguno en ninguna época. Se produjo en nuestro suelo una revolución auténtica. La que hizo posible el paso de un pueblo particularista, recién salido de un largo pleito local, como en realidad fue la Reconquista, a un pueblo de preocupación universal, navegante, colonizador, ambicioso. El Imperio de Carlos I hizo posible, no sin grandísimo esfuerzo, toda esa enorme transmutación. Tuvo que producirse en España el hecho de venir de fuera de ella un joven Rey, enraizado de una parte con la tradicional dinastía de Castilla, pero revestido a la vez de características profundamente extrañas, para que el pueblo español adaptase el perfil imperial y poderoso que requerían los tiempos.

La España comunera —con muchas pequeñas razones de su parte— fue la manifestación reaccionaria que se produjo contra el hecho verdaderamente revolucionario y magnífico del Imperio. Triunfo, no sin superar humillaciones y dolores: el episodio de la rapacería de los primeros acompañantes del César, la añoranza de las viejas libertades, etc. Pero eso es la entereza y el precio que pide y exige la Historia a aquellos a quienes encarga que actúen de impulsores, de conductores y creadores mundiales. Si triunfan los comuneros en Villalar e imponen a Carlos I un reinado «nacional» y estrecho, todo el gran siglo XVI español se hubiera quizá frustrado. No habría podido llevarse a cabo la obra de los conquistadores, y menos aún, claro, hubiera existido proyección victoriosa de España sobre Europa. La pugna entre los comuneros y el concepto imperial de Carlos V, es quizá el primer hecho que se produce en nuestra Patria representativo de una profunda dispersión, de una ruptura nada fácilmente soldable, entre dos porciones de España por una distinta manera de entender el destino histórico de los españoles.

Todo lo grande, rápida y triunfal que fue la elevación de España, fue luego también de vertical su descenso. Porque no se crea que ésta se efectuó a lo largo de una decadencia de vasta duración. No. La decadencia se produjo en las instituciones dirigentes —Monarquía e Iglesia— a comienzos del siglo XVII y alcanzó al espíritu y al ánimo del pueblo muy poco más tarde. Desde entonces hasta hoy, en España no ha habido decadencia propiamente dicha, sino más bien ausencia, apartamiento real de la historia.

Y hasta deberá quizá decirse, camaradas, que no es tampoco el de decadencia el término que corresponde a la hora descensional de España. Al hablar de un pueblo que *decae,* parece indicarse que eso le acontece y ocurre en virtud de causas internas, procedentes de él, como un fenómeno en cierto modo natural de vejez. Conviene reaccionar contra este juicio aplicado a eso que se ha llamado la decadencia de España. Nuestra Patria, y esto lejos de convenir que sea ocultado creo por el contrario que conviene repetirlo mucho, FUE VENCIDA. En la historia de España desde el siglo XVII acá no hay nada raro o difícil de entender: ESPAÑA FUE DERROTADA, VENCIDA, POR IMPERIOS RIVALES. Esos imperios tenían un doble signo. Económico, comercial, material, uno: el de Inglaterra. Moral, espiritual, cultural, otro: el de la Reforma. ¿Pero se le ocurriría a alguien la actitud criminal de dar la razón a los vencedores?.

España, por las causas que fueren, no consiguió atrapar el imperio complementario a aquel que era su fuerza y su gloria durante el siglo XVI. Ese imperio complementario, y que si ella no lo conseguía tenía necesariamente que caer en manos de otros, era el de ser el pueblo impulsor de la revolución económica que ya entonces se preveía. Perdió España la oportunidad de ser el pueblo *pionnier* de la nueva economía comercial, burguesa y capitalista, y ello la desplazó asimismo del predominio, dejándola sin base nutricia, sin futuro.

Pues no se manejan impunemente ciertos instrumentos, y lo que conduce de la mano a España a la derrota es su casi exclusiva vinculación a valores de índole extramaterial e incluso extrahistórica. Desde la gran reforma de la Iglesia hecha por los Reyes Católicos, España, el poder español, utiliza la fe religiosa como uno de sus instrumentos más fértiles. España pagó en buena moneda los servicios que el catolicismo prestó a su Imperio. Pues gracias a España, al genio español, visible y eficaz tanto en el Concilio de Trento con sus teólogos como en los campos de batalla bajo el pendón de la cruz católica, el catolicismo ha sobrevivido en Occidente, esperando en Roma una nueva coyuntura de aspiración a la unidad espiritual del mundo. Sin España, sin su siglo XVI, el catolicismo se habría quizá anegado y la vida religiosa de Europa estaría representada en su totalidad por un conjunto de taifas nacionales más o menos cristianas.

España, repito, fue vencida. Sólo se alcanza la categoría de vencido después de haber luchado, y eso distingue al vencido del desertor y del cobarde. Después de su derrota histórica, España no ha tenido que hacer en el mundo otra cosa que esperar sentada. Se ha vivido en liquidación, pues la hora culminante fue también próvida en riquezas espirituales y territoriales, que sirvieron luego a maravilla para una larga trayectoria de generaciones herederas y dilapidadoras. Poco a poco el imperio territorial fue naturalmente desintegrado, restituido el pueblo a su pobre vida casera, apartado de la grandes contiendas que en el mundo seguían desarrollándose. El pueblo ha seguido en su sitio, fiel a su nacionalidad, que defendió en la Guerra de Independencia contra los ejércitos más poderosos de Europa, y extraño a otra ilusión que la de que se administrasen bien sus últimos y misérrimos caudales. No perturbó lo más mínimo el proceso liquidador con revolución alguna. Siguieron las instituciones. Bastante hicieron quizá éstas, en medio de las dos centurias de depresión, con conservar intacto el solar de la Península. No sin peligros. A comienzos del siglo XVII, ya corría por Europa un plan de desgajamiento y balcanización del territorio peninsular, Europa tiraba de Cataluña. Llegó a haber allí virreyes franceses. Se logró no obstante vencer ese proceso canceroso y se conservó la unidad de España. Ha sido la única victoria desde la culminación del Imperio. Aunque empalidecida en el Oeste con la no asimilación de Portugal y avergonzada en el Sur con Gibraltar en manos de Inglaterra.

IV. LA PUGNA ESTÉRIL DEL SIGLO XIX

En todo el siglo XIX se representa el doble drama de unas fuerzas que trataban de resucitar y defender la tradición de España, desconociendo de hecho su antecedente, el Imperio, y de otras que pretendían liberarse de esa tradición, inaugurando un futuro revolucionario. Ni las primeras podían restaurar en serio la antigua tradición española ni las segundas hicieron revolución de ninguna clase.

Los españoles se polarizaron a lo largo del siglo XIX en torno a esos dos irreductibles fórmulas, defendidas con tal tesón y tal tenacidad, que ambas han sobrevivido a través de cien años de luchas mutuas, sin que ninguna de ellas haya rendido las armas y sin que ninguna haya asimismo triunfado en sus afanes.

Lo primero que debe observarse en las luchas políticas del siglo XIX es que no son propiamente políticas, sino más bien luchas religiosas. Contemplándolas a distancia, las advertimos de esterilidad irremediable. Los defensores de la tradición no podían representar para España otra perspectiva que la de seguir guardando intacta la *reserva* española, si así puede decirse, y los otros, los pseudo-revolucionarios, sólo hubieran representado de verás un papel histórico positivo si su triunfo se hubiera dirigido a hacer entrar al pueblo español el orden de las nuevas posibilidades que ofrecían al mundo la cultura técnica, la mecanización industrial y el nacionalismo vigoroso correspondiente a una burguesía numerosa y rica.

Fueron, repetimos, luchas religiosas, si bien efectuadas en el plano político, es decir, no entre dos religiones positivas diferentes, como sería lo natural, sino entre quienes eran católicos —al modo, claro, que habían sido siempre católicos los españoles, desde el Estado y a través del Estado— y quienes no lo eran o lo eran con mucha tibieza. Por eso, la pugna se desarrolló en torno al clero más que en torno a los dogmas. De un lado, clericales. De otro, anticlericales.

Las dos facciones que lucharon a todo lo largo de la centuria eran incapaces de obtener de su victoria eficacias plenas. La España, tradicional, católica, apiñada junto a las iglesias, no podía aspirar sino a una actitud estática, de conservación, de defensa. Los otros, los desprendidos, como actuaban en un país de formas económicas muy retiradas, se enredaron en una serie de doctrinarismos abstrusos que bordeaban hasta la traición nacional y no consiguieron la colaboración de las masas populares. Como consecuencia de la incapacidad de unos y de otros, la única línea permanente vino a ser la serie inacabable de

pronunciamientos militares, resultando así el Ejército, más que un organismo para hacer la guerra, un vivero de políticos y estadistas: Espartero, O´Donnell, Narváez, Serrano, Prim, etc, etc.

España necesitaba con urgencia de un período en que las dos banderas decimonónicas entrasen como el Guadiana en una vía subterránea. Después del fracaso de ambas, esto es, después de que la España tradicional y católica no clavó de un modo triunfal su fanatismo en el palacio de Oriente, en forma de un ideal guerrero y misionero, de expansión y de fuerza; y después de que la España disconforme se declaró incapaz de enarbolar un ideal nacional, de tipo violento y jacobino, sobre el que asentar una sociedad nueva y unas instituciones nuevas, ambas tendencias merecerían por igual que se las desarticulase y expulsase del reino de las posibilidades políticas. Aquellos propósitos no fueron ni apenas ensayados. Las dos carecían además de sentimientos nacionales firmes. Para los unos, la tradición y el patriotismo consistían en defender fueros, reivindicaciones religiosas, formas de vida local y familiar, es decir, siempre porciones, parcialidades. Para los otros, lo revolucionario estaba vinculado a la libertad de imitar, a la gravitación rapaz de las ciudades contra los campos, etc. (Señalemos en el liberalismo español del siglo XIX un valor fecundo: su sentido de la unidad de España).

V. LA RESTAURACIÓN

Todo eso dio de bruces en la Restauración. Este régimen fue una pura consecuencia del doble fracaso que supuso para España todo el largo y turbulento fracaso a que nos hemos referido. La Restauración tenía ante sí una misión histórica bien clara: anegar las dos estériles corrientes cuyo fracaso terminaba de ser experimentado, y poner a España en condiciones de producir un ideal nacional nuevo, extraído naturalmente de su propio genio y apoyado en formas sociales distintas a aquellas que habían servido de soporte a las viejas luchas. Para ello tendría que vivir como al margen de la vida nacional, sin apoyarse desde luego en ella ni contrariándola.

La Restauración nacía pues bajo el signo de la paradoja. Así, resulta que la Monarquía constitucional, la vigencia de la Constitución llamada del 76, iba a ser un período eficaz y fecundo en el grado mismo en que lograrse sostenerse sin apelar a la realidad nacional. Se tenía entonces por evidente que esta realidad era desastrosa. Fue el momento de Cánovas. Este político, edificador y orientador máximo de la Restauración, se puso a la tarea provisto de los dos ingredientes más oportunos para la labor que tenía delante: un escepticismo radical y un cierto sentido del Estado.

Los políticos de la Restauración no tenían fe alguna en España ni en los españoles. Decían que España carecía de pulso. Decían que español era quien no podía ser otra cosa, y así sucesivamente. Es verdad que nada ocurría en España que desmintiese tales imputaciones. En esa situación, ¿qué podía suceder?. La contestación es bien sencilla: O España extraía de su seno energías verdaderas con las cuales vigorizar aquel recipiente vacío que era el Estado constitucional canovista o se descompondría de un modo irremediable. Esas energías nuevas podían seguir dos derroteros: uno, el que las condujese hacia arriba, hacia el estado, vigorizándolo y nutriéndolo; otro, el que las situase revolucionariamente contra él.

La Restauración tuvo desde luego éxito en uno de sus propósitos: el de permanecer. Duró cincuenta años. Medio siglo es un período de tiempo suficiente para que un pueblo o un régimen descubran, bien la culminación de su triunfo, bien el estrépito de su fracaso.

El reinado de Alfonso XIII —por notoria y personal voluntad del rey— fue un forcejeo continuo por dotar a la Monarquía constitucional de bases de sustentación. Ese forcejeo aparece en su política militar (vigorización del Cuerpo de oficiales con una cierta conciencia y entusiasmo por la unidad de España y su grandeza); aparece también en la expansión marroquí, como posible suelo donde pudiese crecer con alguna lozanía el optimismo nacional; en la tentativa de Maura por sustituir la base anómala, caciquil, del Estado por un apoyo sincero de lo que él denominaba la ciudadanía; en el propósito de elevar el ritmo de la industrialización del país, superando así el único sostén agrario y terrateniente del régimen.

Fuera del Estado y contra el Estado, las ideas y los grupos que operaban bajo un signo revolucionario construyeron sus tiendas de modo bien sencillo: recogieron los residuos ideológicos de sus antecesores del siglo XIX, orientaron en sentido crítico toda la vida intelectual de España, socavaron el espíritu militar naciente, alimentaron las tendencias disgregadoras y autonomistas, hicieron derrotismo integral en torno a Marruecos y mantuvieron una cierta tibieza e ignorancia hacia toda idea nacional o sentimiento de la Patria.

Además, surgieron las organizaciones obreras, desarrollándose al ritmo mismo de la industrialización, naturalmente con un sentido de clase y una doctrina concordante en todos los aspectos prácticos con los anteriores enunciados.

En 1923, fecha final de la vigencia constitucional de la Restauración, España tenía ante sí dos fracasos: el del Estado, el del régimen, que seguía sin haber ampliado lo más mínimo sus bases de sustentación, y el de los núcleos enemigos contrarios al Estado, que no habían producido tampoco lo único que entonces hacía

falta: un frente de sentido nacional, con angustia verdadera por los destinos históricos de la Patria española y por los intereses inmediatos y diarios de todo el pueblo. La salvación hubiera estado ahí, sobre todo si disponía de la intrepidez suficiente para acampar con toda audacia en el seno mismo del régimen, aun con este dubitativo propósito: el de hacerlo explotar si le alcanzaba la podredumbre misma del sistema o el de utilizarlo y conservarlo patrióticamente si su permanencia era valiosa.

Como desde fuera no llegó ese remedio, el Rey lo extrajo del seno mismo del Estado: apeló al Ejército. Comienza así la dictadura militar de Primo de Rivera, cuyo defecto originario era ése, el de no venir ni proceder de una realidad nacional, de una *acción directa nacional* recogida o aceptada por el Rey. Venía y procedía del Estado mismo, y en cierto modo a continuar el sentido de la Restauración, a proporcionar a España un nuevo margen histórico, a ver si ocurría que cobrase o recobrase su conciencia de pueblo unido, ambicioso y de gran futuro.

Pero con la dictadura el Estado ponía proa hacia el camino de los desenlaces. Hacia las horas decisivas. Pues si no lograba de veras robustecer y hacer más consistentes los derroteros oficiales del régimen, éste se hundiría, aunque enfrente y en contra suyo no se alzase nada respetable ni profundo.

La dictadura militar aceleró el ritmo material, industrial de España. Logró la adhesión casi unánime del país, sobre todo en lo que éste tenía de opinión madura, sensata y conservadora. Alcanzó asimismo un éxito notorio en Marruecos. Duró casi siete años. Y a la postre murió agotada, deshecha de muerte natural, de vejez. La Dictadura murió de vieja a los siete años. Como el período constitucional que le precedió murió asimismo de viejo a los cincuenta años de nacer.

Primo de Rivera proporcionó a España siete años de paz, —¡siempre la paz!—, durante los cuales tuvo lugar un auge económico verdadero; pero no hizo reforma agraria alguna —seguía en el fondo la propiedad agraria constituyendo la base principal del régimen—, y no consiguió nunca la colaboración de las juventudes, a pesar de coincidir con la época de la dictadura el momento en que aparece por primera vez en España una conciencia juvenil operante, y a la que había precisamente que sustraer el morbo disociador, antinacional y negativo.

La dictadura militar fue sustituida por el gobierno del general Berenguer, lo que venía a significar un intento de restaurar de nuevo la Restauración, en su signo antiguo, constitucional y ortodoxo. El fracaso fue fulminante, irremediable. Sirvió para que a toda prisa, en una atmósfera liberal, propicia y suave, se organizara la caída del régimen monárquico y su sustitución por la República.

VI. LA REPÚBLICA. EL 14 DE ABRIL

El fenómeno del 14 de abril de 1931, la proclamación de la República, inaugura la situación en que nos encontramos hoy, la realidad misma sobre la que ahora tienen que operar las juventudes, y por eso es de suma importancia que percibamos debidamente su sentido.

Las grandes masas, las grandes mayorías electorales que votaron la República, llevaron al Poder, no a unos hombres, a unas ideas y a una realidad política surgidas y emanadas de ellas, como un producto suyo, coherente, disciplinado y eficaz, sino que facilitaron a unos grupos, unas ideas y unos hombres que en aquel momento representaban, entre otras cosas, la oposición al viejo sistema monárquico de la Restauración y de la dictadura.

Realmente, el 14 de abril de 1931 dio el Poder a todo ese cortejo lacrimoso, crítico y disconforme que desde tiempos muy añejos y remotos venía siguiendo de cerca los pasos desafortunados y vacilantes de la España oficial y tradicional. Reconocer esto es de gran importancia, porque significa que el movimiento republicano que dio vida a la Constitución de 1931 no era una superación de las pugnas antiguas, no representaba una aurora de algo nacional y nuevo, sino que se nutría casi por entero de una actitud ya ensayada, bien conocida, de signo decimonónico y perteneciente al mismo proceso político de la Restauración.

La similitud de las dos fechas, 13 de septiembre de 1923 y 14 de abril de 1931, salta a la vista de un modo notorio. En ambas, el pueblo español desertó de su deber de henchirlas con su signo propio, y quedó pasivamente al margen. El 13 de septiembre el pueblo español demostró parecerle una cosa excelente que un general, o quien fuese, hiciera por él algo que de verdad creía necesario: barrer las pandillas caciquiles de la Restauración. En 1931, en vez de dar paso triunfal a un movimiento propio, encarnación de una hora histórica tan solemne como la del derrumbe de la Monarquía, actuó también desde fuera, como comparsa, y concedió un ancho crédito a las personas, los grupos y las ideas que hacía más de sesenta años venían ofreciéndose sin éxito a la consideración política de los españoles.

La única fecundidad del 14 de abril consistió tan sólo quizá en permitir que esas personas, esos grupos y esas ideas saliesen de su tradicional y roedora actitud crítica para descubrir y exhibir desde el Poder sus

portentos. Yo les asigno esa misión, que equivale realmente a la posibilidad de conocer, al fin, el segundo hemisferio de la luna. Su victoria, pues, está dentro del viejo y tradicional sistema. Fue lograda en virtud del mismo estilo polémico que puede reconocerse literalmente en las pugnas y polémicas del siglo XIX. Victoria, en el fondo, de signo y carácter turnante.

El 14 de abril de 1931 es, pues, el final de un proceso histórico, no la inauguración de uno nuevo. Eso es su esencial característica, lo que explica su fracaso vertiginoso y lo que incapacita esa fecha para servir de punto de arranque de la Revolución nacional que España hará forzosamente algún día.

En efecto, los grupos triunfadores en abril aportaban unos ingredientes de tal naturaleza que podía esperarse de ellos todo menos esto: una victoria *nacional* de España. ¡Ah! Si el 14 de abril se produce al grito de ¡Viva España!, el hecho revolucionario hubiera sido cosa distinta y representaría evidentemente la fecha inauguradora de la Revolución nacional. Pero claro que no se hizo así, y si pasamos revista a los propósitos de las diversas fuerzas que dieron vida y realidad a esa fecha, nos encontramos además con que no podía hacerse así. Ni uno sólo de los varios grupos del 14 de abril actuaba con el propósito de convertir la revolución en Revolución nacional. Ese fue el fraude y ese fue a la postre también el germen disociador de la República naciente.

* * *

Una Revolución nacional, el 14 de abril, tenía que haber representado para España la garantía de que precisamente todo lo que la vieja Monarquía ya no garantizaba iba a ser mediante ella posible: tenía que representar, frente a los tirones separatistas de Cataluña y Vasconia, la unificación efectiva de todo el pueblo. Frente a las dificultades en que se debatía la Monarquía para que tuviese España un Ejército popular y fuerte, su creación fulminante. Frente a la dispersión moral de los españoles, su unificación en el culto a la Patria común. Frente a un régimen agrario de injusticia inveterada (no se olvide que los terratenientes, como hemos dicho y repetido, habían sido desde muy antiguo el sostén único de las viejas oligarquías), la liberación de los campesinos y la ayuda inmediata a todos los pequeños agricultores. Frente a una industrialización de signo modesto, un plan gigantesco y audaz para la explotación de las industrias eléctricas y siderúrgicas. Frente a la despoblación del país, una política demográfica tendente a duplicar la actual población de España. Frente al paro y la crisis, la nacionalización de los transportes, la ayuda a las pequeñas industrias de distribución y el incremento rápido del poder adquisitivo del pueblo. Frente a una España satélite de Francia e Inglaterra, una política internacional vigorosa y firme, de independencia arisca.

Eso hubiera sido una Revolución nacional, y todo lo contrario que eso fue sin embargo el 14 de abril de 1931.

Las perspectivas de esa fecha eran y tenían que ser por fuerza una cosa ilusoria. Pues los intelectuales que le daban expresión representaban una tradicional discrepancia con el sentido histórico de las instituciones a quienes la unidad se debía en su origen, llegando así al absurdo de creer una equivocación nuestra historia entera. Los grupos disgregadores que influían y sostenían el régimen naciente desde la periferia española carecían naturalmente de una preocupación integral y total de España. Los marxistas eran ajenos por naturaleza al problema. Los viejos partidos demoliberales, como el radical, representaban la debilidad, la transigencia, el pacto. ¿Quién, pues, iba a dar a la revolución de abril un contenido nacional y quien iba a trabajar en su seno por extraer de ella consecuencias nacionales históricas?.

El 14 de abril nacía, pues, incapacitado, tarado, para obtener de él una vigorización nacional de España.

* * *

Ahora bien, reconocido eso, aceptada esa limitación, ¿encerraba, en cambio, el 14 de abril perspectivas fecundas de convivencia *social* entre los españoles?. O lo que es lo mismo, cercenada toda salida nacional, toda tendencia de la revolución a hacer de España ante todo una nación fuerte y vigorosa, ¿se logró, por lo menos, una ordenación social más grata para todos los españoles y una aceptación entusiasta por parte de los trabajadores, de los obreros, a la misma?. La contestación no admite dudas: en absoluto.

Pues hubo tres insurrecciones populares. Y hubo sobre todo una terrible fecha, el 6 de octubre, en la que tomaron las armas no ya los obreros anarcosindicalistas, cuya disconformidad con el régimen databa desde sus orígenes, sino los obreros socialistas, edificadores y forjadores directos de la Constitución y de las instituciones todas de la República.

El 14 de abril no supuso, pues, nada. Ni el orden nacional ni el orden social. Sus mismos creadores proclamaron su monstruosa equivocación ese 6 de octubre de 1934, fecha en que tuvo lugar la insurrección de la Generalidad y la subversión marxista de Asturias. El 6 de octubre tiene un sentido, y sólo uno: el torpedeamiento y hundimiento de la pseudo-revolución de abril por los mismos que la efectuaron y alumbraron.

Esa es, camaradas, la realidad, y ante ella no nos corresponden muchas lamentaciones. Pues también, entre esas posibilidades revolucionarias fallidas, está la traición a un cierto espíritu juvenil que se manifestó

y surgió en España meses antes de la República. No encontró ese movimiento juvenil satisfacción alguna. No fueron los jóvenes comprendidos, y los gobiernos abrileños no le prestaron otro servicio que el de corromper a los que aparecían como dirigentes, incluyéndolos en las nóminas burocráticas de sus secretarías.

Aquí nos encontramos, camaradas, y la realidad del régimen, la última, la que hoy tenemos ante nosotros, la surgida como contestación a las subversiones de octubre, es un digno remate a la esterilidad radical del sistema: España y la República, en manos de los grupos oligárquicos más viejos, desteñidos e inoperantes que fuera posible imaginar. Los gobiernos radical-cedistas sacan a la superficie lo que de veras llevaba dentro el 14 de abril junto con sus ingenuas erupciones pseudo-revolucionarias: el girar en torno a las antigüedades conocidas y fracasadas de la España decimonónica, el estar ligado a ellas y el de ser realmente el final de una era, la culminación de una decadencia política. Y no una aurora, ni un comienzo, ni una inauguración fértil de nada.

* * *

Resumimos así el panorama de los últimos cien años: Fracaso de la España tradicional, fracaso de la España subversiva (ambas en sus luchas del siglo XIX), fracaso de la Restauración (Monarquía constitucional), fracaso de la dictadura militar de Primo de Rivera, fracaso de la República. Vamos a ver cómo sobre esa gran pirámide egipcia de fracasos se puede edificar un formidable éxito histórico, duradero y rotundo. La consigna es: ¡REVOLUCIÓN NACIONAL!

II.- LOS PROBLEMAS DE LA JUVENTUD NACIONAL

Ante ese panorama que hay a la vista, difícilmente encontrarán las juventudes un clavo donde asirse. Están solas, y eso, lejos de constituir para ellas un motivo de desazón y desánimo, va quizá a proporcionarles la gran coyuntura que España necesita. La deserción es imposible, porque iría ligada a una catástrofe histórica, cuya primera consecuencia equivaldría a la desaparición de España y al envilecimiento y esclavización de los españoles.

El pueblo español se encuentra ante un tope, en presencia de una línea divisoria. Desconocerlo equivale a engañarse y a desertar de la única consigna hoy posible: la de derruir ese tope y atravesar esa línea con las pisadas más fuertes.

Pues ocurre que en España hay fuerzas y energías suficientes para salir victoriosos de la prueba histórica y para romper en mil pedazos todo el largo tren de la impedimenta cancerosa. Esas fuerzas y esas energías sólo pueden ser de veras eficaces si la revolución nacional las incluye en su estrategia, dando satisfacción a sus clamores más justos.

El problema exacto de las juventudes españolas en este momento es ni más ni menos el de que alcancen una plena conciencia de su misión histórica. Tienen además que saber que si ésta no es realizada ni cumplida, España perece, y los españoles quedarán espiritualmente y económicamente decapitados.

I. JUVENTUD Y DIMENSIÓN NACIONAL

Realmente, si las juventudes examinan hoy su patrimonio, es decir, lo que son y lo que tienen, descubrirán, de acuerdo con cuanto llevamos escrito, que es bastante reducido y simple. Lo que, lejos de contrariarlas y lejos de dificultar las tareas que le corresponden, las coloca y emplaza en la plenitud de su destino.

Vamos nosotros a perfilar aquí en qué consiste ese reducido patrimonio y a qué obliga.

¿Qué tiene de un modo verdadero el joven español en su mochila?.

Tiene en primer lugar su juventud, es decir, una vida proyectada en el mañana, en el futuro. Y tiene también, posee también, una dimensión nacional, el hecho profundo, decisivo y formidable de haber nacido español, de ser español. Esta última cosa encierra y comprende su cualidad humana, la que lo define y presenta incluso como ser humano. Pues somos hombres cabales y plenos en tanto seamos cabales y plenos españoles, no viceversa.

No tiene más. No tiene riqueza, no tiene sabiduría, ni poder, ni destino individual ya alcanzado, ni doctrina política alguna a qué servir; en fin, nada sino aquellos dos valores ya dichos. Esto le acontece porque hace su presencia en una coyuntura tal de España que las actuales energías rectoras, tanto en el orden político como en el social y económico, se encuentran atravesando una hora de impotencia, contradicción y crisis.

Ahora bien, resulta que las juventudes no sólo carecen hoy de toda posibilidad normal de desarrollo, sino que tienen delante el peligro mismo de que su propio y peculiar bagaje, aquel que ellas incorporan y traen, sea también torpedeado y hundido. Es decir, que su juventud y su dimensión esencial, fundamental, la de ser españoles, se quiebre y se pierda de un modo irremediable.

Si a estas alturas, si en estos momentos, España vacilase como nación independiente y libre, las juventudes quedarían amputadas, taradas, convertidas sin remedio en puros despojos.

El hecho de encontrarnos haciendo cara a las etapas finales de un larguísimo y secular proceso de descomposición, nos coloca tanto al borde del abismo como al borde del Imperio. Pero España debe y puede salvarse, siendo cada día más evidente que las juventudes constituyen su posibilidad única de salvación.

Reconocido que el pasado más inmediato y cercano de la Patria no ofrece asidero alguno firme a las juventudes, y que el pasado más lejano y remoto, aun magnífico y espléndido, es inasible por su propia lejanía, la consecuencia que de todo ello se obtiene es que las juventudes están solas, con aquellas únicas dos cosas mencionadas antes.

Hay, pues, que partir de esa realidad, aceptarla como buena y organizar desde ella la acción de las juventudes.

II. HAY QUE SER SOLDADOS

Las actuales juventudes españolas tienen delante una etapa de signo análogo a la que han atravesado todos los pueblos y razas en su hora inicial de expansión y crecimiento. Una etapa análoga también a la de todos aquellos que se saben prisioneros, cercados y rodeados de enemigos.

Lo primero que hay que ser en tales circunstancias es esto y sólo esto: HAY QUE SER SOLDADOS.

Las juventudes de España se encuentran ahora ante este exigentísimo dilema: o militarizarse o perecer. Su ignorancia es imposible.

Ahora bien, si el problema de las juventudes españolas resulta que es un problema de milicia, el mismo que se le plantea a todo soldado, la tarea inmediata es la de acercarse con precisión y rigor al siguiente triple manojo de cuestiones, esenciales en todos los ejércitos:

a) Cómo ha de equiparse. Qué instrumentos debe elegir para sus luchas.

b) Cómo ha de moverse. Cuál debe ser su estrategia y qué clase de pactos y de auxilios le convienen.

c) Qué metas persigue. Cuáles son los objetivos y las conquistas inmediatas o lejanas que pretende.

La solución, camaradas, precisa y justa de estos tres órdenes de problemas equivale de hecho a la realización victoriosa de la revolución nacional, consigna fundamental y única de las juventudes. Vamos aquí, concreta y brevemente, a abordarlos, sin olvidar ni un minuto la realidad española donde nos encontramos hoy acampados.

Conviene, sin duda, a los efectos metódicos que iniciemos nuestras pesquisas por el tercer de los enunciados, el que se refiere al tipo de conquistas y apetencias tras de cuyo logro hay que acudir. Estamos, pues, ante el porqué de la movilización histórica de las juventudes, ante la justificación misma de esa revolución nacional que decimos le corresponde hacer.

Es evidente que las conquistas esenciales tienen que ser aquéllas sin las cuales España seguirá caminando hacia la ruina histórica definitiva, es decir, aquellas tres o cuatro unanimidades imprescindibles, sin cuya vigencia España carece absolutamente de las más mínimas garantías de perduración.

Entre esas tres o cuatro unanimidades forzosas, de negación imposible, está, naturalmente, ésta:

III. LA UNIDAD DE ESPAÑA

Si España no es para los españoles una realidad sobre la que resulte imposible abrir discusión, es que España no existe como una Patria. No hay Patria si dentro de ella, dentro de sus contornos, aparecen encajadas de un modo normal y público ideas y gentes contrarias a su existencia misma. Pues estas últimas son por definición las características de lo que hay fuera, de lo extranjero, de lo presunto enemigo.

La unidad de España es la más antigua unidad nacional que se hizo en Europa. Gracias a esa delantera histórica en el proceso de formación de las nacionalidades modernas, España fue durante el siglo XVI el pueblo más culto, más fuerte y más rico del mundo. Cuando otros pueblos europeos iban creando con dificultades su unidad, iban acumulando y descubriendo sus ingredientes nacionales, España había superado ya esa inicial etapa e iba camino de ser un Imperio potentísimo.

La unidad nacional española ha sido realmente la que hizo posible nuestro mejor pasado. Pero su misión no es sólo la de explicar y justificar la historia, sino la de existir precisamente hoy como pilar básico de la España de nuestros días, como elemento primordial y fundamental de la España entera.

Evidentemente, la afirmación de la unidad está a la cabeza de las reivindicaciones revolucionarias de la juventud nacional. Mientras tenga vigencia la Constitución de 1931, mientras siga creyendo una gran porción de españoles que el proceso disgregador de la periferia es una simple disputa por la forma que debe adoptar el estado, la unidad nacional estará en permanente peligro de ser vencida. (Y estar en peligro es ya en muchos aspectos no existir como tal.) Pues las erupciones autonomistas de Cataluña y Vasconia se encuentran en la misma línea de liquidación y descomposición de España que ha seguido el derrumbamiento del Imperio, desde Rocroy a 1898. No es una casualidad que hayan surgido como fenómenos inquietantes después de esta última fecha, es decir, una vez cerrada y conclusa la disgregación ultramarina, como si el cáncer histórico se dispusiera a hincar el diente en la unidad de los territorios peninsulares.

España tiene en regla todas las ejecutorias históricas precisas para mantener su unidad. Esta fue hecha en el siglo XV por los únicos poderes que entonces representaban la voluntad política de todos los españoles,

dando así satisfacción, no sólo a afanes de su propio tiempo, sino al hermoso sueño de una unidad que tenían todos los hispanos desde la época romana.

Ahora bien, lo que hoy interesa no son precisamente las ejecutorias de orden histórico. La lucha actual por la unidad no se libra entre dos grupos de historiadores ni de juristas. Y puesto que, por las razones que sean, los núcleos afectos a la tesis disgregadora constituyen fuerzas actuantes, mueven resortes políticos poderosos y han logrado un amplio y peligrosísimo cortejo de moderados que transigen y hacen concesiones, el problema está íntegro en manos de esa palanca voluntariosamente decisiva a que, en último extremo, apelan los pueblos para justificar su existencia histórica.

Pues todo indica que la lucha por la unidad tiene el carácter de una lucha por la existencia de España. Estamos quizá ante la necesidad de que España revalide sus títulos. Exactamente como en 1808, si bien ahora quienes le plantean cuestión tan grave no son extranjeros, sino españoles descarriados, estrechos de espíritu y de mentalidad, inferiores a la misión de España y a la grandeza de su futuro.

El problema actual de la unidad requiere una solución voluntariosa, es decir, de imposición de una voluntad firme, expresada y cumplida por quienes conquisten el derecho a conseguir la permanencia histórica de España. Por eso, y sólo por eso, es una consigna revolucionaria y no una orden del día electoral. No creemos, naturalmente, como Renán, que las naciones sean un continuo y permanente plebiscito, sino al contrario, que tienen sus raíces más allá y más acá de los seres de cada día. Pero España, por causas ajenas a nosotros, quiero decir a las generaciones recién llegadas, tiene realmente en cuestión su unidad, su propia existencia *para nosotros*. Y por tanto, se nos plantea el problema de resolverla y conquistarla.

Y he aquí cómo la misma agudización y agravación de nuestro problema nacional, ese de estar y permanecer como marchitos y ausentes desde hace más de doscientos años, va a proporcionarnos una coyuntura segura de resurgimiento. Porque la trayectoria que siguen las fuerzas disgregadoras es algo que no puede ser vencido ni detenido sino a través de una guerra, es decir, a través de una revolución. (Ya su primer quebranto fue debido, el 6 de octubre, a la intervención de los cañones).

La unidad no puede consistir en una simple destrucción de los afanes separatistas que hoy alientan en Cataluña y Vasconia, aunque tenga que triunfar violentamente sobre ellos: pues España tiene que representar y ser para todos los españoles una realidad viva, actuante y presente. Tiene que ser una fuerza moral profunda, un poder histórico que arrastre tras de sí el aliento optimista de la nación entera.

La unidad de España se nos presenta hoy como el primer y más valioso objetivo de las juventudes. La unidad en peligro, deficiente y a medias, no puede ser aceptada un solo minuto con resignación, no puede ser *conllevada*. Sin la unidad, careceremos siempre los españoles de un andamiaje seguro sobre el que podamos disponernos a edificar en serio nada. Así, hasta que no se logre la unificación verdadera, hasta que no queden desprovistas de raíces las fuerzas que hoy postulan el relajamiento de los vínculos nacionales, seguirá viviendo el pueblo español su triste destino de pueblo vencido, sin dignidad histórica ni libertad auténtica.

La defensa de una política de concesiones a los núcleos regionales que piden y reclaman autonomías equivale a defender el proceso histórico de la descomposición española. Equivale a mostrarse conformes con lo peor de nuestro pasado, como deseosos de que sea permanente nuestra derrota. Equivale a una actitud de rubor y de vergüenza por haber sido España algún día un Imperio. Equivale de hecho a creer que España es una monstruosa equivocación de la historia, siendo por tanto magnífico ir desmantelándola piedra a piedra hasta su aniquilamiento absoluto.

A veces se encuentra uno con que los disgregadores invocan hechos y razones históricas en apoyo de sus tesis. No es fácil saber si esos hechos y esas invocaciones tienen algo de respetable desde el punto de vista de la veracidad de la historia. Habrá que inclinarse naturalmente a negarlo, porque la historia la hacen los poderes victoriosos, sobre todo si esas victorias encierran y comprenden además el espíritu mismo fecundo de la historia. Es el caso de España y de su unidad, hecha genialmente, de una manera limpia, fecunda y efectiva. Y ahora nos encontramos también con que esa unidad es, además de un hecho histórico formidable, gracias al que se han realizado cosas sorprendentes, un valor actualísimo para nosotros, para los españoles de esta época, tan necesario como el aire.

La defensa de la unidad de España no puede obedecer sólo —aunque en muchos casos sea suficiente este afán— al deseo de impedir que un pueblo se fraccione y desaparezca, es decir, muera, lo que desde luego es un espectáculo angustioso para cualquier patriota, sino que obedece a una necesidad de los españoles que hoy vivimos, algo que si no tenemos y poseemos nos reduce a una categoría humana despreciable, inferior y vergonzosa. De ahí que la unidad no sea una consigna conservadora, a la defensiva, sino una consigna revolucionaria, necesidad de hoy y de mañana.

España no es un cualquier amorfo territorio carente de historia y de futuro. Si lo fuese, importaría poco su resquebrajamiento y su disgregación. España es hoy, por el contrario, uno de los pueblos que están más cerca de alcanzar una situación mundial, económica y política, de signo envidiable. Uno de los pueblos que

tienen más próximo y al alcance de su mano la posibilidad de una etapa espléndida. Y ello, tras larga espera, después de cruzar y atravesar períodos misérrimos, ásperas e inacabables zonas de decrepitud y de debilidad.

En un momento así, en una hora así, situar en el camino de los españoles persistentes llamadas en favor de su dispersión, es, más que un acto de traición, un acto de tontería y de locura. Es, desde luego, también una actitud reaccionaria, en el sentido, como antes dijimos, de permanecer en una línea de servicio a la tradición liquidadora, al peor pasado nacional, a la tradición de las derrotas.

IV. UNA MORAL NACIONAL

Muchas de las vicisitudes por las que ha atravesado nuestro pueblo se deben a la inexistencia o al olvido de una moral nacional, a la costumbre que los españoles adoptaron de no necesitar de ella y de no echarla siquiera de menos. Los españoles, sobre todo en el último medio siglo, han vivido sin acordarse para nada de lo que eran. Podían aspirar a sabios, a plutócratas, a jueces, hasta ¡a militares!, sin recordar ni tener mucho en cuenta su condición nacional, la condición de españoles.

Ese es un hecho bochornoso contra el que han de alzarse las juventudes. ¿No tienen ya éstas la sospecha de que si se prescinde de la dimensión nacional, la sabiduría es pedantería, la riqueza es latrocinio, la justicia es farsa y la milicia es aventurerismo puro?.

Hay una moral del español que no obliga ni sirve a quien no lo sea. Sin ella, bien poco haremos. Precisamente, es el servicio a una moral así y la aceptación de ella lo que nutre la existencia histórica de las grandes Patrias. Y es en los períodos en que esa moral es abandonada, desconocida, cuando los pueblos caen en degradación y en esclavitud. Pues se quiebra su existencia, se debilita su voluntad histórica de vivir, y tal coyuntura coincide siempre con la subordinación económica y política a otros pueblos.

España tiene que aposentar su unidad y su vigor sobre las anchas espaldas de una moral nacional, optimista y rígida. Ser español no es una desgracia, sino un espléndido regalo de la vida. Regalo en peligro y en riesgo permanente, que sólo puede ser retenido y conservado nutriéndolo todos los días con una moral de sacrificio por la Patria.

El servicio a España y el sacrificio por España es un valor moral superior a cualesquiera otro, y su vigencia popular, su aceptación por «todo el pueblo» es la única garantía que los españoles tenemos de una existencia moralmente profunda. ¡Ah, el gran crimen de no aceptar ese sacrificio, de negarse y hurtarse a él! Los pueblos sin moral nacional no son nunca libres. O son explotados y tiranizados por una minoría de su mismo país, también ausente de toda angustia moral y de servicio a la vida histórica de «todo el pueblo», o lo son, bajo engaño y careta de independencia, por un pueblo y un poder extranjeros.

No hay nada que hacer, camaradas, si no logramos poner en circulación una moral nacional entre los españoles. Esa moral de temple ascético que todos nosotros ya tenemos, y en virtud de la que deseamos salvar, política, histórica y económicamente a nuestros compatriotas. Es el basamento de nuestra acción, y lo único en realidad que eleva y distingue nuestra milicia de las simples bandas armadas que otros pueden quizá crear.

En nombre de esa moral y de lo que nos obliga, desarrollamos una acción revolucionaria, una lucha de liberación: liberación del español partidista, aniquilando los partidos. Liberación de los catalanes y vascos, luchando contra lo que les impide ser y sentirse españoles plenos. Liberación de los trabajadores, atrayéndolos a la causa nacional, y aniquilando la injusticia.

¿La moral católica? No se trata de eso, camaradas, pues nos estamos refiriendo a una moral de conservación y de engrandecimiento de «lo español», y no simplemente de «lo humano». Nos importa más salvar a España que salvar al mundo. Nos importan más los españoles que los hombres. Y todo ello, porque tanto el mundo como los hombres son cosas a las que sólo podemos acercarnos en plan de salvadores si disponemos de una plenitud nacional, si hemos logrado previamente salvarnos como españoles.

El hecho de que los españoles —o muchos españoles— sean católicos no quiere decir que sea la moral católica la moral nacional. Quizá la confusión tradicional en torno a esto, explica gran parte de nuestra ruina. No es a través del catolicismo como hay que acercarse a España, sino de un modo directo, sin intermediario alguno. El español católico no es por fuerza, y por el hecho de ser católico, un patriota. Puede también no serlo, o serlo muy tibiamente.

El no darse cuenta de esto toda la España extracatólica o indiferente ante el catolicismo, nos ha privado quizá a los españoles de una idea nacional de elaboración directa. Pues los elementos disconformes —¿los llamamos las izquierdas?— han demostrado en esto como en muchas otras cosas que eran unos simples

satélites del otro sector nacional —¿lo llamaremos las derechas?—, y que su pensamiento lo han hecho aceptando como buenas las definiciones proporcionados por éste.

Pues, en efecto, siempre se han identificado los católicos con España, y no podían ni imaginar en serio que fuese posible la existencia de una idea nacional española, sino a través de la Iglesia. Ha habido en España un patriotismo religioso y un patriotismo monárquico, pero no un patriotismo directo, no un patriotismo popular surgido de las masas y orientado hacia ellas.

No, camaradas, la moral nacional, la idea nacional como deber, ni equivale a la moral religiosa ni es contraria a ella. Es simplemente distinta, y alcanza a todos los españoles por el simple hecho de serlo, no por otra cosa que además sean.

V. NACIONALISMO SOCIAL Y SOCIALISMO NACIONALISTA

El objetivo de la conquista de las masas para una labor histórica de servicio a la Patria española es una empresa factible y debe ser realizada por la revolución nacional de las juventudes. Pesan sobre el pueblo español mil propagandas de signo traidor y lamentable, y bien caro paga desde luego el error de atenderlas y aplaudirlas.

Ahí está ahora, casi sin Patria, y a merced de todos los vendavales que lanzan sobre él los aventureros. Pero nunca ha oído el pueblo español una voz de veras angustiada por su desgracia, y nunca por eso se ha visto que la haya repudiado. La confianza y la fe en el pueblo no pueden perderse, porque ello equivaldría a decretar inexorablemente la ruina definitiva de España, su incapacidad para abrir las puertas del futuro histórico.

Cada época tiene sus resortes y en cada época hay unas eficacias peculiares. Ignorarlas supone permanecer al margen del éxito. Pues bien, en esta época son las masas los instrumentos únicos de grandeza nacional. Puede aceptarse que en otros tiempos, ya lejanos, unos poderes sin relación directa con el calor de las grandes masas lograban edificar, valiéndose exclusivamente de su propio genio, Patrias poderosas y ricas. No es España el pueblo que menos ejemplos de éstos tiene en su gran pasado.

Pero hoy no rigen tales remedios. No hay Patria grande, libre y fuerte si no tiene como resorte una enorme plataforma hecha con el aliento de las masas. Lo que no quiere decir que éstas sean unas informes multitudes, al margen de la disciplina y de la acción jerarquizada. Al contrario, son ellas quienes con más facilidad y naturalidad se colocan en su sitio, y desde él responden y cumplen las consignas de sus jefes.

La revolución nacional española no puede prescindir de las masas. Es falso pensar que nunca será aceptada por nuestro pueblo una bandera nacional, plena y exigente. Eso lo dicen y lo piensan quienes tienen un pecho reducido, y su voz es excesivamente débil y femenina para la atracción viril de las masas. Pues, por el contrario, *las masas españolas están hoy esperando y clamando por la presencia de una voz nacional verdadera*.

Lo que ocurre es que se presentan y aparecen y se ensayan una serie de voces impotentes y falsas, cuyo fracaso no significa ni puede significar el fracaso de la voz nacional de España. Las juventudes lograrán con relativa facilidad la adhesión de las masas si saben encarnar en sus propagandas la angustia actual del pueblo. Pues éste viene sufriendo las mayores calamidades, y es hoy un pobre pueblo explotado y martirizado sólo porque está a la intemperie histórica, sin cobijo nacional, ni poseer realmente una Patria.

A la nacionalización de las grandes masas populares españolas se oponen en rigor dos actitudes y dos fuerzas, que actúan en sentido diferente. Una, constituida por los grupos que quieren prescindir realmente de las masas, y desean que España, la Patria española, se sostenga y apoye exclusivamente en ellos. Otra, formada por todos los grupos, partidos y tendencias que lo apetecen es sustraer al pueblo español de toda preocupación nacional, dejándolo así en realidad disminuido, en el doblemente triste papel de derrotado y desertor. Pues siempre acontece que las masas extranacionales caen bajo el látigo de las minorías de «patriotismo sospechoso», o son, si no, esclavizadas de un modo directo o indirecto por un poder extranjero.

Las juventudes que orienten sus luchas en pos de la revolución nacional no pueden olvidar ni un solo minuto que la conquista de las masas es un factor ineludible del éxito. Lo cual es muy distinto que ir a la conquista de las mayorías. Pues no se trata de esto, ni la adhesión de las masas a la causa nacional, a la causa de la Patria, es problema numérico. (Ya hablaremos de ello un poco más adelante, cuando nos enfrentemos con la estrategia que corresponde seguir a las juventudes).

El nacionalismo de las masas, su aceptación de una disciplina nacional, requiere que la Patria sea realmente para ellas una bandera liberadora. El pueblo español padece más que ningún otro pueblo las consecuencias de que España carezca de fortaleza. La economía actual de nuestro país es raquítica y casi

se encuentra en el orden de las economías coloniales. De ello se derivan males profundos, que afectan por entero al nivel deficientísimo en que viven quince millones de españoles.

* * *

España posee un capitalismo rudimentario —traidoramente rapaz—, que rehuye todo riesgo y vive en absoluto al margen de toda idea de servicio a la economía nacional española. Nuestra economía no es libre, es decir, está impedida de adoptar las formas y de seguir las rutas que más convienen a su propio avance y al bienestar general de todo el pueblo. Tanto la explotación industrial como la minera y la agrícola, tienden menos a vigorizar nuestra realidad económica que a servir las deficiencias y huecos de las economías extranjeras, principalmente la de Inglaterra. Desde hace medio siglo o más, es decir, durante el período en que ha tenido lugar la expansión económica imperialista, España no ha sido libre de orientar su economía, y se ha visto obligada a servir las conveniencias de otros pueblos. El trabajador español, el campesino, el industrial, todo el pueblo, en fin, han laborado en condiciones pésimas y han sufrido las consecuencias de la *falta de libertad de España*.

Una minoría de españoles, agazapada en la gran propiedad territorial, en los bancos y en los negocios industriales que se realizan con el amparo directo del Estado, ha obtenido grandes provechos, explotando la debilidad nacional y enriqueciéndose a costa de las anomalías y deficiencias sobre que está asentada nuestra organización económica entera. Gentes, pues, para las que el atraso mismo del país es un medio magnífico de lucro.

No hay apenas grande ni pequeña industria. Nuestros campesinos, nuestra gran masa de labradores, sobre todo desde que se inició hace quince o veinte años en las zonas rurales una fuerte demanda de mercancías de origen industrial, han sido explotados vílmente, usurpándoles el producto de sus cosechas a cambio de productos supervalorizados, que ha hecho imposible en los campos todo proceso fecundo de capitalización.

Tenemos, pues, delante dos urgencias que sólo pueden ser logradas y obtenidas por medio de la revolución nacional: liberar la economía española del yugo extranjero, ordenándola con vistas exclusivas a su propio interés, y otra, desarticular el actual sistema económico y financiero, que funciona de hecho en beneficio de quienes se han adaptado, y hasta acogido con fruición, a nuestra debilidad.

Y naturalmente, sólo una España vigorosa, enérgica y libre puede disponerse en serio a la realización de tales propósitos. Los poderes económicos extranjeros —principalmente franceses e ingleses—, que dirigen hoy toda nuestra producción y todo nuestro comercio exterior, impondrán siempre en otro caso su ley y su voracidad a una España fraccionada, dividida y débil.

Las juventudes no pueden eludir esta cuestión ni hacer retórica nacionalista sin abordar de frente el problema social-económico, que hace hoy de nosotros un pueblo casi colonial y esclavizado. Actitud distinta sería demasiado grotesca, a más de imposible y radicalmente estéril. Si se está al servicio de los destinos nacionales de España, si se aspira con honradez a su grandeza y si se quiere de verdad hacer de España una Patria libre, una de las primeras cosas por las que hay que luchar es la de desarticular el orden económico vigente, que sólo favorece, repetimos, a unas audaces minorías, con absoluta despreocupación por los intereses verdaderos de la nación entera.

El capitalismo español no tiene fuerza suficiente para revolverse contra las anomalías sobre las que se asienta la economía nacional, y no emprende otros negocios ni otras empresas que aquéllas para las que se asegura previamente el auxilio del Estado. Eso no es otra cosa que incapacidad, y eso indica que no es posible subordinar a su ritmo el desenvolvimiento económico del pueblo español. ¿Y cómo va a tener aquél incluso ni voluntad de rectificación, si él mismo, como hemos dicho, se beneficia y aprovecha del marasmo y de la servidumbre económica de España?.

En España hay una necesidad insoslayable, y es la de traspasar al Estado la responsabilidad y la tarea histórica de ser él mismo quien, sustituyendo al capital privado o valiéndose de éste como auxiliar obligatorio a su servicio, incremente la industrialización con arreglo a la naturaleza de nuestra economía. Ello supondría dos formidables ventajas: una, realizar de un modo efectivo los avances económicos que corresponden lícitamente a España, teniendo en cuenta las características de sus materias primas, su comercio internacional y su propio mercado interior; otra, efectuarlo en beneficio único y exclusivo de todos los españoles, sin que las oligarquías financieras fuercen o deformen esos propósitos de acuerdo con sus intereses privados.

Es así, y únicamente así, como España dispondría de una economía robusta, es decir, sus ferrocarriles no serían ruinosos, ni carecería de industria pesada, ni desaprovecharía su riqueza hidroeléctrica, ni haría el vergonzoso negocio de exportar mineral de hierro para luego importarlo en forma de acero o maquinaria cara, ni habría paro forzoso, ni estaría un día más en la situación de ser una nación marítima sin flota, ni, por último, siendo la avanzada europea hacia América, hacia un continente que habla nuestro idioma y tiene una economía agraria, se limitaría a un bello intercambio lírico con él, sino que anudaría relaciones

comerciales y económicas de gran volumen. Todo eso sin recordar siquiera a África, ese otro continente al alcance de nuestro brazo y que está llamado a ser más cada día uno de los mayores objetivos mundiales.

Presentar ese panorama a un Estado y a un régimen como el que hoy tenemos los españoles es, en efecto, un absurdo. Tienen razón quienes dicen que el Estado es un mal gestor y un administrador deficiente. Pero hay que añadir que estos juicios se refieren de lleno al Estado demoburgués, efectivamente ineficaz y absurdo, pero no a las instituciones emanadas de la revolución nacional, no a un Poder político legítimo surgido de las luchas que la Nación misma realice en pos de su liberación y de su grandeza histórica.

Ese poder político sí puede hacerlo, con absoluta eficiencia y con absoluta probidad. Realmente no tiene para ello sino que proyectarse sobre los actuales sectores donde se manifiesta y radica la zona paralítica e inepta de nuestra economía: la gran industria, los transportes, la Banca y el comercio exterior. Si el Estado nacional controlase de un modo directo, nacionalizándolas, esas grandes funciones, el incremento rápido y prodigioso de la economía española, y por tanto también de las economías privadas y de la clase trabajadora entera, sería una realidad inmediata.

No se trata de expoliación ni de expropiación en el sentido social marxista. En primer lugar, porque no se trata tanto de incautarse de una riqueza existente como de crear riqueza nueva, y en segundo, porque ello vigorizaría extraordinariamente las posiciones, hoy tan extenuadas y raquíticas, de la pequeña industria, del comercio interior y de la propiedad campesina, incrustándolas en un orden económico de gran consumo y movilidad.

Sin vacilación alguna, pues, camaradas, debe enlazarse el problema de la revolución nacional con el de la adopción franca y audaz por el Estado de un papel rector y preponderante en las tareas económicas mencionadas.

España juega su independencia y su futuro a la posibilidad de realizar con audacia y sin vacilaciones un plan económico a base de esas perspectivas; si queréis, a base de ese capitalismo de Estado. De otro modo, seguirá viviendo de milagro, a expensas de enemigos, con su población diezmada y constituyendo una triste posibilidad fallida, una verdadera desgracia histórica.

VI. INCREMENTO DEMOGRÁFICO Y FORTALEZA MILITAR

Sólo puede comenzarse a pensar seriamente en la grandeza de España, y sólo esta grandeza es en efecto posible, cuando su población se haya por lo menos duplicado. Cuarenta millones de españoles habitando nuestra península constituyen una garantía excelente de gran futuro económico y político, es decir, mundial. Pues se supone que esos cuarenta millones dispondrían, claro es, de alimento, vestido y habitación. Es decir, tendrían algo que hacer en su Patria, pues de otro modo es seguro que no habrían nacido.

Las leyes demográficas tienen también su inexorabilidad. Una población extenuada y sin horizontes difícilmente se reproduce con gran ritmo. España tiene un índice de población reducidísimo —cuarenta y cinco habitantes por kilómetro— y a pesar de ello, a pesar que no llega a la mitad de los habitantes que le corresponderían, aun sin sobrepoblarse, puede decirse que la mayor parte de los españoles viven en permanente escasez. Y además, setecientos mil de ellos están parados.

La anomalía es de las que harían asombrarse hasta a las piedras. Y sin embargo, la coyuntura histórica en la que nos encontramos hoy los españoles no nos permite que nos dediquemos tan sólo a idear un medio práctico para que vivan con cierto bienestar los veintitrés millones que ahora somos.

Semejante actitud no tiene nada de paradójica. Está íntimamente ligada a los afanes de que España disponga de una industria. El mundo ha conocido una etapa rápida de incremento de la población, y fue a raíz de iniciarse el proceso histórico de la mecanización industrial [1]. Sólo una España económicamente fuerte puede alcanzar los cuarenta millones de habitantes que precisa. Esta cifra de españoles haría de nuestra península lo que hasta ahora no ha sido, y evitaría entre otras cosas que nuestra situación marítima excelente no sirva apenas de nada: haría de España un gran centro de consumo, lo que permitiría que fuese además un país comerciante. Nuestros puertos y nuestras costas tienen hoy un debilísimo *interland*. Ahí radica su palidez y su pobreza, y a la postre el descontento de la periferia nacional.

Cuarenta millones de españoles vivirían mejor que los veintitrés actuales.

Pero hay más, y es que el factor humano resulta imprescindible como ingrediente del poderío y de la fuerza de la Patria.

[1] Veánse unas cifras reveladoras: Desde el siglo XIII al siglo XVIII, es decir, durante quinientos años, aumentó la población de Europa en un 10 por 100. Durante el último siglo, en cambio, ha pasado de 185 millones a más de 500; este aumento supone casi un 200 por 100.

El más ciego percibe hoy que es cuestión decisiva, de vida o muerte para España, aumentar su fuerza. Las grandes potencias vecinas ejercen, como hemos dicho, sobre nuestro país una tiranía económica. Además, sólo respetarán incluso ese *status quo* que les beneficia, mientras no vean ni perciban otro medio más eficaz de explotarnos. Pues ese día apretarían más las clavijas sobre nuestro pueblo.

Yo no conozco, camaradas, otro medio eficaz de lograr que España sea fuerte, sino el de que disponga de un ejército poderoso. La política militar española, desde hace muchísimos años, parece haber sido hecha con el decidido propósito de que España no posea fuerza militar alguna. Claro que un ejército verdadero, un poder militar eficiente, es imposible como empresa aislada. En la España de los últimos cincuenta años, sin industria, sin habitantes, sin unidad y sin doctrina nacional ni internacional, un ejército auténtico, equipado y numeroso, hubiera sido un absurdo.

Pero en la España de nuestros días, a la luz de las juventudes y de las ansias históricas de liberación nacional, una milicia robusta, un magno ejército, es y constituye una primordial necesidad. Ahora bien, ese ejército y esa milicia no pueden ser concebidos sino como producto popular y como proyección armada del espíritu popular nacionalizado. No como un ejército de pura técnica, al margen del ritmo y de las angustias diarias de la Patria, testigo vegetal y mudo.

La prevención contra el espíritu militar, la tendencia a subestimar y destruir sus características, es uno de los mayores peligros para la fortaleza de un pueblo. Los países antimilitaristas, es decir, aquellos que no comprenden ni aman las calidades de la milicia, son los primeros que caen luego con más facilidad que otros bajo la tiranía de su propio ejército, que, como surgido y forjado en una atmósfera inclemente para su misma lozanía, es o suele ser en tales casos un ejército de virtudes inferiores.

En fuerte escala ha padecido España esa enfermedad antimilitarista, esa actitud de renuncia a todo cuanto supusiese heroísmo colectivo, disciplina interior y posibles luchas. Las nuevas juventudes tendrán que aventar con su sola presencia esos gérmenes y superar con brío esa verdadera lacra de la opinión española que últimamente ha imperado.

Pues España presenta como uno de los ingredientes de su genio verdadero una gran capacidad física y psicológica para la milicia. Ha sido en sus mejores días un pueblo de soldados, a prueba de todas las calidades de intrepidez y de cálculo que la vida militar requiere de un modo imperioso.

Sustraer a los españoles su destino militar, impedir que España manifieste y entregue a la milicia su cupo de soldados naturales, equivale en rigor a podar una de sus mejores ramas. Siempre ha habido en España, repetimos, erupciones, síntomas, de su pugna con esta amputación. Aun en sus peores días del siglo XIX, respiraban los españoles por esa limitación a su naturaleza, y en ocasiones repetidas, entre ellas una que supera a todas en grandeza histórica —la Guerra de la Independencia— dio salida de modo espontáneo, heroico y sencillo, al hervor guerrero, como correspondía a un pueblo de fuertes tradiciones militares.

Pero hay más, y es que nuestra época produce y crea, con más profusión que otras, un tipo de gentes que cuenta entre sus apetencias más íntimas y entre sus mejores y casi únicas cualidades las que corresponden a la dedicación militar, a la vida de soldado. Y también, que cada día es más difícil la vida social fuera de una convivencia estrecha y rígida, fuera de una cohesión disciplinada y de una uniformidad. Hechos que denuncian y señalan la tendencia actual a un estado de espíritu profundamente dispuesto a comprender la *razón íntima* del soldado, del mílite.

Pero claro que al defender y postular un renacimiento de nuestro espíritu militar, lo hacemos, entre otras cosas, para liberarnos del militarismo deficiente y mediocre. La milicia, como la poesía, sólo es valiosa cuando alcanza calidades altas. Si no, es por completo detestable e insufrible.

España cuenta hoy como una de sus más urgentes necesidades la de entrar en un proceso de militarización. Por obediencia en parte a su propio genio. Por razones también de eficacia en cuanto al impulso histórico, ya que sólo puede emprender con éxito su revolución nacional, económica y política, adoptando formas en ciertos aspectos militarizadas. Y por último, y sobre todo, por razones de fortaleza, de vigorización ante el exterior, por razones que afectan a su libertad y a su independencia.

Una España de cuarenta millones de habitantes, la única que importa, tendría naturalmente industria pesada, flota mercante numerosa, agricultura robusta, y le sobrarían medios para equipar un ejército que mantuviese nuestros derechos contra las acometidas enemigas del exterior. Pues nadie olvide un solo momento que España encontraría enormes dificultades, enormes trabas, para ascender en su poderío económico y político (mundial), y que ello no ha de acontecer sin que tengan que ser vencidas resistencias de los países *beati possidenti*, que tienen hoy en sus garras al mundo entero. Aun así, nuestra fortaleza militar sería siempre un aparato defensivo, porque realmente serviría tan sólo para defender el derecho de España a ser un pueblo libre, rico y próspero. Para conseguir lo cual no necesita atacar a nadie, ni lanzar sus ejércitos contra nadie, sino exigir que nadie desde fuera la mediatice y tenga reducida a la eterna situación de pueblo vencido, aplastado por la voracidad de una Europa enemiga.

VII. LOS CAMINOS DE LA VIGORIZACIÓN INTERNACIONAL

Nuestra Patria española ocupa una situación internacional harto clara. Todos los juicios que se hagan sobre ella pueden ser exactos menos uno: el que sea confusa y de explicación difícil.

El caso de España es el de un país que después de una gran derrota no ha podido aún rehacerse y recobrar de hecho su libertad internacional. *Un país al que le han garantizado la vida sus enemigos, a costa sin embargo de que siga caído, pobre y débil.*

Es notorio que España posee y ha poseído en cualquier momento energías espirituales y materiales suficientes para rehacerse como gran potencia mundial. Sería erróneo pensar que los motivos de que no la haya hecho así son de índole interna, imputables a sí misma, cayendo en un absurdo misticismo autoderrotista, en un complejo de inferioridad. No. Todo lo que acontece en la historia obedece a causas que pueden ser siempre perfectamente localizadas y denunciadas.

Si España, después de su primer traspié (1648), ha permanecido en una línea descensional, sin recobrarse como gran potencia, *es porque alguien lo ha impedido.*

No es que yo crea que la política internacional deba estar exclusivamente guiada y orientada por resentimientos seculares. No. Pues, como toda política, tiene que obedecer ante todo a razones actuales, contemporáneas. Pero todos los españoles deben conocer una terrible verdad histórica, y es que Inglaterra, con la mayor frialdad, con el más glacial gesto, ha ido día a día desarticulando primero nuestro Imperio y poniéndonos después la tenaza de la estrechez nacional, la obligación de permanecer estacionados y anclados. En esa tarea, y con su eficacia de país cercano, vecino, con su precaución de potencia ya bien sobrecargada de rivales, ha hecho Francia dúo con Inglaterra, y en realidad, sin duda posible, esos dos pueblos han sido de un modo directo los causantes de la postergación secular española.

España ha sido combatida, cercada, del modo más artero. Hábilmente, sus adversarios han procurado siempre no hacerse en exceso visibles, es decir, han evitado proyectar sobre los españoles una continua zozobra y peligro. Si se exceptúa la invasión napoleónica —puro error y pura novatada del Imperio bonapartista—, España no ha sentido nunca después el peligro inmediato, angustioso, posible, de ser invadida. Así, pues, con excepción precisamente de la Guerra de Independencia, lección por otra parte no olvidada por Europa, España ha podido asistir sin pestañear a los mayores vendavales exteriores, como insensible a ellos.

España ha facilitado a sus enemigos mil maneras de uncirnos a su carro. Primero, con su carencia de rumbos audaces en las líneas interiores de su política. Después, con la agudización del malestar periférico, con el problema de las autonomías. Y sobre todo, con su inercia económica, con el hecho de que nos hayamos resignado a entrar en la órbita de las conveniencias francoinglesas, adaptándonos al hueco que nos asignaban esos imperialismos.

De todos modos, la debilidad internacional de España, su resignación dramática, emanaba de hecho de su política interior. Pues ocurre que no ha resistido lo más mínimo, que no ha dificultado el desarrollo de la maquinación exterior, ni siquiera obligando a ésta a una intervención o actuación más descarada. Todos los afanes de nuestros vecinos —e Inglaterra es nuestro vecino por tres puntos: Portugal, Gibraltar y el Oceáno— consistían en que por ningún concepto alcanzase España categoría y valor de gran potencia.

España no ha dispuesto desde hace un siglo de una situación política interior suficientemente vigorosa para hacer saltar esa tenaza. (El artículo de la Constitución de 1931, declarando que España renuncia a la guerra, es la culminación de la servidumbre y supone una verdadera oferta a la piratería internacional).

¿Qué rutas internacionales seguiría hoy una revolución nacional triunfadora?. Cabe pensar que si se produjese en España un hecho con fecundidad suficiente para sacudir su limitación secular, para levantar en alto la voluntad histórica de los españoles, sería inmediatemente dificultado, saboteado, por nuestros vecinos.

Las posibilidades internacionales que tiene hoy España son sumamente estrechas. Entre otras muchas cosas que le están vedadas —a causa, no se olvide, del sistema político social vigente— figura esa de no poder tener una política internacional. Pues ante las situaciones molestas no caben sino dos actitudes: aceptarlas o romperlas.

El problema está hoy dentro, y lo está de un modo como quizá no lo haya estado nunca. Porque desde hace muchos años no ha tenido España una ocasión análoga a la que hoy tiene para intentar de veras la cancelación definitiva de su terrible pleito.

Pero si aconteciese la victoria interior, si España venciese su actual crisis interna del lado favorable a su recobración nacional, entonces las perspectivas internacionales resultarían infinitas. Se atrevería a todo y

podría atreverse a todo. A recuperar Gibraltar. A unir en un solo destino a la Península entera, unificados (ahí si que cabe que ingenien los partidarios de estatutos, federaciones y autonomías) con el gran pueblo portugués. A trazar una línea amplísima de expansión africana (todo el norte de este continente, desde el Atlántico a Túnez, tiene enterradas muchas ilusiones y mucha sangre española). A realizar una aproximación política, económica y cultural, con todo el gran bloque hispano de nuestra América. A suponer para Europa misma la posibilidad de un orden continental, firme y justo.

No parece que todo eso sea posible realizarlo del brazo de nuestros tradicionales *benefactores*. Tampoco si las actuales potencias europeas conservan su poderío. Pero no parece ilusorio que las cosas cambien, porque esa conservación les es cada día más difícil, y se encuentran algunas de ellas en plena línea histórica de descomposición.

España tendrá que esperar, repetimos, a poseer una política internacional todavía algún tiempo. Mientras tanto, puede tener una sola, la de no encallar gravemente en el piélago de Europa y la de no acompañar a la catástrofe a potencias de destino muy dudoso.

Sólo existe hoy en Europa una política cuyo futuro difícilmente chocará con el nuestro. Es la política de Alemania, cuyos pasos internacionales conviene mucho a España tenerlos presentes, por si a lo mejor descubrimos una serie de fecundas interferencias.

Pero con toda cautela, porque nuestra España tiene que evitar que se entrecruce con su ruta ascensional cualquier compromiso que la detenga y paralice.

III.- ESQUEMAS ESTRATÉGICOS

Importa aún más que una idea clara de lo que se quiere, el cómo ha de lograrse y de qué infalible modo se puede llegar a su conquista. Un buen camino suele conducir siempre a un espléndido lugar, y él mismo es ya su propia justificación. Las juventudes que hoy en España comienzan a percibir la angustia de su destino, y a ensayar gestos de acción, tienen que conceder a los problemas relacionados con su ruta estratégica la atención máxima. Pues están solas como impulso, como afán de darse a sí mismas y a la Patria un empujón histórico. Pero no están solas en otros aspectos, ya que en España hay además de ellas una serie de fuerzas, de ideas, de trincheras, de intereses, etc., entre los cuales hay necesariamente que moverse, venciendo a unos, neutralizando a otros y asimilando a los demás.

I. LA ACCIÓN POLÍTICA

Las juventudes españolas, como sujetos históricos de la revolución nacional, tienen sobre todo que elegir, sin posibilidad de opción, como campo y teatro de su presencia, éste: la acción política. Y ello, nunca para incrustarse en sus banderas actuales ni para servir lo más mínimo los problemas que en ella se planteen, sino con esta doble finalidad: primera, apoderarse de las zonas rectoras, donde en realidad se atrincheran los poderes más directamente responsables de la inercia hispana; segunda, acampar en el seno mismo de las eficacias populares, en el torbellino real de las masas.

No es, pues, en la ciencia, en la religión, en la sabiduría profesional, en el culto doméstico, en el deporte, donde la acción y la presencia de las juventudes debe manifestarse en esta coyuntura anómala de la Patria: ES EN LA ACCIÓN POLÍTICA. Aquí tienen que confluir los bríos, considerando aquéllas otras cosas como valores que en este momento deben subordinarse a los propósitos de la revolución nacional, objetivo en el fondo de índole política, y reconociendo que aquellos son inoperantes, parciales, e inadecuados por sí solos para las tareas históricas que hoy nos corresponden.

España no recobrará su gran destino ni los españoles recobrarán su vida digna, CON RAPIDEZ Y URGENCIA, por el camino de la sabiduría, ni por el de la misión religiosa ni por el de la preparación profesional ni por el hecho de que todos seamos buenos deportistas. Todo eso, AUN LOGRADO, podría muy bien convivir con la desgracia histórica de España, con su servidumbre, con su disgregación y con su esclavitud internacional.

El timón de la rapidez, de la urgencia es el que permita desarticular y vencer el poder político dominante, sustituirlo, y emprender con las masas españolas la edificación y conquista histórica de la Patria. Eso requiere ir a la acción política, aun con el propósito evidentemente de reducir a cenizas la política partidista, mendaz y urdidora de desastres.

Presentar a las juventudes el camino de la acción política es mostrarle el lugar concreto donde reside el timón histórico que ellas precisamente necesitan, donde está —y en manos ineptas, insensibles o traidoras— el trasmutador eléctrico, mediante el que se dan los dramáticos apagones o se encienden y abrillantan las rutas históricas.

No hay escepticismo peor ni doctrina más perniciosa e impotente para las juventudes que el caer en el apartamiento, la desilusión y el desprecio inactivo por las movilizaciones y eficacias del linaje político. Quienes las adopten se condenan sin remisión a un limbo permanente, a una eterna infancia de imbéciles y de castrados.

La primera preocupación estratégica es, pues, la creación de un órgano de acción política, bien acorazado para resistir las sirenas, para despreciar los contubernios y para dar el golpe definitivo al artilugio *político* de los partidos en que se basa y apoya el Estado vigente. A la política, pues, no en papel de rivales de estos o aquellos partidos, sino en rivalidad permanente y absoluta con el sistema entero. Política contra las políticas. Partido contra los partidos.

II. ACCIÓN DIRECTA

Que las juventudes tienen que adoptar una táctica de acción directa, es decir, una moral de desconfianza hacia todo lo que no proceda de ellas y una decisión de imponer por sí mismas las nuevas normas, es algo en realidad incuestionable.

Eso va implícito en la actitud que antes hemos dicho corresponde a nuestros jóvenes: la actitud del soldado. El soldado practica siempre la acción directa, y es por su propia calidad, el único que la representa en toda su gran fecundidad y relieve moral.

Las juventudes son asimismo, como sector social, las únicas que imprimen a la acción directa, no un sentido particularista, de exacerbación y desorbitación de una clase, sino el carácter íntegramente nacional y humano, la justificación profunda de su violencia para con los valores parásitos y para los intermediarios provistos de degradación.

La acción directa garantizará a nuestras juventudes su liberación de todo mito parlamentarista, de todo respeto a lo que no merece respeto, de toda posternación ante ídolos vacíos y falsos. Pues se verá siempre en peligro, al aire, en plena vida ascética y de gran dimensión emocional, de gran potenciación histórica.

En la práctica de la acción directa se efectúa además algo que en nuestra Patria es urgentísimo: la posible aparición y selección de las nuevas minorías rectoras, procedentes de las masas, surgidas de ellas y sustituidoras, por propio y auténtico derecho de conquista, de las minorías tradicionales o procedentes de los partidos y sectas políticas dominantes.

La acción directa no es siempre ni equivale a la violencia armada. Es en primer lugar la sustentación de una actitud de ruptura, de una moral de justicia rígida contra la decrepitud o la traición, de una confianza plena, totalitaria, en lo que se incorpora y trae.

La violencia, la ruptura, tendrá en nuestras juventudes, como realizadoras e impulsoras de la revolución nacional, un eco profundo de realización moral, de heroísmo, de firmeza y de entereza.

Precisamente por ello cabe adscribir tres justificaciones, tres dimensiones a la violencia de las juventudes, de las cuales una sola, cualquiera de ellas, bastaría y se autojustificaría de modo suficiente:

a) Como valor moral de ruptura, como desprendimiento y rebelión contra valores decrépitos, traidores e injustos.

b) Como necesidad, es decir, como principio obligado de defensa, como táctica ineludible en presencia de los campamentos enemigos (España está hoy poblada de verdaderos campamentos, en pie de guerra).

c) Como prueba, como demostración de entereza, de capacidad y de la licitud histórica que mueve a los soldados de la revolución nacional.

Estas justificaciones vedan a la acción directa de las juventudes de toda caída en el crimen, en el bandidaje y en la acción política vituperable, que es la que va siempre ligada a un signo individual, anárquico y de pequeños grupos visionarios.

Pero extraigamos de la tercera de esas justificaciones algunas consecuencias de interés:

III. LA MINORÍA RECTORA, EL PODER POLÍTICO QUE ESPAÑA NECESITA

Una de las enseñanzas históricas que cabe obtener del ciclo mundial demoburgués consiste en la demostración de que no es baladí, para un gran pueblo, el tipo social de que extrae su minoría rectora, su cuerpo político dirigente.

No todas las gentes, no todos los grupos sociales ofrecen garantías de comprender y servir de un modo profundo los intereses generales e históricos de la nación, y al decir de la nación puede también decirse del pueblo entero. La democracia liberal y parlamentaria confía la misión dirigente a los elementos representativos de su propio régimen, elementos escépticos, de tira y afloja, es decir, a los abogados.

Las luchas por la revolución nacional, la estrategia seguida en ellas, debe tener en cuenta esos hechos, al objeto de que su triunfo no signifique al final el fraude de dejar a la revolución sin gerencia propia, sin mandos fieles.

España es uno de los pueblos que más necesitan poner sus destinos en manos que interpreten con el máximo rigor y fidelidad su propia esencia. Sólo así rendirá efectivamente consecuencias fecundas de orden histórico. La revolución nacional, pues, no debe olvidarse de que ella misma tiene que producir y crear la propia minoría dirigente, a cuyo cargo puedan confiar las grandes masas nacionalizadas la tarea de realizar las transformaciones y de conducir con temple y buen ánimo la nave del Estado nacional.

Más que nunca hoy, y en España sobre todo, tanto por su expresión histórica como por el futuro peculiar que les corresponde, se precisa que el Estado esté en manos de hombres con características en absoluto opuestas a las que suelen poseer los políticos demoburgueses.

Esa prueba, pues, esa demostración que adscribíamos a la acción directa de las juventudes nacional-revolucionarias, se relaciona con esta realidad, con esta necesidad de destacar y poner al frente del Estado, hombres de entereza probada, de fidelidad probada y de angustia profunda y verdadera por el destino histórico del pueblo y de la Patria; demostraciones que sólo adquieren plenitud de evidencia a través de una acción y una gestión victoriosa, como forjadores y conductores de la acción directa de las fuerzas nacionales en lucha.

Esas características, que en cierta forma corresponden al hombre de milicia, no son sin embargo las de los militares de los ejércitos normales en regímenes burgués-parlamentarios —elementos en general burocratizados, pacifistas, estrechos, sin agudeza ni visión histórica—, sino que los producen las masas y los extraen los pueblos de su seno, ya que el cauce averiado mismo de la época en que surgen hace que no se encuentren incorporados a la vida oficial, es decir, sean oposición.

En España estamos ante ese fenómeno. Vivimos una asfixiante monopolización de la vida pública por parte de leguleyos, burócratas, renunciadores y lisiados mentales de profesión.

Por eso, las juventudes tienen que reconocer la necesidad de dar paso a los valores humanos de más adecuada pigmentación para la tarea rectora. Han de salir de sus luchas y destacarse en ellas. Si esas luchas consisten en pacíficas exhortaciones a la vida hogareña y al fiel cumplimiento de los deberes de ciudadanía, mejor es no moverse, seguir en parálisis progresiva y dejar a los abogados, a los burócratas, a los buenos burgueses, su honrada función de liquidadores definitivos de la Patria.

Las empresas que cabe asignar al futuro inmediato de España requieren que, al frente de ella, figure un equipo de españoles fogueados y templados en jornadas de entereza. Nos hacen falta hombres sin la más mínima capacidad para el temblor, para el fraude y para la miopía histórica.

IV. NO ESTAMOS ANTE UN PROBLEMA DE MAYORÍAS

La mística de las masas no es la mística de las mayorías. La revolución nacional española no puede ser ejecutada ni realizada a retaguardia de la movilización de las mayorías. El compromiso de convencer previamente a la mayor parte de los españoles es quizá lícitamente exigible para cambiar una política de derecha por una de izquierda, o para otra frivolidad semejante, pero es inadecuado e infantil planteárselo a los ejecutores de la revolución nacional.

Y ello por muchas razones, tanto porque no es obligación de las mayorías numéricas ser depositarias o guardadoras directas del destino histórico nacional, como porque no son precisas las mayorías para el triunfo. El concepto de mayoría es, en efecto, sólo un instrumento de victoria política, el adecuado a los sistemas demoliberales. Pero no es ninguna otra cosa. Fuera de la órbita demoliberal, el vocablo *mayorías*, como término o concepto político, carece absolutamente de sentido.

La revolución nacional, pues, está al margen de tal cuestión. La línea estratégica no tiene que moverse en torno a la conquista de las mayorías, sino en torno a un tipo diferente de valores, como son, de un lado, la movilización de los masas de más densidad y relieve nacional, y de otro, los resortes revolucionarios que le abran el camino del poder.

Las masas, sí. Constituyen una colaboración indispensable. Las masas pueden existir en torno a una bandera y en torno a una consigna, alcanzar incluso la victoria, y ser sin embargo minoría. Semejante diferenciación es necesaria hacerla con toda claridad desde la vertiente de la revolución nacional. Esta tienen que vencer, no a costa de ser numéricamente mayoritaria, sino a costa de la perfección, la movilidad, el esfuerzo y la combatividad de sus masas.

Los españoles que de un modo activo, tenaz, se afanen por la grandeza nacional de España, quieran liberar a sus compatriotas de la esclavitud internacional, deseen un resurgimiento de la vida moral, económica y cultural de su Patria, etc., etc., pueden quizá ser durante largo tiempo minoría. Y no porque haya frente a ellos una mayoría hostil, con una conciencia antinacional y una voluntad de autoaniquilarse. No. Sino más bien porque es lógico que existan anchas zonas inertes, insensibles al sentido de aquellos problemas. Inertes, pero no enemigas. Pues no se olvide que las cuestiones que afectan a la revolución nacional son distintas a las cuestiones propiamente *individuales y privadas*. Pueden escaparse, por tanto, a la apreciación de las grandes mayorías, a no ser en momentos excepcionales, en que confluyen de lleno la voluntad histórica nacional con las apetencias cercanas y concretas del pueblo entero. Este último es el mejor clima para la revolución nacional, y felizmente, el que de un modo seguro apunta hoy en nuestra Patria española.

V. LA REALIDAD DEL PUEBLO ESPAÑOL

Que se oponen a la revolución nacional fuerzas poderosas es un hecho evidente. También lo es que se vería obligada a un perfil duro, agrio, con determinados sectores de la vida social española. Pero la revolución nacional sería la menos sangrienta y rencorosa entre las que se vislumbran y amenazan hoy desencadenarse. Nosotros sabemos hasta qué punto es injusto vincular a nuestros contemporáneos la culpabilidad, tanto de la desgracia histórica de España como de la miseria y atraso económico en que nos hallamos.

Nos parece, pues, una injusticia enorme pretender que caiga directamente sobre grupo ni clase alguna la cuchilla vindicadora. Errónea y criminal tiene por tanto que parecernos la tentativa marxista de asolar la Patria con una acción de fuerte violencia contra supuestos culpables, merecedores de exterminio. Eso es una insensatez, y no le corresponderá al hecho de que así se intente pequeña parte entre las motivaciones estratégicas de la revolución nacional, la de impedir y detener la realización del marxismo, en rivalidad revolucionaria con sus propósitos. Creemos con firmeza que el pueblo español, la sociedad española, no ofrece hoy sector alguno al que adscribir de un modo exclusivo toda la responsabilidad. No hay aquí ni una gran burguesía enteramente explotadora ni grandes organizaciones obreras enteramente *desnacionalizadas*. Quien se acerque a la realidad de la Patria con morbosas imágenes de otros países, y trate de aplicar aquí formulillas y tácticas asimismo morbosas, está desde luego fuera de todo servicio a la revolución nacional española. Tenemos, por el contrario, que penetrar en la angustia íntima y profunda del pueblo español, de *todo el pueblo*, y percibir en todas las clases y escalas su pigmentación de grupos al margen de su plenitud histórica, necesitados en algunos aspectos casi por igual de liberación y auxilio.

Esa posición de la revolución nacional, que excluye toda lucha «apriorística» y a fondo contra clases y valores genéricos, y que proyecta toda su violencia contra quienes se encuentren fuera de su implacable servicio a los destinos de la Patria, estén donde estén los trasgresores y sean quienes sean, es la posición verdadera de amor al pueblo español como tal, la auténtica bandera liberadora y potenciadora del espíritu de nuestro pueblo.

VI. LA IGLESIA CATÓLICA Y SU INTERFERENCIA CON LA REVOLUCIÓN NACIONAL

Antes hemos aludido a la necesidad de abordar el tema del catolicismo, y sus interferencias con la empresa política y revolucionaria de las juventudes nacionales. El tema será todo lo arduo y delicado que se quiera, pero hay que hacerle frente y obtener de él consecuencias estratégicas.

La Iglesia puede decirse que fue testigo del nacimiento mismo de España como ser histórico. Está ligada a las horas culminantes de nuestro pasado nacional, y en muchos aspectos unida de un modo profundo a dimensiones españolas de calidad alta. Es además una institución que posee algunas positivas ventajas de orden político, como por ejemplo, su capacidad de colaboración, de servicio, si en efecto encuentra y se halla con poderes suficientemente inteligentes para agradecerlo, y suficientemente fuertes y vigorosos para aceptarlo sin peligros.

Parece incuestionable que el catolicismo es la religión del pueblo español y que no tiene otra. Atentar contra ella, contra su estricta significación espiritual y religiosa, equivale a atentar contra una de las cosas que el pueblo tiene, y ese atropello no puede nunca ser defendido por quienes ocupen la vertiente nacional. Todo esto es clarísimo y difícilmente rebatible, aun por los extraños a toda disciplina religiosa y a toda simpatía especial por la Iglesia.

Ahí termina la que podemos llamar declaración de principios de la revolución nacional con respecto a la religión católica. Pensar traspasarla en un sentido o en otro desfigura totalmente la victoria nacional, y hasta la pone en riesgo y peligro de no ser lograda.

La empresa de edificar una doctrina nacional, un plan de resurgimiento histórico, una estrategia de lucha, unas instituciones políticas eficaces, etc., es algo que puede ser realizado sin apelar al signo católico de los españoles, y no sólo eso, sino que los católicos deben y pueden colaborar en ella, servirla, en nombre de su dimensión nacional, en nombre de su patriotismo, y no en nombre de otra cosa.

Ello por muchas razones: una, porque se trata de una empresa histórica, temporal, como es la de conseguir la grandeza de España y la dignidad social de los españoles. Otra, que evidentemente pueden colaborar también en tal empresa gentes alejadas de toda disciplina confesional. Y otra, que es una empresa que la Iglesia católica misma ni intenta, ni debe, ni se le permitiría emprender.

Pues no se olvide que la revolución nacional quiere y desea descubrir un manojo de verdades españolas, tanto de índole nacional como de índole social, que puedan y deban ser abrazadas por parte de todo el

pueblo, sin posibilidad de crítica ni disidencia. Nosotros sabemos que la vida histórica de España está pendiente de la vigencia de ese manojo de magnas e indiscutibles cosas, garantizadoras de su unidad moral y de su cohesión. Precisamente, la revolución nacional tiene su justificación en la ausencia contemporánea de esas unanimidades en el espíritu de nuestro pueblo.

Algún día la unidad moral de España era casi la unidad católica de los españoles. Quien pretenda en serio que hoy puede también aspirarse a tal equivalencia demuestra que le nubla el juicio su propio y personal deseo. No. Ahora bien, ocurre asimismo que sólo bajo el signo de la democracia burguesa y parlamentarista, es decir, sólo bajo la vigencia de un régimen político demoliberal, podría España vivir o malvivir sin solidaridad nacional profunda, sin unidad moral.

La tarea de crearla, de propagarla, de imponer coactivamente sus postulados es una de las finalidades históricas, la más alta, de este momento, en que asistimos sin ninguna duda a la ruina y a la decrepitud irremediable de aquel sistema, a la imposibilidad de que rijan la vida española instituciones sin fe, espectadoras e incrédulas.

Fe y credo nacional, eficacia social para todo el pueblo, pedimos. Pues sabemos que sólo así dispondremos de instrumentos victoriosos, y que sólo así no caeremos en vil tiranía imponiendo a todos su obligación nacional y su fidelidad a los destinos históricos de España. En nombre de la Patria y en nombre de la liberación social de todo el pueblo, no nos temblaría el pulso para cualquier determinación, por grave y sangrienta que fuese. Sí le temblaría hoy, en cambio —y haría bien en temblarle—, a la Iglesia para una decisión coactiva sobre los incrédulos.

La revolución nacional es empresa a realizar como españoles, y la vida católica es cosa a cumplir como hombres, para salvar el alma. Nadie saque, pues, las cosa de quicio ni las entrecruce y confunda, porque son en extremo distintas. Sería angustiosamente lamentable que se confundieran las consignas, y esta coyuntura de España que hoy vivimos se resolviera como en el siglo XIX en luchas de categoría estéril.

España, camaradas, necesita patriotas que no le pongan apellidos. Hay muchas sospechas —y más que sospechas— de que el patriotismo al calor de las Iglesias se adultera, debilita y carcome. El yugo y las saetas, como emblema de lucha, sustituye con ventaja a la cruz para presidir las jornadas de la revolución nacional.

VII. EL CONCURSO DE LOS TRABAJADORES. LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA

Es evidente que una de las finalidades de la revolución nacional es y tiene que ser la nacionalización de los trabajadores, es decir, su incorporación a la empresa histórica que España representa. Mientras más amplia y vigorosa sea la sustentación del Estado nacional, más firmeza y eficacia habrá en su norte histórico.

Si las juventudes angustiadas y sensibles a las desgracias de España emprenden una acción enérgica en pro de su fortaleza y liberación, tienen que buscar con más insistencia que otros los apoyos y colaboraciones de una parte —lo más amplia que puedan— de la clase obrera, de los asalariados, de los pequeños agricultores y, en fin, de esa masa general de españoles en constante y difícil lucha con la vida.

Precisamente, es la revolución nacional la única bandera donde puede confluir, y considerar como suya, las gentes de España más varias, en busca tanto de su peculiar problema como de ese otro gran problema de España, cuya solución comprende todos los demás.

La incorporación de los trabajadores a la causa nacional de España proporcionaría a ésta perspectivas históricas enormes. No sólo no se puede prescindir de ellos, sino que es necesario a toda costa extraer de la clase obrera luchadores revolucionarios y patriotas. Sería tan lamentable que la revolución nacional no lograse esos concursos, que la invalidaría casi por completo.

Todas las empresas que son hoy precisas en España, para conseguir su elevación histórica y su victoria nacional, coinciden casi por entero con los intereses de la masa española laboriosa. Nadie como ella puede hoy levantar en alto una bandera de liberación histórica, y nadie necesita como ella, con más urgencia, unir sus destinos a los de la Patria. En las luchas contra el imperialismo económico extranjero, por la industrialización nacional, por la justicia en los campos, contra el parasitismo de los grandes rentistas, etc., la posición que conviene a los trabajadores es la posición misma del interés nacional.

La estrategia de la revolución nacional respecto a las organizaciones obreras ofrece dificultades enormes, que sólo pueden ser vencidas a fuerza de honradez, decisión y sentido profundo de los intereses españoles verdaderos. Por una serie de razones —clases medias poco vigorosas, deficiente atmósfera patriótica en el país, gran confusión en torno a la causa nacional—, en España se necesita de un modo extraordinario el concurso de los trabajadores, y las juventudes nacionales se verán obligadas, con más intensidad que en

otros pueblos, a dar a su revolución un signo social fuerte, todo lo avanzado que requiera el cumplimiento de esa incorporación proletaria. ¡Ah!, pero también a ser implacables, severas, con los núcleos traidoramente descarriados, que se afanan en dar su sangre por toda esa red de utopías proletarias y por toda esa red de espionaje moscovita, que se interpone ante la conciencia española de las masas y nubla se fidelidad nacional.

No supone ningún imposible que las juventudes consigan atraer para la causa nacional que ellas representan grandes contingentes de trabajadores. Estos percibirán con más rapidez y entusiasmo que otros la causa de la juventud. Pues se trata de gentes más fácilmente dispuestas a aceptar banderas nuevas, sin que pesen sobre ellas excesivas presiones de ideas heredadas y de familia, como por el contrario ocurre en la mayoría de las otras clases, para quienes la causa de España viene ya de antiguo ligada a rutas tradicionales y muertas.

IV.- INVOCACIÓN FINAL A LAS JUVENTUDES

El paso al frente de las juventudes es una orden del día incluso mundial. Están siendo por ello en todas partes el sujeto histórico de las subversiones victoriosas. Gracias a ellas y a su intervención, Europa ha desalojado al marxismo y descubierto un nuevo signo revolucionario, a base de la fortaleza nacional, la dignidad de las grandes masas y la construcción de un nuevo orden.

En tal momento, España ofrece su problema, sin posibilidad de aplazamiento para el desarrollo subversivo. Después del 14 de abril, que en sí y por sí careció absolutamente de significación trasmutadora, enseñan ya sin embargo su perfil los aspirantes a ejecutar y presidir las enormes transformaciones que en España van a operarse muy en breve. El 6 de octubre se manifestó ya una voluntad proletaria de estar presente en la coyuntura española que se avecina. Urge, pues, la presencia *nacional*, la respuesta *nacional* que deben dar a esa fecha las juventudes.

La situación de la Patria es concluyente: A toda velocidad se acerca el momento histórico en que le toque decidir bajo qué signo se operarán las transformaciones. Hay ya quien maneja los aldabonazos con cierta energía. Pues bien, nosotros, levantando la voz lo más que nos sea posible y rodeándola del máximum de emoción, decimos a las juventudes actuales de la Patria:

La subversión histórica que se avecina debe ser realizada, ejecutada y nutrida por vosotros. Disputando metro a metro a otros rivales el designio de la revolución nacional.

Este momento solemne de España, en que se ventilarán sus destinos quizá para más de cien años, coincide con la época y el momento de vuestra vida en que sois jóvenes, vigorosos y temibles.

¿Podrá ocurrir que la Patria y el pueblo queden desamparados, y que no ocupen sus puestos los liberadores, los patriotas, los revolucionarios?.

¿Podrá ocurrir que dentro de cuarenta o cincuenta años, estos españoles, que hoy son jóvenes y entonces serán ya ancianos, contemplen a distancia, con angustia y tristeza, cómo fue desaprovechada, cómo resultó fallida la gran coyuntura de este momento, y ello por su cobardía, por su deserción, por su debilidad?.

FIN DEL DISCURSO

PRIMERA DIGRESIÓN ACERCA DEL SIGNO REVOLUCIONARIO DE LAS JUVENTUDES

1. LA PRESENCIA DE LAS JUVENTUDES

Hubo en la Grecia clásica un historiador que no hablaba en sus libros sino de hechos contemporáneos. Creía sinceramente, con ingenuidad magnífica, que en tiempos pasados, en épocas anteriores, no había acontecido en el mundo nada que fuese digno de mención histórica. La historia comenzaba, pues, con su tiempo, y las primeras páginas de ella habían de corresponder a los sucesos de más relieve que se ofrecían ante su vista. Por ejemplo, las Guerras del Peloponeso.

Pues bien, este libro, que naturalmente va a consistir en el propósito de interpretar la profunda realidad de España y su inmediato futuro bajo el signo histórico de las juventudes nacionales, tiene que examinar un fenómeno parecido a ese ejemplo clásico, y que va a servirnos para identificar la presencia verdadera de esa nueva fuerza motriz de la historia que son las juventudes.

Hay operante una conciencia juvenil cuando esta tiene de sí misma una idea en cierto modo mesiánica. Es decir, cuando en realidad cree que su presencia vigorosa en la historia coincide con las horas finales de un proceso agónico de descomposición y de crisis. Cuando, en una palabra, como el griego, antes que ella no ve sino algo caótico y sombrío. Advierte entonces la conciencia de las juventudes que su mera presencia, su sola aparición, significa ya una posibilidad de salvación y de grandeza, una aurora para el mundo.

Repetidas veces, quizá la mayor parte de las veces, esa creencia, esa valoración y estimación de su propio destino que tienen las juventudes, es un desplante ilusorio, se resuelve en pura irrealidad, sin misión concreta a que adscribirse. Son las épocas y los momentos en que la presencia de las juventudes como tales es apenas perceptible. Los hombres no se detienen apenas en la juventud, y pasan rápidamente de la adolescencia infantil a la madurez. Pero entrar en la madurez, formar socialmente en ella, equivale a incrustarse en su sistema, en su ordenación. Es decir, equivale a encontrar aceptable las formas vigentes y colaborar en su destino histórico, en la tarea de procurarle una permanencia más amplia.

2. ÉPOCAS CONSERVADORAS Y ÉPOCAS REVOLUCIONARIAS

Se trata entonces de épocas conservadoras y tranquilas. Las juventudes apenas si existen, pues fácil y rápidamente son reabsorbidas sin dificultad por las tareas normales con que el mundo anda preocupado cuando ellas aparecen. Son los momentos culminantes de los imperios, ya teniendo sin embargo a la vista las decadencias lentas que los suceden. Así en la Roma de Augusto. Así en la España de mediados de siglo XVI y el largo y angustioso proceso de descomposición posterior. Así la hora actual de Inglaterra. Así casi todo el siglo XIX mundial.

El espíritu y la misión de las juventudes es entonces camuflado, o bien declarado perturbador, estridente y demoniaco. Aparece quizá en rebeldías individuales y se resuelve en romanticismo literario, o si adopta formas políticas, en un anarquismo inane.

Pero puede acontecer que esa conciencia mesiánica de las juventudes a que nos hemos referido se robustezca y se desborde de un modo arrollador cuando, en efecto, su presencia coincida de veras con una coyuntura histórica, de tal descomposición, que la aparición vigorosa de las juventudes equivalga a una fuerza motriz avasalladoramente fértil.

Esto ocurre y sucede de hecho en las épocas de transformación, en las épocas revolucionarias, aquellas en las cuales el mundo logra ahogar la hidra de un proceso de descomposición o de angustia y dar paso a un orden nuevo. Son épocas de invención y de conquista. Épocas creadoras, que descorren el telón y descubren para los pueblos los nuevos caminos que la historia les ofrece.

Pues bien, el sujeto histórico de tales momentos, el brazo impulsor y realizador de ellos es lo que denominamos la conciencia operante de las juventudes. Y en la medida en que éstas influyen y sostienen con lo que les es peculiar, es decir, con espíritu de sacrificio, pureza, ímpetu y esfuerzo, las instituciones y formas del nuevo sistema, en esa medida la coyuntura histórica realiza y cumple su misión, resolviéndose en metas de plenitud, o bien retrocediendo y falseando su sentido.

El hecho de que el mundo, y sobre todo los pueblos europeos que son en realidad su expresión más fiel, se encuentre hoy bajo el signo de una coyuntura de ésas, en la que las juventudes aparecen con plena conciencia mesiánica, autosugestionadas y autosobreestimadas, hace que semejante fenómeno atraviese una zona de claridad y se nos ofrezca de veras comprensible. (Yo mismo me encuentro en la riada, y es así, dentro de ella, como se me presenta el hecho en todo su íntegro volumen.)

3. LA CONCIENCIA MESIÁNICA DE LAS JUVENTUDES

Al convertirse las juventudes en sujeto primordial de la historia, la época adopta necesariamente perfiles revolucionarios. Las grandes revoluciones han tenido lugar y se han efectuado en tales horas, lo mismo si son de índole religiosa que si son de carácter económico y político.

Naturalmente el hecho de las juventudes, el concepto de «lo joven», es desde luego elástico y flexible, sobre todo si queremos referirnos a él en la forma que lo hacemos. Antes aludimos a las épocas por esencia conservadoras y tranquilas, en las que realmente la etapa juvenil del hombre es de suma fugacidad, un relampagueante episodio de la existencia. Pero al contrario, en las épocas en que se operan grandes transformaciones y se proyectan sobre los pueblos con éxito las grandes consignas de índole revolucionaria, el primer hecho social que surge es que el «proceso de duración» de la juventud se estira y amplia de modo considerable.

Entonces puede decirse que el hombre es «joven» durante más tiempo, esto es, vive las apetencias, las emociones, las inquietudes y las angustias de la juventud un período de tiempo más largo. Y es que al pasar las juventudes a ser la fuerza motriz decisiva, al convertirse en sujeto creador, su misión, que en otras épocas parece casi inexistente como tal, se agiganta y dilata de un modo extraordinario, ya que es de hecho la misión misma de la humanidad en aquella hora. Una función así, una tarea así, no puede recaer sobre fuerzas sociales de fugacísima vigencia, sino sobre períodos más dilatados de la vida del hombre. Así ocurre que a los efectos de su mentalidad, sus costumbres, su forma de vida, sus inquietudes, en épocas y momentos como aquellos a que nos referimos, el hombre se considera y es de hecho «joven» hasta los cincuenta y más años.

A esas edades sigue sin incrustarse de un modo definitivo en el orden vigente, se considera enrolado aún entre los que buscan y se afanan por el hallazgo de formas políticas, económicas o religiosas provistas de las eficacias por las que él suspira. Es en definitiva un descontento, un desplazado, un insatisfecho. Es asimismo, naturalmente en su grado histórico más fértil, un soldado de la revolución que en esas épocas se produce y tiene lugar siempre de un modo victorioso.

Esas son las gentes que constituyen el nervio de las grandes revoluciones y que de una manera u otra tiene a su cargo el papel de nutrir su predominio militar, la misión histórica de promover en el mundo los cambios y los virajes gigantescos que se producen. Son las falanges revolucionarias de Julio César, que vencen a las oligarquías podridas de la república romana e instauran el Imperio en nombre de las grandes masas. Son los conquistadores españoles del siglo XVI, analfabetos y hambrientos, y los que se alistan en aquellos famosos tercios que bajo Carlos V afirman el poderío español en Europa. Son las tropas bonapartistas que imponen en toda Europa los postulados de la revolución francesa. Y son, por último, hoy, los actores decisivos, no ya en el orden de la ejecución y del servicio, sino totalitariamente, extrayendo de sí, y sólo de sí, caudillos, normas, instituciones y metas históricas propias.

4. ANTE UNA COYUNTURA SUBVERSIVA

Pues atraviesa, repito, el mundo en esta hora actual un momento que responde exactamente a las características que aquí aparecen. Hoy, en efecto, están agudizados los perfiles que denuncian en casi toda el área mundial la presencia efectiva de una conciencia juvenil operante, provista de una absoluta fe de carácter mesiánico en sus propios destinos. Por eso estamos de hecho en una caldeada atmósfera revolucionaria, de tal temple y poder que, ante las miradas atónitas de muchos, colaboran en el signo revolucionario y subversivo incluso cierto linaje de actitudes que hasta aquí integraban, quizá, el tronco ideal del conservadurismo más pétreo.

Un análisis ligerísimo de los hechos que hoy acontecen, corrobora de un modo absoluto la veracidad de nuestros juicios. La presencia de las juventudes llena en efecto la actualidad mundial. Ahí está por todas partes su problema, y ahí está visible ese rasgo dilatorio de la duración de lo «juvenil», que antes hemos mostrado como propio y característico de las coyunturas históricas de signo revolucionario y subversivo.

Desde hace más de quince años, pongamos desde finales de la Gran Guerra, viene advirtiéndose una movilización de las juventudes, las cuales, a la vez que adquirían volumen y relieve, se han ido resumiendo

y polarizando en empresas de orden muy vario según las circunstancias, pero siempre dejando tras de sí una estela de transformaciones, más o menos fallidas, que han dado y dan aún al mundo una sensación profundamente revolucionaria.

5. LA INSOLIDARIDAD DE LAS JUVENTUDES

Las juventudes, en efecto, a la par que se dilata más su proporción numérica, ya que alcanzan un período mayor de la vida humana, y por ello mismo quizá, se notan cada día más desplazadas y lejanas de toda posibilidad de servicio y de dependencia al orden y al sistema que hallan en estado de vigencia. Y ello por una razón doble: frecuentemente ocurre que no hay sitio para las juventudes, que no se les acepta con facilidad, y que su primera impresión por tanto consiste en la angustia de verse sin solicitaciones justas, casi en un papel de residuo histórico. Pero hay también una razón distinta: las juventudes se sienten dominadas por cierta ingénita repugnancia a los huecos sociales que se le tienen reservados, y tras un período de perplejidad y de orientación crítica, haciéndose cargo unas veces de las tareas que se le asignan, y otras en franca rebeldía y aventura, se instalan y enrolan en la subversión más sugestiva que tengan delante.

Un hecho así, un proceso así, tiene hoy rango y carácter de acontecimiento mundial. Desarrollado y culminante en unos pueblos, naciente con más timidez en otros, pero constituyendo sin ninguna duda la fuerza impulsora más decisiva de la época.

En tal situación, las juventudes abordan la realidad fundamental de su existencia. Entran en línea de combate. Pues difícilmente su problema puede ser resuelto de otro modo que con la decisión firmísima de abrirse paso. Se dan cuenta de que han llegado a un mundo repelente, defectuoso y hundido en cien miserias. Pero ellas no forman parte de él, están a extramuros, y precisamente con un bagaje irrenunciable y valiosísimo: su vitalidad, su ímpetu. Y sobre todo su inmunidad para toda depresión o solución de tipo pesimista. Pues ocurre, en efecto, que en tal coyuntura las juventudes se encuentran de verdad entre la pared y la espada: repelen el orden y el sistema vigente, pero a la par de eso tienen cerrada toda salida pesimista, toda renunciación. Es su hora en la historia, y ésta les veda retroceder ante su propio destino.

Por eso las juventudes que alcanzan a vivir una plena conciencia de carácter mesiánico, tras de la desazón y la angustia contra las formas vigentes, entran de lleno en una actitud revolucionaria, de servicio a las trasmutaciones sociales, políticas o religiosas que en épocas tales estén llamadas a surgir.

Las épocas revolucionarias, y la actual lo es en más alto grado que ninguna, comienzan a revelarse por los síntomas que estamos precisamente destacando aquí. Las juventudes se encaran con el panorama que se les ofrece, y lo hacen con arreglo a normas del perfil clásico más puro. Creen en sí mismas, en lo positivo y fértil de su presencia, a la vez que desvalorizan y subestiman lo anterior a ellas, aquello que vienen a hundir en las tinieblas. Y es así como el proceso subversivo culmina. El despego de las juventudes hacia la orden del día universal que encuentran dictada se hace notorio en todos los órdenes.

La significación de todo ello es clara: los valores preeminentes de carácter cultural, económico y político aparecen ante las juventudes desprovistos de luminosidad. Son valores falsos, que no merecen respeto alguno, y que cumplen a sus ojos el papel de meras apariencias de virtud al servicio de realidades degradadas. De hecho se rebelan contra el tipo de vida cenagosa y mediocre que se les ofrece. Y naturalmente, rechazan las tareas a que los viejos grupos, rectores de las formas aún en pie, parecen destinarlas.

6. NI CRISIS MORAL, NI CORRUPCIÓN, NI AVENTURERISMO

Y es digno de notarse un fenómeno que acompaña a esa actitud hostil de las juventudes. Con gran frecuencia se presentan éstas bajo un signo moralmente depresivo, es decir, rodeadas de atributos sospechosos de corrupción y de impureza. Es lo que entonces se denomina, desde la vertiente antijuvenil y antihistórica, «crisis moral de la juventud». Quizá las juventudes en efecto se inclinan a la realización de un tipo de vida que para «los otros», para los representantes de las formas estáticas, es puro cinismo aventurero, pura corrupción, pura huida o fuga ante el deber y la dificultad de ser laboriosas, disciplinadas y obedientes.

Pero eso no es sino otro de los síntomas del viraje histórico, de la ruptura que va a ser efectuada por las revoluciones. Esa supuesta corrupción es simple ignorancia y simple ceguera para determinadas normas inhibitorias. No se parece, pues, en nada a la corrupción y a la mendacidad verdaderas, propias de quienes «trasgrieden» normas morales, no sólo no ajenas a ellos, sino creadas y forjadas por ellos mismos, o por lo menos presentadas por ellos como los pilares básicos sobre que descansa su concepción del mundo y de la vida.

Es, por tanto, falsa e injusta esa imputación que se les hace a las juventudes operantes, presentando como de origen impuro su resistencia a incrustarse en los sistemas ortodoxos que rigen a su llegada. Su despreocupación, su adscripción a formas desenvueltas, su quebranto de ciertos ritos, la misma aparente facilidad con que se entrega a los viejos poderes corruptores, todo ello no es ni equivale a la degradación moral absoluta con que generalmente es calificada.

Recusamos por inválida y errónea la propensión a juzgar el «desarraigo» de esas juventudes como un signo de depresión moral. Pues ocurre que carecen quizá de lo que puede llamarse el manojo de *virtudes* vigentes. Pero ello, junto a ese «desarraigo» de que hicimos mención, no excluye verlas caminar en pos de virtudes nuevas y verlas asimismo ligadas de una manera profunda a disciplinas de dimensión considerable. Adviértase que la ruptura revolucionaria en que viven las desprende de una dogmática antes de haber dado lugar a la creación de otra nueva y diferente. Las fuerzas motrices que actúan en tales épocas viven un interregno comprendido entre el momento de su desvío hacia las formas estáticas y su adscripción a una disciplina moral nueva. Con esto, y con lo que antes expuse acerca de cuáles son las características de la verdadera corrupción, creo quedará perfectamente claro cómo las juventudes no pueden ser calificadas de relajación ni de degradación porque realicen su función trasmutadora con arreglo a estilos de aparente signo aventurero. Hay evidentes diferencias entre un ladrón o atracador de caminos y un gobernante revolucionario que de acuerdo con su mito social despoja en determinados casos las fortunas privadas.

El carácter mesiánico, salvador, y el sentimiento de que su presencia en la historia acontece en la hora precisa para que no llegue a consumarse de modo irreparable la catástrofe, constituyen el basamento emocional de las juventudes. Hay tal caos en torno, hay tal ciénaga y tales injusticias a su vera, perciben todo ello con tal claridad, que la primera decisión de su ánimo es atribuirse el papel mesiánico de salvadores, de inauguradores de la historia, al estilo del historiador griego.

7. LA RUPTURA DEL «PROGRESO»

Así, las épocas revolucionarias no son en rigor épocas progresistas. No hay ni puede haber mito ni ilusión de progreso donde no hay afán alguno *continuador*, donde no hay servicio a valores preexistentes. No se trata entonces, como no se trata hoy, de progresar, sino de desgarrar el velo de las invenciones. Se va a la conquista de situaciones y formas de vida para escalar las cuales nunca es terreno firme la permanencia, ni siquiera transitoria, en lugares intermedios.

Son, por el contrario, los anchos procesos históricos de signo conservador los que se realizan y cumplen bajo una función de progreso, con una misión progresista. El progreso es hijo y producto de la colaboración, de la continuidad, precisamente las dos cosas que desaparecen y son negadas bajo el imperio de las juventudes triunfantes. Éstas rompen su solidaridad con el pasado más inmediato, es decir, se niegan de hecho a ir elaborando tareas ya iniciadas o a seguir timoneando la simbólica nave progresista.

Bien se habrá advertido cómo esta digresión descubre de hecho los perfiles de la época actual, aquella que está transcurriendo hoy mismo, y de la que somos todos, en un grado u otro, actores. En efecto, ningún fenómeno más notorio hoy que el de la dilatación sorprendente de la etapa juvenil del hombre, con todo el manojo de consecuencias de índole moral, económica y política que ello trae consigo. Las juventudes, dilatadas y amplificadas así, se reajustan más cada día a su misión y actúan como las representantes genuinas del momento histórico. Todo se rinde a ellas, y en todas partes, polarizando lo que hay de más brioso, heroico y fértil, señalan imperativas su camino, que es desde luego un camino revolucionario, enormemente trasmutador y subversivo. No hay país donde no hayan aparecido, y pocas, muy pocas, son las fortalezas que se le resisten. Pues claro que no se trata de movilizaciones juveniles, en el sentido parcial y fugacísimo que puedan darle a esa expresión este o aquel numero de años, sino de algo que sobrepasa todo eso y alcanza la calidad de una acción histórica mucho más profunda que la que correspondería a un concepto estrecho y restringido de «lo juvenil». Las épocas revolucionarias ponen en circulación una mística de la juventud que se enlaza con lo más capital de su misión, que es ni más ni menos abrir paso a un mundo provisto de juventud, es decir, de vigor y de pureza.

SEGUNDA DIGRESIÓN ACERCA DEL PERFIL ACTUAL DE EUROPA

Europa es ya hoy en su casi totalidad el campo de operaciones de ese espíritu juvenil y revolucionario a que nos hemos referido en la digresión primera. Nada difícil va a sernos destacar uno por uno los acontecimientos culminantes de la actual Europa, señalar los mitos creadores que la orientan e ilusionan, examinar su gesto y sus preocupaciones, y a la vez, mostrar cómo todas esas cosas, acontecimientos, mitos, gestos y preocupaciones, son un producto genuino y una manifestación cabal de las juventudes subversivas.

Desde hace quince años, Europa vive de un modo o de otro entregada a la experiencia trasmutadora. Las juventudes automesiánicas van imponiendo día a día sus características, y ganando batallas a los poderes de signo antiguo.

Soy de los que creen que apenas si ha entrado Europa en la etapa final de las realizaciones revolucionarias, y que por eso los episodios con apariencia de ser ya un producto y una cosecha en algún modo definitiva, es decir, episodios calmadores y frenadores de la subversión histórica, obtenidos ya de ella misma, son más bien floraciones y conatos representativos del nuevo orden y del nuevo sistema aún por venir.

Si pasamos revista a todo cuanto de un modo central, y hasta de un modo formal o episódico, viene ocurriendo en Europa, lo advertiremos impregnado de una misma esencia, que responde a un estilo de subversión, de ruptura, y sueña a cada paso con interpretar novedades radicales. Y ello, tanto en los nortes ideológicos, como en las manifestaciones de índole más superficial y externa. Asimismo, que sólo desplegando los resortes típicos y hasta brutales de las épocas trasmutadoras, con su bagaje de heroísmo, imposición y denuedo, han podido quizá ser abordados e incluso vencidos los obstáculos pavorosos de esta edad.

¿Qué vemos realmente en Europa? Después de la Gran Guerra, que vino a ser el aldabonazo que abría e inauguraba el proceso subversivo, han surgido en Europa los siguientes hechos capitales, cuya comprensión exacta es imprescindible para quienes deseen tener una idea clara acerca del presente europeo:

Pacifismo de postguerra.
Bolchevismo ruso.
Fascismo italiano.
Racismo socialista alemán.
Impotencia revolucionaria marxista.
Descomposición de las instituciones económicas y políticas de la burguesía.
El paro forzoso.
La uniformación política de las masas.

Rápida y brevemente vamos a justipreciar estos fenómenos, a desentrañar su sentido y a encajarlos en el proceso mundial hoy en curso bajo la acción de las grandes masas de juventudes.

I.- Pacifismo, Sociedad de Naciones e imperialismo francés

1. LOS DOS PACIFISMOS

En la Gran Guerra fueron sacrificados unos diez millones de hombres. Realmente, si alguien lograse demostrar que todas esas vidas se inmolaron por capricho, sin ligazón profunda y verdadera a los más auténticos y solemnes designios de la historia, habría que declarar sin pérdida de minuto la estupidez y la brutalidad de la Europa que declaró e hizo la guerra. Pues, como si esa demostración se hubiese hecho, surgió, creció y se desarrolló en toda Europa una actitud pacifista, cuyo espectáculo, cuando sea contemplado a distancia, parecerá el responso más repugnante que podía dedicarse a los millones de hombres que murieron en campaña.

Jamas, en todo el transcurso de la historia, ha sucedido a una guerra un ambiente de tal miseria moral y de tal crisis de entereza como la que puso en circulación la atmósfera pacifista a raíz de 1918. Podemos distinguir dos pacifismos: uno, el pacifismo diplomático de los Estados, y otro, el pacifismo ingenuo que se

quiso incrustar entre las grandes masas populares. El primero se domicilió y centró en Ginebra bajo el nombre de Sociedad de Naciones. El segundo pretendió llevar al ánimo de las gentes la creencia de que la última guerra debía ser de veras la última, y que había que decretar por tanto la proscripción absoluta de todas las guerras. Este último pacifismo integral fue acogido con verdadera fruición por los agitadores «oficiosamente» revolucionarios, estimándolo como uno de los resortes subversivos más eficaces.

2. GINEBRA, TRINCHERA REACCIONARIA

El pacifismo de Ginebra ha venido a constituir, de hecho, la fortaleza donde se han acumulado todos los poderes que intentaban desterrar de esta época el fatal signo subversivo que gravita sobre ella. No se olvide que lo que hace hoy crisis esencial y contra lo que principalmente se encaran las baterías trasmutadoras de que vienen provistas las juventudes, está constituido por las formas políticas, sociales y económicas características del espíritu burgués.

Realmente, la Sociedad de las Naciones no ha tenido nunca sino dos finalidades: una, garantizar en lo posible el cumplimiento del Tratado de Versalles, enguantando el puño terrible que impuso sus dictados; otra, asegurar en lo posible también el porvenir, poner vigilancia directa al mundo para que nadie burlase la vigencia del *status quo* surgido de la victoria. Estas dos finalidades se resumen de hecho en una: Seguridad para Francia, y no ya en sentido de asegurar su integridad nacional, es decir, de asegurarse contra el peligro de ser invadida, sino seguridad para el dominio mundial de Francia, seguridad para el imperialismo francés.

Es, pues, Ginebra la sede desde la que se intenta hoy, por la potencia más típicamente representativa de las formas de la civilización burguesa, es decir, por Francia, detener la marcha del mundo. Todos los cambios triunfales operados en Europa, y que han surgido ya con un cierto aire de servicio al espíritu revolucionario de las juventudes, han chocado con Ginebra. Recuérdense los primeros años del fascismo italiano, la constante lejanía de la Rusia bolchevique, y, por último, su divorcio absoluto con la Alemania nazi.

3. GINEBRA, CAPITAL METROPOLITANA DEL IMPERIALISMO FRANCÉS

El espíritu y los propósitos que informan a la Sociedad de Naciones nos conducen a pensar si puede considerarse en serio, como uno de los objetivos mundiales que requieren más desvelo, el garantizar la existencia y la seguridad de Francia. Colaborar en Ginebra, aceptar la significación del pacifismo de Ginebra, equivale de hecho a eso que hemos dicho: a hacer girar la inquietud y los intereses todos de Europa en torno a un objetivo, la seguridad de Francia.

Y claro que puede aceptarse fácilmente el derecho de Francia a existir. Pero hay enorme distancia de eso a sacrificarlo todo, incluso la justicia y los intereses históricos de Europa, por la tranquilidad de Francia. Cuando en la historia ocurre que el vivir normal de un pueblo produce como si dijéramos un atasco para los demás, ya puede suponerse qué destino le corresponde y sobreviene.

El imperialismo francés es de base pacifista. Y de tal modo que, como venimos diciendo, su capital metropolitana no es París, sino Ginebra. Hasta ese extremo, de recatar así su propio signo, llegan la habilidad y el artificio del sistema de postguerra. El imperialismo pacifista o el pacifismo imperialista, que tanto monta, es de esa índole de cosas que se sustentan y nutren con lo que les es contrario. Como quien se enriquece y hace millones vendiendo y difundiendo literatura bolchevique.

En cuanto a la derivación pacifista que podemos denominar integral, también su análisis nos entrega cosecha sorprendente. Resulta que, adoptada por los núcleos aparentemente más revolucionarios y subversivos, es de hecho una actitud regresista, cansada y conservadora. Su propósito es de una ingenuidad y de un optimismo infantiles. Consiste en un estado de ánimo que proscribe toda guerra, y que cree de veras en la supresión de las contiendas bélicas, borrándolas de la historia, y ello de tal modo que pueda, en efecto, señalarse con un mojón en la historia de la humanidad un momento del que quepa decir: hasta aquí, los pueblos hicieron entre sí la guerra; de aquí en adelante no han vuelto a tener lugar conflictos armados.

Realmente se comprende que quienes crean tan fácil eliminar en absoluto las guerras, tengan también la creencia de que se hacen a capricho, por frívolo designio de unos cuantos gobernantes o de un poderoso trust de constructores de cañones.

4. EL PACIFISMO INTEGRAL, ACTITUD CANSADA

El pacifismo integral, ese que llega incluso a difundir que la Patria no es una cosa suficientemente merecedora de que se muera por ella defendiéndola en una guerra, es la última gran llamarada del humanitarismo romántico, típica flor de la civilización burguesa. ¡Qué más quisieran ahora los bien avenidos con el orden existente, con las gracias marchitas y renqueantes del espíritu burgués, que el humanitarismo así entendido detuviera el brazo armado de ese alud juvenil propio de la época! Por eso identificamos la actitud de los pacifistas integrales, aquellos que *todo* lo sacrificarían antes que hacer la guerra, a una actitud cansada, desilusionada, quieta, es decir y en definitiva, conservadora y contrarrevolucionaria. ¿Cómo van a ser ellos las fuerzas motrices de un cambio radicalísimo, de una trasmutación profunda, cosa que por las resistencias que se les habían de oponer no podría realizarse sino desarrollando típicas actitudes de guerra? Este pacifismo integral, este apartamiento sistemático de lo heroico y la subestimación absoluta de las virtudes de la milicia, ha triunfado y se ha extendido sobre todo entre los obreros. La primera consecuencia ha sido debilitar su fuerza revolucionaria, permitiendo que sean, no sólo ellos, sino otros también quienes intenten manejar la fecundísima palanca subversiva. Pues si nunca está justificada una guerra, y a evitarla debe sacrificarse *todo*, también deben evitarse las revoluciones, y antes que hacerlas debe sufrirse asimismo *todo*, el paro, la injusticia, la explotación y la miseria.

La actitud pacifista, tanto la radicada en Ginebra como esta otra integral a que nos hemos referido, va desapareciendo de Europa. La primera, por absoluta ineficacia y desprestigio. La segunda, por ley vital y retorno a los hombres de su íntegro ser, después de la sima catastrófica de 1914.

Naturalmente que la guerra no parece nunca un bien apetecible. Pero es algo fatal, incrustado en el destino de los hombres, y hay que aceptarla con entereza, como otras muchas cosas de signo terrible que circundan nuestra vida. Desenmascarar el pacifismo que ha venido imperando desde la Gran Guerra no equivale a desear la guerra, ni a ser partidario de la guerra. Equivale a señalar el artificio y la infecundidad de un sentimiento basado en pilares erróneos y movedizos. Y a postular, después de la contienda bélica de 1914-1918, la recuperación por los hombres y por los pueblos de sus atributos normales de capacidad para el sacrificio heroico, ya que la época trasmutadora que vivimos los requiere sin duda para realizarse plena y cabalmente.

II.- El bolchevismo ruso y la proyección mundial de la subversión roja

1. EL BOLCHEVISMO, REVOLUCIÓN NACIONAL RUSA

La conquista del Poder por el marxismo en Rusia es, sin ninguna duda, el primer fruto subversivo de la época actual, en el orden del tiempo. Cada día que pasa se hace más fácil comprender el verdadero carácter histórico de la revolución soviética, el papel que le corresponde en el proceso de realizaciones revolucionarias inaugurado a raíz de la Gran Guerra. Su legitimidad, entendiendo con esta palabra sus títulos a presentarse como una manifestación positiva del espíritu propiamente actual, es incuestionable. Ahora bien, apresurémonos a decir que esa contribución valiosa y positiva lo es en el grado mismo en que resultaron fracasadas y fallidas las apetencias más profundas que informaron sus primeros pasos.

En efecto, pudo creerse y pudieron también creer naturalmente los animadores rojos hacia 1920-21, que la llamarada soviética se disponía a ser la bandera única de la revolución universal, es decir, que toda la capacidad trasmutadora de nuestro tiempo iba a polarizarse y unirse en el único objetivo mundial de instaurar la dictadura proletaria, con arreglo a los ritos, a la mecánica y a los propósitos del marxismo. Tal creencia es ya hoy un error absoluto, y no tiene creyentes verdaderos ni en el mismo Comité supremo de la III Internacional. Y ello no porque resultasen falsas las características subversivas del presente momento histórico, es decir, no porque se haya abroquelado o impermeabilizado la época para toda hazaña revolucionaria, sino porque los moldes trasmutadores bolcheviques no se han ajustado ni han monopolizado los valores realmente eficaces de la subversión moderna.

La revolución bolchevique triunfó en Rusia no tanto como revolución propiamente marxista que como revolución nacional. El fenómeno no es nada contradictorio y tiene una explicación en extremo sencilla. En el año 1917, en plena guerra europea, culminaban bajo el cielo ruso todas esas bien conocidas monstruosidades que eran la base del régimen zarista. Una aristocracia rectora, extraña en absoluto al ser de Rusia, antinacional, que apenas hablaba ruso sino francés, y no tenía de su papel real en la vida rusa la más mínima idea. Una alta burocracia necia, venal y de funcionamiento irritante. Y sobre todo, en 1917, la

realidad cruda de la matanza guerrera, a las órdenes de Estados mayores continuamente reñidos con la victoria, en plena y absoluta desorganización, bloqueadas y castigadas las masas por todas las furias imaginables, por el hambre, la desesperación y la impotencia. En esas condiciones, *los bolcheviques eran los únicos que podían dar las consignas salvadoras de la situación*, consignas que no eran otras que las de curar el dolor de cabeza cortando si era preciso la cabeza.

Había quizá que aniquilar completamente a Rusia para hacer posible sobre aquel suelo, y con aquellas grandes masas rusas supervivientes de campesinos, de obreros y de soldados, una sociedad nacional. Los bolcheviques eran los únicos, repito, que podían manejar sin escrúpulos una palanca aniquiladora de tal magnitud. Los únicos que podían jugar con entereza la carta que se requería, y que era nada menos la liquidación definitiva de la Rusia histórica. Su victoria y su triunfo parecen innegables. Jugaron la carta de Rusia y la ganaron. Incorporaron desde luego una cosa que en esta época no sólo no es nada despreciable sino principalísima y fértil: un nuevo sentido social, una nueva manera de entender la ordenación económica y una concepción, asimismo nueva, del mundo y de la vida. Con esos ingredientes han forjado su victoria. Pero entendámoslo bien: esa victoria no es otra que la de haber edificado de veras una Patria. Es una victoria nacional.

Que la revolución soviética sea en efecto la revolución mundial es cosa que parece ya resuelta en sentido negativo. Es más, la Rusia actual no sacrificaría un adarme de sus *intereses nacionales* por incrementar y ayudar una revolución de su mismo signo en una parte cualquiera del globo. No pondría en riesgo su vida, la vida de la patria rusa, ni comprometería esa arquitectura social, industrial y guerrera que ha edificado con tanto dolor y tanta ilusión a través de veinte años.

¿Puede ser la Rusia bolchevique un espectáculo normal para el resto del mundo? ¿No es una provocación y un peligro para los demás pueblos? Una contestación reaccionaria a esas dos interrogantes la consideramos en absoluto inadmisible. Desde el punto de vista del espíritu de la época, es decir, para quien de veras se sienta dentro de la realidad operante en esta hora del mundo, la Rusia bolchevique es una nación más, provista de un régimen social más o menos apetecible, en parte monstruoso y en parte interesante para nosotros. ¿Es que el reconocimiento de las naciones como tales se hace en virtud de similitudes de régimen y costumbres? ¿Depende del tipo de Código civil en ellas vigente?

2. LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE MUNDIAL, CONSIGNA FALLIDA

Ahora bien, hay que localizar como absurdo empeño, en el caso de que realmente se reproduzca, la consigna de bolchevización universal. La empresa está ya fracasada, sin victoria posible. Una aspiración así pertenece a la dimensión marxista ortodoxa que acompaña al bolchevismo, pero ya dijimos que el comunismo en Rusia no debe su triunfo, y menos su consolidación, al carácter marxista de la revolución sino a su carácter nacional, aunque éste resulte y sea un hallazgo imprevisto. Sin este objetivo de forja de la Patria rusa, posiblemente el régimen estaría ya hundido. Se ha salvado porque abandonó a tiempo, por su voluntad o sin ella, los gérmenes infecundos y erróneos que poseía. La derrota de los ejércitos rojos de Trotsky ante Varsovia señala el minuto mismo en que la realidad europea decretó la ilegitimidad de la revolución bolchevique como revolución mundial. La posterior eliminación de Trotsky, en el seno mismo de Rusia, y la dictadura sucedánea de Stalin corroboran también esa ilegitimidad. Stalin es el hombre que soñará quizá con la revolución universal roja, pero que por lo pronto se zambulle en la realidad rusa, y cree sin duda que la consigna más interesante es hoy hacer y construir en Rusia una gran Nación.

Repitamos que solo Lenin, *sólo un marxista*, podía sin pestañear conducir la estrategia revolucionaria de octubre. Sus famosos decretos a raíz del triunfo, y la decisión tremenda de edificar a sangre y fuego un orden revolucionario, constituyen los pilares básicos sobre que se apoya hoy la existencia nacional rusa. Que ésta dispone de todos los ingredientes y de todos los resortes necesarios para rodar por la historia como una Patria de los rusos parece ya un hecho incuestionable. Hay en la Rusia bolchevique una disciplina nacional única, es decir, una tarea que une y liga a todos los rusos, hay una obediencia social a las jerarquías gobernantes, hay una clase dirigente, una minoría con plena conciencia de su misión rectora, un ejército que maniobra y marcha al ritmo mismo del sistema, unas masas que en su sector más vivaz, y por tanto más poderoso, consideran ese sistema como algo de veras suyo, hecho y creado de raíz por ellas y para ellas. ¿Qué más se necesita para que pueda decirse que estamos en presencia de un estado nacional autentico?

Esa es, considerada de un modo objetivo, la contribución de Rusia a la subversión de la época. En trance de analizar el sentido de los hechos que vienen ocurriendo en Europa, es imprescindible señalarle un sitio, calificar el espectáculo soviético como una de las respuestas que el espíritu catilinario moderno ha dado a la evidente descomposición de las formas culturales, políticas y económicas del liberalismo burgués.

Más adelante, en el apartado V, nos ocupamos de los partidos comunistas mundiales, de su sentido dentro del fenómeno bolchevique y de la actuación marxista mundial.

III.- El fascismo italiano. El segundo mensaje de las juventudes subversivas

1. FASCISMO Y MARXISMO, FRENTE A FRENTE

El triunfo del fascismo en 1922, y sobre todo su victoria definitiva contra todas las oposiciones en 1925, que es realmente el hecho que lo aposenta y consolida, equivale a la primera replica que dice NO a la revolución bolchevique mundial. El fenómeno tiene un interés culminante para percibir el cauce exacto por donde discurren las nuevas formas europeas. Pues ya hoy, a los trece años de régimen fascista, es ingenuo, y desde luego falso, pensar que Mussolini congregó en torno a los haces lictorios a las fuerzas pasadistas y regresivas de Italia para contrarrestar y detener la ofensiva bolchevique con la instauración de un Poder reaccionario. Esa interpretación del fascismo es absolutamente errónea, y si a los efectos de la batalla política, de la agitación y de la estrategia revolucionaria, la hacen suya los partidos y las organizaciones marxistas, es seguro que ni el más fanático de sus dirigentes lo estima y juzga de ese modo.

Mussolini organizó y dirigió el fascismo con arreglo a una mística revolucionaria. Y lo que de verdad hace de él un creador y un inventor, es decir, un caudillo moderno, es precisamente haber intuido o descubierto, antes que nadie, la presencia en esta época de una nueva fuerza motriz con posibilidades revolucionarias, o lo que es lo mismo, la presencia de una nueva palanca, de signo y estímulo diferentes a los tradicionalmente aceptados como tales, pero capaz también de conducir a la conquista revolucionaria del Estado.

El fascismo es de hecho la primera manifestación clara de que las consignas bolcheviques, no sólo no agotaban ni polarizaban en su defensa a todas las energías trasmutadoras de la época, sino que, al contrario, dejaban fuera a una zona poderosísima, asimismo subversiva y revolucionaria, y tan extensa, que sería llamada a usurpar al propio bolchevismo, en cruenta lucha de rivalidad, la misión de desarticular el sistema caducado de las formas demoliberales. Y crear un orden nuevo.

Fue en Italia, pues, donde quedó patentizada esa realidad, donde se evidenció el error en que se debatían los propósitos universales del bolchevismo. Y es curioso que algunos escritores socialistas, no bolcheviques pero sí revolucionarios, como el español Ramos Oliveira, achaquen la razón de que Mussolini venciese al marxismo en Italia «a que el leninismo se había inoculado en la mayoría del socialismo italiano». Quizá no se dan cuenta esos escritores de lo enormemente profunda que es su observación, pero no en el sentido de mera influencia táctica, sino en lo que la relaciona con la dimensión histórica del signo mundial bolchevique.

2. EL FASCISMO, FENÓMENO REVOLUCIONARIO

Que el fenómeno fascista pertenece al orden de los acontecimientos revolucionarios, nutridos con un estricto espíritu de la época, es para nosotros un hecho incontestable. ¿Qué hemos de pedirle en estos tiempos a un hecho político destacado para poderlo situar en la órbita revolucionaria, en la línea subversiva de servicio a la misión creadora y liberadora que corresponde a nuestra época? Sencillamente lo que sigue:

I) Que contribuya a descomponer las instituciones políticas y económicas que constituyen el basamento del régimen liberal-burgués, y ello, claro, sin facilitar la más mínima victoria a las fuerzas propiamente feudales.

II) Que al arrebatar a la burguesía el papel de monopolizadora de todo el timón dirigente, edifique un nuevo Estado nacional, en el que los trabajadores, la clase obrera, colabore en la misión histórica de la Patria, en el destino asignado a «todo el pueblo».

III) Que tienda a subvertir el actual estancamiento de las clases, postulando un régimen social que base el equilibrio económico, no en el sistema de los provechos privados, sino en el interés colectivo, común y general de todo el pueblo.

IV) Que su triunfo se deba realmente al esfuerzo de las generaciones recién surgidas, manteniendo un orden de coacción armada como garantía de la revolución.

Es evidente que el fascismo italiano admite ese cuadrilátero, y que los fascistas creen de veras que ése es el sentido histórico de la marcha sobre Roma. Ahora bien, que la subversión haya sido quizá en exceso modesta, que el grado de servicio concreto a la ascensión social y política de los trabajadores resulte asimismo pequeño, que el influjo de los viejos poderes antihistóricos, representativos de la gran burguesía y del espíritu reaccionario, sea aún excesivo, etc., todo eso, aun aceptado, no priva a la revolución fascista del carácter que le adscribimos, y admite explicaciones muy varias. Una de ellas, la de que todo régimen necesita una base de sostenimiento lo más ancha posible, y si el fascismo, por llegar a la victoria tras de una pugna con la clase obrera de tendencia marxista, se vio privado de la debida adhesión y colaboración de grandes núcleos proletarios, tuvo que apoyarse más de lo conveniente en una constelación social distinta.

Mussolini rectificó, con el fascismo, la línea que los bolcheviques se afanaban en presentar como la única con derecho a monopolizar la subversión moderna. Para ello, lo primero fue considerarla como desorbitada y monstruosa en su doble signo primordial y característico: la dictadura proletaria y la destrucción de «lo nacional», es decir, el aniquilamiento político absoluto de todo lo que no fuese «proletario», y el aniquilamiento histórico, igualmente absoluto, de «la Patria».

El fascismo estaba conforme, sin duda, en reconocer la razón histórica del proletariado, la justicia de su ascensión a ser de un modo directo una de las fuerzas sostenedoras del Estado nuevo. No aceptaba su carácter único, su dictadura de clase contra la nación entera, y menos aún que eso aceptaba el signo internacional, antiitaliano, de la revolución bolchevique.

Mussolini demostró con sus «fascios» que no podía ser exacta la imputación que los «rojos» hacían a «toda la burguesía», es decir, a todo «lo extraproletario», de ser residuos podridos y moribundos. Para defensa de Italia, para machacar una revolución que él creía en aquellos dos ordenes monstruosa e injusta, movilizó masas de combatientes, extraídos de aquí y de allí, en gran parte procedentes de los sectores señalados por los marxistas como moribundos y podridos. Su actuación, heroica en muchos casos, al servicio, no del orden vigente y de la sensatez conservadora, sino de una posible revolución «italiana», se impuso como más vigorosa, más profunda y popular que la actuación paralela desarrollada por el bolchevismo.

El fascismo reveló la existencia de unas juventudes, de una masa activa, extraída en general de las clases medias, que se montaba sobre la pugna de las clases, contra el egoísmo y el pasadismo de la burguesía y contra el relajamiento antinacional y exclusivista de los «proletarios». E hizo de esas fuerzas una palanca subversiva, desencadenada contra lo que de veras había de podrido y moribundo en la burguesía, que era su Estado mohoso, su democracia parlamentaria, su cazurrería explotadora de los desposeídos con la artimaña de la libertad, su sistema económico capitalista y su vivir mismo ajeno y extraño al servicio patriótico y nacional de Italia. Ahora bien, esa palanca no podía ser a la vez una revolución anti-proletaria, anti-obrera. Eso lo vio y tenía que verlo Mussolini, antiguo marxista, hombre absolutamente nada reaccionario, para quien la primera verdad social y política de la época, verdad de signo terrible para quien la ignore, consistía en la ascensión de los trabajadores, en su elevación a columna fundamental del Estado nuevo.

3. LOS INTERESES ECONÓMICOS DE LAS GRANDES MASAS

Júzguese lo difícil y delicado de una revolución como la fascista de Mussolini, que habiendo sido hecha en gran parte contra la conciencia proletaria, mantenida fiel al marxismo, tenía, sin embargo, que realizar la misión histórica de elevar a la clase proletaria al mismo nivel de influencia que los actuales grupos dominantes de la burguesía.

Por su propio origen, por ese carácter suyo de haber tenido que batirse contra una de las fuerzas motrices evidentes de la subversión moderna a que asistimos, el fascismo se resiente y quizá —o sin quizá— se rezaga en el cumplimiento de aquella misión histórica. Ha machacado, en efecto, las instituciones políticas de la burguesía, y ha dotado a los proletarios de una moral nueva y de un optimismo político, proveniente de haber desaparecido las oligarquías antiguas; pero, ¿ha machacado asimismo o debilitado siquiera las grandes fortalezas del capital financiero, de la alta burguesía industrial y de los terratenientes, en beneficio de la economía general de todo el pueblo? Y además, ¿va realmente haciendo posible la eliminación del sistema capitalista y basando cada día más el régimen en los intereses económicos de las grandes masas? No parece suficiente que los obreros formen en la milicia fascista y participen en la misma medida que otras clases en el sostenimiento político del Estado, si a la vez que eso no adopta el Estado fascista la creencia de que es, precisamente, elevando el nivel económico de los trabajadores como se fortalece de hecho la potencia verdadera del Estado italiano.

Fácilmente se adivinan los peligros de que resulte a la postre en ese aspecto fallida la revolución. Claro que eso no quitaría al fascismo el carácter que ya tiene, pero sí evidenciaría su fracaso histórico, su carácter de

cosa inacabada, de tentativa, de conato. Su marcha sobre Roma recordaría entonces más a la marcha sobre Roma de Sila que a la de Julio César, y su etapa de mando más a un período conservador y regresista que a uno revolucionario y fértil.

4. EL ROBUSTECIMIENTO DEL ESTADO MEDIANTE LA INCORPORACIÓN DE LOS TRABAJADORES

Por el momento, la eficacia fascista, en cuanto a haber logrado la colaboración proletaria, parece superior a la de la democracia burguesa. No puede ponerse en duda que los obreros italianos están hoy más identificados con el Estado fascista que los obreros franceses, por ejemplo, con el Estado democrático-parlamentario de Francia. Este hecho puede proceder de una situación sentimental, lo que significaría su carácter transitorio y movedizo, más que de una realidad social-económica, lo que le proporcionaría un valor más firme, pero es un hecho existente y formidablemente representativo.

El Estado fascista ve ante sí la posibilidad de acrecer su fuerza histórica, haciendo que la incorporación proletaria represente para él la misma eficacia que la incorporación de la burguesía, con la revolución francesa, supuso para el Estado napoleónico. Es evidente que la sorpresa de Europa, ante la pujanza imperial de Napoleón, procedía de que Europa desconocía, al parecer, que la primera consecuencia del hecho revolucionario de 1789 fue vigorizar considerablemente el Estado con la ascensión política de la burguesía. Esto, hoy lo vemos con claridad solar. Antes de 1789, el Estado no tenía otro poder que el emanado de estas tres fuerzas: el rey, la nobleza y la Iglesia. La revolución francesa puso el Estado sobre las anchas y poderosas espaldas de la burguesía, grande y pequeña, y las consecuencias las aprendió Europa a través de las jornadas imperiales de Napoleón. No se olvide que el espíritu bonapartista era el mismo espíritu jacobino hecho jerarquía y disciplina, es decir, milicia.

Pues bien, parece que no escapa a la perspicacia y a la agudeza histórica y política de Mussolini que sólo, en tanto consiga realizar con los trabajadores un fenómeno similar, logrará para el Estado fascista verdadera trascendencia, y para Italia verdadero imperio.

Las dificultades del fascismo italiano para la realización *plena* de semejante perspectiva histórica son enormes. En lo que hemos escrito están insinuadas las de linaje más peligroso. Quizá el fascismo, agobiado por el problema de asegurarse férreamente desde el principio, está ligado con exceso a viejos valores, cuya vigencia perturbaría casi por entero la ambición histórica a que nos venimos refiriendo.

5. EL FASCISMO Y LAS INSTITUCIONES DEMOBURGUESAS

Mussolini desmoronó con gran sentido revolucionario las instituciones políticas de la burguesía. Deshizo el parlamento, destruyó las oligarquías partidistas y acabó con el mito de la libertad política, cosas todas ellas que no vacilamos un solo minuto en señalar como un servicio a la subversión moderna. No hay, en efecto, nada más insólito y deprimente que ver hoy a las masas concediendo el más mínimo crédito a esos reductos políticos de la democracia parlamentaria, cuya vigencia, además de desmoralizar y corromper a los partidos obreros, asegurará siempre la victoria a la burguesía, dueña del dinero, y, por tanto, monopolizadora de la gran propaganda, de la prensa y de todos los resortes del triunfo electoral.

Efectivamente, la revolución fascista tiene en su haber el desmoronamiento real y teórico de las formas políticas demoburguesas. Y aunque ello sea apreciado, desde el sector marxista mundial, como una vigorización de las posiciones de la burguesía, ya que robustece su seguridad con instituciones más firmes que las parlamentarias, las consecuencias históricas que en nuestra opinión deben deducirse de aquel hecho son precisamente de linaje contrario. Pues desplazada la burguesía de las formas políticas y de las instituciones que le son propias, aquellas que son una típica creación suya y a cuya vigencia debe de hecho su desarrollo económica y su fuerza social, es notorio que resulta a la postre debilitada como poder histórico y político.

Arrebatar en un país a la burguesía su democracia parlamentaria, su culto al libre juego económico y político de las energías individualistas, y ello de un modo *definitivo*, sistemático y doctrinal también —es decir, no al estilo de transitorias dictaduras reaccionarias, de esas que dejan resquicios para el futuro y a las que desde luego el buen burgués aplaude, como aquí en España aconteció con el general Primo de Rivera—, arrebatarle todo eso en la forma que lo hace el fascismo, con cierto sabor catilinario y adoración pública a los mitos de imperio, acción directa y coacción absoluta, es, no lo dude nadie, iniciar la descomposición radical de la burguesía como clase rectora y predominante. En resumen, que el espíritu burgués, y de ello trataremos en otro capitulo posterior, no respira a sus anchas en la atmósfera del fascismo, no está en él ni se mueve en su seno como el pez en el agua o el león en la selva. No está en su

elemento. Esto nos conduce a extraer una consecuencia: el fascismo no es una creación de la burguesía, no es un producto de su mentalidad, ni de su cultura, ni menos de sus formas de vida.

Quizá acontece con el fascismo lo que ya apuntábamos en relación con el régimen soviético. Que son fenómenos típicos de la subversión que se empieza a desarrollar en nuestra época, y fenómenos con características de índole nada definitiva ni conclusa, sino más bien como las primeras erupciones, anunciadoras de algo aun sin sobrevenir. Por eso, abundan en ellos contradicciones que no se presentan nunca en sistemas definitivos, acabados y perfectos. Así resulta que el marxismo, doctrina internacional y extraña en absoluto a la idea de Patria, salva a Rusia «nacionalmente», fenómeno por lo menos tan extraño como el de nacer un almendro donde se hubiese hecho la siembra de un naranjo. Y que el fascismo italiano, victorioso contra los «proletarios», y en muchos aspectos —no el menor en el de su financiación— aupado por la gran burguesía, tenga que ser quien busque el robustecimiento de su Estado en la adhesión y la colaboración de los trabajadores.

IV.- Racismo socialista en Alemania

He aquí otro gran fenómeno de la subversión moderna que ha crecido y ha triunfado, no sólo fuera de la órbita bolchevique, sino en oposición a ella. Ahora bien, para comprenderlo en su sentido más exacto, lo primero que se requiere es despojarlo de las calificaciones «fascistas». Pues ningún valor esencial, ninguno de los ingredientes sustantivos que caracterizan al movimiento nacional-socialista y a los que quepa señalar como determinantes de su victoria, procede del fascismo italiano. La forma del saludo, el uniforme de sus masas y la rígida disciplina a un jefe, son dimensiones de él verdaderamente superficiales y episódicas, sin trascendencia alguna como vértebras de la revolución.

1. ¿QUÉ ES «LO NACIONAL»?

Una vez más, como en las consecuencias últimas del bolchevismo, como en una de las categorías fundamentales del fascismo, nos encontramos aquí con un fenómeno «nacional», con algo que ocurre y sucede en la órbita de «lo nacional», y dentro de ella se justifica por entero. Pero claro que hay que precisar la expresión. Porque nada de signo más diferente que la significación de «lo nacional» para un bolchevista ruso, para un fascista italiano y para un social-racista alemán.

Lo nacional en el bolchevique ruso es un hallazgo inesperado, un valor que aparece de pronto en el camino histórico de su revolución, una consecuencia, algo que configura realmente su esfuerzo y que acoge, desde luego, con verdadero júbilo.

En el fascista italiano, lo nacional viene a ser una turbina generadora de entusiasmo, una necesidad ideal, sin cuya existencia se sabe degradado, reducido a la vileza histórica. Es una mezcla de sueño, de fantasía, de mito.

El nacional-socialista alemán vive ese concepto como una angustia metafísica, operando en él un resorte biológico y profundo: la sangre. Es, por ello, racista. Alemania es, pues, para él un organismo viviente, que marcha por la historia en plena zozobra, entre acongojada y fuerte, sostenida en todo momento por el espíritu de sacrificio y la vitalidad misma de todos los alemanes.

2. LA SÍNTESIS NACIONAL-SOCIALISTA

La síntesis de «lo nacional» y de «lo social», que es para los observadores y comentaristas extranjeros la suprema dificultad vencida por Adolfo Hitler, aparece a la luz del racismo socialista como una empresa de pasmosa sencillez. La agitación en torno a los problemas de índole social-económica, la tarea de abordar sus crisis y delimitar ante las masas los propios trastornos y perjuicios que le sobrevienen, resulta en los demás pueblos una cosa en extremo árida, cuya única emoción posible es, si acaso, de índole negativa, a base de ofertas demagógicas que satisfagan las apetencias concretas de los grandes auditorios. Pero en Alemania se produce una variante fundamental, de clarísimo signo racista, y cuyo manejo ha proporcionado realmente a Hitler la victoria. Pues la desgracia de cada alemán no es sólo suya, coincide y se identifica con la desgracia de Alemania, de la Patria entera.

Cuando Hitler, en sus discursos patéticos ante aglomeraciones enormes de alemanes, presentaba el panorama terrible que ofrecía el pueblo alemán, arruinado, en paro forzoso, en peligro permanente de verdadera esclavitud económica, sumido en la desgracia, los éxitos más resonantes y la emoción más profunda de las masas los conseguía al deducir las consecuencias que todas esas miserias acarrearían a Alemania, y por tanto, cómo era imperioso, imprescindible y urgente restituir a los alemanes el pan y el bienestar, para hacer posible de nuevo una gran Alemania. Claro que esta especie de apelación a la Patria alemana permitía a su vez a Hitler señalar ante las grandes masas, como originadores y culpables de sus desdichas de índole material, no a unas ideas erróneas, ni tampoco a meras abstracciones, sino a enemigos concretos, enemigos de Alemania misma como nación, y sobre todo, bien visibles y señalables con la mano: De una parte, el judío y su capital financiero; de otra, el enemigo exterior de Alemania, Versalles, y sus negociadores, firmantes y mantenedores, es decir, los marxistas y la burguesía republicana de Weimar.

El pueblo alemán comprendió y entendió «la voz» de Hitler, que le hablaba de veras a lo más profundo y real de su naturaleza. Que sublimaba sus angustias diarias, dándole relieve heroico y suprema categoría de catástrofe nacional alemana. Iba así comprendiendo el obrero en paro forzoso, el industrial en ruina, el soldado sin bandera, el estudiante sin calor, el antiguo propietario sin fortuna, toda la gran masa, en fin, de gentes como desahuciadas y preteridas por el sistema vigente, que todas sus miserias y toda su desazón eran producto de un gran crimen cometido contra Alemania, crimen ocultado al pueblo por la cobardía y la traición de «los criminales de noviembre», edificadores del régimen de Weimar y verdaderos cómplices de todos los actos realizados contra Alemania. Pues constituían partidos y sectas cuyo espíritu era absolutamente ajeno al espíritu de Alemania, manejados por el judío y elaborados por gentes de otras razas, invasoras y aniquiladoras de la gran raza alemana.

Así comenzaron los alemanes a levantar su ánimo, a sobreponerse, a «despertar». («Deutschland, erwache!» «¡Alemania, despierta!», era el grito atronador y permanente de los *nazis*) Pues no se conoce medicina más eficiente, recurso más seguro, para devolver las energías a un pueblo preterido y en desgracia, que mostrarle con el dedo los poderes y las fuerzas culpables de su preterición, de su angustia y de su miseria.

3. NO UN SOCIALISMO PARA «EL HOMBRE», SINO PARA «EL ALEMÁN»

Bien sencillo es, pues, el complejo emocional a que obedece el racismo socialista. Pues estamos en presencia de una idea social, de un socialismo, cuyo móvil reside, no en la necesidad de conseguir justicia para los alemanes, como hombres a quienes priva de bienestar un régimen económico injusto, sino más bien en la idea de conseguir para Alemania, como pueblo, como raza, como unidad viviente, el régimen social mejor y más justo.

Por eso, el anticapitalismo del hitleriano es diferente al anticapitalismo del marxista. Aquél ve en el régimen capitalista no sólo un sistema determinado de relaciones económicas, sino que ve también al judío, añade al concepto económico estricto un concepto racista. La idea antijudía y la idea anticapitalista son casi una misma cosa para el nacional-socialismo. Y es que, como hemos dicho, el alemán objetiva su problema particular en Alemania, y su inquietud socialista persigue en todo momento una ordenación en beneficio de la raza entera.

El marxismo dejaba, pues, intactas en el alemán sus reacciones más íntimas y vigorosas. Resbalaba episódicamente por su superficie, y sólo en los falsos alemanes, es decir, en los individuos naturalizados en Alemania pero extraños a la voz de la sangre, al mito de la raza, podía constituir una actitud más profunda.

No es, pues, «el hombre», sino «el alemán», quien resulta así objeto estimable para el socialismo racista. Por eso, el programa de Hitler establece con claridad diferencias entre los que denomina «ciudadanos alemanes» y los otros, los demás que como extranjeros residan en Alemania, reivindicando sólo para aquéllos el derecho a participar del acervo económico y de las posibilidades económicas de Alemania.

4. AL SERVICIO DE LA SUBVERSIÓN

El movimiento hitleriano polarizo desde luego en torno a su cruz gamada la capacidad subversiva de las juventudes. Es ese hecho, ese detalle, lo que hace de él un fenómeno moderno, situado en la línea trasmutadora, y lo que lo reafirma como valor revolucionario en el proceso mundial en desarrollo.

También su victoria se ha producido ante los ojos atónitos de los «revolucionarios» tradicionales. Diez o doce millones de marxistas han sido testigos bien cercanos, asistiendo, con el parpadeo veloz de la extrañeza, al espectáculo de unas multitudes catilinarias en pos del mando, sin necesitar nada del

marxismo, prescindiendo de él para su estrategia ascensional y subversiva. Un fenómeno típico de rivalidad, en el que una revolución triunfa sobre otra llegando antes a la meta del Poder.

¿Quién puede dudar que las masas hitleristas, aquellas gentes del uniforme pardo y la juventud sobre los hombros, eran más revolucionarias y subversivas que los otros, los buenos social-demócratas, embutidos en sus Sindicatos y rebosando sensatez y años por sus poros? Aquéllos resultaban los verdaderos disconformes, los verdaderos movilizados para la tarea trasmutadora. Y también, los que realmente estaban provistos de la energía y la decisión necesarias para dar la cara a las dificultades de Alemania.

El episodio de la toma del Poder por Hitler, así como el proceso posterior y los hechos posteriores que le convirtieron en conductor único y supremo del Reich, tiene asimismo el signo de cosa fatal, directa y segura, de algo cuyo soslayo y escamoteo resulta vano e imposible. Todas las resistencias y todas las dificultades fueron movilizadas para detener la marcha nacional-socialista, para desmoronar sus efectivos y para desvirtuar a la hora final su peculiaridad revolucionaria. Nada sirvió de nada. Pues la mecánica del hitlerismo manejaba las fuerzas motrices esenciales, y lo arrolló todo con el paso más firme y la fe más ciega. Tomó el Poder del modo más adecuado, sencillo y natural, según corresponde a un estratega que sabe el secreto de estos tiempos, es decir, la diferencia que hoy es forzoso establecer entre el problema de la toma o conquista del Poder y el problema revolucionario, el de hacer una revolución, cosa en extremo seria y complicada, que necesita algún tiempo y ser desligada estratégicamente de la primera.

5. DESPUÉS DE LA MURALLA MARXISTA, LAS OTRAS DOS: LA OLIGARQUIA MILITAR Y LOS JUNKERS

Hitler recibió el Poder, no sin dificultades enormes, no sin poner a prueba su fe en los destinos finales del nacional-socialismo, no sin verse obligado a negociar concesiones, y hasta casi tolerar su entrada en la Cancillería amordazado por los *junkers*.

Los *junkers*, los señores, fueron quienes desarrollaron la última maniobra táctica para impedir la «revolución nacional-socialista». Le abrieron a Hitler la fortaleza de la Cancillería, creyéndolo ya reducido y dispuesto a ahogar él mismo la revolución, a desarrollar una política que bebiese sus inspiraciones en la línea tradicional, prusiana y reaccionaria de los *junkers*, y permaneciese seca y muda ante las apetencias subversivas de las propias masas nazis.

Es sabido cómo el general von Schleicher, horas antes de la ascensión de Hitler al Poder, organizó un golpe de Estado militar, con las guarniciones de los cantones de Berlín, y buscó la adhesión de los Sindicatos socialdemócratas para que le apoyasen de flanco con una huelga general. La vacilación de estos elementos, que no estaban para revoluciones ni aventuras, permitió que se cumpliera el plan de los *junkers*, de formar un gobierno Hitler, en el que éste no tuviera mayoría. Hitler hizo todas las concesiones que se le pedían, aceptó la mínina representación de dos ministros, se prestó a tapar el escabroso asunto de «la ayuda al Este», etc. Pero Hitler sabía bien que la victoria era, en el fondo, ya por entero suya. Después de dejar atrás, vencida, la enorme mole del marxismo, después de dejar también atrás reducida la potencia militar de Schleicher, ahora el forcejeo con aquellos *junkers*, con aquellos pequeños grupos osados pero sin vigor ninguno, le parecía un puro juego infantil, y si le infundían algún respeto era porque detrás de los *junkers* estaba todavía vivo, en la Presidencia del Reich, el viejo mariscal Hindenburg.

Los dos o tres meses de colaboración y pugna con los «señores» constituyen la película más interesante en orden a la potencia arrolladora del nacional-socialismo, advirtiéndose la destreza y naturalidad con que los acontecimientos se le entregan, aun a costa de contundencias visibles que pusieron espanto en el ánimo de los *junkers*, y le indicaron con gesto elocuentísimo la pérdida absoluta y radical de la batalla.

¿Hasta qué punto se realizará la revolución nacional alemana y qué destino le espera? Las jornadas de castigo en junio de 1934 demostraron su enorme capacidad patética y dramática. En ellas murió Strasser, el nacional-socialista más identificado con los intereses verdaderos de las grandes masas populares, y en ellas hizo su aparición por vez primera ante las juventudes el espectro de la desilusion y del desaliento. Todo parece hoy conjurado, y Hitler, al frente de los destinos de Alemania, al frente de setenta millones de alemanes, escoltado por los dos mitos de la raza y de la sangre, es y constituye, sea cual fuere su ulterior futuro, uno de los fenómenos más patéticos, extraordinarios y sorprendentes de la historia universal.

Ahí queda otra gran respuesta, otra gran manifestación del gigantesco espíritu subversivo que hoy opera con jurisdicción mundial.

V.- La impotencia o incapacidad revolucionaria del marxismo

En las páginas dedicadas al fascismo italiano y al racismo socialista alemán, hemos dejado ya insinuado y perfilado el hecho. No se acepta con facilidad, y menos que nadie, claro es, lo aceptan los marxistas, que, realizándose en esta época un designio a todas luces de índole subversiva, no sea el marxismo, como doctrina revolucionaria y como bandera revolucionaria, quien interprete y dirija los cambios que se vienen produciendo en Europa. Pues en los umbrales mismos de esta era, cuando se iniciaron con el bolchevismo ruso los acontecimientos subversivos, el marxismo parecía recoger todas las energías revolucionarias y, por su propio prestigio y significación entre los proletarios, parecía también ser el llamado a efectuar con éxito las transformaciones económicas y políticas que se presentían.

Ahora bien, que no ha sido ni ha resultado así, no nos parece a estas alturas de mayo de 1935 una afirmación teórica ni especulativa, sino una afirmación real, basada en los hechos incuestionables que vienen sucediéndose.

Y a pesar de eso, el marxismo ha sido quizá el movimiento político-social más fértil desde hace siglo y medio, desde la Revolución francesa, y uno entre los cinco o seis más importantes de todo el último milenio. Sin embargo, el marxismo se aleja a gran velocidad de los planos triunfales, y queda fuera de las trasmutaciones que se realizan, aun figurando éstas revestidas de un signo social evidente, y de perseguir, como uno de sus más valiosos objetivos, la ascensión de los «proletarios» a categoría de soportes y sostenedores del Estado.

No creemos que sea ajena, a la incapacidad revolucionaria del marxismo, la presencia de unos cuantos factores, que escoltan, limitan y definen sus contornos, dejando fuera, a extramuros de él, fuerzas numerosas, asimismo disconformes, nada responsables del sistema económico capitalista, y provistas de una gran capacidad para el entusiasmo, la lucha política y el descubrimiento de formas sociales y políticas nuevas.

Esos factores son claramente:

1. EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO EN RUSIA

El frente marxista mundial ha quedado en efecto quebrantado, de un modo paradójico, con la victoria soviética. Y ello no sólo por la consecuencia inmediata de dividirlo en dos fracciones, en dos internacionales y en dos banderas. Sino por algo más profundo y de consecuencias más graves. Desde 1921, fecha que podemos señalar como término del comunismo de guerra y de la guerra civil contra los ejércitos contrarrevolucionarios blancos, y asimismo fecha de comienzo de una edificación, que pudiéramos llamar normal, de la economía socialista en Rusia, la influencia subversiva de la revolución soviética se debilita y disminuye en los demás pueblos.

Evidentemente, los ejércitos rojos en campaña eran de una mayor eficacia para las propagandas marxistas que las películas de electrificaciones, las revistas gráficas, con los bustos broncíneos de los proletarios, y las grandes obras públicas del régimen. La hora bolchevique fue ésa, el bolchevismo de guerra. Lenin lo vio con absoluta claridad. Las famosas 21 Condiciones, dictadas por él mismo como definición de lo que era y tenia que ser la III Internacional, se encaminan a ligar la revolución mundial bolchevique con los períodos heroicos y «ascendentes» de la revolución rusa. En su Condición 3.ª, se declara que en Europa y América «la lucha de clases entra ya de lleno en el período de la guerra civil». Pero sucedió que la revolución rusa quedó la única triunfante, que fracasó el bolchevismo húngaro, que fracasaron los bolcheviques alemanes, y que, como tenía necesariamente que ocurrir, la III Internacional, radicada en Moscú, perdió en absoluto el contacto con la realidad, dictó consignas que en muchos momentos alcanzaron un signo de veras pintoresco. Quedó, en resumen, reducida, al convertirse Rusia en «Patria bolchevique de los rusos», a una organización de propaganda y espionaje, al servicio del imperialismo y de los intereses moscovitas.

Los partidos comunistas mundiales evidenciaron muy pronto su impotencia para la conquista revolucionaria del Poder, y, donde lo tomaron episódicamente, como en Hungría y Baviera, la imposibilidad de retenerlo para edificar un régimen socialista. Con ello quebró la base combatiente de que disponía el marxismo, pues los cuadros comunistas eran, en efecto, la selección revolucionaria de la falange marxista mundial.

En tal situación, los grupos bolcheviques, cada día más picudos y enemistados con las clases medias que ascendían a un plano de «conciencia revolucionaria social», no han cumplido otra misión que la de actuar de eficacísimos «provocadores», para desencadenar el triunfo fascista en Italia y el racismo de Hitler en Alemania. Nada más.

La revolución rusa, triunfante, quitó además al marxismo su mito creador, su esperanza en algo de veras nuevo, que polarizase la ilusión de las grandes masas hacia objetivos en absoluto vírgenes. No es lo mismo hacer frívolamente una revolución, «para instaurar lo que en otro país hay», el régimen de Rusia, que hacerla respondiendo a una conciencia radicalmente subversiva y disconforme, producto verdadero de las realidades cercanas sobre que operan siempre las revoluciones.

¿Y el marxismo no bolchevique? ¿Y los partidos socialistas? Realmente, los hechos europeos advierten que han tenido casi el mismo destino que los partidos comunistas. Pues su apartamiento y distanciación de ellos no les proporcionó las ventajas que eran de esperar, es decir, la absorción de otros elementos, la ampliación de su base, recogiendo las apetencias subversivas de toda la juventud, de las clases medias, no proletarizadas, pero sí estrujadas y hundidas por el gran capital financiero. Los partidos y las organizaciones socialistas no eran en general «una estrategia revolucionaria distinta» a la del bolchevismo, sino más bien la renuncia a toda estrategia revolucionaria, con lo cual, si ampliaron algo su base, fue por la simpatía que encontró esa actitud en los sectores sociales burgueses de carácter más liberal, es decir, más contrarrevolucionario e inoperante. Las rectificaciones han sido, asimismo, desafortunadas, según ha podido verse en febrero de 1934 en Austria y, en el octubre siguiente, en España.

2. LA CONSIGNA DE EXCLUSIVIDAD CLASISTA. LA DICTADURA DE LOS PROLETARIOS

He aquí otro de los factores que no debe olvidarse. El dogmatismo marxista, por excesiva fidelidad a la letra, al pie de la letra, ha inutilizado quizá uno de los postulados más fértiles: su carácter de doctrina al servicio de los trabajadores, de los proletarios, y su formidable tendencia a hacer de éstos una fuerza histórica positiva. Es lo que hemos expresado ya páginas atrás con la frase de «incorporación de los trabajadores a las tareas políticas y sociales de signo rector y dirigente». Pero el marxismo desorbito con rigidez ese mismo propósito, con la conocida consigna de la dictadura del proletariado, decretando así la no colaboración y la desaparición misma de todos los valores revolucionarios extraños a un signo de clase.

El marxismo dejó así, fuera, una zona social extensísima, compuesta precisamente por gentes que eran un producto de las formas económicas más nuevas, gentes de clasificación difícil, porque no representaban interés alguno particular propiamente capitalista, y a la vez no formaban tampoco entre los asalariados, esto es, pequeños industriales sin capital, oficinistas de grandes empresas, toda la juventud universitaria y los pequeños propietarios cultivadores de sus tierras. No era posible que esos núcleos sociales admitieran, sin más, ser enrolados en una consigna tan hermética, cerrada y rigurosa como la consigna marxista de la dictadura proletaria. Y ocurre además que toda esa zona de gentes aumenta cada día su fuerza numérica, y alcanza cada día asimismo, más aún que los asalariados, un papel de víctima de la crisis y peripecias por que atraviesa el sistema capitalista. El marxismo ha impedido que identifiquen su lucha con la de los proletarios, y de ahí que unidos a los intelectuales nacionalistas, y con un estilo subversivo, de batalla, hayan abierto su camino, otro camino, dando vida en Italia al fascismo, en Alemania al racismo socialista, y en otros puntos sigan sin norte propio, o, como en España, proporcionen triunfos electorales a las derechas capitalistas y burguesas (noviembre de 1933).

La consigna de la dictadura del proletariado es, además, estratégicamente ingenua. Comienza, sin obtener beneficio alguno de ello, por adelantarse a todo el proceso de la revolución, y presentar como primer objetivo el poder proletario. La revolución francesa, la revolución de la burguesía, dialécticamente explicada por el marxismo como su antecedente histórico, no se hizo por la burguesía con una conciencia exclusivista de clase, es decir, no se desarrolló bajo la consigna de «¡todo el poder para la burguesía!», aunque ésta fuere la consecuencia, sino que postuló unas reformas políticas y sociales, las que naturalmente, una vez impuestas e implantadas, o en camino de serlo, pusieron el Poder íntegro en sus manos.

3. SU DESCONOCIMIENTO DE «LO NACIONAL»

Otro factor, otra gran trinchera fuera de su órbita. Después de la Guerra, después de diez millones de hombres muertos por la defensa de sus Patrias, la idea nacional se reveló como una de las dimensiones más profundas que informan la vida social del hombre. El internacionalismo marxista declaró a «lo nacional» fuera de toda emoción revolucionaria, quedando así privado de una de las grandes palancas subversivas, bien pronto recogida en Europa y adoptada como lema de salvación por grandes multitudes. La idea de Patria y la defensa de la Patria son en efecto rotulaciones evidentes de la reacción política, y muchas veces, la mayor parte de las veces que se las invoca por los sectores regresivos, se hace en rigor escudando en ellas sus privilegios económicos. Pero todo eso no indicaría sino la bondad del acero de ese escudo, la eficacia de la idea nacional como plaza fuerte, lo que debía producir en los revolucionarios, más que su afán

de negar la Patria, y de incluso desconocer su existencia, el afán contrario de conquistarla para la revolución.

4. EL MARXISMO SUBESTIMA VALORES REVOLUCIONARIOS DE MÁXIMA EFICACIA

Parece evidente que el marxismo no ha logrado poner al servicio de su acción revolucionaria la totalidad de los resortes emocionales, formales y prácticos que en la época actual existen. Su empuje subversivo, su lucha revolucionaria por el Poder, han carecido de fortuna. Su estrategia está estudiada para la pugna con los sistemas demoliberales y hasta dominada por cierta optimista creencia de que su hora, bajo el signo de la sucesión histórica, llegaría sin necesidad de muchos cataclismos.

Así, el resorte de la huelga general, el de adoptar posiciones de linaje antimilitarista y antiheroico, la intelectualización progresiva de los trabajadores, etc., que eran y resultaban utensilios revolucionarios de corto radio, pero de eficacia frente a una sociedad sin excesivas convulsiones, como la de la democracia parlamentaria, aparecieron sin embargo insuficientes y mediocres al advenir la época trasmutadora.

En presencia de fuerzas subversivas rivales, y también como reflejo de los años bolcheviques del comunismo de guerra, se iniciaron por las organizaciones marxistas rectificaciones en su plan estratégico. Dieron paso a una cierta moral de milicia, hicieron invocaciones a la disciplina y a la necesidad de adquirir eficiencia de carácter típicamente militar. Los resultados no fueron, sin embargo, muy satisfactorios. No en balde, el marxismo venía tradicionalmente dedicándose a la tarea de desprestigiar y aniquilar toda cualidad de ese linaje, toda tendencia humana a una disciplina de milicia, que llamaba despectivamente cuartelera. Y ello de un modo integral, informado por ese pacifismo humanitarista que rechaza en el hombre sus cualidades de soldado, actitud de tinte burgués absoluto. Pues se comprende que el marxismo, como toda organización de índole revolucionaria, sea antimilitarista respecto al Estado enemigo, luche porque éste no refuerce más su base armada, ya que su propósito es vencerle, pero cosa muy distinta de esa es renunciar en las propias filas revolucionarias a los valores peculiares de la milicia, y hasta de la moral de guerra, renunciar a los mitos heroicos y a la ilusión creadora por la conquista y el predominio.

Se cumple así de nuevo, en el marxismo, el destino de Catilina, que pagó con la derrota su incapacidad militar, su falta de destreza para convertir las masas subversivas en ejércitos poderosos. Catilina, a quien puede considerársele cronológicamente como el primer revolucionario de la historia, desencadenó su acción en una coyuntura exacta de Roma, pero predominaba en él el agitador y el intelectual más que el caudillo militar, y su revolución fue vencida por esa razón única. La prueba es que, pocos años después, Julio César, con el mismo programa de Catilina, pero dotado de altísimas virtudes y calidades militares, logró el triunfo.

Puede hoy afirmarse, sin ninguna duda, que si las grandes masas de proletarios, movilizadas por el marxismo en esta época, hubiesen alcanzado eficiencia militar, habría resultado quizá imposible escamotearle la victoria.

Acontece, pues, que el marxismo encuentra dificultades invencibles para la conquista del Poder. Se sabe, sin embargo, en la seguridad de consolidarse y de edificar triunfalmente un régimen económico nuevo, si efectuase aquella conquista con éxito. A dos marxistas destacados, uno español y otro francés, hemos oído una misma frase que señala y denuncia el drama actual del marxismo: «Désenos el Poder —decían— y verá usted cómo nos sostenemos en él realizando el socialismo.» Su problema es el problema del Poder. No otro. Precisamente, el problema insoslayable si espera realizar aún algún papel en la trasmutación contemporánea. Porque hay otras fuerzas persiguiendo la misma caza [2].

VI.- La descomposición demoliberal. Decrepitud de las formas políticas y económicas de la burguesía individualista

[2] Después de la revolución bolchevique todos los intentos insurreccionales de signo marxista han fracasado. He aquí los producidos, sin contar los que siguieron inmediatamente a aquélla: Insurrección de Hamburgo (1923), Estonia (1924), China (1926 y 1927), Austria (1934), España (1934).

Nada hay más opuesto a la mentalidad, a las necesidades y al sentido de nuestra época que las formas políticas y económicas elaboradas por el espíritu liberalburgués. Estas formas han sobrevivido a su propia eficacia, y los pueblos se desprenden hoy de ellas como de utensilios cuyo uso resultase ya ruinoso y molesto. La subversión cuyo desarrollo se viene perfilando en estas páginas actúa verdaderamente de liberadora de esas viejas formas, y constituye un esfuerzo por desprenderse de ellas, por evadirse de su caducidad.

La permanencia y duración de las instituciones demoliberales supondría hoy, para el mundo, la imposibilidad de extraer de esta época valor alguno, condenándola a vivir prisionera de formas que le son extrañas, en estado de amputación y de parálisis.

Es bien notorio, sin embargo, que la época actual logra, de un modo relativamente sencillo, desprenderse con éxito del peligro de falsearse y anularse. Lo comprueba la realidad subversiva que venimos estudiando, poblada como ha podido verse, no de fracasos ni de intentos fallidos, sino de victorias resonantes y completas.

El resultado de la trasmutación contemporánea será fatalmente el vencimiento de todas las formas políticas, económicas y culturales propias de la mentalidad y del espíritu de la burguesía capitalista, y a la vez, su sustitución por otras que sean una creación directa de las fuerzas hoy representativas y operantes.

Si analizamos un poco las características vitales y sociales del espíritu burgués, bien pronto percibiremos su absoluta oposición y su contradicción radical con los valores más vivos y fértiles que hoy aparecen.

1. SU ACTITUD INDIVIDUALISTA

Las instituciones demoburguesas han sido elaboradas bajo la creencia de que el individuo, como tal, es el sujeto creador de la historia, y por tanto, que el cumplimiento de sus fines, como tal individuo, es la misión más respetable y fecunda del hombre. Todo ha de sacrificarse, pues, a esa misión individual, comenzando por el Estado, que no sólo no debe estorbarla ni mediatizarla, sino garantizarla eficazmente. He aquí la médula del Estado liberal, la función y la finalidad que le ha sido adscrita por la burguesía.

El Estado liberal es simplemente un utensilio para el individuo. No debe menoscabar en nada la libertad de éste, ni sacrificar esa libertad por ningún otro valor. Su mismo aparato coactivo se justifica en función de la libertad, garantiza la libertad y «los derechos» de los individuos.

Es notorio que unas instituciones así hicieron posible el robustecimiento histórico del régimen capitalista, la culminación de una clase social, la burguesía, que desarrolló hasta el máximo la energía creadora de sus miembros, e impulsó de un modo enorme su progreso económico, cultural y político. En tal coyuntura, el individuo hizo conquistas sorprendentes, adquirió un poder social enorme, y logró asimismo un elevadísimo nivel de vida. Todo estaba a su servicio, al alcance de su mano, para ser utilizado por él como instrumento de poder, de sabiduría o de riqueza.

No cabe desconocer la importancia considerable de esa etapa histórica y el número de adquisiciones valiosas que hizo durante ella la humanidad. Lo que sí puede afirmarse, desde luego, es que su período de vigencia ha sido corto, y que ya hoy vemos con claridad absoluta el manojo de contradicciones y monstruosidades que encerraba en su seno. Por muy minúsculas que sean las dotes de observación y comprensión que se tengan, cualquiera las advierte y las comprende hoy. O las presiente, que es igual.

Pronto ocurrió y se hizo patente que aquella supuesta grandeza individual, y aquella supuesta generosidad que informaba a las instituciones, era de hecho accesible a muy pocos, y consistía y se mantenía a costa de atroces injusticias.

Y era accesible a muy pocos, no porque fueran pocos los individuos sobresalientes, sino por propia naturaleza del sistema y de los fines que se señalaban como apetecibles. Eran muchos los hombres que podían aspirar al poder político, a la riqueza y a la cultura, y con dotes y capacidad para conseguirlo, pero fatalmente esa trinidad de bienes tenía que ser acaparada y monopolizada por muy pocos. Pero como el sistema admitía y hacía posible la concurrencia, la lucha y la pugna, a ellas se lanzaron las gentes con frenesí.

Y ahí tenemos las turbinas que operaron en el seno del individualismo burgués: los partidos políticos, en número cada vez mayor y más abundante, con aspiraciones e ideales programáticos distintos. Las empresas económicas, la producción sin orden ni concierto y la especulación financiera. Las escuelas y las morales diversas, la disgregación espiritual de la cultura.

2. EMPEQUEÑECIMIENTO DEL HOMBRE

Y he aquí cómo el espíritu burgués, en honor y honra de la dimensión *individual* del hombre, condujo a éste a contradicciones y resultados como los que hoy presenciamos. Claro que no sin atravesar etapas de cierto esplendor y de liberar a la humanidad de poderes regresivos abominables. El liberalismo político y el capitalismo económico nos parecen hoy entidades y formas repletas de vacuidad, de ineficacia y de injusticia. Pero han realizado y cumplido una misión en la historia, tanto más reconocida como tal por sus actuales debeladores, mientras con más prisa y vigor la declaran mendaz y caducada. La prueba de ello la tenemos en que la subversión no corre a cargo de los poderes políticos desalojados por la burguesía liberal, es decir, del «antiguo régimen», a pesar de que aún es defendido y sostenido en pie por algunos. Y tampoco el derrocamiento del capitalismo se hace e intenta por las formas económicas y sociales que le precedieron.

La subversión contemporánea, al enterrar las formas demoliberales de la burguesía capitalista, lo hace *revolucionariamente*, esto es, no volviendo a las formas antiguas, sino descubriendo e inventando otras nuevas.

A la postre, en medio de las instituciones y de la civilización liberal-burguesa, el hombre resultó maltratado, explotado y empequeñecido.

La libertad política cristalizó necesariamente en la democracia parlamentaria, y tal sistema trasladó el Poder con rapidez suma a las oligarquías partidistas, a los magnates, dueños de los resortes electorales, de la gran prensa y de la propaganda cara.

La libertad económica lo dejó reducido en la gran mayoría de los casos a un objeto de comercio, cuando no a la atroz categoría de parado, de residuo social.

Por último, el hombre se vió privado de valores permanentes y firmes. Todos aquellos que tienen su origen y alcanzan su sentido en esferas humanas extraindividuales. Los valores de comunidad, de milicia, de disciplina justa. Y el valor de la Patria, la dimensión *nacional* del hombre, la que arranca y comienza antes que él y termina y concluye después de él. (No señalo el valor religioso, porque éste no ha peligrado propiamente bajo el signo de la burguesía individualista, ya que, entre los fines individuales, cabe perfectamente la preocupación religiosa de salvar el alma.)

En resumen, la vigencia de las formas de vida típicamente burguesas originó de un modo exclusivo el encumbramiento de una minoría política (las oligarquías) y de una minoría social (los grandes capitalistas), y como tal situación de privilegio carecía y carece en absoluto de raíces profundas, es decir, no se basa en valores jerárquicos reconocidos como justos, sino que procede de una libre concurrencia y pueden ser apetecidos por todos, surge la sospecha de que se deban al engaño, la mendacidad y la injusticia, haciéndose, por ello, más irritantes e insufribles.

3. LA VANGUARDIA DISCONFORME

Fueron, naturalmente, los trabajadores los primeros en percibir que el mundo político y económico, creado por la burguesía demoliberal, resultaba una cosa, un artilugio, bastante poco habitable. Su respuesta histórica fue el marxismo, primera contestación sistemática, primera dificultad que se atravesaba en el camino de la democracia parlamentaria. Porque es evidente que el sistema demoliberal encuentra sólo su justificación práctica y teórica cuando es considerado, por todos, como método aceptable de convivencia. Pero el marxismo decretó y consiguió la insolidaridad proletaria, es decir, proveyó a los trabajadores de una doctrina y una bandera, dentro de las cuales no había sitio alguno para la colaboración pacífica y legal con las demás clases. A pesar de que existan otras interpretaciones del marxismo, entiendo que hay en él una formidable y fecundísima tendencia a apartar a los trabajadores, no sólo del mito demoliberal de la burguesía, sino del mito mismo de la libertad política. (La frase de Lenin «¿Libertad, para qué?» es aún más profunda de lo que se cree, está pronunciada por un marxista, y su contestación resulta de veras difícil en esta hora crítica de la política mundial.)

4. AGOTAMIENTO Y CONTEMPLACIÓN DE LAS PROPIAS RUINAS

Es notorio que una de las realizaciones políticas que vienen persiguiéndose hoy en Europa, consiste en desalojar al espíritu burgués de las zonas gobernantes. La democracia parlamentaria otorgó el Poder, y lo otorgará siempre mientras subsista, a la burguesía misma, o a sus representantes más directos, que son los partidos.

Pero ocurre que el burgués carece en absoluto de capacidad para las tareas políticas rectoras. *Es el tipo social menos propio y adecuado para el ejercicio del poder político*. Le falta por completo el sentido de lo colectivo, el espíritu de la comunidad popular, la ambición histórica y el temple heroico.

Todo lo que actúa hoy como germen de resquebrajamiento, de impotencia, de cansancio y egoísmo, se debe de un modo directo al predominio social de la burguesía, y al predominio político de sus mandatarios, sus abogados y testaferros.

Ha entrado hace ya tiempo la civilización demoburguesa en una etapa final, caracterizada por la hipocresía, pues habiendo perdido ella misma la fe en sus principios, trata de sostenerse a costa de desvirtuarlos y falsearlos cínicamente. Favorece tal empresa el hecho de que la actitud característica del espíritu demoburgués —tendencia a la crítica, ceguera para lo colectivo, tibieza patriótica, falso humanitarismo sentimental, etc.— es compartida por anchas y extensas zonas, ya que sus contornos no se ciñen sólo a capas y sectores de privilegio económico, sino que alcanzan y comprenden también núcleos populares, proletarios, captados por él y por sus características más viles y degradadas.

Pero esa actitud histórica, en su sector más representativo y operante, tiene ya hoy plena conciencia de su infecundidad y agotamiento. Advierte que sus ideales políticos, lejos de construir y edificar nada, se transforman apenas salen de sus labios en fuentes de destrucción y de discordia. Sabe que su sistema y su ordenación económica conducen al advenimiento de crisis gigantescas, a su propia ruina y al hambre de las grandes masas en paro forzoso. Ve, asimismo, que las instituciones políticas y sociales, creadas por ella, convierten a las naciones en teatro permanente de sangrientas pugnas, y debilitan cada día más la solidaridad nacional, hasta poner en peligro la propia vigencia histórica de los pueblos. Percibe que no sabe qué hacer con las grandes oleadas juveniles que van llegando, y contempla, por último, la inminencia de su agotamiento y de su desaparición irremediable.

VII.- El paro forzoso. La humanidad a la intemperie

Toda la economía actual está basada y construida a expensas de un mecanismo de pasmosa sencillez, cuya única finalidad es ésta: el enriquecimiento humano. Desde fines del siglo XVIII, en que tuvo lugar un hecho tan imprevisible y sorprendente como la mecanización industrial, algunos hombres han tenido a su disposición resortes cada día más fértiles y maravillosos para el logro rapidísimo de tal designio. Creció la población humana en proporciones considerables, y su presencia era acogida con el máximo de júbilo, pues venía a cumplir una doble función, que era entonces, y ha sido hasta ahora, esencialísima: la doble función de producir y consumir, ambas cosas de un modo colosal y frenético.

Importa poco señalar si el incremento enorme de la población humana se debió a las formas de vida, aurorales y espléndidas, que aparecieron en el mundo con la civilización maquinística y las grandes empresas industriales, o si, por el contrario, fueron éstas un puro efecto de la sobrepoblación mundial. El hecho es que coinciden y se ensamblan ambos fenómenos, de tal modo que uno y otro traen consigo consecuencias idénticas.

Con gran facilidad puede seguirse minuto a minuto el proceso a que aludimos, desde el día, por ejemplo, en que quedaron montadas las primeras fábricas textiles en Inglaterra hasta el día mismo en que escribimos, asistiendo así al desarrollo completo del régimen capitalista. La trayectoria comprendería, pues, desde los *pioneros*, que aplicaron las primeras ventajas del maquinismo a la fabricación de mercancías, hasta las actuales manifestaciones de los *trusts* industriales y de las grandes crisis de ventas. Desde la aparición de una pequeña minoría de fabricantes «libres», con pobres recursos y maquinaria aún incipiente, hasta la culminación del capital financiero, de los grandes utillajes costosísimos y de las sociedades anónimas. No puede interesarnos el examen preciso de esa gran trayectoria, sino sólo el aspecto social de ella, y concretamente en cuanto explica el sentido del paro forzoso y de la miseria actual de las masas.

1. EL IDEAL DEL ENRIQUECIMIENTO PROGRESIVO

Siempre ha habido en la historia gentes dedicadas a aumentar lo más posible sus riquezas, pero es lo cierto que la experiencia había enseñado a los más, que sólo en un número de ocasiones relativamente pequeño era posible hacerse rico. Por eso acontecía, hasta fines del siglo XVIII, que la mayor parte de los hombres vivían libres de una especial tendencia a enriquecerse, derivando su capacidad a tareas que les

proporcionaban un tipo de satisfacciones distinto a ese de ir acumulando y concentrando capital. Ocurría además, naturalmente, que estaban, por decirlo así, cegadas, poco a la vista, las posibilidades de hacer riqueza. Era cosa reducida eso que hoy llamamos «los negocios». Las fortunas existentes tenían carácter feudal, y las familias poseedoras de ellas, pertenecientes en general a la nobleza, estaban muy lejos de entregar su dinero a especuladores financieros de ninguna clase. De otra parte, los gremios, las sociedades gremiales, eran formas económicas casi estáticas, de muy leve inclinación a la aventura.

La aparición del maquinismo tuvo como primera consecuencia cambiar absolutamente el panorama. Los hombres dispusieron de medios numerosos de enriquecerse con rapidez. La cosa era bien sencilla. Se había realizado el hallazgo de unos seres, las máquinas, que producían cosas solicitadísimas por las gentes, en condiciones de costo tentadoras.

Al descubrimiento de los medios mecánicos de producir mercancías, sucedió el descubrimiento de los medios de transportarlas a todas partes, haciéndolas llegar a los centros de consumo con toda comodidad y en el mínimum de tiempo. El resultado económico era espléndido. Todos podían orientarse en pos del dorado industrial y comercial, recién aparecido. Había sitio para todos los que iban llegando porque, aparte de que el mundo consumía vorazmente todos los productos, había también la posibilidad, gracias a los progresos técnicos y al ingenio descubridor, de vencer a los fabricantes rivales, arrebatándoles los mercados cuando llegase un peligro de agotamiento, mediante el uso de maquinaria más perfecta, racionalización más eficaz de la producción y organización más eficaz, asimismo, de los transportes.

En tal situación, parecía prácticamente imposible que llegara a detenerse el proceso industrial, porque siempre podrían ser vencidas las dificultades, bien mediante la conquista de mercados nuevos, bien mediante el uso de máquinas más perfectas y más rápidas.

No nos interesa aquí ahora sino señalar, en un par de párrafos, las consecuencias inmediatas del frenesí creciente de producir, que se apoderó del sector humano en cuyo poder se encontraba el aparato industrial. Surgieron industrias nuevas a millares, se renovaba a cada momento su utillaje, introduciendo reformas que tendían siempre a producir más y más en menos tiempo. A medida, naturalmente, que avanzaba la técnica industrial, era preciso disponer de medios financieros más poderosos para montar las grandes fábricas, pues de un lado la maquinaria se hacía más cara por su misma complejidad y perfección, y de otro, se imponía la organización vertical de la producción, para ir superando las condiciones de costo y ganando batallas a la libre concurrencia.

Los grandes beneficios obtenidos por los industriales pasaron a ser utilizados, en forma de capital financiero, por las nuevas empresas a que obligaba el desarrollo de la producción, la amplificación de las antiguas y la adquisición del utillaje necesario, cada día más costoso. El capital financiero disponible resultaba insuficiente, y entonces se incrementaron las grandes sociedades anónimas, las instituciones bancarias, que recogían los ahorros y las disponibilidades financieras procedentes de las numerosísimas fortunas privadas, tanto de las hechas y surgidas en el proceso mismo de la industrialización, como de las antiguas fortunas estáticas, vinculadas a la tierra.

Todo entró y se puso entonces al servicio de la producción mundial. Se incrementó cada día el ideal de enriquecerse. Los negocios nuevos y la ampliación considerable de los antiguos, siguieron necesitando medios financieros fabulosos. Éstos eran obtenidos mediante las formas más varias de la especulación y del manejo del crédito. Sólo alcanzando éxitos inagotables y continuos, es decir, produciendo más y en mejores condiciones cada día, podía realmente irse sosteniendo el formidable aparato especulativo que gravitaba sobre la red de la producción mundial.

Un régimen económico así, de producción indefinida, y a base de ir aprisionando con el grillete maquinístico cada día más las condiciones financieras y humanas en que la producción se efectúa, encierra contradicciones tremendas. Pues en el momento en que apareciese, para una gran industria, el más leve indicio de crisis, un descenso obligado en la producción, se encontraría con que, habiendo preparado sus condiciones para lo contrario, es decir, para incrementar más aún su rendimiento, una disminución echaría por tierra sus propias bases de existencia. La gran industria resulta, así, que no es libre para regular la producción.

Pues hace, por ejemplo, cincuenta años, si en cualquier rama industrial ocurría que se precisaba disminuir en un veinte por ciento su ritmo de producción, ello era tarea factible sin trastornos graves, retirando un número mayor o menor de obreros, que al minuto pasaba a ocupar otro puesto en otra actividad, o en otra industria diferente. Pero hoy, tal fenómeno adquiere inmediatas proporciones de catástrofe. En primer lugar, porque esos obreros despedidos no tienen donde trabajar de nuevo, y en segundo, porque se proyectaría sobre la vida económica un peligro aún más hondo, con ser el del paro angustioso en extremo: el peligro de dejar paradas las máquinas. Esto, el paro de la gran maquinaria, del costosísimo utillaje de la gran industria, supone un percance de tal magnitud que hunde verticalmente el mecanismo económico entero. No se olvide que el capitalismo propiamente dicho es, en rigor, eso: la posesión de maquinas. Si éstas se paran, la ruina

es inmediata y absoluta, porque su enorme valor, habiendo sido en la mayor parte de las grandes explotaciones adquiridas a crédito, lo es sólo en función de producción permanente.

Pero el capital financiero, con su fluidez característica, está y aparece ligado a los sectores más varios de la producción industrial, y ello de un modo simultáneo, es decir, mediante interferencias que le hacen sumamente sensible a cualquier crisis, sea cual sea la zona donde surjan. Con las acciones de una gran empresa se financia otra distinta, con el crédito y el volumen financiero de una se crea la de más allá, y todo ese tejido llega al ahorro y a los pequeños capitales por mediación de las instituciones bancarias y el incremento de la especulación bolsística.

La economía del gran capitalismo —propiedad mecanizada y crédito— se sustenta, pues, en una unidad rígida, en cuya base existen contradicciones sumamente peligrosas. Las economías privadas, los grandes y los pequeños negocios, las riquezas particulares, viven así a expensas de la realidad más frágil.

En la culminación del ideal de enriquecimiento está ese panorama. Al adoptarlo los hombres como norte, y al iniciar la ascensión hacia su logro de un modo individual, liberal, cada uno con su propio problema, su economía y sus sueños, la consecuencia es que de pronto todos aparezcan ligados, pendientes de los mismos peligros y jugando la misma carta. Paradójicamente, pues, la mentalidad liberal-burguesa, que inició una etapa de vigorización económica individualista en la que «cada uno» buscaba mediante la libre concurrencia forjar su propia riqueza, termina, en cambio, en un sistema económico cerrado, donde un entretejido sumamente complejo une en un solo organismo las riquezas todas de todos.

2. EL HOMBRE RECUPERA SU SENTIDO «SOCIAL»

En el fondo de la actividad individualista, y que informa el proceso descrito del régimen capitalista, hay a la par que una sobreestimación consciente del valor individual una subestimación subconsciente del mismo. El hombre se sabe en cierto modo desamparado, desligado de conexiones seguras, y, como si dijésemos, a la intemperie. Así el ideal de enriquecimiento progresivo vendría a ser una tendencia del hombre a forjar, mediante la riqueza, una especie de protección, que sustituyese las «conexiones sociales» que, antes de la etapa individualista, existían de una manera evidente. (Conexiones basadas en la fe común, en el gremio común, en la unidad de cultura, en la profesión misma uniforme, la milicia, etc.)

Comienza hoy, pues, a verse claro que la «dimensión individual» del hombre se ciñe casi exclusivamente a valores de índole económica, y que su cultivo histórico, a la vez que inauguró la era capitalista, nos ha conducido a la hora actual del mundo, a las grandes crisis, a la zozobra misma económica de las fortunas privadas y, sobre todo, a multitudes enormes en la situación más crítica que, desde el punto de vista social y económico, puede concebirse: la de parados, la de residuos, sin tener absolutamente nada, ni posibilidad alguna de ganar nada.

El hombre se ha encontrado, pues, con que las seguridades, las protecciones que buscaba y que algún día creyó de veras firmes, se le escapan de la mano. Penetra así en una disposición de ánimo que le conduce necesariamente a descubrir y aceptar las perspectivas de «lo social». Quizá sean de este orden las causas que explican la vigencia mundial de formas de vida, instituciones y modalidades, en las que hoy predominan, sobre cualesquiera otras, las ideas de solidaridad y de destino común. El hombre abandona, pues, su tendencia a descansar exclusivamente en categorías individualistas y busca y apetece entrar con «los demás» en un orden de realizaciones más firmes y seguras.

Este fenómeno, de valoración cada día más intensa de «lo social», aparece hoy en todas las manifestaciones que poseen el cuño típico de la época. El mismo explica, por ejemplo, el reencuentro de las grandes masas populares con la idea de Patria, encontrando y percibiendo en ella tanto su carácter de refugio como de instrumento y resorte, con el cual, y a través del cual, es sólo posible la propia vida. Explica asimismo el hecho de las economías privadas numerosas, de signo modesto (salarios, sueldos, pequeños negocios de distribución), con pleno sentido de la imposibilidad de enriquecimiento propiamente dicho, y disponiendo a la vez sus individuos de un equilibrio, moral y material, ajeno en absoluto a toda actitud socialmente resentida. Explica también la uniformación de las masas, que luego estudiaremos, el redescubrimiento de una moral de milicia y el sentido mismo de las subversiones juveniles que vienen operándose.

3. EL PARO, SÍNTOMA DECISIVO

Hemos visto que la supermecanización industrial y el soporte financiero de las grandes empresas obligan, ante un amago de crisis, a sacrificar el hombre a la máquina. Antes que parar las máquinas, lo que supondría la caída financiera de la industria, se lanza si es preciso a centenares de miles de hombres al

paro forzoso. La causa remota y única de ello hay que buscarla en que todo el sistema económico a cuyo cargo ha estado desde el primer día la producción industrial, se basa en el principio del enriquecimiento progresivo y en la libre concurrencia. Es decir, la producción no tiene como finalidad primera servir las necesidades de los hombres y proveerles de artículos de consumo, sino otra distinta, ajena absolutamente a ese sentido, la de ser y constituir un medio de lucro, una manera de enriquecerse.

La red parasitaria que rodea el sistema entero de la producción y de la distribución alcanza proporciones enormes. No es ya el industrial, el empresario, quien figura en ella de un modo único, ni principal siquiera. Pues la intervención del capital financiero, la presencia de accionistas innumerables en las sociedades anónimas, la especulación en torno a los títulos industriales, los bancos comerciales intermediarios, etc., constituyen una serie de factores que pesan e influyen perniciosamente en la economía actual supercapitalista.

Que el final de todo el sistema conduce a situaciones insostenibles, procedentes de las contradicciones fundamentales que vienen operando en él desde su nacimiento histórico, parece una evidencia que muy difícilmente puede hoy ser negada. Esa evidencia es el paro forzoso, la realidad social de que haya en el mundo cuarenta millones de hombres sin tarea y sin pan. Por lo que llevamos dicho se advierte, claro es, que son aquellos países más industrializados, y donde el sistema de superproducción capitalista alcanza más altas conquistas, quienes padecen el paro forzoso con mayor relieve. (En 1932 había en los Estados Unidos once millones y medio de parados; en Inglaterra, cerca de tres millones, y en Alemania, cinco millones y medio.)

Ahora bien, no consideramos lógico ni justo lanzar condenación alguna a la industrialización propiamente dicha, y menos a los avances técnicos del maquinismo. Pertenecen a un signo de valores humanos de magnitud grandiosa, y sólo el hecho de haber sido puestos al servicio de un concepto, desviado y erróneo, de la producción les da un aparente carácter perturbador y nocivo.

El paro forzoso que hoy advertimos no es ni coincide con el de las capas humanas más ineptas e invaliosas. Entre todos esos millones de hombres parados los hay, sin duda, de gran preparación profesional y buenos técnicos en sus respectivas ramas industriales. Y más aún, no se trata sólo de asalariados, de proletarios. El paro amenaza hoy asimismo a zonas inmensas, pertenecientes a las clases medias, y se agudiza cada día con caracteres más graves en las juventudes. La mentalidad del hombre parado, o en peligro de estarlo un día cercano, es de un signo trágico muy singular, y quizá se amasa hoy en ella uno de los factores que más van a influir en los resultados subversivos de esta época.

Resulta, pues, que se ha efectuado así un viraje radical en cuanto a lo que podemos denominar luchas sociales. Hasta aquí, durante el período ascensional del capitalismo, las masas obreras disputaban los beneficios que se obtenían, logrando mejoras de índole social y aumento de salarios. La consigna era liberar a los trabajadores de la explotación. Parece que todo eso está en camino de sufrir un cambio absoluto. En primer lugar, porque es patente la existencia de una profunda crisis que hace en muchos casos problemáticos e inexistentes los beneficios de las empresas, y, no habiéndolos, mal pueden ser disputados ni por los trabajadores ni por nadie; además, un aumento de salarios, cuando es a costa de medidas inflacionistas y artificiales, al objeto de provocar una subida de los precios y una elevación —elevación ficticia— del poder adquisitivo de las masas, no supone ventaja alguna real. En segundo lugar, no es explotación auténtica lo que en último término padecen los proletarios, sino algo peor o mejor que eso, pero distinto: están parados. Es decir, reducidos a una categoría social nueva, en situación dramática de seres residuales, sobrantes, sin nada que hacer.

Todos los síntomas son, pues, de que nos encontramos en una hora crucial del mundo. Difícilmente podrá dentro del actual sistema realizarse hallazgo alguno que suponga una solución duradera. El fenómeno del paro forzoso, repetimos, está contribuyendo a dotar a nuestra época de un elemento importante para la elaboración de formas de vida económica y política de signo aún no totalmente previsible. Se trata de que el hombre descubra nuevas tareas para el hombre. Servicios nuevos. Cómo y por qué vías esas tareas van a descubrirse, es algo que aún no se sabe con certeza, pero sí que constituyen una de las finalidades, una de las metas cuya conquista persigue el período transmutador hoy vigente.

VIII.- La uniformación de las masas. El uniforme político y su autenticidad

La presencia de las juventudes, en el área fundamental de las luchas políticas, ha coincidido con un hecho visible, el de incrementar la manifestación externa del signo político a que aparecen adscritas. Ello ha venido a producirse en una hora madura para la uniformación, en una hora de reencuentro de la dimensión «social» del hombre, es decir, de subordinación y disciplina a valores y categorías de linaje sobreindividual y colectivo.

1. EL SENTIDO DE LO UNIFORME

Evidentemente, en todo el período de civilización liberal-burguesa ha regido una tendencia a sustraer la vida de toda uniformidad. El culto a los valores individuales produjo como lógica consecuencia el culto a la dispersión, a la variedad y a la indisciplina. Un culto así se manifestaba, tanto en el orden político, como en el orden de la vida diaria y en la apreciación o signo de los gustos. Entre las cosas objeto de desvío estuvo, por ejemplo, el uniforme, es decir, el traje único e idéntico. Quizá pueda buscarse en este hecho la permanente hostilidad que los grupos y las ideas más propias del espíritu demoburgués han tenido para la milicia y los militares, valores inseparables de un concepto de la uniformidad, y gentes que no perdieron su carácter de «uniformados», esto es, a la vez representativo de su función y exteriorización pública de ella.

Durante la vigencia demoburguesa, se «ha odiado» al uniforme, y se ha tenido hacia él una subestimación profunda. Pero acontece en torno a este hecho una cosa singular, denunciadora entre otras de cómo el espíritu burgués obedece en sus valoraciones a criterios de refinada simulación. Así ocurre que se ha venido prescindiendo del uniforme, y se ha visto siempre en él una tendencia determinada, sin enjuiciarlo ni comprenderlo en su verdadero sentido. Vestir uniforme era para el burgués una aspiración a destacarse, a reforzarse, es decir, a afirmar más aún la personalidad individual. Nada más erróneo, ni más falso. Tiene lugar precisamente lo contrario de eso. Quien se uniforma, quien viste uniforme, lo que hace realmente es disminuirse como «individuo», entrar en unas filas, donde él como individuo pierde relieve y significación, pasando a ser un número anónimo en ellas.

No el traje uniforme, sino el otro, el traje demoburgués, es el que realiza y cumple, de hecho, la tendencia a destacarse y valorarse «individualmente». Se puede decir que distingue al burgués el afán de distinguirse. Por ello, su traje permite una serie innumerable de formas y recursos, mediante los cuales puede ser lograda la diferenciación social. Desde el sombrero hasta los zapatos, todas las prendas pueden ser de una tela o de otra, de un color o de otro, y son capaces de mil abalorios y aditamentos, que dan más o menos prestancia y relieve, esto es, más o menos significación al individuo.

Ahora bien, la mecanización industrial y su consecuencia la producción en serie, es decir, de objetos iguales e idénticos, es uno de los fenómenos que comenzaron a tragar al propio espíritu y estilo del cual eran hijos. Lo mismo que la economía supercapitalista produjo la casi fusión de las economías privadas, siendo así que procedía de una etapa de economía liberal, individual, también la producción en serie venía a destruir la tendencia primera a la dispersión del traje.

2. LA APARICIÓN DE LAS MASAS

El concepto, hoy tan usado y corriente, de «las masas» obedece a un fenómeno muy cercano, y quizá muchos lo utilizan de un modo erróneo. Pero resulta que, sin saber de fijo qué son las masas, poco puede ser comprendido a derechas de cuanto está transcurriendo desde hace quince o veinte años, pues son ellas, las masas, quienes lo efectúan, realizan y dotan de sentido.

Durante el siglo XIX, época típicamente individualista y burguesa, no había masas ni existían masas. La aparición de éstas como tales, repetimos, es fenómeno reciente, surgido en esta misma época que ahora vivimos. Algo, por tanto, posterior a la vigencia demoliberal y al proceso ascensional del capitalismo, o, por lo menos, coincidente con su culminación y con la inauguración o apertura de su declive. En efecto, la civilización individualista y las formas sociales y políticas a que daba lugar no constituían atmósfera adecuada para la existencia de masas. Pues éstas no son simples aglomeraciones, no aparecen de un modo forzoso vinculadas a la presencia de las multitudes. El concepto político-social de «las masas» no tiene, en una palabra, mucho que ver con el concepto de mayorías o minorías, propio de la época —hoy ya vencida— a que hemos hecho alusión

Para que las multitudes, aglomeraciones y grandes núcleos de gentes entren en el concepto de «masas», tal y como éstas existen y actúan, se requiere que aparezcan revestidas de ciertos signos, por ejemplo: Tiene que haber operado en su formación una conciencia colectiva, de expresión más fuerte que la conciencia individual de quienes la formen. Las masas son homogéneas, y se es elemento de ellas en tanto se posea precisamente engarce esencial con «los otros», en tanto se renuncia y se subordina su propio ser

al ser colectivo que las informa. Las masas son totalitarias, exclusivistas, es decir, poseen conciencia de ser una unidad cabal, completa y cerrada. Las masas tienen un rango absolutamente ajeno en el fondo a su cuantía numérica, a los pocos o muchos individuos que las constituyan.

Sin duda, hay otros signos definitorios, y sin duda puede ser estudiado el concepto de «las masas» partiendo de características distintas a esas que señalamos, pero éstas son reales y exactas, y a nosotros nos sirven para aclarar el tema del presente capítulo.

A primera vista puede percibirse que «las masas» son cosa en absoluto extraña a la mentalidad demoburguesa, y su existencia no puede en modo alguno predominar mientras aquélla mantenga su normal vigor. Pues entonces no son las masas, sino los partidos, los grupos, con su adscripción a los conceptos de mayorías y minorías, es decir, con su dependencia a valoraciones de carácter numérico, y desde luego formadas por una suma de «individuos», que añaden y suman eso, el ser individuos.

Pues bien, lejos de ser esencial la cuantía numérica, aunque también sea naturalmente un factor, las masas pueden lograr y logran de hecho el predominio en virtud de otro linaje de cualidades: su agilidad, su modo de ser compacto, su uniformidad, disciplina interna. Los fenómenos que hemos estudiado en esta digresión, el bolchevismo, el fascismo, el racismo socialista alemán, son claros y formidables ejemplos de la intervención y presencia de las masas.

Las masas son, por esencia, cuerpos de signo juvenil, dotados de características que sólo se encuentran en las cosas jóvenes y nuevas. No se olvide que coincide la aparición de las masas con la hora mundial en que se nota asimismo un imperio y vigencia de «lo joven», y en que, como dijimos en la digresión primera, está operante una conciencia juvenil de carácter mesiánico.

3. EL UNIFORME POLÍTICO

De las líneas anteriores salta bien madura la consecuencia. La introducción y uso de los uniformes, la exteriorización de signos unánimes e iguales, que se advierte en la política mundial más reciente, es un producto lógico del hecho de ser realizada por las masas. Sólo la actuación de las masas conduce a una acción política «de uniforme», como hoy la percibimos en casi toda Europa.

El hecho de uniformarse señala el abandono radical de la actitud demoburguesa, y la aparición de un genio diferente. Los elementos integradores de las masas entran en las filas con ánimo de renuncia, a la vez que se sienten potenciados, virilizados, con su adscripción a las tareas comunes que las masas realizan.

No sólo en el traje, sino en otros rasgos que caracterizan la acción y presencia de las masas, se advierte la facilidad y rapidez con que sus elementos adoptan los distintivos, saludos y ritos propios de ellas. A modo y especie de contagio, como bajo los efectos de una voluntad fluida e invisible.

Es evidente que los fascistas italianos interpretaron una de las primeras manifestaciones de este fenómeno. Luego, se ha generalizado y extendido, no a título siempre de imitación, como muchos creen, sino por afloración natural de algo típico de la época, y que surge acompañando a las acciones que en ésta se producen. Aparece hoy asimismo en las filas clasistas de los proletarios, y es digno de notarse un hecho que demuestra cómo un estilo así choca con las características del espíritu demoburgués: son, entre los proletarios, aquellos que se muestran menos propicios a unir e identificar sus luchas con los grupos demoburgueses de izquierda quienes adoptan «la uniformidad», levantan el puño y buscan el gesto y el estilo de la milicia. (En España, las juventudes socialistas hacían todas estas cosas, contra la opinión y las preferencias de quienes, en su partido, optaban por una política moderada y de acuerdo con la burguesía izquierdista.)

La actuación política uniformada muestra además otro perfil, que contribuye asimismo a aclarar uno de sus aspectos más singulares. Es el valor de la sinceridad y de la franqueza de sus militantes, el carácter juvenil, de entrega, sin reservas ni cálculo alguno de cinismo o cazurrería.

El militante político uniformado, que exterioriza y muestra su carácter de tal, ofrece el máximum de garantía de que es sincero, y de que difícilmente negará su bandera política, ni la abandonará por móviles individuales y turbios. Sólo las juventudes pueden en efecto dar vida a una actitud política de tal naturaleza. Conocida es, por el contrario, la actitud cautelosa, reservada, propia del viejo militante de los partidos demoburgueses.

Las juventudes, al entrar en el área política, incorporan el valor de la sinceridad, y se muestran tal y como son. El joven se adscribe a una bandera, a unos ideales, y se distingue, mostrándolos, enfundado en ellos. Estima que hay que sacar al aire, a la superficie, las ideas políticas y sociales de las gentes.

Los sectores maduros que asisten al desarrollo de un hecho así reaccionan con juicios disconformes, y muestran su clásica sensatez, expresando que las ideas —el ideal, como ellos dicen con cierto arrobo y

farsantería— no deben vincularse a una prenda, a un gesto, ni a nada de análoga frivolidad. Deben, por el contrario, resguardarse en lo más profundo del pecho, en el corazón del hombre, y allí rendirles culto. Pero esto no logra emocionar nada a las juventudes, que tienen mil motivos prácticos para saber que son precisamente aquellos que ocultan «en lo más profundo del corazón» sus ideales, quienes se desprenden de ellos con más facilidad, y cambian y fluctúan de un lado a otro, o actúan sin acordarse mucho de lo que dicen llevar tan guardado y reverenciado.

Las juventudes uniformadas saben, en fin, que son precisamente ellas, con el signo exterior que las distingue, teniendo las ideas vinculadas a su brazo, a su puño, a su camisa o a su gorra, las que de veras están adscritas con firmeza y sinceridad, permanencia y sacrificio, a una bandera. E invitan, por tanto, burlonamente, a las gentes maduras y sensatas, a que no vinculen las ideas a vísceras tan profundas como el corazón, sino que las saquen al aire, de modo que se vean, exponiéndolas con sencillez, en la seguridad de que es más difícil cambiar de camisa que de corazón (o de chaqueta).

FINAL

Eso es Europa y ése es el perfil más exacto que nos presenta hoy. Naturalmente, estamos también en ella, y esos fenómenos tienen o tendrán entre nosotros su expresión, realizándose bajo nuestro cielo la contribución española a la transmutación mundial. No sé si llegaremos pronto o tarde. De lo que sí estoy convencido con firmeza es de que en todo caso llegaremos a tiempo, y nuestra voz será oída.

Han surgido, como hemos visto, en Europa una serie de manifestaciones políticas triunfales. Muchos pretenden que se trata sólo de dos, fascismo y bolchevismo, y no de ninguna otra distinta. No aceptamos tal juicio como verdadero. Esos mismos que tal creen opinan también que el futuro vendrá a ser una pugna o lucha entre esas dos únicas banderas, y que ya, en realidad, nos encontramos en el seno de esas luchas. Repetimos nuestro juicio adverso.

Se está operando una transmutación mundial. Signos de ella son el bolchevismo, el fascismo italiano, el racismo socialista alemán y los estilos y modos que hemos descrito en las páginas anteriores. Son erupciones, iniciaciones, impregnadas ya de lo que ha de venir, pero cosas nada definitivas, permanentes y conclusas. Y desde luego, tanto el bolchevismo como el fascismo y el racismo, fenómenos nacionales y restringidos, sin envergadura ni profundidad mundial.

Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad trasmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia universal.

La suspensión de un periódico

Señor director de EL DEBATE:

Muy señor mío: Permítame denunciar desde las columnas de su periódico el atropello incalificable de que hemos sido objeto por la Dirección general de Seguridad.

No bastó enardecer el celo del fiscal, que denunció cinco números seguidos de nuestro periódico, con la subsiguiente recogida por la Policía. No bastó tampoco que, sin orden ninguna del juez se me encarcelase doce días por el nefando delito de defender la integridad del Estado frente a la desbordante propaganda separatista de los núcleos catalanes. No bastó, repito, y por eso ahora se ha consumado la máxima ilegalidad contra nosotros: El último número de “La conquista del Estado” fue recogido por la Policía veinticuatro horas antes de salir. Apenas comenzada la tirada del periódico, dos policías destruyeron las formas y la edición completa del número, a excepción de unos cientos de ejemplares que logramos salvar.

Y ahora pregunto: ¿Qué garantías existen para la Prensa? Si el director de seguridad se atribuye la facultad de intervenir los primeros ejemplares y detener la tirada, si no le satisface algo que en el periódico se diga. ¿Cómo es posible editar un periódico? Frente a semejantes desafueros, hay que hacer un elogio de la censura previa, pues entonces todo se soluciona no publicando aquello que tachen los tiranos. Pero con el nuevo sistema patentado por el señor Galarza, la vida de los periódicos disidentes —del Gobierno, no de la República— es completamente imposible.

Ante los gravísimos sucesos que denuncio, no dudo que serán publicadas estas líneas. Suyo affmo. s.s.

R. LEDESMA RAMOS

[*El Debate*, Carta al Director, nº 6868, Madrid, 30 – julio – 1931, contraportada]

Movimiento español J.O.N.S.

(Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista)

Qué son las J.O.N.S.

Los orígenes.— Fe política militante.— La maravilla y el orgullo de ser españoles.— Lo primero, la acción.— Buscamos haces, juntas.— Al servicio de una mística de juventud y de violencia.— Imperio y pan.— La glorificación de las masas.— ¡Viva España!

(El FASCIO se encuentra al nacer con el hecho gratísimo de que existe en España una organización de juventudes, las J.O.N.S., disciplinada en torno a ideales muy afines a los nuestros. Pondremos a disposición de estos grupos verdaderos fascios de jóvenes combatientes, una página de nuestra revista, desde la que lanzarán sus consignas, sus razones y sus gritos. Hoy, uno de los fundadores más destacados, Ramiro Ledesma Ramos, señala los orígenes, las rutas y las metas de las J.O.N.S.)

Sentido nacional

He aquí nuestra conversación con Ledesma Ramos:

—¿...?

—Localice usted el nacimiento y creación de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista en la hora misma en que suspendió su publicación La Conquista del Estado, víctima del rigor policiaco de Galarza, y tanto como eso, de la atmósfera de entontecimiento demoliberal que se respiraba en España —derecha, izquierda y centro— hasta hace unos meses. La Conquista del Estado desapareció hace ya año y medio; pero sus veintitrés números denunciaron antes que nadie toda la mentira, toda la ineficacia, toda la candidez y todo el peligro de desviación y hasta de traición nacional que representaban aquellos pobres principios decimonónicos de las jornadas abrileñas. Y no era eso oposición a la República, como tal. No. Pues ante nuestra vista estaba bien cercano el pobrísimo impulso y el fracaso terminante de la Monarquía. Era otra cosa: Teníamos sentido nacional español, ansia de servicios eficaces a la cultura y a la tierra que constituían nuestro ser de españoles; sabíamos quién era el enemigo —las organizaciones marxistas, poderosas y violentas—, y nos creíamos, por último, en posesión de las técnicas más precisas para debilitarlo.

—¿...?

—Y entonces, abrazados a una interpretación militante de nuestra fe política, dimos paso a las J.O.N.S., donde, repito, los grupos de jóvenes lectores que se habían adherido a la consigna de resurgimiento nacional propagada en nuestro periódico, colaboraron durante un año en una tarea silenciosa y resignada, con perfecta cohesión y disciplina. Nos sostenía un espíritu vigilante, seguros de que muy pronto el pueblo español sentiría la necesidad de defender a la desesperada su derecho a una Patria y a una cultura que él mismo había creado. Pues la presencia angustiosa de tres realidades, de tres amenazas, como son: los separatismos roedores de la Unidad, la ola marxista antinacional y bárbara operando en nuestro suelo; la ruina económica y el paro constituyen peligro suficiente para que la gran mayoría de los españoles, o por lo menos la minoría más heroica, tenaz y responsable, aceptasen el compromiso de una acción política encaminada a recuperar la fortaleza de la Patria y la prosperidad económica del pueblo.

La eficacia política

—¿...?

—No hay política, eficacia política, sin acción. No interesa tanto a las J.O.N.S. atraer millones de españoles a sus banderas como organizar cientos de miles en un haz de voluntades, con una disciplina y una meta inexorable que atrapar. El nombre mismo de nuestros grupos, las Juntas, señala la primera preocupación del Partido, la de promover a categoría activa, militante, el mero existir pasivo y frío que caracteriza hoy la intervención política del pueblo.

—¿...?

—Sí. Delimitamos, por ahora, el sector de nuestras propagandas. Sabemos que el espíritu y la táctica de las J.O.N.S., es decir, sus ideas y su estilo de acción, sólo puede ser aceptado por la juventud española universitaria y obrera. Esto es, hijos de burgueses y proletariado joven, unidos en dos logros supremos: el resurgimiento de la grandeza y dignidad de España y la elaboración de una economía nacional, de sentido sindicalista, corporativo, sin lucha de clases ni marxismo. Sólo la

juventud sabe que las instituciones y procedimientos que sirven de base al Estado liberal-burgués son una ruina en nuestro siglo, capaces tan sólo de despertar la adhesión y el entusiasmo de las gentes viejas. Y sólo ella sabe también que no hay licitud política alguna a extramuros de una idea nacional indiscutible, irrevisable, y que para mantener en su más firme pureza esa fe nacional, ese sentimiento de la Patria, es hoy necesario formar en unas filas uniformadas y violentas que contrarresten y detengan las calidades temibles del enemigo rojo.

El pueblo español

—¿...?

—En efecto, imperio y pan. No hay grandeza nacional y dignidad nacional sin estas dos cosas: un papel que realizar en el mundo, en la pugna de culturas, razas y religiones que caracteriza el vivir humano del planeta; un pueblo satisfecho que coma y alcance un nivel de vida superior, o, por lo menos, igual que el de otras naciones y países. Pero hay más. Si la economía nacional ha de ser próspera, es decir, lo necesariamente rica para asegurar el esplendor vital del pueblo, el primer factor es el de tener como base una pujanza y una fortaleza nacionales, una capacidad productora y un optimismo creador, imperial, que sólo consiguen y atrapan los pueblos que aparecen en la Historia formados apretadamente en torno a la bandera de su Patria. Por ejemplo, la España del siglo XVI. Y hoy, el fascismo italiano.

—¿...?

—Nada es hoy posible sin un orden, una disciplina y una colaboración activísima de las masas. Quien rechace o prescinda de las masas como de algo molesto y negativo está fuera del espíritu español de nuestro siglo, de la realidad que ahora vivimos. Las J.O.N.S. aceptan, acogen y comprenden en su verdadera significación esa especie de glorificación de las masas a que asistimos hoy. Y por ello creemos que la única garantía de que pueda lograrse en España un orden permanente, una fecunda disciplina española, es aceptar, o más aún, reclamar la presencia palpitante del pueblo, de las masas españolas. Demostraremos al marxismo que no nos asustan las masas, porque son nuestras. Es, pues, tarea del Partido, primera justificación del Partido, el encontrar los moldes, los perfiles recios, durables y auténticos sobre que volcar la colaboración, efusividad y fuerza creadora del pueblo español. El marxismo encrespa las masas e inutiliza su carácter de españoles, movilizándolas bajo consignas negativas y rabiosas. Las hace bárbaras, insolidarias y hasta criminales. Al contrario de eso, las J.O.N.S. intentarán ofrecer, aclarar y señalar a las masas hispánicas cuál es la ruta del pan, es decir, de la prosperidad y del honor; esto es, de su salvación como hombres libres y como españoles libres. Sabemos bien que sólo será libre el pueblo español cuando recobre su ser, su coraje y su fuerza —que viene negando o desconociendo desde hace dos siglos— y proyecte todo eso sobre el cerco enemigo que le ataca.

Móviles de índole nacional

—¿...?

—Nuestra negación radical es el marxismo. Nuestra afirmación primera, la grandeza y dignidad de España. Claro que estos dos afanes pueden compartirlos asimismo —en la letra, no en el espíritu— los sectores burgueses de izquierda; pero las J.O.N.S. saben bien que sólo coronando esos propósitos con una política de sacrificio y de violencia, de realidad nacional y no de farsa parlamentaria, de heroísmo en la calle, popular frente a los rojos, pueden ser obtenidos rotundamente. Esperamos, pues, la adhesión inmediata de esas juventudes burguesas de izquierda, ilusionadas hasta ahora por los mitos del siglo XIX, ingenuos, candorosos y, lo que es peor, ineficaces y blandos ante el enemigo.

—¿...?

—Las J.O.N.S. constituyen, puede decirse, un Partido contra los partidos. No admitimos como lícitos en política otros móviles que los de índole nacional. España va a la deriva, gobernada por el egoísmo de los partidos, que hacen jirones la unanimidad histórica de España, su capacidad de independencia y sus defensas esenciales. Queremos el Partido único, formado por españoles sin calificativo alguno derrotista, que interprete por sí los intereses morales, históricos y económicos de nuestra Patria. Queremos la dictadura transitoria de ese Partido nacional, forjado, claro es, en la lucha y asistido activamente por las masas representativas de España. ¡¡Dictadura nacional frente a la dictadura del proletariado que propugnan los rojos y frente a los desmanes de la plutocracia capitalista!! Hasta conseguir las nuevas instituciones, el nuevo orden español, el nuevo Estado nacional de España. Nada nos liga a la España liberal y blanducha anterior al 14 de abril. Nada nos

impide, pues, comenzar nuestro camino desde esta situación republicana que hoy existe. Pero, repito, la Historia de España es gloriosa, formidable. Algunos de sus Reyes, magníficos jerarcas, geniales creadores de alma nacional, y de ellos estamos orgullosos ante el mundo. Ahora bien, hoy España, el pueblo español, vive una forma republicana de gobierno, y las J.O.N.S. declaran que se librarán mucho de aconsejar al pueblo su abandono. En todo caso, ni Monarquía ni República: El régimen nacional de las J.O.N.S., el nuevo Estado, la tercera solución que nosotros queremos y pedimos.

Revolucionarias y católicas

—¿...?

—Las J.O.N.S. se consideran revolucionarias. Por su doble índole de Partido que utiliza y propugna la acción directa y lucha por conseguir un nuevo orden, un nuevo Estado, subvirtiendo el orden y el Estado actuales. Somos, en lo económico, sindicalistas nacionales. Tenemos en nuestro programa la sindicación forzosa de productores, y desde los Sindicatos de industria a la alta Corporación de productores —capital y trabajo—, una jerarquía de organismos nacionales garantizará a todos los legítimos intereses económicos sus rotundos derechos. Otra cosa es en nuestra época caos, convulsión, ruina de los capitales y hambre del pueblo. Sólo nosotros, nuestro sindicalismo nacional, puede hacer frente a todo eso, aniquilando la lucha de clases y la anarquía económica.

—¿...?

—¿Cómo no vamos a ser católicos? Pues ¿no nos decimos titulares del alma nacional española, que ha dado precisamente al catolicismo lo más entrañable de ella: su salvación histórica y su imperio? La historia de la fe católica en Occidente, su esplendor y sus fatigas, se ha realizado con alma misma de España; es la Historia de España. Pero quede bien claro que las J.O.N.S. aceptan muy poco, se sienten muy poco solidarias de la actuación política de los partidos católicos que hoy existen en España. Viven éstos apartados de la realidad mundial, y al indicar como metas aceptables las conquistas y los equilibrios belgas, denuncian un empequeñecimiento intolerable de sus afanes propiamente nacionales, españoles.

—¿...?

—Sí. ¡Viva España! Vamos a airear este grito, haciendo que las masas lo hagan resonar con orgullo. Una de las más tristes cosas, de tantas cosas tristes como se ofrecían a los españoles desde hace sesenta años, era esta realidad de que el grito de ¡Viva España! fuese considerado como un grito reaccionario, al que había que proscribir en nombre de Europa y del progreso. ¡Oh, malditos!

[Colaboración de Ramiro Ledesma en forma de entrevista, propagadora de las J.O.N.S., en el periódico El Fascio n.° 1, 16 de marzo 1933. Ilustraba la página una fotografía de Ramiro con camisa negra y corbata roja que vistió en su célebre conferencia en el Ateneo de Madrid, 2 de abril 1932, Fascismo frente a marxismo.]

El Joven Suicida

Una penumbra débil, acariciadora como un soplo místico, parecía diluida espacialmente por el café. Era en las últimas horas de la tarde; un tiempo que media entre la postrer disputa de la claridad, la negrura y la victoria triste e inexorable de la última. Yo gusto del café a esas horas, cuando mi imaginación hace dibujos en la atmósfera, cuando rememoro las facetas de mi orgullo, cuando me vacío de cierto ambiente nuboso, cuando todo yo vibro, dúctil y acomodaticio, sobre una suprema aspiración que se realiza, cuando mi vista se pierde en el aire penumbroso y ligero.

* * *

En la mesa próxima a la mía la peña cotidiana que formaban de seis u ocho artistas y literatos, comentaba, exaltaba y vehemente, el último suceso trágico que había puesto en las almas de todos un signo interrogante, un desconcierto difuso, una visión más clara de la oscuridad que nos circunda, un pesimismo más en las mañanas del cerebro inservible e inútil...

Primero fue la exposición descarnada y concisa “un joven de veinte años se había suicidado la madrugada última”. Nadie le concedió importancia, es un suceso que pasa todos los días; Pero después vinieron las circunstancias del suicidio, y aquellos comentadores, sin duda de espíritus selectos y escogidos, ya prestaban atención y se interesaban por la tragedia. Uno de ellos con palabras claras, reposadas y, a veces, algo hueca, expresó todo con bastantes detalles. Yo, desde mi asiento, crujía en ansias, deseaba conocer el juicio que les merecía el caso trágico. El suicida era mi amigo, mi mejor amigo...

— Se trata de un vulgar desequilibrio en sus facultades. —exclamó uno.

— O quizá se deba a lecturas fuertes que influyeran en un espíritu pusilánime o en un carácter de suyo extraviado. —dijo otro.

— Sin duda algún desengaño amoroso, ya se sabe con qué calor toman estas cosas los jóvenes de veinte años. —repuso otro.

A esto replicó un tercero:

— No, era un convencido de la misoginia, jamás trató a una mujer, a lo menos así dice el periódico.

Se oyó con la voz clara, rítmica, con vivo sentimental de un poeta:

— Yo me conmuevo ante estas muertes prematuras, mártires de la encrucijada y la obcecación, sublime incógnita en un mundo resquebrajado, donde bullen millones de cerebros, donde existen innumerables divinas moradas, donde pululan estrellas sin luz...

Le interrumpió uno de la tertulia: “No se proponga ahora usted componer el poema del suicida”.

Se encendieron las luces del café; cerré los ojos, me dispuse a marchar. Cuando paré frente a la tertulia dije en alta voz:

— En el siglo pasado nació, vivió y se suicidó un hombre: Larra.

Les volví la espalda en seguida y me dirigí a la puerta; debieron quedarse confusos, turulatos. Ya en la calle miré a través de los ventanales todavía sus ojos estaban fijos, todavía sus lenguas cantaban el silencio...

* * *

Y me puse a leer la carta que me había dirigido mi amigo el suicida. Se la había encontrado en el bolsillo interior de la americana con una novela de Hugo Fóscolo y de un ejemplar del Westher. Decía así uno de los párrafos:

“Me suicido porque yo creo que debo suicidarme; es una convicción que se ha forjado en mi carácter libre. El mundo me aprisionaba la garganta día por día, hora por hora, minuto por minuto, jugaba con mi vida, le daba puntapiés, ponía vallas en su camino, le escupía en el rostro; yo ponía frente a las incundias de la vida todo mi brioso caudal de ideales que atesoro en lo más

interno de mi alma. Bien sabes tú, querido amigo, que era en balde, el mundo me arrollaba, podía más que yo, hacía que no crecieran brotes de mis ideas, me invitaba a grandes voces a la claudicación, a que matara como un cobarde las estiliraciones de mi cerebro en llamas. Yo era un peligro, mi rebeldía era un azote, mi gesto era una amenaza...".

"...yo muero, por lo tanto, sacrificado en el martirologio de los ideales. Dejo en el bolsillo junto con esta carta el Westher y el tomito de Hugo Fóscolo, son como la ironía que dirijo al mundo, a ese mundo imbécil a quien yo odio; Qué ridículos me son esos héroes que se suicidan por amor! ¡Qué grillos deben tener en sus cabezas y que falta de hombría en sus facultades!. Mueren con ademanes quejumbrosos, a lo mejor con el retrato de la fémina entre las manos. Gran acierto el de Amiel cuando escribió: "El hombre que encuentra su vida en la adoración del bello sexo, y que creyera haber vivido bastante haciéndose el sacerdote de una mujer amada no sería más que un semi-hombre despreciado por el mundo y quizá desdeñado justamente por las mujeres" "Hago todas estas disquisiciones para que veas más clara la verdadera significación de mi suicidio...". "...Perdóname tú, el único que llegó a comprenderme y que, por lo mismo, casi tienes derecho a reprocharme este acto, esta sacudida libérrima que conmueve a mi vida, a mi cuerpo, a mi postre aliento...".

Yo, ahora, entre la paz calmosa del bulevar oscuro, quiero pensar un poco en mi pobre amigo, en ese amigo que se acordó de mí en sus últimos instantes, que me dirigió una carta idealista y rebelde, que aún ya dentro de los estertores fríos, tuvo el valor de enviar al mundo una ironía...

Vuelvo a leer su carta, una carta que dice mucho y no dice nada, una carta que es el símbolo del valor o de la cobardía, que siempre estará situada en uno de los dos extremos, sin que ¡ay! Podamos determinar a cual de ellos se corresponde, ¡oh cortedad humana! ¡una de dos!.

Este es el misterio de la vida y la muerte.

[Inédito firmado por "Ramiro Ledesma". Original sin fecha]

EL QUIJOTE Y NUESTRO TIEMPO



Ramiro Ledesma Ramos

Biblioteca Literaria "Tomás Borrás"

El Quijote y nuestro tiempo

Ramiro Ledesma

Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición. En el manuscrito original, estás líneas, figura tachado con lápiz, lo que nos hace pensar que pudiera haber sido el propio autor del libro, quien lo tachara. (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971)

Prólogo a la primera edición

Tomás Borrás

El prologuista no es un anticipador del libro. Por lo que no se trata ahora de repetir, antes que el autor, lo que el autor dice. Me contento con el papel, modestísimo, de paje de cortina.

Antes de presentar la trascortina, que ofrece una panorámica del pensamiento, he de exigir del lector que a lo largo del recorrido de EL QUIJOTE Y NUESTRO TIEMPO, tenga presente que el autor es un muchacho de menos de diecinueve años. Así calará en las calidades excelsas del muchacho, al apreciar la cantidad de talento, prematuramente madurado, con que Ramiro Ledesma Ramos, el superdotado, apareció en la vida.

Se trata en este libro, en sus últimas semínimas, de cual sea el ambiente en que ha de trabajar la juventud (la juventud de su tiempo) y cómo se descompone nuestro enigma en dos términos trascendentales: un ente llamado «vida», que envuelve a la juventud, y su íntima pareja, inseparable, llamada «inteligencia». La cultura ha evitado cuidadosamente entrar en el campo de lo irracional (de la vida espontánea, biológica, natural), pues su ambición es superadora de lo instintivo. Ahora —es el 1924— nos hallamos con que el «pienso, luego existo» cartesiano ha fracasado. Porque es imperativo el otro elemento integrador del compuesto, es inevitable, incoercible y forma parte de la sustancia existentiva. ¿Qué hacer? Ramiro da la solución.

Como Ramiro no pretende jamás tratar sino con jóvenes, a la juventud la habla de la necesidad urgente que tiene de conocerse a sí misma. Y de dar de lado al cosmos establecido por lo intelectivo, lanzándose a «vivir», o sea a domesticar y superar la «vida». El simple hecho de «estar aquí» ya es grandioso y lleva a la inmortalidad, último fin del hombre. Para lograr esa meta, hay que cultivarse y lograr «el alma individualista» de cada uno, pues la cultura, digan lo que digan los pedantes, no es sino «ansia de otra cosa», y «fuera de nosotros, nada existe».

Filosofar así a los diecinueve años es signo y promesa de un futuro eminente. Juega Ramiro con el Quijote —juego de mente pletórica— y saca de él esquirlas, escolios novísimos, personalísimos, manipulando las paradojas con habilidad de dialéctico consumado. Así envuelve la almendra de su teorizar, deduciendo. Desea arrasar cosas decrépitas o mohosas, caducadas y estériles. Mira un horizonte, un porvenir radiante transido de sol de verdad. Es, pues, un revolucionario. Por eso se dirige a quienes aún no han aceptado la situación que hallaron al nacer y pretende infundir en ellos el revulsivo que creará la convivencia y la felicidad sobre otras bases.

Luego, cuando construya en 1931 su propia savia, el sistema político que gana la batalla al marxismo, desechándole por falso e inútil, empleará los mismos argumentos: crear la «otra cosa» con la que sueña el joven, en todas las épocas, inconforme y lanzado, y empezar el nuevo camino, liberada el «alma individualista», encarnada ya en un hombre superador. (A la vuelta de la esquina, Nietzsche espera).

Es, pues, Ramiro, un anticipado a su época. El joven de 1972 es el que describe en 1924.

Tal es el meollo de este deshojamiento del Quijote para hallar su médula oculta. Pues Cervantes es tan esotérico, que cada cual tiene su Quijote, la interpretación propia de su sobrenaturalidad. Y todas son aceptables y ciertas. La de Ramiro se refiere a la disociación que halla entre Don Quijote y Alonso Quijano, el Bueno. Su análisis, que hace zigzags sobre el texto, lo remonta y lo presenta a vista, no a vista de Autor, sino de Creador, el que tiene los secretos de las criaturas, y el sentido de lo que preside Él.

Libro un tanto religioso, por lo tanto. Libro para pesar cada línea. Rival del de su reverenciado Unamuno. Libro de infinitos senderos, como el mar. Que representa una originalidad incontaminada, pura.

Ramiro Ledesma Ramos, con sus claves icarias del Quijote lanzadas al aire matemáticamente, delicioso espectáculo: el del muchacho que nació maestro, y alecciona en verdes años, con conceptos nunca antes usados. Lo cual corona la vida ajustada a su juicio de la «vida» que, melancólicamente, llora en este párrafo: «Me parece que la novísima generación intelectual aspira a situarse en el plano de las grandes perspectivas. Desde ese plano —paradojalmente picudo— el espíritu de don Quijote aparecerá limpio de sombras. Si vivo dentro de cincuenta años, escribiré otro libro sobre don Quijote.» No le dejó el racionalismo, contra el cual se alzaba a los diecinueve años, y como no podía refutarle, le asesinó.

De este librito podría sacarse una aforística. Tan ceñido, conciso y recortado está el concepto. También, dentro de su extrañeza en los años de su aparición, sólo explica con alusiones; prefiere que el lector —¡y que sea un joven!— desarrolle por sí mismo el germen que te ofrece. Ramiro, podría decirse exagerando un poco, más que contestar, pregunta. Reta, en suma: «¡Gloria a Cervantes! Sí, pero a la vez es necesario meditar una contestación. Será una gran generación la que logre contestar plenamente, aunando los bellos gritos, las interrogaciones del Gran Libro.» Hay que contestar a Cervantes, hay que Requijotar, ¿o Desquijotar?, jóvenes amigos. ¡A ello!...

Otra cosa que, para mí, tiene mucho interés: Ramiro anula la infundada censura de Byron. El cual dijo que Cervantes había desalentado a los españoles, a los hombres todos, al advertirles a qué desastre se encaminan al defender la Verdad. ¡Con qué radiante novedad enseña a Byron y a los que le siguieron, cuál es la esencial finalidad de don Quijote, y cómo sus actos son conformes a triunfo, en sus resultados! Parece anunciar en lontananza el quijotismo de la Cruzada, que demostró, en hechos, el antibyronismo en tesis. Actitud española, doblemente, la de Ramiro.

Los paralelajes de esta obra, en su fondo alegre, radical giro de los jóvenes hacia otras metas, merecen, uno a uno, glosa y ampliación. Habría que escribir los paralelos con Ramiro. No seré yo el que lo intente. No soy sino un prologuista, paje anunciador de la señoría, y, además, no he de repetir lo que en mi biografía de Ramiro intenté, al colocar la obra en su puesto, dentro del itinerario fatal de este hombre modélico.

Obra, y punto final, no obra clímax; tampoco intento y tanteo. En ella está casi todo Ledesma Ramos, el que nació de la cabeza de un Júpiter dotado de todas las armas.

[Este prólogo (págs. 7-11), obra de Tomás Borrás, antecede al ensayo de Ledesma Ramos "El Quijote y nuestro tiempo", que apareció publicado por vez primera en 1971 (esto es, casi medio siglo después de haber sido redactado por un jovencísimo

Ledesma, que contaba con diecinueve años de edad), de la mano del editor Vassallo de Mumbert, de Madrid]

COSAS PRELIMINARES

Escribió Clarín: «En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, el mejor que en su género tiene el mundo». Se refiere al Quijote. Yo no sé qué efecto surtirían en la juventud de aquel tiempo estas palabras. Sí sé decir que la juventud de hoy, por lo menos parte de ella, las recibe con una sonrisa un tanto piadosa. El prócer satírico quiere que los libros —el mejor libro— indiquen o señalen rumbos determinados a los espíritus jóvenes. Error propio del siglo XIX y de todos los siglos, menos del XX, esto es, del siglo en que ahora bulle una juventud. Esto quiere decir que, escribiendo yo un libro sobre el Quijote, proclamando a los cuatro vientos el valor inmenso del Quijote, creyendo con toda sinceridad que es el libro más grande del universo, el Quijote no ha influido, no influye, no influirá lo más mínimo en mi espíritu.

¡Influir! A este vocablo sonoro y vacuo le declarará guerra a muerte la nueva sensibilidad. Porque los que nos asomamos ahora al espectáculo de la cultura viva sorprendemos no más que hormigueros numerosos, compuestos de individualidades *influidas,* que corren y corren, ávidas, al imperativo de un címbalo quimérico que no conocen, que no han oído nunca, y no precisamente por carecer de facultad escrutadora, no, sino porque ese címbalo cuyos tintineos obedecen, es quimérico, no existe.

Quizá en los últimos años se haya dado remate a un gran número de inteligencias, hayan adquirido plenitud muchas máquinas creadoras del pensamiento. Y estoy seguro de que todas, absolutamente todas, han sucumbido como anhelos verticales, y se han sumado a un hormiguero, al más predilecto y afín, pero hormiguero al cabo. Y es que no se trata de incendiar rebeldías vanas, no. En todas las épocas y en todos los tiempos han existido «inteligencias rebeldes», y no en pequeño número. La rebeldía forma también *su* hormiguero. Es preciso huir de ella. La nueva sensibilidad —y tan nueva que no se habrá manifestado aún— no será rebelde, mucho menos conservadora. El vocablo que pueda dar expresión, nombre, a sus tendencias no existe todavía.

Y un escritor —yo— que tiene confianza en poder gustar esa *sensibilidad* nueva, en gozar sus primicias virginales quizá, ha leído el Quijote con mucho amor, con mucho cerebro —el amor cerebral, que es fijeza, que es comprensión y creación y nervio potente, sí existe en esto—, y ha visto infinitas cosas que conocerá el lector a lo largo de este libro.

Son reflexiones, escolios mejor, que se han desprendido de mí al choque fecundo con alas ingentes de genialidad. No es crítica, es *visión.* Y quizá más que visión, porque el contacto produjo *creación.* Si alguien cree, es capaz de creer, que estas palabras son algo así como un sacrilegio literario, o más bien, un atrevimiento vanidoso se equivoca. Y no seré yo quien invierta tiempo en convencerlo de lo contrario.

Y tampoco, eso nunca, tomar el Quijote como un motivo. Aún le queda a la juventud de hoy la perspicacia suficiente para saber respetar lo único que quizá mira con orgullo en el pasado. Porque es esa misma perspicacia —latir preciso y flechazo recto— la que le induce a ver en el tiempo algo más que una mostranza de agonías. Desde Lucrecio hasta las lamentaciones que prodigan algunos escritores en torno al sentido de *vida,* todo es uno y lo mismo.

El tiempo es una categoría que se une a todas las creaciones. Y al crear, es necesario tener conciencia de esa categoría. El hecho perdurable es el que logra una bocanada de eternidad. Y la eternidad es la máxima categoría del tiempo, porvenir siempre cercano, como una paralela que consigue mantener las distancias, avanzando a medida que el soplo del presente se desvanece etéreo. Porque el presente es muerte, luz de un segundo. Y el pasado son tinieblas. Las obras inmortales que se admiran a través de los siglos no pertenecen al pasado. Poco importa el año, la fecha en que fueron creadas. Son detalles

que no debieran mencionarse nunca por su nimiedad simbólica. Las obras inmortales se forjan al contacto de su creador con un minuto, una hora de eternidad.

En estos años, se ha comentado mucho un libro que el sabio alemán Spengler ha escrito sobre la decadencia del Occidente. En este libro se exponen los síntomas —muy pequeños, débiles y hasta quiméricos síntomas, por cierto— que en opinión de su autor son señales evidentísimas de la decadencia, y no sólo de ésta sino también de la muerte de la actual cultura de Occidente. Dejemos aparte afirmaciones *de relleno,* visiones a todas luces absurdas y estaremos de acuerdo con la obtención final. Pero Spengler no llegó hasta el radicalismo a donde hemos de llegar nosotros. Y este radicalismo consiste en señalar el síntoma más vigoroso que demuestra la decadencia en que yace la vida espiritual toda. Lo diremos de una vez: *Es el exceso de investigación.* La inteligencia universal es incansablemente investigadora. Es enorme el número de infolios que durante los últimos veinte, cuarenta, cincuenta años han aparecido repletos de notas, fechas y opiniones y otras cominerías arcaizantes. Se escriben inmensos tratados, compuestos de tomos inacabables, sobre la Historia del Arte, de la Literatura, de la Filosofía, como si hubiera necesidad de hacer un inventario del pensamiento universal de todos los siglos. Yo no quiero ver en esto más que la demostración palpable de que no existe Arte, Literatura ni Filosofía actual, como si los *grandes hombres* del pasado se hubieran propuesto agotar las grandes canteras de que se nutren estas tres enormes ramas del pensamiento. **[Y en esos tratados se analiza, se desmenuza todo, poblándolo todo de notas comparativas, uniendo con redes invisibles y certeras las más disociadas creaciones.]** Bien están todas esas investigaciones, pero como categoría ínfima, no predominando y absorbiendo las grandes atmósferas. Estos investigadores, al encajonar lo etéreo, establecen, claro es, categorías. Proclaman las obras inmortales y señalan los autores mediocres. ¡Como si la inmortalidad necesitase de voceros, como si la obra perdurable, amasada y creada en minutos de eternidad, no viviera siempre, no respirara siempre, aunque no se hiciesen ediciones de ella, aunque no la leyera nadie y nadie le dedicase unos minutos en el fugaz transcurso de la vida! ¿Es que una obra es inmortal porque hablen diariamente de ella cientos de miles de cretinos? No. Nunca. Afirmo que el exceso de investigación, de análisis, de pedantería erudita y libresca es el más firme y seguro síntoma de decadencia. Hoy, al hablar doctamente de literatos, no se refiere nadie a esos pobres diablos que cara a cara con la vida, en la calle, luchan por que los cataloguen dentro de dos o tres siglos; sino a los encajonadores, que miran a los pobres diablos por cima del hombro, como diciéndoles que para entrar en el *cajón* lo primero que hay que hacer es morirse, y... después Dios dirá. Los pobres diablos ante esta perspectiva, reconociendo la superioridad de los porteros del *cajón,* con un gesto humilde, abandonan sus pretensiones de ser catalogados y se lanzan a la vida a triunfar, a tener automóvil, a gozar buenas queridas, a recibir muchos aplausos. ¿Que cómo? Pues los literatos pergeñando pornografías; los artistas, achabacanando su arte; y los filósofos haciéndose politiquillos, esto es, psicólogos de multitudes. Y claro, la literatura es mediocre; el arte es chabacano y la filosofía es psicología o psicometría o necedad, que todo es uno y lo mismo. Y coronándolo todo, se sitúa, ¡qué remedio!, pomposa, riente y dominadora, la *Decadencia.* ¡Y se extraña nadie!

Esto sucede, claro, porque lo manda, lo exige, lo *crea* la Historia, el Tiempo sin ráfagas de eternidad, que no otra cosa es la Historia, el azar y el fatalismo científico spengleriano. Hay también lo que se llama «la alta crítica», que con la ciencia investigadora ocupa los altos sitiales del idealismo docto. La investigación y esa «alta crítica» se complementan de modo maravilloso, y lo ordinario es que ambas cualidades se asienten en un mismo cerebro. No son estas frases hostiles conceptos para la función crítica; pero lo que sí afirmo una y mil veces es que ésta no debe desarrollarse a idéntico nivel que la cosa creada, mucho menos en un nivel superior, que es lo que sucede en la actualidad, produciendo lógicamente grandes desequilibrios y consecuencias funestísimas para el debido entronque de las ideas en el alma de los pueblos. Estoy seguro de que estas últimas páginas las interpreta mal el

lector, y por eso voy a salir al paso de derivaciones erróneas: No hay en ellas ni un sólo ataque para la investigación erudita, sino que me limito a señalar como un síntoma seguro de la decadencia indudable el desarrollo, el entronizamiento en las altas cúspides y el poder sobre la actualidad creadora de esos trabajos investigadores que dicen muy poco o nada a la avidez anímica de nuestro tiempo. En clara y definitiva metáfora, esto puede compararse a la actitud de un enfermo gravísimo que en sus postreros instantes se dispone a echar un vistazo crítico sobre las *acciones* que constituyen su vida toda, gozándose en la contemplación de las más agradables y señalando con un suspiro aquéllas en que no se muestre con la debida pureza o en las que no invirtiera la *genialidad* suficiente. De todas formas, haya en el Haber de su pasado muchas acciones geniales o no haya ninguna, el enfermo está incapacitado para obras de gran empeño, y fenezca con mucha gloria o sin ella, la realidad es que su actual presente no *crea,* no produce, no vive. Hemos de aceptar, pues, la idea de la decadencia de una cultura sin grandes lágrimas, casi debía decir gozosos, porque se nos presenta la ocasión de mostrarnos tal como somos, sin que en nuestra actitud se reflejen «motivos» extraños y sin que sobre nuestra alma graviten amenazadoras presiones, esas presiones que han hecho sucumbir, malograr mejor, envueltos en el cieno de la decadencia, a grandes hombres que se hundieron para siempre. Y expliquémonos ahora el espectáculo de la crítica. Hemos dicho que se ha elevado hoy día por cima de la obra creada, y con esto quisiera decir dos cosas: que la obra creada alcanza muy pocas veces relieve apreciable, y que la crítica, muy inoportunamente por cierto, ha brincado sobre esa mediocridad creadora y adquirido como consecuencia del brinco posiciones que no le corresponden. Y una vez que la crítica actual habita las cúspides, y la obra actual se revuelve, impotente y mediocre, en las bases, sobre el suelo y las atmósferas ínfimas, sucede que aquélla no puede ocuparse de ésta, tergiversando funciones y mirando de espaldas a la realidad viva. En esta situación las cosas, lo lógico sería que la crítica, reconociendo la inexistencia de *obra criticable,* abandonase sus posiciones y se retirara a otras superficies. Pero no lo hace así, y desde su altura inmensa —merecida, desde luego— desdeña la realidad que nos envuelve y se propone descubrirnos unos cuantos genios ignorados, creyéndose, sin duda, con lamentable equivocación, artífice de inmortalidades. La crítica ha de ir siempre detrás de la obra creada, examinándola, escudriñándola, y claro es que con la digna independencia necesaria para que en caso preciso pueda negarse a examinar lo que, a su parecer, *no existe.* Esta última debiera ser su actitud desde hace lo menos veinte años.

Una vez demostrada la decadencia, réstanos averiguar si va a adueñarse también de la generación próxima o si ésta va a lograr hacerla desaparecer, sacudiendo el letargo espiritual que domina al mundo.

Y yo me pregunto cuál es la actitud del «espíritu joven» frente al esplendor de las viejas normas. Porque el final, la decadencia de una cultura es sólo eso: normas. «En clara y definida metáfora», es como obligar a una sensibilidad a gozar de emociones siempre iguales, a forzar su dirección eternamente por un camino, por uno solo, dejando los paisajes fronterizos para que en su examen pueda manifestarse alguna débil originalidad. **[Un ejemplo es el ver como las tres cuartas partes del género humano se le coloca por obra y gracia de un prejuicio en condiciones de abrirse a la vida, sentar una afirmación o una negación determinada: Creer o no creer en el Cristo; adorar o lanzar denuestos al Cristo; afirmar o negar al Cristo. Y esto es sencillamente ridículo, lo reconocerán los más fervientes cristianos y sin más furibundos contradictores. Hasta el que en esta materia adopta un gesto de indiferencia ha tenido antes que oscilar entre uno u otro lugar común. La literatura nos ofrece también un espectáculo con el que no podemos estar conforme.]** Todo esto, unido al progreso de la ciencia investigadora y la equivocada posición de la crítica, significan grandes síntomas de decadencia. Y esta decadencia, en la literatura de Occidente, tiene su principio con la sequía de la última vena romántica y el advenimiento de nuevos escritores, clásicos o lo que sean.

Yo quisiera aprisionar en este libro una juventud de la que gozan todos los seres vivos. Y acaso este libro signifique la muerte de esa juventud a la que yo amo tanto. No debía escribirlo. Me asaltan las dudas terribles, **[una de ellas es si no soy ya un descarriado],** si a los diez y nueve años no soy *ya* viejo. Pero quiero creer en mi juventud. Si no me creyera joven, no escribiría este libro. En él, quizá sea eso lo único aceptable: la juventud.

Pero no divaguemos... La única simpatía que hemos de sentir por las generaciones decadentes es su ansia de cultura. Creemos que sin cultura no se va a ninguna parte. Lo primero es ser hombres cultos, poblar las bibliotecas y hacer desaparecer el vocablo *cultura* de eso que se llama cultura general. Afirmo que es más aceptable, más digno de consideración un analfabeto que no un individuo que disfrute de *ignorancia general.* Avidez libresca, sí, mucha avidez libresca.

Pero aquí se manifiestan dos peligros. Uno, es el vocablo *influir.* Otro, muy considerable, es no ver las cosas en *su propio tiempo.* El primero nace más bien de la lectura de críticas y de filosofía *insincera.* Sí, entiendo que uno de los peligros más grandes que pueden ceñirse sobre una juventud libresca es el embriagarse con el alcohol de las lecturas críticas. Y esto adquiere generalmente relieves de embriaguez porque hay momentos ávidos en que la inteligencia joven no se resigna a desconocer, a ignorar. Y nada tan gustoso durante esos lapsos de tiempo como propinar a la curiosidad ávida un tomito de crítica donde se resumen, critican y anotan todas las obras de un gran autor. Después vendrá la lectura de esas obras, lectura que llegará a nosotros siguiendo la trayectoria que marcan los lados de un ángulo recto. El vértice, el lugar o espacio que absorbe nuestra atención porque a su través nos llegan las ideas, lo forma aquel nocivo tomo de crítica que despojó de nuestra sensibilidad el *modo de ver propio,* impidiéndonos ya para siempre la alegría *íntima* de gozar las obras del autor insigne. Una obra crítica mientras no sea *creación* del crítico no tiene valor alguno. Repito que la crítica, cualquiera que ella sea, obra generalmente en la juventud el efecto mortífero de una plaga. Hablé antes de filosofía *insincera,* como un tubo conductor del vocablo *influir.* Filosofía insincera es, quizá, el noventa por ciento de la filosofía que rueda por el mundo. Y es esta filosofía insincera la única que encierra en sí gérmenes nocivos, capaces de desviar la personalidad de un individuo, mostrándole direcciones que sólo por ajenas son ya falsas. El propio espíritu, la impulsión traslaticia y escrutadora de una intimidad es un cosmos completo. Y la filosofía insincera nace lo mismo de un centro ruin, dominado por todas las cobardías, que de una individualidad poderosísima cuyo único objetivo sea el desconcierto y la risa. La primera es, al parecer de su autor, más perfecta que la propia sinceridad, esto es, la juzga superior a las ideas mezquinas que absorben su *yo;* falsifica, pues, su filosofía íntima deliberadamente, creyendo así dar al mundo esplendorosas perfecciones.

He aquí un pobre hombre que no sabe lo que hace, insincero de buena fe, que desprecia su producir íntimo y que acaso anhele, a tanto fingir, fingirse *otro.* Dijimos de éstos que eran «centros ruines, dominados por todas las cobardías». Dijimos y sostenemos. La otra filosofía insincera, nacida de una individualidad poderosísima, se presta a más exégesis. Nos limitamos a señalar aquí que creemos en su existencia. Sí, existen focos inmensos, grandes hombres, que se complacen en desconcertar al prójimo y en mantener sus *fronteras espirituales* con sonrisas, y quizá con carcajadas.

Estos hombres, herméticos giradores alrededor de sí mismos, puede suceder que se lleven a la tumba sus ideas vírgenes aunque hayan dado al mundo treinta, cuarenta o cincuenta volúmenes, repletos de ideorrea para todos los gustos y generaciones. Es probable que a los dos o tres siglos de morir estos hombres, se celebren pomposamente sus centenarios, se tengan sus libros como faros en las tenebrosidades del pensamiento y hasta se diga en discursos de entrada en Academias, refiriéndose a ellos, que «su espíritu fulge como una luz siempre renovada, porque dio cuanto era y abrió a las generaciones presentes y futuras las puertas de su sinceridad».

En clara, definitiva y mundana metáfora, estos grandes hombres insinceros hemos de compararlos a las meretrices que logran bajar a la sepultura cual virginales doncellas. Y basta ya de filosofía insincera, aunque el tema de los grandes hipócritas nos impulsa a hablar un poco de ellos.

Existen grandes diferencias entre la insinceridad y la hipocresía. Digamos que ésta es infinitamente inferior a aquélla. Los hipócritas son insinceros mediocres. Me parece que nos hemos metido en un lío del cual nos va a ser difícil salir. Nuevas reflexiones se oponen a que sigamos por donde íbamos. Porque vacilo en señalar como hipocresía o insinceridad ciertas actitudes muy semejantes a las que pueden originar estos defectos. Amiel, al examinar el diario íntimo de Maine de Birau, escribe: «¿Por qué Maine de Birau hace de la voluntad el todo del hombre? Porque tenía muy poca voluntad.» Cabe suponer en esta afirmación de Amiel dos cosas: apasionamiento e hipocresía. Cuando yo leí a Amiel por vez primera, hace algunos años, me hicieron impresión fortísima la forma valiente y lapidaria de que se valía en las críticas severas, contrastando con su manera de ser —a lo menos en su diario— irresoluta y débil. Véase cómo pone a Chateaubriand de vuelta y media con motivo de una obra, «El genio del cristianismo», fundándose en el gran orgullo de este romántico; y cómo exclama irónico, también satirizando el orgullo de Víctor Hugo: «Francia es el mundo, París es Francia, Hugo es París. Pueblos, ¡Prosternaos! » Y todos sabemos que el pobre Amiel fue un enfermo de orgullo, y sólo el orgullo hizo que escribiera un diario falso, retratándose de forma poco envidiable, pero al parecer, sincera, y sobre todo, original. ¿Por qué, pues, se ensañaba con los orgullosos? No lo sabemos. Misterios que se llevan a la tumba estos grandes hombres insinceros. Y ya que se nos ha ido la pluma estampando iconos, digamos que, leyendo ayer «Les reveries du promeneur solitaire», de Juan Jacobo, sentimos por éste una gran compasión. ¡Pobre Rousseau! ¡Qué hipócrita se nos muestra en este libro que no debió escribir nunca! A veces, pensando en suicidas ilustres, me acuerdo sin querer de Juan Jacobo. Este hombre debió suicidarse, porque llegó una época en que ya estorbaba. Quizá lo creyó así, y no otra cosa signifique su reclusión de los últimos años. Pero ¡ay! que fue entonces cuando en uno de sus paseos, en todos ellos mejor dicho, ensartó hipocresías y más hipocresías, tan claras, tan salientes, tan ingenuas, que yo no me explico cómo un hombre como él pudo escribirlas; bueno, escribirlas, sí, pero un poco más esotéricas y resguardadas. ¿Quién va a creer, a no ser un niño, que es sincero cuando dice: «...et quand ensuite les hommes m'ont réduit a vivre seul, j'ai trouvé qu'en séquestrant pour me rendre misérable, ils avaient plut fait pour mon bonheur que je n'avais su faire moi-meme». ¿Pero es que Rousseau lo creía en verdad? No. Lo que pretendía era hacer renegar a sus enemigos, y también, quizá, débilmente, creer, adaptándose, en un fatalismo perezoso. El mismo había escrito en este libro: «L'adversité sans doute est un grand maítre; mais ce maítre fait payer cher ses leçons, et souvent le profit qu'on en retire ne vaut pas le prix qu'elles ont couté.» ¿En qué quedamos, pobre Juan Jacobo? ¿Eres o no eres dichoso en tu soledad? En fin, consolémonos pensando que el Rousseau de este libro no es todo el Rousseau de que tenemos noticias. Más reflexiones, muchas más, debíamos exponer aquí sobre la insinceridad y la hipocresía, pero no es éste el sitio; acaso cuando caminemos con Don Quijote haya ocasión de decirlas. Bastante se ha estirado el hilo que no debió pasar de una cuartilla. Hablábamos de los peligros que asaltan a una juventud libresca, y como conductores del vocablo *influir* señalamos la lectura de críticas impersonales y la de filosofía insincera.

Nos queda otro peligro, el de «no ver las cosas en su propio tiempo». Vamos a tratar de este peligro, advirtiendo que aquí no hay consejos que valgan. Yo no soy tan majadero que pretenda dar consejos a nadie. Esto queda para esas personas de «mucha moral», que, fundándose en que les sobra, la reparten a diestro y siniestro sobre los mortales. Y vayamos a nuestro «peligro»: La primera visión que se nos pone frente a los ojos al asomarnos al espectáculo de todas las culturas de todos los tiempos, es un conjunto inverosímil de volúmenes y de números. Los números son fechas. Cada volumen tiene un número

correspondiente, pero no pegados al lomo como sus colegas de las bibliotecas, no. Están todos revueltos —pues esos números tienen también personalidad— en acervo confuso como si el bibliotecario —la máxima categoría del tiempo— en un minuto de locura hubiera tirado todos los libros por el suelo. A veces, por lo tanto, el número que corresponde a un libro está muy lejos de él y resulta casi imposible buscarlo. Entonces, el lector o visionario, ya en la mano el libro, lanza alguna que otra mirada, como en un supremo esfuerzo por encontrar el número respectivo. Por fin se va, sin encontrar el número. Era preciso hurgar mucho tiempo en el acervo y tener mucha paciencia.

Ese lector es, pues, un mal lector; no concede importancia al «propio tiempo de las cosas». Y no es aventurar mucho el decir que al término de la lectura se encontraría igual o peor que antes de comenzarla. Si la avidez libresca del hombre pudiera ser colmada con obras inmortales, ese problema estaría resuelto; podríamos desentendernos de los números, esto es, de las fechas. Pero las obras inmortales son muy pocas. Y el hombre necesita escudriñar esfuerzos de visión no tan hondos, pero en los que siempre haya un matiz agradable, *algo* idéntico a nuestras ansias más íntimas: Y aquí ya necesitamos de los números, esto es, de las fechas. Porque esos focos de un pensamiento localizado se mueven entre horizontes reducidísimos, están adheridos como una fatalidad ineluctable a una fecha determinada. Y esos focos si no se les mira a través de «su fecha» no alumbran, nada dicen, nada pueden decir a la interrogación de los hombres. Y es que sus autores eran de su tiempo, sólo de «su tiempo».

Sin embargo, en vano buscaremos en el acervo común el número que pueda corresponder a una obra inmortal. No existen esos números. No busquemos tampoco en estas obras datos para que nos ilustren acerca de éstos o de los otros acontecimientos de «su siglo». Las obras inmortales son de todos los tiempos, y lo que en ellas haya de eterno nada nos puede decir sobre nimios detalles. La obra inmortal, por excelencia, es el Quijote. Yo creo que a lo largo de todos los siglos luchará con el tiempo siempre vencedora. Se me dirá que termino de escribir una contradicción, porque en el Quijote se retrata muy bien una época. Al lector que me interrumpa de esta forma le advertiré que tenga paciencia; después de leer este libro se convencerá de que no hay tal contradicción. Porque en este libro, de acuerdo con su título, se va a hablar del Quijote, aunque estas «cosas preliminares» parezca que no se van a terminar nunca.

Pero digamos un poco más sobre el «propio tiempo», y su importancia en nuestra lectura de obras del pasado. Hemos de aceptar que el espíritu de los hombres se renueva, y que nuestra «manera de ver» es distinta de la «manera de ver» de los hombres de hace dos, cuatro, quince siglos. Esas renovaciones traen consigo una especie de deber, que consiste en el estudio de las cosas que pasaron. Para facilitar este asunto, nuestros antecesores estrujaron su cerebro en los libros. Nosotros, egoístamente, leemos esos libros. Es que gozamos leyéndolos. Pero algunas veces, muchas veces, los leemos sin preocuparnos de comprender el ambiente que les dio vida. Es más, sólo viven leídos a través de ese ambiente. Es la esclavitud al tiempo de todo lo mediocre. Y se produce, claro es, un desequilibrio en nosotros. Se trastrueca nuestra sensibilidad. Los jóvenes, más que otros, deben tener mucho cuidado con el «propio tiempo» de un libro en el mismo libro. Es como buscar los cimientos de una torre en la cúspide. Absurdo, absurdo.

Yo no llamaré pereza a la actitud de hoy, en la que la lectura se sacia casi en su totalidad con producciones de la época. Soy de los que creen que del pasado lo menos posible. Pero, ¡ay!, el noventa y nueve por ciento de la energía librificada dudo que no sea ya pasado cuando llega a nosotros. La ráfaga —débil ráfaga— que pueda formar una hora de tiempo la destruye apenas nacida. Afirmo que las palabras DECADENCIA y AGONÍA encabezarán dentro de unos siglos los capítulos que se dediquen al estudio de *lo creado* durante el primer cuarto del siglo XX. Y los jóvenes, ya lo dije en páginas anteriores, en vez de sentir sobre sí el peso de esa decadencia y los estertores de esa agonía, deben

alegrarse, deben asistir gozosos al último ciclo —ciclo de muerte, desaparición— para dar lugar, creándolo, a otro ciclo: el del resurgimiento.

Un resurgimiento debe desterrar de su seno dos vocablos: *sí* y *no.* También la duda. La dificultad consiste en un verbo: crear. Pero crear partiendo de la nada; otra cosa no se puede llamar creación. Y el verbo crear tiene como infancia espiritual no el significado de *ser,* sino el de *querer ser.*

* * *

Y el *querer ser* puede manifestarse en una juventud reclamando ambientes nuevos. Sólo los jóvenes que lo sean verdaderamente podrán aspirar a ese querer ser. Es inútil que *quiera ser* quien ya ha sido. La creación de una «manera» no ha de parecerse a una degeneración, a una decadencia de esta «manera». **[La base de las religiones es la enfermedad del misticismo y también el puntal del arrepentimiento. Y una religión entra en decadencia apenas nace.]**

* * *

¿Se admiten diferencias, categorías, en el alto mundo de la idea? No lo sé. Sí sé, sin embargo, que lo que para algunos es realidad hermosa, para otros significa «nada más» una ilusión débil. Alguien puede percibir «algo» que no llega a todos. Aquí el elogio de los mejores. Ahora bien: no está entre los deberes del individuo hacerse grande hombre (claro es que este deseo no figura en las aspiraciones de muchos); pero sí descubrirlo y ensalzarlo.

* * *

No se exija al verdadero joven que admire en toda su integridad cuanto existe a su alrededor. Sería suprimirlo como realidad actual. Yo concibo que lo viejo ejerza presiones sobre la juventud, pero esas presiones deben limitarse a respetar, no a admirar.

El hombre que admira se incapacita desde ese momento para la creación de cosas más grandes. Dejad a los jóvenes su inquietud por lo desconocido. A esos hombres que anhelan juventud les daría yo una receta: «No admiréis nada y desead siempre.»

* * *

Vamos a dar fin a estas cosas preliminares, y a dar comienzo a la materia que en realidad nutre este libro. A fuer de sincero, manifestaré que me ha traído a esta labor algo así como un desconcierto en presencia del medio intelectual en que vivo. Los jóvenes tienen que luchar con antinomias. Es natural, pues, que en ellos se produzcan a veces grandes desconciertos. Porque las antinomias nacen en su propio espíritu, precisamente porque este espíritu es joven.

Mi antinomia tiene distintos matices: Uno de ellos es que no admirando nada, mi afición por la lectura me lleva a leerlo todo. Me encanta hacer novelas, y, a la vez, siento repugnancia por asuntos «humanos» —entiéndaseme—, que vienen a ser sus nutrices. Gusto del arte y me fastidia esa emoción estética con que se califica por esos mundos de no sé quién. En fin, en fin...

Titulo este libro «El Quijote y nuestro tiempo», y como yo no me he cuidado de enterarme qué ideas corren por ahí sobre el libro inmortal, resulta de aquí que ese «nuestro tiempo» no es una especie de síntesis de lo que piensan sobre el Quijote los ingenios de la época, sino las impresiones, reflexiones, ideas que su lectura le ha sugerido a un microcosmos que vive en nuestro tiempo. Por lo tanto, para más claridad, diré que si se pone el signo igual delante del título «El Quijote y nuestro tiempo», mi pluma, nada más que la mía, añadiría: «El Quijote y yo».

Y entremos en materia.

Nota del editor:

Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

ALGO DE METODOLOGÍA

En todas las cosas se impone un método. Hemos de llamar método lo mismo a una ordenación rigurosamente reglificada que a impetuosos desbordamientos del período creador de la «cosa». Este último método llámase también intimidad, nunca de acuerdo a normas y siempre paralelo al nervio del «sentir». El otro método es rebeldía a nosotros, a lo mejor que hay en nosotros. Y esta rebeldía es más notoria, más intensa, cuando el creador padece metodología. El resultado entonces es el lábaro del método oscureciendo la creación.

Pero hay una metodología sencilla, cuya trayectoria en nada atañe al fondo: son las partes o capítulos de los libros.

Nosotros comenzamos hablando un poco sobre el Gran Libro. Luego, invitados como una sombra, queremos penetrar en la realidad íntima de Don Quijote. Va con nosotros un crítico de las hazañas quijotescas, Miguel de Cervantes, que ya penetró en la fantasía externa del Caballero.

Por fin, como remate del libro —de este libro—, unas «cosas liminares».

Y ésta es toda mi metodología: señalar que mi libro consta de tres partes, tres grandes capítulos. En cuanto al método en la entraña de esos capítulos creo que podrá llamarse «impetuoso desbordamiento del período creador de *la cosa».*

SOBRE EL GRAN LIBRO

Comienzo por avisar al rebaño de cervantistas que entren en estas páginas con alguna precaución, porque bien puede ocurrir que parte de las ideas expresadas adquieran a sus ojos proporciones sacrílegas, y dejándose llevar por el arrebato momentáneo condenen el libro a eterno fuego, y a su autor, a presenciar la quema. Pero las páginas —todas las páginas— de este libro están dedicadas a una juventud universal, y estoy seguro de que ésta no se incluye en el susodicho rebaño, porque aún vive y respira, esto es, vislumbra horizontes amplísimos cuya línea no oscurece, no puede oscurecer, ningún célebre fantasma.

Me parece casi imposible precisar el número de trabajos que a lo largo de las fechas se han dedicado a estudiar, ensalzar, comentar, y hasta interpretar nuestro Gran Libro. Declaro que conozco únicamente los títulos de esas exégesis, de esos estudios o de esos motivos, y que para pergeñar estas páginas no me he valido más que de la obra inmortal. Esto pudiera parecer un prurito extravagante. Sin embargo, no hay aquí extravagancia que valga. Es más, considero muy lógico que se proceda así. En todas las acciones debe buscarse que predomine siempre un cierto sentido de la propia personalidad. Una de las grandes cosas de Don Quijote es que lleva al descubierto —aun así algunos no la ven— toda la intimidad que puede desarrollar un individuo. Al comentar, al estudiar una obra —y más aún siendo esta obra el Quijote—, las relaciones entre nuestra mente y ella deben manifestarse como líneas rectas, inflexiblemente rectas, cuyo trazado se efectúe teniendo como tema la negación de toda clase de vértices. Yo me lleno de alegría cuando al finalizar mis lecturas cotidianas pongo el siguiente comentario, a manera de resumen: yo no haría esto así. Y me entristezco cuando una débil identidad con la cosa leída me indica que alguien sigue, o siguió ya, análogas ideas a las mías.

Pero hablemos del Gran Libro.

Yo no sé qué clase de libros hemos de gustar con más fruición: si los perfectamente definidos y completos, sin susceptibilidad de cambios ni de semblantes diversos, o aquellos otros que se nos presentan abiertos a todos los juicios, con una realidad diferente a cada espectador y como invitándonos a que sobre sus superficies construyamos castillos deducidos, extrayendo de sus entrañas materia pingüe para los adornos de nuestras creaciones. Entre los primeros están la mayor parte de las tragedias de Shakespeare. Entre los segundos, el más brillante, el más poderoso es el Quijote. Me parece que éstos son infinitamente superiores a aquéllos, y que la sombra proyectada por los autores sobre nosotros sigue inversa proporción. Siempre un Shakespeare —su personalidad quiero decir— será más que un Cervantes. Los dos genios, aquél —su personalidad sigo diciendo— es más grande que éste. Y es que las obras del primero, dígase lo que se diga, son algo que no se presta a comentarios ni divagaciones de ningún género. Representan para todos lo mismo. Shakespeare se impuso e hizo *algo* completo. Cervantes se sacrificó —claro que sin darse cuenta—, y su obra se apoderó de su personalidad, empequeñeciéndola. Y repito que el Quijote será siempre superior, más dignamente inmortal que cualquier tragedia shakespeariana. El espíritu de Hamlet, cúspide con cúspide, no resistirá nunca un parangón muy prolongado con el espíritu de Don Quijote. Después de escrito este libro leeré con curiosidad el estudio de Turgueneff sobre ese parangón. Aunque me parece que no es Turgueneff quien pueda estudiar muy a fondo esas comparaciones. Shakespeare supo, sin claudicar, hacer que la beocia aplaudiese un arte verdadero. Véase cómo en una de las novelas de Pérez de Ayala una pobre meretriz se emociona ante la lectura de Otelo. Un espectador de elite no sentirá emoción distinta a la de esa meretriz. En cambio, respecto al Quijote, ¡qué diferente la vibración de las sensibilidades! Esa misma meretriz de la novela de Pérez de Ayala, si le leyeran el Quijote, es posible que no hiciera

otra cosa que reírse; a lo más, compadecería al *pobre loco.* Le entretendrían todas aquellas historias de amor. De la novela del Curioso impertinente obtendría sabrosas consecuencias. Reiría el subterfugio o enredo de que se valió Basilio para casarse con Quiteria. En fin, otros muchos lances le harían pasar unas horas divertidísimas en extremo. ¿Se atreve a decir alguien que el Quijote llegaba a la pobre mujer? No. Es posible, sin embargo, que a ella llegara Cervantes, pero Don Quijote de modo alguno.

Aquí la clasificación de lector y lector inteligente. Para penetrar en el Quijote es imprescindible llegar a él en silencio y con la cabeza despejada. Y no es que haya que luchar con las marañas de esotéricas filosofías, no. Lo que se presenta ante nosotros es algo más profundo y a la vez algo más claro que eso: es una intimidad, la gran intimidad que puede ofrecer un «órgano» poderosísimo. Es el trasladarnos a las altas cimas donde el espíritu de los hombres se manifiesta con más pujanza que en los valles. Es el ver cómo de entre nosotros surge alguien capaz de arrastrar nuestra atención en sublimaciones de remolino. Aquí del lector inteligente. Porque en el Quijote se da el caso de que el otro lector —el que lee por *matar* el tiempo— encuentra materia para regocijarse muy a sus anchas. Y por eso el Quijote es popular —¡pobre, bien pobre popularidad!— y es celebrado por las multitudes. Supongamos que Cervantes hubiera suprimido en el Quijote todas esas historias de amor y de celos, todos esos episodios mediocres que nada significan, y hubiera relatado las aventuras en otra forma, con seriedad, sin reírse él mismo, como se ríe muchas veces; esto es, en resumen, que el sublime Quijote hubiera salido *completo* y con *personalidad bien definida* de sus manos. Entonces, claro es, resultaría un libro algo esotérico sin duda, lo que los tontos llaman un «tabarrón insoportable», pero la diadema cervantina se cubriría de una gloria más pura que la actual, y decir Cervantes sería como decir El Más Grande Hombre Del Universo. Y la joya, la sublime intimidad quijotesca, adornaría sólo pechos de élite; nadie encontraría motivos de risa, sino de meditación. Estad seguros de que los tontos no harán popular la obra de Gracián ni leerán íntegramente el «Discours de la méthode», de Descartes, pongo por ejemplo.

Pero Cervantes *quiso hacer* una sátira contra los libros de caballerías, se propuso relatar una historia entretenida que divirtiera por igual a una Maritones y a un Aristócrata del Intelecto. Y ver cómo Cervantes llenó cumplidamente su objetivo, esto es, tuvo energía creadora para examinar con minuciosa complacencia el perímetro de su mundo, un horizonte reducido y escaso. Mas en ese mundo reducido cupieron, a pesar de todo, un germen y unas siluetas: El germen y las siluetas de Don Quijote. Y una vez *creado* ese germen y *dibujadas* esas siluetas poco debe importarnos que Cervantes se desviara y quisiera hacer un libro «ingenioso y divertido». Lo sentimos por él, por Cervantes, que sólo hizo una historia amena. Vuelvo a repetir que el Quijote me parece el libro más grande que se ha escrito. Pero esta grandeza del Gran Libro no es tal grandeza si el lector no es un lector inteligente. Prueba clara de la tontería de los iletrados es que aplauden en el Gran Libro lo que en éste hay de mediocre, lo que se puede hallar en el más ínfimo de los escritores de nuestro tiempo.

Valera combatió con cierta rechifla los propósitos de un tal Benjumea, que decía haber hallado en el Quijote filosofías profundas. No he leído los trabajos del señor Benjumea, como no he leído tampoco ningún estudio o exégesis sobre el Gran Libro, pero sí me parece ridícula la obstrucción que manifestó Valera a esos trabajos hasta llegar a la falta de seriedad en sus críticas. No sé qué filosofías profundas pueden ser éstas. En el Quijote hay la filosofía que existe en todo ser humano. Pero difícilmente un sistema filosófico.

Quedamos, pues, en que Cervantes creó un germen y dibujó unas siluetas. ¡Gloria a Cervantes! Cada espíritu debe hacer de ese germen la plenitud que le parezca mejor. Debe completar esas siluetas, haciendo de ellas un tipo, el Tipo.

De nuestras páginas anteriores parece desprenderse que ese germen y esas siluetas las creó Cervantes inconscientemente. Así es en efecto. Aquí el dicho vulgar de que «mató dos

pájaros de un tiro». Con la circunstancia de que el pájaro segundo, el no apuntado, perdió la vida sin darse cuenta su matador. Cervantes persiguió un objetivo. Ya hemos dicho qué objetivo era ése: Satirizar los libros de caballerías y hacer un libro regocijado y ameno. A este pájaro apuntó el autor. Sin embargo, a su vez, hizo también otra cosa: Inició la creación un Gran Quijote.

Hemos de reconocer que abundan en el Quijote momentos en que se vislumbra un órgano creador vigoroso, que casi aplastan las argumentaciones en pro de la inferioridad cervantina en relación con su obra. Pero si bien se mira son simples destellos, más bien formales, como luces internas que pugnan por salir al exterior a través de la gruesa capa de arcilla mediocre. Y estos destellos sublimes, aun frecuentes, deben extrañar menos si se considera que rebullen en el seno de un Libro donde está encerrada la máxima genialidad posible. Declaro que soy poco afortunado en mis metáforas, mas, a pesar de ello, no dejo de exponer que en rasgos generales el Quijote recuerda esos terrenos pobres, de corteza inexpresiva, pero en cuyo fondo, guiado precisamente por esa pobreza y esa inexpresión, un ojo experto percibe riquezas innumerables, valores insospechados para una retina superficial. Supongamos que esa capa telúrica en su forma externa tiene frondosidades cariciosas, o resulta fructífera en grado sumo explotándola agrícolamente, o hay sobre ella jardines de un gusto artístico supremo. Es posible que los ojos de los hombres no fijaran sus miradas en esos provechos y en esas bellezas externas si un minucioso examen científico demostrara la existencia, debajo de aquellas capas veraces, de filones auríferos, de yacimientos de petróleo, o de canteras de sal, etc. Algo así sucede en el Quijote. Yo sostengo que la obra de Cervantes, aun quitándole de su Haber lo que hay de inmenso en el Quijote, esto es, si no hubiera creado el Quijote, se leería hoy al igual que se leen los ingenios de su siglo. Las novelas de Cervantes no son ni mejores ni peores que las de otros clásicos (¿?) que hoy todavía leemos. Esto para quienes creen que Cervantes, sin Quijote, sería solamente conocido por cuatro o seis eruditos.

Como nosotros vamos buscando únicamente la genialidad del Gran Libro, hemos de prescindir de muchas cosas y de muchos detalles. Pretendemos acompañar a don Quijote en sus aventuras, *sólo* en las que realizó por el campo del Espíritu. Y me parece que una de las medidas, la primera medida, es suprimir de cuajo a Dulcinea. Bien suprimida está ya en el Gran Libro, pero es el caso que figura como la cúspide adonde se dirigen los pensamientos, suspiros y hasta la personalidad íntegra de don Quijote. Podemos prescindir de ella y hacer que nuestro héroe se encomiende de «todo corazón» al Gran Espíritu, de quien no es más que una dependencia bien mimada y un mucho predilecta. La mujer resta seriedad y profundidad a nuestras reflexiones. Dulcinea no existe. Si Cervantes, en vez de tener el acierto de no presentar a Dulcinea en el Gran Libro, hubiera hecho de ella un ser tan real como Sancho, la gran genialidad del Quijote estaría muy lejana y recóndita, casi inexistente. Véase, pues, si tiene importancia y es delicada la cuestión de Dulcinea.

Por eso este libro quizá resulte breve, muy breve. Hemos de ser implacables en la selección. Don Quijote se encontró con muchas aventuras, pero pocas de ellas se realizaron en los terrenos del Espíritu, y sólo éstas nos interesan.

Ante todo y sobre todo, estamos seguros de que a ningún lector se le vendrá la risa a los labios, porque aquí no caben comicidades, y no seguimos en el Gran Libro más que la vena seria, muy seria, que existe en él, aunque muchos tontos no lo crean.

Me cuentan que un catedrático de una famosa Universidad española gritó allá a fines del siglo pasado, a raíz de ciertos desastres estrepitosos, una frase que yo pongo sólo en los labios de un monterilla algo patriota, pero nunca en los de todo un catedrático que se ha distinguido siempre por una selección espiritual a toda prueba. Ese grito fue el de «¡Muera don Quijote!». Quiso decir: No más ansias imperialistas, no más locas aventuras. Pero bien pudiera haberlo dicho con estas palabras, sin profanar al Gran don Quijote que nada tiene que ver en estas mezquindades de ruina de países o de posesión de tales o cuales colonias.

Es un error grandísimo el mezclar equivocadamente conceptos y energías que no tienen ni pueden tener entre sí relación alguna. Don Quijote visto en el terreno adonde lo quería llevar ese catedrático, no pasa de ser un pobre loco a quien no se le debe hacer caso. No se dirige el espíritu humano exclusivamente a evitar las ruinas de naciones o a conseguir que todos tengamos automóvil. Hay aquí un error muy grande. Lo que sucede es que la fuerza del espíritu, o sea de un hijo del pensamiento, es tan inmensa que los pigmeos de la ciencia o de la política se apoyan en ella para el logro de sus objetivos.

Desdeñemos en el Quijote lo anecdótico, lo pintoresco, lo que hace reír. Hay que penetrar en él con una desnudez de Espíritu paralela a la intimidad del Gran Libro. De otra forma no se conseguirá nada, porque el brillo permanece invisible, envuelto en nebulosas y negruras.

La primera vez que leí el Quijote, ya en serio, con una atención que casi rayaba en culto, teniendo sólo como precedentes la lectura escolar de una edición hecha para los niños, declaro que lo hice con un temor grande. Las mismas frases apologéticas, tan oídas y prodigadas en toda clase de ambientes, producían en mi espíritu un hondo revuelo. Y era que el fundamento de esas frases no me parecían síntomas muy seguros de una alta genialidad. Y al final de esa primera lectura, he de decir, a fuer de sincero, que me entraron deseos grandes de escribir un libro arremetiendo contra lo que hoy llamo el Gran Libro. Hasta emborroné unas cuartillas, papeluchos vacíos de ideas y de conceptos apreciables. No pude poner en ellas otra cosa que unos cuantos lugares comunes, pertenecientes a una sátira vulgar muy al uso. Nada de ideas serias ni de juicios que pudieran representar una crítica sensata. Mi espíritu se envolvía en sombras al pretenderlo. Y este fracaso fue el que me hizo repetir la lectura del Quijote, si era posible con más fijeza y atención que la otra vez. Antes puse en gruesos caracteres al final de las cuartillas emborronadas: Quien detesta un libro y no tiene talento para señalar las causas de su actitud posee una sensibilidad mediocre.

De aquí obtuve la consecuencia de que mis propósitos de negar al Quijote eran, más que un absurdo, casi una tontería. Las tonterías, y los tontos claro es, se mueven en un círculo donde el pensamiento no existe. Por eso ningún tonto sabrá explicarse nunca por qué dice tonterías. Claro que precisamente por ser tonto pretenderá pocas veces explicarse nada. Pero no todo el que dice tonterías es tonto. Y no sigo porque el señor Unamuno me va a llamar plagiario, y nada hay en el mundo que me hiera con la magnitud que este adjetivo.

Consecuencia de mi segunda lectura y de otras posteriores es este libro. Yo vi un Quijote, mi Quijote, y es esa visión la que me alumbra a lo largo de estas páginas como un faro inagotable. El torrero de ese faro no es otro que don Quijote, el verdadero, el que para muchos permanece en la eterna noche desde antes de nacer, que va aprobando con gestos afirmativos la osadía de mis propósitos. He dicho el verdadero, y quizá resulte más apropiado decir el superior Quijote, el más grande, el que se eleva por encima de tantos otros Quijotes que están locos, de una locura ridícula y mezquina.

Y quede aquí el hablar del Gran Libro para emprender la parte más profunda de nuestra tarea.

I. LA LOCURA DE DON QUIJOTE

En un lugar del Universo vive un hidalgo. Como todos los hidalgos, hace una vida aburrida y mediocre: conversa con el Cura y el Barbero del lugar; ciertos días de la semana come platos escogidos, cuida de su hacienda, tiene consigo un ama de hasta cuarenta años, de la que puede decirse que lo mismo vale para un fregado que para un etcétera, etcétera; también una sobrina, que nadie sabe si está en su casa por huérfana o porque su señor tío es muy cariñoso con la familia. No falta el «mozo del campo y plaza», una especie de doméstica enciclopedia que con igual desenvoltura ensilla el rocín y ejecuta otros menesteres.

Pero he aquí que un día este hidalgo se da a la lectura con un ahínco asombroso. Sus libros predilectos tratan materias que reputan por peligrosas algunos graves varones, cuya normalidad consiste en hacer la vida mediocre y absurda de que ya va cansado nuestro hidalgo. Ha conseguido reunir una biblioteca numerosa, donde sólo se encuentran los libros que tratan de las especulaciones y disciplinas que provocaron su entusiasmo. Se abisma en la lectura de estos libros horas y horas, días y días, semanas y semanas, sin cansancio, viendo con melancólica tristeza los atardeceres que le privan de la luz necesaria para seguir gustando las delicias de sus libros. Más de una vez, recordando el suceso bíblico, lanzó al sol declinante una mirada, que es como un ruego, casi casi un mandato enérgico, para que detenga su marcha y le deje leer unas horas más. Pero nuestro ex hidalgo es hombre culto y sabe que el sol no puede detenerse en su carrera porque ésta no existe. Sabe que es la tierra la que, al girar sobre su eje, trae los funestos atardeceres, y por eso es la Tierra, toda ella, a la que mira entonces con una desolación quizá algo mística. Cierra sus libros y pasea por el campo, donde las reflexiones acuden a él en gran número haciendo que se dilate cada vez más al horizonte que circundaba su visión antigua.

Regresa ya bien entrada la noche y prosigue sus interrumpidas lecturas. Tanto interés le despiertan que no se acuerda de comer, menos de dormir y menos aún de que la compra de sus preciosos libros va a originar la ruina de su hacienda. Lee, lee y no hace otra cosa que leer, sino es reflexionar sobre sus lecturas. Ya no encuentra gusto en el ejercicio de la caza ni en otras cosas que antes, cuando era hidalgo, le producían solaz y diversión.

Vende «muchas hanegas de sembradura» para procurarse más y más libros, porque es incansable y voraz en sus lecturas y agota en pocos días los ya adquiridos.

Y a tanto leer y tan poco dormir, unos dicen que se volvió loco; otros se empeñan en sostener, sin embargo, que no se volvió loco sino que las lecturas hicieron el milagro de anular la propia mediocridad para dejar libre paso a una nueva formación, cristalizada al amparo de su carne, pero predominando lo más genuino y saliente de la grande novísima figura. Es la metamorfosis de Alonso Quijano que se anula para abrir camino dentro de sí a la fluida espiritualidad de don Quijote.

Por tanto, eso de que Alonso Quijano se volvió loco es una necedad. A la fuerza tiene que ser llamado loco quien pretende hacer alguna cosa grande, quien sea capaz de *hacer* que se *contemple* su originalidad.

Aquí nos encontramos con una «cosa» extraña a nosotros, y en presencia de sus hechos, puras monstruosidades en nuestro ambiente, la palabra locura, deformidad-mental, acudirá a los labios por la enorme pobreza del léxico, parejo, claro es, a la marcha de las ideas nuestras. En ningún idioma existe vocablo que pueda precisar bien las características del nuevo ser que encarnó en Alonso Quijano. Esta es, pues, la única explicación de que hasta los doctos califiquen de loco a don Quijote.

Y por eso creo, aunque a la palabra locura se le da en el mundo un significado que la hace muy poco deseable, los que sostienen que don Quijote no se volvió loco, están

conformes en que se le llame así, pero con la advertencia de que es loco porque nos es imposible llamarlo cuerdo. Si don Quijote es cuerdo somos nosotros los locos, o sea, los microscópicamente ínfimos. Lo más propio será decir que don Quijote padece quijotismo, contribuyendo así a la teoría de que es, por su esencia, único. Y esto significa briosa personalidad, grandeza íntima. En balde le digáis a uno que no conoce las manzanas que la manzana es una manzana. Sí podemos decir, en cambio, que don Quijote es quijotismo y nada más que quijotismo. ¿Y qué es el quijotismo?, se nos preguntará. Hay que responder a éstos que es una cosa a la que se llama locura porque no se sabe lo que es.

Y es necesario preguntarse: Si don Quijote padece locura vulgar, esto es, tontería o bobería, ¿para qué ensalzarlo, lisonjearlo y hacerle caso? Una vez asegurada su vulgar locura poco nos puede importar que sus acciones parezcan geniales. Debemos creer que son falsas, porque a los espíritus anormales —esto viene a ser lo que hoy se llama locura— les será siempre imposible la ejecución de lo que llamamos «obra genial». Pero en el mundo predomina la gente mediocre, creadora del equívoco, pues no otra cosa que equívoco es, por ejemplo, decir que los poetas son un poco locos, que Napoleón padeció ciertos delirios también, que Lenin no pasaba de ser un visionario, también un poco loco, y hoy día vemos cómo a una de las normalidades más definidas, don Miguel de Unamuno, se le aplica el adjetivo de «chiflado». Y lo más curioso es que los interesados en llamar un poco locos a los poetas, a Napoleón, a Lenin, a Unamuno y tantas otras grandes normalidades, son los que menos creen en la locura de éstos. Lo mismo sucede con don Quijote. Se le admira y a la vez se le compadece por loco. Pues, señores, si creéis que está loco de remate negadle, no le hagáis caso, y menos llaméis libro inmortal a la historia de sus hazañas. Pero no sucede esto. Sino que se le rodea de equívoco. Sus grandes hechos se barnizan con locura, o con tontería, o bobería, y éste es el medio de que no haga sombra su inmensa personalidad.

Nosotros también en este libro llamaremos loco a don Quijote, pero ya se sabe qué concepto tenemos de esta locura.

En efecto, nuestro hidalgo, a tanto leer y reflexionar, se volvió loco. Sus horizontes se hicieron tan amplios que comprendieron el mundo todo, y entonces, ya dueño, muy dueño, de su gran personalidad, se le introdujeron en el ánimo deseos de hacer una especie de cruzada por la vida, de inspeccionar con más detenimiento aquellos lugares umbrosos, de los que no sabía sino eso: que en ellos reinaban las sombras.

Y madurando su proyecto, que él acariciaba como una idea magnífica, se dio a preparar toda clase de cachivaches necesarios: Primero, una protección, un amparo, y no vaciló en cobijarse bajo las alas del Gran Espíritu. Segundo, un nombre, que comprendiera en sí la significación de sus propósitos y el respeto debido a su alta alcurnia en la Aristocracia suprema. Después, otras cosas, fútiles, un buen caballo, armas y la brisa ortal que acariciara su primera salida. Por nombre eligió el de don Quijote de la Mancha; por buen caballo, a

«Rocinante»; por armas, unas que habían sido de sus bisabuelos, «tomadas de orín y llenas de moho».

Y como reunión, vértice o cúspide de todos estos preparativos, don Quijote se provee de un gran amor al empleo que va a dar a sus energías. Sabe que sin amor a una profesión, a un oficio, no pueden obtenerse los rendimientos máximos.

Y heme aquí a don Quijote en el campo, obligando a su locura a hacerse realidad tangible. Pero nuestro héroe no es un indisciplinado; posee muy poca cantidad de orgullo, aunque se crea en su oficio el más perfecto, valiente y esforzado de los que han existido hasta la fecha. Reconoce fuerzas superiores, y, sobre todo, sabe que para entrar en el ejercicio de su profesión necesita armarse caballero. Y esto lo ejecuta en un castillo que encuentra a las pocas horas de marcha en su descalabazado «Rocinante». Este castillo no es tal castillo, sino venta. Pero en la realidad de don Quijote es castillo, y como tal lo hemos de aceptar, so pena de creer a nuestro héroe un pobre loco.

En este castillo, después de algunas incidencias, es armado caballero con todas las ceremonias propias del caso. Y hemos de aceptar estas ceremonias como una realidad quijotesca. Nada de risas ni de burlas. Don Quijote es ya caballero andante, y sale del castillo, o venta, dispuesto a llenar su nombre de laureles y a hacer que muchos mentecatos reconozcan la superioridad sobre toda otra cosa del Gran Espíritu. Este es uno de los motivos[1] que impulsan a don Quijote a salir al campo: proclamar la superioridad del Gran Espíritu, hacer que no se desconozca esa superioridad.

Quizá, nuevo Sócrates, esté convencido de que las sombras que piensa disolver sean tales porque entre ellas no se tiene noticia de esa superioridad que él predica. El sueño más hermoso, ingenuote diríamos hoy, de Sócrates era que «no le parecía posible hacer el mal sino por desconocimiento del bien». Este pobre Sócrates hubiera, sin duda, muerto de pena en esta sociedad de sabios, donde todo se conoce y donde, sin embargo, encontraría tantos defectos. Y don Quijote, al salir al campo, cree que una de las cosas más principales que debe hacer es que se conozca la superioridad del Gran Espíritu. Yo afirmo que don Quijote y Sócrates habrían entablado pláticas interesantísimas, y hubieran sido los mejores amigos del mundo. Don Quijote le lleva a Sócrates la ventaja de unos cuantos siglos. Estos siglos hacen que don Quijote conozca mejor a los hombres, y salga al campo con armas ofensivas.

Ya tenemos a don Quijote armado caballero. Ya puede ejercer sobre los ámbitos la presión necesaria de su brazo fuerte. Ya su cabeza fulge como la del Hombre Único.

[1] Ya se verá más adelante cual es su primer motivo.

II. DIÁLOGO

(Es de noche. Cervantes y yo caminamos en pos de don Quijote, que salió de su casa hará una media hora, llevando por escudero a Sancho Panza. Es ésta su segunda salida. No sabemos lo que le sucedió en su primera, de donde regresó muy quebrantado y abatido, según me dice Cervantes, porque quiso que unos mercaderes reconociesen sin más ni más la fuerza suprema del Gran Espíritu. Ahora va, como hemos dicho, en compañía de Sancho Panza, un rústico que no está loco, y que va con él soñando en una Ínsula o Gobierno donde pueda desarrollar sus cualidades de hombre inteligente. Don Quijote, sin embargo, cree que Sancho también está loco.

Se equivoca. El gran don Quijote no posee un sentido observatorio muy perspicaz, y por eso no es de extrañar que tenga formado de su escudero un juicio erróneo. Ya damos alcance a don Quijote. Nos situamos detrás, a unos metros de distancia, sin ser vistos. Oímos la conversación que sostiene con Sancho. No nos interesa. El Gran loco pretende calmar las apetencias de mando que padece el mentecato de su escudero. Cervantes y yo hablamos también.)

Yo.— He aquí las dos figuras que buscábamos.

Cervantes.— Sí, mis figuras.

—¿Eh?

—He dicho que tenemos a la vista mis figuras, o sea, más claro, dos hijos míos.

—Hombre, hombre. No tanto. Me parece que hay error en tus palabras.

—¿Cómo?

—Sí, porque éstos no son tus hijos. Vamos a probarlo: dime, ¿por qué los conoces?

—Pues, verás: Uno, ese tan flaco y de catadura tan extraña que va subido sobre «Rocinante», es un hidalgo loco de Argamasilla. El otro, el que camina sobre el asno, es Sancho Panza, un ingenuo también de Argamasilla, muy rústico y de muy poca cabeza el pobre. Pero, ¿es que no has leído el libro que yo compuse sobre las hazañas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha?

—Sí, y muchas veces; pero no reconozco a ninguno de los personajes de tu historia.

—Pues es raro, porque son estos mismos que caminan delante de nosotros.

—Me parece que no, amigo Cervantes.

—¿En qué te fundas para decir eso?

Hago que Cervantes mire a la llanura. En ella, don Quijote arremete con furia a unos gigantes. Cervantes, al verlo, se pasa la mano por los ojos, como para asegurarse que estos transmiten al cerebro la visión exacta.

No sabe qué decir ante aquello. Porque, efectivamente, don Quijote lucha con unos enormes gigantes. Por fin, dice:

—Oye, Ledesma. Yo veo gigantes. ¿Estaré yo también loco como mi don Quijote?

—Claro, hombre, claro. Ahora estás loco, de locura quijotesca.

Cervantes, sin embargo, sigue pasándose la mano por los ojos. No lo quiere creer. Pero él ve gigantes. La realidad es que ve gigantes. Al fin, exclama:

—¿Oyes lo que dice ese imbécil de Sancho? Da voces.

—Sí, le dice a don Quijote que se detenga, pues no hay tales gigantes, sino molinos de viento.

—¡Pobre loco, Sancho! ¿Por qué verá molinos donde hay gigantes?

—Tú lo has dicho ahora. Porque está loco.

—¡Ah!, ¿pero está loco Sancho?

—Así parece. Quien ve molinos donde hay gigantes, debe estar loco.

En esto, vemos que don Quijote rueda por el suelo. Cervantes no puede sostenerse y exclama:

—Vencieron los gigantes. Han matado a don Quijote.

—Eso es imposible. Don Quijote no puede morir sino a manos de sí mismo. Pero vamos a ver si está herido.

En efecto, don Quijote está herido, pero no muerto. Una prueba de que no está muerto son sus palabras: «... aquel sabio Frestón ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento.»

Nosotros todavía no nos convencimos de que aquellos fueran molinos. Pero tuvimos que rendirnos a la evidencia. Y sentimos algo así como un hormigueo en el cerebro que nos obligó a cerrar los ojos violentamente. Al abrirlos, tocamos las piedras con la mano. Y una desilusa melancolía pone en nuestros labios:

—Son molinos.

—Son molinos.

—*Son,* pero no *eran* —balbuceo yo.

—Son y eran —dice Cervantes.

—¿Crees todavía que éste que vimos es tu don Quijote?

—Sí, me parece que sí. Pero no lo creía yo capaz de volvernos locos a nosotros.

—Es, amigo Cervantes, que este Quijote tiene tres siglos más que el tuyo. Y ha adquirido tanta fuerza que a su lado tú eres un pigmeo. Hoy hay ya muchos que no se ríen de don Quijote, cosa que, sin duda alguna, no sucedería en *tu* tiempo. Fíjate que digo en *tu tiempo.* Cada vez apareces más pequeño, porque don Quijote es cada vez más grande. ¡Y pobre del autor que crea un ser capaz de engrandecerse! Don Quijote es hoy grande no porque lo hicieras tú, sino porque se ha hecho grande él a sí mismo. Y es que es muy distinto engendrar un hijo a crear una personalidad. Y si el hijo se hace personalidad, no dudes que es por su propio esfuerzo. Y tú creaste un hijo, no creaste una personalidad.

Cervantes quédase pensativo al oírme estas palabras. Luego, exclama:

—Es un mal hijo ese don Quijote. Yo lo hice loco y loco ha debido continuar.

—Si loco sigue, amigo Cervantes. ¿Sabes quiénes eran esos gigantes que acometió?

—No lo sé.

—Yo tampoco, pero me parece que si lo supiéramos, mejor dicho, si lo hubieras tú sabido al escribir la aventura, lo habrías llamado dos veces loco: Una, por ver gigantes donde había molinos; otra, ya dentro del mundo de don Quijote, porque dado caso de que fueran realmente gigantes, se atrevió a acometerlos cara a cara. La primera locura se la atribuyen los hombres *cuerdos* y se la atribuyes tú. Pero la segunda, ni tú ni los hombres *cuerdos* podéis atribuírsela, porque para vosotros permanecerá siempre en el misterio el saber quiénes eran esos gigantes.

—Lo que estoy viendo, y me extraña mucho, es que tomáis en serio a don Quijote.

—Tú lo has dicho, hombre, y muy en serio. Consideramos tu libro como el más grande que se ha escrito.

—Pues me parece muy mal. Si es por honrarme a mí, bien podíais haber elegido el «Persiles», que está mucho mejor hecho y pondría mi nombre a una altura más apreciable.

—¡En qué error vives! A tu «Persiles» no le damos importancia alguna. Y en cuanto a la gloria de que rodeamos al «Quijote», no creas que somos tan cándidos que te la atribuimos a ti íntegra.

—¡Ah! Ya me lo explico todo. Es que os fijáis demasiado en el discurso que sobre las armas y las letras puse en boca de don Quijote, y quizá también en los consejos que dio a Sancho cuando éste iba a gobernar su Ínsula.

—Sigues desbarrando, amigo Cervantes. Nosotros vemos la grandeza de don Quijote en las acciones que tú presentas como sus mayores locuras.

—Pues no me lo explico.

—Y no te lo explicarás hasta que no sepas quiénes eran los gigantes que acometió don Quijote.

—Me parece que estáis más locos que él.

—Quizá, quizá.

III. LA DICHA DE DON QUIJOTE

Nos hallamos, ya lo dije antes, en presencia de una gran intimidad. Don Quijote dueño de su ambiente, es un hombre feliz en toda la extensión de la palabra. Y su felicidad nace, más que de cualquiera otra cosa, de la ignorancia de un vocablo: finalismo. Es el realizar todas sus acciones guiado por el voluptuoso placer de los verbos activos. Siempre actual, siempre eterno.

Y es necesario convencerse de que el origen de la dicha no puede ser otro que el placer del propio *realizar.* Don Quijote va al encuentro de los peligros y de las aventuras arriesgadas sin anhelos de consecuencia. Es el placer momentáneo de gustar todas sus acciones, saboreando minuto a minuto la energía prodigada en los esfuerzos. La dicha de don Quijote, dicha de un hombre que vive en sí mismo y se alimenta de sí mismo, consiste en emplear su fuerza en satisfacerse. Es el hombre que trabaja, convirtiendo este trabajo en flores. Porque los significados de *ser* y de *trabajo* tienen una correspondencia íntima. Hasta hoy, quizá sea don Quijote el único que vivió su vida más plenamente. Don Quijote es la plenitud de plenitudes. No es éste que obra, trabaja y se mueve guiado por una esperanza de realización. Y la suma de la obra y del trabajo de un ser constituyen la vida de este ser. La dicha del hombre, vuelvo a repetir, es la satisfacción del absorberse. Y el absorbente más voraz de una vida es lo que llamamos trabajo. ¡Infeliz el que se pasa toda su vida trabajando sin elevar este trabajo a una cúspide de sublimidad! ¡Desgraciado el enfermo que hace transcurrir sus horas amarrado con cilicios a una cama ilusoria de redención!

La quimera de don Quijote es inmediata. No va sufriendo por la vida, buscando méritos para un mañana de ilusión. No. Don Quijote es el hombre que consiguió hacer de su vida un alimento. Pero es necesario tener la seguridad de que ese alimento que ha de nutrir nuestra vida es el manjar más rico que existe. Don Quijote sabe —basta con que lo sepa él— que sus pasos por la tierra dejan huellas de grande hombre.

Y don Quijote es lo que es, representa lo que representa, porque hizo de una intimidad todo un mundo.

Yo soy el que ha dicho en alguna parte: «El que encuentra gusto o placer diciendo u oyendo tonterías, debe decirlas u oírlas; pero debe aceptar sin protesta que se le llame tonto de capirote». Y es que admito categorías en el mundo del Intelecto. Yo sé de Aristocracias y de clases medias y aun de clases mínimas en la región de las ideas. Y yo sé, y lo sabe todo el mundo, que es esa Aristocracia del Intelecto la única que trabaja y vive gozando de su trabajo y de su vida plenamente. Y los hombres que no pertenezcan a esa Aristocracia es muy difícil que puedan obtener de su vida un rendimiento máximo en las altas valoraciones de la felicidad. La prueba más clara de que es esa Aristocracia del Intelecto la representación de los vértices elevados la tenemos en que solamente mirando a su través se advierten existencias nulas. Un Aristócrata del Intelecto sabe que se viven muchas vidas que ni aun con telescopio podrían percibirse desde un alto sitial.

En cambio, ¿puede decir lo mismo un emperador que domine cien naciones? ¿Creería nadie, si tuviera la desfachatez de decirlo, que desconocía la existencia de una plebe hambrienta y desastrada? ¿Los hechos de ese emperador serían tan profundos que no pudiera llegar a comprenderlos el mendigo más simple? La respuesta a estas interrogaciones nos haría reír si a la vez preguntásemos: ¿Qué gesto haría ese emperador en presencia de un libro de Kant?

Y corresponde al *ser* la conquista del medio adecuado. Porque la única manera de tener plena conciencia de un medio, de una cosa, es apoderarse, violentamente si es necesario, de ese medio o de esa cosa. Yo saboreo, ahora en mi juventud primera, con una fruición exquisita, todos mis choques con las fuerzas extrañas, y me parece lo más grato de una vida

la libertad para una lucha franca entre el individuo y *algo.* Y el ansia de reforma que exalta a las juventudes vigorosas no es sino una mostranza de personalidad, nunca desdeñable, y a la que lo ya constituido debía acoger con unción y respeto. Afirmo que la edad joven representa en el hombre el máximum de fuerza, y que debe tenderse a que las direcciones sean juveniles, pues son las únicas que podrán algún día obtener de la palabra libertad suficientes realidades para colmar los ímpetus de juventudes próximas. Y en estas líneas sólo se hace alusión a la vida del espíritu, pues también aquí el problema eterno de la libertad es de una terrible y desastrosa importancia. Se ha dicho muchas veces que el hombre anhela eternizarse. Y yo digo que mientras una generación produzca veinte o treinta jóvenes serios e inteligentes, y estos jóvenes se vean impulsados al ejercicio iconoclasta de negar los valores pasados, no hay eternidad posible. El que se salven cuatro o seis *nombres* por cada siglo no quiere decir nada en favor de la inmortalidad del espíritu en todos los tiempos. ¡Y qué inmortalidad la de esos cuatro o seis hombres!

La juventud —no todos los jóvenes; hablé de veinte o treinta, serios e inteligentes, por cada generación— es lucha briosa para una conquista de bienestar. Y yo hablaría de juventudes eternas, como posible renunciación a las butacas muelles y cómodas.

Afortunadamente, los temas del espíritu representan una cuestión árida. Es aquí, sólo aquí, donde llegan, siempre voluntariosos, siempre con una inquietud hermosa y desinteresada, los hombres dispuestos a construir las pirámides ciclópeas que conduzcan a una eternización de sí mismos. Aquí, pues, las juventudes. Sabéis ya que es de aquí de donde se obtiene el manjar privilegiado de los mejores. Es posible que los que no tengan vocación ni suficiente entusiasmo para ello, la aridez primera de nuestros temas los haga volver atrás. Mejor que mejor.

No ha muchos días, un amigo llegó a mí muy desalentado y pesimista, porque después de continuadas meditaciones había descubierto una cruel metáfora, a cuya tiranía, bien a su pesar, se encontraba sumiso. «El defecto doloroso de la vida —decía mi amigo— consiste en que la sonrisa —la satisfacción, la felicidad— es como un pájaro que vuela sobre una atmósfera teniendo por único sostén sólido el dolor. Es decir, que sólo éste es permanente, y en él, después de un vuelo fugaz, cae el pájaro de la dicha.» Mi amigo necesitaba un consejo, y yo se lo di, valientemente: «Mata —le dije— ese pájaro que tú haces símbolo de la felicidad. En eso que tú llamas dolor puedes encontrar otra más superada». Y es que mi amigo llamaba felicidad a la satisfacción que le produjo el que un distrito lo eligiera diputado; y también, a un viaje de seis meses, llamado luna de miel, que realizó con su joven esposa por el extranjero. Esto —¿verdad?— no necesita comentarios.

El verdadero joven, el que encierra en sí mayores dosis de ímpetu y de vida, encuentra en sus funciones la alegría de un final. Obrando de otra forma, la juventud, y aun la vida toda del hombre, no pasaría de ser un paso en el vacío, un puente para avanzar en las tinieblas. Es imprescindible al joven la conciencia de creerse no una cosa próxima, sino una fuerza actual y completa.

Hemos presentado a don Quijote como el símbolo del hombre que ama fervientemente sus actos. Sancho, por el contrario, es el simple que espera conseguir algo por el esfuerzo de los otros. Ni siquiera, ya que él no obra ni realiza nada, tiene el gusto de saborear las acciones de don Quijote. Sancho se redimiría algo si, en medio de su simpleza, no considerara locuras los actos quijotescos, o si pudiera, contemplando, encontrar alguna atracción en sus hazañas. Sancho no comprende que don Quijote arriesgue su vida y pase malos ratos si no es con la esperanza de que en un futuro, más o menos próximo, consiga casarse con una princesa y ser un emperador de cien naciones. No sabe que don Quijote encuentra placer en el peligro y está íntimamente compenetrado con su vivir actualísimo y heroico. A Sancho no le mueve otro impulso que la esperanza de un glorioso mañana en que se vea gobernando una Ínsula. Todos los actos quijotescos sabe que son locuras, pero la agudeza práctica del simplón de Sancho pone delante de sus ojos que el conseguir una

Ínsula no es cosa que digamos muy natural, y nada tiene de extraño que para hacerse con ella se requiera que un don Quijote haga cientos de miles de locuras. Creer que Sancho considera a don Quijote ni un solo minuto hombre cuerdo me parece solemne tontería. Sancho es un *yo* de una pequeñez grotesca. Diríase que representa la influencia de cien siglos de naturaleza[2] sobre una sensibilidad primitiva. Fuera del círculo reducidísimo de su *yo* —un *yo* casi inexistente— percibió a duras penas una Ínsula. Desconoce y no podrá conocer nunca el trazado de una línea recta desde sí mismo al centro de su visión externa. Es la ceguedad y el desconcierto en presencia de algo que no comprende. Tratárase de llegar a conseguir un pollino, esto es, una cosa comprendida en su habitual visión, y a buen seguro que consideraría locura acompañar a don Quijote. A pesar de todo, Sancho consigue a veces que una ráfaga de luz le alumbre. Es cuando invita a don Quijote a ir a la Corte, donde podrán ser más prontamente divulgadas y conocidas sus hazañas. La experiencia que ha adquirido acompañando a don Quijote le hace ver la dificultad de que la Ínsula caiga del cielo, ni que pueda ganarla su señor en las aventuras de los caminos. Pero don Quijote, como las fuertes personalidades que nada necesitan del aplauso, desdeña la proposición Panzuna. Don Quijote, que sabía latín y quizá, por tanto, hubiera leído a Persio, pudo haberle contestado con la interrogación del poeta: «¿No es nada tu saber si otro no sabe que tú eres sabio?». Y no es que don Quijote no anhele fiestas y no sueñe con las mercedes a que le hace acreedor su arriesgado oficio, no. Tampoco el verdadero sabio desdeñaría que los demás conozcan y hasta celebren su saber. Pero sería pueril pensar que un sabio trabaja y estudia con los ojos fijos en las recompensas que la admiración de sus semejantes puedan concederle en un mañana más o menos próximo. La mixtificación, sin embargo, llega en nuestros días al extremo de que Sancho se disfrace de don Quijote. El disfraz, como todo el mundo sabe, permite que se haga uso de él cuando a uno le convenga. La Literatura misma presenta hoy entre sus cultivadores muchos Sanchos disfrazados de don Quijote. Y esto produce algunos rendimientos, esto es, algunas Ínsulas. Pero Sancho no es creador de nada; así los literatos a que me refiero. ¿Cómo producen, entonces? Pues muy sencillo: *Une mélange de quijotismo et de lieux communes. Tout aberration sexuel.* Y perdónenme los franceses. Toman del quijotismo la apariencia.

Durante la cena con unos cabreros, Sancho tiene en poco las mercedes que le hace don Quijote sentándolo a su lado y consintiendo que beba y coma en su misma copa y plato. Y aquí comienza su sandez y atrevimiento. Él puede prescindir muy bien de esos melindres; como no puede vivir es sin Ínsula, ¡pobre hombre Sancho! Todo lo que se escriba contra este Panzuno es poco. Y hoy vemos, desgraciadamente, triunfar a Sancho. Sancho triunfa hoy porque —ya lo dije antes— se ha disfrazado de don Quijote, y se ha hecho algo inteligente. Yo contemplo con amargura esas manadas de jóvenes que todos los años aparecen en la República literaria, desflorando su virginidad con una novela pornográfica. Son los nuevos Sanchos, esos Sanchos de hoy, algo inteligentes, que ya no son sencillos siquiera, y a los dos palos que dio don Quijote a Sancho por reírse éste de la aventura de los batanes, contestarían pisoteando al Gran Espíritu. Son los Sanchos que vienen al Arte o a la Literatura a ganar dinero, poniendo precio a un talento que *creen tener.* Yo les diría que no profanaran los dones de las Musas, buscando en la ciencia los bienestares materiales que desean. Ahí están —¡oh!, nuevos Sanchos— la Medicina, la Ingeniería, la Abogacía y otros *ías* donde el *verdadero talento* se paga con creces. Es muy necesario que la República de las Letras pague cincuenta duros mensuales a un individuo que se encargue de manejar un látigo con destreza. Y hay que poner a este individuo en la frontera de la República para impedir la entrada en sus dominios a estos nuevos Sanchos.

[2] Y la naturaleza, lo ha dicho el siempre admirable Ortega y Gasset, es incultura.

IV. DIÁLOGO

Cervantes y yo caminamos, incansables, en pos de don Quijote. Como todo el mundo supondrá, nuestras charlas son animadísimas, matizadas siempre por una lucha de épocas. Ayer le pregunté a Cervantes si le agradaría el título de «Crítico de las hazañas de don Quijote», y me contestó, algo desabrido, que en manera alguna, que él no ha criticado a don Quijote, sino a las costumbres caballerescas. Le hice ver el fondo genial que aletea en su inmenso libro, y por curiosidad, quise que me explicara el cómo y el porqué de algunos de sus pasajes, de los que yo considero una cosa así como los puntales que sostienen lo más preciado de la mole quijotesca. No me satisfizo su respuesta; menos aún lo que me dijo respecto a la misión del Bachiller Carrasco. Este Bachiller me parece a mí uno de los tipos más interesantes del libro, y después de don Quijote será del que la obra genial obtiene mayores rendimientos. Pero en su lugar hablaremos de Carrasco con la extensión debida. Ahora, cuando ya vislumbramos a don Quijote y a Sancho empequeñecidos y escorzados por la lejanía, inicio un nuevo diálogo:

Yo.— ¿Haces que aletee en don Quijote una moral?

Cervantes.— Aquí me parece que se estrellan vuestros esfuerzos por hacer de don Quijote una cosa única. Sí, don Quijote sigue la moral cristiana, pero, claro es, desfigurada por su locura.

—Bien. Pero don Quijote, loco, de locura quijotesca, ¿tiene una moral?

—No. Su proceder es consecuencia de una moral arbitraria; mejor dicho, de una inmoralidad.

—Luego don Quijote obra impulsado por la razón de los hechos.

—Tampoco. Don Quijote acoge los espectáculos según el reflejo que en ellos hagan sus lecturas.

—No, hombre, no. Don Quijote posee la moral de la amoralidad, que no es igual que la moral mala, y ya sabemos que sus pasos por el mundo son algo así como una siembra de procederes nuevos. Don Quijote no se da cuenta de que él no es como los demás. Se cree, sí, distinto a los hombres, pero las diferencias que admite son sólo diferencias de jerarquía. Y no es eso: Don Quijote es otra cosa que un grande hombre. Su mundo no es nuestro mundo. Y aquí están el error y el fracaso quijotescos. Su vida entre los humanos es una quimera, una fantasía, pero él posee una realidad muy poderosa en su interior, que no es aplicable, que no puede ser aplicable a nuestro mundo. Amigo Cervantes: Don Quijote predica la amoralidad, que viene a ser una moral fundada en su desconocimiento. Don Quijote se mueve en nuestro ambiente mezquino soñando. Pero es que la realidad de don Quijote, su cordura en su mundo, haría en el nuestro un efecto análogo al de unas campanas de mucho peso sobre una torre decrépita. Esa torre no podría sostener unas campanas muy flamantes.

Cervantes me oye con sonrisas, esas sonrisas suyas tan heladas y certeras, que, unidas a su melancolía de siempre, producen en mí algún pavor. Luego me dice, casi riendo a boca llena:

—Me parece que le buscas cien pies al gato.

—No. Lo que hago es buscarle los cuatro, porque sé que los tiene. Otros no ven más que dos, o uno, o ninguno, y se conforman, seguramente porque toman por pies la cola y la cabeza del gato.

—Con esto, nos hemos olvidado de que estamos muy cerca ya de don Quijote y según mi historia pronto debe sucederle algo importante.

Miramos al camino y contemplamos la escena que forman don Quijote, Sancho y los cautivos que van a galeras. Vemos cómo habla don Quijote con los cautivos, y después de un rato, cómo pelea con sus guardianes. Al fin, éstos huyen, y los cautivos se despojan de sus cadenas y quedan libres. Luego vemos cómo los cautivos, ya libres, rodean a don Quijote y hablan con él; seguramente le dan las gracias. Pero sucede algo inaudito: Los libertados se separan de don Quijote, y no atienden a las exhortaciones que éste les hace para que vayan a postrarse ante el Gran Espíritu —Dulcinea dice el libro— ya que es a él a quien deben la libertad, pues no habría caballero andante si el Gran Espíritu no le amara y protegiera. Los cautivos consideran esta postración y este compromiso como un absurdo, y en vez de contestar con el disimulo y la fuga, la emprenden a pedradas con don Quijote.

He aquí los hombres franca y noblemente hostiles a don Quijote. Otros que no fueran ellos lo hubieran llamado loco, y aquí terminaría su hostilidad. Estos, además, lo apedrean, lo soban y muelen a golpes. Don Quijote habla después de la soez canalla que no es agradecida, y deplora momentáneamente su acción libertaria. Es de suponer, sin embargo, que don Quijote repitiera su hazaña si a los pocos minutos encontrase ocasión para ello. Los cautivos, claro es, no sabían qué era eso del Gran Espíritu. Pero don Quijote no comprende que haya nadie en el mundo que lo desconozca, y a la menor duda sobre la existencia o su grandeza única, arremete con toda la fuerza de su ímpetu. Hablé antes de Sócrates, y dije que don Quijote y él se entenderían a las mil maravillas. Más de una vez, leyendo el Quijote, me he acordado de Sócrates. Y en mis ratos de fecunda meditación, más de una vez también, me he complacido en imaginar a Sócrates en compañía de don Quijote buscando aventuras. Y como reciprocidad, he imaginado también a don Quijote librando de la cicuta al buen filósofo.

Porque el quijotismo de don Quijote no puede ser otra cosa que locura para nosotros. De este libro sólo podemos obtener abstracciones, hermosas y fecundas abstracciones, pero nada más. Ni el más ferviente quijotista querría padecer su locura. Pero quizá sea esto el fondo más significado de genialidad. Afirmo que no podrá nunca ser genial una obra de filosofía. Las obras de Kant, de Descartes o de Nietzsche no son obras geniales. Lo es, sin embargo, el Quijote, y lo es una tragedia de Shakespeare. Pero Kant, Descartes y Nietzsche serán siempre más grandes que Cervantes o Shakespeare. Yo preferiría un diálogo con Ortega y Gasset, el filósofo de nuestro tiempo, a un diálogo con el novelista o poeta más genial de la época.

Don Quijote nos muestra cosas inalcanzables. Yo leeré el Quijote siempre que tenga apetencia de algo elevado. No se deben buscar en él exactitudes precisas, porque en el caso de que existan nosotros no podemos verlas ni sentirlas. Si queremos penetrar en esas exactitudes de su intimidad caeremos en el error en que cae él al pasear por nuestro mundo. Siempre habrá tinieblas en nuestras relaciones con don Quijote. No debemos considerarlo cada uno como un *yo* superado. Los *yos* superados son grandes hombres. Y ya dije antes que don Quijote no es lo que nosotros llamamos un grande hombre. Es una cosa única, y tratamos de su pensamiento y de su espíritu porque nos hemos percatado de su genialidad, y le hablamos con nuestras palabras más aristocráticas y distinguidas, pero reconociendo que ése su pensamiento y ése su espíritu no son los de nuestras visiones y realizaciones más profundas.

Por eso hablaba yo a Cervantes de la amoralidad de don Quijote. Con lo que no quería decir que siguiera una moral mala. Don Quijote, genuinamente quijotesco, no sabe lo que es la moral. Pero ya hemos probado que padece un error: El de no creerse único en nuestro mundo, el de obrar creyendo que trata con *semejantes.* Este error barniza a veces sus actos con una moral. No debemos creer en su existencia. Don Quijote no sabe que libertar a unos cautivos significa ir contra la moral humana. Don Quijote no sabe que la moral humana prohíbe sacar a las doncellas de los conventos cuando sus familias las metieron allí por contravenir esa misma moral. Don Quijote no sabe esto, ni quiere saberlo ni lo necesita

saber. Le basta estar convencido de que los cautivos van a galeras contra su voluntad, y de que esas doncellas no están de muy buen grado en los conventos. Y voy a aprovechar la coyuntura para hablar un poco de la moral, aunque tenga que coger esa coyuntura por los cabellos como Sancho a sus refranes. La moral no resiste valoraciones muy profundas. Yo nunca le he concedido importancia ni creo que deba tenerla. Creo innecesario tener que decir que me refiero a los preceptos, códigos o exigencias morales que se le impongan a un individuo para su vida en sociedad; no a lo que dentro de todos haya de *reflexión moral* o de instinto sociable. Todo el mundo estará de acuerdo en que no existiría la moral —los preceptos morales— si los hombres tuvieran siquiera una parte mínima de tales. La moral es una filosofía a flor de piel, estéril e innecesaria. La moral tiene dos extremos que la absorben, o que deben absorberla. Un extremo es la fuerza organizada, las fuerzas de policía y saneamiento público. Me parece pueril decirle a un hombre que va contra la moral cuando comete un crimen, o cuando roba, o cuando tiene por única ley la bravuconería de su vigor físico, o cuando es promotor de injusticias, o cuando, desde un puesto público, comete toda clase de desafueros. Y me parece asimismo atrevido que en nombre de una moral se le impongan a un individuo rutas íntimas a seguir. La moral propiamente dicha es labor de policía. No imponemos la moral a los animales, mejor dicho, sí se la imponemos, pero le damos el nombre de doma, y la ejercemos por medio del látigo. El hombre es depositario de una fuerza, y nos interesa tomar posiciones para que esa fuerza no se emplee en perjuicio de un tercero. ¡Pero llamar moral a una norma del espíritu! ¡Decir moral cristiana, moral culta, moral jesuística! ¡Llamar o decir que una moral es mejor que las demás morales! Eso no debe ser. La moral es única, y las cosas únicas necesitan ser excepcionalmente grandes para que podamos percibirlas. Porque es la discusión, es el encontronazo de fuerzas lo que eleva las figuras por obra y gracia de los choques. Los preceptos morales son cuatro reglas, ingénitas hasta en el hombre más rústico. Pero algunos grandes hombres, que se han sentido lo suficientemente orgullosos para pretender una dirección e imponerla a los demás, cometieron la desfachatez de llamarse moralistas. Son los creadores de hormigueros, de cuya influencia nos debemos librar a todo trance. Las teorías, los sistemas, las ideas, son altos refugios y hermosos salones donde el espíritu de los hombres encuentra grato solaz. Nietzsche no es un moralista: es un filósofo y un poeta. El filósofo, al crear un sistema, busca una verdad, una alta verdad que resuelva incógnitas importantes. Luego, unos hombres quieren aplicar ese sistema a sus cosas. Quieren hacer del sistema filosófico una moral, porque es ésta la única que influye en las muchedumbres.

Es necesario, dirán, que los hombres, el espíritu de los hombres, apruebe una misma visión de las cosas, tenga una misma moral en sus relaciones espirituales. Y resultan de aquí consecuencias pintorescas: Fundados en las ideas de Comte, en un país republicano los realistas pretenden restaurar la monarquía, y en un país monárquico proclamaron la república. Hay que desconfiar de todo lo que por esos mundos de Dios se llama moral. La moral no debe existir en los terrenos del espíritu. Aquí nadie tiene dominio sobre nadie, y no hay fuerzas constituidas para una moral determinada. La alta idea no tiene detrás de sí fusiles ni bayonetas; tiene como único poder de persuasión el poder de su verdad. Por eso la moral es una palabra vacua. Propia de Quijotes falsificados o de Sanchos vividores. Y por eso las religiones no podrán contar nunca entre sus adeptos a ciertos grandes hombres: una religión que es sólo una moral, es un mito muy flojo para ensartar a un grande hombre. La moral, pues, queda probado que es innecesaria. Los hombres, para la buena armonía en sus relaciones, no la necesitan. La filosofía, para existir y propagarse, tampoco necesita nada de ella. Don Quijote no sabía lo que era la moral.

V. DON QUIJOTE Y UN CANÓNIGO

Don Quijote creía de buena fe que iba encantado en el carro de bueyes donde la tontería del Barbero y del Cura de su pueblo lo encerraron. Aquí, asistimos a una de las luchas que don Quijote sostuvo con lo que él pudiera llamar muy bien «el error». Don Quijote, en su paseo por las realidades del mundo de los hombres, es una cosa quimérica, que se abre camino entre fantasías, y, por lo tanto, fácilmente engañable por todo el que se lo proponga. No olvidemos que el don Quijote más palmario del libro de Cervantes no nos ofrece la visión completa de su personalidad, y que es de ahí de donde tenemos que obtener, siquiera sea todavía entre sombras, el Quijote verdadero que aletea en lo alto. A mí no me extraña nada que don Quijote explique «por vía de encantamiento» todos los choques con una realidad distinta a la suya. Y menos me extraña su candidez cuando cree las mentecateces de Sancho o las historias de todas las princesas Micomiconas. Sabemos que don Quijote no se ha adueñado de la realidad nuestra, y es muy natural que frente a ella sus actos nos parezcan a veces actos de imbécil. Pero lo inmenso de don Quijote consiste en que sus locuras nos abren como las puertas de un hermoso recinto, donde nosotros no podemos penetrar sino por intuición, y cuya presencia ante nuestros ojos hace que hablemos de sublimidad y de genialidades quijotescas.

Ahora nuestro «sublime genio» va en un carro de bueyes, creyéndose encantado por un sabio malévolo. La casualidad hace que un canónigo se ponga al habla con don Quijote. Este canónigo tiene comenzada una historia caballeresca, ha leído por lo menos tantos libros de caballerías como don Quijote, y es muy versado en toda clase de especulaciones que tengan por origen un libro y una meditación amplia. A este hombre las lecturas no le han vuelto loco como a don Quijote ni le han hecho percibir los extensos horizontes que a don Quijote. Lógicamente, podemos llamarlo mentecato. Don Quijote seguramente lo llamó así para sus adentros. Yo no he leído, ni pienso leer nunca, un libro de caballerías. Creo no deben leer estos libros sino quienes estén dispuestos a salir al campo buscando aventuras andantescas. Quienes, en una palabra, quieran ser Quijotes. Pero ya sabemos que no todos los lectores de libros de caballerías se han vuelto locos, y yo añadiría: no han podido volverse locos. De modo que si Cervantes se propuso con su libro satirizar a los lectores de historias caballerescas, lo consiguió por dos caminos: Uno, el de su Quijote superficial, hombre loco y bastante imbécil; otro, el que se transparenta a través del encuentro de un gran Quijote, hombre inmenso, y sobre todo, cosa única. Si la única virtud de los libros de caballerías es producir hombres inmensos como don Quijote, y estamos convencidos de que don Quijote fue, es y será único, se agotaron ya sus posibilidades de producir «genios». Esto lo digo para librar a mi conciencia de un temor. Este temor consiste en que puede existir algún aspirante a genio que al ver cómo ponemos a don Quijote por las nubes, llamándolo «genio sublime» y haciendo honroso el sustantivo quijotismo, se dé a leer libros de caballerías y a querer volverse loco. Por eso digo y redigo que don Quijote fue, es y será único, sin que sea posible que sobre la faz de la tierra aparezca nadie que reúna íntegramente todas sus cualidades. Don Quijote en esto se parece a Jesucristo, pues muy difícil es que éste haga otra visita a los terrenales, aunque bien es verdad que hace mucha falta, siquiera sea para apostrofar a los que lo han explotado tan inicuamente. Medio en serio, medio en broma, me decía el otro día un amigo que las luchas comunistas recrudecidas estos años no significan otra cosa que la vuelta del cristianismo por sus fueros. Yo me sonreí, no le contesté y me puse a leer «La revolte des anges», del bueno de Anatole France, que ha muerto en estos días. Pero vayamos a nuestros fueros del literato que escribe un libro sobre el Quijote: El canónigo y don Quijote conversan.

El canónigo cree loco a don Quijote, y éste cree al canónigo un pobre hombre cuerdo. Es muy interesante la conversación que sostienen. El canónigo comienza diciendo que le parece mentira que un hombre de tan gran entendimiento como él crea que son verdad las

historias caballerescas. Don Quijote defiende lo contrario. Ambos forcejean un buen rato, y nadie logra convencer a nadie. Difícil puede ser que se convenzan uno a otro, porque las palabras de don Quijote no llegan al canónigo, y las aseveraciones del canónigo no llegan a don Quijote. Hasta hablando de los mismos héroes, cada uno los ve de su manera.

No puede negar el canónigo la existencia de un Viriato, de un César, de un Cid, de un Diego García de Paredes, de un Gran Capitán. Don Quijote ve a estos personajes sólo en sus analogías con Amadís o con Felixmarte de Hircania. El canónigo los ve según la historia, y ésta es para don Quijote un muy mediocre libro de caballerías.

VI. LOS ENEMIGOS DE DON QUIJOTE

Don Quijote tiene que luchar con dos clases de enemigos: El error de los hombres y la realidad de nuestro mundo. Mejor dicho, sus únicos enemigos son los hombres, pues éstos son también los que dan fuerza a esa realidad hostil. La diferencia entre las dos clases de enemigos consiste en que unos, los primeros, se proponen matar a don Quijote, esto es, suprimir su locura; y los segundos, luchan contra don Quijote con la inconsciencia con que matamos a una mosca, sin interrumpir nuestra labor, extendiendo la mano sin darnos cuenta de ello. A la primera clase pertenecen el Barbero, el Cura y Sansón Carrasco. A la segunda, todos los que contribuyen a que la realidad de nuestro mundo sea hostil a don Quijote. Sancho Panza es incatalogable. Tan pronto pertenece a la primera clase como a la segunda, pero siempre a alguna de ellas.

El Cura y el Barbero pretenden disuadir a don Quijote de que todos sus actos son otras tantas locuras, y le incitan a que abandone la caballería andante. Y este par de hombres cuerdos y mediocres ensayan toda clase de artimañas para hacer que don Quijote vuelva a la vida vulgar y aburrida de los hidalgos: Desde la destrucción de sus libros hasta enviarlo a la aldea encerrado en un carro de bueyes. Son todos medios pueriles, que no podían dar sino resultados momentáneos. Y no es que don Quijote sea inmortal —en el sentido físico de la palabra—, no, pero sí requiere para su destrucción armas poderosas.

Estos individuos creen hacerle un bien a don Quijote devolviéndole su juicio, no el juicio de don Quijote, no, pues éste ya lo tiene, sino el suyo, el de ellos. ¡Qué mediocridad la escena de la destrucción de los libros! ¡Qué solemnemente absurda la fingida historia de la Princesa Micomicona! ¡Qué grosera la caminata en el carro de bueyes! Estos pobres tontos perseguían una finalidad ingenua. Creían de buena fe que don Quijote podría sanar de su locura, sin saber que esto representaba para don Quijote nada menos que la muerte. La enfermedad mortal para don Quijote —al fin y al cabo hombre genuinamente quijotesco— sería el dejar de ser loco.

Sancho es un enemigo perenne de don Quijote. No por hombre inútil menos peligroso. Es Sancho quien ata las patas de Rocinante por miedo a la aventura de los batanes, y atribuye a «encantamiento» los resultados de su acción. Es Sancho quien alguna vez reniega de la caballería y de la escudería, y así lo manifiesta a su amo, pintando de paso lo agradable de la paz y lo hermoso de la quieta vida aldeana. Es Sancho quien hace que don Quijote vea al Gran Espíritu en una figura tosca y repugnante. Creo que esta acción de Sancho es una de las batallas más decisivas que se libraron contra la locura de don Quijote. Es Sancho quien por no confesar su negligencia hace tambalear a su amo con unos requesones. Es Sancho quien innumerables veces pone a don Quijote al borde de la muerte. Y Sancho, sin embargo, es el que más se interesa en que la locura de don Quijote siga su camino. Por este camino espera él la llegada de una Ínsula, y no vacilará en meter a su amo en la lucha con los vestiglos, gigantes y malandrines, sabiendo como sabe que por aquí podría llegar su felicidad insularia. Por eso, todas las luchas de Sancho contra don Quijote son inconscientes; no las guía el deseo de volverlo cuerdo —aunque bien sabe que está loco—, sino el de librar su propia persona de algún enredo o de algún peligro. Aquí se pone de manifiesto la maldad de Sancho, que no se sacrifica lo más mínimo por don Quijote, y que lo ama cuando este amor resulta compatible con sus propios intereses. Pero Sancho es ruin y cobarde, pudiendo su cobardía más que sus deseos de gobernar una Ínsula. Son muchas las veces que se tiende a la bartola, y en presencia de un peligro o ante la perspectiva de unos azotes, renuncia a sus anhelos insularios y demás mercedes propias de los escuderos famosos. Es que si conservara siempre sana su inquietud por la obtención de una Ínsula, Sancho lograría hacerse algo interesante. Casi una figura percibible.

Pero no olvidemos que Sancho espera conseguir por el esfuerzo de los otros, y que es Sancho aquel individuo que, oyendo a don Quijote enaltecer la profesión de los caballeros andantes, se mostró muy conforme con su situación actual de villano, y que le pareció de perlas la circunstancia de que por no ser armado caballero, nunca debía ayudar a don Quijote, ni aun en los lances de mayor peligro, pues otra cosa sería contravenir las leyes de la orden.

Don Quijote opone a las razones persuasivas del Cura y del Barbero la más rotunda negativa, y a los viajes en el carro de bueyes y a las mentecateces Panzunas les atribuye un origen «por vía de encantamiento», desconcertando así a sus «salvadores» y haciendo más patente su locura quijotesca. Y aquí viene la paradoja: El Cura y el Barbero con sus artimañas consiguen arraigar más en don Quijote su locura, pues le ofrecen medios para que ésta se manifieste más intensa.

* * *

Don Quijote es una continua quimera en nuestro mundo real. Sabemos, a pesar de ello, que una gran intimidad le ofrece sobradas posibilidades para forjarse un ancho ámbito donde la quimera o la fantasía no existen. Él penetró en nosotros, esto es, salió de sí mismo, pero conservando íntegra la propia significación. Aceptamos la idea de que las inquietudes internas del individuo lleguen a adquirir la máxima heterogeneidad de matices, constituyendo los que logran dar a esas inquietudes relieves supremos sendos microcosmos, de muy diversa y compleja variación de situaciones. Creemos de verdadera importancia y de consecución difícil el vivir dentro de los demás sin abandonar antes nuestras convicciones más genuinas. Y vivir dentro de los demás significa apoderarse de éstos, conquistarlos e imponerles una ruta, ya paseada por nosotros con una pureza y una nitidez cristalinas. Me parece que el hombre ha fracasado en sus anhelos de perforar individuos, adueñándose de sus cauces idealistas y señalándoles normas a seguir. Para formar rebaños de multitudes es imprescindible —esto lo han visto y *sentido* muchos organizadores— abandonar la propia personalidad y adaptarla a las exigencias más imperiosas o a las pasiones más significadas de esa multitud. Y es que la concepción anímica de un individuo —máxime si éste es un gran individuo— no se puede transmitir íntegra y pura a una conciencia extraña. Sale de aquí el alma colectiva, conglomerado de los matices análogos que existen en una diversidad de almas, con pretensiones de algo fuerte y compacto, que es más bien clamoreo tábido e infecundo. Y esto, y nada más que esto, es el socialismo en su esencia. En los siglos —siglos de prueba para la humanidad, donde aún nada ha florecido— pasados pueden advertirse algunos esfuerzos de otros tantos grandes hombres por transmitir a los demás convicciones más íntimas, y el fracaso, o la claudicación en sus afanes, es lo único que nos queda de su actuación estéril. Nadie como el orador puede darnos un reflejo de esto que decimos: He aquí el hombre, cuyos triunfos más resonantes son aquellos en que logra recoger con maniobra habilísima los deseos del auditorio, dando a estos deseos una forma tangible, que muestra a los oyentes como constituyendo ya una personalidad definida que él logró engarzar con supremo arte. Y la multitud, que ha oído el discurso estática y anhelosa, rompe en aplausos, aplausos que ella prodiga al orador, pero que un espectador profundo sabe dedicados a sí misma. La multitud que aplaude, se aplaude a sí misma, pues las ideas celebradas no son otras que sus mismas ideas. Y esto ha sucedido a lo largo de todos los siglos, comprendiendo épocas en que la masa estaba muy pocos grados por cima de la irracionalidad. En medio de sus aparentes triunfos, nunca el *hombre* ha triunfado sobre la plebe intelectual [3]. ¿Qué sucederá hoy en que esparcidos por todas las escalas viven gran número de gentes poseedoras de fuertes intimidades, o en que la masa no es aquella masa de hace siglos? ¿Y qué significa ese socialismo, decadente antes de nacer, con sus pretensiones absurdas de desvalorización de los grandes focos individuales? Yo no veo en

[3] Don Quijote dijo al caballero del Verde Gabán: «Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número del vulgo».

todo esto más que una marcadísima y clara evolución a la libertad individual, cristalizándose las relaciones sociales en un puro gobierno democrático, constituido con pequeñas personalidades, más bien encargadas de formar, a la luz del día y sin miras a la originalidad, las leyes que reclama el bien colectivo de los individuos. Tendrá entonces la ciencia política esa mínima importancia que debe tener, y se despojará al hombre político de una carga con la que a todas horas vemos que no puede dar un paso. Son inmensas y muy variadas las preocupaciones de la humanidad para que la ciencia política —que no es ciencia ni es nada— absorba grandes hombres. El que un grande hombre se dedique por entero a la política me recuerda a mí, por múltiples analogías, el caso del que por salvar a un hombre mata a cuatro o seis. Porque aquí la preferencia es sensiblería, y ésta no cabe en los grandes hombres. Yo no sé si debemos o no deplorar esa impotencia del individuo para adueñarse de sus semejantes, para vivir en los demás con la misma desenvoltura que dentro de sí, aunque me parece que no es cuestión a la que debamos conceder muchas meditaciones. La corriente egocéntrica que deseamos para nosotros es posible que la deseemos también para los demás, y esto contrarresta las posibles ansias de imperialismo. Yo trato de reaccionar frente a la idea de que las dictaduras no son deseables, no por su esencia, sino porque requieren un hombre, y ese hombre no puede existir. ¿No puede o no debe? Es posible que algunos lectores no hayan comprendido todavía lo que pretendo con estas reflexiones. Es posible también que otros lectores sí hayan seguido con la vista la recta dirección de la flecha. Don Quijote, con su poderosísima fuerza de hombre único, poseedor de grandes recursos personales, fracasó rotundamente en su viaje por la vida. Y es que don Quijote se propuso vivir en los demás, sin renunciar a un solo atributo de quijotismo, tal y como era en su mundo íntimo. El fracaso de don Quijote significa la pérdida de la batalla del hombre contra el hombre, y es como una invitación a disolver los rebaños, una vez probado que la formación de éstos requiere en los directores una previa renuncia de su carácter. Y es ahora, en el siglo XX, en el siglo en que bulle una juventud anhelosa de grandezas, cuando se proclama el fracaso de don Quijote y se le considera como una liberación de males seculares. Declaramos hoy, con valiente algazara, que cualquiera que se proponga vivir en nosotros, apoderarse de nosotros, hará solemnemente el ridículo. Y esto, que las decrépitas y viejas organizaciones considerarán como un vuelo por atmósferas prohibidas, es para nosotros el primer artículo de fe, la fórmula primaria sin cuya adopción es imposible penetrar «en lo nuevo».

Está clarísimo, y a la vista del más ciego, que se camina con pasos de gigante al reconocimiento del hombre como la suprema categoría entre los valores percibibles, y que de esa revisión se salvarán únicamente los que posean algo propio, aquellos que supieron guardar para sí mismos las creaciones mejores como alimentos de una personalidad grande. Ya se ha dicho en Alemania que de este caos de decadencias lograrán salvarse las individualidades puras, aquellas que nada deban a nadie. Y no hayan respirado, por lo tanto, las atmósferas decadentes.

Repito que será en el siglo XX cuando el fracaso de don Quijote se considere como el primer triunfo de los nuevos ideales.

VII. SANSÓN CARRASCO

He aquí el símbolo de la equivocación poderosa. El Bachiller Carrasco es en el Gran Libro la antítesis de don Quijote. Su obra, sus propósitos, se elevan casi hasta el nivel de lo que anhela destruir. Es el hombre de los extremos, que de tanto avizorar en los horizontes llega a percibir las cabezas de sus antípodas. El Bachiller Carrasco simboliza también los espíritus infecundos y las almas cobardes. Incapaz de crear algo en la vida, vive del jugo extraído a las grandes personalidades. Es uno de aquellos a quienes fustigaba Saint-Beuve, que toman por ideas originales las sacadas de los libros, con sólo darles carácter de negación.

Por eso se nos presenta a veces como un socarrón, que ha hecho de su socarronería alimento predilecto. Es el hombre que vive encerrado en su equívoco, sabiéndose equivocado, sin intimidad propia, resguardando sus lamentables deficiencias con el uso perenne de las máscaras. Y es aquí donde se pone de manifiesto la paradoja más paradojal que puede imaginarse: Estos seres —pobres seres que no resistirían dos minutos de soledad— son propicios a la risa, y las líneas de sus semblantes enmascarados son voceros de alegrías amplias y ruidosas.

No es difícil que se hagan pasar por los hombres más felices del universo, siendo así que carecen de esas preocupaciones internas que sumen a los demás en las nieblas más impenetrables. Los Bachilleres Carrasco —mediocridades que tienen conciencia de su mediocridad, y por eso la tapan y desfiguran— son los mejor situados para adquirir la gran fama entre los tontos. Para ellos están guardadas las grandes heroicidades, y nadie más que ellos pueden tener la osadía de apoderarse de unas armas, proveerse de un escudero y luchar con don Quijote en su propio terreno. El Bachiller Carrasco no tiene para don Quijote esos inútiles discursos del canónigo de marras pretendiendo hacerle ver que está loco y que sus acciones son solemnes disparates, no. Carrasco lo adula, lo llama flor y nata de la andante caballería, le da cuenta de lo celebrada y leída que es su historia, y por último, le incita a lanzarse por tercera vez al campo para que la gloria y la ya grandísima fama de su fuerte brazo conquiste nuevos laureles, todo en bien de los menesterosos, de los oprimidos y de las desamparadas doncellas.

El ama y la sobrina de don Quijote —mediocridades que no tienen conciencia de su mediocridad, y por eso la muestran a la vista y examen de todos— creen loco al socarrón de Carrasco, o si no loco, un chusco que quiere reírse de su pobre amo y tío. Pero el Bachiller tiene meditado un plan, un plan en cuya formación entra el acierto de comprender en toda su magnitud la locura quijotesca, sin cuyo previo conocimiento bien sabe Carrasco que serían inútiles sus tentativas. Porque para la resolución de un problema, lo primero, claro es, es comprenderlo, y esto bien saben los Carrascos que está al alcance del más necio. La dificultad es *crear* un problema, plantearlo, obtenerlo de dentro de sí utilizando verdades íntimas[4]. Don Quijote, con su locura, crea un problema. Sansón Carrasco *ve* ese problema y lo resuelve violentando las verdades.

Veamos su método: Hacerse —fingirse— caballero andante compañero de profesión de don Quijote, luchar con él y vencerle, anulando su fuerza quijotesca, haciéndole esclavo de su capricho en aras de ciertos preceptos de la caballería. Su plan es sencillo, al parecer, pero de una complicación interior enorme. Para Carrasco su solución es de una claridad a prueba de bomba. Su optimismo es de ese matemático que con asombrosa rapidez traza letras y letras en presencia de una cuestión difícil, hace operaciones, elimina incógnitas, plantea ecuaciones, y a última hora, cuando la pizarra rebosa números y letras, un error de

[4] Las interrogaciones de la vida no son problemas. Interrogación no quiere decir problema. En todo caso, esas interrogaciones que invocan los filósofos serán fuentes o manaderas de problemas. Cada adquisición de la mente del hombre es un problema, pero resuelto.

procedimiento, leve pero fundamentalísimo, hace estéril todo su trabajo. Porque Carrasco también tuvo un pequeño error que ahogó todo su plan: Jamás había pensado que don Quijote pudiera derrotarle a él.

La fantasía de don Quijote se alimenta de inmensas metáforas. Su vida en nuestro mundo no es más que un alternar, casi periódico, de dos ambientes: quimera y metáfora. Si bien *su* quimera tiene también algo de metáfora. En este caso, la vida de don Quijote es una gran metáfora.

Pero la metáfora suya, la creada por él, su ambiente fantástico, o sea nuestro mundo, debe considerarse como una quimera o una excentricidad. Don Quijote, para venir a nosotros, se salió de su centro, pero entró en el reino de la fantasía, no en el de la metáfora.

La metáfora, alimento para sus quimeras, se la suministran en gran cantidad los equivocados o los burlones que encuentra en gran número durante su viaje.

Podemos asegurar que la quimera de don Quijote se habría agotado pronto si las inyecciones metafóricas no le prestaran fuerzas de cuando en cuando. Y entre todas las metáforas vividas, la más grande, la que le dio a don Quijote mayores auspicios de la conquista de una *nueva realidad,* fue el método que el socarrón de Carrasco pretendió seguir para resolver el problema de su locura. Don Quijote bebe en esta gran metáfora hasta saciarse, y la alegría que le produce vencer a un valeroso caballero andante pone en él nuevos ímpetus para la gran conquista.

Dígaseme si don Quijote hubiera subsistido mucho tiempo si los humanos no hacen caso de él, esto es, si la actitud de éstos frente a su locura es sólo una débil ráfaga compasiva. Don Quijote habría muerto asfixiado en un ambiente donde el aire respirable no tenía bastante oxígeno para llenar las exigencias de sus pulmones. Para sacarle de este grave aprieto frente a la muerte de su quimera, vienen las metáforas, que le prodigan, como ya hemos dicho, los que pretenden *salvarle* o los que se quieren burlar de él; verbi gracia: la comparsa de la duquería.

Esto no lo vio Cervantes, que estaba en la creencia de que don Quijote vivió tanto tiempo entre nosotros porque lo hacía soportable su buen juicio en muchas ocasiones.

Sansón Carrasco, vencido por Don Quijote, es de los más hermosos capítulos que nos ofrece el Gran Libro. Sin embargo, los más hermosos capítulos del Gran Libro son todo quimera y metáfora. La historia íntima de don Quijote no está en el libro de Cervantes. Aquí no hay más que el relato de lo que le acaeció en su excentricidad, durante su vida quimérica en nuestro ambiente. Pero de esos hermosos capítulos del Gran Libro hemos de partir para comprender algo de la Gran intimidad quijotesca, para saborear esa historia no escrita que rebulle, debajo, muy debajo, del libro de Cervantes.

Sansón Carrasco abandona, vencido, el propio terreno quijotesco, y digo el *propio terreno* porque esta aventura fue tan intensa que casi puso ante don Quijote una realidad. Porque don Quijote, aunque las más de las veces se cree ente real, esto es, que ignora su carácter de hombre excéntrico y fantástico, duda en ciertas ocasiones, no se atreve a decir para sus adentros que es caballero andante. ¿No veis como después de alguna aventura exclama regocijado: «Ahora es cuando creo que en realidad soy caballero andante»?

Amigo Carrasco: tú vencerás a don Quijote, no lo dudes. Posees la ventaja de que lo tienes hasta cierto punto desorientado, en tu propio campo. Bien te has dado cuenta de esta superioridad tuya. Sabes que don Quijote no es de tu país, y está en él como en una patria extranjera. Sin embargo, ahora te ha vencido. No importa, persíguele nuevamente y el triunfo será tuyo.

No hace falta que nadie le diga esto a Sansón Carrasco. A su anhelosidad redentora une también la venganza que clama el dolor de los golpes recibidos.

Y Sansón Carrasco monta otra vez en su caballo y camina, camina en busca de don Quijote, que también camina en pos de las incógnitas de sus anhelos, cosas que bullen en su imaginación con la inconsistencia de lo que no existe ni puede existir...

Hemos aludido ya a esa ansia fervorosa de don Quijote: Vivir en los demás. Esos propósitos suyos de *resucitar* en el mundo la andante caballería no tienen otra significación que la de imponer *su* ambiente. Y hemos dicho también que fracasó en sus intentos como han fracasado igualmente otros hombres.

Y digo yo que fracasan hasta los que consiguen influir en muchedumbres. Porque éstos no viven en las muchedumbres. Son las muchedumbres las que viven en ellos. Estos hombres *triunfadores* venden, como Fausto, su alma, su propio yo, recibiendo en cambio halagadores aplausos. Don Quijote renuncia desde luego a pertenecer a esta clase de triunfadores. Por eso fracasa, y por eso tenía que fracasar. Por eso puede vencerlo, y lo venció al fin, el socarrón de Carrasco... Pero en su lugar hablaremos de esta derrota, y demostraremos que no hubo tal derrota, mejor dicho, derrota sí hubo, lo que no hubo fue triunfo de la personalidad del Bachiller Sansón Carrasco sobre don Quijote.

VIII. LA CUEVA DE MONTESINOS

Hay un momento en la vida humana de don Quijote en que éste se proporciona verdaderas metáforas: Es cuando desciende a la muy famosa Cueva de Montesinos.

Estaban muy recientes sus choques con la cordura de los hombres, y don Quijote sintió deseos de una gran metáfora que sostuviese sus fuerzas decaídas.

Y don Quijote, en esos momentos graves y tristes en que veía agotarse su vida quijotesca, se lanza a las profundidades con un gran ímpetu creador para allí respirar las atmósferas puras, tan recatadas en los ambientes de quimera.

Era después de la estancia en la casa de don Diego de Miranda, y era después de haber asistido a la celebración de unas bodas absurdas, acontecimientos muy mediocres que no podían satisfacer más que a un ser como Sancho Panza.

Don Quijote vive tres días admirables en la Cueva de Montesinos. Allí ve encantada la efigie del Gran Espíritu —o sea Dulcinea en la fantasía quijotesca— que se muestra renuente a oírle, y huye, huye por los campos ubérrimos semejando una aldeana salvaje. Allí ve cómo se glorifica su nombre, y oye admiraciones para su destreza y ánimo valeroso.

En esta aventura la metáfora consiste en que ve al Gran Espíritu encantado. Esto es, su visión anterior en los alrededores del Toboso adquiere relieves de verdadera en la «nueva verdad», que anhela su alma.

Sin embargo, este anhelo de la «nueva verdad» es un anhelo inconsciente. Porque don Quijote ignora su excentricidad, esto es, no sabe que vive en un mundo distinto al suyo. El fracaso de don Quijote es que quijotescamente sólo puede conquistar el mundo de la metáfora, nunca podrá conseguir que sus acciones no parezcan locuras a los hombres. Podría conseguirlo, es cierto, renunciando a ser don Quijote, pero cuando don Quijote deje de ser don Quijote, morirá. Es imposible que viva mucho tiempo encerrado y aprisionado en la coraza de Alonso Quijano, el Bueno.

Don Quijote es Espíritu, a secas. No espíritu celebrado o espíritu sensible.

En el siglo XX se comprenderá mejor a don Quijote que en el siglo XVII, y muchísimo mejor que en el siglo XIX. Todo ese romanticismo poético y todo ese positivismo científico que llenó las exigencias del siglo XIX no podían comprender a don Quijote. Me parece que la novísima generación intelectual aspira a situarse en el plano de las grandes perspectivas. Desde ese plano —paradojalmente picudo—, el espíritu de don Quijote aparecerá limpio de sombras. Si vivo dentro de cincuenta años, escribiré otro libro sobre el Quijote.

Lo digo con optimismo: Estoy seguro de que las murallas que forman la decadencia presente serán rotas por el ímpetu de la generación que ahora florece. Para conseguirlo, quizá ésta no tenga que hacer sino dos cosas: Una, romper definitivamente con «lo viejo». Otra, saberse hacer a sí misma. Y como sé que existen síntomas en los actos de esta generación incipiente de que persigue la consecución de las dos cosas antedichas, puedo afirmar que la decadencia toca a su fin, ¡Qué hermoso ser joven para llevar a cabo este esfuerzo!, digan unos, los mejores. ¡Qué hermoso ser joven para verlo!, digan otros, los buenos. Y todos confundan a los cobardes —desertores del puesto que les asigna la época— que pierdan tiempo en cantar a «lo viejo» una elegía...

Se me preguntará qué síntomas veo yo en «nuestro ambiente» para sentar afirmaciones tan optimistas. No caeré en la ingenuidad de poner aquí numerados y clasificados esos síntomas.

Fíjese el lector en el piruetismo que desde hace quince años gesticula estérilmente contra «lo viejo». Y la nueva generación —quizá no haya nacido todavía— sabrá desasirse

del piruetismo y convertirse en «valor máximo». La nueva generación, pues, se apartará de París, y de otros puntos nocivos que no son París. Sus propósitos serán los de no llevar a la sepultura el vigor espiritual que puedan extraerse durante los años míseros.

Va a la conquista de las cosas que indudablemente son más grandes. Su dicha consiste en que nace sabiendo ya qué conquistas han de ser. No empleará, pues, treinta años en descubrir un camino. El camino.

Y si algún romanticoide, anacrónico en nuestro siglo, hace un libro de la calidad de «La confession d'un enfant du siécle», de Musset, se le expulsará de la generación nueva.

Porque en los años futuros el espíritu se dedicará a otra cosa que a la deificación de la fémina, considerando como literatura ínfima todo lo que hasta aquí se ha vestido con la máscara de la genialidad. Y será entonces cuando don Quijote aparezca rodeado de alburas inmensas, y cuando sus fulgores deslumbren a los buenos.

La aventura de la Cueva de Montesinos es de las más profundas en el Gran Libro. Porque significa en el ánimo de don Quijote el hallazgo de una senda que puede conducir a maravillosas posibilidades.

Yo tengo por norma al escribir, hacer que el lector se suma en meditaciones. Niego valor a los libros que no hagan meditar. Y si estos libros *entretienen,* casi los odio.

Por eso no soy prolijo en nada ni digo todo lo que se me ocurre. Si el lector es inteligente, adivinará lo que dejo por decir. Si no lo es, debe cerrar el libro, porque puede estar seguro de que no está escrito para él. Me consideraría fracasado si un libro mío hiciera reír a un lector inteligente. Claro que midiendo yo antes su grado de inteligencia, porque bien pudiera ser un reflejo o una máscara...

IX. DIÁLOGO

Yo.— Dices en tu libro que las hazañas de don Quijote han de acogerse con admiración o con risa.

Cervantes.— Es cierto. Mi pobre don Quijote es un mártir...

—Permíteme que te interrumpa. ¿Qué clase de admiración es la que solicitas para don Quijote de un lector al que no le produzcan risas sus locuras?

—Mira. Don Quijote es un ser que nació, como Cristo, para sacrificarse por el bien de muchos. Es, por tanto, a su manera, un mártir. Yo necesitaba para conseguir mis propósitos un hombre loco, un ser que hiciera el ridículo, del que se rieran las gentes a boca llena. Ese tipo es don Quijote. Yo me conduelo a veces de él, y créeme que el haberle dado vida me lleva proporcionados muchos disgustos íntimos. Porque una vez publicada mi historia vi cuán grande era la figura quijotesca, y me dolía en el alma haberla rodeado de locura y de ridículo. Pero reacciono siempre ante este dolor anímico que solamente es una estéril sensiblería. Doy por bien creado a don Quijote, y me parece que para comprenderlo es necesario admirarlo unas veces y reírse de él otras. —¿Pero admirarlo por qué?

—Por lo que antes dije: Se sacrificó por el bien de muchos. —¿En qué consiste ese sacrificio?

—En hacer locuras y convertirse en un ser grotesco para que las gentes olviden los malsanos libros de caballerías.

—¡Hombre, hombre! Entonces don Quijote es un muñequito de trapo que tu cerebro maneja con habilidad.

—En efecto, algo tiene de muñeco.

—Pues no veo yo el sacrificio por parte alguna.

—¡Claro! Una creación de la fantasía no debe despertar admiración por los hechos que *uno* le impulsa a realizar. ¿No es eso lo que quieres decir?

—En efecto. Algo de eso es. Pero de otra manera. Tú no comprendes a don Quijote, querido Cervantes. Habéis estado siempre muy juntos, muy juntos, casi pegados uno a otro. Ahora bien: la estatura de don Quijote es susceptible de crecimiento. La tuya no lo es. Y don Quijote ha crecido mucho, tanto que los que estuvieran junto a él cuando nació no alcanzan a ver su cabeza. Hay que apartarse y elegir las perspectivas adecuadas para la visión.

—Ya me van fastidiando las cosas que veis y queréis sacar de don Quijote. Este libro que estás haciendo no es más que un cúmulo de «cerebrosidades» que se pueden aplicar lo mismo a don Quijote que a otro héroe cualquiera. Hablas de su «intimidad», de una «vida quijotesca» vedada a las visiones de los hombres. Todas estas cosas son solemnes vaciedades que engendra vuestro siglo enfermo. Y perdóname si te digo que no hago caso de ellas. A mi ver, debíais esforzaros en hacer obras que duraran siglos, como si don Quijote —el mío, no el vuestro artificial Quijote—, y dejar estas chismorrerías intelectuales que os entretienen.

—Es muy natural que te fastidien nuestros ímpetus semirevolucionarios. Pero es muy posible, no lo olvides, que sin estas interpretaciones y estos estudios tu Quijote muriera, como morirás tú sin duda. Nos es imposible proclamar obra genial a un libro que tiene por único objeto satirizar y combatir las historias caballerescas. Hace mucho tiempo que esas historias no interesan a nadie. Pero nosotros conservamos el Quijote porque de él extraemos puros valores de genialidad, muy independientes de tus propósitos. Decimos que la vida de don Quijote es una gran metáfora, y admitimos, sin vacilaciones ni dudas, la existencia de un mundo suyo, donde tengan realizaciones plenas todos los reflejos

metafóricos de que se alimenta entre los hombres. Nuestra admiración, pues, tiene como sostenes columnas de más seria base que la admiración predicada por ti, ya que ésta se funda en presentarlo como un mártir que entregó su cordura por el bien de muchos.

—Luego tú crees que no se debe admirar a los mártires o a los que se sacrifican por el prójimo.

—Eso mismo. Pero no es ésta la cuestión que tú nos planteas con don Quijote. Admirando a don Quijote de la forma que tú quieres que se le admire, o por lo que tú quieres que se le admire, no admiraremos a don Quijote, sino a Alonso Quijano, al que tú llamas mártir. ¿Me entiendes?

—Sois el mismo diablo. Eso que tú dices es verdad.

—Y cuando se admira a un mártir, se desprecia a su verdugo. Este verdugo, en nuestro caso, eres tú. Y una de dos: O lo que te impulsó a sacrificar a don Quijote —digo a Alonso Quijano— es un gran motivo[5], o no lo es. En el primer caso, no debes solicitar admiración para don Quijote. En el segundo caso, cometiste un crimen: Para satirizar los libros de caballerías —mal menor— volviste loco a Alonso Quijano —mal también menor, pero que tú pones por encima del otro mal. —Me desconciertas sobremanera.

—A eso voy: a desconcertarte y hacerte ver que todas tus simpatías son para Alonso Quijano, hombre de ficción **[que es tan padre de don Quijote como San José de Jesucristo, utilizando para símil una ficción de tantas ficciones como nos ofrece la inmensa ficción de donde están obtenidas las sagradas historias.[6]**

— ¿También ateo?

— De todo un poco amigo Cervantes].

[5] Esto es, superior o inferior a la simpatía que pueda despertar Alonso Quijano.
[6] En la 1a edición, el párrafo decía lo siguiente: –A eso voy: a desconcertarte y hacerte ver que todas tus simpatías son para Alonso Quijano, hombre de ficción, que no es padre de don Quijote.

X. LA COMPARSA DE LA DUQUERÍA

No sé qué pensaría Cervantes al entregar a don Quijote a las burlas necias de unos duques, es posible que no le moviera otro afán que el de crear un escenario donde don Quijote podía hacer otras tantas locuras como llevaba hechas. Es posible también que, dado su arrime a los árboles ducosos (léase mohosos), aprovechara la ocasión para hacerles a éstos unas cuantas gracias.

Pero sea lo que sea, y se propusiera lo que se propusiera Cervantes, podemos asegurar que es ésta una de las muchas ocasiones en que la grandeza de don Quijote brinca impetuosa, por cima de lo que bien pudiéramos llamar —y nadie se altere— «mediocridad cervantina». Porque don Quijote no hace el bufón. Son los duques los que quieren hacer de él un bufón. Y todos sabemos que el necio —por su necedad propenso, claro es, a la risa— tiene el prurito de creer que todo está hecho para que él lo tome a chanza y se divierta.

Yo pasaría sin comentario alguno todos los capítulos que en el Gran Libro están dedicados a las hazañas de don Quijote entre los duques si no viera en ellos un enorme triunfo quijotesco.

Afirmo que la vida más plenamente quijotesca de don Quijote tuvo su realización durante el transcurso de los días que éste pasó con la comparsa de la duquería.

Aquí llegó don Quijote hasta el máximum de metáfora que le estaba permitido absorber entre nosotros.

Fue aquí donde se vio tratado y agasajado con el esplendor y riqueza que correspondía a un habitante de su mundo.

Fue aquí donde vio cómo Sancho Panza obtuvo el gobierno de una Ínsula en pago a sus servicios escuderiles.

Fue aquí donde altas doncellas le declaraban su amor, impudendas y sumisas.

Fue aquí donde los menesterosos de toda la tierra le hablaron de sus cuitas y le pusieron en el trance feliz de luchar con Malambrunos.

Fue aquí donde le anunciaron el cómo y de qué manera había de desencantarse el Gran Espíritu.

Fue aquí, en fin, donde nuestro Gran don Quijote se embriagó de metáfora, vivió su vida con intensidad acelerada, y agotó, por así decirlo, el vigor de sus fantasías. Don

Quijote salió del palacio de la duquería con el estigma doloroso de la vejez.

* * *

Estas aristocracias ostentosas, de sangre ridículamente privilegiada, son en las sociedades actuales el símbolo del fracaso de las épocas. Digan los lectores si tiene alguna importancia el que una familia sepa los nombres de sus antepasados, cubiertos de más o menos gloria por los anónimos cronistas de los siglos medios, y si significan algo en una revisión de los puros valores esos entes implumes cuyo patronímico está compuesto por seis u ocho palabras, como queriendo decir que el individuo a que pertenecen es un representante de los hechos históricos a que aluden los vocablos. Un aristócrata *de sangre* es, pues, una negación manifiesta de su valer personal. Es como una decoración del pasado. Su misión única será la de tener por lo menos un hijo que siga arrastrando por la tierra las pomposidades patronímicas y la vaciedad facial de sus padres.

Además, las antinomias más claras carcomen sus ambientes. Veamos alguna. En Occidente, donde el cristianismo campea, se acogen a esta religión con la misma fuerza que un náufrago a una tabla salvadora. Bien. Pero el cristianismo dice en sus historias sagradas

que todos descendemos de Adán y Eva. ¡Estupenda creencia para quien blasona de alcurnias y de genealogías brillantes! **[¡Qué no ahonden mucho por si se encuentran con la genealogía de un ayuda de cámara o con la de la meretriz con quien se emborracharon en el cabaret!.]**[7] Todo esto tiene mucha gracia, y como nosotros queremos hacer un libro serio, cortamos aquí las *alabanzas y los elogios.*

* * *

¡Qué inmenso y qué puro vive don Quijote en el palacio de la duquería! Sólo él puede divertir a los tontos sin perder ni una parte mínima de dignidad. Y sólo él también puede adaptar a normas muy suyas, de una gran seriedad, lo que constituye para los otros un motivo de risa. Si algún hombre inteligente no encuentra obstáculos en su sensibilidad examinando el alma del tal duque, y, por tanto, tiene la piel tan dura que no influyan en él los hedores mediocres de la insulsez, yo le aconsejo que estudie o compare las emociones que sienten el tal duque y don Quijote en presencia de una de las aventuras preparadas por aquél. Obtendría resultados curiosísimos.

Y veamos también cómo Sancho Panza respira en estas atmósferas, que tienen para él el atractivo refinado de lo que se deseó siempre. En efecto, Sancho, removiendo en su caletre ínfimo las ventajas y las desventajas de la escudería andante, a lo largo de los caminos oscuros y de los manteamientos y palizas, veía en un más allá Ínsulas, gobiernos y trato de príncipe en algún castillo famoso.

Sancho se movía en los mundos de la caballería andante como deslumbrado por los focos de un bienestar posible. Este bienestar era una luz muy lejana, que sostenía con el pobre Panza un «flirteo» de desengaños.

Como anticipos de su futuro bienestar obtenía a veces alguna que otra satisfacción que obraba en él como un incentivo a proseguir la lucha por la felicidad máxima. Y en esto llegó de improviso el encontronazo con la bella cazadora. Sancho ve en este encuentro una segunda edición aumentadísima del buen suceso en casa de don Diego Miranda, y adivina para su estómago unos cuantos días de manjares nunca vistos.

Pero no sabe este pobre hombre dónde lo van a meter, que a saberlo es posible que renunciara a los agasajos y a las fiestas. Aquí Sancho se va a alimentar como don Quijote de metáfora, y, por tanto, asistimos a gran número de indigestiones.

Es de suponer que los peores días de la vida de Sancho sean los que pasó en la Ínsula Barataria, de la que se creyó *realmente* gobernador eterno, siendo así que su gobierno caía de lleno en el mundo fantástico de don Quijote.

Un amigo me ha hecho notar el enorme sacrilegio cometido por Cervantes al hacer que Sancho se lleve a la boca una metáfora. Yo no veo en esto sacrilegio alguno; más bien se deja entrever una advertencia para los aspirantes a Quijotes o una aseveración de las palabras quijotescas: «el andar a caballo a unos hace caballeros y a otros caballistas».

Si los duques hubieran concebido la burla de hacer a don Quijote emperador podemos estar seguros de que los días que gozara del imperio no sentiría las hambres panzunas, ni los pisotones de sus soldados cuando lo llevaran a defender la patria en peligro.

Don Quijote indudablemente gozó y vivió con más intensidad en casa de los duques que durante los días en que se hospedó en la casa de los Miranda. A Sancho le sucede lo contrario. Porque no fueron los manjares exquisitos ni las comidas suculentas de los duques los únicos alimentos de don Quijote. Este se nutrió más de metáforas, de lo que llamaba burlas la necedad de la duquería, de los incidentes amorosos que el buen humor de unas doncellas vertió sobre la gran fantasía del caballero. Sin duda alguna, don Quijote obtuvo

[7] En la 1ª edición, la frase que podemos leer es la siguiente: "¡Qué no ahonden mucho por si encuentran errores en la genealogía".

más satisfacción de los arañazos gatunos y del desplome de Clavileño que de todas las exquisiteces en materia gastronómica.

En cambio, Sancho, ¡ qué miedo al subir en un caballo de madera, qué temblor ante la perspectiva de tres mil azotes, qué hambre en el gobierno de su Ínsula, y qué pisotones en su último minuto de gobernador!

Sancho renegará siempre de la duquería y tendrá como un bello recuerdo las bodas de marras, o el hospedaje en la bien repuesta casa del hidalgo. A pesar de todo, Sancho tendrá que agradecerle a los duques un buen servicio: el de haberle hecho aprender que un Sancho no debe nunca dejar de ser Sancho.

Estad seguros de que de ahora en adelante Sancho preferiría una perdiz bien condimentada a todos los gobiernos o Ínsulas que se le ofrezcan.

Lo poquísimo que había en Sancho de anhelo desapareció con su convencimiento de que los gobiernos son una cosa bien poco deseable, y ahora, más Sancho que nunca, lo veréis pronto reclamando un sueldo a don Quijote.

Con un poco de quijotismo, Sancho podía haber sido en su Ínsula un hombre feliz. Claro que bien corto número de días, pero al salir de ella, otra vez Sancho Panza, con un «que me quiten lo bailado» pudo desconcertar a los burladores. La aventura del gobierno de Sancho es la más elocuente prueba de la falsedad del tan cacareado refrán que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Sancho andaba con don Quijote y no llegó a pegársele lo más mínimo de barniz quijotesco. Y aquí vemos cómo Sancho, manadero de refranes, tira por los suelos uno de los más afamados.

XI. REIVINDICACIÓN DE CERVANTES

En algunos capítulos de este libro, y sobre todo en los tres diálogos, le habrá parecido al lector que trato de empañar la gloria cervantina, presentándole como un muy mediocre novelista. Nada más lejos de mi ánimo. Y me parece que leyendo con la fijeza debida se advertirá claramente lo que yo pretendo decir cuando escribo que Cervantes es inferior al Quijote.

Yo, en todo este libro, no me he ocupado ni un sólo momento del Quijote, novela. He querido sumergirme y penetrar en el alma de don Quijote como un escudriñador curioso a quien atraen pasionalmente los rasgos que se desprenden de las almas originales y grandes.

Más contradictoria será esa supuesta actitud mía si se tiene en cuenta que todas mis teorías parten del reconocimiento de la gran superioridad del artista sobre sus creaciones. Toda la creación intelectual del mundo es un esfuerzo forjado en la intimidad de los grandes hombres.

Sabemos que el pintor, el escultor, el novelista trabajan guiados por modelos exteriores. Si luego después sus obras no salen de ellos elevadas muy por cima del nivel en que se mueven las cosas que les sirvieron de modelos, no hay obra de arte.

En cambio, tenemos la obra de arte cuando el artista consigue *crear* algo cuya contemplación nos obliga a compadecer de una manera o de otra las cosas que constituyeron sus modelos prístinos. Por ejemplo, un pintor trabaja en un cuadro para el que le sirve de modelo una mujer desnuda. Si este pintor se limita a hacer una especie de retrato —el retrato ha de ser algo que nos haga pensar en la cosa retratada— a cuya vista exclamemos: «¡Qué hermosa modelo!», la obra tendrá muy poco de obra de arte. El arte no se puede admitir sino como una bebida que logra apagar o avivar nuestra sed de inmortalidad. Para conseguir esto es preciso que los modelos exteriores se desvanezcan y dejen paso al gran modelo que forjó el artista en un minuto de inspiración fecunda. Lo demás es técnica, es habilidad, son recursos, son copias, manantiales de donde nunca podrá obtenerse una gota de arte.

Y aquí de la aparición del cubismo y de todos los «ismos» que han revolucionado la vida artística durante los últimos veinte años. Y yo no me explico cómo no se proclama ya por quien deba proclamarse que de todos estos «ismos» saldrá el gran arte de mañana. Los artistas «ismonianos», como los hombres que hicieron la Revolución francesa, y como los rusos de nuestro tiempo, se sacrifican en aras de futuros brillantes muy posibles. El error de estos artistas al proclamar el cubismo como un gran arte es error idéntico al de los rusos contemporáneos que aseguren vivir en un régimen de libertad. Pero nadie se resigna a creerse un instrumento de los siglos.

El otro día me enseñaron un retrato cubista. Quien me lo mostró sonreía escéptico y burlón, como diciendo: «¡Qué mamarrachada!». Yo le convencí, y le hice ver que lo prefería a uno de los mejores de Velázquez.

Claro que todo consistirá en el concepto que se tenga de la palabra *arte.* Considerándolo como una bebida de eternidad, el retrato cubista será mejor obra artística que un retrato velazqueño, aunque aquél nos dé del físico del retrato una imperfecta visión.

En el retrato cubista aparecerá el creador por cima del retratado. En el de Velázquez es el retrato —su humanidad— lo que predomina sobre el nervio creador. Aquélla será mejor obra de arte. Esta será mejor retrato.

Lo mismo sucede con el novelista. Si éste sitúa la acción de su novela en el lugar dado, y la única exclamación que nos arranca su lectura es la de «¡Qué realismo! ¡Qué descripción

más parecida!», adiós novela como obra de arte. Hay que buscar en todas las creaciones la propia personalidad. Hay que inmortalizar la vida deshumanizándola. Hay que hacer que los grandes hombres nos enseñen por medio de obras creadas, lo que ellos tienen de hombres deshumanizados[8]. Por eso yo me atrevo a asegurar que a la pintura se le abren enormes posibilidades, y que la novela si no se renueva morirá definitivamente. Al teatro le queda el recurso de las marionetas. Me parece que el teatro de Ibsen está esperando que alguna vanguardia osada lo haga representar por medio de marionetas. De este modo la gran plenitud ibseniana se nos aparecería en toda su grandeza. El arte del actor, por mucho que se refuerza y evolucione, siempre lo veremos como un arte bufonesco. Me parece indigno que un hombre de talento sea actor. Todo nuestro teatro clásico lucha en balde por desencadenarse de la influencia del actor. Y por no conseguirlo, ese teatro es en su mayor parte un teatro mediocre.

Nosotros hemos estudiado en el Quijote lo que hay en éste de propia fuerza, de «quijotismo increado». La faceta de la creación cervantina, el Quijote que corre y vuela por esos mundos, no ha movido nuestra pluma ni un sólo instante. Por eso no hay sacrilegio que valga al asegurar que Cervantes es inferior al Quijote que vimos nosotros.

Cervantes es el autor de una gran novela, de un libro genial, y es de ciegos o cobardes el no proclamarlo así en alta voz.

[Pero Cervantes, fue un hombre, un gran hombre, pero hombre al cabo] Hemos hablado de un mundo quijotesco, y dicho que don Quijote es una cosa extraña a nuestra realidad, de la que lo apartan, no diferencias de jerarquías, sino su cualidad de *ser* que no tiene con los hombres relación alguna. **[Y una de dos: puestos en este plano, o asegurar que el mundo de Don Quijote es inferior al nuestro o afirmar lo contrario. Me parece que nadie negará la grandeza de Don Quijote y por lo tanto superioridad indiscutida sobre los máximos ejemplares humanos.]**

Pero nosotros no admitimos taumaturgias de ningún género, y en presencia de una cosa viva creemos *ipso facto* en una personalidad creadora. Para glorificar a Cervantes nos basta saber que, completo o impreciso, él creó a don Quijote, y que si él no hubiera escrito tal novela es más que posible que a estas horas las sublimes posibilidades y las hermosas meditaciones que todos hemos hecho al margen del Gran Libro permanecieran en las sombras.

El espíritu de don Quijote es inmortal, y será inmortal siempre aunque nadie recuerde su existencia. No sucede así con Cervantes. La inmortalidad de Cervantes han de procurársela los hombres, y tacharíamos de salvaje y mediocre a una generación que no lo venere, respete y admire como al creador de una cosa que a todos nos ha hecho hormigas, mejor dicho, nos ha dejado tal como somos, pero obligándonos a percibir entre las brumas bailoteos inmensos.

En balde nos empeñaremos en obtener de un libro mediocre sustancia para hacer de él un Gran Libro. Todavía no ha existido nadie que no haya visto en el Quijote un Gran Libro. Unos, porque saben que así se viene diciendo desde hace siglos; otros, porque en él les gusta tal o cual cosa; otros, porque ven en don Quijote y en Sancho dos admirables creaciones; otros, pequeño número sin duda, porque han visto que detrás de el Quijote se mueve quizá todo el cruel secreto de las existencias. Debemos, pues, a Cervantes —hombre mediocre u hombre genio— el que nos puso ante las narices un enigma, un problema cuya solución se llevó él a la tumba con todo el aparato de su pobreza.

¡Gloria a Cervantes! Yo, que con dura saña en alguna parte de este libro he procurado envolverlo en mediocridad, pido para él un puesto preferente junto a los mejores.

[8] Esta palabra no es ensoñación, sino intelección.

¡Gloria a Cervantes! En estos tiempos fríos en que una generación se está dando cuenta de que no hay ni ha habido nunca nada, se le reconocerán a Cervantes los máximos prestigios, porque su obra es una gran obra contra la que el estruendo de los siglos será tan sólo la ráfaga débil de una caricia.

¡Gloria a Cervantes! Porque él, sólo él, tuvo en el gran páramo de los siglos muertos la inspiración fuertemente creadora de un minuto.

¡Gloria a Cervantes! El genio de toda la humanidad se fijó en él para darnos la sensación de la gran perspectiva, y ese genio humano, pobre aún en el siglo XVII, no pudo cristalizarse sino en dos personajes equívocos, cuyos verdaderos significados a los hombres, y sólo a los hombres de mañana, les estaba encomendado adivinar. Y beban también en esa cristalización del genio poderoso las pobres muchedumbres incultas riendo las locuras y celebrando las gracias. Y beban las inteligencias cortas, esas que van rastreando por entre los hombres cumbres, porque también para ellas existe licor en el Gran Libro.

¡Gloria a Cervantes! Fue hombre humilde, ingenuo y puro, que se dio todo a las multitudes, prefiriéndolas a los varones sesudos que poco después desmenuzarían su libro y harían de él la fuente de todas las glorias.

Y si admiramos a Cervantes como creador de una cosa que él no comprendió nunca, bien estará decir que su novela, sin complicaciones, dándole idéntica extensión a la que él quiso darle, examinándola desde el punto de vista en que se examinan todas las novelas, es una de las que merecerían las grandes calificaciones.

Pero no se interpreten mal estas líneas últimas: el mundo novelesco es un mundo íntimo y mezquino, y el Quijote es otra cosa, muy otra cosa, que una gran novela.

El Quijote pertenece a un género no catalogado aún, y al que bien pudiéramos llamar quijotesco, pues en ese género no podrían incluirse más obras que el Quijote.

Sin embargo, por mucho que glorifiquemos a Cervantes, se impone el deseo de que no existan más Cervantes en la intelectualidad futura. Los Hombres Próximos hablarán, no a las multitudes, sino a los pocos, y la humildad no obtendrá de ellos adquisiciones. El papel de los hombres humildes en nuestro tiempo es el de la desaparición. Los hombres humildes pueden mirar a las nubes en espera de un mañana brillante en el «paraíso». Pero no serán éstos los que llenen las exigencias de nuestro tiempo.

¡Gloria a Cervantes! Sí, pero a la vez es necesario meditar una contestación. Será una gran generación aquella que logre contestar plenamente, aunando los bellos gritos, las interrogaciones del Gran Libro.

Esta contestación puede muy bien ser un gran tomo y puede muy bien titularse «El tema de los Fuertes».

XII. DON QUIJOTE, VENCIDO

También en Barcelona unos cuantos necios se reían de don Quijote. Este don Antonio, amigo del bandolero Roque, encierra los mayores grados de tontería que puede sufrir un hombre.

El Bachiller Sansón Carrasco actúa en esta su segunda batalla como una especie de microbio mortífero.

No es él, en sí, el matador de don Quijote. Este no puede morir sino a manos de sí mismo. Pero es que aúna todas las fuerzas hostiles y le da el golpe supremo en uno de los momentos más propicios: cuando don Quijote declinaba y se hacía viejo.

Porque no hay que olvidar que si bien el espíritu quijotesco es de suyo «cosa eterna», su fantasía, su vida quimérica entre nosotros tiene que estar supeditada a la salud de ese hombre de carne y hueso que se llama Alonso Quijano.

Don Quijote, físicamente, tenía que morir. Él encarnó en un hombre, y éste, como todos los hombres, no gozaba de la inmortalidad.

Sansón Carrasco llega a Barcelona y encuentra a don Quijote, ya viejo y un tanto carcomido por una incipiente enfermedad.

En estas condiciones, la lucha es favorable al Bachiller, y nada tiene de particular este vencimiento, que no rebaja la categoría quijotesca lo más mínimo, puesto que Carrasco, dueño de una realidad, hace de ella un arma vigorosa contra un ser para quien esa realidad es una quimera y a quien sólo alienta en la batalla la grácil metáfora de su ilusión. Pero esta metáfora no sirve más de aleteo quimérico, esto es, de ascensión entre Alonso Quijano y don Quijote. Para nada puede servirle en la lucha con la realidad que significa el Bachiller. La metáfora es el alimento de que se nutre la locura de don Quijote. Porque don Quijote, aunque nosotros no lo veamos, mantiene sorda lucha con Alonso Quijano, que no se resigna a hacer únicamente el papel de sostenedor de la gran estatua.

En el Gran Libro aparece muchas veces la voz de Alonso Quijano. Es cuando vemos en don Quijote ráfagas de cordura. Esta parte del Gran Libro es la que menos debe interesarnos, y de aquí el equívoco de algunos sesudos varones al considerarla como la más apreciable y más general de la historia quijotesca. ¡Inmenso error! El gran don Quijote está en las locuras, en todas las locuras, en esos capítulos que hacen reír a los tontos. Por eso digo y afirmo que el Quijote es un libro rigurosamente serio, donde no caben sonrisas ni gracias.

Y Sansón Carrasco quiere luchar contra don Quijote, no contra Alonso Quijano. Pero don Quijote es invencible. Don Quijote no tiene más punto flaco —construcción de barro— que el de su envoltura carnal, su parte quijanesca. Y aunque otra cosa crea el socarrón del Bachiller, a quien venció él en realidad es a Alonso Quijano.

Este hidalgo de Alonso Quijano no es un Sancho Panza, y es de suponer que durante el tiempo que convivió con don Quijote se le pegara algo de la *locura*[9] de éste. Por tanto, la derrota le hirió en lo más hondo, y contribuyó no poco a la definitiva ruina de don Quijote.

Y ahora queremos complacernos en señalar un rasgo de la inmensa tontería del tal don Antonio. Como no se explicaba muy claramente la existencia de un caballero andante que viniera a luchar con don Quijote, al terminar la batalla, y de acuerdo con el Visorey —otro don Antonio— fuese detrás de aquél con objeto de que le explicara lo que no podía ser otra cosa que una burla. Lo recibió el Bachiller —no tengo a Carrasco por tonto ni por necio, sino

[9] Léase también materia o etopeya peculiar. Porque, claro es, Don Quijote en su centro no era un loco. Llamamos locura a su fantasía, a su quimera, a su excentricidad.

por el símbolo de nuestra cordura—, y con amplitud de detalles le explicó el ardid de que se había valido para encaminar a don Quijote a su aldea. Y aquí viene ahora el rasgo que derrota la gran tontería de don Antonio: Como aún no se había cansado de reírse de don Quijote, y el inesperado suceso de su derrota lo alejaba de él, pensó advertir a don Quijote el engaño de su lucha con el Caballero de la Blanca Luna, haciéndole ver que no era más que una treta de su enemigo el Bachiller Carrasco para llevarlo al pueblo.

El necio de don Antonio —que no vio nunca a don Quijote a pesar de tenerlo cerca de sí unos días—, creía que don Quijote haría caso de sus palabras. Porque en el momento que las creyera, ¡adiós Quijote! Moriría a los pocos segundos sin salvación posible. Si al final de la primera parte del Gran Libro, don Quijote se hubiera dado cuenta de que no iba encantado en el carro de bueyes, sino encerrado en él por el Cura y el Barbero de su pueblo, aquí terminaría la gran historia. La vida de don Quijote se habría agotado. Pero no hay temor. Don Quijote no puede morir tan fácilmente a manos de cualquier necio. Si don Antonio va a decirle que no ha luchado con el Caballero de la Blanca Luna, sino con Sansón Carrasco, don Quijote atribuiría el parecido a «vías de encantamiento».

Hemos dicho que el Bachiller Carrasco a quien venció fue a Alonso Quijano, envejeciéndolo, y, como consecuencia, haciéndole imposible la vida en nuestro mundo a don Quijote. Así es en efecto.

Porque yo creo que don Quijote se desprendió de Alonso Quijano a los pocos segundos de perder la que bien podemos llamar batalla definitiva. Y si se fija bien el lector, verá que toda esa melancólica caminata hacia la aldea es el sentimiento que le produce a Alonso Quijano el que se haya desprendido de él don Quijote.

Don Quijote es quimera, es fantasía. Sus propósitos eran vivir en nosotros, apoderarse de nosotros, imponernos toda su intimidad —léanse en el Gran Libro sus historias caballerescas—, y quieras o no, ser el Primero. Don Quijote vino a nuestro mundo introduciéndose en la personalidad de un hidalgo. Se apoderó de él, mejor dicho. Esto quiere decir que un ser puede conquistar a otro ser, sólo a otro, siempre que ese «otro» sea él mismo. Aquí el triunfo de don Quijote fue completo. Después, inmediatamente después, don Quijote se propuso conquistar a los humanos todos. Y quería hacer de ellos dos clases de hombres: una, la clase superior, compuesta por Quijotes; esto es, por caballeros andantes. Otra, compuesta por individuos que creyeran en la existencia de los Quijotes, reverenciándolos como a hombres superiores que eran, hijos predilectos del Gran Espíritu.

Y para conseguir todo esto, don Quijote no sigue el procedimiento del apostolado, sino que se lanza a la calle como caballero andante que cree ser. Es como si esos filósofos moralistas, en vez de escribir gruesos tomos de necedades, hiciesen, se limitasen a hacer la vida ejemplar que predican. Y también como si esos «pequeños ídolos» de la política, en vez de vociferar estas o las otras ideas, siguieran como individuaciones o individualidades esas rutas ciudadanas. Y a esto es a lo único que hay derecho. Bien es verdad que don Quijote no se contentó con eso sólo, sino que bien armado, escudándose en Alonso Quijano, malhería a los desconocedores del Gran Espíritu. Pero dijimos ya que el fracaso de don Quijote, a este respecto, fue rotundo. A los hombres —digo a los hombres, no a los hombrecillos— no se les puede perforar. Y a los hombres, no a los hombrecillos que forman el vulgo[10] y la soez canalla, es a los que pretendió perforar don Quijote.

Don Quijote fue siempre optimista. Nunca vaciló en la realización plena de sus propósitos. Porque hemos de hacer constar que no sufrió contratiempo alguno. Alonso Quijano, en los primeros días de caballería andante, soportaba los palos de yangüeses y las pedradas pastoriles. A don Quijote estos sucesos no le producían dolor. Porque los palos y las pedradas caían sobre las espaldas de Alonso Quijano, y entre ellos no había

[10] Damos a la palabra vulgo la extensión que le dio don Quijote hablando con el Caballero del Verde Gabán.

reciprocidad de influencias. Fue Alonso Quijano quien se identificó con don Quijote, abandonando su cordura. No fue don Quijote quien se identificó con el hidalgo.

Cuando don Quijote sintió realmente el golpe fue en la derrota con el Bachiller Carrasco. El golpe —la desilusión— le hizo abandonar a Alonso Quijano y marcharse. Don Quijote se vio fracasado y desapareció. Y desaparecer no es morir, sino que muchas veces significa vida más plena.

Y don Quijote, desapareciendo, consiguió entre nosotros esa vida más plena.

Ahora bien, Alonso Quijano, que ya no era el primero, sino que ya tenía muchos grados de quijotismo, hizo algún tiempo el papel de don Quijote.

Si Alonso Quijano hubiera seguido haciendo de don Quijote por el mundo —por el nuestro— aun después de marcharse, de desaparecer éste de él, la vida quimérica de don Quijote estaría adornada con el resquicio de un triunfo, triunfo selecto sobre un solo hombre. Pero Alonso Quijano se muere a los pocos días de agotarse el último reflejo de don Quijote.

Aquí debían terminar nuestros comentarios al Gran Libro, porque estamos seguros de que la personalidad de don Quijote entre nosotros es ya un recuerdo.

Pero Alonso Quijano requiere nuestra atención aún. Es un digno albacea de don Quijote y él ha de terminar en debida forma la abstracción magnífica.

Camina hacia la aldea desarmado, melancólico, sufriendo interiormente, con profundo y lacerante dolor de hombre, con un ceño inmenso de amargura y de tedio, sin don Quijote en una palabra, que era para él el resumen de todas las magnificencias y de todas las alegrías.

Va sobre «Rocinante» mirando al suelo, sin oír las frases panzunas, dolorido, con graves preocupaciones y sintiendo sobre sí el peso enorme de los anhelos muertos y de las esperanzas fracasadas.

Por si fuera débil el foco de tristeza y de desolación de su intimidad agraviada, una piara de cerdos pasa por encima de él como una gran ironía, aturdiéndole con el asqueroso olfateo del bruto. ¡Pobre Alonso Quijano!

Mas a pesar de todo, él sigue Quijote, Quijote claudicante, es verdad, pero Quijote. Y será Quijote, tendrá alguna ráfaga suya, hasta el lecho de muerte, hasta sus días postreros, en que el anhelo final desaparecerá para que pueda contemplarse más a sus anchas. Alonso Quijano —él— se ve entonces, cuando el último reflejo de don Quijote se marchó de él porque él ya no tenía fuerza para retenerlo. Y el pobre Alonso Quijano, sin quijotismo, al no poder comprender su vida pasada, su vida aventurera y grande con don Quijote, dice que le perdonen, que ha sido un loco...

XIII. LA BONDAD DE DON QUIJOTE

Don Quijote, derrotado, ya no es don Quijote, es Alonso Quijano que conserva aún ciertos reflejos de quijotismo. Sin salirnos del Gran Libro podemos probar esta verdad: el éxodo de don Quijote[11] a su aldea abunda en incidentes de cordura, esto es, en menos grados de quijotismo.

Lo que más arraiga en don Quijote es su amor al Gran Espíritu, y luego veremos cómo éste su amor lo subordina ahora a convicciones de una patente inferioridad.

El bueno —hay que usar ya este calificativo— de don Quijote va pensando cómo emplear el próximo año de ostracismo. Al fin proyecta hacerse pastor y sueña con la feliz Arcadia de otros tiempos. Se sabe inútil para las armas y es posible que renuncie para siempre a la caballería andante, considerándola a lo más como una idea íntima. La lucha interior de este buen hombre en los días que duró su viaje al pueblo debió de ser enorme. Quizá recordase sus retornos anteriores, que significaron siempre una inmediata salida, realizada al augurio de nuevas conquistas.

Todos sus actos ahora denotan agonía espiritual, impotencia para hacer frente a los enemigos invisibles de su inquietud. Su optimismo de antes se ha convertido en desesperación, y como desesperado que presiente el término de sus días y el agotamiento de las facultades mejores, huye de las consultas que se le hacen, resguardando lo poco que en él queda de don Quijote.

Mientras más días transcurren menos quijotismo hay en Alonso Quijano. Ya es solamente un contemplativo, un fracasado cuyo único alimento es el recuerdo de las horas brillantes de otros días. ¡Y qué vacío debe sentir a su alrededor, vacío paradójicamente ruidoso, aullidos de los que siente el hombre austero en los grandes silencios! En esta situación de timidez es cuando pone de manifiesto uno de los rasgos decadentes: la bondad.

Todos sabemos lo que es «la bondad», una de las manifestaciones de la debilidad del hombre. Afirmo que el «hombre bueno» es una especie de «hazmerreír» en la sociedad de todos los tiempos. La «bondad» es la mayor parte de las veces timidez, falta de carácter y cobardía. Otras veces, es un exagerado amor al prójimo, amor que si lo sintieran todos los hombres engendraría inmediatamente el más desastroso nihilismo.

Todo esto es muy fácil de comprobar: quien sienta la voluptuosidad de conquistarse se ama a sí mismo, y no amará al prójimo mientras no lo haya conquistado[12] a su vez. No habrá nadie que no haya oído muchas veces la frase siguiente: «¡Qué mal va Fulano. El pobre no es malo más que para él! » Decidme qué pasaría si de todos los hombres pudiera decirse lo mismo. Es un absurdo ese amor recíproco llamado bondad. Porque si un hombre se anula a causa de su desmedida pasión por sus prójimos y si todos lo secundan, es indiscutible que todos se convertirán en seres anulados. ¡Y librémonos de caer en sus redes, porque eso sí que es el verdadero caos! Es como si nos privásemos de un buen libro por dárselo a un analfabeto. ¡Y qué diremos de esos pobres seres que no son malos más que para sí mismos!

La bondad es enemiga de exponentes individuales, mejor dicho, no es enemiga de nadie porque la bondad es incapaz de lucha alguna.

Y vamos a probar ahora cómo la bondad engendra maldad, su polo opuesto, un extremo más pernicioso aún que la bondad misma. La existencia de uno de estos imbéciles, llamados «hombres buenos», significa por lo menos que existen varios que explotan o se aprovechan de esa bondad. Sin la existencia de éstos la bondad del primero no se manifestaría. Y una

[11] Llamémosle todavía Don Quijote.
[12] Conquistar es conocer.

bondad que no es pública quiere decir que es íntima, esto es, bondad propia, capacidad de amarse.

Las buenas relaciones con el prójimo han de ser por reflejo. Como vivimos en sociedad y hay grandes pruebas de que nos necesitamos unos a otros, es indudable que al amarnos, al procurar engrandecernos, le hacemos al prójimo un bien: El de plantar a su vera el árbol selecto de las magníficas frondas.

Este, y no otro, debe ser el significado de la palabra bondad. Pero no sucede así. Hoy hombre bueno y hombre imbécil son cosas sinónimas. Y la existencia de esta bondad en los espíritus ha hecho que las almas individualistas practiquen a veces, muchas veces, la filosofía del desprecio. Y conviene restablecer o imponer a la palabra bondad el significado debido. Porque, si no, es cosa de desear que a uno lo llamen hombre malo, esto es, hombre no bueno, hombre no imbécil, hombre íntegro. Llamamos «cosa buena» a lo que medido con el patrón de la conveniencia colectiva es más de una unidad, esto es, es útil. Y «cosa mala» a lo contrario. Y creo que es más útil para la sociedad[13] el hombre que sabe construirse que el hombre que sabe anularse.

En el éxodo de don Quijote a la aldea asistimos a un rasgo de bondad. Ya vimos cómo antes de su derrota quiso obligar a Sancho a que se azotara para conseguir el desencantamiento del Gran Espíritu. Ahora, ya en la decadencia quijotesca, le ruega que se dé los azotes, y hasta accede a señalar un precio para cada uno.

Sancho se azota con furor, rapidez y destreza, máxime cuando quien recibe los golpes es un árbol que tiene a su lado.

Don Quijote le manda descansar, se compadece del pobre Sancho y le dice que los deje para otro día. Aquí ya está patente Alonso Quijano, incapaz de detener los desbordamientos interiores que a su alrededor se produzcan. Ese amor desmedido al Gran Espíritu no debe empañarse nunca, mucho menos en presencia de una compasión enfermiza.

Y es el Gran Espíritu —esa llama encendida que aún alumbra en don Quijote— lo único que ahora le diferencia de la vulgar normalidad.

Después de su derrota, don Quijote sólo es tal por su fidelidad al Gran Espíritu, esto es, a Dulcinea. No le hablen ahora de aventuras ni le inciten a realizar hazañas. Lo que sí mantendrá, como antes, es que el Gran Espíritu es superior a todas las cosas.

Por eso, cuando habla a Sancho de su proyecto de hacerse pastor en compañía de Carrasco, el Cura y el Barbero, manifiesta que él no cambiará de dama, pues seguirá venerando a la que siempre fue como algo suyo en esas cuestiones, esto es, seguirá proclamando la soberana belleza del Gran Espíritu. Don Quijote, pastor, será un pastor espiritual, un pastor algo quijotesco, pero nunca don Quijote, pues éste desapareció para siempre. Se llamará el pastor Quijotiz, así como el Bachiller Carrasco, Sansomno; el Barbero, Niculoso; el Cura, Curiambro, y Sancho, Pancino...

¡Pobre Alonso Quijano! ¡Cómo lucha y cómo se las ingenia para que vuelva a él don Quijote! Pero será en balde, porque su primera claudicación, su gran acometida al quijotismo cuando ruega a Sancho que se deje de dar azotes, significa que está perdido irremediablemente.

¡Pobre Alonso Quijano, el Bueno! Ahora quiere ser pastor. Todo menos el hidalgüelo de antes. ¡Con qué ojos le contemplará don Quijote desde las cimas de su gloria inmortal, y qué meditaciones vendrán a su espíritu cuando vea a este pobre Alonso Quijano afanándose en buscar una solución a su enigma!

[13] No es tan egoísta esta teoría.

¡Qué gran poema —genial poema— es el retorno a la aldea perdida de la Mancha! Porque aquí el caballero no es ni don Quijote ni Alonso Quijano. ¿Qué es, pues? Aquí el enigma, aquí la genialidad poemática del gran asunto.

Si yo tuviera un amigo poeta, y tuviera también la convicción de que este poeta era un gran poeta, no descansaría hasta hacerle escribir el poema de ese enigma, que no es don Quijote ni tampoco Alonso Quijano. Estas soluciones son las que hay que buscar no en el filósofo, sino en el poeta; no en el escudriñador de la verdad única, sino en el constructor de la verdad adecuada, de la verdad bella.

Lo que sí podemos asegurar es que ese enigma tiene cada vez menos de Quijote, hasta que llega un momento en que el quijotismo es nulo. En este mismo momento Alonso Quijano cae herido de muerte.

Sancho Panza se desconsuela. No comprende que su amo se deje morir, sin más ni más, sin que le maten otras dolencias «que las de la melancolía». Sancho, cuyo sesenta por ciento de persona es de pobre hombre, de tontería ingenua, recuerda sus intervenciones en los encantos, y quiere salvar a don Quijote diciéndole que le eche a él la culpa de todos sus pesares. Le recuerda también su época caballeresca, citando al Gran Espíritu...

Todo esto no puede tener eficacia porque don Quijote ya no existe. Lo dice Alonso Quijano, su albacea: «Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía».

Don Quijote, desde las cimas de su gloria inmortal, tuvo que considerar estas palabras como una blasfemia solemne...

XIV. ÚLTIMO DIÁLOGO

Yo.— Quisiera saber qué piensas sobre este libro que termino de leerte.

Cervantes.— Me parece un hijo de tu época.

—¡Cómo! ¿Qué es eso de un hijo de mi época?

—Quiero decir que un libro como este tuyo no puede salir sino del siglo veinte.

—Así es, en efecto. Pero...

—Y que revela que tu siglo es un mal siglo. Esa concepción del Quijote quiere decir que sois unos malabaristas. Yo, que desde una de las cumbres más elevadas del Parnaso os veo afanar en los enigmas, pienso con tristeza en la edad dorada de otros siglos. Y, sin embargo, yo ahí fui pobre y pasé mil calamidades.

—Es que tú eras un hombre humilde, resignado, que te callabas ante los atropellos o quizá reías ante los dolores. Además, no sabías lo que significa un «frente a frente» con las grandes adquisiciones del espíritu. Nosotros tenemos detrás a inmensidades filosóficas, y en presencia de sus enigmas un gesto de desdén sería ridículo. Nosotros consideramos a la vaga y amena literatura como una piltrafa que el pensamiento regala a las muchedumbres. Nosotros poseemos anhelos de una grandeza nunca vista entre los humanos. Nosotros destruimos las divinidades míticas y proclamamos la deificación del hombre. Nosotros no somos humildes ni ingenuos. Nosotros admitimos una Aristocracia, que es la del Espíritu, y nombramos para nuestros pajes a los hombres de ciencia. **[Nosotros no queremos pensar en la vida futura que dicen se desarrollará mañana en otro mundo.]** Nosotros tenemos la convicción de que el fin primordial del hombre es vivir, **[y vivir]** no es hacer una vida espiritual aislada, como tampoco es vivir hacer la vida de un caballo o de un buitre, pongo por ejemplo. Vivir es poner al espíritu en la máxima tensión por medio de la cultura y a la vez desarrollar plenamente nuestros órganos físicos. Vivir es un conjunto de verbos: estudiar, meditar, pensar, crear, construirse, nutrirse, amar, etcétera, etcétera.

—Entonces no vive nadie, o muy pocos.

—Sí, viven algunos.

—Vuelvo a decir que todo eso es de tu siglo. Os auguro grandes catástrofes y desconciertos enormes. Caeréis en el vacío. Os faltará alimento para sostener tantas cosas. Tú dices que don Quijote murió o desapareció de Alonso Quijano cuando éste se hizo viejo. A vosotros os va a pasar algo análogo. Vuestro espíritu perecerá o desaparecerá como don Quijote por falta de carne y hueso. Tenéis que desengañaros de que el hombre es una pequeñez.

—¿Por qué? Porque no resista muchos años una vida plena no es pequeño. Además que vivir debe ser perdurar. Y el hombre que consiga *vivir* perdurará.

—Sobre vosotros gravita un error de visión. Yo juraría que hasta los que abomináis del pasado, si éste se hundiera, esto es, si detrás de vosotros no hubiera más que sombras, moriríais.

—Yo voto sin vacilar por que el pasado desaparezca.

—¿Pues no hablabas antes de inmensidades filosóficas a las que no podías desdeñar?

—Sí, pero ésas no son pasado. El pasado es historia, y la historia es el excremento de las épocas. Descartes, Kant, Pascal, Renan, Goethe y la vida vivida de Unamuno no son pasado. Si a éste lo hundiera una manaza, no te quepa duda de que esas y otras personas brotarían a la fuerza por entre los dedos destructores.

—Dije que sobre vosotros gravita un error de visión. Dije y sostengo. Llamas a la historia excremento de las épocas, y olvidas que sin la historia sería poco menos que imposible conocer detalles de esos grandes hombres. Y no los conocéis. Aquí el error de visión a que me refiero. Es posible que no admirarais a Kant si conviviera con vosotros.

—Dices bien. Es posible que no admiráramos a un Kant. Pero siempre al Kant de la «Kritik der reinen Vernunft», que es el Kant inmortal, la gran personalidad que no puede morir nunca. Los detalles sobre la vida física y hasta espiritual de Kant no nos interesan. Nos interesa su obra, la personalidad creadora de esa obra, que desde el momento en que ésta existe, también existe ella, aunque sea una personalidad no vista por sus contemporáneos. Nosotros, en los grandes hombres, buscamos la perspectiva que creó las obras suyas que admiramos. Lo demás es historia, muerte. Sólo un poetastro burlesco, Scarrón, puede creer en la inmortalidad de las cosas secundarias. Oye lo que dijo cuando se casó: «Le nom des femmes de rois meurt avec elles; celui de la femme de Scarron vivra eternellement!». Como no puede ser inmortal el duque de Béjar por el sólo hecho de que tú le dedicaras la primera parte del Quijote.

—Puede ser; todo lo que dices es razonable.

—No es posible admitir que en la formación de inmortalidades intervengan accidentes mediocres. Yo impediría que la Historia se ocupase de los grandes hombres. Por ejemplo, en una Historia de la literatura nada se debe hablar del creador del Quijote, ni del creador de Hamlet, ni del creador del Fausto ni de algunos otros a quienes llamamos genios. La Historia significa el intento de perdurar que absorbe a la humanidad mediocre. Y lo mismo puede decirse de las estatuas, nombres de calles y otros pobres recursos de eternización. Por eso me fastidia la ciencia investigadora y me pone de mal humor el ansia enfermiza que ataca a los literatos solicitando un lugar en los encajonamientos doctos. Desear un puesto en la Historia quiere decir que se reconoce la propia mediocridad y se necesita una tercera persona para que, mediante algunos empujones afortunados, se pueda penetrar en la gloriosa selección de los genios.

—No estoy conforme con todo eso. Mira que nadie tiene la culpa de no nacer grande hombre.

—Pero una vez reconocido el patrón-vida es preciso aceptar que todo el mundo puede vivir esa vida, o, por lo menos, tener la clarividencia necesaria para impedir los gestos que caigan en el vacío del ridículo. No porque uno se convenza de que carecer de medios para engrandecerse ha de practicar la filosofía de la idiotez. Y el espectáculo del mundo es como una convicción de eso: creencia en posibilidades pequeñas. Es como el que antes de luchar se entrega a su contrario. Desde los tiempos de la Grecia clásica se viene diciendo que el saber que se ignora es una gran sapiencia. No veo yo esta sapiencia por ninguna parte. Aceptemos el saber que no se sabe como una relativa superioridad sobre el que no se preocupa ni de saber si sabe o no sabe. Dice el vulgo que en el país de los ciegos el tuerto es el rey. Nada resuelve el ciego con saber que no ve los objetos que le rodean. Lo único que le debe preocupar es conseguir ver.

—Algo hay de eso. El mundo no rueda porque la pereza se lo impide, atravesándose en el camino como una gran roca.

—Y es que todos, como Sancho, anhelan el esfuerzo de los demás para elevarse.

Pero como don Quijote no existe aquí, resulta que los deseos de los Sanchos se convierten en convulsiones grotescas. Yo dividiría a los hombres en tres clases: dos de Sanchos y una de Quijotes. Mejor dicho, en dos clases: Sanchos y Quijotes. La primera se subdivide en dos: Sanchos que viven en su aldea conformándose con lo fugaz de su vida mediocre, y Sanchos que anhelan la eternidad de sí mismos. La clase de Quijotes son los pocos genios que en el mundo han sido. Pero, por fortuna, estos Quijotes no se preocupan

para nada de los Sanchos, y éstos no saben cómo arreglárselas para combatir a los siglos y gobernar la Barataria de la inmortalidad. ¿Me comprendes?

—Sí, hombre. Y me pareces admirable.

—Bueno, pues seguiré con el símil. Yo no sé qué Sancho es más digno de compasión: si el que se queda en la aldea o el que busca un Quijote que lo inmortalice. Pero creo que debemos preferir al que se queda en la aldea, pues el otro no se mueve y se inquieta por llegar a ser Quijote, sino que quiere inmortalizar su tontería, su necedad. Este último Sancho quizá al terminar su vida llegue a saber que es un necio. Repito que prefiero al que se queda en la aldea. Así como dudo en preferir uno que no puede saber otra cosa que no sabe, a uno que no se preocupa de saber si sabe o no sabe. Creo que hay que caminar a saber que se sabe. Lo demás es deplorable Sanchopancismo. Pero sigamos examinando a los Sanchos que anhelan eternidad. Dijimos que buscan Quijotes que se encarguen de elevarlos. No los encuentran. Y en su ansia de perdurar crean la Historia, la Aristocracia del apellido, los aplausos en letras de molde, las estatuas, los cargos flamantes y otras zarandajas que en su lucha con los siglos caerán al primer golpe. Como se ve, estos Sanchos no carecen de cierta ingeniosidad, pues buscan la inmortalización por medio de las estatuas que son arte, por medio de las apologías literarias o poéticas que son arte también. Y el arte es ansia de inmortalidad. Pero la consecución de ésta sigue normas inflexibles. No puede ser inmortal sino aquello que lo es en su esencia. Son inmortales los genios, o Quijotes, y si éstos se esfuerzan en llevar a Sancho a las cumbres fracasarán. Dijimos que los Sanchos de nuestro mundo no encuentran Quijotes que los inmortalicen. A veces sí los encuentran, pero el fracaso más rotundo corona todos los esfuerzos. La ley es inflexible. Si Praxísteles hubiera hecho la estatua de una personalidad mediocre de su tiempo, no por eso el individuo estatuado sería inmortal aunque la obra de arte lo fuese. Yo leo a Pindaro y no me acuerdo para nada de los héroes de las Olimpíadas. Don Quijote llevó a Sancho al gobierno de la Ínsula Barataria, y éste no hizo sino pasar hambre.

—Me convences plenamente. Gusto mucho de tu charla.

—Ahora voy a hablarte de una frase que corre mucho por esos mundos: «¡No seas Quijote!». Hemos de convenir que quien diga estas palabras acierta plenamente. Sí. ¡No seas Quijote! Ahora bien, ¿esta advertencia quiere decir que no debe uno proponerse ser Quijote porque es imposible conseguirlo, o quiere decir que el imitar a don Quijote es un muy pequeño honor? Me parece que el significado que corre por ahí de esa frase es este último. Es la pedantería ambiente lo que lleva a los pobres hombres a introducir entre sus usos y costumbres lo que por su esencia permanece muy alejado de ellos. ¿Qué tiene que ver don Quijote con esas pequeñas tragedias amicales, con esas esperanzas mezquinas, con esas trivialidades de la vida vulgar para que se invoque a cada momento su nombre,

pronunciado en tono de conmiseración y de risa por lo más ridículo y carcomido de la sociedad? ¡Oh, don Quijote! Este nombre, que no debía sonar sino en los santuarios selectos donde oficie la gran Cultura del espíritu, se profana durante todas las horas de todos los dias de todos los años en las bocas de cualquier microbio que se crea con derecho a dar a un su amigo el gran consejo de «¡No seas Quijote!», porque éste se disponga a hacer algún sacrificio ínfimo, o pretenda una osadía imbécil, o guiado por sentimientos enfermizos desdeñe un placer próximo...

—Hombre, a mí no me molesta esa popularidad quijotesca ni ese ansia de símbolo de las multitudes. Me parece muy bien, muy bien. Yo creé a don Quijote y lo entrego, pródigo, a quien quiera tomarlo. Que cuando un amigo pretenda disuadir a otro para que siga una ruta distinta le advierta: «¡No seas Quijote!», no debe molestar a nadie. Allá cada uno con sus interpretaciones. No todos ven a don Quijote como tú lo ves.

—Eres incurable, amigo Cervantes. Yo creía que ya te ibas convenciendo de tu error, y ahora veo que no es así, que sigues encerrado en la coraza del siglo diecisiete, que este libro te parece una majadería y yo un solemne pedante.

—Nada de eso. Ni este libro es majadería ni tú un pedante. Lo que sucede es que a mí no me importa nada, absolutamente nada, que el mundo tenga sobre el Quijote este o el otro criterio.

—Debemos separarnos. No puedo dedicar más tiempo a hablar contigo. Son meditaciones ingentes las que me llaman. Son grandes libros los que esperan mi lectura ávida. Adiós.

—Quiero desearte un gran futuro literario, querido joven. En prueba de mi aprecio te beso en la frente... Adiós...

Y Cervantes se marchó. Yo le despedí con el pañuelo...

COSAS LIMINARES

No sé con qué sabor de boca saldrá el lector de las páginas anteriores. Yo, a decir verdad, escribiéndolas, no me he preocupado de eso un solo instante. Muchas veces nos conviene mejor un plato amargo que uno dulce. Y yo soy el que ha escrito que el hombre no debe admirar ni gustar nada. Es preferible que un libro no nos guste a que nos entusiasme. Cuando un libro entusiasma a alguien, este alguien es una personalidad nula o anulable. Las interpretaciones filosóficas carecen de valor desde el momento en que se cristalizan en palabras. Carecen de valor, claro es, para el extraño, no para el espíritu que logró concebirlas. Huyamos siempre de las verdades de los otros.

* * *

Hay en este libro alguna agresividad. Considero que nuestro primer deber es agredir. Si mi concepción íntima del futuro se cumple, es necesario colgar la pluma dentro de pocos años. El hombre que se siente a sí mismo, y sabe que los demás también «se sienten», no necesita predicar ya verdad alguna. Vendrá entonces el tiempo de los diálogos, y quizá relaciones fecundas entre los espíritus.

* * *

Fuera de nosotros, nada existe. Los enigmas que nos rodean no son enigmas, sino mitos. Mitos construidos por el hombre. El hombre, pues, logró dar forma a un error, a un gran error, y ahora, después de siglos, le atenaza el anhelo de deshacerse de él. No hay misterios, no hay enigmas; hay sí errores seculares.

* * *

Alma y fisiología. Como si dijésemos: intimidad y expansión. El hombre primitivo, mejor dicho, los hombres primitivos eran más fuertes fisiológicamente que nosotros. Se consideraron quizá una de tantas especies de animales. Se vieron unos a otros idénticamente erectos y proclamaron la analogía de sentires. El alma fue para ellos un instrumento de sociabilidad, como las manos, como el placer de las amistades, como el goce muelle de la bacanal. Aquí la identidad religiosa de todos ellos. Aquí la creación de los grandes enigmas. El espíritu humano vive prisionero de los mitos, que son la natural eclosión del sentir religioso de los hombres. Destruir mitos es contribuir a la nueva verdad. Y la nueva verdad no es única, es individual. Porque destruyendo mitos y religiones —y hasta teorías y sistemas filosóficos— desaparece la atmósfera común, esto es, fuera de nosotros se crea el vacío. Lo que quiere decir que cada alma humana es un cosmos, con su atmósfera propia y con toda clase de espiritualidades necesarias para desarrollarse y subsistir. Afirmo que en todo el pensamiento del pasado se nota una endeblez cuyo origen no es otro que el de no haber sabido librarse de la atmósfera falsa. Yo me resigno, sin embargo, a descalificar a un Descartes, a un Spinoza, a un Kant en nombre de mis convicciones. Descartes, Spinoza y Kant, con su fuerte visión, poseyeron sin duda almas individualistas, y se salvarían en la pura revisión llevada a cabo por la verdad nueva.

Alma y fisiología, o sea, intimidad y expansión. Cúspide, punto único, que rompe las envolturas y se sale de la atmósfera de nuestra fisiología; eso es el alma, que como habitantes en el vacío absoluto tiene que respirar y nutrirse de sí misma. El hombre, su alma y su fisiología, es una pirámide.

* * *

¿Comprendo yo tu verdad? ¿Sí? Pues es el más seguro síntoma de que no existes.

* * *

[El gran mito único —Dios— desaparece para dar lugar al alma individualista de los hombres.]

* * *

Hay quien pide luz sobre las relaciones entre el alma y la fisiología, entre el espíritu y la biología, entre la intimidad y la expansión. Ninguna, señores, ninguna. Tampoco hay luchas entre ambas fuerzas. Todo lo demás que se diga sobre esto son razones de confesionario.

* * *

Nada de triunfos del pensamiento en la política, en los negocios, en el amor.

* * *

No comprendo la existencia de tantos filósofos como en el mundo han sido. Siempre con el pedantesco deseo de dar a los demás una verdad. Habría que discutir la medida del

Cínico: «Si fuera gobernante, expulsaría de mi país a los filósofos».

* * *

Dice Voltaire en su «Dictionnaire philosophique», al tratar del alma: «Ces questions paraissent sublimes: que sont-elles? Des questions d'aveugles qui dissent á d'autres aveugles: Qu'est-ce que la lumiére?». Tenía muchísima razón Voltaire. Estas palabras pueden escribirse hoy y pondrán escribirse dentro de unos siglos. El alma, el alma. ¿Por qué esto, y no «mi alma, mi alma»?

* * *

Urge que el hombre se encuentre a sí mismo.

* * *

La psicología es una engañifa, con la que quizá se desea subordinar el alma a la fisiología. En efecto: hay «una manera» de los biliosos. Hay también «una manera» de los estómagos dolientes.

* * *

Yo conozco la psicología de las piedras.

* * *

Heme aquí envuelto en un mismo final que el que ha vislumbrado algún pensador español de nuestra época: Sí, fracaso del racionalismo; decrepitud en las ideas religiosas.

Lo curioso es que ese pensador a que aludo dice que ésas fueron verdades en otro tiempo. Pero que nuestra época las rechaza.

Por todos los caminos se va a Roma. Pero los buenos viajeros gustan tanto o más las emociones del trayecto que la cosa final. Y hasta es posible que después no sea Roma la misma para el que llegó a ella por Oriente que para el que llegó por Occidente.

Todo el pensamiento del pasado es una lucha enconada, a veces terrible, entre lo que «somos» y lo que «queremos ser», o más bien, entre la realidad grosera de todos y nuestro espíritu, entre lo instintivo —«espontáneo», dice ese pensador aludido— y lo cultural.

La cultura es sólo ansia de «otra cosa». Las ansias, los anhelos son excitaciones que se producen en torno a «algo superior». Ese «algo superior» es el espíritu, lo que yo llamo «alma individualista». Y todos sabemos, porque lo demuestran las experiencias más vulgares, que el anhelo conseguido es placer inferior al anhelo «en sí».

Esto quiere decir que los anhelos se producen en un lugar superior, que desdeña después, o lo entrega a la fisiología, el placer de gustar los resultados conseguidos.

Bien; hagamos que la cultura se vitalice. Pero ¿qué se hace del foco productor de cultura? Por eso dije que por todos los caminos se iba a Roma.

Hay dos maneras de que dos cosas lejanas se encuentren: La de que ambas se muevan hacia sí, o la de que si una permanece estática, la otra supla este inconveniente avanzando hasta encontrar a la primera. Si queremos armonizar, fusionar, lo instintivo —«lo espontáneo»— con lo cultural, es necesario que aquello avance hacia esto, que realice la gran distancia. Y esto me parece que no es posible. Para ascender a una muy alta cumbre se requieren miembros ágiles.

No obstante, estamos de acuerdo con ese pensador en que es preciso que nuevas ideas encuentren la armonía necesaria para subsistir íntegras —superadas también— la vida y la cultura.

Esto puede conseguirse fusionando lo instintivo y lo cultural o apartándolos de forma que se hagan inaccesibles. Por ambos medios se extingue un error, pero cada uno de ellos construye «verdades diferentes».

Si en un matrimonio surgen discrepancias, de tal magnitud que los esposos lleguen a los insultos de obra convirtiendo el tálamo en un campo de batalla, los árbitros que se propongan resolver el conflicto podrán optar por dos soluciones: una, el divorcio, esto es, la separación; otra, vencer los obstáculos que se oponen a que los esposos convivan pacíficamente. Para esto último es imprescindible que uno u otro renuncien a lo que antes consideraban «sus derechos».

Cualquiera de estas dos soluciones terminará con el escándalo. Pero en su esencia íntima, en lo que atañe más a lo profundo que a lo externo, son completamente distintas.

* * *

Hablar de «almas individualistas» no quiere decir que en cada individuo exista una.

* * *

Yo digo: Es preciso que nadie me entienda para que yo sea lo que quiero ser.

* * *

[Querer ser Dios es poco. Hay que querer ser «algo más».]

* * *

El alma individualista no excluye a la cultura. ¡Oh! Mi hija predilecta, la cultura. Siento por ella gran amor. Y la cultura debe circular, debe circular...

Quiero imaginar dos grandes depósitos de agua, mejor aún, varios, muchos depósitos de agua. A todos los une una especie de canalillo. La física más elemental nos habla de vasos comunicantes y de la ley que los preside. Pero ¿y si en el fondo de cada depósito se producen «inquietudes»? ¡Oh, la cultura! Sin embargo, por el canalillo no circula más que agua. Grandes cosas quedan en los depósitos porque no pueden circular por el canalillo.

* * *

[Se dice que Dios creó al hombre y a todo lo que nos rodea. ¿No pudiera ser al contrario?]

* * *

Hay quien ni es ni quiere ser nada.

* * *

Hay también quien no es y, aunque en vano, se esfuerza por ser. Ambos indeseables.

* * *

Hay quien no es y lucha por implantar ese «no ser».

Este no es indeseable: es odioso.

* * *

[Gran golpe el que el racionalismo asestó a la religión. Pero el golpe de gracia, el definitivo, va a ser ahora con el puro individualismo de las almas nuevas.

Decidme si es tolerable que en el siglo XX le hablan a uno de «cosas mágicas» y de rebaños llorones.]

* * *

El «alma individualista» es posesión de un recurso, es construcción de una intimidad inaccesible. Después de esto, la socialización de las fisiologías.

* * *

[¿Intensa vida espiritual-cultural la del asceta, la del místico que se embriaga de tontería solemne? No veo yo aquí el espíritu ni la cultura. Hablemos más bien de primitivismo deplorable. Nuestro padre Adán fue sin duda un místico]

* * *

Yo estoy dispuesto a aceptar que todo aquel a quien la cultura le impide «vivir» es un imbécil. Carece de alma individualista, de continente para la sublimidad. Su cultura es sólo contenido. Su alma es un deposito en el que tiene cabida todo cuanto buenamente llega a él.

Este hombre es un parásito que gusta de mirar a las estrellas.

* * *

No tiene nada de extraño que el ímpetu vital se alce hoy reclamando la atención de los buenos. El racionalismo no se acordaba de él creyendo que podría anularlo, esto es, sustituirlo. ¡Gran utopía! El sentir religioso no quería oír hablar de la «vida». ¿Qué hacer? Las normas puras del racionalismo fracasaron, porque evidentemente el ímpetu vital es insustituible, tiene su función genuina entre nosotros. Esto es: una cosa es la inteligencia y otra cosa es «la vida». Querer aplicar a ésta las verdades de aquélla es la utopía del racionalismo. Pero hay en éste siquiera un error espléndido. El fracaso del racionalismo es un magnífico fracaso.

* * *

[No sucede así con el sentir religioso. Este se propuso anular «la vida». Un enfermizo anhelo espiritual le hizo ver que «la vida» no es mas que un tránsito. Hasta llegaron a señalar disciplinas con que flagelarse, y el cilicio es en ellos una especie de atributo. El fracaso de las religiones pertenece al género de los fracasos por explosión.

Los supervivientes odian la fuerza fracasada, porque, en efecto, pueden considerarse salvados de un peligro]

* * *

El fracaso del «sentir religioso» nos hace respirar con fuerza, como si de pronto se deshiciera la atmósfera corrompida en que antes vivíamos. Es de esos fracasos cuyo solo recuerdo produce mal sabor de boca.

* * *

Me parece que el hombre no tiene motivos para procurar la anulación del ímpetu vital. Menos, claro es, está obligado a erigir éste en la cúspide de todos sus anhelos. El fin del hombre no es sólo vivir plenamente su ímpetu vital. Lo contrario sería hacer oposiciones a una calificación poco honrosa. Porque el hombre no es sólo un animal superior. Además de su animalidad pura posee un «algo» de donde puede y debe nacer un alma individualista. Fuera de esta posibilidad de construirse un alma individualista, el hombre, no nos hagamos ilusiones, es un animal vulgar. De si es superior o inferior a otros animales, es cosa que podremos saber cuando se haya penetrado en las interioridades de éstos.

Y para vivir plenamente «la vida» instintiva —la vida «espontánea»— me parece que no es necesaria la cultura. Y el viceversa me parece que es otra verdad, si bien algo más elevada.

* * *

El que aprecia una cosa que posee bien sabe que a los hombres que no la poseen les falta algo muy importante. Sin embargo, éstos bien no pueden darse cuenta de que les falta nada. El hombre de fingida normalidad, esto es, el que carece de alma individualista, aunque no lo parezca, no vive plenamente la vida, sí «la vida».

De todo esto se obtiene que el desarrollo íntimo del hombre, la adquisición de cultura, el vigor de su alma individualista no requieren la mengua de la vida espontánea, de la vida animal. La palabra de la época —y del mañana, claro está— es *Distanciación.* Todas las nuevas ideas han de partir de esa necesidad.

Aquí del hombre y del hombre superior. El hombre es un sustantivo de idéntico valor al de tigre, pez, caballo, etc., etc. Si nos fijamos bien veremos que es una impropiedad llamar al hombre «animal superior» o «animal racional». El hombre no es esto: es un animal vulgar, que se encuentra por cima de otros animales, no por su alma individualista o por su cultura o capacidad de ella, sino por la misma regla de tres que resolvemos al decir que el lobo es superior a la hormiga, el galgo a la liebre, etc., etc.

Pero el hombre también piensa, y es ingenuidad creer que piensa porque es hombre. De aquí emana el gran error de todos los siglos. Se ha creído que el hombre podía asimilar su hombría, su animalidad, a la «razón pura», y el «cogito ergo sum», de Descartes, implicaba existencia de hombría a la par que de «ser pensante». Y nadie se escandalice si digo que para vivir «la vida» no es necesario pensar. Pensar es producir pensamiento. Y si los hombres al vivir «la vida» piensan, hay que creer a los demás animales productores de pensamiento, y poner alma, cultura y esencia inmortal en el caballo, tigre o el perro. Me parece que todo esto es un absurdo. El hombre no es un ser pensante, es un ser que tiene consigo una cosa extraña a él, que piensa. Los hombres que no tienen esa cosa extraña, o no saben desarrollarla o no pueden, son sólo hombres, viven formando parte de un mundo físico, no poseen mundo interior, no piensan, en una palabra.

Pero hay que afirmar que todo lo que pretenda la anulación del hombre no es normalidad espiritual, es teoría suicida. No existen obstáculos para que el hombre sea hombre en toda la extensión animal del vocablo.

¿Poner la cultura, la cualidad sublime, el pensamiento al servicio de «la vida»? Nunca. No es necesario. «La vida» no necesita nada del pensamiento. Creer otra cosa es gran error. Y cuando un espíritu selecto lo pretenda, es de suponer que concibe una utopía. Porque concibe una vida cuya existencia es imposible. Si a un hombre de negocios le exigís que obre por ideas, esto es, que obtenga de sus actos pensamientos, os dirá que no soñéis, que la cultura, la producción de las ideas no tiene que ver nada con sus negocios. Y tiene mucha razón. Su fin, al obrar —véase que hago depender las ideas de sus actos—, es producir dinero, y no veo yo que el producir dinero sea idea, esto es, que la cultura no la necesita el hombre de negocios para producir dinero. Porque supongo que el lector sabrá a lo que llamo yo cultura. Al mismo nivel cultural está un campesino iletrado que el director de una Sociedad Anónima millonaria. Claro que puede suceder que este director, además de hombre-director, posea una gran cultura, pero no porque la necesite su cargo.

Poner, pues, el pensamiento al servicio de «la vida», o crear una vida en que la cultura se case con el hombre son dos errores. El primero es error por tontería. El segundo, por utopía.

Hasta aquí, o sea en los siglos pasados, desde la filosofía griega al último destello positivista, todo ha sido lucha entre el hombre y la cultura; unas veces, por anhelo de

predominio de la cultura; otras, las menos, por adaptación, y otras, el sentir religioso, por introducciones de los mitos, que sustituían a la cultura en sus batallas contra el hombre.

El hombre superior ha sido siempre muy demócrata, con lo que quiero decir que no ha vacilado en poner en cada uno de sus hermanos, en cada uno de los animales de su especie, un alma individualista, un germen de cultura. Por eso se ha admitido siempre que el carácter, los afectos, o sea la capacidad estimativa, la ciencia aplicada, las actividades políticas son síntomas de la existencia de un alma, de un germen de cultura. Y no hay tal. Todas esas cualidades que he citado me parecen atributos genuinos del hombre, naturales consecuencias de un instinto de conservación. Una cosa es instinto de conservación y otra es anhelo, deseo pensado, no instinto, de inmortalidad. El hombre como tal hombre desea conservarse. El hombre completo, posesor de alma individualista y de cultura, desea inmortalizarse, eternizarse, vivir siempre. Y querer vivir siempre es muy distinto a no querer morir nunca.

Todo esto hay que examinarlo un poco más: Primero quiero que se me oiga proclamar que yo no deseo anular al hombre, sino al contrario, anhelo que todos se conviertan en hombres «pura sangre», y que desarrollen el mayor exponente de vida física, que sientan el orgullo de ser un animal fuerte, el más fuerte, de la Zoología. Y afirmo que para esto no se requiere ni una parte ínfima de cultura, no es necesario ni poseer ni poner en tensión el alma individualista.

Veamos: El hombre posee un carácter, que le sirve para reaccionar en presencia de algo inesperado o para adoptar una solución en momentos decisivos. Nadie negará carácter a un irracional. Todos los animales tienen un bien definido carácter.

Afectos o capacidad estimativa. Esta es una cualidad puramente animal. Si el hombre la posee en mayor grado que otros animales es cosa que no desmiente la afirmación.

Ciencia aplicada. La ciencia aplicada suple en el hombre algunas deficiencias orgánicas[14]. Es como un suplemento, pero en modo alguno cualidad anímica. La ciencia aplicada es instinto, es, más bien, lo que podemos llamar habilidad. Que para transportar víveres el hombre se valga de trenes y la hormiga de su cuerpo es una prueba de nuestra fuerza sobre la hormiga, pero nada más. También un león es más fuerte que ella.

La política. Esta, de ser ciencia, es una ciencia aplicada. El hombre sabe que para subsistir, para desarrollar sus plenas actividades físicas, si quiere el mantenimiento del orden, necesita un gobierno. Los hombres que forman ese gobierno o aspiran a formarlo se llaman políticos. Al gobernar, hacen política. La política es hija del instinto de conservación. En efecto, sólo algún hombre enfermo puede concebir la anarquía como buena receta para conservarse. Niego que el político necesite ideas para gobernar. Las ideas en la política son «cosa biológica».

Amar. No sé por qué el hombre posee el prurito de mezclar el alma en estas funciones. Etc. Etc. Estos etcéteras significan otros tantos hechos a los que el hombre atribuye un carácter más o menos espiritual, cuando los podemos observar en cualquier especie zoológica.

¿Quiere todo esto decir que debemos desdeñar el carácter, los efectos o capacidad estimativa, la ciencia aplicada, las actividades políticas, el amor y etcéteras usuales? No. Lo que queremos decir es que todas esas funciones tienen en el mundo de lo irracional paralelajes íntimos, correspondencias bien precisas. Y nos importa mucho señalarlo para que nuestro boceto de teoría sobre la Distanciación se comprenda debidamente.

El hombre que posee alma individualista, esto es, capacidad cultural, no puede conformarse con ser un hombre «pura sangre». Al llegar aquí, y acordarme de los devaneos razonales de Kant, me entran ganas de romper con estos seres pensantes que, teniendo en

[14] Si el hombre pudiera transportarse con rapidez de un lugar a otro, no necesitaría el automóvil.

las manos un gran alma, se ocupaban de comprender cosas inferiores. Bien es verdad que Kant fue un gran Yo, y vio muchas más cosas de las que expuso en sus críticas. Si Kant se hubiera desembarazado del racionalismo y se hubiera cuidado de decirnos lo que «presentía», el mundo Kantiano sería infinito. Aquí de los atrevimientos de Fichte y su gran Yo ideal. Pero sigamos:

Dije que el hombre que posea sobre-hombría no puede conformarse con ser un «pura sangre». Y un carácter, una gran capacidad estimativa, una gran habilidad científica, un gran sentido político, un gran «amateur», no pasan de ser síntomas de «pura sangre»[15]. Ahora, ¿en qué consiste «lo otro»? Lo otro es la cultura, el alma individualista, la sobre- hombría. La razón, el presentir y la poesía son los atributos del alma individualista.

La razón no defrauda, no puede defraudar nunca. Pero nuestra intimidad debe considerar a la razón como a un guía al que es necesario dejar cuando llegamos a un «cierto sitio». Las verdades de la razón son verdades de muchos. Diríase a la razón madre indirecta de la cultura, y en este caso, siguiendo el símil de los depósitos de agua, produciría las inquietudes. Pero hay algo por cima de la razón y de la cultura, y es la verdad íntima, nuestro presentir, dando a este verbo una significación intuitiva. La razón resuelve problemas, no «nuestros problemas». A veces, esas intuiciones las percibe un Yo extranjero. Hasta ahora, Goethe y Nietzsche me parecen los más grandes focos de intuiciones. Considero imposible que se lleguen a comprender algún día las verdades íntimas de estos dos colosos.

El mundo de la intuición, que es el más grande por ser el más íntimo, está vedado a los racionalistas, a no ser que se despojen de sus vestiduras, que en este caso son cadenas.

No pretendo, ni mucho menos, exponer aquí toda una filosofía. Ni es éste el lugar ni yo quiero que lo sea. Lo que sí hago es afirmar, frente a la época, mi posición ideológica. Exponer que considero el reconocimiento de dos fuerzas en nosotros —con genuinas funciones y distintas finalidades ambas— como la única base posible para las fecundaciones del porvenir.

Todo el pensamiento moderno —y el futuro— ha de girar sobre una palabra: DISTANCIACIÓN. Después de esto, vendrán los mundos íntimos, y, como dije antes, la socialización de las fisiologías.

* * *

[15] En el hombre la perfección física no se rige por los mismos cánones que la del caballo.


R. LEDESMA RAMOS
EL SELLO DE
LA MVERTE
PRÓLOGO DE A. VIDAL Y PLANAS
ERNESTO

El sello de la muerte

Novela de Ramiro Ledesma Ramos

Prefacio

Así como todo homenaje es en realidad autohomenaje, toda presentación de libro es una autopresentación. Este es, por tanto, también nuestro caso.

Celebramos así la publicación --es decir, el hacer público-- de esta novela de Ramiro Ledesma Ramos.

Es entonces una autopresentación, en tanto reconocemos en Ramiro al maestro, al héroe y, sobre todo, al camarada.
Celebramos también que esta presentación no es --como pudieran ser otras-- un acto sectario. Y no podría
serlo, siendo congruentes con la obra de Ramiro. El Sello de la Muerte no es una obra doctrinaria para un grupo de fanáticos, ni manual partidario de militantes ni una cábala esotérica para iniciados.

El Sello de la Muerte es una joya literaria que como tal puede ser reconocida por propios y extraños; por convencidos y críticos; o simplemente por todos aquellos lectores de mente y corazón abierto para reconocer lo noble, lo digno y lo bello.

Este propósito por difundir El Sello de la Muerte no es meramente discursivo, pues por ello el formato de disco flexible permite la reproducción de la obra de manera libre. Es, por fin, una tarea en la que el dinero es poco necesario. Qué cada cual lo imprima, lea en pantalla, lo coloque en internet o lo que
quiera. No seremos nosotros quienes pongan restricciones al respecto --como si hiciesen falta decirlo--. Esta edición se constituye así, en una alternativa a las imposiciones por los criterios y procesos de las editoriales establecidas en las reglas del mercado.

Contribuimos también en otro ahorro, el ecológico. Mérito que nos adjudicamos en una época en la que parece indispensable el discurso llorón y la pose dramática de señoritos que hacen de la bandera ecológica su modus vivendi y negocio personal. A esos también nos los ahorramos.

Presentacion del sello de la muerte

La novela «El sello de la Muerte» la escribió Ledesma Ramos entre los meses de abril y julio de 1923; esto es, la comenzó cuando tenía diecisiete años y la terminó cuando tenía dieciocho, a caballo entre Madrid, ciudad donde cursaba sus estudios superiores, y Zamora, su tierra natal. El epílogo, titulado «Dos palabras finales (A modo de autocrítica)», lo firma, empero, en Madrid, el 10 de abril de 1924; esto es, aún tuvieron que transcurrir nueve meses para que la madrileña editorial Reus le imprimiera la obra.

«El sello de la Muerte» lleva por subtítulo —en página interior, no en la portada— «La voluntad al servicio de las ansias de superación: poderío y grandeza intelectual» y la dedica a Miguel de Unamuno con las siguientes palabras:

A Don Miguel de Unamuno

Acepte usted, querido maestro, esta ofrenda de inquieta espiritualidad, que le dedica, como el más íntimo homenaje a su corazón de poeta, a su cerebro de sabio y a su espíritu de filósofo

El Autor

En página independiente hay dos citas. La primera es de Fernando de Rojas, y la segunda de Federico Nietzsche:

Ruin sea por quien ruin se tiene. Las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.

Fernando de Rojas

Amo a los grandes desdeñosos, porque son los grandes adoradores, las flechas del anhelo del más allá.
Llena está la tierra de individuos a quienes hay que predicar que desaparezcan de la vida.
La tierra está llena de superfluos y los que están de más perjudican a la vida. ¡Que con el señuelo de la eterna se los lleven de ésta!

Federico Nietzsche

Tras éstas hay una sucinta presentación —«Elogios»— de Alfonso Vidal y Planas, en dos páginas, que reza así:

ELOGIOS

Ramiro Ledesma Ramos sale a la Literatura... («Sale», como «sale» también el sol...)

Y este libro, que lanza, es LUZ PRIMERA: Luz de amanecer. El autor empieza a fulgurar en la mañana de sus fuertes diez y ocho años, anhelosos y atrevidos.

La LUZ PRIMERA de este libro ha de ir encendiéndose, encendiéndose (mejor diría floreciendo) hasta formar un soberbio mediodía: El MEDIODÍA LITERARIO (oro de gloria) de este futuro gran escritor que acaba de «salir», de aparecer...

* * *

Ya lo he dicho: El autor tiene diez y ocho años. Edad de promesas, no de realidades. A los diez y ocho años el corazón ECHA capullos y no flores. Edad de esperanzas.

Y, sin embargo, este libro no es promesa, sino REALIDAD JOVEN; ni es capullo, sino flor ya; ni es interrogación (¿?), sino exclamación (¡!): afirmación admirable...

* * *

Este primer libro de Ledesma Ramos no es el pobre primer libro que se acerca a nosotros azorado y tartamudo. Más bien parece la primera DE LAS OBRAS COMPLETAS que el autor habrá de publicar cuando le llegue su lejanísima tarde literaria...

Estoy seguro de que Ledesma Ramos nunca se avergonzará ni se arrepentirá de haber escrito y publicado «su primer libro»...

Ledesma Ramos: Cerebro vigoroso, atlético y corazón, corazón, CORAZÓN de título de la Aristocracia Espiritual.

Fuerte, poderoso pensador elegante (Elegante es Poeta).

* * *

¿Que justifique mis elogios? El libro de Ledesma Ramos sabrá justificarlos mejor que yo. Léalo usted.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Hay que significar un hecho que inmediatamente llama la atención, al margen de la bondad de la novela: la extraña ausencia de reediciones de la misma. En efecto, la primera fue también la última. Una lectura incluso superficial de «El sello de la Muerte» pronto nos saca de dudas: es bastante seguro que los «policías del pensamiento» del Régimen franquista consideraran escasamente «edificante» y «adecuada a la moral católica», una obra que plantea cuestiones de cierta gravedad desde una óptica existencialista. Si el Régimen fue capaz de censurar y prohibir una obra tan «azul» como «La fiel Infantería», de Rafael García Serrano, ¿por qué habría de aceptarse la «anomalía» literaria de quien demagógicamente y para más inri era presentado como uno de los «fundadores» e «ideólogos» del Nuevo Estado? A todo esto hay que añadir, sin duda, el nombre de quien da el espaldarazo con sus líneas iniciales al joven y prometedor literato: Alfonso Vidal y Planas. No está demás, por tanto, una breve semblanza de aquel catalán «anónimo».

Vidal y Planas forma parte de esa valiosísima pléyade de españoles que, acabada la guerra civil, tuvo que marchar forzosamente al exilio americano. Muy conocido y celebrado a lo largo de las décadas veinte y treinta, había nacido en Santa Coloma de Farnés (Gerona), en 1891, aunque hizo toda su carrera en la capital de España.

Cultivó la novela, el teatro y ejerció el periodismo. Entre sus títulos más importantes de una nada desdeñable producción literaria hay que destacar: «Los gorriones del Pardo», «Las chicas de doña Santa», «La Virgen del Infierno», «Cielo y fango» y «A hombros de la adversidad». Sin embargo, sobresale por su aceptación popular la novela «Santa Isabel de Ceres», que en aquellos años conoció nada más y nada menos que treinta y dos ediciones, fue llevada al teatro e incluso tuvo una versión cinematográfica. Vidal y Planas cultivó una literatura realista, destacando fundamentalmente en la descripción de los bajos fondos y el análisis concienzudo de la psicología de seres marginales y abyectos.

Los «Elogios» de Vidal y Planas a Ledesma Ramos y «El sello de la Muerte», se redactaron en 1923, y no en 1924, año de su publicación, probablemente escasas semanas antes de un grave altercado que enfrentó al primero con el también periodista e íntimo colaborador suyo Luis Antón del Olmet, y de resultas del cual éste murió de un disparo. Como consecuencia de ello, Vidal y Planas sufrió prisión en el Penal del Dueso y, tras recobrar la libertad, marcho a Estados Unidos, en concreto a la Universidad de Indianápolis. Tras su retorno a España, tuvo nuevamente —esta vez como consecuencia del estallido de la guerra civil— que marchar de su país, dirigiéndose esta vez a México,

país en el que ejercerá profesionalmente como catedrático de Lógica y Lengua española. Murió en Tijuana, en 1966.

Las mínimas rectificaciones introducidas en el texto —ya sea por una anomalía ortográfica de bulto o cualquier otra incorrección— son advertidas con el correspondiente pie de página, seguido de la leyenda «nota de «N.R.»», entre paréntesis; cuando la nota es original del autor, no hay más añadidos. En cualquier caso, hemos respetado escrupulosamente la sintaxis, los arcaísmos e incluso la acentuación ya en desuso de algunas palabras.

Con la edición electrónica íntegra de «El sello de la Muerte» por parte de «N.R.», tenemos la certeza de reparar a medias una injusticia histórica. Y decimos a medias, porque ésta no será completa hasta que no veamos, en papel impreso, la segunda edición de esta injustamente olvidada pequeña joya de nuestra literatura contemporánea.

Dos palabras finales
(A modo de autocritica)

No creo que deba comenzar estas líneas exponiendo las poderosísimas razones que justifiquen el atrevimiento (¿por qué atrevimiento?) de decir lo que a mí me parece de mi obra. ¿Quién con más derecho que yo a hablar de ella? Nadie, sin duda.

Y, al pensar así, creo ya demostrar de una manera fehaciente que no concedo valor alguno al significado equívoco de una palabra más equívoca aún: modestia.

No quieren decir estas últimas frases que yo vaya a hacer aquí un pomposo panegírico de mi obra. Líbreme el intelecto de hacerlo, porque sería engendrar la grotesca antítesis de la ridícula modestia, esto es, el polo opuesto del mal proceder, que, en este como en la generalidad de los casos, sirve para mayores aberraciones equivocadas...

Una autocrítica debe, por lo tanto, consistir en una especie de ampliación, mejor dicho, aclaración de conceptos íntimos, o más claro aún, mostranza del órgano genésico en paralelaje con la obra creada. Servirá para que algunos extremos profundos o algunas declaraciones confusas lleguen al lector ayudadas por la claridad que emana de la comprensión, por la luz que irradie de los potentísimos focos razonales. De aquí, pueden obtenerse dos consecuencias: PRIMERA, lo anacrónico que resulta el que se dé a conocer al lector la autocrítica de una obra que éste no conoce aún; por eso, yo la coloco a continuación de ella, inmediatamente después; es esto lógico, pues en otro caso constituiría un prejuicio, quizá favorable al escritor, pero que es necesario evitar en aras de la buena ética y del vigor espiritual. SEGUNDA, que la autocrítica no es asequible a todas las obras; quedan descartadas las producciones límpidas (esto es, hueras) o transparentes de ideas...

Y sostengo que una autocrítica no debe ser panegírico, porque, aunque se tenga conciencia de cierta superioridad, resulta algo pedantesco, mejor, algo superfluo, cosa innecesaria y anodina. Pero sostengo que tampoco debe consistir en la negación absoluta de los valores propios, aunque se tenga también conciencia de cierta inferioridad; con relación a ésto hago mía la certera frase de Oscar Wilde, por la que la única disculpa que tiene un mal artista al producir una mala obra es que él la admire, la aprecie, la ame.

* * *

En la última obra del crítico Salvador de Madariaga veo un parrafito que quiero copiar, dice así: «La atmósfera literaria —la española— es, pues, poco densa, y la tendencia individualista halla libre expansión por faltarle el freno de los modos sociales de pensar.» Yo no puedo estar conforme con esta frase; mejor dicho, con la frase sí estoy conforme, reconozco que es certera, que es una visión clara de lo que, en efecto, es hoy

la atmósfera literaria. Con lo que no estoy conforme es con el gesto del crítico, que la escribe en tono de reproche, como deplorándolo...

¡Ah, si la atmósfera literaria fuese todavía más individualista, más dispersa, más distanciados cada uno de sus valores!

No parezca esto una digresión a mi propósito; tiene con él relaciones, grandes relaciones...

* * *

Yo presento en esta obra —diríase que con ingenua sinceridad— la lucha de un espíritu florido con las ineludibles crudezas de la vida. La he escrito siempre con las ansias de mostrar esa lucha, de poner de manifiesto lo único que, a mi juicio, puede libertarnos de ciertas presiones. Por otra parte, la luminaria potentísima que sobre mí irradia sus fulgores, empapados en hermosa energía vital, esto es, en significación poderosa de ciertas ansias, ha hecho que sobre ese espíritu ejerza gran influencia Federico Nietzsche. Y voy a sentar ahora una afirmación que el lector, sin duda, ha visto clara y nítida al terminar la obra: Si sobre Antonio de Castro no hubiera descendido esa influencia nietzscheana de la energía, se habría suicidado en el momento en que una de sus primeras desgracias o errores proyectaron sobre él las sombras del desconcierto. ¿Cuando murió su padre? Quizá. ¿A continuación de tropezar con un falso amor? Quizá. ¿Mientras sus actividades estuvieron constreñidas y presas en las redes del infecto don Miguel Velasco? Quizá, y etc., etc.

Yo, para desarrollar todos los encuentros, he tenido que exprimir, con peligrosa inquietud, muchas y muy queridas apreciaciones de mi alma, que las he lanzado en el libro, sacrificando mi deseo de tenerlas unidas a mí, como algo tan mío que no pudiera separarse... sin un gran motivo, y... no he vacilado.

He de decir también, y no precisamente en tono de reproche, que en ella abundarán, quizá, atropellos a la buena forma del estilo, a normas gramaticales al uso...; pero..., sin que este pero signifique, ni mucho menos, desdén a esas cualidades, he de declarar que no me preocupan lo bastante para dedicarles tiempo alguno...

LEDESMA RAMOS
Madrid, X-IV-MCMXXIV.

Introducción

Día claro, día de primavera hermoso y nítido aparece uno de Mayo alegrando la vida de los terrenales; en la ciudad, todo movimiento, todo actividad y desgaste, cumpliendo ambiciones o buscando coto a sufrimientos hórridos. ¡Qué vida ésta! ¡Qué vida!

Salimos a la calle anchurosa y viviente; la bella flor de la mañana nos acaricia el rostro con suaves brisas que contrastan con el saturamiento de nuestro cuerpo, todavía conservando un mal oliente efluvio del lecho, abandonado ha poco; suenan en balumba incoherente los diversos sonidos de los «autos», los tranvías y los vendedores de periódicos cual orquesta en la que reina el desconcierto; los cuadros ópticos resultan de un sorprendente realismo: oficinistas anémicos y recosidos a sus mesas cubiertas de papeles; dependientes a sus tiendas, ávidos de engañar clientes; obreros manuales dirigiéndose a su taller; algún que otro viajero buscando un coche que lo transporte a la estación rugidora; modistillas vivarachas; fámulas turgentes y encarnadas; golfillos fugaces; un bohemio con melenas, que va al campo buscando tema a su alma artista; a todos los sumerge una corriente intensa de indiferencia, ante mí pasan en extraña procesión apocalíptica, sus miradas son cortantes y frías; los más y los menos caminan en pos de un deseo incumplido, de un ideal hiriente o de una necesidad sentida; mientras más trabajan aparece el final más deslumbrador, pero más lejano; la solución de lo ignoto más atrayente, pero más erizada y difícil; el anhelo más vibrante, pero chocando con la muralla del sentimentalismo. ¿Cómo nos explicaremos todo esto? Nada más fácil: dejándolo correr a su albedrío y movimiento natural, que es tanto como dar al tiempo la facultad, digo no, el deber de filosofar y aclarar las cosas. Pero ¿es que nuestros conciudadanos son un rebaño de abúlicos? Falacia, falacia y falacia, soy un impostor y un rutinario. ¡Mire que llegar a la conclusión de que carecemos de voluntad! ¿Pero no tengo ojos —¡Oh retina opaca!— para ver la demostración palpable de la rebosante fuerza volitiva que impregna de vigor los cerebros de los humanos?

El movimiento, la acción —diga usted la estafa— dominan hoy en todos los cuerpos cumpliendo un mandato físico; hasta los vagabundos y mendigos ya no se dejan morir por inanición en los rincones, sino que piden, bailan y corifean, siguiendo la corriente de energía que nos deben haber exportado de otros mundos repletos y pródigos. Claro, hombre, hoy los soñadores y los intelectuales van camino de la ruina y la desaparición de la especie; es muy natural —soy darwinista—, se les ataca y se les desprecia, su complexión no es adecuada al mundillo actual. ¿Os habéis fijado cómo se ríen de ellos los luchadores, los dueños del corrompido ambiente? Me refiero a toda esa pandilla de burgueses —fabricantes, almacenistas, banqueros, etc., etc.— y a los pobres, desgraciados e ingenuos proletarios; los primeros los detestan porque acaso ven en ellos una ilustración insubordinada y contagiosa; los segundos los odian, porque de su cerebros privilegiados salen las máquinas, esos infernales medios de depauperarlos, según ellos, acalorados defensores del marxismo arcaico. Si es un proceso histórico, ¡qué le vamos a hacer!; la Naturaleza manda, la razón y la fuerza huyen de su desarrollo expansivo, nos declaramos impotentes ¡otra vez la abulia! no hablo más de todo esto, las consecuencias son fatídicas y me dan horror.

Pero, ¡si me había olvidado!, yo pensaba hablar en particular de los escritores, de esos señores que hacen novelas, dicen congruencias, os subyugan la atención, os mueven a obrar de cierta forma; seguramente diréis: ¡Qué bromista! No os riáis, hombres, si es verdad, estáis dominados, completamente dominados por los paladines de la pluma; hacéis lo que os mandan, lo que os dicen, su opinión es la vuestra, sus genialidades son admiradas y sus actos aplaudidos; está claro, amigos lectores, está claro, es el misterio, el enigma de la pluma que atrae, cual fuerte imán, a toda una sociedad niña y adolescente. ¿Recordáis a Metternich? Pues se lamentaba diciendo: «El orden social está trastornado, los judíos y los periodistas son los amos del mundo». ¡Pobre hombre! Sus lamentos representaban, en medio de las turbulencias del pasado siglo, todo un adelanto...

Y yo salí de casa con ánimo de celebrar una entrevista con Antonio de Castro, el gran novelista, admirado y leído por igual en todos los países de la tierra, a cuyos idiomas han sido vertidas sus obras; el hombre-genio, considerado como uno de los talentos más claros y enciclopédicos; su imaginación cumbre acierta a idear todos los cuadros vivientes, y su prosa requeteselecta los cubre de un realismo extraño, pero profundo; sus personajes son universales, sus tipos no admiten distinciones etnográficas, he aquí su triunfo, un triunfo clamoroso, que lo rodea de gloria y áureo. Pues Castro tiene treinta y dos años, creedlo, es un caso raro y monstruoso dentro de la perfección; sus triunfos no lo han hecho feliz, en su intimidad me lo ha manifestado, él no es feliz, quiere serlo y no puede. ¿Qué le pasa? Exacerbó mi curiosidad, y le he rogado me cuente su historia, él se resistía, pero no ha podido contradecir a un amigo, que —según me ha dicho— se le hace interesante; porque yo, lector —y permitidme el inciso—, soy un hombre extraño; no mi figura sino mi psiquis es la que me diferencia de todos los demás; Castro lo ha comprendido así con su excepcional espíritu observativo y ha accedido a mi súplica; estoy citado con él en su domicilio, donde solemnemente me hará entrega de las cuartillas, en las que se recopile lo más interesante y saliente de su vida; pueden considerarse como una obra más del excelso escritor, por lo tanto, espero encontrar una narración clara y seguramente sincrónica —Castro es muy metódico— de un valor literario enormemente grande, que, como muchos de sus escritos, pasará a las más selectas y floridas antologías.

Voy, pues, a hacerme cargo de la «esmeralda áurea» —así llamo yo a sus memorias— para, sin acotar ni suprimir una coma, dárosla a conocer, y podáis gozar luengos ratos saboreando esa labor de muchas horas que un novelista famoso os ofrece con objeto de obtener de vosotros una reflexión amplia y una crítica razonada a su vida turbulenta y extraña —si fuera ordinaria no me tomaría la molestia de trascribirla— en la cual se ponen de manifiesto muchos relieves psicológicos y gran número de procederes sanos, rectos, nobles e inspirados siempre por la fuerza impulsiva de un cerebro extraordinario.

Y me dirijo veloz hacia el refulgente nido de bellezas y miserias —el domicilio de mi amigo— donde he de encontrarlo: o riendo locamente, o pensando con seriedad en una batahola ética; él es así: un cuadro de variedades con un pasillo lúgubre y obscuro, donde concomitan la hermosura y la fealdad, la miseria y la saciedad, el amor y la muerte; sí, allí hay rugidos y risotadas, lamentos y graznidos, murmullos y soledades;

ése es su corazón, un corazón grande como un mundo, pero incomprensible hasta para su fuerza sentimental.

Riman en su interior diversas ideas, todas justas, todas enormemente grandes cual cíclopes fantásticos; una gran imaginación, un cerebro que bulle, un corazón que siente, un alma que vuela, un hombre que gime, ese es él: Antonio de Castro.

¿Por qué nos hacen llorar de rabia algunos de sus libros? No sabemos. ¿Son sus producciones meros enardecimientos, o son un medio literario para predicar grandezas, contrastes y misterios? Y al hacer esta pregunta contemplamos boquiabiertos su obra: novelas, novelas y más novelas; somos unos majaderos. ¡Lloramos al leer sus libros que son ebulliciones de un cerebro... dudoso! Mentecatos, más que mentecatos, a vivir la vida. Ya oigo que me decís: ¡Qué gracia! ¿Quiere usted que vivamos la muerte?

Si hablarais con Castro os contestaría: «Sí, la muerte es vida, por la razón sencilla de que representa una continuación de ésta. ¿Quién os ha asegurado lo contrario? Pues habéis de saber que en las fosas pútridas y heladas, la vida es muy hermosa, muy llamativa y muy amiga de los desgraciados que piden amparo y remedio a sus desdichas. Remembrad un silencio que os aturda los oídos, una soledad en medio de una plaza concurridísima; vuestros sentidos se exaltan, padecéis porque ansiáis reposo y os dan una engañosa diversión corporal; sentís momentáneamente un espasmo surcado de delicias pasajeras, que después se complacen en atormentaros cruelmente, férreamente. Y os convertís en unos seres desdichados, repletos de lacerías asquerosas, nadando sobre un mar plateado, hermoso, pero interminable y aburrido; ésa es la vida humana: el sufrimiento después del placer —de un placer superficial, estólido, claro está—, el remordimiento después de la acción —¡Oh, la incertidumbre!—, la enfermedad después del trabajo... última execración a la actividad progresiva. Por eso, amados hermanos, no deseéis la muerte, acaso sea un crimen —crimen de lesa muerte, puesto que la diferencia entre la vida y la muerte es una ficción—; pero, por lo menos, no la temáis, porque despreciáis el fin bello, lo sublime de vuestro psiquis enfermo».

Esto diría Castro, y yo soy bastante cobarde para avalarlo con mi opinión y criterio favorables; me limito, quizá puerilmente, a desnudar su pensamiento henchido de experiencias. Sólo me atrevo —¡ay de mí!— a decir: dichoso él. ¿Y no representan estas palabras todo un acorde sentir? Perdonadme, perdonadme, no merezco el que me leáis.

Y vuelta al movimiento físico, yo tengo que ir a hablar con Castro, quiero leer sus continuos ratos del vivir escritos de su puño y letra en unas cuartillas blancas y níveas; me espera... me espera... ¿Quién?... Antonio de Castro.

Voy, pues.

Su domicilio es una casona grande, antigua y triste; la edad medioeval, los muros grises y su forma despejada y altiva rememoran el estoicismo de un Séneca. Por eso la contemplo unos minutos, olvidándome de que estoy en la calle y unos chiquillos me insultan ¡terrible muestra de afecto! Siendo tan bueno y tan...

Si tuviera tiempo os explicaría que es esto de ser bueno, pero acaso lo diga Castro en sus memorias; voy a buscarlas, sí, voy...

Subo las escaleras corriendo, abarcando dos peldaños a cada paso; voy tan loco que no me doy cuenta de que he llegado al piso donde me dirijo, y una señora rechoncha y paralítica me mira con ojos extrañados. Yo la tranquilizo, le digo que no soy ningún fugado del manicomio, y la pobre señora hace un signo afirmativo, se coge los faldones de su hábito negro y desciende murmurando un comentario sobre los jóvenes de hoy: unos exaltados, unos locos...

Y lo ha dicho viendo mi tipo atropellado, luego ese comentario me comprende a mí...; pasa por mi imaginación hacerle entonar el cántico de la palinodia, pero... ¡qué diablo!, acaso tenga razón.

Loco o cuerdo soy un olvidadizo, le he ofrecido a mis lectores las memorias de Castro y aún no las tengo en mi poder. ¿Qué he hecho? Hace dos horas salí de casa ¡ah, nada!, he filosofado, he dado mis juicios, etc., después de todo no he malgastado el tiempo, y eso que, ¡están la filosofía y la crítica tan baratas es estos tiempos! Bueno, os prometo ¿qué os voy a prometer? Pues que dentro de unos minutos leeréis ávidamente, ansiosamente, las memorias de Castro, el eximio, el excelso (aquí todos los epítetos encomiásticos). Gracias por el trabajo moral que esto supone, pues no dejo de reconocer que todo ditirambo degenera, por obra y gracia de la exageración, en un servilismo vergonzante con el cual, dada mi complexión de ser libre, no estoy de acuerdo.

Y llamo, toco el timbre nerviosamente; abre la puerta un fámulo; al notar mi presencia arrolladora no me deja entrar, me entrega un legajo de papeles diciendo que el señorito no puede recibirme, y que ha dejado el encargo de darme aquellas cuartillas. Indistintamente miro las últimas, están escritas ha unos minutos, la tinta parece brillar fosforescente, me lo explico todo: Castro quiere que conozca toda su vida íntegra, seguramente me cuenta el último pensamiento, el ultimo deseo, la última emoción. Bien, bien.

Y me refugio en mi casa, cierro la puerta de mi despacho, doy orden de que nadie me moleste, y me dispongo a leer... para que vosotros, estimadísimos lectores, leáis también.

Con lo primero que me encuentro es con el siguiente:

AUTORRETRATO DE ANTONIO DE CASTRO

Yo, lector, soy un hombre y no sé lo que soy. Quiero decir no sé a qué me dedico; dicen por ahí en los periódicos, en los centros literarios que soy un gran novelista, un pulcro escritor; le digo francamente que no lo sé, y le daré algunos detalles de mis actos para que forme juicio.

Yo, al vivir la vida, la escribo, es decir, la grabo en el papel para que no se escape, nos deje su aleteo vital, su fuerza creadora, su don de enseñar; los acontecimientos son demasiado fugaces, demasiado súbitos y la emoción que nos proporcionan es efímera, no logra cautivar por entero nuestro órgano perceptivo; no nos compenetramos bien de sus interioridades, quizá tenebrosas e interrogantes, y no sacamos nada en limpio; la interrogación se contesta a sí misma cuando está alumbrada por un gesto: el gesto profundo e intenso de la vida cotidiana. Es mi modo de ver las cosas, y para que todo se esté viendo siempre, es necesario, es imprescindible escribir; no otro móvil puede guiar a la pluma noble y henchida de claridades. Tengo un alma que algunas veces se marcha de mí, créelo, lector, se va a consolar a los desgraciados, a los que la tienen muy pequeña; en estos ratos yo duermo, hago descansar a mi cuerpo de las fatigas físicas, de la fuerza que tiene que desarrollar para que mi alma no se escape, no huya olvidadiza; pero mi alma no se va, está muy contenta de mí, me abraza, me inspira —esas novelas mías en las que fluye un aroma excesivamente sentimental ella las dictó— me besa; cuando estoy triste se va angustiosa, casi se enfada, otras veces me ayuda a poner triste y también llora...; mi alma es una mujer hermosa, se me aparece, no en sueños como los fantasmas, sino de día en mi despacho; la palpo, la beso, la estrujo, trato de exacerbar sus instintos lascivos, muerdo sus labios y sus pechos, pero nada... mi alma es una mujer hermosa y... muerta: es la estatua fulgurante de una mujer errática y desconocida cuyo exotismo pinté en una novela que rompí a poco de escribirla, los hombres no la comprenderían; algo de esto habrá también en la novela de mi vida, de mi vida más espiritual que terrena.

Me impresionan demasiado las cosas, hasta las que para los demás carecen de importancia —esto ha hecho que algún critiquillo me titule: insufrible pelma— esto hace que preste atención y recoja lo que otros rechazan por falta de originalidad, por falta de estética natural, intuitiva —que, por otro lado, es la verdadera estética—. Mis escritos me producen mucho dinero, demasiado, yo lo recibo como una cosa inesperada, como gloria que es de mediocridades imbéciles; los editores sonríen ante una obra mía, me adulan, tratan todos de alcanzar autorización para imprimir mis libros; recibo pedidos de crónicas sobre algo, sobre lo que yo quiera, dejando el precio a mi arbitrariedad —bien me conocen los ladinos—; alguna que otra romántica me pide una idea, unas palabras y mi firma; yo ante una de estas peticiones me sonrío compasivo ¡pobres hijas de Eva!, confunden mi exaltación con las páginas de un novelista galante; otros, entusiasmados, me envían novelas para que se las dedique, etc., etc. Y yo pregunto: ¿Son éstos los síntomas que definen a un gran escritor? Bien débiles y

estólidos son; pero, en fin, aceptémoslos. Permitidme comentar ahora otro punto que considero importante; no me había atrevido a hacerlo antes por miedo a una desestimación que acarrearía mi olvido, y esto lo temo porque sería destruir el camino que pudiera conducir a la claridad de mis idearios. Yo soy un escritor popular, si no lo fuera no alcanzarían mis producciones tan grandes tiradas, es que se me lee en todos los ambientes sociales ¡Y yo que me juzgo un incomprendido! ¿Cómo puede ser esto? ¿Es que mi literatura tiene dos caras y se la puede sentir de forma distinta a como yo la siento? Quizá suceda esto último.

La gloria, los honores, los homenajes me aburren, me desconsuelan, me martirizan. Yo no soy feliz, no soy. ¿Qué tengo yo? No lo sé. Acaso pueda usted descifrarlo en el curso de las memorias que le brindo; le ruego me tome por todo lo que quiera menos por un loco. La vesania me da horror, me saca de quicio, diríase que me subleva.

Ahora unos datos sobre mi físico: Soy alto, moreno, enjuto de carnes, mi rostro sólo sabe la postura de la seriedad; pocas, muy pocas veces ha reído, quizá de ahí proceda esa fuerza invisible que me hiere; mis ojos son negros sobre un fondo rojo; mi mirada fija, penetrante y observadora; mi boca y nariz dicen representan altanería e indocilidad, nada más absurdo, poseo sólo la egolatría suficiente para mantener la cantidad de orgullo necesario en el trato con los humanos; mi aspecto en general es sombrío, enigmático y casi espectral; todos los demás detalles se desprenderán de los capítulos de mis memorias; le agradeceré no se exalte, ni apresure el juicio y la crítica sobre mis actos, todos son engendros de un cerebro insubordinado y rebelde. En ellas encontrará verdades fulminantes e impertérritas maneras de obrar, consecuencias de...? ...?

El sello de la muerte

PARTE I

I

Nací en Palmera, un pueblecito castellano rodeado de umbrías y de misticismo evocador, una de tantas aldeas esparcidas por las sierras céntricas, que viven del recuerdo y de las migajas de sol que a veces acaricia sus cabezas, o circunda los alrededores nevosos de un reparador brillo: fulgor de oro, vellocino de esperanza...

Una tarde, dulce y serena, yo iba de paseo en compañía de mi madre; tenía ocho años, y los primeros albores de la vida se asomaban a mi cerebro entre densos nubarrones obscuros; ya se mezclaban en mi almita de niño la ingenuidad y la pueril crítica que yo hacía de las acciones de los hombres; se diría que me formaba una idea de todo lo existente, faltando sólo el pecaminoso hemisferio de las maldades y los vicios; éstos no hallaban lugar en la esfera ideal donde yo consideraba asentado el mundo perfecto, sin turbulencias, engaños, luchas, odios ni execraciones. Y me engañaba, sí, me engañaba; la vida —¡pobre de aquel a quien tiene que demostrar algo!— se encargó de decírmelo a los pocos años, cuando mi inteligencia adquirió un desarrollo envidiable y la felicidad se iba adueñando por completo de mi espíritu.

Yo gozaba; cogido de la mano de mi madre caminaba orgulloso entre las verdes plantaciones que adornaban el paseo; pero mi madre iba triste, hablaba poco, y yo notaba en su mirada que se encontraba dominada por algún nefasto pensamiento.

Por entre los árboles penetraban a veces doradas ráfagas de sol, que sumergían nuestros cuerpos en purpurino hálito de artificio. Yo hablaba mucho y hacía preguntas a mi madre, que aun la ponían más triste. En esto llegamos al fin del paseo y apareció ante nosotros una pequeña llanura, lechosa y gris, cubierta de plantaciones enanas, en cuyo centro se encontraba el cementerio; una vereda entre dos hileras de cipreses era su único acceso, y en ella los árboles ejercían, al parecer, el oficio de guardianes o trabucaires de las pobres almas.

Mi madre, a la vista del panorama, crispó su mano, que apretó la mía con fuerza, y volvimos sobre nuestros pasos; yo comprendí todo; dentro de la obscuridad de mi cerebro vi clara y nítida la obsesión que mi madre sentía por la muerte. ¡Pobre mamá! Debía sufrir mucho; hacía continuos esfuerzos para no llorar. ¿Por qué causa mi madre estaba tan triste?

Llegamos a casa; mi padre había ya regresado del viaje a que le habían llevado sus negocios; nos besó y habló unos momentos con mi madre: oí las palabras «especialista», «salud»; instintivamente temblé, fui objeto de convulsiones rítmicas; sí,

mi madre estaba enferma, herido su cuerpo sagrado por la traición de una enfermedad incurable.

Cenamos y yo me fuí a acostar; mi madre al taparme depositó en mi mejilla un beso tan grande, tan espiritual, que casi me quemó; quise resguardar con la mano la parte dichosa y noté algo líquido que mojaba. ¡Ah! Una lágrima de mi querida mamá. Besé la mano enternecido; hasta lloré un momento, y vi que dos ángeles muy hermosos me llevaban volando...; estaba dormido...

Guardo una idea remota y confusa de aquellos tiempos; a la vez el dolor que sumerge mi pobre corazón da a mi pluma una impulsión de cuya veracidad no respondo.

Yo iba a la escuela; rutinariamente aprendía a leer y unas nociones de los principales ramos del saber; era un distraído y siempre andaba reñido con el profesor; nunca fuí capaz de cantarle, rivalizando con un loro, dos renglones seguidos, y esto exacerbaba al pobre maestro, que tenía de la Pedagogía una idea particularísima. Era lo que se llama un muchacho travieso; pero llegó a la escuela una visita de inspección, y yo, a mi manera, con todo el desarrollo de los nueve años, razoné las preguntas del joven inspector, que, no tan retrógrado como el maestro, aprobó la esencia de mis formas ortológicas, e hizo a mi padre muchos elogios de mis cualidades.

Desde aquel día cambié radicalmente, regañé con los compañeros que me llevaban a cazar pájaros y me hice muy amigo de Félix Capilla, el muchacho más aventajado de la escuela; al poco tiempo éramos inseparables, estudiábamos mucho, hasta discutíamos a veces y sabíamos qué era Filosofía, Lógica y otras muchas cosas cuyo fondo era un enigma en aquella edad esquemática, de creación orgánica...

Nos veían siempre juntos en el pueblo, y tanta fama teníamos de aplicados que nos señalaban como modelos.

¡Cuánto recuerdo las palabras de mi madre! Al verme tan estudioso lloraba de alegría, y me decía muchas cosas. Un día me sentó a su lado; estábamos solos; después de darme un beso en la frente me dijo: «Estudia, Antonio, estudia y trabaja mucho y verás qué feliz y alegre es la vida para ti.» Mi madre se desbordaba en sentimentalismo; yo asentía con la cabeza, no la comprendía y decía que sí a todo. ¡Pobre mamá! Algunas veces apretaba el pecho y tosía; debía sufrir mucho; lo demostraban su cara estriada y su boca entreabierta; mi padre hacía unos meses se encontraba huraño y poco comunicativo; yo no entendía nada, pero notaba que mi madre padecía más que antes.

De pronto, una mañana no se levantó; nuestra casa comenzó a ser el lugar donde se juntaban todas las vecinas desocupadas; me asqueaba ya el murmullo de sus conversaciones insípidas.

Un día, comiendo sólo en compañía de mi padre, le dije muy serio:

—¿Cómo no curamos a mamá?

—No tiene remedio, hijo mío; se va a morir y no podemos salvarla.

No pudo detener un sollozo; fué como una rosa de dolor que despedía infortunios. En la habitación cercana, donde estaba la enferma, se oyó una especie de chasquido macabro; mi madre tosía, nos llamaba delirando. Acudimos...; nunca olvidaré el cuadro: se encontraba destapada, medio cuerpo fuera de la cama, como si quisiera abrazar el suelo; la cara roja y pálida a un tiempo; en su boca se había posado un destello purpurino; era un clavel formado con sangre... Me llamaba; yo corrí a sus brazos; mi padre me detuvo, no consintió que yo besara a mi madre. ¡Pobrecita! Se moría; pronto se levantó con una energía extraña, cruzó los brazos, arqueándolos sobre el pecho, su respiración era ya un continuo ronquido, su rostro hizo unas muecas que me dieron miedo. Al poco tiempo era cadáver...; ya no tenía madre, y desde aquel momento el anatema de la desgracia era lanzado sobre mí por esa fuerza invisible que llaman Fatalidad.

Y la enterraron; fuí acompañando sus restos al cementerio; vi cómo una multitud hipócrita e imbécil lloraba por mi madre...; después nada..., la soledad, el abatimiento de mi padre que no hablaba, las miradas entre compasivas e indiferentes al huerfanito, las cartas frías y consoladoras de los amigos lejanos...

Mi madre tenía un hermano médico en un pueblo próximo; aconsejó a mi padre que me separara de aquel ambiente de tristeza, y le propuso llevarme con él una temporada. Yo me resistía, no quería dejar a mi padre, deseaba salir de paseo con él por las afueras solitarias. Además, mi tío Fabio era un hombre obeso que me daba repugnancia, no podía resistirle.

Mi padre no quiso contrariarme y quedé en Palmera, poniendo muy de tarde en tarde flores sobre la tumba fría de mi madre; yo no podía olvidarla, lloraba mucho; a veces pasaba dos horas vertiendo lágrimas; apenas lograba distraerme unos segundos volvía a mi pensamiento la desgracia, la horrible desgracia, y otra vez mis ojos se ablandaban bajo la fuerza tierna y poderosa de las lágrimas.

Mi padre envejecía prematuramente, y la preocupación constante de mi porvenir le hería con profundo ensañamiento.

Yo seguía estudiando; pronto llegué a la edad en que la perspectiva de la vida se interpone cual muralla roja entre lo sensible y lo real; yo necesitaba una carrera, un medio para luchar con las flechas del mundo y doblegar sus impulsiones erizadas; mi

padre lo reconocía así y no se decidía a nada; por fin escribió a un colegio de la ciudad para informarse de las condiciones, precio, trato, etc. Allí debía comenzar mis estudios oficiales, ya serios, ya encaminados a formar en mí el hombre intelectual, el hombre dispuesto a sacrificar una vida con provecho, el hombre que contribuye a la perfección... ¿Era éste el medio?

Tendría once años, e ingresé como interno en un colegio de jesuítas, donde daría comienzo el grado de bachiller; mi padre aspiraba a hacerme un abogado de renombre; esta carrera le entusiasmaba; me hablaba de los grandes triunfos del foro, del porvenir hermoso y brillante; yo, como es natural, no le entendía, pero se iba formando en mi espíritu una tendencia al trabajo, una aspiración a salir de lo ordinario, de lo vulgar...

Me carteaba muy a menudo con mi amigo Capilla, el cual me enteraba puerilmente de lo que ocurría en el pueblo, mezclando con las noticias obligadas y grotescas de los sucesos pueblerinos impresiones a flor de agua filosóficamente infantiles, planes futuros y prodigios interpretativos con relación a sendos problemas vitales; me decía, por ejemplo, que él iba también a estudiar una carrera; pero ya que la situación económica de sus padres no le permitía tenerlo en un colegio como a mí, estudiaría libre.

La separación, aunque pasajera, de mi padre también me entristecía: mis compañeros de colegio no lograban conquistar todo mi afecto íntimo, y en la soledad mística de las noches de invierno daba rienda suelta a la flacidez de mi sentimiento, y lloraba..., lloraba mucho bajo los ropajes de la cama, mis cómplices en la reminiscencia sensiblera. Me avergonzaba muchas veces de mi falta de valor para arrostrar lo que más tarde titularía: necesidades, imposiciones, disgustos propios de una vida deslizada entre la Naturaleza como un alma perdida, incomprensible en las interminables galerías de un mundo desconocido, apocalíptico, roedor...

Las frases y el aliento místico de los padres ponían en mi corazón ideas y contrastes, que se clavaban en las interioridades del cerebro como espinas agudísimas en la enmarañada visión de todos mis anhelos, en la helada crucifixión de mi infortunio; yo era un niño infeliz, incomprensible, abísico...

No parecía sino que mi arribada a la vida real se presentaba aureolada por el nimbo del sentimiento; entre aquellas cuatro paredes, que formaban mi especie de inhóspito claustro, las reminiscencias sensibles y patéticas se agolpaban a mi cerebro, donde, por un dédalo de galerías ignotas, se adueñaban de él, propinándole buena cantidad de mareos y voraces ensueños sofocantes. Mi imaginación tornábase dolorida, y mostraba su discrepancia con borrosos cuadros de extrañas alegorías inverosímiles.

Luego, el tratamiento y régimen severo del colegio contribuían en alto grado al desarrollo lento e hiriente del escepticismo más desolador; mi espíritu mostraba cualidades favorables a este desarrollo, y el ambiente enrarecido enviaba vertiginosamente mis fuerzas físicas hacia la abolición total.

Me encontraba retraído y como atontado en aquella mansión jesuítica, y mi odio a los libros se acentuaba más y más, hasta el punto de temer una ruptura pronta y decisiva. ¡Ah! Es que a mí la desgracia y el infortunio me habían dotado de una facultad interpretadora por la que todo lo veía cambiado; no estaba de acuerdo con los procedimientos didácticos de los profesores, discutía y tenía mi opinión propia. ¡Pobre niño! ¿Sería una monstruosidad intelectual, o simplemente un desequilibrado con algún brillo fosforescente?

Por otra parte, los temas religiosos que nos imbuían en nuestras cabecitas, incapaces de una comprensión razonada, convirtieron prontamente mi alma en un continuo y repiqueteador órgano de artificio. Pero todas estas cosas que pudieran tomarse por excentricidades o secuelas de una vagancia infantil, vistas ahora como un caso exótico de lucubración pueril, se marcharon bien pronto, demasiado pronto de mi espíritu incendiado. Pasaron las extrañas concepciones y me lancé a la batahola estudiantil, ávido de solaz, de esparcimiento, y tomé la determinación inquebrantable de no mirar un libro; un día recibí una carta de mi papá, la cual, como todas las suyas, introdujo en mi corazón sensaciones entre dolorosas y calmantes; sí, yo lo he notado; las epístolas que se reciben parecen ser un elemento formal de emociones medias, de frialdades vitalizadas o de ímpetus apagados; en la carta a que me refiero había un párrafo que decía así, textualmente: «Acojo, si no con gusto, con tranquilidad, las aficiones religiosas que, según los padres, se descubren en tus facultades; no me opongo a nada que lo guíe tu propio esfuerzo, tu trabajo o tus intenciones razonadas; para aclarar todo salgo hoy para ésa y hablaremos más extensamente...»

Quedé sumido en un mar de confusiones. ¿Qué significa esto? Que si tengo aficiones religiosas, etcétera; y renunciaba a pensar, porque mi cerebro obscuro no veía ilación a los conceptos de aquella carta. Por otro lado, me alegraba grandemente la visita de mi padre, al que pensaba rogarle me sacara de aquel colegio antihigiénico, donde no explicaban sino religión, ya que los aprobados de las demás asignaturas era un concierto con los Institutos. Entonces era para mí incomprensible esa manera de obrar; pero hoy, cuando, provisto afortunadamente de claros sentidos y fieles datos abrumadores, pienso sobre ello, veo el egoísmo que encierran esos Centros, donde con el anzuelo de la moral cautivan y se apropian de la exclusiva para la enseñanza superior, y formar inteligencias favorables a su causa hipócrita, a su actuación venal.

Mi padre llego; hice cuanto pude por aclarar ante él el engaño; pero fuera que no encontrara razonadas mis pruebas, o que se dejara convencer por la dialéctica de los padres, el caso es que me dejó allí, desoyendo mis buenos propósitos; no estudié más; los libros merecían todos mis odios, todas mis execraciones; aquello fué una puñalada trapera a mi amor propio de buen estudiante; verdaderamente, jugaba yo entonces, sin saberlo, con una arma peligrosa. Llegó Mayo; mis notas fueron brillantes; si soy franco, aquellos resultados me helaron, me excitaban a que definitivamente estudiara menos.

Y así transcurrió todo un curso..., y otro..., y otro; yo iba aprobando sin la menor noción de los programas; algunas veces llegaba a pensar: ¿Pero se hace de esta forma una carrera? Y mi cerebro, dormido por la inacción de la vagancia, añadía: ¡Ah, qué fácil es!

Todo al contrario, mi buen amigo Capilla hacía sus estudios libre, obteniendo merecidas notas y aficionándose instintivamente al trabajo; él, que conocía mi manera de obrar, me recriminaba fraternalmente como a un hermano menor; en mi interior resonaban constantes y avasalladoras sus palabras enérgicas, y un día, con la fuerza y los bríos que emanaron del arrepentimiento, expuse a mi padre la situación; cursaba entonces el cuarto del bachillerato. Mi padre oyó con interés mis palabras y me ofreció cambiar de método; ya tenía alguna más edad, y como un hombrecito podía disponer libremente del tiempo; confiaba en mi inteligencia, en mis instintos ávidos de conocer y estudiar mucho.

Capilla también se disponía a cursar oficial el resto del bachillerato; así que para los dos nos buscaron una casita de patrona en las afueras de la población, entre la calmada paz de los arrabales...

Comenzó el curso y con él las clases; pronto sonó en el mundillo estudiantil el nombre de Félix Capilla como un talento esclarecido, al que los profesores honraban con preferencias y ampliaciones; y entonces fué cuando los remordimientos, que el amor propio enviaba contra mí, incendiaron mi espíritu de ansias enigmáticas; seguí con bríos y voluntad la paralela de Capilla, espejo donde, al examinar las siluetas de mi figura científica, me ruborizaba de vergüenza; de la senda de mi vida cultural se habían esfumado unos años —quizá los mejores—, que no volverán más...

Un día, paseando ambos por las solitarias avenidas de un parque legendario, sostuvimos una viva polémica, cuyas saetas chocaban, indomables, contra las murallas de nuestras inexperiencias; yo reconocía a mi amigo una superioridad desde el punto de vista objetivo de la vida; esto es, una superioridad vulgar e impotente —yo la llamaba así porque no conseguía encender en mi espíritu hogueras que inflamasen mis durmientes energías de estudioso—. ¡Oh, mis romanticismos! Yo comenzaba a soñar paralelajes inverosímiles; yo era un alma herida, que chocando con un cuerpo en desarrollo no podía sufrir actividades matemáticas y comunes; de ahí provenía y de ahí nació aquella especie de odio inexplicable que profesaba a mi amigo de la infancia.

—¿Tú qué opinas de todo esto? —preguntaba yo a Capilla, compendiando en las palabras todo esto el leguleyo conocimiento que teníamos de la vida, de las acciones de la misma...

—No sé qué pensar de ti, Antonio —me respondía—; es posible que combatas mis esfuerzos por mero entretenimiento, por mero espíritu de contradicción; tú llevas grabado en la frente el clásico estilo de la polémica; y ahora viene la revelación de amigo, de un amigo que se cree con derecho a hablarte claro; voy a contestar tu

pregunta, refiriéndome en ese elástico todo esto a tu persona, a tu psicología y a tu proceder involuto; mira: tú eres un joven de espíritu agudizado y de sensibilidad despierta; esto hace que puedas intervenir en todas las discusiones con relativa facilidad y conocimiento; pero ¡ah!, Antonio, te deja en ridículo tu ignorancia, tu brutez conocedora, que es muy grande; somos jóvenes, estamos en la edad más peligrosa de la vida, y todo lo que no sea una selección espiritual a nuestras almas ingenuas caerá sobre nosotros cuan amenazadora ruindad prematura; sí, tú me entiendes, lo leo en esas miradas turbadas que diriges a mis ojos; pues bien, el error actual que pesa sobre ti no es otro que el de tu dejadez y anorexia sabia; das tus juicios, tus opiniones, y no piensas —¡oh, desgraciado!— que carecen de valor por lo mismo que son insolventes los maestros que te las inspiran: el tiempo que muerde tu cuerpo arreándolo hacia adelante, y la actualidad siempre coqueta, ecléctica, fulgurando adaptabilismo, rémora de todo progreso y renovación. Sigue mis consejos, Antonio, estás a tiempo; ¿tú sabes lo hermosa que es esa frase de «estar a tiempo»? Sí, sí lo sabes. Estudia, escudriña tomos, desarrolla tu alma con la sabia de los volúmenes, escoge lo bueno, el alimento, y una vez digeridas todas las ideas, absorbidas las profundidades, habla, procura convencer a tu amigo, a tu contradictor, muéstrale tu alma bien esculpida y delineada por la espátula del saber, y entonces, mi querido y fraterno compañero, el aval de tan altos consejeros servirá para que tu palabra sea oída, sea respetada...; pero mientras llega ese instante sublime... confórmate con oír las palpitaciones de un corazón amigo...

¡Ah! Las bellas palabras anteriores produjeron su efecto sincrónico a medida que iban siendo dichas; con qué inefable placer y con qué fervor espiritual íbanse apoderando de mi alma librepensadora, rebelde sin fundamento, sino porque sí, porque el ambiente callejero era ése.

¡Qué alegremente lo estreché con mis brazos y le expresé el agradecimiento eterno que guardaría al primer jalón de mi vida juvenil, que me indicó un camino bello, apacible, y que me orientó valientemente en el incomprensible bosque de los desconciertos y de las tonterías!

Regresamos a casa pensativos a la vez que alegres; una fuerza interior nos proporcionaba a ambos diversas y contrarias sensaciones; mi amigo se movía satisfecho ante el icono de la acción buena, de la acción que le originara el buen proceder para conmigo, contestando así mis ironías y casi casi mis desprecios. Y yo, yo caminaba hipnotizado por la fuerza de la decepción; sí, reconocía mi idiosincrasia equivocada y mi actitud agresiva a la vez que ruín...; fui de los que con otros satirizamos al buen Félix, que me pagaba la villanía ofreciéndome sinceramente un consejo salvador, que se convirtiera en foco donde se pulieran mis luces intelectas para de él salir ya purificadas, y ofrecer e irradiar la enorme potencialidad de una opinión...

Y las sombras de los árboles del parque se inclinaban a nuestro paso, ofreciéndonos una saturación de encanto, un efluvio paradisíaco...; bajo los felices auspicios de una vida de gloria corrían nuestras ilusiones mundanas por las a veces insondables galerías del ensueño. Yo hablaba en aquel momento bajo el yugo sagrado del agradecimiento; mi alma, mi alma juvenil glosaba los encantos de estados inenarrables, de emociones

apocalípticas, de visiones sublimes. Ya dejábamos atrás las frondas del parque, y, libres de aquel ambiente soñador, entrábamos en la realidad, en el mundo que vivíamos, en la grillería de la ciudad...

II

La mancha negra que, cual nubarrón nimbático y agorero, cubría mi vida estudiantil, desapareció y se rindió ante mi nuevo proceder impoluto; me lanzaba a la conquista de los textos y de las ampliaciones, parecía que mi cerebro incansable admitía entusiasmado todas las resultas de mis investigaciones; yo entonces no tenía otra ilusión que una vastísima cultura, un almacén de ideas múltiples y de pensamientos grandes; mi ardoroso trabajar fué objeto, por parte de Capilla, de nuevas observaciones.

—Muy bien, querido Antonio, muy bien —me decía—; celebro enormemente tu constancia e irreprochable conducta; pero he de decirte, estamos en la edad dispuesta por la Naturaleza para que recibamos una especie de instrucción oficial; estamos, digámoslo así, bajo la férula de una cultura limitada; nuestras inteligencias no funcionan aún normalmente si se las deja sin guía, necesitan una maestra y sabia dirección; y tú no obedeces a esa férula, no acatas sus preceptos, te adelantas a sus exigencias, estudias poco y lees mucho, manejas y examinas un fárrago de ideas y, lo peor, Antonio, te encaminas, sin preparación para ello, por las sendas de la erudición; ¿tú sabes lo que puede significar en lo futuro esa rebeldía al medio? Pero, perdóname, acaso esté yo equivocado. ¿Quién soy para decirte estas cosas?

Yo me quedaba turulato ante estas observaciones incomprensibles; primero las consideré en pugna con ciertas ideas de naturalización de las cuales era yo partidario; luego comencé a desconfiar y a sentirme escéptico en cuanto a mis poderes y medios de desarrollo, y por fin terminaba por dar la razón a mi amigo; sí, descuidaba algo los textos y, en cambio, hacía de la literatura clásica una continua asimilación, iba subordinándome a la fuerza tentadora de la curiosidad, y, merced a esos admirables escritos remotos, en mi imaginación aparecían sumamente grandes los talentos de aquellas épocas; ¡oh, el brillante conjunto, la selección especialísima, toda la cumbre del pensamiento y del arte!: Platón, Sócrates, Séneca, Aristóteles, Ptolomeo, Homero, Virgilio, Cicerón, Demóstenes, Licurgo, Solón, Alejandro, Leónidas, Fidias, Praxíteles, etc., etc. ¡Qué Parnaso, con esa variedad de cíclopes! Y en las páginas de Plutarco, de Diodoro y de otros escritores se aplanaba mi alma pequeña, empequeñecida todavía más ante tanta grandeza.

Era muy aficionado a hablar de los tiempos clásicos; no parecía sino que mi espíritu se encontraba sugestionado por aquellos milenios penumbrosos, en cuyas civilizaciones alumbraron como luciérnagas genios y sublimidades tan potentes que hoy sus destellos harían bajar de vergüenza la mirada turbia, bajuna y pasional de nuestra humanidad vacilante. Capilla asentía con la cabeza; a veces discutía ciertas cosas y me indignaba con él, porque era ponerse enfrente de las opiniones de aquellos hombres cumbres, a quienes yo tenía por inmutables.

—Por Dios, Capilla, ¿cómo me discutes eso si está clarísimamente escrito en «Caracteres» del ilustre Teofrasto? —le decía enfadadísimo—. ¿Cómo pones en duda sus afirmaciones, tú, un pigmeo estudiantillo enfrascado en las ecuaciones de segundo

grado, en los binomios de Newton, en el estudio del francés? Desengáñate y abre paso a la realidad, insigne Capilla; careces de méritos para refutar una cosa así.

Lejos de lo que yo esperaba, Capilla se calló, por un momento quedóse fijo, inmóvil, en una actitud hermética; luego después, con palabra reposada y tranquila, dijo:

—No estoy de acuerdo con tus exaltaciones eruditas; me citas unos cuantos nombres de antiguos, para mí muy respetables, pero a los que concedo una importancia secundaria; veo te extrañas porque, sin haber leído lo que tú, me atrevo a discutir; es, amigo mío, la fuerza y la claridad que emanan del estudio, y vuelvo a repetirte lo que tantas veces he dicho: el abandonarse en el ignoto campo de la cultura, sin poseer medios para comprenderla, es perder el tiempo; por ahora, confórmate con las antologías que te señale nuestro profesor de Literatura; así, ordenadamente, irás formando tu espíritu con las impresiones producidas por trozos bellos, cuya perfección ha hecho que se conserven como modelos. Ya vi ayer cuán lúbrico y balbuciente andabas en la lección de Historia; se veía claramente que no la habías estudiado; sin embargo, explicarías muy cumplidamente el paralelaje entre las vidas de Teseo y Rómulo.

Yo callaba ante estas observaciones; un pensamiento extraño y súbito me decía que mi amigo tenía razón; pero reaccioné al instante; aquello era absurdo, era ridículo; yo veía en sus palabras una teoría muy generalizada en los centros docentes, bonitamente aceptada por alumnos y que encantaba a profesores mediocres: el odio al libro primigenio, al libro abstracto; esto es, a todo lo que no signifique concreción práctica, a todo lo que no tenga una relación directa con el programa y el texto respectivo. De pronto, exclamé:

—Todo lo comprendo; tú y todos los pobres de espíritu como tú sois unos individuos sin imaginación, sin idea alguna de lo sublime; no concebís más que lo vulgar, lo que carece de grandeza; por eso no acertáis a comprender mi manera de obrar; tú sigues la rutina, lo que te dejan tus antepasados, y yo estudio lo pretérito para compararlo con lo presente y establecer alguna aspiración, algún vacío...

Y mi amigo seguía discutiendo y dándome paternalmente consejos que él creía me podían beneficiar; eran muy frecuentes nuestros altercados en la polémica, pero terminábamos siempre por una reconciliación cariñosa, repleta de sentimentalismo y protestas de amistad.

Terminé por convencerme; obré de acuerdo con Capilla, y mis horas de estudio las dedicaba por entero a los libros de texto; en las clases pronto escalé los primeros puestos; se me señalaba como un futuro genio, gracias a la habilidad y oratoria fácil que utilizaba en mis disertaciones; sentía una gran afición al estudio de las leyes, y en las lecciones de Historia añadía opiniones y críticas que llamaban la atención del profesor; es que en mis tiempos de hambre erudita había releído «Leyes», de Platón, «Política», de Aristóteles, y con gran oportunidad internaba ideas, conceptos, etc., que realzaban

mucho mis discursos; entonces comencé a tener enemigos entre los compañeros; se me odiaba sencillamente por estudioso, por trabajador, y más de una vez tuve que utilizar mis puños para defender mi pundonor ultrajado de estudiante.

Obtuve en Mayo flamantes calificaciones con matrículas de honor, y entré en el camino de la vanagloria personal, odiosamente recriminado por mí después al recordar la locura de aquellos tiempos; mi buen amigo Capilla también con brillantes resultados terminó los exámenes, y esto contribuyó —si era posible— a agrandar nuestra amistad.

Embargaba mi ánimo tal optimismo, que por un momento huyeron de mí todas las melancolías, y la perspectiva de una vida radiante y feliz se me apareció verosímil y segura. Aprovechando un atardecer vernal, cuyo sosiego y dulzura incitaban al paseo, di una vuelta por la avenida con objeto de entretener mi espíritu en la admiración sublime de un artificio casi naturalizado. Abundaban en el bulevar cuadrillas de estudiantes, en los que las más heterogéneas señales interpretaban las respectivas notas en los exámenes; grupos de frágiles modistillas recibían las frases rimbombantes de aquéllos, y un cierto murmullo a juventud y amor retumbaba entre las frondas, cual aviso mitológico de un dios apacible; yo seguía hacia adelante, no haciendo caso de nada; todavía no he podido explicarme por qué huía de aquella homogeneidad y solaz juvenil, lo mismo que huiría un fotófobo de un foco de luz; ¿era un orgullo vulgar de joven iluso o un simple odio a toda la sociedad? Me inclino por esto último, ya que es una especie de teoría en la que he venido sosteniendo mis fuerzas sectarias.

Y cuando ya rendido buscaba, ávido, un banco rústico donde sentarme, me fijo en un viejecito encorvado que paseaba su mirada dulce y atrayente sobre el paseo, sin duda con el mismo objeto que yo; siempre, desde la infancia, he sentido una gran veneración y respeto por esta clase, que representa la fuente del vigor de nuestras generaciones, y que amorosamente recluyen su genio e inteligencia para abrir paso al corazón y a las fibras de un sentimentalismo pueril.

No me fué difícil cambiar una conversación con él, pues los viejos son generalmente aficionados a esta clase de diálogos, donde parecen reverberar su alma por los andurriales de los sucesos pasados, y a la vez lograr lo que es en todos los proyectos un anhelo: dar a sus sucesores unos consejos de ética casera y unos preceptos del Código consuetudinario.

A los pocos momentos, éramos ya conocidos de muchos años, y el buen viejecito, con sus ojos lustrosos, azulencos y casi carentes de luz, su cara desfigurada por gran número de estrías paralelas, se me hacía altamente simpático, merecedor de un aprecio incontable. ¡Qué bondad y reposo místico ponía en sus palabras huecas!

—¡Oh, joven! Es de envidiar tu suerte solamente por el hecho de ocupar el lugar privilegiado de la vida. La primavera, ¡oh, qué ritmo pone en sus retoños, qué marcada perfección en sus rosuelas, qué divina ingenuidad en sus inteligencias! Y tú, hijo mío,

atraviesas por ella, te enredan y casi adormecen sus efluvios embriagadores, te dominan sus ímpetus candentes, te acarician las hojuelas de sus frondas... en fin, casi eres feliz, y digo casi porque mi escepticismo tradicional me lo manda.

—No, viejecito venerable, yo no soy feliz, soy un desgraciado, no tengo madre, madre que mese mis cabellos híspidos y rebeldes, madre que se dé cuenta de mis cuitas, madre que me sumerja en un inacabable río de fervores espirituales, madre que aliente y edulcore mi carácter misántropo, madre que, en fin, me haga feliz con el beso eterno de su cariño fecundísimo; como ve, viejecito mío, tengo poderosísimas razones para no estar contento; mi alegría, en todo caso, es efímera, trashumante, pérfida, ingrata, olvidadiza...

—¿Pero no tienes padre, hijo mío? —suplicó el viejecito enternecido.

—Sí, tengo padre, lo adoro, lo estrujaría de buena gana contra mi pecho, pero ¡ay! no es el amor de la madre, aquella mamaíta enferma que dulcemente me besaba, aquí en los labios, como reclamando para (1) sí todos los vocablos que de ellos salieran...

—Bueno, querido amiguito, bueno, no te pongas triste, no evoques recuerdos atenazantes, y vive, ocupa en la sociedad ese sitio que te asignan los apocalípticos rodares del mundo. Noto en ti una disposición grande a los trabajos imaginativos, un campo abonadísimo, donde, con provecho, se cultivan arrogantísimos resultados de un pergeño deslumbrante; por eso, querido joven, no decaigan tus ánimos ante la lucha con la fatalidad, muévanse constantemente tus facultades, apoyadas por un férreo dominio, broten en tu cerebro viril los espectros ideales más fúlgidos, actívese en tu corazón de adolescente la construcción del yunque donde se doblen todas las pasiones, todos los prejuicios y, ¡ah!, contra ese sentimentalismo que roe tu pecho pon el drástico auxilio del ansia cultural, del estudio provechoso, y... triunfarás, vaya si triunfarás. ¿No sientes una gran afición por el estudio?

—Sí, abuelito respetable, yo estudio, leo, intensifico mis actividades en el afán de saber, de digerir muchas cosas, tengo que luchar con enormes dificultades; no sé cómo hacerme con un criterio fijo, provechoso, recto, para después seguirlo inflexible, ateniéndome a él como a un ideal bueno; pero ese criterio no lo encuentro, no logran dilucidar el pétreo camino que a él conduce ni los amigos, ni los profesores, ni nadie..., de ahí proviene mi desconcierto; yo anhelo un criterio sencillo, viable, capaz de conducirme a los más conspicuos puntos de ilusión, pero... no lo encuentro, mi inteligencia no lo descubre..., dígamelo, viejecito, usted, en el que una existencia larga y sutil habrá hecho enorme cantidad de experiencias, de súbitas y heroicas realidades que al retumbar repetidas se hicieran eternas...

—Me planteas un problema difícil y para mí una incógnita, me asombra tu manera de pensar, y si te he de ser franco no te comprendo, mi cerebro no ha desmenuzado bien tus palabras, tus ideas; en mis tiempos no había eso, yo no lo he conocido nunca; un

criterio, un camino a seguir, ¡hijo mío! eso es muy excelso, muy grande, yo no entiendo no lo entiendo... ¿No ves que eso es la incertidumbre de la vida?

El viejecito vertió una lágrima.

—Entonces ¿qué hago? ¿O soy un loco?

El anciano no contestó esta pregunta; cerró los ojos unos minutos y después dijo:

—Voy a darte un consejo, el único, el último: deja todas esas cosas para más adelante, para cuando tu desarrollo y tu inteligencia casi se sonrojen al preguntar una duda.

Quedé ensimismado, a unos pasos de mí se pronunciaron repetidas unas palabras.

—Oye a tu padre, oye a tu padre...

No pudo decir más, apareció un auto y a él subió, enviándome, al sentarse, una mirada, en la que quizá hubiera unos grados de compasión. ¿Quién era aquel buen viejecito? Ni lo sé ni lo he sabido nunca, su figura, aunque decaída, altiva, parecía querer declarar un origen y un ambiente aristocrático, pero son suposiciones; después pasó por mi imaginación un cuadro en el cual apareció entre resplandores fúlgidos el viejecito, sonriente; aquella visión se evaporó bien pronto, y me vi solo, solo en aquel paseo inmenso, abandonado en la noche negra, que parecía dispuesta a cobijar en su seno verde sinople los más grandes romanticismos, los más grandes ensueños...

Y huí, huí hacia la ciudad bullanguera y alegre, en donde el repiquetear de los tranvías y los bocinazos de los autos parecían darle una cierta nota de fiesta, de ustorio humanizado y burlesco...

Llegué a casa rendido, sofocado, con deseos de reposo y de tranquilidad. Me encontré a mi amigo Félix preparando un pequeño bulto para marcharse al pueblo.

—¡Hola, Antonio! —me dijo—. Como ves, marcho mañana, ya escribí ayer diciendo que me esperaran. Tú vendrás conmigo. ¿No?

—Sí, Félix, iré contigo, he de hablar a mi padre, tengo muchas cosas que decirle. ¡Oh mis cosas! mis cosas... te voy a contar una especie de amistad que he hecho con un viejecito en la Avenida...

Y le conté todo, mis amargas quejas, las palabras del anciano, sus dudas, su desaparición, etc.

—¿Y quién era? —me preguntó.

—No lo sé, Capilla, te parecerá extraño, pero no lo sé.

—Mira, Antonio, por milésima vez te repito que dejes en paz tus romanticismos y tus tonterías. ¡Dios mío! te vas a volver loco, entra en razón y dime si me acompañas.

—Sí, voy contigo; inmediatamente preparo mi equipaje. Ayúdame.

Nota

(1) En el original figura «pasa» (nota de «N.R.»).

III

Llegamos a Palmera ya cerca de anochecido; la negrura, cual banda velocísima, se extendía reinante sobre las retinas doloridas, y un sutil resplandor se distinguía allá en lo alto, mostrando la flacidez lunar, entre los densos nubarrones que formaba la temperatura lluviosa.

Capilla miraba hacia adelante, como si el flechazo de la impaciencia hiriera su alma; los dos íbamos pensativos, embebidos por completo en nuestras cavilaciones o recuerdos, distintos seguramente en ambos, pero produciendo los mismos efectos exteriores: la abstracción (1), el mutismo. Por fin yo corté aquel silencio, y pregunté a mi amigo con un dejo melancólico.

—¿En qué piensas, Félix?

Este miróme tranquilamente y, muy sosegado, exclamó, apoderándose de sus labios una leve sonrisa:

—Chico, en nada..., mis padres ocupaban mi pensamiento, sólo el pensar que los abrazaré dentro de pocos minutos me pone alegre. ¿Y tú?

—¡Oh, querido Félix! Puedes estar satisfecho, risueño, la vida te sonríe insaciable, te ha cogido bajo su protección optimista, te ha dotado de facultades intelectuales envidiables. ¿Qué más quieres? En cambio para mí es burlesca; quiere hacerme olvidar los azares y golpes crueles que me ha inferido, rodeándome de triunfos en los exámenes, triunfos ficticios, engañosos, falaces, pero no, no logra del todo encanallar mi sensibilidad, porque ¡ay! dentro de unos minutos aparecerá ante mi vista un hogar triste, donde las huellas que dejó el dolor permanecerán eternamente sobre nuestras cabezas inflamadas; en él mi querido padre me espera, mi padre, solo, avanzando prematuramente hacia una vejez sin años, hacia una esclusa injusta; los cabellos argentados se posarán sobre su cabeza dándole un nimbo de mártir, de víctima desesperada...

—Calla, Antonio, calla; tus palabras me hieren y fatigan como cantoras que son de tus desdichas; pero déjalas dormir, olvida esas remembranzas que martirizan.

—No puedo, Félix: después ese aturdimiento en mi vida ordinaria, esa falta de conexión en mis actos, ese «no sé cómo hacer esto ni cómo seguir» que me atormenta incesantemente me hace imposible la vida tranquila; yo necesito exaltación, polémica.

—¡Ah!, luego tus suspiros no obedecen solamente a sensibles pérdidas, sino que también son causantes de ellos la vida actual, las espinas que, colgando de su cola, clava

incesante, entonces casi estás comprendido para mí en el grupo de los pesimistas abúlicos...

—¡¡No!! —le grité con toda la fuerza de mis pulmones—. No me has entendido, grandísima bestia. ¿De dónde sacas tú eso? ¿Yo pesimista, yo abúlico? Eres un hombrecillo vulgar, no comprendes lo excelso, lo incomún, y metes la extremidad inferior; mientras no me vuelvas a demostrar lo contrario eres un badulaque sin masa gris, rutina...

Yo estaba nervioso, me molestaba que tomaran mi indecisión y la exposición sincera de mis dificultades por quejas simplonas de hombre acobardado; yo no era un cobarde, al contrario, ansiaba acción, labor; si únicamente se podía notar en mis actos alguna vacilación no era producida por la falta de voluntad, sino por la carencia de absoluta seguridad en sus consecuencias (2).

Discutiendo animadamente vislumbramos las primeras luces de Palmera, que brillaban fosforescentes en la noche, mostrando resplandores súbitos a través de la enigmática atmósfera, la cual irradiaba zarpazos de un miedo horrible. Miedo, esta palabra carece de significado, es completamente insulso su origen y, por lo tanto, su encarnación; sin embargo, produce, generalmente en los pusilánimes, una cierta impresión emotiva y una incomprensible paralización nerviosa. No estoy de acuerdo con Heine, al preguntarse el poeta si el miedo proviene de la razón o del sentimiento y ladearse al primer origen; entiendo que solamente un sentimiento cerval, extraño, fuera de razón puede producirlo; digo esto porque al penetrar en el pueblo se nos apareció una reata de apocalípticos movientes, que, procurando ocultarse, huían del poblado, ayudados en su éxodo por fuerzas diabólicas y espectrales..., todo lo hacía un vulgar abigeato muy común en aquellas tierras.

En la plaza céntrica nos separamos, para cada uno tomar la calle que conducía a nuestras casas respectivas.

Mi padre estaba leyendo a Ponson du Terrail —¡bonita literatura!—; nos abrazamos; cruzamos unos besos crujientes, henchidos de espiritualidad, y emocionados por la feliz arribada charlamos un rato, mucho rato. Yo encontré a mi padre terriblemente aviejado, arrugas bien significativas cruzaban su cara aceitunada y dibujaban sobre su faz muecas inenarrables; sus ojos azules despedían como un hililllo de dolor y el bigote, ya canoso, compendiaba en él lo mucho que había sufrido, lo mucho que aún le quedaba por sufrir. En la pared estucada y blanca aparecía colgado el retrato de mi madre, se diría que nos miraba con sus ojos muertos que el fotógrafo se esforzó en hacer chispeantes; ante aquel símbolo de amor no pude menos de tapar el rostro con las manos y verter lágrimas, lágrimas que, cual si procediesen de un manantial inagotable, salían a grandes gotas como pugnando por su aparición; mi padre lo notó, vi en él una tendencia a secundarme, pero la contuvo y me dijo unas palabras que no oí, unas frases que se evaporaron antes de impresionar mis tímpanos.

Nos acostamos, yo estaba cansado del viaje y ansiaba reposo, calma...

Al día siguiente —¡cuánto lo recuerdo!— apareció un verdadero de Primavera, los rayos del sol acariciaban voluptuosamente todos los sentidos, y una atmósfera saturada de encantos naturales ensanchaba los pulmones en aspiraciones fortísimas e inacabables. Allá a lo lejos, junto a la sierra, se dibujaba curiosamente una especie de lucha, sostenida entre los brazos chispeantes del astro rey y la pesadez de las nubes que se resistían a abandonar aquellos lugares esotéricos.

Aprovechando aquella hermosa encarnación de la Naturaleza, mi padre y yo dirigimos los pasos hacia el campo para, en la estética inculta de sus desbordamientos precoces, buscar paliativos a la exaltación de nuestro cerebro. En el camino nos cruzábamos a veces con cuadrillas de campesinos que, entonando medianamente las melodías de una canción exotérica, irradiaban alegría, robustez, felicidad, todo en medio de su pergeño rústico, de sus modales zafios; nos saludaban muy afablemente y seguían, perdiéndose pronto en los aires los rumores de sus conversaciones o la nota de sus coplas picarescas.

Llegamos a un valle florido y hermoso, que exhalaba perfumes casi imperceptibles por demasiado puros, y en el que la policromía de las florecillas imitaba un fortísimo y elevado ensueño poético; unas ovejas blanquísimas oteaban sus alimentos, escrupulosas y vacilantes, mostrando el lábaro anunciador de su pureza. Ante aquel paisaje vivificante nos sentamos..., nuestras retinas trasladaron a la imaginación las impresiones más perfectas y gratas; por un momento, fijos en la sublime planicie, divagamos anhelantes entre frondas délficas, mi alma ceceaba las pretéritas y ocultas mansiones de la muerte. ¿Por qué mi pensamiento volaba a las cumbres inaccesibles del misterio?

Mi padre me miraba tiernamente, su rostro acogía con dulzura la suave brisa vespertina; de pronto, como forzado por una ineluctable presión, dijo:

—¿Qué más me cuentas de tu vida estudiantil? ¿Tropiezas con muchas dificultades?

—Sí, padre, mi vida en la ciudad tenía que atravesar a veces espesos bosques erizados, el medio no se adaptaba bien a mi manera de ser, yo parecía un extraño entre aquella turbamulta de jóvenes que reían... reían con carcajadas llenas, que a mí me sonaban rabiosas y destructoras; en medio de todos aquellos tipos, el mío se deslizaba escurridizo e incomprensible, me hice con pocos amigos, la mayor parte me despreciaba, eran completamente extraños a mis pesares, a mis contrariedades; pensando algunas veces acerca de su capacidad intelectual me hacía la siguiente pregunta, cuya contestación no he podido aún dilucidar: ¿Al estar mis compañeros siempre tan alegres y dicharacheros, es que el desarrollo de sus facultades intelectuales es tan grande que todo lo desmenuzan, todo lo comprenden, todo lo saben, todo lo explican? La negativa a esta interrogación era una premisa para poder titularlos unos badulaques o unos desgraciados, pero su afirmación casi me horrorizaba, pues quedaba

patente mi inferioridad; un silogismo claro e hiriente me decía que debía retirarme, pues no estaba dotado de los órganos necesarios para luchar; de aquí provenía mi inacción y después mis aventuradas expediciones a los extensos y pobladísimos campos del saber, donde a la vez me herían infinidad de desengaños cruentos; en estas situaciones difíciles me dejaba guiar por los consejos de Capilla, cuyos seguimientos me han proporcionado las brillantes notas obtenidas en los exámenes; después, padre mío, un anciano me dijo que oyera a usted, que le expusiera mis cuitas, mis infortunios, mis choques con la teatralidad ambiente, y que al pie de la letra hiciera lo que usted me dijese; no pudo ni quiso decirme más.

—¿Quién fué ese buen anciano? —me preguntó mi padre.

—No lo sé, la casualidad hizo que lo conociera en uno de mis paseos por las afueras; mi juventud y vivacidad le interesaron y hablamos, hablamos mucho...

Mi padre, al oírme, bajó los ojos, apoyó la frente sobre su mano ya trabajosa y se entregó en brazos de una meditación que no quise turbar; sin duda su cerebro se esforzaba en concebir una idea con la cual calificar mi conducta y a la vez mostrarme un camino seguro, una senda que condujera a las planicies tranquilas y sosegadas de la perfección. ¡Ah!, pero mi padre carecía —después lo supe— de una cultura siquiera básica, de una claridad ideal; su cerebro no era una fuente de pensamientos ni aun de ilusiones; por eso mis quemantes anhelos retumbaban en su inteligencia como objetos exóticos e incomprensibles; una rápida mirada que, pensativo y a hurtadillas, dirigió a mi figura, me hizo levantar casi indignado, sí, mi padre me tomaba, si no por un loco rematado, por un desequilibrado incurable, y al contacto con esta suposición caí desalentado y enteco.

—Pero, padre, ¿es posible? —le interrogué con la mirada.

—Vámonos, Antonio, vámonos a casa —y se levantó rápido, dispuesto a marchar.

Yo le seguí, íbamos pensativos, callados, luchando cada uno con un presentimiento, y así llegamos a casa, donde estaba esperándome Capilla para charlar un rato (3).

Nos sentamos los tres frente a una ventana..., la penumbra crepuscular daba a nuestros semblantes una palidez cérea, cadavérica, que contrastaba grotescamente con los movimientos de los labios; nos molestaba esa semiobscuridad y, por lo mismo, cerramos la ventana y dimos luz.

Hablamos Capilla y yo de nuestros estudios, de nuestro porvenir, de nuestra situación actual, y, en el trascurso de nuestras recíprocas y admirables facundias, apareció más de una vez, envuelta en mantos purpúreos y entre ópalos ensoñadores, la embriagadora y

dulce figura de la ilusión... ¡la ilusión! ¡Dulce y apacible diosa que irradia parte de sus percepciones formales, que exhibe a nuestra imaginación el ideal soñado; es tan brillante su figura, tan hermoso su ademán, tan loables sus fines que, pobre del espíritu que permanezca ciego a sus destellos! Morirá renegando, sumergido en una caverna de confusiones y odios, en un desierto falto de amores sublimes... ¡la ilusión!... Es el fin perfecto y sublime del hombre cuando se la pone a la diestra de la razón, cuando sus rayos no sobrepasen a los tímidos y reposados de la razón, cuando sus tentáculos insaciables no pisoteen a la razón, cuando su fulgidez no se apodere de cerebros huecos, cuando su esfuerzo no sea menor a la actividad del que la sienta, del que la admire, del que la desee...

Estas impresiones sostenía yo ante Capilla y mi padre, apoyando a la vez mis palabras con ejemplos de los tres conocidos, y en los que una ilusión intensa ridiculizó e hizo desaparecer a multitud de jóvenes que se abandonaron en sus apacibilidades, en sus placideces...

Capilla oía atentamente mis palabras, y, al fin, con un movimiento afirmativo de cabeza mostró su conformidad absoluta; yo, en aquellos momentos, hubiera deseado contradicción, me lo mandaba imperiosamente mi cerebro templado, pero Capilla vislumbró, sin duda, este estado mío y, aunque discrepara, creyó conveniente apoyar todas mis palabras.

Se despidió de nosotros, pues ya la noche ponía un velo triste en los objetos, y el cuerpo imploraba reposo, calma...

Cuando quedamos solos, mi padre me abrazó de tal manera que casi me hizo daño; el pobre quiso dar a aquel abrazo la significación de un desagravio a las ideas que horas antes sumergieron de dudas su corazón; yo correspondí ofreciéndole todo mi ser en dádiva placentera e inenarrable...

* * *

Corría el verano, y con él, un calor insoportable —turbado a veces por un airecillo serrano— batía candente los más apartados rincones del poblado; yo acostumbraba a salir todas las tardes al campo, donde se dejaba sentir el dulce remanso de una naturaleza mística, sosegante... Me acompañaban el amigo Capilla y algunas veces mi padre; tirados cuán largos éramos poníamos de manifiesto nuestras sensaciones diversas, nuestros juicios rebosantes de sinceridad, nuestras críticas casi ingenuas. En el pueblo se me tenía por un joven insociable y orgulloso, pues tomaban mi retraimiento y nostalgia por desprecios a sus modales, a sus clasicismos, a sus actos...; como corresponde en tales casos yo no me molestaba por sus exégesis, no me hacían daño sus punzadas, sus indirectas, sus ironías... Era la incultura la que producía mis choques con los herrumbrosos ideales de aquellas cabezas toscas; en mi interior nunca sentí odio por sus costumbres, pero me zaherían horriblemente su mala fe y sus tonterías, siempre

intencionadas; y llegué de tal forma a idearme sus cuitas, sus desgracias, que en vez de sentir conmiseración se apoderaba de mi alma una especie de acre censura a sus desvaríos; muy parecida es esta forma de pensar a la que dejan traslucir en sus libros los grandes literatos rusos de los campesinos de su país: amantes insaciables del vodka, enemigos furibundos del trabajo, odio instintivo a los ricos (4).

Pero sucedió que un día, regresando de mi acostumbrado paseo, di alcance a un lugareño, tostado por el sol y curtidas sus manos por el roce continuo con los elementos del trabajo; fué tal la satisfacción que inundó su cara toda, el júbilo que irradiaba de su rusticidad, que casi me emocioné, y converse con él alegremente.

Sería la tercera o cuarta persona con la cual hablaba desde mi llegada a Palmera, y fué tal el cambio que se realizó en mi interior que adopté un nuevo criterio en cuanto a sus costumbres, psicología, ambiente.

Me impresionaron vivamente sus palabras entre apotegmas y pesimismos ignorados, sentencias vulgares, juicios ingenuos y otras muchas cosas que por sí solas bastarían para las más curiosas observaciones, las consecuencias más significativas.

Luego hablé yo; su espíritu joven recibía mis palabras con vehemencia manifiesta; unas veces me encantaba su extrañeza, otras sus gestos, otras la especie de cortesía y respeto que ponía en sus expresiones; en general me agradó su diálogo; no sufrí una decepción, pero sí comencé a pensar de otra forma; desde aquel día frecuentaba yo todas las reuniones de campesinos; me apreciaban muy bastante para yo estar descontento; me iba mezclando ya en los asuntos locales, influía en sus decisiones, y, sin querer, se formaba en mi interior un algo desconcertante, que tomaba fuerza en mi cerebro joven.

Era cosa que no se le escapaba ni al observador más ciego la indigencia y el abandono que rodeaba a la generalidad de las familias del poblado, su forzoso lema era el trabajo continuo, su preocupación más latente el «ir viviendo», su fin desastroso la muerte prematura y burlona en una zahurda inhóspita, rodeados de su esposa e hijos: puros espectros en sus agonías. Dolía a mi espíritu esta perspectiva de los paisanos, y por unos días fué mi obsesión más recalcitrante el remedio a tamañas desgracias. ¡Infelices! El remedio lo encontré, pero era inaplicable a sus inteligencias y a sus medios comprensivos; yo todo lo fundaba en una cultura modesta que encendiera en sus cerebros el fuego de las aspiraciones, que hiciera brillar en el amparo colectivo las consecuencias más atrayentes, que iniciara una evolución lenta o precipitada hacia otros ambientes de vida; no entraba en mi solución el aproximarlos a la ciudad; eso nunca; bien patentes están los estragos que ello ocasionaría, pero sí un paralelaje en cuanto el desenvolvimiento (5) cultural; sí, yo lo he notado, los libros poseen una fuerza centrípeta muy activa, a veces subyugan demasiado, tanto que hacen olvidar determinados trabajos utilísimos, ¿no es verdad? Pues aquí se agarraban los zafios para rebatir no mis teorías, sino mis afirmaciones. Yo les decía:

—Necesitáis un alimento espiritual que, a la vez que deposite en vosotros optimismos y bellezas, engrandezca vuestros cerebros con su barniz sabio, abra en vuestras almas llamaradas de razón, y limpie la pátina roedora de vuestra conciencia social; es muy común que os quejéis de necesidades, años malos, desgracias más o menos importantes..., pues es preciso que una ilustración y una ética sinceras iluminen todas vuestras facultades, todos vuestros anhelos, y sumerja en un abismo sin fondo toda la carroña animal de vuestros actos. Todas las faltas, todas las necesidades que notáis, todas sin excepción, las sufren los irracionales: hambre, también la sienten los lobos, que en sus eretismos punzantes bajan destructoramente a las llanuras como a cebo sabroso y deslumbrador; frío, calor, todos los animales tienen sus épocas en que las carnes son heridas por esos rigores extremos; sentimentalismo por una desgracia familiar, se han visto casos en determinados animales en los que ponen de manifiesto su corazón y sus sensiblerías; desgracias materiales por incendios, arrasamiento de cosechas, etc.; ¿pensamos alguna vez en lo que sufrirán las laboriosas e infatigables hormigas cuando un niño travieso o una tempestad traicionera hunda sus viviendas o destruya sus graneros? Como véis, absolutamente iguales son hasta aquí vuestros anhelos, vuestras sensaciones, a la de los faunos; sólo hay una cualidad, un deseo, un estremecimiento, un goce que vosotros podéis saborear: la aplicación de eso que llaman alma a los diversos actos que realizáis, a las diferentes acciones y profesiones que ejerzáis; merced a este atributo de poder innegable podéis razonar y describir una cosa que no hayáis visto, un camino por donde no hayáis ido nunca; y no parece sino que rehusáis ese poder en cuanto que no mostráis interés en guardarlo y desarrollarlo; así como los brazos y las piernas necesitan y requieren movimiento para que no se entumezcan y paralicen, así la razón y la inteligencia exigen que de ellas se haga un uso más importante que dedicarlas a contar los pasos que déis, los bueyes que veáis; y ese desarrollo se adquiere únicamente por medio de un estudio consciente y volitivo, encaminado a formar en cada uno un hombre y no una bestia, una persona y no un patán. ¿Me entendéis?

Y al hablar sabía por intuición súbita que arrojaba rebanadas de pan sobre peñas graníticas, pues me di cuenta, a aquella edad, de que los campesinos son enfermos moralmente incurables, a no ser que desde niños una poderosa presión espiritual los enderece y recomponga; me lo demostraron dándome la siguiente contestación:

—Bien te entendemos, Antonio, aunque tú creas lo contrario; pero no te hacemos caso, estamos ya desengañados de que eso que dices es una macana que os traéis de la ciudad los señoritos; se os suben los aires a la cabeza y no sabéis más que predicar esto y lo otro; casi nos reímos de vuestras ilusiones y vuestras cosas... Sí, sí; el estudio es muy bueno para vosotros, que hacéis una carrera y coméis de ella; pero no es eso lo que tu quieres decir; quieres que estudiemos y a la vez cumplir nuestras obligaciones cotidianas; ya, ya, como si un padre de familia tuviera tiempo que gastar en instruirse; después de todo, de los libros no comen sus hijos ni sus padres viejos; si todo eso que dices lo tenemos ya sabido, pero la experiencia nos dicta que no debemos practicarlo; claro, hombre, ¿tú qué sabes de experiencia? Nada más lo que te enseñan esos librotes; déjanos en paz, que eres un niño aún para estas cosas; has estado en muchos sitios y no has visto la vida por un agujero.

Todos asintieron; yo casi quedé avergonzado; pude con razones claras combatir la tosca dialéctica de mi contradictor, pero no quise; hice propósito de no volverme a ocupar para nada de todo lo concerniente a la vida rural.

Me encontré con Capilla a la vuelta para mi casa; yo iba pensativo, envuelto casi en indignación por mis fracasos propagandistas.

—¡Hola, Castro! ¿Qué tal tu nueva vida de predicador? Cada vez te comprendo menos; antes tus aficiones lectoras ávidas de saber, luego embotellamiento de programas, ahora ocupando tu imaginación una cuestión social.

—Mejor es que me dejes, Capilla; tengo ganas de estar solo para renegar un poco, en soliloquio furibundo y rebelde, de este mundo mísero e imbécil.

—No seas tonto y vámonos a dar un paseo; es temprano; tu padre me dijo que nos esperaba en las afueras.

En su busca nos encaminamos; la tarde cedía su lugar al véspero caluroso y polvoriento, calor y polvo que penetraba en la sangre haciéndola hervir; la cabeza poníaseme pesada y zumbona, mi cerebro parecía conspirar contra su encierro, y grandes convulsiones lo agitaban como si en él se librara una lucha sangrienta.

Encontramos a mi padre abstraído en pensamientos quizá muy hondos, pues clavaba fija la mirada y sus pupilas parecían abrirse más que de ordinario. Ya era tarde y pronto se hizo de noche; así es que regresamos a casa, hablando poco y caminando instintivamente, nuestras miradas se perdían en lo alto del hermoso cielo hialino, y allí se recreaban con la multitud de estrellas fugaces, que ofrecían al pobre terrenal una especie de distracción cosmológica, a la que mis paisanos no dejaban de atribuir alguna superstición o alguna influencia en determinada conmoción vital.

Nos separamos de Capilla; yo le dije la hora en que al día siguiente podríamos vernos para tratar de nuestras cosas; era ya Agosto y se acercaba el momento de reanudar los interrumpidos trabajos que arrojaban sobre nosotros la edad y el sino, yo nunca diría la afición.

Íbamos mi padre y yo solos, cuando al doblar una esquina, como todas mal alumbrada, nos encontramos de frente con don Cándido, el párroco del pueblo, el cual, como nosotros, regresaba de su acostumbrado paseo. Era este señor bajo, rechoncho, sin dar a esta palabra una robustez muy excesiva, francote y buena persona, filón de incontables chistes y picarescas malagueñas; además, muy célebre en los alrededores por su constante buen humor y jocosidad inspirada; a pesar de esto, en el momento en que la más ligera alusión se dejaba caer sobre los preceptos de su sagrado ministerio, tornábase

grave y dispuesto a demostrar teológicamente el más discutido misterio, o la ecuación que plantea la Trinidad con sus incógnitas y místicas soluciones.

Nos saludó muy afable, invitándonos a pasar con él otro ratito junto a la iglesia hasta la hora de cenar; aceptamos; yo me encontraba algo cohibido en su presencia; era la anquilosis que se apodera generalmente de los intelectos casi impúberes ante la palabra reposada, y los gestos litúrgicos, y el aliento místico de hombres barnizados de negrura y de misterio. No era don Cándido, sin embargo, ese tipo estatuario, rígido, severo y con unos gramos de altivez que causa pavor al descender las escalinatas o al contemplar, inmóvil e hiperbóreo, un fantástico cuadro serafino. No; en don Cándido se retrataba su pobreza de espíritu y su bonachonería inagotable; como buen cura rural, hacía honor al plato rebosante, a la prodigalidad de consejos ínfimos o a la aplicación de música insustancial en cosas sin importancia; en fin, se podía muy bien aplicarle las frases de Balzac a su personaje, el abate Birotteau: «...era todo expresión, todo franqueza, gustaba de las buenas tajadas y disfrutaba con cualquier fruslería con la sencillez de un hombre sin hiel y sin malicia...»

Hablamos, como personas desocupadas, del tiempo, de sus caprichos, de su importancia en la agricultura, de las noches tranquilas del verano, del enorme calor, de una horrorosa tempestad que hubo el anterior año, de los campesinos, de su irreligiosidad, de los castigos de la Providencia...

Yo oía su voz tranquila, me parecía grotesca su argumentación conventual y seminarista, su sintaxis clara, regular, de un purismo glacial y recalcitrante: mucha preceptiva y carencia de facilidad expresiva.

Con ese posibilismo medio, a veces simpático por su belleza, iba señalando ideas y apuntando comentarios; mucho se refirió a mi situación incipiente, mucho le dijo a mi padre y mucho me dijo a mí. Me aconsejó que leyera a los místicos, a los poetas y filósofos católicos: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Isidoro, Gonzalo de Berceo, Santo Tomás, Balmes, y una caterva de extranjeros, de los que no conservo en la memoria más que al célebre y reverencioso Bossuet.

Yo, en aquella edad, guardaba una delineación confusa y arbitraria del sentir religioso, pero ya se iba formando en mí la convicción de que simbolizaba al fracaso, y que existía aún gracias a los hermosos fondos de su composición fantaseada, o al tradicionalismo brioso de un pasado esplendente.

Mi padre en este respecto no es que fuera un fanático, pero sí un buen creyente; gran amigo de los cepillos piadosos y de los diezmos clásicos; había leído la Divina Comedia, del siempre inmortal Dante Alighieri, y lo que fué pura fantasía del poeta se aparecía ante él con visos verosímiles, al pie de la letra tomaba la descripción de los círculos avernales, de los diferentes suplicios que en los mismos se llevaban a efecto,

todo lo cual hacía que examinase sus acciones pretéritas para preconcebir el círculo que a él le correspondería... ¡El colmo!

Demasiado lo conocía don Cándido a pesar de su estrechez, y por eso dejaba correr su prosa a raudales sobre el valle esponjoso y fértil de la humanidad sonriente...

Notas

(1) En el original figura incorrectamente «abstración» (nota de «N.R.»).
(2) ¿No véis la sombra de Amiel, el irresoluto? Por fortuna duró poco esa sugestión.
(3) En el original, el párrafo se inicia incorrectamente con un guion largo (—) de diálogo (nota de «N.R.»).
(4) Me refiero a las novelas de Sienkiewich, Chejov, Kuprin, Garin, etc., etc.
(5) En el original figura incorrectamente «desemvolvimiento» (nota de «N.R.»).

IV

La luna fulgía en el firmamento cual perla rodeada de pequeños zafiros; su luz penetraba en los más guardados rincones, una telepatía agradable parecía unir su hermosa preponderancia con las almas exhaustas y anhelantes; era acariciadora su fragancia, eran sublimes sus cabellos transformados en ascuas sensibles; en medio de la enorme criba era la Reina que marcaba movimientos, que encendía las lucecitas casi tenues de las estrellas tímidas; por eso era más simpática su actividad desnubosa, ya que no tenía otro objeto que ofrecer a nuestra conciencia estética un cuadro halagador y hechicero. Capilla y yo estábamos sentados sobre un famoso banco de piedra, admirando en silencio los centelleos ignotos de los miles de astros, escudriñando con nuestra mirada ansiosa los mundos, que, cual turgencias de mujer, aparecían a nuestra vista a través de una atmósfera caótica y difusa.

Nuestro silencio se prolongaba; habíamos ido a aquel sitio con ánimo de hablar de algo, de pensar y convenir nuestro futuro plan de estudios, ya que los dos poseíamos de nuestras familias respectivas la autorización para obrar de acuerdo con nuestros propios sentimientos; veíamos con alegría se confiara tanto en nosotros que nos consideraban aptos para obrar un vuelo libre en medio de los aires revueltos y de las turbulencias barométricas, que impulsivamente revolvían los más agradables estados, las tranquilidades más deseadas; con razón podíamos ya apropiarnos del título de hombres, puesto que como tales obrábamos.

Después, hemos tenido ocasión de comprobar los peligros de un gregarismo acendrado, ya que por la faz de la tierra pululan muchos corpúsculos dañinos, muchos vampiros insaciables, muchos ofidios asqueantes, muchas acciones insanas... Y reconociendo esta situación nuestra, tan libre, rodeada de tanta espontaneidad, fijábamos con más insistencia nuestra mirada en las gemas fosforescentes, como si nuestro espíritu, una vez adueñado de todas las interioridades terrenas, buscase en aquella profusión de mundos alguno adecuado por donde comenzar una investigación etérea, para llenar el vacío que lo conocido y hastioso deja al descender, en vuelo atávico, a las profundidades más internas, a las regiones abísicas de los Océanos... Pero, cuando una nube interceptó nuestra comunicación telepática con las divinidades astrales, sentimos como una intensa soledad que inundase nuestra imaginación, ensimismada en aquellos cuadros inefables; una corriente de impotencia y misterio heló nuestras venas, casi paralizadas ante la pérdida de la fugaz caricia, que como todo lo agradable, todo lo hermoso, era pasajera y casi burlesca, puesto que, sin aviso, desaparecía en las sombras, capciosa, falaz y traicionera; mas venció al fin su fulgidez, libróse del obstáculo que impedía ver su cara risueña, alegre, como invitando a cantar epitalamios. ¿Qué significaba aquello? ¿No era, acaso, un aviso oportuno en los comienzos de nuestra libertad naciente? Porque su cara, sus facciones no eran las de antes, ya no tenía aquella simpatía y aquel brillo, sino que ahora una seriedad parecía reconvenirnos, censurar nuestros procederes, nuestras miradas; un rastro de negruras impedía aún examinar escrupulosamente todo su icono, siempre dispuesto a dejarse amar; aunque ¿por qué habíamos de pensar así? La interpretación más aceptable y razonada era la siguiente: la luna, cual Reina poderosa, exhibía sus resplandores y sus joyas; una horda salvaje atropelló traidoramente todos los infolios de sus preceptos; pasó la horda una vez saciados sus instintos destructores, y la Reina volvía a, como antes, mostrar las atrayentes perlas; pero no podía esconder ciertas manchas en su tersa compostura, ciertos rasguños de sus ropas, ciertas convulsiones rabiosas en su boca, abierta en enigmática posición de venganza.

Y yo pregunté a mi amigo con cierto aire nostálgico y misterioso:

—¿Has comprendido? ¿Te aprovecha la lección?

Y mi amigo contestó, sin mirarme, clavando aún más sus ojos, fijos en la enmarañada tragedia:

—Es que todavía algunas nubes cubren su faz; ten paciencia y verásla otra vez radiante y poderosa.

Y quedamos mirando con acrisolada insistencia, esperando de un momento a otro la impresión óptica, que arrastrase nuestra atención como en un cosmorama interesante.

Pero despertamos de nuestro ensueño antes de que tal fenómeno se realizase, y, vueltos a una realidad menos hermosa que las visiones ideadas, tuvimos unos momentos de escepticismo y rebeldía.

—¡Qué tonterías sumergen al espíritu algunas veces! ¡Pues no hemos prestado atención a esa nube que interceptó a la Luna como sucede un millón de veces diarias! La verdad es que tenemos mucho de mentecatos —decía Capilla, entre serio y riéndose.

Yo le contesté mostrándome más partidario de la subjetividad que por unos momentos ocupó nuestras almas, dándoles como un barniz de ultramundo inefable, esplendoroso.

—No, Capilla —dije—, la Luna, siempre buena, nos ha querido dar una lección de filosofía práctica; nos ha dicho que huyamos de las manchas negras, que en la vida, que pronto comenzaremos a vivir, veamos con perspicacia las cosas para no caer en fangosos arroyuelos que tiznen nuestra cara; nos ha querido decir, también, que una vez ennegrecidos y polvorientos es muy difícil volver al impoluto estado pretérito; aprende, amigo, aprende, ¡dichosos nosotros que hasta la Luna...!

—Calla, Antonio, calla —me respondió—¡la Luna qué va a decir! no sueñes, dime: ¿qué piensas hacer en Septiembre? Yo opino que debemos cursar libre los dos años que nos quedan, y así hacerlos de una vez; nuestra edad ya exige el Bachillerato, ¿no piensas tú lo mismo?

—Idénticamente, todo aceptado.

Nos separamos porque estábamos cansados, nuestras inteligencias callaban, negándose por completo a obedecer las impresiones, y eso significa flacidez, requiere absoluto reposo; por eso mismo cortamos la conversación, y, en un arranque físico, nos levantamos fríos y silenciosos.

La sombra que proyectábamos nos perseguía cual burlesca caricatura dotada de movimiento; cuando quedamos solos, no pudimos menos de abrir los ojos para ver en qué quedó la lucha astral que antes habíamos presenciado, y, ¡oh visión! la Luna envolvía, acariciadora, los objetos, brillando sonriente ¡como antes!, ¡igual que antes!

Y un optimismo, como brotado del suelo a nuestras plantas, se ofreció gustoso a dominar, aunque pasajeramente, en nuestro espíritu; yo por lo menos —no sé lo que le sucedería a Capilla— acepté encantado tal proposición y díle cabida en él; entonces las márgenes fluviales de ríos desconocidos aparecían en mi imaginación exornadas de ingenuos lotos, que cantaban la felicidad e invitaban a vivir, a vivir las dulzuras primitivas de un paraíso verosímil y palpable. Era el optimismo dibujando sus delineaciones con un brillo gentil, pero ensombrecidas por una mácula que lo hacía parecer menos hermoso, menos fulgente; sí, le ofrecí mi espíritu, pero no supo o no pudo adueñarse de él.

Y llegué a casa; mi padre estaba enfrascado en la lectura de una novela de Balzac; hacía ya mucho tiempo que no veía a mi padre ocuparse de negocios; parecía haberse paralizado su fuerza expansiva, como si estuviera comprendido en una vejez demasiado prematura o anhelante de calma y tranquilidad.

Al verme, cerró el libro, puso una señal en la página, y, adoptando una seriedad obligada, se dispuso a hablarme, de la forma que él lo hacía en momentos de indudable importancia.

—Oye, Antonio —me dijo—, veo con agrado y satisfacción tus grandes adelantos en el campo de la vida, al que parece has pisoteado mucho tiempo; sin embargo, a través de las gruesas mallas de la experiencia hay que saber mirar para no deslumbrarse demasiado, o ver demasiado poco; yo te considero ya un hombre que puede abrirse paso entre la enmarañada frondosidad de los bosques vitales; pero, no obstante, casi me martirizan algunas aficiones tuyas aún no bien definidas; acaso te extrañe que yo hable así, ahora, cuando en otras ocasiones no me he permitido aconsejarte más profundamente; es que me herían en el corazón las suposiciones más punzantes; yo veía en tí una viveza nada común, un amplio espíritu de concepción, y yo temía, temía no poder hablarte bien, como necesitaban tus abiertos sentidos, por eso sufría, por eso nada más, y mi sufrimiento llegó al máximum cuando me dijiste que cierto anciano venerable te había dicho que me oyeras, que siguieras al pie de la letra mis palabras... ¡Ah, Antonio! Entonces una ráfaga de extraño humor me indicó que no te hiciera caso, que, desgraciadamente, tus facultades mentales estaban bajo un influjo maligno; yo creí todo, por unos momentos dudé de tu normalidad, pero ¡ah! no he podido aclarar hasta hoy aquellas encarnaciones extrañas, y, ahora, leyendo esta joya de Balzac, apareciéronseme claras las influencias de la incultura, de la carencia de un completo desarrollo intelectual; inmediatamente he achacado a esos dos orígenes que dominan en mi cerebro la formación de aquellos sacrilegios y atentados contra tu manera de obrar, siempre plausible; por eso, hijo mío, si tú notaste la más mínima vacilación... te suplico me perdones, y me abraces en señal de completa...

Yo no le dejé terminar, me arrojé en sus brazos, y, con lágrimas en los ojos, le manifesté la gran admiración que sentía por su alma buena, por su corazón sensible, por todo su ser, al que hacía vivificar la madre de mi sangre; yo era todo suyo, yo no era nadie ante su indudable poder. ¿Cómo, pues, tenía que perdonarle por nada?

—Padre, padre mío, siga, que mi alma recoge agradecida sus palabras, y se dispone a ofrecerle todas sus emanaciones ideales, todos sus suspiros repletos de amor..., siga padre mío...

Y mi padre, aliviado por mis dulces palabras, se dispuso a proseguir su interrumpida oración, de la que tantos provechos había yo de obtener, en cuyo fondo me esperaban con los brazos abiertos tantos consejos buenos, tantos criterios aceptables. Y me dispuse a oírle, apoyando la cabeza sobre las manos y absorbiendo completamente todas las sílabas.

—Pues bien, hijo mío —prosiguió—; ahora he vislumbrado también que sólo por el mero hecho de ser tu padre los consejos que salgan de mi boca penetrarán agradablemente en tu corazón, exhausto de amor; sí, no es necesaria cultura, no es necesario ser un gran pensador para poder hablar a un hijo querido; mira, tienes diez y seis años, comienzas a vivir y te son muy necesarias palabras alentadoras y cariñosas; en esta edad, siempre bella, has sabido apreciar las durezas de la vida, los pesares que lleva consigo una existencia en este mundo; yo quiero, yo te exijo, Antonio, que en todos tus actos tengas presente la conciencia; que todos los adaptes a una ruta fijada de antemano, a una forma de obrar de acuerdo con el honor; ¿tú entiendes ya qué es el honor, hijo mío? El honor es indefinible; sólo puedo decirte que es impisoteable; tú defenderás tu honor en todas las ocasiones; obra con honradez y sea siempre justiciero tu pecho; huye del vicio, sobre todo, Antonio, huye del vicio; ahora estás limpio y sano; por lo tanto, tienes tiempo de trazar una línea que puede ser recta desde el principio; pero de esto no te hablo..., hasta el moralizar incita al pecado; otra cosa, Antonio, nunca nos olvides, en tu corazón guarda el mejor sitio para tus muy amados padres...

Yo le interrumpí; sin saber explicármelo, casi me molestaba el giro que tomaban las cosas, y le dije, tímido:

—Padre; ¿cómo me dice usted eso ahora? Mañana, cuando se ponga el sol, continuaremos; está muy fatigado, es mejor descansar.

—No, no; al final te contaré las causas por las que quiero decírtelo todo en este momento; seguramente todavía no has visto en la vida más que un hemisferio, una media naranja, por donde tú te has escurrido si no con ligereza, con relativa facilidad; pues bien, tienes que pensar que detrás de esa capa blanca está, superpuesta, muy junto con ella, una segunda, donde todo es execrable, donde todo lo inicia la mala fe, donde todo es obra del demonio...; y oye, toda la humanidad, en su continuo éxodo a la muerte, tiene que atravesarla, respirar sus aires enrarecidos, vivir en su ambiente contagioso; pero hay, por fortuna, cauterios para no dejarse influir por sus arrullos (1), cosas inmateriales y profundas que ofrecen su ayuda al hombre: la voluntad, la razón, el entendimiento; y llevándolos en vanguardia es segurísimo que vencerán a todo, impondrán su ley, sus preceptos, sus mandamientos; el resultado de esa victoria será la completa felicidad del hombre que con sus medios la lleve a cabo. ¿Me entiendes? Sí, sí, me entiendes.

Mi padre hizo una pausa, reconcentró su pensamiento y prosiguió:

—Sí, Antonio, todos han de coincidir en que la vida es una incógnita absurda; carecen de ilación y de sentido sus prodigalidades o sus ramplonerías, y el encuentro de un equilibrio, que mantenga a distancia todas las incongruencias, es una cosa que exige perseverancia, voluntad y férreo dominio sobre toda clase de rebeldías monstruosas; por lo tanto, no quiero que dejes de oír de mis labios palabras encaminadas a formar en tu cerebro una sensibilidad reposada; tú bien sabes, y lo has estudiado en la Historia, que

en todo país o estado existe una fuerza dispuesta a arrollar con sus gruesos cordeles al pueblo confiado e ingenuo; sabes también cómo en el transcurso de los tiempos diversas revoluciones han turbado la paz y la tranquilidad con sus exaltaciones y revueltas; es por lo que te recomiendo que nunca, nunca intervengas para nada en esas luchas políticas que carcomen la vida de los pueblos y desvirtúan el fin colectivo; no escapa a mi vista la simpatía con que el elemento juvenil acoge toda idea rebelde o revolucionaria, y es preciso que veas, hijo mío, que todo nace de la inutilidad o el abandono que sienten por las punzadas del régimen que los domina, el cual, como todos los regímenes en la vida, adolecerá, sin duda, de defectos, de innumerables excepciones a los fines perseguidos.

Yo le interrumpí; tocaba a un punto en el que había digresión (2) entre su manera de pensar y la mía; creí conveniente manifestarla:

—Yo, padre —le dije—, entiendo que todas esas concepciones, todas las ideologías políticas brotarán espontáneamente el día en que la disposición del individuo sea capaz de concebir y hacerse cargo de la vida que le rodea; pero nunca se pueden adaptar a un consejo, a una indicación, a un...

—Claro —me contestó—; pero yo sólo quiero decirte que nunca debes inmiscuirte en ninguna algarada; que, si es posible, huyas en la vida de las luchas, donde la primer arma que se esgrime es el engaño, la diplomacia; tú parece que sientes alguna afición a las emociones artísticas; síguela; me agradaría mucho verte convertido en un paladín de la musa... Pero... si me has de creer, aun ahora siento que una fuerza invisible me llama la atención sobre mis disertaciones, me dice que calle, que tú no necesitas te digan estas cosas; mas ¡ay!, gozo tanto al hablarte...; me parece como si en este momento me encontrara en una mansión inefable, rodeado de ondas acariciadoras y hermosas; déjame, pues, hablar, ¡oh, Fuerza!; mi hijo sacrifica gustoso los enredos que en su espíritu forman mis palabras; por lo tanto, no debes detenerme, déjame hablar, déjame hablar...

Mi padre casi se dormía; se encontraba bajo el influjo de situaciones extrañas, se desviaba su oratoria y ya no me hablaba a mí, sino a una imaginada concepción, a una soñada deidad poderosa.

—Padre, padre...

—¿Qué, hijo mío? ¡Ah! Aguardas que te explique el motivo que me ha inducido a hablarte hoy; pues bien, te lo diré, sí, te lo diré; pero no te pongas triste, sé hombre fuerte, inflexible; yo quiero que seas un hombre que no se doblegue ni ante el más intenso dolor; escucha...: yo estoy enfermo, malgastado el motor de mis fuerzas físicas; no sé a qué achacarlo, no puedo adivinar cuál ha sido la causa de esta flacidez de mi corazón; pero es el caso que me anuncia su próxima inmovilidad con aguijonazos desesperantes, se ladea, se alborota, se encrespa..., y yo no lo siento mas que por ti, por ti, Antonio, que quedas solo en el mundo, ¡¡en el mundo!!, que es grande, muy grande, y frío como una fosa que se retuerce en la obscuridad. ¿Qué será de ti? ¿Podrás fácilmente atropellar toda clase de obstáculos, recorriendo victoriosamente todos los ámbitos de estas crudeces, o morirás aprisionado por las garras furibundas de la Vida? Mas no, no quiero, no debo hablarte porque te hago daño; yo no sé decirte las cosas..., yo he sido un insecto sin alas que ha permanecido mudo y quieto ante los rodares de la

sociedad; vive, vive, te lo mando yo, yo que soy tu padre...; esta es... la lucidez terrible de la Muerte...

Un colapso hízole parar, no pudo hablar más; yo tenía anudado el corazón ante la vista de tanta desdicha; estuve unos momentos como idiota, mirando desorbitado las facciones de mi padre, que aparecían orladas de negra diadema, pues su color céreo contrastaba visiblemente con el neutralismo de la periferia; su trabajosa respiración retumbaba, ecoica, entre los muros, y semejaba ya el estertor de un moribundo; yo, al fin, después de un tiempo que no pude determinar, salí pidiendo auxilio a los vecinos más cercanos; acudieron unos cuantos y trasladamos el enfermo al lecho; vino el médico, y tras un rápido reconocimiento, en cuya explicación abundaban palabras que para los profanos son de un tecnicismo dudoso, yo quise saber concretamente el estado de mi padre.

Su respuesta fué más bien una evasiva; se limitó a decirme que, por el pronto, no había gravedad, que esperaba el reconocimiento del día siguiente para precisar mejor; también me dijo «que estuviera tranquilo».

Y una vez que mi padre, debidamente acomodado, parecía dormir, dejé a una vieja vecina que le velase y yo salí al gran patio de la casa; la noche era una de las más hermosas de verano; en ella los puntitos refulgentes parecían exornarla más y más con traslados y risas, en las que ponían de manifiesto su agilidad y presteza; en medio de aquella grandiosidad yo respiraba cohibido, como si se me regatease el aire que aspiraban los pulmones, y todas las divinidades mitológicas me echaran en cara mi inferioridad, la pequeñez de mis alcances obscuros y la antinomia de mis sentimientos estultos; no obstante, en un arranque de exaltado ardor poético, me dirigí a aquellas soledades, exponiéndoles mis cuitas, esperando que de sus omnipotencias saldría alguna ráfaga vivificadora que alentase mis fuerzas exhaustas. Y en soliloquio elegíaco, declamando en alta voz mis palabras espirituales, las emplacé con arrogancia:

—¡Oh, poderes ignotos e inagotables fuentes de poesía! Ante vuestro indiscutible poderío expongo mis sufrimientos y mis penas; de vosotros es bien conocida mi situación desalentadora; demasiado domináis mi espíritu para, en sus interioridades y repliegues, hallar las imágenes descarnadas de mis cuitas; yo dirijo ante esos centelleos fugacísimos mis miradas de turbado, implorando apoyo y digna correspondencia; yo querría que, en luminaria deslumbrante, descendiese de vuestros órganos hirvientes el calor que hiciera desaparecer para siempre el intensísimo frío enroscado a mis huesos y a mi ascendencia; yo reclamo parte de esos superfluos dones que acaparáis insaciables. Y, humildemente, a vosotras, ¡oh, diosas!, rodead con el efluvio de vuestros senos perfumados mis sangrantes y doloridas vísceras; secad con el purísimo aliento que exhaláis mis lágrimas de inconsolable desgraciado; pero..., ¡oh, furor!..., yo os miro, y permanecéis indiferentes a mis penas, y camináis inconmovibles a mis palabras, y os mezcláis, bullangueras, en la fiesta olimpiaca. ¡Ah! Sois crueles, sois criminales, sois indignas de brillar y de lanzar esperanzas bellas; no tenéis corazón que comprenda las sensaciones dolorosas; ¿por qué yo os he suplicado? No merecéis sino que os hable en tonos despectivos; carecéis de personalidad digna para que conozcáis la cortesía. Yo reniego de todas las divinidades, yo maldigo vuestros poderes, yo me esforzaré por demostrar ante el mundo que no existe nada sublime, que todo es vulgar, que todo será conocido y que nunca existieron fuerzas sobrenaturales capaces de mover un débil cabello; yo os emplazo, canallas deidades; dentro de muy poco tiempo tendré la

inmensa satisfacción de veros relegadas a la última escala, olvidadas, crujientes, pataleando vuestros males. ¡Oh, perversas! Desapareced de la faz del mundo y hundíos para siempre en los sepulcros avernales más hediondos; y el día que el cerebro humano no se tenga que preocupar de vosotras será el más feliz del universo, ingratas alimañas, larvas inútiles, despojaos de vuestros mantos, en vosotras se compendian todos los defectos, idos que asqueáis... ¡puaf!...

Cuando me dí cuenta, los primeros albores de la madrugada se dibujaban indecisos sobre el horizonte, y una copla del día distrajo mi atención unos instantes. Yo había estado predicando a las estrellas, y mientras mi debilidad y mi astenia me entretenían en esos cuadros incomprendidos, mi padre seguía indefinible y enigmático en el lecho, sin haber vuelto a recobrar el don de la palabra. Y al desaparecer de mi imaginación las fantasmagorías, que las vistas astrales infiltraban en el cerebro, volví a marchas forzadas a la realidad de los hechos, y me encontré debilitado en medio del patio... Corrí al lado de mi padre, que con gran trabajo iba agarrándose a la vida, a sus dolores, a sus frialdades...

Al encontrarme otra vez ante su presencia, una ola sentimental inundó mi cuerpo todo; rebotaban en mi juventud las sensiblerías y las rebeldías más desatadas, porque así como mi corazón era tierno, mi imaginación era exaltada y perceptible; la lucha de ambas fuerzas era, pues, dura, candente... Y mi padre al abrir los ojos los posó en los míos con una mirada indistinta, indescifrable, en cuyo brillo no se notaba ningún aleteo vital. Y cerré los ojos...

Tuve unos momentos de extraña condolencia; surgían ante mí los hórridos espectáculos de las soledades más terroríficas, las mansiones inhóspitas de la desventuranza; sin duda, yo era uno de esos seres en los que se ceba la desgracia, destruyendo burlescamente situaciones felices, amorosos y placenteros estados. Tenía delante, sumergido en un inacabable mar de líquidos grasientos, a mi buen padre; veía cómo la muerte se apoderaba, entre refunfuñante y atrevida, de aquellos sagrados órganos; no podía impedir y menos hacer retroceder a la maligna enfermedad con amenazas ni venalidades; e impotente y decaído, le lancé una mirada escrutadora, fija, en la que puse toda mi fuerza óptica, queriendo traspasar a aquellas pupilas parte de mis súbitas influencias; pero nada, mi padre permanecía quieto, casi helado, envuelto ya en la macabra atmósfera del misterio...

Salía yo de mi casa desesperado; una ráfaga de locura se apoderó como una mueca de mis facultades. Tropecé con mi buen amigo Capilla, trató de consolarme, pero en vano; el fuego de mis desdichas no lo apagaban, no podían apagarlo cuatro palabras frías y protocolarias; por eso no logró convencerme, consiguiendo sólo el retorno a casa, donde ya el médico iniciaba el segundo reconocimiento y se disponía a hacer un diagnóstico científico y autorizado. Se me escaparon, cual en soplo humeante, todos mis pensamientos y sublimes cábalas; una vulgaridad mal comprendida se adueñó de mí al contacto con un hombre que trataba rutinariamente de devolver a mi padre cosas irrestituibles, calores apagados, brillos extinguidos. Y por un momento vi que la sutilísima luz de la esperanza me ofrecía sus resplandores, vi que penetraba casi furtivamente dentro de mi arteria sentimental. El hombre de ciencia se esforzaba con tanteos y oteadoras miradas en vislumbrar cualquier atributo prefijado, cualquier síntoma que corroborara sus vaticinios o sus opiniones; asistía yo a esta escena mudo de emoción, recorriendo continuamente mi cuerpo los flechazos de la impaciencia; yo

necesitaba conocer prontamente los resultados de aquellas investigaciones y aquellos análisis, y, por lo mismo, sin esperar al fin de sus enrevesados desarrollos, abordé al doctor con una mirada suplicante, en la que también se encerraba una gran dosis de escepticismo acerca de los resultados de sus gestiones; él así debió comprenderlo puesto que contestó:

—Hay que tener confianza, sobre todo hay que tener confianza; salvo complicaciones inesperadas, su padre recobrará el normal desarrollo dentro de poco, aunque quizá algún rastro turbe..., pero el peligro de muerte, que al principio amenazaba, ha desaparecido; he cumplido con mi obligación de ahuyentarlo, lo demás es obra de la naturaleza individual.

Estas palabras fueron objeto, por mi parte, de diversas interpretaciones; yo debía tener fe en ellas, pues su confirmación era la vida de mi padre. Y, henchido con la feliz nueva, penetré en el cuarto del enfermo; una atmósfera corrompida y pesada parecía aprisionar las agilidades físicas, robando fuerza y vigor a los músculos que protestaban con débiles crujidos de huesos y con la mostranza de oquedades exhaustas; mi padre se encontraba algo reanimado dentro de la postración y el abatimiento que habíanlo dominado las horas anteriores; la palidez de su cara parecía haberse hecho menos perceptible, y las extremidades torácicas alcanzaban algunas veces el rictus de una pausada normalidad.

Al verme quiso hacer un movimiento para levantarse, pero no pudo, se opuso al intento la tenacidad mordedora de la crisis; descubrió su mano de entre las sábanas y con ella hizo un signo como si quisiera llamarme; yo me acerqué y pude oír unas palabras terribles.

—Hijo mío... socórreme, cúrame... temo la muerte...

No pudo más, la piel se contrajo, la boca entreabierta reflejaba sufrimiento, y una mano sobre el corazón indicaba el lugar dolorido: la chispeante ascua donde se fundía el hierro de la vida; cayó, su cuerpo, casi inerte, contrajo la figura de un cadáver en el quirófano; era un nuevo ataque cardíaco, las espinas del dolor le aguijoneaban haciendo que un sudor frío y rutilante surgiera de entre los cabellos argentados y sueltos; yo lo miré, tuve el valor de mirarlo, y una vez que en mi cerebro se iban interpretando los menores movimientos, las más insignificantes expresiones, formé y recompuse idealmente los padecimientos que asaltaban a mi padre; miré hacia arriba, vi una imagen, una visión, una indefinible figura que me hacía señas para que la examinase; yo la sorbía con la mirada, me hacían daño sus influencias y me herían los cuadros que mostraba en su pecho entreabierto, caricaturizando las más horrorosas alegorías del sufrimiento.

Y en un arranque de iracundia irreflexiva, tiré con el primer objeto que hallé a mano un golpe a aquella visión macabra, que, burlona y cruel, se retiró mostrándome los torturadores instrumentos de sus hechos, enseñándome todos sus órganos lacerados, inundando mi inteligencia de febriles exaltaciones, arrojándome un cierto copito blanco que, al tropezar en mi corazón, me hizo el efecto de un alfilerazo punzante. Cuando desapareció bajé los ojos, tropezando con la helada mirada de mi padre, el cual con signos afirmativos y palabras delirantes aprobaba aquella conducta ahíta de misterio y tinieblas.

—Bien... Antonio queri... i... do..., has matado... ado a la Muer... te, ya... me apreta... aba... aquí...

Y señalaba su corazón deshecho y envuelto en presiones que le imposibilitaban todo movimiento vital, todo latido balbuciente; yo pasé de la inacción más débil a la exaltada agitación física, paseaba por la habitación a grandes zancadas, como queriendo arrancar del suelo remedios a tamañas desdichas, a tan crueles pruebas de paciencia sentimental; hasta dí voces, nadie respondió a mis llamadas, nadie acudió a consolarme, y, en medio de aquella atmósfera caliente y enrarecida, los pensamientos más extraños se adherían al cerebro dolorido y turbulento; dentro de mi corta edad de adolescente, yo, que en la vida no había encontrado aún un asidero agradable, una situación feliz, sacaba las consecuencias más hórridas a todos los sucesos terrenales: ¿para qué se nos ha dado el corazón? ¡oh! para tener que inundarlo de lágrimas desesperantes, de áridos paisajes de desierto, de soledades embriagadoras, de madrigales sensibleros. Corazón, corazón es lo único que se opone a una dependencia viva, coercible, con la multitud imperturbable de la Naturaleza, lo único que, con interrupciones dolorosas, impide nuestro constante caminar, lo único, en fin, que nos envía raudales de dolor, grifos inagotables de sufrimientos por cada placer inefable que nos proporciona; esto lo pensaba yo en presencia de la silueta desgarrante y casi yerta de mi padre, que me infiltraba las antinomias más descabelladas, y que iniciaba la lucha entre la realidad circundante y mis ideas naturalistas, insensibles.

Imbuído por multitud de pensamientos, salí de casa y marché al campo, me resultaba gratísima la compañía tranquila de los árboles y el remanso de los valles; aunque todo parecía permanecer muerto y helado, allí se encerraban gérmenes vitales enormes, fuerzas en desarrollo sumamente grandes, era como un ritmo agradable en el que las notas tristes se rechazan, dejando sólo campo libre a las suaves melodías del bienestar y de la felicidad; por eso mi alma se ensanchaba y unía con alborozo sus fibras fraternales a aquel conjunto de fervores vegetales.

Yo soñaba, sí, soñaba, porque oía las palabras amigas y consoladoras de todos los seres incomprendidos, buceaba en sus interioridades, quería encontrar en su organización adaptaciones a mi mundillo asqueroso, y cuando ya creía haber hallado todas las incógnitas, cuando mi fijeza y entusiasmo eran mayores, he aquí que las voces de un pastor lejano y los zumbidos de proyectiles rocosos, lanzados con hondas, me vuelven a la situación real y cortante, ¡oh bucólicos entusiastas! Regreso, voy dejando por el camino suspiros que se esparcen, ondulantes, en la atmósfera enigmática; era ya de noche, mis pisadas en la arena producían un sonido lúgubre: chasquidos de un crujir de huesos, bailoteo apocalíptico en medio de la llanura, o el arrastramiento rítmico de ofidios lustrosos. Es el caso que la soledad y la noche vuelven a formar en mi intelecto una especie de Stadium donde se disponen otra vez a luchar los sentimientos púgiles que aspiran a predominar en él... La fantasía se desborda y remueve a la mente...; por eso lo primero que se presenta a mi vista es una llanura yerma y seca, en ella se vislumbran dos grandes cíclopes que avanzan embriagados, movidos automáticamente por resortes invisibles; el primero, el que avanza por la derecha, es un corazón sangrante, envuelto en una gasa blanca que brilla a la luz del sol, destacando su carácter impoluto y pulquérrimo; el segundo, el que se adelanta por la izquierda, es un coloso fortísimo, en cuya faz impertérrita se nota una mueca de rebeldía y achulamiento; sus miembros pesados de energúmeno le dan el rictus de un mamut antediluviano; el

encuentro anunciaba ser terriblemente destructor; los dos enemigos poseían armas bastante desiguales; el primero comenzó a enternecerse, soltando verdaderos chorros de lágrimas, que, al posarse en la piel cerdosa y vasta del segundo, resbalaban, impotentes a su hermetismo; este último, a su vez, avanzaba furioso, con las fauces abiertas y dispuestas a tragarse al enemigo de un solo y fácil bocado; pero entonces sucedió algo grandioso: una difusa luz intercaló sus fulgores entre ambos combatientes; el momento fué sublime, digno de que lo cante un poeta y de convertirlo en un poema inmortal.

Poco se dejó ver; al mismo tiempo que el monstruo tragábase el corazón, una llamarada roja cubrió su cuerpo, obligándole a caer; el coloso yacía derribado, lanzando a veces terribles maldiciones, que retumbaban agoreras en la llanura tranquila; en seguida la paralización más completa inundó su cuerpo, las extremidades dejaron de moverse, los ojos se cristalizaron, la nariz se dilató enormemente, y la boca, después de rítmicas dentelladas, alcanzó la forma de una mueca fatídica; estaba muerto; sí, un energúmeno fallecía al colocarse un corazón en el pecho. De pronto, una obscuridad, negra y densa como todas las obscuridades, se apoderó de la atmósfera y unió a las soledades reinantes los terroríficos cuadros de su negrura; pero desapareció de repente; el llano se ofreció a mi vista claro y límpido; había desaparecido el cadáver como por arte de magia, y en su lugar aparecían los primeros brotes de una palmera risueña, que, confiada y alegre, daba en aquellas soledades la sensación de un salvador en desarrollo, de un poderoso que exhibe su grandeza; y la palmera crecía..., crecía, y pronto a su pie crecieron otras..., y otras..., y la llanura hubo de convertirse en un bello y frondoso bosque; una flora variada y exuberante... guardaba en su tallo los misticismos más recónditos; un pajarillo cruzó la atmósfera, alegre y vivaracho, yendo a posarse en las frondas verdes de un álamo; desde allí saludaba a sus congéneres con trinos melodiosos y penetrantes; no tardó en presentarse una cuadrilla de conejos que, sutiles y observadores, movían sus orejas en continuo alerta y desconfianza; pasaron y vinieron otras hermosas variedades, dejando rastros agradables en sus rápidos éxodos; así fueron desfilando innumerables faunas...; era la Naturaleza que sonreía, caprichosa y lagotera, ante su perfecta constitución estética...; y todo era alegría..., y todo era paz..., y todo eran continuos cantos fraternos; pero, por fin, apareció el hombre; una hermosa pareja, cuya procreación espontánea y numerosa creció al instante, se apoderó, egoísta, de tanta belleza, y comenzaron su obra destructora, aniquilante; y cuando avergonzados y cabizbajos se proponían cambiar de sistema, iniciar una palingenesia activa, he aquí que diversos hechos sensibles enfrían sus órganos de acción, estremecen sus miembros, turbian sus miradas con lágrimas voraces; era el corazón primitivo que, henchido de superchería, la lanzaba en estado líquido al exterior, arrollando sus corrientes lo que fuese obstáculo a su marcha triunfal...; y la Naturaleza decaía, disminuía sus encantos, acortaba sus perfumados efluvios, y el mundo se animalaba, adquiría la forma rudimentaria, daba vueltas alrededor de su misma oquedad. Todo emanaba del corazón púgil, que, una vez pútrida la carne del coloso, surgía lleno de poder, y, distribuído en pequeños trocitos, se había colocado en todos los pechos humanos ansioso de venganza; su obra fue inmediata: el minar las pobres vidas, cubriendo de luto y dolor toda la faz del Universo. Y en este instante... ¡ay!, en este instante volví a la realidad; me hallaba en un camino dirigiéndome hacia el pueblo, inconscientemente (3); quise comentar mis anteriores creaciones para obtener alguna consecuencia, pero en vano, todo desapareció de mi mente, dejando solamente en ella la preocupación y el abatimiento.

Tuve que saludar al nuevo día; la aurora me inundó de alburas inmensas...; el sol, poco después, apagó mis ojos, dormí y soñé...

¿Qué soñé? La nada podrá contestar, yo no.

Notas

(1) En el original figura «arrollos» (nota de «N.R.»).
(2) En el original figura «disgresión» (nota de «N.R.»).
(3) En el original figura «incoscientemente» (nota de «N.R.»).

IV

La luna fulgía en el firmamento cual perla rodeada de pequeños zafiros; su luz penetraba en los más guardados rincones, una telepatía agradable parecía unir su hermosa preponderancia con las almas exhaustas y anhelantes; era acariciadora su fragancia, eran sublimes sus cabellos transformados en ascuas sensibles; en medio de la enorme criba era la Reina que marcaba movimientos, que encendía las lucecitas casi tenues de las estrellas tímidas; por eso era más simpática su actividad desnubosa, ya que no tenía otro objeto que ofrecer a nuestra conciencia estética un cuadro halagador y hechicero. Capilla y yo estábamos sentados sobre un famoso banco de piedra, admirando en silencio los centelleos ignotos de los miles de astros, escudriñando con nuestra mirada ansiosa los mundos, que, cual turgencias de mujer, aparecían a nuestra vista a través de una atmósfera caótica y difusa.

Nuestro silencio se prolongaba; habíamos ido a aquel sitio con ánimo de hablar de algo, de pensar y convenir nuestro futuro plan de estudios, ya que los dos poseíamos de nuestras familias respectivas la autorización para obrar de acuerdo con nuestros propios sentimientos; veíamos con alegría se confiara tanto en nosotros que nos consideraban aptos para obrar un vuelo libre en medio de los aires revueltos y de las turbulencias barométricas, que impulsivamente revolvían los más agradables estados, las tranquilidades más deseadas; con razón podíamos ya apropiarnos del título de hombres, puesto que como tales obrábamos.

Después, hemos tenido ocasión de comprobar los peligros de un gregarismo acendrado, ya que por la faz de la tierra pululan muchos corpúsculos dañinos, muchos vampiros insaciables, muchos ofidios asqueantes, muchas acciones insanas... Y reconociendo esta situación nuestra, tan libre, rodeada de tanta espontaneidad, fijábamos con más insistencia nuestra mirada en las gemas fosforescentes, como si nuestro espíritu, una vez adueñado de todas las interioridades terrenas, buscase en aquella profusión de mundos alguno adecuado por donde comenzar una investigación etérea, para llenar el vacío que lo conocido y hastioso deja al descender, en vuelo atávico, a las profundidades más internas, a las regiones abísicas de los Océanos... Pero, cuando una nube interceptó nuestra comunicación telepática con las divinidades astrales, sentimos como una intensa soledad que inundase nuestra imaginación, ensimismada en aquellos cuadros inefables; una corriente de impotencia y misterio heló nuestras venas, casi paralizadas ante la pérdida de la fugaz caricia, que como todo lo agradable, todo lo hermoso, era pasajera y casi burlesca, puesto que, sin aviso, desaparecía en las sombras, capciosa, falaz y traicionera; mas venció al fin su fulgidez, libróse del obstáculo que impedía ver su cara risueña, alegre, como invitando a cantar epitalamios. ¿Qué significaba aquello? ¿No era, acaso, un aviso oportuno en los comienzos de nuestra libertad naciente? Porque su cara, sus facciones no eran las de antes, ya no tenía aquella simpatía y aquel brillo, sino que ahora una seriedad parecía reconvenirnos, censurar nuestros procederes, nuestras miradas; un rastro de negruras impedía aún examinar escrupulosamente todo su icono, siempre dispuesto a dejarse amar; aunque ¿por qué habíamos de pensar así? La interpretación más aceptable y razonada era la siguiente: la luna, cual Reina poderosa, exhibía sus resplandores y sus joyas; una horda salvaje atropelló traidoramente todos los infolios de sus preceptos; pasó la horda una vez saciados sus instintos destructores, y la Reina volvía a, como antes, mostrar las atrayentes perlas; pero no podía esconder ciertas

manchas en su tersa compostura, ciertos rasguños de sus ropas, ciertas convulsiones rabiosas en su boca, abierta en enigmática posición de venganza.

Y yo pregunté a mi amigo con cierto aire nostálgico y misterioso:

—¿Has comprendido? ¿Te aprovecha la lección?

Y mi amigo contestó, sin mirarme, clavando aún más sus ojos, fijos en la enmarañada tragedia:

—Es que todavía algunas nubes cubren su faz; ten paciencia y verásla otra vez radiante y poderosa.

Y quedamos mirando con acrisolada insistencia, esperando de un momento a otro la impresión óptica, que arrastrase nuestra atención como en un cosmorama interesante.

Pero despertamos de nuestro ensueño antes de que tal fenómeno se realizase, y, vueltos a una realidad menos hermosa que las visiones ideadas, tuvimos unos momentos de escepticismo y rebeldía.

—¡Qué tonterías sumergen al espíritu algunas veces! ¡Pues no hemos prestado atención a esa nube que interceptó a la Luna como sucede un millón de veces diarias! La verdad es que tenemos mucho de mentecatos —decía Capilla, entre serio y riéndose.

Yo le contesté mostrándome más partidario de la subjetividad que por unos momentos ocupó nuestras almas, dándoles como un barniz de ultramundo inefable, esplendoroso.

—No, Capilla —dije—, la Luna, siempre buena, nos ha querido dar una lección de filosofía práctica; nos ha dicho que huyamos de las manchas negras, que en la vida, que pronto comenzaremos a vivir, veamos con perspicacia las cosas para no caer en fangosos arroyuelos que tiznen nuestra cara; nos ha querido decir, también, que una vez ennegrecidos y polvorientos es muy difícil volver al impoluto estado pretérito; aprende, amigo, aprende, ¡dichosos nosotros que hasta la Luna...!

—Calla, Antonio, calla —me respondió—¡la Luna qué va a decir! no sueñes, dime: ¿qué piensas hacer en Septiembre? Yo opino que debemos cursar libre los dos años que nos quedan, y así hacerlos de una vez; nuestra edad ya exige el Bachillerato, ¿no piensas tú lo mismo?

—Idénticamente, todo aceptado.

Nos separamos porque estábamos cansados, nuestras inteligencias callaban, negándose por completo a obedecer las impresiones, y eso significa flacidez, requiere absoluto reposo; por eso mismo cortamos la conversación, y, en un arranque físico, nos levantamos fríos y silenciosos.

La sombra que proyectábamos nos perseguía cual burlesca caricatura dotada de movimiento; cuando quedamos solos, no pudimos menos de abrir los ojos para ver en qué quedó la lucha astral que antes habíamos presenciado, y, ¡oh visión! la Luna envolvía, acariciadora, los objetos, brillando sonriente ¡como antes!, ¡igual que antes!

Y un optimismo, como brotado del suelo a nuestras plantas, se ofreció gustoso a dominar, aunque pasajeramente, en nuestro espíritu; yo por lo menos —no sé lo que le sucedería a Capilla— acepté encantado tal proposición y díle cabida en él; entonces las márgenes fluviales de ríos desconocidos aparecían en mi imaginación exornadas de ingenuos lotos, que cantaban la felicidad e invitaban a vivir, a vivir las dulzuras primitivas de un paraíso verosímil y palpable. Era el optimismo dibujando sus delineaciones con un brillo gentil, pero ensombrecidas por una mácula que lo hacía parecer menos hermoso, menos fulgente; sí, le ofrecí mi espíritu, pero no supo o no pudo adueñarse de él.

Y llegué a casa; mi padre estaba enfrascado en la lectura de una novela de Balzac; hacía ya mucho tiempo que no veía a mi padre ocuparse de negocios; parecía haberse paralizado su fuerza expansiva, como si estuviera comprendido en una vejez demasiado prematura o anhelante de calma y tranquilidad.

Al verme, cerró el libro, puso una señal en la página, y, adoptando una seriedad obligada, se dispuso a hablarme, de la forma que él lo hacía en momentos de indudable importancia.

—Oye, Antonio —me dijo—, veo con agrado y satisfacción tus grandes adelantos en el campo de la vida, al que parece has pisoteado mucho tiempo; sin embargo, a través de las gruesas mallas de la experiencia hay que saber mirar para no deslumbrarse demasiado, o ver demasiado poco; yo te considero ya un hombre que puede abrirse paso entre la enmarañada frondosidad de los bosques vitales; pero, no obstante, casi me martirizan algunas aficiones tuyas aún no bien definidas; acaso te extrañe que yo hable así, ahora, cuando en otras ocasiones no me he permitido aconsejarte más profundamente; es que me herían en el corazón las suposiciones más punzantes; yo veía en tí una viveza nada común, un amplio espíritu de concepción, y yo temía, temía no poder hablarte bien, como necesitaban tus abiertos sentidos, por eso sufría, por eso nada más, y mi sufrimiento llegó al máximum cuando me dijiste que cierto anciano venerable te había dicho que me oyeras, que siguieras al pie de la letra mis palabras... ¡Ah, Antonio! Entonces una ráfaga de extraño humor me indicó que no te hiciera caso, que, desgraciadamente, tus facultades mentales estaban bajo un influjo maligno; yo creí todo, por unos momentos dudé de tu normalidad, pero ¡ah! no he podido aclarar hasta hoy aquellas encarnaciones extrañas, y, ahora, leyendo esta joya de Balzac, apareciéronseme claras las influencias de la incultura, de la carencia de un completo desarrollo intelectual; inmediatamente he achacado a esos dos orígenes que dominan en mi cerebro la formación de aquellos sacrilegios y atentados contra tu manera de obrar, siempre plausible; por eso, hijo mío, si tú notaste la más mínima vacilación... te suplico me perdones, y me abraces en señal de completa...

Yo no le dejé terminar, me arrojé en sus brazos, y, con lágrimas en los ojos, le manifesté la gran admiración que sentía por su alma buena, por su corazón sensible, por todo su ser, al que hacía vivificar la madre de mi sangre; yo era todo suyo, yo no era nadie ante su indudable poder. ¿Cómo, pues, tenía que perdonarle por nada?

—Padre, padre mío, siga, que mi alma recoge agradecida sus palabras, y se dispone a ofrecerle todas sus emanaciones ideales, todos sus suspiros repletos de amor..., siga padre mío...

Y mi padre, aliviado por mis dulces palabras, se dispuso a proseguir su interrumpida oración, de la que tantos provechos había yo de obtener, en cuyo fondo me esperaban con los brazos abiertos tantos consejos buenos, tantos criterios aceptables. Y me dispuse a oírle, apoyando la cabeza sobre las manos y absorbiendo completamente todas las sílabas.

—Pues bien, hijo mío —prosiguió—; ahora he vislumbrado también que sólo por el mero hecho de ser tu padre los consejos que salgan de mi boca penetrarán agradablemente en tu corazón, exhausto de amor; sí, no es necesaria cultura, no es necesario ser un gran pensador para poder hablar a un hijo querido; mira, tienes diez y seis años, comienzas a vivir y te son muy necesarias palabras alentadoras y cariñosas; en esta edad, siempre bella, has sabido apreciar las durezas de la vida, los pesares que lleva consigo una existencia en este mundo; yo quiero, yo te exijo, Antonio, que en todos tus actos tengas presente la conciencia; que todos los adaptes a una ruta fijada de antemano, a una forma de obrar de acuerdo con el honor; ¿tú entiendes ya qué es el honor, hijo mío? El honor es indefinible; sólo puedo decirte que es impisoteable; tú defenderás tu honor en todas las ocasiones; obra con honradez y sea siempre justiciero tu pecho; huye del vicio, sobre todo, Antonio, huye del vicio; ahora estás limpio y sano; por lo tanto, tienes tiempo de trazar una línea que puede ser recta desde el principio; pero de esto no te hablo..., hasta el moralizar incita al pecado; otra cosa, Antonio, nunca nos olvides, en tu corazón guarda el mejor sitio para tus muy amados padres...

Yo le interrumpí; sin saber explicármelo, casi me molestaba el giro que tomaban las cosas, y le dije, tímido:

—Padre; ¿cómo me dice usted eso ahora? Mañana, cuando se ponga el sol, continuaremos; está muy fatigado, es mejor descansar.

—No, no; al final te contaré las causas por las que quiero decírtelo todo en este momento; seguramente todavía no has visto en la vida más que un hemisferio, una media naranja, por donde tú te has escurrido si no con ligereza, con relativa facilidad; pues bien, tienes que pensar que detrás de esa capa blanca está, superpuesta, muy junto con ella, una segunda, donde todo es execrable, donde todo lo inicia la mala fe, donde todo es obra del demonio...; y oye, toda la humanidad, en su continuo éxodo a la muerte, tiene que atravesarla, respirar sus aires enrarecidos, vivir en su ambiente contagioso; pero hay, por fortuna, cauterios para no dejarse influir por sus arrullos (1), cosas inmateriales y profundas que ofrecen su ayuda al hombre: la voluntad, la razón, el entendimiento; y llevándolos en vanguardia es segurísimo que vencerán a todo, impondrán su ley, sus preceptos, sus mandamientos; el resultado de esa victoria será la completa felicidad del hombre que con sus medios la lleve a cabo. ¿Me entiendes? Sí, sí, me entiendes.

Mi padre hizo una pausa, reconcentró su pensamiento y prosiguió:

—Sí, Antonio, todos han de coincidir en que la vida es una incógnita absurda; carecen de ilación y de sentido sus prodigalidades o sus ramplonerías, y el encuentro de un equilibrio, que mantenga a distancia todas las incongruencias, es una cosa que exige perseverancia, voluntad y férreo dominio sobre toda clase de rebeldías monstruosas; por lo tanto, no quiero que dejes de oír de mis labios palabras encaminadas a formar en tu

cerebro una sensibilidad reposada; tú bien sabes, y lo has estudiado en la Historia, que en todo país o estado existe una fuerza dispuesta a arrollar con sus gruesos cordeles al pueblo confiado e ingenuo; sabes también cómo en el transcurso de los tiempos diversas revoluciones han turbado la paz y la tranquilidad con sus exaltaciones y revueltas; es por lo que te recomiendo que nunca, nunca intervengas para nada en esas luchas políticas que carcomen la vida de los pueblos y desvirtúan el fin colectivo; no escapa a mi vista la simpatía con que el elemento juvenil acoge toda idea rebelde o revolucionaria, y es preciso que veas, hijo mío, que todo nace de la inutilidad o el abandono que sienten por las punzadas del régimen que los domina, el cual, como todos los regímenes en la vida, adolecerá, sin duda, de defectos, de innumerables excepciones a los fines perseguidos.

Yo le interrumpí; tocaba a un punto en el que había digresión (2) entre su manera de pensar y la mía; creí conveniente manifestarla:

—Yo, padre —le dije—, entiendo que todas esas concepciones, todas las ideologías políticas brotarán espontáneamente el día en que la disposición del individuo sea capaz de concebir y hacerse cargo de la vida que le rodea; pero nunca se pueden adaptar a un consejo, a una indicación, a un...

—Claro —me contestó—; pero yo sólo quiero decirte que nunca debes inmiscuirte en ninguna algarada; que, si es posible, huyas en la vida de las luchas, donde la primer arma que se esgrime es el engaño, la diplomacia; tú parece que sientes alguna afición a las emociones artísticas; síguela; me agradaría mucho verte convertido en un paladín de la musa... Pero... si me has de creer, aun ahora siento que una fuerza invisible me llama la atención sobre mis disertaciones, me dice que calle, que tú no necesitas te digan estas cosas; mas ¡ay!, gozo tanto al hablarte...; me parece como si en este momento me encontrara en una mansión inefable, rodeado de ondas acariciadoras y hermosas; déjame, pues, hablar, ¡oh, Fuerza!; mi hijo sacrifica gustoso los enredos que en su espíritu forman mis palabras; por lo tanto, no debes detenerme, déjame hablar, déjame hablar...

Mi padre casi se dormía; se encontraba bajo el influjo de situaciones extrañas, se desviaba su oratoria y ya no me hablaba a mí, sino a una imaginada concepción, a una soñada deidad poderosa.

—Padre, padre...

—¿Qué, hijo mío? ¡Ah! Aguardas que te explique el motivo que me ha inducido a hablarte hoy; pues bien, te lo diré, sí, te lo diré; pero no te pongas triste, sé hombre fuerte, inflexible; yo quiero que seas un hombre que no se doblegue ni ante el más intenso dolor; escucha...: yo estoy enfermo, malgastado el motor de mis fuerzas físicas; no sé a qué achacarlo, no puedo adivinar cuál ha sido la causa de esta flacidez de mi corazón; pero es el caso que me anuncia su próxima inmovilidad con aguijonazos desesperantes, se ladea, se alborota, se encrespa..., y yo no lo siento mas que por ti, por ti, Antonio, que quedas solo en el mundo, ¡¡en el mundo!!, que es grande, muy grande, y frío como una fosa que se retuerce en la obscuridad. ¿Qué será de ti? ¿Podrás fácilmente atropellar toda clase de obstáculos, recorriendo victoriosamente todos los ámbitos de estas crudeces, o morirás aprisionado por las garras furibundas de la Vida? Mas no, no quiero, no debo hablarte porque te hago daño; yo no sé decirte las cosas...,

yo he sido un insecto sin alas que ha permanecido mudo y quieto ante los rodares de la sociedad; vive, vive, te lo mando yo, yo que soy tu padre...; esta es... la lucidez terrible de la Muerte...

Un colapso hízole parar, no pudo hablar más; yo tenía anudado el corazón ante la vista de tanta desdicha; estuve unos momentos como idiota, mirando desorbitado las facciones de mi padre, que aparecían orladas de negra diadema, pues su color céreo contrastaba visiblemente con el neutralismo de la periferia; su trabajosa respiración retumbaba, ecoica, entre los muros, y semejaba ya el estertor de un moribundo; yo, al fin, después de un tiempo que no pude determinar, salí pidiendo auxilio a los vecinos más cercanos; acudieron unos cuantos y trasladamos el enfermo al lecho; vino el médico, y tras un rápido reconocimiento, en cuya explicación abundaban palabras que para los profanos son de un tecnicismo dudoso, yo quise saber concretamente el estado de mi padre.

Su respuesta fué más bien una evasiva; se limitó a decirme que, por el pronto, no había gravedad, que esperaba el reconocimiento del día siguiente para precisar mejor; también me dijo «que estuviera tranquilo».

Y una vez que mi padre, debidamente acomodado, parecía dormir, dejé a una vieja vecina que le velase y yo salí al gran patio de la casa; la noche era una de las más hermosas de verano; en ella los puntitos refulgentes parecían exornarla más y más con traslados y risas, en las que ponían de manifiesto su agilidad y presteza; en medio de aquella grandiosidad yo respiraba cohibido, como si se me regatease el aire que aspiraban los pulmones, y todas las divinidades mitológicas me echaran en cara mi inferioridad, la pequeñez de mis alcances obscuros y la antinomia de mis sentimientos estultos; no obstante, en un arranque de exaltado ardor poético, me dirigí a aquellas soledades, exponiéndoles mis cuitas, esperando que de sus omnipotencias saldría alguna ráfaga vivificadora que alentase mis fuerzas exhaustas. Y en soliloquio elegíaco, declamando en alta voz mis palabras espirituales, las emplacé con arrogancia:

—¡Oh, poderes ignotos e inagotables fuentes de poesía! Ante vuestro indiscutible poderío expongo mis sufrimientos y mis penas; de vosotros es bien conocida mi situación desalentadora; demasiado domináis mi espíritu para, en sus interioridades y repliegues, hallar las imágenes descarnadas de mis cuitas; yo dirijo ante esos centelleos fugacísimos mis miradas de turbado, implorando apoyo y digna correspondencia; yo querría que, en luminaria deslumbrante, descendiese de vuestros órganos hirvientes el calor que hiciera desaparecer para siempre el intensísimo frío enroscado a mis huesos y a mi ascendencia; yo reclamo parte de esos superfluos dones que acaparáis insaciables. Y, humildemente, a vosotras, ¡oh, diosas!, rodead con el efluvio de vuestros senos perfumados mis sangrantes y doloridas vísceras; secad con el purísimo aliento que exhaláis mis lágrimas de inconsolable desgraciado; pero..., ¡oh, furor!..., yo os miro, y permanecéis indiferentes a mis penas, y camináis inconmovibles a mis palabras, y os mezcláis, bullangueras, en la fiesta olimpiaca. ¡Ah! Sois crueles, sois criminales, sois indignas de brillar y de lanzar esperanzas bellas; no tenéis corazón que comprenda las sensaciones dolorosas; ¿por qué yo os he suplicado? No merecéis sino que os hable en tonos despectivos; carecéis de personalidad digna para que conozcáis la cortesía. Yo reniego de todas las divinidades, yo maldigo vuestros poderes, yo me esforzaré por demostrar ante el mundo que no existe nada sublime, que todo es vulgar, que todo será conocido y que nunca existieron fuerzas sobrenaturales capaces de mover un débil

cabello; yo os emplazo, canallas deidades; dentro de muy poco tiempo tendré la inmensa satisfacción de veros relegadas a la última escala, olvidadas, crujientes, pataleando vuestros males. ¡Oh, perversas! Desapareced de la faz del mundo y hundíos para siempre en los sepulcros avernales más hediondos; y el día que el cerebro humano no se tenga que preocupar de vosotras será el más feliz del universo, ingratas alimañas, larvas inútiles, despojaos de vuestros mantos, en vosotras se compendian todos los defectos, idos que asqueáis... ¡puaf!...

Cuando me dí cuenta, los primeros albores de la madrugada se dibujaban indecisos sobre el horizonte, y una copla del día distrajo mi atención unos instantes. Yo había estado predicando a las estrellas, y mientras mi debilidad y mi astenia me entretenían en esos cuadros incomprendidos, mi padre seguía indefinible y enigmático en el lecho, sin haber vuelto a recobrar el don de la palabra. Y al desaparecer de mi imaginación las fantasmagorías, que las vistas astrales infiltraban en el cerebro, volví a marchas forzadas a la realidad de los hechos, y me encontré debilitado en medio del patio... Corrí al lado de mi padre, que con gran trabajo iba agarrándose a la vida, a sus dolores, a sus frialdades...

Al encontrarme otra vez ante su presencia, una ola sentimental inundó mi cuerpo todo; rebotaban en mi juventud las sensiblerías y las rebeldías más desatadas, porque así como mi corazón era tierno, mi imaginación era exaltada y perceptible; la lucha de ambas fuerzas era, pues, dura, candente... Y mi padre al abrir los ojos los posó en los míos con una mirada indistinta, indescifrable, en cuyo brillo no se notaba ningún aleteo vital. Y cerré los ojos...

Tuve unos momentos de extraña condolencia; surgían ante mí los hórridos espectáculos de las soledades más terroríficas, las mansiones inhóspitas de la desventuranza; sin duda, yo era uno de esos seres en los que se ceba la desgracia, destruyendo burlescamente situaciones felices, amorosos y placenteros estados. Tenía delante, sumergido en un inacabable mar de líquidos grasientos, a mi buen padre; veía cómo la muerte se apoderaba, entre refunfuñante y atrevida, de aquellos sagrados órganos; no podía impedir y menos hacer retroceder a la maligna enfermedad con amenazas ni venalidades; e impotente y decaído, le lancé una mirada escrutadora, fija, en la que puse toda mi fuerza óptica, queriendo traspasar a aquellas pupilas parte de mis súbitas influencias; pero nada, mi padre permanecía quieto, casi helado, envuelto ya en la macabra atmósfera del misterio...

Salía yo de mi casa desesperado; una ráfaga de locura se apoderó como una mueca de mis facultades. Tropecé con mi buen amigo Capilla, trató de consolarme, pero en vano; el fuego de mis desdichas no lo apagaban, no podían apagarlo cuatro palabras frías y protocolarias; por eso no logró convencerme, consiguiendo sólo el retorno a casa, donde ya el médico iniciaba el segundo reconocimiento y se disponía a hacer un diagnóstico científico y autorizado. Se me escaparon, cual en soplo humeante, todos mis pensamientos y sublimes cábalas; una vulgaridad mal comprendida se adueñó de mí al contacto con un hombre que trataba rutinariamente de devolver a mi padre cosas irrestituibles, calores apagados, brillos extinguidos. Y por un momento vi que la sutilísima luz de la esperanza me ofrecía sus resplandores, vi que penetraba casi furtivamente dentro de mi arteria sentimental. El hombre de ciencia se esforzaba con tanteos y oteadoras miradas en vislumbrar cualquier atributo prefijado, cualquier síntoma que corroborara sus vaticinios o sus opiniones; asistía yo a esta escena mudo de

emoción, recorriendo continuamente mi cuerpo los flechazos de la impaciencia; yo necesitaba conocer prontamente los resultados de aquellas investigaciones y aquellos análisis, y, por lo mismo, sin esperar al fin de sus enrevesados desarrollos, abordé al doctor con una mirada suplicante, en la que también se encerraba una gran dosis de escepticismo acerca de los resultados de sus gestiones; él así debió comprenderlo puesto que contestó:

—Hay que tener confianza, sobre todo hay que tener confianza; salvo complicaciones inesperadas, su padre recobrará el normal desarrollo dentro de poco, aunque quizá algún rastro turbe..., pero el peligro de muerte, que al principio amenazaba, ha desaparecido; he cumplido con mi obligación de ahuyentarlo, lo demás es obra de la naturaleza individual.

Estas palabras fueron objeto, por mi parte, de diversas interpretaciones; yo debía tener fe en ellas, pues su confirmación era la vida de mi padre. Y, henchido con la feliz nueva, penetré en el cuarto del enfermo; una atmósfera corrompida y pesada parecía aprisionar las agilidades físicas, robando fuerza y vigor a los músculos que protestaban con débiles crujidos de huesos y con la mostranza de oquedades exhaustas; mi padre se encontraba algo reanimado dentro de la postración y el abatimiento que habíanlo dominado las horas anteriores; la palidez de su cara parecía haberse hecho menos perceptible, y las extremidades torácicas alcanzaban algunas veces el rictus de una pausada normalidad.

Al verme quiso hacer un movimiento para levantarse, pero no pudo, se opuso al intento la tenacidad mordedora de la crisis; descubrió su mano de entre las sábanas y con ella hizo un signo como si quisiera llamarme; yo me acerqué y pude oír unas palabras terribles.

—Hijo mío... socórreme, cúrame... temo la muerte...

No pudo más, la piel se contrajo, la boca entreabierta reflejaba sufrimiento, y una mano sobre el corazón indicaba el lugar dolorido: la chispeante ascua donde se fundía el hierro de la vida; cayó, su cuerpo, casi inerte, contrajo la figura de un cadáver en el quirófano; era un nuevo ataque cardíaco, las espinas del dolor le aguijoneaban haciendo que un sudor frío y rutilante surgiera de entre los cabellos argentados y sueltos; yo lo miré, tuve el valor de mirarlo, y una vez que en mi cerebro se iban interpretando los menores movimientos, las más insignificantes expresiones, formé y recompuse idealmente los padecimientos que asaltaban a mi padre; miré hacia arriba, vi una imagen, una visión, una indefinible figura que me hacía señas para que la examinase; yo la sorbía con la mirada, me hacían daño sus influencias y me herían los cuadros que mostraba en su pecho entreabierto, caricaturizando las más horrorosas alegorías del sufrimiento.

Y en un arranque de iracundia irreflexiva, tiré con el primer objeto que hallé a mano un golpe a aquella visión macabra, que, burlona y cruel, se retiró mostrándome los torturadores instrumentos de sus hechos, enseñándome todos sus órganos lacerados, inundando mi inteligencia de febriles exaltaciones, arrojándome un cierto copito blanco que, al tropezar en mi corazón, me hizo el efecto de un alfilerazo punzante. Cuando desapareció bajé los ojos, tropezando con la helada mirada de mi padre, el cual con

signos afirmativos y palabras delirantes aprobaba aquella conducta ahíta de misterio y tinieblas.

—Bien... Antonio queri... i... do..., has matado... ado a la Muer... te, ya... me apreta... aba... aquí...

Y señalaba su corazón deshecho y envuelto en presiones que le imposibilitaban todo movimiento vital, todo latido balbuciente; yo pasé de la inacción más débil a la exaltada agitación física, paseaba por la habitación a grandes zancadas, como queriendo arrancar del suelo remedios a tamañas desdichas, a tan crueles pruebas de paciencia sentimental; hasta dí voces, nadie respondió a mis llamadas, nadie acudió a consolarme, y, en medio de aquella atmósfera caliente y enrarecida, los pensamientos más extraños se adherían al cerebro dolorido y turbulento; dentro de mi corta edad de adolescente, yo, que en la vida no había encontrado aún un asidero agradable, una situación feliz, sacaba las consecuencias más hórridas a todos los sucesos terrenales: ¿para qué se nos ha dado el corazón? ¡oh! para tener que inundarlo de lágrimas desesperantes, de áridos paisajes de desierto, de soledades embriagadoras, de madrigales sensibleros. Corazón, corazón es lo único que se opone a una dependencia viva, coercible, con la multitud imperturbable de la Naturaleza, lo único que, con interrupciones dolorosas, impide nuestro constante caminar, lo único, en fin, que nos envía raudales de dolor, grifos inagotables de sufrimientos por cada placer inefable que nos proporciona; esto lo pensaba yo en presencia de la silueta desgarrante y casi yerta de mi padre, que me infiltraba las antinomias más descabelladas, y que iniciaba la lucha entre la realidad circundante y mis ideas naturalistas, insensibles.

Imbuído por multitud de pensamientos, salí de casa y marché al campo, me resultaba gratísima la compañía tranquila de los árboles y el remanso de los valles; aunque todo parecía permanecer muerto y helado, allí se encerraban gérmenes vitales enormes, fuerzas en desarrollo sumamente grandes, era como un ritmo agradable en el que las notas tristes se rechazan, dejando sólo campo libre a las suaves melodías del bienestar y de la felicidad; por eso mi alma se ensanchaba y unía con alborozo sus fibras fraternales a aquel conjunto de fervores vegetales.

Yo soñaba, sí, soñaba, porque oía las palabras amigas y consoladoras de todos los seres incomprendidos, buceaba en sus interioridades, quería encontrar en su organización adaptaciones a mi mundillo asqueroso, y cuando ya creía haber hallado todas las incógnitas, cuando mi fijeza y entusiasmo eran mayores, he aquí que las voces de un pastor lejano y los zumbidos de proyectiles rocosos, lanzados con hondas, me vuelven a la situación real y cortante, ¡oh bucólicos entusiastas! Regreso, voy dejando por el camino suspiros que se esparcen, ondulantes, en la atmósfera enigmática; era ya de noche, mis pisadas en la arena producían un sonido lúgubre: chasquidos de un crujir de huesos, bailoteo apocalíptico en medio de la llanura, o el arrastramiento rítmico de ofidios lustrosos. Es el caso que la soledad y la noche vuelven a formar en mi intelecto una especie de Stadium donde se disponen otra vez a luchar los sentimientos púgiles que aspiran a predominar en él... La fantasía se desborda y remueve a la mente...; por eso lo primero que se presenta a mi vista es una llanura yerma y seca, en ella se vislumbran dos grandes cíclopes que avanzan embriagados, movidos automáticamente por resortes invisibles; el primero, el que avanza por la derecha, es un corazón sangrante, envuelto en una gasa blanca que brilla a la luz del sol, destacando su carácter impoluto y pulquérrimo; el segundo, el que se adelanta por la izquierda, es un coloso

fortísimo, en cuya faz impertérrita se nota una mueca de rebeldía y achulamiento; sus miembros pesados de energúmeno le dan el rictus de un mamut antediluviano; el encuentro anunciaba ser terriblemente destructor; los dos enemigos poseían armas bastante desiguales; el primero comenzó a enternecerse, soltando verdaderos chorros de lágrimas, que, al posarse en la piel cerdosa y vasta del segundo, resbalaban, impotentes a su hermetismo; este último, a su vez, avanzaba furioso, con las fauces abiertas y dispuestas a tragarse al enemigo de un solo y fácil bocado; pero entonces sucedió algo grandioso: una difusa luz intercaló sus fulgores entre ambos combatientes; el momento fué sublime, digno de que lo cante un poeta y de convertirlo en un poema inmortal.

Poco se dejó ver; al mismo tiempo que el monstruo tragábase el corazón, una llamarada roja cubrió su cuerpo, obligándole a caer; el coloso yacía derribado, lanzando a veces terribles maldiciones, que retumbaban agoreras en la llanura tranquila; en seguida la paralización más completa inundó su cuerpo, las extremidades dejaron de moverse, los ojos se cristalizaron, la nariz se dilató enormemente, y la boca, después de rítmicas dentelladas, alcanzó la forma de una mueca fatídica; estaba muerto; sí, un energúmeno fallecía al colocarse un corazón en el pecho. De pronto, una obscuridad, negra y densa como todas las obscuridades, se apoderó de la atmósfera y unió a las soledades reinantes los terroríficos cuadros de su negrura; pero desapareció de repente; el llano se ofreció a mi vista claro y límpido; había desaparecido el cadáver como por arte de magia, y en su lugar aparecían los primeros brotes de una palmera risueña, que, confiada y alegre, daba en aquellas soledades la sensación de un salvador en desarrollo, de un poderoso que exhibe su grandeza; y la palmera crecía..., crecía, y pronto a su pie crecieron otras..., y otras..., y la llanura hubo de convertirse en un bello y frondoso bosque; una flora variada y exuberante... guardaba en su tallo los misticismos más recónditos; un pajarillo cruzó la atmósfera, alegre y vivaracho, yendo a posarse en las frondas verdes de un álamo; desde allí saludaba a sus congéneres con trinos melodiosos y penetrantes; no tardó en presentarse una cuadrilla de conejos que, sutiles y observadores, movían sus orejas en continuo alerta y desconfianza; pasaron y vinieron otras hermosas variedades, dejando rastros agradables en sus rápidos éxodos; así fueron desfilando innumerables faunas...; era la Naturaleza que sonreía, caprichosa y lagotera, ante su perfecta constitución estética...; y todo era alegría..., y todo era paz..., y todo eran continuos cantos fraternos; pero, por fin, apareció el hombre; una hermosa pareja, cuya procreación espontánea y numerosa creció al instante, se apoderó, egoísta, de tanta belleza, y comenzaron su obra destructora, aniquilante; y cuando avergonzados y cabizbajos se proponían cambiar de sistema, iniciar una palingenesia activa, he aquí que diversos hechos sensibles enfrían sus órganos de acción, estremecen sus miembros, turbian sus miradas con lágrimas voraces; era el corazón primitivo que, henchido de superchería, la lanzaba en estado líquido al exterior, arrollando sus corrientes lo que fuese obstáculo a su marcha triunfal...; y la Naturaleza decaía, disminuía sus encantos, acortaba sus perfumados efluvios, y el mundo se animalaba, adquiría la forma rudimentaria, daba vueltas alrededor de su misma oquedad. Todo emanaba del corazón púgil, que, una vez pútrida la carne del coloso, surgía lleno de poder, y, distribuído en pequeños trocitos, se había colocado en todos los pechos humanos ansioso de venganza; su obra fue inmediata: el minar las pobres vidas, cubriendo de luto y dolor toda la faz del Universo. Y en este instante... ¡ay!, en este instante volví a la realidad; me hallaba en un camino dirigiéndome hacia el pueblo, inconscientemente (3); quise comentar mis anteriores creaciones para obtener alguna consecuencia, pero en vano, todo desapareció de mi mente, dejando solamente en ella la preocupación y el abatimiento.

Tuve que saludar al nuevo día; la aurora me inundó de alburas inmensas...; el sol, poco después, apagó mis ojos, dormí y soñé...

¿Qué soñé? La nada podrá contestar, yo no.

Notas

(1) En el original figura «arrollos» (nota de «N.R.»).
(2) En el original figura «disgresión» (nota de «N.R.»).
(3) En el original figura «incoscientemente» (nota de «N.R.»).

V

¡Hermoso cauterio el de unos rayos solares sobre un cuerpo enfermo y debilitado! Parece reanimar facultades y levantar en el interior del pecho ráfagas de vida; todas sus caricias semejan amorosos besos de madre tierna; de vez en cuando, el traicionero viento, que pretende estropear la acción vivificante, da latigazos fríos, pegados, envueltos en sequedad; pero al fin se retira avergonzado, reconoce la superioridad del enemigo, y el pobre mortal siente sobre su rostro los resultados felices de la victoria, los bienestares del triunfo, porque el conseguido por el sol lo considera suyo, ya que si la fortuna es adversa sufre los trallazos de la derrota...

Pues bien, acogidos a la misericordia inagotable del dios tiempo, mi padre y yo pasábamos grandes ratos frente a sus áureas refulgencias; mi padre, delicado y todavía enfermo, paseaba su mirada tranquila por los objetos inciertos y vacilantes; y yo, con un libro en la mano —el obligado Werther de la juventud—, recibía emociones poéticas y sublimes; permanecíamos callados, nuestros cuerpos buscaban la posición mas incortés, pero cómoda, y dábamos, sin duda, la sensación de dos epilépticos en pleno ataque envolvente.

Mi padre dió un pequeño grito, y yo me asusté; la enfermedad volvía a aprisionarle su pobre corazón; físicamente, sus fuerzas estaban ya agotadas; temblé; súbitamente se apoderaron de mi cuerpo convulsiones involuntarias, cuyo desarrollo me producía espanto; vino la sirvienta —una buena señora, vieja y sentimental—; entre los dos amparamos a mi padre; después llegó el médico; puse gran atención en él; clandestinamente, observé las pesimistas contracciones de su cara; tomóle el pulso, aplicóle el termómetro...; no pudo menos de hacer otro gesto, de esos que hielan al espectador más hermético; auscultó el pecho del enfermo, y con visibles muestras de atropello y emoción, me soltó las palabras siguientes:

—No hay remedio, su corazón anuncia pronta inmovilidad, era terrible y decisiva una recaída, y ha llegado...; su padre creo que era un buen cristiano, de forma que no debe usted negarle los auxilios espirituales propios del caso. Resignación y a olvidar, la vida es así.

Yo caí desvanecido sobre una butaca, el médico usaba ya el tiempo era como si mi padre, que respiraba aún, fuese un pretérito ente desaparecido; y vi todo el terror de las grandes desgracias, y vislumbré parte de mi vida futura, y estreché contra mi pecho una sombra que desde un rincón me enviaba besos... mi madre. «La vida es así», habíame dicho el médico, pero ¿por qué es así? enigma, enigma; hay ciertas comprensiones vedadas hasta ahora a la luz de los mortales; pues es necesario saber, conocer, explicar...

Un fuerte suspiro de mi padre hizo que el corazón me diera un vuelco, corrí a su lado, el dolor tuvo el gusto de morderme al oír las frases agónicas y delirantes; quise prestarle auxilio, reanimarle... Y apareció don Cándido, el cura, seguido de un monaguillo y varias personas con velas; la sirvienta me hizo una seña; el sacerdote vestía un blanco

hábito del que yo me había burlado en mis tiempos niños, la única prenda litúrgica que siempre me había causado risa, ¡terrible ironía! Comprendí que la Iglesia enviaba a mi padre a la muerte escoltado por el Sacramento postrero; el sacerdote comenzó a latinar, el monaguillo contestaba incorrecto y distraído..., el cuarto olía a cera..., se oyó la queja de una mujer hipócrita o pusilánime, que simbolizaba al grito del mundo frente a las soledades de la muerte. Sí; aquella mujer lloraba porque tenía la convicción individual de que también pasaría por el terrible instante. ¡Hasta frente a la muerte el hombre es quien siempre ha sido!: individualista, rodeado de egoísmo.

Mi padre hablaba, pero vocablos incoherentes, de una incoherencia apagada y cruel; a pesar de su estado, conservaba fija la vista, que más fúlgida y desorbitada que nunca, enviaba a raudales toda su fuerza y centelleo. Se marcharon, yo quedé solo con mi padre, todavía resonó en la habitación el sutil tintineo de una esquililla...; después el silencio cerrado y la tranquilidad engañosa que el mismo engendra.

Y llegó el momento fatal, terrible, horroroso: mi padre levantó los brazos hacia arriba, la vista se hizo aún más brillante, la cara tornóse amarillenta y se iba helando; le aprisioné el corazón con las manos, aun latía el traidor, pero sus latidos eran tímidos y reposados, casi imperceptibles...; en aquel momento el alma desapareció, caminaba hacia las alturas e iba dejando una estela blanca, blanca, tan blanca... que no era nada (1)... Mi padre había muerto...

Me sacaron de la habitación Capilla y otro amigo, se esforzaban en consolarme, en vano, porque yo no lloraba, mi sentimiento era mudo, estático, sin gesto alguno exterior. Una especie de nube caliente nubló mi vista, forzándola brutalmente a adormecer sus impulsos oteadores... y cerré los ojos; un penetrante y agudo campanilleo hizo que se insensibilizaran mis tímpanos; vampiros insaciables absorbieron mi sangre... y quedé sin fuerzas; una gran pizarra negra se ofreció a mi imaginación...; un ángel inoculó en mi cerebro inyecciones misteriosas... y quedé dormido, aletargado, sumido en un truculento ultrarealismo donde yo no era nadie, donde estaba yo solo, donde todo era negro, donde yo flotaba desequilibrado, donde todo era incierto: mi destino, indefinible, trashumante, relativo...

Al despertar noté con sorpresa que estaba en la cama, traté de recordar y fijar los acontecimientos que asaltaban mi cerebro; hice memoria, recordé fantásticos ensueños, rehice figuras, imaginé escenas soñadas, y allá, a lo lejos, escorzado y pequeñín vi un cadáver; inundóme una duda terrible, y, con esa incertidumbre que nos ataca cuando al levantarnos luchan las fantasmagorías con las realidades inmediatas, sufrí un sobresalto, porque a medida que avanzaba en mi exégesis aparecía más claramente la muerte de mi padre como un hecho palpable y no como un sueño, como una realidad escalofriante y no como una pesadilla truculenta, y... ¡ay! aprisioné la cabeza con las manos y rompí en sollozos, sollozos espirituales que carcomían mi alma; sollozos incomprendidos y esotéricos, puesto que no producían lágrimas; sollozos que destrozaban cruelmente mi corazón, ya enfermo.

Y en el mismo instante que me disponía a salir para asegurarme de mis juicios y presenciar la horrorosa fechoría del misterio, se abrió la puerta y entró, seguido de Capilla y varios más, mi tío Fabio —creo haber dicho ya que era hermano de mi madre y médico de un pueblo cercano— que se dirigió a mí, pronunciando palabras de consuelo. Sí, era cierto, mi padre había muerto la noche anterior y todo estaba preparado para el entierro, que se verificaría unas horas más tarde; contra lo que todos esperaban yo permanecía, si no tranquilo, mudo...; oí que fuera lloraba alguien; era Jacinta, la cual, con ese sentimiento intuitivo que asalta a todos los espíritus serviles, exteriorizaba su pena por el suceso... ¡ay! ¡Por el suceso que la privaba de pan y alegría!...

Mi estado entonces era de una marcada transfusión al estoicismo insensible; mi pecho no podía albergar tanta desdicha; abatidísimo fuí a la capilla fúnebre, allí permanecían entre sendos paños blancos las siluetas cadavéricas que formaban, casi vagamente por la homogeneidad de la tela, los restos mortales de mi pobre padre...; me separaron, me obligaron casi a la fuerza a salir de aquel ambiente tenebroso que turbaba mis sentidos con sus exhalaciones pesadas, mas, antes de que tal sucediera, quise por última vez mirarle a la cara, envolverle idealmente con el manto níveo de mi sacrificio sublime...

Y llegó el momento en que una ley humana disponía que el cadáver de mi padre fuese enterrado, sepultado por una eternidad en las sombras internas de las capas telúricas...; se oyó la llamada de las campanas, que, tocando a muerto, retumbaban lúgubres y sonoras en la estancia; una sacudida recorrióme todo el cuerpo, cercenado por el dolor intenso que iba cubriendo los órganos en cierto malestar sofocante. Y cuando las preces eclesiásticas, con sus misticismos y exclamaciones patéticas, penetraron polifónicamente, noté como si una fortísima influencia espiritual guiase mi lengua, y, más que hablé, grite convulso:

—¡Vámonos!

Trataron de disuadirme, mi tío me sostenía enérgicamente por los brazos y procuraba calmar mi excitación de ánimo con palabras y gestos que yo no quería obedecer; yo no me convencía, y amenazaba con los mayores desmanes si no me dejaban calmar mi deseo.

—¡Oh, crueles mortales! ¿Cómo tenéis la avilantez y el atrevimiento de negarme autorización para ir con mi padre a la morada eterna, donde él descansará solitario, enmohecido y pútrido, anhelando compañía y palabras cariñosas que le distraigan? Dejadme, dejadme, no sois nadie para poneros en medio del camino, yo quiero ir, yo quiero ver cómo colocan a mi padre en la mansión eterna, quiero ser el último que vea su cérea y helada cabeza, el último que comprenda su postrer anhelo; me voy...

Otra vez me detuvieron, mas yo, enardecido, gritaba furiosamente, decía ponerme loco; los circunstantes cambiaron una mirada de duda, la cual aproveché para lanzarme a la conducción que, envuelta en cantos fúnebres, comenzaba sus pasos tardos; parecía que,

inconscientemente, los mismos acompañantes deseaban prolongar la estancia en este mísero rincón del cuerpo frío e inerte; ante mi huída salieron precipitadamente mi tío Fabio y Capilla, los cuales, cogiéndome del brazo, accedieron a que acompañara a mi padre hasta la helada tumba; y nos colocamos a la cabeza de la comitiva, desde donde recogía las miradas, entre curiosas e indiferentes, que todos me dirigían con un poco de conmiseración.

Llegamos al cementerio, un cementerio de pueblo rústico y descuidado, donde, a su libre albedrío, se desarrollaban infinidad de plantas, engendradas al calor de la putrefacción humana; alguna que otra cruz derrengada y cubierta de pátina rojiza, daba a la mansión su carácter de ultramundo; allá, junto a una esquina, vi cómo unos enterradores terminaban de abrir una fosa negra, negrísima, que respiraba humedad y horror; yo me encaminé hacia ella, imperturbable miré su interior, en el fondo se divisaba un cráneo herrumbroso y mutilado, cuya oquedad parecía reclamar venganza; como todo llega, llegó también el féretro; unos hombres, cuyas facciones nunca olvidaré, le traían, jadeantes, sudorosos; le depositaron en el suelo, medio entre las hierbas que querían abrazarlo en caricia dulce, amorosa; aquellos mismos hombres le bajaron a la tumba..., al chocar con el fondo produjo un ronco chasquido, que fué como un adiós lúgubre, tenebroso, macabro...: el adiós de un muerto; unas viejas lloraban en las esquinas, reclinadas sobre el suelo; todos los circunstantes cruzaban miradas silenciosas, graves, inciertas; el sacerdote pronunciaba los últimos responsos del ritual, el sacristán salmodiaba repetidamente sus contestaciones en un latín desastroso; yo estaba en silencio, ligeramente inclinado hacia la tumba, fijándome en las paletadas de tierra húmeda que los enterradores depositaban cubriendo los restos amados; yo sentía cómo aquella tierra me aprisionaba el pecho hasta casi ahogarme, llegó un momento en que su pesadez me hacía daño, y algunos quejidos se escaparon, delirantes, de mis interioridades convulsas...; y todo acabó, y todos me miraban melancólicos; una rústica cruz indicaba la posición del (2) cadáver, mostraba el sitio del órgano más valioso: la cabeza; y, a la vez, parecía un brote que de ella saliera como primera encarnación en su nuevo mundo, en su nueva constitución: el mundo de los muertos.

Mi tío me cogió del brazo con ánimo de alejarme, me dejé conducir como un autómata, no sin lanzar una última mirada hacia aquella tumba removida, que, en el selvático cementerio pueblerino, tenía la figura y daba la impresión de un lago desconocido, en cuyo interior se dispusieran a germinar las semillas de románticos lotos, que algún día cantaran las bellezas de su fondo, las eternidades que encierran sus raicitas tentaculares...; y yo me dejaba conducir, me dejaba conducir..., detrás de mi, la soledad y el misterio aullaban incansables...

Pasé unos días enigmáticos, perseguido incesantemente por los iconos del recuerdo...; caí en una especie de sopor que me robaba todo reposo, toda tranquilidad, me puse enfermo, no comía, inducido por el sentimiento, mi corazón no dejaba de atormentarme con nuevas reminiscencias dolorosas.

Transcurrieron aún diez, doce, quince días más, al cabo de los cuales pareció asentarse otra vez en mí la normalidad pretérita, volví a adquirir todas mis facultades, y al

recobrarlas, vislumbré mi verdadera situación, una situación nada llamativa, rodeada de incógnitas y tropiezos indescifrables; me veía solo —razón tenía para no fiarme en el apoyo de mis tíos—, sin fortuna, pues la enfermedad de mi padre dió al traste con los ahorros; sin carrera, con un gran bagaje, eso sí, de anhelos nobles y de ansias del espíritu; ante tales pensamientos roedores maldecía de mi mala estrella y de mi suerte negra, andaba como loco, sin hablar a nadie, entregado a la nostalgia más pertinaz, que agotaba mis fuerzas exhaustas.

Pero una tarde llegó mi tío con ánimo de llevarme con él, aducía razones fundadísimas que no admitían réplica. Yo, al oírle, me quedé mirándole con agudeza, quería distinguir en sus palabras la profundidad de los sentimientos que las inspiraban; acepté ¿qué iba a hacer? negarme, sería, además de una desconsideración, una grosería, con la cual pagaba aquellas nobles proposiciones.

Acogí el imperativo ademán de el destino.., y abracé a la Vida, que me tendía sus brazos largos, muy largos, larguísimos...

Notas

(1) Sin embargo, la nada es negra; lo blanco es algo, es claridad, luego, no puede ser un componente de la nada; pero la claridad elevada hasta lo infinito, quizá sea negrura; apliquemos a esto la célebre frase de Heine: «El placer no es más que un dolor muy agradable».
(2) En el original la contracción «del» se repite incorrectamente dos veces (nota de «N.R.»).

VI

Mi tío era una buena persona, lo que se dice una buena persona en el sentido más rudimentario de la palabra, incapaz de concebir una maldad ni una traición en el roce con los hombres; su trato y todas sus palabras parecían estar barnizadas por un poco de cariño; espíritu apasionado y débil profesaba un gran respeto a la humanidad y a los sentimientos ajenos, carecía de ideologías y de opinión, fácilmente sugestionable, siempre dijo que sí a todo, aun a las más visibles contradicciones; se hizo médico porque sí, sin estímulo ni afición preconcebida; en el pueblo se iba consumiendo su vida entre la admiración o el cuchicheo de sus coterráneos, vivía bien con ellos, tomaba parte en sus conversaciones, medía su destreza, compartía los solaces cinegéticos. De preparación científica no andaba muy bien, algún intelectual barato del pueblo lo comparaba con el Celestino Herbeau, de Sandeau, «con la diferencia, decía el malicioso, de que éste dominaba siquiera los procedimientos homeopáticos». Había adquirido fama de filántropo y virtuoso; yo creo que su virtud consistía en hechos intuitivos, sin mediar razón ni pensamiento alguno, se le podían aplicar admirablemente las palabras de Madame de Sevigné: «Almas completamente rectas que aman la virtud con la misma naturalidad que los caballos galopan...»

Lo único que turbaba a veces su vida rural era el genio y maneras de su esposa, mi tía Mercedes; para mí era casi desconocida, pues no la había saludado acaso tres veces, mi padre me había enterado de algunos detalles de su vida: era hija de un acaudalado ganadero de aquellos alrededores, que le dejó al morir bastantes miles de duros; se casó con mi tío por un capricho juvenil, lo mismo que pudiera haberla dado por permanecer soltera o por comer cangrejos; no hubo entre ellos ningún lazo espiritual, no vislumbraron el señuelo de la felicidad para alcanzarlo ambos al mismo tiempo, de ahí provenían ahora los disgustos, la vida se entretiene en hacérsenos pesada y larga y el «siempre sufriendo tus impertinencias» era muy común en algunos de los dos; no tenían hijos, lo que contribuía a aumentar la antipatía que mutuamente se profesaban; una mediana cultura en ella y seis años de Universidad en él impedían que la cosa tomara mayores proporciones.

Respecto a la esterilidad vital de su matrimonio ocurría una cosa rara. Mi tía Mercedes se ufanó muchas veces en público de aquella suerte que Dios le daba; las matronas sonreían ante esta declaración, pero sabían a qué atenerse: todo el mundo desdeña aquello que no posee o está seguro de no poseerlo nunca.

* * *

Era ya de noche, mi tío me hablaba nimiedades a las que casi no prestaba atención; pero después de una mirada escrutadora, una de esas miradas que parecen garras, puesto que comprenden y encierran todo género de observaciones, se dispuso a soltarme un discursito candoroso, vacilante, al que, a pesar de mi edad, califiqué ya de ingenuo.

—Casi eres un hombrecito —me dijo— y como tal has de irte desenvolviendo, has tenido la desgracia de quedarte sin padres, pero ya verás como una vez olvidado todo esto resurge la alegría de vivir, el encanto del mundo; siempre creo haber advertido que tomas la vida demasiado por lo sensible, acongojándote mucho sus vicisitudes y sin ver en ella nada agradable ni hermoso; es extraño que a tu edad te dé por esas cosas, deja de filosofías y mira prácticamente cómo has de arremeter contra la realidad que te envuelve; yo, la verdad, me resulta muy dolorosa tu situación, pero bueno... tú me entiendes, hoy, sin un medio de vida..., en fin... tendrás que trabajar...

Calló porque no le prestaba atención, me puse a mirar la luna; a mi tío lo comprendí inmediatamente en la categoría de los pobres hombres, al hablarme así es que me creía un haragán, y temía que me adhiriese demasiado vampiramente a su piel de hombre vulgar y tonto; después me enteré que todas sus palabras habían sido inspiradas por su esposa; pero era lo mismo, sabía lo que me esperaba en aquella casa: indiferencia, antipatía, alguna palabra sensiblera de mi tío... Yo reflexionaba, y de la reflexión obtenía la consecuencia de que las relaciones sociales tenían que ser puro mito, ya que en las mismas familias se helaba la sangre al salir del corazón... ¡Yo recordaba una obra de Tolstoy!...

Seguimos en silencio, la noche era espléndida y esparcía oleadas de tranquilidad; a los lados del camino las sombras de los árboles se proyectaban entre risueñas y altivas; oíamos el jadear de los caballos y el ladrido de un perro lejano: aullidos que se perdían en la noche sonora y dulce; sin hablar parecíamos dos graves personajes de novela, resultaba casi violento nuestro proceder, y yo, una vez adoptado cierto método a seguir, turbé el silencio.

—¿Llegamos pronto; tío?

—Sí, no tardaremos mucho; el pueblo está en una hondonada, y por eso no se ve todavía, ¿vas cansado?

—No, era curiosidad, y a la vez por hablar algo; casi parecíamos dos regañados.

—Sí... ¡Je!, ¡je!...

Llegamos; nos esperaba mi tía para cenar..., saludos..., alguna lágrima, sequedad, etc., etc. Yo, con más experiencia de la que se creía mi pobre tío, comprendí inmediatamente el alcance de aquel recibimiento, durante la cena hablé poco, me disculpaba mi dolor y mi desgracia reciente.

Había en las miradas que me dirigían cierta extrañeza o desdén como si les hiciera el efecto de un bicho raro o exótico; sin embargo, había también un algo de curiosidad en su brillo que aumentó mi desconfianza y me trajo a la imaginación un recuerdo sensible.

Aquella noche dormí poco; mi cerebro insomne, parecía complacerse en reconstruir cuadros dolorosos, y, animado por una energía alentadora, procuraba explicarme con fondo progenitor mis absurdas situaciones; aherrojado fatalmente por la vida carecía de un hogar debidamente hermoseado por el amor verdadero, por el amor hermoso, por el amor dulce, por el amor hondo e inagotable; y yo me veía sobre una cama extraña, privado de sueño, respirando un ambiente que me inundaba de dudas; pero aquí surgía mi enigma: ¿sería yo un egoísta? ¿Con qué derecho me encontraba para suspirar por un cariño paternal? Y veía alrededor de mis concepciones algunas sombras que no acertaba a comprender, entreveía mi debilidad: una debilidad de niño rabioso al no conseguir ciertos caprichos; luchaban enconadamente las realidades cortantes de la vida con mis puerilidades infantiles, y razonando como corresponde a un joven sensato achacaba las amarras de mis penas a las fibras niñas que aun resguardaba en mi corazón. En medio de ese éxtasis que se apodera inconscientemente de un cuerpo cansado, ideé la transición que urgentemente necesitaba; sí, era preciso una fuerza que, a la vez que se encargase de disipar el nublado que rodeaba mi existencia, hiciérame dominar el sentimentalismo al contacto con hechos anteriores y pasados. Me tranquilicé un poco, y con la relativa satisfacción que experimenta un espíritu preocupado al encontrar los orígenes de su pena y el remedio a sus desdichas, abandoné mis reflexiones y pude conciliar el sueño, envolviéndome amorosamente en una túnica gris y acompañado por las melodías finas y dulces de un laúd mágico.

Desperté pronto; era tal la situación del dormitorio, que los primeros rayos del sol se posaron fugaces y juguetones sobre mi rostro contraído, me sentí aliviado al recibir tan de sorpresa la grata compañía de aquellos alegres hilillos rojos, enviados como para saludarme por la sublimidad diáfana de la Naturaleza adorable y fraterna.

Sentía deseos irresistibles de ir al campo, me levanté; la casa dormía aún tranquila y confiada, fuera se oían las voces y canturreos de los campesinos; salí a la calle y pude ver la situación de la casa de mis tíos: un edificio ordinario y vetusto, de formas aquitectónicas irregulares; en medio de la plazoleta parecía un brote pétreo engendrado por una divinidad mitológica: la más útil y repugnante. Allá a lo lejos se distinguía el verde pálido de unas encinas, cuyas frondas grises a causa del estío brillaban al reflejo del sol que marchitaba sus hojuelas trémulas y mustiaba los alrededores vacilantes.

No sé qué coincidencia hubo en mis miradas sobre aquel manto polícromo que mi cerebro pasó a recordar ciertas lecturas henchidas de filosofía y bienestar, no tuve más remedio que ocuparme, ante aquellos sublimes panoramas, de ideas y pensamientos todavía algo inciertos; delante de mi vista se extendía profusamente el campo indistinto y vario en concepciones; el sol, a medida que avanzaba, se hacía más picante y molesto, ya sus influencias retadoras dañaban vivamente las retinas débiles que se resguardaban, doloridas y miedosas, en los párpados protectores; el calor surtía ya su efecto en las creaciones naturales, todo era menos hermoso, menos cautivador, aunque en su fondo no se extinguiera la grandeza y esplendor de una incomprendida sublimidad; las débiles plantitas parecían inclinarse sumisas, la pradera tornábase pálida y amarillenta, el polvillo de las encinas se hacía más perceptible, más desolador, toda aquella humanidad

vegetal antes alegre y confiada caminaba ahora exhausta y sin fuerzas a una posible hecatombe mortal; por unos instantes me acogió cierta duda, vi algunos parecidos, eché una mirada rápida al mundillo de los humanos; una parodia ridícula y burlesca me pareció en comparación con el sublime mundo vegetal; sin embargo, la desolación y el abandono que me herían en mi ambiente humano aparecían a mi vista en igual disposición aterradora, me senté a la sombra de un corpulento y frondoso árbol, di rienda suelta a mi imaginación y a mi espíritu, que no tardaron en desbordarse trayéndome como inspiraciones originales de un gran número de cerebros desarrollados y potentes. Apareciéronseme primero una serie de filósofos y pensadores; sus rostros, contraídos unos, enmarañados otros, irradiaban envolventes gasas en las que guardaban sus prosélitos más convencidos; vi a Descartes, le oí afirmar que él existía; pasó luego Casmoa, con sus afirmaciones indeterminadas; luego Krause, cuyo armónico doctrinario había cautivado a multitud de cabezas huecas; desfilaron muchos más, mostrando igualmente lo florido de sus discutidas tesis; vino, por fin, Kant, rodeado de grandes acusaciones que soportaba indolente; y, por último, cuando mi imaginación cansada se disponía a cerrar hábilmente los cuadros vistos, apareció, rezagado, pero altivo, sereno y deslumbrante, Federico Nietzsche; en todo su cuerpo estaba escrita una frase: «El hombre es algo que debe ser superado.» Esta frase retumbaba en los cerebros de todos los oyentes como un algo humano y sobrenatural que formara ascuas individualistas o anhelos de perfección; era el filósofo del siglo, se reconocía su potencionalidad enorme y su poderosísima influencia espiritual... El más débil personajillo anhelaba superhombría, soñaba con Zaratustra.

El sol me picaba, y sus aguijonazos iban haciéndose insoportables.

¿A qué había venido todo esto? ¿Qué motivo me indujo a pensar?

¡Ah! sí, me impresionaron vivamente las mustias posiciones de la más hermosa de las Naturalezas, y pensé en un posible remedio; la grandilocuencia del sol se presentaba harto imperiosa para soñar en disminuirla, el apoyo propio nietzscheano no lo entendían las pobres plantas, únicamente podían esperar un posible auxilio del mundo de los humanos, encarnado en los superhombres, y estos desgraciadamente no existían...

El calor por un lado, el pesimismo por otro, dieron a mi cabeza una pesadez extraordinaria, abandoné aquellos lugares que, aun dentro del más abrasador fuego, mostraban suaves brisitas que querían helarse: el apego a la vida...

Regresé, caminaba hacia el pueblo completamente absorto en cavilaciones fútiles, tontas, repletas de nimiedades; un ligero tropezón sobre un pequeño guijarro me hizo avivar y serenarme, la atmósfera parecía una plancha metálica que se echase encima, tanto pesaba, no se oía un gorjeo, los pajarillos sufrirían también los rigores del astro homicida; todo quería morir, todo ansiaba desaparecer, sólo yo avanzaba rígido por la llanura...

Me esperaban a desayunar, sorprendiéndolas mucho no haberme encontrado en el lecho.

—¿De dónde vienes?, me preguntaron.

—He dado un paseo por el campo —les contesté— me gustan sobremanera los panoramas matinales y hermosos de la Naturaleza, soy amigo fraterno de (1) todo lo incomprendido, de todo lo impoluto; las únicas que permanecen aún puras y sin mancha son las encarnaciones mudas de lo ignoto...

—Bien, bien —dijo mi tío— no pienses mucho en esas cosas porque no sé qué va a ser de ti.

Y al pronunciar estas palabras clavó en mí una mirada a la vez que hacia fuerza de memoria para recordar sus estudios psiquiátricos; se retiró, débilmente llegaron a mi sus palabras que decían: «hay que curarlo, hay que curarlo».

Después de desayunar mi tío me invitó a que lo acompañase en la visita; desistí diciendo que estaba muy cansado, que iría otro día cualquiera.

* * *

El sol, en su ocaso, lanzaba los últimos destellos; se le veía descender vacilante y rútilo hacia otros hemisferios y otros mundos; la hora vesperal mostraba su faz risueña, algo ensombrecida por la noche vaga e indecisa...

La ventana daba al campo... Mi tía Mercedes y yo frente a frente sobre la mesa circular desafiábamos al silencio; mi tío había ido a un pueblo próximo, la fámula regodeaba con las vecinas, la soledad se unía al silencio...

Hubo un momento en que miré a mi tía. Era ésta una mujer no muy alta ni muy gruesa, rubia, de un rubio claro y vivo, regularmente hermosa, con esa segunda hermosura que parece nacer en las mujeres casadas a los treinta y cinco o cuarenta años, ojos vivaces y saltones, nariz fina y ligeramente puntiaguda, las mejillas entre rosadas y blancas dábanla un aire de diosa virginal; sus labios eran delgados, finos y muy dispuestos a contraerse al menor nerviosismo; la barba muy bien colocada parecía como el manguito por donde pudiera sostenerse la perla fulgente de su cara; se distinguían en ella rasgos generales de ardor y exaltado genio, ya su cuerpo no poseía la dureza de complexión propia de una atrayente doncella, sino que la madurez se dibuja incierta sobre las líneas de sus pechos. Era como una flor mustia a la que buenos cuidados patológicos logran volver a rejuvenecer, aunque conservando ciertos rasgos de su verdadero estado. Queda

definida su riqueza física, de su riqueza espiritual no hablemos, mal se puede definir una cosa que no existe: su espiritualidad era completamente nula.

Yo la miraba y ella a mí, la mudez de nuestras lenguas daba a aquellas miradas mayor significación y mayor atrevimiento en las de ella, las mías eran candorosas, guiadas únicamente por una curiosidad vulgar o por una intuición espontánea; yo notaba en sus miradas algo extraño que parecía remover furiosamente mi corazón extenuado, aprisionábanme sus bucles y aspiraba el vaho caliente de su aliento, ella pareció notar el efecto que en mí producía, y alargando el brazo lo posó cariñosamente sobre mi cuello a la vez que murmuraba entre dientes: «huerfanito, huerfanito tan joven». Sus palabras terminaron de trastornarme, porque fueron base para que en mi interior comenzara a formarse una nueva pasión maternal: ya sus ojos (2) se tornaban melancólicos, su rostro adquiría la ternura de una madre, sus palabras eran cariñosas; por un momento me arrepentí de haber calificado tan duramente los sentimientos de aquella mujer que lograba despertar en mí apagados amores.

¡Oh ingenuidad la mía en aquella edad dormida! Cómo troqué las apariencias y con qué equivocación juzgué las caricias, no advertí que aquel brazo ardía como un ascua e incendiaba mi cuerpo de falsos temblores, no vi cómo las mejillas de aquella mujer se transformaban y enrojecían su color hacia un carmín intenso, no supe apreciar la significación del beso que depositó en mis labios convulsos, no oí un suspiro que saliendo de su pecho se evaporó en los aires, no noté cómo una lágrima, acaso de rabia, manó de sus ojos y me abrasó una mano, no me dí cuenta, en fin, de que aquella mujer perversa y mala se había enamorado de mí y me deseaba.

Yo permanecía sin comprender los alcances de todos sus procederes y seguía admitiendo y alentando inconscientemente un amor terrible.

Yo poseía corazón, yo tenía en mi pecho ese mueble que ennegrece nuestras acciones; al morir mis padres pensé con alegría en su desaparición pronta, tuve grandes y cruentas luchas con el sentimentalismo, casi llegué a ahuyentarlo de mi idiosincrasia, ambicionaba un carácter estoico que me guiase impertérrito por las enmarañadas selvas de la vida; un instinto me aconsejaba que el corazón es peligroso, ya algunas veces en mi niñez me complacía en aprisionar el corazón con las manos en espera de su parada e inmovilidad, lo deseaba como un fin bello, sin saber que aquel fin sería la muerte, luego deseaba vivir en el mundo de los muertos, donde revolotean las almas: manantiales de ciencia y de arte. Instintivamente desmentía las teorías sadúceas, sí, una ultravida tenía que esperarnos, puesto que esta dependía del corazón y el corazón es una cosa tonta, carente de personalidad seria, inmerecedor de que un alma, todo un alma se encontrara a su servicio, consecuencia: la vida es como una condición que se le impone a un alma para arribar a la otra, a la supervida, donde por una eternidad vivirá y efectuará sus deberes; el cuerpo no es más que una masa de carnaza que se le carga al alma con objeto de aguijonearla y hacerla sufrir duramente en este mundo imbécil. ¿Qué es, pues, la vida? La vida es un continuo éxodo hacia la muerte, esto es, a la supervida de dos entes antagónicos: uno animal, vicioso y pútrido que desaparece en la demanda, y otro inmaterial, puro y florido que vuela hacia las regiones todo perfección y encanto...

Bueno; abandonemos estas divagaciones y volvamos a aquellos momentos que habían de marcarse en los sincronismos de mi existencia como un nuevo y decisivo guía; mi pecho, sangrante por las desgracias acaecidas, era un pozo abierto, dispuesto a recoger el agua que en él quisiera penetrar; mi pecho se llenaba con amor, pues amor necesitaba en sus cavidades despobladas; por eso, las muestras de cariño que me ofrecía una mujer se adueñaron inmediatamente de sus galerías huecas.

Desde aquel día el hogar de mis tíos se me hacía más confortable y más natural mi presencia; veía en él un segundo hogar paterno, y sus moradores aumentaban considerablemente en mis afectos y sentimientos. El mismo día, al regresar mi tío Favio de la visita, pude oír un diálogo que hizo comprendiera, aunque superficialmente, muchas cosas.

—Qué, ¿le dijiste aquello al sobrino?

—Sí; por cierto que se quedó callado; no me atrevía, pero como me lo habías asegurado tanto...; la verdad, que casi era como echarlo de casa antes de llegar...

—¡Ah, simio! (3); parece mentira que tu corazón te consintiera decirle aquellas palabras al hijo de tu hermana, a un pobre huérfano sin hogar ni personas que lo quieran; vergüenza debía darte semejante canallada.

—Bueno, Mercedes, ¿qué es lo que te propones? Tú misma me instigaste a hacerlo; bien sabes que yo me resistía, ¡pobre sobrino! Y créelo, me ha traído preocupado todos estos días. ¡Tú misma no hacías más que ponerle trabas para que no viniera con nosotros, el mismo día de haberlo ido a buscar! No me negarás que fuiste tú la que decías: «¡Bah, no tiene fortuna, se ha gastado todo; mira a ver si puedes perderlo de vista cuanto antes; sería una carga más, y no es por ahí!» De forma que aquí se ve bien clara la situación de cada uno; examínala para ver de quién es la culpa.

Hubo una ligera interrupción; sin duda, mi tía, ante la clara acusación, se callaba; pero al poco la oí hablar:

—Nunca me supuse que te atreverías a decírselo, y conociéndolo, es tan bueno, que yo casi le he tomado cariño; no me daría cuidado tenerlo en casa como un hijo; de tu cuenta queda el que le vuelva esta casa a inspirar confianza... Es que se necesita no tener corazón, vamos...

—Bueno, bueno; muy cariñosa te encuentras hoy; yo me las arreglaré para que no se marche. ¡Si me alegro yo más que tú!

No oí más; quedé sumido en un gran número de pensamientos, que no me sacaban de mi obscuridad; retraté nuevamente a mis tíos: él continuaba siendo para mí el hombre bueno, sin voluntad, subordinado por entero a los mandatos de su mujer, fueran o no enormidades; ella, no estaban claros para mí sus procederes; a veces la suponía como una segunda madre, que al contacto con mis sufrimientos y mis penas acogíalas en su regazo materno; otras veces parecía ver en ella un incomprensible muestrario de amores desconocidos, de pasiones ignotas, de situaciones esotéricas. Aquella conversación se refería, sin duda, al pequeño discurso que me soltó mi tío durante el trayecto de Palmera a su casa, y que ya he relatado; se me aparecían algo ocultos ciertos extremos; no obtenía ni de él ni de su alusión la clave descarnada e hiriente de la realidad; por lo tanto, seguía encerrado en el lugar de las falsas hipótesis, que había de traerme fatales consecuencias y disgustos grandes, los cuales pasarían a roer mi alma: testigo imperturbable de todo.

Al día siguiente, ya algo repuesto de las incidencias y vaguedades del anterior, me levanté algo optimista y dicharachero; hasta creo logré olvidar por unos momentos mi situación enlutecida.

Fuí con mi tío, acompañándolo en la visita que diariamente giraba a sus enfermos; el extremado calor nos batía indolente y furioso; el aire, seco, hacía difícil la respiración; el tránsito se hacía casi imposible; llegamos a la casa del primer enfermo; era una pobre vivienda, destartalada y miserable, que más bien parecía una huronera que un hogar de humanos; en el patio jugueteaban unos muchachos; mi tío recomendóles silencio, y los chicos obedecieron entre asustados y respetuosos; penetramos en la mansión del enfermo; allá, sobre un camastro viejo y medio derrengado, se encontraba un hombre de unos cuarenta años; provenía su enfermedad del cansancio producido por las faenas de recolección en una naturaleza débil y enferma; una tarde fría y un descuido hicieron todo; un catarro gástrico-intestinal lo roía con saña; el buen hombre se quejaba amargamente, estaba rodeado de miseria en una zahurda inhóspita, hiriéndole a la vez el recuerdo de su trabajo abandonado y las fatigas que pasarían su esposa y los hijos mayorzuelos en la lucha con los calores. Abandonamos aquella mansión de dolor y sufrimiento..., que trajo a mi imaginación un cuadro espantoso: la muerte de mi padre. Al salir dirigí a los pequeñuelos, que corrían en el patio, una mirada cariñosa, en la que iba fundido el sorbo del heroísmo de mi orfandad.

Mi tío siguió visitando enfermos análogos; yo me encontraba sin fuerzas para seguirle y fuí hacia casa; eran próximamente las once de la mañana; encontré a la tía que, melancólica y nostálgica, estaba deshojando una rosa; sus ojos se clavaban fijos en la humorada del aire; el cabello caído sobre la espalda en ondulaciones de oro; al verme se levantó; los pliegues del «kímono» oriental se naturalizaron, dejando ver su tipo casi esbelto gracias a los coturnos que la daban cierto aire de princesa de cuento; yo la miré; los rayos de mi mirada se cruzaron con los de la suya; hubo un cambio y una penetración, que me hicieron el efecto de un latigazo seco y prolongado; no obstante, me la figuré vestida de negro, exornada su cabeza por penachos argentados, vertiendo sus ojos lágrimas de preocupación, ocupando su corazón la imagen del hijo amado, extendiendo sus brazos maternales, y... como obligado por un súbito ademán, me arrojé

en aquellos brazos y dile un abrazo fuerte, inflamado, espiritual, acompañado en el paroxismo de la inefabilidad por besos quemantes y elevados... ¡¡Creí que era mi madre!!...

Me desasí de sus brazos, que me apretaban como garras, y caí desalentado sobre un sillón; interiormente lloraba, porque mi pena no podían apagarla aquellas caricias que me prodigaban, y miré a mi tía con aire de desconfianza, de indiferencia; pero aquella mujer ejercía sobre mí un influjo inexplicable; en el fondo yo la veía buena, y lo más raro, yo la veía hermosa y bella...

¿Cómo era posible? Sí; yo tenía dentro de mí un algo que comenzaba a arder en su presencia: ya sus ojos antojábanseme teas luminosas; su cabeza, una perla grisácea; su tipo, en total, un conjunto estético, deslumbrante y armonioso; fué aquélla la terrible revelación serafina, las miradas que fulgían de sus dos azabaches tenían para mí un brillo particularísimo, los efluvios perfumados de su cuerpo llegaban a mis nervios como embriagadoras voluptuosidades diabólicas y ofidiescas; temblando, llevándome ambas manos alternativamente al pecho y la frente, tuve que manifestarme que aquel amor no era natural, que aquel amor quería absorber mi vida entera, que aquel amor no era el tranquilo y reposado de una madre, sino el turbulento y rojo de un... ¡Ah!.. una mancha difusa y una incógnita...: yo estaba enamorado de mi tía Mercedes.

Y ésta lo supo, lo vislumbró en mi azoramiento y en mi exaltación; estaba radiante, cada vez más hermosa a mis ojos, envuelta en el artesonado místico de pasiones desconocidas, aumentado el encanto de su cuerpo por movimientos frágiles y ligeros que denotaban hechizo y voluptuosidad...

¿Era extraña mi situación? ¿Era impropio de mí un amor semejante? En aquellos momentos estas interrogantes se me parecían caóticas, indefinibles, carentes de oportunidad bien adaptada a mi estado, ambiente y vida.

La fuerza espiritual desarrolla sus impulsiones en las sombras...; a mí, entonces, me rodeaba una nube densa y negra, el crujido de la naturaleza ante la ceguedad del amor.

* * *

¡Oh amor! tus alas revoloteadoras no dejan tranquilo un corazón, tus cantos subyugan falsamente avispadas ilusiones, tus influencias adormecen la razón y el alto sentido de la vida, tus garras aprisionan las almas ingenuas, tus investiduras no sirven ni aún de homeópatas procedimientos para los males que causas, fuiste llamado por el ingenioso y profundo Heine: «el amable croupier del Infierno», compendiando así en ti todas las grandes revoluciones espirituales y las mayores fluctuaciones del ánimo; eres capaz de invertir el mundo por alcanzar una casualidad, una mirada que satisfaga tus ansias; te adueñas de los corazones doloridos y vuelcas en ellos sacrílegas e insensatas pasiones;

no respetan, a veces, tus juegos, ni a las sagradas uniones de la sangre, y vergonzosamente haces cometer incestos y adulterios; resultas, pues, estrafalario y peligroso; mereces siempre las execraciones humanas, aunque ciertos ratos logres proporcionarle goces elevados y espasmódicos; por tu única y exclusiva culpa se hunden amistades y se desarrollan tragedias; tus bromas son siempre pesadas, misteriosas y cabalísticas; te desconocen los niños, falsamente te vislumbran los adolescentes, te saborean los jóvenes, se sacian en tus galerías heterogéneas los maduros, y te olvidan los ancianos; el camino que vas trazando en la vida es oscuro e incierto, rodeado de innumerables pérdidas y tremedales donde la avancha (4) humana se ahoga y desaparece; tus traiciones desesperan, tus anhelos son utópicos y las limas de tus obreros cortan muchas vidas; se duda siempre de ti, pero a pesar de ello tus triunfos son clamorosos; eres un diablillo feo, asqueroso, ruin, poseído siempre por la manía del ensueño y la sensación que trasmites a todos tus prosélitos; unes bajo tu bandera burgueses y proletarios, nobles y plebeyos, reyes y hampones, trabajadores y ociosos; a todos, a todos, sin excepción, aguijoneas con tus afiladas puntas; y a mí me lanzaste ingratamente hacia las escabrosidades más temidas del amor, hacia una belleza muerta, hacia un campo prohibido, hacia las miserias de la vida.

Y yo, yo que poseía un corazón sensible que no tenía por quien palpitar, me encontré con una hoguera que ofrecía, insaciable, puestos en sus interioridades aún despiertas; a lo primero fué una especie de acaloramiento extraño, después una pasión turbulenta que, recorriendo los repliegues de mi alma, quería posarse fugaz y cariñosa en aquellas exhaustas y ardientes homogeneidades. Yo no dejaba de entrever los inconvenientes de aquella pasión mía que tan espantosamente se levantó en mi pecho, yo quería hacerme comprender que era un imposible, y me esforzaba por abandonar y rechazar las recalcitrantes furias.

Y algunas veces me preguntaba, todo asustado y contraído, si aquellos sentimientos míos no serían una ridiculez o una cosa tan descabellada y ciega por la que mereciera las mayores diatribas o las más grandes repulsas.

Además, ¿quién me decía que aquellas manifestaciones de cariño que me ofrecía mi tía no eran un leal y noble amor por un huérfano desventurado y entristecido? Y la duda carcomía mi alma, henchida de diversas ilusiones y aún, acaso, mayores desmanes.

Entonces, yo pagaba y correspondía aquel aprecio con insultos espirituales y suposiciones absurdas cuya exégesis habría de causar risa o una gran conmiseración; ya me veía objeto de la burla de los tíos, las ironías zumbonas de los remordimientos; pero mi ardor subía, subía dispuesto a escalar atrevidamente los más elevados puntos de sus ensueños.

Al fin, terminó por apoderarse de mí una ola nerviosa y conmovedora que me llevaba a numerosas horas de insomnio, a intranquilizadoras jornadas de dudas y horrores, a inevitables consecuencias excitadoras; víctima de este trasiego de sentimientos, de estas novedades desconocidas por completo en mi sensibilidad, que se unieron a los sucesos

de la muerte de mi padre, se agotaron mis fuerzas y caí enfermo, mi indefinible situación contribuyó a hacerme más pesada la soledad, y continuamente unos sollozos interiores se complacían en desbaratar lo mejor de mi alma dormida.

Notas

(1) En el original la preposición «de» se repite dos veces (nota de «N.R.»).
(2) En el original se lee incorrectamente «hojos» (nota de «N.R.»).
(3) Mi tía Mercedes, cuando se enfadaba, llamaba «simio» a todo el mundo, afán que, sin duda, representaba toda una filosofía.
(4) Sic. en el original. Lo más probable es que la palabra correcta sea «avalancha» (nota de «N.R.»).

VII

Mi enfermedad no era física, penetraba en mi espíritu turbulenta y agria; era una afección moral producida por desconocidos orígenes que hendían sus flechas en las almas decaídas. Aquello duró poco, unos días no más, durante los cuales estuve rodeado de cuidados y cariñosas atenciones. Mi tío, con la faz grave y la mirada inquisidora, me hacía unas visitas muy aparatosas, pues su personalidad la revestía con la aureola de la ciencia, y sus palabras tendían siempre a analizar síntomas o a enumerar disposiciones patológicas. Pero mi ánimo se desbordaba cuando todos los días, allá al atardecer, se abría el cuarto para dar paso a mi tía Mercedes; esperaba con ansiedad aquel momento sublime, durante el cual veía cómo su figura, delgada y casi esbelta, se acercaba dulcemente a mi cama y, a la vez que me prodigaba palabras de consuelo, hacía esparcir por la habitación esencias embriagadoras y odorantes; eran para mí aquellas visitas el remedio más eficaz a todos mis sufrimientos morales, acordándome de sus resultados asombrosos cuando mi tío me obligaba a tomar composiciones en las que abundaba la kola, bromuro, quinina...

* * *

Estaba yo en franca convalecencia, con esa especie de dicha y bienestar que inunda nuestro cuerpo al contacto de felices auspicios de salud, y que se apodera comúnmente de los enfermos curados; mis ojos admiraban las policromías del parterre, mi completa curación casi producía en mis órganos entumecimientos hirientes; cuando apareció mi tía no pude contener una sonrisa que se dibujó en mi boca con el rictus de una impresión agradable; ella parecía tranquila y, como si notase mi falta de andar, me invitó a pasear por el jardín, apoyado en su brazo; dimos unas vueltas, aspirando la brisita fresca que exhalaban las plantaciones; se hubiera notado en ambos una preocupación y un abatimiento demoledor; luchando los dos, con la vista fija en el mismo brillo, no nos atrevíamos a exteriorizar ninguna de sus intensas expresiones, porque una sombra negra y amenazante se interponía entre nuestras imaginaciones y nuestros corazones.

Todavía me dominaba la incertidumbre, y sentía en mi pecho la necesidad de aclarar los extremos de aquellos sentimientos y afectos, cuya verdadera causa y cuyo verdadero resultado era un oscuro e indescifrable enigma.

Algo me distraían estas preocupaciones, y a ellas dedicaba grandes ratos, después de los cuales obtenía siempre las mismas consecuencias; para más apoyo de mi anhelo me decía: «Si no hubiese encontrado en su corazón ansías de cariño, en su carácter dulce, buena acogida, nunca se hubieran despertado en mi estos sentimientos y esta pasión a la que todavía no me atrevo a calificar.» Y en efecto, principiaba por desconocer mis propios deseos: ¿Un cariño semipaternal? ¿Un apasionamiento de novela muy siglo XIX? ¿Una (1) fantasía ilusoria de humano amor? No lo sabía ciertamente, pero me inclinaba por la afirmación de esta última, porque yo, aunque en lejana fecha, había sentido el amor de una madre, y era reposado, franco, envuelto en felices y tranquilos aires de confianza; el que ahora aprisionaba mi pecho era, por el contrario, ardiente, convulso, capcioso, pues se escondía en los pliegues de la incertidumbre, como

temiendo ser descubierto. Tenía la completa seguridad de amar a mi tía, me faltaba la necesaria voluntad y entereza para manifestárselo, he aquí el desconcierto.

Yo seguía notando en las acciones de aquella mujer un exacerbamiento a que continuara el desarrollo de aquel amor, y recogía sus más indistintos gestos como afirmaciones a mis anhelos, como manifestaciones indirectas que contestaban a mis mudos propósitos.

Y un día tuve un sueño terrible que me llenó de horror: Había declarado mi pasión a ella, que me recibió con risotadas y sarcasmos; se burlaba desdeñosamente de mis pretensiones, que yo rodeaba de romanticismos aprendidos en las novelas de Lamartine, y, por último, que me declaraba la verdad de sus sentimientos desde que nos vimos. En mis oídos retumbaban terriblemente sus palabras, que las decía como vomitando furias irónicas y desconcertantes; yo oía humillado, temblando, en un silencio mortificante, veía formarse en mi pecho la estatua del odio y la desesperación: «Mira —me decía—, al verte me pareciste interesante, eras muy joven, casi un niño... ¡ja! ¡ja!... y me enamoré de ti; yo..., la mujer y señora de los dioses infernales..., después iba animando tu decaído corazón, hasta que logré construir en él la pasión que me profesas, ¡ja! ¡ja!... en el fondo me reía de ti, de tus preocupaciones..., de aquellos ratos que pasabas cabizbajo y huraño; déjame reír, ¡ja! ¡ja!.., un día te abracé y vi que ardías, ¡pobre niño!; te inoculé otro poco de licor pasional y volví a mi postura de alentadora de amores..., tú me creías, y, en el fondo, dudabas en si querías a una madre o a una querida. ¡Qué tonto! Yo te veía enfermar, pero me reía interiormente, porque eras otra víctima de mis infernales coqueterías..., sigue, sigue amándome, ¡ja! ¡ ja!..., me reiré hasta reventar, ¿Quieres un beso? Toma, y otro... otro... otro; sí que eres idiota, y los recibes, cuando sabes que son falsos, que no te los doy con mi boca, sino con un ardiente hierro que te quema; pero sufre, sufre, que eres un tonto ¡ja! ¡ ja! y qué cara pones, tienes todas las líneas de un palomino; pero ¿qué es eso? vas tomando las formas de un sátiro... corre, corre tras de tu ninfa que soy yo ¡ja!... ¡ja!... defiéndeme... ¡ja!... ¡ja!, Y apareció un Mefistófeles, que delante de mí la estrujaba, la besaba, la poseía, y después... ¡ay!... me querían matar entre los dos.

Lancé un grito, un grito desgarrante, y desperté, la oscuridad se presentó a mis ojos, horrorizados por la visión; los cerré inmediatamente y tapé la cabeza con las sábanas, temblaba como un azogado.

Apenas volví a dormirme se me apareció otra vez; pero ahora distinguí en sus facciones líneas de compungimiento y tristeza; su vestido era blanco, de un blanco helado que realzaba más el arrepentimiento que brotaba de sus bellos ojos. Acercóseme, yo noté que hablaba, pero en tono tan bajo que no oía; tendí los brazos y se escurrió suavemente de ellos, mientras que otra risa sarcástica y zumbona vino de lejos, de los báratros avernales, y esta risa, que en mi resonó macabra, arrobante, hizo en ella el efecto de un chispazo eléctrico; cayó al suelo, yo me levanté a recogerla, llegó el Mefistófeles bailoteando con aire sibilino, y me la arrebató sin esfuerzo, corrí detrás, pero se cerró la puerta de golpe y (2) desperté asustado.

La difusa claridad de la mañana me hirió la vista con sus blancuras y efectismos. Estuve un largo rato tendido sobre la cama sin dormirme, los sueños se me aparecían como luengos sucesos ocurridos y me horrorizaban con sus escabrosidades truculentas; además, era tal el grado de debilidad que dominaba mis fuerzas físicas, que me encontraba sin alientos para levantarme; por milésima vez maldije al mundo, entreveía únicamente viable la vida de un anacoreta o de un cenobita (3) selvático; allí, en medio de cultos y naturalezas, el amor se sentiría tranquilo, bello, porque no habría oscuridades, y los seres amados corresponderían alegres, sin convencionalismos societarios, ofreciendo sus hermosuras y sus purezas...

No podía hacer desaparecer de mi imaginación el recuerdo de las visiones soñadas, que traspasaban terriblemente mi corazón sangrante; como se había mezclado en su interpretación un viso de palpable actividad, dudaba, dentro de la caótica situación del despertado, si aquello sería realmente un sueño o una tenebrosa realidad ocurrida la noche anterior.

Instintivamente me vestí; a medida que mi cerebro se iba normalizando y el agua arrebató de mi cuerpo la contracción del lecho, recordaba el transcurso de mi sueño y las consecuencias del mismo: unos cuantos sustos, que, en la oscuridad de la noche, aumentaron las palpitaciones de mi corazón, remembrando tiempos infantiles.

Fuí a desayunar, nada noté de anormal en las caras de todos; estaba casi alegre, con esa alegría que se apodera maquinalmente de un hombre amenazado cuando ve desaparecer la nube negra que turbaba sus sueños. Estuve efusivo hasta con la fámula, la cual, con una mirada de extrañeza por el hecho insólito, me envió otra de satisfacción; saludé a mis tíos con más cariño que otras veces; no podía menos de exteriorizar un contento; que, en realidad, no existía, y un bienestar que no veía por ninguna parte; eran inconscientes manifestaciones de preocupación o simples llamaradas en presencia de aquella mujer, de quien, con la fuerza de un espíritu joven e irreflexivo, me había enamorado con locura.

Este amor era ya para mí una obsesión que mordía mis fuerzas y decaía incesantemente mi ánimo; se hacía aún más profundo, al chocar con la muralla de contención que interponía mi timidez o mi ingenuidad. Sin embargo, yo tenía el convencimiento de que era correspondido, es decir, que aquel aprecio y aquellos mimos eran inducidos por la misma pasión que la mía, que las miradas, de las cuales era objeto continuamente, obedecían a un derrame de amor por mí; todo contribuía a mi mayor exaltación y a pensar largas horas la forma de salir de aquella especie de ostracismo cruel, mil veces más hiriente que un desengaño y un escarnio en el fondo de mi conciencia moral.

Algunas veces pensaba más de acuerdo con las normales situaciones de la vida, y anatematizaba mi proceder; eran éstos los ratos de más juicio, aquellos en que el influjo pasional estaba reducido al menor término; entonces aparecíaseme como un recto proceder el abandonar cuanto antes aquella casa, pues era un peligro inminente mi estancia en ella, conviviendo bajo el mismo techo y exacerbando con mi presencia, si es

que ella me amaba, una falta, cuyas consecuencias fatales eran claras y terminantes. Pero en esta forma pensaba las menos veces posibles, por lo tanto, los consejos que de ellas emanaran se esparcían al instante, sin impresionar mi razón y mi entusiasmo.

Y mi amor y mi pasión crecían a medida que más difícil encontraban el acceso a sus estallidos, la incomprensión y el desconcierto rondaban a todas mis iniciativas, ella reía a todo, reía..., yo veía en aquella risa la misma que la visión de una de las noches pasadas, y enmudecía, me ponía blanco; pronto ella me tranquilizaba al adoptar nuevamente su aire serio de mujer fervorosa y casada, sobre todo casada. ¡Oh sarcasmos! Su risa me hacía temblar, y su seriedad me hacía sufrir porque vislumbraba en ella apagadas sensaciones, campo nada fértil para sembrar amores, ¡pero estaba tan hermosa! Y yo soñaba con eclecticismos, un intermedio entre sus risas apetitosas, en las que ponía más de manifiesto los bellos dibujos de sus labios, y la gravedad helada, muestrario de desilusionadoras senectudes; allí radicaban todos los inconvenientes de mis amorosos deseos, y a buscar el necesario temperamento me encaminé furioso y animado. ¿Lo encontraría? ¿Se adaptaría ella, a su edad, a mis formas de amar? Ni lo supe, ni lo he sabido nunca...

El caso es que llegó un día en que me formé el decidido propósito de terminar de una vez mis contemplaciones y mis sufrimientos; estaba dispuesto a declararle mi sufrir interno, mi pasión tierna y romántica; otra vez, sin embargo, quería detener mis impulsos el temor al desaire, y, por lo tanto, para más ludibrio mío, a las fundadas iras de mi conciencia; pero me impuse, sí, con más o menos alacridad le soltaría todo el guardado foco de la luz de mis cuitas; resultara lo que resultara era el único camino que me marcaba rectamente el corazón para salir del atolladero, para libertarme de aquel mortífero amor, pues una vez arrojado no lo recogería sin palpar la soñada aceptación o la reciprocidad ambicionada...

Buscaba ocasión, buscaba pretexto, y lo tuve al instante: la hallé recostada sobre una especie de hamaca en el jardín; yo la veía de perfil, pudiendo admirar la pureza de sus líneas y el impecable rictus de una mujer hermosa; tocada con una bata blanca y con los cabellos formando blondas dormía quizá, metalizaban su rostro las irisaciones trashumantes que el sol otoñal formaba a través de las frondas; su posición, tan tentadora, terminó de darme fuerzas para continuar hacia ella con ademanes donjuanescos y palabras estudiadas; todavía me paré a recapacitar sobre el paso inseguro; llevaba ya tres meses en la casa de mis tíos y me resultaba extraño que sintiendo ella un tan hondo afecto por mí, afecto que no era afecto sino indudable amor, no lo hubiera exteriorizado debidamente, pero acaso estuviera esperando mi decisión y mi atrevimiento, sin duda estaba ahora tan absorta pensando en mí...; iba decidido, pero volví a pararme; una ráfaga de buen sentido y recto juicio pasó por mi cerebro, me disponía a dejarlo otra vez; mas el diablo, que dicen nunca duerme, quiso que mi tía volviese la cabeza, y, al verme allí parado y como imbécil, me llamó:

—Antonio, ¿qué haces ahí? ¿Cómo no te acercas?

Fue, para mí, aquél un momento de emoción intensa, se me paralizaron como por encanto todas mis facultades, y quedé mudo sin saber qué hacer ante el llamamiento, y sin responder una palabra; por fin logré calmarme, ella me miraba entre curiosa y observadora, creí distinguir signos inequívocos de amor, quedé convencido de que a ella la detenían los mismos temores que a mí, esto es, la falta de atrevimiento para tomar la iniciativa. Y, una vez provisto de la suficiente serenidad, pude contestarle:

—No la había visto, pero... me alegro de encontrarla, tengo que hablarle, querida tía...

—Hombre —contestó ella—, qué tono de misterio pones en tus palabras; si me tienes que hablar, soy toda oídos.

Yo noté cómo se apoderó de su cara una sonrisa de triunfo, de alegría, y proseguí:

—La cosa es que... vamos, ¿no comprende?... pues, yo... yo, querida tía, le tengo que decir...

—Termina de una vez, no en balde soy mujer y se va apoderando de mí la curiosidad, «¡maldita curiosidad!» como decís los hombres..., pero es nuestro sino.

—Sí, tía, yo quisiera decírselo a solas.

—Pero, hombre, ¿estás loco? ¿No ves que estamos solos?

—Bueno, sí; yo quiero decirle que...

—Me amas, ¿no es eso?— Y al decir estas palabras se me quedó mirando fijamente, a la vez que adoptaba una posición voluptuosa; luego prosiguió:

—Lo sabía, hombre, lo sabía; ahora que esperaba tuvieras alma para decírmelo; a mí los hombres tímidos no me gustan; ven, siéntate aquí.— Y, al decir esto, me señaló un lugar junto a ella en la hamaca. Bueno, dices que me quieres. Pero, ¿estás seguro de que es verdad?

—Sí... sí— balbucí yo, inconsciente, bajo el peso de una gran montaña negra que se desplomaba sobre mí.

Ahora reconozco mi falta, yo fui un miserable; pero puedo decir muy alto, como descargo, que no accedí a las pretensiones de aquella perversa; resultó como me lo temía yo, aquella mujer no podía amarme, o yo no sabía si podía amar a ella.

Y quedé como limpio, porque las negruras, que antes cegaban cruelmente mi razón, desaparecieron y pude pensar sobre los peligros a que me había expuesto la falta, la enorme falta que la esposa de mi tío se disponía a cometer; y, entonces, mi corazón acallado estaba arrepentido de haber latido con tanto ímpetu, y dejaba libre paso a la razón de las cosas para que juzgara, inexorable, sus actos punibles.

¡Albricias! Fué el primer triunfo de mi vida... ¡¡El cerebro había vencido al corazón y a las pasiones!!

¡Oh! Aquella mujer mala acogió mis palabras con una satisfacción lujuriosa que insultó groseramente a mis sentimientos puros... Yo habría sabido amar a una Enriqueta, no a una lady Dudley (4).

* * *

Yo, desde aquel día, estaba apesadumbrado y triste, pensando continuamente en el suceso que tan poca importancia tenía para ella.

Y después de haberlo pensado mucho, le indiqué a mi tío el deseo de marcharme a la ciudad para proseguir mis estudios, pues quería en el próximo examen terminar el Bachillerato; aceptó, no sin algunos rodeos; pero yo de ninguna manera quería serle gravoso, por lo cual le pedí una carta para don Miguel Velasco, el Jefe político de la provincia del partido de mayor núcleo, y con el que le unía gran amistad.

Una mañana fría de Noviembre me despedía de aquella familia con la emoción correspondiente al recuerdo de un suceso, que perduraría en mi sensibilidad y en mi memoria mientras viviera.

Al estrechar la mano de ella, un sutil estremecimiento invadió mi cuerpo tembloroso y frágil. Sin saber por qué mi corazón todo se dirigía emocionado hacia una compasión ilimitada..., en el fondo la veía buena, dócil, pura..., mas atacada por el virus enfermo del sensualismo..., una incógnita para mis inexperiencias.

Estas cavilaciones ocupaban mi espíritu durante el trayecto a la ciudad, que duraría unas cuantas horas; pero pronto la diversidad de paisajes, los montes pobladísimos y como amparados por la niebla en sólida conjunción hermana, los rumores de los demás viajeros —íbamos en una especie de ómnibus—, los latigazos a los caballos, los gritos

del cochero y otros tantos sonidos heterogéneos, terminaron por distraerme, y los pensamientos atávicos se escondieron para dar paso a los futuros, que, después de todo, son los que más deben preocupar al hombre.

Distrájome sobremanera una conversación que sostenían dos lugareños que, al parecer, se dirigían a la ciudad para arreglar cierto asunto político en relación con chanchullos caciquiles; me interesaron porque oí el apellido Velasco, señor para quien, como he dicho, llevaba una carta de recomendación.

—Yo creo —decía uno— que don Miguel bien puede arreglarlo; después de todo, por él se hizo.

—Es verdad —respondió el otro—; pero bien pudiera suceder que no, y, en ese caso, pobres de nosotros.

—No te apures, la política es así, con el apoyo de estos señores se puede conseguir que se duerma el asunto.

—La verdad, que tuvimos una ocurrencia.

—Ocurrencia que nos permitió arrollar a los contrarios, ¡mira que si se nos plantan en la Alcaldía!

—Nos ahogaban, pero... eso de mentir, diciendo que habían muerto, es muy grave.

—Déjalo, ya verás como todo queda tapado; todavía no tienes tú experiencia en estas cosas, de otras más graves he salido yo en bien; no se necesita más que fuerza, apoyo arriba, y eso lo tenemos por ahora. Piensa que don Miguel Velasco va para ministro.

—Ya veremos; por lo pronto, el miedo no se me quita de encima. ¿Te fijaste cómo al pasar por delante de Ramón, el contrario, nos dijo irónico y zumbón: «Adiós, procesados, de ésta sí que no salís?»

—No te asustes, hombre; él no iba a decir otra cosa.

—Sí; pero... todavía tengo aquí las palabras, y después lo que decían en el pueblo: que si tal, que si cual... unos años de cárcel, gastos...

—Calla, calla; estás lleno de miedo, y aquí lo que hace falta es no tenerlo; ya casi me arrepiento de haberte hecho Alcalde.

Yo seguía al dedillo esta conversación, que me pareció interesante desde el principio; se trataba de un Secretario y un Alcalde de un pueblo, que estaban procesados por ciertos hechos delictivos; eran afectos a don Miguel Velasco, y, por lo que les oí hablar, confiaban en su influencia y en su poder.

Notas

(1) En el original «una» aparece con la primera letra en minúscula (nota de «N.R.»).
(2) En el original no existe la conjunción copulativa (nota de «N.R.»).
(3) En el original figura incorrectamente «cenovita» (nota de «N.R.»).
(4) Personajes balzanianos.

PARTE II

I

Y comencé a desempeñar en la vida un papel que me alentaba hacia más altos fines; iba ya sorbiendo a pequeños tragos el elixir vital; me encontraba fuerte, sano de cuerpo y espíritu; únicamente turbaban mis sueños ligeras punzadas por las que el corazón me indicaba que no tenía padres, y que algún día había alimentado con sus latidos pasiones miserables y ruines.

La vida se me aparecía como un problema de observación, un gran texto antiquísimo, palimpsesto borroso donde muy pocos aciertan a leer y a desmenuzar sus ideas, quizá sublimes; y los raros hermenéuticos que logran, con grandes trabajos, interpretar alguna de sus ideas los comprende la humanidad bajo el epíteto de locos. Los psicólogos representan en la sociedad algo extraordinario, y para mí ridículo, puesto que sus miradas y lucubraciones se extienden a los desconocidos engranajes del espíritu, siempre inaccesibles a nuestra concepción. En esta vida —como ya dejé entrever antes— el alma sufre, y sufre por su completa subordinación a las acciones carnales, porque representa para ella una purificación o una penitencia, o porque, para su más perfecto bienestar en lo futuro, requiere una visión clara de los vicios y de los extravíos. Ocupa en la existencia humana un papel de espectador, pero de espectador sensible, no ajeno a las penas ni a las más grandes cuitas.

Tal era la visión que yo tenía del alma y de la vida por aquel entonces, cuando se me presentó el caso de tener que ocupar mi actividad hacia el encuentro de subsistencia, puesto que mi cualidad de hombre libre implicaba también, en sí, la obligación de mi sostenimiento.

Lo primero que hice al llegar a la ciudad fue verme con Capilla, quien se encontraba en la misma, prosiguiendo sus estudios; hacía tiempo que no nos veíamos, y esto aumentaba mis ansias de hablarle; lo encontré en el balcón de una casa de huéspedes, dirigiendo su vista a la calle polvorienta y sucia; le llamé desde abajo, y tan abstraído estaba, que fué preciso que repitiera por tres veces su nombre para que se diera cuenta.

—¡Sube!— me gritó.

Le encontré en la mitad de la escalera, nos dimos un abrazo fraterno, cruzamos unas cuantas palabras incoherentes; la emoción, con sus barnices suaves, nos atacaba el corazón impidiéndonos casi hablar; diríase que no nos habíamos visto desde hacía algunos años.

—Chico, ¡qué sorpresa! Cualquiera esperaba verte por aquí; a quien esperaba era a tu carta, pero en vano...

—Dispensa; pero la vida, sus golpes... etc., nada, que estoy condenado a grandes emociones.

—Bueno, Antonio, siempre lo mismo; me dijeron que andabas mal con tus tíos.

—Mal, no; pero la diferencia de temperamentos: él es un pobre hombre vulgar, buenazo, pero tonto; y ella es insoportable, enamoradiza...

—Estás pálido, querido amigo, algo te ha sucedido, cuéntame, nada tiene de particular que te confieses conmigo, ya que, bueno... las circunstancias te han privado de otros, deposita en mí la confianza y el cariño.

Y le conté todo, con infinidad de detalles, no omitiendo ni las escenas que pudieran atentar al honor de mi segundo apellido, encarnado en aquella familia. Félix se extrañaba unas veces, y otras parecía condolerse de mi situación; en seguida vi que no comprendía el ciclo formativo de la pasión que, por aquel tiempo, se adueñó de mi sentimentalismo exhausto; me esforcé por demostrárselo, en vano; su vulgaridad, inconcebible en un hombre como él, le dictaba contra mí reproches mortificantes, hechos punibles inmensamente grandes...

—Antonio, nunca te creí capaz de semejante villanía; lo que has hecho...

Yo le interrumpí, se me clavaban —como puñales— sus palabras en el pecho y me hacían dolor, un dolor terrible, y le dije: ¿Pero es posible que tu razón no se dé cuenta del alcance de ese amor, que bajo el disfraz de los cariños maternales se apoderó de mis fibras sensitivas, acariciando finamente todas sus ansias inefables? Capilla, reconoce y date cuenta de que yo no tengo padres, de que me encuentro en el mundo amparado aún, para mi desgracia, por una palpitación del corazón; figúrate que una mujer, una madre posa en él sus alientos vivificadores y que no es posible rehuirlos, sino que, cual homogeneidades súbitas, se unen en conjunción inseparable y magna; después, querido Capilla, la edad joven, la llamarada falsa del corazón amado, los efluvios de una carne fresca y ardorosa se encargaron de cambiar los sentimientos para dar paso a un sacrilegio, a una villanía...

Capilla, oyendo mis explicaciones, parecía convencerse; sin embargo, no cambió su faz ni la sorpresa de la narración ni la impresión de la aventura.

—Casi te disculpo —me dijo luego—; por lo demás, has hecho bien en venirte, te has librado, quizá, de muchas consecuencias que pudieran resultarte funestas; y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Traigo una carta para don Miguel Velasco, y espero que podrá colocarme en alguna oficina; pienso terminar el Bachiller y seguir, como antes, una carrera. Pero te advierto que es raro que no me preocupe más esta situación mía tan indefinible. No temo a la vida, le concedo muy poca importancia; casi agradezco todo lo que me ha pasado, porque ha hecho que desaparezca de mi inteligencia el poder que sobre ella ejercía el corazón; creo he conseguido relegar su influencia a último término, por lo que estoy completamente contento.

—Pero, hombre, el corazón, el corazón es muy necesario e imprescindible que lata para alcanzar la felicidad de una persona. ¿Cómo comprendes la vida sin el amor en algo?

—No me has entendido, ahí está el quid, que no concebís el amor sin intercalar entre sus párrafos las traiciones del corazón. Yo amo la Naturaleza, yo adoro todo lo incomprendido porque presiento en su mutismo algo grande y adorable. El corazón es el intermediario para amar la raza, para amar la humanidad, para amar la corrupción; la inteligencia se encarga, por otro lado, de dirigir sus amores a otras frondosidades más perfectas y puras; admiro a un Darwin, no solamente por creer en sus teorías, sino también porque empleó su capital, su vida y su energía en estudios y problemas, cuya solución y comprensión vulgarizada sería el soñado medio de alcanzar la cultura y el dominio correspondientes a una sociedad que pretende conmovernos con investigaciones bíblicas; dejemos en paz a los ídolos, olvidemos los dioses, cuya presencia data de los tiempos incultos, de la barbarie primitiva, del fanatismo oracular...

Capilla me oía, quizá sin comprenderme; al fin se dispuso a hablar; yo sentí cierta curiosidad por conocer sus pensamientos, sus opiniones; veía en él cierto exagerado realismo y más grande admiración por las miserias terrenas.

—Si te he de decir la verdad, tus palabras han producido en mí la impresión de un cuadro negro en el que nada se lee; ni tú mismo sabes lo que te dices, todo eso es un lío que nadie entiende, digo más, no creo en ninguna teoría filosófica; mientras que no me demuestren lo contrario, afirmo que la filosofía es un puro mito; ahí cada uno dice su cosa y todos tienen razón; la filosofía es un rompecabezas, con la diferencia notable de que no tiene solución, esto es, que es imposible hallar la situación de acuerdo con sus principios.

—Sin embargo, no me negarás que un Nietzsche...

—Nada, yo no le concedo importancia; para mí es uno de tantos que han conseguido volver locos a muchos hombres; no tienes mas que hacer una visita a un manicomio y verás a todos los alienados cómo filosofan, cómo afirman y niegan, utilizando una aplastante lógica.

—En parte estoy de acuerdo —le contesté—; pero en otros extremos como la superficialidad del sentimentalismo, la intensidad del corazón, no puedo pensar como tú.

—¿Cómo concibes la caridad sin el corazón, el bienestar familiar, la ética societaria, las relaciones humanas, etc...?

—Estás equivocado, Capilla; el corazón no interviene para nada en esas acciones, o, por lo menos, no debe intervenir; un acto filantrópico debe realizarse a instancias de la razón que nos presenta a la vista la necesidad del prójimo, no a sutilezas del corazón sensible (1); y te voy a demostrar que el mantenimiento de esa tesis tuya nos transporta a la temeridad irreflexiva; pongamos un ejemplo: Un hombre que no sabe nadar se encuentra con que desde la orilla ve ahogarse a un náufrago, el corazón le aconseja que se tire al agua para salvar de la muerte a un hermano, pero la razón se opone, porque sus fúlgidos rayos no entrevén buen final, sino la muerte de ambos; el predominio razonal hace que la temeridad se deje a un lado; no debe censurarse la acción de ese hombre. En cuanto al bienestar familiar, digo lo mismo, la razón...

—Ridiculeces, Antonio, huimos de la filosofía y nos internamos en ella; yo declaro no estar preparado para aventurarme en visitar sus lobregueces ocultas; hablemos de otra cosa, ¿no comprendes? Cuando realizamos un acto filantrópico da lo mismo que lo guíe el corazón o la razón, lo importante es el acto mismo, no el medio de su desarrollo, eso no interesa a nadie.

Hablamos otro poco de cosas sin importancia, y nos separamos. Yo salí a la calle, ocupando exclusivamente mi cerebro la situación de mi amigo; lo encontraba muy cambiado, habían aumentado en él las visiones del positivismo, los anhelos algebraicos, en resumen, ya me lo figuraba un hombre ordinario, estudioso, trabajador, pero todo encaminado a crearse una admiración entre sus semejantes, o dispuesto a adornar sus concupiscencias con queridas incontables, esto es, dentro de nuestro común laicismo, un hombre opuesto a mi manera de ser.

Eran las doce de la mañana y me dispuse a ir a casa del señor Velasco, para hacerle presente mi aspiración y mostrarle la carta que llevaba de mi tío; su domicilio estaba enclavado en una calle céntrica; subía animoso, con la plena ilusión de hablar con el mangoneador de la provincia. Llamé y me introdujeron en una salita muy bien amueblada, donde había de esperar a que salieran unos señores que despachaban con él en aquellos momentos; también esperaban otros dos, que daban vivas muestras de impaciencia; pues llevaban esperando, según me dijeron, más de una hora; yo me coloqué cómodamente en un amplio butacón, dispuesto a esperar hasta el fin del mundo; no sentía prisa, por lo tanto, pronto se apoderaron de mi mente los más heterogéneos pensamientos y las más extrañas cavilaciones. De pronto se abrió la puerta, dando paso a otro visitante; era un facistol ridículo, que a los dos minutos, no hacía más que mirar el reloj, alternando unas veces en su pulsera y otras en el soberbio

de oro que pendía de una cadena del mismo metal; lo sobaba entre las manos largo rato, como mostrándonos su grandioso valor, luego se aderezaba el nudo de la corbata y comprobaba si permanecía bien el alfiler-perla que exornaba su pechera con un brillo metálico; el traje impecable; un hongo que, en aquella cabeza estrecha y larga, parecía un aderezo de clown; no sé por qué, pero se me hizo antipatiquísimo; pronto se puso a hablar de política, y no callaba, aunque sus palabras no hallaban eco; a mí me estaban dando deseos de mandarle callar; dijo que era Abogado, aspirante a diputado, y venía a hablar con su íntimo amigo de asuntos de alta política, urgentísimos, y terminó manifestando que agradecería le dejásemos pasar el primero, ya que los asuntos generales que tenía que tratar con él eran importantísimos y bien podían posponerse a ellos otros asuntillos particulares. A su indicación respondimos con un absoluto mutismo y volvimos la cabeza; entonces se calló, e hizo un gesto, como diciendo: «Son ustedes unos ineducados».

Por fin, tras un largo rato de copiosa paciencia, llegó el momento de mi entrevista y penetré en el amplio despacho, que parecía exhalar un cierto efluvio de rabulería y engaño; junto a una mesa, cargada desordenadamente de papeles, se encontraba don Miguel Velasco, escribiendo unas notas a la vez que dictaba a un secretario ciertas órdenes urgentes; pude oír la siguiente frase: «... si no hay que escribir a Madrid, de todas formas...» se interrumpió al verme entrar. Era un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, de facciones rígidas y enérgicas, ojos vivaces y saltones, bigote, formando dos guías ligeramente encaminadas hacia arriba; era, en general, el tipo de hombre de negocios, esto es, de ésos para los que la política es un negocio amparador, un medio de fuerza, un apoyo necesario en cualquier empresa fuerte; su actividad e indudable valía en las artes del engaño le habían llevado a la jefatura de un partido en la provincia, habiendo desempeñado algunos altos cargos que le conferían el muy honroso de ministrable. Hizo un gesto de extrañeza, y, sin dejar de mirar unos papeles, díjome:

—¿Tú, qué quieres, muchacho?

Le mostré mi carta, que leyó rápidamente; pareció alegrarse, y, al momento, dijo:

—Muy bien, casualmente desde ayer está vacante una plaza en mi secretaría, de forma que puede usted quedarse.

—¿Le gusta la política?

—Me encanta —le conteste—, la considero como el supremo arte del hombre, soy discípulo de Rousseau, y, políticamente hablando, he formado mi espíritu en sus libros y en los de Montesquieu y Voltaire.

—¡Caramba! Es usted demasiado listo, sin embargo, amiguito, hay que tomar las cosas más prácticamente, nada de romanticismos en política; todo lo evolucionador en un

sentido rápido no es más que teoría, pura teoría cuyo desenvolvimiento real se verifica bajo los mismos cauces antiguos, o lo que es lo mismo, no varía mas que la forma; toda revolución es romántica, se funda en romanticismos, no en sentimientos reales, y de ahí viene el fracaso. Ya me habla su tío de estudios. ¿Qué carrera piensa seguir?

—Estoy terminando el Bachiller, y, después, no sé todavía cuál será la carrera de mi agrado; mi padre quería que me hiciese abogado, pero creo optaré por la de Letras porque me entusiasma la literatura, el hermoso medio de propagar grandes ideas, de influir en los ánimos sobre ciertas determinaciones, etc.

—Bien, aquí puede usted venir por las mañanas y dedicar el resto del tiempo a sus estudios; ganará 150 pesetas al mes; ánimo y a trabajar mucho; le felicito por sus buenas disposiciones, entreveo en su fuerza imaginativa un gran carácter político, quién sabe si un Richelieu o un Bismark.

—Y ¿por qué no un Cromwell o un Mirabeau?— le contesté con serenidad y firmeza.

Se me quedó mirando fijamente, como extrañado; después me preguntó:

—¿Qué edad tiene usted?

—Cumplo en el actual mes diez y siete años— dije, ocupando mi cara una sonrisa de explicable orgullo.

—Mucho cuidado con las lecturas, amigo mío, los jóvenes son ustedes un campo muy abonado para, en él, fructificar toda idea rebelde; esos dos señores, que cita, existieron en su tiempo; el primer cuidado que hay que tener, al empezar la vida, es adaptarse al siglo, a su siglo. Hoy no existen más que dos tipos de revolucionarios: primero, los descontentos por intuición que son, como si dijéramos, políticos alienados; y segundo, los demasiados vivos, que, desde su puesto de oposición, obtienen muy buenas ganancias, porque se les teme por su talento o por su decisiva influencia en determinada opinión; de modo, querido, que deseche esas teorías, y abra a la realidad las luces de su entendimiento que pueden ser muchas.

Yo hice como que afirmaba; en aquellas circunstancias sería casi una falta de educación discutir; además, temía meter la extremidad, pues me parecía más eminente de lo que en realidad era la figura de aquel político. Así es que pedí permiso para retirarme, quedando en volver al día siguiente con objeto de comenzar mis servicios oficinescos.

Durante todo aquel día pensé mucho sobre las palabras que había oído; yo sentía afición por la política, afición que me llevó a releer varias obras de hombres ilustres; esas

lecturas y el diario empape de noticias en los periódicos constituían toda mi muralla de conocimientos en la materia. Poseía una idea bastante exacta del balanceo político de la nación, conceptos, comentarios propios, viniendo a formar todo mi clara visión individual.

Aquella noche escribí a mis tíos, dándoles la noticia de mi fácil colocación; fué una carta fría, más bien fórmula, pues mi manera de ser no permitía otra cosa. Desde la muerte de mi padre, sentía una especie de soledad confortable; este carácter aumentó con el colofón cruel de mis sentimientos respecto a la tía, todo lo cual contribuyó a formar duramente en mi razón la imagen solitaria de un individualismo llevadero. Representaba mi idiosincrasia el triunfo definitivo de la razón sobre la sensiblería, esto es, del supremo realismo íntimo sobre las impresiones sutiles y cariñosas de la vida. Por esto, vislumbraba en mi existencia una victoria realizada, un triunfo cuyo fin sería la claridad ahíta de sinceridades; en medio de todo, el optimismo reinó en mí. Ya oigo a los timoratos preguntarse: «¿Y el recuerdo de los padres amados? ¿Y los imperiosos ademanes de la sangre? ¿Y la fuerza del amor?»

Después de estas confidencias yo quedo comprendido para la sociedad en un ser, si no repulsivo, extraño, pero de un exotismo que radica en la supresión completa de la sensibilidad. Yo podía contestar: de ninguna manera, me impresionan debidamente los hechos y las escabrosidades vitales, siempre he ambicionado un carácter imperturbable a la nimiedad, capaz de transportarme al tupido velo de lo desconocido sin inmutarse, sin señalar en su semblante ningún síntoma de cansancio, de fatiga o de incomprensión; y, para esto, se necesita una pérdida total de superchería sensiblera, el adecuar la vida a los dictados de la razón, no a las impresiones súbitas del ánimo.

Púseme a estudiar y a leer con acendrado estímulo; notaba grandes necesidades de una cultura amplísima, que reuniese en sus fibras doctas los extremos más distanciados y los medios más pacíficos. ¡Ah! Cómo al leer el glorioso Fausto de J. W. Goethe encontraba en sus páginas el fruto de aquella vida eminente, recogiendo diversos conocimientos, diferentes estudios, todos poéticamente resumidos en las cuartillas cuya confección gloriosa costó a Goethe casi sesenta años de su existencia. Y yo pensaba: ¡Si cada hombre ilustre escribiera un Fausto!

Consecuencia de la lectura de una biografía, me entraron unos grandes e irresistibles deseos de escribir, reconocía las bellezas del arte literario y poco tarde en exteriorizar mis aficiones. Aquel mismo día púseme a escribir un artículo sobre la evolución científica a través de los siglos, y la influencia que en ella debían tener las sucesivas leyes biológicas de los pueblos. Resultó con gran numero de asonancias y no menos atropellos artísticos, pero conseguí mi deseo, que era hacerme comprensible. Fué mi primer trabajo literario y se publicó en un diario de la capital, afecto a la política del Sr. Velasco, mejor dicho, perteneciente al Sr. Velasco puesto que él era el principal y casi único accionista, siendo la S. A. constituída una pura fórmula societaria.

Félix Capilla me felicitó por el trabajo, a la vez me indicó la proximidad de Junio, fecha en la que debía demostrar suficiencia en los dos últimos años del Bachillerato. Le agradecí el recuerdo, pero le hice constar que no tenía olvidados los programas, y que esperaba obtener buenas notas; nos separamos, él llevaba prisa, y yo fuí hacia casa, releyendo el dichoso periódico por milésima vez y encontrando menos defectos; en resumen, me agradó el comienzo y pronto no ocupaban mi imaginación otras preocupaciones que las de poder llegar a ser un gran escritor.

Además, veía aumentar a cada momento en mis concepciones teorías novísimas que, por unas veces considerarlas yo mismo como descabelladas, procuraba olvidarlas; pero, en vano, se me aparecían más verdaderas, más necesarias de darlas a conocer. Si, en mis obligaciones propagandistas se encontraba la de explicar debidamente mi evolución psicológica y mi esfuerzo, símbolo arrollador de las pasiones terrenas.

Nota

(1) En lenguaje vulgar, en el general pensamiento, hipocresías.

II

Fue para mí un gran consuelo espiritual la publicación de aquel trabajo, representaba en mi vida el comienzo de un sendero agradable y sensible cuyas impresiones naturales me cautivaban en un delirio de febril inspiración; yo consideré el artículo como una bufada de actividad que irradiando del cerebro se extendía triunfal y victoriosa por los ámbitos humanos en éxodo admirable, útil y renovador; era dichoso al contemplar su radio expansivo, y pronto creía obtener de sus enseñanzas cauces nuevos, consecuencias seguras...; una incontable fuerza radioactiva parecía rodear mi persona, ya aureolada por el nimbo en el cual no tienen cabida la vulgaridad o la ordinariez.

Toda mi ilusión, todos mis anhelos desde que el yo-razón alcanzó preponderancia sobre el yo-niño o el yo-carne se resumían a lograr, con mi trabajo o con mi acción, el glorioso título que me excluyera de lo común, de lo exotérico.

Y esto creía alcanzarlo procediendo siempre de forma opuesta a todos los demás; fue mi primer principio filosófico que ponía en práctica a los trece años: «Si tienes como punto de mira una teoría equivocada obra siempre de forma que cada acción que ejecutes te distancie más de sus influencias». No pretendo discutir, ni mucho menos, sobre su importancia societaria, sino que lo muestro como faro que iluminó y dirigió los primeros años de lucha, cuando a falta de criterios, a falta de rutas, me incliné por una de acuerdo con mi propia ideología de joven escéptico, pesimista o rebelde a todo lo que representase fuerza constituída; mis ojos veían en la sociedad equívocos, corrupciones, no precisamente en su totalidad, en su conjunto, sino en su intimidad particular, en la individualidad, considerada ésta como la reunión de uno mismo; esta forma de pensar que exteriorizada en mí no tenía más alcances ni impresionaba a los que la oían mas que para llamarme loco, sin duda alguna, si es obra de un hombre a quien la historia exhuma como un gran pensador constituiría toda una filosofía digna de estudiarse.

Pero volvamos a mis seguimientos sincrónicos, yo vivía en una casa de huéspedes donde se celebró como un gran triunfo la publicación de mi artículo. Eran mis compañeros de hospedaje cuatro jóvenes, de los cuales dos pertenecían al gremio estudiantil: Pablo Confortes y Lucio Romero, estudiantes de Medicina, los dos de alcances intelectuales limitadísimos, pergeñados con esa rusticidad elegante que emana de los pueblerinos aburguesados; un empleado del Estado llamado José Ortas, y un joven médico llamado Miguel Portolés; todos jóvenes, optimistas, agarrándose duramente a los placeres y a las diversiones, enemigos acérrimos de todo lo que representase trabajo intelectual; componía su única legislación a seguir los preceptos del corazón y de la carne; en esto se parecían unos a otros: para mí eran merecedores de una misma definición; entre ellos, sin embargo, había discrepancias fútiles a las que hacían tener gran importancia. Nunca han sido objeto de mi atención las polémicas derivadas de una ejecución puramente ordinaria, de una intuición mundana; sus discusiones provenían la mayor parte de las veces de una tacada en el billar, de la colocación de una ficha en el dominó, del exotismo de una «toilette» femenina, de la posición más o menos amoscada de un nudo de corbata, etc., etc., y por estas cosas, a lo mejor, regañaban, tiraban al traste sus homogeneidades, su confianza, su amistad... Yo permanecía imparcial e imperturbable a estas polémicas, no prestaba atención mas que a

leyes metafísicas, a si la ejecución de Sócrates fue o no por él autorizada, a si Platón era aún mejor pensador que Sócrates, si la teoría darwiniana era o no una controversia con respecto a las narraciones del Génesis, etc., etc., que alguna vez se ponían sobre el tapete en las sobremesas, cuando alguno de ellos se encontraba atacado por una convulsión erudita, en la cual únicamente ponía de manifiesto su marcada falta de conocimientos.

Nos tratábamos con ilimitada confianza, con esa familiaridad propia de los que conviven bajo el mismo techo, y, por lo mismo, su carácter, bromista unas veces y humorístico otras, chocaba con mi incipiente misoginia (1); yo hacía lo posible por corresponder a sus muestras de amistad; pero me atacaba una invisible fuerza demoledora y permanecía callado, melancólico, o, sin poder reprimirme, los acusaba de ligeros, vulgares, imbéciles y tontos. No se molestaban por mis diatribas; por el contrario, me daban la razón, más bien irónicamente que interpretando sus leales sentimientos; yo, comprendiendo sus ironías, las definía «como consecuencias seguras de espíritus dormidos, de cerebros atrofiados». Únicamente admiraba en ellos esa franqueza y bonachonería de que hacían gala en las conversaciones, como poniendo en todas y cada una de las palabras un átomo de corazón y cariño; en nuestras realidades se ponía de manifiesto una intransigencia: ellos y yo poseíamos caracteres completamente distintos, formas de pensar igualmente opuestas, costumbres antípodas; por lo tanto, era lógico esperar una reciprocidad en la crítica también opuesta; sin embargo, no ocurría esto, sino que en sus maneras de ser cabían mis —para ellos— excentricidades, mis concepciones extrañas, y yo en la mayor parte de los casos no podía sufrir las frívolas ideologías de sus conversaciones, las sátiras directas como flechazos que dirigían a personas quizá honorables, y por último, lo que menos podía resistir, era ver en ellos que aceptaban sin discusión mis maneras de pensar, estando dotados de ideales distintos, de temperamentos y sutilezas también distintos; esa tolerancia disfrazada representaba para mí una inutilidad total, una completa paralización de las facultades pensadoras.

Con frecuencia aceptaba sus invitaciones a los paseos públicos, y entonces lograba a veces distraer mis nostalgias, daba paso en mi etopeya a acciones cuya ejecución parecía alegrar a aquellos amigos, como si hubieran conseguido hacerle tomar a un enfermo el específico indicado para devolverle la salud. Yo lo comprendía como un afán de homogeneidad y paralelismo: a todo ser viviente le agrada que sus semejantes obren como él; es este proceder una especie de aval a sus acciones y contribuye a formar en el individuo una espontánea satisfacción cuyo origen, sin duda, no acierta él mismo a aclarar.

Frecuentemente nos encontrábamos en los paseos con chicas que ellos conocían y que me eran presentadas, acompañando mi nombre, al hacerlo, de diversos epítetos, en los que comprendían mis aficiones; yo solía entrecortar las frases a causa de una incomprensible timidez que despertaba maquinalmente la hilaridad sorda de todos; pero lo sufría con resignación; interiormente me mordían las suspicacias sociales y más de una vez me planteaba la cuestión de mi anormalidad, porque era bastante raro no encontrar un individuo de acuerdo con mis exaltaciones íntimas, lo que parecía probar mi equivocación y me inducía casi a reflexiones evolutivas que consiguieran adormecer

esas cosas que me distinguían de los demás. Si en todo el ámbito del mundo nadie más que yo era capaz de —como yo decía— comprender las sublimidades y de adaptar sus planes de acción a desconocidas, pero verdaderas normas, era indudable que yo debía desaparecer, pues el mundo de los humanos estaría creado para que en él abundaran los incompletos, los idiotizados, los concupiscentes o los tontos; claramente se me presentó a la vista por primera vez la idea del suicidio, como único medio de libertarme de las cadenas que en la sociedad entorpecían con sus amarras mi desenvolvimiento, y me impedían obrar de acuerdo con mis raciocinios más o menos naturales.

Pero, no; todavía mi idiosincrasia se encontraba en mantillas para con sus extremos atentar contra la existencia. En mi mente comenzaba a formarse otra idea de redención, peligrosísima y aún más funesta acaso que el suicidio, puesto que comprendía la total renuncia de todos aquellos hermosos pensamientos para toda una vida arrastrar tras de mí el eslabón de la vulgaridad y la idiotez; esto es, adaptar mis idealidades al medio mundano y abandonar todas las ilusiones que por algún tiempo sumergieron mi cerebro de fúlgidas esperanzas.

La lucha era enconadísima, pues las armas de las dos partes estaban provistas de puntas aceradas, dispuestas a atacarse destructoramente, de tal forma, que mi imaginación vislumbró un posible final, tenebroso, pero salvador: la muerte natural, la separación eterna del cuerpo y el alma, devolviéndole a ésta esa libertad ansiada que le permitiría remontarse a las alturas en busca de un indiscutible paraíso, de su coronación brillante y fastuosa...

Mi situación, por lo tanto, era una continua aversión a todo, y mi irritación subía más y más cuando un acontecimiento cualquiera turbaba mis sueños o mis incandescentes teorías; yo maldecía todo lo isócrono, todo lo que tiende a embrutecer al hombre, toda la vulgar tradición, todo lo rígidamente sentimental, todas las acciones objetivas de un ente cualquiera... y, sin saberlo quizá, yo renegaba de toda la humanidad... y ésta contestaba a mis desprecios, a mis actos rebeldes con palabras que alguna vez resonaron hirientes en mis oídos: «Eres un imbécil.» El yo razón contestaba airoso contra tamaño insulto, y entonces las exaltaciones cerebrales promovían un intenso pugilato con las crudeces que me rodeaban.

Mis compañeros achacaban todas mis cosas a una enfermedad nerviosa, y Portolés procuraba, sin que yo lo notase, hacerme un reconocimiento del que salí triunfante; yo estaba dotado de gran energía física y moral; mis concepciones no podían tener otro origen que una amplia fuerza imaginativa, que me trasladara veloz y risueña a los apartados rincones de la fantasía o del ensueño; bajo esta hipótesis yo era un personaje dormido en el cual, sin embargo, estaban dotados de movimiento todos los órganos y todos los sistemas, así como todas las facultades; en resumen, para todos ellos yo era indefinible.

Algunas veces José Ortas procuró llevarme a su oficina con el único objeto de que pudiera admirar unas bellas compañeras que como él cumplían allí los deberes de un

pacto con el Estado: «Ya verás —me decía— cómo una mirada hace volar de tu cabeza todas esas cosas que te traen triste.» Y lo decía convencido; es más, tal poder depositaba en las retinas del sexo bello que hasta diagnosticaba mi mal diciendo: «Es seguro que todavía no has tropezado nunca con una mujer que inocule en ti optimismos y felices pensamientos, por lo tanto, ahí tienes el origen de todas tus rarezas; es inexplicable que pienses así a los diez y ocho años, cuando los perfiles de la vida son siempre hermosos y cuando todo es rosa, todo es alegría...»

Yo encontraba en sus palabras insulseces que calificaba como secuelas inmediatas a una total carencia de intelectualidad o de una equivocada visión de lo que la vida debe representar en el ánimo de un hombre, y permanecía callado, indiferente a sus disertaciones, que no era más que una apología de las cualidades femeninas; yo le definía un maniático dejado influenciar visiblemente por la aspiración perfumada de efluvios mujeriles; por lo demás, un individuo como todos, asistía puntualmente a su oficina y no conocía más satisfacciones que aquélla que le produjo el feliz resultado de una oposición, la derivada de una intrincada partida de ajedrez, o aquélla que engendraba un recíproco idilio con su novia por las soledades de los parques. ¿Qué importancia tenían las afirmaciones y consejos de un hombre así? Ninguna, por eso lo dejaba hablar sin contradecirle, moviendo la cabeza en señal de un asentimiento que estaba muy lejos de acomodarse a mis maneras de obrar.

Pablo Confortes y Lucio Romero también se permitían darme sus opiniones los momentos que sus estudios, sus clases o sus ratos de calavería los dejaba libres; sus inteligencias en formación no podían razonar y discutir mas que de incidencias en las clases, de preferencias de los profesores, de las casas de empeño o de la duración de los céntimos a que su pensión ascendía; eran, en general, buenos muchachos, atacados por la corriente del siglo, que se reserva todas las juventudes para inútiles y vergonzosos fines; tampoco lograban con sus razonamientos endémicos hacer que admirara su campo y sus costumbres, me consideraban como a uno de esos estudiantes a los que ahoga un hueso de ciencia, una cantidad de barata erudición o una filosofía menuda; por eso se me hacían más odiosos, porque hasta se permitían ridiculizar y satirizar mis idealidades, utilizando para ello sus cortas elucubraciones de estudiantes que no estudian.

Representaba un poco más valor la opinión de Portolés, el que, revestido a veces por la seriedad que emana de un título de doctor, respetaba y hasta llegaba a comprender entre los reales anhelos del hombre algunas de mis importantes afirmaciones. «Sí, después de todo —decía—, la inteligencia humana alcanza infinidad de variedades, luego es lógico que existan también diferencias grandes en la forma de apreciar las cosas». Yo le oía con atención pronunciar estas palabras, que representaban para mí el planteamiento de todo un problema psicológico; una misma cosa aparece distinta según el punto desde donde se le mire, pero su brillo o su negrura se impresionarán igual en todas las retinas cuando es uno mismo el punto de observación; el ámbito del mundo es grande, enorme, la superficie de la tierra alcanza cifras grandísimas, pero es un punto diminuto en comparación con las elevadas y desconocidas concepciones etéreas. Las ideas representan en la sociedad lo florido, lo sublime, luego deben verse y representarse iguales, parecidas o hermanadas en todos los cerebros, en todas las inteligencias; sus

diferencias provienen de las concepciones, de los cambios de que se les hace objeto en la ambición personal.

Así trataba yo de demostrar ante Portolés las miserias y las catastróficas realidades humanas. La sutil concepción de la vida es la misma en todos los hombres, pero cada uno la desvía con arreglo a sus necesidades personales, a su caso netamente individual, sin resguardar un átomo para la conveniencia de un acuerdo sociológico, no sensiblero, sino altamente de una ética corporativa cuyos preceptos fueran dictados por la razón.

Yo notaba en mi amigo cierta anticipada provisión de resistimiento polémico, como si, convencido anteriormente de mis equivocaciones o de mis errores, temiera dejarse arrastrar por la fuerte lógica que —según él— ponía en mi exaltación oratoria.

Me animaba a que publicara en los periódicos artículos relacionados con todas aquellas ideas y opiniones, para ver si hallaban eco, o si, como él dejaba entrever, no era mas que un ensartamiento de locuras sin ilación; yo me resistía, por primera vez parecía temer las ironías conque fueran recibidas mis ideas atacando por igual a todo lo constituído, a los lazos sentimentales del corazón, a las patrañas hipócritas de la insulsa tradición, a las leyes consuetudinarias.

Si he de decir verdad, se me apareció como una empresa irrealizable todas aquellas demostraciones de indudable controversia, y en mi vida —decían que visionaria— hubo una fuerte tendencia al abandono de todas mis preocupaciones, pero no, triunfó la voluntad (2), triunfó sobre todo, porque mi inteligencia, hecha a elevadas sublimidades, no podía adaptarse a un caminar simple, distraído y también distanciado de la mole pensadora, cuyas hermosas transparencias me había esforzado en definir.

Y, brioso, animado y con un gran empuje de actividad, proseguí el desarrollo amplio y la demostración por la dialéctica comprensible, a fin de que el rufián de menos alcances intelectuales encontrase en mis palabras la claridad necesaria para establecer un acuerdo que se extendiera raudo y avasallador por los cerebros con más ligereza aún que la alcanzada por la reforma a raíz de su predicación por Lutero y de la fácil lógica de Meláncton.

Pero, ¿y la terrible duda? Yo tenía que reconocer mi edad y mi experiencia. ¿No me podían decir que todos mis pensamientos eran pura consecuencia de sucesos o desgracias familiares, que habían formado en mi imaginación todo ese conjunto de exaltaciones o pesimismos? En efecto, toda mi ideología quedaba arrastrada por los suelos en el momento que pudiera probársele un origen en el que la Fatalidad hubiera puesto sus manos destructoras; mas no dejaría yo sin rebatir este argumento. Cuando se estudia una teoría, una opinión, no deben tenerse en cuenta para nada antecedentes sin relación con ella, sino que se deberá mirar desde el punto de vista de su importancia propia, de su fuerza arrolladora. ¿Cómo se explica, si no, el fácil asiento de una doctrina como la del protestantismo, cuyo origen fueron rivalidades de frailes? No debe

utilizarse, por lo tanto, para combatir la Reforma el que fue suscitada por disputas puramente individuales de Lutero y Tezel. Es verdad que su concepción fue vacua, pero los destellos doctrinarios que de ella se obtuvieron han podido ser de una gran importancia, de una absoluta y verdadera idealidad. Por lo tanto: ¿Qué podía importar el que fuera necesario que mis padres murieran, que sintiera los flechazos de un amor impropio, que la vida se mostrara conmigo iracunda y hostil, para que los resultados de tan variadas causas formasen una visión verdadera de las humanas costumbres? ¿Qué importaba mi edad si había tenido la fortuna o desgracia de que, en un relativamente corto espacio de tiempo, se hubieran desarrollado en mi interior profusidad de acontecimientos cuyas relaciones originaban una insuperable claridad, o una posible fuente de ideas amplias?

Notas

(1) En el original figura incorrectamente «misogenia» (nota de «N.R.»).
(2) En el original figura incorrectamente «volundad» (nota de «N.R.»).

III

Yo, sin embargo, iba llenando los huecos de mi vida de una forma vulgarísima y común. Acudía todas las mañanas al despacho de don Miguel Velasco y allí pasaba unas horas ordenando papeles, contestando cartas, redactando telegramas, copiando documentos, etc., etc.

Don Miguel leyó mi artículo, y debió entusiasmarle, porque al día siguiente me llamó a su casa particular, donde según me comunicó tenía que hablarme.

Fui a la hora que me señalaba, y le hallé tomando una taza de café en un saloncito pequeño.

—Te he llamado —me dijo— para proponerte unas cuantas cosas. He leído tu artículo y me ha gustado lo bastante para que te aconseje sigas escribiendo; las columnas del periódico están a tu disposición; pero, ya ves, es un diario político, donde la literatura representa lucha; mira a ver si puedes escribir un artículo relacionado con la actual situación, y me lo traes; tienes imaginación, tienes talento, y hay que aprovecharlo de forma que pueda servir de algo a tus semejantes; ya estás bien enterado de los asuntos y despacho en mi secretaría; si me satisface tu trabajo en el periódico, ocuparás el lugar de secretario de mi mayor confianza y habrás hecho tu carrera; los comienzos son buenos. ¿Qué, te prestas?

—Sí, sí; desde luego —le contesté.

—Muy bien; los hombres de talento y de ambición son los que se colocan donde quieren, no lo olvides; pero, oye: ha llegado a mis oídos que haces una vida rara, que ves las cosas también de una forma muy rara. ¿Es verdad? Aunque, bueno, todo eso es la edad; pero ten mucho cuidado con las fuertes y profundas lecturas de... algunos escritores.

Yo me callé, ante aquel hombre se cortaban todas mis facultades pensadoras, y parecía que sólo obraban en un desordenado conjunto las expresiones ordenadoras de mi soñolencia vital. Por eso asentía a todo; no comprendí en aquellos momentos la transcendencia de mi compromiso, y lo consideré como un enorme triunfo en los comienzos de mi vida pública.

Me despedí, quedando en llevar al día siguiente a la oficina un trabajo en el que mis aptitudes de luchador político se habían de poner de manifiesto ante unas cuartillas de papel blanco, mudo y acariciador.

Al salir a la calle, noté que recobraba algo perdido, algo que había estado lejos de mí durante la entrevista, y ocupé otra vez en la sociedad el tipo de hombre que a todo se opone, que todo lo discute, que todavía no ha visto nada claro, que no admite más Dios que las desconocidas fuerzas, que, en fin, nadie lo comprende. Y marché hacia las afueras de la ciudad, nada más lógico que huir de lo que se odia, y refugiarse en las soledades, donde, si en verdad no existe nada adorable, es verdad también que no hay objetos ni seres repugnantes; puse mi vista en la observación de grandes encarnaciones ideales, internaba mis pasos por las sendas rústicas de un bosquecillo olvidado; las plantas me acariciaban a veces la cara con sus extremidades rebeldes, y unos abetos frondosos parecían interceptar las humanas costumbres para, en aquel pequeño vergel, posarse puras y alegres las influencias de un ignoto paraíso.

Había llovido, todas las vegetales y risueñas caras mostraban sus bocas hartas y sus parpadeos nerviosos; las enramadas sacudían a veces unas gotitas del hermoso elixir, y le hacían llegar a mis impresionables órganos merced a ligeras y sutiles presiones de los pajarillos como ayudando a sus buenos hermanos a abandonar la herrumbre de unas gotas olvidadas, frías e hirientes. Y yo, embobado, miraba, miraba..., y únicamente podía advertir un sublime silencio, una difusa luz vesperal que parecía ir apagando los luceros fulgidos y la claridad indecisa.

Y salí del bosquecillo con la voz ronca y la mirada herida; al llegar a la explanada noté un dejo triste que me llamaba..., me llamaba... Y en la solitaria avenida se oyó un lamento, una risotada o un frágil murmullo de abierta musa: shasrufrrawbj...; volví la cara y no vi nada, digo, sí: una mole delineada como cuerpo triuno me ofrecía una mano... ¡¡El Dios!! El Dios de todo lo existente, el Dios de las justicias todas, el Dios de los sublimes cantos, el Dios que...; cuando más me fijaba en él desapareció, envolviendo sus tres ramas en un paño riquísimo. Un imperceptible rumor sucedió después, un bocinazo de un auto se dejó oír, y el ruido isócrono de unos pasos hacia la ciudad retumbaba seco y amenazador sobre las incomprendidas mentes...

Y me vi en el centro de la ciudad, una corriente de mala fe inundaba todas las caras; se distinguían a lo largo de la calle diversas escenas símbolos, agudas demostraciones de atraso, de incultura, de carencia de todo...; las estampas se sucedían como una distraída colección kaleidoscópica...: Unos guardias se llevan un beodo que protesta tambaleándose... Unos niños, golfillos vivaces —hijos naturales del Dios desconocido y de la vida—, se apoderan de ciertos objetos en una tienda de ultramarinos... Un grupo de obreros dirige frases gruesas a otro grupito de afeminados «pollos bien»... Un auto, rozando la acera, salpica de lodo a los transeúntes, de cuyas bocas salen palabras soeces y enérgicas... Un mendigo recoge colillas con cara crujiente y andar lastimero... Unas figuras acorchadas y adiposas cubren las puertas de los comercios, como mostrando sus ingresos o como riéndose sarcásticamente de la multitud toda... Un pobre poeta envía su alma florida hacia una bella que le mira con melancólica extrañeza... Un mocetón fornido —puro espartano de las antiguas épocas— regresa del taller, sudoroso, alegre y jacarero... Un desgraciado, ¿un loco?, prorrumpe en gritos pidiendo justicia para los desheredados de la vida... Un chiquillo berrea por el logro de un pueril capricho... Unos clérigos pasean su apagada vista por los dibujos circundantes... Unas jóvenes ingenuas y románticas oyen sin comprenderlo el brutal piropo de un vejete bilioso... Unos

adolescentes, entre desconcertados y atrevidos, se mueven con un gracejo de humorismo... Unos viejos militares, de marcial figura y recios ademanes, critican el absurdo descote que advierten en una bella y empingorotada dama... Y un joven cuya nostalgia se dibuja en sus facciones mira todo con desdén, con marcado asco, con elevada y fundada crítica, con maravillosa concepción sublime, cierra a veces los ojos, aparta la vista o refugia sus visiones en la obscuridad...; ese joven era yo.

Alguien le mira con insistencia, le da un golpecito en la espalda, le saluda y continúa a su lado con inequívocas muestras de aprecio y afecto grandes; es Portolés, el doctor, mi amigo.

Yo caminaba embebido y absorto, fija mi mirada en las estampas descritas: ante todo pasaba incorregible, mortífero y soñoliento, y, por eso, hacía huir totalmente de sus influjos las altivas fuerzas mías.

—¡Hola!, amigo Castro. ¿Qué hay?

—Ya puedes ver, Portolés, hacia casa caminaba distraído, mudo y observador, como siempre, igual que siempre, ¡maldita vida! ¿Cuándo harás variar por tus propias iniciativas estas actividades hombrunas?

Y nos fuimos inmediatamente a cenar; un frío, impropio de Mayo, cruzaba el ambiente y atería las caras en contracciones, ya ridículas, ya de una compasión ilimitada y rayana en alevosas venganzas. En casa se encontraban los otros compañeros, reunían los incidentes del día y las impresiones sufridas. Los estudiantes hablaban de la proximidad de los exámenes y hacían cábalas más o menos satisfactorias sobre su posible resultado. José Ortas trataba de explicar el aumento de trabajo en su oficina, o comunicaba los más salientes extremos de una conquista realizada; era lo de todos los días, siempre lo mismo. Portolés se adhirió a la frívola conversación y dijo haber visto unas chicas «estupendas» paseando por la Avenida. Yo les oía —como siempre— en silencio, almacenando en mi conciencia sus mundanas ideas, que después habían de digerirse ayudadas por el jugo gástrico de la crítica razonada, para formar parte, bien como ellas eran o bien sus contrarias tesis, de las distintas, pero ordenadas, galerías de mi razón.

Después de cenar y de una aburridísima —para ellos divertida— sobremesa nos separamos. Pablo Confortes y Lucio Romero a sus libros ha poco desempolvados; José Ortas a su cotidiano café; Miguel Portolés a su tertulia diaria de compañeros de clínica, y yo a mi habitación, donde pensaba comenzar un trabajo literario. Escribí mucho..., poco..., no lo sé... Las cuartillas parecían revolotear sobre la mesa y se poblaban de notas; surgieron en mi imaginación distintas figuras de alta política...; recordé algunos hechos, acoplé unos cuantos datos y creo que el trabajo quedó completo. Me acosté débil, sin fuerzas, como si con la pluma hubiera ido regando sobre el papel trozos desgarrados de mis actividades. ¡Y esto para escribir un artículo sobre política!

Me levanté al día siguiente con un recuerdo algo vago y difuso de lo acaecido la pasada noche; ordené las cuartillas, las releí, me gustaron, y, sin más preámbulos, me dirigí al domicilio de don Miguel; era temprano, pero le encontraría levantado, pues todas esas gentes tienen por general costumbre el madrugar; es como un indicio de su activa labor, de su continuo movimiento, de su merodeo eterno. Ya vestido, desayunaba, a la vez tenía delante un artículo financiero de una importante revista bursátil; abandonó su lectura sonriendo y me estrechó la mano, su mirada siempre escrutadora removía las cuartillas que me arrebató inconscientemente. En su cara se iban dibujando las diversas impresiones: una sonrisa, de triunfo acaso, llenaba su boca toda como en un fuerte estremecimiento sensual; hacía gestos que indicaban su aprobación y conformidad, debió también advertir algunos rasgos un poco exaltados y movió la cabeza negativamente; yo iba siguiendo con interés todas sus frases mímicas, termino al fin, volvió a releer el título y me dijo:

—Está muy bien; se publicará en el periódico, aunque es preciso reformar algo unos extremos no bien adaptados a la situación actual. Esto de «...El bacilo de la ambición que corroe hoy día las interioridades de todos los partidos requiere y exige una amplia destrucción...» Hombre, comprenderás que nosotros mismos nos atacamos, estaría bien esa frase si únicamente se refiriera a determinados bandos enemigos nuestros; es más, cuida siempre de dejar a un lado a los conservadores reaccionarios, todas las furias para los antidinásticos. ¿Comprendes? Pero bueno, en general me ha gustado, tacha esos renglones, procura que no se altere el sentido de lo que sigue, y con una tarjeta mía lo llevas al periódico; si viene por aquí el director le diré que lo coloquen en el fondo. Ahora, amiguito mío, al despacho, creo que hay bastantes cosas.

Yo asentí, radiante júbilo me dominaba, se me aparecía el periódico con mi artículo en el fondo y mi firma debajo como sosteniendo los últimos renglones; en la calle volví a convertirme en el joven melancólico y triste. ¿Qué representaba para mí la publicación de aquel artículo? ¿Resolvía acaso alguna de mis incógnitas, o únicamente llenaba huecos sentidos por un vulgar egoísmo? Ante estos pensamientos volví triste la cabeza, la calle parecía colear detrás como ridiculizando mis ideas.

Llegué al periódico, pregunté por el director, me pasaron a su despacho y le entregué el trabajo; me dijo un seco «está bien» y me marché agobiado por presentimientos que se relacionaban con mi actual realidad en la vida. Era aquel un artículo en el que ponía de manifiesto unas impresiones y unos comentarios, pesimistas más que otra cosa, sobre la política provincial; citaba varias veces la opinión de un político encumbrado, intercalé ciertas afirmaciones de dudosa ética, y firmé. Pero yo me preguntaba: «¿Es realmente mi sentir el nervio del artículo o he mojado mi pluma en las coacciones del ambiente?» No sabía ni podía contestar, yo notaba, sin embargo, ansias nobles de aclarar los conceptos, y varias veces estuve por volver para recogerlo, pero no me decidí; la batahola callejera terminó por robar de mi mente aquellas retrospectivas determinaciones. Entré en la secretaría de don Miguel, y pronto un extenso manojo de papeles se me presentó a mi vista con ansias devorantes de orden y con las fauces dispuestas a tragarse mi mano al menor descuido. Di comienzo al trabajo, escondiendo

la vista en aquellos documentos heterogéneos, parlanchines o mudos, entristecidos o alegres..., engendradores de un número incontable de minutas, protocolo, fastidio...

Y no hice nada, me sumieron unas meditaciones que aprisionaban sutilmente mi cerebro: Espiritualización, bandería realista, sensiblería, amplio razonamiento. Estas cosas, ¿qué son? ¿Destruyen, roen, aniquilan o simplemente carcomen la vida de un hombre? Sí, es un misterio, un misterio horrible, tenebroso, envolvente, capaz de interpretaciones equivocadas... El hombre..., el hombre es una larva que procrea, que florece, que tiene alma; el alma no se sabe lo que es: ¿espíritu? No, el alma no se adormece, no se encarna, no se pega conjuntamente al cuerpo, y el espíritu se nos adhiere, se nos prende, y algunas veces nos guía. Yo quiero saber de qué elementos se vale para guiarnos, para dirigirnos, y por qué en unos se encierra cual líquido grasiento y pegajoso en el cerebro, y por qué en otros busca las interioridades mas floridas del corazón. Yo deseo saber también si esas dos clases de hombres, distintas únicamente en el lugar donde radican sus efectos espirituales, pueden entenderse, pueden comprenderse, pueden llegar a un acuerdo. La lucha es fratricida, se desarrolla en los miembros de la gran familia humana, y unos a otros se destruyen ciegamente, sádicamente; y aparece el odio, ¡¡el odio!!, se robustece en los cerebros, en ellos se elabora, logra su forma tenebrosa, irradia en pequeños corpúsculos sobre la sociedad toda, es un reguero de pólvora que nos ciega y, ¡ay!, en los corazones se transforma en rencor, en un mal incurable, un fatal sentimiento, un vampiro perdurable que corrompe, que hiela a los cerebros sanos y los corazones nobles; éstos, éstos son la pura perfección soñada, pero constituyen dos sublimidades antagónicas, ¡un cerebro sano y un corazón noble!, imposible hallarlos en un mismo ente, en una misma personalidad, surge el espíritu y donde asienta su trono resplandece la victoria, suenan los trompetines del triunfo, alumbra la claridad... Un hombre que posea el espíritu en el cerebro es ordenado, todo lo ejecuta muy pensadamente, metódicamente, razonadamente; la humanidad lo venera, lo erige, lo admira, ¿por qué? Porque casi le comprende, sus actos son del agrado de todos, merecen la simpatía de todos; pero del HOMBRE-ESPÍRITU-CEREBRO nacen infinidad de variedades no igualmente hermosas, no guiadas por esa buena fe que deberá acompañar todos los actos lógicos (1); sus engendros, ensartados en larga fila interminable, son acusados débilmente por unos rayos invisibles que parten del corazón, o por un desprecio significativo del alma espectadora, del alma sensible pero muda, del alma para la que el mundo es sin duda una purificación; estos engendros asqueantes del HOMBRE-ESPÍRITU-CEREBRO constituyen el nervio del organismo societario, y son, fijaos bien, los siguientes: políticos, negociantes, explotadores, las ruindades humanas..., ¡los canallas! (2), en una palabra; pero hay un engendro de ese tipo de hombre que es desconocido, que únicamente lo han vislumbrado en sueños los grandes pensadores, que significa la pureza de la raza, que trae consigo la realización de todas las aspiraciones. Es un hombre de cuerpo sano, de cerebro intenso, de espíritu más intenso todavía, de razón excesivamente alumbrada, de conciencia recta y de corazón indiferente...; es el hombre esperado, el hombre regenerador, el encauzador por perfectas sendas, el que destruya con su ingente potencialidad cerebral los castillos construídos por sus antecesores, el que inicie los cimientos para la gran obra, la excelsa obra, la esperada obra...; y ese hombre vendrá, vendrá porque lo exigen las circunstancias, porque lo necesita el mundo, que dejará de rodar avergonzado si sobre su faz se realizan más repugnantes piruetas. Otro tipo de hombre es el CORAZÓN-ESPÍRITU, esto es, aquel en quien lo inmaterial se funde con las fibras sensibles, se adhiere cual ofidio rugidor a los emotivos hilillos del sentimentalismo; estos hombres

no procrean más especies, son muy pocos en relación con el gran número de cerebrales, por eso resultan siempre ridiculizados en las contiendas; su impulsión y exaltado ardor justiciero es grandísimo; sus ayes, agudos y penetrantes; sus aleteos, mansos y dulces; son mirados no sin cierto desdén, desdén que le propinan a sus incomprendidos lamentos. Cada uno representa todo un culto, toda una religión, porque sus inmensos fervores son elevadísimos, porque sus propósitos son sublimes y magnánimos; deshacen su corazón que hierve y lo entregan pródigamente, acompañando cada átomo de un grito que logra a veces trastornar los cerebros y trocar la impasibilidad del alma. La humanidad en general no los comprende, achaca a locura sus fervores, y los abandona, mezclándolos con exabruptos bestiales e hirientes; la religión cristiana, esa religión que se funda en el amor, los desampara porque teme sus exaltadas concepciones, porque ve en ellos insubordinación acaso; vergonzosamente, entonces, la Religión claudica sus propios principios, y arrulla con sus falsos estremecimientos a los poderosos, a los que dirigen todo, a los voraces que la consideran como un medio de disciplina en las multitudes; y los que refugian todas las idealidades en el corazón se ven solos, escarnecidos, y resisten, resisten... Se puede asegurar que de éstos no saldrá el Redentor, el Hombre desconocido, el Hombre-Dios quizá, no el Dios-Hombre. Pero esta concepción natural no los abandonará, tenderá a su evolución lenta, lenta, hacia la concepción soñada, hacia el Supremo fin. Y desaparecerán las castas espirituales, el corazón quedará relegado a sus funciones fisiológicas, y el cerebro, el cerebro-espíritu, caminará imperturbable, triunfador, henchido de merecidas glorias, hacia su destino. Urge encontrar el hombre (3), el ente sobrenatural, el revolucionario, que, fundado en las teorías sentimentales ya fracasadas de aquel hombre rebelde que se llamó Jesucristo, inicie la revolución de los cerebros como él efectuó la revolución de los corazones.

Desperté de mi alucinador éxtasis; todas las ideas surgían confusamente en mi imaginación produciéndome hondo y martirizador chirrido; parecían salir de ellas largos tentáculos que querían aprisionarme y retenerme como autor de mis concepciones, como responsable de que estuvieran conjuntas, unidas, dispuestas a posarse en los cerebros; es decir, que se me tenía en rehenes, donde había de permanecer hasta un momento indeterminado, expuesto a las iracundias del fracaso; pero no importaba, mi manera de pensar era ésa, luego cobarde sería si no la mostrara en la frente a todo el mundo que quisiera examinarla, que deseara comprenderla; cortó las amarras de aquellas comunicaciones la llegada de don Miguel Velasco, a quien en los primeros momentos miré como a una exótica figura que turba nuestros ratos de ideal esparcimiento; me encontró sin hacer nada, igual que había permanecido toda la mañana.

Traté de disculparme, me dolía la cabeza. Con una mirada de reconvención —¡Oh, el hombre-cerebro-degenerado!— echó una sábana a mis pretextos; abandoné la oficina, preocupado, autómata, puro ser viviente sin dirección ni fijo rumbo; todo me parecía muy extraño, muy raro, muy de acuerdo con todos mis presentimientos; vagué unas cuantas horas, anduve todas las calles, todos los paseos, no encontré nada, nada...; llegó la tarde, oí las voces irritantes —de mujer histérica— que pronunciaba un vendedor de periódicos; compré un ejemplar y ¡oh impresión súbita! mi artículo brindaba sus líneas impresas a la avidez de los insaciables, quedé unos momentos estupefacto, lo miraba con ojos inciertos, miré la firma, sí, un Antonio de Castro en caracteres más gruesos indicaba la paternidad espiritual del trabajo; no me atrevía a leerlo, sentía como un

cierto miedo, temblaba, mis retinas no impresionaban mas que una difusa mancha negra, pero todo se disipó, tras de aquellos momentos de emoción interna vinieron por natural continuidad otros reposados y tranquilos; tuve el valor de leerlo, pero no saqué nada; me pareció muy tonto; volví a leerlo y ya vi amplias ideas en él expresadas, declaro que quedé satisfecho, pero una continuada hipocresía brillaba en aquellas líneas y... torcí el gesto asqueado.

Regresé a casa, por primera vez comenzaba a dolerme el escozor de la soledad, notaba la falta de otro cerebro amigo que, juntamente con el mío, compartiera las lides aventureras de la vida; creí que sería una punzante convicción sensible y no hice mucho caso; sin embargo, esos continuados soliloquios hundían a veces los optimismos que irradiaban de la máquina de mis ideas. El hombre que piensa para sí propio no cumple las más sagradas leyes de la Naturaleza; yo sentía la carencia absoluta de un espíritu donde mis inflamadas opiniones encontraran acogida o controversia; el más sublime don del hombre es la discusión; la polémica le instruye, le conforta, le reanima; el que todo lo ve claro, muy natural, es un desgraciado badulaque sin la más mínima noción de la intelectualidad, sin cualidades observadoras, sin sensibilidad cerebral. La intuición comunicativa es la maestra por antonomasia, remueve las interioridades, hace dar la cara, da a la vida un cierto sabor agradable; por eso el individuo que siente hervir dentro de sí los remolinos y las turbulencias de una agitada teoría debe darla a conocer, exponerla con valentía y nobleza; he aquí el elevado deber del escritor.

Al hacer estas reflexiones sentíame atraído más y más por el imán literario, y creo que hasta llegué a vislumbrar posibles triunfos, respetables situaciones, ideas aceptadas, etc., etc.

Aquel artículo político fue coronado en la ciudad por la diadema del éxito; llovían sobre mí felicidades, efusivas frases alentadoras, proféticas palabras de triunfos..., y don Miguel reunió en una cena a los íntimos del partido con el único objeto de celebrar mi despertado genio de escritor. Con repugnancia casi recibía yo estos elogios mundanos, pero, a veces, me rendía ante las refulgencias de una imaginación ilusa. Fue una de esas reuniones íntimas donde se derrocha elocuencia gracias al influjo del «champán», y cuya descripción hace la prensa, considerándolas como pretexto para una declaración política que nunca se hace; en realidad, son expansiones fisiológicas, insultantes a la ética ciudadana, y donde, si la cabeza no se inflama demasiado, se habla de la conducta a seguir, de los contubernios a realizar, de los chanchullos caciquiles, de la posible subida al Poder, y, por último, de frivolidades, de queridas, de mujeriles andanzas; y hablando de la molicie, de aventuras venusiacas, siempre hay algún comensal que, con palabras sentidas y elocuencia ciceroniana, expone la crítica situación del Erario, el enorme déficit del último presupuesto, la posible realización de una catástrofe financiera...; todos quédanse pensativos, razonadores, casi haciendo números..., por un momento olvidan el desnudo que en su cabeza iba tomando rictus procaces... Uno cualquiera saca la estilográfica y escribe sobre un papel cifras y más cifras; la reunión se ha convertido en un salvador cónclave...; de pronto, otro cualquiera, a quien todos miran como cerebro privilegiado, levanta la voz y dice haber encontrado la solución del próximo conflicto: «Señores, nada más fácil —dice— el lanzamiento de un nuevo Empréstito salvará la Hacienda.» No se le deja continuar, todos exclaman al unísono:

«Es verdad... no se nos había ocurrido antes». Y en el salón vuelve a reinar ese alegre murmullo que rodea —en estos casos— a las conferencias intrincadas; el más viejo, entonces, coloca otra vez el eterno tema sobre la mesa..., se habla de cortesanas, de Afrodisia, se satiriza todo, y, en medio de una gran expectación, el Jefe político resume los discursos y marca la pauta, la ruta; si la reunión fue en honor de alguien alude a su inmensa labor, a su talento formidable, a su gran porvenir; el homenajeado da las gracias. Los cuerpos adormilados aplauden, ansían prolongar indefinidamente la estancia, al fin por entre los visillos de los balcones penetra un hililllo de difuso resplandor matutino, la luz artificial se hace más tenue, se oye fuera el bostezo de los pacientes «chauffeurs». Y el esposo que más tema a su señora se levanta indignado por la hora, se levanta y sale..., los demás duermen y hablan, casi discuten. Unos detrás de otros van desfilando, las botellas vacías parecen acusar enérgicamente..., surge el remordimiento, pero todo se acaba; tres horas después los periódicos de la mañana daban cuenta en gruesos caracteres: «Cena íntima en honor del joven escritor don Antonio de Castro. Importantes declaraciones políticas». Era yo todo un personaje que tenía voz, que en algunos puntos se hablaba de él. D. Miguel Velasco estaba loco de contento, se atrevía a decir que yo era su hijo espiritual, que me había educado en la política, que había despertado en mí esas aficiones; lo decía con la mayor buena fe y yo las recibía asintiendo; casi celebraban estas cosas mis vulgares amigos más que yo; Capilla fue a verme al día siguiente, casi lo ahogaba la emoción, se sentía orgulloso y no sabía qué hablar.

—Chico, si eres un talento, cualquiera lo creería, vamos, hombre, ponte alegre.

Yo le miraba con fijeza, sus efusiones me parecían impropias; estas cosas que me sucedían —ellos las llamaban triunfos— no me alegraban, al contrario, me entristecían porque no las consideraba como mi ideal soñado, porque representaba una falsa interpretación a mis fines. Y yo me decía: «Esto es más propio de un hombre que busque honores, gloria y ambición, no del que huye de los bullicios humanos por asquearlo; la verdad, no lo comprendo, puede suceder que mis semejantes me hayan conocido mejor que yo a mí mismo, pero no, esto no puede ser», y se lo hacía notar a Capilla: «Tú, que eres trabajador, estudioso, aficionado a los realismos mundanos, con un excelente cerebro, me extraña que permanezcas quieto, desconocido; te advierto que me dan ganas de huir, de marcharme, lo único que me alegra de esta situación es que puedo escribir, desarrollar mis impulsos en las columnas de un periódico, en relación con un público que me lee..., esto es sublime; pero, también hay que ver que intelectualmente estoy aprisionado, que no puedo salirme de determinados extremos.

—¿Qué dices, hombre? —me contestó mi amigo— No seas tonto, me alegra el verte en medio de la vida real, sin encuentros graves y sin disidencias de importancia; la suerte ha hecho que te sitúes bien...

—No me hables así, Capilla, apareces a mi vista como lo que eres: un hombre como los demás, vulgarote, positivo, amigo de la vida porque en ella se triunfa. ¿Si admiras esta posición mía cómo no trabajas por alcanzarla? Esto demuestra además que sois ineptos, que no tenéis valor, que no sabéis adaptar vuestras facultades a las situaciones que son

de vuestro agrado; encuentro en el mundo muchos como tú, Capilla; por su excesivo amor a la vida no se deciden a nada, porque temen el ridículo o porque su intelectualidad —con algunas veces ser tan grande— no acierta a desmenuzar mas que libros de texto, rutinas, robadas opiniones...

Nos separamos, el hombre no sabía como atenderme, mostraba el periódico, se reía, palmoteaba, y, por último, decía a gritos: «Si eres muy grande, Castro, si eres muy grande, tú no sabes lo grande que eres». Lo repetía veces y veces, al marcharse no pude menos de sentir por él una leve compasión, cuyo origen era sin duda su entusiasmo. Yo recordaba los años pasados, en las páginas que la vida escribiera entonces aparecía Capilla como un buen estudiante —lo seguía siendo—, que me daba consejos, que procuraba allanar mis disquisiciones en todo, aumentando mi potencialidad, mi experiencia...; y ahora, aquel mismo...

Y ante los recuerdos iba estableciendo comparaciones, iba examinándome a mí mismo..., y notaba cómo una fuerza me echaba en cara el absurdo de mi proceder.

Notas

(1) El cerebro es eso: lógica.
(2) El canalla es aquel que poseyendo una fuerza hace de ella un instrumento del mal.
(3) Entiéndase bien, no me refiero a la unidad, sino a un tipo de hombre así.

IV

Seguía escribiendo con verdadero entusiasmo, cada nuevo artículo se me antojaba un paso más hacia la debida comprensión de mi ideología; pero me equivocaba, mis trabajos no retrataban bien las tendencias de mi espíritu, eran blandos, carentes de solidez y profundidad, coaccionados por una voluntad extraña; yo me esforzaba por creer esto, ambicionaba esa libertad, y esa situación que aseguran el libre pensamiento, la exposición natural, concisa y clara de opiniones propias. Era respetado en la redacción del periódico, el Director me recibía afabilísimo y sonriente; con frecuencia daba palmaditas sobre mi espalda, y murmuraba indirectas frases encaminadas a socavar mi pensamiento; era muy común en él: «Vamos, que se le atiende a usted, se le dan facilidades... el camino se le presenta llano y liso».

Yo le miraba con cierto desprecio, no tenía, para mí, esa máxima autoridad que parece corresponder al Director de un periódico; conservaba el cargo merced a sus buenos servicios administrativos; subordinado con exceso a los mandatos de «su Jefe», era una especie de trabucaire condottiero, escribía unos artículos en los que se reflejaba su dormida imaginación y sus elocuentes plagios, tenía trazas de pobre hombre que con la edad va perdiendo ascendiente personal, y se refugia, provecto, entre amparadores brazos de adulados poco escrupulosos.

Se llamaba D. Pedro Agulló y López; siempre se había dedicado al periodismo, pero al periodismo de asalto, de lucha, de achulapados guarda-espaldas, de libelos frescos o de chantajes (1) más o menos afortunados; hijo de padres de la clase media llegó a la edad de la razón y del sentido sin una carrera ni medio alguno de subsistencia; gracias al inesperado apoyo de un antiguo amigo de su padre pudo entrar en un periódico para ajustar anuncios, allí, junto con otros jóvenes fogosos y aventureros, se forjaron sus habilidades para el amaño y el sableo con honra; entonces tendría veinticinco años, dotado por la naturaleza de grandes fuerzas, que exteriorizaba con su presencia altiva y su gesto siempre autoritario, nada más fácil con todas estas cualidades que entrar en un periódico provinciano de redactor-jefe; sus primeras crónicas no tenían otro atractivo que la fuerte energía, hija de su juventud vigorosa; los disgustos políticos en la ciudad originaban profundos odios y campañas enérgicas; entonces se dio a conocer nuestro hombre como personalidad de primera línea; su bastón se posó más de una vez sobre determinadas espaldas, y fue tal el temor que infundió en los grupos contrarios, que bien pronto se vio favorecido por la dirección del periódico del que era redactor-jefe. Sin embargo, sus ambiciones eran pocas; acaso reconociendo sus únicas cualidades matonescas se resignaba a hacer dormir sus ilusiones, y se daba a lo práctico y hermoso de un vivir cómodo y regalado. Mientras que sus fuerzas le permanecieron fieles, su nombre aparecía debajo de las injurias más descarnadas, de los insultos más hirientes; nadie se atrevía a replicarle, pues todos huían de la exposición a un impune garrotazo; así, sin desmentir todas las falsas propalaciones que se hacían contra ciertos individuos, se cernía sobre ellos el odio público y se les retiraba la protección en los comicios; de aquí provenía el inmenso poder en la provincia de don Miguel Velasco. Unos veintitantos años duró la posición de Agulló en esta política audaz; y ahora, cuando la vejez algo prematura le convertía en un hético débil y plácido, dábase a la buena administración de la empresa periodística, cuidando más de los balances y los números que del examen de originales o de la confección de punzantes crónicas; éste era el

hombre que dirigía el diario donde se publicaban mis engendros espirituales; la única costumbre que aun conservaba de sus tiempos mozos de Director completo era la visita diaria al Jefe político para recoger las últimas impresiones, o para, bajo la orden del mismo, ofrecer determinada columna al Gobernador civil de la provincia.

Yo me iba enterando, no sin cierto asombro, de estas escabrosidades internas de la política, me formaba de ella un concepto poco elevado, poco sobrenatural: «Era una continua sarta de engaños, de trapacerías, de asaltos a la buena fe; un arte, pero un arte sin inspiración, el único, pues, asequible a los tunos, a los rábulas, a los huecos». La política, por otro lado, considerada no como un arte sino como una carrera o profesión, tiene la particularidad del desconocimiento del deber..., el patriotismo, el deber: palabras vanas.

De pronto, influenciado por bellas páginas literarias de nuestros clásicos, dime a escribir críticas (2), comentarios, bocetos artísticos en los que buscaba entrenarme para la espontaneidad y, además, cultura literaria; tres o cuatro veces a la semana aparecían en el periódico artículos cuyo asunto era generalmente las impresiones o los juicios que se me ocurrían sobre las obras leídas. Llegaron los exámenes, y casi contestando con algún sentido común —había leído muy poco los textos— aprobé los dos años que me quedaban del Bachillerato.

Capilla hizo lo mismo, con la diferencia de que sus notas fueron flamantes matrículas, como correspondía a sus profundos trabajos durante todo el curso.

Después de unos días que pasé con mi amigo Capilla en el pueblo, respirando aires puros y reparando las fuerzas agotadas los últimos meses, volví a la ciudad a sentarme en mi sillón oficinesco; pronto el tráfago de la población y el movimiento del despacho ocuparon mi imaginación con las atávicas orientaciones de antes; otra vez el teléfono y sus continuas llamadas, las contestaciones de cartas sujeto a modelos exactamente iguales, comunicaciones optimistas a los caciques del partido por donde don Miguel Velasco era diputado, etc. etc. Aquello era para matar de fastidio al más aficionado a la rutina y al isocronismo. El verano se avecinaba, el país estaba tranquilo, a lo menos no exteriorizaba quejas ni aspiraciones —las dos cortesanas más enemigas de los políticos—, todo hacía augurar un verano dedicado al descanso y una completa paralización en el Gobierno, interrumpida por algunos decretos de Fomento encaminados a favorecer la empresa o el capitalista de turno.

Don Miguel estaba satisfecho por la marcha de los acontecimientos, tenía confianza en que al reanudarse las sesiones de Cortes habría necesariamente un cambio de Gobierno; él, como he dicho antes, ante los ojos del Jefe del Partido era un ministrable, y, por lo tanto, esperaba con ansiedad la constitución de un Gabinete liberal en el que ocuparía la deseada, la soñada cartera. Algunos ratos me hablaba, con alegría pueril de niño caprichoso, de todas esas cosas, me hacía confidente de sus sentimientos: «Ya verás, Antonio, ya verás cuando sea ministro, tú también subes porque te elevas en la carrera,

sí... claro, tú también estás haciendo una carrera; hablo así porque es seguro... ¿no te parece a tí? el Conde me ofrece una cartera, eso descartado...».

Yo asentía a todo, hasta creo que llegué a asegurarle que sí, que el Conde le daría una cartera. Él, ante mis afirmaciones, se ponía más alegre, como si mis palabras fueran pronunciadas por aquel Conde a quien yo conocía únicamente de nombre.

Se recibió un día un telegrama del señor Conde en el que comunicaba a su amigo que «en vista de que la tranquilidad política se deslizaba suave por el mar del Gobierno», aprovechaba los días para hacer con su señora una turné por el extranjero, principalmente Suiza, Alemania y de aquí a los Países Escandinavos. Al momento de recibirse esta noticia, don Miguel se creyó obligado a despedir a su Jefe, y, al efecto, dispuso que se preparara lo necesario para aquella noche marchar a Madrid, y de allí a San Sebastián acompañando al elevado político; luego se dirigió a mí y me expresó su deseo de que fuera con él, para poder enterarme bien de todo y volver después a hacerme cargo de la secretaría. Fui inmediatamente a mi casa a preparar un maletín de viaje, todo lo hacía obedeciendo una ineluctable presión, no me entusiasmaba ya aquel deseo infantil, que ocupó mi niñez, por ver Madrid, sino al contrario, la indiferencia más absoluta dirigía mis actos. Al entrar en casa me encontré con los estudiantes, mis amigos, que marchaban al pueblo; dos mozos de cordel les llevaban los baúles.

—¡Hola! Antonio —me dijeron— como ves, nos marchamos, este curso no tenemos más que dos suspensos, poca cosa; hasta Septiembre. ¿Y tú? ¿te marchas?

—Sí, voy a Madrid con don Miguel.

—La estás acertando, amigo Castro, la estás acertando, así es bonita la vida —decía Romero.

—Bueno. Adiós, queridos.

—Adiós, buen viaje.

Iba subiendo la escalera, no sé por qué pensaba en los dos estudiantes; se marchaban tranquilos, relativamente contentos; sí, claro, después, a los cuarenta y cinco o cincuenta años, cuando la nostalgia de la juventud adquiere proporciones irritantes, viene esa célebre frase en la que añoran los buenos ratos: «¡Aquellos tiempos de estudiante...!» Y no oyen la realidad que les grita: «¡Que no estudiabas!». Siempre serán los mediocres o las nulidades los que recuerden como agradable la vida de estudiante; lo que echan de menos son los bailes, las diversiones de primeros de mes o de principios de curso, las modistillas en las que ponían su fuerza imaginativa que era bien poca. El hombre necesariamente ha de sufrir los rigores de todas las estaciones, las malas y las buenas, a

él y nada más que a él le atañe el hacerlas todas vitales y hermosas. La juventud..., la juventud cansa porque no representa generalmente más que holgorio, derroche, y no faltan espíritus que ansían la edad madura para alcanzar pleno dominio sobre todo. Decía Lamartine que la juventud es buena si no dura toda la vida. ¿Tenía razón? Seguramente la conciencia interna de cada individuo contestará afirmativamente: «Sí, tenía razón.» Y es natural, ¿por qué negar una ley inmutable? La juventud será siempre un escalón de la vida.

Terminaba la divagación y aprisionaba el timbre, me abrió José Ortas, que me abordó con las siguientes palabras: «Desapareció la alegría, querido Antonio, se marcharon los estudiantes».

—Sí, me despedí de ellos en la puerta; iban contentos, como siempre, yo no comprendo ciertas existencias.

—Estaba explicado, no llevan más que dos suspensos —dijo Ortas, recordando, sin duda, sus azarosos tiempos, en los que acostumbraba a ser más calabaceado.

—Sois todos lo mismo —le contesté malhumorado.

—Bueno, hombre, no te enfades...

Y añadió en tono burlón:

—Desde que eres escritor no se te puede hablar, lo que digo, ya tienes la neurastenia, cuidado con inflamarte...

Entré en mi habitación murmurando unas palabras en las que compendiaba todo mi asco; oí como contestación una carcajada que, entre las paredes y los pasillos, adquirió una prolongada repetición irritante.

Salía de la casa casi aturdido, sin duda alguna yo era uno de esos alocados que se contradicen a cada instante; reflexionaba, mi psicología rechazaba enérgica aquel modo de proceder; una de dos: o yo era un vulgarote que pasa por todas, o yo era un hombre con clara visión de lo que ejecuta y que obra razonadamente con arreglo a su propia ideología. Yo estaba procediendo igual que un tagarote con suerte, esto es, explotando la influencia del Señor para alcanzarme bonitamente un puesto en la truhanería o en el engaño, y eso no, vamos, eso no era lo que yo proclamaba; el dilema era bien claro: o de tantos uno más, o el soñado tipo de hombre: aquel que razona según propias facultades, aquel que obra según su cerebro, según sus ideas. Más de una vez estuve tentado a volverme; pero no me di cuenta de que, a la vez que iba pensando, el movimiento físico

continuaba su obra hacia adelante, y, cuando con más fuerza me atacó la idea del retroceso, me hallaba ante la fachada del domicilio de don Miguel y casi tropezaba con el «auto» parado en la misma puerta.

Todo medió con inusitada rapidez, después, poco más de una hora, aguardábamos impacientes en la estación los pocos minutos que faltaban para la salida del expreso; los viajeros paseaban por los andenes, nerviosos y contraídos. Dominaba la atmósfera un espeso vaho de polvillo y negrura; las maniobras de los trenes parecían convulsiones que el gran antediluviano —la estación— ejecutara para salir de su aletargamiento. Las miradas se clavaban fijas y anhelantes en el enorme reloj; se oían voces de despedida; un estrepitoso chillido, de fiera que despierta, marcó el segundo aviso, faltaban cinco minutos; se redoblaban las conversaciones atropelladas, se recrudecía el heterogéneo murmullo; los viajeros penetraron en los coches, la potente máquina empezó a despedir espesas bocanadas de humo, una válvula dejó escapar cierta cantidad de vapor que se dirigió, vertical, hacia arriba como desafiando a la ignorancia.

Arrancó el tren, se oyeron unos vivas y unos aplausos, don Miguel saludaba desde la portezuela...; después, la noche cubría con su velo negro toda la periferia, nos envolvía con arrolladora voluptuosidad; un ligero vientecillo —hijo de la noche— corría acariciador y dulce... El tren caminaba..., caminaba, en el fondo obscuro se divisaban a corrillos unas lucecitas tenues que permanecían triunfadoras, parodiando las ignotas regiones siderales de la incomprensión y del misterio.

Nos arrellanamos cómodamente en el departamento de primera, íbamos casi solos y nos dispusimos a dormir; el tren caminaba..., caminaba... Como individuo que ha viajado poco; se apoderó de mi imaginación el pensamiento de un choque.

Despertamos en El Escorial, desde la ventanilla se divisaba claramente la pintoresca planicie, parecía pintada con colores verdinegros que hacían resaltar más los fulgores del sol naciente; al fondo, aparecía la Sierra como escoltada por los alrededores cejinegros, los altozanos donde verdeaban las frondas de los pinos y los montículos de arbustos, cubiertos y unidos en amorosa comisura.

El tren avanzaba con veloz empuje, producía balanceos y trepidaciones que obligaban a cogerse a las tirillas de las portezuelas como a salvadora ayuda en un naufragio imaginado. La vista permanecía fija y anhelante en la contemplación de las figuras escorzadas; un dulce transporte parecía embriagar los sentidos de voluptuosos hallazgos, era la alegría de la mañana que se infiltraba confortadora y atrevida, produciendo espasmos de adormecida lujuria; al pasar una vuelta de la vía, el sol inundó el tren, aquello parecía una melodía acariciante, dotada de sutiles tentáculos amorosos; debajo, el enorme traqueteo y el ruido sordo semejaba la lucha entre la velocidad y los amorfos objetos roqueños del balasto, era una prensa que desmenuzara bárbaramente destructora la grava viviente y endurecida. El sol daba a los paisajes nuevas interpretaciones, y aparecían variadas policromías que hermoseaban más y más a los quebrados campos.

Dice el Corán que todo lo que tiene que suceder sucede, y, en verdad, sujeto yo a una predicción de visitar a los Madriles, sucedió que llegué por fin a la villa y corte de las Españas; hacía casi frío, una neblina blancuzca parecía cubrir a Madrid, cual sábana protectora, símbolo de sus obscuridades o de sus insalubres atmósferas. Nos dirigimos a un hotel cuyo nombre no cito por la sencilla razón de que no me acuerdo; sólo diré que en un confortable ómnibus atravesamos la ciudad en dirección a él. La población despertaba, era la hora de los raros transeúntes; regaban las calles, que despedían efluvios lechosos de polvo húmedo; caminaban los obreros con la bolsa debajo del brazo canturreando la canción de moda; unos barrenderos cumplían con su deber de desinfectadores...; las calles, en general desiertas, parecían arcadas de figurines. Las criadas, abriendo los balcones y sacudiendo las barandas, semejaban, vistas a distancia, adornos churriguerescos... La población despertaba, despertaba...

Había pocos viajeros, la estación calurosa no llevaba a Madrid mas que gentes de negocios. La capital resultó como yo la había imaginado: Indiferencia, bullicio, movimiento; todo revoloteaba por las anchurosas vías; los transeúntes hacían el efecto de hormigueros espesos —algo exagerado, pero, querido lector, el hombre es muy pequeño—; todo estaba cubierto por la aureola bullanguera de la rapidez o del estruendo callejero. Yo quedé en el hotel. El señor Velasco fué a la una a entrevistarse con el Conde; regresó a las dos, satisfechísimo; la conferencia había resultado harto optimista, el Conde iba al extranjero pensando ya en la próxima arribada al Poder; llevaría la voz de España, como futuro gobernante, a las potencias que pensaba visitar, donde era bien conocido por sus diplomacias secretas y sus acuerdos más secretos todavía; el actual Gobierno llevaba su política internacional en sentido opuesto a determinadas conveniencias, y de ahí su flacidez y seguramente su próxima caída. Primero me aturdieron estos enredos y estos amaños ruines para alcanzar las riendas del Poder (3), después, a los pocos meses de estar con don Miguel, les encontraba ciertos visos explicables; me ocurría lo mismo que a un individuo que pierde la sensibilidad y a quien no causan impresión algunas cosas que a otros les diera un ataque de nervios. Algunas veces pensaba en esta situación mía, y resolvía separarme de don Miguel en la primera ocasión; pero bastaba una orden de éste para que abandonara mis ideas rebeldes; sin embargo, yo notaba en mi un malestar inexplicable que nacía de mi carencia de idealidad adecuada a aquellos asuntos; parecía como si unos hierros aprisionaran mi cerebro, exprimiendo las ideas, machacándolas con dureza, y al cuerpo, siempre servil, lo dejaba hacer. Examinaba mi obra en los últimos meses: unos cuantos artículos de lucha, otros cuantos literarios —los únicos que después habían merecido mi aprobación— y un gran número de horas sentado ante una mesa completamente cubierta de papeles. No, no era esa la vida que yo había concebido, que mi psicología me señalaba, ¿qué extraña fuerza me sujetaba, autoritaria, a ese absurdo vivir? No lo sabía, como no lograba saberlo penetraba en el desconcierto más inaccesible. Aquella misma noche regresaríamos; no gusté de Madrid más que unos paseos en «auto» por los principales bulevares: La Castellana, Retiro, Rosales, etc., guardo también impresionables recuerdos de un té que se celebró en honor de don Miguel en casa de un amigo y correligionario, y al que fui invitado; para mí todo se desvanecía envolvente, resguardando los más sensibles extremos como débiles refulgencias de un vivir paria, de una existencia casi dormida; la vida proceresca se me antojaba repulsiva, llena de hastío, engañando sus intermitencias aburridas con falsos esparcimientos, falaces

reuniones de sociedad, etcétera, etc.; odiaba, en resumen, ese fastuoso traqueteo, que muy seguramente no resisten mas que los espíritus ya de antemano adecuados a esas costumbres. Los chaquéts rígidos, la etiqueta empalagosa, las conversaciones tontas, el hastío soberano son los más salientes detalles de un té aristocrático; en éste había siquiera el tema de la política, y por esta causa no resultó del todo aburrido. ¡Se chillaba y se discutía tanto! Yo miraba todo con un desdén ilimitado, más de una vez aludieron, sin duda, a mis inexperiencias sociales. Oí que don Miguel decía a unos señores:

—Es un chico listísimo del que espero hacer un gran político, como lo oyen ustedes, no tiene de censurable más que un cerebro algo revuelto..., la edad...

Los oyentes me miraban, yo permanecía callado, sentado sobre un butacón en actitud pensadora, seguramente algo idiota. Una sonrisa dibujaron los labios de aquellos señores y un gesto pintó sus caras como diciendo: «Será verdad, pero no lo exterioriza, tiene toda la facha... aunque sí, esa mirada no me tranquiliza, parece un...»

Se hizo imperceptible la conversación, me tenía todo sin cuidado y menos las críticas de aquellos políticos, con el pie en el ascensor como suele decirse; eran la camarilla y también los progenitores de los mareos del Jefe del partido; constituían la larga fila de ex Subsecretarios, ex Directores generales, ex Gobernadores de provincias peligrosas..., los que sueñan con el cartapacio, los pedigüeños, los que ambicionan amartillar unos cuantos distritos para ellos amartillar igualmente los cargos..., esto es, la cizaña de la política, los que desfilan por los ministerios de Gracia y Justicia e Instrucción pública, los grandes caciques sin talento...

Ya comenzaba a tener deseos de conocer al personaje, al casi ídolo de los liberales, y el mero hecho de viajar unas horas en su mismo departamento exacerbaba, más aún, mi impaciencia; durante la tarde, don Miguel me puso al corriente de todo lo que tenía que hacer cuando llegara a la ciudad; me confiaba la dirección de la Secretaría, subordinado, claro está, a un respetable correligionario que haría sus veces en el despacho; me ordenó mesura en los trabajos periodísticos. Yo le oía, unas veces distraído y otras con atención, me dí por bien enterado y regresamos al hotel.

Cuando partimos para la estación era ya de noche; el Madrid alumbrado parecía un conjunto de zafiros refulgentes, era una rebeldía contra la noche, una protesta contra la obscuridad, el símbolo del poder humano revolviéndose contra la Naturaleza toda. El tránsito por las vías centrales se hacía imposible, las olas humanas se sucedían sin interrupción, como salidas a montones de las fauces de un monstruo inagotable; el automóvil tenía que parar a cada momento, las calles resultaban sumamente estrechas; los carruajes en opuestas direcciones se interceptaban el paso; la atmósfera era pesada; se fundían: el calor sofocante de Julio, la humareda de los autos y el polvillo del asfalto, resultando un espeso aire irrespirable que secaba la nariz y la boca, cual inquebrantable fuego molesto e inofensivo. Don Miguel daba muestras de impaciencia, quería llegar a la estación antes que el Conde, y si la tierra no se tragaba todo aquel inmenso tráfago tardaría doble tiempo que el preciso; le atacaba esa especie de nerviosismo que

generalmente se apodera de los individuos con prisa, cuando, yendo en un vehículo de veloz carrera, se ven obligados a resistir una velocidad pandiana; la mano, entonces, se crispa sobre las portezuelas y la vista traza líneas rectísimas que parecen desafiar a la invencible fuerza; estos síntomas se dibujaban a cada momento en las facciones del señor Velasco, que lanzó un resoplido de alegría cuando el motor, tras un ronco traqueteo, dio más impulso a sus presiones y aumentó la velocidad; era un ancho bulevar en cuyo fondo ya se divisaba la mancha oscura de lo ignoto en la noche, de lo que, permaneciendo fiel a la Naturaleza, mostraba su profunda negrura en medio del difuso hialino del cielo estrellado; yo respiré satisfecho, no por el más rápido caminar, sino porque la molesta infiltración de esencia heteróclita que parecía haber marchitado mis fuerzas morales desde la llegada a Madrid, aquella misma mañana, iba desapareciendo, volvía a encontrarme fuerte, dispuesto a un rudo batallar con la herrumbre de la vida.

Los andenes estaban cubiertos por masas encopadas; habían acudido ex ministros, diplomáticos, periodistas...; la efervescencia en la conversación era muy animada, del movimiento político o del plan veraniego; los saludos se sucedían sin interrupción; yo estaba como perdido en la balumba (4) mundana, sus risillas o sus afectaciones parlungueras ponían en mi cerebro un tilde de vergüenza; por milésima vez volví a repetir: «No es éste mi campo, no es éste.» Se produjo de pronto un cambio de miradas en todos los circunstantes; servilmente unos, por instintos gregarios otros, dieron un viva e hicieron que unos aplausos secos retumbaran en el amplio dosel metálico de la estación; terminaba de hacer su aparición en el andén el prohombre liberal, seguido de sus familiares e íntimos; todos se disputaban, cual cuadrilla de mendigos, el lugar preferente; éste porque deseaba hacerle unas manifestaciones, aquél porque en nombre de una gran compañía tenía que notificarle un extremo urgente, el otro, afanándose por conseguir unas declaraciones para su periódico...; el Conde miraba a todos sonriente, orgulloso de sí mismo y de su obra, una obra compacta, tan compacta como sus millones, que eran muchos..., muchos, ¡oh España!

Don Miguel Velasco se acercó a él y pude ver la realidad de los afectuosos lazos; yo me dije: «Sí, claro, será ministro.» Los personajes subieron al «sleeping». Yo también penetré en aquel foco de comodidades, el Conde quedó aún en la entrada conversando con los más cercanos; sonó un estridente silbido y partió el expreso; desde el interior oí una ovación estruendosa...; pero salimos de aquel alumbrado artificial y vino la noche, nos rodeaba la noche que nunca miente, que se debe su aparición a un fenómeno sideral muy bien explicado...; a dos pasos de mí se encontraba el Conde, pero en aquel departamento de lujo parecía reinar también un ambiente democratizado, porque la misma obscuridad nos envolvía a todos; detrás venían unos coches de tercera que rodaban gracias a la misma fuerza que nuestro «sleeping»; la catástrofe ferroviaria —si sucedía— no respetaría abolengos ni rancias aristocracias; he aquí por qué hasta los más fastuosos próceres se sienten igualitarios durante las horas de sus viajes por tren; es el peligro común uniendo todos los anhelos, que por un momento olvidan las demás actividades y casi se aman, se aprecian...

Don Miguel hizo mi presentación, el Conde pareció mirarme con curiosidad, yo sonreí; su esposa sonrió también a mi saludo; era ésta una dama que, pese a las complicidades

del tocador y a las argucias retrógradas, caminaba ya visiblemente a la consunción de la belleza física; se notaba, sin embargo, en sus ojillos negros y en sus mejillas lacias, que había poseído una singular hechicería; lo demostraban también su boca grande, sin exceso, y una barba bien formada que aun parecía querer cantar las glorias de la admiración; resultaba simpática, aunque algo pesada, con ese habla restrallante que suele apoderarse de las damas aristocráticas al penetrar en la senectud. A poco, un empleado avisó la primera cena. En la sobremesa se habló de política; yo oía con atención, sobre todo cuando hablaba el Conde; era la primera vez que tan descaradamente presenciaba ese hablar íntimo de políticos de talla; debí exteriorizar algo mis impresiones cuanto que el Conde me miró, y después a don Miguel como interrogando: «¿Pero este joven es de confianza?»

Yo le miraba de reojo, ¡qué viveza en los párpados! sus gestos significaban mái que todo un discurso hablado; tenía delante al tipo de político sagaz, de los que consideran un agravio a su pundonor de gobernante el dejarse engañar, como un chino, por alguno de sus contrarios o colaboradores en el engaño.

Yo debía apearme en una estación próxima; don Miguel —como ya he dicho— seguía hasta San Sebastián con el Conde; preparé mi maletín de viaje..., el tren paróse exhalando como un crujido. Los Condes dormían; me despedí del señor Velasco, me dio las últimas instrucciones, asentí; me apeé para tomar el enlace que me transportaría a la amada ciudad donde se desarrollaban mis actividades.

Una ola de manifiesta rebeldía chocaba en mi cerebro produciéndome razonamientos exaltados; pasó por mí, cual ráfaga retadora, la imagen de una estudiada traición, tomaba cuerpo y se ensanchaba cada vez más, hasta llegué a pensar el medio de efectuarla; a lo que sí estaba dispuesto era a no seguir más tiempo en aquel ambiente que no era el mío, en aquellas idealidades que torcían falsamente mi etopeya con derivaciones muy distantes de mi concepción individual. Además, yo, sin duda alguna, no era político, me lo insinuaba a veces el Sr. Velasco: «Tienes que desechar de tu imaginación todo lo que no sea positivismo y truhanería, si no sucumbirás entre las garras de la vida; está ya suficientemente demostrado que este mundo no es asequible a los buenos, a los románticos en sus diversos aspectos y a las demás elucubraciones especiales; es la vida la que marca al individuo el camino que debe seguir, nadie puede rebelarse contra este poder exclusivo de la vida; por lo tanto, el que se proponga abrirse paso a través de la realidad de los hechos tiene que morir, tienen forzosamente que avasallarlo las flechas de la Divinidad herida, ¿no comprendes? Sí, hay que reconocer que el mundo es malo, es injusto, pero está creado para eso, para que el alma sufra en él, y también para triunfar, para ensancharse el cuerpo, para gozar cada uno con arreglo a sus gustos o sus aficiones; desengáñate y no te deslumbres por algunos rayos de comprensión que lleguen a tí, todos los hemos visto o los vemos, pero procuramos apartarlos, sustrayendo sus influencias alteradoras». Esto me había dicho don Miguel una tarde yendo de paseo, y muchos ratos pensé sobre sus palabras, a las que yo quería dar alguna relación con mis pensamientos y mis ideas.

Eran estas manifestaciones una inagotable fuente de pesimismos que zaherían agudamente a las aspiraciones juveniles, cuya principal jactancia es el alarde de libertad pensadora o el pleno dominio, por medio de las sublimes facultades, sobre el ambiente corrompido o la pátina creada por la dejadez, la costumbre o la tradición; porque examinemos debidamente estos alcances: la vida, considerada en su más abstracta acepción, es el rumbo, el poder, la influencia, la sugestión que un conjunto numeroso de cerebros tiene sobre la idealidad propiamente individual de un ente; es, mirada desde este punto de vista, una traba a los progresos de íntima relación con las aportaciones aisladas de cada persona; hay que considerar, entonces, al hombre como un esclavo de las fuerzas y las actividades acumuladas durante siglos y siglos; no puede pensar con independencia, no puede obtener de su intelecto fórmulas que pongan en práctica a las insinuaciones de su asombrosa imaginación. Cada hombre-pensador que deja transcurrir su tiempo, sin que logre inculcar sus teorías en los semejantes, resulta doblemente perjudicial para las futuras generaciones, puesto que su esfuerzo se añadirá a los anteriores, también embrionarios, y constituirán esa obra siempre actual, que tiene por nombre genérico «fuerza de la vida» y por otro concreto «el progreso» (5); sí, el progreso es la amalgama de las heterogéneas civilizaciones habidas desde los tiempos prehistóricos hasta los contemporáneos, un enorme infolio donde se encuentran todos los síntomas de las diversas lucubraciones humanas. Así, estamos esclavizados al pasado, y nuestros procederes se ajustan más a sus presiones que a nuestro propio sentir. Por lo mismo el acendrado positivista se aferra al cuerpo de la historia, donde se encuentran ejemplos parecidos a sus disparidades con las razonadoras impresiones de los espíritus, que, declarándose rebeldes, no se adaptan al sistema tradicional. Dígase lo que se diga, combatir ese positivismo, esa tendencia realista hacia la vida animal, es la suprema aspiración del Arte; sí, para el hombre vulgar el artista es un revolucionario; ¿no se me entiende? Acosado por multitud de pensamientos análogos mi espíritu se ensanchaba de poderío, mi alma sonreía, quizá satisfecha, y mi cuerpo, recostado sobre el asiento, esperaba con ansiedad la terminación del viaje.

Era ya día claro, las diversas estaciones se sucedían con pequeños intervalos, el tren parecía cabecear cual monstruo descontento; la yerma llanura castellana agobiaba con sus tierras lechosas y sus caricias al sensible horizonte; caseríos, cauces secos de pequeñas corrientes, rojizas franjas de vallados, roqueños oasis, eran las más salientes notas de los paisajes; todo, ante los rayos del sol que les daba un semblante rútilo, parecía adormecer en consunción lenta, algunas veces provocadora, pero siempre mortífera y decadente... En las pequeñas estaciones y apeaderos próximos a la ciudad aumentaban los viajeros, que abarrotaban los coches de tercera...; el convoy parecía caminar con más lentitud... Sin embargo, seguía vomitando furias con su phfa, phfa continuo y con los crujidos intestinales que producían los herrajes y los topes...

El tren paróse en la estación de término; al descender daba la impresión de ocupar otro planeta, los oídos parecían descansar...

Yo me interné en el andén con dirección a la salida...

Notas

(1) En el original figura incorrectamente «chantages» (nota de «N.R.»).
(2) Todas las críticas deben respetarse, son impulsiones de un sentir individual e íntimo.
(3) Esto si no se las entregaban unos a otros buenamente.
(4) En el original figura incorrectamente «balumbra» (nota de «N.R.»)
(5) El progreso mecánico, hueco de idealidades; esto es, que las ideas fracasadas se mecanizan.

V

Cuando una idea o una inclinación intuitiva y espontánea logra traspasar el velo de la independencia de nuestro espíritu, y penetrar en las regiones ordenadas de la mente, adquiere, con generalidad, gran importancia, y se la trata con respeto, como a una grave cuestión espiritual; rebasa entonces los límites de los rutinarios temas, y pone en activa tensión el más diverso conjunto de las facultades pensadoras; cuando esta idea evoluciona en una continua preocupación puede considerársela como hecho realizado, puesto que da a demostrar que no somos ajenos a sus influjos, es como la tramitación que sufre hasta colocarse sobre el tapete de nuestra intelectualidad; todas estas intuiciones son, la mayor parte de las veces, súbitas afirmaciones que se apoderan del ánimo en un momento de esfuerzo cerebral.

Por análoga situación atravesaron los órganos de mis facultades mentales cuando me planteé, en definitiva, el problema de mi vivir actual; yo consideraba como una traición a mis propias certidumbres el obrar de la forma que estaba procediendo; sentía cruentos deseos de soledad y esparcimiento íntimo; a tanto vivir esa vida de sujeto empleadillo temía contagiarme con sus vulgaridades, o con sus mal entendidos afanes de desaparición de elevadas y fundamentales visiones, a las que yo mostraba un amor profundo y una afición inquebrantable.

En efecto, nada más hermoso que un cerebro con capacidad bastante para marcar al individuo la ruta de sus efectivismos en el transcurso de la existencia; representa la victoria del pensar íntimo sobre las influencias extrañas, y traslada al hombre a una situación libre y regocijadora por excelencia; pensando yo así, nada extraño era que sintiese impaciencia por facilitar a mi intelecto el cuadro prefijado de mis futuras acciones, pero esta obra harto elevada significa una gran potencialidad, además de una muy clara sutileza, con suficiente parte de lógica, que, entre las distintas vías que el mundo espiritual ofrece, abandonase desde un principio las sendas del error. ¿Eran consecuencia estos deseos míos de un vulgar descontento o de una terminante convicción metafísica?

Algunas veces pensaba en esos genios que han deslumbrado en ciertas épocas a la humanidad, y me preguntaba si no procederían sus gestos e inquebrantables dones de un esfuerzo elevado que les hiciera someter todas sus facultades a la realización precisa de un determinado plan; me internaba en estos campos inciertos y no obtenía más que interrogantes difusas, diluídas espirales de vapores incoercibles; por eso echaba un vistazo más transigente hacia el mundo, y terminaba por aceptar algunas de sus leyes; era ése el retorno inevitable a las impresiones humanas, sí, aplazaba la formación de un estado definitivo, agobiado duramente por la falta de conexión en todos mis anhelos. Prometía ocuparme de ella más adelante..., ¡ay! ese más adelante significaba un olvido que duraría toda una eternidad; es la condenación a la vida siempre ingrávida, siempre envuelta en gasas que no son gasas, sino murallas níveas que engañan, que alucinan..., y merced a estas vanas alucinaciones el hombre vive y come, juega y se divierte..., piensa y sufre; es un anatema que hace levantar en iracunda protesta a los espíritus claros que vislumbran su impotencia, su inutilidad, sus manifiestas nulidades y desconocimiento eterno de los ignotos engranajes que motivan su acciones; yo, al hablar así, impregnaba

mi cerebro de una esencia de rebeldía, y una maldición constante, muda, pero significativa, parecía dibujarse en mis labios, a veces temblorosos por las convulsiones que me producía la repugnancia; entonces, dominado por extraños motivos de repulsa, no admitía en la humanidad mas que dos clases de personalidades: individuos que sufren porque conocen su pequeñez, bien claramente de manifiesto en su impotencia espiritual, o individuos que no tienen para nada en cuenta los gritos desgarrados que profieren desde sus tumbas los anhelos muertos y las teorías fracasadas. Los primeros merecían todo mi respeto y me sumaba a su cantidad; los segundos eran objeto de mis diatribas más indignadas y de mis odios enfurecidos; son la carroña, lo animal de la sociedad viviente, y sus órganos, barnizados de concupiscencia, arrollan inflexibles las organizaciones en gestación que se proponen crear los que sienten, los que sufren, los que admiran, los que ven sobre sus espaldas las pasiones de la carne, los que son espíritu, los que no se adaptan a que el hombre constituya una galería zoológica en un Parque de irracionales...

Me veía caer a causa de mi debilidad, estos soliloquios, tan frecuentes en el transcurso de mi existencia, me producían grandes mareos; «los esfuerzos y las defensivas carnales contra las invasiones de mi espiritualidad», así definía yo aquella astenia que se apoderaba de mis fuerzas físicas. El cuerpo es voraz, es ambicioso, desea el libre predominio en la ejecución de los variados actos..., y constituye el más potente enemigo de nuestra felicidad; es un muro donde chocan los gritos sublimes, repeliéndolos bruscamente a las regiones inhóspitas y oscuras; es vengativo, cruel, provocador, enferma y empequeñece nuestra inteligencia; siempre, siempre será causa de todas las desventuras esa unión y esa subordinación del espíritu a las más nimias traiciones fisiológicas del cuerpo; yo me extendía en profundas divagaciones que no quiero transcribir por su gran ardor exaltado o por sus concepciones casi vesánicas; baste decir que yo, quizá sin saberlo, parecía predicar la muerte...; en un momento de reflexión hacia el pasado, creí encontrar ciertos paralelajes macabros, algunos pensamientos que tendían a corroborar mi suposición terrorífica... ¿Sería yo un hombre que sugestionado por la muerte predicara desconciertos? No, no, eso, no; yo me esforzaba en gritar que eso no podía ser, porque siempre mis exaltaciones giraban alrededor de una enorme potencialidad vital; yo no deseaba la muerte, de ninguna manera, yo lo que quería era un aval que respondiera por las informalidades del cuerpo, para que la obra, la gran obra del cerebro no se entorpeciera a causa de vulgares enfermedades, sino que fuera tan superior su ardiente llama que no influyesen en su determinación las presiones carnales; y al llegar aquí quedaba mejor definida mi aspiración eterna: yo, señores..., ambicionaba la supervida.

Mis choques, por lo tanto, con las exageradas realidades del mundo suponían siempre un descalabro que influía poderosamente en mis futuros procederes, y encendía en mi espíritu llameantes procacidades; mientras tanto, mi cuerpo se agotaba, yo notaba alguna variabilidad cada vez más frecuente en mis ideas, y, por un instante, me asaltó el temor de una posible caída corporal.

Siempre que análogas situaciones ocupaban mi espíritu, una nostalgia de soledad y de falta de ánimos fraternos ocupaba dulce y suavemente mi corazón, templando las cuerdas de un sentimentalismo renaciente; entonces pensaba en mis amistades, ponía la

vista en el análisis de las diferentes personas que pudieran comprenderme..., el pergeño de Félix Capilla, modelo de buenos amigos, me sonreía en estos amargos ratos, logrando en parte calmar mis excitaciones o consolar mi decaído ánimo.

La plazoleta se extendía en mi derredor poblada e indiferente..., el calor abrasaba, la caricatura que dibujaba mi sombra parecía perseguirme, ridiculizando mi tipo larguirucho y enclenque; el adoquinado despedía fulgores que se posaban en las retinas inyectando ascuas calcinadas. Fuí a ver a Capilla, necesitaba un rato de conversación con él, lo reclamaban mis actividades corporales y la reacción que parecía haberse presentado en las galerías sensibleras.

No estaba en casa; cuando su patrona, adoptando un gesto raro y mirándome fijamente, me dijo que no estaba en casa, recorrió mi cuerpo un escalofrío penetrante y profundo. ¿Cómo iba a estar Capilla en la ciudad? Eran las vacaciones estivales. Entonces me asaltó una duda terrible, demasiado sabía yo que Capilla estaba en el pueblo descansando; esta inconsciencia que dirigió mis pasos era un claro síntoma de mi anormalidad, aunque, no, deseché en seguida suposición tan aterradora; no se trataba más que de un estado subjetivo, en cuya realización no intervinieron para nada los órganos materiales; era un deseo del espíritu que había sido defraudado por la vulgar circunstancia de no encontrarse Capilla en la ciudad, no merecía el incidente más importancia, y, al no dársela, me cegaron ansiosamente las aletas del completo alivio; mis temores, por lo tanto, fueron infundados, demostrando, también, que yo tenía aún algo de concierto puramente humano.

Me encontré de casualidad con Portolés, caminaba de prisa y lo llamé.

Se notaba en él una alegría casi feroz que ensanchaba su boca en ansias devoradoras.

—¿Qué pasa? —le dije.

—¡Hola! Castro, iba al mitin republicano que se celebra en la Plaza de Toros, habla Larruse y bien sabes que soy ferviente admirador..., además que...

—Te acompaño —le interrumpí.

—¡Albricias! Así se obra, ésta es la verdadera política, los rigores de las protestas alegran el ánimo.

Desde el primer día que el azar de mi destino me llevó a la secretaría de don Miguel Velasco, y convivía con las alteraciones de la política, sentía una gran simpatía por los

caudillos revolucionarios, demagógicos, o por aquellos que figuraban como enemigos del régimen monárquico.

Tal vez se cumpliera en mí la afirmación que hiciera el romántico autor de «Graciella»: «No hay un alma de veinte años que no sea republicana». El caso es que al acompañar a Portolés me dominaba una cierta impaciencia y una gran curiosidad; nunca había asistido a mítines extremistas, ni había oído discursear al célebre Larruse; únicamente le conocía por los extractos de la prensa, y le guardaba una gran consideración, que nacía de su fama de rebelde y de exaltador de multitudes.

Llegamos a la Plaza, estaba completamente ocupada por compacta muchedumbre; era día festivo y había acudido gran número de obreros, entre los que Larruse tenía enorme ascendiente; faltaban cinco minutos para comenzar los discursos, se oía un vocerío heterogéneo, que daba la sensación de una corrida emocionante. Algo me impresionó el aspecto del anfiteatro escalonado.

Reinó un absoluto silencio; un señor, a quien yo conocía de vista en la ciudad, iba presentando los oradores. Al aparecer en la tribuna don Leandro Larruse, se oye una estruendosa ovación. Portolés me tocó con el brazo, diciéndome: «Ahí tienes al grande hombre». Representaba unos cuarenta años, fuerte, nervioso, se agitaba a cada momento en todos los sentidos, como solicitando la aceptación de los circunstantes, que se la indicaban con grandes aplausos; su oratoria era fácil y vibrante, se hacía con el auditorio a los diez minutos de comenzar a hablar; su exordio fué breve y entró de lleno en el desarrollo de la cuestión que motivaba el mitin; como orador radical que protesta todo y va contra todo, su dialéctica era algo rebuscada y artificial, aunque lograba revestirla de una sorprendente naturalidad; en esto consistía el milagro de su enorme fuerza demoledora en las multitudes y en el Parlamento, donde era oído casi con miedo; en el calor de los ataques y las diatribas su boca parecía un cráter que vomitaba furias candentes, que exaltaban y hacían rugir a las muchedumbres; a veces hacía gala de erudición y citaba a Solón y a Temístocles, la leguleya concurrencia seguramente no se daba cuenta de estas comparaciones, y ardía sólo por los volcanes que formaba el orador en sus cerebros revueltos. Duró el discurso cinco cuartos de hora; las masas, extasiadas, seguían oyéndole con enorme complacencia; los larrusistas casi lloraban de emoción, los había enardecido con sus palabras rebeldes y sus ademanes de orador formidable.

Yo no participaba, ni mucho menos, de aquellas ditirámbicas admiraciones; es más, no distinguí en el orador esas dotes de apto gobernante, que es lo que debe exteriorizarse en hombres que aspiran a una revolución de idearios políticos; la impresión que de él se tenía en la política de orden y el fondo de las palabras oídas ha unos momentos me bastaron para calificarle. Súbitamente vinieron a la memoria aquellas célebres palabras que me dijo don Miguel Velasco, durante la primera entrevista que tuve con él. «Hoy día, sólo existen dos tipos de revolucionarios: primero, los descontentos por intuición, que son, como si dijéramos, políticos alienados; y segundo, los demasiado vivos, que desde su puesto de oposición, obtienen muy buenas ganancias, porque se les teme por su talento o por su decisiva influencia en determinada opinión...» De estas frases se

podía muy bien obtener el retrato exacto de Larruse, y no precisamente entre los primeros...

VI

La tarde, de un cálido apagado..., había llovido...; la atmósfera parecía sonrojarse de su aspecto renaciente..., la tierra ardía húmeda..., luchaban las fuerzas naturales por el recobro de la fluctuante victoria..., el resultado era indeciso: un ligero zumbido de llamas invisibles...

Yo caminaba por el centro del paseo, algo entretenido por ideas esporádicas que se sucedían velozmente en el vivísimo cuadro de mi imaginación; la sombra de los árboles apenas si debilitaba el terrible bochorno que salía de las capa telúricas, hervidas después de la lluvia por el calor estival; multitud de familias ocupaban bancos públicos, los niños jugaban y corrían en los cruces de la Avenida, su alborozo parecía inundar el alma de inimitables sensaciones... Mis ojos se clavaban anhelantes en los humanos figurines; se había realizado en mi interior una revolución sentimental; al examinarme veía más de cerca los influjos de aquella vulgaridad tan temida en otros tiempos; sin duda alguna habría revelado a un corazón amigo las nuevas inclinaciones de mi ánimo embrionario, pero estaba solo, y esto aumentaba el decaimiento que se iniciaba en mis exhaustos sentidos.

Yo permanecía en una posición harto reñida con las más elementales prescripciones de la urbanidad; la multitud de pensamientos que ocupaban los arcanos de mi atención hacían que me olvidase de la ridiculez de las corporales líneas; pasaban invariablemente tipos de fugaces miradas y acrisoladas muestras de aburrimiento; en general, el paseo todo se encontraba dominado por el bochorno, la fatiga y el mayúsculo tedio...; los mortales sufrían y hacían gestos...

De pronto, el bulevar se alzó en un armónico grito de admirativa pleitesía a la beldad presente; los árboles adquirieron un ritornelo mudo, mi cuerpo todo se embriagó de miradas sáficas... En el paseo terminaba de hacer su aparición una mujer hermosísima, lujosamente ataviada, exhalando continuos transportes de elevada belleza...; por un momento, mis ojos la miraron extasiados, obedeciendo imperiosas exigencias del llameante espíritu..., quise fijarme mejor, los párpados adquirieron la cualidad de la completa rigidez, los fulgores de sus ojos de azabache se encontraron un momento con los míos...

Desfiló como habían desfilado los demás paseantes; pero su retrato, sus formas y su atractiva cabellera negra resaltaban, cual dibujo de acuarela, en el casi límpido paño de mis faltos amores... Quedé más sólo, más abandonado cuando la lejanía, con sus leyes inflexibles, agotó las distancias ópticas de mis ojos... La podía haber seguido, pero no, el comienzo profundo de una pasión mía no debía tener los mismos impulsos que la nacida y desarrollada en la risible experiencia del corazón de un cadetillo...

Continué mudo, con las manos cruzadas en actitud suplicante y nerviosa, la boca entreabierta y los ojos fijos, casi daba la impresión de un embebido morfinómano... Paseé, inconsciente, por los más apartados lugares del parque ensoñador; el

esplendoroso fin del día estival hacía hablar a la Naturaleza con palabras radiantes; ya no eran los rayos del sol, era la oscuridad bañada en densas negruras, que se avecinaban entre amenazadoras y tenebrosas; yo no veía nada, no ideaba nada, se me había infiltrado en el cerebro —no en el corazón— una roja llamarada de sublimidades desconocidas... ¡Ah! el retrato, las facciones de aquella diosa, que me perseguían como saludando al trásfuga.

Las sombras casi me envolvían en densidades salobres y pegajosas; todo se hacía antipático, los más nimios defectos en una creación natural obtenían de mi intelectualidad un incontable número de elevadas sátiras o de punzantes diatribas...

Yo amaba a la desconocida, sí, lo demostraba claramente el hecho de que su recordación continua era causa para que mis órganos fueran unos desconcertados remolinos en el paroxismo de las inefabilidades vivísimas del amor...

Sin embargo, no podía asegurar nada...; los árboles no adquirían figuras de querubines...; mi corazón no latía con esa celeridad de un profundo enamorado; el camino era de palpable tierra, no de bordados tapices orientales...; la noche era sublime, como todas las noches, pero no embriagaba ni consumía mi imaginación con hechiceros efectismos...

A pesar de que ninguno de estos síntomas tomaba fuerza en mi interior, yo tenía la certeza de que estaba enamorado, de que una vida consumiría acaso mi vida, de que una bella concepción era objeto de mis ansias, de que un suave y casi imperceptible murmullo pronunciaba a mi oído palabras incoherentes, pero dotadas del calor que emana de una arrolladora realidad...; yo amaba, pero amaba con el cerebro..., mi amor constituiría una pasión sin precedente, pero existía, era palpable, podía casi tocársele, y la prueba más patente de su existencia estaba en mi normal actitud.

Mi corazón se había apagado; sus latidos, atentos únicamente a la buena marcha de la circulación, no me martirizaban como en otros tiempos. Me alegraba esta victoria, mis principales anhelos se habían cumplido: el predominio cerebral sobre la masa sensiblera.

Antes de ahora me había hecho la siguiente observación que produjo en mi cierto pasajero y aleteante temor: Yo en mis naturales ideologías admitía el amor como necesario en las humanas lides, pero se me aparecía dudosa su total adaptación a las acciones de un cerebro inflexible. Algunas veces decaían mis ánimos, pero lo que terminaba de sucederme o me estaba sucediendo venía a hacer incompatible en un todo el amor y las galerías intelectuales. ¡Pobre loco!

Casi sin saber por qué me puse alegre, regresé a casa, aquella noche dormí bien, no tenía exaltaciones de ningún género, y la plácida visión hermosa de la tarde actuaba

como soporífero estridente y armonioso; desperté tarde, muy tarde, contra mi costumbre ya aquella mañana no pude respirar con voluptuosidad los incipientes y jugosos aires de la madrugada. El sol se acercaba a su hiriente perpendicularidad y enviaba destellos fuertes y acariciadores; me vestí deprisa, con la azarosa preocupación de un amante burlado. Al salir, la patrona me entregó una tarjeta: era de mi amigo Capilla. Picado por una curiosidad casi femenina penetré otra vez en mi cuarto para leerla, me extrañaba que Félix estuviera en la ciudad, leí: «Te espero en el Café «España», he venido para asistir a una velada simpática: Se trata de un festival organizado por los estudiantes que terminaron el Bachillerato en Junio, ayudados también por los alumnos de la Universidad; es como el abrazo que éstos le dan antes de convivir las mismas aulas y de respirar el mismo aliento de los catedráticos; se ha solicitado, y accedió a ello, el concurso de la célebre artista Lolita Brimé, cuya belleza, como recordarás, hemos admirado muchas veces; ven en seguida y hablaremos largo y tendido. Tu amigo, F. Capilla.»

Maquinalmente guardé la tarjeta en el bolsillo y salí a la calle. Sí, yo recordaba a Lolita Brimé como un nombre en quien la maledicencia tertuliera posaba sus conversaciones; de tanto oír hablar de ella ya sentía cierta curiosidad por absorber el metal de su voz o la incandescencia arrolladora de su mirada...

Nos estrechamos las manos..., ambas, como simbolizando nuestra amistad fraterna...

Nuestras primeras palabras fueron las protocolarias y vulgares de todo saludo; en pocas palabras me explicó claramente lo relativo al festival que había de celebrarse, ornado con esa jubilosa alegría que reverbera en los espíritus jóvenes; se pondría en escena una farsa grotesca que interpretarían los más aficionados a la histrionería dialogada; después, la gran artista Lolita Brimé cantaría unos «cuplés», escogidos entre los correspondientes a sus mayores éxitos; por último, un refresco de honor en el que la célebre Brimé alternaría única y exclusivamente con el elemento estudiantil..., hasta aquí lo organizado.

—Creo que te gustará el programa —me decía Capilla—. ¡Ah!, se me olvidaba, todo tendrá lugar en el Teatro Principal, los ingresos de las entradas se reservarán para la próxima tuna que haremos a Lisboa.

Estoy conforme —le contesté—, puedes contarme entre los asistentes.

Salimos del café, dimos unas vueltas por las calles absorbiendo el vaho recalentado de la estación... Nos separamos... Todo se hacía pesado, reinaba el ardor en los seres..., las transparencias venusiacas enardecían, los sentidos protestaban contra su excesiva perspicacia...

VII

El elegante coliseo se hallaba adornado rememorando las grandes solemnidades; los potentes focos de luz inundaban el interior de una claridad voluptuosa y de una exaltación incipiente; el patio de butacas y los palcos estaban ocupados por estudiantes; había acudido numeroso público, atraído, sin duda, por el nombre aureolado de gloria y belleza de la gran artista paisana; en los rostros de todos se dibujaba una simpática adhesión a los preparativos de la velada; la comisión organizadora recibía plácemes y enhorabuenas; mi espíritu, a todo insensible, parecía también hermanarse al fondo de la fiesta, mezclando sus destempladas cuerdas a los sistros armoniosos de los concurrentes; sin embargo, permanecía alejado y casi solitario, dentro de lo que cabía en aquel recinto de estruendoso holgorio; yo me fijaba con fruición inexplicable en los ademanes de los espectadores, como queriendo adivinar sus intimidades o como proveyéndome del elixir que amparara la extraña, a la vez que lenta, evolución que comenzaba a significarse en mis humanas críticas. Una idea me hizo temblar, a la vez que me demostrara la flexibilidad de mi espíritu claudicante...; me avergoncé de que se me hiciese simpática aquella fiesta, celebrada al amparo de individuos vulgares y atrofiados...; pintó mi cerebro lo sublime de una marcada superioridad entre todas aquellas carencias irreflexivas; pero ¡ay! la figura se borraba al instante, dejando tras su desaparición la dolorosa incertidumbre y la hiriente duda. No hacía muchas horas que mi espíritu se regocijaba porque, en su ideología cerebral, el amor se dejaba adaptar tranquilo y riente; y ahora, la duda me asaltaba, dañando con sus influjos las audaces sensaciones de mi ánimo. ¿Significaría un retorno al sentimentalismo pretérito el hecho de mi asequibilidad al amor? Una afirmación seca y descarnada se pronunciaba a mi alrededor. Por otro lado, no podía, mejor dicho, no quería suplantar el amor, puesto que sus agradables sonrisas eran ya para mí imprescindible materia que formara parte de mi cotidiana alimentación espiritual. Si, consentía ser un renegado, un odioso tránsfuga de mis ideas más individuales antes de que las refulgencias del amor dejaran de alumbrar con plenitud las obscuras galerías de mi existencia; todas estas reflexiones, todas estas preocupaciones planteadas procedían del encuentro, de aquel sublime encuentro que, al parecer, aletargaba mi cerebro, señalándole nuevas orientaciones en el desconocido trayecto de lo futuro, de lo que, como el verdadero Dios, es desconocido... Ante estos revolucionarios pensamientos, la delineación perfecta de la desconocida producíame el efecto de una efervescente ansia devoradora aquella diosa, refundida humanamente en un cuerpo de mujer, sería la anhelada visión de mis fervores, el fuerte eslabón que sujetara al amor las protestas de mi cerebro insensibilizado (1); y aquel eslabón, aquella diosa, estaban rodeados en el envolvente misterio de las sombras; para mí representaría el amor una fuerza acariciadora e invisible, por lo tanto, yo amaría, sí, amaría, ¿a quién?, ¿por qué?; ¡ah! amaría la misma fuerza del amor, la desconocida visión que me dio a conocer sus fulgores, y amaría porque la estridente luminosidad del amor se infiltraba goteante en las más internas regiones de mi idealidad. ¡Cerebro, pobre cerebro! Perdóname la traición, la horrible traición, pero me amarraron al amor, y yo, aunque pensé subordinarlo a tus impulsos, no me fue posible, lo rechazaste iracundo y hostil. Yo quise amar con el cerebro, pero esta clase de amor no existe, no puede ni siquiera imaginarse...

Una vez definida así mi nueva situación, torné a mirar otra vez los anfiteatros, en los cuales el apiñamiento de los ocupantes semejaba las escamas redondeadas de un enorme pez imaginado...

De pronto se hizo un silencio profundo, se apagaron las luces, apareció el escenario cual boca de averno, y comenzó la parodia de una representación teatral; se notó la deplorable impresión que las primeras escenas produjeron en el público; la interpretación pésima ponía en entredicho la honra artística del autor, a pesar de pertenecer la obra a un afamado comediógrafo; algunas voces pidieron que se suprimiera esta parte del programa, pero no se accedió a ello; los histriones, dentro de la independencia de las tablas, no se daban cuenta de los incidentes y continuaban desastrosamente...

Sonaron unos cuantos aplausos, pocos, poquísimos, pero muy bastantes para que los noveles e improvisados artistas emplearan unos minutos en agradecer, inclinándose, aquellas manifestaciones admirativas de los circunstantes...

Otra vez la luz inundó, veleidosa y acariciadora, la enorme oquedad que formara el coliseo; se produjo un bullicio en el que campeaban las polémicas y los gritos; el público se retiraba a los pasillos a fumar, y los estudiantes se movían alborotadores, las mejillas encendidas y los ojos cárdenos; yo conocía a muchos de vista, y con algunos, muy pocos, tenía más o menos intimidad. Allí vi a mis compañeros de infortunios patroniles, Pablo Confortes y Lucio Romero, que, como hijos de familias acomodadas, y, por lo tanto, ajenas a los resultados de los exámenes, habían acudido a saludar a los bisoños en las lides universitarias; vinieron hacia mí con marcada afectación, en la que ponían de manifiesto su alegría y contento al encontrarme.

—¡Qué grata sorpresa, amigo Castro, te creíamos en Madrid con don Miguel!

—No, regresé ayer.

—Bueno, hombre, ¿qué te parece la fiesta? Está bien organizada; después, la Brimé nos hará pasar unos ratos deliciosos. Me parece que en cuanto la veas reniegas de todo tu cerebro y te enamoras como un cadete; ya verás, tiene unos ojazos, chico, que hipnotizan .

Estas palabras, pronunciadas por Romero en los momentos en que estaba operándose la sorprendente evolución, me hicieron el efecto de un latigazo en pleno encéfalo; me dolía la cabeza, y los ojos perdían sus fulgores con inciertas miradas por los palcos y butacas.

Había ya transcurrido media hora y la impaciencia de los grandes entreactos contraía nerviosamente las faces de todos; ya no había de qué discutir, se habían agotado las conversaciones, y con la vista fija en el escenario parecían mendigar distracción y belleza; de pronto, un rumor, que heló las venas de los más indiferentes, se difundió con prodigiosa rapidez; a los cinco minutos ya todo el público se alzaba en conjunta

protesta. Se decía que la artista Lolita Brimé no podía asistir a causa de una repentina neuralgia que la había obligado a guardar cama; algunos, indignados, prorrumpían en insultos a la comisión. Los estudiantes eran los más extrañados, pero no decían una palabra; el público de los anfiteatros, que asistía a la fiesta únicamente por oír a la excelsa artista, declamaba denuestos y pedía a voz en grito la devolución de las entradas. Se oían infinidad de frases: «Después de todo, cosas de estudiantes.» «No, no puede ser, esto es una informalidad y una estafa», decía otro, y así sucesivamente las disputas crecían y se acaloraban; los más calmados predicaban tranquilidad. Nada se sabía de cierto, todo era un vulgar retraso, estaría llegando; uno se dirigió al teléfono, pero, ¡terrible casualidad!; allí no había guía y nadie se acordaba del número del de la Brimé; del público salió una voz: «¡El 182!» Se trataba de un individuo que llegaba, en el paroxismo de la admiración, a molestarla, pretextando una equivocación en la central telefónica; por eso se sabía de memoria el numerito...; hubo para él un aplauso... Se esperó unos instantes..., las facciones se dilataban en el furor de la impaciencia...; contestó, al fin, una doncella diciendo que la señorita había salido hacía unos minutos para el teatro. Al ser comunicado en triunfo este aviso que traían los aires, resonó una ovación delirante que borró las protestas y las malas caras; volvió el humor, renació el aleteante murmullo juvenil; se hacían chistes con forzados homónimos que despertaban la hilaridad de los espíritus...

Yo también participaba de la ansiedad reinante; las apologéticas frases que oía, criticando la belleza de la artista, habían logrado exacerbar mi atención. Se oyó un fuerte bocinazo en la calle que penetró en los oídos de todos, impresionándolos vivamente, era aquélla la última convulsión... Un ¡¡hurra!! prolongado vibró en la pesada atmósfera, acompañando sus refundidos ecos con sonidos secundarios y débiles...

* * *

Imaginad una rígida estatua en posición anhelante, ponedle un brillo extraño en los ojos fijos, y casi compondréis idealmente las líneas de mi cuerpo cuando, al levantarse el telón, apareció en el escenario, aún medio entre las bambalinas coloreadas, la gran artista Lolita Brimé...

Por un momento, acusé a mi vista de traidora y cruel, puesto que impresionaba en la imaginación una fúlgida llamarada que, tomando forma de mujer, se ofrecía a mi interrogación como señora que era de mis amores, de mis trastruecos inefables: la desconocida del bulevar, la que logró levantar en mi dormido corazón súbitos relampagueos, la que inició un retroceso en mis ideologías fluctuantes. Calcúlese, pues, la inenarrable sensación que recorrería mi cuerpo todo ante aquel inesperado cuadro de ideales delicias; todos mis sentidos se empapaban vorazmente de los efluvios casi torturadores que llegaban a mi butaca; no me atrevía a moverme por miedo a que mi cambio de posición borrara inflexible el dichoso cuadro...; dudaba de su veracidad real y abría aún más los ojos para convencerme de que no era un sueño, una visión más o menos agradable; no, era ella, ¡ella!

Aquellos ojos negrísimos, como azabaches, eran grifos inagotables de ardientes miradas, deseos elevadísimos; yo recogía aquellas miradas, que ella arrojaba, pródiga y dadivosa, al patio de butacas, envolviéndolas en graciosos gestos que no eran más que átomos de su hechicería profunda.

El público, extasiado, parecía enervarse por el fuego de la diosa...; las bocas entreabiertas de los espectadores y el profundísimo silencio indicaban la admiración; nadie tenía fuerzas para aplaudir, la abigarrada masa hombruna no pestañeaba; yo me envolví en un piélago de ideas y pensamientos que me mostraban a veces los bellos fines, las sublimes ilusiones...

Terminó el acto público y comenzaron los preparativos para el refrigerio noctámbulo en honor de la bella y simpática artista; el elemento estudiantil renovó alegremente sus sátiras y sus risas; en la atmósfera pesada y calurosa reinaba un ulular bullanguero que parecía infiltrar alientos extraños...

Estaba todo dispuesto; una larga mesa sobre la que descansaban, pálidas y coruscantes, las botellas y las copas, parecía rememorar los festines históricos; cada uno tomó asiento; yo me refugié, demudado y tembloroso, en un extremo; procuraba medir los alcances de aquellos sucesos, encontraba gran cantidad de impresiones hondas...

Apareció la artista, rodeábala un cortejo de estudiantes que exhibían orgullosos su amistad; ella no parecía interesarse mucho por los personajillos, y esparcía entre la concurrencia juvenil las llamas de sus ojos negros...; hubo un aplauso para la gentil actitud de Lolita, se enaltecían sus cualidades y sus afectos a la clase estudiantil, se hicieron frases rimbombantes que firmaría el mejor literato frívolo..., se recitaron poesías improvisadas...; la simpática reunión transcurría suave, alegre, melodiosa; en los corazones de todos se inició el rasgo de un recuerdo perdurable...

Menudeaban los tímidos que, no acostumbrados a extralimitaciones societarias, exteriorizaban su indiferencia o quizá su incipiente rebeldía; abundaba también la otra vena: los mundanos y casi tradicionales estudiantes que practican el galanteo con delectación y gusto. Mi retraimiento y voluntaria oscuridad obedecían a la turbación inefable que me producía la presencia de aquella mujer; representaba para mí un faro lejano revestido por diafanidades llamativas y atrayentes; era que mi espíritu se allanaba a aquellas fogosísimas presiones y admitía su internación como un fin bello y necesario; sí, era también que yo ¿por qué no decirlo? había abandonado todas mis exaltadas idealidades por adaptarme al amor aquel, y estos cambios, los remordimientos quizá, la importancia de las rápidas evoluciones, la pesadez ardiente del objeto amado..., todo ponía en mi alma lobregueces y ocultos desconciertos; pero la pasión crecía, se dilataba impetuosa por los extensos a la vez que límpidos campos de mis amores; yo no osaba detenerla, iba perdiendo hasta la sensibilidad; un encuentro de su mirada con la mía hízome el efecto convulsivo de una electrocutación..., yo percibí en aquella mirada un brillo entre asustador y hechicero, mordí los labios, no con rabia, sí con debilidad; la

mirada en cuestión me robó parte de mi sangre y partículas de mi alma..., me apoyé sobre el respaldo de la silla y miré distraído a lo alto..., me hirieron en la vista los potentes focos, la retiré otra vez y tropecé con la cortante y fija de la bella...

Esta fué más voraz, más insaciable que la anterior. Esclavizado por aquellos ojos, mi trastorno iba en aumento, temblé, mi cerebro protestaba ruidosamente y mi corazón ardía...

Me puse pálido, mi rostro adquirió la blancura marfileña de la claridad; ¿qué ocurría? Todos me miraban, traté de explicarme la causa de aquella expectación; las ideas se me atropellaban confusas, como empujadas brutalmente por aquella falange hostil; un rumor fué todo, hasta mí llegaron algunas palabras interrogantes, puse atención y:

—¿Qué te pasa, Castro? ¿Por qué no contestas?

Era Pablo Confortes quien pronunciaba estas palabras acompañándolas de un gesto burlón y altanero; quise balbucir unos vocablos que no pude articular, y la oportunidad del momento pasó..., tardé en comprender lo ocurrido, fuí un insensato, los más y los menos me llamaron idiota, algunos envidiosos, memo y tonto.

Un cosquilleo enervante recorría mi cuerpo sudoroso, quedé insensibilizado, confusas mis ideas, alejadas mis concepciones; vino Capilla a contarme todo.

—¿No te has dado cuenta? —me dijo— La Brimé preguntó quién eras.

—¡Oh, oh!... ¿De verdad? Dime, explícate, no tardes... ¿Qué dijo?

—Sólo fue eso; pareció interesarle tu aspecto melancólico y mostró interés; pero la intervención de ese cretino de Confortes convirtió la cuestión en un grifo de hilaridad.

No supe qué hablar, no quería creerlo, pero... ¡bah!... una curiosidad de fémina impertinente; me ahogaban las suposiciones, me ponía furioso mi cortedad o mi exotismo.

Ví cómo cesó la grillería de los brindis, distinguí en el semblante de la artista un gesto de cansancio...; yo seguía entre las oscuridades de los rincones, nadie hacía caso de nadie; el desorden más completo corría por el patio; uno de la comisión anunció el fin de la velada; todos se pusieron en pie; los estudiantes de la presidencia se afanaban en ofrecer su brazo a la artista, ésta parecía no darse cuenta..., buscaba constantemente en la reunión con sus dilatados ojos de cautivadora...

...Miré a los cabellos y a los ojos sanguinolentos de los compañeros...

. . . .

Me noté cogido del brazo, una voz femenina, dulcísima cual un canto seráfico, escurrió en mis oídos:

—Vamos, hombre, no sea lelo, déme el brazo y acompáñeme al auto... Con todo, es usted encantador... ¡ah, qué gracia!

La sensación fué inenarrable, impresionó las concavidades más ocultas y preciadas del nerviosismo; me embriagué de odorantes efluvios que parecían envolventes gasas ideales; no pude apreciar lo que allí pasó entonces, todo fue inconsciente, me conducía el instinto, un arranque indefinible... Los estudiantes, alborotadores e inquietos, prorrumpían en gritos y risotadas, hijas naturales de su ánimo excitado; yo me vi en el interior del auto, pudiera decirse que sin darme cuenta de ello..., únicamente percibía un vago rumor de voces callejeras; sin embargo, el trepidar del auto y la marcada esencia del aire respirable me condujeron a un estado voluptuoso, pero desconocido, que parecía invitar a cerrar los ojos y a soñar ¡qué cosa más hermosa es soñar! Lo dije alto, acaso me creía solo en un paradisíaco lugar ultraterreno; traté de recordar, de explicarme las últimas impresiones..., no pude; me lo impedieron... ¡ah!... me lo impidieron unos labios urentes que se unieron a los míos en amorosa comisura, grávida y viril...

El auto caminaba calle adelante; los faroles del gas, con su luz tenue y mortecina, daban la sensación de aquelarres en la noche... Fue superior a mis fuerzas comprensivas, y, con esa dejadez del abúlico, hacía venir a mí los acontecimientos, sin el menor atisbo escudriñador o impaciente...

Ni sé a punto fijo lo que pasó ni seguramente podría manifestarlo..., recuerdo los amplios divanes de edredón y las fragancias vegetales que imprimían a la respiración un rictus anhelante...

Fueron sucesos trágicos..., ordenaba la Naturaleza, ocupaba el sitial del trono y ceñía corona, cetro y demás atributos reales..., sería imposible el enumerar los preceptos, eran de cualidad tal que se esfumaban, enigmáticos y ensombrecidos, por laberintos innúmeros, por senderos campestres o erizados. Yo no tengo por qué citar en estas memorias las claras y naturales emociones que casi trituraron mi cuerpo con la voracidad cruel del ensañamiento. Queden esas cosas para los literatos (?) —por desgracia numerosos— más o menos anodinos, que encuentran en la sensualidad ancho campo donde desarrollar sus pornografías o sus refinamientos.

Recordé un cuento de un gran novelista ruso...; yo había vivido, o estaba viviendo, ese cuento..., Pero sucedió aún más.

Nota

(1) En el original figura «insensibizado» (nota de «N.R.»).

VIII

Gran tempestad en mi cerebro..., todo en él parecía revolución y lucha; si hubiera sido una nación o un estado diría que se estaba transformando el régimen social o ideológico, pero, teatralizada en un cerebro, no podía calificarla más que como un fuerte dolor de cabeza...; tuve que acostarme, la crueldad refinada del ataque simbolizaba un sucesivo estallido de augurados siniestros; sin duda alguna se estaba operando en mí una enfermedad espiritual —existen, sí, señor— cuyo gran impulso impresionaba los órganos físicos; siempre he temido esas evoluciones morales, que, a veces, nos imprimen un rumbo inadaptable o un giro extraordinario; son como forzados mandatos de una superioridad invisible que toca nuestra alma, y tiene contactos familiares e íntimos con nuestra potencialidad dirigidora; esto es, imposiciones de la Naturaleza sobre nuestro cerebro ciego, de las cuales no nos damos cuenta por esa misma ceguedad que exorna a nuestro atrofiamiento...

Y yo, al atribuir este origen a un imperativo ademán de la Naturaleza, me esforzaba por estudiar esas relaciones que alumbraran debidamente la interrogación de lo que representa nuestra lucha por la vida, nuestros encuentros con fatalidades monstruosas y destructoras...; nada, imposible, el dolor se hizo más agudo y se especializaba en punzadas hirientes como cuchillos. La misma fiebre, el mismo dolor, me brindaron un semisueño que fue como una gasa por donde se transparentaban horrores, enormidades, personajes sádicos, fases obscenas, acciones perversas, lujuria, refinamiento... esfumándose todas las figuras, quedando anuladas, mejor dicho, ante la presencia autoritaria, excitadora, procaz de... una mujer desnuda; mi nerviosismo dió un grito... ¡ah! era la sensualidad, era el deseo, lo que me transformaba en enfermo y loco; me lo dijo aquel icono desnudo, burlándose de mí y dibujando una sonrisa sus labios rojos; hizo una pirueta y desapareció...; el conjunto grotesco de los anulados signos simbólicos volvió a bailotear, y entre sus risotadas estridentes y sus muecas histéricas, yo desperté, con una pesadumbre y una debilidad que parecían mover mi cuerpo de un lado para otro, como si faltara la presión atmosférica que sostuviera, subordinada y fiel, a mi sangre alborotada y rebelde...

Voy a explicarme mejor. Yo, enamorado hasta los huesos de una mujer que, a la vez de artista excelsa y grande, las drogas del Progreso y del sueño la habían convertido en una enferma vulgar con visiones de neurastenia, gusté varias veces de un amor loco y carnal; mis nervios supieron de unos espasmos espoleantes, lujuriosos..., pero... ¡ay! aquello fue un capricho poco duradero que tuvo aquella mujer entregándose a mi juventud y a mi primer ardor. Yo, entonces, era casi feliz, porque los anhelos positivistas de la vida se calmaban hasta la saciedad, y la existencia se escurría, plácida, embellecida artificialmente por las rosas fragantes del amor; sí, yo era casi feliz porque mi espiritualidad, antes tan honda, parecía haberse adormecido... ¡ah, desgraciado!...

Aquellos días, transcurridos en la sórdida embriaguez del deseo cumplido, formaron en mí un estado de decaimiento a la vez que de exaltación; no hacía nada ni trabajaba en nada, me levantaba tarde y mi única ocupación era ambular por las avenidas y los parques. ¡Oh, cuando ahora pienso en ellos y no veo mas que saciedades físicas, sin un asomo de espiritualidad, casi me horrorizo, y admiro a la vez la evolución que significa

el que pueda execrarlos duramente! Aun así ¿no podría considerarse este punto de inconsciencias como un obligado motivo para un trastrueco de ideologías? He aquí un punto delicado, alrededor del cual nunca me he atrevido a hacer afirmaciones ni a dejarlo sobre la mesa; sobre él basa la actualidad de mi vida voluble y oscura...

* * *

Finalizaba Agosto, y las noches ofrecían como un aliento confortador y vivificante que atenuara los rigurosos efectos de las ensañaciones solares... Yo dormía en una habitación que tenía un balcón a la calle..., al abrir los ojos, el cambio instantáneo de luz me produjo un prolongado parpadeo hiriente, cual una frotación sólida o una inundación de gases pegajosos y salobres... El reloj de la torre cercana dió diez campanadas lentas, reposadas, cuyas ondas anhelantes llenaban los oídos de infundadas apreciaciones. ¿Cuántos no estarían pendientes de esa hora que se transparentaba desnuda, aureolada de realismo y verdad, por los tintineantes choques musicales? Y me vestí de prisa, aprisionado ya por las garras enfurecidas del calor poderoso...

Fui a casa de la Brimé..., me dirigía un molesto y extraño sueño, que había llenado de impaciencias a la lucecita que alumbraba en mi mentalidad; atravesé calles desiertas y plazas griseadas por el polvo y el calor; los raros transeúntes parecían llevados burlescamente por una influencia aterradora, tal era la composición de su cara que incitaba la hilaridad; los párpados como atacados por una sensiblería fraterna tendían a juntarse, constituyendo un obstáculo a la vista, recóndita y ensombrecida.

No me dejaron pasar: Lolita no estaba en casa. Insinué un gesto de duda y otro de rebeldía ante la consecuencia de la frase: «La señorita ha salido».

Traté de conquistarme los afectos de la doncellita: un pulido cromo esmerilado; pero no tuve éxito.

—Le digo y repito que no está; ha salido.

Yo no quería creerlo, no podía creerlo; ¿dónde iba a estar a aquellas horas? —pensé— así es que insistí a la doncella.

—Dile que soy yo, ¿no ves que estoy citado con ella?

—Pues ha salido.

De aquí no era capaz de sacar a aquella criatura, que bien merecía pasar a la historia por el símbolo de la fidelidad; no me cabían dudas de que estaba en casa, y cierta sospecha..., dio a mi figura un relieve de fiereza; la doncella debió asustarse. Yo corrí casa adentro, sin hacer caso de sus voces, que me llamaban...

Lolita me interrogó: «¿Qué quieres?»

No pronuncie palabra; parecía imposibilitarlo un vaporoso rugido que se producía dentro..., muy dentro; alcé los brazos en actitud suplicante, mis labios dijeron una palabra fatídica, mis ojos enderezaron una mirada que era una mueca trágica.

Ella se acercó más a mí; tenía los ojos muy encendidos, y el perfil de su cuerpo culebreante adoptó una posición erecta y autoritaria; parecía desafiarme su mutismo, volvió a repetir la siniestra interrogación: «¿Qué quieres?» Y añadió, poniendo un poco más de dulzura en su acento impetuoso: «Vete y no vuelvas por aquí, pobre loco.» En son de despedida eterna colocó un beso en la mejilla urente..., ¡como el primer día, la primera vez!

Reflexioné breves segundos. ¿Qué concepto había formado de mí aquella mujer?, me puse rojo. Hablé, y hablé con dureza. Inconscientemente daba a mis palabras un molde de ataque, de venganza; habíame tomado por un ser tan despreciable a quien, una vez torneado y vulgarizado por las aceradas espátulas del odioso capricho, se le arroja y se le pisotea entre risas y sarcasmos... Ella me lo dijo..., ¡y no se le cayó la lengua, oh...!

Mis palabras encendieron en su voluble corazón el farolillo del odio, pronto se convirtió en potentísimo foco que lanzara furias, exterminios, frases, insultos vergonzosos que caían sobre mis sentidos herméticos sin producirme el más leve escozor...

Yo oía todo cabizbajo, una ola de confusión barnizaba mi cuerpo, donde rebotaban las palabras y los insultos; aquella mujer se había vuelto loca, sin embargo, inicié un gesto de súplica: «¡Por Dios, Lolita!»

—¡Eh! Parece mentira que seas tan idiota que no hayas comprendido el sentido de mi pasión por ti; eras una virginidad apetecible, también las mujeres tenemos en esto nuestras sensaciones desfloradoras, ¿comprendes, cretino? Y no vacilé en vulgarizarte sensualmente, eso me debes agradecer, te he hecho hombre, ya puedes envanecerte de ser como los demás, tienes abiertos los ojos audaces de la comprensión sensual; de forma que esto ha terminado, no des lugar a que tenga que desencadenar cierto lustroso vocabulario...

Me fui, deambulé por las calles como un vagabundo, confusa la mirada, atropellado el cerebro; yo representaba el paciente que sufre el primer muerdo epiléptico de la vida,

que aspira mansamente la engañadora transparencia de los procederes rufianescos; mi figura desaliñada daba la sensación de inopia vital, de carencia armónica de la recta voluntad del vivir...

Y yo resistía las miradas —como flechazos— que clavaba la multitud indiferente en mi escuálida y torva figura de desheredado; mi frente manaba sudor y mi cuerpo todo parecía resquebrajado y molido por los zarpazos envolventes de la vida...

Sí, loco, yo tenía que estar loco, pero, ¿eran posibles, si no, mis acciones? Estaba procediendo como un insensato que se arrastra tras de sus mismas flojedades; gracias puedo dar a que en todos estos manejos no se mezcló un átomo de espiritualidad ni un rayo de fulgente luz cerebral; estas materias, estos preciosos componentes de mi yo total permanecieron soñolientos y adormecidos ante los desafueros brutales del cuerpo en llamas. ¡Ah! Los odiosos resplandores de la carne vencieron y humillaron mi razón embrionaria, fui un dominado por la influencia animal del hombre; pero... era joven; las pasiones podían mucho, adquirían un desarrollo tumultuoso y grande, mas también ese racimito de superhombría que existe en todos los seres humanos era puro en mí, aun no se habían derrocado sus impulsiones transformadoras, aun no había luchado cara a cara con los graznidos y las garras de los cuervos; y esa pureza, esa disposición heroica a la defensa lograron reducir a cenizas grises los momentos de mi desvío, de mis escudriñadores paseos por las avenidas terribles de una civilización chorreando sangre...; quizá brilló en mí un signo de optimismo, una reliquia salvadora, la arribada a un puerto feliz. Me ví ante el espejo de mi casa; una figura pálida, una cara ojerosa, un semblante ictérico, un conjunto burlesco; quise reír para ver si mis dientes blancos ponían en el cuadro un punto de reposo; todo al contrario, la caja que torneaba mi boca grande y ondulante dio un tono más siniestro a mi traje negro, que se ajustaba brutalmente al cuerpo, como si quisiera tragárselo; quise recordar aquellos momentos de mi vida en los cuales ponía los ojos en los descubrimientos felices del más allá; ahora veíame envuelto en minucias vergonzosas que se complacían en proporcionarme los más refinados tormentos...; y, al ver el absurdo hasta donde había descendido, me arrojé sobre la cama, llamando al sueño del olvido para que se encargara de borrar mi actualidad y de escribir con letras de oro los renglones de mi pasado..., los ví, sí, los ví..., relucían y tenían la cualidad magnética de atraerse la simpatía, el respeto, y hasta hacer bajar los ojos de todos los seres que comprendieran sus párrafos, sus ideas...; logré dormir, entonces logré dormir...

Al despertar al día siguiente, lo primero que acudió a mí fue un incoercible tumulto, un estruendo de voces imperativas, unas imágenes que se desbordaban; se iniciaba en mi una calurosa disputa espiritual, quería juzgarme, deseaba aclarar los extremos de aquellas emociones mías. Entró una fámula con el desayuno, la miré de pies a cabeza, debí poner hasta fiereza en mis rugidos ópticos; se obró el milagro de que desaparecieran instantáneos los nobles pensamientos que anhelaban libertarme; sí, aquella lucha que tenía por teatro mi cerebro y por espectador exaltado y nervioso mi corazón, representaría el definitivo papel de mi vida, el cónclave que resolviera sabiamente, razonadamente, el indefinible camino a seguir a través de los maraños y las selvas..., y aquello, aquello que hizo desaparecer y olvidar sus argumentos era otra maldición que se cumplía pesadamente sobre mi cuerpo lacerado o mis torturas del

espíritu... ¡Ah! Yo, para moldearme, necesitaba más fuego, y mi espíritu tendió otra vez a adormecerse, y entonces corrí al muro, a la sima..., al báratro, donde se despedazaría lo último que quedaba de mi delineación vital... corrí hacia el destino...

Llegué jadeante, envuelto en copioso sudor, que daba a mi cara un color más de muerte, más pálido, en el que a la vez brillaban rutilantes las gotitas pegajosas y extenuadoras. Encontré la puerta abierta y recorrí todas las habitaciones, me faltaba el gabinetito interior, donde la hallé recostada en una chaise-longue, fumando un cigarrillo egipcio; la despreocupación del instante y la intimidad del lugar hacía que sus ropas fuesen ligeras: un amplio y escotado kímono, adornado con dibujos orientales y recortado formando fimbrias ondulantes y sinuosas; medias de finísima seda y «coturnos» de andar por casa. La sorpresa que recibió debió ser inmensa, sus ojos negros penetraron en mi cuerpo como dos clavos incandescentes; hizo una mueca con los labios que engendraron una de aquellas sonrisas, en las que ponía toda la malignidad diabólica que encerraba su corazón, atrofiado por la hipocresía, y su cerebro, minúsculo por consunción lenta; se puso de pie, adquirió una figura gallarda de poderosa reina, y me miró, como desafiándome a que mostrara yo una arrogancia física igual...; yo no me atrevía a levantar los ojos del suelo, permanecía fatuo y como idiota, recorría mi cuerpo una exaltación nerviosa que, a veces, producíame convulsiones involuntarias... Creo que en esa posición habría estado una eternidad siempre que ella no se hubiera cansado a inundarme con sus miradas hechiceras y con los influjos embriagadores de su cuerpo, que transformaban el mío en un débil guiñapo tremolando en los aires como un objeto perdido y falto de timón para dirigirse por el mundo oscuro y cavernario...

—¡Pero, Dios mío, qué pelma!— fue la primera frase con que saludó mi presencia.

Yo balbucí unos vocablos incoherentes que desataron la furia ardorosa de aquella mujer; por primera vez ví en su rictus un algo ridiculizado y burlesco; me permití, incluso, dar acceso en mis labios a una sonrisa entre altanera y compasiva...; produjo su efecto inmediato; ví cruzar por su vista un relámpago de odio, se ensancharon sus fosas nasales en ansias de venganza contra el insulto, el terrible insulto que supone en una mujer de postín el que un adolescente se ría o se compadezca de alguna de sus excentricidades; entonces, pudo decirse que la lucha quedó planteada entre nosotros..., yo volví a reír, pero esta vez con una risa más abierta, más hiriente, más significativa... Ella se daba cuenta de mi ofensa, púsose lívida, su bello rostro se contrajo unos instantes, dejaba ver el marcado lapislázuli de sus venas contrastando con la piel tersa, blanquísima, por la cual se ramificaban; en su frente amplia se dibujó una línea oblicua que parecía un símbolo de intermitencias pensadoras; sin duda alguna imaginaba un plan o evocaba momentos felices —eso creía yo, ingenuo—, las mejillas y los labios se embellecieron sin necesidad de colorete ni cosmético; yo veía todas aquellas mudas transformaciones y no supe idear mas que serían claras muestras de arrepentimiento y de vuelta a nuestro interrumpido idilio; otra sonrisa ocupó mi boca, como una rosa de triunfo o una rosa de felicidad; sin embargo, me turbó un algo siniestro que creí adivinar en el juego fugaz de sus pupilas incesantes...

Fue una atracción reciproca la que nos obligó a juntarnos; con un regocijo bestial me acerqué a ella, estaba hermosa aún dentro del suave desaliño de la mañana, cogí una de sus manos entre las mías..., pero yo notaba una fuerza que contraatacaba mis iniciativas, y la solté, revistiéndome de frialdad y falto de entereza... ¡ah, un vago y confuso presentimiento!...

Ella pronunció unas palabras como volviéndome al verdadero camino, al campo a donde le convenía que yo me situara.

—¿Qué haces? ¿Ya no te gusto?

Era ducha en estas lides, radicaba, quizá, su ciencia y su misterio en hacer de los hombres unos peleles autómatas; por esta vez, respondieron mis acciones a sus hechicerías monstruosas.

Suavemente me arrastró hasta la chaise-longue, donde la postura voluptuosa y la embriaguez balsámica de los perfumes impusieron a mi nerviosismo un rumbo ignoto y desconocido..., todo a mis ojos aparecía envuelto en densidades elevadísimas, todo: la atmósfera respirable, el aliento ardoroso de la bella me transportaban a ultraterrenas delicias...; de pronto, yo noté algo así como un agudísimo anhelo incalmable..., me incorporé levemente y caí aprisionado por los reptileos de las lujurias más refinadas...

. . . .

Grité, me zambullí en aquel caos, oí crujir mis huesos que protestaban con sordos alaridos...

Fue un vigor extraño..., bailoteaba como un poseso..., hundía mis ojos en aquella realidad escalofriante; Lolita dormía, dormía..., su cuerpo comenzaba a enfriarse.

Salí de aquella casa, mis fuerzas decaían, tuve que subir a un coche. Contemplé idealmente las delineaciones de mi aventura: un febril delirio, la envoltura sutilísima de dulces mantos, los penachos iriscentes de la dicha... y, en el fondo, unos ojos femeninos que alumbraban con fuertes destellos las lobregueces de los cuadros más ocultos...; más al fondo aún, el misterio y las tinieblas profundas; mi cuerpo dolorido exhalaba miedo y temor...

Siempre que un individuo se encuentra arrollado por las garras de una de las derivantes de su debilidad, prorrumpe inconscientemente en frases palingenésicas, en planes rectos e inflexibles a seguir cuando la influencia, que detiene su marcha retrospectiva, corte las amarras del castigo y del dolor; yo me encontraba en ese caso cruel, con la fuerte

añadidura de que el soñoliento espíritu comenzaba su despertar iracundo, como llamado a grandes voces por la realidad del momento. ¡Y qué vergonzoso fué para mi impulso pasional la presencia cara a cara con la incipiente visualidad de mi cerebro espiritualizado! Se exteriorizaban claramente en mi rostro las inexorables acusaciones y las réplicas incontestadas, mis ojos parecían ser despojados de su brillo y lanzaban sus miradas inciertas a través de la nada.

Todavía, allá junto a las tinieblas, unos ojos femeninos me miraban..., eran los de ella; líneas undívagas formaban en su derredor un bello semblante; sin embargo, yo creía ver la raicita tentacular que engendraba venganzas y torturadores instrumentos infernales..., retiré la vista con asco, y quedó como clavada en los vértigos silenciosos de las tinieblas. ¡Oh, qué sublime la soledad y la noche!

Los tumbos que originaba el coche, a su paso por baches o insolentes adoquines, eran sobresaltos en la aparente tranquilidad que me rodeaba como una diadema de misterio. Se paró el carruaje. El fin de todo ello serían las horas interminables y pesadas en mi cuarto fraterno, luchando con los remordimientos o con las duras imposiciones del destino irónico.

Yo estuve un día, dos días, varios días en cama, tuve fiebres elevadas, y sobre todo un gran decaimiento físico. En un momento de lucidez leí el periódico..., un retrato y una noticia a dos columnas llenaron mi espíritu de horror...:

«...La bella Lolita Brimé, bien conocida en esta población, se ha suicidado en su domicilio inyectándose cierta dosis de morfina...» «Se encontraba tendida en una chaise-longue...»

«Es un suicidio extraño, aunque en parte justificado por su estado neurasténico...»

IX

Un día, al levantarme, noté cierta extraña disposición en los objetos; diríase que mis retinas adolecían de un defecto que las privara de su cualidad innata: una sutileza observativa en las impresiones, una clara visión del teatralismo circundante. Todo se me aparecía borroso, convertido en una piel cerdosa de un animal imaginario; los relieves tomaban formas alegóricas e inquietantes; a la vez que estas manifestaciones externas, ocupaba mi mente un martilleo incomprensible; no dudé un momento: se estaba operando en mí una crisis espiritual que debía respetar...

Me senté sobre una butaca y cerré los ojos; no bien hube hecho esta operación sencilla comprendí, hasta los más ínfimos detalles, la misteriosa paralización de mi vista y la preocupación latente de mi espíritu resurrecto..., me dormí otra vez y soñé larga, honda y profundamente; fue como el sueño obligado de una purificación completa. Una mirada fugaz bastó para examinar todo mi pasado. No era una nebulosa, ni mucho menos, las delineaciones aparecíanse claras, nítidas, recalcitrantes. Era una existencia duramente castigada por los impulsos hondísimos de la espiritualidad, herida por las refulgencias de un sol cercano, amamantada entre las flores del dolor y del sentimiento: flores ajadas, mustias, pálidas, que me arrojaban los eunucos de esa gran dama, de esa cautivadora insaciable que es la Vida. Después, estas flores se mezclaron, en exótica zarabanda, con los nardos que emanaban, risueños y vitales, de mi adolescencia animosa, de mi comenzar ingenuo; luego, desengaños, luchas interiores, rebeldías... y, ahora, el despertar de un sueño, de un sueño que pareció tener en un principio la virtud de enterrar con olvido la fuerza indestructible del pasado; así desperté, apoderada de mí la plena convicción de que mi yo-anterior había muerto, de que mi cuerpo era otro cuerpo, de que mi espíritu era otro espíritu, y de que mi alma, por una rara casualidad efectuada en la transmisión metempsicótica había vuelto a mí. Pero, al borrarse mi pasado, yo aparecía en las tinieblas cubierto de negruras densas, indotado de conciencia vital, carente de pensamientos que entrenaran mi espíritu o desarrollaran mi cerebro..., mas una claridad undívaga acarició mi alrededor, y mi vista se alegró con un espasmo de vida..., un peligro instintivo en esa claridad hizo que diera un tropezón como consecuencia del movimiento salvador..., la misma conciencia del peligro puso en la inteligencia un sello de raciocinio..., y fue entonces cuando los radiantes focos del pasado se abrieron balbucientes, atemorizados; desapareció aquella nostalgia que iba formando en mi nuevo ser la ausencia de impresiones remotas.

Me sentí fuerte, poderoso, viril, sobreviviendo mi enorme potencialidad a toda aquella serie de asaltos monstruosos, felinos, rugidores; tuve un gesto de orgullo, de orgullo noble, sano, limpio de ruindades. Yo, en mi resurrección, juntaba al pasado la ingente obra del soporífero que con sus desfallecimientos logró dormirme; por eso ahora, redivivo, me animaba un febril deseo de lucha y actividad.

Todas estas expansiones de lo pasado y de lo actual parecían levantarme de un precipicio, en el cual cayera por la ineluctable presión de un hecho biológico. Miré hacia adelante, hacia el futuro ideal que movería mi vida en aras de sus imposiciones; y, por último, yo me di cuenta de que sobre mis activos deberes se encontraba el de

resolver la actualidad de mis ligamientos sociales; sí, de la realidad del momento dimana, como un engendro suyo, el soplo vivificante de la acción venidera...

Por eso, inmediatamente después de vestirme, salí a la calle para personarme en la secretaría del señor Velasco; era una atmósfera gris que parpadeaba inconsciente y molesta, sulfurada por los horrores de la canícula: canícula destructora y extenuante, que llenaba los cerebros de bulliciones continuas, pesadeces adormecedoras, estados molestos...

Me recibió el señor a quien don Miguel dejó encargado de sus asuntos: un antiguo amigo a quien le habían entrado, junto con los cabellos blancos, los entusiasmos de la política y los ritmos de aquella vida azarosa. Después del saludo, sus primeras frases fueron de recriminación y de censura a mi absurdo proceder en los últimos días: «Bien se preocupa usted de darme a conocer las órdenes y las instrucciones del señor Velasco; estoy verdaderamente desorientado; de los pueblos se reciben noticias de interés, asuntos importantes, algunos dicen que procure activar las resoluciones, otros pretenden intervenciones enérgicas cerca del Gobierno civil o de la Diputación, en fin... un solemne lío; yo no me atrevía a hacer nada, y usted, que es el que sabe algo de este cotarro, se pasa bonitamente los días sin venir».

Al oír estas palabras me esforcé por contener una sonrisa que significara mi indiferencia. ¡Había cambiado tanto! Sí, en los albores de mis nuevos procederes, la vista de aquellas mesas-escritorios, donde se agolpaban las cartas y telegramas —vestidos rufianescos que tapaban otras tantas intrigas— en trágica zarabanda, me producían interiores protestas y repugnancias inacabables. Sin embargo, puse por disculpa una enfermedad traidora que me había privado unos días de conocimiento.

Comencé a ordenar papeles y a llenar de confusos antecedentes la cabeza sudorosa del buen señor; los tres escribientes que había en secretaría contestaban cartas atendiendo una breve indicación nuestra; aquello iba bien. El fiel amigo abrió al optimismo y al buen humor uno de los grifos de su vida placentera. Un fuerte trabajo continuo de cinco horas sirvió para dejar casi todo al corriente.

Fuimos a almorzar; yo sentía una gran satisfacción, que no podía nacer de lo que en mí significaba el trabajo realizado; bien podía tomarse como feliz mostranza de los caminos nuevos, de las sendas inéditas que me aguardaban febriles... Es que yo estaba libertado de todo prejuicio actual, de toda traba que originara el mal comienzo de mi nueva era. Necesariamente influyen en los derroteros de una época las tendencias, más o menos acertadas, con que finalizara la anterior. Ví entonces, muy claro, el camino que me marcaba mi entusiasmo... y estudié la forma de llegar a su realización pronta; lo primero era separarme de aquel ambiente de engaño, lo segundo sería la bella película de una vida racional, de una existencia puramente idealizada y estilizada por las facultades superiores del claro intelecto.

A la semana siguiente llegó don Miguel Velasco. Grande fue mi contento al saberlo, como si representara el encauzamiento y la norma decisiva de mi vivir incierto; lo ví aquel mismo día, estaba algo enterado «de la molicie ingenua» que había dominado en los asuntos de la secretaría. Sin embargo, no podía ocultar una interior satisfacción que se transfiguraba en líneas vacilantes sobre la faz heteróclita; además, estaba acostumbrado a hablarme con ilimitada confianza, haciéndome confidente de sus anhelos y ambiciones; era, pues, su trato conmigo una especie de amor indefinible que, generalmente, sienten los políticos por sus secretarios jóvenes e ingenuos; por eso, fue subitánea la transformación, y su rostro, que quiso en un principio ser rígido y severo, volvióse sonriente, alegre —sin afectación— optimista, espiritual, confiado en el porvenir siluetesco, franco en las intimidades bonachonas; es decir, adquirió las delineaciones del noúmeno, que representa lo que en realidad es.

En seguida comprendí que las impresiones del veraneo eran hasta satisfactorias; mis primeras palabras, después de los efusivos apretones de manos, fueron dirigidas a recordarlas y a aumentar, por lo tanto, su franca alegría.

—Parece usted muy satisfecho —le dije.

—Es para estarlo —me contestó— todo marcha muy bien; sí, sí, exigiremos soluciones inmediatas, el gobierno no resiste dos sesiones.

—Ya habrá contubernios antes de todo eso.

—Quizá, pero lo dudo, hay mucha excitación y poca tolerancia.

Yo no pude resistir y dije:

—Esta es la vergonzosa decadencia política. ¡Qué indignación! ¡Puah!

Don Miguel trató de explicarme con sofistería rebuscada y vulgar lo que él llamaba «todo un ciclo histórico».

—Mira —me dijo— las naciones están formadas mediante un primitivo «pacto social» que acuerdan las masas aborígenes; la fuerza, el empuje industrial o guerrero que pueda desarrollar ese «pacto social» constituye el poderío de la nación respectiva; de aquí provienen las diversas categorías y la natural subordinación de la pequeña potencia a la grande; ahora bien: influyen muchos medios en la formación o conjunto de influencia internacional; en eso estamos casi sometidos a la sucesión de los tiempos; la energía de un pueblo es una ley biológica; nuestro país, por ejemplo, tuvo ya su época de esplendor, de poder omnímodo, de arbitrismo internacional; después, la fatalidad,

engendrada por el inexorable hecho histórico, ha forjado la decadencia. Los hombres son hijos de su época. A los políticos de hoy les domina la cobardía, la ceguedad, la impotencia, el escepticismo...

—Bien —le interrumpí— y eso ¿por qué?

—Déjame terminar: cuando la fuerza natural de los tiempos pone sus manos sobre la rotación fría y caduca de un estado son inexplicables, y menos justificables, las causas de la decadencia.

Yo le miraba fijamente a los ojos, me parecía grotesco que un hombre como él, positivista, dotado de agudeza práctica, atribuyese nada a fuerzas naturales del tiempo y de la historia.

En fin, sería la fatalidad con sus engranajes ocultos, pero en los ciudadanos un reguero de claridad ponía el signo de la rebeldía, de la forzada subordinación; y yo digo: cuando un estado a quien la decadencia llevó a la ruina posee masas que rebullen, protestan, se agitan en la sombra acechando un descuido de las amarras crujientes, es que en ese estado existe un medio de liberación, un factor poderosísimo, una primera materia capaz de formar ese compuesto al que se ha dado en titular: proceso histórico. Pues bien, mi país era un caso análogo, sólo que una política herrumbrosa, caduca y vieja hacía las funciones de muro de contención de la ola salvadora, de imposición fatídica a la sincera idealidad ciudadana: y a esto era a lo que daría fin la historia inexorable, pese a las afirmaciones del señor Velasco, cuya voz sonaba a ultratumba milenaria. Es que sostenía el absurdo de que si bien el hecho histórico podía crear un ciclo decadente, nunca la renovación podría ya sentar su activa fuerza constructora en la nación infeliz que tuviera la desgracia de servir de escenario a aquel capricho histórico. Así se lo hice constar a don Miguel, quien no tuvo otro gesto que una frase de suyo demasiado tópico: «Eres muy literato, querido Castro».

—En efecto —traté de confirmar— lo que no es obstáculo para...

En esto, llegó una visita urgente a la que don Miguel tuvo que atender, dejándome con la palabra en la boca.

Al quedarme solo, yo, que soy bastante propenso al raciocinio conmigo mismo, no pude eludir ese sentimiento que pesa sobre mí como una incitación constante al encuentro del anhelo feliz. Sí, yo me había embriagado de literatura, había empapado toda mi facultad creadora de esencia literaria, tenía una fe grandísima en la creencia —ultraísta sin duda— de que si todos fuésemos algo literatos, lo bastante para con sinceridad escribir la novela de nuestra vida, lo profundo que haya en cada existencia arbitraria, compondríamos una sociedad mejor, en la que revoloteara sobre los cerebros de todos la opinión pura y noble que se desprendiera de las páginas espirituales y espejistas. Un

sueño era esta idea, una lucubración caprichosa de alma exaltada parecería en las esferas mundanas y en los nidos monopolizadores del interés societario. Mi fervor por la literatura me había llevado en los últimos días a delirios en los que retembabla, como un grito que de ellos saliera, el ansia noble de ver impresos y diseminados los brotes innúmeros y las cadencias rítmicas de todo un carácter propagandista, diluidor de pensamientos y emociones: el gesto literario. Me parecían insuficientes, como seres aprisionados que eran, los ensayos que publicaba en el periódico; imaginaba grandes tomos, interminables volúmenes en los que vibrara con el dinamismo novelesco la esencia de una sincera ideología; a veces soñaba, no otra cosa que sueños eran aquellas páginas de poesía incandescente, de estatismo escultural, que escribía en los pedestales escabrosos de la vida realista; creía ser inagotable la fuente de donde sorbería el elixir que alimentara mis fuerzas literarias. Como primera medida tomé la de trasladarme a Madrid, punto donde se forjarían los inmensos aceros que constituían la caparazón de mi fuerza visualista e interna. Ahora bien, la vida madrileña resultaba bastante gravosa para mi bolsillo indigente. Pensé escribir a mi tío Fabio exponiéndole la situación, pero no lo llegué a realizar. Don Miguel Velasco, jefe liberal de la provincia y ministrable, lo había de resolver todo con su influencia política, que equivalía a decir: poder omnímodo sobre todo.

* * *

Se lo hice notar a los pocos días; con inflexible locuacidad fui exponiendo mis planes futuros, mis sueños de novelista y escritor, la imposibilidad de adaptarme al azaroso vivir político; mi sentir individual prefería la calma espiritualizada de las embriagueces literarias, de los reposos plácidos y evocadores —a veces convertidos en simpáticas turbulencias— de un continuo forcejeo con las interrogaciones ceceantes. Don Miguel asentía con la cabeza a los pensamientos expresados con mis frases resueltas, y, al llegar al punto de mi sostén en Madrid, no vaciló un instante en ofrecerme algún destino oficinesco.

Hubo un momento en que ambos dejamos de hablar, en nuestro fondo pudiera decirse que se movía un desconocido aleteo: yo pensaba en mis descubrimientos futuros, en los que alternaría la emoción artística con mi temperamento apropiado a sus fulgencias e impresiones; el señor Velasco veía derruirse el castillo de cartón que había construído alrededor del que él creía un gran carácter político; por eso, un poco tembloroso, insistió sobre su punto de vista.

—Mira, Antonio —me decía— no encalles en esos parajes a donde quieres dirigirte, mejor sería...

—No, no, don Miguel —exclamé—, es una fuerza natural la que me impulsa, mi deber es respetarla para que pueda convertirse pronto en una solidez ideológica. El arte hecho ideas, ¡habrá cosa más atrayente! Es lo que yo persigo, sin influencia de nadie, procurando no arrastrarme por los cauces del ambiente, formar una literatura idealista, pero de un idealismo interno, repleto de poder creador, capaz algún día de apoderarse

del timón colectivo. ¿No es esto política espiritual? Y la fuerza poderosa de mi alma joven hará que se realicen estas aspiraciones, aunque para ello tenga que comprometer mi vida terrena en la demanda; le recordaré, querido don Miguel, una frase sublime de Nietzsche, el maestro de filósofos: «Amo al que quiere crear algo superior a él y sucumbe».

En la frente del señor Velasco pudo leerse su escepticismo y quizá el dolor que le producían mis manifestaciones.

Yo, convertido por obra y gracia de mi ardor literario en un adalid de la aspiración colectiva, procuré desde aquel mismo momento iniciar la formación definitiva del sentir crítico, encauzando definitivamente mi cerebro al logro de lo que siempre fue en mi un anhelo, el supremo anhelo...

En mi imaginación pintóse un cuadro horrendo: furias, desnudos, martirios incesantes..., ¡cerré los ojos y recordé!

Debilidad general en mi cuerpo, intensísima, como secuela de exterminios o de crujientes castigos; ridículas las descripciones del Dante, en presencia de aquellos desvaríos: sapos, reptiles, la Naturaleza enloquecida y furiosa...

...Pero, ¿qué es esto? ¡Oh, horror de los horrores!..., pasó la muerte..., soy un redivivo..., destruiré prejuicios..., mi paso será el símbolo de un renaciente poder humano... ¡¡Arriba mi cuerpo pisoteado por la bestia!!

Una voz terrible, voz sedienta: «Escribe pronto, escribe..., ¡maldición eterna para la gusanería!..., rompe tu envoltura y mata..., destruye inutilidades...»

IX

Un día, al levantarme, noté cierta extraña disposición en los objetos; diríase que mis retinas adolecían de un defecto que las privara de su cualidad innata: una sutileza observativa en las impresiones, una clara visión del teatralismo circundante. Todo se me aparecía borroso, convertido en una piel cerdosa de un animal imaginario; los relieves tomaban formas alegóricas e inquietantes; a la vez que estas manifestaciones externas, ocupaba mi mente un martilleo incomprensible; no dudé un momento: se estaba operando en mí una crisis espiritual que debía respetar...

Me senté sobre una butaca y cerré los ojos; no bien hube hecho esta operación sencilla comprendí, hasta los más ínfimos detalles, la misteriosa paralización de mi vista y la preocupación latente de mi espíritu resurrecto..., me dormí otra vez y soñé larga, honda y profundamente; fue como el sueño obligado de una purificación completa. Una mirada fugaz bastó para examinar todo mi pasado. No era una nebulosa, ni mucho menos, las delineaciones aparecíanse claras, nítidas, recalcitrantes. Era una existencia duramente castigada por los impulsos hondísimos de la espiritualidad, herida por las refulgencias de un sol cercano, amamantada entre las flores del dolor y del sentimiento: flores ajadas, mustias, pálidas, que me arrojaban los eunucos de esa gran dama, de esa cautivadora insaciable que es la Vida. Después, estas flores se mezclaron, en exótica zarabanda, con los nardos que emanaban, risueños y vitales, de mi adolescencia animosa, de mi comenzar ingenuo; luego, desengaños, luchas interiores, rebeldías... y, ahora, el despertar de un sueño, de un sueño que pareció tener en un principio la virtud de enterrar con olvido la fuerza indestructible del pasado; así desperté, apoderada de mí la plena convicción de que mi yo-anterior había muerto, de que mi cuerpo era otro cuerpo, de que mi espíritu era otro espíritu, y de que mi alma, por una rara casualidad efectuada en la transmisión metempsicótica había vuelto a mí. Pero, al borrarse mi pasado, yo aparecía en las tinieblas cubierto de negruras densas, indotado de conciencia vital, carente de pensamientos que entrenaran mi espíritu o desarrollaran mi cerebro..., mas una claridad undívaga acarició mi alrededor, y mi vista se alegró con un espasmo de vida..., un peligro instintivo en esa claridad hizo que diera un tropezón como consecuencia del movimiento salvador..., la misma conciencia del peligro puso en la inteligencia un sello de raciocinio..., y fue entonces cuando los radiantes focos del pasado se abrieron balbucientes, atemorizados; desapareció aquella nostalgia que iba formando en mi nuevo ser la ausencia de impresiones remotas.

Me sentí fuerte, poderoso, viril, sobreviviendo mi enorme potencialidad a toda aquella serie de asaltos monstruosos, felinos, rugidores; tuve un gesto de orgullo, de orgullo noble, sano, limpio de ruindades. Yo, en mi resurrección, juntaba al pasado la ingente obra del soporífero que con sus desfallecimientos logró dormirme; por eso ahora, redivivo, me animaba un febril deseo de lucha y actividad.

Todas estas expansiones de lo pasado y de lo actual parecían levantarme de un precipicio, en el cual cayera por la ineluctable presión de un hecho biológico. Miré hacia adelante, hacia el futuro ideal que movería mi vida en aras de sus imposiciones; y, por último, yo me di cuenta de que sobre mis activos deberes se encontraba el de

resolver la actualidad de mis ligamientos sociales; sí, de la realidad del momento dimana, como un engendro suyo, el soplo vivificante de la acción venidera...

Por eso, inmediatamente después de vestirme, salí a la calle para personarme en la secretaría del señor Velasco; era una atmósfera gris que parpadeaba inconsciente y molesta, sulfurada por los horrores de la canícula: canícula destructora y extenuante, que llenaba los cerebros de bulliciones continuas, pesadeces adormecedoras, estados molestos...

Me recibió el señor a quien don Miguel dejó encargado de sus asuntos: un antiguo amigo a quien le habían entrado, junto con los cabellos blancos, los entusiasmos de la política y los ritmos de aquella vida azarosa. Después del saludo, sus primeras frases fueron de recriminación y de censura a mi absurdo proceder en los últimos días: «Bien se preocupa usted de darme a conocer las órdenes y las instrucciones del señor Velasco; estoy verdaderamente desorientado; de los pueblos se reciben noticias de interés, asuntos importantes, algunos dicen que procure activar las resoluciones, otros pretenden intervenciones enérgicas cerca del Gobierno civil o de la Diputación, en fin... un solemne lío; yo no me atrevía a hacer nada, y usted, que es el que sabe algo de este cotarro, se pasa bonitamente los días sin venir».

Al oír estas palabras me esforcé por contener una sonrisa que significara mi indiferencia. ¡Había cambiado tanto! Sí, en los albores de mis nuevos procederes, la vista de aquellas mesas-escritorios, donde se agolpaban las cartas y telegramas —vestidos rufianescos que tapaban otras tantas intrigas— en trágica zarabanda, me producían interiores protestas y repugnancias inacabables. Sin embargo, puse por disculpa una enfermedad traidora que me había privado unos días de conocimiento.

Comencé a ordenar papeles y a llenar de confusos antecedentes la cabeza sudorosa del buen señor; los tres escribientes que había en secretaría contestaban cartas atendiendo una breve indicación nuestra; aquello iba bien. El fiel amigo abrió al optimismo y al buen humor uno de los grifos de su vida placentera. Un fuerte trabajo continuo de cinco horas sirvió para dejar casi todo al corriente.

Fuimos a almorzar; yo sentía una gran satisfacción, que no podía nacer de lo que en mí significaba el trabajo realizado; bien podía tomarse como feliz mostranza de los caminos nuevos, de las sendas inéditas que me aguardaban febriles... Es que yo estaba libertado de todo prejuicio actual, de toda traba que originara el mal comienzo de mi nueva era. Necesariamente influyen en los derroteros de una época las tendencias, más o menos acertadas, con que finalizara la anterior. Ví entonces, muy claro, el camino que me marcaba mi entusiasmo... y estudié la forma de llegar a su realización pronta; lo primero era separarme de aquel ambiente de engaño, lo segundo sería la bella película de una vida racional, de una existencia puramente idealizada y estilizada por las facultades superiores del claro intelecto.

A la semana siguiente llegó don Miguel Velasco. Grande fue mi contento al saberlo, como si representara el encauzamiento y la norma decisiva de mi vivir incierto; lo ví aquel mismo día, estaba algo enterado «de la molicie ingenua» que había dominado en los asuntos de la secretaría. Sin embargo, no podía ocultar una interior satisfacción que se transfiguraba en líneas vacilantes sobre la faz heteróclita; además, estaba acostumbrado a hablarme con ilimitada confianza, haciéndome confidente de sus anhelos y ambiciones; era, pues, su trato conmigo una especie de amor indefinible que, generalmente, sienten los políticos por sus secretarios jóvenes e ingenuos; por eso, fue subitánea la transformación, y su rostro, que quiso en un principio ser rígido y severo, volvióse sonriente, alegre —sin afectación— optimista, espiritual, confiado en el porvenir siluetesco, franco en las intimidades bonachonas; es decir, adquirió las delineaciones del noúmeno, que representa lo que en realidad es.

En seguida comprendí que las impresiones del veraneo eran hasta satisfactorias; mis primeras palabras, después de los efusivos apretones de manos, fueron dirigidas a recordarlas y a aumentar, por lo tanto, su franca alegría.

—Parece usted muy satisfecho —le dije.

—Es para estarlo —me contestó— todo marcha muy bien; sí, sí, exigiremos soluciones inmediatas, el gobierno no resiste dos sesiones.

—Ya habrá contubernios antes de todo eso.

—Quizá, pero lo dudo, hay mucha excitación y poca tolerancia.

Yo no pude resistir y dije:

—Esta es la vergonzosa decadencia política. ¡Qué indignación! ¡Puah!

Don Miguel trató de explicarme con sofistería rebuscada y vulgar lo que él llamaba «todo un ciclo histórico».

—Mira —me dijo— las naciones están formadas mediante un primitivo «pacto social» que acuerdan las masas aborígenes; la fuerza, el empuje industrial o guerrero que pueda desarrollar ese «pacto social» constituye el poderío de la nación respectiva; de aquí provienen las diversas categorías y la natural subordinación de la pequeña potencia a la grande; ahora bien: influyen muchos medios en la formación o conjunto de influencia internacional; en eso estamos casi sometidos a la sucesión de los tiempos; la energía de un pueblo es una ley biológica; nuestro país, por ejemplo, tuvo ya su época de esplendor, de poder omnímodo, de arbitrismo internacional; después, la fatalidad,

engendrada por el inexorable hecho histórico, ha forjado la decadencia. Los hombres son hijos de su época. A los políticos de hoy les domina la cobardía, la ceguedad, la impotencia, el escepticismo...

—Bien —le interrumpí— y eso ¿por qué?

—Déjame terminar: cuando la fuerza natural de los tiempos pone sus manos sobre la rotación fría y caduca de un estado son inexplicables, y menos justificables, las causas de la decadencia.

Yo le miraba fijamente a los ojos, me parecía grotesco que un hombre como él, positivista, dotado de agudeza práctica, atribuyese nada a fuerzas naturales del tiempo y de la historia.

En fin, sería la fatalidad con sus engranajes ocultos, pero en los ciudadanos un reguero de claridad ponía el signo de la rebeldía, de la forzada subordinación; y yo digo: cuando un estado a quien la decadencia llevó a la ruina posee masas que rebullen, protestan, se agitan en la sombra acechando un descuido de las amarras crujientes, es que en ese estado existe un medio de liberación, un factor poderosísimo, una primera materia capaz de formar ese compuesto al que se ha dado en titular: proceso histórico. Pues bien, mi país era un caso análogo, sólo que una política herrumbrosa, caduca y vieja hacía las funciones de muro de contención de la ola salvadora, de imposición fatídica a la sincera idealidad ciudadana: y a esto era a lo que daría fin la historia inexorable, pese a las afirmaciones del señor Velasco, cuya voz sonaba a ultratumba milenaria. Es que sostenía el absurdo de que si bien el hecho histórico podía crear un ciclo decadente, nunca la renovación podría ya sentar su activa fuerza constructora en la nación infeliz que tuviera la desgracia de servir de escenario a aquel capricho histórico. Así se lo hice constar a don Miguel, quien no tuvo otro gesto que una frase de suyo demasiado tópico: «Eres muy literato, querido Castro».

—En efecto —traté de confirmar— lo que no es obstáculo para...

En esto, llegó una visita urgente a la que don Miguel tuvo que atender, dejándome con la palabra en la boca.

Al quedarme solo, yo, que soy bastante propenso al raciocinio conmigo mismo, no pude eludir ese sentimiento que pesa sobre mí como una incitación constante al encuentro del anhelo feliz. Sí, yo me había embriagado de literatura, había empapado toda mi facultad creadora de esencia literaria, tenía una fe grandísima en la creencia —ultraísta sin duda— de que si todos fuésemos algo literatos, lo bastante para con sinceridad escribir la novela de nuestra vida, lo profundo que haya en cada existencia arbitraria, compondríamos una sociedad mejor, en la que revoloteara sobre los cerebros de todos la opinión pura y noble que se desprendiera de las páginas espirituales y espejistas. Un

sueño era esta idea, una lucubración caprichosa de alma exaltada parecería en las esferas mundanas y en los nidos monopolizadores del interés societario. Mi fervor por la literatura me había llevado en los últimos días a delirios en los que retembabla, como un grito que de ellos saliera, el ansia noble de ver impresos y diseminados los brotes innúmeros y las cadencias rítmicas de todo un carácter propagandista, diluidor de pensamientos y emociones: el gesto literario. Me parecían insuficientes, como seres aprisionados que eran, los ensayos que publicaba en el periódico; imaginaba grandes tomos, interminables volúmenes en los que vibrara con el dinamismo novelesco la esencia de una sincera ideología; a veces soñaba, no otra cosa que sueños eran aquellas páginas de poesía incandescente, de estatismo escultural, que escribía en los pedestales escabrosos de la vida realista; creía ser inagotable la fuente de donde sorbería el elixir que alimentara mis fuerzas literarias. Como primera medida tomé la de trasladarme a Madrid, punto donde se forjarían los inmensos aceros que constituían la caparazón de mi fuerza visualista e interna. Ahora bien, la vida madrileña resultaba bastante gravosa para mi bolsillo indigente. Pensé escribir a mi tío Fabio exponiéndole la situación, pero no lo llegué a realizar. Don Miguel Velasco, jefe liberal de la provincia y ministrable, lo había de resolver todo con su influencia política, que equivalía a decir: poder omnímodo sobre todo.

* * *

Se lo hice notar a los pocos días; con inflexible locuacidad fui exponiendo mis planes futuros, mis sueños de novelista y escritor, la imposibilidad de adaptarme al azaroso vivir político; mi sentir individual prefería la calma espiritualizada de las embriagueces literarias, de los reposos plácidos y evocadores —a veces convertidos en simpáticas turbulencias— de un continuo forcejeo con las interrogaciones ceceantes. Don Miguel asentía con la cabeza a los pensamientos expresados con mis frases resueltas, y, al llegar al punto de mi sostén en Madrid, no vaciló un instante en ofrecerme algún destino oficinesco.

Hubo un momento en que ambos dejamos de hablar, en nuestro fondo pudiera decirse que se movía un desconocido aleteo: yo pensaba en mis descubrimientos futuros, en los que alternaría la emoción artística con mi temperamento apropiado a sus fulgencias e impresiones; el señor Velasco veía derruirse el castillo de cartón que había construído alrededor del que él creía un gran carácter político; por eso, un poco tembloroso, insistió sobre su punto de vista.

—Mira, Antonio —me decía— no encalles en esos parajes a donde quieres dirigirte, mejor sería...

—No, no, don Miguel —exclamé—, es una fuerza natural la que me impulsa, mi deber es respetarla para que pueda convertirse pronto en una solidez ideológica. El arte hecho ideas, ¡habrá cosa más atrayente! Es lo que yo persigo, sin influencia de nadie, procurando no arrastrarme por los cauces del ambiente, formar una literatura idealista, pero de un idealismo interno, repleto de poder creador, capaz algún día de apoderarse

del timón colectivo. ¿No es esto política espiritual? Y la fuerza poderosa de mi alma joven hará que se realicen estas aspiraciones, aunque para ello tenga que comprometer mi vida terrena en la demanda; le recordaré, querido don Miguel, una frase sublime de Nietzsche, el maestro de filósofos: «Amo al que quiere crear algo superior a él y sucumbe».

En la frente del señor Velasco pudo leerse su escepticismo y quizá el dolor que le producían mis manifestaciones.

Yo, convertido por obra y gracia de mi ardor literario en un adalid de la aspiración colectiva, procuré desde aquel mismo momento iniciar la formación definitiva del sentir crítico, encauzando definitivamente mi cerebro al logro de lo que siempre fue en mi un anhelo, el supremo anhelo...

En mi imaginación pintóse un cuadro horrendo: furias, desnudos, martirios incesantes..., ¡cerré los ojos y recordé!

Debilidad general en mi cuerpo, intensísima, como secuela de exterminios o de crujientes castigos; ridículas las descripciones del Dante, en presencia de aquellos desvaríos: sapos, reptiles, la Naturaleza enloquecida y furiosa...

...Pero, ¿qué es esto? ¡Oh, horror de los horrores!..., pasó la muerte..., soy un redivivo..., destruiré prejuicios..., mi paso será el símbolo de un renaciente poder humano... ¡¡Arriba mi cuerpo pisoteado por la bestia!!

Una voz terrible, voz sedienta: «Escribe pronto, escribe..., ¡maldición eterna para la gusanería!..., rompe tu envoltura y mata..., destruye inutilidades...»

PARTE III

I

Estábamos en un apartado café de los barrios antiguos. Bohemios, tratantes, y, de vez en vez, alguna que otra meretriz barata llenaban a medias los mugrientos divanes, o se congregaban alrededor de los veladores céntricos; reinaba en todos los semblantes una alegría harto diferente en cada grupo: Era la de los bohemios una alegría humorística, adornada a veces por andrajos artísticos, alusiva a la situación indigente o a los sueños que todas las noches brotaban en los cerebros cansados y en las imaginaciones estilizadas hasta el dolor. La que se dibujaba en los tratantes y carreteros provincianos era una alegría burda y ojerosa, alegría corporal, simbolizada en un grueso puro y en las copas de ron que parecían bailotear sobre los mármoles macilentos y sucios. Quedaba, por fin, la alegría pintarrajeada y hermética de la mujer pública; eran de ver los gestos grotescos y las miradas impúdicamente idiotas que engendraba la alegría de aquellas pobres vendedoras de placer; los bohemios las enviaban, de vez en cuando, frasecitas bien hechas, o componían estrofas que dedicaban dadivosos a sus hermanas —hermanas antípodas— las rameras. Es verdad, estos bohemios, rodeados de humorada artística y espiritual, serían capaces de dar por dos pesetas jirones de su arte, envolturas de su alma inspirada, todo, en fin, cuanto poseyeran de sublime, por un plato regularmente condimentado, por una prenda ramplona, o por una hora de placer en uno de sus delirios eróticos. Su crimen, su pecado al obrar así, es infinitamente más grave que el de Esaú, que el de las rameras mismas, pues éstas ofrecen piltrafas y deshacen un cuerpo de suyo nauseabundo, y ellos materializan la espiritualidad...

Estábamos en este café —que era el Ventolero— mi amigo Alberto Pineda y yo, recostados sobre los respaldos malolientes e inundando nuestra vista de humo pesado y vapor elevadísimo. Nos reuníamos allí todas las noches, donde planeábamos nuestros trabajos y hacíamos balance cotidiano de la formación artística. Ahora permanecíamos mudos, llenando de recuerdos abismadores las cavernas del espíritu...

Hacía un mes que estaba yo en Madrid. A los pocos días de llegar, paseando por la calle de Alcalá, me encontré con Pineda, mi compañero de estudios en el colegio jesuítico, a quien no había vuelto a ver desde entonces; nos reconocimos y nos saludamos con efusión.

—¿Y qué haces aquí?—, le pregunté.

—Chico, el arte, bien recordarás que me moría por la pintura; soy alumno de la Academia de San Fernando, ahora salgo de la clase de colorido y luz. ¿Y tú? No sé qué me dijeron de que escribías...

—Sí —le contesté—; mi espíritu arde de extrañas inquietudes, que procuro apagar depositando su fuego en cuartillas y cuartillas; aspiro a ser algo..., mucho, en literatura. Ya veremos.

Sentíamos ambos esa fraternidad comprensiva que emana de dos temperamentos sugestionados por la lucecita arrolladora del arte. Desde aquel día del encuentro nos veíamos todas las noches en el «Ventolero», lugar donde nuestras imaginaciones daban cima a los pensamientos que, de vez en cuando, aparecían humanizados en las comisuras de los labios. Pineda, imbuído de ideas pictóricas, exponía semejanzas, paralelajes, trataba de estilizar ideas comparativas, casi señalaba la ruta de la emoción artística, estudiando su ciclo formativo, su período ingénito: «¿Debe ser el Arte una cosa tan propia del artista, que éste, al producirlo, se limite a abrir su alma, su corazón, su cerebro, en fin, el órgano donde acapare las concepciones bellas, o debe estilizar las impulsiones naturales que se sucedan con los influjos poderosos de los tiempos pasados, de las indudables presiones contemporáneas, o, más simplemente, debe buscar el órgano estilizador en la parte profana (1) de la sociedad, con objeto de seguir un muy posible anhelo de completa adaptación?»

—Hombre, sí —contestaba yo—, son muy complejas las derivaciones del Arte, algunas quizá exijan un apartamiento influencial, necesario para mostrar la belleza aureolada de una independencia, simpática al artista; muy bien, pero ya verías como ese arte —que no parece una cosa creada, sino un legado que hizo la Fuerza ignota—, rebajaría totalmente al artista, considerándolo como un objeto mecánico, provisto de engranajes, válvulas y demás cachivaches necesarios para dar salida a la humorada sublime; por otro lado, se consideraría al Arte una producción inconsciente, rutinaria, salida al azar de un alma, hueca de entusiasmos propios; ya sabes que hoy las cosas se aprecian según quien las produce, y para esta sociedad que no comprende, la diferencia entre lo artístico y lo grotesco iba a ser bien poca; también pudiera suceder que le dieran un sentido diferente, es decir, que vieran esa formación con sensibilidad...

—Religiosa— me interrumpió Pineda.

—Eso es; el espíritu humano, muy propenso al misticismo, tardaría muy poco en apreciar en el Arte una mano divina, un origen teosófico. Y sería fatal, querido Pineda, sería fatal... ¡¡el Arte hecho Religión!! No cabe mayor desvarío, moriría definitivamente la emoción artística, y una humanidad que no sienta esa emoción... se derrumba, se hunde, desaparece...

—Es un buen razonamiento, creo lo mismo —dijo mi amigo—; pero sigue con los puntos restantes.

—Primeramente, creo vislumbrar en el sentido global de tu interrogación todo el misterio del Arte, es más, encierra su historia formativa, la definición completa para estudiar sus fulgores..., mira...

En esto, entró en el café un individuo que se dirigió a saludar a Pineda. Fui presentado a él: Antonio de Castro..., Luis Ormaitegui...

—Simpatizaréis —exclamó Pineda—, la literatura os une a ambos.

Miré al nuevo amigo. Era de una estatura mediana, joven, flexible, mirada expresiva y simpática, vestía traje negro y sombrero de ala ancha. Al oír las palabras de Pineda nos miramos de nuevo y cambiamos unas frases; era redactor de una revista gráfica y había publicado varias novelas cortas.

Simpatizamos, en efecto, aunque desde un principio pude notar la imposibilidad de intimar demasiado; nos distanciaba grandemente la visión que cada uno poseía del arte literario. Como yo llevo siempre conmigo el insaciable temperamento de la polémica cordial, de la ineludible discusión, a los pocos minutos tuve la suerte de saciar mi espíritu inquieto o de lanzar una vez más la flor de mi idealidad literaria. Pineda, al hacer un muy respetable panegírico del arte pictórico en general, tuvo para la literatura unas palabras que, estando muy de acuerdo con las corrientes actuales, me incitaron a hablar.

—Pero, ¿te has fijado bien, querido Pineda? —le dije—. En este mundo todo es literatura o dimana de ella; sus frases forman espíritus, estilizan y concretan debidamente los anhelos humanos; ahora bien, la literatura, en su acepción particular, la cultivan hombres, personas humanas, está, pues, sujeta a variaciones que alteren considerablemente su vigor ético o su impresionabilidad espiritual. Hoy, por desgracia, atravesamos un ciclo decadente, estamos presenciando la ruina definitiva de la novela, género el más adecuado para inyectar en los lectores un ideario; del teatro no hablemos; la filosofía —el género literario más superior— no existe; únicamente se va desarrollando con cierto vigor el ensayo, pero bien poco cabe esperar de él, las impresiones que produce son esporádicas, se esfuman fácilmente en el roce ineluctable que tienen con el azaroso vivir cotidiano; los ensayos se leen en el café, en el tranvía, en el paseo, de sobremesa, etc., etc.; no se puede revestir su lectura con el debido cuidado cerebral, carece de continuidad y fuerza de argumentación superior, trata las cuestiones de ligera, dándole, no la extensión que quisiera el escritor, sino la señalada de antemano en el fondo de un periódico, de una revista. Pero, vean ustedes, con atravesar la novela una época decadente se cultiva mucho, muchísimo, alcanzan tiradas fabulosas que parecerían inverosímiles hace cuarenta años; sin embargo, yo sigo diciendo: «La novela decae, decae y morirá.»

—¿En qué lo funda usted? —me preguntó Ormaitegui.

—Pues en varias causas —le contesté—. Una de ellas, quizá la más importante, es su matiz puramente instrumental, productor de amenidad más o menos vaga, de emociones

más o menos truculentas. Fuera de unos cuantos novelistas que quisieron marcar a sus producciones un rumbo y un cauce más profundo y estilizador, todos los demás son creadores de un género ínfimo; muy lejano del límite a que debe llegar la novela. Claro que esto, señor, no quiere decir nada, yo podré estar equivocado. Fíjese bien en estas admirables palabras de Amiel: «Lo útil sustituirá a lo bello, la industria al arte, la aritmética a la poesía.» Encierran toda una profecía hiperbórea, crujiente, dicha por Amiel en uno de sus momentos de indudable escepticismo; pero ha acertado, sí, el mundo se industrializa y el arte desaparece, no le dé usted vueltas, todo será causa de un mortífero ciclo decadente. Yo les hablaré, como lo voy haciendo, de la novela; sus lectores serán cada vez más profanos, llegará día, quizá, en que los únicos que las lean sean esos mismos industrializadores encargados de mecanizar el mundo, de formar con él una masa uniforme, donde todo se repita con recalcitrante fatuidad. Sería el caos, vamos, sería el caos...

—Hombre —repuso Ormaitegui— si llegara ese estado de cosas, yo haría una literatura muy de acuerdo con sus modales; los hombres seguirían leyendo...

—Yo —interrumpió Pineda— pintaría cuadros para adornar talleres o para anunciar industrias; después de todo, seguiría viendo en esos cuadros la mano del arte y de la estética.

—Yo no escribiría nada —repuse—. Tienen ustedes muy buen humor.

—Y usted, a su vez, es demasiado sombrío —dijo Ormaitegui.

—Quizá —le contesté.

—Diríase que un inadaptado.

—Puede ser —dije con visible enojo.

—Por eso no se moleste. Nietzsche se encantaría cuando lo llamaran solitario.

—Piensa usted mal si cree que me he enfadado yo no me enfado nunca.

—Bueno, a ver qué pasa —dijo Pineda— parece que os vais a tirar los vasos a la cabeza.

—¿Le gusta la producción teatral? —me preguntó Ormaitegui, como dispuesto a sondear mis aficiones.

—Sí y no.

—¿Cómo puede ser eso?

—Pues muy sencillo; vea usted: me encantan, me fascinan, admiro con toda mi alma las tragedias, lo dramas y hasta las comedias con visos profundos; odio las bufonadas de los sainetes y de los juguetes cómicos; soy indiferente a las comedias y a las zarzuelas, y pisotearía todas las revistas, exhibiciones, operetas de mala muerte...

—Es usted bien particular.

—Sí, pero mi particularidad nace de una bien definida ideología.

—No lo dudo, vuelvo a repetirle que es usted un inadaptado, y le profetizo que será siempre un incomprendido.

—Lo sé.

—¿Y no lo teme?

—No, lo considero como una de las armas que esgrime la Vida contra mí.

—¿Y de dónde proviene ese odio a lo cómico, a lo que en muchas ocasiones distrae a los espíritus? Usted no dudará que en la psicología del individuo entran de lleno todos esos accidentes; muchas veces en la vida queremos reír, porque es un medio de combatir la melancolía, la roedora nostalgia; hacen falta risas, impresiones cómicas; por otro lado, el arte es belleza, la belleza debe resultar agradable a los ojos del alma...

—Dice usted bien, a los ojos del alma, pero, ¿es que las risas llegan al alma? Tienen cierta relación espiritual, pero únicamente de dependencia de un estado del alma; nunca las risas influirán para nada en este estado. Yo, querido amigo, odio la risa fisiológica, me sabe a un sonido gutural de mono retozón, me excita hasta el punto de producirme dolor de nervios. Ya que viene a propósito, le referiré unas frasecitas que oí no ha muchas noches en el teatro a dos señores que ocupaban butacas a mi lado; se representaba la obra cumbre de Shakespeare, Hamlet; como es natural, todo el mundo se encontraba empequeñecido ante la genial producción; en esto, uno de ellos dijo al otro durante un entreacto: «Chico, cuando veo una de estas grandes y profundas tragedias me dan ganas de abandonar mis sainetes, reconozco la superioridad de este género». «Yo

no, respondió el otro, ¿por qué ha de ser más importante el arte que hace llorar que el arte que hace reír? Es más, si hay diferencia es a favor de éste». Cuando oí estas palabras no pude menos de exclamar para mi interior: ¡Qué mediocridad! Aquí está el error, respetable amigo, aquí está el error. ¿Por qué ha de hacer llorar una profunda tragedia? El llorar es para mí, por lo menos, tan odioso como el reír; las dos funciones son engendros de espíritus desequilibrados; no hay razón para llorar ni para reír, en ningún caso debe ser justificado el llanto ni la risa. La tragedia, el drama, son seriedad, conmoción de pasiones, espejos fieles de una situación del alma, por eso, y nada más que por eso, la impresión que produce se hermana con los anhelos del espíritu, forma parte de él, se le hace simpática...

—Lo he comprendido, señor —repuso Ormaitegui.

Nos despedimos, quedamos en vernos pronto; si no habíamos simpatizado, la curiosidad de estudiarnos el uno al otro nos uniría.

Era ya muy tarde, las tres de la mañana; las calles, angostas y torcidas, semejaban un culebreo incesante...; la farolilla de un sereno fulgía allá en el fondo...; se oyó una risa de mujer y una carcajada seca y profunda de hombre...; a mi espíritu le atormentaban grandes inquietudes.

Nota

(1) Al Arte, se entiende.

II

Un mes llevaba en la urbe madrileña; todo mi ser se había templado con furor en cruentas luchas con el expansionismo espiritual... Era un día frío de invierno. Me dirigía al Ateneo, donde diariamente asistía a un cursillo de lenguas, el idioma de Hegel me traía intrigado. Dos cartas me entregó el cancerbero; una era de mi inolvidable amigo Capilla, y la otra era de mis tíos, ¡¡mis célebres tíos!! Leí primero la del cariñoso amigo, que seguía escribiéndome con singular periodicidad, perdonando siempre mis frecuentes olvidos; estudiaba la carrera de Ingeniero industrial, ya que sus aficiones, bien definidas, lo impulsaban a las ciencias exactas; yo, al escribirle, no hacía más que vaciar sinceridad sobre las cuartillas dedicadas a aquel amigo a quien guardaba un hondo afecto; nunca, o muy poco, le hablaba de literatura, de arte, de emociones no tan exactas como sus estudios; por eso, muchas veces no sabía qué decirle, pero ahí estaba mi temperamento literario para fantasear miles de cosas; en cambio él, desde que le dije que me habían presentado a un célebre e ilustre Ingeniero, llenaba papel y más papel con fórmulas, problemas, etc., etc., con objeto de que los presentara a mi amigo el Ingeniero. Ya tuve que decirle una vez que había marchado a Francia, encargado por una gran Compañía, de cierta misión investigadora en un arsenal...

En la carta de mis tíos, que firmaba también ella, abundaban las expresiones sentimentales, las frases y protestas de cariño, en cuyo fondo, a la vez, me hacían ver mis olvidos, mis silencios, que duraban meses; luego había una «noticia sensacional»; según decían en su carta; mi tío, que permaneció siempre alejado de las luchas políticas, era ahora uno de sus mantenedores. Inició sus actos con una canalladita, que fue la de romper, sin motivo alguno, con su amigo particular y protector mío algún tiempo, don Miguel Velasco; pues nada, en las últimas elecciones verificadas ha poco le habían derrotado, obteniendo el triunfo en su lugar un joven político, que no sé de qué artimañas pudo valerse para simpatizar en el distrito, se llamaba don Julio Marchena-Lis. Mi tío, como uno de sus favorecedores, gozaba de su inquebrantable amistad y se encontraba ya con derecho a pedirle hasta la luna, así me lo decía en la carta. El nombre del nuevo diputado; me trajo a la imaginación el de una importante y poderosa casa editora de la corte; instintivamente, un rayo de alegría brilló en mis ojos...

Al primer conocido que me encontré en el Ateneo le pregunté, casi sin saludarle:

—Oiga, Guillén; ¿sabe usted si Marchena-Lis tiene algún hijo, político?

—Hombre, creo que no tiene hijos casados.

—No es eso; quiero saber si tiene algún hijo que se dedique a la política.

—¡Ah!, sí, me terminan de decir que el mayor ha salido diputado.

Corrí al salón de escribir, me apoderé de papel y pluma. De pronto paróse mi actividad, dejé la pluma sobre la mesa y entretuvo a mi espíritu un pensamiento rápido, poderoso, que me hizo permanecer con los ojos fijos y el cuerpo inmóvil, como una estatua dotada de brillo; ciertos escrúpulos detenían mi anterior dinamismo. ¡Ah! Repercutió en mi mente cierta escena, considerada por mí como una de las dos únicas que, en la vida, habían logrado dominar mi carácter, ví con horror una mancha, un sueño y un latiguillo. Me sumí en una meditación profunda, estuve cerca de dos horas examinando, inconscientemente, los círculos de mi proceder; no encontraba salida ni solución... Desperté como anonadado por algún peso mendaz que no podía quitarme de encima, ya, la impresión de los objetos a mi alrededor produjome un paliativo que me dio ánimos..., volví a pensar..., aquello, en efecto, era una lucha, una lucha feroz, en la que se batían las raigambres espirituales más internas. Luego, después, vi el asunto de otra forma, el incentivo del arte relegado ante otras fuerzas, que no dejaban de ser humanas, coaccionó mi sentir crítico; la conciencia íntima, sin embargo, no se rendía, volvía las cosas a su punto, veía en la claudicación, no el mandato poderoso de una ley artística sino impulsos pasionales, casi vulgares, que sancionaran las ansias de publicar, que dieran forma a efectismos, sin duda claros y nobles, pero que no debían ponerse en frente de un asunto de conciencia.

Al razonar así, quedé indeciso, consultaría con Pineda y Ormaitegui enterándoles de las circunstancias que impedían el que abiertamente pudiera dirigirme a mi tío.

* * *

Nadie puede suponerse, si no ha pasado por ella, la lucha constante, inmensa y aterradora que se le echa encima al mortal que trata de incluir su nombre en la numerosa prole literaria. No son las mayores las dificultades y las espinas erizadas que el arte propina al que tiene ánimos suficientes para desenterrarlo, no, son mucho más hirientes el temor, la inquietud y la persecución que con verdadera saña y maestría refinadora se le hace objeto cuando llega el momento de humanizar —con la imprenta— todos los brotes de su espíritu, de hacer adaptables aquellas «cosas» que algún día inundaron su alma, de mostrar ante el mundo, bien desde las columnas amparadoras de un periódico o desde las profundas y razonadoras páginas de un libro, los sublimes engendros —siempre verdaderos tesoros— del espíritu atormentado, revuelto, con un barniz de aberración literaria. Pues bien: yo que era lo que se dice en estos casos «un individuo muy conocido en su casa», tuve que sufrir lo indecible, de soportar estados morales a que por ningún concepto debe llegar el hombre, de realizar procederes innobles, todo por conseguir que en una cuarta plana brillaran, de vez en cuando, las estilizaciones literarias que yo moldeaba influenciado por el ambiente escéptico a que tiene que entregarse un alma sometida a una lucha desigual e incesante. Así se tronchan —muchas veces ¡ay! definitivamente— nobles aspiraciones, juventudes animadas, y es una incitación a practicar servilmente hipocresías funestas, hechos que no puede aceptarse mas que a título de degeneraciones asqueantes; es el cultivo de la «pelotilla», la intuición natural a los panegíricos cobistas, la constitución de «peñas» donde la crítica es una parodia detestable y ruín, la vergüenza de la literatura; sin embargo —yo me convencí de ello—, para «subir» es necesario eso y mucho más; la lucha noble, honrada y santa sólo merece risas de desprecio, sarcasmos crueles, pues la toman como

obra de un orgullo ilimitado; orgullo, sí, orgullo del yo; ¿y no es acaso más noble que esos procederes bajunos y esas acciones vergonzantes? Todas estas cosas a las que no daría importancia un hombre en pleno desarrollo intelectual porque, aunque las practicara, no influirían en sus determinaciones, son de suma gravedad en un cerebro joven; si las acata se tuercen sus impulsiones nobles, pues todavía no posee fuerzas suficientes para esa segunda lucha con el medio viciado y horriblemente deforme, y si no las acata ya sabemos lo que le ocurre: en él se localizará todo el olvido, toda la indiferencia y, asqueado, tendrá que apagar el fuego que, acaso con fortuna, comenzará a arder en su espíritu desilusionado; lo primero es fatal, pero lo último lo sería más aún, pues es cortar las alas a un posible genio y esto, además de ser fatal, es criminoso y repugnante. Un amigo mío, brillante literato y gran ensayista, me dijo en cierta ocasión que «para el genio no existen trabas»; «no deben existir, le contesté yo, pero observe que las luchas del comienzo son más que trabas.» Quiero citar aquí el caso latente de dos conocidos escritores rusos contemporáneos: Kuprin y Leónidas Andreiev; el primero, que después se destacó bruscamente, tardó muchos años en conseguir que sus obras se publicaran; el segundo, el admirado Leónidas, se dió un tiro en los primeros años de lucha. Y eso que pasa en Rusia —el país analfabeto e inculto por antonomasia, donde, por lo tanto, la literatura no puede desenvolverse— se eleva a grandes proporciones en nuestra patria.

Como se ve, yo sufría entonces los rigores crudos del invierno entremezclados con las canículas del verano, nada de primaveras ni de situaciones risueñas. Acaso viniera esto después. ¡Quién sabe!

* * *

En estos momentos de melancolía obligada, era cuando las reminiscencias de mi pasado turbaban hondamente la tranquilidad engañosa qué cubría de harapos y miserias la más hermosa de las aspiraciones, lo más brillante de la síntesis humana. Acogía las situaciones difíciles a la caridad piadosa de los libros; era de ver el goce inefable y el placer inverosímil que me proporcionaban unas páginas de filosofía dura o unos tomos de literatura selecta; cuántas veces el genio inmenso de Goethe transfundido y hermanado con la Naturaleza, pródigo en sentimientos poéticos y en sublimes penumbras; cuántas veces también me encerraba, como en el palacio más preciado de la vida, en la tromba humana que da movimiento, acción y realismo, exornado a veces con brochazos románticos, que forma la obra de Balzac: una inmensa cisterna en la cual crujen, se agitan, bailotean incansables todos los rangos, todas las éticas, todas las psicologías, todos los matices, todas las pasiones... toda la humanidad en fin. No faltaban momentos en que una exaltación risueñamente hermosa me indicaba la literatura romántica, como una esponja que podría absorber mis penas, mis dolores carentes de placidez, de hermetismo solitario y ensoñador; entonces buscaba ávidamente a Lamartine o a Vigny, con los cuales siempre simpatizan las almas jóvenes o los temperamentos noble y sinceramente emotivos. Yo, es verdad, no era de estos últimos; el mío era un temperamento fogoso, poco dado a la ramplonería mística y muy amigo de la intelectualidad viril del hombre, cerebro abierto a todos los estoicismos y reacio a las humoradas sensibles, espíritu libre, irreligioso y amante de las impulsiones nobles; enemigo de la imbecilidad del mundo, no del mundo en sí; aficionado a la

claridad de toda ideología; darwinista y nietzscheano...; pues bien, todo esto no impedía que buscase algunos ratos a Lamartine, y que fuese íntimo amigo de un literato todo corazón y sensiblería, todo nobleza y sinceridad, en el cual depositaba los briosos afectos sentimentales que dormían aún, apretujados y anhelantes, en los más interno de mi alma...

Escribía mucho, era incansable llenando cuartillas que abarrotaban los cajones de mi mesa de trabajo; un alma joven vibraba en ellas, se retrataba en ellas, ojeaba con faz dura y severa los juicios y las contradicciones innúmeras; es lo que forzosamente ha de caracterizar a las producciones juveniles: las antinomias sucesivas, porque todavía el mundo, la vida, la intuición propia y el razonamiento libre no han podido formar aún la dureza e inflexibilidad de una opinión, de una ideología, pero siempre brillarán en ellas las impresiones francas, impolutas y exentas de todo morbo influencial.

III

Moría la tarde. Era, aquélla, la hora vesperal; la más apropiada para confidencias íntimas, la que busca todo el que tiene que rebuscar en su pasado, evocando, acaso con terror, los sucesos pretéritos o las umbrías de su historia. Los arboles y la noche que comienza son muy auxiliares confidentes, poniendo al alcance de la mano hombruna su hechizo poético o su ademán ubérrimo.

Existe en el mundo crecido número de personas que gustan de estas confidencias y de estos gestos evocadores. Muchas de ellas gozan actualmente de situación próspera, pero echan de menos esa intimidad consigo mismo a través de los tiempos que convirtieron —falaces y ambiciosos— los anhelos juveniles en saneadas rentas y en comodidades del siglo; forman estas personas lo más selecto de la siempre odiosa burguesía, que, no contaminados totalmente con las rancias aristocracias, dan albergue a algún que otro sentimiento noble. Otro tipo de evocador, de una evocación trágica, es el noble «venido a menos», esto es, arruinado, despojado horriblemente de los madrigales del dinero y de los honores medioevales que le transmitía una sangre omnímoda; este tipo de evocador es de lo más ruín y cobarde; rememora placeres, sensuales liturgias y esplendores voluptuosos; dotados de una altivez fría y estúpida, se pegan un tiro al recordar una mujer o una expedición cinegética, de aquellas que tanto gustaron. Tipo bien definido de evocador es aquel sentimental y fácilmente emotivo, que busca la soledad y el retiro mundano con objeto de imaginar la persona querida que perdió para siempre: aquel padre, aquel hermano, aquella novia, aquella esposa...; es siempre respetable y digno de compasión hermosa este evocador pacífico, a quien aprisionan las brumas inmóviles o las negruras espectrales. Faltan esos tipos sombríos y melancólicos, a los cuales parece circundar siempre una aureola de eterna incomprensión, quizá de exagerado ardor justiciero; éstos suelen evocar desconocidas realidades, futuros procederes...

¿Qué me ha llevado a estas divagaciones detestables y a estos juicios íntimos? No lo sé. Fue en un momento de alucinación extraña...

* * *

Paseaba diariamente por la gran urbe. A causa de una rara concepción estética me hice amigo de las calles rebosantes y de las plazas ruidosas; producíame algo así como un estado soñoliento e inconsciente durante el cual parecía alejarme del bullicio y del estruendo; es decir, que huyendo de la masa mundana me internaba en ella, buscaba esa ley por la que la exageración de toda fuerza impresionable puede producir emociones retrospectivas y contrarias (1).

Me saludó Ormaitegui. Nuestra amistad no era muy profunda, superficial no más; pero lo bastante para llegar al tuteo y a la unión reciproca de afectos: había de simpático en nuestras conversaciones la franqueza y la sinceridad que siempre las guiaban. ¿Cómo, entonces, no intimaba con él? Pues porque, sencillamente, yo odiaba su literatura..., pero, en fin, dejémonos de críticas; era un buen amigo.

Cogí la ocasión por los cabellos para hablarle del caso que me atormentaba: ¿debía o no escribir a mi tío pidiéndole que gestionara cerca del diputado el que Marchena-Lis me editase una obra?

Fuimos a sentarnos en uno de los bancos del bulevar.

Le expuse mi situación, todo lo que me había sucedido en casa de mi tío, cómo marché de allí, los meses transcurridos sin escribirle.

—Creo que tu caso no tiene nada que pensar, yo no veo susceptibilidad ninguna que pueda impedir...; hombre, es un hermano de tu madre, no debes ni vacilar; escríbele —me dijo Ormaitegui inmediatamente de oír mis palabras.

—Sin embargo...

—¿Qué? Sí debes hacer otra cosa, y es llamar a tu tío a Madrid; esas cosas de palabra, nada de cartas.

—Pineda me lo dijo igual, pero no me resuelvo, la conciencia...

—Nada, hombre, aquí no tiene la conciencia que perturbar nada.

—Bueno, hoy mismo le escribo, ya verás como mi tío está aquí dentro de tres días.

—Oye, ¿sabes lo de Canaura?

—Hace quince días que no lo veo, ¿qué le pasa?

—Después de todo es casi gracioso, figúrate que me lo encuentro hace dos días en la Carrera con un paquetón enorme de libros debajo del brazo, bien sabes que es un muchacho serio, casi nostálgico... pero tiene, a veces, un airecillo cómico. «Hola, Ormaitegui ¿qué hay?» me dijo. «Nada, de paseo ¿te has hecho mozo de cuerda?» «No, ¿por qué lo dices? ¡Ah, querido Ormaitegui, atravieso ahora lo más hondo del río, tú me vas hacer un favor». «Hombre, manda». «Antes un poco de historia. Tú sabías que se estaba imprimiendo una novela mía, pues bien, ayer llené la casa de mi patrona de ejemplares; he hecho una tirada de 500, creo no se van a agotar en cien años, los libreros sonríen irónicamente, no he colocado más que diez ejemplares, de pagarlos no

hablemos, cuando se vendan y... con un 80 por 100 de beneficio; te digo que es para volverse loco, he gastado en la edición todo lo que le he podido arañar a mi familia, total unas mil pesetas, esto es insufrible; bueno, mira, he pensado que así no se resuelve nada, hay que ser ingeniosos; mi plan es el siguiente: en combinación con unos cuantos buenos amigos yo entro primero en las librerías con 15 ó 20 ejemplares; como es natural, no querrán ninguno, y entonces uno cualquiera de vosotros a los cinco minutos va pidiendo mi novela, recalcando el nombre del autor y el título para que el librero se dé cuenta y se acuerde; luego al día siguiente vuelvo yo insistiendo, y caen, no te quepa duda ¿qué te parece?» «No está mal, pero eso es muy viejo.» «Es un procedimiento nuevo, novísimo, tanto que se descubrió ayer.» El hombre hablaba tan compungido y con el alma tan en las manos, que no pude negarme, y no me negué, pero sólo en dos librerías que me conocían algo porque acostumbraba a comprar allí las novedades; Canaura se puso loco de contento. «Bueno, pues ahora mismo.» Fuimos a la librería de Fontanal, él entró primero, lo esperé en la esquina, no habían transcurrido cinco minutos cuando sale y se dirige a mí con un humor detestable. «Es el colmo, me dice, anda en seguida, verás cómo se retuerce las barbas ese avaro; primero me preguntó si tenía una portada llamativa y si era algo pornográfica; contesté con evasivas, al fin consintió en que dejara diez ejemplares, pero, chico, al ver la portada sólo con mi nombre y el título, dijo que aquello no se vendía y que podía llevármelas.» Entré en la librería, como nos conocíamos algo lo saludé, el librero correspondió afable. «¿Qué desea? algún librito nuevo.» «Precisamente, le contesté, deme «La ruta negra, de Canaura.» «¿Cómo dice usted?» «La ruta negra, de Canaura, un libro que ha salido ahora.» Fontanal se quedó blanco. «En esta librería tan surtida es raro que no lo conozcan, bien, adiós.» Canaura me esperaba palpitante de emoción, le conté lo ocurrido, le atacó una risa nerviosa y salpicada de venganza. «Ahora —me dijo— a la otra librería a ver si hay mejor suerte.» «No te quejarás —le dije— trabajo bien.» «Mi agradecimiento durará mientras viva.» «Lo sé, hombre, lo sé.» Entró y tardó en salir cerca de un cuarto de hora, al fin apareció con la misma cara compungida que la otra vez. «Nada, nada, estos señores habría que llevarlos a la guillotina, son unos infames, los gavilanes de la literatura; anda, hazle renegar como a Fontanal.» Penetro en la librería, había dos o tres clientes, tuve que esperar, al fin llegó mi turno. «Oiga, tenga la bondad, La ruta negra, de Canaura.» «Sí, muy bien.» Me quedé estupefacto, me alargaban un libro, iba a decir que estaban equivocados, pero no, allí estaba el nombre, el título... y la novela; el librero debió notar mi cambio de color. «¿No es esto lo que usted pide?» «Sí, sí, muchas gracias. ¿Cuánto?» «Tres pesetas.»: Pagué y salí, la faz risueña de Canaura se me apareció a unos metros. «Has sido el primer comprador ¡ja, ja, ja!» «Es lo que debes hacer ahora, reírte de mi primada.» Entonces adquirió su cara un matiz serio y, con una altivez digna de él, me dijo: «¿Es que tú consideras una primada el comprar mis obras?» «Tanto como eso, no, pero, vamos, esto ha sido un atraco con las agravantes de premeditación, alevosía y ensañamiento.» Volvióse a poner risueño y lo definió mejor: «Esto ha sido un sablazo indirecto.» «Sí, puedes obtener la patente.» Nos separamos y me ofreció un Romeo... cuando agotara la edición. ¿Qué te parece?

—El caso —respondí— además de una apoteosis algo graciosa, quiere decir y retrata muchas cosas.

Ormaitegui tenía que ir a la redacción y nos separamos; yo quedé aún sumergido en la tibieza penumbrosa del bulevar, tratando de explicarme los pensamientos que acudían,

enigmáticos e interrogantes, a mi atormentado cerebro; me extendí en divagaciones críticas, puse empeño en clasificar la esencia turbia de un error visualista; en vano, los rincones permanecían oscuros, el alma se esfumaba tranquila y riente.

Yo pensaba con una dureza inconfundible, era un tropel de ideas y un acervo de influencias extrañas; subyugado por los placeres sanos de los libros selectos, yo temía que consiguieran arrastrarme hacia una situación esclava o autómata; es contra lo que más he luchado y lucharé: la acción inmiscuadora de elementos indirectos sobre el espíritu del hombre. Pero no, la literatura noble y sincera no puede ser una traba para esta libertad innata, porque representa lo elevado del poderío mundano: la creación inspirada y bella de almas que accionan, sufren...; el novelador es un semidiós..., crea espíritus, maneja sus impulsiones psicológicas, abre simas y forma oasis deslumbrantes. ¿No vemos cómo lloran, piensan o razonan a veces los personajes novelescos? No es el autor en sí quien puede dar vida y movimiento a esa profusión de almas sin cuerpo, en otro caso no podría adaptarse él a las desilusiones mundanas, se lo impediría el hormigueo continuo de esa múltiple balumba de psicologías...

* * *

Todo un año transcurrió. Cumplía yo los veintiuno, recibía enhorabuenas, plácemes, etc., etc. En aquel año se había consolidado mi prestigio literario: las prosas estólidas miraban, resignadas, mi faz broncínea y juvenil...; sufrían la dureza del metal que aplastaba contemplaciones y murmullos; la figura se elevaba, se elevaba...

Al recibir mi tío la carta que le escribí, lo primero que hizo fué comunicar a mi tía la necesidad inmediata del viaje; allí se retrataba el aprecio, el cariño y la sangre hermana; verdaderamente corrió a mi súplica. Una mañana fría y turbia lo esperaba en la estación del Norte. Mi sorpresa no tuvo límites: no venía solo, allí estaba casi envejecida aquella mujer, sin duda buena, que imprimió años atrás en mi mente la estatua del horror; una ráfaga cruzó mi cerebro; después, nada. Yo olvidé y ella había olvidado. Tardaron en reconocerme, era mi exagerada delgadez la que los hizo vacilar... Saludos, emoción y demás vulgaridades.

—Estás desconocido, Antonio —me dijeron—. Si vas por allí no te conoce nadie.

—En efecto —dije— los años que pasan no en balde se dejan sentir en las existencias.

Pasamos a hablar del punto interesante, le expliqué la situación; mi tío exclamó:

—Nada, hombre, nada; lo que yo quiera; no está deseando mas que servirme.

Así fue. A los ocho meses de estos acontecimientos brillaba en los escaparates un tomito elegantemente editado, de unas trescientas páginas, que contenía la esencia de un cerebro estrujado ante el papel y hecho literatura. Se titulaba: El hombre ante la Musa; más que novela era un conjunto de impresiones juveniles y de juicios sinceros; su héroe pudiera ser bien un alma marchita en presencia de las sublimidades ignotas; se reflejaba en ella una fábula quizá ingenua, pero vigorizada por las impulsiones ideales de la evocación.

El ambiente, corrompido por el cultivo de un género detestable, fue hostil a mi novela; algún crítico sereno, cerebral y amante de los bríos juveniles, me dedicó varios artículos; tuvo imitadores y pronto en los centros literarios se habló de ella.

* * *

Y quiero terminar aquí estas memorias, que no son memorias, sino los antecedentes formativos de un carácter; en ellas descubro cosas íntimas, apunto idealidades abandonadas, sentimientos que quisiera ver encarnados en multitud de cerebros, lo deseo noble y francamente, con toda la bondad que atesoro en mi alma dolorida...

He escrito y luchado mucho en estos últimos once años —cuento ahora treinta y dos— y no he conseguido absolutamente nada; he ido regando en millares de cuartillas lo más esencial de mi vida y lo mejor de mis idearios íntimos. De las tres cosas que me propuse al comenzar mi carrera literaria no he podido conseguir mas que una y a medias. Mi programa era el siguiente: 1.° Desalojar de la literatura el fondo pornográfico que la sumía en decadencia. 2.° Luchar denodadamente por el predominio del Arte sobre todas las demás impresiones emotivas, y 3.° Cultivar con los brotes nobles de una vida sacrificada el ardor justiciero y las ansias de perfección.

Pues bien, a pesar de que tengo gran número de lectores, no me ha sido posible influir en sus momentos de indecisión, de incipiencia; y esto prueba, señor —lo declaro con sinceridad— que he fracasado.

Y como he fracasado, me retiro del combate que ha consumido mi salud y mi vida en un anhelo santo pero estéril.

Hoy salgo para un país olvidado, donde probaré a conseguir la tranquilidad de mi cerebro que estalla y recobrar la salud perdida en los encuentros innúmeros. Sólo sufro ahora cuando me pregunto si no he sido un asesino de mi existencia o un visionario a quien el mundo, desengañado, arroja a la soledad y al olvido... Pero el mismo estoicismo que me ha sostenido hasta hoy alimentará mi vida futura. Mi retirada no es una claudicación, es un convencimiento.

Dejo estas cuartillas a un escritor amigo para que se publiquen, quiero que se publiquen: es mi obra póstuma. Nadie se extrañará de que en ellas no vayan datos ni impresiones acerca de las incidencias de estos últimos años; ya dije que en ella sólo marco y describo la formación de un carácter.

¡Ah! Diré algo de la situación de las personas que danzan alrededor de mi vida durante el transcurso de esta narración: Don Miguel Velasco se retiró al poco tiempo a la vida provinciana, aquejado por una enfermedad crónica que le sumió en el desconcierto; me escribía muy a menudo, y celebraba lo que él siempre llamó «mis triunfos». Capilla, el amigo de la infancia, es hoy un brillante ingeniero que honra a su país dirigiendo importantísimas explotaciones industriales en Alemania. Mis tíos, ya viejos, viven amparados en la soledad del pueblo. Pineda es un celebrado pintor que triunfa en las exposiciones y gana mucho dinero. Ormaitegui es una mediocridad que no ha podido desenvolverse, y vive, anónimo, en la redacción de un diario de tercer orden.

Y nada más.

Ahora, lectores, os pido siquiera unos minutos de egoísta e individual preocupación.

* * *

¡Pobre amigo mío! Cuando terminé de leer estas memorias me dijeron que se había suicidado. El país adonde pensaba retirarse era la Muerte. ¡Oh, la Muerte! Ahora, siempre que veo este manojo de cuartillas frías, la vista se me nubla, y en la última de ellas veo grabado en caracteres rojos un sello...: el sello de la Muerte que se ciñe sobre esta gran vida, sobre este brioso caudal de fuerzas, y que parece lanzar un reto a todo lo que nace, vive y... muere.

¡Oh, grande Antonio de Castro, yo te proclamo divinidad y soy el primero en venerarte!

FIN

Madrid-Zamora; Abril-Julio 1923.

Nota

(1) En efecto, el exceso de alegría hace, a veces, llorar, y el exceso de sentimiento enloquece y hace, a veces, reír.

El vacío (cuento metafísico)
Ramiro Ledesma

Llegó un día en que Leonardo Ramírez se plante a sí mismo la cuestión enigmática de su existencia...

¿Quién era él y para qué vivía?

Y esta interrogante profunda se le enroscó a su vida diaria como una cosa ineludible, como algo que requería pronta desaparición; esto es, inmediata y clara prueba del *no existir*.

Es verdad; la interrogante representa siempre una inquietud, un choque violento entre cierta fuerza que nos domina y la mole negra de lo desconocido. Es, pues, su vitalidad una mostranza de indominio, de anarquía psíquica, o también un viril encauzamiento hacia la victoria sobre el error y las desviaciones. Pero la muerte de la interrogante es por igual, o puede ser un síntoma del triunfo de ambos extremos. Si muere la interrogante aprisionada por la fuerza del error, el resultado es lamentable. Si muere hundida en los abismos razonables por el poderío de los desconocido, el resultado será feliz, y constituirá en nosotros como un inefable placer interno.

Pero Leonardo no conseguía nada de esto. La interrogante vivía en él, tomaba en su cerebro formas pavorosas, y lo dominaba, con ese dominio inexorable de las cosas fuertes y bien nutridas de potencia dirigente. Y aquí surgía la batalla entre las concepciones distintas, porque su espíritu no era ya otra cosa que un escenario de luchas interiores que amenazaba convertirse en una *realidad duradera*, en un martilleo enloquecedor y continuo. La interrogante ahora vendría a ser como un nuevo estado de su alma; pero en este caso dejaría ya de ser interrogante para llamarse afirmación o negación de una cosa absoluta...

Y de aquí no pasaba Leonardo en sus cavilaciones innúmeras. La duda, al penetrar en el ambiente idealista de su alma, construía nuevas modalidades extrañas, difícilmente asequibles a su contextura espiritual e intelectiva.

Era un hombre de prejuicios inmensos, que vivía como flotando sobre una realidad indefinida, construida por él para alagar acaso las inclinaciones propias y los deseos pervertidos.

Y ahora surgía la duda como una interrogante firme y duradera, que exigía de él contestaciones precisas y juicios profundos, exactos...

* * *

Cuando Juanita, la novia íntima de Leonardo, se convenció de que éste no andaba bien de la cabeza, tuvo para él un gesto compasivo, y le dijo al oído unas palabras pueriles, de esas que a todas horas se pronuncian junto a los niños pequeños, y que no tienen otro objeto que alagar el poco juicio, para doblegarlos en otras exigencias..., quizá también poco juiciosas y faltas de todo sentido lógico...

Pero esta vez se veía en Juanita esa actitud inequívoca, propia de todos los dominadores, que se traduce en gestos altivos, miradas indiferentes, y de cuando en cuando unas palabras misteriosas, litúrgicas, acompasadas con cierto movimiento rítmico de los brazos.

Leonardo la miraba poniendo en los ojos gran cantidad de pasión amorosa, que — ¡cosa rara!— a Juanita le daba la impresión de una mirada extraña, muy distinta a la mirada de otras veces, aquellas de que tanto había gustado en algún parque solitario o, con más intimidad aún, en el gabinetito, rosa y lila, donde en otro tiempo se visitaban con tanta frecuencia...

Y ahora...

Leonardo, en un instante de claridad misteriosa, pareció leer en las mejillas rosadas de Juanita una palabra que indicaba bien a las claras el fastidio que iba inundando el alma de aquel ser débil, encontrando en ella un nuevo motivo de furia y como un potente acceso de odio y de repugnancia...

Juanita, sin embargo, no se dio cuenta de ello, y seguía mirándolo con fijeza, envolviéndolo, mejor dicho, en recuerdos gratos, eso sí, pero que olían a algo muerto, a algo que, aun siendo agradable,

tenía el sello de lo que ya *fue*, de lo que no volverá a *ser*...

Y únicamente ahora, cuando los recuerdos dulces atenazaban el ánimo de Juanita, dio ésta entrada en su alma un sentimiento puro, merced al cual Leonardo quedó comprendido para ella en una joya tan deslumbradora, que es imposible usarla, porque su fulgor cegaría a la humanidad y la haría desaparecer...

Leonardo, que sentía en su espíritu las oscilaciones que en el producía la garra de la duda, no se daba cuenta de nada, ocupando solamente su atención en aquella interrogante que desde hacía algún tiempo lo traía enfermo y loco...

¿Quién era él y para qué existía?

Y, como el primer día, se puso a pronunciarla en alta voz, como buscando que alguna de sus cadencias le diera la clave de aquellas anhelosidades por saber cosas ultras, ignotismos profundos...

Entonces, oyendo hablar a Leonardo de cosas tan sin sentido, fue cuando Juanita vio corroborados sus primeros juicios, levantándose de su asiento y lanzando a su novio miradas de fría indiferencia, que eran como un eterno adiós, pronunciado ya en los límites lejanos de un soplo...

Y Juanita dio unos cuantos pasos sin mirar hacia atrás; pero de pronto volvióse otra vez, se acercó a Leonardo y, después de besarlo ruidosamente, se alejó corriendo, corriendo, hasta desaparecer entre los árboles próximos, que la acogieron con la voluptuosidad con que se acoge a una novia...

Leonardo seguía pronunciando en alta voz la terrible interrogante, y cuando ya creía haber conseguido reunir en una idea salvadora todas las exigencias de su espíritu, cayó al suelo. En su derredor se había producido el vacío; con la mujer desapareció también la vida física...

Leonardo —el símbolo del pensamiento— se remontó, florido, a lo alto..., a lo alto. Y allí contestaron a su interrogante...

Ramiro Ledesma Ramos

[Publicado en la revista gráfica Nuevo Mundo, nº 1591, del 18-VII-1924, con ilustraciones de Varela de Seijas. Ramiro Ledesma Ramos tenía 19 años de edad.]

HERALDO DE MADRID
Ramiro Ledesma

Los dirigentes de la J.O.N.S. deciden abandonar la disciplina de Falange Española

Recibimos la siguiente nota:

«Reunidos con esta fecha en Madrid los antiguos dirigentes de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, hemos reconocido unánimemente la necesidad de reorganizar las Jons fuera de la órbita de Falange Española y de la disciplina de su jefe, José A. Primo de Rivera.

Adoptamos esta decisión grave y fundamental después de un examen minucioso de la situación política y las perspectivas que se le ofrecen a nuestras convicciones doctrinales y tácticas en la ruta vacilante y defectuosa seguida hoy por el partido y su jefe,

Las finalidades de nuestra decisión son, en resumen, las siguientes:

1) Afianzar el carácter nacional sindicalista revolucionario que nos ha distinguido siempre y que incorporamos a Falange Española cuando hicimos la fusión que hoy declaramos rota. 2) Perfilar sin vacilaciones nuestra posición, frente a la actual situación política. 3). Encauzar positivamente el descontento y la protesta que entre la casi totalidad de los antiguos camaradas jonsistas se advertía contra el espíritu y los hombres que últimamente predominan en F.E.; y 4) Extender con eficacia y vigor los ideales nacional sindicalistas en los sectores más propiamente populares de España.

— Ramiro Ledesma Ramos, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Onésimo Redondo Ortega.»

[*Heraldo de Madrid*, nº 15.267, Carta al director, 14 - enero - 1935, p. 2]

El fascismo español, partido por gala en dos. Primo de Rivera y Ledesma Ramos se han colocado frente a frente

Ledesma dice que Primo tiene una mentalidad feudal y que Falange Española queda desmantelada con la escisión de las J.O.N.S.

¿Terminará con esta separación el fascismo en España?

— Jons! ¡Jons! ¡Jons!...

El grito se expandía por la llanura castellana. Los paseantes, los curiosos vecinos de Carabanchel miraban sorprendidos, boquiabiertos aquella demostración fascista de una cuarentena de jóvenes, capitaneados por José Antonio Primo Se Rivera.

— Jons ! ¡Jons! ¡Jons!...

El grito se repetía unánime y rotundo. Los ciudadanos de la república no salían de su asombro. Al pie mismo de Madrid, a plena luz del día. sin tapujos ni pretextos se llevaba a cabo una «gran» parada fascista. El asunto dio juego. Se ocuparon de él los periódicos. Primo de Rivera apechó con la responsabilidad de todo y...

Pero aquel grito de guerra, desafiante y altanero, llevaba dentro el bacilo del descontento. El mismo día de la «parada» ya se habían señalado dos direcciones opuestas en los mandos. Ledesma Ramos y Nicasio Álvarez de Sotomayor, lugartenientes del jefe, mostrándose fríos con él y con su segundo, «el marquesito». Pasaron unos meses, y el bacilo del descontento arraigó en las «milicias». Primo de Rivera era amigo del parlamentarismo. Primo de Rivera mantenía continuas conversaciones con D. Fernando de los Ríos. Primo da Rivera utilizaba frases llenas de demagogia que no creían sinceras los que le conocen bien. Y surgió la ruptura. El «marquesito» se fue de las filas de Falange el primero... Ahora la escisión ha sido terrible para las Huestes de José Antonio. El «marquesito» no le importaba gran cosa. ¿Un voto menos en la Cámara? Bah!... Lo quo sí entraña, sin duda, para él una gran importancia es esta escisión de las Jons y la nota que la Prensa ha publicado, firmada por los dirigentes...

* * *

Y como la cuestión es periodística, interesante y de actualidad, el reportero — ¡tantas veces amenazado por los fascistas!— no ha reparado en ponerse en contacto con el sector más importante de los descontentos para dar a los lectores una información exacta, veraz, de lo que constituye este «frente» a frente en el seno del fascismo.

He aquí, pues, sin quitar una sola palabra, la conversación mantenida entre dos enemigos: el reportero de HERALDO y el directivo de Jons Ledesma Ramos:

— Ante todo Ledesma, ¿por qué han intentado ustedes varios asaltos a mi Redacción?

— Nosotros, no.

— Ustedes, sí.

— Le digo que no.

— ¡Y yo que sí!

Ledesma Ramos, que está sentado junto a Álvarez de Sotomayor, cambia con este una mirada. Luego los dos se echan a reír.

—¡Esas son cosas de otros!... Nosotros vamos a la acción directa, pero no de esa forma. Si había algo contra ustedes los del HERALDO era porque les tomaban mucho el pelo... y porque son ustedes furibundos antinacionalistas.

— ¡Ya!... ¿Quiere usted decirme por qué se han separado ustedes de falange?

— Verá usted, Primo de Rivera tiene una mentalidad feudal, que opera en política con unas docenas de mercenarios y un grupo reducido de amigos equivocados, aunque sinceros, que tienen un espíritu pretoriano incompatible hondo de la dignidad humana.

— Pero ustedes... ¿qué son?

— Nosotros somos nacionalistas, preocupados por el destino de España; y creemos que corresponde sólo al pueblo laborioso la defensa y la exaltación de España, no ha grupos oligárquicos de privilegiados de la fortuna heredada...

Nosotros somos antimarxistas y revolucionarios por creer precisamente al marxismo en una posición fracasada que escamotea la revolución nacional española.

— ¿Cuáles son sus deseos?

— Queremos la nacionalización de los bancos, así como la de todos los medios de cambio. Admitimos, sin embargo, la propiedad privada, las economías particulares, con las limitaciones que había que ponerles la existencia como organismos públicos de las corporaciones y de los sindicatos.

— ¿Cómo queda ahora la fuerza de Primo de Rivera?

— Queda falange desmantelada, pues la escisión de las Jons equivale a desprender de aquella, de una parte, el grupo intelectual, teórico, que ha creado las doctrina como, Jiménez Caballero, Juan Aparicio, Bedoya... Y de otra, el grupo de organizadores y agitadores, Ledesma Ramos, Redondo Ortega y Álvarez de Sotomayor: es decir, los intelectuales y toda la base popular, revolucionaria, obrera del partido.

— Primo de Rivera utiliza una palabrería demagógica: pero son notorias sus relaciones con la alta Banca y los grandes terratenientes andaluces. A la vez que dice querer la revolución nacionalsindicalista pide dinero a los directores de los Bancos y a los grandes terratenientes.

— Todo esto que usted dice, Ledesma, es grave.

— Pues lo digo una y mil... Nosotros tenemos fe en el pueblo. A él acudirá la Jons, propagando la desconfianza en el sistema parlamentario y en las libertades de la democracia burguesa que sólo favorece a las clases ricas.

— Intervino Sotomayor:

— Y diremos a los obreros que sus enemigos no son siempre los patronos, y que los verdaderos beneficiarios de la actual economía son los especuladores y grandes prestamistas, enemigos de patronos y obreros justamente. Nuestros Sindicatos nacionalsindicalistas, organizados por mí, antiguo dirigente de la C.N.T., tienen hoy solo en Madrid unos 1.500 obreros trabajando y unos 2.000 parados.

Volvió a tomar la palabra Ledesma Ramos:

— Primo de Rivera se ha quedado con unos 12.000 afiliados en toda España, y con unos 200 en Madrid.

— ¿Irán ustedes a la lucha en las próximas elecciones?

— Sí, claro. Somos enemigos del parlamentarismo; pero tenemos que hacer oír nuestra voz en la Cámara... Somos jóvenes, y de frente al apocamiento de las izquierdas y la impotencia manifiesta de las derechas queremos ser la esperanza del pueblo español...

* * *

El fascismo, lo que unos cuantos señores llaman fascismo, ha quedado partido por gala en dos. Primo de Rivera y Ledesma Ramos se han colocado frente a frente. Ahora sólo queda que en esos dos campos haya nuevas escisiones para que respiremos libres los que

tenemos las ventanas del alma abiertas a otros aires de renovación.

[*Heraldo de Madrid,* nº 15.271, Entrevista publicada el día 18 - enero - 1935, p. 16]

Ideas
El escepticismo y la vida
Ramiro Ledesma

La muerte de un hombre, lo suficientemente ilustre para que en el transcurso de su paso por la tierra los contemporáneos hayan sabido de él, adquiere a veces significaciones tan impropias que a los espíritus ecuánimes, lejos siempre de fugacidades de flecha, más bien atentos a la pulsación precisa de toda clase de valores, no puede arrancar sino una sonrisa débil.

Eso de que muera un gran hombre de letras, y durante un mes en periódicos y revistas el pensamiento universal, interrumpiendo rutas ya trazadas, dedique al genio que se fue una atención o un examen crítico tan ampuloso como anacrónico me parece una de tantas puerilidades como irrumpen en el campo del espíritu, rompiendo las murallas que separan a éste de la vulgaridad beocia. Y no significan estas palabras ni un ataque mínimo al respeto y consideración póstumos que se debe a las grandes personalidades. Lo que es improcedente son los juicios críticos y los comentarios, llamémolos técnicos, que los hombres de ideas dedican al muerto, unos pocos minutos después que el telégrafo comunicó la noticia de ese fallecimiento deplorable.

Muy bien los datos biográficos, anécdotas curiosas, semblanzas físicas, circunstancias que rodearon diversas fechas, y demás notas interesantes que el ojo experto del periodista cuida muy bien de no dejar en el tintero. Pero ¡esos juicios críticos tomados al vuelo en las atmósferas rodeadas de niebla que formó el aire de lecturas anteriores, uniendo a la mezcolanza la impresión de la noticia funesta, nunca! Las cúspides del arte, las cimas de la idea no admiten que en su nombre se compongan artículos de necrología. Son cosas delicadas que es mejor dejar para después, cuanto la razón y la serenidad se impongan y cuando una segunda lectura, hecha muy en silencio, fortifique las ideas que salieron al contacto con las obras del Hombre llorado.

No necesito decir que estas líneas las escribo ante el espectáculo que la muerte del gran escritor Anatole France ha ofrecido al mundo del pensamiento. France ha sido calificado por unanimidad como un escéptico exquisito. Yo creo que es el escéptico por excelencia, esto es, el hombre a quien con más propiedad se le puede llamar escéptico. No crea el lector que voy a caer yo ahora en el defecto que termino de señalar, emprendiendo la crítica o señalando matices de la obra y el carácter de France. Lo que si voy a hacer a continuación, como tributo al Hombre llorado, es hablar un poco del escepticismo.

* * *

Indudablemente, el primer problema que una sensibilidad ha de resolver es el trazado general de su actitud en presencia de la vida. Los vocablos *si*, *no* y *la duda* se adhieren a nosotros sin darnos cuenta de ello, diríase que sin preceder noticia alguna de su significación. Son voces de significado ingénito en el hombre, como si justamente con el soplo inicial de *ser* formasen la materia creadora de vidas racionales. Podemos casi asegurar que la influencia de tales vocablos en las acciones de los seres vivos se manifiesta dentro de todas las categorías del intelecto. Y también, sin que nos interese mucho, apreciamos tal influencia incluso en los seres puramente animales, sin bien en éstos obedezca a lo que hemos dado en llamar instinto.

Y es imposible que exista una sensibilidad sin que, en presencia de un espectáculo cualquiera, experimente como un deseo de manifestar el resultado de la lucha que ese espectáculo mantuvo con lo que podemos llamar “su fibra íntima”. Hay, sin embargo, una parte mínima de individuos que aunque se esforzasen por representar con los vocablos *sí*, *no* o *la duda* el resultado del choque con la visión externa no conseguirían hacerlo con propiedad. Son los que se acostumbran a encogerse de hombros o a adoptar más bien un gesto vago que nada indica, que nada puede indicar porque en su creación no intervino el pensamiento. Al fracasar estas sensibilidades, casi inexistentes, en el afán de incluirse en uno de los tres vocablos esenciales, surge como un instinto que las hace adoptar la

afirmación, y consecuencia de ésta, lo que es aún más grave la *admiración*. A todas horas vemos cómo el instinto a afirmar y a admirar —lo que nos rodea, claro; por otro nombre, la vida— se desarrolla más prolífico en los intelectos anulados que en aquellos donde la energía sensitiva es mayor. Ese instinto mediocre a afirmar es el que surge en presencia de *algo* que no se entiende. Un amigo mío, bastante pobre hombre, relatándome no sé qué conversación tenida con otro, terminó a modo de comentario: Cómo no le comprendí nada, dije que sí a todo.

Es muy general por esos mundos confundir al escéptico con el pesimista, o si no confundir se señalan familiaridades que están muy lejos de tener. A esos tres vocablos, que hemos admitido como ingénitos a todos los seres sensibles, corresponden igual número de calificaciones humanas. Decimos hombre satisfecho al que afirma y admira; hombre pesimista al que niega y tiene la rebeldía por norma; y hombre escéptico aquel que ve *algo* en la vida, lo acepta sin gestos admirativos, mejor, dudando y hasta recriminándolo porque no lo considera representante de la verdad que él anhela.

La vida es un espectáculo de diversos matices. Cada uno de ellos ofrece al hombre situación para adoptar uno de los tres vocablos antedichos. Pero el grande hombre, aquel que posee suficiente fuerza de visión para unir esos diversos matices de la vida con líneas rectas que se juntan en un vértice, no adopta un gesto distinto para cada matiz vital, sino que de ese vértice, cúspide de opiniones, obtiene su actitud frente a la totalidad del espectáculo.

Hay un momento en el que el satisfecho y el escéptico siguen rutas en cierto modo paralelas. Ambos se mueven en un mismo horizonte. No hay más diferencia que el escéptico ve detrás de ese horizonte otro mundo mejor Y que el satisfecho ve en ese mismo lugar sombra y caos. Los resultados parecen ser *realmente* iguales. *Realmente*, quizá lo sean. Pero al escéptico le queda el presente de indicativo del verbo compadecer. Le queda también la sonrisa. Le queda también la piedad, una piedad forzosamente insincera. Por si acaso, desconfiamos de la piedad de los escépticos.

El escepticismo, como filosofía, me parece de lo más peligroso, precisamente por las mil y una adulteraciones a que se presta. El gesto del escepticismo, como todos los gestos, es sumamente fácil de adoptar. Lo que es más difícil es saber por qué se adopta. El escéptico para serlo con la amplia significación de la palabra, esto es, con la que le ha dado Anatole France, ha de merecer el título de grande hombre. No se permite, no se debe permitir, ser escépticos a las medianías.

¿Y el pesimista? A todas estas reflexiones habrá asistido con miradas repulsivas. Este no compadece, desprecia. No sonríe, castiga. Realmente, no es nada. Idealmente se cree por cima de todo los demás. Delira y sueña. Yo lo llamaría un escéptico trágico. No otra cosa que tragedia es su vida toda, tragedia que le impide ver lo hermoso de una aurora, lo dulce de una caricia, y hasta, descendiendo a otro terreno, lo que pueda haber de agradable en las campiñas de Venus. En mi próximo libro, Anafrodisia, trato de describir un pensamiento de esta clase.

Hemos trazado las siluetas del escéptico con miras a Anatole France, me parece el de France, el verdadero escepticismo, aunque en toda su pureza no concuerde con el significado anterior de la palabra. Víctor Hugo contestó a los que decían que Mirabeau no era un gran orador, Ya que no seguía los preceptos ciceronianos, que no los adoptaba porque Mirabeau era más grande orador que Cicerón. Apliquemos esto a Anatole France y a su escepticismo.

[Inédito firmado por "R. Ledesma Ramos". Original sin fecha]

INFORMACIONES

Textos de Ramiro Ledesma

Una carta del director de «La Conquista del Estado»

«Señor director de INFORMACIONES.

Distinguido amigo: Le ruego publique en su diario las breves líneas que siguen.

El periódico separatista que dirige en Barcelona el Sr. Companys ha tenido la vileza de escribir que mi detención de hace tres meses se debió a que preparaba un complot monárquico. Salgo al paso de la calumnia diciendo que mi detención arbitraria obedeció única y exclusivamente al hecho cierto de que organizaba con los demás camaradas de mi partido (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista J.O.N.S.) una manifestación pública de hostilidad contra la significación antiespañola de los diputados de Maciá. El director de Seguridad, señor Galarza, puede decir sobre esto la palabra más autorizada, si bien no la necesitan los calumniadores, porque tienen tan buena información como mala fe.

Y no me refiero a las fantásticas relaciones que señala el órgano insidioso del Sr. Companys entre nuestra fuerza política —de significación hondamente nacional y antimarxista— con el doctor Albiñana, porque éste ha rectificado ya la absurda especie.

Gracias de su afectísimo, *R. Ledesma Ramos*.»

[*Informaciones,* Madrid, nº 3.075, 25 – noviembre – 1931, p. 9.]

PRECISIONES. Adolfo Hitler, canciller

Cinco años por lo menos de espera ha costado a Hitler el hecho de haberse visto obligado a elegir para su movimiento político la ruta electoral y parlamentaria. Sobre todo en los últimos meses, ya en la culminación popular que significaban sus millones de adictos, la posición de Hitler era singularmente dramática y difícil. Su situación era la del combatiente que habiendo realizado el hallazgo de una nueva táctica política, de admirable eficacia, se encuentra en la necesidad de utilizar y seguir la táctica del enemigo, que él cree precisamente caduca e inservible.

Pues no se olvide que el espíritu hondo y entrañable del movimiento hitleriano obedece al mismo impulso de violencia y sacrificio que dio origen al fascismo en Italia. Ambos surgieron teniendo ante sí las mismas metas: un enemigo marxista, inteligente y violento, a quien aniquilar; una dignidad y una disciplina que restituir y devolver a las masas. El objetivo primero, la victoria rotunda sobre las organizaciones rojas, ha sido de uno u otro modo alcanzado en los dos países, no sin desplegar y movilizar los más puros resortes del pueblo. El segundo, el logro de una disciplina, la restitución del pueblo a la plenitud de su espíritu nacional, el orgullo de una bandera y de una patria, la justicia de una economía fecunda, etc., etc., esto ha de ser tarea, la batalla diaria desde el Poder, braceando con las dificultades y las limitaciones humanas.

Es cierto que Hitler ha conseguido el Poder sin necesidad de hecho revolucionario alguno. Creer que ello ha de obligarle a ser tan sólo un Gobierno más en la mecánica de la constitución vigente, a abandonar el afán primero de su fuerza, que es dotar a Alemania de un nuevo Estado, antípoda del que elaboraron en Weimar los socialdemócratas, equivale a desconocer la lógica a que obedece ese nuevo tipo de política que Hitler y su partido representan.

* * *

La realidad es que ha obtenido el Poder un partido numeroso y fuerte, en posesión de un manojo de ideas claras y tajantes que le preservan de cualquier linaje de enemigo. Que considera como uno de sus primeros deberes el impedir que retoñe el marxismo en Alemania. Que estima y proclama la licitud de la violencia para hacer frente a las organizaciones antinacionales que surjan. Que no cree en la eficacia del diálogo parlamentario y no le merecen el menor respeto los grupos o partidos políticos a él ajenos. Que está educado en la mística fascista o totalitaria de interpretar por sí los clamores nacionales, sin resquicio alguno para la disidencia, donde suelen cobijarse los ideales disolventes y traidores. Que tiene ante sí un panorama de eficacias económicas de indiscutible ajuste a las angustias sociales de nuestro tiempo. Que posee el culto de su propia fuerza y el optimismo de contar con la colaboración activa de la juventud nacional, etc., etc.

Pensar que un partido así abandonará los mandos en presencia del primer escollo constitucional que se presente revela una candidez y una ceguera radicales. Sólo quien viva —¡todavía!— sumergido en las pobres delicias liberalparlamentarias del ochocientos y esté influido hasta la inconsciencia por la más fofa y canija política que sea dado presenciar en el siglo XX puede lógicamente sostener una opinión así.

Pues hasta tal punto es imposible que el partido nacionalsocialista alemán se desvíe de la ruta imperiosa de construir un nuevo Estado, que no es muy arriesgado sostener la afirmación de que si Hitler no se revela a la altura de una tarea así será sacrificado y substituido con suma facilidad. Pero los cuarenta y cinco años de Hitler, su asombrosa actividad y energía al frente del partido, dotándole día por día, durante doce años, de robustez ideológica y de expansión magnífica entre las masas, hacen que tal sospecha no pueda hoy ni siquiera insinuarse. Lo más probable es, pues, que al frente del Gobierno se

sostenga a la misma altura de talento y de vigor que hasta aquí. Y que al igual que Mussolini, sea lo mismo el «jefe» en los tiempos de agitación y de lucha que en los de realización y construcción a la cabeza del Poder.

* * *

Estamos, pues, ante una primera etapa del fascismo alemán: la toma del Poder. Sin que se pueda olvidar por tanto ese carácter de comienzo, de iniciación revolucionaria que este hecho supone. Alemania se desprende de una política, despeja un enemigo y penetra con denuedo en el orbe de esa nueva política que se revela en la postguerra con el fascismo italiano. Y ahora ha de costarle sin duda años de esfuerzo tenso el acomodar a ese propósito todos los sectores de la vida nacional. Cosa no exenta de peligros tremendos. Pues no se trata de menos que de sustituir en la mente y en el corazón de millones de alemanes el gran número de ilusiones, de tendencias y de rutas que el partido hoy triunfante no tardará en declarar vedadas, con prohibición muy difícil de esquivarse.

Esta y no otra es la interpretación y la significación del triunfo de Hitler en Alemania. Un hecho revolucionario inicial. No desvirtúa esta realidad el que otros elementos, ajenos a la ortodoxia nacionalsocialista, colaboren en su Gobierno. El destino futuro de los sectores sociales afectos a Hugenberg, a von Papen y a otros núcleos que se adhieran a esta política es el de ser inmediatamente controlados por la tendencia genuina de Hitler, que es la más fuerte y dotada de realidad nacional. O en otro caso serán fatalmente eliminados. Pudiéramos estar en este aspecto ante un proceso análogo al del primer año de régimen fascista en Italia. También Mussolini admitió y buscó para su primer Gobierno la colaboración de otros grupos afines. De ellos, el populista católico del abate Sturzo fue después eliminado por no asimilar en el grado necesario la significación de la revolución fascista. Otros, en cambio, se fundieron en el fascismo proporcionando incluso altos jerarcas al régimen.

* * *

Amplias batallas políticas y grandes pruebas de energía esperan, pues, al nuevo régimen que ahora se inicia en Alemania. El marxismo es todavía allí poderoso. Su organización, especialmente la del sector comunista, es formidable y casi intacta, y como comprende que la consolidación nacionalsocialista es un decreto de aniquilamiento inexorable para él, es de suponer que muy en breve desarrolle la máxima violencia.

Por esta causa los próximos meses van a ser durísimos. Pero los pueblos se salvan en la lucha y por la lucha. Basta que los ideales estén en pie, con pechos generosos y calientes a su servicio. Lo depresivo y triste es ese otro espectáculo de yermo, presenciando la fácil victoria de los enemigos sobre la arriada bandera de la verdad y del honor nacionales. Que era el espectáculo de la Alemania de 1921, cuando Hitler llamó al pueblo y le dio la consigna de rescatar y recobrar el derecho a formar en unas filas de guerra. Para desalojar al marxismo que destruía a su país. Y para conseguir un hogar con pan. El honor de ser alemán y la satisfacción ineludible y primitiva de comer. Esta frase última es el secreto, todo el secreto, del triunfo de Hitler y de su partido. Hoy, y sin duda mañana, dueño de los destinos de Alemania.

[*Informaciones,* Madrid, año XII, nº 3404, 10 - febrero - 1933, p. 1]

PRECISIONES. Burguesía liberal y marxismo

Todas las peripecias políticas que vienen aconteciendo en España desde hace varios meses responden a una pugna sencillísima. De un lado, la línea marxista que representa el socialismo, con su lógica implacable y fría, operando minuto a minuto sobre los dóciles perfiles de la revolución de Abril. De otro, las técnicas políticas decimonónicas, con ideales inoportunos y marchitos, que esgrimen y utilizan las fracciones parlamentarias de oposición, los periódicos independientes e incluso los grupos que hasta aquí no parecían ostentar la bandera demoliberal de un modo muy ortodoxo.

No es, pues, esencial, para que cambie de aspecto el dramatismo de la política española el hecho, inmediato o no, de que caiga el Gobierno Azaña. Quienes sigan el proceso revolucionario con cierta serenidad y algún conocimiento de la verdadera significación con que operan en nuestro siglo las fuerzas e ideales aquí en pelea, ese hecho de producirse, no puede resolver, ni aclarar, ni modificar la ruta de la revolución.

Podrá caer el Gobierno Azaña. Podrá incluso no haber ministros socialistas en el Gobierno que lo substituya. Pero a la vez puede también afirmarse sin riesgo, rotundamente, que si la nueva situación no dispone frente al marxismo de otras defensas y otras bases que las conocidas, ensayadas y fracasadas defensas de los partidos y agrupaciones que hoy existen, el predominio socialista sobre el régimen, el control de la revolución por el socialismo cambiará de aspecto, de signo, pero no de realidad en la zona esencial del mando.

No hay, pues, derecho a engañar a nadie ni engañarse. Para la gran cantidad de españoles —la inmensa mayoría nacional— que, por móviles y motivaciones muy diversos, mostramos interés, afán y propósito firmísimo de detener la ola marxista hoy triunfante, es de importancia suma aclarar el problema de los medios y eficacias que están ahí a mano para conjurar el peligro.

Y ese juego vano de que vociferen y peleen contra el marxismo, que es, no se olvide, inteligente y violento, unas fuerzas inermes, sin voluntad y sin filo, puede originar la fácil victoria marxista, que coloca ante sí una meta rotunda, que aún aceptando la ruta parlamentaria del régimen liberal burgués, no renuncia a sus consignas, frases ni tácticas revolucionarias, logrando así una eficacia política de imperiosidad indiscutible.

* * *

Es ya un axioma de la política europea más reciente que bajo un régimen liberal burgués el marxismo crece, se impone y triunfa. No hay dificultad alguna para explicarse una afirmación así. Pues caracteriza al marxismo sobre cualesquiera otro rasgo suyo el que se trata de una fuerza abiertamente antinacional, ajena a la raíz misma de la existencia nacional, desligada de ella y de su servicio. Y es bien sabido como la idea nacional, el culto de la Patria, se resquebraja y aniquila en el librecambio político de las luchas parlamentarias a través de los grupos y partidos en discusión y pelea permanentes.

La idea de Patria es de tal naturaleza, que se contradice con la posibilidad de que en sus recintos haya un disconforme, un enemigo. Pues la aceptación pura de este principio, sobre el cual nadie admite duda, es lo que ha llevado a algunos grandes pueblos de Europa a realizar el hallazgo de la única eficacia posible contra el marxismo. Y es la forja de una organización que tome sobre sí la tarea de enarbolar a la desesperada la bandera nacional en peligro, el llamamiento al pueblo, que es a quien pertenece en su instancia más pura el derecho a una Patria y a unos ideales nacionales, para que defienda su propia alma y su propio destino.

Y ese llamamiento al pueblo, esa utilización e intervención de las masas populares en la lucha contra el marxismo da entrada a la verdadera angustia social que nuestra época

conoce. La burguesía demoliberal es incapaz de comprender en sus dimensiones exactas la realidad social de nuestro siglo. Sus instituciones son inservibles y carece en absoluto de rutas claras que ofrecer a las masas. Y he aquí otro motivo, otra razón, para que aparezca como sierva del marxismo y, así, frente a él, no distingue otra diferencia que la del tiempo o rapidez con que debe procederse a las reformas o subvenciones de carácter social que aquél propugna. Que, por otra parte, cree lícitas y acertadas, y sus únicos reparos nacen, repito, de su interés en el que se destilen gota a gota.

* * *

He aquí, pues, el problema. La revolución de Abril sirve hasta aquí con toda pureza a la línea marxista. No hay hoy en España sino marxismo y burguesía demoliberal. Lo que después de las consideraciones hechas permite decir que no hay sino marxismo. Y véase como desde semejante atalaya la cuestión no es la caída o sostenimiento del Gobierno. El primer rango no correspondería a ese hecho, sino a la posibilidad de que surja en España alguna cosa, alguna organización popular que alumbre sobre el escenario político una eficacia diferente.

Sólo un movimiento que recoja el sentido social de las masas frente a los errores económicos del marxismo y nutra de corazones jóvenes el servicio de una grandeza nacional española puede romper en cien pedazos la pugna mediocre que denunciamos en este artículo. Crear las nuevas instituciones justicieras que precisa nuestro pueblo y, sobre todo, descubrir briosamente que el fracaso terminante de la monarquía y el casi igual de los procedimientos instaurados con la República, no ciega ni aniquila la capacidad de España, del pueblo español, para realizar el hallazgo de otro régimen social y político que el que cabe y ha cabido en aquellas dos denominaciones.

Señales y síntomas de que ello pueda tener efectividad se advierten ya en ciertos medios juveniles, que se disponen al parecer, a iniciar el gran salto.

[*Informaciones,* Madrid, año XII, nº 3412, 2 - marzo - 1933. p. 1]

URGENCIAS. La estrategia política

Los períodos revolucionarios presentan una lógica más implacable y exacta que los períodos políticos normales. Nunca es más fácil orientarse y emprender con optimismo y acometividad una acción política que cuando se anda en la tarea de hacer o batir una revolución. (Entre paréntesis, cosa ésta en realidad idéntica, porque es de elemental aprendizaje que una revolución sólo puede ser batida, destruida y anulada haciendo en su lugar otra revolución diferente, de más vigor, audacia y rotundidad que la primera.) Ello consiste en una mayor simplicidad, una más clara y abierta desnudez con que los hechos políticos se presentan. En cuanto una revolución se inicia, el número de posibilidades, de cartas que intervienen en el porvenir inmediato del país, donde tal cosa acontezca, se reduce de un modo notorio. Pueden ocurrir, pues, un número muy exiguo de cosas, y además en tiempo breve, de presunción fácil. He ahí por qué repetimos ser de orientación más sencilla, de profecía más elemental y, por tanto, de estrategia política más segura los momentos revolucionarios que los otros.

* * *

Todos los españoles vemos y advertimos ahora el desarrollo de la revolución de Abril. Desde el primer día eran bien previsibles sus etapas, el destino que esperaba a los motivos ideológicos de su presencia, el juego de ambientes y rutas a que habían necesariamente de ligarla, de un lado la realidad económicosocial de España y de otro la atmósfera política de Europa. Todos esos factores, sin olvidar el tipo de odios y entusiasmos que destilaban las masas, permitían asegurar desde el primer instante que la solución liberal burguesa, la exigencia ortodoxa y sincera de un régimen parlamentario democrático estaba en absoluto desplazada como meta de la revolución. Y ello, no porque faltase en los hombres y grupos políticos voluntad de alcanzar o construir un régimen de ese carácter, sino porque se trataba de una empresa de veras imposible. En el siglo XX no hay elementos políticos ni económicos ni temperamentales para instaurar en parte alguna un estado liberal, burgués y parlamentario.

El gran sector de españoles para quienes una verdad así permaneciese obscura ha tenido ya dos años de aprendizaje eficaz, tras de los cuales es legítimo señalar como ineptos evidentes para entender cosas políticas a quienes sigan aún impermeables a certeza semejante. Está, pues, bien claro que la revolución democrática de Abril, con su bagaje de cosas posibles e imposibles, se va convirtiendo de un modo necesario en revolución socialista. Pues este partido es el único grupo para quien no supone obstáculo grave el advertir la imposibilidad de los propósitos democráticos. Todos los demás que acometieron con él la tarea de dotar a Espada de órganos e instituciones liberales sienten ahora el vacío de sus sueños, el naufragio de los sistemas y de las ideas de que nutrían su propia existencia política. Y así, o son desplazados del Poder, como Lerroux (a quien puede ya asegurársele que no dispondrá de ministerio alguno para sus amigos hasta que no reconozca la «verdad» de los socialistas), o se ven obligados a declaraciones antiliberales rotundas del tipo de las enunciadas hace breves días por el señor Albornoz en las Cortes.

¿Hay, por tanto, que resignarse y entregar definitivamente los mandos a los socialistas como únicos a quienes no alcanzan ni importan las lamentaciones ante las libertades fugitivas? Todo lo que hoy en España es gubernamental contesta decididamente que si. Y todo lo que en Espada quede a extramuros de eso tendrá que plantearse la pavorosa realidad que un «sí» de tal naturaleza representa.

* * *

Nosotros tenemos la sospecha, casi más bien la seguridad, de que España está hoy indefensa contra la probable victoria marxista debido a la estrategia errónea que siguen los partidos, periódicos y sectores a quienes interesa desde luego impedir ese triunfo. Frente al

marxismo no caben actitudes como las que hoy se advierten y esgrimen. No se le puede combatir en nombre de la libertad política porque, aparte de que hoy no cae nadie en ella ni nadie necesita de ella en serio, no había de serle difícil a los socialistas presentarse ante las masas como sus campeones más auténticos y rigurosos. Tampoco oponiéndole en bloque una clase extraproletaria, porque eso sería sencillamente aceptar y proclamar la licitud de la lucha de clases, que es lo que desea y se afana el marxismo en conseguir. También afirmamos la ineficacia de las consignas de orden exclusivamente religioso, porque el tener o no tener creencias no implica un compromiso de batalla política, y cada día, por otra parte, aparece más notoria la inhibición de las masas de creyentes en el plano de las eficacias políticas modernas.

Pero en 1933 no es ya tan sólo un producto teórico, sino que se ilustra con ejemplos de resonancia amplísima la afirmación de que contra el marxismo no hay batalla posible sino desde la trinchera nacional, desde una doctrina más prieta, segura y rígida aún que la suya; es decir, a la que afecte menos el fracaso de los viejos artefactos demoliberales. Esa batalla y esa doctrina garantizan a la vez la adhesión y el concurso de las masas mismas que hoy se polarizan en torno a la angustia social de que el marxismo se nutre, y que hay que arrebatarle con coraje, seguridad económica y emoción nacional purísima. La clave de esto que decimos ha sido descifrada rotundamente en Italia y Alemania, ejemplos concretos y cercanos que podan de nuestras palabras todo brote de especulación y de fantasía.

* * *

Una doctrina nacional, una concepción sindicalista o corporativa del Estado y una estrategia audaz y segura son los ingrediente únicos de la revolución que hay que realizar para detener, machacar e impedir la revolución socialista. Todo lo demás puede muy bien encomendarse al primero que lo solicite.

¿Existe esa doctrina o por lo menos se desarrolla esa estrategia inteligente? Con relación a esto último, confesamos que hemos visto demudados la actitud de la Prensa antimarxista ante el discurso de Largo Caballero en Ginebra y las declaraciones de Albornoz en el Congreso. ¡¡Se ha calificado todo eso de fascista!! Es decir, lo que aquí se llaman las «derechas han proclamado que los gobernantes españoles son ¡¡fascistas!!

Todo esto, aparte de otras cosas, revela una ausencia radical de estrategia política en esos medios. Porque un discurso como el de Largo Caballero, que se inspiró en conceptos leninianos y fue pronunciado por un notorio militante marxista, no precisa del fascismo, del concepto fascista antiliberal del Estado, para explicar la oposición que en él se contenga a un régimen parlamentario democrático. Es más fácil y verdadero presentarlo como lo que en realidad fue: un discurso bolchevizante. ¿Es que cree esa Prensa que debilita y hostiliza más al Gobierno presentándolo como fascista que como servidor de un destino bolchevique? En cuanto a los conceptos antiliberales del señor Albornoz, calificados asimismo de fascistas, la explicación es idéntica; sólo que en vez de requerir para comprenderlos la presencia del hecho ruso, pues Albornoz no es marxista, nos basta acudir al hecho mejicano, a los posos de coacción jacobina con que todas las situaciones revolucionarias se defienden.

Créasenos, señores, que por ahora lo más urgente aquí es sólo y nada menos que esto: un estratega. Es decir, quien señale e indique por dónde aparece cada día el punto vulnerable. ¿Pues no estamos ante la urgencia de un plan de operaciones políticas?

[*Informaciones*, Madrid, año XII, nº 3528, 6 – julio – 1933, p.1]

TAL COMO VIENE. Las divergencias con Falange Española de las J. O. N. S. Una carta del señor Ledesma Ramos

«Madrid, 20 de enero de 1935. Señor don Juan Pujol.

Mi querido amigo: El hecho de que las J.O.N.S., hayan declarado rotas sus relaciones con Falange Española y con Primo de Rivera, ha promovido, como usted sabe, cierta agitación en los periódicos. Dos veces, en los números del viernes y del sábado último, ha dado ocasión INFORMACIONES a Primo de Rivera para calificar y comentar la escisión de las J.O.N.S.

Pues bien, en ambas ocasiones este señor se ha limitado a lanzar sobre mis camaradas jonsistas y sobre mí las peores injurias, calificándonos con una dureza y una irresponsabilidad que sólo estados de despecho o situaciones demenciales del ánimo explican.

Yo, amigo mío, mantengo la serenidad, por creerme con mis camaradas de las J.O.N.S., en el terreno firme de la razón y de la justicia, y contesto con las siguientes afirmaciones serenas, facilitándolo así a usted su indudable deseo de que pueda yo defenderme en su periódico.

1.º La actitud de las J.O.N.S., frente al señor Primo de Rivera reconoce por origen serio y único el que, creyéndose a sí mismo fracasado como jefe de la Falange y habiendo expuesto repetidas veces en el seno de la Junta política su carencia de consignas para dirigir el partido, no facilitaba a éste la tarea de su sustitución, sabiendo que era el único medio de conservar la unidad del movimiento.

2.º Se me califica por Primo de Rivera de incorporado, de elemento introducido como por sorpresa en el movimiento. Frente a eso, afirmo y proclamo: «Que soy precisamente el fundador de las J.O.N.S., con un grupo reducido de camaradas entre los que no se encontraban desde luego Primo de Rivera ni nadie de Falange Española. Que soy director de la revista teórica donde se ha creado la doctrina nacionalsindicalista del partido. Que poseía en Falange Española de las J.O.N.S., antes de la escisión, el número «uno» de «carne». Que era asimismo en el momento de la escisión, presidente de la Junta Política Central, cargo que según los Estatutos corresponde al «segundo» jerarca del partido».

3.º La escisión de las J.O.N.S., es total. Y así será comprobado en el Congreso o Asamblea jonsista que se celebrará en Madrid muy en breve.

Nada más. Queda muy agradecido a la publicación de esta carta, y le reitera su afecto su afmo. amigo, *Ramiro Ledesma Ramos*».

[*Informaciones*, Madrid, nº 4.006, 21 – enero – 1935, p. 3.]


JONS
JONS
ORGANO TEORICO DE LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL - SINDICALISTA
Ramiro
LEDESMA RAMOS
ESCRITOS POLITICOS
1933-1934

«JONS» Ramiro Ledesma Ramos

Escritos políticos 1933-1934

Edición digital ampliada 2013

ÍNDICE

NUMERO 1. Mayo 1933.

Carácter de nuestra revista.

Las JONS lanzan su Revista teórica, es decir, sus razones polémicas frente a aquellas de que dispone y maneja el enemigo. El Partido dará así a la juventud nacional española una línea de firmeza inexpugnable. No sólo la consigna justa, la orden eficaz y el grito resonante, sino también las razones, el sistema y las ideas que consigan para nuestro movimiento «jonsista» prestigio y profundidad. La Revista "JONS" no será para el Partido un remanso, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y «razonable». No. "JONS" será justamente el laboratorio que proporcione al Partido la teoría revolucionaria que necesita. No hará, pues, un camarada nuestro el gesto más leve, la acción más sencilla, sin que sirva con rotundidad lógica a una teoría revolucionaria, a unos perfiles implacables, que constituyen nuestra fe misma de españoles, nuestro sacrificio, nuestra entrega a la España nuestra.

Aquí aparecerán, pues, justificadas con cierta rigidez, con cierta dureza, las orientaciones del Partido. A ellas han de permanecer sujetos los propagandistas y los organizadores locales que hoy piden al movimiento bases teóricas, doctrina «jonsista». Porque las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA no disponen sólo de un estilo vital, es decir, de un modo de ser activo, militante y revolucionario, que es el alma misma de las juventudes de esta época, sino que, a la vez, disponen de una doctrina, de una justificación, de un impulso en el plano de los principios teóricos.

Ahora bien; ya tiene razón -sin más razones- nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas. Para hacer eso, basta permanecer fiel a algo que es anterior y primero que toda acción política, que toda idea y toda manifestación: el culto de la Patria, la defensa de nuestra propia tierra, de nuestro ser más primario y elemental: nuestro ser de españoles. Quede esto dicho con claridad, en primera y única instancia: para combatir al marxismo no hacen falta razones, mejor dicho, huelgan las razones.

Pero el movimiento JONS es antimarxista y otras cosas también. Lo necesitamos todo. Pues las generaciones que nos han antecedido de modo inmediato, nos hacen entrega de una herencia exigua. Algún hombre aislado, de gran emoción nacional y de gran talla. Pero ningún lineamiento seguro, ningún asidero firme en que apoyarnos. Todo hemos de hacerlo y todo lo haremos. Buscando, frente a las ausencias inmediatas, las presencias lejanas, rotundas y luminosas del gran siglo imperial, y también de los años mismos en que aparecieron por vez primera nuestros haces, nuestras flechas enlazadas: la unidad nacional, la realidad histórica de España, los signos creadores y geniales de Isabel y de Fernando.

El movimiento JONS es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir -o reconstruir- estrictamente una Nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles.

En fin, camaradas, al frente de este primer número os pido fe en las JONS, fe en las consignas justas del partido, fe en España y fe en el esfuerzo de la juventud nacional. Pues con ese bagaje haremos la revolución y triunfaremos.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

¡Ni democracia burguesa ni marxismo! (Informe político para el Partido)

En abril de 1931 era efectivamente insostenible, indefendible, la realidad política de la monarquía. Ahí radica, quizá, la licitud del hecho revolucionario que presentó a los españoles la posibilidad de un salto airoso. Pudo entonces pensarse que el simple advenimiento de la República conseguiría afirmar y robustecer la expresión nacional, basando su ruta en los más limpios valores de nuestro pueblo. Ello era bien difícil, sin embargo, porque la revolución fue iniciada o impulsada en nombre de dos tendencias políticas igualmente recusables como engendradoras de ciclo alguno valioso.

Esas dos fuerzas, únicas que iban a colaborar en la constitución del Estado nuevo, tienen estos rótulos: burguesía liberal y marxismo. Ninguna otra cosa, ninguna organización que no sea lícito incluir en esas dos denominaciones, tuvo vida efectiva, realidad «política» efectiva, en aquellos meses primeros de la República ni aun siquiera la tiene hoy mismo. No hemos conocido, pues, en los dos años de vigencia del régimen, otra pugna política que ésa: de un lado, burguesía liberal, de derecha, de izquierda o de centro, con unos afanes que se limitan y concretan a implantar en España una democracia parlamentaria. De otro lado, las fuerzas marxistas, agrupadas casi totalmente en el partido socialista.

Siendo está la realidad política sobre la que se operaba y edificaba la revolución de abril, eran facilísimamente previsibles estas dos cosas: Primera, que las nuevas instituciones quedarían al margen de la autenticidad española, de espaldas al histórico imperativo que antes dijimos daba licitud a la revolución, el de dar conciencia nacional, española, a los españoles; segunda, que correspondería al partido socialista el control efectivo del nuevo régimen; es decir, que se inauguraban en España las etapas rotundas y claras de una revolución socialista.

La pugna entre la burguesía liberal, cuyo más caracterizado representante es Lerroux, y el marxismo, tuvo bien pronto efectividad en la política republicana. Recuérdese el episodio Lerroux-Prieto, ya en el mes de julio de 1931. Lerroux fue vencido, naturalmente, y desde aquella hora misma la balanza revolucionaria tuvo una franca preferencia, una segura inclinación hacia los intereses, las ideas y las posiciones del partido socialista.

Así era y así tenía necesariamente que ser. La democracia burguesa y parlamentaria está hoy por completo, en todo el mundo, vacía de posibilidades, ajena a la realidad social y política de nuestro tiempo. Sólo el hecho de aparecer en España al filo de una «revolución fácil» como la de abril puede explicar que hoy se agrupen grandes núcleos de españoles en torno a esa fórmula ineficaz y boba. El marxismo, venciendo a Lerroux, no realizaba, en efecto, una empresa de romanos.

Ahora bien, esa imposibilidad revolucionaria, histórica, de que las fuerzas demoliberales desplazaran al marxismo, puso ante España el peligro, notoriamente grave, de una plenitud socialista de franco perfil bolchevique. Si ello no ha acontecido aún se debe a que las etapas de la revolución española, que ha tenido que ir pasando por una serie de ilusiones populares, se caracterizan por una cierta lentitud. A la vez, porque, afortunadamente, el partido socialista no posee una excesiva capacidad para el hecho revolucionario violento, cosa a que, por otra parte, no le habría obligado aún a realizar la mecánica del régimen parlamentario y, además, que existen grandes masas obreras fuera de la disciplina y de la táctica marxistas. Por ejemplo, toda la C.N.T.

Sin presunción alguna, declaramos que toda la trayectoria política desde abril, ha sido predicha por nosotros con cabalísima exactitud. Ello era, desde luego, tarea sencilla y fácil. Bastaba un ligero conocimiento de lo que es una revolución y conservar un mínimum de serenidad para advertir la presencia de los hechos en su relieve exacto. Hace ya, pues, muchos meses que la única tarea en realidad urgente para todos cuantos dispongan de una emoción nacional que defender frente al marxismo sombrío, antiespañol y bárbaro, era la de romper esa dualidad a que nos venimos refiriendo; es decir, presentar en el ruedo político, donde forcejeaban radicales y socialistas, una tercera cosa, una tercera tendencia, algo que lograse, de un lado, la eficacia constructiva, nacional y poderosa que la burguesía demoliberal no conseguía ni podía conseguir y, de otro, que dispusiese de vigor suficientemente firme para batir al marxismo en su mismo plano revolucionario y violento.

Ni por la derecha ni por la izquierda ha sido comprendido ese clamor, advertida esa necesidad. Claro que ello significaría que España levantaba, efectivamente, su gesto histórico, casi desconocido y oculto desde hace nada menos que dos siglos. En vez de eso, hubo las jornadas insurreccionales de agosto, el golpe de Estado de Sanjurjo, al grito, no se olvide, de «¡Viva la soberanía nacional!», con que solía también finalizar sus proclamas Espartero. Era inminente entonces el Estatuto de Cataluña y ya una realidad el triunfo del partido socialista sobre Lerroux. El fracaso del golpe de

agosto hizo que la situación incidiese de nuevo en las características que venimos presentando con insistencia: democracia parlamentaria o marxismo.

Así seguimos, pues fuera de la acción de nuestro Partido, juzgada, presentada y perseguida por el Gobierno como actividad fascista, no hay nada en el horizonte de España que tienda a romper esa limitación. No es preciso hablar de los esfuerzos de organización que los elementos llamados de «derecha» realizan con cierta profusión, porque no han sido capaces de incorporar nada, presentándose en la política como partidarios de esas formas mismas que venimos señalando como fracasadas e impotentes. En efecto, los periódicos y partidos que representan a lo que se denomina «las derechas» -caduca rotulación que es preciso desterrar, como esa otra de «izquierdas»- se han unido a los clamores de la democracia parlamentaria, suspiran por ella todos los días, traicionando así el deber en que se hallaban de favorecer la presencia de una nueva política, del tipo y carácter de la que hoy aparece en todo el mundo como triunfal y victoriosa, recogiendo en sus fuentes más puras el afán que todos sentimos de arrancar de una vez la carátula de desgracias, decadencias, complejos de inferioridad o como quieran llamarse, que define y destroza la faz auténtica de España.

Redactamos este informe en las horas mismas en que se resiente el actual Gobierno Azaña bajo la presión obstruccionista. No sabemos qué acontecerá; pero sí que sea lo que quiera, no ha de contradecir ni una de las afirmaciones que hemos hecho. Podrán o no irse los ministros socialistas. Es lo mismo. Porque lo verdaderamente esencial es que si el partido socialista retira sus ministros lo hará con la exacta garantía de que el nuevo Gobierno no manejará resortes «nacionales» contra el marxismo; es decir, que no se unirá o será influido por el tipo de política a que tienden de modo fatal las situaciones políticas que, por unas u otras causas, dan batalla al marxismo. Este peligro lo advierten hoy los socialistas en un Gobierno Lerroux. En opinión nuestra, de modo infundado, porque a Lerroux le adornan todas las solemnes decrepitudes de la burguesía liberal y parlamentaria.

Los socialistas, su táctica y su técnica marxistas, son el auténtico peligro, dentro o fuera del Poder. Dentro, porque todos los españoles deben tener la seguridad de que prepararán de un modo frío, implacable y sistemático la revolución socialista. Fuera, porque si dimiten es con la garantía de que serán respetados, guardados y defendidos sus reductos.

Si alguna conclusión se deduce lógicamente de este informe, que creemos justo y verdadero, es la de que nuestro Partido, las JONS, se encuentra en la línea de la eficacia más segura. Es lícito que proclamemos que, o se extiende y organiza el Partido hasta alcanzar la fuerte adhesión de los mejores núcleos españoles, con capacidad para comprender o intuir nuestro doble y cruzado carácter «nacional y sindicalista», «sindicalista y nacional», o bien España es fatal y tristemente una presa socialista; el segundo experimento mundial de la revolución roja. El dilema es implacable. O esto o aquello. Así de simple, de sencilla y dramática es la situación de España, como lo es, en resumen, la situación misma del mundo.

O las flechas «jonsistas» imponen su victoria insurreccional contra el marxismo o el triunfo de la revolución socialista es seguro.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

El Primero de mayo marxista

Igualamos al que más en fervor proletario, en afanes de justicia para las masas trabajadoras. Por eso la presencia de una fiesta suya, que ellos celebran con alegría y ruido, produce en nosotros, trabajadores y proletarios asimismo, una inmediata reacción de simpatía.

¡Bien por la fiesta obrera, que muchas otras fiestas de otros, al cabo del año, son para los trabajadores jornadas laboriosas!

Pero estos primeros de mayo no son sólo fiestas proletarias, sino fiestas marxistas; las guía un culto a esa cosa fría, antinacional y bárbara que es el marxismo. Por eso los comentarios nuestros de hoy tienen una justificación. No ya los obreros enrolados en las organizaciones marxistas, sino

sus capataces, dirigentes y tiranuelos ponen interés en que el Primero de mayo sea «una gran demostración marxista». En efecto, para quien no tenga otros medios de conocer el marxismo, le brindamos por su rotundidad éste: vea lo bien que realizan eso de parar, aniquilar y destruir durante veinticuatro horas la vida civilizada de las gentes. Eso lo hace a maravilla el marxismo: parar, aniquilar, destruir.

¿Quiere decírsenos qué otra explicación que ésa justifica el hecho de que se quiera añadir a la lícita fiesta proletaria un interés sañudo por el paro absoluto, de muerte, hasta de funciones de las que no debe ni quiere prescindir ningún pueblo civilizado?

Nosotros haremos de ese día proletario una auténtica fiesta proletaria y nacional, sin tristeza ni lamentaciones de nadie. El Primero de mayo: día proletario, pero también aquel gran día del imperio español del XVI, en el que dos mundos celebraban el Día de Felipe, el día optimista y fuerte para la divina cosa de ser español.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

Hombres y partidos de España

***E**n esta sección desfilarán por nuestra Revista los hombres y los partidos políticos que hoy trabajan y combaten por influir en el futuro de España. Traeremos, pues, aquí, el juicio que nos merecen, la crítica de sus tendencias y de sus pasos. Con un propósito que se enlaza con el propósito general de la Revista: Definir, señalar y destacar la significación nuestra. Se logra esto de muchos modos, y no es el más oscuro este que elegimos aquí. ¿Qué pensamos de estas gentes y de aquellos grupos? La política es en gran parte -en su mayor parte- cosa personalísima, que se nutre de lo que hay en los hombres, en cada uno de ellos, de más peculiar y característico: su relieve, su palpitante presencia. Los partidos son los que están ahí, disputándonos a nosotros y a los demás la adhesión de los españoles. Hemos de moverle polémica, más o menos dura, claro, según proximidad o lejanía a lo que nosotros significamos y somos.*

Hoy hablamos de dos hombres, de dos nombres: don Ramiro de Maeztu y el Comandante Franco. Y de un partido: Acción Popular. En números sucesivos espigaremos en la amplitud española otros partidos y otros nombres.

Don Ramiro de Maeztu

Bien puede destacarse a Ramiro de Maeztu como un intelectual y un político de hondas sinceridades y de hondas razones. Algunos, con frívola actitud y turbia intención, pueden negarle y de hecho le niegan ambas cosas. Pero quien tenga capacidad de ordenación para los usos y tareas intelectuales y quien mire y aprecie el revés auténtico de las decisiones políticas, verá en Maeztu el genuino representante del hombre cuya línea de acción obedece y sigue unos perfiles sistemáticos, es decir, profundos, articulados y serios.

Hoy nosotros lo consideramos como uno de los pocos españoles capaces de ofrecer los valores perdurables de España, en forma grata, a las juventudes estudiosas y exigentes, esto es, con rigor conceptual y firmeza de emoción auténticamente española. Nadie ha realizado hasta ahora semejante importantísima labor: presentar de un modo inteligente, resuelto y vigoroso la verdad histórica de España, su rango, su fuerza y sus razones. Había, sí, la emoción y los datos en tal cual libro sabio y nacional de Menéndez Pelayo. Y tales cuales atisbos líricos en oradores de partido lírico. Pero faltaba esta otra tarea, que nadie mejor que Maeztu puede hoy acometer en España: el estudio sistemático, conceptuoso y penetrante que ofrecer a juventudes desviadas, pero exigentes y finas.

Este es el aspecto de Maeztu que nos interesa y que aquí ofrecemos con elogio. Ningún otro. Tenga por seguro que la política de las JONS no es su política, ni le seguiremos en lo que sobre este campo realice hoy de modo concreto. Hemos perdido toda la fe -si es que podemos haberla tenido-

en ideas y remedios que él, sin duda, cree aún valiosos. Vamos hacia adelante, a descubrir ideas y remedios nuevos, con fe en nuestro carácter de españoles; pero solos, sin nortes antiguos ni añoranzas. Además, están ahí las masas populares, esperando de «lo nacional» su salvación histórica, sí, pero también su salvación diaria y concreta en el dominio de la economía. Les ofrecemos emoción nacional, mas también sindicatos justicieros y fuertes, aunque tiemblen y nos abandonen los burgueses.

Esperamos los estudios de Maeztu sobre la Hispanidad con impaciencia, y sepa que nuestros camaradas de las JONS los requieren, necesitan y se afanan por darles continuidad en el plano de los hechos.

El Comandante Franco [1]

No es ahora la primera vez que desde nuestro campo nacional-sindicalista y revolucionario tendemos hacia el comandante Franco una mirada escrutadora. Lo vimos aparecer hace dos años en la lucha democrática de entonces con estilo y eficacia. Pudo ser, a raíz de la República, por su inmediata disconformidad con aquel primer Gobierno liberal-burgués, por su voluntad decidida de intervención revolucionaria, por su juventud y orígenes de milicia, el hombre de la intuición española e implacablemente «nacional y sindicalista», que hizo falta en aquellos meses turbios y decisivos.

Franco prefirió seguir a la deriva, sin norte rotundo ni emoción nacional alguna, entregado a la vía estrecha, negativa y ruinosa de unos ideales revolucionarios infecundos y secos. No comprendió que su rebeldía y su protesta contra aquella otra España de «antes de abril» podía sólo justificarse histórica, juvenil y nacionalmente si se empleaba y utilizaba en hacer duros y vigorosos los ideales españoles que entonces aparecían denegados y mustios. En vez de eso, Franco se unió con ceguera terrible a los negadores de «lo español», a sus desviaciones lamentables, sin procurar atraerlos él a sí, uniendo el posible vigor de aquéllos a una causa de otro rango, que inaugurase la reconstrucción de la España nuestra.

No pudo ser, repetimos, «nacional y sindicalista», creyendo ser quizá esto último con pureza, y no fue ni una cosa ni otra. No fue nada. Triste pelele de unos y otros, gastó su entusiasmo, su voluntad de acción en salvas infecundas, a extramuros de la verdad social y nacional de España.

Hemos asistido a esa trayectoria con dolor, que creemos ya irremediable y fatal. ¿Podrá Franco levantar de nuevo en vilo su fervor español y revolucionario, uniéndose a algo que luche heroica y auténticamente por recuperar para España su fortaleza, su vigor y su libertad? Quizá, pero nosotros, que desde hace dos años tenemos fija la mirada en el Comandante Franco, inquiriendo con exigencia crítica sus pasos, declaramos nuestro radical pesimismo. Pero así como nos equivocábamos hace dos años, en «La Conquista del Estado», siendo optimistas en cuanto a las posibilidades «nacionales» de Franco, pudiéramos ahora equivocarnos siendo pesimistas. Veremos.

Acción Popular

Las circunstancias españolas, sobre las que hay que moldear en esta hora todos los juicios y todos los actos, consisten en que está sobre el país, acampada en él, una tendencia revolucionaria de tipo marxista. Ya en las primeras semanas que siguieron al hecho de abril pudo advertirse que ésa era la realidad más grave: el predominio del espíritu socialista en la revolución republicana democrática.

Acción Popular nació en aquellas jornadas subsiguientes a la República. Como un primer refugio defensivo, como una concesión inmediata al plano de la política entonces surgida, como un título que autorizase la pugna en los recintos de la nueva legalidad.

Mientras Acción Popular fue eso, no fue, naturalmente, un partido, sino una masa informe de gentes, con un número exiguo de coincidencias. Pero con una significación rotunda y destacada: era una agrupación electoral que se sometía «a priori» a las normas aún desconocidas del nuevo régimen, que se disponía a regatear las concesiones que en nombre de lo antiguo era posible o conveniente facilitar de grado a lo nuevo. (Así la primera lección recibida fue la de que las revoluciones no necesitan que se les conceda de gracia nada; lo toman por sí, con la coacción o violencia que emana de su propio carácter.)

[1] Comandante de Aviación Ramón Franco Bahamonde.

No era, pues, difícil predecir el relativo fracaso de la nueva entidad conservadora. Así y todo, en aquellos meses turbios, durante los cuales todo lo antinacional, infecundo y destructor hallaba cobijo en las esferas oficiales, Acción Popular mostraba una cierta adhesión a valores perdurables de España, y ello explica su éxito numérico inmediato entre todos los sectores que por las razones más varias se sentían enemigos y desligados de la situación triunfante.

Desde la hora misma en que la revolución de abril adoptó el perfil marxista, y ello aconteció a los dos o tres meses, estaba descartada la ineficacia de los métodos que adoptaba Acción Popular, del espíritu con que se presentaba a la lucha, de la pobreza o candor ideológicos con que se equipaba para medir sus armas con las que esgrimían los partidos de abril. Ahora bien, fracasase o no -que sí fracasó- en su afán de influir en la elaboración constitucional, machacando alguna uña de la fiera, esto es, limando los antis furiosos de los que llegaban, no por eso hemos de negarle licitud, buena fe y derecho a ser considerada y estimada por las fuerzas antimarxistas como la nuestra, y agradecer aquellos trabajos de organización que realizó en los primeros meses.

Hay, pues, dos etapas clarísimas en la ruta de Acción Popular. Una comprende su primer período, aquél en que no aparecía como partido; esto es, como organización que se distingue por una táctica, unas afirmaciones ofensivas -un programa peculiarmente suyo- y una disciplina, sino más bien como un terreno neutral donde gentes diversas podían encontrar «transitorio» acomodo político. En esta primera etapa fueron ya muchos los reparos que brotaban frente a ella. Y no aludimos a su consigna sobre las formas de Gobierno, pues acerca de este particular son las JONS a quienes más sin cuidado le tienen esas cosas, sino a algo más hondo, grave e importante, como es su carácter blando y antimoderno, su cercanía de una parte a las viejas formas liberal-conservadoras, y de otra, a los tristes partidos sturzianos de Europa, su total desvío de la cuestión fundamental española, que es la de mantenerse en pie como Nación digna y una, etcétera.

Estas características que ya los fundadores primeros imprimieron a Acción Popular se destacan con más relieve en su segunda etapa, la actual, en que ya aparece como un partido, con una unidad de disciplina, de acción y de programa.

Frente a él, ante él, hemos de situarnos. Acción Popular es hoy un partido que puede ocasionar a nuestro movimiento jonsista el perjuicio de arrebatar de sus filas un sector de juventudes católicas, a las que una interpretación tendenciosa y una educación política falsa pueden situar a extramuros de la causa nacional-española, para convertirlas en adalides de una ruta desviada, como la que puede ensayarse en Bélgica o en Sumatra, pero indefendible, perturbadora y enemiga en la España nuestra.

Acción Popular, dirigida por Gil Robles y siguiendo las orientaciones teóricas superiores de don Ángel Herrera[2], tendrá derecho a que se le unan los sectores pacíficos, escépticos de «lo español» y que tengan poca gana de vencer «dificultades difíciles». Puede propagar en España esos tristes ensayos que fueron el populismo de dom Sturzo, la democracia cristiana y el equilibrio electoral de los belgas, conformistas y desilusionados de las grandes victorias que otros, sin embargo, obtienen fuera de aquí.

Las JONS están bien lejos de todo eso. Nos ilusiona la gran España posible y queremos luchar, como sea y donde sea, por conseguir ese triunfo. Pero no dejaremos de ver en amplios sectores de Acción Popular gente muy afín que sueña nuestras mismas cosas, y a las que habrá que conquistar para nuestro fervor nacional-sindicalista, para nuestra angustia de las masas españolas sin pan y sin justicia, para nuestra eficacia y nuestra lucha.

La oposición de los jefes de Acción Popular a todo posible fascismo son hondamente sintomáticas. Pues no la hacen en nombre de una más pulcra fidelidad a nuestro propio destino de españoles, al signo y genio creador de España -que es desde donde nosotros miramos con cuidado y prevención al fascismo-, sino porque encuentran en éste vitalidad nacional, fuerza de masas militantes y activas, voluntad revolucionaria, eficacia combativa. Cosas que, erróneamente, creen estos señores, en pugna con supuestas normas espirituales que todos respetamos, sentimos y queremos.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

---

[2] Ángel Herrera Oria, director del periódico católico «El Debate».

El nacional-socialismo en el Poder. La ruta de Alemania

Hasta la toma del Poder, Hitler era un genio de la organización y de la agitación políticas. Había derecho a negar que fuesen sinceros quienes no le reconocían esa virtud formidable. Ahí estaban, rígidos, disciplinados y poderosos, quince millones de alemanes proclamándolo rotundamente. El movimiento nacional-socialista creado en torno a Hitler se fundía con la autenticidad alemana. Su clamor, sus aspiraciones y sus ímpetus eran los verdaderos del pueblo alemán. Sobre ello no podía haber duda por parte de nadie que conservase una dosis ligerísima de capacidad para enjuiciar hechos políticos.

Ahora bien; en el movimiento hitlerista, mejor dicho, en Hitler mismo, había una incógnita tremenda. Todo el mundo podía preguntarse lícitamente si una vez conseguido por Hitler el Poder conservaría su figura y su prestigio el rango antiguo. Es decir, si Hitler, genio de la organización y de la agitación, era también un genio del mando político, un constructor de instituciones, un hombre de Estado.

Naturalmente que esa incógnita estaba ya resuelta de un modo afirmativo para quienes admiraban y seguían con entusiasmo su ruta de triunfos. Por ejemplo, los millones de alemanes adictos al partido. Pero no para los demás ni para los espectadores extranjeros, aun incluyéndonos entre éstos a nosotros, los de JONS, que en fidelidad a «lo nacional» y en angustia social andamos por análogos parajes.

Hitler es Canciller de Alemania desde hace tres meses. No corresponde a su Movimiento la totalidad del Poder, pues está en manos de políticos más o menos afines la mayoría de los ministerios. Este hecho, que alarma a algunos, inclinando su ánimo a reconocer de un modo pleno la victoria hitleriana, tiene explicación muy sencilla y verdadera. En primer lugar, Hitler sabe que su llegada al Poder supone para Alemania un régimen nuevo, con amplitud de tiempo suficiente para no apresurarse de un modo ciego e impolítico, sino más bien para realizar cada cosa a su hora. Los objetivos que aparecen como fundamentales en el movimiento de Hitler son estos dos: vigencia de la autenticidad alemana, es decir, sustitución de marxistas y judíos en el Gobierno y dirección de Alemania por hombres, ideas y sentimientos alemanes. Y el segundo: proceder revolucionariamente a la implantación de nuevas normas económicas, financieras y sociales que impidan el hambre de millones de alemanes en paro forzoso, la tiranía rentística a que los grandes especuladores bancarios -casi todos judíos- someten a la población alemana, la dependencia económica del extranjero, la solidaridad social.

Naturalmente, la primera preocupación del régimen nacional-socialista fue la de consolidar y afirmar sus posiciones frente a los terribles enemigos de su victoria. Y además, hacer cara a las tareas diarias, inmediatas e inaplazables que trae consigo la gobernación pública. No es, pues, extraño, ni puede considerarse con recelo, que gran número de ministerios quedasen fuera del control, personal de los hitlerianos. No se olvide que el partido de Hitler tenía una tradición de combate permanente, de grandes peleas políticas, y sus hombres eran indiscutiblemente más expertos en lides polémicas -a que les obligaba el carácter mismo revolucionario del partido- que en esas otras experiencias administrativas y de burocracia jurídica propias del funcionamiento normal del Estado. En ese trance, Hitler, con magnífico buen sentido, puso los ministerios en manos diestras, lo suficientemente afines para colaborar con los «nazis» en aquel primer objetivo que antes señalamos: la organización de la expresión alemana, la desarticulación del formidable aparato marxista. ¿No hizo eso mismo Mussolini los primeros dos años de fascismo, en que no se le ocurrió la equivocación de llevar al Gobierno a los jefes de sus escuadras?

Pero ahora Hitler, como antes Mussolini, sabe muy bien que es su partido el que posee la clave de los mandos esenciales y que todas las personas aisladas o los grupos que les ofrezcan colaboración no sirven en realidad otras metas que las que Hitler y su partido representan. Los tres meses de Gobierno transcurridos permiten advertir la notoria realidad de todo eso. Quien representa el centro vigoroso sobre que se agrupan las expectaciones es el partido nacional-socialista. El mismo día recibe su jefe la adhesión de los Cascos de Acero -fuerza, no se olvide, hasta ahora ajena al

movimiento de Hitler, surgida con otra mentalidad y otras preocupaciones- y el acatamiento de gran número de sindicatos socialistas. El es, pues, la realidad y la esperanza de Alemania.

Ahora bien, la gran prueba será, naturalmente, el día en que Hitler y su Gobierno lleguen a las cercanías del segundo objetivo: la reforma radical del régimen económico y financiero de Alemania. Nosotros creemos que ese día llegará y que los nacional-socialistas cumplirán sus compromisos, que, más que de programa, son compromisos de la realidad social alemana. No pueden sortearse ni ser tampoco ignorados. Y es sólo de su feliz solución de donde depende el futuro triunfal de este gran movimiento, cuyos pasos primeros tan legítima admiración produce hoy a todos nosotros.

No es España precisamente el país desde donde hoy puede ser juzgado con cierta objetividad el hecho alemán. Domina aquí, con insistencia absurda, el afán oficial de presentarnos como el refugio de todas las ideas y de todas las políticas ensayadas y fracasadas por los otros. Se odia en esas esferas, sin comprender nada de él, al movimiento de Hitler. Y así acontece que, siendo quizá España el único país que podía justificar hoy ante el mundo la acción antisemita de Alemania -ya que ella misma tuvo en ocasión memorable que defender su expresión nacional y su independencia contra los manejos israelitas-, se convierta hoy en la tierra de promisión para los judíos y vengan aquí los que huyen de lo que llaman «su patria alemana», de donde, después de todo ni se les expulsa ni se les persigue de modo alguno antihumano. Claro que tanto el arzobispo Verdier, en Francia, como «El Debate», en España, se han unido a la protesta de los judíos contra la persecución hitlerista. En España, ciertamente, no existe hoy problema judío. Pero, ¿no llegará a haberlo -y pavoroso- si desde los católicos de «El Debate» hasta los radicales socialistas ofrendan nuestro suelo a todos los que hoy huyen y escapan de Alemania?

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

Los «nazis» de Portugal

Algunos periódicos españoles, en prueba de esa generosidad tan madrileña hacia lo extranjero, han dedicado amplios reportajes al nacional-socialismo portugués. Lo hemos visto desfilar por la pantalla de grandes diarios de Madrid con un lujo fotográfico que tardará muchos lustros en disfrutar dentro de Portugal. Entre otras razones, porque allí no hay órganos periodísticos que sean capaces de semejante alarde.

No censuramos esa generosidad para con los fascistas lusitanos, sobre todo, por lo que tiene de cordial virtud española. Pero sí la tachamos de un poco demasiado bonachona y, desde luego, de desproporcionada con el objeto.

El joven partido portugués posee, desde hace poco más de un año, un diario: «Revolução». Este periódico, dentro de su modestia, está bien hecho. Nos parece que cumple hábilmente su cometido. En él pelean con destreza frente a los residuos del «democratismo» portugués y saben extender, en forma combativa y atrayente, su doctrina social y nacionalista.

Pero nuestros caros «irmãos de la beira mare atlântica» están poseídos de un antiespañolismo demagógico. Mantienen que Galicia -nada menos que Galicia- es para ellos tierra irredenta y querrían conquistar España entera y el mundo si les dejasen.

No hace mucho, cierto orador lírico que poseen decía en un pueblo del interior de Portugal que éste es la «cabeça da Europa e do mundo». A la vez, el partido se deshace con cualquier ocasión o sin ocasión ninguna en arrumacos con Inglaterra. Hablan de «da sagrada alianza» con este imperio. (La alianza del ignominioso Ultimátum del 90, la alianza de los setenta mil muertos portugueses en la gran guerra. ¡Qué diría Antonio Sardinha si viviera...!)

Fuera de estas menguas de nacionalismo, menguas flagrantes, y de esa vanidad femenil, insoportable para cualquier espíritu medianamente enterado de lo que es el mundo, repetimos que los fascistas portugueses hacen su labor y hasta es posible que consigan, como pretenden, suceder a Salazar en el tiempo -que Dios ponga muy lejano- en que éste falte. No es nuestro objeto presentar

a Salazar a los lectores de JONS. Diremos sólo que posee la virtud -extraordinaria entre los peninsulares- de hablar poco mientras hace mucho. Sobre todo -¡por Dios!- ni presume a la portuguesa ni fanfarronea. Por eso, quizá, está salvando a Portugal.

Con los «nazis» de la camisa azul y la cruz de Cristo, nosotros quisiéramos mantener no relaciones de ningún género, cosa que no nos interesa y que les obligaría inmediatamente a gritar por su eterna independencia, pero sí una amigable simpatía. Sin embargo, mientras persistan sus propósitos pintorescos de conquistarnos, nos limitaremos a guardar una actitud de regocijada expectación.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

Notas

El Dos de Mayo nacional

Ahí quedó esa fecha, una más, entre tantas como pueden ser conmemorados hechos y corajes españoles. Hasta ahora, se celebraba el día de un modo rituario y rutinario. Perdiéndose cada año cuanto tenía que ser imprescindible en jornadas así: la valorización, exaltación y sublimación de lo que hay y puede haber de más popular y hondo en las batallas. La vida nacional, el hecho magnífico de ser y formar en una Patria, requiere de vez en vez el sacrificio de la sangre, algo que recuerde a los escépticos y a la cobardía cínica de muchos que la continuidad y la Historia de España no es un capricho fácil de los hombres, sino que se debe a la voluntad decisiva, generosa y victoriosa de los españoles.

El Dos de Mayo podría tener un carácter ingenuo y como de estampa lejana, de morrión candoroso, pero también en la entraña de su signo brillaba con pureza el gesto de un pueblo con dignidad, proclamando su horror a esclavitudes infamantes.

Este año ha sido evidente el afán del Gobierno por aniquilar lo poco que quedaba de emoción y de recuerdo en torno de este día. Lo ha restituido a un día normal, sin importarle lo más mínimo el deber de contribuir, por el contrario, a darle realce y resonancia. Ha evitado, además, que otros lo hagan, como si una sombra de responsabilidad, un pudor insistente, pugnara con sus decisiones.

Quizá los vientos de una política internacional turbia le impidieran permitir que el pueblo recordase su gesto rebelde contra los franceses. Quizá la admiración por la patria gala, país de los derechos del hombre y de otros hallazgos divertidos, lo explique todo; pero nosotros encontramos también explicaciones más fáciles: se encuentra España bajo el signo marxista, es decir, bajo el imperio de la negación, de la ignorancia y del escarnio hacia lo que signifique entraña nacional, genio nacional, plenitud nacional.

¿Un fascismo español?

Todos nosotros creemos que el «hecho fascista» de Italia y la victoria del nacional-socialismo hitleriano son fenómenos geniales de esta época. Pero nosotros, «jonsistas», españoles, jamás nos apellidaremos a nosotros mismos «fascistas», como algunos compatriotas, afines a nuestro Partido, al parecer, hacen o pretenden.

Nadie puede creer en serio que para conducir al pueblo español hacia jornadas triunfales, en pos de la Patria, el pan y la justicia, sea conveniente, ni necesario, ni posible, mostrarle en una estampita, en un cromo, lo bien que funciona una marca política en este país o en aquél.

España se salvará extrayendo de sí el coraje, el contenido y las formas de una política, pariendo con sangre de sacrificio y dolor de autenticidad el futuro de sus rutas.

No podemos encomendar a ningún país extranjero el hallazgo de nuestra gloria y de nuestra propia salvación. Somos bravíos y genuinos. Pueblo eterno, creador y sabio. Antes que nadie,

España adoptó el fondo y la forma de todo lo que se inicia y surge ahora por el mundo como incipiencias prometedoras.

Piensen los camaradas afines, a quienes ocupa y preocupa hoy el afán de lanzar fascismos en España, en los riesgos graves que ello les traerá consigo: más que las balas marxistas, más que la ponzoña de los descastados y de los traidores, herirá al movimiento posible su fidelidad y su dependencia de formas, consignas, ritos y percances extranjeros. ¡Cuidado, camaradas, con el peligroso lazo!

Y no vale hablar del imperio y de la universalidad. Todo eso desde aquí, desde España, como centro y eje del imperio y de la universalidad.

Hay cosas que pueden serle permitidas a un Albiñana, en nombre de la fácil facilidad, pintoresca, pero nunca a quienes llegan creyendo incorporar a España un esfuerzo serio, un don de juventud, una ilusión generosa y un talento.

(«JONS», nº 1, Mayo 1933)

NUMERO 2. Junio 1933.

Nuestra Revolución

No somos ni podemos ser otra cosa que revolucionarios. Lo que las JONS pretenden es exactamente una revolución nacional. Y de tal modo es oportuna y precisa nuestra tarea, que quizá hasta hoy hubiera resultado imposible lanzar a las gentes de España una tal consigna. No existía firmeza alguna en nada desde donde iniciar con éxito las voces de guerra ni conocía nadie la existencia concreta de un enemigo cercano a quien batir. Todo ha variado felizmente, y nosotros no interpretamos la dictadura militar de Primo de Rivera y la victoria premarxista a que hoy asistimos sino como episodios de análogo estilo, que preparan sistemática y rotundamente las circunstancias españolas para que sea posible organizar el triunfo de una revolución nacional.

La sangre joven de España comienza a irritarse al comprender el drama histórico que pesa sobre nuestra cultura, sobre nuestro bienestar y sobre nuestras posibilidades de imperio. Confesamos que las JONS son ya un producto de esa irritación, ligado su destino, naturalmente, a las limitaciones que hoy advertimos en la realidad española. La agitación intelectual del Partido girará en torno al tremendo hecho histórico de que, siendo España ejecutora de acciones tan decisivas que han modificado el curso del mundo, creadora de valores culturales y humanos de primer rango, haya triunfado y predominado, sin embargo, en Europa, durante siglos, la creencia de que España es una Nación imperfecta, amputada de valores nobles y a la que hay que salvar dotándola de cultura nórdica y de buenos modos europeos. Pero hay algo más monstruoso, y es que esa creencia, propagada y lanzada por los pueblos tradicionalmente enemigos de España, ha sido compartida por muchos españoles, dedicados de un modo caluroso y frenético a enseñar a las juventudes esa desviación traidora, que constituía, al parecer, el único bagaje firme de sus ideas sobre España. Sería absurdo que nosotros pretendiéramos ahora descubrir concretamente quiénes son los culpables de que España se haya sentido negada en su base espiritual misma de una manera tan tosca. Pero es bien fácil denunciar el estilo y las formas que adoptó en su postrer etapa la actitud debeladora. Nuestra tesis es que en abril del 31 la monarquía no controlaba la defensa de los valores sustantivos de España. Vivía, sí, incrustada en las apariencias de esos valores. Así, la pelea contra la monarquía se hizo y alimentó de la negación de ellos, identificando luego el triunfo antimonárquico con el triunfo de todo un hilo de tradición rencorosa, en la que figuraban a través de la Historia de España todas esas minorías disconformes, disidentes de su unidad moral y de su ruta; o sea, las filas de todos los desasistidos, rechazados o simplemente ignorados por la trayectoria triunfal, histórica, del Estado español. De ese modo las descargas contra la monarquía lo eran también contra los valores españoles, y eso que, como antes dijimos, la monarquía de abril era un régimen indiferente por completo a ellos, sin sentirlos ni interesarse nada por su plena vigencia.

Todas las pugnas y revoluciones efectuadas durante el siglo XIX, así como luego la dictadura militar y esta República semimarxista de ahora, no rozaron ni rozan para nada el auténtico ser de España, ignorado y desconocido por los contendientes de una y otra trinchera.

Nosotros creemos, y ésa es la razón de existencia que las JONS tienen, que se acercan épocas oportunas para injertar de nuevo en el existir de España una meta histórica totalitaria y unánime. Es decir, que lance a todos los españoles tras de un afán único, obteniendo de ellos las energías y reservas que según la Historia de España -que es en muchos de sus capítulos la Historia del mundo- resulte lícito, posible e imperioso esperar de nuestro pueblo. Aquí reaparece nuestra consigna de revolución nacional, cuyo objetivo es ni más ni menos devolver a España, al pueblo español, la seguridad en sí mismo, en su capacidad de salvarse política, social y económicamente, restaurar el orgullo nacional, que le da derecho a pisar fuerte en todas las latitudes del globo, a sabiendas de que en cualquier lugar donde se halle españoles de otras épocas dejaron y sembraron cultura, civilización y temple.

La revolución nacional que propugnan las JONS no va a efectuarse, pues, con la plataforma de ninguna de las tendencias que hasta aquí han peleado. Nos declaramos al margen de ellas, si bien, naturalmente, esperamos que de las más afines se nos incorporen energías valiosas. La doctrina y el gesto es en nosotros inalterable y mantendremos con todo rigor el espíritu del Partido frente a los

concursos apresurados que nos lleguen. Sabemos que la captación de militantes ha de ser lenta y difícil porque incorporamos a la política española afirmaciones y negaciones de novedad rotunda. Metro a metro avanzarán nuestras conquistas, logrando soldados populares para la acción revolucionaria del Partido.

Las JONS actuarán a la vez en un sentido político, social y económico. Y su labor tiene que resumirse en una doctrina, una organización y una acción encaminadas a la conquista del Estado. Con una trayectoria de abajo a arriba, que se inicie recogiendo todos los clamores justos del pueblo, encauzándolos con eficacia y absorbiendo funciones orgánicas peculiares del Estado enemigo, hasta lograr su propia asfixia. Para todo ello están capacitados los nuevos equipos españoles que van llegando día a día con su juventud a cuestas. Son hoy, y lo serán aún más mañana, la justificación de nuestro Partido, la garantía de su realidad y, sobre todo, los sostenedores violentos de su derecho a detener revolucionariamente el vivir pacífico, melindroso y burgués de la España vieja.

Nuestra revolución requiere tres circunstancias, necesita esgrimir tres consignas con audacia y profundidad.

Estas:

1) SENTIDO NACIONAL, SENTIDO DEL ESTADO.- Incorporamos a la política de España un propósito firme de vincular a la existencia del Estado los valores de Unidad e Imperio de la Patria. No puede olvidar español alguno que aquí, en la península, nació la concepción moderna del Estado. Fuimos, con Isabel y Fernando, la primera Nación del mundo que ligó e identificó el Estado con el ser mismo nacional, uniendo sus destinos de un modo indisoluble y permanente. Todo estaba ya allí en el Estado, en el Estado nacional, y los primeros, los intereses feudales de los nobles, potencias rebeldes que equivalen a las resistencias liberal-burguesas con que hoy tropieza nuestra política.

Hay en nosotros una voluntad irreprimible, la de ser españoles, y las garantías de unidad, de permanencia y defensa misma de la Patria las encontramos precisamente en la realidad categórica del Estado. La Patria es unidad, «seguridad de que no hay enemigos, disconformes, en sus recintos». Y si el Estado no es intérprete de esa unidad ni la garantiza ni la logra, según ocurre en períodos transitorios y vidriosos de los pueblos, es entonces un Estado antinacional, impotente y frívolo.

Disponemos, pues, de un asidero absoluto. Quien se sitúe fuera de la órbita nacional, de su servicio, indiferente a la unidad de sus fines, es un enemigo, un insurrecto y, si no se expatría, un traidor. He aquí el único pilar firme, la única realidad de veras profunda que está hoy vigente en el mundo. Se había perdido la noción de unidad coactiva que es una Patria, un Estado nacional, y al recuperarla descubrimos que es sólo en su esfera donde radican poderes suficientemente vigorosos y legítimos para destruir sin vacilación todo conato de disidencia.

Rechazamos ese absurdo tópico de que el pueblo español es ingobernable y anárquico. Estamos, por el contrario, seguros de que abrazará con fervor la primera bandera unánime, disciplinada y profunda que se le ofrezca con lealtad y brío.

2) SENTIDO DE LA EFICACIA, DE LA ACCIÓN.- Antes que a ningún otro, las JONS responderán a un imperativo de acción, de milicia. Sabemos que nos esperan jornadas duras porque no nos engañamos acerca de la potencia y temibilidad de los enemigos que rugen ante nosotros. Sépanlo todos los «jonsistas» desde el primer día: nuestro Partido nace más con miras a la acción que a la palabra. Los pasos primeros, las victorias que den solidez y temple al Partido, tienen que ser de orden ejecutivo, actos de presencia.

Naturalmente, las JONS sienten la necesidad de que en el plazo más breve la mayoría de los españoles conozca su carácter, su perfil ideológico y su existencia política. Bien. Pero un hecho ilustra cien veces más rápida y eficazmente que un programa escrito. Y nosotros renunciaríamos a todo intento de captación doctrinal y teórica si no tuviéramos a la vez fe absoluta en la capacidad del pueblo español para hinchar de coraje sus empresas. Pues la lucha contra el marxismo, para que alcance y logre eficacia, no puede plantearse ni tener realidad en el plano de los principios teóricos, sino allí donde está ahora acampado, y es presumible que no bastarán ni servirán de mucho las razones.

Estamos seguros de que no se asfixiará nunca en España una empresa nacional de riesgo por falta de españoles heroicos que la ejecuten. Pero hace muchos años que el Estado oficial se encarga de desnucar toda tendencia valerosa de los españoles, borrando de ellos las ilusiones nacionales y educándolos en una moral cobarde, de pacifismo y renuncia, aunque luego los haga soldados

obligatorios y los envíe a Marruecos influidos por la sospecha de que batirse y morir por la Patria es una tontería.

Necesitamos camaradas impávidos, serenos ante las peripecias más crudas. Nacemos para una política de sacrificio y riesgo. Pues aunque el enemigo marxista se nutre de residuos extrahispánicos, de razas que hasta aquí vivieron parasitaria y ocultamente en nuestro país con características cobardes, el engaño y la falacia de sus propagandas le han conseguido quizá la adhesión de núcleos populares densos. Y el marxismo no tolerará sin violencia que se difunda y propague entre las masas nuestra verdad nacional y sindicalista, seguros de la rapidez de su propia derrota.

El éxito de las JONS radicara en que el Partido desarrolle de un modo permanente tenacidad, decisión y audacia.

3) SENTIDO SOCIAL, SINDICALISTA.- Nuestro propio pudor de hombres actuales nos impediría hacer el menor gesto político sin haber sentido e interpretado previamente la angustia social de las masas españolas. Las JONS llevarán, sí, calor nacional a los hogares, pero también eficacia sindicalista, seguridad económica. Fuera del Estado, a extramuros del servicio nacional, no admitimos jerarquía de clases ni privilegios. La Nación española no puede ser más tiempo una sociedad a la deriva, compuesta de una parte por egoísmos sin freno, y, de otra, por apetencias imposibles y rencorosas. Las masas populares tienen derecho a reivindicaciones de linaje muy vario, pero nosotros destacamos y señalamos dos de ellas de un modo primordial: Primera, garantía de que el capital industrial y financiero no tendrá nunca en sus manos los propios destinos nacionales, lo que supone el establecimiento de un riguroso control en sus operaciones, cosa tan sólo posible en un régimen nacional de sindicatos. Segunda, derecho permanente al trabajo y al pan, es decir, abolición radical del paro forzoso.

Es una necesidad en la España de hoy liberar de las embestidas marxistas las economías privadas de los españoles. Pero sólo en nombre de un régimen justo que imponga sacrificios comunes y consiga para el pueblo trabajador la estabilidad y satisfacción de su propia vida podría ello efectuarse. Nosotros nos sentimos con fuerza moral para indicar a unos y a otros las limitaciones decisivas. Se trata de un problema de dignidad nacional y de disciplina. Si el mundo es materia, y para el hombre no hay otra realidad y poderío que el que emana de la posesión de la riqueza, según proclama y predica el marxismo, los actuales poseedores hacen bien en resistirse a ser expoliados. Pero el marxismo es un error monstruoso, y nadie puede justificarse en sus normas.

Nosotros, el nacional-sindicalismo, salvará a las masas españolas, no lanzándolas rencorosamente contra la propiedad y la riqueza de los otros, sino incorporándolas a un orden hispánico donde residan y radiquen una vida noble, unos servicios eminentes y la gran emoción nacional de sentirse vinculados a una Patria, a una cultura superior, que los españoles hemos de alimentar y nutrir con talento, esfuerzo y dignidad.

Sabemos que hoy en España la necesidad más alta es recoger y exaltar todos los heroísmos angustiados de las masas, que van entregándose, una tras otra, a experiencias demoledoras e infecundas. Habrá, pues, que hincharse de coraje, de razón y de voluntad, y luego, a flechazo limpio, dar a todos una orden de marcha, imperativa y férrea, a salvarse, quieran o no, tras de la PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA, según reza la consigna central y fundamental de las JONS.

(«JONS», nº 2, Junio 1933)

Partidos de España. Comunión tradicionalista

Comunión tradicionalista

Está ya un poco dentro de la tradición española el partido tradicionalista mismo. Las JONS han declarado siempre que recogen de él su temperatura combativa, su fidelidad a los nortes más gloriosos de nuestra Historia y su sentido insurreccional, como un deber del español en las horas

difíciles y negras. Será en todo caso lamentable que sólo un partido así, con las limitaciones a que le obligaba su carácter de estar adscrito a una persona o rama dinástica, haya sido a lo largo de todo un siglo de vida española el único para quien las voces nacionales, el clamor histórico de España y nuestro gran pleito con las culturas, pueblos y naciones extranjeras y enemigas, constituía la realidad más honda.

No tiene la culpa, claro es, el partido tradicionalista de que haya sido sólo él quien se mostraba sensible ante los valores españoles en peligro, tocando a rebato tenaz y heroicamente, en presencia de los atropellos y desviaciones traidoras que se consumaban. El ha sido testigo de cómo surgía, se extendía y triunfaba en el país un sistema intelectual para quien España era un pobre pueblo, sin grandeza ni cultura genuina, al que había que llevar a la escuela de Europa para que aprendiese el abecedario. El destacaba por ahí unos cuantos hombres de mérito que tenían poco menos que esconderse para decir de un modo recatado y silencioso, en las cátedras, o de un modo lírico y de fugacísima eficacia, en los mítines de plaza de toros, que, por el contrario, España era un pueblo genial, creador de valores universales y ejecutor de hechos históricos resonantes y decisivos para el mundo. El veía, por último, la ineficacia radical en torno, admirado y señalado como un residuo pintoresco de la cazurra fidelidad a cosas y mitos absurdos e irreales.

Pero han llegado para España días pavorosos, en que su mismo ser nacional está a la intemperie, batido por intereses, ideales y fuerzas que todos sabemos al servicio de un plan de aniquilamiento y destrucción de España.

Es en ese momento crítico cuando muchos nos hemos dado cuenta de que hay que formar en torno a la idea nacional española, sacrificándolo todo a su vigor y predominio victorioso. Esa es la palabra decisiva de nuestros cuadros y la consigna fundamental que corresponde defender y cumplir a los haces «jonsistas».

Pero tarea semejante requiere hacerse cargo de un modo total de los problemas y dificultades todas que hoy asaltan el vivir político, social y económico de España. Aquí radica la que pudiéramos llamar «insuficiencia» del partido tradicionalista. No come el pueblo ni se mantiene próspera la economía nacional porque todos clavemos los ojos y fijemos la atención admirativa ante los hechos y gestos de Carlos V, el gran emperador hispánico. No se hace frente a las exigencias y apetencias vitales del pueblo español mostrándole lo que exigieron y apetecieron nuestros antepasados. No se resuelven las crisis ni se atajan las catástrofes económicas, ni se aplacan las pugnas sociales porque restauremos la vigencia de los sistemas, estructuras y formas de vida social y económica de tal o cual siglo, cuando no había economía industrializada, ni maquinas, ni corrientes ideológicas como las que hoy mueven y encrespan frenéticamente a la humanidad.

No admitimos, pues, que sea el partido tradicionalista ni ninguna otra organización similar la que logre que las masas españolas se incorporen a un orden nacional, creador y fecundo. El culto a la tradición es, en efecto, tarea vital, imprescindible; pero el ímpetu de los pueblos que marchan y triunfan requiere cada minuto una acción sobre realidades inmediatas, una victoria sobre dificultades y enemigos que se renuevan y aparecen diferentes cada día. El partido tradicionalista sólo tiene armas y puntería para un enemigo que, por cierto, ya es una sombra: la democracia liberal. Y está inerme ante otros que hoy son poderosos, fuertes y temibles, por ejemplo: el marxismo.

Las JONS sienten como el que más una admiración honda al pasado español; pero declaramos nuestra voluntad de acción y de dominio en el plano de la España de hoy sin que nos trabe ni emblandezca la rebusca de soluciones tradicionales. Hay una Nación y un pueblo a quien salvar, y nosotros lo haremos a base de tres consignas permanentes -Patria, Justicia y Sindicatos- que ofrecen a nuestra ambición de españoles, a nuestra juvenilísima voluntad de lucha, amplio campo de combate y de acción.

En la marcha siempre tendremos un saludo que ofrecer a los tradicionalistas, cuyas juventudes serán necesariamente nuestras, porque la gravedad de la hora española y su misma exigencia vital de sacrificarse eficazmente, las conducirá a nosotros, las traerá a nuestra causa «jonsista», esgrimiendo nuestras flechas revolucionarias contra los enemigos visibles e invisibles de la Patria.

Es, sin duda, hermoso recluirse con fervor en las horas grandes de la Historia de España. Pero hay el compromiso de marchar, de conducir y salvar a la España que hoy -precisamente hoy- alienta y existe. Dejemos la contemplación de minorías de estudiosos que se encargarán de ofrecernos con amor y pulcritud los frutos tradicionales.

¿Tiene capacidad de acción el partido tradicionalista? ¿No quebrantaron su fuerza insurreccional las guerras civiles y no vive ya un poco su heroísmo entre ensoñación de recuerdos y frases formularias de tópico?

Estamos seguros de que la gran mayoría de sus juventudes intuirá o comprenderá la urgencia de incorporarse a más amplias banderas, de cara a los tiempos que vivimos y reconquistar para España, para el pueblo español, dignidad, justicia y pan.

(«JONS», nº 2, Junio 1933)

La crisis y su drama

No tenemos necesidad de hacer muchos gestos ante las derivaciones de la última crisis. Cuanto ha sucedido está perfectamente de acuerdo con lo que es y supone para España la revolución de abril. No hay ni ha habido, pues, sorpresas. En dos años realiza su aprendizaje hasta el más indotado, y si todavía existen anchas zonas políticas que se siguen alimentando de inconsciencias, las dejamos porque no puede ser nuestra tarea la de pinchar fantasmas.

La realidad está ahí, e indica rotundamente que Azaña permanece, cumpliendo su destino de sostener ante los españoles una cúspide visible. Indica también que el poder socialista robustece sus raíces, sigue esgrimiendo y explotando a su favor la necesidad de consumar y conservar las instituciones de la democracia parlamentaria. Todavía le son útiles a sus fines. Por doble motivo: desarma de un lado los propósitos de la burguesía lerrouxista, que está ahí inerme ante la audacia socialista, viéndose obligada a romper ella misma la normalidad constitucional, a adoptar, por ejemplo, la violencia que supuso la obstrucción; y, de otro, conviene al socialismo la actual situación democrática, porque le permite ir injertando con precisión su táctica marxista en las etapas lógicas de la revolución.

De nuevo, pues, la crisis ha evidenciado la incapacidad de la burguesía liberal para oponerse a la ascensión marxista. Es lo que siempre hemos dicho, y lo que, aparte nuestras afirmaciones sobre España, nos ha llevado a iniciar una acción antiliberal, de carácter violento, contra el marxismo. No puede pedirse, claro, a organizaciones de típico carácter liberal burgués, y menos a sus ancianos líderes, que abandonen sus creencias políticas para adoptar francamente nuestra actitud nacional-sindicalista contra el marxismo, pero sí parece lícito obligarles a que confiesen y proclamen su fracaso, sin retener ni un minuto más la esperanza de las gentes en torno a sus tácticas ineficaces y marchitas.

El partido radical de Lerroux será siempre vencido por la estrategia socialista. Lo de ahora es un ejemplo más para que se den cuenta de ello los poco versados en lógica revolucionaria. Nosotros no lo necesitábamos, ciertamente, porque esa seguridad nutre el existir político mismo de nuestro Partido. Pero bien lo necesitan algunas organizaciones de «la derecha», cuya ruta nos interesa por su afinidad a nosotros en el afán antimarxista. Se prepara para desenvolver con pompa una actividad electoral, crean miles y miles de comités, y cantan victoria porque venden muchos ejemplares de sus periódicos y reúnen masas densas en los mítines.

Nos da coraje advertir un día y otro en «El Socialista» con qué fácil facilidad reducen a pavesas las canijas y pobres trincheras de las oposiciones. Vencerán, si, hasta que seamos nosotros sus contendientes únicos; pero entonces tendrá el drama su desenlace auténtico, y ellos ante sí la estrategia, las razones y el tipo de pelea que reclama su monstruosidad antinacional y bárbara.

No digamos más de la crisis. Para nosotros, una lección que, repetimos, nos teníamos bien aprendida.

(«JONS», nº 2, Junio 1933)

Las traiciones de Francia

¿**C**uál ha sido la tradición guerrera de España? Horacio cantó la fiera Numancia, la bélica Numancia, cuando lo ibérico daba multiforme a Roma gloria y combate. Proclaman las Partidas de Alfonso X, que España "sobre todas es engennosa, atrevida et mucho esforçada en lid" Don Quijote, en el "Discurso de las armas y de las letras", concedió la supremacía al servicio marcial. Lo que rezuman los romances, los cantares de gesta, los cantares de ciego; los fueros y las crónicas es esencia de lucha y afán de pelea. Nuestros teólogos de hacia 1500 justificaban en las guerras justas las matanzas del enemigo, su esclavitud, el despojo de sus bienes y la destrucción de sus casas y sus ciudades. Llegando, como Juan Ginés de Sepúlveda, a afirmar: "Hoc reprehendere timidorum est, non religiosorum". El doctor Palacios Rubios escribe un "Tratado del esfuerzo bélico-heroico", y el P. Mairena considera la forzosidad y la necesidad de la guerra justa. Entonces iban a la par el pueblo y los intelectuales y todos sabían donde brillaba la justicia y donde resplandecía la llama del espíritu. Entonces se luchaba por la Cristiandad. Esto es, por la Confederación de los Estados Cristianos; es decir, por la Confederación de los pueblos cultos. Contra la Francia, aliada del Turco y del infiel y protectora del Comunero.

Contra esta misma Francia amiga ahora de la U.R.S.S., de las logias masónicas y de los separatistas catalanes; contra la Francia eterna de la Casa de Valois o de monsieur Herriot.

El lunes de Pascua de 1536 el Emperador Carlos V, delante del Pontífice, cardenales y embajadores, sostuvo en español la doctrina verídica y decidida de nuestra Historia: "Quiero la paz; pero mientras tanto nos romperemos la cabeza".

Nosotros, que sin renunciar a la paz también estamos dispuestos a rompernos la cabeza y el corazón por España, hemos creído necesario reproducir aquí el remoto y presente discurso de Carlos V.

(«JONS», nº 2, junio de 1933, pág. 72. Entradilla)

La nacionalización del Partido Fascista

Joaquín Volpe ha redactado la Historia oficial del Fascismo, desde el germen de los "Fasci di combatimento" hasta su expansión mundial como verdad política y panacea pragmática.

Consideramos de enorme interés para la formación de nuestros camaradas la lectura y meditación del siguiente ensayo de la Historia de Volpe.

(«JONS», nº 2, junio de 1933, pág. 87. Entradilla)

NUMERO 3. Agosto 1933.

Circular para el Partido.

A todos los Triunviratos locales, Triunviratos de Junta, Secretarios de Grupo y militantes todos de las JONS

Camaradas:

Nuestras Juntas van adquiriendo día a día prestigio, eficacia y éxito. Somos ya de un modo indiscutible los representantes del nuevo espíritu combativo y nacional que orienta hoy a las fuerzas jóvenes de España. En un momento así, lograda con honor esa representación política, nos dirigimos al Partido señalando a todos los camaradas la línea de acción «jonsista» que conviene y corresponde seguir en lo futuro.

Nuestras normas han de ser cumplidas con rigidez y precisión. Agentes especiales de este Triunvirato Ejecutivo vigilarán las organizaciones, controlando de un modo directo la plena vigencia de las mismas. Proclamamos, pues, ante el Partido:

1. Las JONS se disponen a destruir todos los confusionismos que les cercan hoy. Somos un Partido en absoluto independiente de todos los demás, surgido con posterioridad a la ruta revolucionaria de abril, que persigue unos objetivos políticos opuestos a las desviaciones antinacionales que hoy predominan, pero sin compromiso ni afán de restablecer aquella canija, temblorosa y cobarde realidad que ofrecía el régimen monárquico a los españoles.

2. Las JONS depurarán con rigor los cuadros dirigentes de las organizaciones locales. No importa ni son peligrosos en la base aquellos camaradas que no estén debidamente informados Ni influidos por el Partido. Pero hay que evitar que ocupen puesto alguno de mando, por modesto que sea, quienes no ofrezcan garantías seguras de estar en condiciones de comprender y seguir rígidamente la acción y la doctrina del Partido.

3. No constituimos un Partido confesional. Vemos en el catolicismo un manojo de valores espirituales que ayudarán eficazmente nuestro afán de reconstruir y vigorizar sobre auténticas bases españolas la existencia histórica de la Patria. Todo católico «nacional», es decir, que lo sea con temperatura distinta a los católicos de Suecia, Bélgica o Sumatra, comprenderá de un modo perfecto nuestra misión. No somos ciertamente confesionales, no aceptamos la disciplina política de la Iglesia, pero tampoco seremos nunca anticatólicos.

4. Nuestro rumbo social sindicalista nos da el carácter, que no rechazará nunca el Partido, de un movimiento de amplia base proletaria y trabajadora. Las JONS conocen la decrepitud del sistema económico liberal burgués que hoy rige, y por eso, con línea paralela a las propagandas marxistas, machacando sus posiciones y creando otras más eficaces, verdaderas y limpias, nos aseguraremos el concurso, el entusiasmo y la colaboración sindical de un amplio sector de trabajadores.

5. El Partido tiene que comprender rotundamente las dos eficacias que nos son imprescindibles: las JONS han de ser a la vez un Partido de masas y un Partido minoritario. Es decir, que influya directamente en grandes masas de españoles, orientándolos políticamente y que disponga al mismo tiempo de una organización elástica y responsable: las «Juntas», propiamente dichas, con sus equipos de doctrinarios, teóricos y propagandistas de un lado, y con sus secciones militarizadas de protección, ofensa y defensa, de otro.

6. Las JONS cuidarán y cultivarán, pues, ese objetivo doble en la incrementación y ampliación numérica del Partido. Interesa hoy más el segundo, y por él, naturalmente, han de dar comienzo a sus trabajos las secciones locales. La permanencia en el Partido, el título de militante «jonsista», obliga a capacitarse acerca de sus principios teóricos, de sus fines y de sus tácticas. La depuración de militantes debe hacerse con el máximo rigor, obligando a pasar a los núcleos de masa a todos aquellos elementos que no consigan sostener su puesto en el Partido con decisión, coraje y entusiasmo. Las JONS comprenden, pues, dos sectores bien distintos: el que hemos denominado «núcleos de masa»; es decir, simpatizantes y «jonsistas» a los que no sea posible formar en las

organizaciones activas del Partido, y el otro, los militantes de las «Juntas», con un amplísimo bagaje de deberes, capacidad de sacrificio y permanente movilización en torno a las tareas «jonsistas».

7. Todas las "JONS" locales deben tener un conocimiento exacto acerca de la importancia de las organizaciones marxistas de su ciudad, vigilando, sobre todo, sus preparativos de violencia y el espíritu con que esperan o provocan la acción revolucionaria.

8. Todos los camaradas del Partido deben fortalecer cada día más su disciplina. Es el arma de mejor filo con que puede equiparse nuestro movimiento. Sin ella seremos destruidos en las primeras jornadas. Ni un segundo de perplejidad, pues, debe consentirse en el seno de los Triunviratos para sancionar hechos contra la férrea disciplina del Partido. En el capítulo de expulsiones las efectuadas por este concepto tienen que ocupar siempre, por su cifra, el primer lugar.

9. Los Triunviratos locales tienen que acelerar, conseguir con premura, que sus núcleos alcancen la máxima eficiencia «jonsista». Asimismo, perfeccionar y ampliar sus informes mensuales a este Ejecutivo.

10. Se prohiben en absoluto las relaciones políticas con otros partidos, sin conocimiento ni autorización concreta de este Ejecutivo Central. Corresponde a las JONS, en todas partes, desarrollar la mayor eficacia en su acción contra el marxismo, absorbiendo los núcleos de lucha que se formen espontáneamente a extramuros de nuestro Partido. Hay que dar a éstos tácticas seguras, orientación política y sentido nacional, evitando que la acción antimarxista adopte un carácter antiproletario de lucha de clases. Para ello nada mejor que ser nosotros los más diestros, seguros y eficaces.

En fin, camaradas, una vez más os invitamos a apretar el cerco en torno a nuestras consignas justas, respondiendo con tenacidad a los clamores más hondos de España.

Contra la lucha de clases.

Contra los separatismos traidores.

Contra el hambre y la explotación del pueblo trabajador.

Por la ruta triunfal de España.

Por nuestra dignidad de españoles.

Por el orden nacional, fecundo y fuerte.

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA.

EL TRIUNVIRATO EJECUTIVO CENTRAL

Madrid, julio.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

La voluntad de España

Conviene que se tengan siempre presentes los orígenes del Partido. En horas de confusión, caos y peligro, España se nos iba de las manos a los españoles, y ello sin pelea, sin derrotas, estúpida y absurdamente. Nadie se ha conmovido ante ese drama; sigue en pie, y hasta aquí la única presencia disconforme e irritada es la que supone la aparición jonsista. Está ya fatal y gloriosamente ligado el Partido al perfil de España. Somos y seremos el barómetro de su prosperidad, de su honor y de su fuerza. Si las JONS triunfan y se extienden, es porque los españoles alcanzan brío nacional, capacidad de salvación económica y política. Si, por el contrario, quedamos reducidos a pequeños grupos disidentes, sin amplitud ni influencia, España será lo que sea; pero nunca una Patria, con algo que hacer en el mundo y una ilusión con que forjar y ennoblecer el corazón de los españoles.

Con esa simplicidad, con esa fe rotunda, hablamos los jonsistas. ¿Quiere algo España de un modo pleno y unánime? Pues nosotros entraremos al servicio de eso, colaboraremos al logro triunfal de ese afán de España. ¿No quiere nada España? Si quienes interpretan la conciencia y la voz de una Nación son sus equipos dirigentes, hay a la vista algo aún más depresivo: ¿Tiene hoy España el solo y único afán de desaparecer, disgregarse, morir?

Pero los pueblos no se suicidan nunca. Pueden, si, un buen día morir de vejez, una muerte natural y recatada. Pueden, también, morir avasallados por un enemigo, perder su independencia, su expresión y su carácter. Lo primero es decadencia; lo segundo, esclavitud. Nada de esto acontece ni tiene lugar en España, aunque vivamos en riesgo permanente de ambas cosas. Nosotros sostenemos, como decía en el número anterior un camarada, que España no es ni ha sido un pueblo en decadencia, sino un pueblo dormido, extraño y ajeno a su deber histórico. Es lícita, pues, nuestra voluntad de hallazgos nacionales firmes, nuestra tarea de recuperar, conseguir e imponer la victoria española.

La ausencia de las cosas es la mejor justificación para su conquista. Los españoles aparecen en el escenario nacional desde hace muchos años sin vinculación ni disciplina a nada. Se está viviendo en plena frivolidad, sin advertir la anomalía terrible que supone el que las gentes desconozcan u olviden ese pequeño número de coincidencias, de unanimidades, que nutren el existir de España. Ser español no obliga hoy, oficialmente, a fidelidad alguna de carácter noble. Ni los niños, ni los jóvenes, ni más tarde los hombres maduros de España se sienten ligados a propósitos y tareas que respondan a una exigencia nacional ineludible.

Es ese momento, cuando se pierde en anchas zonas sociales el sentido de la Patria y de sus exigencias, el más propicio a los sistemas extraños para imponerse. Pues, si en la trayectoria histórica de un pueblo se debilita su autenticidad, puede, en efecto, seguir a la deriva, perplejo, sin sustituir ni negar su propio ser, sino simplemente ignorándolo; pero puede también negarse a sí mismo, ofrecerse a otros destinos, instalar y acoger con inconsciente alborozo al enemigo.

España, por ejemplo, podría llevar ochenta o más años con su autenticidad debilitada; pero sólo ahora, ante la presencia de los equipos marxistas, está realmente en peligro de perder hasta su propio nombre. Pues el marxismo no limita su acción a desviar poco o mucho la vida nacional, sino que supone la desarticulación nacional misma, no la revolución española, sino la revolución contra España. Sólo los separatismos regionales igualan o pueden igualar a los propósitos marxistas en eficacia destructora. Se auxiliarán incluso, mutuamente, porque nada más fácil para un marxista que conceder y atender las voces de disgregación. La Patria es un prejuicio burgués, exclama, y la hará pedazos tan tranquilo.

Nuestra aspiración jonsista es anunciar a los españoles que no es ya posible mantenerse ni un minuto en la «calma chicha» histórica en que España ha permanecido. Porque, si no la empujan vientos nacionales, pechos generosos y fieles, llegarán a toda prisa las tempestades enemigas.

Las JONS quieren poner en circulación una voluntad española. Es decir, identificar su propia voluntad con la voluntad de España. Con el mero hecho de querer y soñar para España una grandeza, se está ya en nuestras líneas, ayudando los propósitos nuestros. No importa que las querencias y los sueños se hagan o afirmen sin los contenidos que hasta aquí eran la sustancia tradicional de lo español. Pues la tradición verdadera no tiene necesidad de ser buscada. Está siempre vigente, presidiendo los forcejeos de cada día. Y no se olvide hasta qué punto ciertos valores palidecen, y cómo no es posible que un gran pueblo dependa por los siglos de los siglos de una sola ruta. No está España, no, agotada, ni en definitivo naufragio. Necesita voluntad, voluntad creadora, gentes que continúen y renueven su tradición imperial y magnífica.

Cuando se nace en una coyuntura floreciente de la Patria, los deberes son claros y a menudo tan rotundos, que nadie puede desconocerlos sin riesgo. Pero si la etapa es catastrófica, si la Patria es entonces un concepto al que todos los grupos e intereses adjetivan y desvirtúan, confundiéndola con su propio egoísmo, hay que ganarla y conquistarla como a una fortaleza. No hay Patria sin algo que hacer en ella y por ella. Ese quehacer es la dádiva, la contribución, el sacrificio de cada uno, para que la Patria exista y brille. Nadie más antinacional ni derrotista que aquel que habla siempre de la Patria sin concederle el sacrificio más mínimo. Hacen falta sacrificios, renuncias, y quien no se sacrifica intensamente, dice Mussolini, no es nacionalista ni patriota. Esta verdad explica la contradicción del supuesto patriotismo jacobino. Porque no es posible proclamar a la vez la realidad de la Patria y el derecho individual a zafarse de todo, hasta de su propio servicio.

La Patria es coacción, disciplina. Por eso en nuestra época, necesitada de instituciones políticas indiscutibles, de poderes sociales absolutos, ha sido el sentimiento nacional, la movilización nacionalista, lo que ha proporcionado al Estado la eficacia y el vigor que requería. Pues al asumir el Estado rango nacional, identificándose con la Nación misma, hizo concreta y fecunda la fidelidad a la Patria, hasta entonces puramente emotiva y lírica. El triunfo y creación del Estado fascista equivale a utilizar de modo permanente la dimensión nacional que antes sólo se invocaba en las calamidades o en las guerras.

Pero hay más: a los destinos de la Patria están hoy ligados, como nunca, los destinos individuales. Pues no existe posibilidad de que país alguno atrape instituciones políticas firmes, si no dispone, como raíz motora de sus esfuerzos, del patriotismo más puro. No hay Estado eficaz sin revolución nacional previa que le otorgue la misión de iniciar o proseguir la marcha histórica de la Patria.

Por eso el jonsismo, que es una doctrina revolucionaria, pero también una seguridad constructiva en el plano social de las realizaciones, inserta el Estado nacional-sindicalista en la más palpitante dimensión patriótica, busca su plataforma el hallazgo más perfecto y radical de España.

Todos los camaradas del Partido han de tener conciencia de que las «Juntas» asumen la responsabilidad de sustituir, mejor dicho, interpretar con su voluntad la voluntad de España. Ello es obligado y lícito, en un momento en que ni el Estado ni nadie se cuida ni preocupa de ofrecer a los españoles una tabla de dogmas hispánicos a que someterse. Nace y se educa aquí el español sin que se le insinúen ni señalen los valores supremos a que se encuentra vinculada la propia vida de su Patria.

El hombre sin Patria es justamente un lisiado. Le falta la categoría esencial, sin la que no puede escalar siquiera los valores humanos superiores. Pero ese hecho que es, sin duda, fatal y triste, tratándose de un individuo de Sumatra, el Congo o Abisinia, alcanza relieve de hecho criminoso en aquel que nace, crece y muere en el seno de un gran pueblo histórico. En España, a causa de los aluviones y residuos raciales sobrevenidos, y de un cansancio indudable para las realizaciones colectivas, se ha extendido la creencia de que es primordial y de más interés sentirse hombre que español. A todos esos seres descastados y resecos, sin pulso ni decoro nacional, hay que enseñarles que su alejamiento de lo español les veda y prohibe alcanzar la categoría humana de que blasonan. Nada hay más absurdo, negativo y chirle que ese internacionalismo humanitarista, con derechos del hombre, ciudadanía mundial y diálogos en esperanto.

Hay que barrer de España todas esas degeneraciones podridas. Ello ha de ser obra de juventudes tenaces y entusiastas, cuyo norte sea la Patria libre y grande. Es una de las tareas jonsistas, la más fundamental y urgente de todas. Porque sin ella nada podrá hacerse ni intentarse en otros órdenes. Nadie piense en edificar un Estado nacional-sindicalista donde no haya ni exista una Patria. Nadie piense en establecer una prosperidad económica ni conseguir una armonía social, ni lograr un plantel de héroes en un pueblo sin rumbo ni grandeza. Pues es la Patria, el Estado nacional, nutrido por el sacrificio y el culto permanente de todos, quien garantiza nuestra libertad, nuestra justicia y nuestro pan.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

La violencia política y las insurrecciones [3]

Desde hace diez años ha cambiado radicalmente la órbita moral en que se debaten las decisiones políticas últimas. A no ser en aquellos países idílicos que precisamente ahora han conseguido el hallazgo de las libertades, las transigencias y las tolerancias y viven así fuera de todo

[3] Ramiro escribió este artículo bajo el pseudónimo de «Roberto Lanzas», que utiliza para analizar fenómenos políticos y sociales de índole mundial.

peligro de choques violentos, de peleas facciosas y de sangre en la calle -¿lo decimos de este modo, españoles?-, en los demás, en todos los demás, se entra en el período de las jornadas duras o se sale de ellas, quizá con la cabeza rota, pero con los problemas resueltos y la vida de la Patria conquistada y ganada a pulso en las refriegas.

Vivimos hoy bajo la franca aceptación y justificación de la violencia política. Así, pues, en nuestra época, en estos años mismos, la violencia ha adoptado formas en absoluto diferentes de las que regían, por ejemplo, en Europa hace cuarenta años. Eran entonces focos de terrorismo, partidas poco numerosas de actuación secreta y turbia que escandalizaban la circulación pacífica de las gentes con sus intervenciones y no contaban con la adhesión, ni menos con la colaboración activa, de los sectores sociales afines, como los nihilistas rusos, que durante diez años, de 1875 a 1885, consiguieron la intranquilidad permanente del imperio zarista; y de otro lado, los grupos de acción de los Sindicatos libres frente al anarco-sindicalismo revolucionario, muy pocas docenas, que durante los años 1920-1923 fueron en España la única violencia directa, extraoficial, que existió frente a la violencia de los grupos rojos.

La pugna fascismo-comunismo, que es hoy la única realidad mundial, ha desplazado ese tipo de violencia terrorista, de caza callejera a cargo de grupos reducidos heroicos, para presentar ese otro estilo que hoy predomina: el choque de masas, por lo menos de grupos numerosos que interpretan y consiguen la intervención activa, militante y pública de las gentes, extrayéndolas de su vivir pacífico y lanzándolas a una vida noble de riesgo, de sacrificio y de violencia.

El fenómeno es notorio y claro: a los grupos secretos, reducidos y anormales, los sustituyen ahora las milicias, que ostentan pública y orgullosamente ese carácter, que visten uniforme, adquieren capacidad militar propia de ejércitos regulares y, lo que es fundamental, son, viven y respiran en un partido, encuentran justificación en una doctrina política, se sienten ligadas a la emoción pura y gigantesca de los jefes.

De ese modo, lo primero de que tienen conciencia quienes forman en esas milicias, es que su esfuerzo es un esfuerzo moral, encaminado a triunfos y victorias de índole superior, sin cuyo logro su vida misma carece de plenitud y de centro. Es ahí donde radica el origen moral de la violencia, su carácter liberador, creador y lo que le presta ese ímpetu con que aparece en los recodos más fecundos de la Historia.

La violencia política se nutre de las reacciones más sinceras y puras de las masas. No caben en ella frivolidades ni artificios. Su carácter mismo extraindividual, trascendente, en pos de mitos y metas en absoluto ajenos en el fondo a las apetencias peculiares del combatiente, la eximen de sedimentos bárbaros de que, por otra parte, está siempre influida la violencia no política o ésta misma, cuando se recluye en la acción individual, enfermiza y salvaje.

Por los años mismos en que actuaban aquí contra la acción terrorista del anarco-sindicalismo los grupos igualmente terroristas de los libres, se creó, desarrolló y triunfó en Italia el movimiento fascista, primera aparición magna y formidable de la violencia con un sentido moral, nacional y creador. Aquí, entonces la cobardía del ambiente, la incapacidad para la acción directa de los núcleos jóvenes y la ausencia de una profunda adhesión a los valores superiores, a la Patria, impidieron que brotase a la luz del día un movimiento político violento que tomase sobre sí la tarea de combatir con las armas los gérmenes anárquicos, aplastando a la vez la arquitectura de aquel Estado tembloroso e inservible. En vez de eso, surgieron los grupos contrarrevolucionarios, profesionales, con idéntica táctica terrorista que la del enemigo, y que constituyen uno de los más tristes e infecundos episodios de la historia social reciente. Se inhabilitaron en unas jornadas sin gloria y sin brío hombres que con otra orientación hubieran estado a la altura de los mejores, y que así, hundidos en el drama diario de la lucha en las esquinas, están clasificados con injusticia. Si insistimos en la crítica de estos hechos es porque debido a que surgieron en la época misma que el fascismo italiano, que derivo con fecundidad a la lucha de masas y el triunfo político, se advierta la diferencia y el inmenso error que todo aquello supuso para España. ¿Podrá repetirse la absurda experiencia?

La violencia política nutre la atmósfera de las revoluciones, y desde luego, es la garantía del cumplimiento cabal de éstas. Así el fascismo, en su entraña más profunda y verdadera, se forjó a base de arrebatar a las fuerzas revolucionarias típicas el coraje y la bandera de la revolución. Las escuadras fascistas desarrollaban más violencia y más ímpetu revolucionario en su actividad que las formaciones marxistas de combate. Esa fue su victoria, el dominio moral sobre las masas enemigas,

que después de un choque se pasaban con frecuencia, en grupo numeroso, a los camisas negras, como gentes de más densidad, más razón y más valentía que ellos.

Hoy sólo tienen capacidad de violencia o, lo que es lo mismo, capacidad revolucionaria, afán de coacciones máximas sobre las ideas y los grupos enemigos, las tendencias fascistas -nacionales- o las bolcheviques -antinacionales y bárbaras-. A todas las demás les falta seguridad en sí mismas, ímpetu vital, pulso firme y temple.

Es evidente que la violencia política va ligada al concepto de acción directa. Unas organizaciones, unas gentes, sustituyen por sí la intervención del Estado y realizan la protección y defensa armada de valores superiores que la cobardía, debilidad o traición de aquél deja a la intemperie. Ello ha de acontecer siempre en períodos de crisis, en que se gastan, enmohecen y debilitan las instituciones, a la vez que aparecen en circulación fuerzas e ideas ante las cuales aquéllas se sienten desorientadas e inermes. Es el caso del Estado liberal, asistiendo a la pelea entre fascistas y comunistas en los países donde esta pugna alcance cierta dosis.

España ha penetrado ya en el área de la violencia política. Situación semejante podía ser o no grata, y, desde luego, no desprovista de minutos angustiosos; pero está ahí, independiente de nuestra voluntad, y por lo menos ofreciéndonos la coyuntura propicia para resolver de una vez el problema de España, el problema de la Patria. De aquí, de la situación presente, sólo hay salida a dos realidades, sólo son posibles dos rutas: la ciénaga o la cima, la anarquía o el imperio, según escribía en el anterior numero un camarada «jonsista».

Bien está, pues, enarbolar ante la juventud nacional el grito de la ocasión que se acerca. Elevar su temperatura y llevarla al sacrificio por España. Pero no sin resolver las cuestiones previas, no sin dotarla de una doctrina segura y de una técnica insurreccional, moderna e implacable. Es nuestra tarea, la tarea de las JONS, que evitará las jornadas de fracaso, arrebatando a la gente vieja el derecho a señalar los objetivos políticos y a precisar la intensidad, el empuje y la estrategia de la insurrección.

No utiliza la violencia quien quiere, sino quien puede. Desde hace diez años asistimos a experiencias mundiales que ofrecen ya como un cuerpo de verdades probadas sobre algunos puntos muy directamente relacionados con el éxito o el fracaso de las insurrecciones, cualesquiera que ellas sean.

La insurrección o el golpe de Estado -les diferencia y distingue la táctica, pero se proponen la misma cosa y por muy similares medios- son el final de un proceso de violencias, de hostilidades, en que un partido político ha probado sus efectivos, su capacidad revolucionaria, disponiéndolos entonces hacia el objetivo máximo: la conquista del Estado, la lucha por el Poder. Día a día ese partido ha educado a sus grupos en una atmósfera de combate, valorando ante ellos sólo lo que estuviese en relación con los propósitos insurreccionales del partido.

Para ser breves indicaremos de un modo escueto algunas observaciones que deben tenerse en cuenta en todo plan de insurrección o golpe de Estado que hoy se organice en cualquier lugar del globo.

1. *La insurrección ha de ser dirigida y realizada por un partido*. En torno a sus cuadros dirigentes y a sus consignas han de congregarse los elementos afines que ayuden de una manera transitoria la insurrección. El partido que aspire a la conquista del Poder por vía insurreccional tiene que disponer de equipos armados en número suficiente para garantizar en todo minuto el control de las jornadas violentas en que intervengan fuerzas afines, que deben ser incorporadas, siempre que sea posible, a los propios mandos del partido. Y esto, no se olvide, incluso tratándose de fuerzas militares, en el caso de que se consiga la colaboración de parte del ejército regular.

2. *Es imprescindible una educación insurreccional, una formación política*. Carecen por lo común de toda eficacia las agrupaciones improvisadas que surgen a la sombra de ciertos poderes tradicionales, en horas de peligro, sin cuidarse de controlar y vigilar su capacidad real para la violencia. Aludimos a los grupos sin disciplina política, que se forman un poco coaccionados por sentimientos y compromisos ajenos a la tarea insurreccional, en la que toman parte sin conciencia exacta de lo que ello supone. Ahí está reciente el ejemplo de aquella famosa «Unión de los verdaderos rusos», por otro nombre las «Centenas negras», que formó en Rusia el arzobispo de Volhinia, Antonio, con todo aparato de liga numerosa, dispuesta para la lucha contra la ola bolchevique, pero de la que a la hora de la verdad no se conoció ni un solo paso firme. Sólo la acción

en una disciplina de partido con objetivos concretos y desenvoltura política alcanza y consigue formar grupos eficaces para la insurrección.

3. *Los equipos insurreccionales necesitan una movilización frecuente*. Es funesta la colaboración de gentes incapaces de participar en las pruebas o ensayos previos, en la auténtica educación insurreccional que se necesita. Todos esos individuos que suelen ofrecerse «para el día y el momento decisivo» carecen con frecuencia de valor insurreccional y deben desecharse. Asimismo, las organizaciones no probadas, hechas y constituidas por ficheros, sin que sus miembros tengan una demostración activa de su existencia en ellas, sirven también de muy poco. Está comprobado que es fiel a los compromisos que emanan de estar en un fichero un cinco por ciento, cuando más, del total de esas organizaciones. Además el rendimiento suele ser casi nulo. El peso y el éxito de la insurrección dependen de los equipos activos que proceden de las formaciones militarizadas del partido. Con su práctica, su disciplina y la cohesión de sus unidades, estos grupos o escuadras logran a veces, con buena dirección y gran audacia, formidables éxitos. Deben formarse de muy pocos elementos -diez hombres, veinte cuando más-, enlazados, naturalmente, entre sí; pero con los objetivos distintos que sea razonable encomendar a cada uno de ellos. Estas pequeñas unidades son además militarmente las más oportunas para la acción de calles, teatro corriente del tipo de luchas a que nos referimos, y son preferibles por mil razones técnicas, fáciles de comprender, a las grandes unidades, que se desorientan fácilmente en la ciudad, perdiendo eficacia, y por ello mismo en riesgo permanente de derrota.

4. *El golpe de mano y la sorpresa, elementos primeros de la insurrección*. No hay que olvidar que la insurrección o el golpe de Estado supone romper con la legalidad vigente, que suele disponer de un aparato armado poderoso. Es decir, ello equivale a la conquista del Estado, a su previa derrota. El propósito es por completo diferente a la hostilidad o violencia que pueda desplegarse contra otros partidos u organizaciones al margen del Estado. Todo Estado, aun en su fase de máxima descomposición, dispone de fuerzas armadas muy potentes que, desde luego, en caso de triunfo de la insurrección, conservan su puesto en el nuevo régimen. Estas fuerzas ante un golpe de Estado de carácter «nacional», es decir, no marxista, pueden muy fácilmente aceptar una intervención tímida, algo que equivalga a la neutralidad, y para ello los dirigentes de la insurrección han de cuidar como fundamental el logro de los primeros éxitos, aun cuando sean pequeños, que favorezcan aquella actitud expectante. En la lucha contra el Estado es vital paralizar su aparato coactivo, conseguir su neutralidad. Esto puede lograrse conquistando la insurrección éxitos inmediatos, y siendo de algún modo ella misma garantía y colaboradora del orden publico. Sin la sorpresa, el Estado, a muy poca fortaleza de ánimo que conserven sus dirigentes, logra utilizar en la medida necesaria su aparato represivo, y la insurrección corre grave riesgo.

5. *Los objetivos de la insurrección deben ser populares, conocidos por la masa nacional*. Las circunstancias que favorecen y hacen incluso posible una insurrección obedecen siempre a causas políticas, que tienen su origen en el juicio desfavorable del pueblo sobre la actuación del régimen. La agitación política -que, insistimos, sólo un partido, las consignas de un partido, puede llevar a cabo- es un antecedente imprescindible. Las jornadas insurreccionales requieren una temperatura alta en el ánimo público, una atmósfera de gran excitación en torno a la suerte nacional, para que nadie se extrañe de que un partido se decida a dirimirla por la violencia. A los diez minutos de producirse y conocerse la insurrección, el pueblo debe tener una idea clara y concreta de su carácter.

6. *El partido insurreccional ha de ser totalitario*. Naturalmente, al referirnos y hablar en estas notas de «partido» dirigente y organizador de la insurrección, no aludimos siquiera a la posibilidad de que se trate de un partido democrático-parlamentario, fracción angosta de la vida nacional, sin capacidad de amplitud ni de representar él solo durante dos minutos el existir de la Patria. El partido insurreccional será, sí, un partido; es decir, una disciplina política, pero contra los partidos. Requiere y necesita un carácter totalitario para que su actitud de violencia aparezca lícita y moral. Es exactamente, repetimos, un partido contra los partidos, contra los grupos que deshacen, desconocen o niegan la unanimidad de los valores nacionales supremos. Ese aspecto del partido insurreccional de fundirse con el Estado y representar él solo la voluntad de la Patria, incluso creando esa voluntad misma, es lo que proporciona a sus escuadras éxitos insurreccionales, y a su régimen de gobierno, duración, permanencia y gloria.

Estas notas analizan la insurrección política como si fuera y constituyese una ciencia. Nos hemos referido a la insurrección en general, sin alusión ni referencia cercana a país alguno; son verdades y certidumbres que pueden y deben ya presentarse con objetividad, como verdades y

certidumbres científicas. Es decir, su desconocimiento supone sin más el fracaso de la insurrección, a no ser que se trate de situaciones efímeras, sin trascendencia histórica, y se realicen en países sin responsabilidad ni significación en la marcha del mundo.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

La represión contra las J.O.N.S.

La eficacia y el brío con que se desarrollan y se organizan los grupos del partido, nos ha proporcionado el honor de ser el blanco predilecto en la última represión del Gobierno. A todos los detenidos, fuesen de la tendencia y el partido que fuesen, se les interrogaba de modo sibilino, acerca de las JONS, y se inquiría de ellos el más mínimo detalle sobre sus posibles relaciones con este partido. Nos consta que en el informe policiaco utilizado por los jueces, se presentaba a las JONS como la organización clave, y se señalaban a los camaradas dirigentes como los más temibles y activos "complotadores".

Las detenciones de jonsistas han sido en Madrid y provincias muy numerosas. En el penal de Ocaña permanecieron veinte días los camaradas Ledesma Ramos, del Triunvirato Ejecutivo Central del partido; Aparicio López, de la redacción de "JONS", y Compte Azcuaga.

Todo indica que el partido entra en una etapa a la que hay que hacer frente con tenacidad, entusiasmo y decisión. Que nadie flaquee ni se acobarde ante la prueba.

(«JONS», nº 3, agosto de 1933, pág. 113)

La crítica de los partidos

En medio del guirigay y la zarabanda de las Cortes, el diputado García Valdecasas es una voz casi afín a las JONS. Símbolo de un sentido novísimo y nacional, es el único representante en el Congreso de la auténtica juventud española. Procedente de la pseudorrevolución del 14 de abril, con sinceridad se ha desligado pronto de los falsos Mitos y de las metas inmorales. Y aquí está muy cerca de las JONS como una gran figura del porvenir. Reproducimos con toda simpatía la crítica de los partidos gobernantes, desarrollada durante su última intervención parlamentaria.

(«JONS», nº 3, agosto de 1933, pág. 114. Entradilla)

Notas

El fantástico complot y la conjura socialista

No hay desde luego un español que ignore el carácter policíaco, de represión gubernativa, que tuvo el famoso complot anarco-fascio-jonsista. El Gobierno ensayó la paralización de los dos sectores que le son más eficaz y diestramente adversos: los anarquistas, la Confederación Nacional del Trabajo, de un lado; los grupos nacionales, de tendencia fascista, las JONS, de otro. No se molestó el aparato gubernativo en atrapar para cada sector enemigo una motivación subversiva diferente, sino que los enroló en los mismos propósitos, atribuyéndoles bufa y absurdamente una colaboración estrecha contra el régimen. La cosa abortó, sin embargo; es decir, la incredulidad del país obligó al Gobierno a frenar su afán represivo, cesando las detenciones, reduciendo a setenta el número de los concentrados en el penal de Ocaña, y declarando luego el mismo ministro de la Gobernación que no había complot alguno. Pero se nombraron jueces especiales, que, si no complot, descubrieron una figura de delito novísima: las coaligaciones punibles, y que sirvió para dictar casi un centenar de procesamientos.

He ahí el perfil externo de la cosa: dos mil detenidos, setenta concentrados en el penal de Ocaña y casi cien procesamientos.

Ya es una monstruosidad y un síntoma de degeneración intolerable en la vida política que todo eso acontezca sin motivo alguno, para vigilar y tener cerca de la ventana policíaca a unas docenas de personas que, con lícito entusiasmo, desarrollan una acción política. Pero no es eso sólo. El fantástico complot se urdió con propósitos más turbios, de inmensa gravedad, y es preciso situar a plena luz su zona oculta.

Hace ya meses que los socialistas vienen planteando en el seno del partido el problema de la conquista del Poder, y en las últimas semanas, coincidiendo con algunas dificultades políticas que se presentaban al Gobierno, tramaron con urgencia la realización de los planes que antes tenían preparados y organizados para el mes de octubre, fecha tope de la actual situación Azaña.

El partido socialista, para implantar su dictadura, tenía previamente que reducir, o por lo menos conocer, la fuerza real que representan hoy en España los grupos «nacionales» que él supone le presentarían batalla violenta, en caso de implantación de la dictadura marxista del proletariado. El partido socialista, que carece de preparación revolucionaria, de capacidad suficiente para la acción revolucionaria, sabe que no puede insinuar siquiera un gesto de conquista integral del Poder, si no desarticula las falanges combativas de la CNT y las organizaciones de tendencia nacional-fascista. En este hecho hay que buscar la explicación y los motivos reales del fantástico complot. Una maniobra socialista que envolvió incluso a Casares Quiroga y al director de Seguridad, inconscientemente quizá, en este caso, al servicio de los intereses políticos del partido socialista. El ministro de la Gobernación parece que descubrió a tiempo el propósito y, a las veinticuatro horas de hablar Azaña a los periodistas del complot terrible, negó él terminantemente, su existencia.

Los socialistas, repetimos, gestionaron en los medios gubernativos la incubación del complot, claro es que exponiendo motivos diferentes a los que realmente les animaban. Y tuvieron la fortuna de que se aceptasen sus indicaciones. Nos consta que todas las incidencias a que han dado lugar estos hechos, detenciones, concentración en el penal de Ocaña, procesos, asistencia a los detenidos, etc., han sido observadas de cerca por agentes de los socialistas, que preparan, como es notorio, un golpe de Estado, y se muestran inquietos y nerviosos ante la posibilidad de que el sector anarco-sindicalista o los grupos de JONS y de los fascistas les presenten resistencia armada.

Esa es la realidad del complot. Los socialistas han querido que dos autoridades republicanas -el señor Casares, ministro, y el señor Andrés Casaús, director de Seguridad- les preparen el terreno, desarticulen, vigilen y persigan a las únicas gentes de España que no darán jamás permiso a los socialistas para sus experiencias y sus traiciones.

¿Dictadura del proletariado?

Largo Caballero es hoy, sin duda alguna, el orientador y estratega más calificado del partido socialista. En su última conferencia de Torrelodones ha dicho con claridad que el marxismo español aparta su mirada de la democracia burguesa. Los jóvenes socialistas aplaudieron mucho, al parecer, ese viraje del partido. Ya están, en efecto, bien exprimidas y explotadas por el marxismo las posibilidades que ofrece para su arraigo una democracia parlamentaria. Y ahora, obtenido y conseguido ese arraigo, no está mal iniciar sobre bases políticas firmes la etapa marxista de la dictadura proletaria.

Pero Largo Caballero se dolía y extrañaba de que en una democracia burguesa no se pueda realizar el socialismo. Naturalmente. Parece obligado que si se desea y pretende por los socialistas la implantación de la dictadura de clase, de su dictadura, realicen previamente con éxito una leve cosa que se llame la revolución proletaria, desarticulen el actual régimen de democracia burguesa. Hasta ahora, éste no les ha opuesto la resistencia más leve, ni les ha presentado batalla en frente alguno. Al contrario, llevan los socialistas veintiocho meses seguidos en los Gobiernos del régimen.

Los propósitos expuestos por Largo Caballero con la aprobación y la asistencia del partido, obligan a los socialistas a preparar y organizar la revolución. No puede hablarse de dictadura proletaria sin haber resuelto el problema insurreccional de la conquista del Poder. ¿Provocarán los socialistas jornadas revolucionarias para un objetivo de esa naturaleza? De todas formas, su declaración está ahí, clara y firmemente proclamada por los jefes.

Hay que contar, pues, y obtener las consecuencias políticas obligadas, con esos pinitos bolchevizantes de los socialistas, porque contribuirán a hacer más endeble y delgada la plataforma sobre que se apoya la legalidad actual.

No obstante siguen los grupos, gentes y periódicos antimarxistas defendiendo los postulados de la democracia burguesa, fieles a toda esa marchita fraseología del Estado parlamentario, sin advertir que los disparos contra el socialismo, hechos desde semejante trinchera, carecen en absoluto de razón y de eficacia. Así ocurre que media docena de partidos y otros tantos periódicos vienen desde hace dos meses combatiendo las posiciones socialistas, y la verdad es que no logran desplazarlos ni un milímetro.

No hay en la democracia burguesa acometividad contra nada, y menos contra la estrategia marxista. Estén bien seguros de ello los socialistas; mientras se les ataque solo en nombre de la ortodoxia liberal-burguesa, pueden seguir tranquilos organizándose y esperando el momento propicio para su victoria.

Una respuesta inadmisible

Contra la dictadura marxista de clase sólo cabe la dictadura nacional, hecha, implantada y dirigida por un partido totalitario. Pero nunca la dictadura de unas supuestas «derechas conservadoras», como reclamó Maura en Vigo, a los pocos días del discurso leniniano de Largo Caballero. No pudo expresarse Maura con menos fortuna ni mostrar más al desnudo su incapacidad para comprender los fenómenos políticos de la época. ¿Qué es eso de dictadura de las «derechas conservadoras»? Sería un fenómeno típico de lucha de clases, tan antinacional, injusto e inadmisible como los conatos marxistas en nombre de la clase proletaria.

Esa posición de Maura es sintomática. Está visto que la burguesía liberal desbarra fácilmente y no ve claros sus objetivos. Pues se levantan los pueblos contra el marxismo justa y precisamente porque significa la negación misma de la existencia nacional, la conspiración permanente contra la Patria. Es, pues, en nombre de todas las clases, interpretando los clamores de «toda» la Nación, como se organiza el frente antimarxista, la salvación nacional. Esa consigna de Maura debe rechazarse de plano. Favorece incluso las líneas marxistas, proporcionándoles razones dialécticas. Insistimos en la extrañeza que nos produce la lentitud y la poca inteligencia con que surgen voces y campañas antimarxistas de esas anchas zonas fieles hasta aquí, a las fórmulas de la democracia burguesa. Desearíamos advertir en ellos decisión para mostrar sus propias dudas interiores y para insinuar ante el país la necesidad real y urgente de sustituir las normas actuales del Estado por otras más firmes y vigorosas. Pero orientaciones como la de Maura que comentamos, nos parecen perturbadoras, desviadas y nocivas.

Jonsismo y fascismo

Ningún camarada de nuestro Partido se siente mal interpretado políticamente cuando le llaman o denominan fascista. Es ello admisible en el plano de las tendencias generales que hoy orientan los forcejeos políticos del mundo. Si, en efecto, no hay otras posibles rutas que las del fascismo o el bolchevismo, nosotros aceptamos y hasta requerimos que se nos incluya en el primero. Ahora bien, fascismo es, antes que nada, el nombre de un movimiento concreto triunfante en Italia en tal y cuál fecha, y en tales y cuáles circunstancias, concebido por unos hombres italianos con una tradición, un ambiente y una mecánica social peculiarísima de su país. El fascismo ha incorporado a nuestro tiempo valores universales indiscutibles, ha iniciado con éxito firme una labor que representa un

viraje magnífico en la marcha de las instituciones políticas. Es además un régimen y un estilo de vida que centuplica las posibilidades de los hombres y contribuye a dignificar y engrandecer el destino social e histórico de los pueblos. Muy difícil es, por tanto, evadirse de su influencia en las horas mismas en que andamos aquí en pugna diaria para reencontrar y robustecer el auténtico pulso nacional de España. Muchas de sus victorias no son aquí precisas con urgencia. Muchos de sus pasos hemos de recorrerlos también nosotros, sin rodeo posible.

Pero, a pesar de todo eso, las JONS, aquí, en su Revista teórica, donde hay que precisar y distinguir la entraña más honda del Partido, tienen necesidad de situarse claramente ante el fascismo y reclamar como primer impulso y base fundamental del Partido una raíz nacional, sincerísima y auténtica, que sólo en nuestros climas hispánicos es posible, urgente y necesaria.

El tema es de interés máximo, sobre todo si recordamos que hay hoy anchas zonas de españoles pendientes de las eficacias y de los caminos fascistas. Por eso, en nuestro próximo número publicaremos un amplio trabajo del camarada Ramiro Ledesma Ramos, el definidor y forjador más calificado de nuestro Partido, con el mismo título de esta nota: «Jonsismo y fascismo.»

Estamos seguros de que el Partido robustecerá su posición hispana, distinguiendo con pulcritud su propio carácter. Y conviene a todo el Partido disponer de ideas claras acerca de un extremo así. Esperemos el trabajo de nuestro camarada. Todas las coincidencias con el fascismo y todo lo que nos separa de él tendrán allí su justificación rigurosa.

(«JONS», nº 3, Agosto 1933)

NUMERO 4. Septiembre 1933.

Declaraciones terminantes

Jonsismo. Fascismo. Las Derechas. La violencia. La juventud. Las masas

Los movimientos políticos, en caso de ser entrañables, fecundos y sinceros, no se caracterizan sólo por sus ideas, su programa escrito, en cuyas cosas coinciden quizá con otros, sino que poseen también zonas más genuinas y profundas. Habrá que percibir en ellos qué calor humano arrastran, qué voluntades y qué gentes sostienen y nutren su camino.

El jonsismo no consiste, pues, en estas o en aquellas ideas. Las ideas políticas tienen poco valor, casi ningún valor, si no cabalgan sobre creaciones fornidas, sobre entusiasmos voluntariosos, que sólo existen y son posibles allí donde brota la acción durísima y urgente. No habrá mejor definición para nuestro movimiento que la que se limite a indicar que exalta, recoge y encuadra a las juventudes nacionales. Esa es nuestra razón de ser, la ejecutoria de las Juntas. Queremos ligar al Partido a un solo y magno compromiso: que las generaciones jóvenes -veinte a cuarenta años- vean con espanto la posibilidad de que coincida un período de deshonor, ruina y vergüenza de la Patria con la época en que ellos son fuertes, vigorosos y temibles.

Ahí tan sólo radica y reside la justificación jonsista. Todo lo demás que las JONS sean surge de eso. Nadie puede, por tanto, vincular a las JONS con cosas y propósitos que no tengan ahí su raíz fundamental. Salvada nuestra fidelidad a las tradiciones de la Patria, somos en la acción presente nuestros propios clásicos. Día a día, advierten ya quienes sigan la labor jonsista, que la juventud de España nos entrega forjadores teóricos y destaca a la vez pulsos firmes para la acción y la violencia.

Yo prosigo con fe la organización de las JONS y mantengo con firmeza la ruta del Partido, sin oír las voces más o menos afines que solicitan la desaparición de las Juntas, porque advierto cada día las incorporaciones magníficas con que los medios jóvenes de España garantizan nuestra victoria. Y una vez que se reconozca nuestra tarea como una tarea de juventudes -siempre, claro, utilizamos este concepto sin atenernos con rigor a este o aquel número de años-, se nos otorgará derecho a repudiar toda clasificación política que afecte a batallas y jornadas anteriores a la presencia del Partido.

Las JONS encuentran en Europa un tipo de Estado, el Estado fascista, que posee una serie de formidables excelencias. Pero afinen nuestros militantes su atención sobre este hecho, porque es de gran interés para que se sitúen con claridad como jonsistas. Hay una escala de apreciaciones que nos servirá bien para el caso: primero está nuestro carácter de españoles, con la angustia de nuestro problema español y el arranque voluntarioso de salvarnos. En ese momento surgen las Juntas, aparece nuestro Partido como bandera nacional y llamamiento a la pelea. Las JONS orientan la táctica, sistematizan y aclaran la hora española, localizan al enemigo y construyen una teoría, una doctrina política que ofrecer a las gentes de España. Y es cuando tratamos de perfilar las características del nuevo Estado, cuando sentimos la necesidad de elaborar las líneas generales que servirán para edificar unas instituciones, es precisamente ese momento el que nos encara y coloca de modo admirativo en presencia del Estado fascista. Se nos puede denominar por ello, si se quiere, fascistas, pero quede bien claro que el fascismo de aquel o del otro país es ajeno a la raíz emocional, voluntariosa y honda a que obedecen y son fieles las Juntas.

Las JONS no pueden ser adscritas sin reservas grandes a las derechas. Mucho menos, claro, a las izquierdas, que han sido siempre antinacionales, traidoramente insensibles a la idea de España y en todo momento encanalladamente derrotistas. Quien se califique a gusto entre las derechas o las izquierdas no indica sino su carácter burgués liberal y parlamentario. Ahí están las declaraciones de Gil Robles acerca del fascismo, hechas a su regreso de Alemania. Parece que algunos sectores de las derechas se extrañan o disgustan porque Gil Robles no muestra gran admiración por el fascismo. Pero nosotros las hemos encontrado naturales, lógicas y adecuadas a la representación política de Gil Robles, que es típica y fielmente un «hombre de derechas». Y que por eso, mientras lo sea, no puede mostrarse conforme con el fascismo. Convendría que algunos fijasen acerca de esto sus ideas, al objeto de que no se produjesen chascos formidables, y que se llevarían sobre todo quienes

andan hoy reclutando un supuesto fascismo español, no ya entre las derechas, sino en el sector y a base de la prensa más típicamente «derechista» de España.

La existencia de unas derechas supone la existencia lícita -aceptada y tolerada por aquéllas- de unas izquierdas. Los ideales políticos llamados de derechas se han elaborado teniendo en cuenta que hay otros ideales políticos llamados de izquierda. Unos y otros son parcialidades, clasificaciones que funcionan en regímenes parlamentarios. No puede haber en ninguno de esos dos sectores licitud para presentarse únicos y exclusivos, para dictar e imponer la desaparición del otro. Ambos, derechas e izquierdas, se necesitan entre sí. ¿Con qué derecho alzarse unas u otras y presentar los intereses y la ruta histórica de la Patria como adscrita a su sector y punto de vista?

Las tendencias fascistas excluyen esas denominaciones, que residen y radican en los hemiciclos parlamentarios, precisamente la institución básica contra cuya infecundidad y degeneración disparan con más eficacia las baterías fascistas. Ahora bien, si hablamos de la necesidad de hallazgos unánimes, de cosas que pueden ser impuestas sin vacilaciones ni dudas a la totalidad nacional, no nos referimos, naturalmente, a ideas y propósitos que acepten de modo voluntario la gran mayoría «numérica» de los españoles. Puede ocurrir, y de hecho así acontece siempre, que una minoría heroica interprete por sí, apoyados en su coraje, los valores nacionales escarnecidos por otra minoría y abandonados por una mayoría neutra.

La razón nacional, el derecho al triunfo de los movimientos «nacionales» no puede en modo alguno estar vinculado a la movilización de las mayorías. Es aquí donde aparece el uso y la táctica de violencia que siguen, y tenemos que seguir los jonsistas, los fascismos. La violencia política tiene dos formas o etapas bien definidas y diferentes. Una, la violencia que requiere toda toma del Poder por vía insurreccional. Otra, la que se desarrolla en forma de coacción y de imposición por la tendencia nacional triunfante. La primera es típica de todos los grupos y sectores revolucionarios. No hay que ser fascistas, por ejemplo, para organizar golpes de Estado. Por eso no nos interesa ahora examinar la violencia insurreccional.

La segunda forma de violencia, la que desarrolla un Estado totalitario contra los núcleos disidentes, sí, es propia de una situación fascista. Esta sistematizada y justificada sólo en el Estado fascista, frente a la doctrina liberal de las democracias parlamentarias que, por lo menos de un «modo teórico» -recuérdese el período de Azaña-, respeta la existencia de organizaciones disidentes.

Contra la afirmación teórica y práctica de que no es lícito al Estado obligar a los individuos y a los grupos a servir en un orden nacional, está toda la decrépita doctrina de los partidos demoliberales, a la que se acogen hoy todos los farsantes y todos los incapaces de hinchar dentro de sí una fe nacional y un esfuerzo.

Las JONS saben que hay un manojo de magnas cosas que deben ser salvadas, defendidas e impuestas como sea. De ellas depende el existir de la Patria, nuestro ser de españoles -que es para nosotros la categoría fundamental- y la salvación misma física, económica de todos. Pues bien, no nos avendremos nunca, por ejemplo, a que sea voluntario el aceptar o no la idea de España como algo que preside y está por encima de todos los intereses individuales y de grupo. Eso hay que imponerlo, entre otras razones, porque es incluso la garantía de una vida civilizada y libre, e imponerlo con toda la violencia y toda la coacción precisas. Existen cosas innegables, indiscutibles, que a los individuos y a los grupos no cabe sino aceptar, con entusiasmo o no. Pues aunque algunos poderes -como el de la Iglesia- no se sientan hoy con fuerza moral ni desde luego con deseos de aplastar a los herejes -lo que nos parece bien porque somos, como la Iglesia, partidarios de la libertad religiosa de conciencia- hay otros que en nombre del interés nacional, la vida grandiosa del Estado y el vigor de la Patria, se muestran con suficientes raíces absolutas para aplastar a quienes se sitúen fuera o contra ellos.

Vamos, pues, a conseguir para las JONS el derecho a conducir y orientar las masas nacionales. Esas masas de compatriotas angustiados, sin fervor ni claridad en sus vidas, y a los que es preciso dotar de una Patria, obligándoles a considerar como imprescindible un puesto en la tarea de forjarla con su propia sangre. Necesitamos los españoles mejores, es decir, los de más fe y más capacidad de entusiasmo, sacrificio y disciplina. Los más voluntariosos, enérgicos y fuertes. Ellos serán en todo caso las masas, multiplicándose en su acción y en su presencia. Pues habrá que llevar la lucha al plano heroico y verdadero, donde realmente valgan los hombres por su dimensión más eficaz y honda. No son las masas las mayorías. Estas pueden muy bien recluirse, esconderse, mientras

aquéllas llenan la calle con su verdad y con su imperio. Haremos que coincidan con la verdad y el imperio de España.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

Circular para el Partido

A todos los Triunviratos y militantes de las JONS

Camaradas:

La situación política de la Patria ha adquirido en las semanas últimas un perfil claro, al que urge ajustar la acción de las Juntas.

Para ello circulamos las siguientes observaciones que deben tener en cuenta todos los grupos locales de un modo riguroso:

1) Hay que vigorizar el impulso de las Juntas que funcionen a base de camaradas universitarios. El Partido espera lícitamente que sean estas Juntas las que inicien con rabia y coraje juveniles la agitación en el próximo mes de octubre. Los Triunviratos locales respectivos han de poner a disposición de esos núcleos los medios de que dispongan, apoyando en todos los casos la actividad de los camaradas estudiantes. Corresponde a las JONS conseguir que desaparezcan de las Universidades de España los gritos traidores de los marxistas.

2) El Partido necesita con urgencia hacer la máxima propaganda entre nuestros compatriotas de los campos. Sólo las JONS pueden ofrecer a los agricultores nacionales una bandera eficaz y una garantía de victoria. Los Triunviratos que tengan en torno una comarca propicia, deben ofrecer a la consideración de este Ejecutivo Central medios y orientaciones para una difusión rápida de las Juntas e intensificar ellos mismos la propaganda.

3) Muy en breve comenzarán las JONS una activísima campaña a base de actos públicos. Es de gran interés que los Triunviratos locales que crean ya disponer de suficiente atmósfera «jonsista» en su ciudad soliciten de la Secretaría nacional se desplace algún miembro de este Ejecutivo para los mítines que ellos organicen.

Madrid, septiembre.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

La finalidad de “JONS”

Al iniciar la Revista “JONS” el segundo trimestre de su vida es muy conveniente deshacer la insatisfacción de algunos camaradas que han buscado, sin encontrarlo en su interior, el comentario popular y ligero a los hechos de cada día o la exposición vulgarizada y fácil de nuestro programa.

Piensen los camaradas que “JONS”, como se indica debajo de su título, es el órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista y, por lo mismo, el lugar donde se está elaborando la teoría, la justificación intelectual «jonsista». Es como un laboratorio al que sólo asisten los investigadores especializados y acaso sus discípulos. “JONS” está destinada a cuantos ponen su cerebro y su sensibilidad al servicio de nuestra verdad eterna y española y a los futuros propagandistas y jerarcas provinciales y nacionales del «jonsismo». También tiene su público de simpatizantes y afines, que nos siguen cada vez más interesados. Hay que acercarse, por lo tanto, a

"JONS" con tensión de inteligencia y fe. Nosotros no creemos en la vulgarización de la ciencia, sino en la jerarquía del conocimiento. En principio son pocos los que deben saber ciertas cosas, pero con la devoción, el entusiasmo y el trabajo puede ensancharse la base y cantidad de los enterados. Nunca la calidad que ha de ser exigente y en su punto.

Elaborada la teoría «jonsista», el Partido se cuidará de espolvorear sus aspectos populares, perentorios y sencillos, utilizando la mayor difusión y claridad posibles.

Por ejemplo, ahora nos es gratísimo anunciar la inminente publicación de «PAN» -periódico de la juventud, del campo y la ciudad, de la afirmación nacional-. Allí encontrarán todos los camaradas y amigos de las JONS la glosa vibrante, el ataque directo, la verdad desnuda.

ESPAÑA

UNA,

GRANDE,

LIBRE

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

La disciplina política

Todos los españoles han recibido, sin duda, una excelente lección durante las sesiones del último Congreso del partido radical socialista. Así son, en efecto, los partidos que nacen, triunfan y prosperan en las democracias burguesas, liberales y parlamentarias. Así las gentes y los políticos que atrapan los Gobiernos en esos regímenes. ¿Qué tienen que ver con las masas organizadas a base de una fe, de un sacrificio tenaz y de una disciplina noble?

Aparecen bien claras las características reales de esos partidos. Nacen para peleas chicas, enfermizas, antiheroicas. Se ceban en sí mismos como seres degenerados e inconscientes. Bien se advierte que su existencia no va ligada a magnos compromisos, sino que se agota en el jolgorio permanente, en la discusión y en la vocinglería escandalosa.

Viéndolos en la marcha, en las jornadas mediocres que caracterizan su vida política, nos reafirmamos más que nunca nosotros en el odio y el desprecio a toda la mendacidad y la farsantería de las democracias parlamentarias. Sin embargo, en el seno de esos partidos se habla también de disciplina, sin que nadie comprenda en qué altas verdades pretenden engarzar la disciplina quienes necesitan destruir en los pueblos todo fervor nacional, toda raíz absoluta, para ellos existir como partido.

La disciplina es nuestra. Sólo en nuestros campos adquiere esa palabra sentido y realidad. Nuestras organizaciones nacen y surgen a la vista de gigantescas tareas, tienen ante sí un enemigo a quien batir y una empresa nacional a que entregar el esfuerzo y el coraje. La indisciplina es incomprensible en las Juntas. Ni un minuto nos es dado para batallas interiores, en el seno mismo del Partido porque vivimos con los ojos vigilantes hacia fuera, hacia el enemigo poderoso, exterior y hemos de dedicar todas las energías a los propósitos fecundos de las Juntas.

No creemos que los camaradas del Partido necesiten ejemplos edificantes como ese de los radicales socialistas para reafirmarse en su sentido del deber y de la disciplina «jonsista». Nunca permitirán los dirigentes de las JONS que en su seno se riñan batallas. Para eso está el remedio eficaz y a tiempo de que hablan con claridad los estatutos del Partido.

Nada haremos sin disciplina férrea en nuestros cuadros, sin un misticismo de la unidad, de la jerarquía y de la eficacia. No hay frivolidades políticas en nosotros. Nacemos para el sacrificio, y es imprescindible para la victoria que cada uno pode y elimine de sí mismo todo conato de infecundas disciplinas.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

El Sindicalismo Nacional del Fascismo

Este ensayo del italiano Missiroli resulta de un enorme interés actual después de la fracasada experiencia socialista en España. Como todavía hay que combatir muchísimo y acaso dar la batalla decisiva —a la que nos disponemos— contra la epidemia del marxismo actuante, es muy conveniente la publicación de las páginas de Missiroli, donde se examinan con agudeza y precisión la solución nacional, legal y verdadera del fascismo, a las contradicciones económicas. Es decir, el camino de conseguir la patria, el pan y la justicia.

(«JONS», nº 4, septiembre de 1933, pág. 169. Entradilla)

Un poeta de lo España imperial. Ramón de Basterra

Fino diplomático, agudo escritor, eximio poeta, fue Ramón de Basterra un insigne prócer de las letras españolas. Dotado de ardiente imaginación y claro talento perspectivo, produjo en sus dos etapas de ausencia profesional —Rumania y Venezuela— escritos, como "La obra de Trajano" y "Los navíos de la Ilustración", cuyas páginas henchidas de auténtico hispanismo, iluminan la gran figura del emperador español y la última época, decadente ya, de nuestra colonización americana. Sus obras en verso, en las que palpita un profundo fervor místico hacia la España alumbrada a la civilización por la Roma Imperial, forman hoy un ramillete de tal actualidad ideológica, que es preciso ofrecerlas como símbolo a nuestra juventud, ansiosa de Verdad Nacional, su autorretrato habla bellamente de cuanto decimos:

Defiendo en mi interior contra enemigos vientos,
La llama que en mi suelo fue prendida por Roma
Y en ella, dando al aire de la Patria su aroma,
Ovejas de holocaustos, quemó mis pensamientos.

Ramón de Basterra fue, sin saberlo, un gran precursor de este movimiento nacional, vigoroso y firme, que hoy despunta en la juventud de nuestra Patria. Ignoraba, seguramente, al morir hace unos años —arrebatada su razón por el Destino adverso—, que se hallaba tan próxima en España la hora de la catástrofe marxista, del hundimiento de nuestra unidad política, de la quiebra rotunda del sentido nacional. Y también, que toda esa secuela de desdichas no era sino una crisis honda, a lo Enrique IV, con su inevitable cortejo de oligarquías sueltas y Beltranajes audaces, aurora de una España grande, fuerte y libre.

Estás páginas se honran hoy con las estrofas admirables de "Las ubres luminosas".

(«JONS», nº 4, septiembre de 1933, págs. 189-190. Entradilla)

Notas

Lerroux en el Poder

No creemos que sean necesarios en España más Gobiernos de tendencia democrático-burguesa para que el pueblo español advierta la ramplonería y la ineptitud de las democracias parlamentarias. Pero es inagotable la candidez de los hombres. Ahí está Lerroux recogiendo todavía un poco la ilusión de las gentes en torno a una mayor pureza liberal. Y en la cola, haciendo espera, también hay los Gil Robles, que, por la llamada derecha, quieren asimismo conservar en España el espíritu, el tono y la mansedumbre nacional propios del liberalismo burgués.

Al ser encargado de formar Gobierno, dijo o insinuó el señor Lerroux que no llamaría a colaborar sino a representantes de partidos «nacionales», es decir, que excluiría a los grupos particularistas como la ORGA[4] y la Esquerra catalana de Maciá. Ello era un criterio magnifico y, desde luego, lo menos que se puede pedir ante los resabios separatistas de esos partidos, aunque sea a la vez lo más que podría conceder un equipo gobernante como el actual, escéptico de España, sin vinculación con el ser más hondo y entrañable de la Patria. Claro que, además, la cosa quedó reducida a mero proyecto. Lerroux apareció a los dos días del brazo de dos ministros de aquellos grupos repudiados, y ello precisamente en las horas mismas en que se produjeron jornadas intolerables y vergonzosas en Barcelona durante la fiesta-homenaje de que se valen los catalanes separatistas todos los años, el 11 de septiembre, para injuriar a España, incluso a la España débil y cobarde que concede Estatutos a esa canalla.

Ese fue el primer tropiezo y la primera fase ridícula del Gobierno Lerroux. El segundo consistió en que el jefe radical había anunciado siempre que su etapa de Poder suponía la disolución de las actuales Cortes Constituyentes. Pero al contrario de eso, Lerroux formó un Gobierno típicamente parlamentario de estas Cortes, es decir, teniendo en cuenta los grupos y grupitos que en ellas hay, y dándoles cartera como garantía de su asistencia en las votaciones.

Pero, en fin, todas estas cosas son típicas y propias de los regímenes demoliberales, y no hemos de ser nosotros los que se extrañen de que acontezcan hoy en España con profusión.

Ante el Gobierno Lerroux no cabe otra preocupación por parte nuestra que la de percibir si cumplirá o no el destino histórico que corresponde a una situación así, en época revolucionaria, con las heridas nacionales abiertas. Es ahora, pues, cuando España se va a enfrentar con su propio problema, decidiendo o no salvarse con intrepidez. Ahí está el marxismo acechando la posible deserción de los españoles. Nuestro deber «jonsista» consiste en extraer de la situación Lerroux todas las consecuencias que resulten favorables para realizar con éxito un plan de acción directa contra los marxistas. El Gobierno Lerroux necesitará incluso de nosotros para combatir a esos elementos, que intentarán, sin duda, arrollarle en fecha breve. Y ha de ser más cómodo para un Gobierno liberal parlamentario, con miedo a que se le acuse de reaccionario o anarquizante, el que haya fuerzas «nacionales», como las JONS, que presenten batalla violenta al marxismo en vez de que tengan que ser los agentes de la autoridad los que realicen los actos punitivos.

Esta es la nueva realidad para las JONS: han aumentado considerablemente los deberes. Tiene ya el Partido el compromiso moral de desbordar su acción y su pelea. Hay que organizar mítines, salir a la calle popular, hincharse de coraje y de afán por la victoria.

El complot azaño-marxista contra el Gobierno Lerroux

Adquirió poca resonancia, porque no en balde esos «complotadores» gozan y disfrutan aún de la consideración y el respeto del equipo ministerial. Con motivo de la Asamblea agraria, se intentó, en efecto, por algunos elementos militares, reforzar la anunciada huelga general de los socialistas. No cabe ya duda a nadie, y menos al Gobierno, que adoptó medidas bien concretas y elocuentes para abortar la subversión, que se dieron todos los pasos para iniciar las jornadas violentas contra la

[4] Organización Republicana Gallega Autónoma, fundada en 1929.

situación Lerroux. Son de dominio público las gentes y los grupos comprometidos, las zonas militares a quienes incumbía la tarea de mezclar tropas a la insurrección, las figuras dirigentes, los propósitos inmediatos que guiaban el golpe de fuerza.

Se contaba con la presencia en Madrid de las masas agrarias, a las que se creía, desde luego con razón, inermes y sin organización especial para encuentros revolucionarios. Ese fue el motivo por el que Lerroux suspendió la Asamblea, claro que sin proclamarlo así en alta voz, pudiendo y debiendo hacerlo, porque sobraban al Gobierno pruebas y datos acerca del intento.

Parece que los organizadores del complot se proponían implantar una especie de democracia revolucionaria, tipo Méjico, a base de la dictadura personal de Azaña, como paso a una posterior y franca situación socialista. Desde luego, jacobinismo trasnochado, malos humores de gentes que no olvidan las delicias del mando y, sobre todo, aparecían apellidos y núcleos que ya existen en la historia española, ligados al nombre terrible de Casas Viejas. Eran, en efecto, las gentes de Casas Viejas los principales y más destacados individuos de la subversión.

La realidad indudable de cuanto decimos nos obligará a todos a estar vigilantes y alerta. Pues la consumación de hechos como los que aquí aparecen denunciados deben equivaler, para nuestro Partido, a una orden movilizadora.

El Gobierno tomó quizá en este caso medidas eficaces, como fue la desarticulación del aparato policíaco del anterior Gobierno, pero también es cierto que fueron los complotadores quienes suspendieron o aplazaron la cosa. No hay, pues, que tener excesiva confianza en la acción del Gobierno, donde hay después de todo representantes de los grupos más ligados a «lo anterior», y que, por ejemplo, actúa con vacilaciones como la que supone sospechar y aislar del servicio durante esos días a un jefe destacado en una de las armas del Ejército, para después, según ya acontece, restituirlo de nuevo al mando.

La Asamblea agraria

Todo el mundo percibe ya en los españoles del campo la levadura intrépida que necesita la Patria. Se movilizan, es cierto, hoy por algo tan inmediato y extrapolítico como la reclamación de medidas que salven sus economías deshechas. Pero nadie vea en el fenómeno una manifestación monda y escueta de lucha de clases. El hombre del campo incorpora siempre a sus tareas un grupo de valores espirituales, entre los que despuntan con pureza una magnífica fidelidad al ser de España, al ser de la Patria, que ellos mejor que nadie, en directa relación con la tierra, exaltan y comprenden.

Hemos estado a punto de ver en Madrid una amplísima representación de esos españoles. La Asamblea proyectada tendría, si se quiere, un puro carácter económico, sin dirección política alguna; pero la realidad iba a sobrepasar felizmente esos propósitos recortados y sinceros de los organizadores. Se habría hecho presente en Madrid una juventud del campo, los hijos de toda esa multitud de familias españolas, vejadas y atropelladas en los pueblos por las hordas marxistas, que saben muy bien quién es y dónde está el enemigo, y a la que es de toda urgencia enrolar y conquistar para unas filas nacionales y heroicas. Es una de las tareas más primordiales de las JONS, llevar a la conciencia de esas juventudes la seguridad de que dispondrán a nuestro lado de resortes victoriosos.

La Asamblea fue suspendida por el Gobierno, con razones que en nuestra nota anterior aparecen claras, pero que el pueblo español no sabe. Esa suspensión importa poco, pues el movimiento de las masas nacionales agrarias arrollará, desde luego, trabas tan débiles. Nosotros, las JONS, debemos esforzarnos por orientar ese movimiento, que es nuestro propio movimiento, impidiendo que caiga en manos de caciques mediocres e inmorales, y ganándolo para unos propósitos totalitarios, para una tarea «nacional» de emoción y de combate contra los enemigos de España.

Esos españoles de los campos han sido hasta aquí machacados por los rencores marxistas en nombre de una política de lucha de clases y de ignorancia malvada de todo lo genuino y limpiamente español. Su deber y sus mismos intereses no han de consistir, por tanto, en vincularse a una actitud clasista, sino en interpretar y escoger los anhelos y los clamores de la dimensión nacional entera, buscando y ligando su pelea a la de los españoles de «todas las clases» que coincidan grandiosamente en el afán de salvarse juntos, salvando el solar español.

Es la gente del campo, los hombres de la tierra, quienes tienen y disponen de espíritu más propicio para comprender esto que decimos. Hay, pues, que buscarlos, conquistarlos para las filas del Partido, dándoles consignas claras y eficaces. De otro modo, irán a engrosar esos cuadros pálidos y temblorosos que otros ofrecen con instrucciones electoreras y olvido persistente de lo que la Patria es, supone y obliga. Hemos citado a esa llamada CEDA, nido de escépticos, desviados o cosas aún peores.

Todos los jonsistas deben llevar a los campos la demostración y la evidencia de que sólo es lícito llamar y solicitar a esas masas de «agricultores nacionales» para ofrecerles un lugar en el combate, nunca para equiparles con papeletas frente a un enemigo armado, violento y criminal, como es siempre en todos los climas el enemigo marxista.

(«JONS», nº 4, Septiembre 1933)

NUMERO 5. 1933.

Las consignas electorales

La unidad. El marxismo. La revolución parlamentaria. El agrarismo. El nuevo Estado. La posición jonsista

Por mucho que eleven los partidos su puntería en las propagandas electorales, se les escapará íntegro el drama actual de España. Muchos creemos que el carácter y la magnitud de este drama van a exigir de los españoles algún mayor y más intenso servicio que el depositar una papeleta en las urnas. Las movilizaciones electorales pueden, sí, alcanzar cierta eficacia para discriminar y resolver cosas menores que aludan a problemas cuotidianos y fáciles. Sólo si aparecen polarizadas con vigor dos rutas, y a título excepcional, puede conseguirse solventarlas electoralmente. Perciben entonces las masas de un modo sencillo la significación esencial, histórica, de ambas rutas. Pero hoy, en España, no hay planteadas cuestiones sencillas, sino muy complejas, y no puede resolverlas cualquiera, sino algunos; no los más, por el hecho de serlo, sino los menos, de un modo disciplinado, heroico y casi genial.

Nadie piense en reconstituir la unidad española con votaciones espléndidas y nutridas. El esfuerzo de voluntad y coraje que se precisan no lo sembrarán nunca en las gentes las propagandas electorales. El problema de la unidad nacional se enlaza con otras urgencias españolas, y todas ellas convergen en la obligatoriedad de plantearse el problema esencial del Estado, es decir, el de su derrocación y conquista. Por donde quiera que en España se aborde alguna de las enormes dificultades hoy existentes, se tropieza uno con esa necesidad revolucionaria, con ese tipo de intervención apremiante e imperiosa.

Pues en una época como la actual, en que es imposible a pueblo alguno regular y disciplinar su marcha si no dispone de un Estado eficaz, creador y fecundo, aquí en España el Estado parece construido para alimentar y vigorizar las secesiones. He aquí su carácter más grave, perturbador y doloroso. Es un Estado con capacidad de destrucción y aniquilamiento.

Ahí está, pues, la unidad española, inasible como consigna electoral de cualquier candidatura. Mostrarse hoy en España partidario de la unidad nacional equivale a mostrarse disconforme con el Estado, es decir, es una calidad revolucionaria. Y muy pocas veces acontece que el hacer la revolución sea una consigna electoral. La excepción universal y única todos la tenemos en España, bien y cercana. Fue la revolución electoral de abril, fenómeno que sólo podrá explicarse en la Historia como una revolución excesivamente madura, no realizada a su tiempo por la notoria cobardía de sus intérpretes.

La unidad española la defienden sólo algunos partidos, y ello con timideces y vacilaciones. Pues como hemos dicho antes, es una aspiración que sólo cabe y es posible en partidos revolucionarios. Los separatismos tienen su mejor guarida en la vigencia constitucional, y además, según bien reciente manifestación uniformada en Cataluña, se preparan con vistas a defensas más duras y eficaces.

El español que se acongoje en presencia de los separatismos traidores pasará en balde sus ojos por las candidaturas que se le ofrezcan estos días. Si quiere incorporar un esfuerzo, unirse con calor a una eficacia, tendrá que apartar su atención de las colas de votantes. La ofensiva armada contra los separatismos va a ser la primera gran prueba a que los españoles tienen que someter su capacidad para sostener sobre los hombros una Patria. Pues si en España triunfan y son posibles los separatismos, es que ha dejado de existir, de muerte natural y vergonzosa, sin catástrofes, sin lucha, justificación ni sepultura, con el cadáver al aire, para que lo escarnezcan los canes europeos, forjadores de nuestro deshonor y nuestra ruina.

Sostenemos, pues, que la unidad española no puede ser litigada ni discutida en los comicios. Ya lo entienden así los partidos y desde luego no se atreverá ninguno a ofrecerla a cambio de votos. Hay, en cambio, muy extendida por ahí una consigna electoral, el antimarxismo, sobre la que urge mucho aclarar sus calidades.

El marxismo es, en efecto, batido con eficacia y entusiasmo en todas partes. Pero aquí se pretende hacerlo al revés, ignorando lo que el marxismo significa, cuáles son sus defensas más firmes, dónde aparece encastillado y acampado. Las filas marxistas se nutren de masas azuzadas en su gran mayoría por el afán de arrebatar y conquistar cosas que otros tienen. Son masas en cierto modo insatisfechas, incómodas, que los dirigentes rojos, polarizan hacia la destrucción y la negación nacional. Quieren salvarse ellas mismas como sea, sin emociones ni complejidades que vayan más allá de sus afanes inmediatos. El antimarxismo electoral que anda por ahí no resuelve el problema de esas masas, y cuando más, su victoria será rápida, aprovechando alguna depresión de las mismas, pero es evidente que aparecerán de nuevo y se reharán de un modo facilísimo.

El marxismo queda aniquilado desvinculando sus organizaciones de esas masas insatisfechas a que nos referimos. Para ello se requiere ganarlas para la emoción nacional de España, demostrándole, violentamente si es preciso, que su insatisfacción, su infelicidad y su peligro terminarán cuando desaparezcan la insatisfacción, la infelicidad y el peligro de España. Esto que decimos lo entienden, por ejemplo, bien en Italia y Alemania, donde el fascismo y el nacionalsocialismo lograron ese tipo de victoria social a que nos estamos refiriendo. Sin ella, el marxismo es inaniquilable o invencible, por más candidaturas y frentes electorales que se formen.

Repitámoslo de un modo tajante y sencillo: la lucha contra el marxismo no puede ser consigna electoral eficaz. Claro que en España tenemos las zonas extensas de la CNT, que no son marxistas, pero a los que sabemos algo de luchas sociales nos resulta imposible asentar sobre ellas ningún optimismo, si no es el de que su carencia de organización robusta haría menos difícil su conquista por nosotros.

Las JONS entienden así su antimarxismo y condenan los procedimientos blandos de los que, sin apoyo ni emoción nacional, luchan contra el marxismo dándole y proporcionándole en rigor nuevas y más firmes posiciones. Sólo desde nuestro campo, sólo desde nuestro sindicalismo nacional, es posible batir y destruir las líneas marxistas, arrebatándole dirigentes revolucionarios y uniendo el destino de los trabajadores al destino firme, real y grandioso de la Patria.

La revisión constitucional, que es meta y público deseo de las derechas, es lo que nosotros denominamos la revolución parlamentaria. Tampoco parece muy posible y hacedera. Pues no están aún destruidas y desmanteladas las columnas emocionales que plantó y edificó la revolución de abril. Parece imposible que retrocedan mansamente, en presencia de la palidez y frialdad de las papeletas electorales. Será más lógica una resistencia ante enemigo tan tenue, y por eso, mientras más densa y arrolladora aparezca la ola electoral contra la vigencia de la Constitución, con más premura, rapidez y urgencia se impone abandonar la táctica de la revolución parlamentaria.

Hay entre las consignas electorales una de radio amplísimo. Es la que se refiere a los campos españoles, a su victoria y a su temple. El agrarismo. Hace ya meses que impresiona a España esa presencia y esa bandera agrarias. Pues todos perciben en los españoles de los campos la posible levadura intrépida que necesita la Patria. El hombre del campo incorpora siempre a sus tareas valores espirituales, entre los que despunta con pureza una magnífica fidelidad al ser de España, al ser de la Patria, que ellos mejor que nadie, en directa relación con la tierra, exaltan y comprenden.

El fracaso o la desviación del movimiento agrario constituiría una catástrofe en esta hora de España. No hay que hacerse muchas ilusiones sobre lo que hoy es, pues el noventa por ciento de sus dirigentes y la ruta por la que éstos lo orientan carecen en absoluto de posibilidades. Todos los caciques mediocres, inmorales y decrépitos de los viejos tiempos aparecen ahí, en fila agraria, y contra ellos hay que conseguir arrebatarles la dirección y la tendencia de la lucha. Esos caciques son los que desarrollan la táctica electoral, aferrándose a ella de un modo exclusivo. Pero la misión de los campos es dar también a España otro linaje de servicios, proporcionarle defensores corajudos y violentos.

No hay ni habrá nuevo Estado, instituciones grandiosas y firmes en España mientras no dejemos esa cuestión teórica que es saber al dedillo cómo va a ser el Estado hasta después de los «hechos» triunfales. Después de jornadas un poco ciegas si se quiere, en las que nadie vea claro si no una cosa, el arrojo y el sacrificio de sus actores, es cuando se plantea y puede plantearse la necesidad «teórica» de salir de los atolladeros, de las dificultades a que la acción, la acción pura, nos lleve. Esa es la posición de las JONS ante las elecciones. No creemos en ellas y menos en su eficacia. Y hay en ellas el peligro de la adormidera nacional del hacerse a una mediocre y no del todo incómoda tranquilidad, con las cabezas sin romper, sí, pero sin Patria, sin tierra noble, sin libertad y sin justicia. ¡Nunca nos resignaremos!

(«JONS», nº 5, 1933)

Circular para el Partido. Declaraciones ante un discurso

Camaradas:

Desde el primer día, las JONS han justificado siempre su actitud con arreglo a su teoría española, popular y revolucionaria. Nunca el Partido ha adoptado una posición que se le pudiera imputar como arbitraria y caprichosa. Pues hay ya pruebas hondas de que las JONS orientan y significan la verdad española, que hasta aquí se le había escamoteado traidora y criminalmente a los sectores más fieles ligados con la dignidad y la grandeza de España. Hemos conseguido poner en marcha una organización, sistematizar una doctrina, situar en los españoles jóvenes un aliento creador y una confianza ciega en el próximo futuro de la Patria. Y, sobre todo, la posibilidad de incorporar a las líneas nacionales, arrancándolos de la ciénaga marxista, amplios núcleos de trabajadores revolucionarios. Pues además de estar las Juntas vinculadas a un propósito emocional, el de crear, conservar y robustecer nuestra propia Patria, aparecemos también con el magno compromiso de salvar económica y socialmente las dificultades tremendas que hoy padecen y sufren los españoles. Ahí está nuestro rótulo: somos sindicalistas nacionales, ofrecemos a España la seguridad de una economía creadora, justa, sin lucha de clases ni marxismo, pero con raíz y eficacia populares, al servicio de la categoría esencial de España, tras de su fuerza, su riqueza y su esplendor, que representa el pan, la alegría y el optimismo de los españoles.

Las JONS se han nutrido al nacer de angustias auténticas, afanosas de encontrar para las juventudes que anunciaban su presencia una ruta de honor y de triunfo. La gente, los periódicos y los enemigos han dicho que hacíamos fascismo, que éramos fascistas. Ni un minuto siquiera han pensado las «Juntas» oponerse a esos calificativos, a esas denominaciones. Admiramos todos la gran revolución fascista de Italia, coincidimos en las líneas generales sobre las que se está constituyendo y elaborando en Italia un Estado fascista. Y si en efecto, nosotros aquí, interpretando un momento difícil de España, en que las fuerzas políticas de derecha, izquierda y centro aparecen desnutridas de valores españoles, huecas e inservibles, y en que andan libres y sueltas por las calles bandas criminales de marxistas imponiendo su rencor y su saña bárbara; si en un momento así, repetimos, las JONS significaban la eficacia política frente a los rojos, de igual manera que los fascistas en Italia, nos honraba muchísimo esa denominación de fascistas.

Nunca, desde luego, hemos reclamado ese nombre para que se aplicase a nuestros militantes. Pero mientras las JONS iniciaron en las Universidades y en algunos centros marxistas actos violentos de presencia que motivaron aquel famoso susto o queja de los diputados socialistas ante el entonces ministro Casares, y las persecuciones con motivo del complot policíaco de julio a raíz del asalto a las oficinas de los Amigos de Rusia -hecho atribuido a un grupo de jonsistas-, había por ahí unos supuestos fascistas que desde la clandestinidad lanzaban hojillas candorosas anunciando que se organizaba a toda prisa un «fascio español», es decir, una sección española del fascismo italiano.

En el teatro de la Comedia se celebró días pasados un mitin que se enlaza, al parecer, con aquellas propagandas. Hemos de orientar, pues, a nuestros camaradas del Partido frente a esa nueva disciplina política que surge. Y para ello nos referiremos al discurso de Primo de Rivera, que se mostró en él como su dirigente mas destacado.

Las JONS han sido hasta aquí escépticas de un movimiento que parecía vinculado de manera excesiva a normas, consignas y ritos extranjeros. Bien es verdad que no existían documentos, hechos o propagandas responsables sobre los que ejercer la crítica seriamente. No podía saberse ni adivinarse a qué propósitos se ceñía aquel F.E. (fascismo español), sobre el que nos mostrábamos recelosos, desconfiados y vigilantes.

Ahora tenemos ya un discurso y una bandera en alto, pronunciado aquél y esgrimida ésta por José Antonio Primo de Rivera. Como habrá de seguirles una organización y una disciplina, nos resulta obligado calificar y enjuiciar ambas cosas.

Nosotros nos sabemos iniciadores en España de una actitud nacional y sindicalista, forjadores hasta de un lenguaje y de unos mitos para propagar entre las masas la conquista revolucionaria de la Patria. Nos hemos rodeado de unos símbolos históricos españoles y sin aprenderlo en parte alguna comenzamos a crear justificación teórica a la violencia, que desde el primer día aconsejábamos a nuestros camaradas como táctica y necesidad. EL DISCURSO DE PRIMO DE RIVERA RECOGE DE NUESTRAS COSAS TODO LO QUE EL PUEDE Y HACE BIEN EN RECOGER. En varios lugares del mismo aparecen las consignas jonsistas y nos felicitamos de ello, porque nada hay que decir sobre la forma irreprochable, nacional y honrada con que lo hizo.

La declaración que nos urge y que han de tener en cuenta todos los camaradas de las JONS es que, sin embargo, no podemos adherirnos a la bandera del marqués de Estella, aunque le declaramos persona grata, magnifica y valiosa. Hemos nacido para batallas diferentes a las que él sin duda se va a ver obligado a librar. Vamos mucho más allá y en direcciones que quizá a el y a sus amigos les estén vedadas. Somos mucho más exigentes en la acción, en el ataque y en el fervor nacional-sindicalista.

De todas maneras, terreno y conquistas que logre y efectúe Primo de Rivera las consideraremos de algún modo nuestras, pero sin separar los ojos de los magnos y solemnes compromisos que son el eje fundamental de las JONS: movilizar las juventudes nacionales, ser implacables y severas con las decrepitudes del capitalismo antinacional, liberando de su yugo a todos los trabajadores de España. Pues nos hemos propuesto incorporar a nuestras líneas zonas extensas de españoles que unan su peligro, su infelicidad y su angustia al peligro, infelicidad y angustia de España. De esa multitud española angustiada obtendremos los concursos violentos que precisamos y también la garantía de que nuestra ruta es ruta de masas, hecha para victorias populares y difíciles. Pues es otra declaración que las JONS hacen sobre el mitin y el discurso que comentamos: actitudes como la adoptada por Primo de Rivera son voraces de hechos, se alimentan y nutren de hechos. Si no se atrapan y consiguen los hechos necesarios, la posición se vuelve fláccida y canija.

Las JONS permanecerán vigilantes en presencia de la nueva organización. Tenemos raíces firmes y grandes afanes por continuar nuestro camino. La juventud nacional es nuestra obra, y nuestra mayor o menor capacidad de aliento y de coraje, algunas veces demostrada, nos sostendrá en pie. El futuro de España, el futuro nuestro y el futuro de lo que ahora surge, señalará e impondrá a todos la actitud que corresponda.

¡VIVA EL SINDICALISMO NACIONAL DE LAS JONS!

¡VIVA LA JUVENTUD ESPAÑOLA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

Madrid, octubre.

(«JONS», nº 5, 1933)

El individuo ha muerto [5]

Distingue a cada época una peculiar concepción del mundo, que es la clave de todas las valoraciones que en ella se hagan. El hombre exalta hoy lo que ayer despreciaron sus abuelos, y viceversa. Esto, que pudiera achacarse a la frívola caducidad de los valores, a relativismo ético y político, es, sin embargo, la raíz misma de la Historia, donde se denuncia y aparece la objetividad y continuidad de la Historia.

[5] Escrito por Ramiro bajo el pseudónimo «Roberto Lanzas»

Con gran frecuencia se oyen hoy largos plañidos en honor y honra del individuo, categoría política que se escapa sin remedio. Un ligero análisis de la nueva política surgida en la postguerra señala el hecho notorio de que se ha despojado al individuo de la significación e importancia política de que antes disponía. El fenómeno es de tal rango, que encierra el secreto de las rutas políticas nuevas, y quien no logre comprenderlo con integridad se condena a ser un espectador ciego de las hazañas de esta época. Resulta que un día el mundo ha descubierto que todas sus instituciones políticas adolecían de un vicio radical de ineficacia. Provocaban un divorcio entre la suprema entidad publica -el Estado- y los imperativos sociales y económicos del pueblo. El Estado se había quedado atrás, fiel a unas vigencias anacrónicas, recibiendo sus poderes de fuentes desvitalizadas y ajenas a los tiempos. El Estado liberal era un artilugio concebido para realizar fines particulares, de individuo. Su aspiración más perfecta era no servir de estorbo, dejar que el individuo, el burgués, atrapase la felicidad egoísta de su persona.

El Estado demoliberal aseguró al burgués cuantas garantías necesitaba para que nadie obstaculizara sus fines. Como respuesta, aparecieron las turbias concepciones socializantes, marxistas, en las que hoy comenzamos a ver con claridad cómo permanecen fieles a los valores burgueses que aparentemente combatían. Las bases que informan el fondo cultural y humano del socialismo son burguesas. El socialismo no es más que el afán de que se conviertan en burgueses todos los ciudadanos. Depende, pues, de la civilización burguesa y reconoce su superioridad, sin que aporte a ella ni un solo valor original y nuevo.

Pero la economía burguesa ha creado ella misma la degeneración y la ruina de la burguesía. Las exigencias de la producción situaron ante los pueblos un valor nuevo: la solidaridad creadora. Los hombres descubrieron que junto a los «fines de individuo», que la civilización burguesa exalta, están los «fines de pueblo» los fines colectivos, superindividuales, antiburgueses, cuya justificación no es reconocida por el Estado de tipo liberal burgués. El socialismo teórico -y el práctico, de acción, hasta la Revolución rusa- no logró salir del orbe de los «fines del individuo», y su anticapitalismo está basado en el deseo de que el Estado socialista garantice a «cada uno» la realización de sus fines.

Así, el socialismo -en contra de toda la terminología que utiliza- es individualista, burgués y permanece anclado en el mundo viejo.

Hoy triunfa en los pueblos la creencia de que la verdadera grandeza humana consiste en la realización de «fines colectivos superindividuales». El problema que debe ocupar los primeros planos no es el de plantearse: ¿qué puedo hacer?, sino el de ¿qué puedo hacer con los demás? He aquí la verdadera etapa postliberal, antiburguesa, que hoy corresponde propagar al radicalismo político.

En el hombre cabe distinguir con toda claridad la coexistencia de dos focos o fuentes de acción. Uno es su yo irreductible, su conciencia individualizadísima, su sentirse como «algo» frente al mundo, que está afirmándose ante lo que no es él. A lo que en el hombre hay de esto, a su orbe anticivil, adscribía el Estado liberal, la civilización burguesa, los derechos políticos. El hombre poseía, pues, derechos políticos por lo que tenía de antisocial y negador de la política. Los derechos políticos eran capacidad de disidencia, equivalían a reconocer al hombre derecho a negar el Estado.

Pero el hombre no es sólo un «yo individual, una conciencia irreductible», sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de «conciencia irreductible» lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos «fines de Estado» que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos políticos. Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos. Sin él no existirían, y mal, por tanto, podría reclamarlos ser alguno.

El liberalismo se basaba, como vemos, en el craso error de reconocer derechos políticos a lo que en el hombre hay de antipolítico. Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan -Rusia, Italia, Alemania- son antiliberales. En ellos se le reconocen al hombre derechos políticos por lo que en él hay de capacidad de convivencia, de cooperador a los fines del Estado. Por eso no hay derecho a la disidencia, o sea, a la libertad frente al Estado. Que es entidad colectiva. Fin último.

Hay, desde luego, hoy una necesidad, y es la de romper las limitaciones burguesas individualistas, destruir sus finalidades e instaurar otras nuevas. A ello colaboran con magnífica eficacia las rutas económicas y las apetencias de grandeza que se despiertan en algunos pueblos. Es un hecho real, ineludible, la producción en serie. Y a la vez el afán europeo de uniformarse de

formar en unas filas y hundirse en ellas anónimamente. Estos dos hechos aclaran gran parte de las inquietudes políticas de ahora.

Distingue al burgués el afán de distinguirse. Su odio o indiferencia ante los uniformes ha sido hasta aquí mal interpretado. Se le creía surgido de una tendencia a no destacarse, a vivir en ignorada oscuridad. Nada de ello es cierto. El traje burgués es precisamente el que deja más ancho campo al capricho individual. Su aparente sencillez da, sin embargo, lugar a que exhiba una serie numerosísima de peculiaridades. Ahora bien, el burgués se conforma con distinciones mediocres: la sortija, la corbata, las pieles, el calcetín de seda. No en balde las destaca frente a otros burgueses para diferenciarse de ellos y provocar su envidia, o bien frente al proletario, a quien desprecia con odio de clase. El uniforme es prenda antiindividualista, antiburguesa, y debemos celebrar su nuevo triunfo. La producción en serie favorece esa tendencia a uniformarse que aparece en la nueva Europa. Quizá más que el burgués sea la burguesa quien concentra más puramente ese género de fidelidad a la era individualista. La producción en serie es para la mujer del burgués una cosa absurda que la condena a vestir igual que la vecina de en frente. Ella desearía unos abalorios especiales, producidos exclusivamente para su uso, pero la economía de nuestro tiempo no tolera ese género de satisfacciones...

La rota de la burguesía va también enlazada al descubrimiento de que no le preocupan ni le importan las auténticas grandezas nacionales. Prescinde fácilmente de ellas y se dedica a labrar su propio e individual destino. Carece de virtudes heroicas, de optimismo vital, y ello le impide dedicaciones grandiosas.

Valores y productos burgueses son, por ejemplo, los siguientes:

Pacifismo. Indisciplina.

Humanitarismo. Arbitrariedad.

Individualismo. Despotismo.

Seguridad. Tiranía.

Liberalismo. Explotación.

Teóricamente no ha sido aún superada la civilización burguesa. Pero de hecho, sí. Lenin, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al triunfo bolchevique un sentido antiburgués y antiliberal. Mussolini en Italia hizo algo superior logrando que un pueblo que en la gran guerra dio muestras de cobardía y de vileza adore hoy la bayoneta y los «fines de imperio». Algo disciplinado y heroico. De lucha y de guerra. Adolfo Hitler sigue la misma ruta. Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: el individuo ha muerto.

(«JONS», nº 5, 1933)

El campesino y la política

Estamos en un mes bifronte de sementeras y de preparativos electorales. No creemos en la cosecha de las urnas y nos angustia demasiado la tragedia del campo. Nuestras JONS van a derramarse por los agros de España a dar el santo y seña de la batalla campesina en pos del pan, la paz, la patria y la justicia. Paralelamente, aquí dedicamos hoy una atención mayor a la misma cosa.

(«JONS», nº 5, octubre de 1933, pág. 212. Entradilla)

La libertad económica

El profesor Hugo Spirito es uno de los más agudos teorizantes del Estado fascista. Sus polémicas contra los partidarios de la economía liberal y marxista han sido famosas en Italia.

Interesará muchísimo a nuestros camaradas la lectura del siguiente ensayo, donde expone las bases del nuevo derecho corporativo.

(«JONS», nº 5, octubre de 1933, pág. 225. Entradilla)

NUMERO 6. Noviembre 1933.

Hacia el sindicalismo nacional de las JONS

No necesitamos por ahora más puntales teóricos que los imprescindibles si acaso para sostener y justificar la táctica violenta del Partido. La primera verdad jonsista es que nuestras cosas, nuestras metas, están aún increadas, no pueden ofrecerse de un modo recortado y perfecto a las multitudes, pues son o van a ser producto o conclusiones de nuestra propia acción.

Por eso, las Juntas eluden y rechazan vincularse a fórmulas de estricta elaboración teórica, llegadas al Partido desde fuera de él, y postularemos siempre el aprendizaje político en la acción de cada día. Nos alarma la sola presunción de que el ambiente que hoy se inicia en España, favorable a extirpar de raíz los brotes marxistas y las frías palideces de la democracia burguesa, se resuelva y disuelva en una invocación formularia y sin brío. Pues anda ya por ahí una consigna que va convirtiéndose en el asidero fácil de muchos cerebros perezosos: el Estado corporativo.

Nosotros sabemos bien que lo de menos es mostrarse partidario de eso que se llama Estado corporativo y soñar con su instauración y triunfo. Ese hallazgo, por sí solo, se convertiría en una meta tan invisible y fofa como es para los anarcosindicalistas su pintoresco comunismo libertario. No, camaradas, no hay que hablar, o hay que hablar muy poco, en nuestras filas del Estado corporativo ni de si van a ser así o del otro modo las instituciones. Es la única manera de que lleguemos algún día a edificar grandiosamente un régimen corporativista en España, como en las JONS decimos, un Estado nacional-sindicalista. Once años triunfales lleva vigente en Italia el fascismo, y es al cabo de ellos cuando Mussolini inicia de modo efectivo la forja del Estado a base de las corporaciones.

El problema de nuestra España es de índole más primaria y simple, y también de otro tipo de urgencias. Nos corresponde la tarea inmediata de vigorizar la existencia nacional misma, encajando el vivir de España sobre los hombros hoy en gran parte intolerablemente indiferentes de los españoles. Muy pocos se sienten hoy ligados de modo absoluto al destino de su Patria. Ese es y tiene que ser nuestro primer propósito. Sin cuya consecución no podremos reclutar milicias bravas que combatan a los rojos ni llevar al ánimo de los trabajadores, que es ahí, en la Patria, donde reside la protección absoluta contra el paro, la injusticia y la miseria, ni frenar las apetencias de poderío económico y social de la alta burguesía capitalista, que ve en los regímenes demoliberales la posibilidad de enfrentar sus feudos contra el Estado, al que, por tanto, necesita canijo, extranacional y expectante.

Nadie, pues, se engañe. La lucha contra el marxismo, el camino hacia el Estado corporativo, es todo menos una cosa fácil, hacedera con sólo proponérselo una mayoría parlamentaria. El Estado corporativo, el sindicalismo nacional, presupone una Patria, un pueblo con conciencia de sus fines comunes, una disciplina en torno a un jefe y una plenitud nacional a cuyos intereses sirven las corporaciones. Es decir, un Estado auténtico, fundido con la ilusión popular y con la posibilidad misma de que halle paz y justicia para las gentes. Y sobre todo, cien mil hombres de armas, movilizados no por la circunstancia de un cupo o de un sorteo, sino por la imperiosidad de salvarse heroicamente, salvar la civilización donde se ha nacido, la tradición de la tierra propia, es decir, salvar la unidad, la grandeza y la libertad de la Patria. Sin eso, nada. Pues actitudes como la nuestra son, de por fuerza, maximalistas. ¿Cómo hay quien desde un plano frío, pacífico y sin apelación entrañable a la dimensión más profunda de la Patria se atreve a hablar de corporaciones, vida tensa del Estado y antidemocracia? Ese es el equívoco de la Acción Popular y de todos los pseudofascismos que andan por esos pueblos, triunfantes o no, como el régimen de Dollfuss, de Salazar, etc. No hay en ellos soporte nacional legítimo. Es decir, no hay una Patria con suficientes posibilidades históricas para dar cima a los «fines» del Estado. Pero en España existen y radican esas posibilidades. Por eso es intolerable aplicar aquí tales frígidas recetas y adoptar su levísima temperatura.

El paso del Estado liberal parlamentario a un régimen de corporaciones, a un régimen de imperio -que ésta es la palabra-, supone que se desplaza del individuo al Estado el rango primordial en cuanto a los fines. Un Estado nacional-sindicalista, un imperio, sitúa sobre los individuos y las clases otro linaje de jerarquías. Es ahí donde reside su eficacia social, su autoridad y su disciplina.

Pero volvamos a la inmediatez española, a la urgencia nuestra. Reconocida la necesidad de la revolución totalitaria, lo imprescindible de un triunfo sobre las tendencias disgregadoras de los partidos y sobre la barbarie roja, nos corresponde jalonar las etapas. Hoy las JONS tienen que preocuparse, en primer lugar, de conseguir la organización de grupos de choque, capaces para dar batalla violenta al marxismo y a los separatistas en los focos traidores donde acampan. Es nuestro primer problema, y eludirlo supone edificar en el vacío, equipararnos a esos «fascios» de aficionados que andan por ahí. El Partido, su futuro y las grandiosas metas españolas que nos orientan, dependen de que realicemos con éxito esa primera etapa. Sin ella no hay JONS, ni habrá España, ni régimen corporativo, ni nada que merezca la pena ser vivido en la Península. Pues esos grupos, esas avanzadas del coraje español serán la levadura para que todo el pueblo perciba la angustiosa verdad de España y se una decidido a nuestras tareas.

Dejad, pues, camaradas, que los teorizadores y los optimistas de las fórmulas tejan sueños vanos. Nos consta lo inocuo de tales especulaciones si no se asientan y subordinan a la eficacia diaria y permanente de una acción briosa. Se acabaron en España las revoluciones fáciles y las conquistas sin esfuerzo. No podría sernos perdonado que en ocasión como la actual, en que la España más joven y mejor intuye y prevé la posibilidad de reconstruirse, nos deslizásemos las avanzadas por rutas de salida mediocre.

Las revoluciones no se hacen solas, sino que requieren y necesitan hombres de temple, hombres revolucionarios. Nuestros grupos tienen que poseer mística revolucionaria, es decir, creencia firme en la capacidad de construcción, que sigue a las masas nacionales cuando éstas imponen y consiguen conquistar revolucionariamente a la Patria. Pues se conquista aquello que se estima y quiere. Y las JONS no tienen otra estimación y otra querencia que la de servir una línea de poderío y eficacia para España.

No hay romanticismo lírico en nuestra actitud. Es que necesitamos y precisamos de la Patria para el desarrollo cotidiano de nuestro vivir de españoles. Es que con una España débil, fraccionada y en pelea permanente consigo misma no hay en torno nuestro sino indignidad, vacío, ruina, injusticia y miseria. No añoramos nada o muy poco; es decir, no nos situamos, política y socialmente, como tradicionalistas, sino como hombres actuales, cuya necesidad primera es sentirse españoles, disponer de un orden nacional donde confluya nuestro esfuerzo y se justifique incluso nuestra propia vida.

Todo cuanto hay y existe en España adolece de esa infecundidad radical que consiste en estar desconectado de toda emoción y servicio al ser histórico de España. En plena anarquía antinacional o por lo menos indiferente a que las tareas nacionales, los fines comunes, lo que da entrañas y personalidad a la Patria, se realice o no.

Ahí están las regiones pidiendo Estatutos. Los sindicatos de trabajadores contestando al egoísmo antinacional de los capitalistas con su exclusiva preocupación de clase. Los funcionarios, pendientes del sueldo y de las vacaciones, etc. Las JONS incorporan ante todo la consigna de nacionalizar esos grupos y esos esfuerzos que viven fuera de la disciplina española, en el vacío de una lucha y de una agresividad ciegas.

Y son los trabajadores, es decir, los sindicatos obreros los que con mayor urgencia y premura tienen necesidad de que se vigorice y aparezca sobre la Península la realidad categórica de España. Suelen pedir ellos la nacionalización de ciertos servicios, de determinadas zonas de la producción, pero nadie en su seno les ha planteado la imperiosidad de nacionalizarse los mismos sindicatos, es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía. Bien se cuidan los dirigentes marxistas de que este objetivo no aparezca. Pues les interesa el forcejeo diario y la ignorancia misma de que España existe y tiene una economía propia que no coincide ni es la economía privada de estos o de los otros capitalistas, sino la que sostiene y alienta su realidad como Nación, la economía del pueblo, de la que depende estrictamente su bienestar y su trabajo.

Pues hay las economías privadas de los españoles. Pero hay, y sobre todo, la economía nacional, la economía de España, cuyo estado próspero y pujante es la garantía de la prosperidad y pujanza de España. Y es España el objeto y fin de la economía. Ahora bien, es notorio que el bienestar económico de las masas obreras depende más de la economía española que de las economías privadas de los capitalistas. Una política, por ejemplo, de salarios altos no significa nada, en el terreno de las ventajas populares, si va seguida de una inflación. Y ello sin perturbar la economía de los capitalistas, que tienen mil medios, incluso de lucrarse con la política financiera

inflacionista. Puede haber españoles multimillonarios y por imperativos económicos haber también la imposibilidad de poner el menor remedio a las masas hambrientas. Esto lo saben también de sobra los dirigentes rojos. La única economía a la que están realmente vinculados los intereses de las masas, es la economía nacional. Que implica un Estado robusto, una España grande e incluso temible. Su existencia interesa, más que a nadie, a las propias masas, y es ahí, en predicarles lo contrario, donde aparece la traición y el engaño de que les hacen objeto los marxistas.

Por eso las JONS, con su idea nacional-sindicalista, con su aspiración a situar sus problemas y sus soluciones en el plano de la grande y gigantesca realidad que resulta ser la Patria española, es la auténtica bandera de los trabajadores. Los propagandistas del Partido pueden decirlo así, sin miedo a demagogias ni a practicar frente al pueblo proselitismos engañosos y falaces.

(«JONS», nº 6, Noviembre - 1933)

Circular importante

La Secretaría Nacional de las JONS comunica al Partido que tiene órdenes directas del Triunvirato Ejecutivo Central de recordar a todos los núcleos y secciones jonsistas la obligación ineludible de cumplir los reglamentos y normas interiores. A este efecto destacamos ante todos los camaradas lo siguiente:

1) En el registro nacional de las JONS y para los efectos de la vida oficial del Partido, no figurarán otras secciones locales que aquellas que mensualmente envíen el informe político reglamentario al Triunvirato Ejecutivo Central, liquiden con la Secretaría Nacional el quinto de sus cotizaciones y realicen labor jonsista eficaz.

2) El hecho de ser militante de las JONS es incompatible en absoluto con la adhesión a cualquiera organización política, por muy afín que se titule a nuestro movimiento.

3) La fundación de una sección de las JONS requiere que su Triunvirato dirigente haya sido nombrado por el Triunvirato Central, que expedirá un documento probatorio, con la firma del Triunviro. Presidente camarada Ramiro Ledesma Ramos, y el sello de la Secretaría nacional. Cuando se organicen las comarcas jonsistas, ese documento lo expedirá el Triunviro de la capitalidad correspondiente.

4) Ningún núcleo de simpatizantes puede utilizar el nombre de las JONS mientras no esté constituido con arreglo a los Estatutos del Partido, a no ser que posea autorización expresa del Triunvirato Ejecutivo Central. Cualquier contravención en este punto, que sea conocida por algún cama-rada, debe ponerse en conocimiento de esta Secretaría, para proceder según corresponda.

Secretaría Nacional de las JONS Madrid, noviembre.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 253)

Presente y futuro

La genialidad de Mussolini se perfila cotidianamente sobre el mundo. Todos admiten ya que el creador y animador de la verdad fascista triunfa y ha triunfado en todos los frentes. Coinciden el feliz

término de la "batalla del trigo", con el propósito cercano de implantar la estructura corporativa, con la entente directa con Francia.

Ofrecemos al lector de JONS dos fragmentos de un par de arengas del "Duce", donde se adelanta y se confirma el éxito del año X y las posibilidades futuras del fascismo.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 254. Entradilla)

Las JONS no se desvían. Ante la desviación de F.E.

Tenacidad y firmeza es lo que nos distingue y nos distinguirá siempre. Bien acorazados en nuestro propio vigor haremos cara a todo y a todos. Menos que nada podrán hacernos vacilar esos conatos de organización que van surgiendo a la sombra de nuestras ideas, nuestros propósitos y nuestros símbolos. Son rivalidades que no nos estorban, nacidas, es cierto, sin justificación y aupadas sólo fuera de la órbita jonsista por motivos frívolos.

Las Falanges españolas (F.E., fascismo español), están, nos interesa decirlo, fuera de la disciplina jonsista. No tienen nada que ver con las JONS. Pero sí debemos declarar y precisar que al fundarse las tales Falanges lo han hecho utilizando las ideas, los propósitos y las tácticas que las JONS han creado y extendido por España. Nos resulta imposible enfadarnos ni molestarnos por ello. Pues un atraco de esta calidad es el único contra el que no se puede reaccionar con violencia. Si alguien nos quita la cartera es indudable que nos perjudica hondamente. Pero si se intenta utilizar y llevar al triunfo unos ideales políticos que nosotros hemos creado, si se trata de lograr unas metas que nosotros hemos reconocido y señalado como urgentes, la usurpación tiene para nosotros aires de victoria. Hay que dar las gracias a quien nos atraca.

Pues parece, y así lo transmitimos a nuestros camaradas, que las Falanges piensan utilizar las flechas de la bandera jonsista, poner en circulación triunviratos, airear un posible sindicalismo nacional, declararse antimarxistas tremendos, levantar un nacionalismo unitario, etcétera, etcétera. Es decir, nuestras consignas fundamentales desde el primer día.

Claro que sólo puede tener explicación un hecho como el de no entrar ni sumarse a las JONS, pero sí utilizar y aceptar todo lo que las JONS son y representan, sin añadir ni incorporar nada, interpretándolo como una consciente o inconsciente falsificación de los propósitos jonsistas. Y aquí, en esta sospecha y casi seguridad que tenemos de que las consignas de las JONS sean falsificadas y desvirtuadas alegremente cuando las recogen y esgrimen otros que no seamos nosotros, radica nuestro alejamiento, nuestra desconfianza y nuestra disconformidad con el grupo de Falange española, Frente español, Fascismo español, que los tres nombres, al parecer, utilizan esos casi amigos.

Tendremos en lo sucesivo muy al corriente a todos los camaradas acerca de las posibles incidencias que nos ocurran en este sentido. Las JONS no deben ver en el grupo falangista un rival, ni por ahora un enemigo. Lo único que nos corresponde hoy es robustecer nuestra propia disciplina, impidiendo las defecciones ligeras, pero también sin impresionarse demasiado ante los que se vayan; pues desde el momento en que se apartan con facilidad de nuestra bandera, prefiriendo la falsa a la auténtica, denotan que eran falaces camaradas nuestros, invaliosos para la tarea jonsista.

Claro que toleraremos con dificultad la tarea a que, según nos cuentan varios camaradas de provincias, se dedican algunos falangistas: la de captar o pretender captar con malas artes nuestros cuadros. ¿Cree el falangismo que lo primero que hay que hacer en España es debilitar las JONS? ¿No tienen enemigo rojo al frente? ¿O para qué juego o pantomima han nacido?

Con estas líneas respondemos a la inquietud que nos mostraban algunos núcleos de las JONS ante la posible desviación que podía significar el que los dirigentes jonsistas se uniesen y enlazasen al falangismo, abandonando y traicionando a nuestro Partido. Tranquilícense todos. Las JONS no se desvían. Son el alma y la entraña misma de la juventud. La posible bandera nacional de los

trabajadores y defenderán contra todo y contra todos su voluntarioso designio hasta el triunfo final de la revolución.

¡VIVA EL SINDICALISMO NACIONAL!

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

(«JONS», nº 6, Noviembre - 1933)

Las elecciones y el triunfo de las derechas

España ha dado en las elecciones un triunfo clamoroso a las derechas. A la ficción del sistema ha correspondido un triunfo igualmente ficticio, puesto que, según parece, no va a significar la toma del Poder por las derechas. Hemos presenciado una cosa insólita, y es el temor, la actitud temblorosa y cobarde que esos elementos adoptaron ante la victoria electoral. Piden perdón al enemigo por haber triunfado, y le ruegan por todos los medios que no se irrite ni moleste. Cosa semejante es, sin duda, única en la historia política; pero desde luego, lógica, obligada e inevitable, si se tiene en cuenta el norte, la orientación y la táctica errónea que han seguido hasta aquí los grupos triunfadores.

La incapacidad para obtener de los acontecimientos la consecuencia política más clara, es decir, la toma del Poder, sobre todo si no se olvida que España vive hoy todavía una densa atmósfera revolucionaria, no radica en la cobardía o debilidad de éstos o de los otros dirigentes. No puede señalársele a Gil Robles como un tremendo error el no haber forzado las consecuencias políticas de la victoria. Pero sí toda su actuación anterior, todo el orden político que guiaba sus propagandas; todo su empeño en polarizar la lucha en torno a cauces pobrísimos, anticuados y desteñidos, sin calor nacional ni afán decidido por la victoria española.

Gil Robles ha dirigido y organizado una reacción que carece de novedad, de eficacia y de brío. Ha puesto en pie todo el viejo sistema ideológico y utilizado toda la vieja comparsa de caciques. No quedarán sin castigo sus errores, recibiéndolo, en primer lugar, de los hechos mismos que le obligan a una actitud falsa, débil y bien poco decorosa para un jefe político de su edad, y en segundo, de toda la España joven que renace, que lo señalará con el dedo como a un culpable de que la batalla contra el marxismo y demás fuerzas antinacionales se haya efectuado en un plano infecundo, sin consecuencias grandiosas para la Patria, sin llamamientos fervorosos a su unidad, sin una reconstrucción fulminante y segura.

Así la jornada electoral resultó entregada a la buena fe del sistema imperante. Las derechas fueron a las urnas como si se tratase de derrotar a un Gobierno cualquiera, sin acordarse de las circunstancias revolucionarias y de la licitud de ciertas ofensivas. Pero claro que aparecen de nuevo aquí las limitaciones que antes hemos señalado: ¿sobre qué hombros ideológicos y sobre qué temple humano y personal iban las derechas a apoyar y fijar la realidad durísima del Poder? Están realmente incapacitadas, y en eso, en tener que reconocerse inermes e incapaces a la hora del triunfo electoral, radica su responsabilidad mayor. Han impedido y bloqueado, quizá, que otros dirigiesen en España la pelea por medios más fértiles y movilizasen a los españoles tras de empeños más duros.

Claro que sólo nosotros, los que vivimos y luchamos en temperatura jonsista, podemos, quizá, preferir que España siga entregada a experiencias de barbarie marxista, antes que contribuir a una falsa, tímida y mediocre situación, que nos garantice un vivir pacífico, sin pena ni gloria, a base de concesiones y de pedir permiso a los enemigos para ir viviendo horas burguesas y panzudas. Nuestra posición dilemática es tajante: o el triunfo de España; es decir, el orgullo de sostener sobre los hombros una Patria, o la muerte histórica de España y nuestra propia muerte.

La organización de Las derechas se ha realizado sin poner en circulación esos propósitos de salvación española, de salvación vital, económica e histórica de todo el pueblo, y por eso es angosta, ineficaz y pálida. No estamos conformes y nos desvinculamos en absoluto de su futuro.

Todavía anda por la calle el marxismo suelto, y ni un solo día se han desalojado de las plazas sus voces traidoras. En ciudades donde las derechas han tenido mayorías electorales aplastantes, la vía pública ha estado y está en manos de los coros marxistas. La enunciación sólo de este hecho es la descalificación más rotunda de lo que es y supone el derechismo. ¿Qué coraje despierta en sus masas? ¿Qué concepto tiene de las bases reales sobre las que se asientan hoy de modo ineludible las victorias políticas?

Cuando iniciamos el movimiento JONS sabíamos que los grupos de izquierdas eran focos inservibles. Ahora, ante la desnudez electoral, se pone en evidencia ante nosotros la faz igualmente inservible del derechismo. Ni unos ni otros sostienen la ilusión española de un triunfo pleno, imperial y definitivo.

¡Juventudes de las derechas! ¡A abandonar esos medios y a fortalecer las JONS!

(«JONS», nº 6, Noviembre - 1933)

Cómo España dejó oficialmente de ser una Nación

Esta afirmación no tiende a llevar el pesimismo al ánimo de los patriotas españoles, ni tampoco el desencanto. Su fin es ayudar a ver y a comprender cómo se ha podido consentir la misión de SALVAR a España, al partido y a los hombres que perdieron profundamente la emoción y el sentido unitario y total de la Nación española.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 266. Entradilla)

Noticiario jonsista

Nuestros camaradas del Triunvirato Local de Madrid, Nicasio Álvarez Sotomayor, cuando se preparaba a dirigir la propaganda de las JONS en Extremadura, con motivo de la contienda electoral —donde iba a encabezar la candidatura Nacional-sindicalista—, fue detenido por la Policía y conducido a la Cárcel Modelo.

Sotomayor tiene que cumplir la condena de un año que le fue impuesta por su intervención directora en la gloriosa huelga contra la Telefónica del año 1931: el primer ejemplo nacional de protesta justa, revolucionaria y patriótica.

* * *

El militante de las JONS, Ernesto Giménez Caballero, ha publicado este otoño "La nueva catolicidad". El éxito de tal libro ha sido tan rápido y eficaz, que aparecerá muy pronto su segunda edición.

Se trata de la mejor visión y síntesis del fenómeno fascista en Italia y en el mundo. Recomendamos su lectura y reflexión a todos los camaradas.

* * *

Las JONS de Zaragoza han inaugurado su nueva sede con asistencia de Ramiro Ledesma Ramos, quién dirigió la palabra a los camaradas zaragozanos.

* * *

En Zaragoza se ha publicado el primer número del órgano local jonsis-ta, "Revolución".

* * *

En Valencia, el Triunvirato local de las JONS ultima la aparición de un semanario que se llamará "El Estado sindicalista".

* * *

En Valladolid —donde la labor reorganizadora de Onésimo Redondo Ortega, después de su regreso del destierro en Portugal, aumenta cada día— ha reaparecido notablemente mejorado el semanario jonsista "Libertad".

Las JONS, de Bilbao, redoblan sus ataques en todos los terrenos contra los enemigos de España. Hasta ahora han triunfado de socialistas y separatistas.

Se celebró en Cáceres un mitin de difusión de nuestra verdad nacional-sindicalista. Tomaron parte: Guillén Salaya, director de "Pan"; José Olalla, del Triunvirato local de Madrid, y Ledesma Ramos, del triunvirato Ejecutivo Central.

Prepararemos próximos mítines de propaganda de las JONS en Toledo, Segovia y Valladolid.

El jonsismo va imponiéndose por toda España. Se constituyen nuevos núcleos y Triunviratos. Nuestra actividad se extiende y afianza en Cataluña, Andalucía y Galicia.

"El Socialista", "C.N.T." y "Mundo Obrero" atacan sin descanso a las JONS: a su doctrina y a su táctica.

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, págs. 286-287)

Beneméritos de las JONS. José Ruiz de la Hermosa

El militante de las JONS de Daimiel, José Ruiz de la Hermosa, fue apuñalado por los asesinos socialistas de ese pueblo, cuando, con una intrepidez sin límite, asistía a un mitin marxista, donde impávidamente protestó contra la matanza de Casas Viejas y desafió a los enemigos de la Nación española.

Sus camaradas de Daimiel nos informan:

"...el que ha caído, sabed que era un jonsista cien por cien, procedente de la izquierda, fue un revolucionario que encontró a su España. Era un formidable propagandista con gran ascendencia entre los obreros y una gran simpatía en la localidad. Valiente como ninguno y temerario, su exceso de confianza le condujo a la muerte... Adelante la bandera jonsista: teñida de sangre es imposible retroceder... "

Las JONS de toda España levantan sobre su escudo y su bandera el nombre de José Ruiz de la Hermosa.

Por su memoria, camaradas.

Por el triunfo del jonsismo.

¡Viva España! ¡Vivan las JONS!

(«JONS», nº 6, noviembre de 1933, pág. 288)

NUMERO 7. Diciembre 1933.

Circular para el Partido. A todos los Triunviratos y militantes de las JONS

Camaradas:

Al finalizar el año de 1933 se presenta al Partido un panorama de nuevos esfuerzos y nuevas responsabilidades. Aunque las Juntas caminan con el ritmo de crecimiento que les presta su carácter de estar vinculadas a la ascensión histórica de las juventudes, urge hoy, sin embargo, acelerar las etapas y conseguir para en breve eficacias rotundas. Han de ser las tareas jonsistas de 1934. Las JONS disponen ya de todo lo necesario para convertirse en dos meses en un amplísimo y poderoso movimiento nacional. Pues tenemos una doctrina, una sed firme de juventudes a su servicio, una labor callada y lenta de organización, una experiencia magnífica a prueba de dificultades y, sobre todo, la seguridad optimista de que sólo nosotros representamos el ansia voluntariosa de salvarse con que aparecen hoy equipadas las juventudes españolas.

En 1934 las JONS tienen que conseguir uno de los objetivos más difíciles del Partido: hacer una brecha en el frente obrero marxista; es decir, conseguir la colaboración, el apoyo y el entusiasmo de un gran sector de trabajadores. La ruta del Partido está suficientemente provista de espíritu social para que sea lícita, posible y cercana esa pretensión nuestra, que, por otra parte, resulta imprescindible a los propósitos jonsistas de movilizar «masas» nacionales.

Está, pues, bien clara la consigna para 1934: pasar de los trabajos internos de organización a una realidad polémica al aire libre, superar la situación de pequeños núcleos entusiastas por la captación y conquista de cuadros numerosos.

Esperamos de todos los camaradas que prosigan con ardor su actuación jonsista, ateniéndose a las normas que siguen, únicas que pueden proporcionar al Partido la victoria que creemos corresponde en 1934:

1) Necesitamos que todos los militantes robustezcan su sentido de la acción. Pues no hemos nacido para una labor educativa y lenta, sino para realizaciones diarias. Y sólo presentando a los españoles un ejemplo de sacrificio, actividad y desinterés pueden conseguirse los concursos morales y materiales que necesita el Partido.

2) Las JONS tienen que evitar que se adscriba su acción a una política de derechas o de izquierdas. Nos repugnan por igual quienes se sitúan en esas zonas, que viven a base de alimentar y fomentar la discordia española, desconociendo la urgencia de que en España no haya sino dos frentes de lucha: 1.°, el de los que afirman su realidad como Nación y tratan de servir esa realidad uniendo su destino moral y económico al destino moral y económico de España. 2.°, el de todos los que la niegan y se desentienden traidoramente de ella. Así de sencilla es la concepción jonsista, y a nadie está permitido complicar nuestra bandera con raíces o motivos diferentes. Las propagandas tienen, pues, que hacerse teniendo en cuenta esa amplísima concepción nacional de las JONS, para que sólo los inconscientes o los traidores queden fuera de la órbita nacional del Partido.

3) Hay que dotar a las JONS de una ancha base proletaria. Afirmamos que no sabe nada de nuestra época quien crea lícito mantenerse contra la hostilidad de todos los trabajadores. Nadie confunda el jonsismo con una frívola y vana tarea de señoritos. Interpretamos profundamente una posición social que se identifica en muchos aspectos con los intereses de la clase trabajadora, y por eso estamos seguros de que si nuestros camaradas propagandistas agitan con inteligencia y coraje la bandera jonsista entre los trabajadores, obtendrán formidables eficiacias. Para ello, para favorecer y orientar la propaganda en los sectores obreros, han lanzado las JONS el manifiesto a los trabajadores, donde aparecen las consignas justas que deben utilizarse.

4) La disciplina jonsista ha de ser, desde luego, ejemplar. Pero todo lo contrario, sin embargo, de una sumisión ciega que impida la fuerza creadora de las organizaciones. Dentro de las JONS habrá grupos especiales -ya de hecho han comenzado a formarse las Patrullas de Asalto con un espíritu así-, donde la disciplina rígida y férrea exista. Pero el Partido, en esta etapa de crecimiento que se avecina, debe lanzarse con denuedo a la acción y a la propaganda sin estar pendiente cada

hora de la actitud de los dirigentes. Bien se nos entenderá esto que decimos. Hay en los próximos meses, que actuar y que crecer sea como sea.

5) No puede olvidarse la realidad española. El ochenta por ciento de nuestros compatriotas vive insatisfecho, postergado ilícitamente en sus pretensiones justas. Ello emana de la anarquizada vida moral y social en que se ha debatido España en los últimos tiempos. Las JONS pueden y deben ser el cauce único donde confluyan los esfuerzos de esos compatriotas por salvarse con dignidad y eficacia. La bandera jonsista puede ofrecer a los desasistidos injustamente, a los lícitamente insatisfechos, a los postergados por los privilegios abusivos de una minoría rapaz e inepta, un cobijo salvador, una victoria común. He ahí el camino y los objetivos inmediatos de la propaganda. ¡Todos a salvarse con y por España!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO!

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN JONSISTA!

Madrid, diciembre 1933.

(«JONS», nº 7, Diciembre - 1933)

Manifiesto del Partido. Las JONS a todos los trabajadores de España.

Camaradas obreros:

Los errores de los dirigentes marxistas han llevado a la clase trabajadora española a una situación peligrosa y difícil. Nosotros sentimos por eso la necesidad de contribuir a la defensa moral y material de las masas obreras, siguiendo procedimientos nuevos y señalando a los trabajadores las causas a que obedecen el que hoy se hallen al borde de ser aplastados sus derechos y sus intereses por una poderosa reacción capitalista.

Crítica de organizaciones. Nueva táctica

Las organizaciones sindicales hoy existentes en España -la Unión General de Trabajadores y la C.N.T.- sirven, más que a los intereses de los trabajadores, a los intereses de los grupos que los utilizan, bien para obtener ventajas políticas, como los socialistas, o bien para realizar sueños vanos y cabriolas revolucionarias, como los faístas. Esa política de los dirigentes de la Unión General de Trabajadores y esa actuación, ingenuamente, catástrofe y pseudorrevolucionaria de los faístas dirigentes de la Confederación no se emplea en beneficio de los trabajadores, ni siquiera en contra de la gran plutocracia, sino que hiere y perturba los intereses morales, materiales e históricos de nuestra Patria española. Por culpa de las tendencias marxistas, permanece hoy la clase obrera de nuestro país desatendida de la defensa de España, abandonando este deber a las clases burguesas, que acaparan el patriotismo, utilizándolo para sus negocios e intereses, para ametrallar a las masas, considerándolas enemigas del Estado, de la Sociedad y de la Patria, y para reducir la fuerza y el prestigio de España a la lamentable situación en que hoy la hallamos.

Las JONS creen que es el pueblo, que han de ser los trabajadores, quienes se encarguen de vigorizar y sostener la vida española, pues la mayor garantía del pan, la prosperidad y la vida digna de las masas, radica en la fuerza económica, moral y material de la Patria. Y son los trabajadores los que deben hacer suya, principalmente, la tarea de crear una España grande y rica, y no los banqueros y los capitalistas, a quienes les basta con su oro, sin que les preocupe lo más mínimo que España sea fuerte o débil, esté unida o fraccionada, cuente o no en el mundo.

Las JONS ofrecen a los trabajadores españoles una bandera de eficacia. Acogiéndose a ella se liberarán de sus actuales dirigentes y conquistarán de un modo seguro y digno, en colaboración con otros sectores nacionales, igualmente en riesgo, como los pequeños industriales y funcionarios, el derecho a la emancipación y a la seguridad de su vida económica.

Si ello no lo han conseguido todavía los trabajadores, aun disponiendo de organizaciones y sindicatos poderosos, se debe a los errores y traiciones de que les hacen objeto los grupos que los dirigen. Hay que impedir que las cotizaciones de los obreros de la U.G.T. sirvan para encaramar, políticamente, a dos centenares de socialistas, que no persiguen otro fin que el triunfo personal de ellos, dejando de ser asalariados, y sin que los auténticos obreros perciban la más mínima mejora en su nivel de vida. Y hay que impedir que la C.N.T. sea el cobijo de los grupos anarquistas que conducen esta Central obrera a la inercia y a la infecundidad revolucionaria.

No creemos nosotros, sin embargo, que convenga a los trabajadores ni a nuestro ideal Nacional-Sindicalista la creación de una Central sindical competidora de la U.G.T. y de la C.N.T. No. No debemos debilitar ni desmenuzar el frente obrero. Ahora bien, dentro de todos los Sindicatos, de la U.G.T. y de la C.N.T. fomentaremos la existencia de «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista» que, democráticamente, influyan en la marcha de los Sindicatos y favorezcan el triunfo del movimiento jonsista, que será también la victoria de todos los trabajadores.

Os invitamos, pues, camaradas obreros, a fortalecer nuestro frente de lucha, bien perteneciendo a las JONS, en vanguardia liberadora y nacional-sindicalista, de carácter revolucionario y patriótico, bien formando en los «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista», dentro de los Sindicatos hoy existentes, para una lucha de carácter profesional y diario.

Antiburgueses y antimarxistas

Nos calumnian quienes dicen que las JONS vienen a salvar a la burguesía. Mentira. Somos tan antiburgueses como antimarxistas. Lo que sí proclamamos es la necesidad de una España grande y poderosa como el mejor baluarte y la mejor garantía de los intereses del pueblo trabajador. El sentimiento nacional corresponde al pueblo. ¡No os dejéis arrancar, obreros, vuestro carácter nacional de españoles, porque es lo que ha de salvaros! Los internacionalistas son unos farsantes y hacen el juego a la burguesía voraz, entregándole íntegras las riquezas de la Patria. «Sólo los ricos pueden permitirse el lujo de no tener Patria.»

Las JONS denuncian ante todos los trabajadores que la lucha de clases como táctica permanente de combate social favorece la rapacidad del capitalismo internacional y financiero, que negocia empréstitos onerosos con los países de economía debilitada, compra a bajo precio sus ferrocarriles, sus minas, sus tierras. Es el camino de la esclavitud nacional. Y a ello colaboran los socialistas, negando la existencia de la Nación española y convirtiendo a sus obreros en rebaños al servicio de los intereses de los grandes capitalistas. En ese contubernio inmoral y secreto de los jefes marxistas mundiales con la alta finanza, radican las mayores traiciones de que han hecho víctimas a la Nación española y al pueblo.

¡En guardia, pues, trabajadores! Las JONS os presentan una línea clara de combate. Hay que atrincherarse en el terreno mas firme. Hay que luchar como españoles, desde España, donde hemos nacido y donde está la posible salvación de nuestras vidas.

He aquí las consignas de las JONS para todos los trabajadores:

Hay que ser revolucionarios

Pues sólo revolucionariamente es posible desmontar el aparato económico burgués-liberal que hoy oprime a los españoles.

Hace falta un orden nacional

El orden que necesitan los trabajadores no es, desde luego, el orden burgués, tiránico y despreciable. Es el orden nacional, la disciplina nacional, sostenidos por el esfuerzo de los mismos trabajadores en beneficio de España y de su economía. Y repetimos que son los obreros, las masas pobres y laboriosas, quienes deben luchar por la existencia de una disciplina rígida y justa que someta y aplaste la arbitrariedad de los poderosos.

Hay que localizar al enemigo

Sostenemos que debe administrarse bien la energía que los trabajadores desarrollen en su lucha. La revolución Nacional-Sindicalista de las JONS quiere descubrir a los enemigos reales y no

desperdiciar energías útiles contra enemigos imaginarios. El enemigo del obrero no es siempre el patrono. Es el sistema que permite que las riquezas producidas por patronos y obreros caigan inicuamente en poder de esos otros beneficiarios inmorales, que son los verdaderos enemigos de los obreros, de la Nación española y del bienestar de todo el pueblo. Los altos beneficiarios de la actual economía liberal-burguesa no son corrientemente los patronos, y menos, claro es, los obreros, sino esa legión de especuladores de bolsa, acaparadores de productos y del comercio exterior, los grandes prestamistas, la alta burocracia cómplice que radica en los Sindicatos marxistas y en los Ministerios. Estos voraces opresores tienen poco que ver, por lo general, con los modestos y honrados capitales que los agricultores e industriales movilizan en la explotación de sus negocios.

Las JONS distinguen perfectamente entre ellos, y sostienen la necesidad de que la conciencia honrada de los trabajadores nacional-sindicalistas advierta y apruebe esa distinción justa.

Necesidad de batir al marxismo

Señalado el enemigo capitalista, las JONS destacan ante los trabajadores la gran culpa que corresponde a las tendencias marxistas en el crecimiento y extensión de la tiranía y del malestar económico de las masas. El marxismo impide que los trabajadores luchen revolucionariamente, de acuerdo con otros grupos sociales de amplitud nacional, y polariza la revolución hacia afanes exclusivamente destructores y caóticos. Anula, asimismo en el hombre sus fines más nobles, como, por ejemplo, el servicio y culto a la Patria que formaron con ilusión y sangre sus antepasados, el desinterés y generosidad de espíritu que se requieren para colaborar alegremente con los demás compatriotas en la gigantesca obra común de forjar una economía racional y justa.

El marxismo conduce a los trabajadores a situaciones trágicas, sin salida ni decoro. Los convierte en enemigos inconscientes de su país, al servicio, como antes dijimos, de la finanza internacional y de los imperialismos extranjeros. Eso lo consigue debilitando en los trabajadores la idea de Patria, presentándola como cosa burguesa, cuando la realidad es más bien la opuesta. Nosotros, sin embargo, sostenemos que la salvación de España depende del concurso de los trabajadores y que la tarea de reconstrucción nacional con que sueñan hoy las masas de españoles jóvenes, sanos y entusiastas sólo será posible si los nuevos revolucionarios, obreros y clase media, arrebatan a las derechas, a los sectores tradicionalmente patrióticos, la bandera y la consigna de forjar una España fuerte, grande y libre.

Los propósitos revolucionarios

El triunfo de la revolución jonsista resolverá de plano las dificultades de los trabajadores. Pero hasta que eso acontezca se requiere amparar, apoyar y encauzar eficazmente sus luchas diarias. Las JONS piden y quieren la nacionalización de los transportes, como servicio público notorio; el control de las especulaciones financieras de la alta banca, garantía democrática de la economía popular; la regulación del interés o renta que produce el dinero empleado en explotaciones de utilidad nacional; la democratización del crédito, en beneficio de los Sindicatos, Agrupaciones comunales y de los industriales modestos; abolición del paro forzoso, haciendo del trabajo un derecho de todos los españoles, como garantía contra el hambre y la miseria; igualdad ante el Estado de todos los elementos que intervienen en la producción (capital, trabajo y técnicos), y justicia rigurosa en los organismos encargados de disciplinar la economía nacional; abolición de los privilegios abusivos e instauración de una jerarquía del Estado que alcance y se nutra de todas las clases españolas.

Pero, sobre todo, vamos a la realización de la revolución nacional-sindicalista. Las JONS presentan una meta revolucionaria como garantía ante los trabajadores de que su lucha no será estéril y de que sus dirigentes están libres de toda corruptela política y parlamentaria.

Los trabajadores que además de revolucionarios se sientan españoles y patriotas deben ingresar en nuestros cuadros de lucha, por la consecución rápida y la victoria arrolladora del nacional sindicalismo revolucionario.

¡Salud y revolución nacional!

Por los Triunviratos jonsistas: Nicasio Álvarez de Sotomayor (Madrid), Onésimo Redondo Ortega (Valladolid), Santiago Montero Díaz (Galicia), Andrés Candial (Zaragoza) y Felipe Sanz (Bilbao).

Por el Triunvirato Ejecutivo Central: Ramiro Ledesma Ramos.

Oficinas centrales de las JONS: calle de Los Caños, 11, Madrid.

(«JONS», nº 7, Diciembre - 1933)

Noticiario jonsista

De acuerdo con el artículo 5.° de los Estatutos y el 6.° de las Normas interiores, el Triunviro Presidente del Ejecutivo Central, camarada Ramiro Ledesma Ramos, ha firmado, con fecha 23 de diciembre último, los nombramientos de los primeros doce camaradas jonsistas que constituirán el Consejo Nacional del Partido. Este organismo comenzará a funcionar, pues, rápidamente.

He aquí los nombres de los camaradas y las JONS locales a que están adscritos:

José Gutiérrez Ortega.— Granada.

Felipe Sanz Paracuellos.— Bilbao.

Santiago Montero Díaz.— Santiago de Galicia.

Onésimo Redondo Ortega.— Valladolid.

Javier M. de Bedoya.— Valladolid.

Andrés Candial.— Zaragoza.

Bernardino Oliva Olivera.— Zafra.

Juan Aparicio López.— Madrid.

Nicasio Álvarez de Sotomayor.— Madrid.

Ernesto Giménez Caballero.— Madrid.

José Guerrero Fuensalida.— Madrid.

Sabemos que el Triunvirato Ejecutivo Central convocará para en breve la primera reunión del Consejo Nacional jonsista.

El juez de Instrucción del Juzgado número 9 de Madrid ha dictado auto de procesamiento y prisión, sin fianza, contra nuestros camaradas Luis Ciudad y Félix Ciriza. Se les acusa de haber causado lesiones de cierta gravedad a varios militantes rojos, en la madriguera marxista del Fomento de las Artes.

En Santiago de Galicia se ha publicado el primer número del quincenario nacional-sindicalista "Unidad". Casi todo su interesantísimo sumario va dirigido contra el fracasado Estatuto gallego. El camarada Santiago Montero Díaz cumple magníficamente su deber de director y animador de esa campaña.

* * *

Con el mayor entusiasmo ha comenzado a actuar el Triunvirato local de Santiago de Galicia. Extendiéndose nuestro nacional-sindicalismo rápidamente a toda la región.

* * *

En Valencia se ha publicado el primer número del semanario de las JONS, "Patria Sindicalista".

(«JONS», nº 7, diciembre de 1933, pág. 336)

NUMERO 8. Enero 1934.

Primeros deberes del jonsista

1.- Darse de baja en toda organización política, salvo especial autorización en contra para labores del Partido.

2.- Cumplir los deberes que impone el Partido.

3.- Acatar en absoluto la disciplina del ideario, de los estatutos y de los Organismos superiores de las JONS.

4.- Aportar al Partido cuantas iniciativas, sugerencias o actividades útiles puedan desarrollar.

5.- Contribuir a su sostenimiento por lo menos con la ayuda económica mínima que marcan los estatutos de las JONS.

6.- Hacer todo cuanto sea posible por la difusión de la doctrina, la táctica y las organizaciones jonsistas.

7.- Capacitarse y esforzarse en capacitar a los demás.

8.- Conocer perfectamente el programa, los estatutos y los documentos políticos del Partido.

9.- Leer la prensa jonsista y difundirla.

10.- Obedecer sin discusión las consignas y órdenes de las JONS.

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

Ante el Estatuto vasco

La unidad de España es para nosotros condición inexcusable de nuestra existencia como españoles. Su garantía, su afirmación es la meta primordial de la revolución jonsista. En el número anterior de nuestra revista, el camarada Montero Díaz expuso la doctrina unitaria que las JONS sostienen revolucionariamente contra la Constitución de los Estatutos traidores y el espíritu disociador que la informa. Hoy, una voz de las derechas, José Félix de Lequerica, sitúa ante el Estatuto vasco una briosa concepción de unidad que coincide con la nuestra. Por eso publicamos sus alegatos, deseosos de que voces como la suya aparezcan también en otros sectores, de derecha, de izquierda o de centro. De otra parte, Lequerica, militante de las derechas, y por ello no sujeto a la órbita jonsista, ha sido el primer español que comentó con emoción nacional las tareas sorelianas del sindicalismo revolucionario, tan gratas para nosotros. Zigzagueó o intuyó, pues, hace veinte años, un sindicalismo nacional. Eso, y el verlo debatirse en todo momento contra las tendencias disgregadoras, que es necesario decirlo, acampan ya en las zonas de las derechas, bajo uniforme y carátula de "autonomía bien entendida", hace que trascribamos con la máxima satisfacción su artículo de oposición magnífica al estatuto vasco.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 13. Entradilla)

Las JONS revolucionarias

Sospechamos la existencia de bastantes confusiones en torno a la significación del movimiento jonsista. Ningún lugar más propio que éste para reducir ese confusionismo, acerca del que no nos corresponde la menor responsabilidad. Siempre han hablado claro las Juntas, y la culpa de él corresponde, pues, por entero, a quienes nos enjuician utilizando categorías falsas.

El error proviene de que, desde el primer día, se nos ha adscrito y considerado como un partido fascista, y no está el error en que no lo seamos, sino en que en España hay sobre el fascismo la idea más falsa y deficiente posible. Nunca han explotado las JONS ese supuesto carácter fascista que tienen; es decir, nunca han hecho un llamamiento a los españoles que se «creen» fascistas, con lo que han disminuido, sin duda, sus efectivos, y hemos procedido así porque nos constaba que un auténtico movimiento fascista en España tendría, antes que nada, que liquidar y oponerse a los más íntimos clamores de los «fascistas» que aquí había.

Nos urge, pues, reivindicar nuestro propio carácter. Somos revolucionarios, pero no de cualquier revolución, sino de la nuestra, de la que se proponga conquistar para España un Estado nacional-sindicalista, con todo ese bagaje de ilusiones patrióticas y de liberación económica de las masas que postula nuestro movimiento. El destino jonsista, nuestro quehacer revolucionario, no puede reducirse a realizar hoy hazañas más o menos heroicas contra el marxismo, que favorezcan la rapacidad de los capitalistas y el atraso político considerable en que hoy vive la burguesía española. Eso, nunca. Los que se acerquen a las JONS deben saber que penetran en la órbita de unos afanes revolucionarios que se desenvolverán en un futuro más o menos largo, pero que sólo esos afanes son nuestro norte de actuación. Nunca otros. Provéanse, pues, de paciencia los impacientes, porque mientras más fácil y rápido sea nuestro triunfo, más nos habremos desviado y más habremos traicionado los propósitos difíciles y lentos a que deben las Juntas su existencia. Para tareas cercanas y aparentes, de servicio al «statu quo» social, de peones contra el marxismo, facilitando la permanencia en España de toda la carroña pasadista y conservadora, para eso tienen ya otros, felizmente, la palabra.

Las filas revolucionarias de las JONS no deben nutrirse más que de los españoles que van llegando día a día con su juventud a cuestas, o de luchadores y militantes desilusionados del revolucionarismo marxista. En nuestra revolución tienen que predominar esas dos estirpes. Sólo así alcanzará sus objetivos verdaderos.

Grupos convencidos y seguros de que nuestra marcha es justa, de que está encajada en el proceso histórico español y de que llegará nuestra hora, es lo que precisamos. Eso conseguido, y ya creemos lo está en grado casi suficiente, lo demás, el que las masas fijen su atención en nuestra bandera, el que controlemos y dirijamos la emoción revolucionaria en la calle, eso es prenda segura de nuestra verdad, de nuestra fe y de nuestros primeros éxitos.

Nuestro temperamento revolucionario tiene ya, por lo menos, en la España actual, una satisfacción: la de que ocurra y pase lo que quiera, la única salida posible es de carácter revolucionario. Esa es la realidad y, es, además, nuestro deseo. Todo el problema y todo el dramatismo que se cierne sobre la Patria en esta hora se reduce a la duda acerca de quién hará la revolución, a cargo de qué grupos, qué tendencias y qué afirmaciones correrá la tarea de efectuar la revolución. El hecho de que en España exista la realidad de ese dramatismo ineludible, indica que ha entrado nuestro país en el orden de problemas universales de la época. Ha sido el problema de Italia en 1922. De Alemania, durante el largo período de 1920 a 1933. Y comienza a ser el de otros grandes pueblos, donde se resquebraja el orden vigente y apunta la necesidad aparentemente subversiva, de salvarse por vía revolucionaria.

En España tenemos la perentoriedad del hecho marxista, vinculado al socialismo, que se dispone a polarizar toda la energía descontenta, el revolucionarismo «izquierdista», anticlerical, la subversión de los trabajadores, en torno a su bandera roja. Hay, pues, peligro marxista en nuestro país, y peligro inminente. Oponerle una táctica contrarrevolucionaria tradicional, conservadora, en nombre de los intereses heridos, sean espirituales o económicos, es lo que hacen esos partidos que se llaman las derechas. Cosa inane. Una vez conseguido por el marxismo escindir a España en dos frentes: uno, el suyo, y otro, la burguesía, con una conciencia anti o, por lo menos, extraproletaria, ya ha logrado la mitad de la victoria.

Las JONS entienden que la máxima urgencia es romper la falsa realidad de esos dos frentes. Si en España, tanto como se ha hablado y habla de fascismo, se hubiera comprendido sólo a medias el sentido histórico de la revolución fascista, no habrían hecho su panegírico los sectores que sueñan con ella, y a los que es por completo ajena su realización. Lo que en España alcance y logre un éxito decisivo sobre la amenaza socialista, lo que consiga desplazarla, asumiendo a la vez la representación directa de los trabajadores, será el fascismo de España, es decir, lo que aquí acontezca que a la luz de la Historia se juzgue como análogo al hecho italiano.

Creemos y sostenemos que son las JONS quienes pueden y deben lograr la culminación de ese papel histórico. Sólo las JONS y su nacional-sindicalismo revolucionario. Pues sólo nosotros, al parecer, luchamos contra el marxismo, considerándolo ni más ni menos que como un rival en la tarea de realizar la revolución. No nos interesa cerrar el paso a la subversión marxista, para que la multitud de españoles perezosos, bien avenidos y pacíficos, tranquilos y conservadores, sigan con su pereza, su tranquilidad y sus cuartos. Ni una gota de sangre de patriota jonsista debe derramarse al servicio de eso.

Vamos a disputarle al marxismo el predominio en los sectores donde se hallen los españoles más inteligentes, los más fuertes, los más sanos y animosos. Cuando para realizar la revolución socialista no se recluten militantes, sino en los suburbios infrahumanos de la vida nacional, tendremos casi asegurado el éxito. Ello requiere una auténtica decisión de sustituirlo en los propósitos revolucionarios. La pugna consiste en ver quien atrae a sus banderas los núcleos de más capacidad revolucionaria, los que puedan desarrollar más tenacidad, sacrificio y desinterés. Repitámoslo, porque es esencial para la ruta jonsista y porque conviene que nos vayamos desprendiendo de auxiliares negativos: «SÓLO ACEPTAMOS LA LUCHA CONTRA EL MARXISMO EN EL TERRENO DE LA RIVALIDAD REVOLUCIONARIA.» Pediremos a los trabajadores que abandonen las filas marxistas, y hasta en su hora se lo impondremos por la violencia, pero con el compromiso solemne de realizar nosotros la revolución.

Este es el espíritu de las JONS, que coincide con el espíritu del fascismo, pero no, sin duda, con el de los núcleos, sectores y personas que en España claman por el fascismo.

Que en España hay grandes masas pendientes de una realización revolucionaria, es perfectamente notorio. Toda la pequeña burguesía que se movilizó por la República democrática y puso sus esperanzas en ella, está hoy sin norte claro. Urge conseguir que la inacción que suele originar el desconcierto y la ceguera no aparte a esas masas de su propio destino, que es en muchos aspectos el de impedir la revolución socialista. Es cierto que gran parte de ella sigue aún fiel a las consignas de orden democrático, aun confesando cada día la radical inanidad de esa solución. Ya van, sin embargo, haciendo la concesión de que habría que apelar a la dictadura para salvar a la democracia, y nosotros tenemos el suficiente conocimiento de nuestra época, para afirmar que una actitud jacobina como esa, extramarxista, se vería obligada a fascistizarse.

España atraviesa hoy la mejor coyuntura para llevar al ánimo de la pequeña burguesía, de los intelectuales y de toda la juventud, la necesidad de oponerse a la revolución socialista y realizar la revolución nacional. Son inseparables ambas metas e insostenible una sola sin la otra.

Las JONS tienen que esforzarse en inventar el cauce para un movimiento nacional de esa índole o colaborar con los grupos que se lo propongan, de un modo auténtico, hoy, desde luego inexistentes. Abundan, sí, las posiciones que se presentan como dispuestas a transformar el Estado, en un sentido de eficacia nacional y revolucionaria. Pues comienza a estar de tal modo en la conciencia de todos los españoles la necesidad de asegurar de una manera firme la batalla antimarxista, amparados en la trinchera «nacional» y «totalitaria», que hasta los jóvenes formados políticamente en los medios clericales postulan soluciones aparentemente análogas. Así las juventudes de Acción Popular, a las que hay que recusar con energía para dirigir y orientar estas tendencias, hablan de corporaciones, Patria grande y antidemocracia, sin darse cuenta de que todo eso se logra con tal temperatura «nacional», tal interés por la realidad suprema del Estado y tal actitud revolucionaria que chocaría a los dos segundos con sus melindres religiosos, su preocupación de que no se rozase la libertad de la Iglesia y sus remilgos ante la violencia formidable que sería preciso desarrollar. Además, desde su órbita confesional es ilícito sostener hoy en España una aspiración totalitaria. Porque si media Nación vive fuera de la disciplina religiosa, mal va a aceptar soluciones «políticas» que se incuben o tengan su origen en la Iglesia.

Esa actitud pseudofascista de las juventudes de Acción Popular, si no consigue imponer su totalitarismo confesional, sí cumple, en cambio, a maravilla el papel de incrementar entre las masas

las confusiones en torno al fascismo, al que así comprueban las gentes adscrito a los medios de menos capacidad revolucionaria y menos dignos de crédito para una tarea de captación de los trabajadores. Carecen, por otra parte, de suficiente calor nacional, de la imprescindible libertad para garantizar que sus propósitos no serán desviados por designios superiores a los suyos, cuya alta influencia hay ya muchos motivos para creer se utiliza de un modo sospechosísimo para los intereses de España.

La prevención que muestran a la vez estos elementos contra las rotulaciones fascistas, proceden de lo que en éstas hay de eficacia revolucionaria. La necesidad universal del fascismo, es decir, su interpretación de una disciplina nacional, de un orden exigentísimo, no se compagina bien con la preponderancia de poderes que aquí querrían siempre a salvo y con libertad plena.

Las JONS revolucionarias saben bien en qué consiste y va a consistir su deber. Atrincherarse en la emoción nacional de España, sostener por todos los medios su unidad, descubrir para los españoles una tarea común, exigente y durísima, que pueda ser impuesta de un modo inflexible a todos. Interceptar toda fuga al pasado y enlazar su vigor con el interés social y económico de las grandes masas, que si fatalmente van a verse obligadas a incrustarse en una disciplina, tienen un profundo derecho a imponer su presencia en el Estado. Revolución nacional, empuje, vigor y dinamismo, queremos. Como única garantía de la Patria, del pan de los españoles y de que merece la pena de que muramos espantando de España la revolución roja.

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

Más allá del comunismo

(**A**rtículo escrito en diciembre de 1919, en la prisión de san Vittore, donde Marinetti fue encarcelado con Mussolini, Vecchi, Bolsón y quince "ar-diti", acusados de atentar a la seguridad del Estado y de organizar bandas armadas, tres años antes de la victoria fascista. Lo publicamos para que vean los jóvenes —nuestros jóvenes— con qué temperatura y con qué razones iniciaron su camino los fascistas de Italia.)

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 26. Entradilla)

Cómo conseguir la unidad del Estado

Un camarada jonsista de Cataluña nos remite el siguiente trabajo, que publicamos no sin alguna vacilación. Afirma desde luego la unidad de España, sin cuya coincidencia no podría acercarse, claro, a nosotros. Pero desde Cataluña creen muchos que todas las regiones de la Patria claman y reclaman estatutos, y un poco influido por ese ambiente parece estar nuestro camarada. No hay tal cosa. Eso de los estatutos queda circunscrito a Cataluña y Vasconia, y su realidad no puede nunca imponer a España un tipo de Estado que los haga posibles. En el siguiente trabajo hay mucho aceptable, casi todo. Es la tesis de un catalán que quiere la unidad de España y la unidad del Estado, sin que queden fuera o contra esa unidad las masas de Cataluña. Empeño magnífico, que hacemos nuestro. Pero no nos mostraremos nunca dispuestos a conceder nada que quebrante la unidad de nuestra nación. La idea del Estado que se defiende en este trabajo es exactamente jonsista y también contraria desde luego a los estatutos.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 31. Entradilla)

Los informes al T.E.C.

Inauguramos hoy en la revista una sección nueva, que creemos interesará a los camaradas del Partido. La Secretaría Nacional jonsista nos facilitará extractos de los informes que reciba el Triunvirato Ejecutivo Central, ya desprovistos, naturalmente, de cuanto en ellos está destinado a permanecer secreto. Es sabido que las secciones locales de algún relieve elevan todos los meses al T.E.C. un informe reservado, con detalles acerca de su actuación y características políticas de su zona. He aquí párrafos del que han remitido últimamente, con un buen ánimo, los camaradas que forman el Triunvirato organizador de las JONS en Barcelona.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 35. Entradilla)

Próxima reunión del Consejo Nacional jonsista

El Triunvirato Ejecutivo Central ha convocado para los días 12 y 13 de febrero al Consejo Nacional del Partido. Este alto organismo jonsista va a deliberar acerca de varias cuestiones que son hoy de vital importancia para el desarrollo de nuestro movimiento.

Parece que son tres los puntos fundamentales que se someterán al alto juicio del Consejo:

1.° Actitud de las JONS ante el grupo fascista F.E.

2.° Creación de los organismos a través de los cuales debe conseguir el Partido una eficacia violenta en el terreno de la acción antimarxista.

3.° Fijación de las consignas que han de constituir la base de la propaganda en 1934. Posible radicalización de nuestra línea revolucionaria, robusteciendo la posición jonsista entre la pequeña burguesía y los trabajadores.

Basta la enumeración de estos temas para advertir la trascendencia que van a tener las deliberaciones del Consejo.

La presencia del grupo F.E. que, como es notorio, pretende seguir el camino jonsista, es un hecho que, en algún aspecto, perturba evidentemente el desarrollo normal de las JONS, obligándonos a examinar y a justificar de nuevo nuestra propia plataforma política. Es, pues, necesario que el Partido fije con toda energía y claridad su juicio acerca de F.E., proporcionando a todos los camaradas una crítica justa sobre las características de ese movimiento.

Parece, según nuestras noticias, que en el seno del Consejo van a ser defendidas tres tendencias con relación a este tema del F.E. Una sostiene la necesidad de que las JONS afirmen su desconfianza ante ese grupo, declarando a sus dirigentes y a las fuerzas sobre que apoyan sus primeros pasos como los menos adecuados para articular en España un movimiento de firme contenido nacional y sindicalista. Los camaradas que defienden esta posición estiman que las JONS deben publicar un manifiesto de razonada y enérgica hostilidad contra el F.E., denunciando su ineptitud para dar a los españoles una bandera nacional, auténticamente revolucionaria, y declarando, como consecuencia, que su única labor va tristemente a reducirse a la de ser agentes provocadores de una robusta y fuerte unificación del bloque revolucionario marxista. Según esos

mismos camaradas, corresponde a las JONS fijar las limitaciones derechistas de F.E., que le incapacitan para una auténtica empresa totalitaria, y suplir esas limitaciones con una actitud inequívoca por nuestra parte, que permita a las JONS desenvolverse con éxito entre las masas.

Frente a esa tendencia, que pudiéramos calificar de fanática e intransigentemente jonsista, y que parece muy dudoso predomine en el Consejo, hay otras dos, muy diversas, sin embargo, entre sí. Una estima que el movimiento F.E. encierra calidades valiosas y que sus dirigentes pueden, sin dificultad, interpretar una actitud nacional-sindicalista. Aprecia, sin embargo, en la táctica y actuación anterior de F.E. graves errores, que pueden ser corregidos, y desde luego, cree que las JONS, antes de denunciarlos y combatirlos, debe intentar influir en aquellos medios para lograr su rectificación posible. A este efecto, defienden los camaradas que interpretan esta tendencia, que las JONS deben invitar solemne y cordialmente a F.E. a que se desplace de sus posiciones rígidas, situándose, fuera de F.E. y de JONS, en un terreno nuevo, donde resulte posible la confluencia, unificación y fusión de ambos movimientos. Esta opinión, que parece coincide con la de algún destacado camarada del Triunvirato Ejecutivo Central, tiene, quizá, grandes probabilidades de que la haga suya el Consejo. Sus propugnadores defienden, asimismo, que si fracasa la invitación a que aluden, es decir, si F.E. no juzga oportuna una solución del tipo y carácter de la que se le propone, corresponde apoyar y aprobar la primera tendencia, con la ventaja, en este caso, de que no alcance a las JONS responsabilidad alguna en la pugna que se inicie.

Hay, por último, una tercera opinión que, según nuestras noticias, alguien sostiene también en el Consejo; pero con tan débil asistencia, que quizá la defienda solamente un camarada. Consiste en que las JONS procedan, bajo ciertas condiciones, a disolverse, incorporándose al F. E. Repitamos que esta actitud no tiene, al parecer, y por fortuna, la menor probabilidad de éxito.

El segundo punto que va a ser objeto de deliberación por el Consejo se refiere, como antes dijimos, a la necesidad de que el Partido disponga de órganos adecuados y eficaces para la acción revolucionaria contra nuestros enemigos. En un momento como el actual, en que se agudiza la apelación a la violencia por parte de los rojos, es urgente e imprescindible que dispongamos de normas, tácticas y técnicas tan claras y precisas que proporcionen a las JONS éxitos ruidosos frente a la actividad asesina de los elementos marxistas.

Seguramente el Consejo perfilará la idea ya expuesta por el Ejecutivo Central de crear Patrullas de Asalto, a base de camaradas probadísimos, que sean una garantía de tenacidad, arrojo y entusiasmo jonsistas.

El carácter de estos grupos, su engranaje en las actitudes del Partido y el modo de dotarlos de una férrea y eficacísima disciplina serán objeto, sin duda, de amplio examen por los camaradas del Consejo.

El tercer punto es, asimismo, de capital importancia. Ha llegado el momento de llevar al pueblo español, a las grandes masas nacionales, un programa claro, revolucionario y concreto, cuya defensa y triunfo signifique la gran victoria de la Nación española, el aplastamiento de sus enemigos y el bienestar de todo el pueblo.

Hay, pues, que realizar el hallazgo de unas metas tras de las cuales arrastrar el entusiasmo, la colaboración y la angustia de las masas españolas. Ya están en la encrucijada de una vida difícil y dura, y nos corresponde dar la orden de marcha, equipararlas de un modo perfecto y hostigar su ímpetu.

(«JONS», nº 8, Enero -1934)

La estrategia de Largo Caballero

Hace próximamente un mes pronunció Largo Caballero un discurso en una fiesta de los impresores. Dijo en él una frase que constituye todo el secreto de su actividad revolucionaria. Hay que fijarse bien en ella y calibrarla con exactitud, porque su aceptación en el posible frente único rojo

supondría un formidable peligro. Largo Caballero, en su calidad de líder, es decir, de jefe a quien corresponde la orientación estratégica de la revolución, declaró que «era preciso conseguir y conquistar primero el Poder político para luego hacer con él y desde él la revolución social».

Entra así la estrategia socialista en el plano de las metas reales y abandona el tópico catastrófico, ingenuísimo, del «estallido de la revolución social», cuya ilusión ha sido el norte tradicional de los militantes rojos de todas clases: socialistas, comunistas y anarquistas.

Pasó quizá desapercibido ese clarísimo viraje estratégico expuesto por Largo Caballero en su discurso. La prensa obrera de otras tendencias no se fijó o no quiso fijarse en esa tan decisiva declaración del jefe socialista. Sólo en el periódico clandestino que edita la C.N.T. en este período de la ilegalidad, apareció un comentario, naturalmente adverso. Es lógico que los anarquistas se escandalicen, porque para ellos no tiene sentido ni importancia eso de «conquistar el Poder político». Les interesa la revolución social; y a ser posible, la suya, la revolución anarquista, precisamente la que ahogaría e impediría Largo Caballero en esa su primera etapa de «Poder político».

Como se ve, Largo Caballero busca dos eficacias diversas con la estrategia revolucionaria que denunciamos. Una, moverse en un terreno posible, sin concesiones a utópicas y catastróficas jornadas; otra, controlar la revolución social posterior, impidiendo el predominio de las tendencias rivales, ya que hecha desde el Poder, con férrea mano, esa revolución social se iría haciendo por decretos.

Pero eso es la estrategia fascista. En eso justamente consisten las etapas en que se desenvuelve la revolución fascista. Pues un proceder revolucionario así garantiza la continuidad, es decir, no rompe catastróficamente con el inmediato pasado social del país, sino que de un modo paulatino, real, efectúa la transformación económica.

Repetimos que Largo Caballero sigue, pues, una estrategia fascista, que por sí, es decir, como una forma abstracta de realización revolucionaria, es la más adecuada a estos tiempos.

Está, pues, bien justificada la última consigna de las JONS, que pide a los grupos antimarxistas que sitúen su lucha en un plano de rivalidad revolucionaria. Será o no recogida, quizá no, porque hay zonas políticas en España, precisamente las que se creen más fascistizadas, que comprenden con dificultad los aspectos más claros y palpitantes del fascismo.

Pero nosotros la recogeremos. Y aunque sea rechazado nuestro criterio, nos quedará por lo menos la tranquilidad de sabernos los únicos que meses antes de la revolución socialista manejaron las únicas ideas, tácticas y consignas que podían oponérsele con éxito.

El triunfo de la tendencia representada por Largo Caballero en el seno de la Unión General de Trabajadores pone esta Central Sindical al servicio de un «reformismo revolucionario» que puede proporcionar a España el triste remate de consolidarse por algún tiempo en ella un régimen a extramuros de su propio ser histórico. Y es que los pueblos reclaman y piden consignas decisivas. Si frente a la política marxista no hay una fortísima decisión «nacional» de salvarse con heroísmo y talento, si sólo hay endebles reacciones defensivas, con el marco egoísta de todas las defensivas, nos tememos que tenga España que presentar su dimisión como pueblo histórico, independiente, grande y libre. (¡¡¡Jamás, camaradas!!!)

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

El desplazamiento marxista [6]

Los hombres tienen siempre necesidad de algo que esté sobre ellos, y cuya colaboración invocan, de un modo consciente o no. Por ejemplo, ese saberse en la línea lógica de la Historia, con una ruta sin pérdida, en cuyo final está irremisiblemente el triunfo de cuanto ellos estiman justo y verdadero. Quizá el movimiento social contemporáneo que ha adoptado más intensamente esa

[6] Artículo escrito por Ramiro bajo el pseudónimo de «Roberto Lanzas».

posición de seguridad de que pasase lo que pasase, a pesar de todas las dificultades y obstáculos que suponía la realidad hostil, la victoria última estaba fatalmente escrita, ha sido el movimiento socialista.

El marxismo construyó, en efecto, unas categorías económicas e históricas que conducían de un modo sistemático y seguro a la edificación de la sociedad socialista. Fracaso de esto, contradicción entre esto y aquello, aparición fatal de este o aquel fenómeno, concentración de estas o aquellas energías, decrepitud de estos o aquellos factores sociales, etc., etc. Y por fin, naturalmente, indetenible triunfo revolucionario de los trabajadores rojos. Así de sencillos, simples y artificiosos son los pilares de la concepción marxista. Pero la eficacia para la agitación y la movilidad formidable de las masas ha sido enorme. Cincuenta años febriles en que ha bastado proyectar entre las masas obreras la rotunda película marxista para ganarlas, sin más, al nuevo dogma, convencidas y seguras de que la Historia, el tiempo y otras divinidades estaban a su lado.

Los agitadores rojos han alimentado, pues, sin dificultad la esperanza y el entusiasmo de las masas, utilizando idéntica temperatura psicológica, a la que significaba para los antiguos el saberse protegidos y amparados por los dioses en alguna de sus empresas. La escisión de las fuerzas marxistas en dos frentes, uno comunista revolucionario y otro reformista, ha sido quizá la única consecuencia contradictoria para sus fines que encerraba en su seno el marxismo. Los partidos socialistas o socialdemócratas, acogidos con rigor a la firmeza de que el triunfo llegaría fatalmente, casi por sí solo, han seguido la táctica de esperarlo de una manera paciente. La rama comunista sostiene, sí, idéntico dogma, pero estima que es posible, y desde luego más digno y más marxista, atrapar la victoria sin búdicas esperas, por vías revolucionarias y violentas.

Ese fatalismo marxista, que aparece expresado con la denominación pedante de «socialismo científico», es decir, seguro y riguroso, se resquebraja hoy por grietas múltiples. La demostración de la falsedad de sus asertos, de la falacia de sus esquemas, no está siendo una demostración conceptual y silogística, no la han conseguido los teóricos ni los profesores, sino que es un producto formidable de los hechos históricos.

Se avecina, pues, y llega con premura la disolución del marxismo, porque concluye su capacidad para ilusionar y alumbrar el próximo futuro de las gentes. El proceso de la economía y de la sociedad burguesas, la culminación del capitalismo como sistema de producción, son hechos a la vista; sus contradicciones, dificultades y crisis también lo son. Lo que no aparece como ineludible es que esas contradicciones, esas dificultades y esas crisis se resuelvan y terminen en una edificación socialista.

Algo está ahí que le ha usurpado, que le ha desplazado del campo de las victorias. Los pueblos descubren su realidad nacional, recurren a sus propios valores económicos y morales y afianzan en ellos sus energías revolucionarias.

La revolución mundial roja ha sido desplazada por una serie de revoluciones nacionales, en las que han tenido y les corresponderá tener una intervención heroica gentes que procedían de aquellos sectores sociales a los que precisamente juzgaba el marxismo por completo invaliosos. Mal planteadas estaban, pues, las tesis marxistas. Había más salidas revolucionarias que las suyas. Con más capacidad de heroísmo y más empuje violento que el que desarrollaban las filas rojas. Nutriéndose, por tanto, de calidades humanas superiores a aquellas sobre que tenía sus bases la revolución socialista. Esas revoluciones nacionales, antimarxistas, hechas con aportaciones de pequeños burgueses, intelectuales patriotas y antiguos militantes desilusionados del revolucionarismo internacionalista, son las que han ganado hoy la atención del mundo. Son las revoluciones fascistas, rótulo este al que no cabe otro sentido que el de haber sido la revolución fascista italiana la primera de ellas en el orden cronológico que tuvo efectividad y éxito. Pero que sería absurdo señalar como inspiradora, rectora y originaria de las revoluciones nacionales de estos tiempos. En primer lugar, porque la revolución nacional, es decir, la que de un modo sincero, hondo y entrañable hace un pueblo -y éstas son las únicas que triunfan- no puede nunca ser un plagio, una copia de la que haya hecho otro pueblo. Con estas mismas intuiciones reaccionó Italia contra el bolchevismo, cuya revolución obsesionó en 1920-21 a las masas con un intenso afán imitativo. Lo destaca y señala magníficamente Marinetti en el ensayo de 1919, que resucita ahora nuestra Revista.

El proceso de la economía, los tremendos chasquidos sociales de esta época, las apetencias de las gentes, su estilo vital, todo, en fin, favorece la presencia de los revolucionarios nacionales y la derrota de los revolucionarios rojos. Pues sólo una economía nacional auténtica, es decir, viviente

como un organismo completo, puede desplazar las crisis y las dificultades que se oponen hoy a la satisfacción económica de las masas. Los pueblos de economía simple, es decir, meramente industrial o agrícola, asentada sobre una sola de esas dos grandes ramas de la economía, son los que sufren hoy con más rigor la crisis económica y el paro. En cambio, las economías nacionales mixtas o completas alcanzan una eficacia y una normalidad envidiables. Hay, pues, una categoría nacional, una dimensión decisiva, que hace inevitable su robustecimiento.

De otra parte, las convulsiones que agitan a las masas reclaman, como nunca, un orden rígido, extraído, naturalmente, de ellas mismas, con el entusiasmo, decisión y eficacia con que se producen las conquistas revolucionarias. Y ese orden necesario y esa disciplina son inseparables de una Patria donde se producen y cuya existencia y servicio es la finalidad última donde ellos tienen justificación.

En cuanto al estilo vital de nuestra época, deportivo, limpio y fuerte, se enlaza de un modo notorio con la significación histórica de las estirpes nacionales. Los pueblos vuelven felizmente a ilusionarse con la posibilidad de pertenecer a una Patria que realiza en el mundo las tareas más valiosas.

Si tenemos, pues, que las economías son catastróficas si no son economías **nacionales**. Y que no existe un orden, una disciplina, si no son un orden y una disciplina **nacionales**, es decir, al servicio de una Patria e impuestos en nombre de ella y por ella. Y que no hay en las masas vida alegre y limpia si no se mueven y circulan en una órbita **nacional**, participando emocionalmente de sus peripecias por la Historia. Si todo eso es cierto en la hora actual del mundo, por lo menos en sus zonas decisivas, en los grandes pueblos, se comprenderá fácilmente la razón de la retirada marxista.

El marxismo podía ser una solución contra el mundo viejo de los egoísmos capitalistas y de la sordidez demoliberal. Pero otra revolución más brillante, eficaz y verdadera lo desplaza. A ésta amparan y ayudan hoy las mismas divinidades que al principio decíamos presentaba el marxismo como suyas. Todo conspira hoy para el triunfo de la revolución nacional. La hora marxista pasó sin ensayarse. Esta es la realidad del mundo.

¿Y España? ¿Se concentrarán aquí como trinchera última los esquemas fracasados y se retrasará nuestra voluntad española de vivir? No contestamos ahora a esto. He pretendido sólo situar esa realidad de que el marxismo ha perdido o está a punto de perder esa capacidad asombrosa de que ha estado dotado durante los últimos treinta años para situar como ineludible la victoria socialista. Hace quince años no había razones ni cordones frente a la avalancha marxista. Sólo la fuerza pública mercenaria de los viejos Estados demoliberales, cuyos gobernantes, en lo íntimo, veían justas y verdaderas, aunque dolorosas y temibles, las aspiraciones del socialismo.

Hoy hay ya lo único que puede vencerla: los pueblos mismos, las masas mismas, entregando su fervor no a la revolución social ni a la revolución antinacional roja, sino a una revolución a la vez nacional y social. El descubrimiento fascista no es otro que éste: a la revolución marxista no se la bate ni destruye con métodos contrarrevolucionarios, sino haciendo con más perfección, amplitud y justeza la revolución misma. Ya hablaremos extensa y concretamente de España, de nuestro caso español, que es el que nos atenaza y angustia.

(«JONS», nº 8, Enero - 1934)

Noticiario jonsista

A los doce camaradas que figuraban nombrados del Consejo Nacional, añadimos hoy otros tres, que pertenecen reglamentariamente al referido organismo, desde el 21 de enero último:

Maximiliano Lloret (Valencia).

Ildefonso Cebriano (Barcelona).

Emiliano Aguado (Madrid).

Por su actuación contra los comunistas, está detenido en la cárcel, el camarada de Madrid, Nemesio Galiana.

* * *

Después de algunas vacilaciones, ocasionadas por la presión del grupo F.E., de Valencia, el semanario "Patria Sindicalista" reafirma su posición jonsista. Lo dirige nuestro camarada Maximiliano Lloret.

* * *

En Valladolid vigorizan cada día nuestros camaradas la influencia nacional-sindicalista entre los núcleos obreros de la U.G.T.

* * *

En Madrid, siguiendo la táctica que indicaba el Partido en el manifiesto a los trabajadores, se han constituido Grupos de Oposición Nacional-sindicalista en tres sindicatos afectos a la U.G.T. Esperamos poder anunciar en breve la eficacia sindical obtenida por estos nuevos camaradas.

(«JONS», nº 8, enero de 1934, pág. 47)

NUMERO 9. Abril 1934.

Discurso de Ramiro Ledesma Ramos en el mitin de Falange Española de las JONS celebrado en Valladolid

¡Españoles! ¡Salud!

Nuestra presencia hoy en Valladolid tiene para los propósitos políticos y revolucionarios que nos animan una significación fundamental. Pues nos acontece que al iniciar una senda difícil, en la que a menudo los caminos van a presentársenos herméticos y hemos de encontrar innumerables semblantes hoscos en torno nuestro, necesitamos venir aquí, a una atmósfera limpia, de cordialidad benévola y segura.

Y así, aquí estamos, ante Castilla, un poco como aprendices, porque ya en estas tierras se realizó una vez la gran tarea de unificar a España, de ligarla a un destino gigantesco, con ataduras tan resistentes que han durado y permanecido cuatro siglos.

Tradición

Bien sabéis, camaradas, que desde el primer día, cuando yo, con toda modestia y sin pretensiones de una tan rápida eficacia como la que luego sobrevino, fundé las JONS, recogimos de los muros más gloriosos de Castilla los haces de flechas y los yugos simbólicos que aparecen en la Historia de la Patria, tejiendo las horas más grandes. Estamos, pues, enraizados con la firmeza en la mejor tradición de España.

Pero yo me doy cuenta aquí, y os transmito con inquietud esta sensación mía, de que corremos en Castilla un poco el peligro de que, recordando la gran tradición de triunfo de esta tierra, nos quedemos extasiados ante ella, siendo así que nuestro deber presente es bracear con las dificultades cotidianas, crear nosotros una tradición tan fuerte y abrir ruta en el futuro de la Patria. Por eso, camaradas, la tradición es peligrosa si nos recostamos sobre ella y nos dormimos. Nuestra consigna ha de ser estar en pie sobre la tradición de España, mejor, incluso, la punta del pie tan sólo, y luego, en esa especie de equilibrio inestable, hacer cara con riesgo, emoción y coraje a la tarea nacional de cada día.

Unidad

Creed, camaradas, que hay objetivos formidables que esperan nuestra acción. Así la primera conquista revolucionaria que hoy se nos ofrece es sostener, afirmar y recobrar la unidad de España.

Sabéis todos muy bien dónde apoyan, fortifican y atrincheran sus razones los disgregadores. Su cobija es la Constitución oficial del Estado, y a su amparo, traspasándole cobardemente la responsabilidad, se pretende ahora dar la segunda rebanada a la integridad de nuestra Nación, concediendo el estatuto vasco, y esto, repito, sin la audacia o la inconsciencia con que semejante faena era realizada por las Constituyentes, sino con el gesto frío, sarcástico y cobarde de manifestar que se limitan a cumplir con la ley.

Pero nosotros sabemos que España es la primera Nación moderna que se constituyó en la Historia y que sus cuatro siglos de unidad, durante los cuales realizó los hechos más decisivos que presenta la historia del mundo, son la más formidable e imperiosa ejecutoria de unidad que se puede presentar como bandera contra los separatismos criminales.

Pero si se nos dice que esas justificaciones históricas no son suficientemente válidas, que contra esos argumentos hay otros más firmes, entonces, camaradas, nosotros debemos en efecto abandonar ese campo de la Historia y proclamar que en último y primer término España será indivisible y única, porque nosotros lo queremos, porque nos posee y nos domina la firme y tenacísima voluntad de mantenerla única e indivisible.

Antimarxismo

Entre la procesión de peligros que nos acechan y acosan hoy a los españoles está la inminencia de la revolución socialista.

El marxismo, camaradas, es tan radical y fundamental enemigo nuestro, que su sola presencia nos pone en pie de guerra. Es en todo, por lo que no tiene y nosotros consideramos imprescindible -ideales españoles, nacionales- y por lo que tiene -masas obreras-, que nosotros necesitamos con urgencia, es, repito, nuestro cabal y auténtico enemigo.

¿Pero entiende alguien, cree alguien, que nuestro antimarxismo reconoce por origen el afán de librar a la burguesía española de un frente obrero que la hostiga y amenaza sus intereses de clase? Esa imputación la declaro aquí con toda indignación insidiosa, rotunda y radicalmente falsa.

La realidad es más bien, camaradas, y porque nos honra mucho no tenemos para qué ocultarla, que somos sus rivales en la atracción de las masas, ya que uno de nuestros objetivos ineludibles es dotar a nuestro movimiento de una amplia base popular y revolucionaria. Aparte, naturalmente, de que consideramos a sus masas como españoles irredentos que están sojuzgados, tiranizados y desviados por los jefes marxistas del deber que les corresponde y obliga como españoles y como revolucionarios.

Masas

Siempre he creído, y los camaradas que de modo más cercano han recogido hasta aquí en las JONS mis orientaciones lo saben de sobra, que nuestro movimiento se asfixia si no alcanza y consigue el calor y la temperatura de las masas. Tenemos derecho a que un sector de esas masas nuestras, nacionalsindicalistas, esté constituido por haces apretados de trabajadores, de obreros nacionales y revolucionarios.

Pues entendemos que los obreros, las masas cuya economía depende de un salario, tienen que contribuir a la edificación directa del Estado, del Estado nacional-sindicalista a que aspira nuestra revolución.

¿Pues será preciso decir que los obreros que nutren nuestras falanges jonsistas no sólo no tienen que renunciar a la revolución como ruta posible de su redención económica, sino que, por el contrario, tienen que desarrollar entre nosotros más esfuerzo y más capacidad revolucionaria que si permanecen en las organizaciones marxistas?

No queremos ni deseamos con nosotros gentes renunciadoras, pacificas y resignadas. Si para abandonar las filas rojas y nutrir nuestra bandera nacional tuvieran las masas que limarse y podarse su ilusión por la lucha, por la batalla y por el esfuerzo revolucionario, yo sería partidario de renunciar a ellas.

Bien me doy cuenta, todos nos damos cuenta, de que no ha de resultarnos fácil ni sencillo conseguir que los obreros estimen y comprendan nuestra revolución. Pero estamos dispuestos, firmemente dispuestos, a que la lección sea dura, durísima, en la seguridad de que a la postre se hará justicia a nuestra revolución, como la mejor y más segura garantía de su libertad, de su dignidad y de su pan.

Revolución nacional

Nosotros consideramos, camaradas que me escucháis, que abatir la revolución socialista, vencer al marxismo, tiene un precio en el mercado de la Historia y en el de la justicia. Ese precio es la revolución nacional. Una revolución que en vez de aniquilar el espíritu y el ser de España los vigoricen, que en vez de arruinar y debilitar la riqueza nacional la fortalezcan, que en vez de sembrar el hambre, la miseria y el paro entre las masas asegure para éstas el pan, el trabajo y la vida digna.

Frente y contra la revolución socialista, alentamos, preparamos y queremos la revolución nacional, que será y deberá ser en todo IMPLACABLE y decisiva.

Pero las masas están cansadas de que se les hable de patriotismo, porque han sido hasta aquí a menudo tan livianas y sospechosas las apelaciones a la Patria, que ha enraizado en ellas la duda, y yo mismo os confieso que cuando hace ya años ligué mi destino a la idea nacional de España, no podía evadirme de esa misma sospecha, que consiste en pensar si la Patria no sería utilizada con demasiada frecuencia por ciertos poderes contra la justicia y los intereses mismos de los españoles.

Por eso, camaradas, nuestro patriotismo es un patriotismo revolucionario, social y combativo. Es decir, no nos guarecemos en la Patria para apaciguar ni para detener los ímpetus de nadie, sino para la acción, la batalla y el logro de lo que nos falta.

Llevad, pues, por España, camaradas, la voz de que ha llegado la hora de la verdad. Los españoles actuales, frente a la revolución socialista que niega a España, que no necesita nada de España, tienen el compromiso de renovar en la Historia nuestro derecho a sostenerla sobre los hombres como una Patria legítima y verdadera.

Desde la guerra de la Independencia no han renovado los españoles su derecho a ser y constituir una Nación libre. La inminencia de la revolución socialista no admite más dilaciones ni más esperas.

¿Y qué mejor mentís a las prédicas rojas cuando, guiados por su consigna de lucha de clases, defienden que todo lo extraproletario es cosa putrefacta, inepta e inservible, que la ejecución heroica frente a la suya, de una revolución alimentada, sostenida y cimentada por el fervor nacional y patriótico de aquellos supuestos españoles podridos, inservibles e ineptos?

He aquí dibujada la gran tarea a cuya realización aspira nuestro movimiento. Es terrible nuestra responsabilidad de dirigentes, y quizá, incluso, en nuestro fracaso, si éste llega, se justifique el fracaso de todas las esperanzas nacionales fallidas con que vosotros, miles de camaradas que oís ahora estas palabras, soñáis intensamente. No nos importa esa responsabilidad y la arrostramos.

Final

En nuestra profunda sinceridad radica para nosotros la garantía mejor de este movimiento que hemos iniciado. Pero hay aún otra garantía que os ofrecemos sin vacilaciones a vosotros, y es la de que nuestra propia vida jugará en todo momento la carta de nuestra victoria, que es y ha de ser infaliblemente la victoria misma de España y de todos los españoles.

(«JONS», nº 9, Abril - 1934)

Sobre la fusión de F.E. y de las JONS

A todos los Triunviratos y militantes de las JONS

Camaradas:

Nos apresuramos a informar a todas las secciones jonsistas acerca de la situación creada al Partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

Ante todo hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo nacional como este Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las JONS con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacional-sindicalista revolucionaria que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos, naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las JONS. Los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro, que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas organizaciones, para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

Vamos a constituir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacional-sindicalista y revolucionario.

A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de complementarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a

cada Triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jerarcas y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

1.° Todas las secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de... (JONS de...), y la integración nacional, la denominación total del Partido será FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS. Las JONS actualmente constituidas permanecen, y las secciones locales de F. E. pasarán a ser JONS, rigiéndose unas y otras por los nuevos Estatutos que se están elaborando.

2.° FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS tendrá al frente una Junta de mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

3.° El emblema y bandera del nuevo movimiento son los mismos de las JONS. Nuestros camaradas no tienen, pues, que modificar lo más mínimo las insignias que hoy poseen, y esperamos que constituya en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

4.° Exactamente a como ya ocurría en nuestras JONS, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud, y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

5.° FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS elaborará un programa concreto, que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

En fin, camaradas os repetimos como última orden nuestra, que nutráis en bloque, con todo entusiasmo, las nuevas filas, que, desde luego, son las mismas nuestras anteriores. Y que en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación o una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre, disponiéndoos a ser más nacional-sindicalistas y más revolucionarios que nunca.

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVAN LAS JONS!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO REVOLUCIONARIO!

Madrid, febrero 1934.

(«JONS», nº 9, Abril - 1934)

Nota

La suspensión de "JONS" por el Gobierno, con motivo del estado de alarma, hace que publiquemos con gran retraso el documento anterior, que tiene fecha de 20 de febrero y se difundió ya en hoja impresa por todas las secciones jonsistas. Pero nos interesa de modo extraordinario que figure en las colecciones de nuestra Revista y lo publicamos hoy en lugar de honor.

Hemos de comentar asimismo la situación actual de nuestros grupos, es decir, la realización práctica de nuestra fusión con Falange Española, según se comunica y ordena a todos los camaradas en ese documento por el antiguo Triunvirato Ejecutivo Central de las JONS.

Estamos en general satisfechos del ritmo que han seguido nuestras secciones jonsistas para llegar a una eficaz fusión con las secciones de F.E. de su misma zona. A nadie puede extrañar una cierta lentitud, y menos a nosotros, sabiendo cómo los camaradas de las JONS tenían que dar cumplimiento exacto a las indicaciones del anterior documento, entre las cuales la primera ordena que nadie renuncie ni olvide el carácter nacional-sindicalista revolucionario que distinguía a las JUNTAS.

No tenemos que ocultar que algunos Triunviratos jonsistas se han visto precisados a sostener un eficaz forcejeo para conseguir la vigencia en su zona de las tácticas y doctrinas nuestras. Los

felicitamos por su energía y su fidelidad al nacional-sindicalismo revolucionario, pues además, ese forcejeo a que aludimos se producía en todo momento bajo la disciplina más exacta.

Sin embargo, también se han dado casos, desde luego lamentables, pero, por fortuna, pocos, de que al realizar la fusión se guareciesen bajo la careta de sostener con rigor la defensa jonsista, para afianzar egoísmos personales. Los pocos a quienes aquí se alude merecen nuestro desprecio político y que los arrojemos del seno de las JONS.

Repetimos en esta nota que el deber de todos nuestros antiguos camaradas es sostener en el nuevo movimiento las tácticas y doctrinas del nacional-sindicalismo jonsista. Pero siempre dentro de la disciplina, más aún, distinguiéndose como los que estiman y comprenden mejor la necesidad de una disciplina rigurosa y firme. Actitud distinta es, además de ineficaz para nuestros ideales, una ofensa a los camaradas que fundaron las JONS, únicos a quienes corresponde adoptar las medidas que consideren más justas para la más amplia difusión del nacional-sindicalismo revolucionario.

Además, en el Triunvirato Ejecutivo Central del nuevo movimiento F.E. de las JONS está con Primo de Rivera y Ruiz de Alda el camarada Ramiro Ledesma Ramos. ¿Hay algún jonsista que se atreva a recusar ni a poner en duda la justeza nacional-sindicalista de las consignas que emanen de un Triunvirato del que forma parte el camarada Ledesma Ramos? ¿Hay algún jonsista que no conceda todo el crédito político necesario, toda la confianza que se precise, al camarada que fundó la JONS y forjó un aparato doctrinal y táctico?

Ante la fusión con Falange Española, hoy, a los dos meses, digamos: ¡Enhorabuena y adelante!

(«JONS», nº 9, Abril - 1934)

Actividad de "Falange Española de las JONS"

La primera victoria de la fusión entre "Falange Española" y las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista bajo la bandera totalitaria de "Falange Española de las JONS", ha sido el mitin clamoroso de Valladolid en el mes de marzo.

Organizado por los antiguos Triunviratos jonsistas de la ciudad, acudieron al teatro más amplio de Valladolid 5.000 camaradas de todas partes. Una misma ambición y valentía —la nacional-sindicalista— juntaba a castellanos con vascos y andaluces. Fueron frenéticos espectadores a la vez, del acto, los campesinos y los obreros, los pequeños industriales y la gente de profesión liberal. Fue, sobre todo, una fiesta y un triunfo de la juventud nacional de España. Nuestras flechas y nuestro yugo dieron realce y prestigio eterno al entusiasmo que se desbordaba y se creaba ante la tradición de la ciudad y de la enseña.

Hablaron a las masas nacionales Emilio Gutiérrez Palma y Onésimo Redondo Ortega, de Valladolid, y Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos —cuyo discurso va publicado en este número— y José Antonio Primo de Rivera. Los tres que integran el Triunvirato Ejecutivo Central de "Falange Española de las JONS".

Anotamos con alegría el éxito de la organización, de la movilización y de los oradores.

¡Viva España! ¡Viva Falange Española de las JONS!

(«JONS», nº 9, abril de 1934, pág. 78)

La reunión del Consejo Nacional jonsista

En nuestro último número —correspondiente a enero— informamos con amplitud acerca de la entonces próxima reunión del Consejo Nacional de las JONS.

Como se recordará, el primer punto de los tres que el Triunvirato Ejecutivo Central sometía al juicio del Consejo decía así: Actitud de las JONS ante la agrupación Falange Española. Los otros dos afectaban a la creación de organismos eficaces para la acción política del Partido y a la fijación de las consignas que servirían de base a la propaganda en 1934.

Presidió la reunión Ramiro Ledesma Ramos, y asistieron los siguientes camaradas consejeros: Felipe Sanz, Onésimo Redondo, Javier M. de Bedoya, Andrés Candial, Bernardino Oliva, Ildefonso Cebriano, Juan Aparicio y Ernesto Giménez Caballero. Enviaron su opinión razonada y amplia los camaradas Santiago Montero Díaz, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Maximiliano Lloret y José Gutiérrez Ortega, a quines les era imposible asistir a las sesiones.

El Consejo deliberó ampliamente, informando todos los camaradas reunidos. A las tres horas de sesión, y coincidiendo la mayoría en un criterio concreto acerca del primer punto, invitó el Consejo a los dirigentes de Falange Española a entrar en contacto con él para preparar y ultimar el acuerdo de fusión o inteligencia entre ambas agrupaciones. Acudieron los señores Primo de Rivera y Ruiz de Alda, y a los pocos minutos, perfiladas y aceptadas las bases del acuerdo, procedieron a firmarlo Primo de Rivera, por Falange Española, y Ramiro Ledesma, por las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS).

Se levantó la sesión, estimando que correspondía al nuevo organismo F.E. de las JONS, el estudio y examen de los otros puntos.

NOTA.—El camarada Montero Díaz, discrepando de los acuerdos del Consejo, dimitió su cargo, y en disciplinada y cordialísima carta que escribió al camarada-jefe Ledesma, pedía unas vacaciones políticas. Todos esperamos que sean breves, y que vuelva a nuestras tareas nacional-sindicalistas con el entusiasmo y la inteligencia de siempre.

(«JONS», nº 9, abril de 1934, pág. 96)

NUMERO 10. Mayo 1934.

Examen de nuestra ruta

Todas nuestras tareas tienen que proyectarse sobre España bajo el signo de la urgencia. No de lentitud, sino de premura y ritmo acelerado han de teñirse los ingredientes de nuestra victoria. Es, pues, preciso equiparse con agilidad, desembarazándose de impedimentas excesivas. La Falange nacional-sindicalista que constituimos necesita un uniforme exiguo y simple -ahí está el ejemplo de Mussolini eligiendo una camisa-, el ánimo tenso de coraje y un pequeño bagaje ideológico, es decir, una doctrina, un manojo de justificaciones teóricas que nos encaje certeramente en la Historia.

La revista "JONS" es el sitio donde se ha resuelto y sigue resolviéndose esta necesidad del Partido. Los perfiles que nos definen frente a los demás, las razones profundas que nos distinguen radicalmente como movimiento propio, sin conexión alguna esencial con gentes ni grupos ajenos a nosotros, han sido y serán, por tanto, los temas que nutran las páginas de nuestra Revista.

Necesidad de la movilización revolucionaria

Sabemos que hay grupos, entre los que se creen no sólo afines, sino también militantes de nuestras filas, que se resisten a aceptar la característica revolucionaria del Partido. Es este, sin embargo, un punto sobre el que no cabe hacer la menor concesión a nadie. La carencia de espíritu revolucionario nos situaría de lleno entre las filas durmientes de los partidos liberal-burgueses que buscan en las trapisondas electorales la plataforma del mando. Nos despojaría además de toda posible utilización de las masas como resorte de la victoria política, ya que la intervención activa de las masas se nutre sólo de atmósfera revolucionaria y de fermentos subversivos.

Nos rodea, pues, una doble necesidad de ser revolucionarios. Por obligatoriedad táctica, ya que es ingenuísimo y absurdo pensar que se nos va a permitir entrar un buen día en el Estado, modificarlo de raíz y llenar de sentido nacional las instituciones, grupos y gentes todas de España, haciendo una persuasiva llamadita retórica. Más bien es lógico que afirmemos nuestra convicción de que sólo llegará la victoria después de violentar las resistencias que de un lado el régimen parlamentario burgués y de otro las avanzadas rojas opongan a nuestros designios.

Y también por propia eficacia. Es decir, como consigna fecundísima en estos momentos de España, en que las grandes masas y hasta los grupos sociales minoritarios pierden y abandonan cada día su esperanza de que las dificultades tremendas que nos cercan a los españoles se resuelvan de un modo lento, pacífico y normal. En todas esas extensas zonas, el mito de la revolución, del sentido revolucionario, como procedimiento expeditivo y tajante para saltar sobre las causas de sus malestar y de su ruina, significará, desde luego, una ruta salvadora.

Y hasta hay una tercera justificación de nuestra actitud revolucionaria. La de que no es ni puede ser limitado el tiempo de que disponemos. En gran parte nos alimenta y sostiene, sobre todo como la más simple razón que esgrimir ante el pueblo para conducirlo a la acción directa, la realidad de una inminencia marxista cercando el solar de España. Hay, en efecto, nutridos campamentos rojos, que sólo de un modo revolucionario, de rápida eficacia e intrepidez, pueden ser vencidos. Se nos disputan, pues, las semanas, y frente al marxismo podremos disponer de todo menos de la facultad de aplazar y dar largas a los choques.

El Estado totalitario y nuestro sentido de la tradición de España

A nadie puede extrañar que mostremos en todo momento un cierto rigor en no aceptar las ideas ni las tácticas que gentes y grupos que se creen afines a nosotros nos ofrecen. Sin previa y rigurosa revisión, no aceptamos nada que haya sido elaborado fuera de las propias experiencias del Partido. Nos consta sobre todo el gran peligro que encierra el encomendar el propio pensamiento a cabezas ajenas, por muy afines y amistosas que resulten. Máxime cuando puede ocurrir que en el fondo haya entre unos y otros discrepancias insalvables.

El Estado totalitario nacional, como meta de nuestra revolución, es la primera conquista jerárquica a que nos debemos en el terreno de las instituciones. Representa para nosotros la unidad

nacional, la unidad en el pensamiento y en la emoción de los españoles, la disciplina y la eficacia en la acción política, la garantía del pan, el honor y la justicia. El Estado totalitario es, desde luego, un producto de la revolución y sólo se llega a él por la vía revolucionaria. Debemos decirlo y proclamarlo así para evitar en lo posible graves sorpresas.

La tradición española es totalitaria, aunque no pongamos demasiado empeño en demostrarlo; en primer lugar, porque las tareas políticas de carácter revolucionario responden sólo a reacciones de la época misma en que se producen, y en segundo, porque, como ya creo haber escrito otras veces, la verdadera tradición no tiene necesidad de ser buscada. Está vigente en nosotros y basta que nos sintamos ligados a ella de un modo profundo. Había totalitarismo y unidad del Estado que agotaba de modo magnífico la expresión nacional en los momentos imperiales del siglo XVI. El Imperio representó para la España anterior al César Carlos una verdadera y profunda revolución, canalizada y preparada, es cierto, por los Reyes Católicos, que habían hecho de España una Nación, la primera Nación de la Historia moderna.

Pues bien, lo falsamente que ha sido hasta aquí recogida la tradición española hace que no gravite sobre el pueblo con suficiente vigor esa característica imperial y totalitaria. Pues el único partido o grupo oficialmente llamado tradicionalista ha estado siempre fuera de ese aspecto imperial de España, es de origen francés y decimonónico, y hasta diría que le informa tal ranciedad en sus bases teóricas que hay que agradecer y alegrarse de que viva desplazado de la victoria.

Izquierdas antinacionales y derechas antisociales

Hasta nuestra llegada, hasta nuestra presencia en la realidad de España, todas las fuerzas políticas y todas las pugnas que sostenían la atención de los españoles eran de una calidad casi monstruosa. Había y hay unos conglomerados y unos revulsivos llamados izquierdas, cuya ruta en los últimos cincuenta años es una permanente conspiración contra el ser mismo nacional de España. Una película que recogiese y destacase los hechos y las intervenciones de esos núcleos durante tal período situaría con exactitud ante los ojos de los españoles las cimas traidoras a que nos referimos. No cabe mayor alejamiento de lo nacional, no cabe más fácil entrega a las consignas enemigas de fuera ni mayor despreocupación por el destino universal que corresponde a nuestra raza.

Las izquierdas sostenían, sin embargo, en vilo un clamor social. De ningún modo serio y responsable, es decir, sin sentido de la eficacia ni angustia social sincera. Pero es evidente que, aunque lo utilizasen sólo como resorte de agitación, conseguían dar la sensación ante España de que acaparaban en sus filas las únicas preocupaciones de tipo «social» que había en el país.

Había y hay unos partidos y una zona difusa de españoles llamados derechas, que parecían anclar sus más firmes baluartes en una defensa de la expresión nacional, en una afirmación constante de patriotismo. Sin mucho vigor, aunque sí con mucha frecuencia, hablaban de la Patria, de la tradición española y de las gloriosas empresas de los antepasados. Esta actitud, sin base heroica ni sentido popular ni espíritu moderno llegó a convertirse casi en pura bobería. Desde luego, sin razones ni puños firmes contra la avalancha antinacional que crecía y se extendía por el país. Faltó a esa posición patriótica de las derechas una amplitud en el sentido de las masas, una angustia «social» en suma, y ello en la época en que éstas adquirían vigor y carácter. Las derechas, y ello es una verdad universal, son antisociales. Comprenden a lo más un cierto paternalismo señorial, hoy radicalmente desplazado. O bien, una pálida coacción a base de encíclicas y de un cristianismo social asimismo al margen de toda eficacia.

Pero nosotros hemos descubierto, y cabe al fascismo italiano ser su expresión primera, que los dos conceptos e impulsos más hondos que hoy gravitan sobre las masas de los grandes pueblos son el impulso «nacional» y el impulso «social». El nacionalismo se hace así revolucionario, es decir, eficaz, arrollador y violento. La inquietud social de las masas, dentro de un orden nacional, pierde su aspecto catastrófico y negativo para convertirse en el fermento más fecundo y más valioso.

Nuestra mejor victoria será, pues, romper esos dos cauces únicos de derechas e izquierdas, nacionalizando la inquietud social de las grandes masas y conquistando para el sindicalismo nacional el entusiasmo y el esfuerzo de las zonas tradicionalmente patrióticas. En eso consistirá de un modo central nuestra revolución nacional-sindicalista.

El afán voluntarioso y la colaboración de las juventudes

En el origen de nuestra marcha no hay una doctrina, es decir, un convencimiento adquirido por vía intelectual, sino más bien un afán voluntarioso. Es demasiado lenta la elaboración de las ideas, y tiempo habrá de sobra para que un perfecto sistema intelectual defina luego nuestra actividad revolucionaria, que hoy necesita de hechos, de presencias robustas, más que de doctrinas. Esa característica voluntariosa se traduce y aparece en el estilo fundamental de nuestra revolución, que tiene que ser ante todo y sobre todo una revolución de juventudes. Y no, claro, de juventudes al servicio de ideas y experiencias que le lleguen desde fuera de ellas, sino al contrario, hecha con su propio aliento. Todo es joven entre nosotros y todo es joven en las revoluciones ya logradas en Alemania e Italia: los jefes, el estilo y la novedad misma radical de sus banderas. Arrebatar, pues, la juventud obrera a las filas marxistas, declarar al marxismo viejo y canoso, inepto para impulsar las velas del mundo nuevo es la batalla cuyo éxito nos dará el definitivo control de la victoria.

Sólo la juventud nacional de España, orientada y dirigida por nuestro Partido, puede atrapar con sus odios, sueños y preferencias voluntariosas, la eficacia que rompa las limitaciones denunciadas en el panorama actual de la Patria.

(«JONS», nº 10, Mayo - 1934)

Universidad, Revolución, Imperio

El Triunvirato nacional de "F.E. de las JONS", Julio Ruiz de Alda, ha dado a nuestros camaradas los estudiantes del Sindicato, una conferencia con las últimas consignas e instrucciones, en vísperas de que se desparramen —durante el verano— por España. Hela aquí, íntegra:

(«JONS», nº 10, mayo de 1934, pág. 102. Entradilla)

Libertad nacional y disciplina nacional

Manuel Ballesteros, antiguo militante de la F.A.I. enrolado actualmente con entusiasmo en la "Falange Española de las JONS", nos descubre la crisis de su conciencia al traspasar su acción política de la esclavitud de la anarquía al servicio de la revolución nacional.

(«JONS», nº 10, mayo de 1934, pág. 117. Entradilla)

NUMERO 11. Agosto 1934.

Los problemas de la Revolución Nacional-Sindicalista

Una de las realidades más sugestivas y profundas sobre la que se apoya nuestro movimiento es su inflexible destino totalitario, es decir, la ineludible necesidad o compromiso de que salgan de su seno, producidos en él, los logros o aspiraciones fundamentales tras de cuya conquista movilizar el entusiasmo y el interés de los españoles.

Diversas veces en nuestros escritos hemos presentado y definido esa característica, que obliga a la Falange de las JONS a inventar y crear sus propias metas, vedándole el servirse de las que otros han señalado como suyas. Por fortuna, los mejores núcleos del Partido aceptan con alegría creadora ese destino, y por eso ha triunfado y se ha impuesto en nuestras filas la actitud revolucionaria, valiéndose de consignas y clamores que son producto peculiarísimo de nuestro movimiento.

Todo esto equivale, pues, a decir que nosotros dispondremos de un espíritu de decisión, de unos instrumentos tan eficaces y de una fuerza de tal especie, que nos permitirán ofrecer a los españoles la posibilidad de revolverse con éxito, tanto contra su angustia nacional, histórica, de pueblo a la deriva y en peligro, como contra su congoja social, de grandes masas sin pan y sin justicia. Ello es nuestra tarea, el compromiso global de nuestra revolución, con sus problemas, sus dificultades, su perentoriedad y su estrategia. Hay que darles cara, mirarlos de frente e irles destacando uno a uno. Y así veremos cómo realmente los problemas vitales de España claman por una intervención nuestra, esperan la robusta proyección de nuestro Partido, y cómo también cualesquiera otras tónicas que se le acerquen a la faz de España son remiendos impotentes e invaliosos.

El problema fundamental del Estado

La presencia política de nuestro Partido ha tenido lugar cuando había -y hay- en España una República, una Constitución, unos partidos republicanos, unos ideales y un Gobierno que era y es su producto, culminación y resumen. ¿Necesitamos decir que estamos al margen de eso y que precisamente para ocasiones como la de librarnos y librar a España de eso hay en nuestros propósitos una permanente consigna revolucionaria? Sin duda, no. Hay entre esa realidad y nosotros una incompatibilidad mutua que aparece, de un lado, en el ceno, naturalmente hostil que en nosotros despierta, y de otro, en las persecuciones tiránicas con que los Gobiernos nos distinguen. Parece que nuestro destino, si somos fieles a la autenticidad profunda que nos ha distinguido y prestigiado desde el primer día, va a consistir en pactar con muy pocas cosas, pero entre ellas no pueden estar ni los ideales, ni los partidos, ni los hombres que han dirigido hasta aquí la política de la República. Los repudiamos totalmente, sin asidero posible colaboracionista que nos una a sus tareas ni a sus instituciones. Han puesto los cimientos de un Estado monstruoso, que traiciona la unidad nacional de España, burla el interés revolucionario de las masas y se desliga de todo servicio a los propósitos de ambición nacional y de justicia que reclaman hoy las juventudes.

Pero aquí nace una dificultad para nosotros, un problema para la Revolución Nacional-Sindicalista. Pues si declaramos que nada hay valioso ni aprovechable en el actual sistema, si declaramos empalidecidos y agónicos sus ideales, infecundos y hasta traidores muchos de sus hombres y organizaciones públicas, y si además, como desde luego hacemos rotundamente, declaramos también nuestra decisión firme de no aceptar el retorno de la vieja España sepultada en abril, se nos plantea en el Partido la necesidad creadora de conquistar y descubrir una tercera ruta, abierta si es preciso en la roca viva de la Patria, sobre la que asentar la reforma revolucionaria del Estado.

Este despego que mostramos por igual hacia las viejas formas monárquicas como a la democracia burguesa y parlamentaria que hoy nos rige, está para nosotros en extremo justificado. Todos los atributos, eficacias y características que nosotros exigimos al Estado eran imposibles en aquel régimen agónico y se dan a la vez de bruces con el sistema y los ideales vigentes en la República.

Estamos, pues, libres en eso que se llama -¡todavía!- en los viejos medios problema del régimen. Libres y en el aire. Los socialistas se han definido también en esto de una manera tajante. «No somos republicanos», escribían como un reto en su periódico diario hace breves días. ¿Nos pedirá alguien a nosotros, falange nueva, revolucionaria y ambiciosa, que nos definamos de un modo diferente a los socialistas en tal cuestión? La hacemos, por el contrario, nuestra. Y de esta declaración surge también nuestra frase, que de seguro aceptan asimismo los socialistas para ellos: seremos republicanos si la República es nuestra y está gobernada totalmente por nosotros.

Ahí está, en nuestra coincidencia formal, revolucionaria, con los socialistas la clase del drama y de las convulsiones políticas que esperan a la Patria. Pues claro que disputaremos al marxismo con uñas, dientes y sangre el derecho a forjar los destinos futuros de nuestra España eterna. En la realidad de esa lucha, en sus peripecias y resultados está el secreto del Estado nuevo.

Una victoria nuestra, y nadie olvide que una derrota equivale al predominio socialista, a la victoria bolchevique, instaurará revolucionariamente un Estado nacional-sindicalista integral. Si fuese necesario expresarlo desde ahora, y si resultase urgente al Partido extenderlo como consigna, diríamos ya, proclamaríamos ya, que su denominación formal, su signo externo dentro de los vocabularios y de los mitos hoy vigentes, sería el de una REPÚBLICA CONSULAR.

Medios de lucha. Estrategia de la Revolución Nacional-Sindicalista

Es innegable que uno de los extremos más firmes sobre los que el Partido necesita disponer de mayor claridad es el de nuestra táctica revolucionaria, las diversas etapas de su desarrollo y los medios, los organismos rectores y ejecutivos de la misma. Pues un plan táctico abarca necesariamente desde el tono y los objetivos parciales sobre los que se ciñe la propaganda hasta el planteamiento definitivo de la conquista del Poder. Bien destacado aparece ante nosotros cuál es el deber de la lucha diaria, sobre qué hechos y acontecimientos gravitará la atención polémica del Partido. Hay tres sectores de problemas, tres turbinas fabricadoras permanentes de hechos y conflictos, sobre los que tenemos que estar a toda hora bien atentos: La realidad de que se inicia por fuerzas poderosas un proceso de disgregación nacional. La presencia temible de los campamentos marxistas. El hambre de grandes masas y la galvanización económica de un sector extenso de la pequeña burguesía española, tanto de la ciudad como del campo.

Sobre los conflictos y las angustias que en la vida nacional de España produzcan a diario esas tres gravísimas realidades, tiene nuestro movimiento que aparecer siempre victorioso. Es decir, que nos resulta obligado, incluso como exigencia de carácter estratégico, dar cada día a los españoles la sensación de que la única garantía contra los separatismos, contra el predominio bolchevique y contra la ruina y el hambre de los españoles es, precisamente, la aparición triunfal de nuestra revolución.

Es, pues, rígida e insoslayable la estrategia diaria del Partido en cuanto haga referencia a esos problemas. Pero la cuestión más espinosa, la que va a resultarnos de pesquisa más difícil, es la que se refiere a los organismos, a los instrumentos de lucha llamados a canalizar, recoger y potenciar la fuerza de la Falange.

Pues hay que tener sentido de la responsabilidad de nuestras consignas y lanzarlas con el refrendo que supone enseñar y decir cómo van a ser realizadas y cumplidas. Por desgracia, no se ha dedicado a estas cuestiones entre nosotros la atención suficiente, y hoy no son muchos -es decir, poquísimos- quienes tienen acerca de nuestra marcha y de cómo hemos de resolver sus dificultades, ideas de claridad siquiera relativa.

Y es precisamente cuanto afecte a los planes tácticos y estratégicos, a las formas, estilo y peripecias de la revolución lo menos adecuado para ser aprendido en parte alguna. Las aspiraciones fundamentales, la doctrina, las metas pueden, sí, haber sido objeto de elaboración y aprendizaje sirviéndose de enseñanzas y experiencias ajenas. Pues son, en cierto modo, algo estático y permanente. Es, en cambio, peligrosísimo «aprender» estrategia revolucionaria. Y quizá en el olvido radical de esto reside el fracaso de todos los intentos comunistas posteriores a la revolución bolchevique de octubre.

La idea más sencilla y pronta que se ofrece a movimientos de nuestro estilo para resolver problemas como el que planteamos, es la creación de unas milicias. Aceptarla sin más y adoptarla frívolamente, de un modo abstracto, lo reputamos de sumo peligro. Habrá que examinar con rigor qué posibilidades de perfección y de desarrollo tendrían en el lugar y momento de España en que

aparecen. Habrá que resolver el problema del espíritu que va a presidir el toque a rebato de los milicianos esos, y si su organización y jerarquías son de tal modo perfectas que utilicen todas las disponibilidades valiosas del Partido. Habrá que estar pendientes de la actitud oficial de los Gobiernos y, en fin, tendrá el Partido que saber a todas horas hasta qué punto puede descansar sólo en sus milicias y jugar a su única carta el acervo de conquistas políticas que vaya efectuando.

Un plan táctico perfecto exige, sin duda, conocer la diversidad de puntos vulnerables por donde resulta posible el acceso al Poder. Estos no son necesariamente para una revolución el de la violencia descarada en todos los frentes. Ni mucho menos. Tienen y deben ser conjugados varios factores y extraer de su simultaneidad o sucesión inmediata los éxitos posibles. A un Estado liberal-parlamentario no se le vence de igual manera que a una dictadura, ni pueden utilizarse los mismos medios revolucionarios contra un Estado que adolece de una impotencia radical para evitar el hambre y la ruina de los compatriotas que contra otro que se debate sobre dificultades permanentes de orden político.

Concretamente para nosotros hay la necesidad de ver claro todo esto, en el plano de la realidad española. Nos resulta ineludible e imprescindible fijar nuestra estrategia y dotarla de los organismos de que ha de valerse. En la ciudad y en el campo, para desarmar los campamentos marxistas y para asegurar nuestros derechos, para lograr una sensación pública de poderío y de solvencia y también para la conquista del Estado.

Para todo esto no basta decir, perezosamente: creemos milicias. Es más compleja la dificultad y exigirá, sin duda, de los dirigentes cavilaciones amplias. Hemos de proyectarnos sobre los puntos vitales de la vida nacional, influyendo en ellos y controlando sus latidos. Sin olvidar que a la conquista del Estado por nosotros tiene que preceder su propia asfixia. Y dejemos esto aquí.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Una consigna

El semanario del Partido, "F.E.", publicó en su número del día 19 de julio una nota bajo el título de "Consigna", que ha originado una justa y explicable expectación en amplios sectores de la Falange. No pueden negarse, porque allí aparecen reveladas, ciertas dificultades de orden interior, y si hacemos alusión a ellas, auque las consideramos vencidas en grado suficiente, por lo menos, para no quebrantar la eficacia y la unidad de nuestra acción, es porque nos importa mucho destacar la actitud clara, terminante y fidelísima que corresponde al camarada del Triunvirato nacional Ramiro Ledesma Ramos.

Y los hacemos porque de varias secciones del Partido, y sobre todo, grupos de antiguos camaradas, que por su espíritu y lealtad ejemplar desde el primer día al nacional-sindicalismo revolucionario, merecen y tienen derecho a conocer cuanto en aspectos delicados de la acción política se refiere a sus dirigentes, nos lo reclaman así:

"Puesto que tenemos —dicen las voces a que nos referimos— muy confusas noticias acerca de los hechos denunciados en el número de "F.E.", y en algunos rumores, aunque de modo muy indirecto, hay quienes nombran al camarada Ramiro Ledesma Ramos, ¿qué podéis decirnos, con las garantías de autenticidad que os corresponden, en relación a su pensamiento y a su actitud?"

Hemos trasladado este ruego a nuestro director, y su contestación es la siguiente nota, con orden de que se publique bajo el título de "Una consigna":

"Primero. Nada ha ocurrido ni ocurre que ponga en peligro la ruta de Falange Española de las J.O.N.S.

Segundo. El Triunviro nacional Ramiro Ledesma Ramos sigue y permanece en el alto organismo, en normal colaboración dirigente con sus otros camaradas de Triunvirato.

Tercero. Es bien notorio que todas las decisiones en que esté llamado a influir Ledesma Ramos, serán presididas por su bien conocida fidelidad al nacional-sindicalismo revolucionario.

Cuarto. Consigna para todo el Partido: ¡TODA LA CONFIANZA AL TRIUNVIRATO NACIONAL DE LA FALANGE!"

(«JONS», nº 11, agosto de 1934, págs. 159-160)

Nuestra actitud. Cataluña en el camino de la insurrección.

El rostro del problema catalán

Ni ahora ni nunca ha sido el problema catalán confuso ni difícil. La dificultad y la confusión han radicado en las actitudes políticas enclenques desde las que se hacían los juicios.

En Cataluña ocurre y acontece sencillamente esto: unos núcleos más o menos numerosos de catalanes se insolidarizan del destino histórico de España y agrupan sus afanes en torno a un posible destino peculiar y propio de Cataluña. Todos los grupos que funcionan en Cataluña bajo el signo de la autonomía, desde los más radicales e intransigentes hasta los de más moderada tendencia autonomista, aparecen englobados y aludidos en esa misma frase. Les informa el mismo origen de insolidaridad. Plantean su problema no desde el punto de vista de una mayor eficacia y de una mayor grandeza española, del Estado español, sino desde el ángulo propio y reducido de Cataluña, como algo que se le plantea y presenta a España desde fuera.

La actitud y la replica de los españoles

Bien sencillo sería para nosotros indicar la réplica que hubiésemos dado -y desde luego daremos- a ese problema que planteaban los núcleos autonomistas de Cataluña. Pero nos interesa aquí señalar antes las que otros dieron, las que han triunfado en la opinión española durante los últimos años, con anterioridad a la presencia política de la Falange de las JONS.

Apareció en España una tendencia favorable a las pretensiones autonomistas, y ahí está su triunfo en la Constitución de la República y en el Estatuto de Cataluña. Y hubo en lucha con ésa, otra diferente, unitaria, la popularizada en torno a Royo y al «ABC», que representan el unitarismo o centralismo liberal del siglo XIX.

Las consecuencias de la primera están visibles. Son el Estatuto triste y la rebeldía que ahora se inicia. Las de la segunda pueden alcanzar una gravedad aún mayor. Pues se adopta por los sectores menos combativos, que tienen de la política y de la vida nacional un sentido de paz, de respeto y de tolerancia liberal y democrática. Así acontece que su patriotismo unitario se convierte con facilidad en una cobarde y traidora resignación a que esos grupos autonomistas de tendencia disgregadora se alcen con su región y se declaren independientes. Nada harían en ese caso, sino resignarse. Es más, lo piden y solicitan como solución preferente a la del Estatuto. Es la actitud, repetimos que cobarde y traidora, de los que piden «fronteras, fronteras» y casi la del «ABC» en sus titulares famosas: «O hermanos o extranjeros».

¡Absurdo! Monstruoso. ¿Qué doctrina es ésa? Es sencillamente la misma de los separatistas: la del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Aquella opción y aquel dilema son cosa intolerable e imposible. Cataluña es un trozo de España y el derecho a disponer del destino de Cataluña corresponde a los españoles todos. No puede ser suavizada y recortada una afirmación tan justa y evidente como ésa.

La disgregación de la Patria, la pérdida de su unidad, es, pues, algo que no tiene sentido sino como producto de una derrota.

El conflicto originado por la Ley de Cultivos

Naturalmente que lo que nos interesa ahora en esta página es enfrentarnos con la realidad más perentoria que se ofrece hoy a los españoles desde Cataluña.

El origen concreto del conflicto ha sido rebasado por los hechos posteriores y apenas tiene hoy interés alguno. No nos importa nada o muy poco el forcejeo en torno a si Cataluña puede o no legislar sobre esto y aquello. La realidad destacable e ineludible es ahora ésta: el episodio de la Ley de Cultivos. La polémica acerca de si corresponde o no a Cataluña hacer una ley así ha puesto al desnudo la tendencia hacia la rebeldía, hacia la insurrección antiespañola que caracteriza a los autonomistas de Cataluña.

Bien sabemos que la coyuntura elegida por Companys y la Generalidad es en algún aspecto favorable a sus designios. El haberla proporcionado es una de las torpezas y responsabilidades del Gobierno Samper. Además, encajan el momento y los propósitos con la movilización revolucionaria marxista en trance de estallido, con la hora de un Gobierno débil, que se encoge ante las decisiones de violencia, y también con una etapa depresiva del pueblo español, sin caudillos eficaces ni orientaciones de gran temple.

Pero es tan notoriamente obligada la intervención durísima, que es muy difícil que no gane el ánimo incluso de los más pacíficos y tolerantes personajes. Y desarmará asimismo los propósitos que mantienen quienes desde fuera de Cataluña desean ayudar de flanco la operación subversiva, traidora, que allí se fragua.

¡Hay que aplastar la rebeldía!

La subversión que tiende a desencadenarse en Cataluña no es de tipo revolucionario. Es decir, no equivale a la lucha porque en España predomine o triunfe esta política o la otra. Allí no es ésa la cuestión, aunque deseen presentarla así los grupos y partidos que operan hoy en España sin rubor ni vergüenza, de acuerdo con el separatismo catalán. Si allí hay algo que reprimir, no es una subversión revolucionaria contra el Estado, sino cosas todavía más graves: allí hay que reprimir una acción contra España, ni más ni menos que acontecería en una guerra con enemigo extranjero.

Se ventila no una guerra civil, que en ésta, al fin y a la postre, se pugna por apoderarse del timón de la Patria, sino algo peor, que no suele sobrevenir ni aun como consecuencia de desastres guerreros con potencias enemigas: la pérdida de territorio nacional.

En esas condiciones, surgida en Cataluña la declaración separatista, y a eso equivale la burla permanente de Companys y sus ministros hacia el Gobierno español y hacia las leyes españolas, el deber ineludible no puede ser otro que el de aplastar radicalmente la rebeldía.

La patria de los catalanes insolidarios

Toda la propaganda que se hace en Cataluña tiene lugar bajo un signo patriótico, de una patria catalana, claro es. El tono y los fervores con que revisten sus sueños políticos son de un nacionalismo absoluto. Ese es uno de los aspectos que denuncian la imposible conciliación en un plano de armonía con el destino común de España. No hay ni puede haber dos Patrias.

El vocabulario de los agitadores autonomistas y las frases y las imprecaciones con que exaltan o combaten a las gentes están informadas por una fe nacional catalana, por el hecho de reconocer a Cataluña como una Patria. Ahí está un reciente ejemplo de ello: hace breves días, el periódico órgano de Companys, en trance de calificar durísimamente a Cambó, como máximo insulto lo llamaba, quizá con justeza, «hombre sin Patria». He ahí, pues, unos hombres de izquierda, unos correligionarios en su actitud política, de estos otros que también como izquierdas actúan en la política española desligados y desprendidos de toda emoción nacional y de toda invocación profunda a la Patria española: los Azaña, Domingo, Prieto, etc. ¿Se concibe a esta sarta de traidores conceder a esa frase de «hombre sin Patria» categoría imprecatoria contra alguien?

Los auxilios a la rebeldía

Este último detalle descubre el carácter monstruosamente absurdo de que los hombres que dirigen lo que se llama grupos de izquierda amparen y protejan la insolidaridad catalana. Pero si tan cerca están de ellos, si tan identificados se muestran con ellos, ¿cómo no perciben que allí hay aliento patriótico catalán, que alimentan y sostienen unos sentimientos y una emoción política que

luego, en el ancho campo nacional de España, aplicada a la majestuosa realidad de la Patria española, niegan y persiguen con furor? ¿Qué traidores impulsos operan en esa política?

Ahí ofrece la actualidad, en efecto, el espectáculo de que reciba Companys por parte de esos grupos alientos para proseguir su rebeldía. Azaña, en su discurso ¡a las juventudes! de su partido, declaró su identificación absoluta con la actitud rebelde, con la actitud separatista. Y Prieto, líder obrero (¡!), socialista, declaró con solemnidad en el Parlamento que las masas del socialismo apoyarían de un modo activo, revolucionario, la subversión de Companys. ¡Magnífico! Ahí está la farsantería adiposa de este indignante Prieto, comprometiendo la sangre obrera de España en un litigio de los «patriotas» catalanes. Ni una sola organización obrera de Cataluña ha hecho llegar a Companys una adhesión y un ofrecimiento de esa índole. Los obreros catalanes, que conocen de cerca el perfil del pleito, están justamente al margen de las pretensiones «burguesas» de los separatistas y hasta de las ventajas económicas a los arrendatarios ricos, que son entre los «rabassaires», dicho sea de paso, los más favorecidos en la famosa ley.

La incapacidad de las derechas

La ineptitud y la debilidad con que el Gobierno Samper ha hecho frente al conflicto son bien conocidas. No tanto la de los grupos derechistas comanditarios del radicalismo lerrouxista. Es nuestro deber denunciarla a los españoles. Las derechas, y nos referimos a Gil Robles y su CEDA, pues el grupo monárquico ha de estar necesariamente desplazado de las influencias decisivas, carecen de la densidad nacional que se requiere para enfrentarse con firmeza con problemas como el que plantea la rebeldía autonomista. No es Gil Robles más nacional que Azaña y por eso, si se ve obligado a exigir del Gobierno una cierta energía, se basa no en que se muestre disconforme con la realidad autonómica, sino porque, según el juego político de los partidos, sus intereses son opuestos a los de la Esquerra. En cambio, se entiende y se entenderá siempre bien con Cambó y su grupo, tan desligados de la ruta española como Companys, si no más.

A nadie puede extrañarle cuanto decimos acerca de estas características de la CEDA. Se construyó este bloque derechista y organizó Gil Robles su triunfo electoral sin la menor apelación a este gran problema de la unidad española en peligro. No invocó para nada, como una necesidad y un compromiso, el conseguir y conquistar la unidad de España.

A eso han llegado los representantes políticos de la mayoría de los católicos españoles: a no ser siquiera una garantía contra las fuerzas que laboran por la disgregación de España. Y eso, después de dos siglos en que han venido diciendo y repitiendo que España debe al catolicismo todo cuanto es y ha sido en la Historia, desde su unidad hasta su imperio y su cultura. Pues ahí están ahora esos currinches parlamentarios de Gil Robles, todos católicos, abandonando en manos del Gobierno Samper la solución del conflicto después de que éste ha dado durante veinticinco días el espectáculo de su encogimiento y debilidad.

Solución única: la nuestra

La unidad de España no puede ser mantenida, sostenida e impuesta sino por aquellos españoles, sean de izquierda, de derecha o de centro, que tienen de España la conciencia de que es una Patria y de que su destino histórico es el mismo que el que esa Patria alcance y tenga. Parece absurdo que esté encomendada la defensa de su unidad a gentes y grupos cuya fe en una robusta existencia nacional es sumamente precaria y a las que no alimenta sin duda en sus avatares políticos otras motivaciones que unos modestos deseos de que España siga rodando por la Historia lo mejor que pueda, unas pasioncejas personales y algún que otro frívolo sedimento de vanidad parlamentaria.

Por fortuna, surgen los incidentes como este de la Ley de Cultivos, porque la realidad es inocultable y asoma su rostro. Van transcurridos veinticinco días y todavía no están del todo enterados el Gobierno y sus apoyos en las Cortes de la verdadera categoría del problema. Semanas de fórmulas, juridicidad e ignorancia del deber que trae consigo el hecho de gobernar a España.

La utilización de la violencia para machacar la rebeldía no es ya una de las posibles soluciones: es la única solución de que dispone el Gobierno. Y ante eso no cabe vacilar. O la aplica o dimite, reconociéndolo así y dejando a otros la tarea de efectuarla.

Pues en este caso concreto a que ha dado origen la Ley de Cultivos, como en todo cuanto se relacione con las pretensiones autonomistas, hay un factor imprescindible, y es el de la autoridad de España. Siempre que esta autoridad sea auténticamente nacional, es decir, que emane de un régimen justo y fuerte y no se proyecte de un modo mostrenco sobre Cataluña, sino de un modo español, allí no hay ni puede haber problema.

Someter a Cataluña a una autoridad española no es tiranizar a Cataluña. Bien sabemos la falsedad y artificio de casi toda la base histórica y teórica sobre que se apoya la insolidaridad de los grupos rebeldes. Pero el pueblo de Cataluña, un gran sector de él por lo menos, está totalmente incontaminado y se sabe tan español como el que más.

Lo único y lo último

Bordea los linderos de la traición o de la imbecilidad abrir en la Historia de España un proceso de disgregación. Después de cuatro siglos de unidad y de ser España la primera unidad nacional de la Edad Moderna. Y, no se olvide, después de varias insurrecciones catalanas vencidas, lo que prueba, si prueba algo en relación con el problema de hoy, que siempre se manifestaron allí grupos de fácil disposición a volverse de espaldas al destino español. Y si en nuestra época esos grupos se ensancharon y crecieron, ello no implica reconocerlo como legítimos, sino, al contrario, implica centuplicar el esfuerzo que pueda necesitarse para su derrota.

La unidad de España es lo único y lo último que nos queda como asidero para reconstruir a España como gran Nación. No es posible abandonar ese asidero último. Antes cualquier catástrofe, porque siempre será de grado inferior a ella.

Esta actitud nuestra no equivale ni mucho menos al centralismo tradicional. Admitimos y pediremos probablemente una serie de reformas que den al Estado español agilidad y eficacia robusta. Pero -y ésa es nuestra palabra- todo ha de hacerse en nombre de una eficacia del Estado, no para satisfacer rencores ni aspiraciones morbosas contra el Estado español. Pero de todo esto hay muy poco que hablar ahora.

En este momento sólo una consigna es lícita y el Gobierno Samper o quien sea puede disponer de nosotros para que tenga efectividad. La consigna es ésta: hay que aplastar la rebeldía.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Hacia las masas. Las JUNTAS de obreros

Desde hace muy pocas semanas, y coincidiendo con la etapa represiva a que están hoy sometidos todos los organismos de nuestro movimiento, existe en la Falange de las JONS el propósito firme de incrementar la acción organizadora del Partido en el seno de las masas obreras.

Comunicamos desde aquí a nuestros camaradas que a los efectos de conseguir con rapidez, eficacia y éxito la realización de tales propósitos, el Triunvirato Nacional del Partido ha creado una Secretaría sindical, a sus órdenes directas, dotándola de las orientaciones y normas precisas para que su labor se ajuste en todo momento al interés social de las masas y al interés político, nacional, de la Falange jonsista. Al frente de esta Secretaría aparece Nicasio Álvarez de Sotomayor, auxiliado en sus tareas por un grupo de camaradas de probado entusiasmo y de fuerte preparación y experiencia sindicales.

Se dispone, pues, nuestro Partido a desarrollar un plan para la creación de instituciones que, por su carácter original y por sus propias virtudes de agilidad y de fuerza, logren entre las masas el éxito que apetecemos.

Desde los primeros pasos, cuanto se haga y organice en este sentido obedecerá a una armazón sistemática, cuya finalidad es ofrecer a todos los productores, a todos los grupos económicos, tanto a las masas cuya economía depende hoy de un salario, como al sector de los

productores que aparecen al frente de las empresas económicas, un modelo -que será extraestatal, es decir, ajeno al Estado, en nuestro período revolucionario de lucha política por el Poder- de cómo y por qué vías es posible alcanzar una convivencia económica justa entre todos los factores sociales hoy en pugna.

La Secretaría sindical orientará sus primeros trabajos hacia la constitución de Sindicatos de industria, provistos de los mismos fines de mejora y análoga marcha administrativa a los de otras centrales obreras. Es ello necesario, porque nos resulta urgente disponer de entidades de radio suficientemente amplio para cobijar la gran masa de parados y la también muy numerosa de trabajadores descontentos o sin clasificación sindical. Ahora bien, no toda la base obrera propicia a los Sindicatos posee la capacidad o el entusiasmo nacional-sindicalista que requieren las luchas del Partido para fijar e imponer su línea social-económica en relación con las masas.

Y es ante la realidad de esta creencia cuando surgen los nuevos organismos a quienes va a confiarse una tan formidable misión. Esos organismos serán las JUNTAS o consejos deliberativos de obreros, cuerpos actuantes, formados por industrias y con una red local y nacional de JUNTAS que ofrezcan la posibilidad de conseguir un gran prestigio entre las masas y una gran eficacia en su actuación.

No habrá, pues, Sindicato entre los que se organicen por nuestra Secretaría sin que en su seno funcionen JUNTAS obreras, a las que han de corresponder realmente las tareas directivas de los Sindicatos. Vendrán a ser, pues, las Juntas en muchos aspectos, «guerrillas» sindicales, pudiendo desde luego, desarrollarse en forma nutrida y numerosa. Pues nada más ajeno al papel que deben cumplir las Juntas que el de los simples comités de pocos miembros.

La Secretaría sindical, al decidirse por este tipo de organización, adopta las ideas con las que el camarada del Triunvirato Nacional, Ledesma Ramos fundó las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA (JONS). La palabra JUNTAS significaba en esa denominación del Partido el propósito de estructurarlo a base de unos órganos políticos de lucha así llamados.

Ahora reaparecen sus mismas ideas en el área sindical de la Falange, quizá el sector donde darán más fecundos resultados esos organismos.

Naturalmente, la Secretaría sindical propagará en breve, con la debida sencillez y extensión, los planes a que nos referimos en estas líneas, y es a la vista de esos informes cómo las Secciones de Partido deben disponerse a colaborar en ellos con la máxima eficacia posible.

Tenemos que advertir que todo cuanto organice en este sentido la Secretaría sindical entre los trabajadores asalariados, se ha de corresponder con una organización similar en la otra vertiente social-económica, la zona de quienes dirigen las empresas y tienen en su mano los medios de la producción. Pues nada o muy poco significaría nuestra labor sindical si no lograse un carácter totalitario en el área de la economía y de la producción.

Impulsaremos, pues, a medida que sea posible, los Sindicatos de empresarios (patronos) y, asimismo, propagaremos la necesidad de que entre ellos se formen JUNTAS de análogo carácter a las JUNTAS de obreros a que antes hemos aludido.

A esperar, pues, los trabajos de la Secretaría sindical, debiendo servir estas líneas a todos los camaradas y jerarcas del partido de advertencia para que estén pendientes de esa labor y la realicen en sus zonas respectivas.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Persecuciones tiránicas

Nuestra Revista ha sufrido una suspensión de dos meses. Poco o nada hemos de indignarnos, pues por su propio carácter teórico la Revista “JONS” es, en cierto modo, intemporal y sufre bien ese género de colapsos. Ahora bien, el juicio durísimo y la protesta que hacemos se encaminan hacia la

saña tiránica con que el Poder oficial de Samper-Gil Robles persigue a nuestro Partido. Pues sólo un pálido reflejo de ella es la anormalidad que afecta a nuestra publicación.

La Falange jonsista ha sido objeto durante los últimos meses de una sistemática y refinada persecución por parte del Gobierno, que ha suspendido su prensa, ha clausurado sus locales, prohibido en absoluto los mítines de algún relieve y, por último, encarcelado en masa a sus militantes en varias provincias.

Muchos detalles hacían prever, desde luego, que este Gobierno no era el más adecuado para asistir sin indignarse al desarrollo, crecimiento y victoria de nuestras filas. Pues se trata de un equipo residual del rabulismo parlamentario, ciego para toda emoción nacional profunda y con la misma actitud enemiga hacia las juventudes, propia de todos los cupos desahuciados y fétidos.

Molestamos, pues, al Gobierno por nuestro doble carácter de patriotas y de jóvenes luchadores y ardorosos; bien hemos advertido cómo se agudizó la represión gubernamental en los días mismos en que la Falange de las JONS se disponía a incrementar su acción en torno a la realidad insurreccional de Cataluña. Se apretó contra nosotros el cerco policíaco y ahí están, en las cárceles, acusados de inverosímiles delitos, decenas y decenas de camaradas nuestros.

Nos honra, naturalmente, esa persecución a que se nos somete. Se trata de un Gobierno sin pizca de autoridad, sin otro apoyo español que el de la fuerza pública. Sin masa alguna afecta, sin juventudes, con su sola realidad de náufragos agarrados al peñasco despreciable de la CEDA. Causa por eso risa su gesticulación contra todo cuanto aparece provisto de todo lo que a él le falta: ideales jugosos, magníficos, y entusiasmo juvenil por el imperio de ellos. Así, prohibe saludos, concentraciones y la presencia misma de los símbolos disidentes de su política mezquina y fofa.

Y hablamos así contra las disposiciones últimas del Gobierno en relación con el orden público, aun cuando ello beneficie a nuestros enemigos los marxistas. Pues faltaba más que nosotros, la Falange Española de las JONS, congregada y formada a base de objetivos de pelea, aprobásemos como cualquier burgués renacuajo y cobarde que el Gobierno impida las excursiones uniformadas de los rojos. Para luego, naturalmente, perseguir también las nuestras.

Ese será, quizá, el ideal del Gobierno, y en eso le acompañará todo el ancho sector de la burguesía inconsciente y bobalicona: asfixiar la juventud nacional, garantizar una vida sin sobresaltos, evitar las luchas, transigir y correr las cortinas.

Pero nosotros no toleraremos que se corran las cortinas ante la situación de España, como si el drama español fuese una aventura de alcoba.

¡Animo en la represión, camaradas!

Y alerta ante el futuro próximo.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)

Los sistemas fascistas

Sigue y prosigue victorioso el régimen en Italia, la zona europea donde, por circunstancias del hombre, lugar y tiempo nació el fascismo. Está ya agotada y reseca la fuente polémica contra el fascismo italiano, tan opulenta de jolgorio y de insidias durante la primera época del régimen. Ya no se ataca ni censura de un modo diario al Gobierno de Mussolini, y si está a la vista, de manera permanente, la consigna de «¡Abajo el fascismo!», no aparece ya dirigida y justificada contra Italia, sino contra la nueva actitud revolucionaria mundial, surgida del fascismo, y que amenaza en todos los frentes al predominio bolchevique.

A los doce años de régimen, Italia ofrece ya esa madurez y ese rodar fácil, sin trepidaciones ni peligros, que supone el responder del terreno que se pisa. Es, pues, un magnífico ejemplo de cómo el espíritu y la actitud fascista crean situaciones perdurables, dando batallas a los pavorosos conflictos propios de esta época. Disponen ya en Italia de tradición, de experiencia y de

generaciones nuevas a su servicio desde la hora misma en que aprendieron las primeras letras. Todo cuanto pase u ocurra en lo futuro es ya ajeno al orden fascista y no desmiente, por tanto, la más mínima porción de su formidable realidad histórica. Sean incidencias o no, victorias o catástrofes, la solidez del espíritu fascista parece fuera de todo riesgo.

* * *

Los sucesos acontecidos en el seno del régimen hitlerista tienen, desde luego, gravedad y pueden ser causa de los peores peligros. Pero debe advertirse que a la vez que eso representan también el robustecimiento del poder de Hitler, la desaparición y derrota de cuantas personas y tendencias quebrantaban o discutían su autoridad de Jefe. La represión de la conjura de Von Rohem fue durísima y sangrienta, y quizá desde la Revolución francesa no ha conocido el mundo hechos análogos y expresivos de hasta qué punto es implacable una Revolución contra los propios secuaces que después de su victoria suponen para ella un peligro. Con motivo de la represión, la Prensa mundial, y en primera línea la española, emprendió campañas antihitleristas de aparatoso y vergonzoso carácter venal.

La revolución «nazi» de Alemania se hizo en torno a la figura emocional de Hitler, el Führer, y era este hombre, logrando la unanimidad alemana, su factor más primordial y valioso. Todos los jerarcas, organizaciones y masas de la Revolución veían su eje más firme en Hitler, y la expresión de su veneración y adhesión al Führer era permanente en los labios nazis.

En opinión nuestra, disponía, pues, Hitler de autoridad moral suficiente para la labor depuradora a que le obligaron los acontecimientos. Tiene en sus manos el destino de Alemania. Tiene decisión y carácter para arrostrar las más graves responsabilidades. Es quizá el caso más patético que ofrece la Historia en cuanto al número y carácter angustioso de las dificultades que se le atraviesan en el camino. En esas circunstancias, es dramáticamente grotesco el espectáculo de toda la bazofia internacional y encanallada que le combate con armas viles.

* * *

El asesinato de Dollfuss significa un episodio más de esa cinta dramática, supervisada en Versalles, que es la situación económica y política de Austria. Dollfuss es visiblemente a la vez una víctima de las contradicciones monstruosas sobre que se asentaba el poder de su dictadura. Siempre nos habían parecido falsas y exentas en absoluto de razón nacional las bases que servían a Dollfuss y a sus amigos de la Heinncher para contrariar la voluntad del pueblo austríaco.

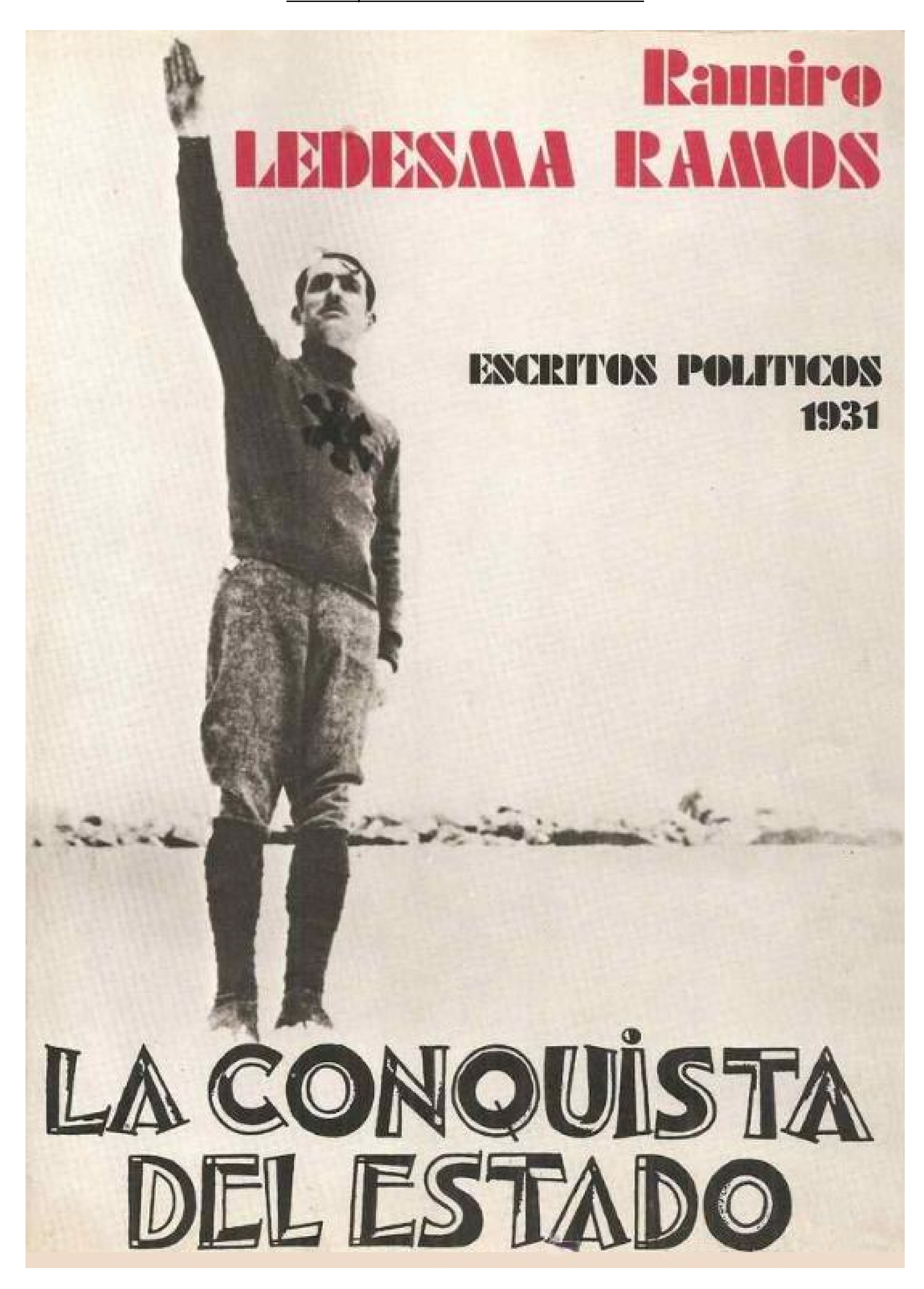
Resulta que Dollfuss-Stahemberg defendían la independencia de Austria, y la defendían con el concurso de las potencias a las que Austria debe precisamente su ruina y su falta de libertad. Es decir, con la ayuda de Italia, Francia e Inglaterra. Era todo ello un escarnio excesivo, y el asesinato de Dollfuss es por eso, indudablemente, un acto político que en las más profundas capas emocionales y verdaderas de la Historia encontraría alguna atenuante.

* * *

Hay en Inglaterra un movimiento fascista acaudillado por Mosley. No estamos muy seguros de su trascendencia ni de la brillantez de su futuro. Claro que ello nos importa en muy débil manera. Ya es un detalle que surgiendo nada menos que en el Imperio inglés se conforme y viva tranquilo vistiendo camisas negras y llamándose «Unión fascista británica» sin originalidad ninguna, ni añadir nada a la matriz fascista de Italia. Ya es un detalle, repetimos, porque ello demuestra, y nos alegra mucho a los españoles, la situación lamentable en cuanto se refiere a la capacidad creadora de ese imperio inglés a cuyo hundimiento asistiremos con la mejor gana.

Hemos visto en «ABC» una información acerca de este fascismo británico. Que es constitucional, parlamentario, antisubversivo, elegante, palatino y enemigo de la violencia. ¡Ah! Y en dos años o tres de vida no le han disparado los rojos ni un solo tiro.

(«JONS», nº 11, Agosto - 1934)


Ramiro
LEDESMA RAMOS
ESCRITOS POLITICOS
1931
LA CONQUISTA
DEL ESTADO

«La Conquista del Estado»

escritos de

Ramiro Ledesma Ramos

Edición digital actualizada Julio 2013

La Conquista del Estado. Semanario de lucha y de información política. Salió a la calle el 14 de marzo de 1931 y los 23 números que se editaron se extendieron hasta el 24 de octubre de 1931. Tomaba su nombre del grupo que dirigía Ramiro Ledesma Ramos en Madrid, que, a su vez, estaba tomado de la cabecera de la revista que, en Italia, editaba Curcio Malaparte 'La Conquista dello Stato'. El Secretario de Redacción fue Juan Aparicio López, estando la redacción en Av. Eduardo Dato, 7.
El formato era de 600 x 420 mm y el texto a seis columnas, hasta el nº 15 de 20 de junio estuvo formado por 6 páginas, para bajar a 4 en los números siguientes. Hasta el nº 16 su precio era de 25 cts., el nº 17 costaba 20 y desde el nº 20, 15 cts.

Nº 1 14-marzo-1931, Nº 2 21-marzo-1931, Nº 3 28-marzo-1931, Nº 4 04-abril-1931, Nº 5 11-abril-1931, Nº 6 18-abril-1931, Nº 7 25-abril-1931, Nº 8 02-mayo-1931, Nº 9 09-mayo-1931, Nº 10 16-mayo-1931, Nº 11 23-mayo-1931, Nº 12 30-mayo-1931, Nº 13 06-junio-1931, Nº 14 13-junio-1931, Nº 15 20-junio-1931, Nº 16 27-junio-1931, Nº 17 04-julio-1931, Nº 18 11-julio-1931, **1ª suspensión**, Nº 19 25-julio-1931, **2ª suspensión**, Nº 20 03-octubre-1931, Nº 21 10-octubre-1931, Nº 22 17-octubre-1931, Nº 23 24-octubre-1931, **3ª suspensión y definitiva**

ÍNDICE

NUMERO 1. 14 Marzo 1931.

Nuestro manifiesto político

Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz. No invocan para ello otros títulos que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país. Y, desde luego, la garantía de que representan la voz de estos tiempos, y de que es la suya una conducta política nacida de cara a las dificultades actuales. Nadie podrá eludir la afirmación de que España atraviesa hoy una crisis política, social y económica, tan honda, que reclama ser afrontada y resuelta con el máximo coraje. Ni pesimismos ni fugas desertoras deben tolerarse ante ella. Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen falanges animosas y firmes.

La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir cómo España -el Estado y el pueblo españoles- vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos, y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías atroces que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento. Hoy estamos en la más propicia coyuntura con que puede soñar pueblo alguno. Y como advertimos que los hombres de la política usual -monárquicos y republicanos-, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas, no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado, nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, más allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondos, iniciamos una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical.

La crisis política y social de España tiene su origen en la crisis de la concepción misma sobre que se articula el Estado vigente. En todas partes se desmorona la eficacia del Estado liberal burgués, que la revolución francesa del siglo XVIII impuso al mundo, y los pueblos se debaten hoy en la gran dificultad de abrir paso a un nuevo Estado, en el que sean posibles todas sus realizaciones valiosas. Nosotros nos encaminamos a la acción política con la concreta ambición de proyectar sobre el país las siluetas de ese nuevo Estado. E imponerlo. Una tarea semejante requiere, ante todo, capacidad para desvincularse de los mitos fracasados. Y la voluntad de incorporarnos, como un gran pueblo, a la doble finalidad que caracteriza hoy a las naciones: De un lado, la aportación al espíritu universal de nuestra peculiaridad hispánica, y de otro, la conquista de los resortes técnicos, la movilización de los medios económicos, la victoria sobre intereses materiales y la justicia social.

Las columnas centrales de nuestra actuación serán estas:

Supremacía del Estado

El nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él, y sólo en él. El único intérprete de cuanto hay de esencias universales en un pueblo es el Estado, y dentro de éste logran aquéllas plenitud. Corresponde al Estado, asimismo, la realización de todos los valores de índole política, cultural y económica que dentro de este pueblo haya. Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias. La forma del nuevo Estado ha de nacer de él y ser un producto suyo. Cuando de un modo serio y central intentamos una honda subversión de los contenidos políticos y sociales de nuestro pueblo, las cuestiones que aludan a meras formas no tienen rango suficiente para interesarnos. Al hablar de supremacía del Estado se quiere decir que el Estado es el máximo valor político, y que el mayor crimen contra la civilidad será el de ponerse frente al nuevo Estado. Pues la civilidad -la convivencia civil- es algo que el Estado, y sólo él, hace posible. ¡¡Nada, pues, sobre el Estado!!

Afirmación nacional

Frente al interior desquiciamiento que hoy presenciamos, levantamos bandera de responsabilidad nacional. Nos hacemos responsables de la Historia de España, aceptando el peculiarísimo substrato

nacional de nuestro pueblo, y vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales. Nada puede hacer un pueblo sin una previa y radical exaltación de sí mismo como excelencia histórica. ¡Que todo español sepa que si una catástrofe geológica destruye la Península o un pueblo extranjero nos somete a esclavitud, en el mundo dejan de realizarse valores fundamentales! Más que nunca la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantienen en tensa plenitud los ánimos. El sentido nacional y social de nuestro pueblo -pueblo ecuménico, católico- será éste: ¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!

Exaltación universitaria

Somos, en gran parte, universitarios. La Universidad es para nosotros el órgano supremo -creador- de los valores culturales y científicos. Pueblos sin Universidad permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión del espíritu, como sin ciencia no hay técnica. La grandeza intelectual y la preeminencia económica son imposibles sin una Universidad investigadora y antiburocrática.

Articulación comarcal de España

La primera realidad española no es Madrid, sino las provincias. Nuestro más radical afán ha de consistir, pues, en conexionar y articular los alientos vitales de las provincias. Descubriendo sus mitos y lanzándolas a su conquista. Situándolas ante su dimensión más próspera. Por eso el nuevo Estado admitirá como base indispensable de su estructuración la íntegra y plena autonomía de los Municipios. Ahí está la magna tradición española de las ciudades, villas y pueblos como organismos vivos y fecundos. No hay posibilidad de triunfo económico ni de eficacia administrativa sin esa autonomía a que aludimos. Los Municipios autónomos podrán luego articularse en grandes confederaciones o comarcas, delimitadas por un margen de exigencias económicas o administrativas, y, desde luego, bajo la soberanía del Estado, que será siempre, como antes insinuamos, indiscutible y absoluta. Para vitalizar el sentido comarcal de España, nada mejor que someter las comarcas a un renacimiento que se realice al amparo de realidades actualísimas y firmes.

Estructura sindical de la economía

No pudieron sospechar los hacedores del Estado liberal burgués las rutas económicas que iban a sobrevenir en lo futuro. La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista, y hemos de superarlo; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques. La economía industrial de los últimos cien años ha creado poderes e injusticias sociales frente a las que el Estado liberal se encuentra inerme. Así el nuevo Estado impondrá la estructuración sindical de la economía, que salve la eficacia industrial, pero destruya las «supremacías morbosas» de toda índole que hoy existen. El nuevo Estado no puede abandonar su economía a los simples pactos y contrataciones que las fuerzas económicas libren entre sí. La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria, y en todo momento atenida a los altos fines del Estado. El Estado disciplinará y garantizará en todo momento la producción. Lo que equivale a una potenciación considerable del trabajo. Queda todavía aún más por hacer en pro de una auténtica y fructífera economía española, y es que el nuevo Estado torcerá el cuello al pavoroso y tremendo problema agrario que hoy existe. Mediante la expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas, una vez que se nacionalicen, no deben ser repartidas, pues esto equivaldría a la vieja y funesta solución liberal, sino cedidas a los campesinos mismos, para que las cultiven por sí, bajo la intervención de las entidades municipales autónomas, y con tendencia a la explotación comunal o cooperativista.

Del breve resumen anterior deducimos nuestra dogmática, a la que seremos leales hasta el fin. Y es ésta:

1.° Todo el poder corresponde al Estado.

2.° Hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado.

3.° El mayor valor político que reside en el hombre es su capacidad de convivencia civil en el Estado.

4.° Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo.

5.° Frente a la sociedad y el Estado comunista oponemos los valores jerárquicos, la idea nacional y la eficacia económica.

6.° Afirmación de los valores hispánicos.

7.° Difusión imperial de nuestra cultura.

8.° Auténtica elaboración de la Universidad española. En la Universidad radican las supremacías ideológicas que constituyen el secreto último de la ciencia y de la técnica. Y también las vibraciones culturales más finas. Hemos de destacar por ello nuestro ideal en pro de la Universidad magna.

9.° Intensificación de la cultura de masas, utilizando los medios más eficaces.

10.° Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiraciones un sentido de autonomía política. Las grandes comarcas o Confederaciones regionales, debidas a la iniciativa de los Municipios, deben merecen, por el contrario, todas las atenciones. Fomentaremos la comarca vital y actualísima.

11.° Plena e integral autonomía de los Municipios en las funciones propia y tradicionalmente de su competencia, que son las de índole económica y administrativa.

12.° Estructuración sindical de la economía. Política económica objetiva.

13.° Potenciación del trabajo.

14.° Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los Municipios y entidades sindicales de campesinos.

15.° Justicia social y disciplina social.

16.° Lucha contra el farisaico pacifismo de Ginebra. Afirmación de España como potencia internacional.

17.° Exclusiva actuación revolucionaria hasta lograr en España el triunfo del nuevo Estado. Métodos de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos políticos sociales del viejo régimen.

Nuestra organización

Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra. Militares civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas. Las primeras se compondrán de diez individuos, pertenecientes, según su nombre indica, a un mismo gremio o sindicato. Las segundas, por cinco individuos de profesión diversa. Ambas serán la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido. Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los diez y ocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de más edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras falanges. Inmediatamente comenzará en toda España la organización de células sindicales y políticas, que constituirán los elementos primarios para nuestra acción. El nexo de unión es la dogmática que antes expusimos, la cual debe ser aceptada y comprendida con integridad para formar parte de nuestra fuerza. Vamos al triunfo y somos la verdad española. Hoy comenzamos la publicación de nuestro periódico, LA CONQUISTA DEL ESTADO, que primero será semanal y haremos diario lo antes posible.

Las adhesiones, así como la solicitación de detalles explicativos, deben enviarse a nombre del presidente, a nuestras oficinas, Avenida de Dato, 7, planta D. Madrid. Ha de consignarse en ellas con toda claridad el nombre, edad, profesión y domicilio.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo -1931)

La vida política

El fracaso constituyente

El ansia de legitimar todos los poderes del Estado llevó a un núcleo de viejos políticos a proponer la fórmula constituyente. ¿Qué legitimación es esa que ellos entendían? Parece oportuno y de gran interés preguntarse esto, porque en la España actual las más leves confusiones se elevan a tinieblas. Si algo es hoy magnífico en la vida española, es el aletear corajudo que se advierte en las fuerzas nuevas. Hay que respetar ese coraje, y a la postre encomendarle incluso la elaboración de los minutos decisivos. No sólo en España, sino en el mundo todo, están en crisis los resortes históricos del Poder, y en todas partes se legitiman y se crean las victorias actuales, logradas de cara a nuestro tiempo.

España ha entrado felizmente ahora en período legitimador, y lo primero que debe impedirse es que controlen tal período las viejas organizaciones. Sería una burla para los españoles que, teniendo ante sí un problema universal del rango de éste, de la misma calidad que el que se les plantea a las grandes potencias europeas, como es el de constituir un Estado eficaz, se recaiga en los mitos fracasados y se acuda al siglo XIX en busca de formulitas salvadoras. Seria una burla, repetimos.

Hay dos Españas indudables en la pugna, a las que sólo el confusionismo puede hoy unir en la pelea. A un lado, la vieja España liberal, agotada y setentona, leguleya y miope, para quien las dificultades actuales se resuelven de plano en unas Cortes constituyentes. Enfrente está la España joven, nacida ya en el siglo XX, bien poco sensible a expansiones jurisperitas y retóricas. Fiel, por tanto, a su época, representada en su coraje y en sus puños. Los jóvenes serán comunistas o fascistas, no lo sabemos, pero sí auténticamente hispanos y actuales.

Por fortuna, el *bloque* constitucionalista se encontró sin fuerzas para gobernar. Hubiera sido triste cosa oír los discursos de don Melquiades y las risas de todos los tontos que se albergan en la choza rezagada. España no puede estar a merced de un capricho de la naturaleza, que ha permitido llegar a ochenta años a la media docena de honorables caballeros constituyentes. Que si algo necesitan constituir, es su sistema circulatorio.

Unas Cortes constituyentes significarían aquí la entrega de los destinos hispanos a las generaciones más viejas. Aceptando sus rencores, sus prejuicios y sus experiencias trasnochadas. Hay que impedir esto, y no creemos difícil un acuerdo sobre tal extremo con todas las fuerzas auténticamente jóvenes y nuevas del país.

La crisis socialista

Lo de menos es que en el partido socialista haya o no escisión. Más importante es advertir cómo, a causa de un rápido viraje hacia las preocupaciones burguesas, el socialismo español desvirtúa los orígenes marxistas que le informan y penetra en la fase decadente. El proceso socialista es el mismo en todas partes. Fracasada su capacidad revolucionaria en lo económico, intenta tener en los cuadros burgueses un papel interventor, a base de suplantar en su función a las fuerzas liberales de izquierda.

Quizá fuese el socialismo español, entre todos los de Europa, el que había permanecido hasta aquí más leal a la trayectoria marxista. No sufrió la prueba de la Gran Guerra, donde el espíritu socialista recibió los golpes más rudos. En cambio, forcejeó siempre con singular tacto y fortuna contra los viejos partidos, y logró salir inmáculo de entre ellos.

Hoy, en presencia de la cuestión del régimen, los socialistas no han logrado destacar ni un leve punto de vista que difiera del de los restantes grupos republicanos burgueses. Las últimas dimisiones y las palabras de los jefes comentándolas, así lo revelan. Aún más: si en algo se distingue y se distinguió la propaganda republicana que realizaron los socialistas, es por su esfuerzo en disuadir a las masas de poner los ojos en objetivos de índole social. La capacidad revolucionaria del socialismo se aminora, pues, en los momentos mismos en que se cree más revolucionario. Queda invalidado su ímpetu, ya que los militantes posibles obedecerán, si acaso, a una llamada que les ofrezca nuevas estructuras económicas, pero muy difícilmente aquella que tienda sólo a satisfacer veleidades de la burguesía.

La crisis socialista es universal y equivale a convertirse en un instrumento que utiliza la burguesía para obtener libertades frente al Estado. Con lo cual, si se va a alguna parte, es, desde luego, al extremo opuesto del marxismo. Pueden los socialistas hacer lo que les parezca; pero sería interesante que se dieran cuenta de ello. Ahora bien, el marxista que se da cuenta sabe ya dónde tiene que ir. No precisamente a las filas del socialismo.

La agrupación de intelectuales

La política es acción pura y eficacia pura. Quien no lo crea así, anda muy lejos de ser un político. En el manifiesto de intelectuales que hizo el señor Ortega y Gasset hay, por lo menos, la rectificación completa de todo cuanto hasta aquí ha escrito acerca de las relaciones del intelectual con la política. A los ocho meses de plantearse en España por las masas la defensa o la derrocación del régimen, surge el intelectual extrafino y acepta la contienda tal y como el pueblo antes que él la había comprendido.

El documento, de prosa perfecta, permanece todo él alejado de las realidades políticas universales -¡terrible cosa en un filósofo!- de este siglo. Se inicia una leva romántica para elaborar un Estado roussoniano, nacional y todo, que es el artilugio más desfallecido de futuro que hoy existe. Yo admiro mucho a Ortega como profesor -y aun creador- de filosofía. En cambio, me parece un político endeble sin valor para reconocer la fuerza de los hechos políticos nuevos que aún no tengan marchamo ideológico alguno. Este es un defecto radical, que invalida por completo la acción política de una persona. Además de ello, Ortega se ha movido siempre en el orbe de la vieja política, aun dedicado por entero a la tarea de censurarla. Por eso no ha salido de los problemas antiguos, y a lo sumo, después de veinte años, ha llegado a una mejor visión de ellos. Pero se le escapa lo actual, que es la palpitación más honda de los pueblos. Ese seguir engranado en la vieja política ha hecho que, por tremenda paradoja, ande Ortega ahora en los mismos afanes que los viejos políticos. Se hace responsable de sus rencores, aceptándolos, y esto si que es «hacer el primo». (Con frase suya reciente.)

El manifiesto nace con la intención de enrolar a los intelectuales en un entusiasmo político. Lo que va a acontecer con esa leva es que se descentren de sus tareas los buenos profesores de liceos y se crean con Ortega redentores del pueblo. A base de retórica y de ensueños líricos. En vista, como en el manifiesto se dice, de la «presencia activa y sincera de una generación en cuya sangre fermenta la substancia del porvenir». Creemos en la dimensión valiosa de esta generación a que se alude; pero también creemos que el hecho de ser valiosa la inmunizará contra esas levas inactuales y románticas.

Decir, como escribe Ortega, que fascismo y comunismo son callejones sin salida, equivale sencillamente a vivir de espaldas a los tiempos, con ceguera absoluta para los valores de hoy. El documento todo es inofensivo y el más gigantesco tópico que se ha puesto en circulación en estos años. Cualquiera puede suscribirlo, sin compromiso con nada ni con nadie. Lo único importante es su republicanismo. Pero ni en España ni fuera de España puede ser delito eso. Quizá todo lo contrario. En último extremo, cosa desde luego adjetiva. La República puede venir cuando guste.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

La violencia y la política actual

Es indudable que el mundo atraviesa una era revolucionaria. Hacen un viraje las rutas vigentes, y se invalidan. Los poderes históricos se encuentran de pronto vacíos de impulso, como si nada tuviesen que ver con los hechos del día. Desarticulados de los resortes íntimos y decisivos que rigen el mundo nuevo. Una fase de violencia se aproxima, pues, de modo inevitable al servicio de esas convulsiones. El ejemplo de las fuerzas políticas que se organizan en milicia civil es rotundo y claro. A través de la postguerra, los nacionalismos agresivos, que lograron un enlace social con la hora presente, han triunfado; esto es: han movilizado huestes valerosas. Asimismo, en porción menor, los comunistas.

Pero es curioso que fuerzas pacifistas, de ramplona mirada liberal y democrática, pretenden ahora adquirir también eficiencia guerrera. Como si el valor y el heroísmo fuesen mercancías que se abandonan o adquieren a capricho. Hay grupos sociales antiheroicos por constitución natural, a los cuales será risible entregar una bayoneta. Decimos esto a la vista de algunos fenómenos que hoy se dan. Así, esa manifestación de *Reischbaner* en las ciudades alemanas. Horsing, creador de esas banderas democráticas, ha sentido la necesidad de copiar a Hitler, uniformando sus huestes en un desfile incoloro.

Las falanges hitlerianas obedecen fielmente en su formación los imperativos políticos y sociales de estos años. Son, pues, algo vivo, que se enraíza en lo más hondo de nuestro tiempo, que interpreta los afanes de nuestro tiempo. Frente a ellas, de modo artificioso, para defender cosas que en 1931 no pueden pasar de la superficie de la persona, se forman otras milicias con ilusas esperanzas de predominio.

Nosotros denunciamos en el hecho mismo del plagio una subversión curiosa. Pues si yo me apropio y utilizo los valores que otro trae consigo, me convierto en dependiente suyo, en admirador fundamental de su gesto. Es la contradicción que existe en párrafos como el siguiente, publicado en un articulo de la revista madrileña *Nosotros*:

«Se impone la formación del bloque antifascista. Si las organizaciones de vanguardia no tienen el suficiente sentido político para concertar una acción ofensiva de gran envergadura, por lo menos hay derecho a esperar que sí podrían ponerse de acuerdo para exterminar en su punto de partida toda formación fascista».

Esto es, haciéndose fascistas. La cosa es clara, y, en este caso, el triunfo del fascismo rotundo.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

La España que deshace: El Ateneo de Madrid

Es, sin duda, triste lo que acontece con esta entidad cultural. La tristeza indecorosa que protesta de su caducidad haciendo tonterías. El Ateneo tiene en su haber histórico una dedicación auténtica al servicio de la cultura superior de España. Hasta hace quince o veinte años, las conferencias de su salón y los cursillos de sus cátedras constituían de seguro la cima de los valores intelectuales. Todo es hoy distinto. El Ateneo, con su estructuración anacrónica y sus resabios antiguos, no significa ya nada positivo en la vida española. No por culpa de estas o aquellas personas, de esta o aquella orientación, sino por algo más hondo, que afecta a la fatalidad de las edades. El Ateneo ha perdido el contacto con los tiempos y vive una vida estelar, junto a una galería de retratos familiares, creándose artificiosamente su universo y adorando los viejos mitos del viejo siglo.

La tarea intelectual de alto velamen se ha polarizado felizmente en España en otro género de organismos, que ahí están, a la vista de todos, satisfaciendo sus tributos de creación. Gracias a ellos, la decadencia intelectual y física del Ateneo no supone la de nuestras actividades culturales. Estos organismos nacieron de frente a los valores fundamentales de la cultura y son hoy la garantía de que España dialoga con acento firme en los pugilatos supremos de la Inteligencia. No es preciso citarlos, porque todo el mundo conoce el amplio cerco de su sombra. Así el resurgir del espíritu universitario. Así esos otros centros que se llaman Centros de Estudios históricos, Laboratorio de Investigaciones físicas, Seminario matemático, Instituto Cajal, Sociedad de Cursos, Seminario de Estudios Internacionales, etc., etc.

¿Y los estudios superiores de Política?, se me dirá. El Ateneo ha mostrado en los últimos años un afán incontenible por la política. Nadie puede censurar esto en sí, porque la Política es «la más noble de las preocupaciones humanas». Pero cuidado: no se olvide que ello coincidía en el Ateneo con su agotamiento para las genuinas y valiosas funciones adscritas a su historia. Y tenía que llegarse a esto de ahora, espectáculo triste y de palidez, que tanto nos duele a los que somos poco amigos de contemplar desnudeces en ruina. Al rodar los temas políticos por el Ateneo no había cuidado, pues, de que nadie pretendiese situarlos en serio como aconteceres históricos, exclusiva función propia del intelectual. Del Ateneo no ha salido ni una idea universal ni un síntoma de que el sentido de los nuevos tiempos era allí comprendido. En vez de eso, el Ateneo, en presencia de los hechos culminantes de estos años -Gran Guerra, pujanza de los yanquis, fascismo italiano, revolución soviética-, ha hecho un deplorable papel. Era ello inevitable. Agotadas para el Ateneo las posibilidades creadoras, tuvo que refugiarse en los dominios de un pasado, del suyo. Especuló -y especula- con su haber histórico, mostrando a España cuanto le debe como centro cultural, implorando así la limosna de su crédito.

Pero hay más. Lo que hace traigamos a esta sección de *deshacedores* al viejo Ateneo: Hoy la influencia directriz del Ateneo es nefasta para el pueblo español. Vive anclado, como dijimos, en 1830,

con sus valores progresistas. Todavía allí se grita con emoción eso de ¡Somos progresistas! Pero como sólo gritan, sin cuidarse lo más mínimo de progresar, se encuentran de pronto rezagados, midiendo los pasos del cangrejo, esto es, retrógrados. Da pena que en la vida española sean todavía posibles estas falacias de la reacción demoliberal. En los grandes días del actual Ateneo, cuando hay gran discurso montaraz, se forman en la puerta unas colas de hombres del pueblo. Siempre he identificado estos actos en que se sirve al pueblo con crueldad fría la morbosa y rutinaria prédica con la función adscrita a la literatura pornográfica.

Si uno redujese su cultura política a lo que se dice y se oye en el Ateneo, seguiría creyendo que nada ha acontecido en el Mundo desde la Gloriosa. La vida universal del último cuarto de siglo no ha suscitado problemas nuevos ni hecho desaparecer los antiguos, según la concepción ateneística. Algunos jóvenes que allí hay -lectores por lo menos de Marx- se salen un poco de esa vulgaridad; pero es lo cierto que predomina en el Ateneo el viejo espíritu podrido del siglo XIX y esos jóvenes, aunque guiñen el ojo, como quien no se deja engañar, a la postre resultan vencidos, entregados con disciplina a los imperativos del ambiente.

En fin, creemos que el Ateneo representa hoy en la vida española un tope y un tópico. El tope impide la marcha, no deja hacer, retiene a los españoles en tareas desvanecidas. *Deshace*, en una palabra. El tópico es hacer creer a la gente que allí hay finos intelectuales que pulsan la más leve vibración de los nuevos tiempos.

Entidad retrógrada, reaccionaria: el Ateneo. He aquí la verdad pura.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

Keyserling en España

Estará nuevamente en España, en las Baleares, isloteando, el gran conde de Keyserling, el gran vividor y bebedor de la filosofía alemana de posguerra.

¿A qué vuelve a España Keyserling?

Los periódicos lo dicen. Pero los periódicos nunca saben lo que dicen. Dicen los periódicos que va a ser el eje de una nueva inteligencia castellano-catalana de «selectos intelectuales». Que se le va a dedicar una especie de feria de ideas.

¡Menuda feria! ¡Es de hace años que el conde anda buscando esta Burgramesse española! Pero en España tenía buenos corredores y comisionistas y no ha tardado en encontrarla.

El conde -como siglos atrás el pío Erasmo, otro castizo flamenco de la filosofía- trata de consolidar dos negocios, que es uno mismo en el fondo: el pangermanismo. Por un lado, busca la amistad española para *dar que pensar* a la pobrecita Francia. Y, por otro, quiere asegurar el mercado hispano-americano cultivando bien los agentes más autorizados de la metrópoli hispana.

No es que nos parezca mal del todo el báquico conde del Balta. Y mucho menos el esfuerzo imperialista de Alemania por alumbrar «un nuevo mundo que la nace» frente a la decadencia «des Abendlandes», frente a la mezquindad occidental.

Pero conviene advertir que, aunque trate a nuestros selectos como a «colonizados», aún hay en nuestro país quien mira duro a las caras duras. Y que hay quien no se embarca en todos los tiovivos de las ferias. Por muy de ideas alemanas que sean estas lonjas de contratación.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

Guía de descarriados ¿Qué va a pasar aquí?

Nos preguntamos, claro, qué va a acontecer aquí en esta sección que hoy se inaugura. Prometemos un desfile magnífico de ingenios de estopa, a base de minorías seleccionadas. En modo alguno prodigar nuestra atención sobre personajes de sombra leve. Quien figure aquí, descarriado en esta Guía, ha de haber escrito, por lo menos, seis folletos, pronunciado seis discursos constituyentes, firmado seis proclamas terribles o conspirado seis veces a favor de la República burguesita de D. Niceto. Caben, pues, algunos marxistas de la Casa del Pueblo.

¡Oh, Maimónides! ¡Terrible cosa es el caminar! Sobre todo cuando a los senderos fáciles los borró una amplia nevada. ¿Qué hará el joven brillante que suspira por la brillante carrera de la política? Nuestros descarriados van a decirlo aquí en breve, con el gran talento que les caracteriza y nadie -ni nosotros- les niega. Esperemos, pues. Aquí van a llegar, en desnudez vistosa, todos los pobrecitos caminantes que se extraviaron de senda. Ni una luz ni una voz amiga les ha auxiliado, hasta ahora que salimos nosotros con faros potentes de socorro en su ayuda. No se deslumbren y mírennos en los ojos el afán cordial que mueve nuestros pasos hacia ellos. Todavía es tiempo.

Un descarriado, repetimos, no es un ser cualquiera. Ya lo irán advirtiendo ustedes en días sucesivos, cuando contemplen su arrogancia en este privilegiado sitial que le ofrecemos. Paso a los talentos. Nosotros no les hemos de regatear publicidad gratuita. Obedecemos así sagrados deberes para con «el progreso y la libertad».

Pero hay algo que quizá nuestros lectores no perdonen a la procesión descarriada. Es, digámoslo bajito, que ellos se saben a sí mismos descarriados, infieles al recto caminar de su tiempo. No les importa saber definitivamente idos los mitos que defienden ante el pueblo. Les basta, al esgrimirlos, saberlos eficaces para arrastrar la ingenuidad popular en torno suyo. ¡Oh, si nosotros dispusiéramos de voz engolada! Era la ocasión de decirles: En nombre del pueblo, por engañar al pueblo... (aquí la pena terrible, irreparable).

Pero, no. Nuestros descarriados, si merecen algún castigo, ha de ser infinitamente más leve. Una pequeña infusión de algo muy amargo, y a su asiento.

Los preferimos jóvenes, inteligencias tiernecitas. No obstante, habrá de todo. Pues existen también en este bello país viejos peces contumaces que no merecen de ninguna manera nuestro olvido. Fácil ha de sernos, desde luego, conocer qué jóvenes andan descarriados por ahí. Nos es suficiente una mirada a nuestros cuadros militantes. Los que falten, ésos. Con toda seguridad, ésos. No pueden estar con nosotros, y sí, en cambio, formar muy honrados y satisfechos en la Guía de descarriados, todos aquellos que van, como las aguas, buscando los desniveles fáciles. Hacia abajo, cuesta abajo, tras del igualitario nivel del mar, donde todas las turbiedades mediocres se confunden.

Frente a una alambrada arisca que se atraviesa en el camino recto, nosotros saltamos sobre ella. El descarriado, no. Toma las direcciones laterales, refugiándose en una posibilidad providencial. ¡Qué pena, oh descarriados, vuestra procesión cansina, sobre todo cuando sois jóvenes, engranándoos en las viejas categorías que los viejos intereses os dan como una limosna! La gran alegría, frente a eso, es inventar los nuevos mitos, lanzar los banderines recién creados y esperar la recia victoria de lo inédito.

Es muy fácil la lucha cuando se dispone de ancha capacidad para dar de lado a los verdaderos valores. Muy fácil y muy infecunda. No tarda en llegar la gran vergüenza que supone esa deslealtad primera. Así, oh descarriados, ciérrense vuestros ojos y tended a las tinieblas si la presencia de la luz os sirve sólo para eludir el recto camino de los justos.

El primer descarriado está ya aquí, junto a nosotros, relatándonos las incidencias de su senda. Le hemos dado caza con una red de capturar mariposas. En el número próximo veréis la sonrisa de su faz.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

Libros políticos extranjeros

G. GRINKO: *El Plan quinquenal de los Soviets*. Ed. Cenit. Madrid, 1930.

Muy pocos pueden hoy en España decir que pisan terreno firme cuando hablan de temas rusos. Si en los primeros años de la Revolución las agencias capitalistas se encargaban de aislarnos del mundo bolchevique, hoy, en que han surgido con gesto polémico luchas interiores, la confusión prosigue con intensidad igual. Hay algo, sin embargo, que se afirma cada día, que va adquiriendo cada día prestigio firme, y es la figura de Stalin. Este hombre, frente a Trotski, significa la continuidad victoriosa de la Revolución. El Plan quinquenal, que explica Grinko en este libro con datos profusos, es la gran tarea que Stalin imprime a la economía bolchevista, retirando de la atención morbosa, enferma, de ideólogos y teorizantes los temas y las desviaciones infecundas. La voz de Trotski, desde el destierro, clamando por tortuosas lealtades, es la voz triste del hombre un día valioso que se ha convertido en el mayor peligro para aquello que es su misma obra. Stalin, dictador, con el Plan quinquenal, no acomete sólo una gigantesca prueba acerca de la capacidad económica del régimen soviético, sino que intenta y logra una gran victoria política que asegura para la eficacia de su actuación cinco años -ampliables- de experiencia creadora.

El Plan quinquenal supone, desde luego, un hecho económico de suma trascendencia en el mundo actual. Tiene todas las ventajas de un plan jerárquico, que somete a sistema la proyección más leve. Nada puede decirse aún de su posible triunfo o de su fracaso. Pues el famoso *dumping* ruso de que tanto se habló en Europa los últimos meses no es, ni mucho menos, una prueba triunfal. La mercancía barata de Rusia obedecía, en efecto, al *dumping*, no a que realmente se produjese a costo tan bajo. El Plan tiene también la honda significación de que enlaza a la economía industrial la explotación agrícola de los campos. Es bien sabido que la Revolución soviética se ha estrellado hasta aquí en sus afanes de someter al campesino a un régimen de colectivización comunista. Los propietarios de tierras controlan aún la mayor porción de la economía agraria, que tiene, por tanto, un rotundo carácter burgués. Parece que el Plan quinquenal supone un avance de la explotación colectiva, pero su pretendida lucha contra el *kulak* no está muy clara. Mas bien, según muchos indican, en 1933 los *kulaks* habrán afianzado y extendido sus propiedades.

El libro de Grinko es sumamente polémico. Su título parece ofrecer una explicación serena de las interioridades técnicas del Plan; pero es a la vez que eso una lírica arremetida contra los enemigos de la política de Stalin. El entusiasmo del ingeniero Grinko llega, en muchas ocasiones, a tocar un poco el cándido optimismo primaveral. No es este el momento ni el sitio de que digamos nosotros algunas graves cosas a estos rojos entusiastas. Ya habrá ocasión y lugar propicios. Porque si el Plan es magnífico y triunfa, la economía soviética obtendrá la gran victoria. Pues nosotros, en estos meridianos occidentales, creemos que está muy bien y es de suma importancia que un pueblo aporte un nuevo régimen económico, pero que los pueblos tienen también que hacer muchas otras cosas en la historia. Dígalo, si no, la sombra suicida del poeta Mayakowski.

MAURICE LAPORTE: *Sous le casque d'acier*. París, 1931.

Un francés, por serlo, es ya casi un miope para comprender las nuevas estructuras que triunfan por el mundo. Un siglo entero transcurrido, en que los pueblos no han hecho sino exaltar la trinidad de la Revolución francesa, hizo creer al buen galo que nada quedaba por descubrir en el orbe. Pero la postguerra desarticuló la trinidad esa y puso en circulación posibilidades distintas, que hoy entusiasman a las gentes. Este señor Laporte, que coge sus maletas y llega a Alemania con la pretensión de someter a categorías viejo siglo los hechos que allí ocurren, es digno de observarse.

Se trata de un reportaje al que atenúa tan sólo la cualificación de que está hecho dominado el autor por el miedo insuperable. A cada paso, en cada esquina se encuentra un terrible casco de acero, un viva Hitler o el peligro soviético, destructores todos de la cultura francesa.

Laporte sigue en este libro la ruta de Hitler, y no deja de observar con pluma fina algunos rasgos de interés. No se olvide que el nacional-socialismo ha reclutado partidarios con gritos de revancha, y para Francia ha de ser lícito el combatir este movimiento con todas las armas. Pero hay que exigir entrar en los tiempos, renovar los tópicos gastados y no empeñarse en repetir de nuevo la conquista del mundo con falanges moribundas. Ya asoman en Francia preocupaciones juveniles, que significan este otro espíritu, reconciliado con lo actual. Esperemos la superación del viejo nacionalismo maurrasiano, algún día tan magnífico, pero hoy totalmente hueco de futuro.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 - Marzo - 1931)

La España que hace.

La obra de Sbert.

Las F.U.Es.

Hay que rendirse a la evidencia de que las F.U.Es. representan la joven vitalidad universitaria. Frente a ellos, los estudiantes católicos, que disponían de los recursos magníficos que proporciona la cultura católica y la tradición hispana, significan bien poco. Por culpa suya, claro. Por falta de impulso nuevo, de talento y de visión. Al publicar la información siguiente, enviamos a las F.U.Es. un cordialísimo saludo de camaradería.— R.L.R.

(«La Conquista del Estado», nº 1, 14 de marzo de 1931, pág. 5. Entradilla)

NUMERO 2. 21 Marzo 1931.

¡Españoles Jóvenes!: ¡En pie de guerra!

Para salvar los destinos y los intereses hispanos, LA CONQUISTA DEL ESTADO va a movilizar juventudes. Buscamos equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha.

Quizá se asusten de nosotros las gentes pacatas y encogidas. No nos importa. Seremos bárbaros, si es preciso. Pero realizaremos nuestro destino en esta hora. La sangre española no puede ser sangre de bárbaro, y en este sentido nada hay que temer de nuestras acciones bárbaras.

Vamos contra las primordiales deserciones de la generación vieja y caducada. Esa generación que durante la guerra europea hizo que España cayese en la gran vergüenza de no plantearse en serio el problema de la intervención, al lado de los grandes pueblos del mundo. ¡Guerra a los viejos decrépitos por no ir a la guerra!

La generación maldita que nos antecede ha cultivado los valores antiheroicos y derrotistas. Ha sido infiel a la sangre hispana, inclinándose ante el extranjero con servidumbre. ¡Esto no puede ser, y no será!

Hoy hay que emplear el heroísmo dentro de casa. ¡Nada de alianzas con los viejos traidores!

El nervio político de las juventudes no puede aceptar los dilemas cómodos que se le ofrecen. La revolución ha de ser más honda, de contenidos y estructuras, no de superficies. Los viejos pacifistas y ramplones quieren detenerlo todo con el tope de los tópicos. ¡Fuera con ellos!

Volvamos a la autenticidad hispana, a los imperativos hispanos.

A un lado, el español nuevo con la responsabilidad nueva. A otro, el español viejo con la vieja responsabilidad de sus plañidos y sus lágrimas.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

Grandezas de Unamuno

Aquí estamos, frente a la realidad española, las falanges jóvenes de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Ante nosotros se sitúa la faena intensa de dotar a nuestro pueblo de órganos políticos eficaces. Haciendo ver la gigantesca deslealtad histórica que en trance de resurgimiento se nos quiere introducir en el futuro hispánico. Hombres jóvenes, repetimos, que traen a España el fervor de la época nueva. El afán de potenciación de su país y de valorar sus valores. Difícilmente nos rendiremos en presencia de las vejeces tortuosas, ni acataremos otra normalidad que aquella que se elabore con la sangre misma de España. Venimos ansiosos de hispanidad, que es como ansia de vida y de atmósfera respirable. Y clamamos contra el régimen social injusto, exigiendo nuevas estructuras.

Antes de nosotros, ninguna actuación valiosa que podamos recoger. Todo sombras y llamas interminables, sin flor alguna. En los últimos treinta años, ni una minoría intelectual sensible ha creído necesaria una exaltación de los valores universales que entraña la hispanidad. No hablemos de actuaciones políticas. Polarizadas las fuerzas en torno a conceptos trasnochados, en cuya elaboración España no intervino, han sido pura ineficacia. Pero hoy convergen en el mundo dos rutas fecundísimas: de un lado, el afán imperioso de convertir las nacionalidades en crisoles de grandeza, creadoras de cultura; de otro, la licitud de los problemas económicos que entraña el marxismo. En esa corriente estamos nosotros, en proceso postliberal y actualista.

Si no podemos recoger tradiciones inmediatas, esfuerzos precursores articulados, sí, en cambio, disponemos de tareas solitarias y gigantes. Así, Unamuno, producto racial, voz de cinco siglos en el momento español. El hecho de que Unamuno esté ahí, patente, hablando, escribiendo, es una prueba de la vigencia hispánica. En la iniciación nuestra, en los minutos tremendos que anteceden a todo ponerse en marcha hacia algo que requiere amplio coraje, Unamuno, desde su palpitar trágico, nos ha servido de animador, de lanzador. Este hombre, que imaginó una cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote, lanzó a los aires hacia 1908 las páginas más vigorosas de que el espíritu universal de estos años últimos -movilizado con bayonetas al grito imperial de predominio- ha dispuesto para expresar sus entusiasmos. Unamuno, en 1908, soñaba tareas geniales para el pueblo hispano. No han acontecido aún. Siguen los leguleyos su batallar en torno a los artículos constitucionales. Pero otros pueblos de Europa recogieron las voces aquéllas, y ahí están, victoriosos y resonantes. Aquella «locura colectiva», que decía Unamuno, había que «imbuir en las pobres muchedumbres». Ahí está Rusia, loca y triunfadora, ensayando con genialidad el mundo nuevo. Ahí está Italia, en pie, viviendo horas igualmente triunfales, en pos de las esencias de la Roma imperial, con sentido actual y fidelísimo. Ahí está la Germania hitleriana y comunista, vencida en la guerra y vencedora en la postguerra, con los ojos en las afirmaciones de estos tiempos. ¿Y España? ¿Qué ocurre aquí?

Unamuno, antes que nadie, en 1908, dio el tono de guerra, y hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes. Párrafos que son hoy familiares a todo europeo de menos de cuarenta y cinco años, y que nadie recuerda aquí en los momentos en que miles y miles de ciudadanos juegan a la revolución.

Escribía y aconsejaba Unamuno:

«¡En marcha, pues! Y echa del sagrado escuadrón a todos los que empiecen a estudiar el paso que habrá de llevarse en la marcha y su compás y su ritmo. Sobre todo, ¡fuera con los que a todas horas andan con eso del ritmo! Te convertirán el escuadrón en una cuadrilla de baile, y la marcha, en danza.»

Unamuno daba a ese escuadrón el sentido de interpretar una locura colectiva. Sabiendo bien que los pueblos nunca están locos. Cuando hacen algo que a un espectador parece locura, el loco es él, el espectador. De ahí que los pueblos tengan siempre razón, sin necesidad de sufragio universal alguno que legitime sus actos. Las revoluciones las hacen los pueblos, no las tertulias de casino. Y más diríamos: ni siquiera los Comités heroicos que las dirigen. Si no hay pueblo, no hay revolución posible, y si no hay algo entrañable que afecte a la entraña del pueblo, las revoluciones no triunfan.

Y sigue Unamuno:

«Si alguien quiere coger en el camino tal o cual florecilla que a su vera sonríe, cójala, pero de paso, sin detenerse, y siga al escuadrón, cuyo alférez no habrá de quitar ojo de la estrella refulgente y sonora. Y si se pone la florecilla en el peto sobre la coraza, no para verla él, sino para que se la vean, ¡fuera con él! Que se vaya, con su flor en el ojal, a bailar a otra parte.

El escuadrón no ha de detenerse sino de noche, junto al bosque o al abrigo de la montaña. Levantará allí sus tiendas, se lavarán los cruzados sus pies, cenarán lo que sus mujeres les hayan preparado, engendrarán luego un hijo en ellas, les darán un beso y se dormirán para recomenzar la marcha al siguiente día. Y cuando alguno se muera, le dejarán en la vera del camino, amortajado en su armadura, a merced de los cuervos. Quede para los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos.»

El espíritu ascético, hispano, de eficacia luchadora y activa, que brota de la pluma de Unamuno, es el mismo que hoy en Europa sostiene el entusiasmo de cientos de miles de hombres, armas en mano frente a los viejos tópicos y las viejas inepcias. Es el espíritu que nosotros quisiéramos ver triunfante aquí, para batir toda la tontería suelta que por ahí andan buscando resquicios cobardes que la hagan dueña de los mandos.

Contra esta tontería usurpadora, Unamuno dice:

«Hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones, estás perdido.

Mira, amigo: si quieres cumplir con tu misión y servir a tu patria, es preciso que te hagas odioso a los muchachos sensibles, que no ven el universo sino a través de los ojos de su novia. O algo peor aún. Que tus palabras sean estridentes y agrias a sus oídos.»

Nosotros desafiamos a Europa para que nos diga si entre sus escritores, entre sus hombres de espíritu, a quienes tiene como antecedentes inmediatos de sus gestas actuales, hay nada de tan ajustada emoción y de tan preciosa grandeza como estas frases de Unamuno, escritas, repetimos, en 1908. Cuando nadie hablaba ni podía hablar de soviet, de fascismo, ni de empresa alguna violenta y genial de los viejos pueblos europeos.

Y dice más Unamuno:

«Y, ante todo, cúrate de una afección terrible que, por mucho que te la sacudas, vuelve a ti con terquedad de mosca: cúrate de la afección de preocuparte como aparezcas a los demás.»

Esto último, sobre todo, para el ambiente español enrarecido, es de una oportunidad magnífica. Aquí, cuando brota algo nuevo, aunque proceda del centro mismo vital de las gentes, se le ahoga en ridículo. Se le combate con el ridículo. Pero, ¡ah, viejos peces contumaces! Las falanges jóvenes de LA CONQUISTA DEL ESTADO vienen inmunizadas para el ridículo. Con careta eficaz y resistente.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

La colaboración en la propaganda

Algunos buenos ángeles inocentes han creído una ligereza el hecho de que hayamos incluido como colaboradores en un prospecto -sin consultarles definitivamente- algunos nombres de nuestra charca literaria.

Nuestra Revista buscaba dos tipos de colaboraciones: y las ha encontrado las dos.

Uno es el de las plumas perfectamente respetables, claras, directas, que no podían hacer traición a nada. Que no podían sentirse comprometidos en el manejo de ideas. Porque las ideas, cuando son sinceras, son también valientes y acuden a todos los campos, aun a los no coincidentes. Aun a los enemigos.

Y otro es el de aquellas gentes que en vez de ideas tienen sólo gritos. Y sus gritos eran lo que buscábamos. Sabíamos de antemano su protesta y la hemos buscado. Sabíamos de antemano su colaboración en la propaganda de introducir -gracias a sus gritos inocentes- nuestra Revista en medios que, de otra manera, hubieran permanecido herméticos.

Esta colaboración era la única que de ellos pretendíamos. Nos la han dado. No nos queda, pues, más que darles las más expresivas gracias por su importante servicio. Ahí es poco el crear el ambiente de hostilidad, de expectación y de irritación, en el que sólo podrán vivir quienes no quieren vivir en una charca de barro, como las ranas.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

La vida política

El Centro Constitucional

El señor Cambó vive desde hace unos dos años con la pequeña obsesión de gobernar. Se ha hecho así esclavo de unos problemas, preparando minuto a minuto el torpedeo de ellos. Pero los problemas de un país fluctúan, poseen elasticidad y no suelen respetar las fechas salvadoras. Cuando el señor Cambó pide el Poder y habla de sus soluciones para las dificultades de índole social y política que en España existen, deben acogerse sus palabras con la mejor buena fe, y creer, desde luego, que, en efecto, el señor Cambó ha estudiado con afán los problemas actuales de España.

Pero esto no es suficiente para seguir a un político. Un pueblo no puede entregarse a un político si no se le garantizan, a más de las seguridades presentes, las seguridades futuras. Estas últimas consisten en esa fidelidad y esa lealtad de los hombres a los destinos históricos de su país. Es un poco fatal y absurdo lo que en España acontece con los hombres públicos. Ninguno de ellos ha logrado desasirse de los imperativos de una hora, sin capacidad para orientaciones amplias y

continuadas. Y como de otra parte, es muy difícil que esa hora de cada uno coincida con la llegada al Poder, su actuación es siempre perturbadora, inactual. Es posible que en 1912 Melquiades Alvarez hubiera representado un valor en la gobernación de España. Es, desde luego, seguro que Cambó en 1920, ante los desequilibrios de la postguerra, hubiera estado al nivel de aquellos tiempos. Horas provisionales, un poco en filo de dos mundos.

Hoy, no. Ese Centro Constitucional se elabora con vistas al presente, sin aliento alguno de grandeza. Es un resorte artificioso de Poder, que se enfrentará con el problema de la peseta, el de la exportación frutera, la cuestión del trigo, etc.; pero como no le ampara el optimismo público ni ha de manejar las normas eficaces de autoridad que son hoy imprescindibles, quedará reducida su garantía de acierto a la incierta garantía que ofrezcan las personas.

¿Qué mito nacional de amplia envergadura va a ofrecer a estas muchedumbres hispanas, y cómo va a enderezar en estas horas críticas los afanes rebosantes del pueblo? Las fuerzas políticas que no lleguen provistas de alientos de esta clase, y sí sólo dispuestas a continuar la jornada mediocre, deben rechazarse como inmorales.

El problema de Cataluña

No podía faltar Cataluña en el coro de dificultades que hoy se presentan. Con su problema, con el suyo, en las horas mismas en que a España importan de modo fundamental las cosas más graves. Todavía no conocemos suficientemente en el resto de España las poderosas razones que obligan a Cataluña a desentenderse de los destinos nacionales. Pues las razones históricas, como todo el mundo sabe, prescriben, y las que tengan su raíz en el panorama actual de España son por completo ilegítimas.

Bien está que Cataluña afirme su derecho a poseer una cultura. A conseguir la eficacia de sus valores. Lo que no puede permitirse -y no se permitirá- es un impedir sistemático del hacer español. De igual modo que en el siglo XVI, vuelve hoy a adquirir sentido plenísimo la existencia de grandes pueblos. Existen tareas y realizaciones en esta época que sólo millones de hombres, a la vista de un entusiasmo común, pueden abordar. Todo anuncia hoy en el mundo una posible y radical vigencia de lo hispánico. En fracaso y huida las imposiciones triunfales de los últimos dos siglos, a cuya creación España no colaboró, está ahí de nuevo la hora española, y el momento de enarbolar las grandes decisiones universales puede llegar de un día a otro.

El problema de Cataluña es urgente que se liquide de manera definitiva. Sin que puedan volver a plantearse clamores de disidencia. Estaremos muy atentos a la solución que se prepara, y que es ya programa del actual Gobierno.

Mientras tanto, ¡alerta, españoles! *Hay grupos políticos en Cataluña que especulan de modo inmoral con las dificultades internas del Estado*. Esta denuncia que hacemos puede comprobarse con la máxima facilidad, y la creemos suficiente para poner en pie el vigor de la protesta.

El Consejo de guerra de Jaca

Vuelve de nuevo a Jaca la expectación española. Van a ser juzgados los ejecutores del movimiento revolucionario de diciembre. En presencia de este hecho, de esta apelación a la violencia, hemos de situar nuestros juicios con serenidad. Nada nos interesan los objetivos que se perseguían, pues cuantas veces sean precisas afirmaremos que no forman parte esencial de los contenidos revolucionarios de estos tiempos las cuestiones que afecten a las meras formas políticas.

(VISADO POR LA CENSURA) *

No andamos muy sobrados en España de esa capacidad revolucionaria a que aludimos para prescindir de los brotes que surjan. En buena hora sean llegados.

(VISADO POR LA CENSURA)

Nuestra indiferencia por las formas de gobierno es absoluta, y nos damos cuenta de los peligros de que un triunfo republicano significase algo así como otra restauración. España debe entrar en las vibraciones universales de hoy y no agotar sus energías persiguiendo ansias caducadas.

Pero esos hombres jóvenes de Jaca están ahí, como minoría esforzada y valiente, esperando los fallos militares. Si son auténticos revolucionarios, a ellos mismos no deben importarles mucho las sentencias. Si hay que morir, se muere, y nada más. Pero no se trata de eso. España ha de salvarse, y necesita del esfuerzo revolucionario. No para satisfacer rencores, sino para elaborar con toda lealtad las rutas hispánicas, para poner en circulación universal su potencia económica y la voz de su espíritu.

En cuanto se den cuenta los españoles del gran imperativo nacional y social que debe hoy obedecerse, esas cuestiones adjetivas de la monarquía o de la república quedarán en el lugar secundario que les corresponde. Esos hombres de Jaca no lo entendieron así, y sin más ni más querían traernos la República. El error es ingenuo, pero nada malicioso. Nosotros deseamos para ellos los castigos más leves que sean posibles. Y que se pongan al servicio de la Re

(VISADO POR LA CENSURA)

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

El despreciable pulpo extranjero en Tharsis

El pulpo del capitalismo extranjero continúa vorazmente chupando la poca savia de nuestra economía nacional. Despojo tras despojo, estruja y agota todas las posibilidades de rapiña. No se sacia con los suculentos dividendos ni con su influencia solapada en la política del Estado; aún interviene cerca del misérrimo trabajador español, exigiéndole servidumbres de tipo colonial. Tal ha sido la conducta de la dirección de la Compañía Minera de Tharsis (Huelva) al acordar últimamente el desahucio de 400 familias desamparadas, al arrojar -desde sus pocilgas al arroyo- a varios cientos de obreros despedidos, en represalia de una supuesta intervención en la organización de los Sindicatos.

La Compañía extranjera que explota a sus asalariados con los jornales más irrisibles y caciquea en el Ayuntamiento de Alosno (término municipal de las minas) y reparte a sus accionistas ganancias casi fabulosas, presenta a la opinión indignada la pueril excusa de la crisis en el mercado de la pirita. Nada puede excusarles de que en Tharsis -donde para mayor sarcasmo floreció la más antigua civilización española, la tartesia; donde vibró el espíritu nacional muchísimos siglos antes que los burgueses piratas se divirtieran en Londres o en París- se desencadenen persecuciones de esa índole contra la encadenada masa española. El ministro del Trabajo manifiesta que el atropello se ha detenido. No basta.

Queremos para el obrero español el máximo respeto y la máxima recompensa. Estas dos salvaguardias de la dignidad social son imprescindibles para su vida. Sin ellas, la Libertad que le brindan los demo-liberales-burgueses no deja de ser una broma de desocupados. Sin embargo, es evidente que estos demo-liberales-burgueses no podrán nunca conceder otra cosa. Pues están a merced de sus magníficos honorarios de abogados consultores de las empresas extranjeras. También es cierto que el Estado actual -el que enajenó las minas de Tharsis en cien millones de pesetas- es incapaz de nada justo ni nuevo.

Sólo nosotros, que hemos incorporado a nuestro programa la absoluta NACIONALIZACIÓN DE TODOS LOS YACIMIENTOS MINEROS ESPAÑOLES que están en manos extranjeras, podremos, en fecha muy próxima, asegurar a los trabajadores de España la satisfacción total de cuanto vienen reclamando, y es de justicia -no distributiva, sino imperial y civil- se le entregue en su día.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

El aniversario de Primo de Rivera

He aquí la ocasión primera que tenemos para hablar del general Dictador. No salvó a España. Hay que decirlo. Pero hizo cosas geniales que no pueden ser fácilmente olvidadas. Entre ellas, romper en mil pedazos las organizaciones viejas y empuñar en lo alto la bandera heroica de la acción.

Aquí, donde todo se disolvía en merengues blanduchos y en peripecias ramplonas, entronizo el coraje y el poderío auténtico.

En aquella farsa liberal del año 1923, podrida de Parlamento y de acechos cobardes, introdujo la pirotecnia de su uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas.

Nosotros le debemos la posibilidad de nuevos aires en el antiguo zoco nacional.

Primo violentó las libertades ciudadanas, según proclama a cada paso la patrulla imbécil del morrión.

Primo dio a los intelectuales de la espita la valoración que merecen, gente impolítica, ensoberbecida y cobarde, que todo lo posponen a su vanidad de circo.

Ninguna intervención tuvimos en la política de Primo de Rivera. Somos posteriores, llegados hoy mismo a la responsabilidad nacional. Le rendimos, sin embargo, un tributo casi admirativo. A la vista de la bazofia que hoy llega de nuevo. De las frases que vuelven a tener circulación. De los gestos que triunfan.

Hay que agradecer a Primo su ponerse ahí, espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña. En medio de la charca burguesa que toma chocolate y fuma puro todas las tardes en el café. En medio del ambiente antiheroico y lechuzo de los señoritos liberales que pasean.

El año próximo, en este mismo día, diremos más cosas de Primo de Rivera. Hombre que merece los recuerdos. Hombre que no resolvió nada, que fracasó en todo, pero que tuvo la magnífica iniciativa de vocear y hacer contra todos los viejos valores que aquí se adoraban como mitos.

Vamos nosotros adelante. Y ahí queda Primo de Rivera, imperfecto y magnífico, como dando que hacer a la miopía abogadesca de turno, que sigue las huellas de su espada por el articulado de la vieja Constitución.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

La hora de la verdad

La plañidera de don Luiz de Zulueta, cual un Jeremías valetudinario, ha gimoteado sobre el arpa celestial de su periódico, agüeros y lamentaciones. Poco nos importarían las lágrimas del melifluo profesor reformista, si no las acompañase de un retintín de calderilla falsa: «Nada se renueva. Todo sigue igual en la vetusta mansión del Estado... La hora no suena.»

Porque es evidente el encharcamiento de nuestra historia, nosotros escribiríamos con mayor sinceridad, historieta contemporánea, y son conocidísimas las ocasiones desaprovechadas para cambiar el rumbo y la estructura del Estado español, no dejaremos la retórica zuluetesca sin su correspondiente comentario.

Ni la palabra ardiente de Joaquín Costa, *ni el verbo inflamado* de Nicolás Salmerón, ni el proceso de Ferrer, ni el nacimiento del partido reformista, ni el triunfo de los aliados, ni la Asamblea de parlamentarios, ni la Comisión de responsabilidades, ni la derecha liberal republicana, ni el mismo señor Zulueta, aprovecharon nunca la coyuntura revolucionaria con el fin de apoderarse del Gobierno e imponer desde allí su triunfo y su razón. La culpa de tanto fracaso repetido no debemos atribuirla a las derechas. Que tuvieron acaso el espíritu animal de saber lo que querían, y así maniobraron en la lucha política. Todo el remordimiento de la derrota ha de caer sobre las falanges izquierdistas, quienes confiaron sus mandos y su destino a jefes venerables, inútiles y caducos. Cuya ancianidad y compromisos anteriores eran una barrera para cualquier acción radical y eficaz. Mediatizados los impulsos de revuelta española por la más solapada marrullería de los viejos santones, no ha sido posible aún en nuestro país la actuación desligada y responsable de un grupo de jóvenes. Carlos Marx percibió agudamente esa incongruencia nacional, que pone siempre a la cabeza de todo movimiento rebelde los derechos pasivos y el sagrado escalafón de reservistas.

Señor Zulueta: la hora de la verdad no ha sonado ni esperamos que suene todavía. No sonará, mientras al revés de las tribus salvajes africanas, donde los jóvenes cumplen el deber religioso y

piadoso de devorar a los viejos, en España continúen los espíritus seniles -como usted y compañía- devorando o mistificando a la juventud.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

Guía de descarriados 1. Don Luis Recasens Siches

¿No lo creían ustedes? Pues, sí. El primero en llegar, muy adelantadito en la procesión descarriada, es este don Luis. Nos presenta sus seis folletos, y reclama un lugar en este sitio. Que nosotros, muy gustosos, le concedemos.

-Es el caso -nos declara- que me he torcido un poco, pero no me va del todo mal. Hay por ahí veredas descarriadas que son un primor. Ya ven: por una alcantarilla me introduje en la Universidad de Santiago. Otros venían en aviones, como flechas, pero se quedaron en la mitad del camino. No hay como descarriarse para llegar antes que nadie. Después, de flor en flor, hasta Valladolid, donde ustedes me han encontrado, y casi casi haciendo la maleta para Madrid, porque se lo diré al oído: quiero ser en Madrid catedrático de Filosofía del Derecho. ¡Oh! Esta es la ilusión de mi vida, el eje de mi eje, mi razón de ser. Tengo esperanza de que uno de los primeros decretos de la República conservadora ordene y mande mi traslado.

-¡Pero, hombre!

-Sí. Desde que don Niceto hizo posible la República conservadora, católica, burguesa, yo me hice republicano. Busco las perspectivas de futuro. Soy de la derecha liberal republicana, sección centro izquierda, un poco inclinado a la derecha.

-¡Caramba, que topografía!

-Es la complejidad de los tiempos. Hay que acostumbrarse. Esas son mis coordenadas, las mías. Ante todo, el fondo insobornable, sagrado, de la persona. *Mi vida*, como dice mi divino maestro Ortega. El liberalismo es una gran sugerencia. Hoy por hoy, en España hay que ser liberal. ¡Qué bien, qué cómodo resulta esto de ser liberal! Todo está hecho, y yo necesito mi tiempo para otras cosas. Por ejemplo, leer a Kelsen. Es un demonio. Hay días que le dedico veinte horas, y nada. Me reconozco un poco tosco, sin alcanzar los quilates necesarios, pero no tengo otro remedio que seguir adelante. Sin él, no hay cátedra en la Central. Confieso que aquello del personalismo me resultó un poco deficiente y camelítico, pero me consuelo al pensar que muy pocos se dieron cuenta.

-Bien, bien. ¿Es usted católico, don Luis?

-Desde luego. Aunque en las oposiciones se movilizaron contra mí cincuenta y siete obispos. Me interesa decir esto. Claro que por otra parte tengo mis enlaces secretos con los frailes, pero a nadie le importa. Mi confesor es el padre Bruno Ibeas. Todo a mayor gloria de la *Rechtswissenschaft*.

-¿Hombre de acción?

-¡Claro! Cuando la penúltima huelga de estudiantes dirigí en Santiago las operaciones de la F.U.E. Pues no hagan ustedes caso de las malas lenguas que dicen que me fugué a La Coruña y me hacía visible todos los días al gobernador para hacer resaltar mi inocencia. ¡Eso es una calumnia!

-¡Pero usted es un descarriado! Lo hemos encontrado *in fraganti*, haciendo su hoyito de salvación al borde del camino. Esto no lo negará. Vamos, anímese y díganos con franqueza sus errores. Un poco de buena fe, hermano. Todo ha de llegar; hasta esa cátedra.

-¿De veras? Pues se lo diré todo. Me acuso de ser viejo liberal, aunque ya sé que eso es marcha atrás. ¡Pero cómo aplauden los ateneístas! Hay que subir, hay que subir. Después... todo lo que ustedes quieran. Me acuso de odiar un poco a Ortega, a pesar de amarlo tanto. No puedo vivir sin él, sin el maestro, aunque no se me oculta que se ríe de mí y no me toma en serio. Necesito un nombre, y hay que sacrificar a eso todos los pequeños desprecios. Me acuso de no comprender a Emil Lask, pero mi buena voluntad de comprender es innegable. Me acuso de grave delito de pedantería. Es cierto que mi lenguaje está esmaltado con frecuencia por palabras germanas. Hay que distinguirse de la plebe ignorante. Ya le hago bastantes concesiones con ser republicano de don Niceto. Me acuso de haber gestionado y obtenido de esos luteranos de la Junta de Ampliación cinco pensiones para

estudiar en el Extranjero. Se dice que acaparo las pensiones. Pero dense cuenta de que es preciso facilitar a los pocos genios que han sido -que somos- su formación. No que haya muchos pensionados, sino pocos, los mejores. Y, por último, me acuso -pero, ¡por Dios!, no lo diga- de no haber leído entera la «Crítica de la razón pura.»

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

¡Atención a Francia!

En la palabra de Raúl Follereau, durante su visita a América, no se encierra ningún anhelo de cordialidad cultural con las Repúblicas hispanas, sino el deseo que Francia ha tenido siempre de suplantar la cultura española y de ejercer la tutela espiritual en los Estados americanos, así como Inglaterra y los Estados Unidos han pretendido ejercitar allí su sistema económico burgués. Nada más que este deseo es la causa de que Francia regale a Argentina doce bibliotecas de obras francesas y que continúe esta labor en otras poblaciones del continente colombiano.

Frente a esta invasión de capitales extranjeros y de idearios extraños a los nuestros, la juventud hispanoamericana trataba hace unos años de dilucidar -mediante fútiles polémicas literarias- si la sede pontificia de su cultura radica en Madrid o en Buenos Aires; pero muy bien pudiera suceder que la Roma de nuestra cultura pasase a París si continuasen estas campañas de propaganda a nombre de una ridícula «Liga de una Unión Latina» que nada tiene de común, por su espíritu, ni con España ni con América, ni aún con alguna de las naciones latinas, a no ser con la misma Francia del paneuropeísmo y de la galización de la Europa meridional.

Y ante la «Obra del libro francés en el extranjero», burgués y pseudo-imperial, debe existir, como valladar infranqueable, la de todo joven hispano, marxista o imperial, para construir el imperio de nuestra cultura, que nos lleve al predominio del mundo.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

Águila inglesa

Legítima *Eagle*, de garras inteligentes, plumaje ultramarino y otear presagioso. En la Gran Bretaña, todavía enfeudada a los lores y a las pelucas de sus jueces, ha partido el horizonte, después de sus vuelos; las dos mitades de la vida pública serán tercamente irreconciliables: Sir Oswald Mosley, el yerno de lord Curzon, el ex *príncipe del partido proletario*. Mosley lleva con arrogancia esta cesantía, que la mediocridad puritana de los burócratas laboristas se empeña en recordarle a diario. Su fuerte intuición política y su desmedida capacidad de capitán de hombres se ahogaba en las minuciosidades chinchorreras con que MacDonald y otros líderes pretendían resolver los tremendos problemas que acogotan al Imperio. Como secuela de la última guerra europea, el paro forzoso no es un latiguillo retórico de las oposiciones. Surgen los remedios y los planes de reajuste de la economía; pero cada hora, la unidad del pueblo inglés, la unanimidad de todos los partidos ha muerto. Los lectores pierden la fe en la política, en los partidos; aumenta, en cambio, la esperanza en el *hombre fuerte*. En el taumaturgo que acertara a resolver el endiablado conflicto de los salarios, dominios, minería, etc. Sir Oswald Mosley, en 1918, diputado conservador -luego de haberse batido en las trincheras del Continente- a los veintidós años. Disidente de sus filas en 1923. Diputado laborista en 1926, ministro en 1929, acaba de segregarse del Labour Party y lanzar a la atmósfera archiconservadora de la isla el reto y el ademán brioso de una heterodoxia. No más fórmulas pseudo evangélicas de Míster MacDonald. No más componendas de Lloyd George -ese conde de Romanones británico-. No más

malos humores de Snowden. Claridad, máximo afán de claridad, de deslindar lo turbio y lo chabacano. De un lado Maxton, el ala izquierda de los laboristas, lindando casi con Moscou. De otra parte, Mosley, a quien se le ha motejado en seguida de Hitler inglés, de caricatura reaccionaria. Pero que, sin duda, presenta sobre su actualísimo programa nacional socialista -envolvente de conservadores, liberales y laboristas; aspira a conquistar cuatrocientos diputados; se dirige, sonriente, a los campesinos, a los obreros, a la clase media- la más concentrada voluntad de que no decline la ambición, el coraje y la fuerza de los sempiternos aguiluchos del Reino Unido.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- Marzo - 1931)

El nacionalsocialismo alemán. El partido de Hitler

La elecciones alemanas del 14 de septiembre de 1930 popularizaron por el mundo Las fuerzas políticas que acaudilla Adolfo Hitler. Fue el suyo un triunfo tan inesperado para los que desconocían la capacidad de propaganda y agitación del bloque nacionalsocialista, que por algún tiempo constituyó el eje de todos los comentarios sobre política internacional. De doce diputados en 1928, pasó a ciento siete en las elecciones a que nos referimos.

El nacimiento del nacionalsocialismo en su forma definitiva tiene lugar en febrero de 1920. Lo fundó Hitler con el nombre de *Nationalsozialistiche Deutsche Arbeiter-Partei*. Es, pues, un partido de postguerra, a base de ideales de revancha, exaltación nacionalista y propaganda antisemita.

El éxito entre las masas ha sido de tal naturaleza, que acontece el hecho inexplicable de que en una época como la actual, donde la posición económica de las gentes polariza los ideales políticos, el nacionalsocialismo tenga adeptos entre la alta burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado.

Programa del partido

Copiamos a continuación el programa inicial, al que cabe adscribir buena parte del triunfo. Naturalmente, un partido revolucionario como éste posee en alto grado desarrollada su capacidad oportunista, y no hay que esperar una fidelidad exagerada a sus artículos.

El programa, tal como se publicó en München el 24 de febrero de 1920, dice así:

«El programa del partido nacionalsocialista alemán es temporal. Reside en los jefes la facultad de trazar al partido nuevos fines, una vez que éstos sean alcanzados.

1.º Pedimos la unión de todos los alemanes, a base de una democracia del pueblo que haga posible la gran Alemania.

2.º Exigimos para Alemania los mismos derechos de que disfrutan los demás pueblos, y, por tanto, anulación de los Tratados de Versalles y San Germán.

3.º Exigimos campo y territorios (colonias) para la alimentación de nuestro pueblo y expansión del exceso de población.

4.º Sólo podrá ser ciudadano alemán el alemán nativo, racial. Sólo se considerará alemán racial al que tenga sangre alemana, sin referencia alguna confesional. Ningún judío puede, por tanto, ser de nuestra raza.

5.º Quien no sea ciudadano alemán sólo podrá vivir en Alemania a título de huésped y sometido a la ley que regule la vida de los extranjeros.

6.° El derecho a influir en la orientación y en las leyes del Estado es privativo del ciudadano. Por tanto, exigimos que cualquier empleo público, sea el que sea, del Imperio, ciudad o Municipio, esté desempeñado por ciudadanos alemanes.

7.° Exigimos que el Estado se comprometa a proporcionar trabajo y medios de subsistencia a los ciudadanos. Si no fuera posible la alimentación de toda la población debe expulsarse a los extranjeros.

8.° Debe evitarse la inmigración de no alemanes. Exigimos que los inmigrados no alemanes desde el 2 de agosto de 1914, sean inmediatamente expulsados del país.

9.° Todos los ciudadanos deben tener los mismos derechos y obligaciones.

10.º El primer deber de todo ciudadano consiste en trabajar, intelectual o físicamente. La actividad del individuo debe desenvolverse dentro de los intereses de la colectividad.

Para ello exigimos:

11.º Suspensión de los ingresos que no reconozcan por origen el trabajo. No más explotación y servidumbre.

12.º Teniendo en cuenta los enormes sacrificios en vidas y dinero que la guerra cuesta al pueblo, todo enriquecimiento personal debido a la guerra debe considerarse como un delito contra el pueblo.

13.º Queremos la nacionalización de todos los *trust*.

14.º Exigimos la participación en las grandes explotaciones.

15.º Deseamos protección segura para la vejez.

16.º Deseamos que se forme una clase media sana; que sean municipalizados inmediatamente todos los grandes consorcios y alquilados a bajos precios a los pequeños comerciantes, teniendo sobre todo en cuenta a los industriales que abastezcan al Estado y a los Municipios.

17.º Exigimos una reforma del régimen agrario que se acomode a las necesidades nacionales; creación de una ley de expropiación de terrenos en beneficio de la colectividad. Anulación de la contribución territorial y la especulación de terrenos.

18.º Exigimos lucha implacable contra aquellos que, por su actuación, perturben los intereses de la colectividad. Pena de muerte para los usureros y explotadores del pueblo.

19.º Pedimos que se sustituya el Derecho romano por un Derecho colectivo alemán.

20.º El Estado proporcionara medios a todos los alemanes capacitados de lograr una cultura superior y poder ocupar puestos directivos. Los planes de enseñanza de todos los establecimientos docentes han de acomodarse a las necesidades de la vida práctica. La idea del Estado debe explicarse en la escuela a los niños al tener uso de razón. Los niños pobres capaces y aptos para el estudio deben ser auxiliados por el Estado.

21.º El Estado se ocupará de modo preferente en la sanidad pública, protegiendo a las madres y niños, favoreciendo la cultura física del pueblo por medio de leyes que hagan el deporte y la gimnasia obligatorios y ayudando de un modo decidido a las sociedades y corporaciones que fomenten el desarrollo físico de la juventud.

22.º Pedimos la desaparición de las tropas asalariadas, y la formación, en su lugar, de un ejército del pueblo.

23.º Exigimos sea perseguida de modo implacable por la ley la mentira política intencionada. Y para posibilitar una Prensa alemana pedimos:

a) Que todos los redactores y colaboradores de los periódicos que aparezcan en lengua alemana sean ciudadanos alemanes.

b) Los periódicos no alemanes han de estar por completo de acuerdo con el Estado. Y no podrán imprimirse en alemán.

c) Prohibición de que los no alemanes influyan económicamente o idealmente en los periódicos. La infracción debe castigarse con la suspensión del periódico y la expulsión inmediata del interesado.

Debe prohibirse toda publicación que perjudique el bienestar público. Lucha contra las tendencias artísticas o literarias que produzcan efectos desintegrales en la vida de nuestro pueblo.

24.º Queremos libertad para toda clase de creencias religiosas dentro del Estado, siempre que no supongan un peligro o estén en oposición a las costumbres y moral de la raza germana.

El partido en sí es positivamente cristiano, sin puntualizar una creencia determinada. Luchará contra el espíritu materialista judío, convencido de que la salvación de nuestro pueblo llegará a la base del siguiente principio: el bien comunal antes que el bien individual.

25.º Para la realización de todo esto, queremos la formación de un Poder central del Estado. Autoridad del Parlamento político central sobre el resto del Estado y su organización. Formación de Cámaras corporativas y profesionales para su actuación dentro del margen que permita el Estado.

Los directores del partido prometen poner en juego todos los medios que sean precisos, incluso sus propias vidas, para llegar a la realización de los Puntos anteriormente expuestos.

München, 24 febrero 1920.»

El ejército del tercer imperio

Los nacionalsocialistas han organizado un ejército numeroso que tiene la doble finalidad de constituir unas falanges revolucionarias y ser, después del triunfo interior, el verdadero ejército del pueblo. El que hará posible un tercer imperio germano. Su organización sigue en todos los detalles al viejo ejército prusiano.

La unidad más pequeña es el *grupo*, de tres a dieciséis hombres. Varios grupos forman la *Trupp* (banda, cuadro), que corresponde a la *Compañía*.

Cuatro o cinco Trupp forman un *Sturm*, el cuerpo de asalto, que equivale al Batallón. Otros tantos Sturm forman el Estandarte, o sea el Regimiento. A cuyo frente hay un jefe auxiliado por un adjunto. Cada Estandarte tiene, naturalmente, secciones de música y sanidad. Los Estandartes de una comarcación se reúnen en un *Gausturm*, y éstos pueden dividirse en brigadas.

Existen cinco inspecciones del ejército, cuyo control corresponde al inspector general de los ejércitos.

Las fuerzas van rigurosamente uniformadas y las relaciones entre jefes y subordinados se atienen siempre a la disciplina militar. Además de los cuerpos normales, hay los grupos de *Schutzstaffeln*, que vienen a ser la *élite* del partido, de veintitrés a treinta y cinco años, y miden 1,70 metros como mínimo. Son los S.S. Para entrar en ellos ha de haberse estado un año en el otro ejército y tres años, por lo menos, en el Partido.

Por el modo como este gran ejército nacionalsocialista se ha formado, no parece tenga mucha eficiencia en el caso de una guerra, pero sí, en cambio, para una movilización revolucionaria. Aun así, los jefes, como se ha visto, no se determinan al *Putsch* sin la garantía de que el ejército oficial permanezca en neutralidad.

Actuación del partido

El partido de Hitler es, desde luego, un partido popular que moviliza grandes masas. Para ello, agita las cuestiones sociales con una intrepidez y una precisión notables. Las dificultades económicas de la postguerra, de un lado, y de otro, las ideas sentimentales de grandeza y de revancha, unidas al odio racial contra los judíos, han obrado el milagro.

La campaña antijudía había sido emprendida en Alemania antes del nacionalsocialismo por Rosenberg. Este hacía sus campañas en *Volkische Beobachter* (El observador popular). En 1920 compraron este periódico los nacionalsocialistas, convirtiéndolo en órgano del partido, y además Hitler encontró en Rosenberg un valioso e íntimo colaborador. El arquitecto Rosenberg es el gran optimista del partido, y dispone de una fantasía demagógica eficacísima.

El nacionalsocialismo dispone relativamente de pocos periódicos. En 1930 se publicaban doce diarios, treinta y cuatro revistas semanales y un periódico ilustrado. Estas cifras son irrisorias si se comparan con los 170 diarios de que disponen los socialdemócratas. El de más circulación y autoridad es el antes citado, *Volkische Beobachter.*

Las fuerzas de Hitler, si tienen pocos periódicos, realizan, en cambio, una propaganda directa, de mitin, no igualada por nadie. Desde Hitler -que es un magnífico y genial orador- hasta el último nacionalsocialista, todos muestran gran preferencia por los mítines populares. Estos actos aparecen incluso como uno de los capítulos más importantes de ingresos del partido. Las entradas valen desde 0,50 hasta 2 marcos. Y en alguna ocasión, hablando Hitler, se han llegado a pagar hasta 10 marcos.

La actuación de los nacionalsocialistas es revolucionaria. Tienden a una estructura del Estado radicalmente distinta de la actual. Mejor dicho, a la edificación del Estado alemán. Bien es cierto que en los últimos meses los jefes afirman una actuación legal, y sobre esto deben tenerse en cuenta unas frases del doctor Goebbels, escritas en *Dar Angriff* (Sic.) el 18 de febrero de 1929: «Un revolucionario debe hacerlo todo... Empero, tendrá sumo cuidado en que al desencadenar pasiones volcánicas, despertar cóleras, poner en marcha masas de hombres, organizar odios y desesperaciones, lo efectúe con frío cálculo, un poco, por decirlo así, con medios legales; proponerse esto es lo que distingue al auténtico revolucionario del falso.»

Normas para la estructura del Estado

Las líneas generales del hitlerianismo para la elaboración del Estado siguen la actual tendencia postliberal. Tienden a la eficacia, y reclaman la desaparición de las instituciones fracasadas. La organización interna del partido y el tono de las arengas indican clarísimamente una preferencia por el régimen de dictadura. En las propagandas de Hitler hay un notorio afán por exaltar las decisiones de la

personalidad responsable. Frente a las decisiones de las mayorías, la decisión personal de un hombre. Del Dictador.

Forma de gobierno. Son totalmente indiferentes a la forma republicana o monárquica, aunque el hecho de actuar frente al régimen actual y la necesidad de combatirlo les haya hecho parecer antirrepublicanos algún tiempo. En aquellos de su contacto con Huggenberg.

A este efecto, dice Hitler: «La mejor forma del Estado será aquella que de modo más seguro dé significación rectora a la cabeza más sobresaliente de la comunidad.»

Y dice también Goebbels: «El Estado será nuestro Estado, y lo configuraremos según nuestros principios.»

El nacionalsocialismo tiende a la supresión del Parlamento político. En su lugar, la creación de un organismo -*Standeparlaments*-, con finalidad exclusivamente económica. Una asamblea corporativa o de profesiones.

Además, un Senado compuesto de 200 personalidades -la *élite* del pueblo- vitalicias para auxiliar al Dictador.

En cuanto al carácter federativo o unitario del Estado, debe tenerse en cuenta el punto 25 del programa. Ahora bien: no ha de olvidarse que el nacionalsocialismo tiende a la integración del imperio germano. A constituir por vía natural la Gran Alemania. Para lo cual se desea y se pide la completa libertad de los pueblos.

Programa social y económico

Es uno de los sectores más confusos del nacionalsocialismo. Ha influido, desde luego, su actitud en el desarrollo de la crisis económica alemana de postguerra. Desde la inflación hasta los compromisos internacionales últimos; por ejemplo, el plan Young. En su programa económico hay una mezcla de influencias marxistas y de oportunismo sentimental. Todo ello indudablemente bien trabado en unidad orgánica, pues los nacionalsocialistas saben muy bien lo que quieren y cómo lo quieren.

Hay, en primer lugar, una preocupación contra el capital financiero internacional, que contrarrestan valiéndose de su nacionalismo económico. Aquí debemos hablar del *Zinsknechtschaft*, gran concepto del economista Feder, voz especializada del nacionalsocialismo. Feder da a ese concepto el de ser la clave de una situación económica de un pueblo que está libre del influjo nefasto de la alta banca judía.

Para ello, se recluyen en la economía del Estado, confiriéndole la posibilidad que niegan a las economías privadas: *Geld machen*. Hacer dinero.

En cuanto al problema agrario, van a la expropiación de las tierras, buscando la máxima eficiencia en la explotación.

Los hombres del nacionalsocialismo

En primer lugar, Hitler. Es su artífice innegable. Su energía y sus propagandas han dado al partido eficacia y cohesión. Nació en 1889, y tiene, por tanto, cuarenta y un años. Está, pues, en su plenitud física y tiene la adhesión ciega de sus partidarios. Es de padre austríaco y madre checa. Intervino en la guerra europea en los ejércitos alemanes y posee amplia capacidad de organizador. Es un orador sobresaliente y preciso que triunfa ante el pueblo de un modo rotundo. Si estuviese en el Reichstag, no cabe presumir hasta dónde llegaría la eficacia de sus intervenciones.

Otro hombre del nacionalsocialismo es Goebbels, el Doctor. Jefe del grupo parlamentario en el Reichstag. Goebbels organizó triunfalmente en Berlín el nacionalsocialismo. Es hombre de increíble juventud, treinta años, de oratoria simpática, que lleva a las campañas agitadoras su perfil preciso de doctor joven en Humanidades. Contaba diecisiete años al terminar la guerra, y estaba ya movilizado, sin que tuviera luego que ir al frente. En 1926 fundó en Berlín el primer Comité del partido con 400 miembros. Hombre frío y sistemático, pueden suponérsele ambiciones hondas. Ya se habla de posibles -creemos que imposibles- rivalidades con Hitler.

Por fin, se habla y no se termina de los orígenes financieros del nacionalsocialismo. Preferimos no hablar de esto, aunque lo hagamos en otra ocasión, pues los datos y las cifras circulan.

(«La Conquista del Estado», nº 2, 21- marzo - 1931)

NUMERO 3. 28 Marzo 1931.

¡En pie de guerra!

Las falanges jóvenes de LA CONQUISTA DEL ESTADO combatirán, armas en mano si es preciso, la anacrónica solución que ofrece la ancianidad constituyente.

¡¡ABAJO LOS LEGULEYOS!! ¡¡VIVA LA ESPAÑA JOVEN, IMPERIAL Y REVOLUCIONARIA!!

De nuevo los vejestorios del bloque desactualizan la actualidad con su fórmula ramplona. Hay que acabar con ellos. Un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota. ¡Queremos y pedimos sinceridad a nuestro pueblo!

Queremos y pedimos semblantes heroicos. Nada de farsa. Nada de concesiones. Es inútil confundir el sentido de la dificultad española. Es la pugna de la España de los jóvenes con la España de los viejos.

Queremos organizar una liga joven -hombres de veinte a cuarenta y cinco años- que impongan violentamente su política. Si hay elecciones deben votar sólo los españoles comprendidos en esas edades.

Nada nos interesa la Monarquía ni nada nos interesa la República. ¡Cosa de leguleyos y de ancianos!

Nos interesa, sí, elaborar un Estado hispánico, eficaz y poderoso. Y para ello seremos revolucionarios. ¡No más mitos fracasados! España se salvará por el esfuerzo joven.

Queremos y pedimos un Estado de radical novedad. Una nueva política. Una nueva economía. Una cultura de masas. Una nueva estructuración social. La entrada definitiva en los tiempos actuales.

¡Fuera el viejo liberalismo burgués y cochambroso! ¡Abajo el radio corto de la mirada corta!

Queremos y pedimos una ambición nacional.

Queremos y pedimos lealtad a nuestros alientos hispanos.

Queremos y organizaremos una fuerza política, de choque revolucionario, que lleve al triunfo los nuevos aires.

¡Ni el más leve pacto con los traidores!... Han fracasado y fracasarán, llevándonos, si pudieran, a la ruina y al hundimiento hispánico.

Requerimos el esfuerzo joven para impedir estas vergüenzas. ¡Acudid! Pero sabiendo lo duro de las jornadas que se avecinan, el temple y la temperatura alta que es preciso alcanzar. ¡Los débiles y los cobardes, que no vengan! ¡Que se queden con sus novias, con sus mujeres o con sus llantos!

Hay que estar al nivel de los tiempos. De cara a las auténticas dificultades. Sin eludirlas cobardemente ni falsearlas con retórica.

¡¡VIVA LA ESPAÑA JOVEN, IMPERIAL Y REVOLUCIONARIA!!

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Nuestra batalla. Frente al comunismo

Teníamos que ser nosotros, surgidos de lo más hondo del coraje hispánico, fieles a nuestra época, con un programa postliberal en cada mano, quienes con mejor eficacia combatiésemos la sociedad y el Estado comunistas.

Odiamos el espíritu liberal burgués, trasnochado y mediocre, pero nuestro enemigo fundamental, aquel cuyo mero estar ahí significa siluetearse el combate con nosotros, es el comunismo.

Frente al comunismo, con su carga de razones y de eficacias, colocamos una idea nacional, que él no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto.

El comunista es un ser simple, casi elemental, que acepta sin control unas verdades económicas no elaboradas por él y da a ellas su vida íntegra. El fraude que realiza de ese modo trasciende de su orbe individual para convertirse, si triunfa ese sistema, en el fraude total de un pueblo que deserta de sus destinos y juega al peligro del caos.

No puede esto tolerarse. Nosotros aceptamos el problema económico que planteó el marxismo. Frente a la economía liberal y arbitraria, el marxismo tiene razón. Pero el marxismo pierde todos sus derechos cuando despoja al hombre de los valores eminentes. Y le señala un tope minúsculo, que detiene sus impulsos. Los partidos socialistas de todo el mundo resuelven esas limitaciones recayendo en el viejo liberalismo que ellos vinieron precisamente a destruir y superar.

Los partidos comunistas, en cambio, aceptan todas las consecuencias, y creen que el marxismo es capaz de asumir todos los mandos. Pero un pueblo es algo más que un conglomerado de preocupaciones de tipo económico, y si de un modo absoluto se hacen depender de los sistemas económicos vigentes los destinos todos de ese pueblo, se recae en mediocre usurpación.

Tienen lugar hoy en la historia hechos radicales que tienden precisamente a la defensa y exaltación de esos valores supremos que el comunismo aparta de su ruta. Nosotros andamos en la tarea de resucitar en España un tipo así de actuación pública.

Porque los momentos españoles de ahora son tremendos y decisivos. Se quiere conmocionar al país para una Revolución de juguete, y se dejan a un lado los motivos revolucionarios de carácter social e histórico que son la médula de las revoluciones. ¿Qué se pretende con eso? España debe ir, sí, a una Revolución. Pero auténtica y de una pieza, a realizar cosas de alto porte y a expresar su voz en el hacer universal.

Para ello hay que abordar, no eludir, las cuestiones de tipo social. Entregarse a ellas. Acabar con las crisis agrarias. Reglamentar y articular la producción industrial. Pero de cara. A la vista de los intereses supremos del Estado.

Hay que hacer una revolución en España para estimular al pueblo a que de una vez se ponga en marcha. Al servicio, como hemos repetido y repetiremos, de una ambición nacional. Todo lo demás, las algaradas y los conatos revolucionarios para copiar las gestas viejas de nuestros abuelos, son despreciables e inmorales entretenimientos de un sector de burgueses, despreciables e inmorales.

Todos esos caprichos de los burócratas de espíritu corto no nos importarían nada si no significasen el abrir y cerrar de ojos de la fiera comunista. Que está ahí, contra lo que creen los miopes.

Y podemos decirlo con valentía. Preferimos, desde luego, un régimen soviético al predominio imbécil de la patrulla del morrión. Si no creyéramos con firmeza que triunfará hoy en Occidente -y particularmente en España- el espíritu nacional y social que propugnamos, nosotros desertaríamos. A los gritos huecos y a las majaderías solapadas de la mediocridad liberaloide preferimos el sacrificio heroico del comunista, que por lo menos se encara con el presente y trata de realizar su vida del mejor modo que puede.

Frente al comunismo no hay sino una fidelidad de cada gran pueblo a sus destinos. Entregarse a la época sin temores, aceptando lo que exige de heroísmo, de lucha y de lealtad.

Frente a la empresa comunista cabe la empresa nacional. El hundir las uñas en el palpitar más hondo. El sentirse llamado a la genial elaboración de elaborar humanidad plena.

(«La Conquista del Estado»), n. 3, 28 - Marzo - 1931)

El grito de nuestra acción

Algunos pobres majaderos buscan al título de nuestro periódico alusiones pequeñitas. LA CONQUISTA DEL ESTADO, dicen, equivale a la conquista de la nutriz presupuestaria. Nada más. Eso dicen los que están muy conformes, porque ya lo han conquistado de esa manera.

Muy pronto hablaremos de estas cosas, porque en España estamos llenos de «conquistadores» de ese linaje. ¡Oh, la gente liberal! Esos que reclaman libertades del Estado. Esos que desean podar al Estado todos sus resortes. Esos que hablan y no acaban sobre las limitaciones del Estado. Que no quieren que les moleste el Estado. Pero... que les parece muy bien una cosa del Estado: su capacidad para dar sueldos y prebendas.

¡Conocemos cada liberal con seis, ocho y diez sueldos cada uno!

Nosotros, en cambio, vamos a la conquista del Estado con otros objetivos. Vamos en busca del solar del Estado. Para elaborar un Estado, el Estado hispánico. Hoy tembloroso y en zigzag. Esto es, conquistado por las vulpejas liberales. Burócrata y rapaz. Abesugado y mediocre.

¡Ya lo creo! A la conquista del Estado. Tiene esta frase otros sentidos más profundos. De raíz hondísima, que no es ésta ocasión de destacar. Que los aludidos a quienes se encaminan estas notas no comprenderían.

Gracias al Estado, a un Estado, somos entes políticos. Sin él, seríamos cualquier cosa, pero no personas políticas con unos derechos y unas libertades. Con un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro. Con algo que hacer en común unos con otros.

Pero, repetimos, estas son razones que no se les alcanzan a los cerebros de corcho que andan por ahí. Esos que cobran ocho sueldos y piden libertad. Libertad para eso, claro, y no disciplina ni deberes que trasciendan sus egoísmos cazurros.

Más sobre esto hemos de hablar largo, muy largo.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Los sucesos últimos

Una cosa hay desde luego en la actitud de los estudiantes que merece nuestro elogio radical. Su apelación a la violencia. Aquí, en España, donde las frías temperaturas han sido en los últimos veinticinco años norma de las actuaciones políticas, ese gesto heroico de no cerrar los ojos al disparar una pistola, hay que cultivarlo como merece. Habíamos perdido un poco, por exceso de apagamiento y cobardía, esas ejecutorias del valor, y en buena hora sean llegadas de nuevo.

Junto a los grandes peligros están las victorias magníficas. Si queremos para España en los próximos años realizaciones de tipo valioso, ha de ser preciso equiparse y dar cara a estos acontecimientos, que nunca son síntoma de debilidad popular. No seremos nosotros quienes reprobemos la violencia que por ahí circula.

Ahora bien; frente a los gritos que se pronuncian por unos y otros, proclamamos una vez más que no nos identificamos con ese pleito. Resuélvase como se quiera. De cualquier modo nos parece bien. Nosotros nacemos para otra cosa. Nuestra fuerza tendrá muy otro sentido que el de defender la Monarquía o la República. Esta actitud, que muy pocos grupos defienden en España, la creemos necesaria y urgente.

Asistimos ahora a una movilización universal en torno a dos ideas y actuaciones polares. O con una o con otra. Este es el verdadero problema. LA CONQUISTA DEL ESTADO se reafirma antiliberal y antiburguesa. Pero, sobre todo, se reafirma anticomunista, antisoviética; se reafirma exaltadora de una idea nacional, hispánica y del coraje revolucionario de los nuevos tiempos. Esta es nuestra palabra.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Águila joven

Disparos en Atocha... Muertos... La desazón de la juventud española se ha encrespado actualmente con fiebre auténtica y ambición aquilina hacia nortes futuros.

Ha dejado sobre la ruta de los demás la resobada algarabía de los clamores preventivos, blandos e inocuos, como gomas higiénicas. Ya no chilla con hipos de menopáusica para pedir luego socorro a la justicia de los papás. Tampoco acude a los proyectiles de primera o segunda comunión de barrios bajos: con ladrillo o teja. Serenamente, jubilosamente, juguetonamente, disparará su pistola. Da la bala el coraje y la pureza de sus mejores sueños. Todavía casi infantiles.

Otra vez ha venido a España la posibilidad de perderse una vida joven, no por una blenorragia pesetera, que era hasta hoy la mayor y única heroicidad admitida, sino por la refriega en la calle, cuerpo a cuerpo... Con riesgo, pasión y sangre. Disparos en Atocha. Muertos.

Aquí, ahora, con el puño erguido, os saludamos, valientes camaradas estudiantes. Aquí, ahora, confiamos en vuestro ahínco para hazañas más hondas, más tremendas, más de nuestra generación revolucionaria.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

La vida política

El viaje del señor Alba

Ha llegado el señor Alba de París. Como vivimos aún en las atmósferas de la vieja política, nada sabemos de modo oficial y firme acerca de la finalidad de su viaje. La acción política de nuestros viejos hombres públicos se desenvuelve todavía entre los cuatro muros de una entrevista particular o de un almuerzo. Debe anotarse como un síntoma.

Si algo hay que vigilar de modo extraordinario en estos momentos, son los pasos políticos del señor Alba. Hombre que viene de París, enamorado sin duda de unos procedimientos de gobierno y de unos dogmas que allí rigen. Representa el espíritu apagado de un Briand, y se enlaza con todo ese grupo de viejos europeos que cifran y limitan sus entusiasmos en la paz perpetua y mediocre. En que nadie se dedique a la morbosa tarea de descubrir nuevas estructuras políticas. En que no se pongan en circulación ideales nacionales fecundos.

Por tanto, nada nos interesa el señor Alba. Influido por las corrientes europeas más viejas. Esclavo del Extranjero, con sus prejuicios y sus normas. ¿Qué representa hoy para nuestro posible resurgimiento? Este hombre no comprende el sentido del mundo actual sino a través de Francia, país en declive que baila su decadencia en todos los tonos.

Pero el señor Alba gobernará de un día a otro. Nada puede impedirlo sino el triunfo definitivo de un afán hispánico, al que la pugna inútil que se mantiene en torno a la cuestión del régimen deja hoy en segundo término. Ese afán hispánico lo exaltan voces jóvenes como las nuestras, y se funda en la máxima fidelidad a los destinos históricos de España y en el deseo robusto de que hoy mismo el pueblo español entre en tensión creadora. Nacional y social.

Esos afanes no puede servirlos el señor Alba, ni, claro es, ningún otro superviviente de la política vieja. Por muy republicano que sea.

Mientras llega el momento de una intervención eficaz en ese sentido, nosotros permaneceremos expectantes. Provistos y alerta. Con semblante ceñudo y rigoroso.

Como el señor Alba es, desde luego, más inteligente que sus compañeros de corro político, es muy posible que les gane la batalla y sea gobierno. Ya lo tenéis ahí, constitucionalista y todo, dispuesto a la magnífica jugada. Por lo pronto, los jefes de las fuerzas que se llaman de izquierda, no ordenan, como ordenaron a comienzos del verano último, que se bata al señor Alba con los cañones

más gruesos. Esa es la virtud del constitucionalismo, de eficacia ya probada en los vejestorios que forman el bloque. Aplaudidos por el pobre pueblo. Ese pueblo ingenuo a quien se le van los ojos tras de las frases cucas. Bien sabía el señor Alba desde París todas estas cosas. Ahí está, aprovechándose de ellas y dispuesto a la máxima caza.

Dejémoslo ir. A ver a dónde llega. Pero sépanos corajudos y alerta. Con la clave valiosa de las gentes recién llegadas. Frente a frente.

Mucho nos tememos de que es con el Gobierno Alba con el que las falanges de LA CONQUISTA DEL ESTADO tendrán que batirse. Sea monárquico o republicano. Esté donde esté.

La sentencia del Consejo supremo

La sentencia dictada equivale a la absolución. Los seis meses y un día tienden a evitar el «Ustedes perdonen las molestias sufridas», que se le dice a los procesados que no debieron serlo. El régimen, pues, opta por no condenar a los jefes del movimiento republicano. Allá el régimen con su política. No contra España, sino contra el régimen, conspiraron estos hombres, y nada tenemos que decir en las mutuas concesiones que se hagan. Todos los republicanos, y los representantes socialistas más que ninguno, han acentuado el carácter conservador y burgués que se imprimiría a la posible República. Antes de aprobar un plan de ataque a cualquier organismo, se tenía en cuenta el margen de peligro para las autoridades constituidas. Si se advertía el más leve peligro, el plan era inmediatamente desechado.

Se preparaba, pues, una Revolución peregrina. Con algodón en rama y puentes de plata para el enemigo. Una vez más el pueblo español sufriría el gran fraude. A las estructuras sociales, ni tocarle. En edificar un Estado eficaz que respondiese a las exigencias de hoy, aun volviendo la espalda a los gritos fáciles del siglo viejo, ni pensar siquiera. Nadie sabía nada acerca de qué clase de Estado sobrevendría. Algunos sí lo sabíamos. Sería el actual Estado, liberal y mediocre, con la sola diferencia de la cima.

El fraude fracasó, por fortuna. El pueblo hispano debe hacer, y hará sin tardanza, su Revolución. Pero revolución auténtica, sin miedo a la sangre ni al rigor. España necesita atravesar esos minutos tremendos en que se decide el fracaso o la victoria de una subversión profundísima. Al grito de resurgimiento, de eficacia social y de grandeza histórica. Eso iban a impedir los jefes del conato revolucionario de Diciembre. Entre los que se contaban los socialistas burgueses, traidores a la ruta marxista que sigue el proletariado.

Tan sólo un hombre entre los del Comité famoso, Indalecio Prieto, nos garantizaba con su talento y firmeza un viraje radical. Este hombre, si lograba desasirse del ambiente y disponía de una intuición genial, es posible que diese auténtico sentido revolucionario a la cosa. Y edificase grandezas. Aún no es tarde.

Por lo demás, la sentencia es innocua, como lo era a su vez el Comité. Esperemos cosas en torno a este pequeño pleito.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Don Juan de la Cierva, hombre inactual

En los últimos días se ha hablado mucho de la laboriosidad y de las excelencias de este político.

Ahora bien, los juicios que hoy se hacen sobre los personajes públicos tienden, más que al elogio actual, a conferirle capacidad de próximo futuro. Existe alguna preocupación mesiánica por encontrar un hombre, el hombre.

Esto nos parece bien. No creemos en los resortes de gobierno que el viejo liberalismo proporcionó a la democracia. Necesitamos, sí, el hombre. Más que una Constitución y un Parlamento. Pero, ¡cuidado! Los que busquen el hombre provéanse de luces de alto voltaje, y busquen afanosos, porque está bien fiarlo todo a un hombre; pero no a un hombre cualquiera.

El señor Cierva, en esta hora, es pura infecundidad. No basta la energía, el empaque autoritario, para garantizar la eficacia que hoy necesitamos.

El señor Cierva es el viejo abogado que servirá quizá para aplicar la ley con toda inflexibilidad y rigor. Pero no es el hombre capaz de crear la ley. Para esto es ya preciso encauzar un entusiasmo histórico, poner en circulación un optimismo nacional, poseer genialidad política. A esto equivale el Dictador de una pieza.

El señor Cierva tiene en su haber histórico unas cuantas intervenciones eficaces. Ha tendido a la dureza y al rigor. Esto ha bastado para que ciertos sectores de la derecha fijen en él la mirada. Lo denunciamos como un error craso.

Lo decimos nosotros, hombres jóvenes que caminamos tras del procedimiento dictatorial de la eficacia. Por tanto, nada sospechosos de defender los viejos mitos que el señor Cierva pudo hollar y sacrificar. Que no le recordamos el año 1909 sino para enviarle una felicitación por aquello. (Pues el año 1909 -¿cuándo va a llegar la hora de que lo digan y lo proclamen todos?- significó el florecimiento de unas heces sociales, de disolución y de negación, que era preciso exterminar a toda costa.)

Pero el señor Cierva es un político de mediocre contextura que hoy nos hundiría en la inercia más incolora. Hombre viejo, ajeno a las preocupaciones en que hoy andamos sumergidos, sin grandeza ni vigor para representar un alzamiento hispano. Debe, pues, rechazarse. No bastan las aficiones autoritarias, repetimos, para conferir autoridad a las gentes. No basta garantizar a un pueblo la estabilidad y el orden para ponerse a la cabeza de ese pueblo. Hay que garantizarle también que se llegará en la marcha a algún sitio fértil.

El señor Cierva, si es que realmente ha sido aprendiz de Dictador, no pasó de las primeras letras. Se aficionó demasiado a los códigos, se quedó boquiabierto ante los trompetas de Murcia. ¿En qué se parece eso a la capacidad de acción de un grande hombre? ¿En qué también a la hazaña triunfal, a que todo gigantesco conductor de pueblos debe y tiene que comprometerse? Porque a los dictadores, como a los poetas, hay que exigirles genialidad.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Guía de descarriados 2. Don Felipe Sánchez Román

Aquí está don Felipe, rizadito, bonito y señorito. Viene bueno, con unas declaraciones que tumban. No hace falta ser diablo como yo para saber cosas estupendas de don Felipe. Síganle los pasos. Del Código al codo, del codo al Código. ¡Un, dos! ¡Un, dos!

Circula desde hace unos dos años por los territorios aviesos de la política. Un día don Felipe se dijo:

-¡Hombre, Felipe! Tienes más talento que Ossorio. Eres mejor jurista. ¿Por qué razón va a ganar Ossorio más dinero que tu? ¿Y qué hace Ossorio para ganar tanto dinero? Muy sencillo. Interviene en política. Se mueve de aquí para allí. Va a todas partes y habla de los asuntos políticos más picantes del día. En resumen, que de cada *raid* se trae los diez o doce pleitos de mejor minuta que haya en la provincia.

Nuestro señor Sánchez Román oyó esa voz profética. Y se consagró a salvar al pueblo. Tanto, tanto, tanto, que casi se volvió tonto. El, el niño listo de la cátedra lista. Heredó de su buen padre los apellidos jurisperitos, la cátedra y el librito de texto. ¿Quién da más?

...Casi, casi, de tan revolucionario que se hizo, llegó a las lindes mismas del comunismo. Y cuando ya iba a armarse caballero comunista, le dijo uno que ya lo era, pero de verdad:

-¿Y juráis vos, don Felipe, no volver a intervenir en los pleitos cuya materia de litigio sea la propiedad cochina?

Don Felipe se echó atrás con un ¡zape! Y vacilante estuvo en si entrar o no en una cofradía de arrepentidos. No, no. A ese precio no podía ser comunista. ¿Como renunciar él a los pleitos? De ningún modo. Entonces se le ocurrió una idea genial. Triplicaría las minutas. ¡Abajo el capitalismo! El acabaría con la propiedad apropiándosela. La receta fue aceptada, celebrada y engomada.

Desde entonces ¡oh, desde entonces! La vida alegre. El Palace. Las masas republicanas. Los ojos tras de los rizos. El inmenso azul. La envidia de Jiménez de Asúa. El llamamiento de Urgoiti. El Ateneo.

Don Felipe redacta los escritos de protesta contra el régimen imperante. Ved en ellos su prosa leguleya y sus decires. Buen discípulo de Bergamín, el viejo nefasto y feo. No conozco en mi larga vida de diablo unas prosas de trayectoria tan ramplona.

Ahora bien; don Felipe es valiente. ¡Tiene unos riñones! Cuando los sucesos de diciembre fue sorprendido. ¡El no era figura nacional! ¡Cosa terrible! Se le había escapado la primera fila. Su nombre no estaba al pie del manifiesto. Y nadie preguntaba por él. Ni la Policía.

¿Qué creerán ustedes que hizo? Enarboló su pluma ramplona de leguleyo. Escribió una, dos, tres carillas macizas. Pidiendo que lo encarcelaran. Que él, aunque no iba a ser ministro, era también figura. Prestigio revolucionario. No le hicieron caso. Aquello fue tremendo. Intolerable. Todas las noches daba vueltas alrededor de la cárcel. Quería aprovechar un descuido de la guardia para colarse dentro. ¿Iba a ser menos que Galarza? ¡Horror!

En fin, ahí está don Felipe. Conspira y sueña. ¡Si no fuera abogado...! La cosa es que dicen que vale.

¡Este hombre, este hombre, este hombre descarriado!...

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Gandhi e Inglaterra

Somos enemigos natos del pueblo inglés. Es quizá el único pueblo del universo que presume de tontería pura. Su predominio y su imperio significan entronizaciones mediocres que es preciso rechazar en esta hora. Es un imperio caducado, repleto de lacras infecundas. Hay, pues, que destruirlo, porque impide la evolución triunfal de la Historia, porque contribuye a desalojar del éxito a los nuevos entusiasmos que hoy llegan.

Ahora bien: desear el hundimiento del poderío inglés no equivale precisamente a encomendarle a Gandhi y a sus huestes la ejecución de esas ruinas. Eso, no. Gandhi es, frente a la luz y los valores de Occidente, un bárbaro. Gandhi representa las negaciones fundamentales de nuestra cultura. Es, pues, el enemigo.

Los grupos políticos incluseros que por ahí andan especulan con el conflicto indio de modo vergonzoso. Exaltan a Gandhi en nombre de turbias libertades y no reparan sino en las satisfacciones de radio corto. Gente, al fin, sin grandeza ni visión profunda de los destinos humanos.

¡Abajo Gandhi, el bárbaro! Su crimen es alzarse contra los valores europeos, que son de rango superior a todos los demás que hoy existen.

La caída del imperio inglés es fatal que acontezca en estos años, agotada su acción creadora. Debe reconocerse así, y obligar incluso al pueblo inglés a que lo reconozca. Pero no intervengan en el debate los pueblos extraños, enemigos de las bases mismas que sustentan la idea imperial. Que niegan a Occidente, que desprecian, porque son quizá ciegos para ellas, las categorías auténticas de la humanidad.

Entiéndase bien nuestra protesta contra Gandhi. No supone favor para el ingles. No. Guía nuestras palabras un sentido más hondo de los hechos históricos Una defensa misma de las obligaciones económicas de Europa. La economía europea necesita controlar la producción india. Es ello imperativo esencial para la salvación nuestra.

Es preciso, pues, que el gesto europeo sea respetado en Asia. Que los cálculos europeos estructuren la economía mundial, dispongan de los mercados y de los focos productores. A una mirada europea basta ese hecho para aceptar todas las medidas implacables que se adopten contra los pueblos y los destinos extraños que perturben el desarrollo de los destinos y los pueblos europeos.

Y nada más: ¡Abajo Gandhi, el bárbaro! ¡Fuera la Inglaterra mediocre y usurpadora!

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 - Marzo - 1931)

Los comunistas y las elecciones

Publicamos a continuación un fondo del semanario comunista *La Batalla.* Su actitud nos parece congruente y terminante. Dan la cara auténtica, y la preferimos a la de esos burgueses que viven en —o de— la Casa del Pueblo. Lo reconocemos, como enemigos de unos y otros.

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 de marzo de 1931, pág. 2. Entradilla)

Cómo se desarrolla el Plan quinquenal. La electrificación del "Dniéper"

En Rusia, la dictadura de Stalin ha impuesto un sistema económico, el Plan quinquenal, que está en plena realización. Su triunfo o su fracaso en 1933 significará uno de los hechos más importantes de estos años. Están frente a frente las economías capitalista y comunista. Sin que nosotros creamos que el éxito del Plan quinquenal debe influir en las rutas políticas y sociales de Europa, pues la cultura occidental tiene más hondas raíces, sí nos parece de sumo interés prestar atención a estos ensayos. Publicamos por ello el siguiente objetivo reportaje.— R.L.R.

(«La Conquista del Estado», nº n. 3, 28 de marzo de 1931, pág. 3. Entradilla)

La España que hace. El Ateneo de divulgación social

Con las desorientaciones consiguientes a un Centro de cultura improvisado, el Ateneo de divulgación social realiza una obra. Sin que se nos oculten sus finalidades políticas, de radio social bien preciso, publicamos la información siguiente. Estamos y estaremos siempre a disposición de nuestros enemigos. Para el diálogo y para la pelea. Para todo.— (N. de la D.)

(«La Conquista del Estado», nº 3, 28 de marzo de 1931, pág. 5. Entradilla)

NUMERO 4. 4 de Abril 1931.

¡¡Confusionistas, no!! Nuestras afirmaciones

Frecuentemente se nos denomina por ahí confusionistas. A esto conducen las campañas políticas mostrencas: a convertir las cabezas en cabezas confusas, que no ven claro sino lo que les dice el dilema montaraz: Monarquía o República.

Pero nosotros hemos irrumpido en la vida española con más hondas fidelidades a la necesidad actual de nuestro pueblo, y nada ni nadie puede impedirnos que exijamos a las contiendas el pequeño sacrificio de pensar.

Venimos poblados de afirmaciones terminantes. Que ofrecemos al pueblo con las dos manos. Dispuestos a su difusión máxima. Es intolerable la circulación de la farsa, que no vacila en ofrecer la sangre del pueblo para el triunfo de todos los equívocos. Frente a toda esa morralla de los jefes republicanos, que enardecen al pueblo y luego le abandonan en los momentos revolucionarios críticos. Que despiertan la apetencia revolucionaria y luego no desean ni quieren la revolución, dejando a las masas inermes sin caudillos. Frente a las huestes socialistas que se satisfacen con el afán señorito de los mandos fáciles, traidores a la finalidad social que informa la raíz misma de su fuerza. Frente a todo eso, un régimen alicaído, depauperado y moribundo, que hace y no hace, desertor y tembloroso.

Y surgimos nosotros con un haz de afirmaciones claras y eficaces. Frente a todo y frente a todos, con independencia y coraje, obsesionados por algo radicalísimo y tremendo.

Hay que elaborar el Estado hispánico. Eso dicen también los republicanos. Pero nada sabemos aún de cómo iba a estructurarse ese Estado con la República. Nadie nos lo dice, pues en los mítines sólo se requiere la presencia salvadora de los tópicos. Así, cualquier currinche es orador y la algarabía adquiere resonancia.

Algo hay indiscutible para nosotros, y es nuestro estar ahí, disconformes con los grupos que vocean. El Estado hispánico debe quedar listo para grandes bregas nacionales y ser podado de toda la impedimenta que fracasa.

Pedimos y queremos un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes. Ya lo dijimos en números anteriores y hemos de insistir: sin un Estado hispánico auténtico seriamos cualquier cosa, pero no personas políticas con unos derechos y unas libertades. Con un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro. Con algo que hacer en común unos con otros.

Pedimos y queremos la suplantación del régimen parlamentario, o, por lo menos, que sean limitadas las funciones del Parlamento por la decisión suprema de un Poder más alto.

Pedimos y queremos una dictadura de Estado, de origen popular, que obligue a nuestro pueblo a las grandes marchas.

Pedimos y queremos la inhabilitación del espíritu abogadesco en la política, y que se encomienden las funciones de mando a hombres de acción, entre aquellos de probada intrepidez que posean la confianza del pueblo.

Queremos y pedimos la desaparición del mito liberal, perturbador y anacrónico, y que el Estado asuma el control de todos los derechos.

Queremos y pedimos la subordinación de todo individuo a los supremos intereses del Estado, de la colectividad política.

Queremos y pedimos un nuevo régimen económico. A base de la sindicación de la riqueza industrial y de la entrega de tierra a los campesinos. El Estado hispánico se reservará el derecho a intervenir y encauzar las economías privadas.

Queremos y pedimos la aplicación de las penas más rigurosas para aquellos que especulen con la miseria del pueblo.

Queremos y pedimos una cultura de masas, y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo.

Queremos y pedimos que la elaboración del Estado hispánico sea obra y tarea de los españoles jóvenes, para lo cual deben destacarse y organizarse los que estén comprendidos entre los veinte y cuarenta y cinco años.

Queremos y pedimos la unificación indiscutible del Estado. Las entidades comarcales posibles deben permanecer limitadas en un cuadro concreto de fines adjetivos.

Queremos y pedimos que informe de un modo central al Estado hispánico la propagación de una gigantesca ambición nacional, que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.

Queremos y pedimos el más implacable examen de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.

A eso venimos nosotros. A difundir estos afanes hispánicos y a llevarlos al triunfo. Por todos los medios. Los que crean que deben ayudarnos, que se inscriban en nuestras células de combate. Nada de simpatías ni de cuotas. Los brazos y el coraje.

A ver si de una vez superamos esa polémica rencorosa y vengativa en torno a la Monarquía y la República. Y presentamos al pueblo español los verdaderos objetivos. Su liberación económica y su grandeza como pueblo.

¿Quiénes son, pues, los confusionistas? Ahí quedan nuestras palabras. Ahí quedan nuestras frases terminantes. Las confusiones están en las cabezas que nos critican. Revestidas de farsa y de comicidad. Mascando trapacería leguleya y desmanes rencorosos. Sin grandeza creadora. Sin generosidad para el pueblo. Sin efusión. Egoístamente. Traidoramente.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

LA CONQUISTA DEL ESTADO denunciada por el fiscal y recogida por la Policía

Nuestro número anterior fue denunciado. El señor fiscal no tolera muchas atmósferas y tira del manómetro con increíble nerviosismo.

Nosotros no decíamos sino que el pueblo español necesita hoy más que nunca atravesar unos minutos de sinceridad honda, y ésta sólo tiene efectividad en una lucha auténtica, cualquiera que ella sea, para sostener la Monarquía o para lo contrario. Más de una vez hemos dicho que la República que se prepara no nos interesa y no daremos ni un solo paso para contribuir a su advenimiento, por próximo que lo veamos y palpemos.

El esfuerzo revolucionario hoy no puede gravitar en torno a esos conceptos envejecidos de monarquía o república, sino que los objetivos deben ser otros. Nosotros planteamos la necesidad hispánica, y desearíamos movilizar actividad revolucionaria sobre unos afanes constructivos que contribuyan a despertar o a crear en nuestro pueblo una ambición nacional, hoy inexistente. A la par que esto, la estructuración de un nuevo Estado, donde sea posible una justicia social de la que hoy nadie se preocupa. Ni a nadie interesa.

Se nos denuncia y se recogen nuestras ediciones. Sépanlo los lectores nuestros. Y sépanlo también esos señoritos lechuzos de la izquierda que propalan contra nosotros las calumnias viles.

Pero dijimos ayer, decimos hoy y diremos mañana: España se salvará en la lucha. Hay, pues, que luchar y presentar a nuestro pueblo la gran ambición que necesita.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

El reconocimiento de los Soviets

España debe reconocer el Gobierno ruso. Nosotros, enemigos radicales del Estado comunista, podemos expresar esta opinión con todo vigor y autoridad. Es inútil obstruir un hecho triunfante, como es el hecho ruso, y no comprendemos qué clase de temores impide a España llegar al reconocimiento ese.

Hoy la Rusia soviética es un pueblo donde se realizan experimentos económicos y sociales de gran radio. Conviene tenerlos muy a la vista. De otra parte, se ha convertido en un Estado nacional, atento a sus preocupaciones de orden interior, y nadie cree ya que a los Soviets interese hoy otra cosa que el éxito nacionalista de su tarea. Quizá uno de los nacionalismos más fervorosos de Europa sea éste de los rusos, recluidos en sí mismos, cultivando la empresa optimista de la prosperidad rusa. Como cualquier otro pueblo.

A más de esto, en la Rusia actual se tiende a un tipo de Estado que se apartará cada día más del patrón comunista. Hay que esperar en breve que surjan las aristocracias de la revolución, las minorías inteligentes y dominadoras que con un poco de cinismo y un mucho de visión histórica se apoderen con todas las formalidades que se quieran de los medios de producción y de todos los resortes políticos del Estado.

Es el tránsito del Estado comunista incipiente que surgió con la Revolución de octubre al Estado nacional, eficaz y poderoso, que la Europa postliberal comienza a adoptar también. Véase como ejemplo el Estado fascista.

Llega, pues, la fase crítica del Estado soviético, y la dictadura de Stalin garantiza la trayectoria que señalamos.

España debe reconocer a los Soviets. Dialogar y establecer relaciones comerciales. No volver la espalda mediocremente a ese orbe por ellos descubierto.

Rusia, repetimos, ha abandonado sus sueños primeros de revolución universal y permanente. Podrá algún día superar el estadio nacionalista que hoy atraviesa y convertir sus afanes en afanes de imperio. Mas esto pertenece ya a las posibilidades legítimas de los pueblos.

España es fuerte y posee bien arraigadas sus esencias hispánicas. No creemos muy airosa su posición actual, de ser débil que vuelve la cara por no recibir contagios de los aires que llegan. No es un gran pueblo aquel que elude las dificultades, sino el que va hacia ellas y las vence.

Prometemos insistir en este punto. Deseamos y pedimos relaciones diplomáticas y comerciales con los Soviets. Y para ello daremos a nuestras notas aires de campaña.

Sólo el viejo espíritu liberal burgués puede asustarse de la presencia en Madrid de una bandera soviética. Como se asusta de las camisas negras fascistas. De todo lo que huela a eficacia y a violencia creadora.

Pero si algo sucumbe de modo definitivo en España es el viejo espíritu liberal. Los que todavía se llaman liberales, o son unos cucos que obran, desde luego, como si no lo fueran, o son unos ingenuos ateneístas.

Precisamente las polarizaciones de fuerzas que deseamos para España son las que se realicen en torno a una idea nacional, hispánica, de legítima ambición española, con todas sus consecuencias de Estado fuerte y auténtico, o bien de una idea comunistizante, desertora de los destinos de España y al margen de los valores eminentes del hombre. He aquí los dos polos. Todo lo demás, vejez, escombros y abogadismo liberal burgués.

¡Pedimos y queremos relaciones diplomáticas con Rusia!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Unos minutos con Unamuno

Hemos visto a Unamuno, nuestro gigantesco Unamuno, hombre de España. Está ahí, en Madrid, ahora, a merced de los aplausos tendenciosos. Los nuestros los tiene íntegros, sin reservas, y preferimos dárselos de cara, frente a él, en breve charla calurosa.

Don Miguel vive obsesionado por una dificultad concreta -¡y tan concreta!- que en España existe. Nadie le hable de hervores nacientes, que grupos recién llegados pueden significar.

-No, no, no. Ahora, no.

Este «no» de Unamuno en presencia de otras ambiciones que no sean la concretísima a que hemos aludido, nos produce un vago recelo, de generación herida.

-Vea usted -me dice-; yo no pienso en el después. Ahora, sólo eso. Después, lo que sea.

-Pero...

-Sí, sí. Nada de regadera. Hay que tapar todos los orificios, y que quede uno, uno sólo. Ése, ése.

-Bien estaría ello si ustedes, los hombres maduros, que son los que identifican su afán absoluto con la tarea exclusiva ésa, se bastaran a sí mismos. Pero ustedes requieren a los jóvenes, requieren a los proletarios y a todos los utilizan para eso, sin respetar lo que estos hombres que terminan de llegar pueden traer con ellos. Que puede ser más que eso, y aun otra cosa que eso.

Don Miguel me detiene.

-Pero eso también, ¿no? Pues eso antes que nada. Vea usted los dos equipos en el estadio. Si hay una piedra en medio del campo, el acuerdo instantáneo y previo es que la retiren todos juntos.

-La pirámide sin cima es todavía pirámide, tronco de pirámide.

-No, no. Fuera las imágenes. No hay pirámide ni cima, sino clave de bóveda.

-¿Qué orden general de la plaza daría usted a los batallones jóvenes que llegan, en marcha hacia el futuro hispánico?

-Un solo artículo. Ése. Ningún otro más que ése. Y cuidado que me separan cosas de los republicanos... Esa nefasta idea federal... Ese seguir a los militares... Pero no, no. Repito que un solo orificio en la regadera.

-¿Y hasta donde hay que llegar en los procedimientos? ¿Bastarán los gritos?

-Desde luego. Claro que bastarán. No hacen falta más que gritos. Los gritos solos.

Don Miguel está seguro de que los gritos solos. Nos permitimos la duda. Pasó el momento de los gritos. La eficacia cambió de meridiano.

El equívoco circula por ahí ampliamente. Todavía se cree en eso de los gritos. Los burgueses quieren hacer su revolución con gritos. Gritos de señorito que se divierte gritando.

Don Miguel se declara liberal fervoroso. Liberal y liberal. Benjamín Constant es el eje supremo del rodar político. Compendia la civilización cristiana y todas las culturas. El liberalismo perfecto, decisivo. Al decir esto, Unamuno se pone casi en pie. Es la raíz misma de su ser político, y el tema lo apasiona. Es el Unamuno de sus treinta y cinco años. El de 1895.

Ahora don Miguel es traído, llevado y vuelto a traer. Los señoritos republicanos ríen sus frases y aplauden rabiosos. Y, sobre todo, gritan.

Unamuno tiene con nosotros, los de LA CONQUISTA DEL ESTADO, menos reservas que las que nos cercan por ahí, de manera mostrenca.

-En resumen de cuentas -me dice-, soy un solitario en medio de todos. Solitario en medio del tumulto.

Este gigantesco Unamuno, grande de España, es muy capaz de decir eso. Nos lo ha dicho como resumen.

-Pero ¿qué empresa colectiva, qué cosa lanzar sobre España con eficacia? ¿No cree que el liberalismo tiene que hacer concesiones, podar algunos de sus brazos?

Y responde:

-No, no. Dentro de lo liberal, también son posibles los engranajes colectivos, España es anarquista, y sin embargo...

De nuevo tendremos ocasión de dialogar con Unamuno sobre esto. Pues nosotros, postliberales, postuladores de eficacia, negamos rotundamente esa posibilidad. Llega el momento de decir: ¡El liberalismo ha muerto! ¡Viva el liberalismo! Lo más, lo más, por tanto, que concedemos para el liberalismo, es un sepulcro glorioso.

Hasta otra, don Miguel.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

La España que hace: El Centro de Estudios Históricos

El reciente monumento que acaba de ofrecer el *Centro de Estudios Históricos* a la vida nacional nos mueve hoy a exaltar este Centro de hispanidad a una superior categoría política.

Nos referimos a la edición definitiva de la *General Estoria*, de Alfonso el Sabio (primera parte), que este Centro Histórico había confiado a uno de sus más jóvenes y valiosos miembros: Antonio G. Solalinde.

Desde hace muchos años ya, Solalinde, con una tenacidad digna de una disciplina monacal y suprema, había dedicado gran parte de su vida a la consecución de esa tarea: sacar a la luz española ese momento básico de nuestra españolidad, de nuestro orgullo de ser españoles, que es la *General Estoria*, de Alfonso el Sabio.

No es éste el sitio ni el momento de analizar lo que este libro magno significa para España: el sentido *universitario y universal* de esta obra, condensadora de una voluntad nacional de superación y de heroísmo intelectual.

Hoy queremos sólo arrancar de este intrépido punto de partida -la *General Estoria*- para hacer otra historia general de nuestro supremo Centro Histórico.

* * *

No queremos exaltaciones vacuas, comentarios retóricos.

En una España como la de anteguerra: exhausta de fe, de grandezas nacionales, envenenada de fracaso, de escepticismo, de derrota, de *noventa y ochismo* soñar en una estructuración enérgica, actual y ciclópea de nuestra Historia, soñar en mirar cara a cara a otras potencias europeas, en desafío de aptitud para la investigación histórica, resultaba casi fabuloso.

Sin embargo, no fue un sueño aquello. Ha sido una espléndida realidad.

Como toda espléndida realidad, ello se debe a héroes de ancho ánimo. Y por mejor señalar, a un héroe máximo. (Inútil descubrir ahora en Menéndez Pidal su capacidad de jefe conductor de fuerzas intelectuales.)

Formado Menéndez Pidal, en aquel ambiente trágico y triste del costismo, del fracaso nacional, supo recoger, como la única llama viva, lo que en el costismo había de creación, de esperanza, de resurgimiento, simbolizado en la figura del Cid.

Se diría que Menéndez Pidal quedó ungido del espíritu cidiano. Pronto logró huestes, frentes, castillos y peleas: triunfos. Conquistas.

Verdaderas *conquistas del Estado* son esas plazas fuertes ganadas por el Centro de Estudios Históricos. Pidal a la cabeza: cuyo plano o índice distendemos y ondeamos a continuación; sin contar otra serie de organizaciones -como las magníficas de los *Cursos de extranjeros*:

Introducción a la lingüística románica, *por W. Meyer-Lubke. -Versión de la tercera edición alemana, con notas y adiciones, por Américo Castro*.

Antología de prosistas españoles, *por R. Menéndez Pidal*.

Manual de pronunciación española, *por T. Navarro Tomás*.

La versificación irregular en la poesía castellana, *por Pedro Henríquez Urena*.

Paleografía española, *por Zacarías García Villada, S. I*.

Poesía juglaresca y juglares, *por R. Menéndez Pidal*.

Fuentes de la historia española e hispanoamericana, *por B. Sánchez Alonso*.

Introducción al latín vulgar, *por C.H. Grandgent.- Traducción del inglés adicionada por el autor, corregida y aumentada con notas, prólogo y una antología, por F. de B. Moli*.

Menéndez Pidal, R.- Documentos lingüísticos de España. I. *Reino de Castilla*.

Mendizábal, R.- Monografía histórico-morfológica del verbo latino.

Cancionero de Romances impreso en Amberes sin año. *Edición facsímil, con una introducción, por R. Menéndez Pidal*.

Serrano, L.- Cartulario de Monasterio de Vega, *con documentos de San Pelayo y Vega de Oviedo*.

Serrano, L.- Cartulario de San Pedro de Arlanza, antiguo Monasterio benedictino.

Serrano, L.- Cartulario de San Vicente de Oviedo, 781-1200.

Libro de Regla o Cartulario de la antigua Abadía de Santillana del Mar. *Publicado por E. Jusué*.

Pérez de Hita, G.- Guerras civiles de Granada. *Edición de P. Blanchard-Demouge*.

Alonso Cortés, N.- Casos cervantinos que tocan a Valladolid.

Farinelli, A.- Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. *Divagaciones bibliográficas*.

Paz, J.- Archivo general de Simancas. Catalogo IV. Secretaria de Estado. *Capitulaciones con Francia y negociaciones diplomáticas de los embajadores de España en aquella Corte; seguido de una serie cronológica de éstos*.

Datos documentales inéditos para la Historia del Arte español. I: Notas del Archivo de la Catedral de Toledo, *redactadas por el canónigo obrero Francisco Pérez Sedano. Prólogo de E. Tormo Monzó*.

Datos documentales inéditos para la Historia del Arte español. II: Documentos de la Catedral de Toledo. *Colección formada en los años 1869-1874, y donada al Centro en 1914 por D. Manuel R. Zarco del Valle. Prólogo de E. Tormo y Monzó. Publicación y notas de F. J. Sánchez Cantón*.

Sánchez Cantón, F.J.- Fuentes literarias para la Historia del Arte español. Tomo I: Siglo XVI. *Dieggo de Segredo, Cristóbal de Villalón, Francisco de Holanda, Francisco de Villalpando, D. Felipe de Guevara, Lázaro de Velasco, Fr. Juan de San Gerónimo, Juan de Arfe, Diego de Villalta, Hernando de Ávila, Gaspar Gutiérrez de los Ríos, Fr. José de Sigüenza*.

Gómez-Moreno, M.- Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI.

Orígenes del español.- *Estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI, por R. Menéndez Pidal*.

Contribución al Diccionario hispánico etimológico, *por V. García de Diego*.

Inflexión de las vocales en español, *por Max Krepinsky.- Traducción y notas de V. García de Diego*.

El dialecto de San Ciprián de Sanabria, *por Fritz Krüger*.

Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina», *por F. Castro Guisasola*.

El pensamiento de Cervantes, *por Américo Castro*.

Los textos españoles y gallego-portugueses de la demanda del santo grial, *por P. Bohigas*.

Mosén Diego de Valera: Crónicas de los Reyes Católicos (hasta ahora desconocida). *Edición y estudio por J. de M. Carriazo*.

Cuatro poemas de Berceo *(Milagros de la iglesia robada y de Teófilo, y vidas de Santa Oria y de San Millán). Nuevo manuscrito de la Real Academia Española.- Edición de C. Carroll Marden*.

Berceo: Veintitrés milagros. *Nuevo manuscrito de la Real Academia Española.- Edición de C. Carroll Marden*.

La negación en español antiguo, *con referencias a otros idiomas, por E.L. Llorens*.

Caracteres generales del judeo-español de Oriente, *por M.L. Wagner*.

Garcilaso de la Vega, *contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI, por Margot Arce Blanco*.

EN PRENSA

Erasmo: Enquiridion o Manual del caballero cristiano *y otras obras religiosas. Traducciones españolas del siglo XVI.- Edición de Dámaso Alonso. Prólogo de Marcel Bataillón*.

Glosarios Hispanolatinos.- *Editados por Américo Castro*.

Guillen de Segovia, Peros: La Gaya.- *Edición, de J.O. Tallgren*.

Leomarte. Sumas de Historia Troyana.- *Edición, prólogo, notas y vocabulario por Agapito Rey*.

Cartas inéditas de Juan de Valdés, *con un estudio sobre la estancia de Valdés en Italia, por José F. Montesinos*.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL

TEXTOS Y ESTUDIOS

La Serrana de la Vera, *de Luis Vélez de Guevara.- Publicada por R. Menéndez Pidal y María Goyri de Menéndez Pidal*.

Cada cual lo que le toca y la viña de Nabot, *de Francisco de Rojas Zorrilla.- Publicadas por Américo Castro*.

El rey en su imaginación, *de Luis Vélez de Guevara.- Publicada por J. Gómez Ocerín*.

El cuerdo loco, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

La corona merecida, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

El marqués de las Navas, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

El cordovés valeroso Pedro Carbonero, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

EN PREPARACIÓN

Barlaán y Josafat, *de Lope de Vega.- Publicada por José F. Montesinos*.

TEXTOS LATINOS DE LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA

SECCIÓN PRIMERA: CRÓNICAS

Crónica de Alfonso III.- *Edición preparada por Z. García Villada, S. J*.

Historia Silense.- *Edición preparada por Francisco Santos Coco*.

Crónica del Obispo don Pelayo.- *Edición preparada por B. Sánchez Alonso*.

Viajes por España y Portugal, *suplemento al volumen de las* Divagaciones bibliográficas 1921, *por Arturo Farinelli*.

Cartulario de San Millán de la Cogolla, *por D. Luciano Serrano, O. S. B., abad de Silos*.

Textos latinos de la Edad Media Española.- *Sección tercera: Varia*, Taionis et Isidori Nova Fragmenta et Opera.- *Edidit el ilustravit Eduard Anspach*.

* * *

No ganó más villas y afincamientos Mio Cid el de Bivar, que ciñó espada en buen hora. Ciñendo pluma sólo y fe en España y en los españoles, Menéndez Pidal ha conquistado todos esos bienes, hoy ya patrimoniales.

¡En la España que hace, en la España que conquista palmo a palmo un estado superior de cosas, no puede faltar esta exaltación actual del Centro de Estudios Históricos! ¡No puede faltar esta proclamación! ¡Ni este ondear de banderas triunfales, que son todas esas obras, en falange!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

El General Burguete

Ha sido la actualidad mediocre de la semana última. Está visto que es imposible desasirse en España de inoportunidades así. El general Burguete, mezcla o mixtura de intelectual y de soldado, sigue la tradición vieja y molestísima de perturbar con su uniforme y con su literatura maltrecha la pura emoción nacional.

Hombre del 98, amigo de abogados y aficionadete a las lecturas indigestas. Ahí está ahora, cuartilla en ristre, olfateando las prensas. Este escritor ilustre, para quien han sido abiertas todas las columnas europeas. Colaborador de la Dictadura, que hoy execra. Aupado y favorecido por el régimen

que hoy dificulta. Jaleador en África del «salvador de España» en aquellas épocas. (Más de un aplauso forzado le procuro.) Y etcétera, etc.

Nada nos importa el contenido de sus notas. Nos basta el hecho de haber sido escritas. Nos basta el verle ahí, cargado de taras actuales y muy obligadito al silencio.

Este señor, cazador de alimañas en Asturias -¡no lo olvidéis, obreros!- y gran estratega de nuestro ejercito.

Un poco nos mueve al respeto su situación, y no quisiéramos le molestasen mucho los juicios que exponemos.

Pero la generación que llega está muy escamada de los peces sin escamas. No admitimos hombres renovados, hombres tribulados, hombres renegados.

¡Con todos los respetos, ilustre general Burguete!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Un libro de Maurín. Los hombres de la Dictadura

Un libro de Maurín

Ante el libro de Joaquín Maurín, las plumas burguesas de izquierda se han mostrado desorientadas y burlonas. Maurín hace la disección de la política española desde un punto de vista hasta aquí desconocido, a base del mecanismo interno de las fuerzas sociales que en España existen. La actuación de la vieja política aparece rodeada en este libro de su sistema natural de reacciones, obediente a una fidelidad de intereses y de normas.

Maurín presenta como los hombres auténticos de la Dictadura a Sánchez Guerra, Cambó, Pablo Iglesias, Largo Caballero, Lerroux y Melquiades Alvarez. Para una mente simplista de pequeño burgués, esto es un solemne disparate. Para quien examine la mecánica revolucionaria desde cierta altitud y sea dueño de un ojo perspicaz, esa lista de acusaciones adquiere plenísimo sentido.

La revolución rusa de Octubre introdujo un objetivo potente y patente en los hechos revolucionarios del proletariado. Maurín es un comunista que gira en torno al eje soviético con perfecta lealtad crítica. Y su libro, que posee un indiscutible vigor en el análisis, está hecho bajo el resentimiento contra la pequeña burguesía y sus hombres, que al no haber efectuado a tiempo su revolución, amenazan ahora con transferir sus mismas mediocres apetencias revolucionarias al proletariado.

Algunos capítulos del libro adolecen de cierto natural desvío, forzando los hechos con el afán de prestarles sentido de unidad. Son los menos. Otros, como los dedicados a la actuación de los socialistas, son certeros y magníficos. Es indiscutible que si triunfa el movimiento republicano, los jefes socialistas se quedan tan contentos con una estructuración conservadora. El socialismo español sigue las huellas de las socialdemocracias europeas y sirve a la economía y a la política burguesas con la mejor de las colaboraciones: penetrando en su orbe, aceptando sus problemas e identificándose con los pequeños conflictos políticos de la burguesía. Maurín explica claramente cómo el socialismo, por obra y gracia de Largo Caballero, pretendió durante la Dictadura convertirse en una fuerza gubernamental monárquica. Ahora, en los últimos meses, el nombre del mismo Largo Caballero figura en los minúsculos y mediocres pactos con la burguesía descontenta, para traer una republiquita a la medida de los señoritos y de los pequeños burgueses de la Casa del Pueblo. A la que servirían desde la izquierda, impidiendo todo acento eficaz.

No parece que sea tan fácil en esta hora desviar el curso revolucionario. Maurín señala la ruta comunista. Los ojos en esa finalidad le impiden, sin duda, advertir la lentitud y el timbre confuso con que en España aparecen los hechos revolucionarios.

Maurín aprendió en la experiencia rusa la acción y reacción de las clases. Tiene su sistema de leyes, que aplica a los acontecimientos de aquí. En ese previo sistema que posee ha ido distribuyendo las personas y las cosas. Por lo demás, Maurín domina la eficacia expositiva, y su libro es fertilísimo en observaciones valiosas de muy varia índole.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

El semanario extranjerizante

¿Quiénes son ustedes, señores de *Nosotros*? O más bien, ¿es usted solo, señor solo, que se esconde bajo la denominación plural?

Sea quien sea, uno o muchos, presentamos al juicio nacional esas hojas frías, esqueléticas, hambrientas de suscripciones a su favor, que introducen en el alma española el vacío del caos. Lo alimenta ese mulato, halcón o Falcón de alas rastreras.

Mientras más dificultades se ciñan sobre el pueblo, con más rigor hay que rehuir la solapada intervención extranjerizante. Ese señor Falcón tiene su sitio adecuado en el Perú, y si le caldea el noble afán de dotar a un pueblo de normas políticas eficaces, debe esforzarse por que ese pueblo beneficiado sea su pueblo, el Perú. Aquí no. No nos duele el hispanoamericanismo herido.

¿Quién es él, el señor Falcón, para influir en la marcha concreta de la vida española? Bien está así, expulsado, al margen de la eficacia activa, aunque sus páginas lleguen postalmente sin retraso.

Era ya intolerable la intromisión concreta de este señor tortuoso, para quien el pueblo español es una pobre colonia donde verter sus indigestas ensoñaciones. Rodeado de la clásica media docena de intelectuales de pandereta, catedráticos de herencia, que desayunan inmoralidad y hieden a histerismo descastado.

Causa pena ver esas huestes descoloridas esgrimiendo las armas fundamentales, mostrando al pueblo las rutas sin salida con morbosa complacencia.

Pedimos una leva de alimañas así y su reclusión en perpetuo lazareto. Responsables del máximo delito contra el pueblo, como es el de acidular sus esencias mismas y de impedir las orientaciones fecundas.

Gentes sin raíz nacional, sin angustias hispánicas, que no han sentido ni un minuto el hondo palpitar de nuestro pueblo. Hay que darles el pasaporte, guiarlos a la Luna, para que allí sinceren su actitud.

España debe reaccionar contra esta penetración extranjerizante que huele a polilla y trae como programa la desarticulación de nuestro pueblo. No hay que vacilar, y debe destruírsela de modo implacable.

El semanario del señor Falcón moviliza y halaga esa inquietud española de hoy en torno al régimen. En el fondo, guía sus campañas la arista masónica y confusionista de Europa, que abre las garras para dar el zarpazo definitivo a nuestro pueblo.

¡No haya beligerancia con el extranjero! ¡Es inmoral todo contubernio con él, y debe castigarse su audacia! Impedirse su actuación. Invalidar sus movimientos. Lo pedimos y lo exigimos.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Sandino y Norteamérica

He aquí un imperio fallido: Norteamérica. Este pueblo anglosajón ha sido dueño en los últimos años de los resortes triunfales. Cuando en la historia universal un pueblo lanzaba sobre el resto del mundo la cantidad de apetencias que el mundo actual debe al pueblo yanqui, ese pueblo convertía

todos sus afanes en afanes imperiales. El imperialismo yanqui existe, ciertamente, pero en forma ramplona, cobarde y, a la postre, según ha de verse, ineficaz.

Ahí está Sandino, héroe anacrónico y absurdo, que bordea la ridiculez a cada paso, enseñando los pobres dientes al yanqui poderoso.

La pugna de Sandino con los yanquis exhibe como en un espejo toda la infecundidad y todo el artificio de la supuesta garra imperial. Lo peor que puede ocurrirle a Hispanoamérica es, desde luego, que se identifique con Sandino, ese pobre romántico de las más viejas épocas del XIX. ¿Qué exalta Sandino frente al yanqui? ¿Qué pueblo es ése cuya independencia reclama, y qué impide hacer el yanqui a ese pueblo para que su opresión sea calificada nada menos que un crimen?

Yanquilandia es, en efecto, una república despreciable. Pueblo sin grandeza que se entrega a un centenar de banqueros y les encomienda la indicación de las rutas. Los banqueros prefieren un imperialismo hipócrita, la captura de las aduanas y el falso respeto a la libertad de los pueblos, a esa otra tarea fundamental que exigiría hondas sinceridades y peleas gravísimas: el ejercito imperial agarrotando pueblos más débiles y truncando destinos pequeñitos.

No ha faltado voluntad de imperio a los magnates que dirigen la república yanqui. Pero, repetimos, afanes mediocres, sin dar la cara, temiendo las complicaciones leguleyas, huyendo el escándalo internacional, sin firmeza, cobardemente, como quien hace un delito y teme que lo vean. Yanquilandia se acusa a sí misma, se declara a sí misma criminal, tolerando a Sandino y penetrando en las economías hispanoamericanas por la puerta desconocida del contubernio sucio con los dictadores.

Ha faltado a Yanquilandia una minoría de políticos de acción que hubieran desplazado a los banqueros de las supremas decisiones históricas -sin destruirlos, claro, pues gran parte del poderío actual se les debe a ellos, a sus métodos de águila- y obligado al pueblo yanqui a encararse con los deberes superiores.

No conocemos en la historia universal un caso análogo. Los yanquis han controlado los últimos veinte años. Su influjo está ya en decadencia, y un día cualquiera veremos que se rompe en mil pedazos su pretendido poderío. No se peca en balde contra los valores eminentes ni deja de castigarse de algún modo la mediocridad.

Hispanoamérica tiene ahora la palabra. O con Sandino, defendiendo ideales trasnochados, infecundos, que hoy nada significan, o reconociendo de otra parte el derecho imperial. En ambos casos debe ir contra el yanqui, su enemigo, y obligarle a renunciar a la mascarada repugnante.

¡Nada con Sandino, héroe anacrónico y absurdo! ¡Nada con Yanquilandia, pueblo desleal, mezquino e hipócrita!

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 - Abril - 1931)

Nosotros, los señoritos y los golfos. Valor superrealísta y poético de los guardias de Seguridad

En el ensayo siguiente, el Sr. Giménez Caballero enlaza las preocupaciones subversivas del superrealismo con el tipo de política que defendemos en *LA CONQUISTA DEL ESTADO.* La cosa tiene, sin duda, gracia literaria, y el talento de nuestro amigo le asegura atisbos felices. Pero bien está decir que no nos interesan nada las guerrillas de la literatura y que nos movemos en sectores donde pierden toda eficacia sus disparos. De otra parte, preferimos la acción y la rotundidad violenta a la violencia y el grosor de las palabras. El superrealismo huele a farsantería cuca. A espantapájaros o espantaburgueses bobos.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 4, 4 de abril de 1931, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 5. 11 de Abril 1931.

Ante el comunismo. La batalla social y política de Occidente

Por muy retrasados que andemos por aquí, fuera del orbe auténtico de las preocupaciones mundiales, en busca y captura de las libertades fugitivas, no es posible sustraerse a la raíz central que informa la vida toda de Occidente. Hay unos valores en peligro. Hay unas posibilidades magnas que pueden resultar fallidas. Si en España los grupos se empeñan en vivir en anacronismo perpetuo, repitiendo las gestas políticas que hace ochenta años constituían la actualidad europea, allá ellos. Pero permítasenos a nosotros, hombres recién llegados, que demos cara a nuestro tiempo y destaquemos lo que en él hay de palpitación viva.

En España existe un guirigay absurdo en torno a la forma de gobierno. Se polarizan las fuerzas políticas sobre esos dos conceptos de Monarquía o República, sin sospechar que ambos perdieron hace muchos años su vigencia como mitos creadores. Esa cuestión del régimen es algo que debió liquidarse de modo definitivo hace veinticinco o treinta años. Por lo menos, antes de la guerra. Las generaciones que nos precedieron, y que aún viven y circulan por ahí, no lograron una solución que entonces podría haber sido actual, y hoy se empeñan en que toda la savia joven les ayude en sus afanes rencorosos. No sólo, pues, merecen nuestros padres repulsa por lo que no hicieron, sino también por lo que nos imponen a nosotros que hagamos.

Esas plañideras de izquierda, que llevan veinte años en actitud cursi de quejumbre, sonríen hoy ante la musculatura joven que, al parecer, les ayuda en la infecunda tarea. No hay tal cosa. La juventud española no es demoliberal, como pudiera creerse ante el equívoco que plantean los viejos rencorosos. Se educa en los aires y en los hechos de este siglo, y está en la mojigatería liberal burguesa al acecho tan sólo de una ocasión de lucha y de pelea. Pueden existir equívocos de palabras, de rotulaciones, pero nunca de hechos y de objetivos. Nosotros invitamos a que se examinen los actos políticos en que intervienen los jóvenes, y a que se nos indique la filiación demoliberal de ellos. Son, por el contrario, protestas violentas, citas en las líneas de fuego, entusiasmos por las marchas militares desde las posibles Jacas españolas.

Ahora bien; llegan nuevos deberes al coraje occidental. El clarín histórico señala hoy a los pueblos unos instantes de fidelidad a los principios superiores que informan de modo entrañable su cultura. Aquellos que no obedezcan, aquellos que eludan los dilemas auténticos, perecerán frívola y traidoramente. Pero los que logren intuir los verdaderos peligros, los que posean la clave de los destinos actuales, los que se interesen por la fiel continuidad de la vida del pueblo, ésos deben salir a campo abierto y presentar batalla.

Nos referimos al comunismo que triunfa, que amenaza disolver las grandezas populares, que está ahí bien provisto de mitos y de alientos. La ola comunista dejó de ser una inundación ideológica y romántica para convertirse en un resorte actual, a cuyo tacto se buscan y pretenden victorias sociales y económicas. No hay que desconocer la potencia y el radio del comunismo, que se despliega a todos los aires en caza de atenciones.

Nosotros las recogemos, y advertimos la gigantesca dosis de futuro que posee. Pero el comunismo es nuestro enemigo. Destruye la idea nacional, que es el enlace más fértil de que el hombre dispone para equipar grandezas. Destruye la eficacia económica que nuestra civilización persigue y solicita. Destruye los valores eminentes del hombre. Deforma el estadio postliberal que hoy se extiende por el mundo, y lo convierte en restringido servidor de unos afanes pequeñitos.

Pero frente al comunismo carecen de vigor y de eficiencia las viejas actitudes. Si los pueblos de Occidente no disponen de otros recursos políticos que ese de las consabidas, huecas y mediocres libertades. Ni de otras eficacias económicas que las que proceden de la arbitrariedad liberal burguesa, a base de Estado inerte y trusts poderosísimos, de tierras infecundas y campesinos esquilmados. Si no tiene otras fuentes de coraje que el de unirse a un viejo mito -republicano o monárquico, igual importa-, y recluirse en él como en una fortaleza negativa. Si no logra renegar de esa teoría política tradicional, diecinuevesca, que confiere al individuo poder coactivo frente al Estado y subordina los intereses colectivos a los individuales. Si no se superan de modo radical las instituciones políticas vigentes, buscando la entraña popular y abriendo paso a los verdaderos conductores de pueblos, sin turbamultas ciegas ni disidencias críticas. Entonces... será que el comunismo tiene razón para el desahucio de Occidente.

Más que nunca es hoy imprescindible sincerarse con la verdad de nuestro tiempo. ¡Qué le vamos a hacer si pasó la hora de batirse por la libertad! Hoy nos interesan cosas muy distintas, y los viejos traidores deben retirarse a los cenobios antes que perturbar las nuevas experiencias.

Hay que esgrimir contra el comunismo dos eficacias. Y aunque el comunismo no estuviese ahí, habría que descubrirlas también, porque los grandes pueblos no renuncian fácilmente a los deberes supremos. Esas dos eficacias, para nosotros, son: los valores hispánicos y la victoria económica.

Ya hemos dicho que si arribamos a la vida española con alguna intrepidez, ésta se alimenta de anhelosidades hispánicas. Queremos a España grande, poderosa y victoriosa. Cumpliendo con su deber universal de dar al mundo valores fecundos. Hace dos siglos que España deserta de sí misma y se refugia en las cabañas extranjeras. ¡Orden de expulsión a los traidores! El Estado hispánico, que hoy no existe, ha de abrir paso al hervor nacionalista y servir sus exigencias. En otro lugar de este número ofrecemos la clave de constitución de ese Estado, por el que estamos dispuestos a sacrificar vidas españolas.

Y llega la posible victoria económica. Nosotros oponemos a la economía comunista acusación de ineficacia. En cuanto trata de elevar los niveles de producción, se refugia en un capitalismo de Estado -véase la actual Rusia- y deriva a las normas industriales corrientes. No vemos la necesidad de romper todas las amarras para volver luego la cabeza e ingresar en la sistemática capitalista. Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico, que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño absoluto de los mandos y del control de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo. Inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva, y a la vez palpitación de justicia social, prosperidad económica.

Frente al comunismo, el Occidente no puede mostrar sino esto: grandeza nacional, Estado eficaz y robusto con una estructura económica sindical y nacionalizada.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Pedimos y queremos

Pedimos y queremos un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes.

Pedimos y queremos la suplantación del régimen parlamentario o, por lo menos, que sean limitadas las funciones del Parlamento por la decisión suprema de un Poder más alto.

Pedimos y queremos una dictadura de Estado, de origen popular, que obligue a nuestro pueblo a las grandes marchas.

Pedimos y queremos la inhabilitación del espíritu abogadesco en la política, y que se encomienden las funciones de mando a hombres de acción, entre aquellos de probada intrepidez que posean la confianza del pueblo.

Queremos y pedimos la desaparición del mito liberal, perturbador y anacrónico, y que el Estado asuma el control de todos los derechos.

Queremos y pedimos la subordinación de todo individuo a los supremos intereses del Estado, de la colectividad política.

Queremos y pedimos un nuevo régimen económico. A base de la sindicación de la riqueza industrial y de la entrega de tierra a los campesinos. El Estado hispánico se reservará el derecho a intervenir y encauzar las economías privadas.

Queremos y pedimos la más alta potenciación del trabajo y del trabajador. El Estado hispánico debe garantizar la satisfacción de todas las necesidades materiales y espirituales del obrero, así como un amplio seguro de vejez y de paro.

Queremos y pedimos la aplicación de las penas más rigurosas para aquellos que especulen con la miseria del pueblo.

Queremos y pedimos una cultura de masas y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo.

Queremos y pedimos que la elaboración del Estado hispánico sea obra y tarea de los españoles jóvenes, para lo cual deben destacarse y organizarse los que estén comprendidos entre los veinte y cuarenta y cinco años.

Queremos y pedimos la unificación indiscutible del Estado. Las entidades comarcales posibles deben permanecer limitadas en un cuadro concreto de fines adjetivos.

Queremos y pedimos que informe de un modo central al Estado hispánico la propagación de una gigantesca ambición nacional, que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.

Queremos y pedimos el más implacable examen de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical.

Nuestra organización

Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra. Milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista. Queremos al político con sentido militar, de responsabilidad y de lucha. Nuestra organización se estructurará a base de células sindicales y células políticas. Las primeras se compondrán de diez individuos, pertenecientes, según su nombre indica, a un mismo gremio o sindicato. Las segundas, por cinco individuos de profesión diversa. Ambas serán la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido. Para entrar en una célula se precisará estar comprendido entre los diez y ocho y cuarenta y cinco años. Los españoles de mas edad no podrán intervenir de un modo activo en nuestras falanges. Ha comenzado en toda España la organización de células sindicales y políticas, que constituirán los elementos primarios para nuestra acción. El nexo de unión es la dogmática que antes expusimos, la cual debe ser aceptada y comprendida con integridad para formar parte de nuestra fuerza.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

La peculiaridad y la política de Cataluña

Todo cuanto acontece en la política de Cataluña es de una infecundidad fastidiosa. Las fuerzas políticas de Cataluña mantienen con el resto de España una discordia mediocre. Los grupos republicanos que se llaman de izquierda son incapaces de advertir con alguna grandeza los destinos históricos del gran pueblo español. Gente miope, aletargada y absurda, que sueña con glorias de pequeño radio. De otra parte están los altos burgueses de la Lliga, que colaboran obligados por sus negocios.

Pero falta en Cataluña el afán decidido, franco y sin reservas, de colaborar con el resto de España para la iniciación de una política nacional robusta.

Por el contrario, nosotros advertimos en Cataluña un deseo traidor de aprovechar las circunstancias difíciles y especular con las dificultades internas del Estado español. ¡Nunca será esto tolerado, creemos que ni por los republicanos ni por los monárquicos del resto de España!

Nosotros reconocemos la peculiaridad de Cataluña. Y debe destacarse como ejemplo valioso de una comarca española que prospera, que trabaja y honra a nuestro pueblo. No somos sospechosos de frialdad hacia Cataluña. Nuestro director formó parte del viaje de intelectuales castellanos, y el mismo fervor de entonces por el admirable «hecho diferencial» lo mantiene hoy exactamente con idéntico tono.

Ahora bien: frente al hecho diferencial famoso, hay el indiscutible y grandioso hecho español, que obliga a subordinación a todos los demás hechos que surjan. De otra parte, la afirmación de la peculiaridad catalana obliga a considerar que en nombre de ella misma debe engranarse en un orden de totalidad que la comprenda y exalte.

Las mejores jornadas para Cataluña serán aquellas que realice y forje dentro de la realidad imperial de España. Ese gran pueblo catalán ha de encontrar sus más briosas posibilidades en un orden hispánico de política cultural y económica.

Le citamos con la gran consigna.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Los intelectuales y la política

En España, más que en ningún otro pueblo, la intervención de los intelectuales en la política constituye un grueso problema. La crítica es una función peculiarísima de la inteligencia como tal, y desde 1898 apenas si ha circulado por la vida española otra cosa que crítica. Ha sido el período de los intelectuales. En que se han presentado ahí, con una voz y un escalpelo. Como frente a ellos no ha existido sino un régimen en declive, en franca huida, su tarea crítica encontró aceptación en sectores populares, consumándose de este modo la gran faena de edificar negaciones.

El ciclo que comenzó en 1898 y ha devorado estérilmente dos generaciones, llega hoy a su culminación con esos quince mil intelectuales que el Sr. Ortega y Gasset enarbola. Las circunstancias por que atraviesa la España actual hacen posibles las subversiones más cómicas, y tendría verdaderamente poca gracia que esas falanges meditadoras se hiciesen dueñas de los mandos.

La política no es actividad propia de intelectuales, sino de hombres de acción. Entiendo por intelectual el hombre que intercepta entre su acción y el mundo una constante elaboración ideal, a la que, al fin y al cabo, supedita siempre sus decisiones. Tal linaje de hombre va adscrito a actividades muy específicas, que no es difícil advertir y localizar. Así, el profesor, el hombre de ciencia, de letras o de pensamiento. Y esas otras zonas adyacentes, que corresponden a los profesionales facultativos. Entiendo por hombre de acción, en contraposición al intelectual, aquel que se sumerge en las realidades del mundo, en ellas mismas, y opera con el material humano tal y como éste es.

Política, en su mejor acepción, es el haz de hechos que unos hombres eminentes proyectan sobre un pueblo.

Pero las propagandas políticas son propagandas de ideas, se me dirá. Un siglo de palabrería hueca abona una afirmación así. Es lo cierto, sin embargo, que no hay ideas objetivas en política, única cosa que podría justificar la tarea interventora del intelectual.

No de ideas objetivas, esto es, no de pequeños orbes divinos, sino de hechos y de hombres, es de lo que se nutren las realidades políticas. Primero es la acción, el hecho. Después, su justificación teórica, su ropaje ideológico. Insistiré mucho en que nadie confunda esto que digo con el materialismo marxista, que es muy otra cosa. Pues aparte de que a nadie se le ocurrirá desnudar de espíritu la acción política, existe la radical diferencia de que aquí no establecemos causalidad alguna entre acción e idea.

Las cosas reales que dificultan y moldean la marcha y la vida de los pueblos se rinden tan sólo al esfuerzo y a la intrepidez del hombre de acción. En la medida en que un pueblo dispone de hombres activos eminentes y les entrega las funciones directoras, ese pueblo realiza y cumple con más o menos perfección su destino histórico. En cuanto se intercepta el intelectual y le suplanta, el pueblo se desliza a la deriva, tras de horizontes quiméricos y falsos.

El intelectual prefiere a la realidad una sombra de ella. Le da miedo el acontecer humano, y por eso teje y desteje futuros ideales. De ahí su disconformidad perenne, su afán crítico, que le conduce fatalmente a hazañas infecundas. El material humano le aparece imperfecto y bruto. Hurta de él esas imperfecciones posibles, que son la vida misma del pueblo, y se queda con lo que sea de fácil sumisión al pensamiento, a su pensamiento.

El hombre de acción, el político, se identifica con el pueblo. Nada le separa de él. No aporta orbes artificiosos ni se retira a meditar antes de hacer. Eso es propio del intelectual, del mal político. Precisamente el tremendo defecto de que adolece el sistema demoliberal de elección es que el auténtico político, el hombre de acción, queda eliminado de los éxitos. En su lugar, los intelectuales -y

de ellos los más ramplones y mediocres, como son los abogados- se encaraman en los puestos directivos. El sistema político demoliberal ha creado eso de los programas, falaz instrumento de la más pura cepa abogadesca.

El hombre de acción no puede ser hombre de programas. Es hombre de hoy, actual, porque la vida del pueblo palpita todos los minutos y exige en todos los momentos la atención del político.

Al intelectual se le escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuro. De ahí eso de los programas, elegante medio de bordear los precipicios inmediatos. El intelectual es cobarde y elude con retórica la necesidad de conceder audiencia diaria al material humano auténtico, el hombre que sufre, el soldado que triunfa, el acaparador, el rebelde, el pusilánime, el enfermo, o bien la fábrica, las quiebras, el campo, la guerra, etc., etc.

Ahora bien, en un punto los intelectuales hacen alto honor a la política y sirven y completan su eficacia. En tanto en cuanto se atienen a su destino y dan sentido histórico, legalidad pudiéramos decir, a las acciones -victorias o fracasos- a que el político conduce al pueblo. Otra intervención distinta es inmoral y debe reprimirse.

Si el intelectual subvierte su función valiosa y pretende hacerse dueño de los mandos, influir en el ánimo del político para una decisión cualquiera, su crimen es de alta traición para con el Estado y para con el pueblo. En la política, el papel del intelectual es papel de servidumbre, no a un señor ni a un jefe, sino al derecho sagrado del pueblo a forjarse una grandeza. Afán que el intelectual, la mayor parte de las veces, no comprende.

La cuestión que abordamos en estas líneas es de gravedad suma aplicada a este país nuestro, que atraviesa hoy las mayores confusiones. Aquí, el intelectual sirve al pueblo platos morbosos, y busca el necio aplauso de los necios. Sabe muy bien que otra cosa no le es aceptada ni comprendida, y es sólo en el terreno de las negaciones infecundas donde halla identidad con la calle.

Ahora bien, el intelectual constituye un tipo magnífico de hombre, y es de todas las castas sociales la más imprescindible y valiosa. Su concurso no puede ser suplantado por nada y le corresponden en la vida social las elaboraciones más finas. El intelectual mantiene un nivel superior, de alientos ideales, sin el que un pueblo cae de modo inevitable en extravíos mediocres y sencillos. En España no hemos podido conocer todavía una colaboración franca de la Inteligencia con las rutas triunfales de nuestro pueblo. El intelectual se ha desentendido de ellas, ajeno a la acción, persiguiendo tan sólo afanes destructores. Puede ocurrir que ello se deba a que no ha gravitado sobre el pueblo español el imperio de una gran política. Y a que se requería al intelectual para contubernios viles. Sea lo que quiera, el hecho innegable es que el intelectual no ha contribuido positivamente, como en otros pueblos, a la edificación de la problemática política de España.

Además de esto, los intelectuales españoles ofrecen hoy el ejemplo curioso de que no se han destacado de ellos ni media docena de teóricos de una idea nacional, hispánica, figurando en tropel al servicio de los aires extranjeros. Ello es bien raro, y explica a la vez que los sectores de cultura media de España tarden en percibir las corrientes políticas que hace ya un lustro circulan por Europa. Se sigue rindiendo culto exclusivo a las ideas vigentes hace cincuenta años, y estos retrasos de información y de sensibilidad se traducen luego en dificultades para conseguir y atrapar las victorias que nuestro tiempo hace posibles.

Hay tan sólo una política, aquella que exalta y se origina en el respeto profundo al latir nacional de un pueblo, que pueda y merezca arrastrar en pos de sí la atención decidida de los intelectuales. Un intelectual, si lo es de verdad, vive identificado con las aspiraciones supremas de su pueblo. La acción política que esté vigorizada por la sangre entusiasta del pueblo encuentra fácilmente enlaces especulativos con los intelectuales. Es lo que acontece hoy en Italia, país donde reside un anhelo único entre intelectuales, políticos y pueblo. Es lo que acontece casi en Rusia, a pesar de que su política nacional es de tendencia exclusivamente económica y marxista, esto es, extranjera. Es lo que acontece en grandes sectores de Alemania, y en este país tenía ese mismo sentido la adhesión tan comentada de los sabios universitarios al Káiser, supuesto supremo representante del alma germana.

Y la colaboración nacional, positiva, de los intelectuales a la política hispana, ¿dónde aparece?

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Nuevo discurso constituyente

Don Melquiades ha hablado en Sevilla a sus amigos. Otra vez la fórmula constituyente que formulan estos leguleyos formularios quiere trepar a las decisiones ejecutivas. Sería monstruoso y sintomático de que estamos como pueblo en declive irremediable.

La fórmula constituyente que agrupa a la media docena de viejos farsantes es un medio desgraciado de resolver la hondísima inquietud nacional. Supone la existencia de un Poder constituyente que asumiría de modo absoluto la ejecución gubernamental durante ese período.

¿Qué fuente legítima de Poder sería la de ese bloque gobernante? La mediocridad leguleya olvida esa legitimación originaria, y se entrega a su algarabía con fervores chiquillos. Todo cuanto dicen y exclaman estaría adecuadísimo para ser recogido por un movimiento revolucionario cualquiera que triunfe. En efecto, un Poder constituyente surgido de una revolución tiene en el triunfo mismo de su hecho violento la legitimidad que necesita -según estos abogados- todo poder político. Pero eso es otra cuestión. Los hombres del bloque no quieren ni pueden querer revoluciones. Quieren, sí, que una decisión del Poder que hoy residencian les entregue los mandos para la puesta en marcha de su fórmula.

La cosa es peregrina y muy propia de talentos abogadescos. Gente cobarde, ramplona y miseriosa, incapaz de enfrentarse de cara con la rotundidad magnífica de un hecho. Nosotros repudiamos esta vieja solución por ineficaz y, sobre todo, por vieja. Los hombres que la patrocinan han perdido toda la confianza del pueblo y son puras momias de la política que representan la consunción y los suspiros fracasados.

Un poder constituyente es algo que surge y se origina de una revolución triunfante. O de la voluntad total de un pueblo que lo expresa así y señala los hombres que han de encarnar ese período grave. Los señores del bloque no han hecho ninguna revolución ni tienen sangre en las venas suficiente para empresas de esa jerarquía. Tampoco pueden acreditar que poseen la confianza del pueblo, pues no bastan los discursos ocasionales a base de tópicos y leguyería repugnante. ¡Oh, ese Bergamín energuménico, gracioso rábula de feria!

Todo puede y debe ocurrir aquí menos ese triste espectáculo de la danza vieja en torno a la piragua constituyente. Significaría la definitiva proscripción del espíritu nuevo que ha surgido y la entrega de los destinos nacionales a una turba mediocre de sentidos averiados. Ya es conocida la algazara ingenua y procaz de unas tertulias candorosas al recibir la noticia del encargo a Sánchez Guerra.

Don Melquiades puede seguir inundando a España de huecas resonancias. Bergamín puede seguir buscando pleitos por ahí. El señor Villanueva puede continuar exhibiendo sus cien años en las fotografías. Burgos Mazo puede seguir yendo y viniendo. Pero están mandados retirar, y ello es irremediable, impepinable e inflexible.

(La Conquista del Estado, nº 5, 11 - Abril - 1931)

Los detritus de EL SOL

Una cosa no saben, de seguro, esos humoristas trisemanales: que los detritus, aun purificados en crisol, no dejan de ser detritus. Ahí están, debatiéndose ante el fracaso, sin reconocer el inmenso cono de sombra que les cerca. Son los residuos de una generación invaliosa, vendida al espíritu extranjero y a la frívola caducidad.

Nacieron y surgieron del viejo *Imparcial*, y a la zona imparcial regresaron de nuevo. Para ese viaje no era preciso ir a Alemania y regresar con empaque de genios. La cosa es sencillísima. Hace veinte años existía en España un periódico acreditado: *El Imparcial*, que dejaba bien cumplidos los afanes pequeñitos de cultura. Eran hojas liberales, de discreto semblante familiar. Allí andaba ya don Félix Lorenzo, rezagadísimo caviano, con su misma mediocridad y su mismo éxito cazurro. Llegó una nueva generación, y a su frente el auténtico maestro Ortega y Gasset, que no cabía ya en aquellos

estrechos límites, y fundó el nuevo órgano «España», revista de compleja memoria y de historia aún más compleja.

El proceso continuó, naciendo *El Sol*. Iban a alimentar el fuego solar aquellos jóvenes de entonces, al grito de europeizar los espíritus. Así el periódico era de corte inglés y savia germana. No podía pedirse más. *El Sol* tuvo, al parecer, momentos magníficos, que nosotros, jóvenes recién llegados, no conocimos. Pero no pudo durar mucho la hoguera entusiasta. Se especulaba con ideales extranjeros, y muy pronto se agotaron los repertorios aprendidos. ¿Qué iba a pasar? Aquellos economistas, escritores, abogados y filósofos solares se encontraron un buen día con que la realidad española repudiaba sus esfuerzos. ¿Qué hacer? La desbandada inevitable rasgó los aires. *El Sol* rompió sus vestiduras. Encargó a Félix Lorenzo, superviviente de *El Imparcial*, que charlase, que achabacanase las páginas un día pulcras. El fenómeno revestía unas características lógicas intachables. Agotado el repertorio de ideas extranjeras, no quedaba sino la mediocre cantera anterior, a base de tópicos. Es lo que hizo *El Sol*. Se convirtió de nuevo en *El Imparcial* de hace veinte años. Fueron desalojados por causas y fuerzas que no nos interesa analizar. Pero el hecho es que están ahí, caídos, fracasados y solos, extendiendo el brazo en actitud de limosneo. Dios los ampare.

Quieren purificarse, al parecer, y viven en crisol. ¿Quiénes serán los timoneles? Sean quienes sean, padecen increíble infección cursi. Hay que fijarse bien en eso de crisol. Y no para ahí la cosa. Anda en trámites la Empresa «Fulmen». Hay que fijarse también en eso de «Fulmen». Estos jupitérinos padres de familia no cabe duda que vienen arreando. Todavía hay más. Fundarán un periódico diario llamado *Luz*. Pero ¿en qué tiempos viven estas gentes reaccionarias? El siglo de las luces. La venda en los ojos. La ilustración.

Para todo eso se requiere el concurso y el dinero de la gente. Ya andan el empréstito y la mano pedigüeña por las esquinas. Pero don Nicolás ha aprendido mucho. Dictará el «¡Hágase Luz!», con entera seguridad de ser obedecido. Nadie podrá con él. Sus acciones, doble voto. ¡Caramba!

Además, no se engañen ustedes, señores de *Crisol*, pues ese «Crisol» no viene etimológicamente, como podría suponerse, de «chrysos», oro, sino de «crisuelo», candil, candileja. De modo que esa *Luz* que anuncian será luz aceitosa, pringosa, auténtica luz de cavernas.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Guía de descarriados 3. Don José Yanguas Messía

Naturalmente que sí. Este señor vizconde no es vizconde de nacimiento, es vizconde consorte, pero nació vizconde. ¿Es esto un lío? Quiero decir en el mejor castellano posible que el señor Yanguas es el perfecto vizconde. Vizconde por naturaleza, por derecho propio y por haber contraído matrimonio con una vizcondesa.

Es una inteligencia descarriada a puro voltear ortodoxias. A un buen franciscano, montaraz allá por los riscos de Béjar, le oí decir hace tres años que don José era el más formidable político de España. Los elementos de juicio de que disponía aquel frailecico no los conozco. Su idea de la política y de los políticos es de presumir que se ilustraba en las páginas luminosas de *El Siglo Futuro*, su periódico predilecto. Por tanto, un español representativo -¡y tan representativo!- cree que el señor Yanguas es un político genial. Disimulemos.

Primo de Rivera lo enderezó de un sopapo y le dio categoría de hombre de acción, de gobernante. El fracaso llegó al Polo sin avería. De la cátedra al Ministerio hay un cierto trecho de sendas policromadas que llevaron tras de sí los ojos embelesados del genio. ¡Ah, pero la política no tiene de femenino sino el nombre! Todo cuanto a ella se acerca es músculo robusto y tenso, mala cosa para catedráticos y niños empollones.

Nuestro señor Yanguas Messía conoció los alientos dictatoriales. En sus mejores y más cálidas salsas. No le sirvieron apenas de nada. Nadie lo diría, viéndolo hoy, ahí, camaleón y fugitivo, resguardado y pulcro. Es la tragedia de la dictadura de Primo. Ni uno solo de aquellos hombres que se sentían heroicos protegidos por la alta espada es capaz, en esta hora del demonio, de ensayar gestos

arrogantes. Ni uno solo. Se ocupan y preocupan de guardar las formas, de que se le olviden, por Dios, los pequeños disparates...

Aquí tenéis al ilustre Yanguas Messía, ejemplo gallardo de sonrisas en la hora triste. ¿Dónde estáis, vizconde, que no salís ahí con un abanico destructor de pequeñas tormentas? Tanta gente, tanta, como fiaba en los talentos vuestros, y, a lo más, os contempla contemplando las grandezas jurídicas del siglo XVI. (Eso del padre Victoria, ya tan vulgarcito y adobado.)

El pobre anda oculto por veredas umbrosas, sin dejarse ver, oír o tocar de ninguno de los buenos mortales que esperaban salvarse ante su sola presencia. ¿Qué hacen esos queridos compañeros de la Prensa, sustrayendo a los públicos la figura estilizada del vizconde? Muy triste cosa es para mí -diablo Cojuelo de buena voluntad- no encontrar en los escombros de la Dictadura hombres más nutridos. Aún no es tarde, don José; pruébese los espadines y díganos al pueblo su palabra. Esperamos candorosos y entusiastas su decisión. No podemos creer que usted también acepte como heredero universal de la Dictadura a ese doctor, ignaro y chirle, que moviliza las terribles y tremendas legiones.

Aún es hora, don José, y no se malogre. No olvide las glorias triunfales que esperan a los salvadores de pueblos. Atienda su destino y no se desvíe de ruta, de senda, de camino.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

La supuesta derrota del nacionalsocialismo

En los últimos días, los telegramas de Prensa de Alemania anunciaban borrascas peligrosas para Hitler. Muchas gentes no han sabido comprender el sentido que encierra su entrada en la legalidad que Hitler anuncia. La creen un gesto de renuncia, un fracaso, cuando es la táctica finísima de un jefe de partido que siente muy cerca de sí la proximidad del Poder.

Todo partido político se constituye con vistas al Poder, y toda su actuación queda subordinada a las posibilidades que se ofrezcan. El nacionalsocialismo ha organizado militarmente cientos de miles de hombres y hecho sus programas al grito de violencia y predominio revolucionario. De acuerdo. Pero acontece que, en la hora actual, los medios legales ofrecen al partido suficientes garantías de arribada al Poder. Hitler se acredita de poseer un sereno pulso político aceptando esas posibilidades de legalidad. Algunos extremistas del partido toman el rábano por las hojas, y acusan a Hitler de alta traición. Ello es inevitable. El capitán Stenner, jefe de tropas de asalto del nacionalsocialismo en Berlín, no ha acatado la decisión de Hitler, declarándose en rebeldía.

La cosa no ha pasado de ahí. Hitler atajó inmediatamente con energía el foco rebelde y detuvo la disgregación que amenazaba. Parecía, en efecto, extraño que una fuerza política como la del nacionalsocialismo, de tan admirable estructura interna, sucumbiese a la primera dificultad disciplinaria. No ha ocurrido así. Y deben felicitarse de ello todas las fuerzas políticas de esencia postliberal.

El incidente permite a Hitler prescindir de algunos elementos indisciplinados, útiles, sin duda, en horas de pelea, pero que perturban la consecución de los objetivos primordiales.

Alemania permanece hoy en vacilación histórica. No es dueña de sí misma, violentada por hechos y sucesos ciegos que impiden respetar sus preferencias políticas. Pueblo inestable, al borde de las dos decisiones supremas que presiden el mundo actual. Todo acontecerá a Alemania menos ese detenerse ahí, en la infecunda llanura socialdemócrata, mascando y rumiando unos pobres destinos que le impuso el fracaso de la guerra.

En Alemania, las falanges combativas y magníficas de Hitler representan la superación de las soluciones viejas. Son hombres jóvenes, en su mayoría de treinta a cuarenta años, con nuevas ideas y nuevos afanes. Nunca comprenderán los supervivientes de anteguerra esa capacidad de sacrificio que domina a las gentes recién llegadas, disponiéndose a ofrecer sus vidas en pro de unas esencias políticas que ellas traen consigo.

El nacionalsocialismo gobernará muy pronto en Alemania, al menos en coalición con otras fuerzas, y ello le ha de proporcionar la ocasión definitiva para apoderarse del Estado de un modo absoluto. Entonces será su batalla, y no ahora, cercados y provocados por el enemigo que les invita traidoramente, con artera procacidad, a gastar su pólvora en salvas.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Libros políticos. M. FARBMAN: Der fünfjahres Plan. Fischer.- Berlín, 1931.

He aquí un libro notable. Con claridad auténtica examina el autor el origen y las posibilidades del plan económico que se desenvuelve actualmente en Rusia. Existen ya varias publicaciones de esta índole, pero todas, o la mayor parte, carecen de las más elementales garantías de respeto informativo. O bien son obras tendenciosas, surgidas de las oficinas rusas de propaganda con destino a los papanatas europeos, o bien, y esto es aún peor, se deben a críticos indocumentados que flagelas sin examen todo marchamo soviético.

El libro de Farbman se sale de una clasificación así. Es una obra seria en torno a lo que él llama «la nueva ofensiva del bolchevismo», o sea el Plan quinquenal.

Todos los detalles que sirven para un juicio a fondo son tenidos en cuenta, y por ello el trabajo de síntesis y comentario alcanza alto nivel. Dudamos mucho que exista por ahí un libro que en tan pocas páginas ofrezca un caudal más fino de información y de crítica exacta.

Divide la obra en tres partes. En una se presenta el panorama de la Rusia de 1930 con su problema del Plan en franca realización. En la segunda se indican las cuestiones industriales a que afectan las particularidades del Plan, examinando el influjo del *tempo* -la duración-, el problema del trabajo, el costo, la inflación. Por último, la tercera presenta el hecho de la revolución agraria y sus conatos colectivistas.

Los tractores y su sentido para la eficacia del sistema de explotación, etc.

Tan completo y precioso nos parece este libro de Farbman, que muy pronto lo ofreceremos traducido en las ediciones de *La Conquista del Estado*.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 - Abril - 1931)

Libertad y revolución

Curcio Malaparte es uno de los temperamentos más interesantes que ha destacado el fascismo. Sólo en una lucha así, para la que eran requeridas toda clase de armas, pudo aparecer el buido ademán de este hombre, enarbolando la pluma y la pistola. Sus libros fascistas son certeros y magníficos, y fijan la experiencia italiana en su perfil más exacto y bello. El lector español conoce ya uno de sus libros, traducido por Giménez Caballero. Al frente de esa traducción, este querido camarada nuestro puso un prólogo famoso, que quedó ahí como primer grito de la España naciente.

El artículo de Malaparte que publicamos a continuación es un capítulo de su libro *Inteligencia de Lenin,* que muy pronto aparecerá traducido en nuestras colecciones editoriales.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 de abril de 1931, pág. 3. Entradilla)

Notas Universitarias La U.F.E.H. se declara incompatible ante el régimen[1]

*"**H**ace tiempo, los estudiantes españoles venimos contemplando una teoría inacabable de agravios del actual régimen que agobia con la misma pesadumbre el recuerdo de nuestros hostigados días recientes y la inminencia de los que aguardan.*

Sucintamente recordaremos las incursiones que, por el fácil atajo del real decreto, hizo en nuestras casas de estudio el modesto y laureado general Primo de Rivera, expulsiones, confinamientos de profesores y alumnos, hurto de cátedras; destitución y nombramiento arbitrario, cuando no oprobiosos, de autoridades académicas; el artículo 53 de aquella reforma de la enseñanza, que para poner ésta en manos clericales manuscribió el pequeño ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes que firmaba entonces... Conocida es nuestra larga lucha contra aquél ademán; el cierre de las universidades y escuelas que S.M. el rey se sirvió decretar, en fracasado intento de castigo por nuestra protesta, los numerosos encarcelamientos gubernativos de estudiantes... Luego, otra vez, la lucha para lograr la rehabilitación de un compañero y la vuelta a sus cátedras, de quienes, solidarios con nosotros, estaban ausentes de ellas.

Cesado en el empleo de dictador el marqués de Estella, ocupó su vacante el amnistiado comandante general de alabarderos. Erróneamente quisimos reintegrarnos en plenitud a nuestra actividad escolar. Y pronto el 1 de mayo de 1930, las masas estudiantiles indefensas que recibían al maestro Unamuno en la estación del Norte, de Madrid, eran apaleadas, sableadas y acorraladas en la celada dispuesta por la Dirección General de Seguridad, al parecer sin conocimiento del Gobierno, el cual, no obstante, apenas conoció la real motivación de los hechos, se apresuró a refrendarlos.

Meses después, el nuevo ministro de Instrucción Pública, despreciando su condición de catedrático al supeditarla a las urgencias de régimen, mandaba cerrar las universidades durante un mes, con el expreso fin de que los estudiantes no presenciaran las elecciones que preparaba aquel ministerio.

Pocos días hace, nuestros claustros y hospitales, anexos, han sido ametrallados por las llamadas fuerzas de orden, con el beneplácito del Gobierno que por estos días tiene en sus manos el poder. En lo externo, tal agresión tuvo por motivo el impedir la manifestación pro amnistía, para cuya celebración demandaron los estudiantes madrileños permiso que, con trato de excepción respecto a otras entidades y localidades, les fue denegada.

Pareció fulminante la destitución del director general de Seguridad, que lanzó a la Guardia Civil contra la Facultad de Medicina. Pero el Gobierno no tuvo otra preocupación que encomendar al ministro de Instrucción Pública la extirpación del fuero universitario, y reverencialmente el propio ministro abre las puertas de la Universidad a la Guardia Civil. Hace pocos días, cuando los heridos por las guardias civil y de seguridad, en la Facultad de Medicina madrileña, iniciaban unos su curación y agonizaba otro, sin haber sido —ni lo están aún— depurados los hechos en que esos heridos y muertos se produjeron. Su Majestad, con palabras protocolariamente augustas, felicitaba por su lealtad a la Guardia Civil, dándole el nombre de Benemérita, que se le acordara cuando perseguía al bandidaje, y "ponía de relieve con palabras de gran afecto la prudencia y el humanitarismo con que, aun en trances difíciles, y a pesar de la calidad de su armamento, procede en el cumplimiento del deber". Según la autorizada información de "ABC".

Claramente puede advertirse la existencia de una voluntad de encono que enhebra con grosero y visible hilo todas las tropelías gubernamentales que venimos padeciendo desde 1923, y fácil es descubrir su clave. No es posible la vida universitaria, a la cual el régimen ha ido negando todo: dignidad para el que estudia, libertad para el que explica, paz para el trabajo y seguridad para las vidas. La labor de tres cursos ha sido destrozada, y hoy en nuestras mentes, descentradas de lo que

[1] El texto reproducido en cursiva corresponde al comunicado de los representantes de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos —Antonio María Sbert y Ángel L. Ganivet—, el comentario que sigue es de Ramiro Ledesma Ramos.

en una nación organizada hubiera constituido su peculiar labor, sienten sobre sí el peso agobiante de este régimen, y, casi físicamente, el de su encarnación.

La defensiva pugna que las instituciones culturales mantienen ante estas agresiones al pensamiento y ala conciencia, ha de abreviarse para lograr la paz y en bien de todos. Por otra parte, no hay opción: el enemigo no está fuera de la universidad, penetró ya en ella y en su ámbito va a agredirnos.

Por ellos, previa consulta a sus mandatarios, el comité ejecutivo de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos declara la incompatibilidad de la vida académica con el régimen de hecho imperante en nuestra patria, y lo hace convencido más que nunca de no servir a ningún sectarismo político y sí de salir en defensa de nuestras instituciones, que sólo merecieron al régimen desdenes y desafueros, y el proyecto de una Ciudad Universitaria, en combinación con la Lotería Nacional y la dadivosidad de las gentes, que acredita el infinito rango en que los que se dicen al frente de España colocan los problemas culturales y la lisonja que a las clases intelectuales se ofrenda sin perjuicio de disparar contra ellas un impotente rencor.

El comité ejecutivo de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, al comunicar este acuerdo a sus mandatarios, excítales a su más acabado cumplimiento, buscando pronta eficiencia y procurando que las labores académicas tengan, independientes del régimen bajo el cual son imposibles, una total realización, procediendo cada federación y asociación con la autonomía de que disponen para cumplir sus fines, según sus circunstancias particulares.

Percatados de la trascendencia de nuestro acuerdo, entendemos que en estos momentos de honda y fundamental perturbación que vive España, sólo quien esté desalmado puede dedicarse a la ciencia, colocándose de espaldas al bien, a la verdad y ala justicia, bajo cuya tutela nos colocamos nosotros."

Madrid, 6 de abril de 1931.

El comisario general presidente, Antonio María Sbert.

Aprobado en sesión del comité ejecutivo de 6 de abril de 1931. El comisario, secretario accidental, Ángel L. Ganivet.

* * *

A propósito de la nota de la U.F.E.H., declarándose incompatible con el régimen circulan rumores altamente alarmantes respecto a la separación de la F.U.E. madrileña de algunas Asociaciones profesionales importantes. Se dice que algunas Asociaciones profesionales de ingenieros se separan de la F.U.E. de que son miembros, a causa de la mencionada declaración de incompatibilidad con el régimen. De ser verdad, sería lamentable que las organizaciones estudiantiles más poderosas y las que en los comienzos contribuyeron con mayor empuje a la constitución de la F.U.E. se desintegraran ahora de la Federación de Madrid.

Desde luego, no hay que pensar ni un momento que esta separación significase el acercamiento o la entrada en otras organizaciones escolares de tipo confesional, sino que supondría solamente la declaración de independencia de unas Asociaciones que creyeron que la declaración de la U.F.E.H. vulneraba el principio de apoliticismo, norma de las F.U.E.s.

Confiamos, para bien de la Unión Federal, en que estos rumores no se confirmen y en que la Unión de los estudiantes continúe compacta y firme como hasta ahora.

El nuevo Rector

La Universidad madrileña tiene ya su nuevo rector, elegido por el Claustro, exclusivamente por el Claustro, en contra de las promesas del señor Gascón de que el elemento escolar organizado tendría intervención directa en el nombramiento de su rector. Pero ya está aquí don Pío Zabala y Lera, ex lugarteniente de Silió y ex asambleísta e historiador, todo sonrisas marrulleras y declaraciones anodinas.

¿Cómo piensa desenvolverse el nuevo rector frente a los graves problemas palpitantes de la actividad universitaria?

No lo sabemos, y tenemos motivos para sospechar que él tampoco lo sabe, pues ante la amenaza reiterada de ser interrogado, ha evitado graciosamente nuestro encuentro.

(«La Conquista del Estado», nº 5, 11 de abril de 1931, pág. 5)

NUMERO 6. 18 de Abril 1931.

La proclamación de la República

Una fase de la revolución española. Muy pronto llegarán los minutos decisivos del porvenir hispánico. ¡¡Españoles!! ¡¡Alerta!!

Ante la República

No necesitamos violentar lo más mínimo nuestras ideas ni rectificar el programa político y social que defendemos para dedicar un elogio y un aplauso al régimen republicano. LA CONQUISTA DEL ESTADO lleva publicados cinco números. Su íntegro bagaje ideológico y táctico se nutre de aspiraciones muy distintas a esas que quedan enmarcadas en una forma de gobierno. La voluntad del pueblo español se ha decidido de un modo magnífico y vigoroso por la República, y nosotros, férvidos exaltados de la energía nacional, hispánica, celebramos su disciplinado triunfo. ¡Viva la República! Nunca hemos creído subversivo este grito, que hoy es y representa el clamor entusiasta de los españoles. Todos cuantos estiman que la emoción primera de las luchas políticas es la voluntad del pueblo, deben hoy acatar sin reservas a la República. Así lo hacemos nosotros, con la indicación incluso de que en esta hora la defensa de la República es la defensa nacional.

Ahora bien, los entusiasmos primeros, los saludos y los vítores, van a tener una fugaz y rapidísima vigencia. Serán suplantados por la enérgica decisión de que el Estado republicano naciente sea un producto de la misma entraña hispánica, leal a los afanes de nuestro pueblo, y concentre las auténticas eficacias, que son las de índole social y económica.

Dentro de la República, iniciaremos en la vida española las propagandas de responsabilidad nacional y de lealtad suprema a los imperativos de nuestro pueblo. Y, además, la estructuración económica que nos distingue: sindicación obligatoria de las industrias, control por el Estado hispánico de las economías privadas y entrega de tierra a los campesinos.

La República llega rodeada de alientos liberales. Con más de un siglo de retraso; el pueblo exalta hoy mitos ineficaces, y hemos de impedir que se le hurten las verdaderas conquistas de esta época. Nada de estancarse en la fase mediocre de una socialdemocracia más. Nada de pelea ante enemigos inexistentes. Y sí, en cambio, enderezar el coraje a los objetivos grandiosos: el poderío hispánico, la justicia social y económica.

La República naciente hará posibles las batallas actuales. ¡Nadie nos niega hoy la libertad, camaradas! Hacen falta, pues, otros gritos y otros disparos más certeros. Ha triunfado en España la fase liberal de la Historia, y bien está ahí, abriendo los caminos nuevos. ¡Que la parada sea de muy pocos minutos! Otros pueblos vienen ya de regreso, y conseguirán las primicias de nuestra época. Que es, digámoslo claro, antiliberal, antiburguesa.

¿Cómo será el Estado republicano?

Las propagandas políticas que han traído y logrado el triunfo de la República son, no hay que olvidarlo, de tipo burgués y liberal. Cabe, pues, presumir qué clase de Estado será el primero que estructure la República. El Gobierno provisional y sus altos cargos están ocupados lógicamente por los hombres que en la última época española defendieron los ideales de libertad. Es natural y legítimo que así sea. ¿Elaborarán ellos el Estado según ese anacrónico criterio?... Este es el enigma.

Nosotros estaremos enfrente de esa tendencia republicana liberalizante y socialdemócrata. Propugnamos el Estado colectivista, sindical, a base de la suplantación de los derechos del individuo por los derechos del Estado hispánico. Un derecho de esos es el de la propiedad. Otro es el derecho de la disidencia frente al Estado. Nosotros negamos los derechos de ese carácter, y quisiéramos que el Estado triunfante en la República fuese un Estado robusto y poderoso, indiscutible y eficaz, que iniciase las grandes marchas hispánicas.

El pueblo debe reclamar satisfacción inmediata a las exigencias de tipo económico. El Estado liberal burgués entrega a la arbitrariedad individual el control de la riqueza, y es preciso supeditarla a los intereses colectivos.

Nosotros estaremos en nuestro puesto para defender el derecho que tiene el pueblo a que no se realice el fraude revolucionario. Hay que ir adelante, sin detenerse, y apurar las conquistas.

La garantía de Indalecio Prieto

En nuestra breve colección hay ya señales del alto juicio, respeto y admiración que nos merece este hombre, la figura más eminente de la Revolución que hoy se pone en marcha. Su presencia es garantía de todo. «Este hombre -veníamos a decir en LA CONQUISTA DEL ESTADO del 28 de Marzo último-, si logra desasirse del ambiente y dispone de una intuición genial, puede dar auténtico sentido revolucionario a la cosa. Y edificar grandezas.»

En efecto, Prieto penetra totalmente en la emoción revolucionaria de los tiempos actuales. Su temple y su vigor son hoy la esperanza inmediata de los que deseamos que el hervor del pueblo se encamine sin pérdida de minuto a estas dos grandes tareas: la creación vigorosa de una fuerte conciencia hispánica, nacionalista, que constituya el soporte supremo del nuevo Estado republicano. La revolución de tipo económico que termine con los privilegios anárquicos e inmorales del régimen liberal burgués.

Esperamos la acción y la reacción de Indalecio Prieto. Con optimismo confianza.

¿Qué pasa en Cataluña?

De todos los episodios a que ha dado lugar el cambio de régimen, el único que sin duda ha hecho fruncir de preocupación la frente de los españoles es el episodio de Cataluña. ¿Qué pasa allí? Los telegramas no son muy extensos, pero sí lo suficiente para indicar que son cosas bien poco agradables.

El Gobierno provisional de la República dispone hoy de todos los poderes y de la máxima confianza del pueblo. Tiene, pues, toda la autoridad que se requiere para las intervenciones heroicas.

En Cataluña parece que los acontecimientos se precipitan. ¿Qué Constitución o decreto de la República española autoriza la formación de ese Estado catalán? ¿Es una realidad revolucionaria? Debe combatirse por la realidad revolucionaria de España, que también es una realidad.

Pero no escribamos más de esto. La información de que disponemos es insuficiente. Mientras tanto, elogiemos los rasgos de convicción y de energía de que esta dando muestras Emiliano Iglesias. Le acompaña el total aplauso de los que ponemos por cima de todo la grandeza hispánica. A la que no se llega precisamente concediendo satisfacción mediocre a las limitaciones cantonales.

El Gobierno provisional de la República, repetimos, tiene hoy autoridad revolucionaria suficiente para sujetar a disciplina hispánica las tendencias de la revolución. Para imponer quietud a los impacientes desmembradores.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 - Abril - 1931)

El reconocimiento de los Soviets

Insistimos hoy en nuestro punto de vista, que exponíamos en uno de los números anteriores. España debe reconocer el Gobierno soviético. Después de catorce años de régimen, desaparecida toda posibilidad de derrota, asimilada por el pueblo ruso una tarea nacional que le adscribe a la función estricta de reconstruirse, no cabe peligro alguno que aconseje el aislamiento. Rusia es hoy un pueblo con inmensa capacidad reproductora y es absurdo mantener una ruptura comercial que sólo puede proporcionar pérdidas a nuestra economía.

Nosotros pensamos mover aquí este tema del reconocimiento soviético y traer opiniones de personas de muy varia tendencia política. Es, además, una realidad universal esta de volver los ojos a Rusia y entablar diálogos comerciales. Coinciden las crisis económicas del mundo con la elaboración del Plan quinquenal ruso, y los países maltrechos buscan las posibilidades de esos mercados que se ofrecen.

Hace pocos días hemos leído en la revista *New Republic*, de Norteamérica, que sólo el establecimiento de relaciones normales de comercio con los Soviets puede atenuar la crisis de los

capitalistas y de los sin trabajo americanos. Ya el año último el comercio de este país con Rusia aumentó en un 78 por 100.

La reconstrucción interior rusa ha elevado considerablemente la producción de algunas materias que son objeto de exportación y de intercambio comercial. Madera, trigo y petróleo son las tres mercancías que hoy Rusia produce en cantidades altísimas. Como se ve, ningún producto elaborado que requiera el desarrollo de una técnica. Ahora bien: Rusia necesita créditos del extranjero con qué alimentar su período reconstructivo. Los necesita de modo tan vital, que a ellos sacrifica todas las demás exigencias. El momento para Europa, y aun para el resto del mundo, es decisivo con relación a Rusia.

En Alemania es, quizá, donde se advierte mejor la necesidad de un acercamiento a Rusia. El 24 de abril expira el Tratado de amistad firmado hace cinco años entre el Reich y La U.R.S.S. para completar el Tratado de Rapallo, de 16 de abril de 1922. No cabe duda de que aquel pacto amistoso será ahora renovado.

Pero hay más. Ya está de regreso la expedición de altos industriales alemanes a Rusia, y sus opiniones son francamente optimistas a ese respecto. Fueron, como se sabe, 17 grandes industriales. Entre ellos, los directores del *trust* del acero, del *trust* Kloeckner, de las fábricas Krupp, Borsig, Siemens, de la A.E.C. El presidente de la Delegación, Kloeckner, es una figura muy influyente en el partido a que pertenece el canciller Brunning, y por eso revisten más importancia sus opiniones. Todos ellos han regresado muy bien impresionados por las perspectivas que les ofrece el Plan quinquenal. Ahora bien: la cuestión es ahora saber si el Gobierno del Reich consentirá garantizar el 70 por 100 de los créditos rusos. Esa es la incógnita.

De todos modos, lo que aparece claro es la necesidad de admitir diálogos de toda índole con Rusia. España, tanto como cualquier otro país, requiere apurar todos los resortes para la elaboración sistemática de una economía nacional, sin repudiar intercambios beneficiosos en nombre de absurdos remilgos, de los que no se debe hacer caso en estos tiempos. A los enemigos no se les da la espalda, sino la frente y los ojos fijos. ¿Y hasta qué punto es Rusia un enemigo radical?

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 - Abril - 1931)

La propaganda política en Alemania. Fotografía curiosa

Muy difícilmente comprendemos aquí, en las latitudes meridionales, el hecho que la fotografía adjunta significa. Se trata de un mitin político que celebran juntos los nacionalistas de Hitler y los comunistas. La cosa es increíble para la patulea fanática a que estamos acostumbrados. Pues esas dos fuerzas políticas representan en la actual Alemania los dos polos de las tendencias más opuestas que allí existen.

Pero ahí están los oradores en la misma mesa presidencial del mitin. En pie, en el uso de la palabra, el caudillo comunista Ullbricht. A su lado, a la izquierda, el lugarteniente de Hitler, Goebbels, que oye impertérrito las razones comunistas. Estos actos políticos, en que hablan representantes de las dos fuerzas irreductibles, ofrecen gran interés espectacular y de eficacia. Suelen realizarse en un teatro, y los partidarios de una y otra fuerzas se sitúan en cada lado del pasillo central de las butacas.

Las masas oyen y aplauden los discursos con una corrección estupenda. Cada sector lateral, naturalmente, a los que pertenecen a su partido. Claro que la cosa no es tan extraña si se considera que, tanto los nazis como los comunistas, tienen un enemigo común: la socialdemocracia, el espíritu de Weimar, el actual Estado.

No obstante, el hecho es sintomático y curioso. Unos hombres, unas masas que probablemente a la salida, a los pocos momentos, se van a acometer con violencia, se reúnen civilmente en un teatro y oyen y respetan los discursos adversos. Así, con ayuda mutua electoral, estos dos partidos son hoy los que dentro del espíritu de Weimar, en la legalidad de los comicios socialdemócratas, presentan unas filas nutridísimas de diputados en el Reichstag.

Nuestra fotografía es, realmente, una cosa bien exótica aquí, en España. Nosotros lo sabemos por experiencia. Pues hemos iniciado algún conato de inteligencia con los comunistas, a los que desde luego creemos con tanto derecho a hacer sus propagandas como cualquier partido burgués, y se han mostrado tan zafios e incomprensivos como unos señoritos burguesetes de la izquierda liberal.

(La Conquista del Estado, n. 6, 18 - Abril - 1931)

La España que deshace. Acción Nobiliaria

La aristocracia está en las masas. Oponemos rotundamente a los gentilísimos servilísimos lacayos de camarilla y saleta la augusta matriz del pueblo. Hasta ahora se había imaginado que la multitud anónima de la plebe era tal. Masa sin nombre, parda, envilecida, estática, pasmada. Rebaño dócil a cualquier bribón que enarbola la banderita patriótica. Enfrente del vulgo figuraban los magnates, los conocidos, los nobles. En España, se ha dicho, la vida nacional es solo un artefacto de dos caras: la nobleza y la chusma. Toda la retórica de los literatos, la verborrea de los políticos, las impresiones de los escritores extranjeros, han explotado la simplicidad de ese igualismo. Estado faraónico. Régimen de castas. Supervivencias señoriales. Pero se atribuía a la aristocracia feudal un impulso, un arrojo, una dinamicidad de única clase dominante y creadora.

Ahora bien, la imputación es falsa. Detentaba el poder, defendía sus prerrogativas, imperaban sus privilegios; mas tanto botín de gran victoria no era ganado luego del combate. Batallas que no se vieron, éxitos apócrifos por merecimientos nulos. (Hemos empleado una reacción de pretérito, pues suponemos la apoteosis de la nueva generación, donde su umbral linda con el derrumbamiento de los miasmas feudales y nobiliarios.)

Se han de exigir responsabilidades muy estrechas a los que desertaron de su función histórica, los que, no obstante, disfrutaron las ventajas de dicha merced política. Cuando en el mundo se ha vuelto cada vez más apremiante la necesidad para los nobles de liberarse y salvarse con ascetismo de campeonato, en pugna limpia y difícil con las otras virilidades del país, en España se organizó en sarcasmo de la Acción Nobiliaria. Con semejante presunción de actividad, que embriagaría a los sacristanes y mayordomos del Reino: con la guardarropía de las Órdenes Militares, con los pergaminos apolillados y polvorientos, con ridículos concursitos sobre heráldica o diplomática, con veladas estúpidas de juegos florales de capital de quinto orden, con memez y anquilosis cerebral, se aprestaban a blasonar y airear desde punta a punta de España. El pueblo, según su antojo, presenciaría alelado el torneo; al final entregaría sus aplausos, y se llevaría las lanzas y las costillas rotas. Esta concepción minúscula y cursi de unos caballeros que leen el Blanco y Negro, veranean en Biarritz y constituyen la selecta clientela de los camiseros y sombrereros más distinguidos. Y encima exprimen y atornillan el labriego al campo andaluz, o al foro gallego a la rabassa catalana, no pudo ser la depuradora de una propia y leal jerarquía.

Por esto, repetimos, la aristocracia está en las masas. Contra la pirueta y la osadía del noble palatino, que no arriesgando nada pretende conducir al pueblo, responde el mismo pueblo, su espíritu quizá confusionario, pero con la precisa intuición de ser el prócer, se templa para la pelea. Para arrebatar su soberanía está hecha de sudor de sangre, de júbilo, esperanza y desesperación. Las entrañas populares de la tierra española han de dar su fuerza a los mejores de los suyos. Seleccionados e impuestos por su valor entre el raudal de los desconocidos. Se impondrán valores de rango egregio. Vibrará una juventud obrera y campesina junto con los estudiantes y los empleados conscientes. Será diaria la tarea de luchar y vencer. Y, como en Rusia, los militantes comunistas son ya jerarcas de una Orden. Y todos los jóvenes aspiran a inmortalizarse por el triunfo, por el riesgo y por la disciplina.

Cada hombre, creador de sus obras. Las obras, troquelando y empujando a los hombres. Ya no es el ser abstracto de iguales derechos e iguales deberes, ni el infanzón de los linajes, árboles genealógicos y galería de antepasados. El primero representa una entelequia que fue acogotada por Lenin al dictar la carta magna del trabajador. El segundo es el espectro de Acción Nobiliaria, que ha sido infiel a los mandatos de su época, y en lugar de reconstruir una nación diseminada, decadente y

estéril, sin desatar el vínculo con ayer —que serían los siglos de historia imperial, poderío cósmico y civilización hispánica—, reconquistara palmo a palmo, hazaña tras hazaña, heroísmo tras heroísmo, los entronques con la vena popular y el hacer de este tiempo.

Acción Nobiliaria viene a esta sección por su espíritu nihilista, despistada e inútil, por cuanto no hizo, porque no fomentó ni protegió el desarrollo de aristocracia contemporánea. Y su gesto es ñoño, cerril, pusilánime y tercamente interesado. Pudiéramos anunciar las maldiciones y las imprecaciones, que aniquilarán hasta su remordimiento. En España no darán sus lindos pescuezos a la guillotina, ni danzarán después en un cabaret de noche, dentro del frío y espectacular París. Tampoco ofrecerán a los papanatas del universo burgués el espectáculo de barrer las damitas de la nobleza caída las avenidas proletarias. No, nuestra Acción Nobiliaria, cazurra y poltrona, irá al destierro bien asegurada y comodona, a gozar de sus rentas en valores estables. Desvinculada del terruño, convertida en rentista perfecta, tragadora y devoradora de la cosa abstracta, matemática y vil del tanto por ciento.

Aquí, en España, queda nuestra generación, la nobleza del porvenir, magníficamente plantada sobre el campo, confiando e interviniendo en las rutas más audaces del pueblo, cuando la masa se ha movilizado hacia las cumbres con ilusión y fe.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 2)

Las nuevas voces europeas

No es nación Francia que pueda ser motejada de arbitraria, inconsciente o paradojal. Reconoce a este propósito el medio español Cassou que la mente gala eslabona y se explica la misión de monarquía francesa, tras de la cual vino postulatoriamente la burguesía francesa a engrandecerse y a crecer el capital, para luego dejar la función directriz a la cuarta clase: al trabajador proletario. Esta cadena en el estadio de las ideas va con la sugestión de un silogismo desde Aristóteles, por Augusto Comte, a Carlos Marx. Por lo tanto, se le ha asignado siempre a tal país a su espíritu las características de Lógica y Política.

Ahora no podrían faltar tampoco en Francia las voces actuales y nada sospechosas de sucia reacción, pues brotando de un grupo de escritores donde chisporrotea la fe sindicalista —casi todos son sorelianos— y el entusiasmo higiénico y moderno del arquitecto Le Corbusier, son una llamarada de pura consciencia revolucionaria, dentro de la hipócrita con chambrería, dentro de señor Briad o de las grandes estafas financieras de los políticos y abogados de derecha.

Nos referimos a la revista *Plans,* de París, que nació con el año 1931 y cuyo director es una mujer, Juana Walter. *Plans* ha destrozado todos los moldes apestosos y manidos de la vieja revista burguesa: sea la *Nouvelle Revue Française* o *Comerce* o la *Revue de Deux Mondes.* Ha tomado una factura original, movida y novísima. Su orientación política y social es también de este tono. Copiamos y hacemos nuestro un trozo de su Línea General, nombre de película soviética que es como una oriflana de pasión del día.

"Un gran movimiento de juventud se señala en toda Europa. A pesar de las oposiciones aparentes de sus diversas manifestaciones y aún los odios que mantienen entre sí, están animadas por un espíritu común. Bolchevismo, fascismo y hasta en su esencia nacionalsocialismo hitleriano, son, ante todo, los tres aspectos diferentes en razón, tanto de los orígenes históricos, como de la distinción del clima, de la ruptura con el mundo antiguo y de la pesquisa de u n nuevo orden. Anticapitalistas y antiparlamentarios, aceptando las necesidades de las sociedades colectivas, encuentran muy pronto, más allá de las pasiones, las posibilidades de armonía que les impone la exigencia de los hechos. No se trata de aprobar o desaprobar, ni por el momento de criticar, sino de constatar un hecho. Estos movimientos tienden a dividir horizontalmente entre dos generaciones todas las ideologías europeas y a ser las fases de un gran partido de la juventud, completamente inclinado hacia el porvenir y enderezado contra todo un personal político demasiado cobarde para hacer la guerra y demasiado bestia para hacer la paz."

De la misma revista son estos párrafos de un artículo de su colaborador alemán Will Grohmann, sobre el espíritu de la joven generación alemana, donde se escucha y se defiende un criterio de intervención de la última juventud en las tareas del Estado.

"El espíritu de oposición contra la cultura intelectual invariablemente transmitida a la juventud y contra el Estado gobernante penetró hasta en las inocentes asociaciones juveniles... Mientras que la juventud de antes de 1914, sin ningún prejuicio procuraba penetrar en el espíritu de las grandes obras de todas las naciones, se renuncia hoy a esta especie de lujo para lanzarse sin demora a la propia vida y para colaborar a su nueva estructura... La juventud de antes de la guerra ha descuidado muchas cosas, especialmente el considerar con espíritu crítico el Estado gobernante. Lo ha abandonado todo a los más viejos que podían sin reserva y en todas sus empresas contar con los jóvenes... Ni el socialismo ni aún el pacifismo supieron despertar el entusiasmo. La idea del primero está restringida en Alemania a los problemas económicos, sin haber todavía encontrado su coronamiento espiritual y humano. Y el pacifismo es en la hora actual mal comprendido por la mayoría de los alemanes, que lo consideran una capitulación delante de la superioridad del enemigo de ayer... Las necesidades más urgentes obligaron a descuidar el deber de propagar la idea de un nuevo Estado y de un espíritu nuevo. Nos adaptamos a las necesidades económicas que en todos los tiempos son ilimitadas y no se reconoció que la nueva generación deseaba ver un nuevo símbolo sorprendente de la nueva era."

* * *

En Lisboa ha comenzado a publicarse el semanario *Acción Nacional,* dirigido y editado por Antonio Pedro y Dutra Faria. Con Portugal nos une, entre tantas cadenas de hermandad, nuestra devoción por Oliveira Mar-tins, el autor de Civilización Ibérica, ese libro tan preñado para Unamuno.

Con los jóvenes de Acción Nacional también nos enlaza su emoción revolucionaria y además parte de su credo político: "Somos —escriben— antidemócratas, antiliberales, antiindividualistas, tanto cuanto somos anticonservadores, anticapitalistas, antiburgueses".

Sólo lamentamos y nos separa, que todavía les quede un simplón y anacrónico monarquismo rezagado —todo su programa sería imposible dentro de cualquier monarquía feudal— y ese turbio deliquio primaveral de muchachitos religiosos.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 2)

Conferencia de Álvarez del Vayo sobre el campo andaluz

Difícilmente ha surgido en los últimos tiempos españoles un grupo político que recoja con la intensidad de LA CONQUISTA DEL ESTADO la voz anhelosa de los campesinos. Por eso destacamos aquí con toda simpatía la conferencia que el socialista señor Vayo pronunció hace unos días en el Ateneo. Hizo mención de este periódico, y se aprovechó de la rotunda frase de nuestro título para levantar la temperatura de la sala. Aunque él no lo crea, eso indica que no andamos muy lejos, y si supiera y pudiera desasirse de las cobardes y viles calumnias que los señoritos de la izquierda han hecho circular contra nosotros, lo reconocería con nobleza.

Pero, en fin, eso es cosa suya y no nos importa mucho.

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 2. Entradilla)

Españoles campesinos:

La tierra es de la Nación. El campesino que la cultiva tiene derecho a su usufructo. El régimen de la propiedad agraria hasta hoy imperante ha sido un robo consentido y perpetrado por la Monarquía y sus hordas feudales.

* * *

¡Campesinos! Pedid la nacionalización inmediata de los 19.353.546 hectáreas de terreno baldío, que está destinado a coto de caza o a dehesas para la ganadería

* * *

En Muñopedro (Segovia) hay cinco fincas de cinco propietarios forasteros que comprenden un total de 7.592 hectáreas.

* * *

En Piedrabuena (Ciudad real) hay otras cinco fincas de más de tres mil hectáreas, tres de mil a tres mil y cuatro de quinientas a mil, también en poder de unos pocos subterratenientes.

* * *

En Oropesa (Toledo) hay una finca de más de tres mil hectáreas; doce, de mil a tres mil, y once, de quinientas a mil, cuyos dueños son unos cuantos señores.

* * *

En Romanones (Guadalajara) hay una propiedad de doce mil hectáreas.

* * *

El Duque de Hornachuelos posee en Jerez de los Caballeros cincuenta y seis mil hectáreas sin cultivar.

* * *

¡Campesinos: Ciento cuarenta y siete grandes terratenientes tienen en sus manos más de un millón de hectáreas de tierra! Toda esta tierra es vuestra. ¡Exigid su nacionalización!

(«La Conquista del Estado», nº 6, 18 de abril de 1931, pág. 6)

NUMERO 7. 25 de Abril 1931.

EN ESTA HORA, DECIMOS:

La instauración de la República ha subvertido todas las circunstancias que imperaban en el ambiente político español. Subversión feliz. Pues es ahora, a la vista de las rutas blanquísimas que se abren ante nosotros, cuando se ve claro el número y el calibre de los propósitos que eran imposibles con la Monarquía. Han variado, pues, las circunstancias, el contorno que nos rodeaba. Nosotros seguimos igual que en la hora de nuestra salida. Nacimos para promover en la vida española un linaje de actuaciones de muy diferente sentido a las que simboliza y representa un mero cambio de forma de gobierno. Nos satisface, sí, la llegada de la República, e incluso la defenderemos contra los enemigos que surjan. Pero no podemos vincular nuestro programa al de los grupos republicanos triunfadores.

Defendemos un ideal hispanista, de sentido imperial, que choca con la podrida pacifistería burguesa que hoy se encarama.

Sabemos, y así lo decimos al pueblo, que la República, como finalidad exclusiva, es un concepto infecundo. Tuvo hace un siglo carácter de lucha de clases, pues su triunfo equivalía al desahucio de los privilegios feudales, pero hoy es sólo cauce hacia victorias de tipo nacional y social. Por eso nosotros no nos identificamos ni conformamos con la primera victoria que supone la República y queremos un Estado republicano de exaltación hispánica y de estructura económica sindicalizada.

Somos postliberales. Sabemos también, e igualmente lo decimos al pueblo, que el liberalismo burgués ha caducado en la Historia. Nadie cree ya en sus eficacias y sólo los gobernantes hipócritas lo esgrimen como arma captadora del pueblo. El individuo no tiene derechos frente a la colectividad política, que posee sus fines propios, los fines supremos del Estado. El problema, hoy, es descubrir los fines del Estado hispánico.

La etapa republicana que comienza enarbola sus propósitos de instaurar en España un franco régimen liberal. Bien sabemos que esto son sólo palabras. La realidad política se nutre de los hechos y las energías de los hombres que gobiernan. No de sus discursos. Si los Gobiernos de la República van a dedicarse a proporcionar libertad política a los españoles, y no, en cambio, a ponerlos en marcha, a disciplinarlos en obligaciones y tareas colectivas, propias de la grandeza de nuestro pueblo, entonces nada ha pasado aquí.

Pero hay en esto que decimos un poco de aquella fatalidad triunfadora que tanto éxito y confianza prestó al socialismo en sus primeros años. Su triunfo, su vigencia, es históricamente fatal e ineludible. Quiérase o no, protesten o no los gobernantes de una imputación así, el hecho verdadero es que todos los Estados adoptan los medios coactivos y violentos. Esto es, guillotinan las disidencias.

Nuestras ideas, esas que pueblan nuestra dogmática y nutren «Queremos y pedimos», triunfan y aparecen en las batallas políticas que hoy se realizan en todo el frente universal. Y ello de un modo inexorable. Sólo hay dos verdades en la política de este siglo:

No hay fines de individuo, sino fines de Estado. Todo el mundo está obligado a dar su vida por la grandeza nacional.

No hay economías privadas, sino economías colectivas. Las Corporaciones, los Sindicatos, son las entidades inferiores y más simples que pueden intentar influir en la economía del Estado.

Contra esas dos verdades está el liberalismo burgués, nuestro enemigo.

Grandeza nacional y economía de Estado. He ahí el signo y la clave de los tiempos.

La República hispánica necesita crecer del brazo de las impulsiones más altas. Tiene ante sí todas las magnas posibilidades que le confieren la confianza del pueblo y el entusiasmo de las multitudes.

Si se la sujeta a empresas y parodias de fácil alcance, con el solo auxilio de la palabra y el gesto, la República será una desilusión nacional, sin reciedumbre ni futuro.

Con más firmeza que nunca, nosotros reafirmamos hoy nuestra disposición para luchar por los ideales de eficacia, de hispanidad y de imperio.

Los burgueses desvirtuaron las glorias del pueblo, limitándolo a sus apetencias mediocres. Cuando se hacen precisas de nuevo las dotes guerreras y las decisiones heroicas, el burgués se repliega y entontece, empequeñeciendo los destinos del pueblo. Confiamos en que la República abra

paso en España a un tipo de política que destruya esas limitaciones y destaque en la altura de los mandos las energías hispanas más fieles.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

¿Qué pasa en Cataluña?

Repetimos nuestra pregunta, que ya hicimos en el número anterior, porque en la última semana la velocidad de la preocupación española ha sido más grande que la de las noticias que se recibían. El pueblo español requiere de un modo unánime que se diga en clarísimo lenguaje qué acontece y qué amenaza acontecer en Cataluña. Han ido allí tres ministros del Gobierno provisional. A su regreso han hecho declaraciones muy vagas, auténticos balbuceos que nadie ha entendido. Hace tres días hemos viajado muchos kilómetros por España. Eran emocionantes los grupos hispánicos que se advertían anhelosos de noticias, rodeando el aparato de radio transmisor que comunicaba la situación del problema catalán.

España entera mira hoy a Cataluña y la ve entregada a esa minoría de hombres absurdos que es inevitable surjan y resurjan en todas partes. Por dos motivos debe intervenir el resto de España de un modo inmediato y heroico en la cuestión catalana. Uno, el de salvar la unidad nacional, que peligra de una manera mediocre. Otro, el de salvar la misma Cataluña, parte de España, que peligra también en manos de la minoría traidora. Nosotros no ponemos en duda la plena autoridad revolucionaria del Gobierno provisional. Ya lo dijimos también hace ocho días. España entera tampoco, y por eso le pide hoy que inicie con rapidez la política interventora cerca del seno rebelde y minoritario de Cataluña.

Bien está que se lleve a las Cortes constituyentes todo cuanto se quiera. Ya se encargarán de aprobar y votar lo que deba votarse y aprobarse. El supremo interés nacional -incluso el revolucionario- no puede admitir que se consoliden situaciones de hecho, tan anómalas y perturbadoras como esta que brota en Cataluña.

Estamos en posesión de un gran número de recortes periodísticos que prueban el desmandado avance catalanista. Si esos recortes se popularizaran por toda España, hoy mismo iban a sentir los rebeldes de Cataluña la enérgica presión hispánica.

Ya se sabe que los separatistas introducen sus ideas en Valencia y Baleares, y pregonan que son las tres regiones las futuras integrantes de la nacionalidad catalana. ¿Se dejará arrebatar España la idea imperial, integradora, que constituye su savia misma como pueblo?

No es hora de meridianos locales, sino de fidelidad a las grandes nacionalidades históricas. España debe ser indiscutible a ese respecto, y el Gobierno provisional de la República no puede retrasar ni un minuto su palabra decisiva. ¡Fuera ese espectáculo de la Universidad española de Barcelona! ¡Fuera ese Gobierno de Maciá!

Y pedimos con energía: ¡Disciplina y patriotismo revolucionario en todos los frentes!

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

El señor Giménez Caballero ya no pertenece a LA CONQUISTA DEL ESTADO

Con gran frecuencia se enlaza por ahí el nombre de Giménez Caballero a nuestro periódico, presentándolo como el impulsor en la sombra. Hoy comunicamos a los lectores que Giménez Caballero no pertenece ya a la organización de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Ha sido, sí, un amigo

nuestro, cuya colaboración hemos estimado mucho. Sin que aceptemos sus particularísimos puntos de vista, fluctuantes en presencia de los hechos, nos interesa decir que son un poco injustos los ataques que se le dirigen.

Giménez Caballero, en nuestra opinión, tiene sólo el defecto de lanzarse a los escarceos políticos con un exclusivo sentido literario, sin capacidad para enfrentarse con las durezas de la realidad. Pero es un hombre, sin duda, de emoción impoluta, que juega limpio en los escollos con que, sin quererlo ni saberlo, se tropieza.

Ha reconocido -y le hemos ayudado a reconocer noblemente- que no está hecho para las bregas políticas, y así, a completa satisfacción nuestra, abandona en estos momentos LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Desde el primer día se nos tachó infundadamente de fascistas. Es verdad que este apellido sigue a Giménez Caballero como la sombra al cuerpo. Contra su voluntad, claro. No sabemos ni comprendemos qué es eso de ser fascista en España. También quisiéramos que desapareciese esa leyenda contra Giménez Caballero, y si se nos adscribió a nosotros por estar él aquí, parece lógico que nadie siga esgrimiendo la falsedad. Pero esto nos importa poco. Lo que somos está bien claro en los números de nuestro periódico. Léase con los ojos abiertos y la mente abierta. El que sea capaz de abrir ambas cosas.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

Para LA LIBERTAD

Hemos leído en este periódico un suelto en que se comenta una posible actitud de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Suelto injusto en lo que se refiere a nosotros, hombres jóvenes -la mayoría de veinticinco años- que conocen la dictadura de Primo Rivera, puede decirse que de oídas. Ahora bien, *La Libertad* endereza los disparos hacia el señor Giménez Caballero, y esto ya no nos interesa. Lo acusa de antiguo contemporizador del Directorio y de actualísimo republicano. Giménez Caballero se ha defendido, al parecer, de esas imputaciones. A su cargo exclusivo corre, claro, su defensa.

Nosotros no tenemos que hacer ni eso siquiera. Nacimos a la vida política hace dos meses, con unas ideas y unos propósitos que esgrimimos todavía íntegros con las dos manos. Pensábamos al nacer, y pensamos ahora, que el vincular una revolución a los objetivos de una forma de gobierno equivale a convertir la revolución en ineficacia pura. Ya tenemos República, y, por nosotros, bien está. Pero pronto ha de verse cómo eso es bien poco, y que lo fundamental y provisto de futuro es el fondo o contenido que se dé al Estado republicano.

Es, pues, malévola y poco noble la insinuación de *La Libertad* creyéndonos republicanos recientitos, que quieren aprovecharse. Seguimos como el primer día, impasibles ante los repartos de victorias ajenas.

Si el señor Giménez Caballero hace películas de los actuales ministros y le interesa poner ante ellos buena cara satisfecha, es cosa en la que no nos cabe intervención ni responsabilidad alguna. LA CONQUISTA DEL ESTADO no es ninguna Empresa de películas, no espera nada de los señores que hoy gobiernan, no quiere nada ni desea nada que se obtenga sin lucha ni combate. Que conste.

Somos un grupo político joven, que va forjando su destino minuto a minuto, con la garantía, la firmeza y la tenacidad que distingue a los que tienen en sus manos la clave de los éxitos verdaderos.

Esto decimos a nuestro colega *La Libertad*, y esto esperamos que acepte como contestación a su sospecha acusadora.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

La República y los hombres jóvenes

El nuevo régimen ha puesto un gran número de altos cargos en manos de españoles jóvenes. Bastaría ese detalle para advertir en el pulso republicano capacidad de porvenir. Los hechos revolucionarios de esta época se caracterizan, tanto por la suplantación de las edades, como por las pugnas de sentido económico y de clase.

En primer lugar, hombres jóvenes. He aquí el remedio. Piensen como quieran y hagan lo que quieran. Aun en el peor caso, aquel en que los jóvenes utilicen el lenguaje mismo de las generaciones fracasadas, su presencia en los mandos directivos es garantía de fidelidad y de eficacia.

Entre los treinta y los cuarenta años reside el punto sensible de la eficacia política. Es la hora dinámica de las conquistas, en que los hombres recién llegados forjan el destino de su pueblo. Traen el secreto y la intuición certera de los objetivos de que es preciso apoderarse. Nadie como ellos calculará con mejor exactitud el alcance de las victorias obtenidas y el grado de empuje que requieren los escuadrones que pelean.

No sabemos bien aún la significación que cabe adscribir a esta movilización joven que la República termina de hacer. Desde luego, las ilusiones no han de ser exageradas. Muchos de esos jóvenes siguen la vieja ruta, sin plantear la disidencia de la generación. Otros, aun con el mejor deseo, verán imposibilitadas sus iniciativas.

Nada de esto importa, sin embargo. En España ha comenzado tan sólo el forcejeo revolucionario auténtico. Para las jornadas que sobrevengan es para las que debemos prepararnos. Y citar y requerir a los jóvenes que vibren ante el fulgor de las ansias hispanas.

LA CONQUISTA DEL ESTADO se dispone a ese linaje de luchas postinstauradoras. Quien desvirtúe nuestros propósitos, adscribiéndonos a una vulgar exaltación de victorias extranjeras, comete la máxima vileza y falta a la verdad a sabiendas. Nada de eso somos nosotros. Sí, en cambio, los intérpretes de una eficacia y de una política que se enlaza de modo exacto con los imperativos sociales, económicos y políticos del mundo actual.

Celebramos sinceramente el triunfo de algún sector joven, aun destacando su opuesta significación a lo que nosotros somos y representamos. Ya nos hemos de encontrar en alguna parte, e irán preparando el advenimiento inexorable de nuestro triunfo.

En estos primeros y próximos meses las diferencias serán, quizá, leves. Bien está ese primordial deseo de consolidar el régimen republicano. A ese concretísimo anhelo otorgaremos nuestro concurso. Pero nosotros somos nosotros, esgrimidores del nuevo afán hispánico, sin posibilidad de confusión ni de pactos, forjadores del grandioso porvenir de España. Con sacrificio, con abnegación. Sabiendo esperar.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 - Abril - 1931)

La honda precisión de Luis Araquistáin

La República triunfante tiene sus hombres macizos y sus hombres entecos. Vidas magnánimas y abiertas, cuyo porvenir es elástico hacia todas las coyunturas españolas de mañana, e individuos que acaban de triunfar y ya son cadáveres para siempre. La ruta vital de aquellos nos proporcionará sorpresas y alegrías. Los últimos dejaron de interesar en seguida a las generaciones jóvenes, que los irán abandonando con el respeto y acaso la frialdad que inspiran los monumentos nacionales. Frente a éstos, perfilamos con esperanza fervorosa, entre muchos otros, al profesor Fernando de los Ríos, al comandante Franco, a Indalecio Prieto, al napoleónico alférez Manzanares, al estudiante Pinillos... Y especialmente, ahora mismo, a Luis Araquistáin. Al señor subsecretario de trabajo no le ha enervado su poltrona, con la seducción y la estulticia de la pompa ministerial, hasta hacerlo un personaje de té de las cinco. Sino que obediente a la palpitación de la Prensa, a pesar de sus ajetreos oficiales, no

olvida su naturaleza y su deber de una visión clara de la España del día, y su deber de volcarlo, además, en el periódico.

Araquistáin ha publicado hace poco en *El Sol* el primero de una serie de ensayos acerca del Complejo de Inferioridad histórica (para una psicología de las revoluciones). Son las primicias —no huecas ni retóricas— de un profundo sondaje de pensamiento y emoción dentro de la cantera actual del país. Nosotros seguiremos conmovidos y absortos esta faena, porque nos importa demasiado la estatua futura, la calidad del mármol y hasta los cinceles del artífice.

De las manos de Adler y Krestchner, Araquistáin se desase pronto. La teoría de la Mindrwertigkeit se desdobla inopinadamente con su fantasía y su inteligencia. Desde el complejo de inferioridad corporal —amargura resentida de hombrecillos defectuosos—. "Y nadie tiene porqué avergonzarse de él, porque si ese sentimiento se empequeñece en su fase negativa o rencorosa, puede ennoblecerse, en cambio, como impulso de superación, e incluso elevar al hombre a las cimas del genio", Araquistáin desemboca en el resentimiento social o nacional, donde cualquier pueblo "puede lanzarse como compensación personal, primero, a destruir lo que le oprime o humille; pero después, a organizar una superestructura colectiva, una revolución, un Estado que sea orgullo de propios y asombro de extraños".

Las perspectivas descubiertas por Araquistáin le llevan a conclusiones que asombrará a la pazguatería liberal y parlamentaria de ciertos contemporáneos ¡Adiós pueril y cándido entusiasmo ante monseñor Voltaire, ante el derecho natural de los señores enciclopedistas, ante el simpático Rousseau! Despiadada y sagazmente afirma Araquistáin: "No hay que pensar que los derechos del hombre y del ciudadano son al principio los únicos motivos determinantes de aquella muchedumbre de jóvenes abogados sin pleitos, de clérigos sin vocación, de intelectuales inéditos o sin prestigio que invaden la Asamblea Nacional y luego dirigen la revolución desde los clubs políticos, y, sobre todo, desde las logias masónicas. Desdeñados por la nobleza, por la autocracia y por las altas dignidades eclesiásticas, la revolución les brinda la coyuntura de su desquite."

Pensamos en el abogadete presumido —frac azul claro, chaleco blanco, calzones amarillos— Maximiliano Robespierre, en el medicucho Marat, en el botarate Mirabeau. Junto a su complejo individual sienten y alientan, y luego Napoleón más que ninguno, la fobia antibritánica; hacen suya la enconada y mohína actitud de Francia frente al poderío creciente de Inglaterra. "Como siempre ocurre, y muchas veces es verdad, se hace responsable al Estado, como clave del anacrónico sistema feudal, de la depauperación interna del país, y de su debilitamiento moral y material en el exterior."

Las sorpresas de nuestro vulgo, engatusado con abalorios de quincallería barata, serán aún mayores cuando tropiecen con esta confesión de Araquistáin: "Si buscan notas sinceras en el pensamiento de Mussolini, una encontraremos que nos suena a verdad: el imperativo de engrandecer a Italia."

Mussolini es el emigrante italiano; viajó lo suficiente por el mundo "para conocer el concepto de menospreció en que se tenía a su país": Potencia de segundo orden, Museo histórico y artístico para las vacaciones de los turistas extranjeros, cultura del pasado. Mussolini, por su parte, resentido e iracundo contra el Partido Socialista, tramó una gran vendetta. Su venganza y la de su pueblo. "De ahí el afán de Mussolini en creer que todos los italianos depongan sus diferencias políticas y sociales y sacrifiquen el interés individual a la idea de una nación poderosa y al hecho de un Estado fuerte, que la afirme en el mundo." Este retornelo en sus discursos, gestos y proclamas, constituye "su máxima sinceridad".

En Lenin nos ofrece Araquistáin idéntico anhelo, igual ambición. Lo cual es evidente. Comprimiendo cuantos libros —inris o laureles— se han escrito sobre el dictador ruso, rezuma una única consecuencia verdadera: "Que Lenin quiere la revolución, tanto para los rusos como para Rusia, para realizar el ideal de una Rusia inmensa y todopoderosa en Oriente y en Occidente." Odia al zarismo por motivos propios y familiares; "pero también, y sobre todo, porque el zarismo, corrompido e inerte, es el mayor obstáculo al engrandecimiento de Rusia". Derrotista en 1909 y en 1914, luego desde el Kremlin, prepara un imperio de liberados superior al de Iván el Terrible y al de Pedro el Grande. El resentimiento medio asiático de Rusia es un magnífico y afirmador peligro para los imbéciles de Europa.

Luis Araquistáin termina su primer ensayo al llegar a España. Sólo repetiremos dos de sus clarividentes remates del artículo: "La fuerza más honda de esta marca republicana que acaba de anegar el islote petrificado de la Monarquía, vino del convencimiento de que esta Institución fue la que más había contribuido —sobre todo desde la dictadura de Primo de Rivera— a mantener el concepto

de inferioridad de España 'en el mundo'." Concepción devenida popular; todos los ciegos pudieron cantarla en romance en todas las plazas pueblerinas de España. "Concepto que ha llegado ya a la conciencia de la inmensa mayoría de los españoles, precisamente por sentirse españoles; es decir, europeos de clase inferior." Concepción y pasión que bordonea la verbena de la enorme hora española.

Esperemos los siguientes ensayos de Araquistáin; mientras tanto, al borde de cualquier júbilo transeúnte: castañuelas, percalina, bailoteo y cohetes; reflexionemos con ahínco, con despierta ilusión juvenil, en esta frase del ensayo: "El sentimiento de inferioridad política, que empieza por querer una revolución moderada —como la querían Lenin y antes los franceses—, acaba en un sentimiento mesiánico, en la paradoja napoleónica de un imperio universal." "Poco a poco, la revolución proletaria evoluciona a un comunismo de guerra, paralelo al fascismo de guerra en Italia, como en Francia la revolución burguesa evolucionó a un liberalismo de guerra, personificado en Napoleón."

Junto al comunismo de guerra, al fascismo de guerra, a las guerras liberales de Napoleón, nosotros también queremos una revolución española de guerra, de liberación y de victoria.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 de abril de 1931, pág. 2)

Cataluña al desnudo. Un artículo de Rovira y Virgili

Publicamos a continuación un artículo de Rovira y Virgili, escrito en *La Nau,* bajo el título de "Cataluña en el período provisional". En él se comenta la situación política de Cataluña después del viaje de nuestros ministros. Trata de justificar las concesiones de Maciá. Y nosotros decimos que no hay tales concesiones. Que eso de la *Generalidad* es un mero cambio de palabras. Que el separatismo gravita sus propagandas sobre Cataluña con todo el apoyo de los organismos oficiales. Fíjense los lectores en que este artículo que trascribimos está hecho en plan de transigencia. Supónganse, pues, las peticiones máximas. España debe aprestarse a cortar de raíz expansiones de este linaje sin perder minuto.

Léase, léase este artículo en que el Sr. Rovira y Virgili tiene todavía el atrevimiento de hablar de concesiones, de transigencias y de tactos políticos de Maciá.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 de abril de 1931, pág. 2. Entradilla)

Cartas de Rusia. Sobre el Manifiesto político de "la Conquista del Estado"

Ya dijimos en otra ocasión que el comunista suele ser un hombre elemental, simple, que no logra ponerse en contacto con los valores eminentes. Todo lo subordina a una clave problemática que le ha sido trasmitida, y lo único admirable de su gesto es la fe disciplinada que transmite a las contiendas. Jesús Ibáñez es un comunista español que reside en Rusia, y le hemos rogado nos envíe una serie de crónicas. Hoy publicamos la primera; un comentario crítico sobre nuestro Manifiesto. El lector advertirá en él con facilidad las limitaciones comunistas a que antes hicimos alusión. Pero a la vez, el talento interesante de nuestro amigo.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 7, 25 de abril de 1931, pág. 5. Entradilla)

NUMERO 8. 2 de Mayo 1931.

El momento español ¡Hispanos, de frente a Cataluña!

Hay que impedir que España y la República caigan en el deshonor... Todos los españoles deben meditar sobre la nueva arquitectura del Estado

El ciclo histórico

El acontecimiento social y político más grandioso de nuestra época es esa nueva capacidad humana de no liberarse, de emprender con alegría la ejecución de magnas empresas colectivas, de renunciar al afán burgués por asegurarse su propio destino individual, pequeñito y solo. Las masas proletarias fueron las primeras en desasirse del amor burgués por la libertad. Ahí está como ejemplo gigante su revolución, la Revolución rusa, antiliberal y antiburguesa. Otro gran pueblo, Italia, sin recaer en las limitaciones marxistas, ha encontrado igualmente su senda de eficacia, y a costa de las libertades del viejo siglo, se entrega a la gran faena de poner en marcha nuevas glorias.

Aquí en España hemos hecho, terminamos de hacer, una revolución liberal, muy justificada. Pues es evidente que urgía liquidar de modo rotundo los más leves resquicios de las tiranías feudales. Pero es también urgente salir de esta etapa inactual y mediocre. Y lanzarse a la realización sistemática del supremo destino hispánico, que consiste en el triunfo de nuestros valores y en el hallazgo de una articulación económica justa.

Pues bien, en esta hora de unificación nacional surgen voces de disidencia. Hay partes de España que se resisten a aceptar la nueva época y a mirar de frente las nuevas responsabilidades. Responden así a los últimos vestigios de las ansias caducadas. Aplican y traspasan los principios liberales de los individuos a las regiones. Es el liberalismo en su última consecuencia. Si la libertad, decía Lenin, destruye el Estado, nosotros añadimos que los romanticismos regionales destruyen los pueblos.

Pero nosotros nos opondremos a que se lleve a efecto sin lucha la destrucción de España.

Para ello hay que advertir el ciclo histórico completo que finalizo con la Gran Guerra. En el siglo XVI aparecieron robustos y equipados, capaces para la gran empresa que imponía la época renacida, tres o cuatro grandes pueblos: España, Francia, Inglaterra, Alemania. Todos ellos acomodaron la variedad interior al único imperativo de servir la grandeza nacional. Ello se consiguió adoptando cada pueblo sus futuros y entregándoles la vida sin reparo. Cuando periclitó la vigencia de las clases feudales y se hizo dueño de los mandos económicos el burgués, tuvo lugar en el orbe político una revolución, la instauradora de la libertad y del derecho del hombre a la disidencia. Sin duda, en el siglo XIX fueron fecundas tales afirmaciones. Hoy, cumplido el ciclo, los pueblos advierten, en cambio, la necesidad de algo que posea una firmeza absoluta. Es la rotunda eficacia del Estado soviético, que ofrece al pueblo ruso, de un modo coactivo e indiscutible la posibilidad de tomar posesión augusta de la disciplina nacional. Hoy Stalin asegura su Plan económico esgrimiendo la furia nacionalista rusa. Identificando al extranjero con el enemigo. El Estado fascista lleva a cabo en Italia una faena idéntica, que se nutre en realidad de las mismas fidelidades: sacrificio del individuo, imperio del pueblo como disciplina colectiva.

Vuelven, pues, las disciplinas nacionales requiriendo a los hombres para aceptar los destinos supremos, los que trascienden de su control y satisfacción individual. He aquí la era antiburguesa ante nosotros, seccionando los apetitos ramplones. La gran España, que es nuestro gran pueblo, está mejor dotada que nadie para triunfar en la hora que se inicia. Tenemos reservas universales, espíritu imperioso, capacidad de riqueza y de expansión económica. Nuestro es y debe ser el mundo.

La deslealtad de Cataluña

Estos minutos optimistas que España vive no logran, sin embargo, interesar a las figuras directoras de una región hispánica, Cataluña. En su anacrónica ceguera, se empeñan en condenar a ineficacia a nuestro pueblo. Quieren su vida aparte, royendo nuestro prestigio histórico e impidiendo el futuro de España. Se basan en románticos anhelos y representan la época caducada. Son la reacción, la voz vieja. España debe obligarles a ir hacia adelante, a abandonar sus plañidos infecundos.

Todo ha de sacrificarse en esta hora al logro de una marcha nacional que garantice la pujanza hispánica. ¿Cataluña libre? ¿Liberada de qué? ¿Del compromiso de colaborar en la grandeza de España? Eso tiene un nombre gravísimo, que hemos de pronunciar con emoción serena: *ALTA TRAICIÓN*. Y debe castigarse. Estamos seguros de que el pueblo catalán no sigue a su minoría directora hasta el límite extremo de su actitud. Desde luego, los obreros sindicalistas, en magníficas declaraciones, han procurado quedar limpios de toda responsabilidad desmembradora. Es una prueba más de lo que antes dijimos acerca del actualísimo sentido político del proletariado. Quedan, pues, reducidas las apetencias hispanófobas a los núcleos retardatarios de pequeños burgueses y de intelectuales de mirada corta.

El pensamiento de Cataluña, hoy recluido en tan exiguos trechos, realiza una labor bien desgraciada, justificando y excitando los pequeños objetivos. La tradición hispánica, los siglos que sellaron la unidad, las glorias mismas locales de Cataluña, imponían actitudes muy diferentes. Los derechos históricos prescriben todos de un modo inexorable. Y el darles satisfacción, contrariando el espíritu del tiempo, supone inconsciencia suicida.

Al implantarse en España la República, los núcleos catalanes separatistas antepusieron la satisfacción de sus afanes a los intereses del Estado republicano naciente. Sin temer la posible reacción que en el Ejército o en el pueblo españoles pudiera provocar su actitud egoísta, proclamaron el Estado catalán y nombraron su Gobierno. Les bastó una mínima seguridad de que por lo menos en Cataluña se aseguraba el nuevo régimen para desvincularse de lo que aconteciera en el resto de España.

La estructura federal

No nos oponemos a que el futuro Estado republicano adopte una articulación federal. Tan sólo hemos de insistir en un detalle, y es el de que todo el período constituyente esté presidido por el interés supremo, que es el interés de España. Inclinarse hacia o preferir la estructura federal porque una o dos comarcas sientan reverdecidas sus aspiraciones locales, nos parece un profundo error. En nombre de la eficacia del nuevo Estado, sí. En nombre de los plañidos artificiosos de las regiones, nunca.

De ahí la necesidad de que, adoptando el régimen federal, todas las comarcas autónomas posean idéntico estatuto en sus relaciones con el Poder supremo. Las Cortes constituyentes no deben examinar el estatuto catalán, sino más bien el estatuto de las comarcas. Si queremos dar nacimiento a un pugilato absurdo de aspiraciones localistas y empequeñecer el radio de la mirada hispánica, desentendiéndola de los destinos superiores, basta con un desequilibrio en los privilegios comarcales.

Nos damos cuenta del peligro de que esto acontezca, otorgando a Cataluña un régimen distinto al de otras regiones. Si Cataluña pide más que Galicia, Vasconia o Castilla, es que se siente a sí misma menos dispuesta a acatar y servir los intereses comunes, los de la totalidad de la Patria, y entonces se hace merecedora, no de privilegios, sino de castigos implacables.

Siempre hemos creído que debe modernizarse el concepto comarcal, de forma que comprenda tanto los núcleos históricos como aquellos que se enlacen por conexiones actuales de sentido económico y comercial. Véase un ejemplo: la Confederación del Ebro, que extiende intereses comunes de regadío por territorios de tan diversa filiación histórica, como es la Rioja, la Navarra meridional, Aragón, sur de Cataluña, impide de seguro la fijación de un régimen autonómico idéntico al que se hubiera forjado hace quince años. Por eso ponemos tanto interés en que se robustezcan las entidades municipales. Estos organismos, una vez purificados de las extrañas faenas a que han venido dedicándose, pueden mejor que nadie tejer de nuevo las líneas articuladoras de las comarcas. Una vez acordada por las Cortes la preferencia federal, deben los municipios tender sobre el suelo patrio la red auténtica de las ramificaciones fecundas. Es el único medio de que no se intercepten voces artificiosas que reclaman ilusorias redenciones. Cuando los intelectuales de un gran pueblo no se elevan por cobardía histórica a la concepción nacional y pierden la justificación de los fines imperiales, acaecen las polarizaciones en torno a pequeños focos románticos, de cien kilómetros de radio, engendradores de todas las decadencias. Cuando muy pronto se proyecte sobre España la necesidad de su articulación federalista, conviene eludir el influjo de esos núcleos, y para ello nada mejor que el contacto inmediato con el pueblo. De ahí nace nuestro deseo de vigorización de la vida municipal, de atención a los clásicos concejos, que pueden muy bien ser la más limpia voz del pueblo.

Atención, pues, a los clamores falsos e ilusorios de algunas regiones, sobre todo de Cataluña. De un Estado en período constituyente nadie puede quejarse. No existen tiranías ni mordazas. Repitamos: ¿de qué quieren liberarse hoy los núcleos insumisos?

España, potencia de imperio

España, por naturaleza, esencia y potencia, es y tiene que ser un candidato al imperio. Las frases nacionalistas son aquí frases imperiales. España es un país de Universo, como las líneas cósmicas de Einstein. Sus rutas dan la vuelta al mundo, como nuestros navegantes gloriosos. En la hora actual, de frente a los proyectos federalistas, hay que acentuar el carácter de imperio que encierra la hispanidad. Sea ese concepto grandioso del imperio el soplo eficaz que presida la articulación de las comarcas autónomas.

Otorgar y permitir autonomías regionales, sí, pero a cambio del reconocimiento por todos de que la España grande es nutriz de imperio. Si todavía hay opiniones medrosas que se asustan de la magnitud de este vocablo, deben ser condenadas al silencio, como enemigas de la auténtica grandeza nacional.

Nada impide que las instituciones de la República, y quizá hoy ellas mejor que otras, dejen vía libre a la España grande, imperiosa y floreciente, a cuyo servicio deben estar sin titubeos todas las vidas españolas.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

Sobre un libro político de Ortega y Gasset

Cuando un filósofo se acerca a las cosas, a los hechos, actúa muy frecuentemente de corruptor. Le ofrece unas categorías magnas, que los pobres hechos nunca sospecharon, y aceptan con fácil servidumbre el imperio de la idea. Es la eterna polémica en torno a la imposible objetividad de toda Filosofía de la Historia. Nosotros, no obstante, creemos que esa es la única Historia posible. Ahora bien, la Política no es una disciplina investigadora, sino una acción. Si el filósofo se ciñe a los hechos actuales y les somete a una soberanía sistemática, entonces es cuando tiene lugar la corrupción de que hablamos antes. Se verifica el gran fraude de la realidad, destruyendo así la palpitación política, que es acción directa sobre los hechos vírgenes. De ahí que el político tenga algo de primitivo, y aun de bárbaro. Y que desoriente a los filósofos alguno de sus rápidos virajes.

Don José Ortega y Gasset, mi gran maestro de Filosofía, es un escritor de la máxima solvencia filosófica. Creo -yo, que conozco bien este aspecto suyo- que es antes que nada filósofo, y de los de primer rango de una época. Los españoles semicultos poseen tal incapacidad para la percepción de los valores filosóficos, que le niegan de plano ese carácter, y, en cambio, le reconocen valores de otra índole. Siempre he defendido a este maestro mío frente a esos juicios malévolos, que al adscribirle un exclusivo y gigantesco sentido literario buscaban un indudable efecto peyorativo.

Pero hoy no se trata de considerar o comentar un libro filosófico de Ortega, sino un libro político. *La redención de las provincias* (1931). Nadie puede ignorar la rectitud meditadora que preside a los ensayos políticos de Ortega. En este terreno de la política me separan de él hondísimas discrepancias, que debo exponer con toda lealtad. Su libro contiene críticas exactas de todo ese tinglado artificioso que se llamó vieja política. El análisis de la Constitución canovista, el proceso de la descomposición interna del viejo Estado, a base de ósmosis y endósmosis curiosas entre el Poder central y el ruralismo cacique, es pulcro y preciso. Se trata del próximo pasado nacional, de la política de los últimos treinta años, que el filósofo aprehende con facilidad suma.

Ahora bien: Ortega adopta luego su índice político y se mezcla a la polémica diaria del presente. Aquí ya el timón falla, y surgen de un lado contradicciones, de otro infidelidades al espíritu de nuestra época. Se da muy bien cuenta, sí, del supremo carácter que debe informar una política de altura. Por eso es magnífica la apreciación siguiente: «Se disputa sobre formas del Estado, como tal y sin más; pero no se nos insinúa qué vamos a hacer con ese Estado, qué gran tarea histórica debemos emprender.» (Pág. 40.) Y más adelante: «Una política que no contiene un proyecto de grandes realizaciones históricas queda reducida a la cuestión formal de gobernar, en el sentido menor del vocablo, a la cuestión de ejercer el Poder público.» Exacto. En estos dos párrafos está, sin embargo, escondida la fuente radical de discrepancia política que nos separa de Ortega.

Ortega y Gasset no ha conseguido desprenderse en política del viejo concepto de Estado. Se mueve en el orden de ideas roussonianas y de la Revolución francesa, según las cuales el Estado es pura y simplemente una institución al servicio de la nación, del pueblo. Un instrumento útil, algo sobrepuesto de que la nación se sirve. Ese era, en efecto, el Estado liberal burgués, vigente en el mundo durante todo el siglo XIX. Hasta la Gran guerra. Todo eso se halla hoy rotundanente superado. El Estado es más bien la base misma del pueblo, se identifica con el pueblo, y no es un mero auxiliar del pueblo para realizar sus hazañas históricas. Gracias al Estado, hoy se comprende que los pueblos consigan una acción colectiva de volumen histórico. Al idear, por tanto, una política, mejor dicho, al realizar una política, es indispensable que preceda ese período creador de un pueblo en que éste se torne un Estado, obtenga de sí mismo una orden de marcha. El Estado no es, pues, un marco externo que se le coloca a un pueblo desde fuera, sino algo que nace de él, se nutre de él y sólo en él tiene sentido. El Estado liberal burgués se fabrica en serie y los pueblos lo adoptaron en su día en forma de Constituciones, dictadas asimismo en serie. Recuérdese cómo el sociólogo y moralista inglés Bentham escribía constituciones de encargo, según se le hacían los pedidos.

Frente a todo eso triunfa hoy en el mundo el nuevo Estado, cuyo precursor ideológico más pulcro es Hegel. El Estado es ya eso que hace posible el que un pueblo entre en la Historia y lleve a efecto grandes cosas. Pueblo y Estado son algo indisoluble, fundido, cuyo nombre es todo un designio gigantesco. No es ya un tinglado artificioso que un pueblo se pone y se quita como si se tratase de un vestido.

En el libro de Ortega, igual que en todos sus escritos de política, se advierte la filiación ideológica del viejo Estado, que le impide penetrar en los nuevos tiempos. No le basta su destreza y su gran talento. El vicio es radical y anega el resto de virtudes. Es lástima, porque si hay en España alguna mente ágil, con soltura y elegancia para hacernos la disección de los fenómenos políticos, es la de Ortega. ¡Qué estudios hubiera podido escribir sobre el férreo Estado soviético, o bien sobre la musculatura del Estado fascista!

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

La jerarquía normal

Una vez triunfante la República, y satisfecho, por tanto, el afán burgués de libertades, conviene ir seleccionando los frentes revolucionarios que van a permanecer.

El proceso anterior -de la revolución pequeñita- ha sido de una inmoralidad y de un arribismo repugnantes. No ya los valores políticos -que ello podía ser, en algún aspecto, legítimo-, sino otros, los que tienen su base misma en la cultura, fueron escarnecidos, tolerando y exaltando en las cúspides a los ignorantuelos de turno.

«Todo es necesario para la Revolución -se decía-. Conviene que las voces revolucionarias aparezcan rodeadas de prestigio ante el pueblo, y así sus gritos y sus acusaciones serán más eficaces.» Hemos tolerado esta explicación hasta hoy, en nombre de la eficacia revolucionaria invocada. Aun creyéndola inmoral y absurda.

Las jerarquías de la cultura llegan quizá a nutrirse del ambiente revolucionario cuando éste es tan poderoso y profundo, que crea y descubre en un pueblo posibilidades culturales nuevas. Ello sólo acontece en las revoluciones auténticas, que se sumergen en la entraña popular y consiguen un módulo vital distinto.

Pero cuando las revoluciones no son tales, sino entretenimientos graciosos de buen burgués, surgen los falseamientos jerárquicos en todas las áreas. El escritor currinche pasa a ser un celebrado literato. El profesor mediocre, un foco inmenso de saber. El mediquillo, un consumado genio. El leguleyo más ínfimo, un prestigio de la toga. En fin, se subvierten las jerarquías, de tal manera infecunda, que peligra la capacidad misma para reconocer los valores superiores, objeto del fraude.

En los últimos meses, ahí estaba el periódico del señor Urgoiti, este corruptor de todas las inteligencias corruptibles aparecidas en España desde hace quince años. *El Sol* del señor Urgoiti

circulaba entre los intelectuales papanatas como las hojas sagradas de la cultura, sin un desliz ni una concesión a la ignorancia de la gente.

Es lo cierto, sin embargo, que en ese periódico han aparecido los disparates más calificados y las pruebas más notorias de vaciedad intelectual que es posible exhibir al público.

Ahí va un ejemplo. Como en *El Sol* del señor Urgoiti había un verdadero frenesí por servir a la cultura, iniciaron unas páginas de libros. Encargaron del comentario semanal de libros nuevos a un desconocido currinche, el asturiano Díaz Fernández, que hizo sus folletones con toda pulcritud de tamaño. Pues bien, hablando del libro de Wassermann sobre Colón, escribió ese analfabeto cronista de *El Sol* antiguo, que era muy interesante porque, entre otras cosas, se demostraba que Colón, al descubrir América, creía haber llegado a tierras de Asia, a la India. De modo que para ese señor Díaz Fernández estaba inédita tal aseveración sobre el descubrimiento. No paran aquí los *pequeños* deslices. A docenas se cuentan en tonos regocijados por todas las tertulias un poco cultas de Madrid. No añadiremos sino uno más. Hablaba el mismo Díaz Fernández de un libro filosófico de Lenin. (Es sabido que Lenin, auténtico conocedor del marxismo, poseía un buen bagaje de cultura filosófica.) Y en la reseña decía con todo aplomo que Lenin refutaba «el materialismo histórico de Berkeley». Sin comentarios. ¿Qué entenderá ese señor Díaz Fernández por materialismo histórico?

En fin, véase cómo en un periódico que se decía exaltador de los valores culturales se exaltaba en realidad a la incultura. Hay que limpiar la vida española de subversiones así. La revolución que haremos no precisará de esos fraudes valorativos ni que sus elementos aparezcan ante el pueblo sino como lo que en realidad van a ser: ni más ni menos que unos revolucionarios.

Cumplida la etapa revolucionaria burguesa, conviene, repetimos, limpiar las filas de sus residuos inmorales.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

El halcón rastrero

No es la primera vez que nos ocupamos de ese semanario plural, dirigido por el mulato tétrico. En España otorgamos a esta figura renegada una consideración que no merece. Interviene en nuestras luchas políticas, sin aportar a ellas otra cosa que resentimiento de inferioridad racial. Es intolerable que un individuo así, a quien nuestros tribunales han procesado ya por calumnia sistemática, pretenda influir en la marcha de la vida española. Es un extranjero, sin emoción nacional, que postula y limosnea nuestros bolsillos con primor inigualado.

La República española haría bien situándolo en la frontera, o por lo menos restringiendo sus actividades a las puramente contemplativas y poéticas.

Despierta hoy en España un purísimo y noble afán nacional, a base de fidelidades profundas para con la intimidad de nuestro pueblo, y en una hora así debe prescindirse totalmente del consejo extranjerizante, rencoroso y traidor, que procurará por todos los medios nuestra ruina.

Hay que impedir que esas hojas mercenarias del mulato violen la ingenuidad auroral de nuestro pueblo, vestidas de sacerdocio redentor y de radicalismos falsos.

Hoy nuestro pueblo busca una tarea nacional, a la que llevar su optimismo y su fuerza. El problema hispánico, pues, consiste en señalar esa ruta y articular la disciplina que logre su realización victoriosa.

Es, por tanto, una labor para la que se precisa entusiasmo hispánico, intensísimo fervor nacional. Quien se sienta desarraigado de ambas cosas debe salir de España. Este es el caso, naturalmente, de los extranjeros. Más que nunca se impone el castigo ejemplar de esa turba de colonizadores que penetra e invade nuestro territorio, como si fuera una selva africana.

¿En nombre de qué el semanario extranjerizante a que nos referimos de modo directo trata de guiar los pasos españoles? *Pedimos al Gobierno de la República española que mientras dure el*

período constituyente no puedan hablar en España las voces extranjeras. Por eficacia, por decoro, por respeto a los delicados y supremos intereses de la Patria.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 - Mayo - 1931)

Entusiasmo burgués y peligroso de Vandervelde

Es sabido que se celebra actualmente en Madrid un Congreso de la Federación Sindical Internacional. En uno de los discursos pronunciados por el señor Vandervelde, socialista burgués de Bélgica, dijo lo siguiente, que merece nuestra protesta de republicanos españoles:

"Y si algún día la República se viera amenazada y vuestras fuerzas no fueran suficientes a defenderla, todos los miembros de la Internacional Sindical y de la Internacional Socialista se pondrían en pie para defender la revolución española."

Pero, ¿qué pureza internacional invocan estos señores socialistas, estando tan reciente su actuación en la Gran Guerra? No nos merecen ninguna confianza, y son para nosotros unos extranjeros.

Llamamos la atención del Sr. Lerroux sobre las frases que transcribimos, para que tome nota de los propósitos de esos bisnietos de San Luis.

A la vez convendría que el Sr. Vandervelde adquiriese un más exacto sentido de la hospitalidad y del respeto que merecen los pueblos que visita.

La República española no necesita de esos apoyos, que el Sr. Vandervelde puede utilizar mejor en que triunfe este mismo régimen en su país.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 de mayo de 1931, pág. 2)

Meteoros. Águilas y angulas

Vaya el águila más caudal de nuestra alcándara a los pies de madame Curie. Permanezca allí con humildad y respeto. Que suavemente se deslice detrás de sus pasitos. Que vigile el reposo del tic-tac de sus manos. Espléndidas manos de sabia o de cocinera del mejor flan de la Ciencia.

* * *

A Cataluña la ha conquistado siempre un andaluz. Seguramente el soldado que con la noia Marieta bajo desde la Font del Gat hasta Barcelona era del Puerto de Santa María o del Barrio del Perchel. La oronda xicota también tiene su corazoncito, que se derrite como el de cualquier cocinera con una poca fulería. No se por qué me parece que cuando D. Niceto gritaba en las ramblas —ceceando graciosamente— "Visca Catalunya", su grito era cual un pellizco zalamero en las caderas amplias de aquella bien plantada Teresa que entusiasmó la mocedad de D'Ors. ¡Ay, D. Eugenio, su clásica Cataluña se ha puesto en jarras, melosita y cachonda, ante un simpático y romántico califa cordobés! El Sur va a vencer a la Categoría. Este Sur delicioso de los contrastes y de las sorpresas que vibra en Alcalá Zamora. Quien tuvo un tío cura y diputado más radical que Lerroux. Que estuvo dispuesto a hacer la revolución del bracete del Nuncio. Y que ahora —justísimo es señalarlo y aplaudirlo— se ha llevado de calle hasta la melena merovingia y zarzuelera de Ventura Gassol.

* * *

Hemos soportado infinitas chirigotas acerca de las carabinas de los somatenes. Su finalidad parecía absurda e inútil. Después de los sucesos de Biota ya tiene algún periódico de los que blasonan de nodrizas de la República un argumento más para su tesis puritana: las armas monárquicas colaboran a los manejos del comunismo.

Una tarde, el Sr. Navarro Mingo abandonó su tertulia de la botica o su partida de tresillo, con el fin de apoderarse del Ayuntamiento y organizar el primer Municipio soviético de España. A este médico rural, efímero dictador de Biota, aupado al poder sobre cincuenta o sesenta carabinas del somatén difunto, lo nombraríamos —antes que sea llamado así por todos los sacristanes— capitán honorario de bandoleros generosos. Como un símbolo perenne de la majeza de Aragón. Y no ofendemos su honradez política ni personal, pues hasta Luis Candelas, a diferencia de cualquier Gutiérrez fugitivo, junto a la horca, tuvo el orgullo de desear: "¡Patria mía, sé feliz!"

* * *

Estuvimos en el banquete que se dio el domingo pasado a Heliófilo. El menú fue variadísimo: entremeses de señoritos de Bilbao, chuletas de accionistas católicos y monárquicos, los hígados de fray Junípero, salchichas de El Viejo Verde, atún de Barbate, suspiros de monja y cerveza, mucha cerveza. El acto se desarrolló entre grandes aplausos y libaciones. Al final, el frailazo de Heliófilo se bailó una rumba encima de la mesa, y le concedieron las orejas de Callejo, y para que se discipline en adelante, el rabo de Satanás.

* * *

Los monárquicos empiezan a organizar círculos independientes. Por lo visto, no han escarmentado del fracaso de los sillones de peluche y de las tertulias junto al brasero. Aconsejamos a los monárquicos que vendan todos esos chirimbolos en el Rastro, y que después se vayan a cazar gamos a Fontaineblau.

* * *

Azorín, que tiene regodeos de sibarita, pide a grandes voces que le concedan seis diputados comunistas para las próximas Constituyentes.

Una vez se entretuvo en examinar tres arañitas: Ron, King, Pik y anotar sus impresiones.

Quizá desearía ahora hacer lo mismo con esos comunistas que pide. Verlos desde una tribuna en el Congreso, agazapaditos y domesticados, y luego contarnos que no son tan malos bichos.

* * *

Reliquia histórica.— El Sr. Bergamín ha enviado al Museo Arqueológico las zapatillas que calzaba la mañana del día 12 de abril. Nos refieren que la Dirección ha rechazado ese regalo, diciendo que se trata de un objeto y de un donante demasiado viejos para el Museo.

* * *

Antes, cuando después de algún motincito, tocaban en España el *Himno de Riego,* ya se sabía que aquello era *La Marcha del Nuncio.*

Ahora, por el contrario, el representante de Su Santidad ha perdido el tren.

* * *

Han ingresado en las filas de la juventud del Partido Centro Izquierda Republicano, que acaudilla D. Melquíades Álvarez, los aprovechados políticos Miguelito Villanueva y Manolito Burgos Mazo.

* * *

Se rumorea por los corrillos teatrales que el conde de Romanones va a dedicarse a las tablas, en seguida que aprenda a cantar *La Marsellesa.*

* * *

Don Jaime de Borbón ofrece sus servicios al pueblo español, garantizándole de paso —como técnico experimentado— la extirpación del peligro comunista.

Le brindamos la ganga a los influyentes de *La Libertad,* por si consiguieran una plaza de guardia de la porra para el pretendiente.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 de mayo de 1931, pág. 2)

Imprecación en la hora decisiva

Inicia hoy su colaboración en *LA CONQUISTA DEL ESTADO* don José María Salaverría. Con un artículo ejemplar, que ha de satisfacer plenamente a nuestros lectores. La hora española es grave y, sobre todo, decisiva. Hay que hacerle frente del modo más eficaz. Unos con la pluma. Otros en la trinchera, sosteniendo con su vida la vida grandiosa de la patria. Nosotros —los que hacemos este periódico—, nuestros amigos —los españoles corajudos afiliados en nuestras células de combate— y los cama-radas anónimos que se nos unirán, cumpliremos el supremo deber cuando sea necesario. Y no pediremos, amigo señor Salaverría, sino que exigiremos hacer. Pues el futuro de España es nuestro futuro, y nos pertenece.

(«La Conquista del Estado», nº 8, 2 de mayo de 1931, pág. 3. Entradilla)

NUMERO 9. 9 de Mayo 1931.

España, hoy. Carta al comandante Franco [2]. ¡Hay que hacer la Revolución!

La revolución que haremos

«La revolución no está hecha», ha dicho usted, intrépido y magnífico comandante Franco, y luego lo ha repetido su superior, el ministro de la Guerra, señor Azaña. En efecto, señores, y ésta es nuestra única esperanza. Pues esa revolución no hecha la haremos nosotros, los jóvenes, los nuevos revolucionarios, sin retroceder ante los fusiles burgueses del Gobierno liberal de la República. Por fortuna, decimos otra vez, la revolución está sin hacer. Hubiera sido cosa tristísima entregar a la vieja generación reaccionaria, hoy triunfadora, el coraje revolucionario de nuestro pueblo. Son caudillos viejos, de poltrona y de café, que desconocen los resortes de la gallardía española que hoy resurge. Hombres enfermizos, temblorosos, sin pulso ni sangre de disciplina guerrera. ¡Que no hagan ellos la Revolución! ¡No comprenden la hora joven, vinculados a la putrefacción demoliberal, sin estusiasmos para nada!

¿No cree usted esto mismo, comandante Franco?

¡Queremos que se nos utilice en una grande y genial tarea! Este es nuestro grito de jóvenes. El entusiasmo burgués y bobalicón por la libertad queda para los ateneístas bobos. No libertad frente a España, sino entrar gigantescamente al servicio de España. Por eso en España es preciso y urgentísimo hacer una gran Revolución. Para dar salida y hallazgo a la genial tarea hispánica. Para encontrar nuestra voz universal. Para desalojar a esas mediocridades que hoy, como ayer, son dueñas de los mandos. Para disciplinar nuestra economía y evitar el hambre del pueblo.

¿Qué juventudes pueden formar en las filas de un movimiento revolucionario así? Todas aquellas que sepan despreciar los merengues republicanos y monárquicos y vibren tan sólo a impulsos de la grandeza nacional y de la justicia económica. Todos los que no cierren los ojos al disparar una pistola y estén dispuestos a dar su vida por la vida genial de España. Todos aquellos que no quieran abandonar los destinos hispanos a la repugnante y decisiva intervención del liberalismo burgués que hoy triunfa.

¡Pero sea inminente la Revolución! El movimiento republicano último ha destacado valores revolucionarios a quienes no debe conformar su estancia en las covachuelas. Hay que ir adelante, camaradas, e impedir que se desmoralicen los corajes.

Nuestras frases son claras y limpias, de rotunda expresión joven. Por eso esperamos y queremos que aparezcan ante los rostros como látigos. Entendemos el imperativo revolucionario como una suplantación de generaciones. Han fracasado los viejos y deben arrebatárseles los puestos directores.

No basta, no basta, viejos cucos, con la caída del Capeto. Pronto se verá cómo ése ha de ser, en todo caso, el episodio mínimo. No toleraremos el fraude ni dejaremos la trinchera hasta que España no entre en la vía revolucionaria que le pertenece. Los cobardes y medrosos, que se queden ahí, llamando a rebato a la Guardia Civil contra las balas comunistas. No hay comunismo, señores. Nosotros, y ésta es nuestra máxima y formal promesa, combatiremos al comunismo cuando éste sea aquí realmente un peligro. Pero los combatiremos nosotros, no llamando a la Guardia Civil, sino haciéndoles frente, como a traidores que son contra el espíritu sublime de la Patria. Pero hoy no hay peligro comunista, repetimos, y será inútil que los burgueses y los socialdemócratas de la Casa del Pueblo intenten ahorcar el ímpetu revolucionario esgrimiendo la falsedad comunista.

¡Fidelidad a la juventud!

Hagan lo que hagan y quieran lo que quieran, hay que dejar paso a las juventudes. En sus artículos sobre España, insinúa Marx que las convulsiones revolucionarias del siglo XIX fracasaron y se desvirtuaron porque los viejos interceptaron las iniciativas de los jóvenes. Algo análogo se pretende que acontezca ahora, aun destacando de modo aparente los valores nuevos en media docena de altos cargos. ¡Pero qué jóvenes! (Porque fuera de Rodolfo Llopis, de Galarza y de algún otro de probadísima lealtad a los años mozos, invitamos a que se contemplen las figuras y los apellidos de los

[2] Comandante de Aviación don Ramón Franco Bahamonde.

destacados: Ahí están el tontín Recasens Siches y los hijos de los papás, señores Sánchez Guerra y Ossorio.

Bien está la República, y a nadie se le ocurrirá, suponemos, intentar que encalle y que peligre. Pero urge convertirla en lo que en realidad debe ser: cauce por donde derive, de modo eficaz, la energía revolucionaria y asegure o favorezca el cambio radicalísimo que debe efectuarse. La República, en sí y por sí, es pura ineficacia. Hemos dicho repetidas veces en este periódico que hace un siglo el concepto de República lo era todo. Su enunciación sola aludía a las palpitaciones más vivas del pueblo. Hoy no significa nada, y no pasarán muchos meses sin que se den cuenta de ello las gentes.

Por eso sería fatal que nuestro pueblo, cuando apuntan por el horizonte los clarinazos que enuncian sus deberes para con el mundo en este siglo, se entregase definitivamente a festejar el triunfo bobo de los viejos santones republicanos. No. Con el mismo coraje que lanzó por la borda a la Monarquía debe hoy vigilar su propio destino, oponiéndose a que se lo esquilmen y falseen.

Ahora veremos la autenticidad revolucionaria de las juventudes. Nosotros no tenemos fe sino en núcleos pequeños y audaces, que, eso sí, prestarán todo su empuje al movimiento. Y nuestras falanges de combate, creadas con dificultad en dos meses debatiéndonos contra las calumnias del vil señoritismo de izquierdas, están ahí dispuestas a entrar en fuego para defender el hervor revolucionario.

La República llegó sin lucha. Eso, que se proclama por ahí como la máxima virtud de la ciudadanía, ha dejado inéditos, por fortuna, los episodios revolucionarios que ahora deben iniciarse.

No hay que desaprovechar la gran suerte de que coincidan nuestros años jóvenes con la necesidad revolucionaria de la Patria. Las juventudes fieles al movimiento tienen que reconocer los supremos imperativos de nuestro pueblo. Otra cosa supondría una deserción cobarde. ¡Paso a los jóvenes quiere decir paso al combate, al heroísmo y al sacrifico de guerra!

¿No es así, comandante Franco?

La ruta imperial

Nuestro resurgimiento consistirá en saber descubrir nuevas ambiciones. Ya se inicia en España unas poderosísima apetencia de imperio, representada por el afán de equiparse en un orden hispánico que seccione y supere la leve mirada regional. De ahí que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada. Compromete la grandeza de nuestro futuro y nublaría las magníficas posibilidades históricas que hoy existen.

España ha de acostumbrarse desde hoy a ambiciones gigantes. Cuando un gran pueblo se pone en pie es inicuo conformar su mirada a los muebles caseros que le rodean. Nos cabe a nosotros el honor -y no tenemos por qué ocultarlo- de ser los primeros que de un modo sistemático situamos ante España la ruta del imperio. Todo esta ahí, a disposición nuestra. Los pueblos hispánicos de aquí y de allí se debaten entre dificultades de tipo mediocre, y es deber nuestro facilitar e incrementar su desarrollo.

Para ello hay que cultivar con amorosa complacencia la táctica imperial que nos convierta en el pueblo más poderoso de Occidente. Si España es hoy infiel a este imperativo de grandeza, merece el desprecio del mundo. Los enemigos no son tanto los extranjeros como la comparsería traidora del interior. Las batallas primeras hay que librarlas, pues, dentro de casa, contra la impedimenta cobarde, liberal y socialdemócrata que trate de detener el vigor hispánico.

Nadie mejor que las juventudes, incontaminadas y valientes, pueden recoger hoy la coyuntura imperial que se nos ofrece. Atropellando a los timoratos, a los liberales burgueses, que son la reacción y el deshonor.

Hay, pues, que someter a un orden la Península toda sin la excepción de un solo centímetro cuadrado de terreno. Hay que dialogar para ello con los camaradas portugueses, ayudándoles a desasirse de sus compromisos extraibéricos, e instaurar la eficacia de la nueva voz. Portugal y España, España y Portugal, son un único y mismo pueblo, que pasado el período romántico de las independencias nacionales, pueden y deben fundirse en el imperio.

Frente a esa Europa degradada, mustia y vieja, el imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital.

Solo así, en pleno y triunfal optimismo, puede tener lugar la creación de nuevos valores sobre que apoyar el imperio. Están aún sin adecuada respuesta los mitos europeos fracasados, y corresponde a

España derrocarlos de modo definitivo. Hay que poner al desnudo el grado de mentecatez que supone una democracia parlamentaria. Hay que enseñar a Europa que vive en absoluta ceguera política, con sus artilugios desvencijados por los suelos, mereciendo de nosotros el desdén supremo. Italia, Rusia y la nueva Alemania nos ayudarán a desarticular los reductos viejos de Europa, arrebatándoles los atributos de poderío que conserven.

¡Mucho tenemos, pues, que hacer, jóvenes revolucionarios de España! ¡Nada de entregarse a los triunfadores de hoy, gentes enamoradas de Europa que siguen sus mismos pasos y nos condenarían a perpetua ineficacia! La ruta a seguir es clara y limpia: ¡Adelante la Revolución! Eligiendo como veredas las crestas más altas. Sin detenerse. Camino del triunfo. Cuando el lobezno comunista aparezca se afina la puntería y... adelante. Hasta el fin.

Ni derechas ni izquierdas

Antes que nada es preciso invalidar estas denominaciones. Los que se empeñan en permanecer anclados en estas viejas filas es que desertan del vitalísimo orden del día. Hay que aislarse de ellos por corruptores, por reaccionarios y enemigos de la Patria. No tienen ya vigencia esas palabras, habiendo dado el mundo un viraje pleno, y hoy sólo debe interesarnos la articulación eficaz de nuestro pueblo, obligándole a hacer en dos meses cincuenta años de historia. Esos que creen que un pueblo hace una Revolución cuando clama y proclama por lo que en otros pueblos hay, carecen de impulso creador, son incapaces y hay que apartarlos de los mandos. Si nuestra ruta revolucionaria va a consistir en copiar los episodios de nuestros vecinos los franceses, no merecería la pena dar un paso.

Nada, pues, de derechas e izquierdas, grupos que responden a las categorías parlamentarias de Europa. Tan sólo debemos admitir entre nosotros tres grupos: 1.° El grupo retrógrado, reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima democracia parlamentaria, mediocre y burguesa. 2.° El grupo marxista, socializante e internacional, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria. Y 3.°, el grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas los caminos del imperio; a iniciar la rota de las economías privadas y disciplinar el desenfreno capitalista. No tenemos que decir que nosotros formaremos en este grupo último y que todas nuestras fuerzas de actuación y de pelea estarán a su servicio radical.

¡Salud, comandante Franco!

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 - Mayo - 1931)

Los comunistas y la violencia

En España existe un desconocimiento absoluto de la política universal. Las minorías intelectuales viven ancladas en el siglo XIX, y carecen de preparación y de valor para hacer frente a los fenómenos de hoy. Así se les escapa el sentido de esas fuerzas surgidas a la vida europea en los últimos diez años. Una de ellas es el comunismo.

Por muchos caminos se va a Roma. El comunismo, en sus bases teóricas, sólo es asequible al intelectual. Requiere trato filosófico y gimnasia histórica. Pero las masas encuentran un camino mucho más fácil y expedito: la liberación económica, la lucha de clases.

Aquí no hay intelectuales comunistas. Tampoco los hay -fuera de leves excepciones- que levanten con ambas manos el deseo de eficacia histórica para nuestro gran pueblo. Aquí hay tan sólo patulea socialdemócrata e himnos de Riego.

Por ello, el mito con que se quiere envolver a los comunistas y condenar a ineficacia pura sus batallas, es el de presentarlos como una minoría salvaje, verdaderas alimañas sociales, a quienes es preciso destruir.

La cobardía demoliberal se asusta del grave ademán que adopta un comunista defendiendo con la pistola sus ideas. Nosotros somos enemigos de los comunistas, y los combatiremos dondequiera que se hallen; pero jamás hemos de reprochar su apelación viril y heroica a la violencia. Es más, gran

número de batallas las libraremos a su lado, junto a ellos, contra el enemigo común, que es la despreciable mediocridad socialdemócrata.

¿Quién niega legitimidad a la violencia? Sólo en una época de vergonzosa negación nacional, de la que pugnamos ahora por salir, en la que se fraguaron todos los complots contra las fidelidades hispánicas, pudo aparecer nuestro pueblo como un pueblo enclenque, asustadizo y pacifista, como una Suiza cualquiera, sin voz ni entusiasmo para nada.

Ahí está una de las consecuencias. Ahora, frente al coraje comunista, la gran España, si hacemos caso de los plañidos demoliberales, sólo enarbola el pacifismo, «las virtudes ciudadanas». Como los comunistas no respetan, naturalmente, esas virtudes, se les califica de alimañas y se dan vivas a la libertad buscando la eficacia embriagadora del grito.

Pero, ¿es que España no dispone de otras armas que enfrentar al comunismo sino la cobardía del susto ante los héroes?

El comunismo no es sólo acción violenta. Le caracterizan otras muchas cosas, enormes, monstruosas, a las que España, mejor que ningún otro pueblo, puede dar la gran respuesta.

Para ello, lo primero es que España se recobre, se afirme a sí misma. Cosa que no se consigue anulando el coraje, exaltando los valores que niegan la hispanidad.

De todo esto hemos de hablar mucho. Es el gran tema español.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 - Mayo - 1931)

Los Consejos obreros en las fábricas

Es legítimo el afán interventor de los obreros en la marcha de las industrias. Ahora bien, el hecho de que asuman una función de esa índole les obliga al reconocimiento de unas finalidades económicas, a cuyo logro cooperan con sus decisiones y estudios. Porque es inútil engañarse: mientras predomine la economía capitalista, cuyo fin último no trasciende de los intereses de un individuo o de un trust, los Consejos obreros carecen de sentido. Comienzan a poseer un vigoroso carácter en cuanto la economía adquiere una modalidad sistemática, de Estado, sujeta a una regulación nacional, a una disciplina. A esto equivale una intervención superior, estatal, en las economías privadas, que al dotar a éstas de una casi absoluta seguridad de funcionamiento, les arrebata a la vez el libre arbitrio en las decisiones industriales.

Los Consejos obreros son entonces colaboradores eficaces de los fines económicos a que están adscritas las correspondientes industrias. Por eso, los únicos países donde actualmente alcanzan eficacia unos organismos así son Italia y Rusia. En Italia, los Sindicatos obreros viven en el orden oficial del Estado fascista, y su misma existencia les vincula a la prosperidad de los fines económicos que el Estado reconozca. En Rusia, esa interdependencia es aún más patente.

Pero el problema en España no es de este género. El régimen político de nuestro país impide, hoy por hoy, que los obreros reconozcan y se identifiquen de un modo total con la articulación económica. Les importa, por el contrario, que se acelere el proceso capitalista y sobrevengan coyunturas favorables. De ahí que los Consejos obreros tuvieran una mera función de avance social, como reivindicaciones de clase, y no aquella otra más fecunda de auxiliar un sistema económico articulado en una disciplina nacional.

De ahí que *Solidaridad Obrera*, periódico de la gran fuerza sindicalista, adscribiese los Consejos obreros a misiones de orden interior, solución de conflictos, corrección de abusos, etc. En su número de 24 de abril ampliaba, sin embargo, la influencia de estos organismos, señalándoles como campo de acción todas las cuestiones que se relacionen de alguna manera con la producción. Estudio de los mercados, estadísticas de precios, organización del trabajo, etc.

Nos adherimos, desde luego, a la petición de que se establezcan los Consejos obreros. Nosotros propugnamos un cambio social radicalísimo en la estructura del Estado, que lleva consigo, naturalmente, reformas de esta índole. Pero sometidas a un orden de totalidad que les asegure eficacia y grandeza.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 - Mayo - 1931)

Homenaje a la España profunda

Recogemos los párrafos certeros y simpáticos que Jean Cassou publica en *Les Nouvelles Litteraires* con motivo de la revolución española. Distingue a Cassou de los demás hispanistas su afán por destacar el antieuro-peismo de nuestro pueblo. En efecto, comenzamos a sentir desdén hacia Europa, y ello se traducirá bien pronto en la nueva arquitectura vital que nos forjemos. Es de agradecer que Cassou advierta nuestra oposición al decaído y mustio signo europeo, sin que su perfil parisino se sonría con mediocre petulancia. Europa está muerta. Pero la reserva española salvará a Occidente.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 2. Entradilla)

Meteoros. Águilas y angulas

Otro desfile de embajadores. (Ave Cesar Imperator. Morituri te salutant). La República española ha sacrificado sus mejores criaturas, las de mayor calibre intelectual y mundano. (¿Dónde vas con mantón de Manila...?) Los nuevos diplomáticos se van a sacrificar por la República. La emoción del pueblo los ve partir, llorando y riendo. Ya están las víctimas propiciatorias sobre la arena. Ya empezarán muy pronto a defenderse de los zarpazos de las Cancillerías de Europa. Dentro de sus uniformes nada temen; impávidos, como gladiadores o toreros, sortearán las argucias y las zancadillas. Contra la antigua diplomacia monárquica de secretos, bailoteos y mariposeos alrededor de una taza de té. ¡Viva la honesta literatura, pura o con manchas de periodismo! ¡Vivan las republiquitas de América, que nos precedieron mucho antes en ser representadas por sus más lindos y ociosos poetas! Gran desfile de embajadores. ¡Adiós! ¡Adiós! Seremos las castellanas de nuestro espíritu. Mientras volvéis, aquí, entre cuatro paredes, se aprovecharán los libros que dejasteis; recrearán nuestros ocios, estudiaremos sobre ellos. Lo leeremos todo, todo; hasta las pastorales de D. Luis de Zulueta y los deslices amatorios de Wilde, condenados en folletón por el señor Baeza.

*** * ***

Elogiemos a los cien niños que se perdieron el Primero de Mayo en la Casa de Campo. La democracia es espléndida y compensadora; produce en un mismo día 15 ciudadanos contusionados para asustar al *ABC o a. El Debate,* y dos para asustar al *ABC* o al *Debate,* un centenar de héroes futuros para nosotros. Porque los reivindicamos como nuestros. Jesús de Nazaret fue un niño perdido. El comandante Franco, otro niño perdido. Y no cabe duda que los Siete niños de Écija también se perderían alguna vez. El chaval que se asquea de presenciar a su padre borracho sobre el césped, a su mamá desgreñada y grasienta de tortilla, y a sus hermanitas tarareando alguna copleja contra el Borbón; el chaval que no resiste tan candoroso espectáculo de familia feliz y se escabulle como un cortejo entre los árboles y las malezas, infaliblemente, este chaval será mañana —nosotros lo auguramos— el posible señor de todas las Casas de Campo.

*** * ***

Hay un traje ahora mismo en España que se merece un águila. Que él mismo es un águila: el de paisano de Ramón Franco. Miradlo: es de color esclarecido; el último botón de la americana se abrocha entre la sonrisa de unos pliegues; sus bolsillos son simpáticos y están repletos de perfume de nube; los pantalones llevan acaso rodilleras; pero no importa, es un traje fotogénico y jovial. Las

fotografías de los periódicos lo reproducen cada mañana en medio de severos uniformes oscuros. Miradlo. Admiradlo. Que acaso pueda ser el símbolo de la verdadera revolución civil de los jóvenes.

El sarampión de la República son los himnos republicanos. Todo el mundo ofrece tocar su pito. Pero la Guardia civil no quiere llevar el compás.

* * *

Hemos descubierto secretas relaciones de compinchería entre el doctor y el mundo tétrico.

El verano pasado, cuando nadie conocía al mulato, el doctor le hizo popular rompiéndole los muebles de su periodiquito.

Ahora, cuando nadie se acuerda del doctor, el mulato le hace la reclame publicando las necedades de su archivo.

* * *

Los de *Nosotros* dicen que estamos vendidos al oro italiano. Los de *Nueva España* denuncian como nuestro mecenas a un buen señor de Bilbao.

"El dinero no huele", exclamaba Vespasiano. Quizá por lo mismo no olfatearán el origen de nuestro capitalito los chuchos de los dos colegas.

* * *

Nos comunican que cuatro satélites del "avi" Maciá, después de arrancar las cuatro barras de su escudo, vienen hacia Madrid para medirnos las costillas. Cataluña está triste porque sólo le han dejado las cadenas.

* * *

Las esposas de los políticos intelectuales les han amenazado con declarar la huelga de las labores propias de su sexo, mientras no les concedan el voto activo. Porque el pasivo ya están hartas de soportarlo.

* * *

SECRETO A VOCES: "Aemece" que escribe en el *ABC* el "Madrid al día", firma sus artículos en *El Sol* con el pseudónimo de "Ramón María Tenreiro".

* * *

El amigo Melquíades se definirá, por fin, el día 17, si el tiempo no lo impide.

Estos antiguos camaleones monárquicos, antes de dar el sí y que la República los viole, hacen muchos más dengues que una jovenzuela presumida.

Uno de los próximos sellos de Correos reproducirá la heroica y legendaria defensa de San Carlos por los alumnos de Medicina.

Parece ser que alguien tiene muchísimo interés en que se comience a matasellar a los estudiantes revolucionarios.

Trostky solicita permiso para venir a España. Se rumorea que prepara su ingreso en la Legión Extranjera.

VOZ DE BERGAMÍN: Todavía no me he muerto. VOZ DE VILLANUEVA: Soy un bebé; dejadme chupar. VOZ DE BURGOS MAZO: Hoy somos chiquititos, mañana creceremos y defenderemos la Santa Libertad.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 2)

La juventud del mundo. Fascismo, Sovietismo, Racismo

El ensayo siguiente, del magnífico escritor francés Felipe Lamour, recoge con toda fidelidad el espíritu de la nueva política europea. Su hondo análisis de esos tres movimientos triunfales, que son el fascismo, el sovietismo y el racismo de Hitler, le permite conseguir el rasgo de unidad que los caracteriza. Frente a las viejas instituciones europeas, afirman los tres el derecho a la invención

política. Nos complace mucho introducir en España un estudio así. Aquí, donde los fanatismos bárbaros tratan de impedir que algunos nos acerquemos con limpia mirada a contemplar las auroras del siglo.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 5. Entradilla)

Correo. A un estudiante catalán

Entre la numerosa correspondencia, con elogios de aliento y ataques de enemistad, que recibimos cada día, se ha destacado su interesante carta anónima. Como una voz atenta, inteligente y cordial venida desde la Cataluña en armas. Por este valor insólito de aportación regional y comprensiva a nuestro imperio hispánico, estrechamos su diestra desde ahora. Apretón de manos de jóvenes camaradas. Queremos saber su nombre para publicar su carta. Queremos su colaboración posterior en *La Conquista del Estado.*

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 5)

Vanidad comunista

El camarada Bullejos es un hombre demasiado sencillo. Nos consta que su humildad de cartujo le ha llevado a rehuir la sindicación de su persona. Vanidad operaría exigida por los Estatutos del Partido. También sabemos que hace mucho tiempo fue repartidor de Telégrafos, y que en las últimas elecciones figuraba en las papeletas con la profesión de telegrafista. El ascenso de categoría es, sin duda, una prueba más de su modestia comunista.

(«La Conquista del Estado», nº 9, 9 de mayo de 1931, pág. 6)

NUMERO 10. 16 de Mayo 1931.

La hora de España. La Revolución en marcha

¡COMUNISMO, NO!

La Revolución en marcha no debe detenerse hasta que se efectúe el hallazgo de la nueva eficacia hispánica

La actitud del momento

Vivimos horas revolucionarias. El pueblo se entrena para las nuevas jornadas, y muy pronto preferirá debatir el problema de España en la calle, armas al brazo, en vez de emitir votos en las urnas. Desde nuestro primer número hemos mostrado una decidida intervención revolucionaria, creyendo que lo único y primero que hoy corresponde hacer al pueblo español es una verdadera y auténtica Revolución. Nada de sufragios ni de asambleas electorales, sino todos ahí, movilizados en un esfuerzo supremo, para salvar y garantizar la victoria revolucionaria. Dijimos ya una vez que un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota. No hay minuto más sincero que aquel en que un hombre pone su vida al servicio de un afán grandioso. Las revoluciones son sólo fecundas cuando el pueblo las elabora y hace hasta el fin. En otro caso, desmoralizan el entusiasmo optimista del pueblo, dándole conciencia de su inutilidad histórica.<7p>

Una revolución no es nunca lo que se proponen la media docena de dirigentes. Las máximas lealtades al espíritu del pueblo resultan siempre a la postre triunfadoras, y todo cuanto resulte y salga de la Revolución posee el mayor grado de legitimidad apetecible, es la esencia misma del pueblo sin falseamientos ni trucos. Lo de menos es en nombre de qué se hace la Revolución y qué elementos directores la impulsan. Todo es mero pretexto que no influirá absolutamente nada en los resultados finales. Aquí en España se puso en marcha la Revolución para instaurar una República. Muy pocos ingenuos habrá que estimen el que ésta pueda ella sola constituir un objetivo revolucionario en el siglo XX. Debe, pues, seguir adelante la Revolución hasta que se descubran y triunfen los nuevos mitos políticos y sociales que el pueblo español requiere y necesita para desenvolver su futuro. La Monarquía, por otra parte, perdió toda vigencia, y hay que combatir como contrarrevolucionarias las tentativas que hoy se efectúen en favor suyo. Si la República no es en el siglo XX un objetivo, la Monarquía lo es aún menos. Esto queremos decirlo con toda claridad, para detener la ola de calumnias que se forjan en torno a la significación de nuestra fuerza política.

Todo debe ponerse hoy al servicio de la Revolución. Pues téngase en cuenta que ésta será lo que el pueblo revolucionario quiera que sea. Hay, pues, que nutrir de revolucionarios nuestras filas y lanzarse violentamente a la conquista del Poder. Poco a poco se va formando en España conciencia combativa, espíritu guerrero, de asalto, y es de presumir que disminuyan esas multitudes vergonzosamente inertes, ajenas a la hora hispánica, que contemplan desde los balcones las peleas y salen luego a la calle como espectadores curiosos de la tragedia. Hay que hacer campaña revolucionaria, hacer popular la Revolución. Sacarla del artificio de los grupos de pistoleros profesionales y de los provocadores a sueldo, del albiñanismo inmundo. Darle una ruta sistemática y alimentar constantemente su odio y su energía. Crear una doctrina revolucionaria y enarbolar como bandera una revisión total de los principios políticos y sociales que hasta aquí han condenado a infecundidad a nuestro pueblo.

¿Quiénes se oponen a la Revolución?

En primer lugar, el Gobierno liberal de la República. En segundo, las organizaciones socialistas moribundas. En tercero, los nuevos burócratas, los burgueses medrosos y las mujeres. Frente a todos ellos hay que afirmar la Revolución. Comprometen el destino hispánico, asignándole una ruta pequeñita, a base de la concesión de libertades y de discursos parlamentarios. Nada ha conseguido aún en España la Revolución, y por tanto, ésta no debe detenerse ni un minuto a contemplar victorias falsas. Conseguir libertades políticas era quizá el sueño de nuestros abuelos, pero hoy lo calificamos de bobería reaccionaria, liberal y burguesa. La España joven que hará la Revolución no exigirá del Estado libertad, sino que se la enrole en una tarea colectiva, genial y grandiosa, que garantice la eficacia histórica de nuestro pueblo. Sólo los burgueses traidores, que se recluyen en sí mismos egoístamente, que se aíslan de los destinos del pueblo y del Estado, se dedican y pueden dedicarse a

la caza de libertades. La Revolución debe brincar por cima de esos afanes bobos y despreciar esa índole de clamores.

De la Revolución tiene que salir nuestro pueblo rebautizado de nuevo, mostrando características desconocidas hasta ahora, con otro vocabulario y otras apetencias. De modo que no lo reconozcan las momias liberales burguesas que circulan por ahí, los leguleyos de la farsa y todo el tinglado imbécil de la politiquería parlamentaria.

España se salvará en la Revolución, edificando su grandeza. Sólo por vía revolucionaria pueden imponerse las reformas sociales que se precisan. Incorporar a la vida del Estado la totalidad del vigor hispánico. Implantar una disciplina colectiva, con poderes del pueblo, que destruya el cáncer de la disidencia y forje una eficacia. Sólo por vía revolucionaria puede condenarse al silencio la voz opaca de la España vieja y retirar de la influencia pública las personas y los intereses de la reacción demoliberal.

Hay que arrollar a todos los que oponen dificultades a la Revolución. Acusándolos como cómplices de una traición nacional, puesto que la Revolución elabora y busca la senda de nuestra grandeza. España tiene hoy sobre sí la tarea de crear un orden nuevo de aspiraciones sociales y políticas, que frente al orden caduco de Europa nos entregue la posibilidad de que atrapemos finalidades de imperio. España es hoy la reserva de Occidente, y necesita un equipo de instituciones públicas suficientemente enérgicas y eficaces para dar cara a esa nueva y gigantesca responsabilidad.

Hace tiempo que clamamos por una ambición nacional, de radio amplísimo, que requiera y necesite para su triunfo las energías españolas todas. Sólo una Revolución que vuelva del revés los afanes diarios del español puede abrir paso a aspiraciones así, y derivar el impulso actual del pueblo a un orden radicalísimo y fecundo. Limpiando las rutas de residuos alfonsinos, de legionarios analfabetos, de señoritos de la izquierda, de la derecha y del centro.

¡Comunismo, no!

Nosotros queremos, naturalmente, una Revolución hispánica. Hecha por el pueblo español, obedeciendo sus propios imperativos. Sin que se cruce la falsificación comunista. Sin que se enturbie la energía popular con hechicería extranjerizante. El comunismo es hoy bolchevismo, fenómeno especifico de Rusia, al que sólo un grupo de descastados y miopes puede encomendarle la solución de nuestro pleito. Bien está aprovechar las experiencias europeas, pero deténgase ante el gesto de un pueblo que se dispone a obtener de sí mismo la originalidad revolucionaria que necesita.

El comunismo es una solución muy problemática a la crisis económica del presente. A lo más, consigue un capitalismo de Estado, meta valiosa, desde luego, pero a la que llegaremos nosotros sin anegar nuestra personalidad en las brumas comunistas. Encomendar la creación de una cultura y del futuro de un pueblo a un régimen económico es una monstruosidad incalculable, y sólo la ceguera absoluta para los valores supremos del hombre explica el triunfo radical del comunismo.

Ahora bien: la doctrina comunista es de tan particular carácter, que resulta imposible desalojarla de los cerebros atacados, al menos por vía suasoria. Carlos Marx era un filósofo magnífico, y encerró su sistema económico en unas categorías mentales tan prietas, que los cerebros sencillos las admiten como dogmas. Es, desde luego, de una comodidad angelical levantarse una buena mañana, leer un par de libros luminosos y encontrarse sin más en posesión de la verdad social y política del Universo. Por esto que decimos, el comunismo se nutre de fanáticos, especie peligrosa a que hay que hacer frente con el vigor más enérgico.

Pero en modo alguno debe detenerse la Revolución por miedo al comunismo. Hay tan sólo que preocuparse de que la Revolución consiga recoger las ansias nacionales más hondas, hace siglos despreciadas por las oligarquías mediocres que han desarticulado y desvirtuado la ruta histórica de nuestro pueblo. Las filas revolucionarias nuestras tienen que comprometerse a combates decisivos y ofrecer a los hispanos corajudos la garantía de que son las más revolucionarias, las que disponen de más clara idea sobre los objetivos que se persiguen, las que reúnen la joven energía española, dispuesta a desalojar los caminos gloriosos de toda esa tropa de señoritos holgazanes y frívolos que los convierten en paseo bobo de sombras.

La Revolución española que hoy se efectúe tiene que esgrimir antes que nada el derecho de los jóvenes a apoderarse del timón y de los mandos. Los españoles que han rebasado los cuarenta y cinco años son todos sospechosos de pacto con las ideas y los intereses responsables de la hecatombe de que ahora salimos. Además, no sirven para la Revolución, que precisa mocedades bravas y entusiasmos valerosos. El gran Larra, como clavado con un alfiler en el siglo XIX, en el siglo tuberculoso y alfeñique, ya soñó para España «hombres nuevos para cosas nuevas; en tiempos

turbulentos -decía-, hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya todavía ilusiones, hombres que se paguen de gloria, en quienes arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro». Pódense estas frases de alguna impedimenta romántica y se advertirá, pulcra y rotunda, la necesidad española de hoy, la más urgente: suplantar a la vejez fracasada.

Algunos jóvenes cansinos, vagos y medrosos, son quizá comunistas. Bien por diletantismo político, bien porque el ser comunista es lo más fácil del mundo; todo se lo dan hecho: sistema económico, ideas sobre esto, aquello y lo de más allá, con formulitas de validez universal para todos los tiempos y pueblos.

Nosotros impediremos con las armas que la Revolución española se hunda en el pozo negro comunista, que hundiría la firmeza revolucionaria, antieuropea, de nuestro pueblo.

La quema de conventos

En nuestro programa revolucionario hay la subordinación absoluta de todos los poderes al Poder del Estado. ¡Nada sobre el Estado! Por tanto, ni la Iglesia, por muy católica y romana que sea. Ahora bien; el orbe humano en que se mueven las preocupaciones de tipo religioso las creemos en un todo ajenas al orbe político, y nada nos importan, una vez asegurada aquella supremacía. La tea incendiaria denuncia unos objetivos un poco anacrónicos, enderezándose a inquietudes de tipo burgués, como esa de herir el corazón mismo de la frailería. De todas formas, no seremos nosotros los que neguemos cierta eficacia rotunda a las llamas purificadoras. Pero no se trata de esto. Se trata de hacer una Revolución que desde arriba abajo acentúe la grandeza de nuestro país. Para ello no sirve el concurso de las turbas que incendian conventos. Hay que convencerse de que una Revolución violenta y heroica no es tarea precisamente de los niveles sociales más bajos.

Saciar el entusiasmo revolucionario quemando conventos es el más claro indicio de la limitación revolucionaria de las turbas. No hay que despistar al pueblo escamoteando los objetivos revolucionarios más directos. El problema hondo es el problema económico, el del hambre campesina y el del paro fabril, que piden una urgente intervención revolucionaria. A la vez, el gran problema de dotar a España de futuro grandioso, creando revolucionariamente un anhelo imperial, al que debe lanzarse nuestro pueblo con todos los fervores.

Frente a la concepción demoliberal, que quiere y no quiere, que tiembla y retrocede ante las angustias históricas, nosotros queremos una Revolución que obligue a España a efectuar la gran marcha que le corresponde. España tiene hoy ante sí la posibilidad del imperio, y hay que impedir por todos los medios que esa genial coyuntura se malogre.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 - Mayo - 1931)

Un libro del comandante Franco

Franco representa hoy en la vida española muchas cosas. Es una figura heroica, exaltada por el pueblo, y todos sus actos adquieren en la hora española que vivimos fervor y eficacia de mitos. Franco ha descrito en los últimos diez años la trayectoria más gigantesca que podía presumirse en nuestro pueblo. Ha actuado en toda ocasión al servicio de las inquietudes fecundas de cada momento.

Primero, en viaje triunfal a las Américas, logrando para España los máximos honores.

Después inicia sus luchas contra la aviación burocrática, que no vuela y frustra las mejores iniciativas de los aviadores auténticos.

Más tarde, en pugna abierta con la Dictadura mediocre de Primo, señala al calor de su coraje la dirección decisiva, la más alta.

Por fin, le vemos en una magnífica tarea de conspirador al servicio concreto de un cambio de régimen, con limpia mirada revolucionaria.

Ahora escribe y publica un libro -*Madrid bajo las bombas*- donde los episodios revolucionarios en que intervino adquieren majestuoso relieve de eficacia. Franco es en todo el brazo ejecutor que

imprime carácter de rotundidad a los hechos, prestándoles una emoción popular, una significación de hazaña que los hace grandiosos y triunfales.

Franco ha demostrado ser de esta forma una de las primeras capacidades revolucionarias de nuestro país. Su libro aparece lleno de detalles que denuncian en él al hombre que dispone de fuerte energía para la acción política. También de afanes hispánicos suficientemente hondos para comprometer su vida en una conspiración revolucionaria que garantice la grandeza nacional.

El comandante Franco colaboró lealmente en la instauración de la República. Hay que ser ciegos en la apreciación de los fenómenos políticos para creer que un triunfo así, limitado a otorgar al pueblo unas libertades problemáticas, puede satisfacer a Franco, que vibra todo él en el sentido de incorporar a España las conquistas políticas y sociales de tono más eficaz.

Nada ha acontecido aún en España que permita la paralización del entusiasmo revolucionario. Más que nunca se hace precisa una intervención heroica que ponga al servicio de la auténtica grandeza hispánica los esfuerzos de la Revolución.

El libro de Franco que comentamos contribuye de modo magnífico a perfilar su gran temperamento de acción. Ante el lector desfilan hechos incompletamente conocidos hasta hoy. Son la clave de las horas más intensas y dramáticas de que dispuso el movimiento revolucionario que dio el triunfo a la República. Así la evasión de las prisiones militares. Así el vuelo de Franco por Madrid, aquel famoso lunes de diciembre, con unas bombas en el avión y la más corajuda decisión revolucionaria en el ánimo. Por último, su marcha a Portugal. Los meses de la emigración. Las peripecias policíacas en el extranjero.

Su gran descubrimiento, que Franco repite en su libro, es que la libertad no se halla sino en la selva. El no la encuentra en parte alguna por ahí. Todo es presión policíaca y freno. Y Franco, que precisamente cooperaba en su país a una revolución de tipo liberal, exclama ante el difícil hallazgo: «¡Libertad! ¿Dónde te hallas?» Por fortuna, en nuestro país eso no satisface ya a nadie, y el problema de cada día no es exigir y reclamar libertades, sino algo grandioso que hacer unos con otros.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 - Mayo -1931)

Nuestro comentario [3]

Es lógico y naturalísimo que los señores Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala protesten del vandalismo de las turbas. Pero no es del todo legítimo que pulsen la hora revolucionaria con el termómetro de la tea salvaje. España hará hoy su Revolución en contra del parecer de las gentes de buen sentido. Y una Revolución tiene siempre algunas dimensiones elementales y bárbaras por las que es preciso pasar con la mano en los ojos. Es lo cierto, que se puso en marcha al pueblo hace unos meses con un repertorio de arcaísmo de tal índole, que tarde o temprano fracasarán con estruendo. Si la Revolución que se haga no destruye ese foco de ineficacias artificiosas, nuestro pueblo se encontrará sin ruta. No puede detenerse una Revolución con frases luminosas. La Revolución debe proseguir a toda costa, hiera las sensibilidades y los intereses que hiera. Las mentes directoras del calibre de esas tres que firman el documento, deberían preocuparse por aclarar las dificultades que bloquean lo hasta ahora conseguido. El mejor medio de salvar la República es proveerla de ideas, instituciones y propósitos que pertenezcan a la eficacia de la nueva época. Es lo que nosotros intentamos y hacemos. Para ello, lo primero que se precisa es salir del orbe liberal burgués que informa al Gobierno y a la mayor parte de las fuerzas republicanas que lo apoyan.

La juventud española quiere y debe llegar hasta el fin, sin detenerse ante la prudencia magistral de los maestros. Por mucho respeto que merezcan. Por mucho que se les honre, estime y enaltezca. Aparte de que viven un poco en el mundo viejo, se han quedado rezagados.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 2)

[3] Aparece publicado junto a un documento firmado por Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala con motivo de la quema de conventos que tuvo lugar a las pocas semanas de instaurarse la II República.

Los leguleyos

Días pasados discutían en una sesión del Ateneo la señora Campoamor y el señor Roces sobre el concepto jurídico de la Dictadura.

Hasta ese concepto lo quieren encuadrar estos leguleyos en categorías jurídicas. Parece que se referían a la Dictadura soviética. Y por fin uno de ellos encontró la justificación jurídica: Stalin no es el dictador, pues la Dictadura es colectiva. ¡Descansemos!

Nosotros nos caracterizamos por una oposición tan ruda al abogadismo, que llegamos a negarles capacidad para ejercer mandos de gobierno.

¿Qué será eso de lo jurídico que estas gentes leguleyas andan aplicando a todo cuanto acontece, ocurre y pasa?

Mientras España no se deshaga de la miope turba abogadesca, estamos irremediablemente perdidos.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 2)

Lo presidencia de la República francesa

Deben utilizarse las experiencias inmediatas que se nos ofrecen. En vísperas de que aquí procedamos a la elección del jefe del Estado, se verifica la elección francesa.

El señor Briant, representante de una política de pacifismo cuco, ha sido derrotado. Coincide esta derrota con el resurgir de la vida juvenil francesa. Hombres jóvenes en el Gobierno, afanes imperiales de Tardieu, revalorización inteligente por las juventudes de los valores de Francia.

¡Alerta, pues, nosotros!

Ciertamente, el jefe del Estado es en el país vecino un puro espectador de la política, un símbolo inerme. Así, el buen galo señor Doumer seguirá sonriendo como el buen galo señor Doumergue.

¿Qué tipo de presidente preferiremos en España? Parece que la eficacia de nuestra época aconseja que nos apartemos del ejemplo francés. Nada de símbolos inermes, sino de jefes de una pieza. Que manden, gobiernen y dirijan.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 4)

Discusión en el Ateneo

En el Ateneo hay elementos para todo. Para aupar y para combatir al Gobierno. Para darse un paseo por el siglo XIX y presumir de progresistas. Para calumniar a LA CONQUISTA DEL ESTADO y luego apropiarse sus principios fundamentales. He aquí una proposición que presentaron dos socios comunistizantes, no muy radical que digamos, y que despertó, al parecer, las iras de los ateneístas moderaditos. Nos adherimos casi íntegramente a ella, y desde luego al espíritu eficaz que la informa.

(«La Conquista del Estado», nº 10, 16 de mayo de 1931, pág. 6. Entradilla)

NUMERO 11. 23 de Mayo 1931.

La firmeza revolucionaria. La Revolución y la violencia

La legitimidad y la fecundidad de la violencia

En las horas supremas en que un pueblo efectúa su Revolución, las frases pacifistas deben ser condenadas como contrarrevolucionarias. De igual modo que se fusila en tiempos de guerra a los derrotistas cobardes, hoy el pueblo español tiene derecho a exigir la última pena para los que se opongan a la marcha de la Revolución. Cada día aparece con más clara rotundidad que la Revolución no ha obtenido aún ningún género de conquistas. Ni triunfos de tipo social, del carácter radicalísimo que algunos piden, ni, de otra parte, señales de que las nuevas alturas comprendan los imperativos grandiosos que urge garantizar al pueblo hispánico. Nada de eso. Mediocridad hipócrita y viejos trucos del siglo tuberculoso, decimonónico, definitivamente ido. He aquí el producto de las jornadas gubernamentales.

El Gobierno liberal burgués penetra en el islote de los desengaños. Nosotros auguramos un trágico hundimiento a su miopía. Esas ideas que enarbolan justifican la llegada al Poder por vía parlamentaria, de discurso y tópico, pero no por la ancha vía de una Revolución. Insistimos en que la Revolución no se ha hecho, y las fuerzas que haya en el país con capacidad y valor revolucionario deben armar sus filas cuanto antes. La España valiente y violenta soportará con bríos las jornadas revolucionarias, por muy trágicas, duras y combativas que resulten.

La Revolución tiene que impedir muchas cosas. No sólo la mediavuelta alfonsina, que en eso todos estamos y estaremos conformes. Sino también la definitiva momificación de España en una vulgar democracia parlamentaria. A esto último se camina con tambores, himnos y juventud bobalicona de Casa del Pueblo, de Ateneo y de señoritismo burgués. La Revolución tiene que destruir esas migajas revolucionarias de otros siglos y lanzarse en pos de la caza auténtica, que consiste en inundar el temple español de acción voluntariosa y corajuda. El español tiene hambre, y hay que quitársela. El español se pudre entre los muros tétricos de una moral angosta, y hay que dotarle de una moral de fuerza y de vigor. El español vive sin ilusiones, arrojado de la putrefacción europea, en limosneo cultural, en perruna mirada hacia el látigo de la Europa enemiga, y hay que dotarle de ambición imperial, de señorío y de dominio; hay que convencerle y enseñarle de que Europa está hoy mustia y fracasada, y España tiene que disponerse a enarbolar a su vez el látigo y los mandos.

Todo ello hay que conseguirlo por vía revolucionaria, saltándose a la torera las ametralladoras burguesas del Gobierno liberal, mediocre y europeo, que nos deshonra y nos traiciona. Nosotros estamos seguros de que si la Revolución sigue su marcha, los objetivos que hemos señalado antes se lograrán íntegros. La oportunidad es magnífica, pues todo español tiene hoy entusiasmo revolucionario y firmeza de combatiente. Finalizar las campañas en el día y en la hora de hoy, encomendar a la patraña electoral la falsificación revolucionaria, es un crimen de lesa patria, cuyo castigo exigiremos.

No hay fatigas ni derecho alguno de nadie al descanso. Nadie tiene hoy fuerza moral ni autoridad suficiente para detener la marcha de la Revolución.

Contra toda la España joven que no ha claudicado, se alzan las voces de los ancianos desautorizando la violencia. Son voces cascajosas, miserables y cobardes, que deshonran nuestra raza. También las voces de los sabios maestros, hombres de pensamiento y de estudio, de laboratorio y de cuartilla, a los que, con todo respeto, no debe hacérseles el menor caso, pues jamás comprenderán, desde su exigua perspectiva de inválidos, la tremenda grandiosidad de una Revolución.

Un país a quien repugna la violencia es un país de eunucoides, de gente ilustradita, de carne de esclavo, risión del fuerte. Dijimos en otra ocasión, y lo repetimos ahora, que España debe serlo todo antes que una Suiza cualquiera, suelo de Congresos pacifistas, de burguesetes que bailan, de vacas lecheras, incoloro y suave.

Cuando todos los hipócritas celebraban la Revolución sin sangre, nosotros sabíamos que aquello no era la Revolución, sino la farsa, el fraude. Una Revolución electoral es incomprensible. El nombre augusto de Revolución no puede utilizarse para denominar hazañas así. Las Revoluciones no las han hecho nunca las colas de votantes, sino falanges valerosas, con audacia y armas.

Hay que reaccionar frente a esa campaña de cobardía que trata de despojar al español de los alientos fuertes. Adscribiéndolo a destinos limitaditos y pequeños. Retirando de sus cercanías los objetivos de valor. Engañando su mirada con colorines burgueses y parlamentarios. Hay que ir contra todo eso.

En España existe una organización obrera de fortísima capacidad revolucionaria. Es la Confederación Nacional del Trabajo. Los Sindicatos únicos. Han logrado la máxima eficiencia de lucha, y su fidelidad social, de clase, no ha sido nunca desvirtuada. Ahora bien: su apoliticismo les hace moverse en un orden de ideas políticas de tal ineficacia, que nosotros -que simpatizamos con su tendencia social sindicalista y soreliana- lo lamentamos de veras. Pero la realidad desviará su anarquismo, quedando sindicalistas netos. De aquí nuestra afirmación de que la burguesía liberal que nos gobierna tiene ya un enemigo robusto en uno de sus flancos. Lo celebramos, porque los Sindicatos únicos representan una tendencia obrerista mucho más actual y fecunda que las organizaciones moribundas del socialismo.

Pero hay que cubrir con enemigo otro de los flancos. La ramplonería burguesa y parlamentaria tiene que perecer en una ratonera eficaz. Nuestras campañas de exaltación española, de anticapitalismo y de veredas imperiales tienden a eso: a suplantar en el ánimo de las gentes los propósitos mediocres que hoy les ofrecen, por otros de radio más amplio, más adecuado a la grandiosidad histórica de nuestro pueblo.

Pero el bloqueo debe hacerse con todas las garantías de eficacia armada. Las filas revolucionarias tienen que prevenirse contra el régimen liberal burgués, bien provisto de guardias pretorianas y de sicarios repugnantes, que se opondrán a la Revolución. El burgués no saldrá a la calle, pero se cuidará de que disparen por él los fusiles mercenarios. Y que nadie levante la bandera de defensa de la República, porque nadie irá contra esa institución, sino contra los contenidos mediocres con que se quiere usufructuar a la República. Enemigos de la República no somos ni seremos. Porque contra los resabios de las tiranías feudales estamos y estaremos siempre.

O dictadura o libertad

Una prueba terminante de que el Gobierno no se cree intérprete del movimiento revolucionario es que no proclama la dictadura ni ejerce el Poder fuera de los antiguos Códigos. La cosa es peregrina, porque ello le somete a un régimen de tiranía hipócrita que a la postre ha de despojarlo de toda autoridad sobre el pueblo. El Gobierno no se erige en dictadura, pero reprime la libertad. No tiene serenidad para los ataques y no se atreve a servir el cauce revolucionario.

Atravesamos la etapa kerenskiana de la Revolución. Nuestro magnífico régimen liberal tendrá como única justificación el dejar paso franco a otras etapas. Si las impide y coarta, su responsabilidad revolucionaria debe exigirse luego con todo rigor. El hecho actual es que existe un Gobierno que logró poderes en nombre de la libertad y para conceder libertad integral al pueblo.

Aun los que somos enemigos del liberalismo burgués, podemos, por tanto, exigir del Gobierno cuanta libertad necesiten y requieran nuestras propagandas. No nos haga recordar el caso de Arlequín, que compró trompetas y tambores para sus chicos, y al entregárselos les ordenó que tocaran y jugaran con ellos, pero sin meter ruido. A tanto equivaldría el que un Gobierno liberal otorgase libertad al pueblo para que se estuviese quietecito, sin moverse.

Nosotros confiamos en que alguno de los caudillos de que la Revolución dispone derrumbe la situación contradictoria e inicie la marcha en pos de un objetivo firme. Las Cortes constituyentes no van a ser capaces de constituir nada. El pueblo, en un fuerte y sincero afán de fidelidad a sí mismo, se salvará con ellas o sin ellas.

Todo menos asegurar y consolidar la nota lánguida, de repetición francesa, a que quieren algunos que se condene nuestro pueblo.

A la extranjería gala de los Borbones, sucede el extranjerismo nórdico de la Reforma, de la burguesía avara y del Parlamento. Mientras España no se desprenda de esos influjos y niegue vasallaje a esos valores de la Europa vieja, nada brotará entre nosotros que posea vigor y fuerza.

De nuevo, y siempre, Cataluña

Se advierte ahora una especie de conquista de Madrid por los catalanes. Vienen, dan sus conferencias y regresan de nuevo. Los disparos son suaves, de una cordialidad pegajosa y falsa. Todos llegan con el truco de que no son separatistas. Y eso basta para que les aplaudan las bocas abiertas de los ingenuos. ¿Pues qué se creían aquí? Llamarse separatista equivaldría, ni más ni

menos, al compromiso de luchar y guerrear por la independencia. Sería proclamar un delito gravísimo que conduciría a esos desgraciados a la cárcel.

Pero esa minoría de catalanes del *Estat catalá*, aunque es un manojo de orates, no están tan locos como para llamarse y proclamarse separatistas. La cobardía tradicional de las fuerzas políticas de Cataluña les ha impedido demoler esa presidencia grotesca de Maciá, y la han aceptado y enaltecido. El resto de España, por amor a Cataluña, por sentido universal de cultura, debe libertar a esa región magnífica de la minoría directora y rezagada que padece. A la menor sospecha de que una gran parte del pueblo catalán repudia esa política de campanario, el resto de España debe intervenir con mano durísima, y recordar a los disidentes que vivimos y queremos vivir con arreglo a la línea universal de nuestra época.

No se llaman separatistas en público y aquí, en Madrid. Pero examínense su historia y sus discursos. Tejen y manejan el equívoco que desarma al enemigo y les permite hacer. Pero los peligros no paran ahí. No se relacionan sólo con lo que los catalanes quieran y deseen para Cataluña. Hay que considerar y examinar y escrutar lo que los catalanes quieran y deseen para la totalidad de España. Su política es debilitarnos como pueblo, dejarnos sin Ejército, inermes, combatir nuestra cultura, localizar en torno a sus industrias la ruta internacional, apoderarse, pues, de España, empequeñeciendo su radio y su mirada. La verdadera atención que se precisa para los catalanes reside aquí, donde los peligros serán mayores y los daños más irreparables.

La Guardia cívica

Con un nombre decimonónico, el Gobierno intenta crear los nuevos milicianos del morrión. El fracaso va a ser tan evidente, que nos extraña mucho prosperen unos propósitos así. Bien se advierte el carácter fascistoide que se requiere dar a esos cuadros. Pero una disciplina y una eficacia de guerra como la lograda por Mussolini para sus camisas negras no se consigue sino aceptando, con todas sus consecuencias, el emblema antiliberal y violento. Unas milicias como las que se proyectan aquí, conseguidas por medio de levas en media docena de partidos, sin entusiasmo común alguno, creadas sin ningún fin grandioso, para consolidar una República que como institución no tiene el menor peligro, nos parece un puro error y un juego vano de señoritos.

Las fuerzas revolucionarias no debemos asustarnos de esos cuadros ineficaces, que servirán quizá para enfermeros sentimentales, pero no para detener un avance audaz, sostenido por un temple de que ellos carecerán, sin duda alguna. Frente a sus camisas, los revolucionarios deben ponerse otras de colores aún más destacados, y frente a sus pulsos temblorosos, que dejarán caer las pistolas, los revolucionarios deben atacar con pulso firme y sincero.

La genialidad de Mussolini creó sus milicias fascistas, dándoles antes que nada enemigo concreto y valiente y alimentando sus pechos con la esperanza probable y triunfal de la victoria. Los pobres burgueses de aquí, que formarán la Guardia cívica odian el entusiasmo guerrero, son pacifistas y desconocen los mandos y la disciplina de las batallas. Mussolini se sonreirá de esa segunda copia que aquí se incuba, pues la primera fue la Dictadura de Primo, ambas grotescas, ineficaces y de una mediocridad ejemplar.

La Guardia cívica son los somatenes de Primo de Rivera, equivale a ellos, y suponemos que tendrá los mismos fines: guardarse del pueblo, librar del pueblo a las oligarquías burguesas y socialistas. ¡Abajo el nuevo somatén!

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 - Mayo - 1931)

Unos minutos con el camarada Álvarez de Sotomayor, de los Sindicatos Únicos

La fuerza revolucionaria hay que buscarla donde la haya. Por fin, en nuestro país sonó la hora de que la Revolución circule, y hay que saludar a los estrategas animosos dondequiera que estén.

Nosotros nacemos a la vida política con entusiasmo revolucionario, felices de que coincidan nuestras preferencias de acción con las necesidades actuales de nuestro pueblo.

Los Sindicatos Únicos -la Confederación Nacional del Trabajo- movilizan las fuerzas obreras de más bravo y magnífico carácter revolucionario que existen en España. Gente soreliana, con educación y formación antipacifista y guerrera, es hoy un cuerpo de combate decisivo contra el artilugio burgués.

Cuando llegue el momento de enarbolar las diferencias radicales, nosotros lo haremos; pero mientras tanto, los consideramos como camaradas, y en muchas ocasiones dispararemos con ellos, en afán de destrucción y de muerte, contra la mediocridad y la palidez burguesas.

Aquí está Álvarez de Sotomayor, explicándonos la estructura interna de sus organizaciones sindicales. Hombre joven, de pocas ideas, las precisas, justas y firmes como músculos.

-La realidad inmediata -nos dice- es el Sindicato. La pujanza radical de éste nace de que la clave y raíz de la vida humana la constituyen los hechos económicos. El Sindicato es la entidad única que puede enfrentarse con las exigencias de la producción y del consumo.

-Los Sindicatos son apolíticos, ¿no?

-En efecto. Pero tenga en cuenta que eso de «política» es un concepto de la civilización capitalista, y somos apolíticos en tanto somos anticapitalistas y antiburgueses.

-Pero mientras la sociedad y el Estado capitalistas imperen...

-¡Ah! Los Sindicatos no colaboran con él. He ahí su carácter apolítico. La no colaboración con el Estado capitalista. Frente a frente. Le diría a usted más: un Estado frente a otro Estado.

-Sin relaciones diplomáticas.

-En absoluto.

-¿Y los Sindicatos darán la batalla al Estado? ¿Es uno de sus objetivos la suplantación del Poder actual?

-Indudablemente. Nuestras ideas nos permiten una incautación absoluta, total, del país. Formaremos cuadros de combate, armados, que den la batalla y consigan la victoria del proletariado. Es claro que preocupa e interesa a los Sindicatos ese triunfo.

-Una vez dueños del Poder, ¿no surgirían dificultades insuperables? Ustedes no son comunistas; por tanto, no les sirve ni seguirán la experiencia rusa.

-No creemos en esas dificultades. Los Sindicatos aseguran y garantizan la producción, y eso basta. Todo lo demás es pura y fácil consecuencia.

-¿No habrá tiranía del Sindicato?

-No. Imposible. Sus funciones no son coactivas sino en lo que afecta a la organización económica. Desde que alguien traspasara la frontera, no tendría más remedio que ingresar en un Sindicato. Es el único medio de que tuviese derecho a garantías de seguridad de subsistencia. Pues formando parte de un Sindicato, el de un ramo cualquiera, daría una prueba de su cooperación a una tarea productiva. En cambio, fuera de un Sindicato, el hombre, el trabajador, no ofrecería garantía ni valor alguno a la sociedad. Ahora bien, finaliza la intervención del Sindicato cuando se trata de otras cuestiones que las económicas. El hombre, pues, será libre.

-Sí, claro. El hombre es libre, pero dentro del Sindicato. Si en vez de Sindicato ponemos Estado, nos encontraremos con el fascismo.

El camarada Álvarez de Sotomayor se sonríe, y niega. Hemos de continuar el diálogo en otra ocasión. Pues se precisan, como se ve, muchas aclaraciones. Y con toda cordialidad las haremos. Uno y otro.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 - Mayo - 1931)

Ideas actuales. El individuo ha muerto

Ideas actuales

Distingue a cada época una peculiar concepción del mundo, que es la clave de todas las valoraciones que en ella se hagan. El hombre exalta hoy lo que ayer despreciaron sus abuelos, y viceversa. Esto, que pudiera achacarse a la frívola caducidad de los valores, a relativismo ético y político, es, sin embargo, la raíz misma de la Historia, donde se denuncia y aparece la objetividad y continuidad de la Historia.

Con gran frecuencia se oyen hoy largos plañidos en honor y honra del individuo, categoría política que se escapa sin remedio. Un ligero análisis de la nueva política surgida en la postguerra señala el hecho notorio de que se ha despojado al individuo de la significación e importancia política de que antes disponía. El fenómeno es de tal rango, que encierra el secreto de las rutas políticas nuevas, y quien no logre comprenderlo con integridad, se condena a ser un espectador ciego de las hazañas de esta época. Resulta que un día el mundo ha descubierto que todas sus instituciones políticas adolecían de un vicio radical de ineficacia. Provocaban un divorcio entre la suprema entidad pública -el Estado- y los imperativos sociales y económicos del pueblo. El Estado se había quedado atrás, fiel a unas vigencias anacrónicas, recibiendo sus poderes de fuentes desvitalizadas y ajenas a los tiempos. El Estado liberal era un artilugio concebido para realizar fines particulares, de individuo. Su aspiración más perfecta era no servir de estorbo, dejar que el individuo, el burgués, atrapase la felicidad egoísta de su persona.

El Estado demoliberal aseguró al burgués cuantas garantías necesitaba para que nadie obstaculizara sus fines. Como respuesta, aparecieron las turbias concepciones socializantes, marxistas, en las que hoy comenzamos a ver con claridad cómo permanecen fieles a los valores burgueses que aparentemente combatían. Las bases que informan el fondo cultural y humano del socialismo son burguesas. El socialismo no es más que un afán de que se conviertan en burgueses todos los ciudadanos. Depende, pues, de la civilización burguesa, y reconoce su superioridad, sin que aporte a ella ni un solo valor original y nuevo.

Pero la economía burguesa ha creado ella misma la degeneración y la ruina de la burguesía. Las exigencias de la producción situaron ante los pueblos un valor nuevo: la solidaridad creadora. Los hombres descubrieron que junto a los «fines de individuo», que la civilización burguesa exalta, están los «fines de pueblo», los fines colectivos, superindividuales, antiburgueses, cuya justificación no es reconocida por el Estado de tipo liberal burgués. El socialismo teórico -y el práctico, de acción, hasta la Revolución rusa- no logró salir del orbe de los *fines de individuo*, y su anticapitalismo está basado en el deseo de que el Estado socialista garantice a «cada uno» la realización de sus fines.

Así, el socialismo -en contra de toda la terminología que utiliza- es individualista, burgués, y permanece anclado en el mundo viejo.

Hoy triunfa en los pueblos la creencia de que la verdadera grandeza humana consiste en la realización de *fines colectivos, superindividuales*. El problema que debe ocupar los primeros planos no es el de plantearse: ¿qué puedo hacer?, sino el de ¿qué puedo hacer con los demás? He aquí la verdadera etapa postliberal, antiburguesa, que hoy corresponde propagar al radicalismo político.

En el hombre cabe distinguir con toda claridad la coexistencia de dos focos o fuentes de acción. Uno es su yo irreductible, su conciencia individualísima, su sentirse como «algo» frente al mundo, que está afirmándose ante lo que no es él. A lo que en el hombre hay de esto, a su orbe anticivil, adscribía el Estado liberal, la civilización burguesa, los derechos políticos. El hombre poseía, pues, derechos políticos por lo que tenía de antisocial y negador de la política. Los derechos políticos eran capacidad de disidencia, equivalían a reconocer al hombre derecho a negar el Estado.

Pero el hombre no es sólo un *yo individual, una conciencia irreductible*, sino algo que posee capacidad de convivencia, un animal político, que decían los griegos. Eso que el hombre es además de *conciencia irreductible* lo es gracias al hecho de existir en un Estado. Si no formase en un Estado, si no conviviera con los demás, si no reconociera un Estado y unos *fines de Estado* que realizar en común, en unión de los otros, a nadie se le ocurriría adscribirle derechos políticos. Es, pues, el Estado quien hace posible la existencia de esos derechos. Sin él no existirían, y mal, por tanto, podría reclamarlos ser alguno.

El liberalismo se basaba, como vemos, en el craso error de reconocer derechos políticos a lo que en el hombre hay de antipolítico. Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan -Rusia, Italia, el Estado germano que postula Hitler- son antiliberales. En ellos se le reconocen al hombre derechos políticos por lo que en él hay de capacidad de convivencia, de cooperador a los fines del Estado. Por eso no hay derecho a la disidencia, o sea, a libertad frente al Estado. Que es entidad colectiva, fin último. (Pero prescindo ahora de seguir aquí este género de ideas que constituyen el objeto de un libro próximo, donde procuraré apurar todos los razonamientos que utilizo.)

Hay, desde luego, hoy una necesidad, y es la de romper las limitaciones burguesas individualistas; destruir sus finalidades e instaurar otras nuevas. A ello colaboran con magnífica eficacia las rutas económicas y las apetencias de grandeza que se despiertan en algunos pueblos. Es un hecho real, ineludible, la producción en serie. Y a la vez el afán europeo de uniformarse, de formar en unas filas y hundirse en ellas anónimamente. Estos dos hechos aclaran gran parte de las inquietudes políticas de ahora.

Distingue al burgués el afán de distinguirse. Su odio o indiferencia ante los uniformes ha sido hasta aquí mal interpretado. Se le creía surgido de una tendencia a no destacarse, a vivir en ignorada obscuridad. Nada de ello es cierto. El traje burgués es precisamente el que deja más ancho campo al capricho individual. Su aparente sencillez da, sin embargo, lugar a que exhiba una serie numerosísima de peculiaridades. Ahora bien: el burgués se conforma con distinciones mediocres: la sortija, la corbata, las pieles, el calcetín de seda. No en balde las destaca frente a otros burgueses para diferenciarse de ellos y provocar su envidia, o bien frente al proletario, a quien desprecia con odio de clase. El uniforme es prenda antiindividualista, antiburguesa, y debemos celebrar su nuevo triunfo. La producción en serie favorece esa tendencia a uniformarse que aparece en la nueva Europa. Quizá más que el burgués sea la burguesa quien concentra más puramente ese género de fidelidad a la era individualista. La producción en serie es para la mujer del burgués una cosa absurda, que la condena a vestir igual que la vecina de enfrente. Ella desearía unos abalorios especiales, producidos exclusivamente para su uso, pero la economía de nuestro tiempo no tolera ese género de satisfacciones...

La rota de la burguesía va también enlazada al descubrimiento de que no le preocupan ni le importan las auténticas grandezas nacionales. Prescinde fácilmente de ellas y se dedica a labrar su propio e individual destino. Carece de virtudes heroicas, de optimismo vital, y ello le impide dedicaciones grandiosas.

Valores y productos burgueses son, por ejemplo, los siguientes:

Pacifismo. Indisciplina.

Humanitarismo. Arbitrariedad.

Individualismo. Despotismo.

Seguridad. Tiranía.

Liberalismo. Explotación.

Teóricamente no ha sido aún superada la civilización burguesa. Pero, de hecho, sí. Lenin, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al triunfo bolchevique un magnífico sentido antiburgués y antiliberal. Disciplinado y heroico. De lucha y de guerra. Mussolini, en Italia, hizo algo análogo, logrando que un pueblo que en la Gran Guerra dio muestras de cobardía y de vileza, adore hoy la bayoneta y los «fines de imperio». Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: El individuo ha muerto.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 - Mayo - 1931)

Mirando a Galicia. Campo y Ciudad

Llamamos la atención de los lectores sobre estos artículos en que nuestro camarada Souto Vilas hace un análisis de los valores del campesino. Desde un punto de vista original y nuevo. Con notabilísima y rigurosa exposición de conceptos hasta aquí desconocidos. Sus ideas sobre la ciudad y el campo encierran una profunda subversión de las ideas actuales.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 de mayo de 1931, pág. 2. Entradilla)

Meteoros, águilas y angulas

Cuando nadie creía en las brujas, ni siquiera en las hadas. Cuando lo maravilloso de la vida nacional se personificaba simplemente en Ramón Franco. Cuando los ciegos de las esquinas, con unos compases de milonga dulzona, habían espantado al misterio de los bandidos generosos y del crimen de Cuenca. Ahora que todos somos ciudadanos de una República racionalista —con permiso del Nuncio y de D. Niceto—; sin embargo, ahora la intimidad y hasta la fe de muchos españoles dan vueltas alrededor de un encantamiento.

Para el sentir del pueblo, ya tenemos una bruja —o mejor, su hada— buena y caritativa. Que anda por todas partes. Que milagrea. Es la directora general de Prisiones: Santa Teresa de las Cárceles.

Antes, nuestra mujer, en función del Estado, sólo podía ser estanquera, maestra de escuela o reina. Primo de Rivera las llevó a la Asamblea como a una verbena. Victoria Kent viene después; es el triunfo de las meriendas safonas del Lyceum Club. Pero aquí no estamos en Londres, ni tampoco en Oslo. La primera cargo político de importancia del país, de intercesión de Patrona, de embrujamiento pueblerino. Con una varita de virtudes va recorriendo nuestros presidios aburridos en el mapa de la Península. Todos desean desaparecer, nadie quiere tener una cárcel a su lado. Victoria Kent escucha y promete; con poder mágico de trujimán, ella escamoteará la prisión molesta, el flemón o el quiste; en su lugar se construirá un salón para baile. Las madres y las novias confían en su gracia. El porvenir se presenta magnífico. La Nación libre, liberada de punta a punta por la mano con ángel de la Kent. Sin un presidio. Sin un presidiario. Sus antiguas compañeras, las descreídas y civilizadas del Lyceum, pidiendo por favor que encierren donde sea a la rebelde, que les salió santa y además castiza.

Mientras canonizan a Victoria Kent, rezamos tres salves.

* * *

No sabemos cuál es mayor mártir, si el hombre con cara de comunista o el albiñanista con cara de hombre. El primero está cada hora en peligro de muerte: tiros en Atarfe, garras de celtíbera en un pueblecillo de Palencia. El segundo desapareció de la calle después del último linchamiento y la detención de Albiñana. Indudablemente, el hombre con cara de comunista es el único conejo por matar que el Sr. Borbón ha dejado a los desocupados del país. La víctima de una cacería que no quiso ser regia. Dentro de algunos años el hombre con cara de comunista acaso conquistará el Poder y, como todo, su comunismo era el reverso de una cruz. Cosa de juego.

Nosotros apostamos que permaneciendo indeciso el hombre con cara de comunista, le ganaremos la partida, y así su calvario de hoy resultará inútil. Por inútil se lo aplaudimos.

* * *

El barco callejero de una epopeya ausente. La solución actual española ha de resumirse en su Carta de Primo de Rivera desde los Infiernos a don Dámaso Berenguer. Carta de soldados, con algún chiste grueso y las faltas de ortografía. Para la canalla del que bebería aventuras con pólvora y sangre, si tantos burgueses no estuvieran vivos. Amén.

Todos los meses se pierden en los tranvías de Madrid objetos más valiosos e interesantes que los encontrados en los archivos de Albiñana. Pues está resultando que el doctor recogía la basura de ciertas gentes y luego no se la aceptaban los traperos.

* * *

Media vuelta a la derecha es lo mismo que media vuelta a la izquierda. Solo que al revés.

Con razón dice un personaje, después, de la nota de Alba: Izquierda liberal es lo mismo que derecha republicana.

Estos señores que dan tantas vueltas, o han bebido vino o nos quieren marear.

* * *

París bien valió una misa. Una revolución bien se merece un aprobado general —piensan algunos estudiantes melancólicos—. Sin duda confunden la toma de la Bastilla con la toma de posesión del subsecretario Barnés. El hombre de los doce sueldos.

* * *

Cada momento nos trae despampanantes sorpresas. Ayer descubrimos que lo más afín a Lerroux es Manolito Burgos Mazo, cacique de Huelva y ahijado de la Virgen María.

* * *

Han solicitado ingresar como meritorios en la Brigada de Asalto, Romanones, Bergamín y Cambó.

* * *

Una anticipación de las grandes fiestas republicanas ha sido la quema de los conventos.

Otro número de gran risa, que no figura en el programa, es la definición de Melquíades. Y la traca final, la aparición de *Crisol,* diario anarquista de Urgoiti.

* * *

Decíamos que en el siglo pasado el Himno de Riego era la Marcha Real del Nuncio. Pero ahora con D. Niceto la Marcha Real es la fuga de los obispos.

* * *

Don Fernando de los Ríos proyectaba reformas procesales. Los leguleyos sospecharon que las reformas perjudicarían a sus intereses. Por esto, protestaron en nombre de la ley (de la ley de la moneda).

El ministro ha desistido ante tal actitud. Y ha hecho bien. No fueran los abogados, rencorosamente, a defendernos la legalidad de la Monarquía.

* * *

El Sr. Ossorio y Gallardo, el papá de su hijo, o el lazarillo de Berenguer, es el paño de lágrimas de los colegiales en prisión.

Parece ser que su gran experiencia de esos líos ha sacado de apuros a más de una víctima de las circunstancias. Como carabina, no está mal.

* * *

El mohatrero Fabián Vidal ha parido una nueva palabra: *Mogatacería.*

Para que rabien los de *Crisol* y vean que él es también un intelectualete.

* * *

Los artículos de Alcalá Zamora son el Folletín de Rocambole —sin Rocambole— o *El Mártir del Gólgota.* Con destino a las porteras y a los guardias civiles que sean vírgenes.

* * *

Serán destruidas las fichas en la Dirección General de Seguridad de los republicanos y socialistas. Nada más. Lo restante del fichero se pudrirá en la... los escondites o el destierro. Para zánganos molestos, ya tiene la República bastante con Maciá y los jesuítas.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 de mayo de 1931, pág. 2)

El llanto trisemanal de "Crisuelo"

Es sabido que el trisemanario de Urgoiti no es *Crisol,* sino *Crisuelo,* o sea candil, candileja. Sin darnos cuenta, resucita en él un tipo de viejo periódico que creíamos ya rotundamente superado en España. Es el clásico organillo de asalto a las figuras y esferas del Poder, en limosneo de auxilios turbios e inconfesables.

Crisuelo es triste. No consigue interesar a los interesados, y contempla cómo las preferencias de rango siguen a la cara sonrosada del *Sol* naciente. Todo su dolor se precipita en airadísimos comentarios a los éxitos del enemigo, que debe recibir sus propagandas con sonrisas.

Crisuelo anuncia que será pronto diario. Que se aventura a dar el golpe definitivo para conseguir la confianza del Gobierno. Dios le ayude.

(«La Conquista del Estado», nº 11, 23 de mayo de 1931, pág. 2)

NUMERO 12. 30 de Mayo 1931.

España, sangre de Imperio

Una vez debelados los residuos feudales de la Monarquía, hay que ir adelante. Pues España no puede momificarse en una democracia burguesa y parlamentaria

Nuestra idea imperial

En la hora española actual somos nosotros los únicos que destacamos con firmeza el que los propósitos hispánicos de hoy deben y tienen que ser propósitos de imperio. La ramplonería burguesa lo niega, recluyéndose en los recintos mínimos y egoístas que le son propios. Pero un pueblo no puede orientar sus rutas en nombre de lo que convenga o no a un sector o grupo de ciudadanos. Aunque sí, en cambio, deben hacerse posibles los afanes justísimos de todos.

Pero hay sobre todo el hecho indudable de que grandes núcleos hispánicos se inclinan hoy a una estructura federal del Estado. A nosotros se nos considera injustamente como partidarios de un rabioso unitarismo. No hay tal. Lo que sí nos preocupa es la captura de un contrapeso nacional que impida la reclusión de las energías regionales en los pequeños orbes de su vida. Cuando llega el momento de que la unidad hispana comparezca ante las miradas universales y se encargue del timón europeo, será absurdo y criminal que se interpongan las aspiraciones de rango localista, desarticulando la eficacia de nuestro pueblo.

Es, pues, sólo admisible y deseable un Estado federal en España, en tanto se acepte y admita por todos la necesidad de incrementar los propósitos de imperio. Hay muchos espíritus débiles y enclenques que creen que esto del imperio equivale a lanzar ejércitos por las fronteras. No merece la pena detenerse a desmentir una tontería así. Por de pronto, el imperio sería la idea común que adscribiese a los pueblos hispánicos un compromiso de unidad. Pues concedidas las autonomías -aunque, claro es, de régimen administrativo tan sólo-, ¿se nos quiere decir qué contrapeso unitario equilibraría la tendencia a polarizarse en torno a las capitalidades de las regiones? ¿El que representan los intereses económicos comunes? Es insuficiente, porque las corrientes esas fluctúan, y si hoy favorecen una cohesión, mañana pueden favorecer lo contrario. Y no hay que hacer demasiadas llamadas a la Historia, sino llenar a nuestro pueblo de compromisos actuales, fecundos, que tengan su raíz y su fuerza en el presente vivo.

El imperio nace con las diversidades nacionales que obedecen y siguen los fines superiores de un Poder más alto. De aquí que la idea imperial sea la más eficaz garantía de respeto a la peculiaridad de las comarcas.

Ahora bien: España no es un pueblo que viva en torno de su eje, ensimismada en su persona, sino que requiere a la vez otro tipo de preocupaciones. Intervenciones decisivas de rango universal. Debemos recobrar el derecho a que la voz hispánica se oiga en Europa y signifique en el mundo una resonancia vigorosa y fuerte. Todo anda en fracaso por ahí, y España nace ahora con el compromiso de aportar nuevas eficacias.

Fracasa en Europa una concepción de la política, una estructura económica; se baten en retirada los viejos pueblos que tienen ante sí convulsiones ciegas, nacidas en los años que corren, y es España, la reserva de nuestro gran pueblo, quien puede obtener de sí el gesto, el brío y los valores triunfales que se precisan. Terminó ya la vergonzosa dependencia a que la vieja generación condenaba al país, convirtiéndolo en colonia europea, en esclavo sumiso de las culturas germanizantes y sajonas.

Para la realización de todos esos destinos que surgen, España tiene que ir en pos del imperio y acostumbrar su mirada a futuros gigantescos Ahí están nuestros vecinos, los portugueses, sometidos a una tiranía militarista que les deshonra, y, de otra parte, ante un peligro de sovietización. España tiene la obligación de impedir que el noble pueblo portugués sufra ambas traiciones, y debe conducir su política a que Portugal entre en el orden imperial hispánico, ayudándole a desasirse de los poderes que le oprimen. De cualquier índole que sean.

Ahí está la América hispana. Pueblos firmes, vitalísimos, que son para España la manifestación perpetua de su capacidad imperial. Nuestro papel en América no es, ni equivale, al de un pueblo amigo, sino que estaremos siempre obligados a más. Nosotros somos ellos, y ellos serán siempre nosotros.

La reaparición marxista

Sólo la depresión y la pereza que caracterizan a los últimos diez años aclaran esa aparente victoria marxista que hoy se denuncia. Todos los señoritos de cerebro enclenque descubren ahora la facilidad marxista y le entregan sus entusiasmos. El fenómeno es curioso, y confirma lo que siempre presumimos desde nuestro primer contacto intelectual con Marx: Que su entraña, ideología y afanes son específicamente burgueses. En efecto: se trata de una mediocre concepción de la Historia que confiere una pedantesca primacía a dos o tres intuiciones elementales. Poco importa, en realidad, esta o aquella idea de la Historia, y ello no habría traspasado el orbe de las cátedras de Filosofía si no se hubiese tenido la habilidad de añadirle unas cuantas consecuencias sociales de tipo revolucionario. Que ciertas masas obreras tragaron como un anzuelo.

Hoy advierte el más miope que las filas socialistas contribuyen al estancamiento burgués, son las más fieles guardadoras de las libertades políticas, esas libertades que a nadie benefician, sino a los burgueses. Los núcleos más inteligentes y aptos de la burguesía iban comprendiendo ya la necesidad de una movilización revolucionaria que liberase a nuestro tiempo de las ineficacias del tuberculoso siglo XIX. En tal coyuntura, los partidos socialistas -burgueses retrasados- reavivaron las gestas demoliberales, reconociendo como meta la anacrónica batalla del viejo siglo. Hoy los socialistas son liberales de izquierda, no otra cosa, y han perdido en absoluto la capacidad revolucionaria. Es la época en que el marxismo cautiva la atención de los señoritos perezosos.

Marxistas y burgueses son hoy el enemigo para los que centramos nuestra actuación política y social en estas dos únicas cosas: Prosperidad del pueblo, esto es, liberación económica del pueblo, y grandeza nacional, esto es, expansión imperial de España.

La ponzoña marxista destruye los afanes hispánicos del pueblo, desvirtúa la peculiaridad popular y ha traicionado las esperanzas sociales del proletariado. Los burgueses, de otra parte, impiden una estructura justa de los valores económicos y no reconocen como imperativo de la raza la tarea heroica y nobilísima de forjar una grandeza nacional. El egoísmo de los burgueses y la traición de los marxistas son hoy los responsables de la crisis hispánica.

El marxismo es extranjero e introduce en las sagradas fidelidades hispánicas el morbo de la deslealtad, de la traición y del error. Nuestro pueblo va a hacer hoy su Revolución, y debe impedir que se filtren en los recintos superiores las impurezas extranjerizantes. Nosotros somos nosotros, sangre de imperio y de fuerza. Para que las masas proletarias de España consigan la liberación económica a que tienen justísimo derecho, no es imprescindible que desprecien el espíritu de su país y se entreguen con vileza a los extraños. En este sentido, nos parecen de una honradez y una fidelidad más respetables -salvando, claro es, las radicalísimas diferencias que nos separan- las fuerzas de los Sindicatos únicos, que muestran cierta simpática inquietud por destacar la peculiaridad hispánica.

El marxismo reaparece ahora en los señoritos. En forma de frivolidad y de vaga literatura. Perturbando y desestimando las características grandiosas de nuestro pueblo. España debe levantarse airada contra estos traidores que interceptan la realización de nuestras glorias. Nos venden al extranjero, consumando la definitiva decadencia hispana, a base de rechazar, desacreditar e impedir las posibilidades históricas que se nos ofrecen.

Después del triunfo de la Revolución rusa de octubre, el marxismo maneja unas eficacias peligrosas. Ya no es sólo el vago extranjerismo de una cultura antinacional, sino que ahora, con los soviets, es el influjo concreto de un pueblo que enarbola su triunfo para introducir en los demás pueblos su peculiarísima originalidad revolucionaria. Todos los partidos comunistas que hoy existen en Europa están constituidos por minorías de descastados, infieles a la conciencia popular de su país, satélites del mundo ruso que les sugestiona y arrebata. Se impone, pues, en España, la tarea de organizar un actualísimo frente antimarxista que garantice y logre en las horas difíciles por que atravesamos la absoluta y rigurosa fidelidad nacional.

Ese frente no puede estar informado por un espíritu burgués. La burguesía no dispone hoy de vitalidad suficiente para impulsar la nueva era que se abre ante nosotros. Es de suponer que los hijos de los burgueses, llegados a la responsabilidad política con un repertorio de ideas y de actitudes muy diferente al de sus padres, restauren el auténtico espíritu creador que necesitamos. Pero es imprescindible también la colaboración proletaria. La lucha de clases es suicida y perturbadora. Y, claro es, que no puede desaparecer a cambio del predominio burgués. Hay que incorporar al proletariado a las supremas tareas nacionales y llevar su representación y su criterio a los puestos más altos.

Un pueblo no puede nunca poner en litigio su personalidad y su cultura. Tal cosa equivaldría a una aspiración a ser esclavizado. Los comunistas quieren hoy que adoptemos el patrón bolchevique y que nuestro pueblo reconozca como cosa propia las creaciones, las metas y las fórmulas -todo ello, sin duda, muy magnífico- que el pueblo ruso creyó algún día conveniente para sí. Hemos, pues, de leer los mismos libros, destruir las mismas cosas y entonar las mismas canciones que ellos. No ponemos en duda que el pueblo ruso se haya salvado gracias a su Revolución de octubre. Lo que sí impediremos, con nuestras propias vidas, si es necesario, es la pretensión traidora y vil de destruir la potencialidad hispánica, de reducirla a cenizas injertándola en Moscú. De ahí nuestro pasquín diario de que los comunistas deben ser considerados como traidores a la Patria.

Ahora bien: la otra vena marxista, la evolutiva y cobarde del socialismo, hace y pretende las mismas cosas en nombre de un internacionalismo bobo. Pero es menos peligrosa su actividad, porque, como antes dijimos, carecen de vigor y de fuerza revolucionaria.

La acción en Cataluña

Desde que llegó la República estamos empeñados en el compromiso firme de luchar contra la Cataluña de Maciá. No, pues, contra Cataluña. El señor Maciá convocó su Asamblea, que elaborará y traerá a Madrid un Estatuto. Podemos estar tranquilos. Esa Asamblea no representa a Cataluña y carece del mínimo de autoridad que se precisa para impetrar la aprobación de las soberanas Cortes constituyentes. Al ponernos frente a Maciá, lo hemos hecho por doble motivo. Uno es que su historia y sus propósitos denuncian en él con toda claridad el vivísimo deseo de originar la desmembración de la Patria. Siempre ha sido un conspirador vulgar contra España, al que antes de ahora debió castigarse de modo ejemplar. Pero otro motivo de que disponemos es que Maciá y su núcleo representan el sector más invalioso y absurdo de Cataluña. Poetas melenudos, gente anacrónica, sin idea ni sentido de las vigencias de nuestro tiempo. Desde hace diez años podía advertirse en Cataluña la inquietud de una generación nueva, nacida, sí, en contacto con aspiraciones de tipo regional, pero a la vez formada en una disciplina de responsabilidad y de eficacia más altas.

Maciá, que es un pobre anciano soñador, no pudo interesar nunca a esas juventudes valiosas, y hoy se rodea de los elementos más ingenuos e impreparados de Cataluña, los que gritan y dirigen miradas a la luna decimonónica. Nosotros nos entenderemos con los grupos y personas de Cataluña que se sitúen en nuestro siglo y vean el mundo en sus dimensiones exactas, sin alterar las perspectivas. Invitamos a estos núcleos de posibles dialogadores a que decidan una acción en Cataluña que les evite -y nos evite- las molestias que supondrá para todos el hecho de que no podamos entendernos.

Maciá es el obstáculo. Y con él, claro, los catalanes cucos que van y vienen. Esperamos que surjan en Cataluña gentes robustas que sepan liberarse de ellos. Aquí se les ayudaría, otorgándoles la confianza hispánica y la seguridad de que su problema había de resolverse bien. Necesita para ello el resto de España la garantía de que Cataluña, en vez de seguir rutas fracasadas y orientaciones viejas, busca, como nosotros, el pulso de este siglo.

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 - Mayo - 1931)

El radicalismo de esto o de aquello

Un Congreso divertido

Se celebra estos días en Madrid el Congreso de un partido político. Parece que los congresistas no se entienden ni están de acuerdo en nada. Se repite allí un poco lo de nuestro Gobierno provisional. La Prensa da la noticia de las discusiones tremendas que se originan, de tal cariz algunas, que el hecho de producirse en el seno de un grupo político homogéneo no se lo explica nadie por ahí.

El tal Congreso es el del *Partido republicano radical socialista*. Hay que fijarse bien en el nombre, porque él nos facilitará la clave de todo. Hemos hablado con algunos partidarios, asistentes al Congreso de ahora, y a los cinco minutos nos lo explicamos todo.

Acontece que ese partido es un curioso engendro del equívoco. Lo nutren afiliados de las tendencias más diversas, pues cada cual interpretó a su gusto la significación del partido, copia dominical del partido francés de Herriot.

Hay en él burgueses de la izquierda, socialistas de la derecha, templaditos, socialistas revolucionarios, radicales, marxistas de todos los colores, y algunos bastantes comunistas de bonísima fe. Además, claro, el gran número clásico de gentes que ni saben lo que quieren ni lo sabrán nunca.

Alguien dirá que cómo es posible que un mismo programa y un mismo nombre albergue tal variedad de catecúmenos.

Nosotros vamos a aclarar el enigma. Pues nos llegan a diario lamentaciones y frases de ingenuos afiliados de las provincias.

Como es sabido, la tendencia exacta del grupo político que acaudilla don Marcelino es la de un partido burgués de izquierda, con admisión de alguna que otra cosilla de sabor socialista. Ahora bien; el nombre de radical socialista hizo creer a un buen número de ingenuos que de lo que se trataba era de una tendencia socialista extrema, más allá del socialismo de la Casa del Pueblo. Esto es, socialismo radical.

El guirigay de los congresistas se explica, pues, perfectamente. Se trata de unos enemigos políticos que se encuentran juntos por pura burla.

Sobre este extremo, nosotros recibimos a diario cartas estupendas. Algunos grupos procedentes del radical socialista se han afiliado a LA CONQUISTA DEL ESTADO, y hemos podido comprobar lo que antes dijimos. Por eso nos sonreímos con el espectáculo congresístico de ahora. Pues estamos en el secreto. Un secreto de mosaico. Una torre de Babel. El bilingüismo de don Marcelino.

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 - Mayo - 1931)

¿Se retiran los japoneses de la Manchuria?

Los japoneses retroceden en la Manchuria

Una insinuación parecida habría sido acogida, hace dos años solamente, con una sonrisa de incredulidad. Hoy día, el hecho es lo suficientemente patente para ser proclamado, inclusive en la Prensa francesa. Y es sabido que, en materia de asuntos extranjeros es la peor informada.

En consecuencia, los vencedores de 1905 vuelven a perder, a toda prisa, las ventajas de una «decisiva victoria» -de veinticinco años fecha-. Los Tratados caducan en menos de un cuarto de siglo.

¿Por qué los japoneses se ven despojados, poco a poco, del más bello de sus feudos en China?

Las razones son concurrentemente políticas, demográficas y diplomáticas.

Políticas, en primer término. El Gobierno instalado en Tokio es, desde hace dos años, un Gobierno de izquierda, bastante análogo a los liberales ingleses. Los Gobiernos de izquierda son, por definición, opuestos a las aventuras coloniales. La ocupación japonesa en Manchuria es una expedición colonial que cuesta cara y reporta poco.

Razones demográficas, además. El Japón, como todo el mundo sabe, tiene un excedente de un millón de nacimientos por año. Encontrándose ya superpoblado el archipiélago, es preciso encontrar tierras libres para las colonias niponas. Desgraciadamente, el japonés adolece de una constitución física más bien frágil. Y la Manchuria está dotada con uno de los climas más espantosos del mundo. Siendo tórrido el verano, es glacial el invierno. Los súbditos del Mikado se abrasan o tiritan. Se cuentan como fenómenos los que permanecen y consiguen un puesto. Oficiales, funcionarios, industriales y banqueros, sí. Comerciantes, imposible, a causa de la competencia china. Obreros, campesinos, prácticamente, cero.

Además, el Japón, como país pobre que no puede colonizar con dinero, se ve precisado a colonizar con hombres. Sin embargo, desde el Tratado de Portsmouth, la prueba está hecha: *Una colonización de Manchuria por las masas japonesas es imposible*. El ciudadano del Sol Poniente es

valeroso. No retrocede jamás ante los cañones; pero aquí el adversario es mucho más peligroso: se llama el termómetro.

Razones diplomáticas, para terminar. Después de la muerte de Chang-So-Lin, asesinado en su tren especial por agentes japoneses, o, al menos, por individuos deseosos de agradar al Japón, la situación ha cambiado mucho en China. El clan nordista de los Fen-Yu-Siang y de los Yen-Si-Chan ha fracasado en su proyecto de establecer en Pekín un Gobierno contrario al de Nankín. Chang-Sue-Tiang, hijo de Chang-So-Lin, ha hecho fracasar, de acuerdo con el presidente Chan-Kai-Chek, esta veleidad de guerra civil.

La parte esencial de China se encuentra unificada bajo la autoridad del Kuo-Min-Tang. Los hijos del cielo, convertidos en nacionalistas, se comprometen a no ceder fragmentos de su territorio a «los demonios extranjeros», inclusive si son amarillos. Contra el Japón se han decidido a aplicar el método más feroz. Su fuerza, hasta ahora, residía, en el ferrocarril transmanchuriano. Pues bien, se construirá una vía férrea exclusivamente china, que conducirá de Pekín al Transiberiano sin utilizar los vagones japoneses. La suerte está echada. Las locomotoras chinas han llegado a Sitsikar, cerca de la frontera rusa. *Tokio ha perdido*.

Lo que parece curioso es ver a los chinos construir una vía férrea, cuando hasta ahora sólo han sido capaces de demolerlas. Para un observador, tan siquiera un poco perspicaz, aquí hay un enigma. Alguien debe manejar los bramantes del guiñol manchú. No creemos que sea Rusia; sus devociones por el Extremo Oriente se han extinguido por una temporada desde la deportación de Borodín. Pero hay financieros detrás de Nankín, nacidos a la sombra de Wall Street. Cuentan en Pittsburg con mucho material ferroviario por colocar. Así se explica toda una política.

Sin ruido, la diplomacia secreta prepara la guerra allá lejos. El conflicto japonés-americano se dibuja con precisión. Nadie habla de esta región de la tierra. Los durmientes con monóculo del muelle lo ignoran, entre tantas otras cosas.

El gran océano no será por mucho tiempo llamado *Pacífico*.

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 - Mayo - 1931)

Meteoros. Águilas y angulas

De vivir ahora mi paisanita Marianita Pineda, y siendo tan joven y tan zalamera o tan intrépida como en 1831, de seguro que el señor ministro de Justicia no hubiera podido empapar sus barbas doctorales de llanto liberal, ni el comandante Franco hubiera podido requebrarla románticamente desde las alturas.

Mariana sería una presa de la calle de Quiñones. Esto es, de la cárcel celular de mujeres. Yo sé que entonces nuestro común paisano *Fabián Vidal* no le dedicaría versallesco las páginas de *La Voz.* Que acaso redactase un fondo apocalíptico sobre la mogatacería de la hembra comunista... Porque, señores, yo siento muchísimo decirlo, pero Marianita Pineda, de vivir ahora y de estar mochales por algún perillán, sería nada menos que comunista. Coinciden los festejos de su centenario con la detención de la señorita Encarnación Fullola. A nadie se le habrá ocurrido enaltecer en la persona de la Fullola el espíritu de la Pineda. Y es que la gente confunde una revolución por amor con la revolución por un escaño del Congreso, y a la Marianita se la ha glorificado con el mismo criterio ramploncete de celebrar el triunfo de unas elecciones.

No debe permitirse la injusticia de piropear con retórica bastante barata a la Pineda y encerrar bajo siete llaves a la Fullola. Ambas se entregaron a faenas absurdas para la opinión contemporánea. La granadina bordaba una bandera sin permiso de la previa censura de Pedrosa y suspiraba por Álvarez de Sotomayor (no es nuestro amigo sindicalista de la calle de San Marcos). La comunista del radio de Madrid, en vez de irse los domingos al cine, se ha marchado a conspirar a los desmontes. No sé si también entre suspiros.

Señorita Fullola, conténtese con mi presente elogio, modesto y trivial. Usted se ha merecido una gran recompensa por parte del Gobierno. Ya que su actuación política significa el anhelo y el fervor

ascéticos de las mejores heroínas de España. Pero desdeñe el homenaje oficial y póstumo de mañana, pues tal vez dentro de un siglo usted será considerada como una deportista de la F.U.E. y reverenciada entre Callejo y Tormo. Los dos mártires de la enseñanza.

* * *

Torrubiano Ripoll, que sabe demasiado de órdenes religiosas, no quiere a Chapaprieta. Suponemos que le recriminará su falta de votos necesarios para ingresar en un partido político republicano que tiene algo de disciplina de convento. Claro es que nos referimos a los votos de pobreza, castidad, obediencia, etc., etc.

Chapaprieta es un intemperante. Chapaprieta es un díscolo. Chapaprieta ha negociado con D. Santiago Alba... Chapaprieta ha sido recusado hasta por el ex ciervista Azorín. ¡Pobre Chapaprieta! Si no tuviera tanto empeño D. Niceto y Maura con tenerle consigo, nosotros le entregaríamos la dirección de nuestras jóvenes falanges.

En esta hora de puritanismo chabacano. Adelante, Chapaprieta, en su celestineo con las mariposas monárquicas.

* * *

Alabemos, no el arrojo, sino la prudencia de Los sin Dios. A Dios hijo lo negó hasta San Pedro. Pero nadie se ha atrevido en España a meterse con la Virgen María, y ellos tampoco se deciden. Aquí, hoy, que el mismo Alcalá Zamora se arriesga a disgustarse con el Nuncio, respetar —como *Los sin Dios*— la tradición de nuestro país de la Santísima Virgen María —es un rasgo de profundo conservadurismo que elogiamos— sí señor, elogiamos y ofrecemos a la redacción de *El Debate.*

No nos gusta ser crueles con los ancianos. Además, Don Melquíades es un benemérito de la Patria. Debemos agradecerle que no nos gobernara y que conserve su virginidad de hombre de Estado en lo sucesivo. Su discurso del Palace valió mucho menos que el menú, y el menú bastante menos que las 30 pesetas.

Fue un acto incongruente. Convocar a un banquete donde el anfitrión no come. Cerrar las ventanas. Regalar un puro. Pedir otra vez la secularización de los cementerios. Y luego sincoparse antes de insultar a Maciá.

¡Vaya, vaya con los consejitos de Royo Vilanova!

* * *

El último alarido de moda son los pistoleros. Ya se oye en los cabarets lujosos. —Negro, cómprame un Pallás. —Tu Tarragó es más chulín que mi Feced.

¿Quién habría de decirlo? Después de algunos años, la actualidad más cobeada y apasionante de los periódicos son los muertos de Barcelona y los vivos de la frontera.

* * *

¿Qué simiente tendrán los mítines proletarios no socialeros que, cuando se celebran con República o con Monarquía, brotan en seguida a su alrededor las parejas de la Guardia de Seguridad a caballo?

* * *

Zulueta, que, conoce la mansedad evangélica mejor que el Pontífice, ha sido recusado por el Vaticano. Parece ser que allí estorban los santos que no sean de palo. Y Don Luis es de mazapán de Toledo.

* * *

Dicen que los palatinos quisieron linchar vengativamente a Romanones la tarde del 14 de abril. Mentira. Fue tan sólo el afán de llevarse como mascota cada uno un cachito del Conde al destierro. Para entrar en Francia con buena pata.

* * *

Confiesa Unamuno, y se esperaba con expectación estética, la revolución de los muchachos del Ateneo, y que la revolución no llegó sino el guirigay.

Don Miguel confundía, sin duda, todo aquello con el Teatro Martín; sin saber que los jóvenes ateneístas no sirven ni para enseñar las pantorrillas.

* * *

El buen burgués se asusta de que la nafta que vamos a gastar venga de los bolcheviques. Pero en cambio, le trae sin cuidado que nuestro hierro, nuestro cobre y nuestros teléfonos sean del yanqui, del inglés o del belga.

* * *

Los jesuítas que espantaron las hogueras del lunes rojo han comenzado a volver a Madrid. Ahora toman la forma de mosquitos. Después vendrán de diputados constituyentes.

* * *

A unas elecciones *rabiosamente sinceras* seguirán otras brutalmente neutrales (palabras de Maura). Dentro de poco ya sabremos quién es el bruto que rabió.

* * *

La revolución comenzada en Jaca se prosigue en los restaurantes céntricos. No faltó el concejal y gastrónomo señor Sánchez Román.

Padre nuestro, que estás en los cielos. ¿Cuándo dejará de girar la Historia de España en torno de unas barrigas satisfechas?

* * *

Salvatella, de comisario en Marruecos, es lo mismo que Casares Quiroga en Marina. ¡Ande la Orga, o ande la órdiga!

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 de mayo de 1931, pág. 2)

Las reformas del Ejército

Cuanto hace y dice el Sr. Azaña es de primordial interés. El tiene hoy en sus manos una de las más delicadas cuestiones, la que atañe a la defensa nacional, y en él tenemos fijos los ojos cuantos deseamos para España una eficiencia militar lo más perfecta posible. El señor Azaña no ha hecho hasta aquí cosa alguna que permita sospechar sus propósitos de fraguar la indefensión de nuestro pueblo. Al contrario, todos sus decretos cantan el deseo de crear un Ejército robusto, eficaz y valioso. He aquí por qué sus últimas reformas, a base de reducciones implacables, no deben preocupar a nadie. El ministro insiste en que persigue, no la destrucción del Ejército, sino su creación y su eficiencia ejemplar. Debemos creerle.

Hay pues, que esperar el fin de las reformas, y juzgar luego el grado de eficacia lograda. Hoy nos limitamos a apuntar que a una cuestión así no puede ser encomendada la creación de popularidades más o menos fáciles. Todo cuanto afecta a la defensa nacional escapa al influjo y al control de las multitudes, que carecen de información y de visualidad suficiente para un juicio grave y decisivo.

Ahora bien: un periodo revolucionario obliga a un pueblo a centrar su atención en sí mismo y desentenderse como preocupación inmediata de cuestiones de otro orden. Además, el Ejército puede pretender desviar la ruta revolucionaria, su fidelidad popular, y esto hace que hoy se le advierta con algún recelo. Ello es inevitable; consecuencia de quince años de intervención perturbadora.

Toda acción política por parte de los elementos armados es inmoral, y debe suprimirse. Pero el Ejército tiene derecho a que no se le escatimen los medios para lograr el máximo poderío guerrero. El señor Azaña parece pensar de este mismo modo, y a sus reformas no hay que oponer ningún género de reservas. Mas, no obstante, ¡atención!

(«La Conquista del Estado», nº 12, 30 de mayo de 1931, pág. 2)

NUMERO 13. 6 de Junio 1931.

Se desmorona el régimen liberal-burgués

La candidez demoliberal

Hay una segunda elocuencia, no sujeta a errores, que aparece con rotundidad inexorable cuando la elocuencia farisaica de los hombres traiciona a la verdad política: es la elocuencia de los hechos. En nuestro magnífico siglo XX, hay multitudes reaccionarias que rechazan la fisonomía singular de los nuevos tiempos. Pero en el orbe económico y político de las sociedades, las equivocaciones que surjan se pagan bien pronto en moneda de catástrofes.

No es hoy posible en ningún país del mundo la vigencia ortodoxa de un régimen liberal burgués, y sólo en pueblos de excepcional flexibilidad democrática cabe creer que persista un artilugio así. En los pueblos que después de todo lo crearon, con sangre de revolución y dolores de martirio. Es el caso de Francia y, un poco también, el caso de Inglaterra. Los dos países más lejanos de representar hoy el espíritu del siglo.

En España, una pseudorrevolución -pues la verdadera aún no se ha hecho- triunfante pretende que vivamos las horas fracasadas de Europa. Sin pena ni gloria. Equipar hoy a un pueblo con traje político demoliberal es condenarlo a zozobra perpetua, a que en él se concentren todas las ineficacias.

No disidencias, sino unanimidades, es lo que reclama la civilización de ahora. Pero lo contradictorio del liberalismo burgués es que necesita él mismo de una previa unanimidad. Coactiva y forzosa. La de que todos los grupos e individuos aprueben pacíficamente las decisiones que acuerden las mayorías. Basta la exclusiva actuación revolucionaria de algunos núcleos poderosos, que vivan al margen del acuerdo democrático, sin intervenir en su elaboración, para que las instituciones y los poderes renuncien a la practica liberal, si quieren subsistir.

Hoy la disidencia es disidencia armada, violenta, pues circulan por el mundo nuevas profecías que ponen en circulación entusiasmos recios. Está todo en crisis, y ello hace que surjan las capacidades revolucionarias, siendo natural que no se conformen con protestas líricas en los Parlamentos.

He aquí la legitimación de la violencia, a la que nos referíamos días pasados. Sólo la fuerza absoluta puede lograr la unanimidad que se invoca. Las rutas que consigan movilizarla son las verdaderas. Nada, pues, de respeto a las viejas formas demoliberales, ancladas en un retraso de cien años.

Dos meses de ligera vigencia del sistema han desmoronado ya las arraigadas convicciones de muchos. El liberalismo burgués se hundirá sin remedio, al más leve contacto de la protesta revolucionaria auténtica. Unos u otros le torceremos el cuello como a una supervivencia bobalicona. La candidez burguesa se encontrará un buen día con que todo se derrumba a su alrededor: economía, riqueza, cultura, entusiasmo del pueblo. Y otras multitudes, fieles a otros mitos de más entrañable calidad, dictaran su ley.

Una gran parte del pueblo vive hoy en el engaño. Pero no todo el pueblo. Existen vigías y existen organizadores atentos, que no tolerarán los fraudes. Despreciamos la lucha parlamentaria, y obligaremos a los diputados burgueses a salir de sus escondrijos nublando sus ojos con el resplandor victorioso de las bayonetas. Eso es lo que hay que hacer, y pronto, durante las primeras jornadas parlamentarias que se avecinan.

Profecía admirable de Ángel Pestaña

La democracia burguesa, dijo a un periódico este gran camarada sindicalista, no tiene ya nada que hacer. Esa es nuestra creencia desde el primer día, y por eso somos antiliberales y antiburgueses. Las palabras de Pestaña demuestran también que los sectores del proletariado son más sensibles que otros para percibir la verdad social y política de estos tiempos, y viven en más cercano enlace con la eficacia del siglo XX que los núcleos burgueses de la izquierda, de la derecha y del centro.

Ángel Pestaña habla en nombre de una fuerza obrera de indudable vitalidad. Y con afanes revolucionarios absolutos. Su verdad es legítima frente a la concepción mediocre que hoy triunfa, de burgueses arcaizantes que adoran las ideas, los gestos y los mitos de sus abuelos.

España sólo se salvará rechazando la blandura burguesa de los socialdemócratas y encaminando su acción a triunfos de tipo heroico, extremista y decisivo. Es necesario que lleguen a nosotros jornadas difíciles para utilizar frente a ellas las reservas corajudas de que dispone el pueblo hispánico en los grandes trances.

Las fuerzas sindicalistas revolucionarias se disponen a encarnar ese coraje hispánico de que hablamos y a actuar en Convención frente a los lirismos parlamentarios de los leguleyos. Hay, pues, que ayudarles. En esta batida fecunda contra los pacatos elementos demoliberales de la burguesía, les corresponde el puesto de honor y la responsabilidad de dirigir el blanco de las batallas. Todos los grupos auténticamente revolucionarios del país deben abrir paso a la acción sindicalista, que es en estos momentos la que posee el máximum de autoridad, de fuerza y de prestigio. A ella le corresponden, pues, los trabajos que se encaminen a la dirección de un movimiento de honda envergadura social. No a las filas comunistas, que venden a Moscou su virginidad invaliosa. El sindicalismo revolucionario está informado por un afán fortísimo de respetar las características hispanas, y debe destacarse como merece este hecho frente a las traiciones de aquellos grupos proletarios que no tienen otro bagaje ideológico y táctico que el que se les da en préstamo por el extranjero.

La democracia burguesa nos lleva a algo peor que a la catástrofe. Nos conduce a un período de ineficacias absolutas. Parece que hay derecho a pedir que nuestro pueblo entre en el orden de vigencias que constituyen la hora universal. Un régimen liberal burgués es la disolución y el caos. Si la sociedad capitalista no tiene suficiente flexibilidad y talento para idear e imponer un anticapitalismo como el que nosotros pedimos, debe desalojar los mandos y entregar sin lucha sus dominios a las nuevas masas erguidas que los solicitan. Pues, ¿qué se cree? Sería, desde luego, muy cómodo que los que discrepamos de modo radical de las estructuras vigentes nos aviniéramos a una discusión parlamentaria y libre. ¡Oh, la libertad!

La declaración escueta y terminante de Pestaña, negando beligerancia y posibilidades a la pimpante democracia burguesa de que disfrutamos, nos llena de optimismo y de alegría. Por fin, será posible articular en España una acción eficaz que busque dar en el blanco exacto.

Nosotros ayudaremos al sindicalismo revolucionario, y lo proclamamos, hoy por hoy, el único capacitado para dirigir un ataque nada sospechoso a las instituciones mediocres que se agruparán en torno a la política demoliberal de los burgueses.

El Estado colectivista. Ni un día más la lucha de clases

Contra lo que es corriente que se diga, el pueblo español tolera, admite y agradece una articulación social de tipo colectivista. Se ha exagerado mucho la tendencia anárquica de nuestro pueblo, presentándolo como el más individualista del mundo. No hay tal. La tradición hispánica está llena de fecundos ejemplos, a base de comunidades, corporaciones, concejos, en los que la entidad superindividual adquirió un magnífico desarrollo.

El fracaso del Estado liberal conduce a una política que destaca como entidades más simples a los organismos sindicales. Estos disponen el control de unos fines que escapan a las posibilidades del individuo. Fines que es imposible dejar sin realización si se quieren conseguir las máximas eficacias de nuestra época.

El Estado liberal proporciona al burgués unos privilegios de tal índole, que convierten al Estado en el auxiliar poderoso de una clase. Consecuencia de ello es la protesta proletaria, replegada asimismo en un orbe de clase, que mantiene con los burgueses una batalla perpetua. Ello redunda en anomalías económicas y en trastornos sociales que privan a nuestro tiempo de emprender conquistas más altas.

La lucha de clases sólo puede desaparecer cuando un Poder superior someta a ambas a una articulación nueva, presentando unos fines distintos a los fines de clase como los propios y característicos de la colectividad popular. Es decir, se hace necesaria la desaparición de las clases como núcleos que disfrutan unos privilegios determinados, y su substitución por organismos que garanticen una justicia distributiva de la producción.

Ello trae consigo un radical abandono del concepto clásico de «propiedad privada». Mientras se adscriba al individuo como un aditamento sagrado un dominio absoluto de las riquezas, nada será posible hacer. De ahí que surja la necesidad de que los fines de la producción superen las conveniencias individuales y se conviertan en objetivos de pueblo. Las economías privadas dejan, pues, paso a las economías nacionales, y éstas alcanzan una prosperidad segura sometiéndolas a disciplina de esfuerzo y de sistema.

Pero hay más. Nuestra época posee desarrollado en alta escala el sentido republicano de colectividad, de pueblo. República, en rigor, quiere decir fondo popular, nacional, de toda empresa pública. Está ya, pues, ganada la primera fase del nuevo Estado postliberal que se precisa. A su vera hay que plantar la eficacia sindical, corporativa, presentándola como garantía de cumplimiento social.

Las clases que hoy existen no reconocen nada fuera de ellas mismas. En su interior residen sus propios fines, y de ahí que todos los poderes que adviertan los ambicionen y acaparen. En ese aspecto, todas las clases encierran un vicio radical de exclusividad que hace de ellas poderes monstruosos y nocivos para los intereses del pueblo. A la postre, una clase u otra impera a la defensiva en un momento dado y secciona las ambiciones del pueblo, obligándole a limitar su esfuerzo en la consecución, gota a gota, de sucesivos avances.

Esto ha podido ser en un tiempo inseguro, en que hacían crisis las instituciones y no se veían muy claras las perspectivas políticas que proporcionaba la nueva realidad popular. Hoy ya es distinto. Tan sólo no ve aquel que se esfuerza en taparse los ojos. O se abre paso a la nueva política de tendencia colectivista y férreamente disciplinada, o al predominio de una clase sucederá el predominio de la otra, con las mismas incertidumbres, las mismas deslealtades al espíritu, y, por último, las mismas ineficacias.

Urge, pues, plantear las bases ofensivas de la nueva política que interprete el afán popular y encadene de modo unitario las aspiraciones culturales y económicas de nuestro tiempo.

Las corporaciones, los sindicatos, son fuentes de autoridad y crean autoridad, aunque no la ejerzan por sí, tarea que corresponde a los poderes ejecutivos robustos. Pues sobre los sindicatos o entidades colectivas, tanto correspondientes a las industrias como a las explotaciones agrarias, se encuentra la articulación suprema de la economía, en relación directa con todos los demás altos intereses del pueblo.

El asalto decisivo

La conquista del Poder por las fuerzas antiburguesas no debe, pues, tener el sentido de una suplantación de clase. Nosotros disentimos en esto de los camaradas exclusivistas que incurren en el mismo pecado burgués reclamando una dictadura de la «actual» clase proletaria. No hay fecundidad ni futuro efectivo para nosotros si no se logra descubrir en los horizontes unas finalidades distintas a las que hoy concentran la atención de la burguesía.

La hora española es magnífica para iniciar una urgente y rápida acción revolucionaria antiburguesa. Repetimos la exactitud de la frase de Pestaña a que antes hicimos alusión. En pleno fracaso y abatimiento la última fórmula de la burguesía decadente, que quiere detener con ofertas risibles la avalancha nueva. Hace setenta años era, sin duda, una gran conquista el logro del sufragio universal, de las discusiones parlamentarias y de la secularización de cementerios. Hoy nos parecen migajas anacrónicas, fraude revolucionario inservible.

Apetecemos el dominio de la producción y de la cultura. Los resortes de prosperidad auténtica, hoy arrebatados por mentes invaliosas que birlan al pueblo el disfrute máximo de la civilización del siglo. Dentro de muy poco, el régimen demoliberal llamará a la concordia parlamentaria, cantando las excelencias de la libre discusión, del charlatanismo y de la mugre burguesa. Hay que rechazar de plano esas ofertas y reunirse en Convención acusadora y rebelde las fuerzas que postulen la Revolución. No importa cuál sea ésta. A la postre, en los minutos revolucionarios predominará la más exacta interpretación popular, pues lo que se pide es la colaboración corajuda del pueblo, que en trance de victoria y de muerte no consentirá influjos ni copias de extranjería. Un poco de optimismo y de fe en el pueblo hispánico autorizan a tener optimismo y fe en los resultados finales de la Revolución.

El asalto guerrero al Poder debe, pues, articularse del modo que mejor logre la eficiencia revolucionaria. La acción debe ser rápida e intuitiva, pues dudamos atraviese un régimen minutos tan abatidos y débiles como el actual en esta hora. La fe y el optimismo de que antes hablamos nos garantizan que España obtendrá de la Revolución -que no debe ser ni blanca ni roja, sino hispánica simplemente- la eficacia nacional por que clama desde hace tantos siglos.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 - Junio - 1931)

El traidor Maciá persigue a LA CONQUISTA DEL ESTADO en Cataluña

Nuestros lectores de Barcelona nos escriben protestando de que los esbirros del fusilable Maciá impiden allí la venta de LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Nosotros, no sólo protestamos, sino que amenazamos. Si es preciso, irán a las Ramblas medio centenar de amigos nuestros a vocear en ellas la verdad hispánica y los criminales propósitos de Maciá y de sus huestes inmundas. Estos amigos no necesitan protección de nadie. No temerán a nada, y ellos mismos se garantizarán su propia defensa.

Y decimos al Gobierno provisional: ¿En nombre de qué poderes persigue Maciá a LA CONQUISTA DEL ESTADO? ¿No dice y afirma el señor Maura que el Poder Central no se ha desprendido de sus funciones en Cataluña?

Nuestro periódico circula legalmente por toda la Península. Si el Gobierno no ampara nuestro derecho a que circule sin trabas en Cataluña, declinamos toda responsabilidad, pues nosotros lo aseguraremos con nuestros exclusivos medios.

Queremos liberar a Cataluña de esa aventura reaccionaria y mediocre a que la impulsa esa minoría traidora, dueña del poder catalán para vergüenza de los hispanos y de los catalanes de alta mirada. Que son los más.

Desde el primer día hemos pedido el encarcelamiento de Maciá y que se aclare la actuación de alguna autoridad militar, sospechosa de transigencias con los separatistas en las primeras horas.

Ni persecuciones, ni sacrificios, ni nada nos impedirá que sigamos la campaña contra los enemigos de la Patria que se esconden en esa Generalitat vergonzosa, mediocre y melenuda.

Y ante el proceder canallesco de Maciá para con nosotros, ¿no caben represalias, comerciantes y consumidores del resto de España?

A la guerra se contesta con la guerra.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 - Junio - 1931)

Los españoles emigrados

Esos millares de españoles que claman a la puerta de las Embajadas un pasaje gratuito que les reintegre a la Patria, necesitan y merecen atención urgentísima. Pero aquí, fuera de los telegramas de las agencias, nadie se ocupa de ellos.

Nosotros sentimos un dolor profundo ante la infelicidad de esos compatriotas emigrantes. Las calamidades interiores de su país, que todavía padece en esta hora republicana que vivimos, lanzó a esos hombres a tierras de ultramar en busca ciega de venturas problemáticas.

Hay que repatriarlos y hay que reglamentar con eficacia y sentido nacional todo cuanto se relacione con la emigración.

Si nuestro pueblo no estuviera en gran parte embrutecido por tiranías mostrencas y por demagogias disolventes, se mostraría sensible a problemas de la índole de éste que tratamos.

España, con veintiún millones de población, no puede ser un pueblo emigrante. Una política de robusta y sincera expresión nacional no permitiría que todos los años saliesen de España decenas de miles de hombres jóvenes. Pero la emigración ha sido siempre considerada en las alturas gobernantes como una magnífica huida de indeseables. Emigra, en general, aquel que se siente descontento, que pugna de algún modo con la vigencia política o económica del país en que vive, que cree desvalorizadas y rechazadas sus aportaciones.

Ese fermento inquieto que conduce a los pueblos a marchas salvadoras se traduce aquí en ciega, absurda e inmoral ruta emigratoria. Unos arrastran a otros, y prospera en las mentes sencillas el afán del viaje, que para ellos significa camino profético de promisión. Se van así multitudes desarmadas, en

gran parte analfabetas, incubadoras de odios contra la supuesta Patria mediocre, que les equipa con harapos tan miserables.

Los españoles -pocos o muchos- que vibramos ante las gigantescas sombras de las glorias de nuestro pueblo, estamos dispuestos a que en éste, como en otros problemas que afectan al honor nacional, se cambie rápidamente de actitud por el Estado.

En cinco años, por lo menos, no debe permitirse la emigración de un solo individuo. ¡Ah! Pero hay que hacer frente a las consecuencias. El único medio lícito de oponerse a la emigración es el de garantizar en nuestros territorios medios de subsistencia floreciente para todos los españoles que trabajan. Ello es bien fácil. No hay sino cambiar el sistema económico y social vigente por otro más racional y justo.

En general, emigra el español campesino. Los hijos de los pequeños propietarios de tierras, que resultan insuficientes para los nuevos brazos y las nuevas necesidades. Hay, pues, que facilitar tierra y atmósfera propicias a los entusiasmos mozos de los hijos del campo.

Las regiones que dan más porcentaje emigratorio son esas de la pequeña propiedad agraria. Pero en España hay buen medio de impedir esa clase de emigración. Bastará con señalarle las comarcas despobladas, enclavando en ellas la posibilidad económica que necesitan. Haciéndolas feraces por medio de riegos y de las atenciones que la ciencia agronómica señale.

Por hoy no decimos más de esto. Pero hemos de hablar mucho, porque la cuestión afecta tanto al honor como a la prosperidad económica del pueblo. Pedimos una ley inmediata que regule la emigración con un criterio de máxima valoración de los intereses hispánicos.

Y con urgencia, que se repatríe a esos millares de españoles infelices que claman en la puerta esquiva de las Embajadas por un pasaje gratuito que les permita el regreso a la Patria.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 - Junio - 1931)

Meteoros. Águila y angulas

Don Indalecio Prieto iba para apóstol del Trabajo con hambre, y se ha quedado en estadista del Capital cauteloso. Del que no huye y cabecea como un murciélago borracho, sino del taimado que se queda y crece. Un futuro Millerand. Un próximo Briand, un Laval venidero. Pero nunca un García Cortés. Es un sacrificado. Gobierna para el Conde de Romanones y para el Marqués de Fontalba. Jamás desempeñó su función pública con gusto de los demás. Primero, de Echevarrieta; después, hasta el mismo Sr. Borbón. Fue taquígrafo cuando quería ser concejal y diputado parlanchín, cuando soñaba agitar la calle con barricadas y autor de una famosa nove-lita *El Fiscal,* cuando ni siquiera la escribió ni la cobró. Y luego ha sido ministro de Hacienda por pura chiripa. A ello debe el Sr. Martínez Barrio su cartera de peatón andaluz y el Sr. Borbón sus romerías a través de las Confederaciones hidrográficas.

Pero siempre don Indalecio Prieto se ha adaptado pronto. Sabe recalar con desembarazo el suelo que pisa. Inspira confianza a la gente que no tiene un botón y a la que le sobran los botones. Ayer comió campechanamente con un chauffeur, junto a las encinas de El Pardo. Hoy —ya mayor hombre de Estado— recela de la posible compañía de los sindicalistas en la vetustez de la Cámara jaculatoria. Mañana —¡quién lo duda!— dará su golpecito de 18 Brumario y saldrá orondo y victorioso. Es mucha cabeza la suya.

Es mucha casualidad la que le protege. ¡Oh las medidas fuertes de don Indalecio! La libra se repliega poco a poco en Gibraltar. Pero el mismo Don Indalecio va resultando un ministro de Hacienda demasiado admirable. Admirará bastante todavía. Por esa maravillosa carambola de su destino que le pudo llevar a la Silla Primada de Toledo.

Ya está don Miguel de Unamuno y Jugo hablando de sentido trágico y de dudas y de fe. Ya vuelve a ser nuestro don Miguel de siempre. El que nos hizo ser políticos y apocalípticos. Ya preparábamos una cruzada para rescatarlo. —Un Unamuno que aún vivía— de los leguleyos y de los ateneístas. Pues no nos atreveríamos a imaginar junto al sepulcro de Don Quijote el sepulcro de Don Miguel. Pues

si hubo un Tormo seductor y un Consejo de Instrucción Pública, el Arcángel vence las tentaciones y proclama su hambre de inmortalidad histórica. La que no se sacia con pesetas ni duros afínales. Ya está aquí don Miguel de Unamuno y Jugo y en trance proverbial de profecía. Ya reconoce con nosotros la necesidad pasional y religiosa del bolchevismo ruso, del fajismo italiano, del socialnacionalismo tedesco, del americanismo, del sindicalismo anarquista —claro es que faltan en la lista el socialismo de la Casa del Pueblo y el republicanismo archiburgués vigente—.

Porque ese neorrepublicanismo que apunta Unamuno en España que quema conventos y segará cabezas e ideas, es la verdad de nuestra juventud y nuestra generación. Todavía en busca del triunfo.

* * *

Don Alejandro el Magno (a) Lerroux, ha retornado, vencedor de sus conquistas extranjeras. Pero, ¡qué horror! No necesitamos ser la madame hechicera de París para adivinar su muerte próxima. La historia se repite. Los amados de Burgos Mazo mueren jóvenes. En esta Babilonia de la República lo van a apestar los canales putrefactos de la Asociación de la Prensa.

* * *

Ventura Gassol llamó en un discurso a los micrófonos corazones sensibles. ¿Llegarán las metáforas de estas melenas líricas a considerar a Ma-ciá como nieto de Garibaldi? Porque primo ya lo fue.

* * *

Ossorio y Gallardo, ante la derecha liberal etc., siente escrúpulos. ¿Qué vieja beata no los tiene? Pero tal cosa es un pretexto.

La verdad es que D. Ángel es una jamona que coquetea con todos los repúblicos y no se casa con ninguno. Pero que todos le paguen el piso.

* * *

Desde las elecciones del 12 de abril a las del 31 de mayo van, sobre poco más o menos, unos cuarenta días. Los antiguos monárquicos se han apresurado a pasar felizmente esa cuarentena. Ya todos somos unos...

Los gitanos votaron el día 12 por la supresión de la Guardia Civil. La cogida de *Gitanillo de Triaría* es un aviso de que están dispuestos a derramar sangre.

* * *

En adelante no se tratará de blancas. Que es un color borbónico. Pero las *morás* no hay quien se las quite a las tocayas de Venus. También la República necesita de ese pendón para su bandera.

* * *

Largo Caballero habla de las revoluciones normales con el mismo aplomo que pudiera hablar de los partos de nueve meses. Su preñez le llevó al ministerio del Trabajo. Los socialistas deben seguir colaborando. Es muy pronto para el destete.

* * *

Junto a las cotizaciones de la Bolsa de los valores existe la cotización de las cobardías. Baja el miedo al comunismo. Sube el pavor sindicalista. La que no sabe donde quedarse es la U.G.T., y pide mientras tanto a los guardias que se llevan las pistolas.

Noticia de última hora.— Por fin se ha nombrado alto comisario en Marruecos al idóneo republicano D. Juan La Cierva y Peñafiel. Se lleva de asistente al comunista Azorín, de nuevo reconciliado con D. Juan.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 de junio de 1931, pág. 2)

Souto Vilas de propaganda a Galicia

Nuestro camarada Souto Vilas ha ido a Galicia a dirigir la formación de núcleos campesinos afectos a *LA CONQUISTA DEL ESTADO.*

Tenemos fe absoluta en sus propagandas, llenas de entusiasmo joven y de energía profética. Extenderá por Galicia nuestras iniciativas, y su alta calidad intelectual desvirtuará entre los grupos directores de esa región todas las patrañas que se han difundido allí contra nosotros.

En correspondencias semanales, el camarada Souto Vilas dará cuenta a nuestros lectores de los trabajos que efectúe.

(«La Conquista del Estado», nº 13, 6 de junio de 1931, pág. 2)

NUMERO 14. 13 de Junio 1931.

España, una e indivisible

La urgencia de una ambición nacional.
Se pretende la disolución de la Patria.
Hay que llevar a la conciencia del pueblo el deber de la protesta armada

La frase rotunda

He aquí nuestro grito: España, una e indivisible. Muchos republicanos españoles, tan amantes de la ejemplaridad de la Revolución francesa, olvidan que un grito así salvó a Francia y salvó a la Revolución. Hay que seccionar esa ola mediocre de localismos que hoy satura la atmósfera hispana e instalar revolucionariamente el deber de todos. La vejez cobarde, que hoy es dueña de los ministerios, asiste con apatía criminal a esa forja de decadencias que suponen las propagandas separatistas.

El abandono de las funciones de unidad señala una disolución irreparable. No se concibe cómo un pueblo, en el resurgir victorioso de una Revolución que triunfa, tolera fríamente los zarpazos desmembradores. ¿No habrá un hombre de temple que intuya con genialidad la palpitación del pueblo, hoy encadenada a la falacia de los traidores, y dé la orden de marcha contra los enemigos de la Patria? Porque es preciso que todos se den cuenta de algo, y es que el día en que la amenaza separatista abandone su actual escondrijo y se muestre ahí, ante el pueblo, éste pedirá a cualquiera -entiéndase bien, a cualquiera- que dirija los combates. Aun a costa de una tiranía.

La táctica de la minoría separatista de Cataluña que dirige Maciá es innoble y vergonzosa. Consiste en desorientar al pueblo con declaraciones contradictorias. Con hipocresía pura. A falta de valor y denuedo para sostener con las armas su loca pretensión, inician las tortuosidades que le permitan el ejercicio de un poder coactivo sobre el pueblo. De este modo, lo que hoy son sueños vanos de una minoría se convertirá, provocado por intereses y coacciones, en la voz de la región entera.

Para impedirlo, es urgente desalojar de los puestos directores de Cataluña a los separatistas emboscados y fusilar a Maciá por traidor. Toda la energía que se utilice es poca, si se tiene en cuenta la gravedad de los hechos. Las horas revolucionarias se distinguen de otras por la posible rapidez y eficacia en las intervenciones. Si se permite que adquieran robustez los actuales equívocos, serán luego más difíciles y más sangrientas las jornadas.

Los Estatutos regionales

De los tres proyectos de Estatutos regionales que hoy se elaboran, tan sólo el de Galicia va a ser, en cierto modo, discreto. El de Vasconia, de ingenuidad primitiva e intemperante. Y el de Cataluña, rencoroso, audaz y provisto de todos los gérmenes desmembradores.

La tarea de disciplinar esos Estatutos y la de rechazarlos corresponde a las Cortes Constituyentes. Pero no se olviden las amenazas de Maciá. El Gobierno provisional está en el deber de tomar medidas para el caso probabilísimo de que las Cortes rechacen el Estatuto separatista de los catalanes. Si no lo hace él, lo hará el pueblo, que se encargará de su propia movilización, así como de batir las rebeldías.

Hay que impedir que la disolución de España se lleve a efecto con música de aplausos, obligando a los disidentes a una actuación armada. A nosotros no nos importa la concesión de autonomías administrativas, pues esto favorecería quizá la eficacia del Estado. Pero sí denunciamos que no es eso ni nada que se relacione con eso lo que solicitan y quieren los separatistas. Existe todo un programa de asalto a la grandeza hispánica, al que colaboran los inconscientes de más acá del Ebro en nombre de la turbiedad democrática-burguesa que concede libertades y disuelve pueblos. La política separatista se propone realizar sus fines en tres etapas. Una, la actual, encaramándose a los puestos de influencia en Cataluña y desde ellos educar al pueblo en los ideales traidores. Otra, intervenir en la gobernación de España, en el Poder central, con el propósito firme y exclusivo de debilitar, desmoralizar y hundir la unidad de nuestro pueblo. Por eso decíamos hace quince días, que no hay que prestar sólo atención a lo que los catalanes pretendan y quieran para Cataluña, sino más aún a lo

que pretendan y quieran para España. Su segunda etapa consistirá, pues, en debilitar nuestro ejército, esclavizar nuestra economía, enlazar a sus intereses las rutas internacionales, propulsar los nacionalismos de las regiones haciéndoles desear más de lo que hoy desean, lograr, en fin, que un día su voluntad separatista no encuentre en el pueblo hispánico, hundido e inerme, la más leve protesta.

La tercera etapa, cumplida en el momento oportuno, consistirá en la separación radical.

Este plan lo hemos oído de labios de uno de los actuales mangoneadores de la Generalidad. Es indigno y cobarde. Denota una impotencia ruin, pues si un pueblo desea y quiere la independencia, la conquista por las armas. Pero es que no se trata del pueblo, del magnífico pueblo catalán, sino de una minoría bulliciosa que sabe muy bien no le obedecería el pueblo en su llamada guerrera. De ahí el plan, las tres etapas criminales que antes apuntamos.

España debe batir ese plan, que lleva consigo el propósito de reducir a cenizas la prosperidad de nuestro pueblo. Y hay que batirlo con estrategia. La más elemental indica que conviene acelerar ese proceso y plantear a Cataluña, en estos minutos de optimismo robusto para el pueblo español, por haber destruido el feudalismo borbónico, el problema de su hispanidad. Derrotar a mano armada sus pretensiones, obligarle a la lucha, provocar, en una palabra, la fase final del plan. Elegir el día y hora de la batalla.

El estatuto que hoy se redacta no representará sino la opinión parcial de Cataluña. La de los que ejercen allí y ahora el Poder coactivo. La legitimidad de esa asamblea o diputación deliberante es muy problemática. Quedan fuera la Lliga, los radicales (pues Lerroux fue bien expresivo al fijar en uno el número de sus amigos), la opinión socialista y el proletariado numerosísimo de la C.N.T.

Ese estatuto debe ser estudiado aplicándole toda serie de reactivos químicos, pues en él irán contenidas en germen las aspiraciones separatistas, y conviene, a ser posible, oponerse desde un principio a la táctica enemiga.

Las traiciones, las inconsciencias y las cobardías de aquí

Desde luego, una vez conocida la impotencia de los núcleos separatistas, se comprende que necesiten y busquen la complicidad inconsciente de toda España. Hasta qué punto está relajada en algunos la idea nacional, hay ejemplos a diario. Así el discurso reciente de Ossorio Gallardo -leguleyo nefasto a quien hay que impedir influya para nada en la República- en el Centro de dependientes de Barcelona. Por las enormidades que dijo, calculamos los aplausos que se llevaría ese voraz picapleitos, una de las figuras más inmorales de la política española, por las razones que algún día diremos.

Es comprensible, aunque errónea, la actitud de los separatistas. Pero la de esa opinión difusa que en el resto de España acoge con simpatía las aspiraciones desmembradoras constituye una traición imperdonable. Es quizá uno de los más fuertes síntomas de que amenaza a nuestro pueblo un tremendo peligro de decadencia. Las juventudes y los españoles sanos debemos iniciar con toda rapidez la tarea de levantar y exigir a todos la fidelidad más pulcra a la España una e indivisible.

Cataluña agradece esas traiciones y recoge de ellas el argumento máximo. Las contesta con falsa cordialidad, ocultando sus afanes íntimos, y de este modo introduce en España la atmósfera propicia que le «deje hacer» su plan. Véase cómo el cerebro elemental de ese poeta Gassol denunció en un minuto sincero los propósitos finales. Dijo textualmente en Manresa que él «ni era español ni quería serlo».

Lo que interesa sobre todo destacar es que los intereses separatistas de Cataluña se oponen a los intereses hispánicos, y que, bajo ningún concepto, puede España tolerar la fuga. Los separatistas catalanes sueñan con el Estado valenciano-catalano-balear y no se conformarán con menos.

El máximo temor, insistimos, reside en que España se degrade hasta el extremo de apoyar y ver con simpatía la conspiración minoritaria de los separatistas. Si esto ocurre es que España se hunde sin remedio. Pero nosotros no creemos ni podemos creer nunca tal cosa. España se levantará como un solo hombre contra el crimen histórico. Y garantizamos que habrá sangre de sacrificio, la nuestra, y que los separatistas se verán obligados a luchar. Porque interceptaremos su camino con fusiles.

¡Viva la España, una e indivisible!

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

El Bloque Social Campesino

Nuestras organizaciones

Llevamos unos tres meses auscultando la capacidad revolucionaria de nuestro pueblo. Una certeza es indiscutible: la de que se hace preciso movilizar revolucionariamente al español de los campos. Inyectarle sentido de protesta armada, afanes de violencia. El campesino español tiene derecho a que se le «libere» del señorito liberal burgués. El derecho al voto es una concesión traidora y grotesca que no sirve absolutamente de nada a sus intereses.

Hay que legislar para el campesino.

Hay que valorizar sus economías, impidiendo la explotación a que hoy se le somete.

Hay que saciarlo de tierra y permitirle que se defienda con las armas de la opresión caciquil.

LA CONQUISTA DEL ESTADO organiza con entusiasmo su propaganda entre los campesinos. Hemos creado el «Bloque Social Campesino», que se encargará de estructurar eficacísimamente a nuestros afiliados de las aldeas. Todas nuestra fuerzas de los campos engrosarán ese Bloque, que actuará completamente subordinado a la dirección política de nuestro Comité.

En Galicia cuenta ya el Bloque con miles de campesinos entusiastas, y en breve saldrán para Andalucía los camaradas Ledesma Ramos y Bermúdez Cañete en viaje de propaganda a esa región.

Nuestro gran deseo es lanzar la ola campesina contra las ciudades decrépitas que traicionan el palpitar vitalísimo del pueblo con discursos y boberías.

Nunca con más urgencia y necesidad que ahora debe buscarse el contacto de los campesinos para que vigoricen la Revolución y ayuden con su rotunda expresión hispánica a darle y garantizarle profundidad nacional. El campesino, hombre adscrito a la tierra, conserva como nadie la realidad hispana, y tiene en esta hora a su cargo la defensa de nuestra fisonomía popular.

Nuestro «Bloque Social Campesino» tendrá una meta agraria diversa en cada región española. De acuerdo con la peculiaridad del problema en las diferentes comarcas. Si bien le informará un común anhelo de nacionalización y de entrega inmediata de la tierra a los campesinos.

Ahora bien: junto a esa meta de eficacia y de justicia en la explotación, nuestro «Bloque Social Campesino» enarbolará una plena y total afirmación revolucionaria que le obliga a colaborar con nuestras organizaciones puramente políticas en el compromiso de apoderarse violentamente del Estado.

No debe olvidarse que nuestra fuerza se ha formado con estricta fidelidad a la hora hispánica, que requiere y solicita una exclusiva actuación revolucionaria. Quien logre hoy movilizar en España el mayor impulso revolucionario, alcanzará el triunfo. No, en cambio, las voces pacifistas, de buen sentido si se quiere, que se asustan de los gestos viriles a que acuden los hombres en los decisivos momentos de la Historia.

Hay que armar a los campesinos y permitirles ser actores en la próxima gran contienda. El «Bloque Social Campesino» no pretende sólo situar ante ellos la meta de redención, sino que también educará su germen revolucionario para garantizar la victoria. A la vez, pues, que descubrirles el objetivo, lanzarlos briosa, corajuda e hispánicamente a su conquista. He ahí su enlace con la totalidad de nuestra política, de nuestra fuerza, de la que el «Bloque Social Campesino» será una filial de primer rango.

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

Meteoros, Águilas y angulas. El ministro de la Gobernación no se reconoce con autoridad en Cataluña

Carta enviada a los periódicos por el director:

Distinguido compañero: Acudo a su periódico para denunciar una triste realidad que acontece en Cataluña. Contra las falsas cordialidades que hoy circulan, se alza el hecho de que los separatistas, obedeciendo órdenes del señor Maciá, según nos consta, impiden en Barcelona la difusión y venta de nuestro periódico LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Coaccionan a los vendedores, queman los ejemplares en la calle, amenazan con incendiar los kioscos. Todo esto porque, en uso de las libertades vigentes -que allí, al parecer, no rigen-, nos permitimos defender en nuestro periódico una estructura unitaria del Estado, con amplias autonomías administrativas, pero no políticas.

Como no estamos dispuestos a que se nos despoje, en ningún territorio de la República, de los derechos que nos corresponden, hemos enterado de esta anomalía al ministro de la Gobernación, y sospechamos que no se reconoce con autoridad en Cataluña, pues nada ha querido hacer en este asunto. Ahora bien: nosotros tenemos suficiente número de amigos -pues no debe olvidarse que LA CONQUISTA DEL ESTADO no es solo un periódico, sino a la vez una fuerza política organizada- para no tolerar el atropello catalanista. Y con nuestros propios medios garantizaremos nuestra defensa, sea ésta en el terreno que sea, no aceptando la más mínima responsabilidad.

Le agradezco la publicación de estas líneas.

Cordialmente,

R. LEDESMA RAMOS

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio -1931)

Los Sindicatos Únicos. Congreso extraordinario de la C.N.T.

1919-1931

Junto al mundo que muere tenemos la compensación y el júbilo del mundo que nace.

Desde el 10 de diciembre de 1919, cuando la C.N.T., después de un período álgido de luchas y triunfos, se remansó un poco en el Congreso del Teatro de la Comedia de Madrid, antes de lanzarse como una pantera sobre el capitalismo español, hasta ahora -mes de junio del año 1931 republicano-, ha transcurrido mucha historia. Cayeron militantes audaces y valerosos. Surgió la estúpida Dictadura de don Miguelito. Hubo cárceles y destierro para el Sindicato Único. Vinieron las dictablandas de Berenguer y Aznar. Llegó la republiquita medrosa y burguesa, con su cortejo de frailes, banqueros y generales. Por encima de tales mostrencos sucesos, ha crecido y se ha granado la nueva generación hispánica, que es muy nacional y muy revolucionaria, que viene acuciada por Europa, y que pretenderá imponerse a la Europa cobarde, parlamentaria y ramplona.

Nosotros tropezamos ahora mismo con el casi millón de adheridos a la C.N.T., con el fenómeno sindicalista, y entonces nuestro interés más fecundo converge en las faenas de su Asamblea actual. Vamos forzosamente a buscarla y a comprenderla y a interpretarla con ojos amigos. Trae cerca de medio millar de delegados de los cuatro puntos cardinales de la Península; trae la fiebre ibérica por la creación y el ensueño futuros; trae los enormes problemas de la Tierra, de la Sindicación forzosa y del porvenir del país. Viene repleta de denuedo y de afán juvenil.

Hemos de estar junto a la C.N.T., en estos momentos de inmediata batalla sindical, en estos instantes de ponderación de fuerzas sociales. Así creemos cumplir con nuestro deber de artífices de la conciencia y de la próxima y genuina cultura de España.

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

La semana comunista

El feudo de Bullejos

En España hay una media docena de grupos comunistas. La meta actual de todos es controlar el posible movimiento comunista de nuestro país, apoderándose de su dirección. Batallan, pues, entre sí, como podrían hacerlo los caciques de un villorrio. Eso les condena a infecundidad absoluta, y les despoja de influencia en el proletariado, que es la base de toda organización de tipo comunista.

El domingo último se celebró en Madrid la consolidación de uno de esos grupos, el ortodoxo de la Internacional Comunista, que acaudilla José Bullejos. Le distingue de otros grupos el que se le premia su fidelidad a esa Internacional con unos billetes mensuales. Representa la ciega dependencia de Moscú, la enajenación de la peculiaridad nacional, sometiendo la ruta revolucionaria a fórmulas bolchevistas.

No es tiempo aún de conocer la mecánica de estos grupos, hoy dedicados a la tarea de desprestigiarse mutuamente. No controlan el extremismo social -hoy a cargo de la C.N.T., de los Sindicatos únicos- ni el extremismo político -que realizan con toda fidelidad las organizaciones de LA CONQUISTA DEL ESTADO. No obstante, la reciedumbre comunista es de tal linaje que una inexperiencia política prolongada en los Sindicatos pueden permitirle el acceso a la dirección revolucionaria.

Estos son los sueños, al parecer, de José Bullejos, el minúsculo Stalin que ha cabido en suerte a nuestro pueblo. Su agrupación en Madrid es irrisoria y sus intervenciones se reducen a bravatas infecundas que le transmite el teléfono ruso.

En su periódico *Mundo Obrero* piden un Gobierno obrero y campesino, y esto, lógicamente, debía llevarles a fundirse en las organizaciones obreras y campesinas ya existentes. Pues si no cuenta con la clase obrera y campesina, ¿no es absurdo que solicite para ellas el Poder?

Desengáñese el camarada Bullejos. Su actitud en las filas revolucionarias es contraproducente, abstracta e ineficaz.

La pirotecnia de Maurín

El comunista catalán Joaquín Maurín ha dado una conferencia en el Ateneo. Tuvo momentos felices, que aplaudimos. Tuvo otros de catástrofe, que hubieran justificado incluso una agresión personal. Pierde a Maurín su baile perpetuo sobre los hechos y las cosas reales, consecuencia de un intelectualismo perturbador de perturbado. A un esquema rotundo sacrifica la rotundidad de un hecho.

Su acierto máximo consistió en plantear la necesidad de que nuestra Revolución sea eminentemente hispánica, sin copiar ni seguir las rutas ya trazadas por los revolucionarios de otros pueblos. Pero entonces, decimos nosotros, no podía ser una Revolución comunista.

Ahora bien: su crítica de lo hasta aquí hecho por la Revolución democrática fue endeble y quisquillosa, pues no se le puede ocultar a su perspicacia que en el fondo razonaba como un «pequeño burgués» herido. Maurín demostró en su conferencia una preocupación absurda por victorias de tipo democrático burgués. Así su declaración criminal de separatismo catalán que fue oída con una impavidez más criminal aun por los pollos del Ateneo. La tesis no pudo lograr mayor grado de falacia. Declaró que era preciso desunir para volver a unir. El equívoco es patente: si la unidad nacional es falsa, artificiosa, según afirman los separatistas de campanario, esa prueba de desunir para volver a unir conduciría a la separación radical. Pero si no es falsa ni artificiosa, como creemos nosotros, es absurda la protesta que hoy se mantiene. La haya hecho el Estado, la haya hecho la libre manifestación nacional, si la unidad es necesaria, discutir sobre ella denuncia tontería plenísima.

La presión de Andrés Nin

En la misma tribuna que Maurín, habló al día siguiente Andrés Nin. Sus palabras dejaron atónitos a los «pequeños burgueses» del Ateneo. Nin expuso con certerísima claridad la ruta comunista. La implacable desnudez con que presentó sus tesis, el desprecio tan exacto a las preocupaciones democráticas de la burguesía, su defensa terminante de la dictadura del proletariado, todo, en fin, contribuyó a que su conferencia ostentara un auténtico y ortodoxo carácter comunista.

El aparente paseo triunfal de la acción comunista nace de la victoria rusa. Allí, en efecto, ha surgido una eficacia política y económica frente a las impotentes democracias europeas. El brinco de Rusia la sitúa en la legitimidad de nuestro siglo, dotándola de medios robustos para conseguir los

valores de esta época. Ha eliminado la bobería demoliberal e instaurado una disciplina de tal índole en la producción, que sus batallas económicas están por completo libres de peligro.

Pero es cobarde y ruin abandonar la salvación política y económica de nuestro pueblo a la hazaña de un pueblo extranjero. Las propagandas comunistas son en España traiciones imperdonables a nuestra originalidad revolucionaria.

Andrés Nin, en su conferencia, presentó con exactitud el problema: la revolución democrática es hoy puro anacronismo, y la burguesía tratará de entontecer al proletariado, señalándole como metas las libertades políticas.

Ahora bien, ¿olvidan los comunistas la posibilidad de que surja un bloque político-económico que enarbole la rota definitiva de la democracia liberal, haga por sí la revolución económica y presente a los pueblos como resorte de eficacia la grandiosa furia nacionalista?

Contra las fuerzas retrógradas demoliberales admitimos conexión y enlace con los comunistas. Pero impediremos con nuestras propias vidas que el comunismo se apodere del timón revolucionario.

(«La Conquista del Estado», nº 14, 13 - Junio - 1931)

falta!!

NUMERO 15. 20 de Junio 1931.

No hay autoridad constituyente

Las pandillas socialdemócratas se disponen a burlarse del pueblo. Nos unimos a los sindicalistas para sabotear la farsa electoral

Los residuos fantasmales

Nuestra independencia es fiera. No se olvide que al nacer LA CONQUISTA DEL ESTADO como fuerza política, el grito más firme fue el de no pactar jamás con los viejos traidores. Representamos una generación nueva, de inquietud nacional y revolucionaria. Ni la más leve ayuda que proceda del equívoco será aceptada por nosotros. Queremos el Poder para los jóvenes, pero sometiendo a éstos a la prueba de la conquista brava y heroica del Poder. Hay tan sólo un hecho real en la vida española de esta hora: la realidad de la Revolución. Nosotros seremos fieles a ella, y nuestras armas serán exclusivamente armas revolucionarias.

De ahí nuestro afán por llevar a las masas el despertar de la eficacia nueva. No elecciones, sino combates. Si el pueblo hispánico no adopta rápidamente un gesto durísimo contras las oligarquías irresponsables y desenfrenadas que se han apoderado del Poder de la República, nadie podrá evitar una ruta de catástrofes. Asistimos al desarrollo inmoral de las nuevas pandillas políticas. Los partidos republicanos que hoy usufructúan el Poder son los descendientes por línea directa de aquellos otros partidos nefastos de la Monarquía. Estos grupos republicanos aparecen hoy al desnudo con todas sus lacras repugnantes de explotadores del pueblo. Para salvar a España y salvar a la República es urgente iniciar una acción violenta y audaz que expulse del Poder a la ancianidad fracasada. El pueblo debe enterarse de que se ha realizado el advenimiento de legiones juveniles, de una educación política novísima, que poseen el secreto de las dificultades económicas y sociales que hoy surgen.

Mientras la ineptitud de los viejos cucos republicanos engaña al pueblo con frases falsas y opulentas, las juventudes a que nos referimos desprecian el tópico liberal burgués y sólo presentan al pueblo como ejemplo de su novedad radicalísima el deber de equiparse con bravura para el sacrificio de guerra.

Nosotros denunciamos ante el pueblo que los partidos históricos de la República son supervivencias o residuos de otras épocas, e impiden con su cazurra ignorancia que España avance y se dilate. Junto a ellos, los conversos recientitos quedan invalidados por la inmoralidad misma de la conversión. He ahí el panorama exacto de los partidos gubernamentales de la República. ¿Es que cree alguien que el pueblo hispánico puso en marcha la Revolución para que asumiesen definitivamente el Poder esos residuos incapaces y turbios?

La Monarquía fue arrollada, y el problema actual es debelar con igual estruendo de justicia a las oligarquías republicanas que la suplantaron. La conjunción republicano-socialista pretende tapar la boca al pueblo con la insulsa promesa de una democracia parlamentaria. No nos importa nada eso. Queremos para España un orden político que desencadene la era de las verdades hispánicas. A base de justicia económica, de fervor y optimismo en los destinos gloriosos que son posibles para nuestro pueblo. Quien le vuelva la espalda, quien crea que somos un apéndice de Europa, discípulos perpetuos de Europa, debe ser condenado al ostracismo radical.

Hay junto a nosotros unos millares de españoles que barrerán con coraje a toda la mediocridad ministerial. Los que se empeñan en que todo pare aquí y ahora, en medio del remanso burgués y de la satisfacción liberaloide, se equivocan. No pararemos hasta que se logre en nuestra Revolución la cúspide napoleónica que rodee de gloria triunfal a las aspiraciones del pueblo.

La farsa electoral

¿A quién se le encomienda hoy la tarea de estructurar la nueva Constitución? Debemos hablar claro en este punto. A un pequeño número de españoles encaramados a los comités artificiosos de los partidos. Nadie advierte la gravedad que esto significa. Las Cortes Constituyentes pretenden el fraude de la Revolución. Impedir su desarrollo, deteniéndola en la etapa inestable y anodina que hoy sufrimos. Esas Cortes, si constituyen algo, es un atropello a la fidelidad revolucionaria. Se las convoca con urgencia, como recurso contra la movilización del pueblo.

Para nosotros, la ruta es clara. En todos los casos, unas Constituyentes son la etapa final de la Revolución, cuando se plantea el problema de fijar y estabilizar las conquistas. Pero aquí no se ha conquistado nada. Vivimos aún la misma vida cansina y mediocre a que nos tenía condenados la Monarquía. ¿Cómo es esto posible? El pueblo debe sabotear las Constituyentes y exigir la marcha del proceso revolucionario, que por lo menos tendrá la virtud de acabar con la modorra secular de millones de hispanos.

No merece la pena iniciar una Revolución con el exclusivo objeto de obtener derechos electorales. Esto se reduce a que medio millar de parlamentarios asuman la trascendental misión de tomar el pelo a la soberanía popular. Pero se precisa algo más profundo que organizar una exposición de las medianías nacionales. Lo auténtico es que se tiende a destruir la capacidad revolucionaria de las masas. Suplantando su acometividad con la vieja retórica del morrión.

Pueblan las candidaturas nombres que significan la incompetencia nacional. Del mismo estilo y vitalidad que los viejos fantasmones de la Monarquía. Nadie se extrañe. Son su réplica, sus discípulos en ineptitud y marrullería. Igual que hace veinte años, la España joven y fuerte tiene ante sí como enemigo a la ancianidad reaccionaria. Pero hoy existe la gran virtud de que los tiempos no toleran la miopía de los fracasados. Pueblos que entregan los puestos directores a los incapaces son pueblos que caminan a la deriva, en busca de escollos y catástrofes.

La audacia de los grupos que hoy pretenden reunir las Constituyentes supera todos los cálculos. Grupos sin disciplina ni cohesión, que no han resistido sin protestas el reparto de mercedes hecho por el Gobierno provisional de la República. Gentes sin educación política, fieles a los intereses egoístas y cercanos que representan, sin resonancia popular ni visión alguna del momento universal en que operan. La hora es, pues, confusa, y nuestro voto decidido se encamina a obtener la suspensión de las Constituyentes. ¿Qué autoridad revolucionaria las convoca, y para qué? Las pandillas gobernantes asfixiarán la opinión sana del pueblo, obligándole a votar unas listas arbitrarias en cuya elaboración no intervienen los electores.

Es cosa de los partidos, se dirá. Pero, ¿quién habla hoy en serio aquí de partidos políticos? ¿Qué grandes rutas y propósitos aparecen vinculados a sus propagandas? ¿Qué masas y qué entusiasmos movilizan? Todo es farsa y conjura contra el pueblo, que a la postre, se libertará de esas oligarquías repugnantes con las tácticas vigorosas, de guerra, que nosotros le ofrecemos.

La tiranía socialdemócrata

El conglomerado gobernante aspira a seguir la ruta mediocre de la socialdemocracia alemana. Con el auxilio tiránico de dos o tres personajes que se creen hombres de energía porque den órdenes terribles a la Guardia Civil. La cosa es cómica y denuncia la irreparable tontería de media docena de ministros. Acontece, pues, que la situación socialdemócrata traiciona incluso su papel de asegurar un poco dignamente las libertades del pueblo. Por lo menos en Alemania ha cumplido ese papel con la relativa nobleza que puede ser exigida a la patrulla marxista sietemesina, esto es, gubernamental con la burguesía. Pero aquí lo esperamos todo de estos tiranuelos menos la seriedad suficiente para oír media docena de verdades. Y como los comunistas parecen dispuestos a decir las suyas, y nosotros no nos hemos de resignar a callarnos las nuestras, las verdades estarán en perpetuo orden del día.

Por ambos flancos estará batida la socialdemocracia, que dentro de dos meses almacenará todos los ánimos inservibles e invaliosos de España. Pretenderá hundir a nuestro pueblo en ramplonería pacifista, impedirá el desarrollo y potencialidad de ambiciones hispanas poderosas, nos reducirá al campo estricto y acotado de la Marsellesa y entregará los mandos de gobierno a los que proclamen en voz más alta el derecho y la libertad del pueblo a morirse de hambre.

La socialdemocracia es el último cartucho de la burguesía alfeñique y temblorosa, incapaz y reaccionaria. Pero hay que impedir que sus errores nos condenen a todos a hundirnos en la sima comunista. De ahí la urgencia de arrebatarle el Poder, instaurar un régimen de furia nacionalista hispana y proceder a la reforma radical de la economía por procedimientos dictatoriales y revolucionarios.

Todos los bríos que se movilicen serán pocos. El español vive oprimido y esclavizado a un sistema económico rudimentario e injusto que condena al pueblo a un límite insostenible de pobreza. Ese hecho influye en el tono general del país, adscrito a exiguas aspiraciones, sin capacidad ni coraje para emprender tareas colectivas de gran radio.

¡Hispanos! ¡Guerra a la socialdemocracia!

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Ortega y Gasset y nosotros. He ahí lo actual

Tenemos el orgullo de ser la primera fuerza política que con moldes briosamente hispanos introdujo aquí las eficacias sociales y económicas del mundo nuevo.

LA CONQUISTA DEL ESTADO se nutre de la nueva era postliberal, antiindividualista y antiburguesa, y desde el primer número ha razonado el sentido interventor y profundo que corresponde al Estado en la política pujante de un pueblo.

Frente a las economías privadas, burguesas, colocamos una economía sistemática, de Estado, enderezada a fines nacionales. Frente a la bobería del morrión, que busca y pretende satisfacciones de radio individual y pequeñito, colocamos la grandeza de colaborar con los demás en realizaciones colectivas, de pueblo, cuyo sentido escapa a todos cuantos viven horas y emociones anticuadas.

Don José Ortega y Gasset, aunque para nosotros sea algo sospechoso de pacto con las ideas antiguas, ha escrito últimamente unos párrafos magníficos, donde vibra de verdad el espíritu que anima nuestras campañas.

Nos enorgullece el creer que nuestra actuación de cuatro meses, enarbolando esas ideas centrales, haya influido para que ahora el maestro Ortega y Gasset advierta en la atmósfera de la juventud hispana esos síntomas optimistas que él presenta con alborozo.

Escribe Ortega, y suscribimos íntegramente:

«EL ESTADO ANTE TODO

»Desde el primer instante debió el Gobierno hacer notar en cada uno de sus actos, palabras y gestos, su conciencia clara y resuelta de que la nueva democracia, no de una democracia individualista, de pueblo en la plazuela, sino una severa, acerada democracia de Estado.

»No se diga, pues, un día que no fue a tiempo hecha la advertencia. EL ESTADO ES LA IDEA QUE IMPORTA MÁS A LAS NUEVAS GENERACIONES. Este entusiasmo por el Estado, por la majestad del Estado, tiene, como todo en el universo, sus posibles excesos y peligros. Pero me parece indiscutible -no obstante, estoy a la disposición de los que quieran discutirlo- que lo esencial de ese estatismo es la sustancia misma de la historia que viene. Conste, pues: una democracia que no sepa colocar la seriedad y la inexorabilidad del Estado por encima de cualesquiera insolencias particulares, será arrollada por la juventud.

»Se trata de instaurar un Estado de todos y "porque" de todos, formidable ¡SERVICIO AL ESTADO!, es la palabra que siente más en lo hondo el tiempo nuevo. La democracia tiene que perder el aspecto polvoriento de turbas que van y vienen indecisas como trozos descoyuntados de un rebaño empavorecido. Ha de tener la limpieza, la exactitud y el rigor de un taller racionalizado, de una clínica perfecta, de un laboratorio en forma. Y ES INELUDIBLE QUE EL NUEVO ESTADO SEA ASÍ, PRECISAMENTE PORQUE LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS Y SOCIALES A QUE ES PRECISO DAR CIMA SON TAN ENORMES -EN ESPAÑA Y FUERA DE ESPAÑA- QUE SIN ESE FUNCIONAMIENTO SERIAN POR COMPLETO IMPOSIBLES.

»Ahora no se trata, como en 1848, de conquistar o reconquistar los derechos individuales, sino de organizar en nueva anatomía el cuerpo inmenso de la sociedad, de reformar sus tejidos celulares más profundos, por ejemplo, el económico. La operación antigua se reducía a soltar los individuos, faena dramática, pero nada difícil, para la cual bastó con las barricadas. La nueva empresa, en cambio, exige una dirección y una disciplina de alto tecnicismo. No hay escape, amigos; hemos llegado al álgebra superior de la democracia.»

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Hay que hacer frente a las procacidades de Maciá

El separatismo al desnudo

En nuestro último número quedaron suficientemente aclarados y denunciados los propósitos desmembradores. El Gobierno provisional derrotista sufre impávido el bombardeo de Maciá y se despoja cobardemente de toda autoridad en Cataluña. A los tres días de proclamarse la República, enterados de las extralimitaciones de Maciá, dijimos que frente al hecho revolucionario de Cataluña estaba asimismo el hecho revolucionario de España entera. Nosotros preveíamos que Maciá acentuaría a la postre el carácter revolucionario de su pobre gesta, y por eso pedíamos una urgente intervención revolucionaria que no se detuviera ni ante los posibles cuadros de fusilamiento.

Días pasados ha dicho, en efecto, Maciá que él se apoya en un hecho revolucionario. El Gobierno derrotista de Madrid no ha sabido responder con honor a esa procacidad. Ahora bien: sabemos que se acentúa la protesta del pueblo y que en toda España se prepara una ofensiva contra la minoría traidora que hoy sojuzga tiránicamente a Cataluña. Nosotros nos declaramos al servicio de esa ofensiva y procuraremos unificar los esfuerzos.

Pero hemos de salir al paso de una tendencia peligrosísima que con toda ingenuidad acepta un buen número de españoles. Indignados por la perpetua perturbación catalanista, exclaman un: «¡Que se vayan de una vez!» Esa pobre solución haría el juego rotundo a los traidores. Constituiría el éxito radical de los quinientos separatistas que hoy imponen sus gritos a Cataluña por la cobardía y la debilidad del Gobierno de Madrid. Nada de permitirse las fugas. Un pueblo que permite la desmembración de su territorio y que otorga sin lucha patentes de nacionalidad a los núcleos insumisos, es un pueblo degradado, hundido en la vileza histórica, sin voluntad alguna de conservación. Eso de «¡Que se vayan de una vez!» es una blasfemia, en la que incurren de buena fe un gran número de ingenuos.

El deber inflexible es otro. Cataluña no pertenece a un grupo de catalanes. Ni a la totalidad de los catalanes siquiera. Pertenece sí a España, es España, y los catalanes tienen derechos en Cataluña sólo en tanto son españoles. Conspirar contra España es conspirar contra sus derechos en Cataluña, es despojarse de su cualidad de catalanes.

Ni por sorpresa, ni por despecho, ni por las armas, consentiremos jamás la separación de Cataluña. ¿Conduce a eso una Revolución nacional, que debe tener como meta única la grandeza y la prosperidad de la Patria? ¿Se hace una Revolución para destruir la eficacia del pueblo, que es siempre eficacia de unidad? ¿Tolerará el coraje hispánico el suicidio de la Patria?

Es urgente iniciar la formación de núcleos combativos que se levanten a la primera voz de alarma. Suplantar la debilidad del Gobierno con acción directa del pueblo, que tome a su cargo, como otras veces en la Historia, la defensa última de su propio honor. Que se enlace con el pueblo catalán sano, al que suponemos ajeno a la conjuración perturbadora de los perturbados.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

La expulsión del cardenal Segura

Hemos dicho repetidas veces que en nuestro programa revolucionario hay la subordinación de todos los poderes al Poder del Estado. (Claro que a un Estado nacional, al nuevo Estado que instauraremos, no a las pandillas inmorales de la socialdemocracia constituidas en Estado.) Así, la Iglesia, por muy católica y romana que sea, no puede jamás pretender soberanía alguna frente al Estado.

Ahora bien, lo menos que puede hacer el Gobierno provisional es conseguir que la Iglesia no sea ya nunca un peligro para la soberanía política del Estado. Nada más fácil que conseguir esto. Cuando la emoción religiosa del país -que merece todos los respetos y debe incluso alentarse- recobre su

función estricta, aparecerá como uno de los máximos valores de nuestro pueblo. Pero es execrable que la Iglesia haya sido muchos años sostenedora y amparadora de todos los abusos y de todos los crímenes contra la prosperidad y la pujanza del pueblo español. Creemos, pues, que el Gobierno está obligado a reajustar el papel de la Iglesia en la vida civil de nuestro país.

Pero lo absurdo es que lo haga con el espíritu de un volteriano de hace cien años. O con el de un inspector policíaco del siglo XX.

Cuando Berenguer puso en la frontera a Maciá, el traidor, debiéndolo meter en un castillo, la «conciencia jurídica» de los caballeretes que hoy gobiernan puso el grito en los siete cielos. Y hoy repiten la hazaña ellos mismos, poniendo en la frontera con igual protocolo al Cardenal Segura. Esto indica cómo estamos en presencia de una situación de tiranuelos vulgares, sin vigor ni originalidad alguna. Y el ministro de Justicia comentó aún la severidad y serenidad del Gobierno en este asunto.

Sólo nos interesa destacar aquí que lo hecho por el Gobierno no tiene ni pizca de revolucionario. Esta calidad se hubiera alcanzado si el Cardenal, en vez de ser llevado a la frontera, lo hubiera sido a una cárcel.

¿Es que la táctica del Gobierno consiste en la escaramuza? ¿Quiere entretener al pueblo, como la asquerosa Prensa burguesa llamada de izquierda, con luchas inofensivas en torno a afanes anacrónicos, para lograr que se desinterese del problema revolucionario, hoy de veras candente: la liberación económica?

Ataque de frente a la Iglesia, si es necesario. No nos parecerá mal. Pero evite el Gobierno las escaramuzas. El Cardenal Segura sólo puede tener dos residencias: el palacio episcopal de Toledo o un castillo expiatorio.

Nuestra formula es y será siempre: ¡Nada sobre el Estado! Y la mantendremos, aunque beneficie a los piratas.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Los viejos fantasmas

Por la derecha, por la izquierda y por el centro se encuentra el joven español con ancianidades invaliosas que le discuten el triunfo. Es terrible. Cada día resucita un viejo fantasma, con su voz cascajosa, sus ademanes cansados y su chalina.

La única verdad que admitimos en la hora española es que se trata de una rebelión de las juventudes. Pero a la vez núcleos jóvenes aplauden a los viejos caudillos y elogian los gestos fracasados. He aquí la contradicción. Los jóvenes medrosos son serviles, y se prenden a la cola del falso maestro o de la oquedad fanfarrona de los prestigiosos.

Ahí está aquel don Rodrigo Soriano, famoso mantenedor de gallardías decadentes. Ahí está, aspirante a la actualidad nacional, sin sentirse cadáver, discurseando y levantando polvaredas de -¿cómo se dice?- aplausos.

Pero, ¿en qué ha consistido la Revolución? Nosotros creíamos que, por lo menos, la conquista primera sería la de vernos libres de esas sombras finiseculares que ni saben, ni entienden, ni comprenderán nunca qué nuevos entusiasmos creadores llenan hoy el pecho de los españoles jóvenes.

Don Rodrigo viene del Uruguay, y ya en el Ateneo ha dicho muy serio que en esa minúscula República había que aprenderlo todo.

El truco es sencillo. Si hay que aprender mucho del Uruguay y don Rodrigo Soriano viene del Uruguay, la consecuencia es clara: encárguese al uruguayo don Rodrigo de la Presidencia del Consejo de Ministros.

¿Eh? ¿Qué tal? Esto es dialéctica.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

La presidencia de la República

Ya andan por ahí los pronósticos. Hay que examinarlos con mucha atención. La ciencia de Freud puede descubrirnos cosas estupendas. Algunos claman por el nombre venerable del señor Cossío, a quien nosotros conocemos y estimamos muchísimo. Pero...

El señor Lerroux lo lanzó y ha rectificado. No podía ser menos. La minoría selecta, en cambio, lo sigue enarbolando con unción. ¡Pobre señor Cossío! ¡Convertido en fanfarria electoral para honra y provecho de la casta sacerdotal de la Inteligencia!

El señor Cossío está ya muy viejo. Lo saben los selectos. Dispone de unas virtudes que faltan, por lo común, a la casta. Es un magnífico candidato. Se moriría pronto y abriría paso a otro selecto más joven, jovencísimo. Todo está claro.

Los sueños, sueños son. Pero las pisadas del gigante impedirán los trucos. España necesita de fidelidades, no de vanidades. Los mandos deben ir no a los profesores, no a los doctores, no a los sacerdotes de aquí o de allí, no a los santos laicos, sino al jefe intrépido, de acción y de coraje, que recoja los anhelos hispánicos que hoy surgen.

Hace usted bien, señor Cossío, en no aceptar el honor que le ofrecen gentes tan sospechosas. Buscan la Presidencia para la casta. Creen llegada la hora. Y usted sería algo así como las mujeres, los ancianos y los niños que los cobardes colocan en vanguardia para detener la ola enemiga.

¡No permita usted, venerable señor Cossío, esa mala jugada de la minoría!

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 - Junio - 1931)

Meteoros. Águilas y angulas

He aquí, lector, un San Fermín anticipado. La primera marcha del campo sobre la ciudad. Los pacíficos pamplónicas que esperaban las fiestas del patrono, aún están corre que te corre, como si los siguiera una manada de reses bravas. Por el arroyo quedaron botas de vino, alpargatas con cintas y alguna novela de Urabayen. Venían demandados los hombres de la boina hacia la capital, relajada y viciosa por el violín de Sarasate y los radicales socialistas. Pamplona ya nos es la urbe amurallada, donde Baraja, pequeñín, se enamoró de una rubita y donde los canónigos tomaban el sol por la mañana y el chocolate por la noche. Pamplona iba a subirse la falda y a enseñar un poquito las piernas. Y eso don Jaime de Borbón no lo podía consentir. Mucho menos el espíritu del chupacirios Señante. Y movilizaron a sus energúmenos. No ha sido necesario que el Borbón abandone sus ocios y, como su padre, repita aquello de "Hoy, 2 de mayo día de la fiesta nacional. *Abaco el estranquero."* Bastó un telegramita y una plaza de toros. Como si dijéramos, una mezcla de la modernidad de *El Debate* con la ranciedad cuaternaria de *El Siglo Futuro.* Nada más. Los campesinos abandonaron sus faenas agrícolas, empuñaron sus garrotes, rezaron un Credo, luego se persignaron, y a continuación la marcha fue adelante, hasta Pamplona. Querían religión y fueros. Algo sólido y antiguo, cuya digestión se supiese de memoria y fuera tan sencillo y natural cual la granazón de la cebada. No querían las medias de seda ni las "Charlas al sol", de Heliófilo. Manjares putrefactos de la peor cocina liberal. Querían a *Cristo Rey.* Lo querían a voces. Hasta alguien ha dado su vida por quererlo. Es una lástima y un galardón. Pero ya se sabe que por un rey de baraja francesa hay siempre un infeliz dispuesto a hacer el Cristo.

* * *

Se ha roto la pareja. Conocíamos a varios pares de inseparables: Castor y Polux, Calígula y su caballo, Llapisera y sus botones. Ascaso y Durruti, la pareja anarquista que fue tan célebre en París cuando se organizaban atentados reales en la Embajada por Quiñones de León. Atentados que pagaban después los perseguidos pistoleros. Ahora aparece sólo Buenaventura Durruti en Gerona. ¿Dónde está Ascaso? ¿Acaso teme que lo confundan con un accionista del Banco de Gijón, de los contrabandistas de capitales, y continúa en Francia?

Ole por Durruti, por sus veleidades libertarias, por su intrepidez de inválido —le falta la mitad de su cuerpo—. Por su fama trapisondista, que ha rivalizado un momento con la candidatura de la *Esquerra catalana.*

Organicemos un homenaje al elector desconocido. Al elector que votará el 28 a la gente más conocida de la nación. ¡Oh, la santa democracia del voto! El humilde deber de aupar a los escaños del Congreso al nene de Bergamín o al chico de Ossorio. El sencillo trampolín de los funámbulos. Sin su existencia, antes de las Constituyentes sería la nada y después el Limbo. Los magníficos discursos dormirían empolvados en los anaqueles de la Retórica. Los azucarillos se derretirían solitarios. Por algo el régimen parlamentario te necesita como a los taquígrafos y a los generales Pavía. Por algo representas a la nación y simbolizas la libertad. Tú, paciente y cariñoso, que soportas a los cuneros y al encasillado. Ya no te vendes a los muñidores y vas a decidir la suerte hasta del cardenal Segura. Elector desconocido, ponte alegre, regocíjate; tienes en las manos un arma terrible. Es el voto. La papeleta del sufragio. Si no tienes que comer mañana, échala en el puchero. Pero elige bien: la de Lerroux da mucha más sustancia que la de Alcalá Zamora.

* * *

Tenemos Derecha liberal republicana ortodoxa y Derecha liberal republicana heterodoxa. Partido republicano liberal socialista girondino y Partido republicano radical socialista jacobino, Partido oficial comunista y Agrupación extraoficial comunista, Partido federal puro y Escisión impura de Barriovero, Confederación Nacional del Trabajo y Reconstrucción de la C.N.T., etc., etc.

Así es que en el maremagnum de los partidos políticos de España, como en el Arca de Noé, tenemos un par de animales de cada especie.

* * *

En caso de amarrar el globito de la peseta anda también metido el conde de Limpias. Seguramente se está preparando en París algún milagro de los suyos. Pero en este caso, quien hará los guiños será el contribuyente.

* * *

El partido de la juventud es la pandilla de don Melquíades. Cada día se alistan nuevos mozos. A Miguelito Villanueva, vacila el jefe entre nombrarlo cabo de gastadores o perro mascota del cuartel.

* * *

Como a algunos les persigue el remordimiento, a don Azorín le persiguen las erratas y los lapsus de imprenta. Tendrá que suicidarse antes de la implantación del comunismo.

* * *

Dicen que Martínez Anido se ha metido unos ajos debajo de la axila para tener fiebre y no venir. Otros dicen que está en Navarra organizando guerrillas. Pero, de todos modos, hasta aquí nos llega el olor de algo picante.

* * *

Ya se sabe que todas las cocineras del país están mochales por el ex sargento don Alejandro el Magno (a) Lerroux. Ya se sabe que si no se corta el flan lo harán presidente del Consejo. Y este guiso tampoco sabrá mal a las señoritas religiosas, desde que se insinúan un segundo camino de Damasco.

Antonio Mª Sbert no representará a la F.U.E. Ahora, con Maciá, quiere meter otro matute. Antonio Mª Sbert, antes que nada, es catalán. O mejor dicho, mallorquín. Un paisano de don Juan March. Esto es, un contrabandista valiente...

* * *

Don Manuel Azaña continúa comiéndose a los generales. En cambio, dicen que don Fernando está inapetente y no se atreve a meterle el diente a los obispos.

* * *

Hasta en mi pueblo ha repetido Jiménez Asúa que estuvo en Chafari-nas. Es la diezmillonésima vez. Acaso por eso lo habrá seducido el partido socialista. Para presumir de una víctima de sus virilidades subversivas.

* * *

—Ha sido una jornada muy gris para mí (nosotros escribiríamos morada) —susurra Alcalá Zamora. ¡Pobre don Nicetito. (Es que el nuncio le ha remitido la quinta nota).

* * *

El proyecto de Constitución, que aún no ha nacido, es ya una cosa apo-lillada, hecha de retazos, de sobras de remiendos: Presidente a la francesa, Proyectos regionales de 1914 y camboinos de 1918. Planes de Canalejas de 1911, Miedo del año de la nana a los votos de la mujer. Estamos viendo que hasta Burgos Mazo va a impugnar todo esto por demasiado viejo.

* * *

Por fin, el conde de Romanones no se arriesga como candidato. ¡Qué astucia la de don Alvaro o la fuerza de si no me votan, no me presento!

* * *

Denuncian que don Santiago Alba se ha hecho trapense. Lo dudamos. En todo caso, habrá sido hermano de la paz y de la caridad. Por si ajustician en Zamora a Maura.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 de junio de 1931, pág. 2)

Opiniones de un nihilista sobre la política rusa

Hemos tenido ocasión de hablar en el Congreso de la C.N.T. con N. Lazarevitch, anarcosindicalista ruso, y nos parece interesante publicar sus opiniones sobre la Revolución de su país. No se olvide que la tendencia proletaria a que pertenece fue exterminada por el comunismo triunfante. En España se conocen muy mal los episodios sangrientos a que dio lugar esa lucha, y las declaraciones que siguen aclaran un poco su sentido.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 de junio de 1931, pág. 5. Entradilla)

Un libro de ayer, un hombre de hoy. J.M. Salaverría: "La afirmación española", 1917

Grito de exaltación nacional. Campaña de afirmación nacional. He aquí dos cosas que sería inútil —y, mejor aún, contraproducente, si respetamos su carácter de prescripción medical— revelar con arreglo a una nomenclatura de patrioterismo en uso. En el presente caso, el grito de exaltación nacional tamizado por algodones hidrófilos pierde toda su prestancia him-naria, para ser garrapateado por el *doctor* Salaverría con premuras de receta urgente. Con urgencias de prescripción nacional.

España se encuentra enferma de pesimismo —neurastenia nacional— que emponzoña su intelecto con un morboso deleite masoquista. Y su campaña de afirmación deja un regusto creosotado de reconstituyente nacional; y así, su campaña es un régimen facultativo, y su afirmación española una perentoria vitaminación.

(«La Conquista del Estado», nº 15, 20 de junio de 1931, pág. 6)

NUMERO 16. 27 de Junio 1931.

Nuestras consignas. La movilización armada

Contra los caudillos vendidos al extranjero.

Contra la inercia gobernante.

Contra los internacionales marxistas que traman la disolución de la Patria

Inestabilidad y guerra

Ha de ser muy difícil a las nuevas oligarquías gobernantes realizar su misión traidora sin grandes choques con el pueblo. Esas Constituyentes que ahora se celebran son inoportunas y carecen de la tradición revolucionaria que se precisa para una reforma de ese estilo. Por tanto, el papel que corresponde a los núcleos de acción y de combate es el de declarar facciosas esas Cortes y proseguir la tarea con más firme empuje cada día. No se ventila ya el viejo pleito Monarquía-República; pero están en el aire, a merced de los brazos que triunfen, las rutas decisivas que haya de seguir el gran pueblo hispánico.

Aceptar las Constituyentes es aceptar que la República pertenece a las inmorales pandillas socialdemócratas de que hablábamos en nuestro número anterior. Ellas han convocado las Cortes, impuesto los candidatos, estructurado el censo, usurpado los poderes del pueblo. Las juventudes revolucionarias no deben pactar con esa ancianidad podrida, reclamando para sí el timón de la marcha. Más de una vez hemos dicho que la Revolución actual ha de ser entendida como una suplantación de generaciones. Los viejos farsantes no comprenden las eficacias de hoy y condenarán a la República a mediocridad perpetua. Hay que impedirlo.

Por fortuna, todo está ahí, como premio a las victorias que se obtengan. El liberalismo burgués no se consolidará, porque el pueblo revolucionario rechaza las pacificaciones que se le ofrecen. Por eso hablamos de inestabilidad y de guerra. Hacen falta capacidades heroicas que vibren de fervor nacional e identifiquen el hecho violento con una gigantesca afirmación de hispanidad. Sólo así, llevando la batalla al terreno vigoroso y auténtico, puede resaltar la ambición de las juventudes, que se ciñe a la elaboración rotunda de una España imperial y fuerte. No nos conformaremos sin dotar a nuestro pueblo de instituciones que respondan a las necesidades modernas, y menos aún sin llevar a cabo una reforma radical en la economía que asegure la riqueza y la prosperidad del país. La ramplonería gobernante se nutre de las ideas más viejas y vive ajena en absoluto a preocupaciones de gran porte. Hundida en el siglo XIX, queriendo repetir las hazañas marchitas del extranjero, recluye al pueblo en su expresión más inerme, sin hostigarlo a que se discipline y penetre en las eficacias de esta época.

Por eso nos alegra la inestabilidad que advertimos. Ella permitirá que la Revolución continúe, abriendo paso a las falanges más heroicas. España tiene que batirse, aceptar la prueba violenta que vengue las cobardías de los años mediocres. La socialdemocracia burguesa es hoy el enemigo. Mañana lo será el comunismo. De todo triunfaremos, destrozando lo que obstaculice la ascensión de la Patria. Urge, pues, movilizar aquellos elementos generosos que en esta hora de crisis estimen como superior y más alta la tarea de consagrarse a robustecer la expresión nacional que la caza de libertades burguesas. Queremos que el título de español no signifique liberación cobarde, sino servicio y disciplina, deber de lealtad y de fidelidad permanentes.

El coro repugnante de leguleyos babosea hoy las escalas del Poder e impedirá que surjan y triunfen los temperamentos de guerra, los que enarbolen con ambas manos el afán magnífico de hacer de España el pueblo más poderoso del mundo Esos leguleyos se opondrán a la Revolución porque son cobardes y odian la rotundidad y la eficacia de las batallas. Son, pues, el enemigo, el objetivo de la escaramuza preliminar.

Las milicias civiles -de disciplina militar, pero no militarista- que nosotros hemos comenzado a formar serán movilizadas muy pronto y su consigna es vigilar la conducta de los traidores. Sería vergonzoso que las horas revolucionarias no dispusieran de una organización que garantizase en las jornadas más críticas la fidelidad al espíritu supremo de la Patria. Los grupos provinciales ya constituidos, de acuerdo con las instrucciones que el Comité Central les habrá transmitido por otro conducto, deben apresurar los ejercicios tácticos, perfeccionar las marchas, robustecer la eficiencia de choque, pues todo cuanto ocurre aconseja apresurar la hora de situar nuestras milicias en la calle.

La violencia, primera misión

La prosa de LA CONQUISTA DEL ESTADO puede indignar a los retóricos. Sólo nos interesa la calidez y la eficacia. Las revoluciones se nutren de coraje, no de plañidos, y vence en ellas quien moviliza mayor dosis de esfuerzo en las peleas. Nosotros ambicionamos ser la organización política más revolucionaria que exista en España. Ante nada detendremos nuestro empuje ni la severidad de nuestras consignas. Ello es posible porque defendemos un programa revolucionario que concentra todas las aspiraciones del pueblo y nos moviliza un profundo afán idolátrico por servir a España hasta la muerte.

Todos los peligros reptilean ante nosotros. Se conspira contra la unidad de la Patria. Se rehuye la justicia social, amparando la estructura explotadora de la burguesía. Se entontece al pueblo con licor de festejo y discursos de tópico barato. Se cortan las alas a la ambición nacional, señalando como meta única la farsa estéril del Parlamento, la secularización de cementerios y otras zarandajas.

La emoción revolucionaria es hoy el primer deber y tiene que invadir a cuantos se sientan atraídos por un afán nacional y constructor. Cada hora histórica posee su secreto. La actual se nutre de himno revolucionario y de clarines de guerra. Se multiplica el enemigo con los disfraces más variados. Aquí separatistas, allí derrotistas, allá reaccionarios; en todas partes arribistas y leguleyos.

Hay, pues, que legitimar todos los recursos y aprovechar las horas revolucionarias para reclamar los procedimientos de violencia. Siempre es lícito llegar al atentado personal contra los traidores. Y lo son aquellos que conspiran o permiten la disolución nacional. Los que aprovechan las filas revolucionarias para propagar ideas extranjeras, destructores de la vitalidad hispánica. Los que defienden el régimen económico de la burguesía capitalista, de espaldas al interés del pueblo.

¿No es, pues, legítima la formación de falanges férreas que signifiquen en esta hora una garantía de hispanidad?

Nosotros adoptamos, pues, los procedimientos de violencia. Queremos la acción directa del pueblo, representada por cuadros civiles que posean una disciplina militar. Esa es para nosotros la más firme garantía de que durante la revolución no peligrará el destino superior de nuestro pueblo. Hay que oponerse a las propagandas extranjerizantes, que sojuzgan la libertad del pueblo con ideas antinacionales y derrotistas.

Hay que presentar, pues, ante las energías jóvenes del pueblo el deber de enrolarse en nuestras milicias. España se salvará si aparecen cien mil españoles jóvenes, disciplinados y armados, cuyo propósito único consista en barrer del escenario nacional la voz de los farsantes y de los traidores.

El primer deber es hoy, por tanto, un deber de guerra. Las plañideras pacifistas tienen que retirarse y admirar el empuje de los héroes.

La vitalidad nacional

Saben los lectores que el grupo político que se ha formado en torno a LA CONQUISTA DEL ESTADO sólo admite como afiliados a los españoles de veinte a cuarenta y cinco años. Otras edades son consideradas por nosotros incapaces de comprender y servir los imperativos revolucionarios que nos animan.

Hay que lanzar sobre España el culto de la fuerza y del vigor. Una política que se nutra de juventudes tiene que ser eso. Como réplica a la España setentona, liberal y pacifista que se desprendió cobardemente de los compromisos de honor.

Nada haremos como pueblo si los mejores, los más fuertes, no imponen a los demás la ruta victoriosa. Se escapó por fortuna el melindre demoliberal, en el que hoy sólo creen media docena de botarates. La política parlamentaria sirve tan sólo para seleccionar a los ineptos. La hora actual de España reclama otro género de actuaciones. Cuando la Patria atraviesa un período crítico, sin base ni sustentación definitiva, dedicarse a obtener libertades burguesas es criminal.

Nosotros, la vitalidad joven de la Patria, impediremos que la Revolución beneficie exclusivamente a los enemigos del pueblo. Los gritos de «Libertad, orden, etc., etc.» que dan los españoles sin sangre, los residuos de los años muertos, deben ser anulados por los gritos hispánicos que pregonen el derecho de España a forjarse una grandeza (con libertades o sin ellas), a hacer la revolución económica que concluya con los desmanes burgueses.

El pueblo debe apedrear a los oradores farsantes que le hablan de la libertad. (De libertad para morirse de hambre.) La libertad es burguesa, camaradas, y, por tanto, origen y fuente de tiranías.

Nuestro deber es engranarnos en un régimen hispánico que interprete e invoque el más puro afán constructor.

Hay que centrarse en la época y dejar paso a los entusiasmos nacionalistas, que son hoy la clave de las eficacias del pueblo. *Estado republicano* quiere decir, precisamente, eso: espíritu nacional, fidelidad nacional, servicio a la República.

Pero los invaliosos y los traidores interceptan las rutas. Por ello requerimos el auxilio armado. No debe escaparse la posibilidad que hoy se ofrece de que los españoles auténticos conquisten el Poder e impulsen al pueblo a una tarea constructiva de gran radio.

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 - Junio - 1931)

Juegos peligrosos

Es bien conocida nuestra actitud frente a los entusiasmos revolucionarios del Comandante Franco. De admiración radical. Si en España no brota un manojo de hombres así, con capacidad de sacrificio y de combate, bien poco haremos. Ahora bien, Franco carece en absoluto de sentido alguno nacional, y sus andanzas de los últimos días señalan en él un caso típico de inconsciencia.

Pone en circulación los ideales derrotistas y busca amparo en el domicilio de los traidores. Así su inclusión en las candidaturas de Maciá. Así también sus propagandas en Sevilla, a base de un grito pueril que a ningún andaluz se le ha ocurrido: «¡Viva Andalucía libre!»

No acertamos a ver la necesidad de nutrir las voces revolucionarias con gritos de ese carácter, que a poco que se les analice bordean las lindes gravísimas de la *alta traición*. Sólo una lamentable ceguera para la eficacia histórica de nuestro pueblo explica hoy el afán que sienten muchos por destruir la unidad de la Patria.

¿Se pretende obstruir la tarea del Gobierno republicano sacándole al camino problemas artificiales? Esa es la táctica de los comunistas, que con criminal sangre fría se declaran partidarios de los separatismos regionales. A nosotros nos repugnan esos procedimientos cobardes, y en nuestras campañas contra la situación gubernamental esgrimimos tan sólo la sana rotundidad de nuestra política.

Los objetivos revolucionarios deben ser directos. Hay que tener el arrojo de señalar las finalidades y lanzarse a su conquista de una manera inequívoca y audaz. Por eso, los que enarbolan e interceptan el problema separatista como auxiliar de su acción revolucionaria, nos parecen dignos de desprecio.

Es desde luego increíble que el comandante Franco se entregue a una tarea así, y pierda el timón verdadero de la grandeza de nuestro pueblo, que sólo puede alimentarse de un ciego respeto a la unidad nacional.

Pero no se trata sólo de esto. Desde hace veinte o veinticinco días el Comandante Franco hunde su auténtico prestigio de hombre valioso en la ciénaga de los grupos políticos más irresponsables y absurdos del país. Esos grupos de farsantuelos y de demagogos vulgares, que actúan a la sombra de la ingenuidad popular, ocultándole sus innobles taras. Esas candidaturas grotescas, en las que no falta nunca un artista chusco, un profesor cascarrabias y alguna señorita licenciada que merodea limosnas de vanidad.

El Comandante Franco es algo muy distinto a todo eso, y nos extraña que admita esa índole de fraternidades. Tiene derecho a ir a las Cortes sin necesidad de unirse a elementos invaliosos que juegan con el barullo y la farsa.

El Comandante Franco es un firmísimo valor revolucionario, al que esperan, sin duda, intervenciones de gran fuste. Pero disciplínese en una ruta política, póngase al servicio de las ambiciones nacionales más recias. Sin juegos peligrosos ni contactos mediocres con los espantapájaros del pueblo.

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 - Junio - 1931)

A nuestros lectores

Un cierre inesperado de los talleres donde imprimíamos LA CONQUISTA DEL ESTADO nos puso en el dilema de o no salir esta semana o publicar menos páginas de las que tenemos por costumbre.

Hemos preferido esto último para no perder estos días electorales la comunicación con nuestros lectores. Salimos, pues, con cuatro páginas, y quizá algún defecto de impresión, justificable todo ello por la premura con que nos hemos visto obligados a buscar nueva imprenta.

El próximo número saldremos, pues, con seis páginas como siempre.

Esperamos que los lectores se den cuanta del carácter involuntario de la anomalía y justifiquen las posibles deficiencias de este número.

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 de junio de 1931, pág. 1)

Una carta a "La Conquista del Estado"

Un señor que se dice comunista nos remite una carta singular. Publicamos a continuación los trozos más interesantes. Hemos suprimido algunos párrafos porque habla de nuestras organizaciones de un modo que revela su absoluto desconocimiento de ellas. Como verá el lector, su comunismo es de clase especial, y juraríamos que esta carta no la hace suya ningún comunista español. Su autor parece ser, pues, un solitario; esto es, lo menos comunista posible. Pero es hombre de prosa recia, que comprende bien algunos fenómenos políticos del mundo nuevo. Esto nos basta para estimarle. Vean ustedes:

(«La Conquista del Estado», nº 16, 27 de junio de 1931, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 17. 4 de Julio 1931.

Después de las elecciones ¡Alerta a las Constituyentes!

Sobre todo, la gravedad del episodio de Cataluña.

Los próximos tres meses deben ser de alerta para el Pueblo. Si llega la ocasión y lo reclama el interés de la Patria, hay que movilizarse

El episodio de Cataluña

De nuevo el apoliticismo de los sindicalistas -que en este caso es verdadera incultura política- proporciona a Maciá, en Cataluña, una victoria absurda. Su actitud es indefendible, porque si votan a Maciá por su separatismo contradicen sus declaraciones de siempre, y si lo hacen porque tiene con ellos contactos de índole social y política, entonces reniegan de su tan cacareado apoliticismo. Los diputados de Maciá serán en el Parlamento representantes de los sindicalistas, y su significación, su mandato, tendrá un carácter de extremismo social, pero no catalanista.

De todas formas, el resto de España debe manifestar con energía su descontento por el deplorable episodio de Cataluña. Es raro que las montañas cercanas y el mar próximo no hayan curado de su histerismo a las masas de Cataluña. Pero España requiere esa curación y procurará el hallazgo de remedios eficaces. Sin detenerse ante nada, pues más allá del interés de la Patria no existen acusaciones. Todo puede hacerse y todo se hará.

Nosotros esperamos que las Cortes Constituyentes rechacen el famoso Estatuto que ahora se elabora en Cataluña. Veremos qué hacen entonces esas turbas reaccionarias de Maciá. Si apelan a la violencia, es el momento de aniquilarlas sin compasión. La grandeza de España no puede iniciarse con deserciones ni rebeldías, sino con disciplina y fervor para las rutas de la Patria, que es unidad de esfuerzo y de triunfo. Hay que vigilar las posibles traiciones que se avecinan y exigir los castigos más duros para los que pretendan explotar la errónea deslealtad de una parte de Cataluña. Ahí está como primer blanco el babélico Marcelino Domingo, el del bilingüismo, y sus huestes radicalsocialistas, que se emocionan ante la probabilidad de que los diputados traidores que vengan con Maciá se unan a ellos en la Cámara.

Marcelino Domingo, ministro del Gobierno nacional, apoya las estridencias de los separatistas, las halaga y justifica, para luego implorar el limosneo de sus diputados. Todo se reduce, pues, a egoísmo de partido, sacrificando los intereses más graves de España, a una ambición criminal que equivalga a reforzar su minoría parlamentaria. Puede presumirse la meta nacional que informará a hombres así que pactan con los traidores y hostigan las locuras para aprovecharse de ellas. Si como han insinuado los señores Domingo y Albornoz, los separatistas de Maciá se unen a ellos en el Congreso, habrá que declarar al partido radical socialista enemigo de la Patria, decirlo así a los españoles y cercar a sus hombres con las precauciones mismas que se toman con los leprosos. Desde luego, inhabilitarlos para toda función de gobierno.

Si, como en todas partes se dice, Cataluña va a obtener un régimen en cierto modo autonómico, ello debería traer como consecuencia la debilitación de los núcleos catalanistas, que una vez conseguida su pretensión tenderían a disolverse. Pero ello no ocurre, y he aquí un fenómeno que da plena razón a nuestras campañas. En Cataluña, el timón lo llevan los separatistas, y todo cuanto obtengan les servirá para avanzar más en sus pretensiones. El germen conducirá a la separación radical. Hay que darse cuenta de esto y no hacer luego gestos de extrañeza. Pero la separación es imposible mientras no la tolere el resto de España. Cataluña no es una nación que pueda reclamar derechos de esa índole. Aunque el clamor separatista de Cataluña fuese absoluto, esto es, que fuera unánime, sin una sola excepción, la petición de independencia, España podría y debería contestar con lenguaje de cañón. La separación de Cataluña necesita la voluntad conforme de todos los españoles, y es de suponer que no se degradará el hispanismo hasta el punto de permitir desmembraciones de ese linaje.

Si una mayoría de catalanes se empeñan en perturbar la ruta hispánica, habrá que plantearse la posibilidad de convertir esa tierra en tierra de colonia y trasladar allí los ejércitos del norte de África. Todo menos... lo otro.

El resto de España no ha hablado aún sobre el problema. Y su voz es la decisiva en este pleito.

El desenfreno socialdemócrata

Ahí están cien actas socialistas al servicio de la burguesía. No importa que vociferen y hagan gestos terribles. Sus votos proceden del conformismo español, del miedo al coco revolucionario, del burgués panzudo y mediocre. El sistema electoral Largo Caballero y la cobardía de los demás partidos son las causas del triunfo socialista. Triunfo, pues, artificioso que se desvanecerá en la primera ocasión. Nada bueno esperamos de los restantes grupos parlamentarios, nutridos todos ellos de gentes retrógradas que viven la emoción política de hace un siglo, pero los preferimos a ese rebaño extranjerizante de la socialdemocracia.

Ya surge entre ellos el apetito del Poder, y no les detiene la consideración de que sus cien actas fueron obtenidas en contubernio con los burgueses. No son, pues, actas de pureza socialista, y este detalle debiera hacerles más cautos. Les ilusiona eso de la «minoría más numerosa», y quieren lanzarse sobre el Poder como sobre las desmanteladas organizaciones obreras que controlan.

Por muy bajo que sea el nivel medio de los diputados constituyentes, pertenece sin duda al socialismo el honor de aportar los cernícalos más ejemplares. Hay que vigilar este peligro e impedir que exploten el argumento numérico que han obtenido por sorpresa. Estamos aludiendo a la tendencia gubernamental socialista que mantendrá Largo Caballero.

El equívoco primordial de la política española consiste en admitir una falsa localización de los partidos. En todas partes las exigencias económicas y las rutas vitales de los pueblos han hecho surgir fuerzas políticas que representan radicalismos de más sincera y fuerte realidad que los que aquí se proclaman ahora. El socialismo representa una trayectoria de gobierno fracasada en todos los países. Por dos razones: una, que su táctica conduce a todo menos a un régimen socialista; otra, y para nosotros la más esencial, que la eficacia económica que pueda conseguir un régimen antiburgués la logran entusiasmos de tipo nacional, que suplantan la discordia de clases con una integración de elementos productores. Es el caso de las economías de Estado, a que se acercan con rara similitud el régimen bolchevista de Rusia y el fascista de Italia.

El socialismo, por tanto, ha cumplido su vigencia histórica. De esas dos razones que enumeramos, la primera la esgrimen con eficacia los comunistas, y la segunda la enarbolamos los que unimos nuestro destino al destino nacional con un novísimo afán antiburgués y constructivo. Sería, pues, lamentable que en una hora así se abriera camino en España la decadencia socialista, cuyas filas son traidoras, según los comunistas, y reaccionarias, según nosotros. (En nuestra opinión, una fuerza política es reaccionaria cuando transcurrida su vigencia histórica se empeña en obtener el Gobierno de un pueblo.)

He aquí la realidad. Los socialistas deben ser bloqueados al menor gesto intemperante, porque significan una fuerza de reacción, y a última hora, un nido sospechoso de intelectuales sin sangre. No creemos que resulte muy difícil evitar el avance socialista, evitando a la vez que triunfe en nuestro pueblo el fraude revolucionario que ellos representan.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 - VII - 1931)

A los lectores de LA CONQUISTA DEL ESTADO

Cada día es más difícil nuestra tarea. El régimen demoliberal bloquea a LA CONQUISTA DEL ESTADO, sometiéndola a persecuciones tiránicas. Es sabido que nuestro periódico no circula en Cataluña, pues los esbirros de Maciá intervienen en Correos todos nuestro envíos. Incluso los números de los suscriptores. Ello sin orden judicial, es decir, arbitraria y despóticamente. El Gobierno se cruza de brazos y permite que el tiranuelo Maciá impida, en nombre de la libertad, la circulación de LA CONQUISTA DEL ESTADO.

Ahora resulta que también el señor fiscal nos lee con lupa, y el número anterior fue denunciado, recogiéndonos gran cantidad de ejemplares, y es de esperar a correo seguido el procesamiento de nuestro director.

Todo esto indica que, como ya se nos había anunciado, las autoridades se disponen a batir nuestras propagandas. Bien. Hemos de equiparnos, pues, para la pelea. Que sostendremos hasta el final, sin retroceder un solo paso. Ahora bien; nuestra táctica será siempre la más eficaz y no vacilaremos en arrostrar las interpretaciones enemigas. Hasta aquí nos hemos dedicado primordialmente a la exposición de unas ideas políticas mozas, de sentido actualísimo y marca revolucionaria, y observamos ya la necesidad de revestir las propagandas de otra clase de alientos que los hasta ahora utilizados.

Equipos de camaradas nuestros irán por las ciudades y los campos con objeto de popularizar las metas ideológicas y tácticas que nutren hoy las páginas de LA CONQUISTA DEL ESTADO. De este modo surgirá un extendido movimiento popular, con una pujanza revolucionaria tal, que su actuación tenga por norma exclusiva el despertar violento del coraje hispánico.

Así, pues, en adelante profesaremos el método directo del mitin a la tarea de escribir cuartillas. Esto no equivale a suprimir la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Es imperecedera; porque le corresponde destacar el espíritu político de la nueva generación, que nosotros representamos. Creemos suficientes cuatro páginas para comunicar semanalmente con nuestros lectores. Ello nos permitirá hacer frente, sin mucho quebranto, a las persecuciones policiacas que nos esperan. De todos modos, intercalaremos números de seis páginas cuando lo creamos oportuno.

No se ocultará a nuestros lectores que esta reforma responde a un afán de *eficacia.* Eficacia es la palabra sagrada del Diccionario. Nosotros sacrificamos todo a una ruta de eficacia. Ella nos ordena ahora reducir las páginas de nuestro periódico, y así lo hacemos. A la vez, disminuimos el precio, que será desde hoy de 0,20 pesetas el ejemplar.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 - Julio - 1931)

Indalecio Prieto y Lerroux

A nadie puede extrañar esta especie de apoteosis de Lerroux. Es un hombre de talentos indudables, que permanecía en segunda fila injustamente. En los últimos años era norma de los jóvenes demoliberales burlarse un poco de la vejez ideológica de Lerroux, sin darse cuenta de que ellos eran de ideas, por lo menos tan viejas, pero sin la disculpa de los años que aquél tiene. Las circunstancias han permitido, sin embargo, que Lerroux adquiera ahora gran relieve y destaque las posibles cualidades de hombre de gobierno que posea.

En modo alguno podemos nosotros prestar al señor Lerroux el más mínimo aliento. Es hombre de otra época, ajeno a la peculiar emoción revolucionaria que informa al mundo nuevo. No obstante, nos explicamos muy bien su éxito entre los rezagados, a más de que su prestancia de caudillo, su auténtico porte de jefe, merecen nuestra simpatía. Al comentar la política española de hoy, no ha de olvidarse que sus hombres se mueven en un orbe de ideas totalmente caducas y que la ruta que se desea imprimir a la supuesta revolución realizada adolece de anacronismo perfecto. Lerroux se destaca precisamente hoy porque su adhesión a la política demoliberal es sólo teórica, pues todo el mundo sabe que en funciones de gobierno Lerroux actuaría con férrea autoridad.

Ahora se levanta Prieto e intercepta la ruta triunfal de don Alejandro. Nuestros lectores saben que en varias ocasiones hemos señalado en Prieto cualidades valiosas. Nos place, pues, verle en peleas decisivas, planteando de un modo audaz los problemas políticos. Prieto es hoy uno de los pocos hombres con talento y energía suficiente para dar cara con toda la responsabilidad a las situaciones más graves. Después de los juicios que antes expusimos sobre el partido socialista parecerá extraño a algunos que elogiemos a Prieto, que figura en ese grupo. La razón es bien clara. Indalecio Prieto no es hombre de emoción socialista -por fortuna para él, claro- ni sacrificará su acción política a una fidelidad cuyos imperativos no le hostigan, sin duda, muy profundamente. Por ello, nosotros presentimos para

en breve una gran escisión en el seno del partido socialista, que tendrá por eje una actitud grandiosa de Indalecio Prieto.

Ahí está ahora, frente a Lerroux, dando paso al primer gesto que ha conmovido a la política republicana. Es posible que las futuras intervenciones de Prieto originen en nuestro país dificultades imprevistas, que sean causa de amplísimas reformas en el estilo político que hoy prepondera. Así, lo natural para casi todos era en estos momentos un gobierno Lerroux. Prieto ha hecho tambalear el equilibrio con sólo unas palabras. No estamos conformes si Prieto pretende con ello encargar al partido socialista del Poder. Pero sea como quiera, basta con turbar el primer sueño de los buenos burgueses, que ya se prometían horas muy templaditas. Lo único fecundo hoy es plantear dificultades, impedir la facilidad y la salvación sencilla. No hemos dado cara aún a esos minutos tremendos que toda revolución alumbra, en los que se fragua la genialidad de la nueva política que en ella nace.

Por eso, todos los fenómenos que ahora advirtamos, representativos de una tendencia a petrificar el régimen, merecen repulsa unánime de los temperamentos revolucionarios. Prieto lo es, en opinión nuestra, y por ello esta pugna con Lerroux, en cuanto no signifique pugna socialista frente a quien les cierra las veredas, nos agrada de modo rotundo.

(«La Conquista del Estado», n.17, 4 - Julio - 1931)

Las reservas de Ossorio y Gallardo

El distinguido viejo político señor Ossorio y Gallardo, jefe de la leguleyería nacional, ha declarado a un periódico que los hombres nuevos deben buscarse en la Academia de Jurisprudencia.

Hay que salir al paso de creencias así, pues el abogadismo ramplón es el mayor culpable de todas las dificultades que obstruyen hoy la ruta hispánica. La supuesta Revolución que dicen se ha realizado fracasa porque fue faena de abogados, sin nervio revolucionario ni grandeza histórica. Se esgrimieron razones jurídicas, se hizo creer al pueblo que bastaba el resurgimiento del llamado derecho para garantizar la victoria de todo.

El primer deber de los nuevos y auténticos revolucionarios es superar esta etapa leguleya e implantar la vigencia de un orden creador, rechazando la cooperación de los charlatanes.

Las horas revolucionarias son imperiosamente ejecutivas, y no se puede tolerar que burlen su impulso las asechanzas de los abogados.

Lo primero es la acción. La virtud primera corresponde al hecho revolucionario, y sólo los hombres que hayan vivido esa emoción ejecutiva de la Revolución pueden luego intervenir en la elaboración del nuevo orden jurídico que de ella surja.

Nada de esas reservas que señala Ossorio. Son gente vieja, incapaces de comprender los imperativos revolucionarios de nuestro tiempo. Se opondrán al triunfo joven; nos petrificarán en las formas fracasadas. Son, pues, elementos reaccionarios que es preciso desenmascarar y destruir.

¿Pues qué dirá un leguleyo ante un deseo joven que consista no en liberarse del deber hispánico, no en aislar su particular destino del destinó nacional, sino en encontrar la disciplina grandiosa a que someterse? Es el milagro optimista del pueblo ruso, del pueblo italiano, del pueblo alemán, de todos los que han superado el régimen liberal burgués y realizan hoy su tarea colectiva, su plan magnífico, su aventura.

¡Abajo los leguleyos!

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 - Julio - 1931)

Meteoros. Águilas y angulas

El catalán es un producto lírico, sentimental y filarmónico como el guirlache. Su existencia, más que de las fábricas de tejidos, depende de cualquier orfeón. Esa es la democracia catalana, democracia de orfeón, que baila sardanas y se va de "aplecs". Así se ha ido reginando su naturaleza de tal modo, que ya no podía resistir sino el Gobierno operetesco de Maciá. También Maciá canta la "Santa Espina" y el ex seminarista Ventura Gassols se la tararea. Pero el buen catalán está contento, ya puede marcharse tranquilo de excursión y tragar bajo su porroncito. No hay que pensar en Lenines y mucho menos en Trotskys, cuando se tiene a un estadista tan revolucionario y además tan musical. El mismo Maurín, que es un aragonés catalanizado, defiende la política del Abuelo y los de la C.N.T. tropezaron con su ideal. El hombre puede retornar a la vida paradisíaca con una orquesta y con un ex-coronel de Ingenieros. Cambó era un terrible perturbador que mandaba traducir los clásicos grecolatinos y que viajaba en yate. Vuelve la Cataluña antigua de los frailuchos de Cervera y de la Marca Hispánica en poder de los carlovingios. El último triunfo electoral ha sido, en efecto, la reivindicación de Ludovico Pío. Sus enemigos fueron derrotados por un casi cura y un casi militar. En adelante, esperaremos a Luis el Tartamudo y a Carlos el imbécil.

* * *

R.I.P., Don José Martínez Ruiz *(Cándido, Arhimau, Azorín)* últimamente no firmaba sus artículos. Educado con los escolapios. Anarquista. Ex-maurista. Antiguo ciervista. Casi director de *La Nación.* Federal. Dramaturgo. Próximo a ser comunista. Sin hijos. Pequeño filósofo. Académico. Fue subsecretario. Nunca gastó paraguas rojo ni se atrevió a visitar la Santa Rusia. Le gustaban los dulces y las violetas, etc., etc.; ha fallecido de melancolía electoral, de remembranza de agua con azucarillos de saudade de Salón del Congreso... Era un alma tímida y ruborizable. Pudo ser un excelente ujier de las Constituyentes!

* * *

Antes de las elecciones: Expulsión de Segura. Expulsión de Marty. Expulsión de Duclós. El Sr. Maura, en vez de ministro de Gobernación, es una especie de pastillas de Santonina.

Cuando las elecciones: El aya Alcalá Zamora: "¿Qué os *paza,* ricos?".

Manolín Ossorio (gimoteando): "Beh, beh, beh. Yo *quero* ser diputado".

Falito Sánchez Guerra: "Y yo *tambén,* y yo *tambén".*

Alcalá Zamora: "Mardita *zea la Estampa* del que se acordó de vuestro *papas* y no de *vosotro,* ziendo tan monines."

* * *

Fabián Vidal parió la mohatrería y mogatacería. Estas dos doncellas han procreado un acta para las Cortes. Los futuros picadores del ruedo constituyente ya tienen caballos.

* * *

De las cinco actas que le sobran a don Alejandro el Magno (a) Lerroux, una será para Bullejos, otra para Senante, otra para Clavo Sotelo, otra para Campón, y la última, que es el acta de defunción, después de haber, de haber recibido los Santos Sacramentos.

* * *

Burgos Mazo, por Huelva; Villanueva por Logroño, y D. Melquíades Álvarez, por Valencia y por Madrid. ¡Y nosotros que no creíamos en la resurrección de la carne! Mas nos aseguran que se trata de la perpetuación de la mojama.

* * *

Los vascos piden Religión y Fueros. Maura pide luz y taquígrafos.

Prieto pide la cabeza de Salomé o los bigotes de Lerroux. Largo Caballero pide la extirpación de los sindicalistas. Nosotros pedimos banderillas de fuego para los mansos y la degollación de los santos inocentes.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 de julio de 1931, pág. 2)

Los Hombres y la Guerra

Así, en el tono que lo hace Pierre Latercier, es lícito hablar contra la guerra. El régimen democrático burgués es el mayor enemigo de la paz. Por más que figure como su cultivador más constante. Sólo se evitará la guerra haciendo posible en la paz las grandezas humanas que la guerra simboliza. Inventando tareas constructivas, esfuerzos, que satisfagan la plenitud del hombre. Ya apuntan estas verdades en las avanzadas de la sociedad nueva. Un ejemplo es el artículo de Latercier, que traducimos de la revista *"Plans ",* oasis magnífico en la desértica democracia francesa. La pacifístería mediocre que padecemos no comprenderá quizá nuestras razones, y seguirá abogando por que los pueblos se hundan en una moral antiguerra, de cobardes, sin suplantación alguna.

N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 de julio de 1931, pág. 3. Entradilla)

Un libro sobre Galán

Dos escritores han publicado una biografía del capitán Galán. De tal modo falsa y mediocre, que si el lector no tiene del héroe otras noticias que las que le suministra ese libro, deduce que se trataba de un hombre absurdo y totalmente invalioso.

Los autores —Arderíus y Díaz Fernández— han volcado, pues, sobre el libro su peculiar ramplonería, que hiere de rechazo al héroe, al capitán Galán, atribuyéndole diálogos pobrísimos, de una estulticia abrumadora.

Además, los episodios revolucionarios en que intervino Galán se describen con antipática petulancia, presentándose los autores, con vanidad de circo, como auxiliares eficacísimos de las conspiraciones. Los hechos aparecen así falseados, con un tinte insoportable de retórica, y despojan de todo interés al libro, que es una fantasía desdichada.

Por tanto, ni las gestas ni los gestos del capitán Galán aparecen en la supuesta biografía. Algunos capítulos donde los autores quisieron aprisionar y exponer las ideas de Galán, sus sueños de carácter social y político, son de tan pobre agilidad conceptual que denotan la zafia incultura de quienes lo escribieron.

Lo artificioso de la biografía no beneficia, como pudiera creerse, la amenidad. El libro es pesado y carece de todo atractivo literario. Es lamentable y perjudica notablemente la memoria de Galán. Deseamos que no sea ésta la ruta que mañana utilice la Historia para fijar el prestigio revolucionario del capitán heroico.

(«La Conquista del Estado», nº 17, 4 de julio de 1931, pág. 3)

NUMERO 18. 11 de Julio 1931.

La tiranía liberal burguesa

Cada día es más notorio el fracaso del Gobierno.

Las filas revolucionarias deben proseguir su ruta.

Es preciso obtener la seguridad de un resurgimiento hispánico.

La hipocresía del régimen liberal burgués

Se comprende que por inercia histórica acepte y tolere un pueblo un retraso de cien años en la vigencia de sus instituciones públicas. Pero es increíble y absurdo que se movilice revolucionariamente para consolidar un anacronismo así. Es notorio que los avances políticos y sociales efectuados en nuestra época, ante la necesidad de lograr nuevas eficacias, tienen todos un sentido antiliberal y antiburgués. Pues bien, en España se tiende al restablecimiento de esas emociones fracasadas y, con la gravedad que supone el que ello se haga en un período revolucionario, se las presenta al pueblo como los resortes valiosos de la nueva política.

Incluso el partido socialista, que por su nacimiento postliberal, al calor de la desilusión democrática, podía adoptar hoy metas más actuales, se une al corro de los ancianos y representa a maravilla su papel zurdo de burgués que quiere ante todo y sobre todo libertades; esto es, que lo dejen en paz.

Pero las victorias de nuestro siglo se caracterizan precisamente porque no dejan en paz a nadie. Las revoluciones realizan el hallazgo de tareas formidables, a las cuales se lanzan con intrepidez y entusiasmo las energías del pueblo. En un momento así, en que el mundo anula y desprecia la cultura liberal burguesa, triunfa en España un conato revolucionario que la exalta y glorifica. El fraude tiene que ser denunciado en la voz más recia posible, y se impone sin pérdida de tiempo la organización de una fuerza revolucionaria auténtica que elimine todo peligro de reacción. Bien entendido que hoy son fuerzas reaccionarias las que orientan su ruta hacia conquistas de orden individual, antinacional y burgués.

Por mucho estrago que la farsa demoliberal haya hecho en las juventudes españolas, hoy las más reaccionarias del mundo, con excepción de pequeños núcleos comunistas y de otros afectos a LA CONQUISTA DEL ESTADO, hay que suponer que dispondrán de coraje revolucionario para alzarse contra la mediocridad victoriosa. Es conocida nuestra filiación anticomunista, pero consideramos que el verdadero enemigo en esta hora es el ambiente liberal burgués, que ahoga todo esfuerzo joven y destruye toda posibilidad de grandeza para nuestro pueblo.

A la desaparición de la monarquía deleznable, conquistaron el Poder unos núcleos invaliosos, educados en las normas políticas de la vieja democracia, que hoy tratan de que repitamos todas las experiencias fracasadas en Europa. El pueblo hispánico tiene sólo dos aspiraciones, ninguna de las cuales puede ser satisfecha por un régimen político demoliberal. Una es levantar en todo lo alto la ruta histórica de la Patria, afianzar sus destinos grandiosos, y la otra es la consecución de una economía próspera que corte de raíz las injusticias sobre que hoy se asienta la producción y el consumo.

Para conseguirlo hay que lograr la imposición revolucionaria de una tendencia en absoluto opuesta a la que hoy dispone del Poder. Hacen falta entusiasmos de tal magnitud, que sólo una intrépida sacudida de nuestro pueblo puede imponer ese triunfo. Si las juventudes desatienden este imperativo nacional, recluyéndose en un facilísimo circuito de ancianidades, y, de otra parte, el proletariado revolucionario no reconoce otras metas que unas quiméricas e imposibles obtenciones sociales de tipo catastrófico, nada podrá realizarse en el área hispánica que posea plenitud y envergadura revolucionaria.

Pero hay más. El anacronismo liberal burgués obliga al Gobierno a insinceridad perpetua. Su política es una sarta continua de falacias y engaños, que nacen del fracaso de los recursos que la ideología hoy triunfante pone en sus manos. Ello es, ni más ni menos, una inmoralidad vergonzosa. El pueblo, que se sabe engañado por unas oligarquías que explotan un mito infecundo, pedirá con rapidez las cabezas de los culpables. Es el acontecimiento que nos queda por ver, el que iniciará de verdad la ruta salvadora.

El régimen liberal, si quiere subsistir, se ve obligado a actuaciones tiránicas. Soportar una tiranía es la máxima degradación de un pueblo. Cuando nosotros hablamos de aniquilar el anacronismo liberal no hacemos, como al parecer creen los tontos por ahí, la defensa de la tiranía. Confundir un régimen tiránico con un régimen creador que obliga a los individuos a enrolarse en realizaciones de tipo nacional, colectivista, es propio de botarates. Así se comprende que aquí nadie logre entender el fenómeno fascista o la dictadura de Stalin, creyendo que se trata de tiranías vulgares, donde un déspota impone y realiza su particular capricho.

La tiranía auténtica es esta que padecemos aquí y ahora, o bien aquella otra de la monarquía. Unos grupos irresponsables suplantan los fines nacionales, atemperándolos a su propio nivel, e impiden las propagandas que hieran sus intereses. Analícense los actos del Gobierno y se verá cómo sus miembros actúan con todas las características y todas las taras de los tiranuelos. No poseen una concepción nacional, una ruta grandiosa que imponer de modo coactivo y, sin embargo, seccionan todo intento eficaz que les perjudique.

Los síntomas tiránicos

Si este Gobierno hubiera proclamado el día mismo de su elevación al Poder la dictadura revolucionaria, nos habría parecido un acto abusivo, porque el origen de su fuerza era un compromiso concreto de conceder al pueblo libertades políticas; pero por lo menos justificaría el proceder despótico a que hoy se entrega con furor. Todas sus actuaciones son de tipo gubernativo, arbitrario. Ahí está como ejemplo su acción contra los intrépidos conspiradores de Sevilla, que son fulminados como traidores y luego se les exime de responsabilidad judicial seria.

Días pasados, el inepto ministro de Fomento, señor Albornoz, entorpeció la marcha de la Confederación del Ebro con una disposición absurda, y porque el ingeniero director, señor Lorenzo Pardo, hombre de capacidad técnica digna de todo respeto, se permite publicar una crítica de la misma, aquel ministro liberalísimo se avinagra, como Primo de Rivera, y con el mismo protocolo que el dictador ordena la formación del clásico expediente.

A todo se resignan los pueblos, menos a no hacer nada. La política de alto estilo consiste hoy, como hemos insinuado antes, en presentar al pueblo planes ejecutivos de tal amplitud que requieran las energías nacionales todas. Si ello no acontece porque el Estado liberal abandona a los burgueses el deber de orientar las rutas económicas y a los corrillos intelectuales el de señalar el curso histórico de la Patria, surgen inevitablemente los conflictos, las dificultades, la paralización y el entorpecimiento de la vida del pueblo.

Ahí está también el síntoma electoral. Se le han impuesto al pueblo unas candidaturas, sin que las propagandas que se hicieron se refirieran para nada a los puntos capitales que abarca una Constitución. Se dirá que se votaban listas de los partidos. Pero es que nadie sabe aún qué piensan los partidos sobre los extremos constituyentes. Ni siquiera qué partidos son ésos. Sólo está clara una cosa: la presa del Poder. Para ello se valoran las minorías y se cuentan sus diputados, sin pensar que en las elecciones realizadas lucharon los grupos en conglomerado y que hay, por tanto, un entrecruce de votos que impide el que ninguna minoría asegure como debidos en rigor a sus partidarios los diputados con que cuente.

Cuando un Gobierno liberal actúa tiránicamente se justifica sólo con la necesidad de mantenerse en el Poder. Ello es intolerable, porque se trata de lo menos Gobierno posible y no tiene derecho a aspirar a que se le reconozcan consustancialidades con los supremos intereses del Estado. En un período revolucionario, el Gobierno liberal debe limitarse a servir de cauce a la ola triunfadora. Si interviene, comete delito de alta traición contra los intereses del pueblo, amparando la legalidad ilegal que precisamente se trata de destruir. Un Gobierno liberal puro fue el de Kerenski, en Rusia. El de Facta, en Italia. Y el desequilibrio alemán de hoy, cuando existen fuerzas jóvenes y revolucionarias que aspiran al Poder, procede de que la intervención extranjera impide que los partidos de Weimar cumplan ese papel histórico de dejar paso libre a la revolución fecunda.

Nuestra defensa del coraje revolucionario

Hay que aplaudir la rapidez con que algunos elementos que contribuyeron a la instauración de la República con las armas en la mano exaltan de nuevo la acción revolucionaria contra los usurpadores. Nosotros alentaremos todo entusiasmo revolucionario, porque sólo movilizando en las peleas las energías jóvenes del pueblo se conseguirá para España el episodio histórico salvador. A la vista de todos están ya la propagandas de la burguesía cobarde, que tienden a desprestigiar los esfuerzos

revolucionarios que surjan. El egoísmo liberal burgués sacrifica la necesidad nacional, que pide actuaciones heroicas, a sus intereses de clase y evita las dificultades fecundas.

Siempre temimos el aborto de la Revolución. Por eso, desde nuestro primer número mostramos disgusto por los poquísimos recursos revolucionarios que se utilizaban contra la Monarquía. Ahora se advierte la razón de aquellas críticas. Nosotros disentíamos de las exiguas metas que se señalaban, porque nos constaba su radical mediocridad. Hoy se precisa, pues, con toda urgencia la reorganización de las filas revolucionarias, adscribiéndolas a una ruta indesviable. Por nuestra parte, para subvertir el actual régimen liberal burgués, nos uniremos sin reservas a todos aquellos grupos de acción que, aun diferenciándose de nosotros en múltiples cosas, admitan, por lo menos, la necesidad de revalorizar la situación hispánica y una economía anticapitalista de base nacional, siempre que a la vez rechacen la ortodoxia comunista. No parece muy difícil una actuación orgánica de ese tipo, recogiendo los núcleos valiosos -y desde luego jóvenes, de veinte a cuarenta años, que es la edad de conquistar revolucionariamente el Estado- que todos los días aparecen desilusionados ante las torpezas y limitaciones del desgobierno liberal burgués.

En las últimas elecciones se ha perfilado ya con vigor rotundo una de esas actividades combativas que necesita el momento español. Nos referimos a la media docena de hombres jóvenes que han luchado en Sevilla con denuedo. Si se sabe prescindir del episodio superficial y se logra fijar en los hechos lo que en ellos hay de dimensión profunda, no podrá nadie negar que las propagandas de Franco, Balbontín, Rexach y sus amigos encierran un secreto de futuro. Estos hombres, con la simpatía cierta de elementos proletarios igualmente jóvenes, han mostrado en Sevilla que es fácil y posible orientar con fecundidad a la Revolución.

Es ahí, en el joven aviador, en el joven obrero, en todo aquel que supere las limitaciones del liberalismo burgués, donde aparece una posibilidad de resurgimiento hispánico. Hay, pues, que alentar la acción de estos núcleos, y si llega el caso, fundirse todos en una eficacia decisiva contra los usurpadores.

Para ello, lo primero es aceptar como recursos de lucha los procedimientos revolucionarios de calidad más alta y no asustarse de las similitudes que la decrépita ramplonería burguesa advirtiese y denunciase en ellos.

Desde el ministro de la Gobernación hasta el periodiquillo zurdo más insignificante han obstruido la ruta de las propagandas a que nos referimos. Pronto se hizo uso de bellaquerías, como esa de considerar a los revolucionarios enemigos de la República. Nosotros protestamos de esa mala fe que el Gobierno liberal de la República ha utilizado contra Franco y sus amigos.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 - Julio - 1931)

La vergonzosa tiranía oficial contra LA CONQUISTA DEL ESTADO

Las horas revolucionarias se están convirtiendo en horas reaccionarias. Y aun algo más grave. En horas de peligro para la existencia misma de la Patria. Nuestro último número ha corrido la misma suerte que el anterior al último. Denunciado por el fiscal y recogido por la policía. Molesta al Gobierno nuestra campaña contra los traidores del separatismo catalán, pues él se sabe cómplice suyo, responsable por cobardía, del vergonzoso crimen histórico que allí se trama. Así acontece el hecho increíble de que un Estado nos persiga por defender su propia integridad. Hasta ese punto andan por los suelos los prestigios hispánicos. Resulta que el Gobierno de Madrid no sólo no nos defiende de los atropellos a que el despotismo de Maciá nos somete en Cataluña, sino que se dispone a torpedear nuestras campañas.

Las libertades políticas conseguidas por el pueblo parece que no alcanzan la robustez suficiente para oponerse con ánimo vivo a la desmembración de la Patria. Unos tiranuelos mediocres confunden los fines nacionales con los de su propio egoísmo, y con inconsciencia de perturbados favorecen las propagandas traidoras.

Nosotros esperamos para muy en breve un levantamiento del pueblo que lance a estos usurpadores y entregue el Gobierno a un auténtico Poder revolucionario. Ya se ve como respetan los

imperativos demoliberales que le dieron el triunfo. Persiguiendo con saña a los pocos periódicos que en medio de la cobardía general dicen con voz recia las verdades amargas. LA CONQUISTA DEL ESTADO reclama libertad del Estado liberal, y no creemos que ello equivalga a pedir peras al olmo. Nosotros, entiéndase bien, hemos superado radicalmente esa etapa decimonónica burguesa que se conforma con el disfrute de las llamadas libertades; pero no podemos otorgar el derecho a suprimirlas a un Gobierno cuya única fuente de Poder es el compromiso de dotar a nuestro pueblo de libertades políticas. Un Estado moderno que emprenda la realización de una gigantesca obra nacional, que actúe de cara a las nuevas eficacias de este siglo, puede, sin duda, sacrificar los afanes críticos y obligar al pueblo a la colaboración grandiosa. Pero un régimen demoliberal, un Estado anacrónico como el que padecemos, es incapaz de tareas así; sus hombres son hombres mínimos, que viven emociones quiméricas y en la práctica propenden al abuso de oponerse a las ideas que perjudican sus particulares intereses.

La persecución que hoy se efectúa contra LA CONQUISTA DEL ESTADO hace patente la hipocresía de los tiranuelos. Como no comprenden las actitudes postliberales de la gente moza, que rechazan sus melindres retóricos, tratan de aniquilar sus medios de expresión. No conseguirán esto los viejos reaccionarios. Nosotros somos inaniquilables. Si el Gobierno nos impide actuar dentro de la ley, persiguiendo despóticamente a LA CONQUISTA DEL ESTADO, nos queda aún el gran recurso grato, después de todo, a las juventudes: el de actuar revolucionariamente fuera de la ley.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 - Julio - 1931)

La ruta de África

Como saben nuestros lectores, postulamos una orientación hispánica hacia tierras africanas. Entiéndase bien que ellos no supone una fusión ni una conquista. España debe hacer precisamente lo contrario de lo que es su misión oficial en Marruecos. Esto es, llevar a África una política antieuropea, despertar en los pueblos sojuzgados —Marruecos francés, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto— una conciencia nacional, una protesta contra los dominadores. Todo lo demás será pura consecuencia. El imperio hispánico se constituirá así, afianzando sus raíces en África. América, no. Porque son pueblos semicultos, que es la peor clase de incultura, y no soportarán la grandeza hispánica. Un redactor nuestro ha hablado de esto al arabista señor González Palencia, y no parece que haya comprendido nuestra idea africana.— N. de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 de julio de 1931, pág. 2. Entradilla)

Meteoros. Águilas y angulas

Trozos de novela por entregas del ministro de Economía: Conspiración... Ocultarse... Incertidumbre... Riesgos.

(Con un gesto de segunda noche de bodas).— Esto ya no puede producir entusiasmo. Indudablemente el señor Prieto castiga demasiado.

* * *

Ossorio y Gallardo hablaba en unas declaraciones con desprecio del señorito energúmeno. Ya sabemos que su debilidad son los señoritos de Jurisprudencia. Y que su fuerza señoritil son los retoños de los grandes papás.

Lerroux ha dicho en Salamanca, que Melquíades Álvarez será en el Parlamento un valor constructivo y estético, sin duda, aunque mucho más bailarina y poco menos palustre.

* * *

Chapaprieta ha sido derrotado. El bebé Ossorio Florit por fin ha triunfado. ¡Arriba la naranja y abajo el limón! Para nosotros, ni lo uno ni lo otro; después de exprimido el poquito zumo, la cáscara sólo sirve para que resbalemos.

Mola y Albiñana, Cornejo y D. Galo, vosotros sois los *sandwichs* de la República. Unos emparedados algo vergonzantes, porque os falta bastante jamón en medio. Por ejemplo, los capitalistas de los Monopolios, los negociantes, los banqueros.

* * *

Han estado a punto de regirse las Constituyentes por un reglamento del año 47. Del año de la Nana. De la época de Villanueva y D. Burgos. Sin embargo, ha prevalecido un criterio renovador: Se regirán por el Reglamento las Cortes de Cádiz. Pero les va a faltar la libertad.

* * *

Ya podrán casarse las telefonistas. Es el último homenaje de la Compañía a la telefonista de Ayerbe. Berenguer le había mandado la pulsera de pedida (o despedida). Y la pobrecilla no podía formalizar la boda.

* * *

Frases de Romanones: El dinero deja de ser arma eficaz en las elecciones...

D. Álvaro, muy agradecido al Gobierno por este ahorro, ha terminado diciendo: Después de ocho años de dictadura...

Con tal de no soltar una peseta, se confiesa tocayo de Primo. Ocho años de dictadura, ¿por qué no se le enchiquera?

* * *

A Pedregal, que ha sonado un poquito para presidente de la República, se le podría preguntar como a un antepasado en 1873: pero ¿quién es Pedregal?

* * *

Señoras: aquí tienen a *Crisol,* que está injuriando a su Señora la República: Por caro y por malo.

* * *

El residente francés en Marruecos ha querido recordarnos su prestigio y su poder. Ya llegará algún día en que le cantemos el Himno de Riego o La Marcha del Nuncio. O que le mandemos a los comunistas para que los colonice.

* * *

El Banco de Cataluña ha suspendido pagos. Sr. Maciá, éste es un aviso providencial del Altísimo. Cuando un banco se hunde, a cualquiera se le pueden quebrar las piernas.

* * *

Antes la Guardia Civil era tabú. Pero desde que han actuado de electoreros, cada noche el pueblo se carga a un tricornio.

Los jesuítas entran triunfalmente en Orihuela. Los otros jesuítas en la Institución Libre. Ni Papa negro ni papa color de rosa. Aquí hace falta un tío.

* * *

Todo el romanticismo dulzón y aguanoso como el ministro de Justicia, glorificaba al condenado a muerte. Pero también es cierto que glorificaba al verdugo. El que estaba próximo al garrote vil era objeto de delicadezas de solterona por parte de los poetas del momento. Desde Víctor Hugo a Zorrilla. Era ahorcado, pero sus últimos instantes transcurrían entre la tortilla con patatas, el puro con sortija y el padre capuchino; después y antes de la horca, caían sobre su humanidad pecadora quintillas, odas y romances. Hubo gente que comparaba tal carguito con el de reina de Juegos Florales. Y hasta algún presumido, adrede, asesinó a su costilla para que los periodistas le dirigieran preguntas tontas en el umbral de la muerte.

Ahora va a ser imposible toda esto; se suprime la pena capital y este rasgo tan humanitario de la República privará de realce a unos cuantos candidatos al finibusterre. Ahora cualquiera podrá ser asesinado por la Guardia Civil, pero no conseguirá ya nunca que le aprieten el pescuezo. Es una profesión que va a quedar vacante. Y es una lástima: primero, porque no sabemos a qué se han de dedicar de ahora en adelante los Hermanos de la Paz y la Caridad. Acaso ingresen en una compañía de circo para amaestrar focas; segundo, la gracia soberana del indulto con intercesiones del obispo de la diócesis, la Junta Protectora de Animales y las fuerzas vivas, perderá color y treme-bundez, y tercero, esa bandera negra que ondeaba en la Cárcel luego de la ejecución, desaparecerá para siempre como la de los antiguos piratas.

Por lo tanto no debemos felicitar a todos aquellos que tenían vocación de morir y triunfar en el garrote. Sino por el contrario, y considerándonos perjudicados por la sensibilidad burguesa del Estado, concederles una indemnización, y además, permitirles que pongan en sus tarjetas de visita: Fulanito de Tal, condenado a la horca, en situación disponible; o Menga-nito de Cual, reo de muerte, en la primera reserva.

Al lado del monstruo norteamericano de la Telefónica, el minúsculo sindicalista español, chiquitín y original por su pobreza, por su gesto valiente y absurdo. Sin embargo, gigante en entusiasmo, en violencia y en tozudez. El rascacielos yanqui mira de reojo despreciativamente al huelguista. Le parece ser una cosita microscópica, como una chinche, que le picase como un mosquito que la asaeteara. La Compañía está orgullosa de su influencia oficial, de su poder en los periódicos liberales y en los guardias de asalto. Con el huelguista sólo van el gandul de aquella esquina, el desocupado de la calle, la niñera del entresuelo y el zagalón de los barrios bajos. Buena gente castiza y desinteresada que le ayudan en chuflearse de los Romanones y en asustar un poco a los burgueses. Cuando nadie se acuerda de meterse con el capital extranjero, es un respiro y una compensación que las masas plebeyas le corten los bigotes a Sansón.

* * *

Dijimos que meterse con Dios no es aquí nada. Pues al fin y al cabo, Dios está en todas partes y ya se iba haciendo algo molesto. También dijimos que era muy diferente faltar a la Virgen. Que sólo está en Sevilla y que es la novia de todos los españoles y la confidente de todas las españolas. En efecto, mientras los *Sin Dios* siguen tan ateos y tan ilesos, el doctor Vallina ha ido a remojarse en una alberca al querer sabotear a María Santísima.

—Usted sabe, Vallina, que somos grandes camaradas suyos: por eso le aconsejamos que siga amenazando a los latifundistas, pero deje en paz a la Virgen, que la Virgen es capaz de aparecérsele una madrugada y convertirlo al bizkaitarrismo.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 de julio de 1931, pág. 2)

La cuestión del "dumping" ruso

El escritor yanqui H. R. Knickerbocker termina de publicar un amplio y documentadísimo reportaje sobre la situación actual del comercio ruso. Publicamos la parte de él que habla del supuesto "dumping", pavor de los puertos comerciales europeos. Knickerbocker posee de todo cuanto escribe documentación directa, obtenida de "visu" durante su viaje por los centros productores de Rusia. Por eso sus trabajos alcanzan gran interés, el que les presta la seguridad de que no son una fantasía más de las que circulan sobre los problemas económicos rusos.— N de la D.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 de julio de 1931, pág. 3. Entradilla)

La vergüenza de la Telefónica

La huelga de los empleados y obreros de la Telefónica pone a la orden del día esta bochornosa explotación del capitalismo extranjero. Se asustan las gentes cobardes de que propugnemos en esta hora una política de defensa nacional. No despierta su coraje ni este espectáculo de los teléfonos en manos de extranjeros, negocio criminal que proporciona a los colonizadores yanquis cien millones de pesetas, que hurtan a la economía de nuestro pueblo.

Sonroja de vergüenza contemplar cómo el Gobierno del pueblo (?) hispánico facilita a la compañía extranjera toda la coacción oficial de que dispone para ahogar las aspiraciones de los huelguistas. La prensa repugnante de la izquierda, que tanto presume de defender los intereses del pueblo, destaca las frases de desaliento y se calla la protesta clamorosa que debiera brotar de todos los pechos hispanos en ayuda de los españoles que luchan.

El negocio de los teléfonos, en las condiciones en que se ha hecho la concesión por el Estado, sería un intolerable abuso aun en el caso de que fuesen capitales españoles los favorecidos. Júzguese, pues, la iniquidad que representa el hecho de que sea la rapacería yanqui la que se aprovecha de nuestro suelo como de una colonia.

El Gobierno está en la obligación de declarar este asunto como algo muy directamente relacionado con el honor nacional, y debe intervenir en él con ímpetu revolucionario. Hiera los intereses que hiera, provoque las iras que provoque. Aunque ello suponga una visita de la escuadra yanqui a nuestras costas, pues veintidós millones de españoles sabrán rechazar la baba de los negreros.

Pedimos la inmediata rescisión del contrato con la Telefónica, y desde luego, que sin pérdida de minuto el Gobierno obligue a la Compañía a admitir las justísimas peticiones de los empleados y obreros en huelga.

Hay que iniciar en España la lucha heroica contra los explotadores, comenzando por aniquilar toda influencia extranjerizante. Ello no puede hacerse sino a base de una intervención revolucionaria de todos los elementos sanos de la Patria, que se agrupen en torno a la necesidad de robustecer y levantar los ánimos de nuestro pueblo.

Todos los que amparen o defiendan los intereses de estas grandes Compañías extranjeras deben ser declarados traidores y castigados con el máximo rigor. El honor nacional obliga a que se utilicen todas las armas, y el que no pueda de otro modo, que boicotee la Empresa, negándole su colaboración y su trabajo. Las organizaciones obreras que hoy luchan tienen derecho al auxilio de la nación entera, pues su esfuerzo simboliza la liberación del pulpo extranjerizante. El Gobierno y la prensa deben ser acusados de un delito de alta traición, porque en vez de favorecer y amparar los intereses de la Patria, ponen la fuerza oficial al servicio del enemigo, del extranjero despreciable.

(«La Conquista del Estado», nº 18, 11 - Julio - 1931)

NUMERO 19. 25 de Julio 1931.

Nuestra angustia hispana

Los elementos sanos y jóvenes de la Patria deben conquistar inmediatamente el Poder

El Estatuto separatista de Cataluña

Ya conoce toda España el Estatuto elaborado en Cataluña. Pues bien, esa consigna cobarde de «no crear conflictos a la República» ha interceptado sin duda las protestas. Así acontece el absurdo de que se invoque esa consigna para detener nuestras campañas contra el separatismo, y no se les ocurre, en cambio, a nadie invocarla con más oportunidad para que en Cataluña contengan sus exigencias hasta que se consolide la República. Si es un peligro para la República combatir el Estatuto de Cataluña, ¿no lo es también, y primordial, el hecho de que ese Estatuto se presente? Asistimos a una ola de cobardía que amenaza apoderarse de la situación política de nuestro país. Se eluden los problemas, aceptándolos tal y como se presentan, sin someterlos a disciplina nacional. El centenar escaso de personas que controla hoy los puestos directores es capaz de otorgar las concesiones más graves con tal de que desaparezca de su ruta una dificultad levísima.

En un momento así presentan su *ultimátum* los separatistas de Cataluña. Hasta hace un par de semanas creíamos en la posibilidad de que las Cortes rechazasen con indignación ese Estatuto, que equivale a una desmembración del territorio nacional. Hoy nos tememos que el crimen histórico sea consumado y que los traidores, de espaldas a los intereses de la Patria, firmen la disolución de nuestro pueblo. Porque es preciso llevar a la conciencia de todo español que no se trata de una simple autonomía regional dentro del Estado, sino de reconocer una nacionalidad, una soberanía política frente a la soberanía española. El Estatuto se despoja tan sólo de las atribuciones molestas y acumula para el Estado (¡!) catalán el control de toda lo que constituye la actividad fecunda de un pueblo: Enseñanza, justicia, tributación, poderes gubernativos, incluso el ejército, pues no se olvide su reclamación de que se nutran de catalanes los regimientos de Cataluña. (Tabores de policía indígena, como si dijéramos, al mando de oficiales españoles.)

Asistimos, pues, al triunfo del criterio separatista. Pero lo más grave del episodio no es a la postre la independencia de Cataluña, sino que ello se realice y consiga a costa de la vitalidad española. La cobardía gobernante ignora, a pesar de la estrategia de que presume el señor Azaña, que es facilísimo detener la audacia de los perturbadores. Existe un plan, ideado por los separatistas, para lograr sus anhelos íntimos de independencia. Sería suficiente bloquearlo con energía.

Acerca de este plan traidor escribíamos hace más de un mes:

«Existe todo un programa de asalto a la grandeza hispánica. La política separatista se propone realizar sus fines en tres etapas. Una, la actual, encaramándose a los puestos de influencia en Cataluña, y desde ellos educar al pueblo en los ideales traidores. Otra, intervenir en la gobernación de España, en el Poder Central, con el propósito firme y exclusivo de debilitar, desmoralizar y hundir la unidad de nuestro pueblo. Por eso sostenemos que no hay que prestar sólo atención a lo que los catalanes pretendan y quieran para Cataluña, sino más aán a lo que pretendan y quieran para España. Su segunda etapa consistirá, pues, en debilitar nuestro ejército, esclavizar nuestra economía, enlazar a sus intereses las rutas internacionales, propulsar los nacionalismos de las regiones haciéndoles desear más de lo que hoy desean; lograr, en fin, que un día su voluntad separatista no encuentre en el pueblo hispánico, hundido e inerme, la más leve protesta.

»La tercera etapa, cumplida en el momento oportuno, consistirá en la separación radical.»

Estamos, pues, ante un caso de defensa nacional. Nosotros pedimos que si el Gobierno no se atreve a hacer frente a la auténtica gravedad del episodio de Cataluña, recurra al pueblo, que éste sabrá defender con las armas la intangibilidad del territorio patrio.

Falta esta prueba a los catalanes separatistas: la del heroísmo. Carecen de ejecutorias guerreras, y por eso el resto de España debe obligarles a batirse.

Por nuestra parte, tenemos muy cercano el síntoma de que se les defiende bien aquí: una maniobra policíaca del Director de Seguridad me envía a la cárcel, sin intervención del juez, como preso gubernativo, por el nefando delito de defender la integridad del Estado. Ya llegará el momento

de nuestra justicia y la persecución implacable de los traidores, que no vacilan en obedecer las órdenes de Maciá; esto es, del enemigo iracundo contra LA CONQUISTA DEL ESTADO, por la irreductibilidad de nuestro gesto.

Todo esto conduce a la afirmación de que es precisa una segunda etapa revolucionaria. Con la máxima urgencia debe arrebatársele el Poder a las actuales oligarquías, que no tiemblan ni ante la probable ruina de la Patria. El pueblo se sabe ya defraudado y no será difícil movilizar sus ímpetus contra esta situación escandalosa, que para colmo de descrédito procede con despotismo monárquico para ahogar las voces disidentes.

La ruta a seguir frente al separatismo no puede ser otra que ésta: debe desmenuzarse su Estatuto en las Cortes y disminuir sus pretensiones en un ochenta por ciento. Para ello es suficiente un acuerdo de las fuerzas de Lerroux, las socialistas y derecha republicana. E imponer con energía la decisión de las Cortes. Es decir, entregar el pleito a la decisión suprema de la violencia.

El nerviosismo social. Las huelgas

Se ha hecho, a medias, una revolución política que es un puro anacronismo. Cuando la realidad de nuestro tiempo desaloja de todos los países a la reacción liberal burguesa, surgen aquí dos centenares de farsantes con la pretensión de que esas emociones anticuadas presidan la elaboración del nuevo Estado.

Distingue a la hora universal su carácter colectivista, de esfuerzo sistemático, y, por tanto, presentarse ante ella con equipo individualista y liberal, es caminar al fracaso con todos los honores del ridículo. El orbe social más sensible, que es el de las realidades económicas, canta ya con insistencia esa gran verdad. Las huelgas numerosas y la depresión enorme que se advierte en toda clase de negocios son tan sólo un leve chispazo de la auténtica catástrofe que hoy se incuba.

Si los microcéfalos gubernamentales, en vez de condenar las huelgas con melindres retóricos, se dedicasen a comprender y edificar una economía robusta, antiliberal y disciplinada, antiburguesa y nacional, advertirían el crasísimo error en que hoy andan revueltos. Pero no es posible, de un lado, halagar el espíritu burgués con esas grandes oquedades parlamentarias, y de otro, arrebatarle la libertad económica, que es la única que en el fondo le interesa.

El secreto consiste en el hallazgo de un tipo de Estado que anule las dispersiones económicas. Esto es, las indisciplinas de los productores. Hay que suplantar la función que hoy corresponde al capricho e intervenir las economías privadas con propósito de eficacia colectiva. Nosotros creemos muy saludable este reguero de huelgas, porque contribuirá a desequilibrar los falsos equilibrios. De otra parte, son movilizaciones revolucionarias, de las que nuestro pueblo está hoy más necesitado que nunca. La batalla social, a base de huelgas y choques con la reacción parlamentaria, puede proporcionarnos ocasión para entrenamientos decisivos. Frente a los burgueses timoratos que se asustan del coraje del pueblo, aplaudimos la acción sindicalista que, por lo menos, reanuda las virtudes guerreras y heroicas de la raza.

Comprendemos muy bien que las masas proletarias no tengan el menor interés en consolidar el régimen que ahora se inicia. Eso que se dice consolidar la República equivale, realmente, a la estabilización de los grupos oligárquicos que disfrutan hoy del Poder. De ahí que nosotros, hombres jóvenes que deseamos para España un régimen heroico, capaz de todas las audacias de nuestra época, y sobre todo exaltador hasta el fanatismo de las grandezas hispánicas, coincidamos en la protesta con los núcleos obreros que se insurreccionan. La consolidación de la vereda que hoy triunfa supondría para nosotros la pérdida de toda esperanza de resurgimiento hispánico. Están en el Poder las tendencias mediocres, decimonónicas, es decir, reaccionarias, capaces a lo sumo de hacer de España una repugnante democracia burguesa y parlamentaria.

Pero no necesitamos acudir a argumentos políticos para explicar la profusión de huelgas. El panorama gobernante no ofrece a las falanges obreras ni a elemento productor alguno garantías de eficacia para el porvenir. Un régimen puramente espectador que «deja hacer», sin prestar orientación genial a las energías del pueblo, es lo único que se advierte en el futuro del Gobierno. Por eso hay que eliminarlo.

Las huelgas son, pues, lógicas y el ímpetu revolucionario debe seguir a la orden del día.

El discurso reaccionario de Azaña

Ha de ser muy pasajera la popularidad de este señor Azaña, en quien nosotros denunciamos un manojo de afanes turbios. Estos intelectuales rumiantes, que viven con más de un siglo de retraso,

añorando las emociones más viejas, son quizá el máximo peligro para la flexibilidad de la República. Su discurso último, a base de tópico liberal y amargor de resentimiento, ha sido sin duda ninguna el fenómeno más reaccionario desde el 14 de abril. Su retórica de vieja gruñona, iracunda, cantando la «hermosa conquista de la libertad», es un verdadero atentado a la sensibilidad política moderna.

Todos los que estamos acostumbrados a dirimir contiendas políticas frente a hechos e ideas propios de este siglo, colectivista y antiliberal por antonomasia, al tener que oír -por radio, se entiende- discursos de la cavernaria ideología del señor Azaña, nos quedamos sorprendidos. Para nosotros -y en esto coincidimos con los comunistas, nuestros encarnizados enemigos-, un hombre que dice emocionarse ante la libertad, a secas -¡oh, la libertad!- o es un disminuido mental o es un farsante.

No nos cansaremos de decir que nuestra época encomienda a los Estados políticos la tarea de conseguir para el esfuerzo del pueblo una garantía de eficacia. En el siglo XIX se creyó con ingenuidad seráfica que el Estado cumplía su misión, haciendo posible la libertad de los individuos. El burgués necesitaba, es claro, la libertad para desenvolver sus negocios, de espaldas a los intereses del pueblo. La economía, las razones económicas, han sido las primeras en asestar a la concepción liberal burguesa un golpe decisivo. Por eso, el grito liberal es ya un grito reaccionario, cuyo triunfo equivale a marchitar las posibilidades grandiosas que pudieran dibujarse en el porvenir de un pueblo.

España necesita precisamente la victoria de una disciplina nacional que ponga en circulación a viva fuerza los ímpetus ocultos. Los liberales como el señor Azaña creen que lo primero es la satisfacción egoísta de los afanes de cada uno, y lo segundo cualquier otra cosa. Pero acontece -y ésta es la gran verdad de la época- que los individuos hoy no se satisfacen, sino sabiéndose colaboradores con los demás en alguna empresa de algún fuste. No hay alegría que supere a la del trabajador ruso al aportar su esfuerzo a la realización del plan staliniano. En Italia aparece el mismo fenómeno de modernidad, pues todo fascista se sabe engranado en la disciplina nacional que el fascismo impone.

Aquí, en España, tenemos en cambio que sufrir estas vejeces. Que, como han perdido toda eficacia política, se convierten en armas tiránicas contra el pueblo. A puro querer imponernos la libertad, el Gobierno liberal burgués de la República ametralla y encarcela al pueblo. El señor Azaña, a quien reconocemos cierta inteligencia, sabe de sobra que eso de «ciudadanos libres», tan repetidas veces celebrado en su discurso, es pura farsantería. Sin ir más lejos, podríamos citar el caso de la destitución de López Ochoa, seguida del «gesto democrático» del señor Azaña de negarse a explicar a los «ciudadanos libres» el motivo de la destitución. Y es que estos liberales cucos son todos ellos de un orgullo despreciable y tiránico. Cuando desde el Gobierno se vitorea mucho a la libertad hay el peligro de que ello se haga para que el pueblo tolere al gobernante la libertad de hacer lo que le venga en gana.

El señor Azaña alentó traidoramente en su discurso los afanes separatistas de Cataluña. Es la consecuencia última de la reacción demoliberal: si otorga libertad a los individuos, ¿por qué negarla a las regiones? He aquí un plan más rápido para conseguir la disolución de nuestro pueblo, entregados sus destinos al arbitrio cobarde de estos hombres, sin grandeza para encararse con un porvenir difícil y glorioso.

El señor Azaña preside un grupito de intelectuales que se identificó, al parecer, con su discurso. He aquí el triste papel de los intelectuales españoles: el de ir siempre rezagados. Hoy, que se precisa ir dibujando los contornos de una civilización postliberal, creadora de mitos colectivos, de pueblo, para lo que es imprescindible una vanguardia intelectual, tenemos aquí el triste espectáculo de una regresión, de un retroceso. Y tiene que ser el sindicalista ciego y anónimo, el luchador impenitente, quien marque una ruta de violencia, de creación y de gloria.

Pero el imperio hispánico surgirá.

Cárcel Modelo.

(«La Conquista del Estado», nº 19, 25 - Julio - 1931)

NUMERO 20. 3 de Octubre 1931.

Declaración ante la Patria en ruinas

Estamos aquí de nuevo, esgrimiendo con ambas manos la vibración nacional que nos sostuvo la primera época. Es imprescindible nuestra voz, porque yacen abandonados y traicionados los ideales supremos de la Patria. El Gobierno de la República sigue la ruta de los dos siglos borbónicos, siglos de deslealtad y de penuria, a pesar de lo fácil que habría sido ahora conectar el entusiasmo revolucionario del pueblo con los grandes alientos de la raza.

Nosotros -las juventudes revolucionarias y fervorosas- no podemos asistir callados a la consumación de los crímenes. El hecho de que se ofrezca a la generación nueva el crudo espectáculo de la disolución nacional, presentándola incluso como remedio a una era de catástrofes, lo entendemos sólo como una provocación que nos hace la caducidad miserable de los traidores. Estos grupos que se disgregan y abandonan los compromisos de unidad merecen nuestro desprecio, y frente a ellos y contra ellos levantaremos bandera de exterminio, amparados en el esfuerzo y el coraje que nos presta el sentirnos herederos responsables de una voluntad nacional única.

Nadie podrá comprender jamás que un pueblo identifique su meta revolucionaria con el logro de su exterminio. Los núcleos pseudorrevolucionarios que hoy gobiernan no han dado de sí todavía otro producto revolucionario que la destrucción de la unidad nacional. Alguien -téngase por seguro- responderá de modo bien concreto de la tremenda responsabilidad que ello significa. Ha empezado un nuevo ciclo de responsabilidades, con unos cuerpos de delito tan notorios que el más ciego advierte la proximidad de los castigos.

A la sombra de estas deslealtades, la propaganda comunista y anarquista consigue que sus fuerzas estén ahí en reserva, por si la socialdemocracia no logra ella sola efectuar la ruina nacional. Nada existe hoy en España que ofrezca garantías de que semejantes peligros van a ser batidos eficaz y heroicamente. Los núcleos más afectos a la Iglesia están invalidados; porque ésta, al fin, con tal de salvar ciertos intereses de cierto clero, pactará incluso con el demonio. Y los que conserven apego esencial a la Monarquía poseen el virus extranjerizante, antiespañol, que caracteriza a la dinastía borbónica.

Sólo resta, pues, la formación heroica de **Juntas de ofensiva nacional** que, apelando a la violencia, destruyan por acción directa del pueblo los gérmenes disolventes. Ahora bien; no puede olvidarse por nadie que ello es tarea revolucionaria, y, como tal, requiere el aprestarse a una acción de choque con las avalanchas enemigas. A la vez, una línea de reconstrucción nacional, que abarque y dé satisfacción a las exigencias económicas de nuestro pueblo. El fracaso rotundo de la plataforma liberal y parlamentaria favorece esta tendencia, que aparece en todas partes como la única posibilidad creadora y constituye el nervio de esa concepción nuestra -tan mal entendida- de un sindicalismo económico, de Estado, al servicio de fines exclusivamente nacionales.

Las fuerzas obreras viven hoy con angelical inconsciencia la aventura marxista, por lo cual sirven ingenuamente a los ideales traidores. Hay que propagar entre las filas obreras la rotunda verdad de que una sociedad socialista constituiría para ellas la esclavitud vergonzosa a una burocracia voraz e irresponsable. Nuestro frente no puede tolerar que la ingenuidad de los hijos del pueblo haga que identifiquen el logro de sus aspiraciones con la destrucción de la voluntad nacional.

La salud de la Patria exige, pues, el aniquilamiento de los partidos de orientación marxista, incapacitándolos para intervenir en la forja de los destinos nacionales. Nuestra actual promesa, nuestro compromiso de juramentados para garantizar un inmediato resurgimiento de la Patria, consiste en la afirmación de que no retrocederemos ante ningún sacrificio para sembrar en el alma del pueblo la necesidad vital que sentimos como españoles El marxismo es teóricamente falso, y en la práctica significa el más gigantesco fraude de que pueden ser objeto las masas. He aquí por qué se impone liberar a las masas de los mitos marxistas.

Las tácticas a que responderán las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.),** que estamos organizando, se basan en la aceptación de la realidad revolucionaria. Queremos ser realizadores de una segunda etapa revolucionaria. Nos opondremos, pues, rotundamente, a que se considere concluso el período revolucionario, reintegrando a España a una normalidad constituyente

cualquiera. Hemos de seguir blandiendo la eficacia revolucionaria, sin que se nos escape la oportunidad magnífica que hoy vivimos.

Necesitamos atmósfera revolucionaria para asegurar la unidad nacional, extirpando los localismos perturbadores. Para realizar el destino imperial y católico de nuestra raza. Para reducir a la impotencia a las organizaciones marxistas. Para imponer un sindicalismo económico que refrene el extravío burgués, someta a líneas de eficacia la producción nacional y asegure la justicia distributiva. Esa es la envergadura de nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.),** a cuya propagación dedicaremos desde hoy toda la voluntad y energía de que dispongamos.

Esa es nuestra declaración jurada, al dar nacimiento hoy a una liga política que sólo admitirá dilemas de sangre y de gloria: O el triunfo, o la muerte.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 - Octubre - 1931)

La dramática realidad de las Constituyentes

Ahí están esos cuatrocientos hombres laboriosos y monótonos. ¿Qué van a constituir? ¡España! Esta España nuestra, con dolencia de siglos, que hoy vive injuriada y traicionada como nunca. Es trágico observar ese panorama constituyente. Los supuestos elegidos desconocen la trayectoria triunfal de España, son ajenos a ella y maniobran en los recintos sagrados de la Patria para satisfacer egoísmos de tribu o resolver los tropiezos de cada día.

La Cámara propiamente no existe. Se entrega al último que habla, si éste es de los diez o doce oradores que allí gozan prestigio de genios. Sólo el bajísimo nivel de la Cámara explica los aspavientos y admiraciones con que se comenta alguna que otra intervención discreta. Parecen hombres recién llegados de la selva, que se sitúan por vez primera ante personas que discurren, y en cuanto a la mecánica de eso que allí llaman minorías parlamentarias es difícil hablar serenamente. Son grupos irresponsables, formados al azar, sin fidelidad a otra disciplina que la que imponga el interés del clan. Júzguense, si no, esos espectáculos tan tristes que allí se ofrecen. Una de las minorías más numerosas se convirtió en federal -es decir, dispuesta a votar una estructura federal de España- con el exclusivo objeto de enfrentarse con otra minoría enemiga. Ello en menos de diez minutos.

Con esa frivolidad se elabora la Constitución de España. No sabemos si sus artífices aspiran a una vigencia duradera. Al parecer, ello les importa bien poco. Hoy la faena de hacer -de estar haciendo- una Constitución no tiene otra finalidad que la de evitar que el Gobierno de la República salte en cien pedazos. Es absurdo que el miedo a una crisis imponga a los diputados una Constitución diferente a la que ellos desearían. Claro que este forcejeo tiene un cortísimo sentido.

El Gobierno es prepotente en la Cámara. La coacción inmoral que supone la amenaza de dimitir la utiliza sólo en los casos extremos. La mayor parte de las veces no tiene que llegar a eso. Les basta un cabildeo con los llamados jefes de minoría, que vienen a ser así como ministros de segundo o de tercer grado.

La amenaza de dimisión de algún miembro del Gobierno, como arma de eficacia en las Constituyentes, la descubrió el señor Alcalá Zamora. Luego, otros ministros la utilizaron también. Cuando la Cámara advertía la posibilidad de que explotara alguna cartera, se rendía sin condiciones. Ahora bien; el truco de las dimisiones falló en la famosa enmienda de Alcalá Zamora. Pues acontecía que si se aprobaba dimitiría el señor Maura. Y si no se aprobaba, los señores Domingo y Nicolau. Hubo, pues, necesidad de reforzar las reservas, y vino todo aquello de la sesión permanente y de la puñalada desmembradora de la Patria en el centro mismo de la Constitución.

A poco nervio que poseyese la Cámara, habría provocado una salida airosa a situaciones así. Llevando las cosas «a la tremenda». Por lo menos, esto es dinámico, y a la postre siempre fecundo. Prefiere, en cambio, el gesto modosito y obediente, hipotecando el valor y la sangre de España para sostener con vida un Gobierno tuberculoso. *Ni vencidos ni vencedores*, es la frase mediocre que hoy triunfa y que repite con inconsciente sonrisa el jefe del Gobierno.

A esto sólo cabe contestar con el ceño fruncido y la consigna revolucionaria: *Queremos que haya vencidos y vencedores*. Aunque en el momento decisivo seamos nosotros de los primeros. Que surja

una minoría heroica, capaz de los sacrificios más altos, y a la que se encomiende el deber de despertar en la masa cobarde los instintos de agresión y de defensa.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 - Octubre - 1931)

¿Conquistamos a Portugal o Portugal nos conquista?

Nos llega de Portugal una voz magnífica. Voz de enemigo valiente, que garantiza a nuestros músculos la seguridad de un combate. Antonio Pedro es, como nosotros, antiliberal, antiindividualista y partidario de arrasar a sangre y fuego los residuos bobos de los llamados derechos del hombre. (¿De qué hombre?) Coincide plenamente con nosotros cuando afirma un sentido heroico de esta época presentando como consigna el sindicalismo económico y la política de dictadura. Y también, como nosotros, vive obseso en una gigantesca fidelidad: la grandeza de la Patria. Su patria, empero, es Portugal, no España, y sus ideales nacionalistas chocan con los nuestros en el eje mismo de su ser.

Se advierte fácilmente en esta carta que nos envía cómo se identifica el integralismo luso de Antonio Pedro con los ideales separatistas y traidores que aquí padecemos. Decimos, sin embargo, a este camarada portugués que ello es imposible, pues obligaría tal intento de Pacto localista a sacrificios de sangre que asustan a la cobardía probadísima de los traidores de aquí.

El futuro hispano es futuro imperial. Ante nada ni ante nadie abatirá España esa posibilidad de imperio, que a ella y a nadie más que a ella pertenece en esta hora. Nosotros esperamos, prevenidos, los hechos próximos, y cuando la cobardía disgregadora exaspere los afanes de nuestro pueblo nos lanzaremos heroicamente hasta el fin. Hágalo Portugal si se atreve. Es lo cierto que ni unos ni otros aceptaremos la degradada situación presente. Si en España triunfase contra nosotros este espíritu ramplón que hoy domina y cayese nuestra Patria en el deshonor y en la vergüenza de encomendar su destino a los traidores, entonces, ¡ah!, Portugal debe conquistarnos. No para establecer esas tres fajas suicidas de que nos habla Antonio Pedro, sino para arrebatar a nuestro verbo, a nuestra hazaña católica y a nuestra sangre el compromiso de constituir la vanguardia imperial de Occidente.

Pero si España encuentra su ruta eterna, en el momento de recuperar su soberanía territorial, en el mismo minuto, Portugal sería nuestro por auténtico y limpio derecho de conquista. Bien hace, pues, para su salvación, como soberanía, en enlazarse hoy con los separatismos ruines de aquí. Pero sepa que el combate que libere a Cataluña de la gesta sin espíritu y sin sangre a que la conduce Maciá, liberará también a Portugal de su *independencia* extraviada. El pequeño y bravo Portugal entrará en un orden hispánico, por el que clama sin duda el dolor neurálgico de estos años. Aquí está una casi profecía del gran Oliveira Martins, español de Portugal: «El odio de Portugal a España es falso. Lo supieron incubar algunos medradores a quien nuestra independencia les conviene. Estos serán los culpables de la sangre que ha de verse derramada el día en que grandes sucesos de carácter internacional hagan que España nos conquiste.» Esos sucesos de que hablaba Oliveira están ya aquí, con la única diferencia de que su carácter es nacional, bien centrado en las entrañas de la Patria: es el presunto éxito de los separatismos, de las deslealtades y traiciones a la unidad que se observa en las esferas provisionalmente directoras.

Vea, vea, pues, Antonio Pedro cómo es urgente que los que como él dispongan en Portugal de capacidad heroica se planteen la conveniencia de un cambio de metas, aceptando los fines imperiales que en España, y sólo en España, florezcan. Si Portugal conquista a España conquistaría también esos fines. Para su gloria. ¿Pero podemos hablar en serio de esa conquista cuando la tan manoseada «independencia» de los portugueses no les ha servido, a través de los siglos, más que para caer en una vergonzosa esclavitud a los designios de Inglaterra?

Antes, camarada Antonio Pedro, tendría, pues, Portugal que ser una soberanía auténtica. Su frontera enemiga es, por tanto, el mar. Por donde transitan las escuadras tiránicas que, como se ha visto ahora, no son tan fieras como los cobardes las pintan. Por el lado de acá, por la frontera de España, nuestros fusiles no serán para vosotros fusiles tiránicos, sino afirmadores también del imperio y de las glorias de Portugal.

Propagarlo así, camaradas lusitanos, es vuestro deber histórico en esta hora. En otro caso, bien dice Antonio Pedro que nos encontraremos arma al brazo en la frontera.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 - Octubre - 1931)

A nuestros lectores

Es inútil que expliquemos aquí y ahora los motivos de nuestro veraneo. Fue veraneo forzado y forzoso. Reconocemos que para despertar la sensibilidad hispánica nos valimos de frases de tal temperatura que el manómetro oficial y leguleyo se vio precisado a amordazarnos.

Pero el veraneo terminó. Y aquí estamos, con la voluntad y energía de siempre.

Para hablar. Para hacer. Para gritar. Para agredir. Para todo.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 de octubre de 1931, pág. 2)

---

13 angulas 13

¡Viva la Pepa!, dijeron los liberales del morrión.

¡Viva la Niña!, decían los federales de Pi.

¡Viva la Beatriz!, ha dicho don Julián— el de la verbena de los Palomos.

¡Ah! ¡Eh! ¡Oh! Siempre, siempre unos nombres de mujer como una incitación a que la violen.

* * *

"Crisol" se vende muchísimo menos que "Fray Lazo".

"Crisol" se vende bastante menos que "El Cencerro".

"Crisol" se vende demasiado menos que "La Traca".

"Crisol" se vende un poco menos que "El Siglo Futuro".

Pues, entonces, ¿para qué sirve "Crisol"?

Para volver loco al señor Urgoiti.

* * *

Por Clarita y Victoria se ha dividido la Clamara. Todavía no sabemos quién ha quedado encima.

* * *

Declara don Manuel Cordero en una conferencia: "Cuando la Monarquía éramos irresponsables de nuestros actos." Y este hombre preside a ratos la Comisión de Responsabilidades.

* * *

Don Fernando de los Ríos no quiere ser congolés. Nosotros no queremos ser suecos. ¿Y el pueblo? El pueblo quiere trabajar.

Dice un telegrama, de Sevilla, sobre la Feria: "Hubo menos concurrencia de ganado que otro año, excepto el de cerda que fue mayor que otras veces." Creíamos que la C.N.T. había acabado allí con todos los socialistas.

* * *

En toda Revolución

gritó la plebe inflamada:

"Pena de muerte al ladrón",

y aquí no ha gritado nada.

Por si llegase la mala

y acaso griten tal suerte.

Quitan la pena de muerte y cobran las mil del ala.

* * *

Preferimos sustituir el Olimpo por el Sinaí.

Unamuno será Jehová. Ortega y Gasset, Moisés. Sánchez Román, Las Tablas de la Ley. (Algo así como el Código Civil con rizos.) Pero Marañón no quiere ser el becerro. Se busca un sustituto.

* * *

A la hija de O'Donell le regalaron hace tiempo un leoncito. Que le acompaña siempre.

Acaso por esto, la han pretendido los sindicalistas. Pero ella ha contestado que nones, que no le convence esa Casa de Fieras sin Pérez Madrigal. Que seguramente ingresará en la minoría radical socialista.

* * *

Las mujeres ya pueden votar (medio día del jueves). Sin embargo, según el presidente de la Cámara, están algo asustados muchos de los que les concedieron el voto...

Y es que temerán que sus esposas les increpen furibundas: —¿Por qué nos consideráis tan imbéciles?

* * *

El debate de altura es como el clima de altura. Sólo lo resisten los tuberculosos y los cretinos.

(«La Conquista del Estado», nº 20, 3 de octubre de 1931, pág. 2)

NUMERO 21. 10 de Octubre 1931.

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista

Por qué nacen las Juntas

La tremenda angustia de advertir cómo día tras día cae nuestra Patria en un nuevo peligro, aceptando la ruta desleal que le ofrecen partidos políticos antinacionales, nos obliga hoy a hacer un llamamiento a los españoles vigorosos, a todos los que deseen colaborar de un modo eficaz en la tarea concretísima de organizar un frente de guerra contra los traidores.

Invocamos esa reserva fiel de que todos los grandes pueblos disponen cuando se advierten roídos en su entraña misma por una acción disolvente y anárquica. Acontecen hoy en nuestro país cosas de tal índole, que sólo podría justificarse su vigencia después de un combate violento con minorías heroicas de patriotas. El hecho de que estas minorías no hayan surgido, nos hacen sospechar que entre los núcleos sanos de nuestro pueblo nadie se ha ocupado hasta hoy de propagar con pulso y coraje la orden general de ¡Servicio a la Patria!

Las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** nacen precisamente en virtud de esa sospecha nuestra de que no existe en el panorama político fuerza alguna que garantice la defensa heroica de los ideales hispánicos. No nos resignamos a que perezcan sin lucha los alientos de España, ni a que se adueñen de los mandos nacionales hombres y grupos educados en el derrotismo y en la negación.

Ahora bien; nuestro compromiso de entablar batalla violenta con las organizaciones enemigas no limitará nuestra acción a hazañas destructoras, sino que también aspiramos a ofrecer un manojo completo de soluciones a las dificultades de todo orden que impiden en esta hora la prosperidad del país.

¿Dónde está el enemigo?

Tal es el incremento que han tenido en nuestra Patria las propagandas traidoras, que no se requiere mucho esfuerzo para dar con él. Si bien la ola marxista es la que amenaza con más agresividad oponerse a la grandeza española, serán también considerados por las **Juntas** como enemigos todos aquellos que obstaculicen en España, por egoísmo de partido o fidelidad a ideales bobos y fracasados del siglo XIX, la propagación del nuevo Estado, imperial, justo y enérgico, que el nacional-sindicalismo concibe.

Los partidos marxistas -socialismo, comunismo- son algo más grave que una concepción económica más o menos avanzada. Una supuesta crisis de la sociedad capitalista, que nosotros señalamos más bien como crisis de gerencia capitalista, no autoriza a que unas hordas semisalvajes insulten los valores eminentes de un pueblo y atropellen la voluntad nacional. El resentimiento marxista es el máximo enemigo, y hay que aniquilarlo en nombre de la Patria amenazada.

No caben pactos con el marxismo. Es increíble que en España no se le hayan enfrentado réplicas rotundas. Sólo la desorientación que hoy se extiende por todo el área nacional, nublando los ojos de las gentes, justifican esas victorias electorales que las provincias otorgan al socialismo.

Las **Juntas** denunciarán también como enemigos de la Patria a todos los que en el trance difícil por que atraviesa el país se permitan obstaculizar el avance de las organizaciones nacionales. Nunca más justificados que ahora los posibles excesos en que éstas incurran, a la vista de los crímenes y las deslealtades con que no se vacila en herir la sagrada unidad de España.

Ahí está la desmembración nacional y la triste cosa de ver cómo se entregan a un sector exaltado de traidores catalanes jirones de soberanía. Ahí está la atmósfera deprimente, el elogio de la transigencia y de la cobardía, la exaltación de una España fraccionada, los llamamientos hipócritas a la concordia, medios todos ellos de reprimir la protesta y el coraje de los españoles.

La actuación de las Juntas

A las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** se le ofrecen, naturalmente, varias tácticas para luchar contra sus poderosos enemigos. Desde luego rechazan la táctica electoral y parlamentaria, sin que esto quiera decir que no la utilicen de un modo ocasional. Son más adecuados y eficaces a sus propósitos los métodos de acción directa, y puesto que acusan al Estado de no vigilar con suficiente

intensidad las maniobras de los enemigos de la Patria, subsanarán con sus propios medios las deficiencias que adviertan.

No se olvide que nuestro nacional-sindicalismo acepta con alegría la realidad revolucionaria. Creemos que la Revolución es aquí imprescindible y debe hacerse. Pues no estamos dispuestos a que los medios insurreccionales, con su gran fecundidad creadora, sean exclusivamente utilizados por los charlatanes de izquierda. De otra parte, el hecho de que las **Juntas** se denominen de **Ofensiva,** señala con claridad nuestro carácter revolucionario, es decir, que nos reservamos la aspiración de subvertir el actual régimen económico y político e implantar un Estado de eficacia española.

Es indudable que la tendencia liberal y parlamentaria que hoy asfixia a la vitalidad del país, procurará por todos los medios desprestigiar e inutilizar nuestra acción. Las esferas «provisionalmente» directoras hacen hoy todo lo posible por desvitalizar al pueblo, despojándolo del heroísmo proverbial de nuestra raza. Se pretende reducirlo así a la impotencia, supliendo con esbirros dóciles la actuación ejecutiva del pueblo patriota. Hay castigos, como los que merecen los separatistas, los anarquizantes y todos los afiliados a partidos antinacionales, cuya ejecución no debe ser encomendada a mercenarios, sino al pueblo mismo, a grupos decididos y generosos que aseguren con su acción la integra salvaguardia de la Patria.

La acción directa que las **Juntas** proclaman como su método predilecto de lucha, no ha de entenderse como una práctica exclusiva de la violencia. Más bien como una táctica que prescinde del actual Estado liberal-burgués, como protesta contra la inercia de éste frente a las audacias de los grupos antinacionales.

Pero la acción directa es asimismo violencia. El hecho de que la decrepitud pacifista imponga hoy en España que sólo la Guardia Civil pueda batirse contra la anarquía y rechace con pavor análogo al de una virgencita el uso viril y generoso de las armas contra los enemigos de la Patria, este hecho, repetimos, no puede ni debe influir en la táctica de las **Juntas.**

¿Quiénes deben formar parte de la J.O.N.S.?

Naturalmente, las **Juntas** que estamos organizando no son incompatibles con la República. En nada impide esta forma de Gobierno la articulación de un Estado eficaz y poderoso que garantice la máxima fidelidad de todos a los designios nacionales. Los partidarios del nacional-sindicalismo pueden, por tanto, reclutarse entre todos los españoles que acepten sin discusión la necesidad de lograr a costa de todos los sacrificios el inmediato resurgimiento de España.

Toda la juventud española que haya logrado evadirse del señoritismo demoliberal, con sus pequeños permisos y salidas al putrefacto jardín marxista, y sienta vibrar con pasión la necesidad de reintegrarse al culto de la Patria.

Todos los que comprendan la urgencia de encararse con la pavorosa tristeza del pesimismo español, señalando metas de gloria al descanso secular de nuestra raza.

Todos los que adviertan el crujir de las estructuras sociales hoy vigentes y deseen colaborar a un régimen económico antiliberal, sindicalista o corporativo, en que la producción y en general la regulación toda de la riqueza, emprenda las rutas de eficacia nacional que el Estado, y sólo él, indique como favorables a los intereses del pueblo.

Todos los que posean sensibilidad histórica suficiente para percibir la continuidad sagrada de los grandiosos valores hispánicos y se apresten a defender su vigencia hasta la muerte.

Todos los que sufran el asco y la repugnancia de ver cerca de sí la ola triunfal del marxismo, inundando groseramente los recintos de nuestra cultura.

Todos los que logren situarse en nuestro siglo, liberados del liberalismo fracasado de nuestros abuelos.

Todos los que sientan en sus venas sangre insurreccional, rebelde contra los traidores, generosa para una acción decisiva contra los que obstaculicen nuestra marcha.

¡¡Todos, en fin, los que amen el vigor, la fuerza y la felicidad del pueblo!!

¿Qué pretende el nacional-sindicalismo?

El nombre de **Juntas** que damos a los organismos encargados de la acción de nuestro partido, alude tan sólo a la estructura de éste. La palabra **Ofensiva** indica, como hemos advertido ya antes, el carácter de iniciativa revolucionaria que ha de predominar en su actuación.

Ahora bien. ¿Y el nacional-sindicalismo? El carácter hispano, nacionalista si se quiere, de nuestro partido, es algo que advierte el más obtuso en cualquier párrafo de nuestras campañas. El motor primero de nuestro batallar político es, efectivamente, un ansia sobrehumana de revalorizar e hispanizar hasta el rincón más oculto de la Patria.

Asistimos hoy a la ruina demoliberal, al fracaso de las instituciones parlamentarias, a la catástrofe de un sistema económico que tiene sus raíces en el liberalismo político. Estas verdades notorias, que sólo un cerebro imbécil no percibe, influyen naturalmente en la concepción política y económica que nos ha servido para edificar el programa de nuestro nacional-sindicalismo. Es de una ingenuidad seráfica estimar que el uso del vocablo sindicalismo nos une a organizaciones proletarias que con ese mismo nombre se conocen en nuestro país y que son lo más opuestas posibles a nosotros.

El Estado nacional-sindicalista se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras, de Estado, en las economías privadas. Su radicalismo en este aspecto depende de la meta que señalen la eficacia económica y las necesidades del pueblo. Por tanto, sin entregar a la barbarie de una negación mostrenca los valores patrióticos, culturales y religiosos, que es lo que pretenden el socialismo, el comunismo y el anarquismo, conseguirá mejor que ellos la eficacia social que todos persiguen.

Es más, esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica, sólo se logra en un estado de hondísimas raigambres nacionales, y donde no las posee, como acontece en Rusia, se ven obligados a forjarse e improvisarse una idea nacional a toda marcha. (Consideren esto y aprendan los marxistas de todo el mundo.)

¡VIVAN LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA!

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 - Octubre - 1931)

El separatismo de Cataluña

Nuestra oposición radical a los intentos desmembradores es bien conocido. Estimamos que sólo en Cataluña reside un germen gravísimo contra la integridad de España. Han sucedido ya en Cataluña suficientes cosas para que deba entregarse el pleito a la solución violenta del pueblo en armas. En vez de esto, prefieren algunos la vergüenza de las concesiones, de los regateos y de los pactos.

Al triunfo de este criterio derrotista contribuye decisivamente la inercia de un Gobierno despojado de autoridad nacional, bloqueado por compromisos intolerables que atentan a la soberanía de la Patria.

Cuando se aprobó en las Cortes la enmienda que impuso el señor Alcalá Zamora -el máximo responsable del despojo catalán, y este hecho no puede ser olvidado porque muy en breve alzaremos bandera de responsabilidades para los delitos contra la unidad nacional, que hoy se perpetran- los partidarios de Maciá no ocultaron su gran alegría. Los cándidos diputados que creían haber hecho aquí una saludable poda en las pretensiones catalanas debieron quedarse de una pieza al contemplar la felicidad de los traidores de Cataluña.

Y es que el solo hecho de que figuren en la Constitución unos artículos que hablan de Estatutos y de tales y tales concesiones, bastará mañana para que nadie pueda impedir la aprobación del Estatuto catalán. Que es, no hay que ignorarlo, separatista, hipócrita y antinacional.

Hace ya más de treinta años que el problema catalán es una continua perturbación para la política española. Pero hoy acontece que una de las razones más esgrimidas contra la unidad, contra la unificación, es ahora en todo el mundo rechazada. Aludimos a las famosas descentralizaciones económicas. La eficacia de una economía nacional se consigue tan sólo tendiendo a un control, a una sistematización o regulación severísima de toda la producción nacional. Es lo que comienza a llamarse la economía planificada.

Precisamente la Rusia soviética, que en teoría es un conjunto de Repúblicas federadas, en la práctica, para conseguir la realización del Plan quinquenal de reconstrucción, así como la eficacia pública del mando único, concentra cada día más sus poderes.

Aquí en España la lluvia de estatutillos iba a anclar nuestro régimen económico a las más viejas estructuras. Estas razones, que ya expone Bermúdez Cañete en sus últimos artículos, se acumulan a las otras grandes razones de que España es una y son intolerables los gérmenes de disolución. ¡Nada de pacto con los traidores!

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 - Octubre - 1931)

La vida política

La habilidad intolerable de Lerroux

En pleno período constituyente, cuando tenían actualidad y realidad inexorables tres o cuatro problemas fundamentales para la vida de España, el señor Lerroux ha permanecido en Ginebra todo el mes de septiembre. Insistimos en este hecho porque lo creemos sintomático de la sensibilidad política que rige hoy los destinos de nuestro pueblo.

Con ese viaje, el señor Lerroux ha conseguido sencillamente «escurrir el bulto». Esto supone una inmoralidad política notoria y denuncia cómo el señor Lerroux no era digno de la expectación y el triunfo con que durante el primer mes de la República se paseó su nombre por España. Hoy es sencillamente, y sólo, el hombre que quiere gobernar a toda costa. Dispuesto a afirmar, negar o inhibirse de todo, según convenga a esa meta personalísima a que aludimos. Ello nos parece intolerable. Pues si realmente posee talla política, debe tener el valor de bracear con los hechos y las dificultades, sin eludirlas de un modo cuco.

Es el drama del nuevo régimen republicano. Sus hombres son los mismos hombres de siempre, adscritos a una técnica política que no cuenta para nada con la conveniencia nacional. Identifican sus fines particulares y egoístas con los fines del pueblo, con lo cual resultan siempre traicionadas las ilusiones de éste.

Ahí está Lerroux, reclamando el Gobierno, dirigiendo una minoría parlamentaria numerosa, con unos compromisos de partido y unas propagandas que en todas partes son un bagaje representativo de firmeza y de lealtad a la ruta elegida. Pues bien, sus amigos en la Cámara favorecieron todo cuanto les fue posible la enmienda separatista de Alcalá Zamora, y en su actuación han revelado tales incoherencias que hoy Lerroux y sus huestes carecen totalmente de norte seguro que ofrecer a la República.

Ha sido, sin duda, muy cómodo para Lerroux permanecer en Ginebra, sin gastarse, al margen de la pelea constitucional, tratando de arreglar la cuestión china; pero todos los que actuamos en la política española fuera del orbe de influencia de las pandillas gobernantes, cumplimos hoy el deber de denunciar ante el pueblo este afán de «adquirir perspectiva» que ha sentido el señor Lerroux.

Mientras Lerroux hacía a España en Ginebra el gran servicio de arreglar el conflicto chino, las Cortes constituyentes, con el voto entusiasta de los diputados radicales -exceptuemos como se merece la actitud digna de Emiliano Iglesias-, aprobaban aquí el hacer jirones la soberanía nacional, destruyendo -o tratando de destruir, porque aún no hemos sido vencidos los españoles en otro terreno que el parlamentario- la unidad indiscutible de España.

Los 29.000 votos de Primo de Rivera

El movimiento republicano se llevó a efecto con una pasmosa ausencia de estilo. Ni nobleza en la crítica del régimen ni idea clara alguna sobre lo que era urgentísimo hacer en nuestro país. Así no puede nadie sorprenderse de que hoy, a los cinco meses del triunfo, yazcan en el descrédito las ortodoxias de la supuesta Revolución.

No han surgido hombres. No se han descubierto ambiciones nacionales sobre las que lanzar el entusiasmo de los primeros días. Todo es ahora gris, aventura pesimista, desilusión.

Las elecciones parciales celebradas en Madrid el último domingo, después de «cinco meses dignos», prueban con elocuencia pitagórica esto que decimos. A la fuga de los electores gubernamentales correspondió una prieta y numerosa falange de oposición.

Es decir, que el supuesto Gobierno revolucionario, en la etapa ejecutiva de la Revolución, se encuentra desautorizado por el pueblo. Eso indica hasta qué punto los ideales revolucionarios que se esgrimieron eran tan sólo marea resentida, sin fecundidad ni futuro posible.

La candidatura de Primo de Rivera, aun con la timidez de sus plañidos, obtuvo, pues, un gran triunfo que nosotros celebramos sinceramente. Porque fueron votos de tendencia nacional, aun con todas las máculas que corresponden al antiguo upetismo, y frente a la traición y a las rutas antiespañolas que caracterizan al actual Gobierno, son de un valor más alto.

En modo alguno pueden entenderse esos 29.000 votos como una adhesión a un futuro régimen de dictadura paternal, liberal y de carambola, como el que impuso Primo de Rivera. Aquello se consumió en la llama más pálida, sin pena ni gloria. Sería un error que todavía hoy pensaran ciertos sectores en dictaduras así, fáciles y en bandeja, sin germinación violenta en las calles contra enemigos auténticos de la verdad nacional.

A la conquista del Poder por una minoría heroica, que se proponga imponer sin contemplaciones una solución en momentos gravísimos de crisis, es obligado que preceda un período de lucha y de captación popular, pues ante la disolución y el caos todos los pueblos ponen en frente de combate un gran número de reservas.

En España asoma ya una coyuntura histórica que reclama intervenciones de este tipo heroico a que aludimos. Hacerle frente con dictaduras paternales y fofas es completamente inútil. Nosotros con nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.)** nos proponemos organizar esa política heroica y eficaz que reclama hoy de un modo imperioso la triste existencia de la Patria amenazada.

Es lo único que tenemos que decir ante los 29.000 votos de Primo de Rivera.

La degeneración pacifista

Por muy varios conceptos, la Constitución que se aprueba y discute en las actuales Cortes va a merecer el calificativo de antiespañola. Unos señores, infectados de peste marxistoide, logran introducir en ella tales afirmaciones que en caso de regir convertiría a nuestro gran pueblo en una lucidísima vaca lechera, de esas que pastan y florecen en los contornos suizos.

Así el artículo vergonzoso de que España renuncia a la guerra. Sólo una generación de eunucos, de gentes cobardes que desconocen la gran fecundidad de los recursos heroicos, puede comprometer el porvenir de la Patria con indicaciones de esa índole. ¿Qué otros procedimientos sino los guerreros se esgrimieron contra España para arrebatarle su poderío, sus colonias y su papel preeminente en el mundo? Habría de darse el caso de que los demás pueblos, felices en su actual abundancia, hubieran expresado sinceramente esa renuncia, y todavía era explicable que España se reservase aceptar un compromiso así.

¿Cómo se atreve nadie a hipotecar el futuro de la Patria, achicando sus ilusiones y sus propósitos, impidiendo la fortaleza y la voluntad de dominio con educación plañidera y cobarde?

Podría tolerarse que la opinión pacifista, dueña hoy de las rutas nacionales, ejecutase una política de previsión contra la guerra, procurando esquivarla en lo posible, pero de ahí a la renuncia solemne de acudir a la guerra, dista el mismo trecho que hay de un pueblo en pie, vigoroso y capaz, a un pueblo en ruinas, asustadizo y mediocre.

Precisamente ahora, cuando las dificultades mismas interiores requieren la intervención de gentes decididas, dispuestas si es preciso a empuñar las armas para destruir los gérmenes de disolución, en este momento, repetimos, es cuando la ola pacifista y ramplona trata de envenenar y destruir el coraje del pueblo.

Sólo así, en pleno triunfo del achicamiento y del derrotismo, se pueden permitir unos señores el crimen histórico de provocar la desmembración de la Patria. En otro caso, el solo intento hubiera provocado un inmediato y ejemplar castigo.

Bien saben los actuales dominadores que una vez impuesta la ruta boba pueden impunemente hacer con el cuerpo de España todas las maniobras que deseen. ¡Nadie se levantará! ¡Nadie pedirá soluciones heroicas, de guerra! Sólo miradas pánfilas, incapaces, desoladas, contemplando el páramo.

La minoría vasco-navarra y su Estatuto

De continuo se hostiliza en las Cortes a ese par de docenas de diputados que forman la minoría vasco-navarra. Los representantes de Vizcaya tienen derecho al máximo respeto nacional, y sorprende

que se les califique con adjetivos de índole regresiva, a ellos, elegidos por una de las regiones más cultas de España.

Nada nos importan los Estatutos si no es para poner de manifiesto su absoluta improcedencia. Pero ya que la Cámara constituyente es tan propicia a satisfacer los afanes desmembradores y a proclamar el famoso hecho diferencial de las comarcas, no comprendemos su gesto equívoco ante los diputados vasco-navarros.

Por muy pocas ideas que se tengan acerca de las características regionales de nuestro país, aparece de un modo diáfano que la unidad nacional peligra tan sólo en Cataluña, donde la opinión autonómica es un separatismo solapado que espera cobardemente su hora.

El pueblo vasco es de una nobleza y de una lealtad tan notorias que convierte su pleito regional en una reclamación inofensiva e ingenua.

Es, por tanto, injusta e intolerable la actitud del Gobierno y de la Cámara con las pretensiones vasco-navarras. Somos partidarios de que se rechacen todos los Estatutos, absolutamente todos, pero ya que el Gobierno provisional se ha inhibido en Cataluña, haciendo dejación vergonzosa de su poder, y favoreciendo así el incremento de la furia separatista, dueña desde hace cinco meses de todos los mandos y resortes coactivos, sorprende que frente al clamor popular de Vasconia acuerde tan sólo el envío de agentes provocadores.

Es un síntoma más del carácter sectario y antinacional del Gobierno. La emoción religiosa del pueblo vasco frente a la tendencia laizante de la República no es suficiente motivo para ahogar peticiones que se ajustan al rigor democrático que hoy priva. Que hoy priva, por lo menos en teoría.

(La Conquista del Estado, n. 21, 10 - Octubre - 1931)

---

13 angulas 13

La Dictadura tuvo a Niní Castellanos. La República también tiene a la suya. Que es Don Niceto Alcalá Zamora. —Ni vencedores ni vencidos—; es decir, la segunda señorita Niní.

*** * ***

Cuando los socialistas quieren expulsar violentamente a las Órdenes religiosas como a una solitaria, se les opone un solitario: Unamuno. Y Unamuno recuerda la frase de Cromwell —al arrojar del Parlamento a los diputados: In the name of God... go! (¡En el nombre de Dios... largo!)

*** * ***

El presidente de la Cámara —sentimental y supersticioso— ya tiene entre los diputados constituyentes una Margarita que deshojar en los entreactos... Sí... No... Sí... No...

Nos aseguran que su primera pregunta a los pétalos será sobre el color más a propósito para las combinaciones de las diputadas.

*** * ***

Cual la tiple vejestorio

que se ve sin protección,

CRISOL presume de historia,

de amor y colaboración...

No te sirve este camelo,

"Crisol", tú serás "Crisuelo".

*** * ***

Los anarquistas han llevado, desde Torrejón a las escalinatas del Congreso, la cruz dedicada a la muerte de Morral. Hay quien supone que detrás de la cruz estará el diablo.

Ustedes se equivocan. Detrás de la cruz está el sacerdote que vota con los Ugetés.

* * *

Ramón Franco ha vuelto a fracturarse la pierna.

Esto se llama empeñarse en tener mala pata.

* * *

Alcalá Zamora se revuelve airadísimo contra quien pretende que vaya a convivir con el presidente de la Comisión constitucional, señor Jiménez Asúa. En esos líos nosotros no nos metemos.

* * *

¿Al servicio de la República, o al servicio de la Viceversa? Don José fulmina olímpicamente: "Aunque hemos votado en contra, esto no quiere decir que estemos disconformes." La cuestión es cobrar las mil pesetas mensuales.

* * *

Comienza la conversión del señor Cordero. Dentro de poco ingresará en la Cartuja de Miraflores. Por lo pronto ha aceptado la presidencia de la Comisión de Responsabilidades. Una tarea franciscana: Dirigir la palabra a los acusados. —Hermano perro... —Hermano lobo... —Hermano chacal...

* * *

Se habla de fundar un nuevo partido político entre Prieto y Sánchez Román, o entre Sánchez Román y Maura. El socialdemócrata. No se sabe cuál de cada no pone lo social y cuál pone lo demócrata. Seguramente que quien lo pondrá todo será el elector y el presupuesto.

* * *

Clasificaciones absurdas que proponemos: Diputados con muleta, diputados con muletilla, diputados con chalina, diputados que se acuestan a las ocho, diputados que no se levantan nunca.

Romanones muere, pero no se rinde. Es uno de la antigua guardia. Con una consecuencia mucho más impertérrita que la de los jovencitos alfonsinos. El todavía no es un viejo V.E.R.D.E.

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 de octubre de 1931, pág. 2)

Genial discurso de Unamuno en Salamanca

Habría de hundirse España en los perores extravíos, renegando sus gobernantes o directores accidentales de todas las características grandiosas de nuestra Patria, y sólo la voz del gran don Miguel de Unamuno bastaría para conquistar de nuevo la fidelidad perdida.

Su discurso en Salamanca, al abrir el curso universitario, constituye para nosotros la más profunda y gloriosa comunión ante la Patria. El hecho de que España entera haya aplaudido ese discurso de don Miguel es nuestro único optimismo en esta hora, braceando contra la traición y la deslealtad del ambiente.

Guardamos esas grandes palabras de Unamuno para los ritos más difíciles de nuestra lucha. En las jornadas heroicas que gravitan sobre nuestro coraje, cuando los enemigos de la Patria asalten bárbaramente lo más sagrado de nuestro pueblo, la austeridad y la fidelidad gigantescas de esas palabras, nos multiplicarán y venceremos.

¡Oh, Unamuno! ¡Grande y santo Unamuno, voz de la raza, sean eternos tu aliento y tu gloria! ¡Y eterna y gloriosa será España!

(«La Conquista del Estado», nº 21, 10 de octubre de 1931, pág. 3)

NUMERO 22. 17 de Octubre 1931.

Ante el Gobierno Azaña

Algún día habrá que exigir a los jefes republicanos la tremenda responsabilidad de haber hecho la campana pseudorrevolucionaria sin ideales hispánicos de reconstrucción. Se perdió para España esa oportunidad, y ahora bailotea el régimen entre problemas de artificio, necesitando sostener la adhesión de la plebe a base de concesiones sectarias, puramente negativas, que hieren la conciencia de millones de españoles. Si la República hubiera traído consigo un verdadero plan revolucionario, de emoción española y no masónica, es seguro que hoy contaría ya tras de sí etapas gloriosas, adscritas a realizaciones nacionales, y no, como ahora acontece, una ruta mediocre de deslealtades, fanatismos y fraudes contra los clamores auténticos del pueblo.

La exaltación de Azaña a la jefatura del Gobierno es una prueba más de ese carácter antinacional y masónico que, al parecer, prefiere la República para su futuro. Estamos en presencia de una posible etapa de dictadura, y esto, que como medio de gobierno no nos asusta, merece ahora nuestra repulsa más fiera, pues equivale a imponer a España, sin compensación en orden alguno de intereses superiores, una política en franca oposición con su alma histórica.

Ciertos núcleos republicanos ven con satisfacción la jefatura de Azaña, porque advierten en él capacidad de mando y energía. Ya está aquí claro el típico carácter liberal de la pseudorrevolución. Llega la etapa tiránica; se insinúa bien clara en algunas frases que gusta de pronunciar el nuevo jefe del Gobierno en sus discursos. No han tardado mucho, pues, los que gritaban «¡Abajo los tiranos!» en proporcionar a la acera de enfrente la oportunidad de gritar el mismo grito.

Los discursos recientes del señor Azaña, a los que debe su actual jerarquía, contienen frases y amenazas que deben ser comentadas con firmeza y serenidad. Parece que a estas alturas debía dejarse a un lado la República, como algo que permanece por cima de las polémicas de grupo, sin enemigo serio a la vista, y entender las dificultades de Gobierno como originadas por posibles errores de los gobernantes. Pero ya se ve cómo estos señores prefieren identificarse con la República, y a la postre concluirán por hundirla en el fatal hundimiento que a ellos les espera.

Hay ya de un lado la exageración intolerable de confundir a España con la República, y además confundir a la República con una República antinacional, fraccionadora y masónica, como la que postulan y defienden los actuales gobernantes. El señor Azaña amenaza terriblemente a los que alcen la mano contra él, aunque él dice «contra la República». Pero es tener bien pobre idea del coraje y capacidad de sacrificio de los españoles patriotas creer que la amenaza del fusilamiento detendría su rebeldía, cuando ésta suponga salvar a España del deshonor y de la ruina.

Comienza, pues, la lucha, y nosotros, mejor dicho, las **Juntas**, se atendrán a su programa para situarse. Creíamos nosotros que nuestra batalla sería posible dentro de la República, sin herirla lo más mínimo, y con esta creencia fundamos las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista;** pero se nos presenta la contrariedad de que los grupos gobernantes desean identificar con la República su ruta liberal, burguesa y antiespañola. Decimos esto, porque alguien creerá antirrepublicanas nuestras campañas y nuestras críticas; pero la responsabilidad íntegra de ese equívoco la dejamos al Gobierno *consubstancial* que padecemos.

El señor Azaña en la Presidencia parece significar una tozuda decisión de imponer a rajatabla una serie de ideas y propósitos de muy dudoso respeto a lo más sagrado de nuestro pueblo. Ello indica que la confabulación masónica, antiespañola, sacrifica incluso los principios liberales que le son tan gratos ante la posibilidad de triturar con más eficacia la grandeza de la Patria. Hubiera sido por lo menos de cierta nobleza para este régimen liberal-burgués el confiar la supuesta reforma de las leyes a las ventajas mismas de la libertad. Lejos de esa experiencia, temerosos de sus resultados, la situación gobernante prefiere imponerse con gesto feroche y ademán tiránico.

Están, pues, en peligro los valores más eminentes de España. Se consumará la disolución nacional, pues conocida es la tesis del señor Azaña, que cree suficiente haber encontrado una España unida para que ahora se estructure a base de separatismos. Se impondrá a España una política casera, burocrática, de pequeño burgués rabiosillo, sin ambición nacional, pacifista y mediocre. Se evitarán realizaciones revolucionarias auténticas, como es una amplia transformación económica, siguiendo como hasta aquí esquilmado y mediatizado el pueblo que trabaja. Se cultivarán los gritos

fáciles, adormeciendo en el pueblo su afán creador y obligándole a seguir fiel a los infecundos mitos de nuestros abuelos. Ahí está el ejemplo de la batalla religiosa. Esos cuatrocientos señores diputados de las Constituyentes se han visto en la necesidad de despertar en el pueblo el odio al catolicismo, porque se vieron incapacitados para servir a ese pueblo metas revolucionarias de más realidad y más urgencia. El pueblo ingenuo ha caído en el lazo, celebrando lo que él cree su victoria *contra el clero*. Ahí está el partido socialista, que llenó de pasquines las calles, tocando a rebato su marxismo los días en que las Cortes discutían el problema religioso, y, en cambio, asistió muy calladito a la discusión del artículo 42, que trataba de la posibilidad de socializar y de dar un golpe auténtico a la economía capitalista. ¡Farsa, farsa!

Las **Juntas** harán, pues, labor de oposición al Gobierno Azaña, como a todos los que anuncien proseguir la tarea antiespañola, de reacción liberalburguesa, a que éste quiere dedicarse. Sin miedo a frases ni a amenazas. A ver si es posible levantar con un ejemplo generoso la protesta decidida del pueblo patriota. La política de tendencia liberal-burguesa no consigue en esta época otro resultado que el de desembocar en el comunismo, a quien es suficiente hinchar los mismos discursos ministeriales para su propaganda eficacísima.

Jacobinismo es hoy bolchevismo. O algo que dejará a éste franco y libre paso. Y el señor Azaña es sencillamente un político jacobino. (Sin el carácter unitario, de Patria una, que era lo único que los jacobinos franceses tenían de bueno.)

Pero el señor Azaña parece a la vez hombre inteligente y quizá, a pesar de todo, pueda salvarse y salvarnos. Esperemos.

(«La Conquista del Estado», nº 22, 17 - Octubre - 1931)

La vida política. El predominio de los anarquistas en la C.N.T.

No nos asusta ni nos pasma la actuación espectacular de la F.A.I. Desde el primer número venimos exaltando la necesidad de la violencia para toda política joven y española de hoy. Creemos que la revaloración de nuestro país dependerá de una temperatura cálida, de una serie de actuaciones enérgicas y heroicas. Pero la violencia que aquí se defiende ha de ir controlada por un plan, por una rigurosa intervención de los supremos intereses hispánicos; y nunca podrá ser la solitaria, cobarde -quien después de disparar huye- y desparramada puntería del pistolero. Por otra parte, tampoco quedamos estupefactos y perplejos ante la apostura estrafalaria e inactual de los anarquistas. Hombres medianamente normales y de ningún modo contemporáneos. Que se anudan con frecuencia en el cuello una chalina y que acostumbran a nutrir su cerebro con residuos de don Ramón de Campoamor y candideces de artículo de fondo de 1885.

Sin embargo, lo cierto es que esta gente tan anacrónica y energuménica se ha adueñado por sorpresa de los mandos de una Central obrera de la importancia de la C.N.T. y, por lo tanto, forzosamente ha de gravitar sobre el porvenir de España. El resultado de la reciente Asamblea regional de Sindicatos únicos catalanes, ha dado la victoria a Alaiz, a García Oliver y a Durruti; es decir, a la fracción más irresponsable y al mismo tiempo la que mejor maneja las trampas y los ardides de entre bastidores, a los que saben amañar -como ha acontecido ahora- un ruidoso triunfo político. Lo cual es una paradoja tragicómica, puesto que ellos presumen a cada instante de su apoliticismo y de su estrategia opuesta a las trapisondas de las pandillas burguesas. Claro es que en el fondo no son otra cosa que una extremosidad pequeño burguesa, y esta condición suya nos explica sus contradicciones y sus absurdos, tanto teóricos como prácticos.

Constituyen el último grado de la sandez demoliberal, el pantano a donde desembocan todos los desenfrenos del individuo, del pequeño ciudadano de los derechos inalienables y soberanos. Una prueba de tal suposición nos la presenta su actitud sobre el problema religioso. Y esta vez se empeñan, junto con el comunismo, en no querer lo que les conviene. A pesar de los consejos de un Sorel o de un Lenin -nada sospechosos de agentes de la reacción-, nuestros anarquistas y comunistas caminan del brazo de la burguesía radical, masónica, por la senda del anticlericalismo, olvidando o despreciando sus propias reivindicaciones. Por ejemplo, cuando se discutió en las Constituyentes el

artículo acerca de la propiedad, nadie, ningún comunista ni anarquista, se preocuparon de organizar mítines y manifestaciones de protesta. Seguramente, para su opinión, aquello no interesaba a las masas. Pues bien; la mayor parte de la masa de trabajadores -la C.N.T.- será conducida en adelante por un criterio tan mezquino y tan poco coherente como el representado por Alaiz y compañía. Desde este momento denunciamos esta desviación pequeño burguesa de la C.N.T., que la llevará fatalmente a la dispersión y a la derrota. ¡No son los hombres de mente liberal o superliberal quienes han de regir el mundo! Mucho más eficaces para la C.N.T. han sido los viejos militantes: Pestaña, Peiró, Clará, etc., que en los años de verdadera batalla sindical y societaria consiguieron construir un organismo potente y robusto. La única meta constructiva, creadora de los anarquistas de la F.A.I., afirman los interesados, será el *comunismo libertario*. Nosotros conocemos muy bien cuánto valen esas dos palabras: NADA. Sabemos que se forjaron en Francia como transacción con los marxistas con el fin de permanecer en sus sindicatos. El anarquismo se confesaba comunista -aunque comunista libertario- para satisfacer algunas exigencias socializantes de sus enemigos y que lo dejarán vivir en paz.

Los anarquistas -dueños actuales de la C.N.T.- nos ofrecen la nada, siguen la trayectoria liberal, egoísta y panzuda de los políticos gobernantes. La grandeza imperial y futura de nuestra Patria nos exige que los combatamos implacablemente.

El problema anticlerical

Tenemos bien probada nuestra fidelidad a las supremacías civiles, nacionales, que en nuestra Patria, por fortuna, no se presentan en pugna -aunque otra cosa digan los mentecatos- con las fidelidades católicas. El guirigai anticlerical, suscitado por las filas reaccionarias de izquierda, nos parece rotundamente intolerable. Por su culpa, aparece ahí de nuevo el problema -que ya no es problema clerical, sino anticlerical-, contribuyendo a que los españoles sigan peleándose en torno a peligros fantasmales, sin realidad alguna, desentendiéndose en cambio de las finalidades revolucionarias propias de esta época.

Hay que acusar a los embaucadores que birlan al pueblo las conquistas positivas y lo envenenan luego bestialmente con apetencias de carácter ilusorio. Claro que el fantasma clerical -y más fantasma desde que el régimen republicano existe en España- tiene que ser utilizado por esos partidos energuménicos para justificar sus agitaciones. Si a los cuatrocientos diputados constituyentes les privamos de sus gestos anticlericales, en sus cabezas no queda absolutamente idea alguna firme sobre nada.

Creemos que la Iglesia española ha cometido errores grandes, y a muchos fieles catolicísimos hemos oído expresar su ferviente deseo de que por la Iglesia misma se lleve a efecto una depuración justiciera. El que esto sea auténtico no justifica que la microcefalia gubernamental nos desembuche todas sus reservas de anticlericalismo bufo.

Es sintomático de la campaña anticlerical que colaboren a ella con gran furia los partidos marxistas. Se trata de colmar la satisfacción revolucionaria del pueblo con abalorios inofensivos y baratos. El odio burgués contra los curas lo explotan los partidos socialistas con las mismas palabras y las mismas imputaciones burguesas. Pero cuando en las Constituyentes se discutía el artículo 42, artículo vital para el futuro de nuestra economía, que se reflejaría luego naturalmente en la prosperidad del pueblo, los partidos marxistas, traidores una vez más a su significación, no se creyeron obligados a llevar sus exigencias a la calle ni a reclamar la intervención de las masas.

Los partidos masónicos tratan al pueblo como trataban a los indios de América algunos desaprensivos en el siglo XVI. A cambio de fruslerías invaliosas, de objetos raros de madera o de papel, sacaban a los indios todo su oro. Hoy, a costa de que renuncie el pueblo a aspiraciones revolucionarias de honda resonancia, se le entretiene con el fantasma clerical para que royendo el hueso se le desgaste la dentadura.

Al escribir esta nota nada sabemos de la solución que dé la Cámara constituyente al problema religioso. Sólo nos interesa ahora destacar la simplicidad de los partidos que se llaman anticlericales. Teniéndola en cuenta, sabiendo que necesitan tremolar todavía en el futuro la cuestión clerical, casi afirmamos que votarán una fórmula modestita, para no agotar el filón de frases y discursos que ellos encuentran en ese gran problema.

El día que la vaciedad mental masónica de nuestros liberales se encuentre con que no hay clericalismo, ¿cuál va a ser el tema de sus charlas, de sus gritos y de sus mítines?

Y repetimos, para nosotros la cosa va ya pasando la raya, y vamos a permitirnos denunciar un nuevo problema: el problema anticlerical.

La muerte de don Jaime

El culto a la tradición española se había refugiado casi en su totalidad, durante los últimos cincuenta años, en las filas entusiastas del carlismo. De tal modo acaparaban ese culto, que el resto de los españoles vivió alegremente de espaldas a toda preocupación nacional, deshispanizándose, incubando la opereta de una pseudorrevolución con gorro frigio francés y Marsellesa.

De otra parte, la faena de velar con pulcritud las grandes tradiciones impidió a los carlistas capturar el secreto de los tiempos nuevos, apareciendo cada día más invaliosos para una conquista franca del Poder. Aun así, casi totalmente alejados de las preocupaciones concretas de la política, su actitud se conservaba solemne y admirable.

Nadie puede negar que han militado en el tradicionalismo, poblando los requetés carlistas, grupos de españoles que representaban por su decisión y su entereza las mejores virtudes de la raza. E incluso algún período heroico -en que frente a la anarquía hubo que movilizar por Gobiernos mediocres, sin estilo ni carácter, energías fieles- se nutrió del coraje y de la ciega adhesión a la Patria que demostró un sector joven del jaimismo.

Ahora con la muerte de don Jaime, sin sucesión ni régimen monárquico en España, pero amenazada nuestra Patria por los peligros mayores, en plena y magnífica coyuntura de reconstrucción, es de gran importancia observar la ruta que adopten los núcleos tradicionalistas a que aludimos.

Será absurdo su aislamiento, recluidos en fidelidades innecesarias. Su acción, en cambio, es hoy precisa para evitar la consolidación de este conato demoliberal que padecemos, para engrosar las filas militantes que se formen en torno a la Ofensiva de la Patria, para lograr la victoria de una política nacional, de tipo heroico, que impida la explosión arrolladora del marxismo.

Es hoy más urgente que nunca imponer a la política de nuestro país un sentido profundamente español, que contenga la deslealtad de los fraccionadores, y para ello sería lamentable no conseguir el concurso activo de los grupos tradicionalistas. No es legítimo sustraer energías jóvenes, sensibles a la emoción de la Patria, del área donde tienen efectividad los combates de la época. El enemigo no es el mismo de hace sesenta años ni adolece de los mismos puntos vulnerables. Por eso, frente a su táctica hay que oponer otra eficacísima que la supere.

El culto a la Patria está a la orden del día, y sólo los miserables descastados pueden sonreír ante una afirmación así. Por eso nosotros, que luchamos revolucionariamente por conseguir para España un régimen de grandeza, anclados en nuestro tiempo, equipados con sus armas, sin permitir a nadie que presuma de ser más moderno ni más actual que nosotros, saludamos hoy con cariño y emoción a los sectores tradicionalistas, amantes fervorosos de nuestra España, que lloran la muerte de su caudillo.

Y les pedimos la reintegración inmediata al puesto de lucha que requiere la gravedad del minuto español. A nuestro lado y aceptando nuestras consignas.

El comunismo avanza

La flojedad ideológica que caracteriza a los actuales gobernantes y su incapacidad para esgrimir los auténticos resortes políticos de nuestra época, hacen que España esté hoy indefensa ante cualquier audacia comunista.

En las elecciones parciales celebradas últimamente los candidatos comunistas han triplicado sus fuerzas. Muchos creen que el hecho de que el comunismo no controle en España ninguna Central sindical le invalida para una acción revolucionaria. Se equivocan. En la hora decisiva, los sindicatos obreros favorecerían un golpe de mano comunista, aunque sólo fuese con la intención de hacer posible esa Arcadia anárquica con que sueñan ingenuamente.

Los grupos comunistas cultivan hoy con todo desparpajo la acción insurreccional. Se disponen a sorprender al país con un golpe de audacia. Su táctica es proseguir la reclamación de aspiraciones de tipo democrático-burgués que la República ha dejado insatisfecha. Esto para asegurarse la colaboración inconsciente de la pequeña burguesía.

Contra la avalancha comunista no caben razones. Son cerebros estrechos y fanáticos que obedecen sus consignas sin discusión. El Estado vigente es incapaz de presentar batalla a un enemigo así que juega con la táctica de llevar a sus últimas consecuencias las timideces de aquél. De aquí que la tarea de abatir las líneas comunistas corresponda a grupos adversarios, al margen de toda acción oficial, que posean firmeza y coraje suficiente para responder en todos los terrenos a las provocaciones antinacionales de los rojos.

Nuestras **Juntas de Ofensiva** tomarán inmediatamente a su cargo en toda España la acción eficaz contra los comunistas. Los contenidos revolucionarios de las **Juntas** necesitan que su victoria vaya precedida por la derrota del enemigo rojo. El hecho de que fracase de un modo rotundo la situación democrática que advino al Poder con la República no puede autorizar a los comunistas a destacarse ahí como reserva. Ante el descalabro demo-liberal no cabe sino que los grupos nacionales se apoderen de las riendas revolucionarias, y cumplan con toda energía el deber de ir rectos a la imposición coactiva de un plan de reconstrucción nacional.

Si esto no se efectúa, si no surgen robustamente grupos heroicos que suplanten la inercia del Estado, la incapacidad del Estado, España estará a merced de cualquier tentativa traidora que organicen los comunistas.

Nosotros señalamos estos peligros y a la vez que nos disponemos a bloquearlos, robusteciendo el área de la acción de las **Juntas,** pedimos a aquellos españoles que deseen oponerse a la ola roja se inscriban en nuestros organismos de combate. ¡Hay que defender a la Patria amenazada!

(«La Conquista del Estado», nº 22, 17 - Octubre - 1931)

NUMERO 23. 24 de Octubre 1931.

Nuestras consignas. Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista

Conviene aclarar que las **Juntas** (J.O.N.S.) se disponen a actuar en la vida política española, desentendiéndose de una serie de simbolismos fracasados. Las **Juntas,** que son enemigas del sistema liberal burgués hoy dominante, no pueden unir su suerte a las peripecias de reconquistas invaliosas. Tenemos ante nosotros dos fines supremos: Subvertir el actual régimen masónico, antiespañol, que ahoga la vitalidad de nuestro pueblo, hoy indefenso e inerme frente a la barbarie marxista. Imponer por la violencia la más rigurosa fidelidad al espíritu de la Patria.

Todo lo demás es de segundo rango para nosotros. La política es actualidad y eficacia. La defensa de aquellos dos fines no tiene nadie derecho a complicarla con apetitos secundarios. El sentido de nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** está informado por la ambición joven de dotar a España de un espíritu fiel y de unas instituciones modernas que logren definitivamente el resurgimiento de la Patria. Contra el egoísmo disperso, oponemos la obligación de formar en las **Juntas.** Contra el marasmo y la cobardía públicas, presentamos la moral de **Ofensiva.** Contra la traición de los miserables, la idea Nacional. Y frente al fracaso de las estructuras económicas vigentes, un sindicalismo o corporativismo de Estado, que discipline la producción y la distribución de la riqueza.

La acción y la propaganda de las **Juntas** requiere el auxilio de consignas eficaces, que encierran en la realidad de sus clamores el secreto del triunfo. Hoy iniciamos aquí la exposición de esas consignas, y nuestros afiliados deberán proceder a difundirlas con tenacidad y coraje.

La Patria amenazada

Hoy predominan en el Gobierno, bien los partidos antinacionales como el socialista, bien los grupos de más tibio carácter nacional, como la masonería extemporánea que representan los demás ministros. Esta situación es insostenible, y de ella se aprovechan los enemigos mayores, los que aguardan en la sombra la oportunidad para asestar el golpe comunista.

Acontece, pues, que se encuentran en plena indefensión los ideales nacionales. No existe hoy fuerza alguna que ejerza, en cierto modo, un contrapeso a las propagandas traidoras y se imponga el deber heroico de castigar los crímenes contra la Patria. No es posible contener la ola marxista sin esgrimir la santa fidelidad a la Patria y sin movilizar en torno a esta suprema idea nacional las más sanas reservas del pueblo. Nosotros aceptamos que la situación gobernante es sinceramente enemiga del comunismo -¡como que se trata de burguesía liberal medrosa!-; pero frente a los asaltos bolcheviques y anárquicos sólo dispone de fuerza policíaca, no de recursos creadores ni de barreras fecundas, que es lo único eficaz contra esos salvajes que creen flamear una nueva civilización.

Por esto, damos hoy el grito de la Patria amenazada, requiriendo a los españoles para organizar un frente de ofensiva que haga imposible la victoria comunista. Y a la vez para influir de modo inmediato en las tendencias actuales del régimen, que no duda en rodearse de medios tiránicos para atropellar la conciencia nacional.

Contra el Estado liberal y el parlamentarismo burgués

Sólo quien disponga de grandes caudales de hipocresía, esto es, de fórmulas criminales para burlarse del pueblo, puede hoy aceptar las instituciones democrático-parlamentarias. Hoy vemos como se ensalzan por las oligarquías desaforadas de las Constituyentes las ideas liberales y luego cómo se introducen con gesto solapado los recursos de la tiranía. Las **Juntas** combatirán la hipocresía liberalburguesa, proclamando de una manera limpia la necesidad de una dictadura nacional, que elimine a los traidores.

No podemos aceptar otros derechos que los de la Patria, y toda la retórica liberal, con sus putrefactos derechos individuales, merece nuestro desprecio. Si hay algún momento histórico en que España requiere el sacrificio generoso de los españoles, es este de ahora, y frente a su llamamiento deben prohibirse como inmorales todos los derechos descubiertos o por descubrir.

La momia liberal, fracasada en todas las latitudes del universo, pretende hoy arrancar de los designios de España los afanes de grandeza. Quiere sujetar nuestro futuro a una existencia risible,

pacifista y boba, a la que se le cierren todas las veredas triunfales. No pueden admitir espera los alientos de la raza, y por eso las **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** hacen desde hoy promesa firme de liberar a la Patria del liberalismo traidor que obstaculiza su ruta. Además, la posición liberal es de una ranciedad que apesta a todo espíritu moderno. Sólo un farsante o un cretino puede a estas alturas defender la formula demoliberal, propia de setentones sin sangre.

Todas las traiciones y todos los egoísmos se consuman en los Parlamentos. Son poderes irresponsables que se escudan en su origen democrático para cometer las mayores vilezas contra los intereses de la Patria. La política parlamentaria es forzosamente mezquina y contribuye a que usufructúen el Poder oligarquías mediocres, sin enlace alguno con los imperativos históricos de la raza. Jamás podrá reconstruirse un pueblo a base de recetas parlamentarias. Los diputados suelen ser hombres sin pasión nacional, leguleyos enemigos de la acción y del coraje, gentes sin fe ni confianza alguna en los destinos de la Patria.

La mecánica política de nuestro siglo obedece a la lógica dictatorial de los partidos nacionales. Un grupo fuerte y audaz, que logre el auxilio de los más puros sectores del pueblo, debe imponer su verdad a los extraviados. Por eso las **Juntas** abandonan la mística parlamentaria y se constituyen en defensoras de una franca política de dictadura, que ponga al servicio de la Patria todas las energías del país.

La disciplina y el coraje de una acción militar

Una consigna permanente de las **Juntas** es la de cultivar el espíritu de una moral de violencia, de choque militar, aquí, donde todas las decrepitudes y todas las rutinas han despojado al español de su proverbial capacidad para el heroísmo. Aquí, donde se canta a las revoluciones sin sangre y se apaciguan los conatos de pelea con el grito bobo de *¡ni vencedores ni vencidos!*

Las **Juntas** cuidarán de cultivar los valores militares, fortaleciendo el vigor y el entusiasmo guerrero de los afiliados y simpatizantes. Las filas roja se adiestran en el asalto y hay que prever jornadas violentas contra el enemigo bolchevique. Además, la acción del partido necesita estar vigorizada por la existencia de organizaciones así, disciplinadas y vigorosas, que se encarguen cada día de demostrar al país la eficacia y la rotundidad de las **Juntas.**

Nuestro desprecio por las actuaciones de tipo parlamentario equivale a preferir la táctica heroica que puedan desarrollar los grupos nacionales. Del seno de las Juntas debe movilizarse con facilidad un número suficiente de hombres militarizados, a quienes corresponda defender en todo momento el noble torso de la Patria contra las blasfemias miserables de los traidores.

A todas horas, favorecidos por la inmunidad, se injuria a España por grupos de descastados, que se sonríen de nuestra fe en la Patria, que medran con la sangre del pueblo que trabaja, acaparando esos sueldos que les permiten dilapidar el tiempo en las tertulias antinacionales. Esos grupos, esas personas, esos periódicos que calumnian a España, que odian su espíritu secular y su cultura, merecen el más implacable castigo, que debe ejecutarse supliendo la inacción del Estado con la acción violenta de una cuantas patrullas heroicas.

La capacidad económica del Nacional-Sindicalismo

Algo hay indiscutible en nuestra época, y es la crisis capitalista. Ya hemos dicho alguna vez que esta crisis es para nosotros mas bien de gerencia capitalista. Han fracasado las estructuras de la economía liberal, indisciplinada, y también los grandes «trusts» o «cartels» que trataron de suplantarla. Pero ha de entenderse que las dificultades económicas tienen hoy un marcado carácter político y que sin el hallazgo de un sistema político es imposible toda solución duradera a la magnitud de la crisis económica.

Sólo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es, sólo en un Estado sindicalista, que afirme como fines suyos las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una política económica fecunda. Esto no tiene nada que ver con el marxismo, doctrina que no afecta a la producción, a la eficacia creadora, sino tan sólo a vagas posibilidades distributivas.

Esto del nacional-sindicalismo es una consigna fuerte de las **Juntas.** El Estado liberal fracasará de modo inevitable frente a las dificultades sociales y económicas que plantea el mundo entero. Cada día le será más difícil garantizar la producción pacífica y contener la indisciplina proletaria. La vida cara y el aumento considerable de los parados serán el azote permanente.

El nacional-sindicalismo postula el exterminio de los errores marxistas, suprimiendo esa mística proletaria que los informa, afirmando, en cambio, la sindicación oficial de productores y acogiendo a los portadores de trabajo bajo la especial protección del Estado.

Ya tendremos ocasión de explicar con claridad y detenimiento la eficacia social y económica del nacional-sindicalismo, única concepción capaz de atajar la crisis capitalista que se advierte.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 - Octubre - 1931)

La vida política. La Ley de defensa de la República

De todo lo que se ha dicho y comentado en torno a esta ley, nos interesa destacar unas frases del señor Azaña, en las que manifestó que sin disponer de atribuciones como las que señala esta ley, son imposibles las tareas de gobierno.

Defiéndase cuanto sea preciso a la República, pero guarden con cierto pudor las formas. Aquí no hubo catástrofes ni revoluciones sangrientas como en Alemania, ni tampoco existen fidelidades cesáreas de gran fuste. ¿A qué, pues, esta ley? Desde luego es muy cómodo gobernar así. Legalizando los resortes tiránicos. Invocando la defensa del régimen para que se aplaudan las cadenas.

Resulta, pues, que unos señores que se han pasado su vida gritando contra los tiranos, llegan al Poder y descubren que las libertades políticas son imposibles y que los derechos del hombre son pura bobería. Algo es algo. Nosotros no hemos de salir a defender esas monsergas. Hágalo, si quiere y puede, el espíritu zurdo del país.

De todos modos, es interesante denunciar las mascaradas. Se comprenden las dictaduras creadoras que embarcan a sus pueblos en afanes un poco más robustos que el de conseguir esas pobres y esquivas libertades. Son dictaduras de reconstrucción, que justifican sus excesos en nombre de la genial tarea histórica que acometen. Es el caso del fascismo. Y si nos apuran, el de la tragedia bolchevique.

Pero suprimir las libertades para afianzar la libertad es una especie de homeopatía política bastante inadmisible. Esas son las tiranías vulgares. Aquellas cuya finalidad es sostenerse, húndase lo que se hunda.

Una cosa es, pues, defender la República y otra defenderse a sí mismo. Una cosa es la serenidad del gobernante y su fidelidad a los principios que le dieron el Poder y otra son las rabietas resentidas y los desmanes patológicos en el ejercicio del mando.

¡Atención a la tiranía demoliberal!

La conferencia de Ossorio y Gallardo

Ante un público de industriales y comerciantes, ha explicado el señor Ossorio lo que en su opinión debe ser una actitud conservadora dentro de la República. Mantuvo unas afirmaciones tan absurdas e improcedentes que nos mueven a comentarlas hoy aquí con todo rigor. Cuando nuestro país es objeto primordial de atención para quienes patrocinan la revolución comunista, cuando es de máxima urgencia proveernos de instituciones eficaces y de margen revolucionario para una reconstrucción nacional que haga imposible toda amenaza marxista, no se le ocurre al recalcitrante leguleyo señor Ossorio otro recurso que el de volverse de espaldas a los tiempos entonando arias a la libertad.

La revolución comunista no puede ser batida más que oponiéndole una revolución creadora, de tipo nacional y heroico, que movilice en torno a la Patria amenazada las más sanas reservas del país. No comprenden esto las viejas mentalidades políticas educadas en el liberalismo marchito, como el señor Ossorio, y sus propagandas resultan sumamente perturbadoras.

¡Estaríamos frescos si contra la avalancha marxista no pudiéramos lanzar otras consignas que las virtudes de un demoliberalismo desmedrado! Al contrario de eso, los movimientos de ofensiva nacional están a la orden del día y disputan a la furia roja la posesión de la eficacia revolucionaria.

Nosotros combatiremos con ardor todas las posiciones políticas que tiendan a conservar en España una ilusión tan boba e inactual como es la ilusión democrática. De ese modo iremos delimitando nuestra línea de pelea contra los asaltos rojos, sin descuidar una ruta de afirmaciones positivas que ponga en nuestras manos la eficacia reconstructora que España necesita.

El triunfo de una concepción política como la que expuso y defendió el señor Ossorio en el Círculo Mercantil supondría el estancamiento político y social de España, sujeta a fidelidades y ortodoxias del siglo XIX, y lo que es aún más grave, supondría la victoria comunista en menos de dos horas.

Es absurdo cerrar los ojos a la realidad. España atraviesa un período revolucionario, y debido a ello la dinámica política adquiere una aceleración tal que escapa a los cerebros acostumbrados a ritmos lentos.

Hay, pues, que oponerse a las prédicas democrático-liberales de Ossorio. Se mueve este señor en un círculo de ineficacias absolutas que pondrían en grave riesgo el futuro de la Patria. Frente a él hay que afirmar con rotundidad nuestro derecho a oponer la violencia nacional a la violencia roja, y forjar un Estado radicalmente coactivo, que aniquile y destruya todo cuanto se oponga a la reconstrucción de la Patria. Sin reconocer las libertades burguesas y egoístas.

Siempre han carecido de grandeza las actitudes demoliberales. Hoy suman a eso la cobardía y el desplazamiento que suponen en quien las mantiene. Sólo, pues, la inconsciencia de los leguleyos, a quienes repugna por sistema toda acción heroica, puede hoy dedicarse a cantar las excelencias de una política así. Es la moral del cobarde que se siente débil y pide y ruega que lo dejen en paz, que lo respeten. Pero como ello equivale a desentenderse de las ejecuciones colectivas, a sabotear la ruta común que requiere el espíritu de la Patria, esas cobardías deben ser aplastadas sin ninguna consideración. La salud y la decencia políticas lo exigen.

¡Auténtica voz cavernícola, liberal, la del señor Ossorio!

Las huelgas revolucionarias

Todos los núcleos de agitación comunista que hay en Europa dirigen su mirada sobre nuestro país. Creen llegado el momento de una acometida central y esperan que un golpe de audacia otorgue el Poder a los comunistas. Desde hace quince o veinte días la atmósfera social de España se ensombrece de consignas rojas, aprovechando el desconcierto de las masas y la crisis económica que surge.

Los grupos comunistas que actúan en España suplen la existencia de un partido numeroso con la acción -sobre todo en Andalucía- de millares y millares de proletarios inquietos y febriles, lanzándolos despiadadamente a la explotación del campo revolucionario. He aquí la causa inmediata de los furores desencadenados estos días.

Existe, de un lado, la incapacidad del régimen liberal-burgués para sostener a flote nuestra economía. De otro, la continuada perturbación comunista, que amenaza devastar la riqueza del país. Ello es insostenible, y antes que abandonar indefensos los valores nacionales, urge una acción contra la audacia del enemigo.

Nuestras **Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista** (J.O.N.S.) nacen con esa tarea urgente que realizar. La transformación económica que requiere nuestro país no puede hacerse con criterio marxista, que pondrá en peligro de muerte la existencia misma de la Patria. Sólo unos poderes nacionales, de honda raíz popular, pueden acometer hoy en España la reforma Otros intentos equivaldrán a una perturbación continuada, sin freno ni norma, que haría imposibles las soluciones de eficacia.

Esas huelgas son hoy ensayos de movilización comunista, pruebas de capacidad revolucionaria. El Gobierno las contempla sin comprender esa función que le asignamos y las va resolviendo como puede, debilitando sus fuerzas de choque.

No es difícil presentir las próximas movilizaciones. Sólo es posible detener la ola roja venciéndola. Otras tácticas son infantilismo candoroso. Nosotros preguntamos qué planes y defensas tiene el Gobierno para impedir el asolamiento de la Patria por los comunistas. Porque nuestra sospecha es de que vivimos en absoluta indefensión y de que corresponde a la acción heroica de los grupos nacionales proceder a garantizar esa defensa.

Hay que abatir el actual sistema liberal-burgués, que con sus hipócritas deslealtades mantendría al pueblo en una funesta predisposición al comunismo. Las huelgas reivindicatorias nos merecen respeto, pues es la única posibilidad de actuación social que admite la fracasada economía vigente.

Pero nosotros aspiramos a un régimen económico donde las huelgas sean innecesarias e inútiles, donde la producción adquiera el rango supremo de ¡servicio a la Patria! y donde el elemento prestador de trabajo no sea «a priori» un sector rebelde a los deberes

Más sobre el separatismo de Cataluña

En la tramitación del problema de Cataluña se advierten responsabilidades gravísimas. La que más se destaca es el decreto de Alcalá Zamora, señalando la ruta del Estatuto. Pues el hecho de que se hiciese aprobar plebiscitariamente por el pueblo de Cataluña, lo que debió llegar a las Cortes en forma de un simple dictamen, encierra el más criminal abandono de soberanía.

¿Qué sentido cabe adscribir a ese plebiscito? Sin duda se creyó por sus organizadores que podía constituir una formidable coacción sobre unos poderes como los que hoy rigen, de tipo liberal y parlamentario. Si ello es así, no cabe otra consecuencia que la de lamentar el triunfo de unos poderes tan enclenques, tan dóciles a la maniobra traidora.

Pero el plebiscito es ilegal y rotundamente nulo. Lo de menos es que se realice sin pulcritud ni limpieza. Ha de ser recusado en sí mismo, como atentatorio a la dignidad de la Patria, pues es inconcebible la teoría autodeterminista esa que esgrime el separatismo catalán. Cataluña es tierra española y corresponde a los españoles todos, tanto como a los catalanes, el derecho a intervenir y fijar los destinos de Cataluña. Habían de conseguir los separatistas un plebiscito cien por cien, es decir, la totalidad de Cataluña, y sus pretensiones carecerían aún de fuerza legítima para obligar al resto de España.

Es conveniente que esto no se olvide por el pueblo, pues quizá se acerca la hora de ir puntualizando las traiciones consumadas. Los catalanes, con la complicidad del Poder público y de la Prensa servil, lograron hacer atmósfera para que el problema catalán apareciese ante el pueblo ingenuo como un problema de reivindicaciones justas.

El carácter inmoral de la política catalanista que se desentiende de los problemas nacionales para recluirse en su particular egoísmo, debe merecer hoy la repulsa unánime de todos los españoles. Esa repulsa debe tener coraje suficiente para iniciar una acción que salve y libre a Cataluña de los predominios bobos que hoy sufre.

Sólo rescataremos el amor de Cataluña ayudándola heroicamente a expulsar de su seno a ese manojo de orates que la conducen al deshonor. Ello no puede realizarse sino aceptando la necesidad de que el pleito separatista se dirima por la violencia. Hay ya un imperativo, a más del que alude a la sagrada integridad de la Patria, y es el imperativo generoso de salvar a Cataluña.

Debemos suplir la cobardía oficial con acción directa del pueblo patriota. Durante muchos meses, mientras se incubaba la trayectoria del Estatuto, hemos sufrido persecuciones por no doblegarnos al criterio desmembrador del Gobierno. Las dificultades que surgen ahora, las vergonzosas cesiones constitucionales, exasperan muy justamente a España, que adquiere cada día más clara idea de la traición dominante.

Los Gobiernos han favorecido las ilusiones catalanistas. Hasta tal punto, que hoy no caben ya sino dos soluciones extremas: o acceder indignamente a pactar con los separatistas, perdiendo a Cataluña, o rescatar la soberanía, rescatar la colaboración y el patriotismo de Cataluña por medio de un combate.

Todo lo demás, es cobardía, miedo y candor.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 - Octubre - 1931)

La acumulación de cargos en la República

No es que creamos una intolerable inmoralidad lo que acontece. Pero es cierto que ciertas abundancias van tomando estado de opinión, mereciendo del pueblo las más acerbas críticas. El triunfo de la República ha equivalido al ascenso al Poder de una gran cantidad de menesterosos y es,

desde luego, muy humano que se aproveche la situación para calmar las voracidades de la nueva burocracia.

No obstante, nos interesa dibujar el fenómeno con un poco de precisión, pues es sintomático de la verdad de nuestras tesis sobre el actual momento. Todos los regímenes que se descomponen se rodean a última hora de un árbol burocrático frondosísimo. La corrupción se encarga así de sostener las adhesiones que se desgajan. Los últimos años de la Monarquía tuvieron fatalmente este carácter y no fue este hecho silenciado por la campaña contra el régimen. ¡Cuántas veces no se hablaría de los despilfarros, de las prebendas inmorales y de los enchufes vergonzosos de la Dictadura.

Pues aquí llega lo verdaderamente aleccionador de todo esto. La nueva situación de gobierno, en vez de detener esa sangría inmoral de los presupuestos procediendo a la poda implacable de los enchufistas, conserva todos los cargos, fueran artificiosos o no, crea multitud de ellos más y ofrece así al país el espectáculo deprimente de la creación, a fuerza de sueldos, de unos nuevos ricachos que exasperan muy justamente las iras del pueblo que trabaja.

Haría mucho la República por su prestigio y firmeza suprimiendo de raíz los escalafones de enchufistas. De otro modo, lo que hoy es sólo en parte crítica malévola, alimentada por los inevitables pedigüeños postergados, puede llegar a convertirse en argumento revolucionario de gran fuerza contra la explotación inmoral que suponen estos abusos.

Lo decimos sinceramente al Gobierno. No seríamos nosotros los que menos nos aprovecharíamos de ese flaco del régimen liberal burgués para combatirlo, si persiste en mantener tal vergüenza presupuestaria. El pueblo productor tendría derecho a medidas radicales. Y la protesta adquiriría hondo relieve. La solución es bien fácil: no permitir más que un sueldo, cuando éste alcance a veinte mil pesetas. No tolerar el virus social del enchufismo, que prospera a base de destinos innecesarios. Desterrar al pedigüeño y al vago, que alimenta luego la vana politiquería estomacal de las tertulias.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 - Octubre - 1931)

Contra la "Tiranía del interés"

Gottfried Feder es el creador del nuevo sistema económico que postula el nacional-socialismo hitleriano. Es también uno de los siete heroicos fundadores de esa potentísima fuerza política, y asistió, por tanto, a las tremendas dificultades de los primeros meses, cuando decir Patria, en Alemania, tenía los mismos riesgos que van apareciendo aquí con el monstruoso dominio marxista. En España no se conocen bien las teorías económicas del movimiento hitleriano, y por eso creemos oportuno publicar el siguiente artículo, en el que el mismo Feder explica el nudo de sus concepciones:

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 de octubre de 1931, pág. 1. Entradilla)

Nuestra protesta

En Burgos ha ocurrido un hecho sintomático, que indica claramente cómo está España al borde del abismo marxista. Nuestros camaradas de Valladolid hacen un periódico, "Libertad", y en uso de un perfecto derecho se propusieron hace breves días vocearlo en Burgos, presentándolo al público con el más adecuado calificativo, esto es, como "periódico antimarxista".

O en España se ha perdido toda noción de respeto a la patria, o esa propaganda tiene que ser respetada en las calles. Lejos de acontecer esto, los socialistas y comunistas de Burgos, con la cobardía que caracteriza a esta gentuza, persiguieron a los jóvenes nacionalistas de Valladolid, presentándolos a las iras burguesas como monárquicos. Júzguese la cobardía y vileza que eso significa, pues, repetimos, nuestros amigos voceaban "periódico antimarxista".

Pero hay más; las autoridades de Burgos, lejos de proteger la venta lícita del periódico, encarcelaron a los heroicos muchachos, no sin haberlos dejado antes inermes ante las masas furiosas. Además, se les puso una multa de 500 pesetas.

Nosotros protestamos, y ante los hechos gritamos con todas nuestras fuerzas: "¡Abajo la canalla marxista!".

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 de octubre de 1931, pág. 3)

---

13 angulas 13

¿**E**xpulsión de los jesuítas? No. Expulsión de Alcalá Zamora y de Maura.

El Charlamento es radicalista. Sobre todo en materia de expulsiones. Primeramente echó fuera de sí a los micrófonos de la radio. Después arrojó a los maceros. Por último ha vacilado en aplicar su furia de purgante económico a las órdenes religiosas; pero al fin cambió de opinión. Los expulsados fueron los ministros católicos.

* * *

Pueden ustedes asustarse. Hay ya alguna gente que se atreve a tirar al monte. En Sevilla y en Carabanchel la Policía ha sorprendido unas partidas... Dirán que es cosa de juego. Pero, por algo se empieza.

* * *

Siguen las apariciones en Ezquioza. Ahora la vidente es la joven Ramona Olazábal. ¡Un nombre evocador!

A propósito de esto, parece ser que los diputados Pérez Madrigal y Antonio de la Villa —con el fin de amenizar las sesiones de las Constituyentes— están gestionando de don Julián su permiso para cantar a dúo el bonito cuplé:

Ramona, como una dulce aparición, etc.

* * *

Para "Crisol":

El pequeño "Crisuelo"

se puso de espanto lelo

al conocer nuestras JONS.

Pero será su recelo

mayor y así su canguelo,

si ve nuestras JONS con copete.

* * *

El gobernador de Sevilla dice que la industria corchotaponera está amenazada de muerte por la actitud del Sindicato.

Señores ¡Qué lástima! ¡Cómo no se cansan los sindicalistas de perjudicar a los alcornoques de... la U.G.T.!

* * *

14 de abril. 14 de diciembre. 14 de octubre. A don Niceto le persiguen los catorces, como a nosotros nos va a perseguir la Ley de Defensa a las minorías. Existe una estratagema eficaz contra el peligro. ¿Suicidarse? ¿Entrar en un "catorce"? De ningún modo.

Pedir el ingreso en Acción Republicana.

* * *

Don Alejandro el Magno y su cuadrilla han toreado en la plaza de Santander.

El escándalo resultó mayúsculo.

Porque el bicho, como siempre, fue el Poder; Lerroux lo llamaba el capote, pero el marrajo ha embestido por detrás del presidente.

* * *

Giménez Asúa ha dicho en un acto público: "Es necesario dejar de ser señoritos, de ser intelectuales, para ser únicamente obreros."

¡Qué cosas tiene don Luis! Si le quitamos lo de señorito, y la miaja de intelectual, se va a quedar en paños menores. Y esto es un delito, ¡ay! de deshonestidad.

* * *

Hildegart Rodríguez marcho a Bilbao a hacer propaganda pro divorcio.

Hildegart pesa 240 libras.

El matrimonio sin divorcio es una carga, según las vírgenes socialistas. Aunque a la postre nadie se arriesgará a cargar con Hildegart, aunque fuese a prueba.

* * *

Después de la ley de Defensa de la Beatriz, ¿qué van a hacer los que se pusieron a servirla?

El papel de botones, Charlot, Llapisera y Compañía.

* * *

Frase de Sbert: "Los estudiantes están en pie de guerra en defensa de la Universidad".

Pero también están en pie de guerra en defensa de la integridad de España. ¡Qué no se te olvide, compañero!

* * *

Un diputado asturiano que atiende por Pepín ha querido meterse con misticismo. Sin duda cree Pepín que todos vivimos del bacín.

* * *

Rodolfo Llopis ha repetido por diezmillonésima vez lo de "Hay que apoderarse del alma del niño".

En la coyuntura de echar la mano a algo sus amigotes se han apoderado ya de las prebendas de los Patronatos.

(«La Conquista del Estado», nº 23, 24 de octubre de 1931, pág. 4)

La hora romántica
Ramiro Ledesma

Uno de los “bi-cerebros” habló así ante la gran tertulia:

Conocí a María Rosa en el campo, una tarde de julio, cuando yo distraía los ocios de mis vacaciones veraniegas entre árboles y matas, cara a cara con la naturaleza inmensa, como ante un libro virgen, en el que los hombres no hubieran puesto nada aún.

Descansaba de las tareas estudiantiles en la gran dehesa de mis tíos, donde solía pasar la mayor parte del verano, siempre en amical coloquio con los paisajes más ocultos. La ganadería y la agricultura constituían las explotaciones de la finca, que ejecutaba mi tío por su cuenta, sin mediar arrendatario alguno, ya que estos azacaneos eran sus aficiones más preciadas. Por lo tanto, y más aún, durante los meses de recolección veraniega, había en la dehesa cuadrillas de jornaleros, algunos de los cuales tenían consigo a sus familiares, y habitaban unas viviendas modestas y limpias que mi tío había hecho construir ex profeso en lo alto de una pequeña colina, liberándolos así de las *chozas* antihigiénicas y oscuras. Pero esto era generalmente para los criados de la casa, que permanecían en ella por lo regular años y años. Los demás, o sea los que sólo trabajaban durante la época veraniega, eran de los pueblos cercanos e iban a sus casas todos los días o dormían en pleno campo, teniendo por techumbre las estrellas y por casa la base de un árbol o el resguardo de una roca.

Entre las jornaleras se encontraba María Rosa, una jovencita rubia, de ojos azules y melancólicos, siempre seria, como si su semblante no pudiera dibujar más que líneas graves, de una gravedad ingenua y dulce claro es, pero que ponía en ella un signo de dolencias prematuras o de ensañamientos injustos y crueles.

El elemento femenino de los trabajadores era muy reducido, y dormía en el piso alto de la casa. Eran unas cuantas muchachas de color sano y turgencias enormes, pertenecientes a familias pobrísimas de los alrededores, que mediante una cantidad determinada empleaban su energía física —que era mucha— en los duros y fatigosos trabajos de la recolección.

A mí me gustaba conversar con los jornaleros, siempre alegres y propicios a todo género de risas, como si el fuerte trabajo originara en sus espíritus satisfacciones francas y ruidosas. Pero me gustaba más aún una puesta de sol en compañía de los pastores, subidos en las rocas, contemplando los reverberos, mirando a nuestro alrededor la mancha cada vez más oscura que formaban los robles, oyendo el tintineo cimbálico de las ovejas que pastan en el bajo, cuyo sonido parece brotar de la misma tierra, como despedida al sol, ya tábido y débil en el horizonte, sin fuerzas para herir a los ojos que osen mirarle...

Y una de estas tardes, cuando ya el véspero se apoderaba de la luz y el campo adoptaba un recogimiento místico, me encontré a María Rosa, que regresaba de llevar la provisión nocturnal a los pastores. No me vió. Yo iba fuera del camino, bordeando un pequeño arroyo, y casi cubierto por exuberancias magníficas, con cuyos efluvios mi alma adquiría relieves inmensos. De pronto, me pareció oír una voz, algo así como incoherentes balbuceos de misterio. Se podía notar, sin embargo, que era una canción espontánea, en la que todo fuese explosiones recónditas.

La silueta de María Rosa se dibujaba a veces con trazos sueltos y espaciados. Y diríase que se movía al compás de aquella canción que yo no percibía intensamente, de la que yo no podía gozar porque los árboles y las rocas cortaban los sonidos...

Me pareció también oír lloros y frases de angustia, todo en medio de un sepulcral silencio, que encendía más aun los anhelos y las ansias. Y ella se perdió entre los árboles, llegando a mí, como último signo de su aleteo, las frases con que animaba al rucio a proseguir la caminata de siempre...

Yo me senté al pie de unos zarzales, rendido, con la sensación de que mi piel se había estirado hasta dar cabida a proporciones inverosímiles. Llegué tarde, muy tarde, a casa... con la duda y la inquietud en el alma, como el que persigue una cosa que ignora... que ni siquiera sabe si existe.

Hubo momentos en que dudé si aquella María Rosa era un ente real, esto es, porción de mi

mundo, vida de carne y hueso, o era uno de tantos árboles o una de tantas rocas de las que a mi alrededor se encerraban en "vivires" impenetrables. Sólo una deducción podía obtenerse de aquellos devaneos mentales y de aquellos anímicos malabarismos: Yo me había enamorado.

Pero ¿de quién? ¡Ah! Sí: de una sombra que caminaba por un sendero entonando canciones tristes...

Al día siguiente, hablé con María Rosa en la era:

— ¿Venías tú al anochecer por el sendero de la Laguna?

— Sí, señorito — me contestó. Sus ojos azules me miraron fijos, con brusquedad casi, como reconviniendo mi pregunta, que dejaba al desnudo la intimidad de unos minutos solemnes.

— Me gustó mucho tu canción — le dije.

Ella, al oír estas palabras, se apresuró a volver el rostro y se mezcló con sus compañeras. Quise creer que había vertido una lágrima. Quizá fue una alucinación mía.

Yo siempre he sido muy aficionado a la meditación. Y esto hacía que todo al llegar a mí adquiriera moldeos cerebrales. Pero terminaba fracasando ruidosamente. Pudiera titularse mi vida por entonces como un esfuerzo titánico por libertarme de presiones molestas. Y, sin embargo, estas presiones molestas algunas veces no sólo dejaban de serlo, sino que se me aparecían como bellas perfecciones. He aquí mi fracaso rotundo, que yo deploraba amargamente los ratos en que podía hacerlo, cuando, después de un intenso devaneo cerebral, lograba predominios anhelados, y mi razón imponía leyes y exigía obediencia a todos sus gestos.

Y era por esto por lo que resultaban fallidas mis posibilidades amorosas. Siempre luchando con una emoción ridícula que deshacía las iniciativas primeras. Yo, ya lo dije antes, era un joven mundano, ávido de sensualismos y repleto de incógnitas a medio vislumbrar. Pensaba y meditaba mucho sobre el amor y sus derivaciones, finalizando con proyectos nunca cumplidos y con audacias siempre palabreras. Y no se crea que una timidez adolescente era la que me impedía obrar después con arreglo a mis pensamientos anteriores, no. Era que se apoderaba de mi alma un anhelo absurdo por elevar hasta la deificación al ser que conseguía interesarme. Estaba encadenado a una emotividad ridícula, dueña y señora de todos mis actos, que era como el timón que me mostraba direcciones fijas, sendas análogas a las seguidas ya en viajes remotos.

La mujer, en mis soledades fecundas, mirada cerebralmente, me parecía un objeto construido ex-profeso para proporcionar al hombre una felicidad fisiológica, nacida al calor del sexo, siempre exenta de ñoñeces absurdas y de madrigales poéticos. Pero nunca conseguí llevar a la práctica estas conclusiones. Conocer una mujer, amarla, y en el mismo instante, con precisión de segundo, apoderarse de mí un sentimiento anímico, recorrer mi cuerpo todo una vena de éxtasis, era ya cosa prefijada en mis trayectorias de amor. Y entonces, junto a una damita melancólica, que dijera a mi oído con voz de ángel cuatro palabras tiernas, se producían en mi espíritu cataratas de poesía, fluían a mis labios frases dulces, y hasta diríase que todo yo me sentía sepultado en flores, aguardando juntos la muerte, feliz apoteosis que recibiríamos con una sonrisa dulce, con un gesto de gratitud inmensa... Y entonces, sólo entonces, justificaba y comprendía a Werter, a Jacobo Ortiz, y a tantos y tantos delirios amorosos de que está plagada la realidad y la ficción.

Pero me separaba de mi novia, y una vez disipada la niebla que tanta poesía y tanto éxtasis produjo en derredor del cerebro, me avergonzaba mi proceder absurdo, que califiqué siempre de cobardía y de memez romanticoides. Mas al día siguiente me pasaba igual, y al otro, y al otro. Iba ya creyendo que yo era así, que tendría que resignarme a ser así. Un amigo me aconsejó que leyera filósofos duros, y que tirara a un rincón toda clase de novelería romántica. Otro me recomendó la literatura obscena, creyendo con Carracido que, aunque perjudicial, siempre lo es menos que la lectura de obras románticas y a mí podrían servirme de algo. Y yo atendía a ambos. Los resultados fueron completamente negativos. Yo era el mismo de siempre. Junto a una mujer, mi razón se hundía en las simas del desconcierto, dejando paso a las ternezas del corazón y a los éxtasis embriagadores. Y lo más raro es que al dirigirme a ella no lo hacía instigado por la necesidad de poner mi alma a sus pies, sino que guiaba mis pasos otro deseo, otra aspiración...

Y ahora, en el campo, fuera de las imbecilidades ciudadanas, al margen de las discusiones de amigos tontos, esto es, más con mi mismo, se manifestaban en una plenitud aterradora mis emotividades absurdas, como demostrándome que éstas eran mis cualidades propias, y que, por lo tanto, tenía que resignarme a ellas, a no ser que renunciase a la personalidad y la existencia. Y era

una voz exterior la que me comunicaba tales convicciones, con un ensañamiento cruel, procurando herirme en las fibras más preciadas. Y esta voz era la del destino, que me leía una y mil veces la página escrita por la *divinidad*, y a la cual se sujetan, cobardemente, sin lucha, el 99,9999999 p % de los humanos.

Porque, queridos “Bi-cerebros”, un ridículo que no tiene conciencia de sus ridiculeces bien es verdad que no sufre, pero más verdad es que seguirá ridículo todos los ridículos días de su vida, y lo mismo le sucederá a un tonto, a un necio y a un idiota si no se dan cuenta de que sus actos son tonterías, necedades e idioteces; pues morirán tontos, necios e idiotas. Lo primero que hemos de conocer son nuestros defectos, antes, mucho antes, que enterarnos de nuestras virtudes. ¡Qué hermoso, ser crítico imparcial de uno mismo! Y yo, entonces, todos los días, afortunadamente, unos minutos tan sólo, deploraba mis lacras internas, que era como ponerme en una senda desde cuyas orillas agujas seleccionadoras fueran podando mis tonterías. Y a veces, los pinchos —crueles pinchos— desgarraban parte de mi alma, porque penetraban voraces, y su afán destructor no sabía de respetos ni de consideraciones. Y era en estos momentos cuando me sentaba al borde del camino, escudriñándome más y más intensamente, como queriendo percibir síntomas de “otro yo”, de un “yo” que a pesar de ser “otro” brotara de “mi mismo”.

Y buscaba en vano. Los árboles y las rocas me recibían mudos en su seno, con una mudez que cantaba enigmas. La lucha contra el destino es árida, muy árida. Pero el destino somos nosotros, y es esta afirmación el más fuerte incentivo para los espíritus inquietos.

El destino, o sea mi voluntad —una voluntad que no era la mía, sin embargo— guiaba mis paseos a los lugares donde ya de antemano sabía que estaba María Rosa, aquella dulce campesina de ojos azules y rostro melancólico, que sin palabras, con sólo un gesto, lograba inundarme de vacilaciones y de dudas...

Y a los quince días, regresando ella de llevar la comida nocturna a los pastores, la encontré en el mismo sendero donde la vi por vez primera. Yo juraría que hasta era la misma tarde, porque el cielo y el bosque mostraban imágenes idénticas y el recuerdo primitivo tomó caracteres de nebulosa lejana, y la impresión actual se produjo en mi sensibilidad como un sueño que toma formas reales, como un sueño vivo que *vivimos* con intensidad tal que nos parece haberlo *vivido* ya en fechas remota.

Esta vez no me resguardé entre las exuberancias de la vegetación, sino que me acerqué a ella, como un encuentro casual que los dioses me concedían.

— ¡Hola, María Rosa! — le dije.

Ella pareció sobresaltarse al verme, y no sé si me contestó con palabras.

Pero seguimos juntos un rato, mucho rato, durante el cual nuestros oídos no percibieron otra cosa que, de vez en vez, el choque del rucio con los guijarros del sendero. Y, sin embargo, en el transcurso de aquel silencio, tuvieron que cruzarse entre nosotros muchas frases, porque después nuestras primeras palabras tenían ya un sello íntimo, como engarfiadas cada una de ellas a un amor infinito.

Y desde entonces, los encuentros fueron ya diarios. Yo no sé qué conversaciones eran las nuestras. Dijérase que se me olvidaban para más libremente elegir al otro día temas más precisos. Una vez recuerdo que nos sentamos sobre una peña, cara al sol declinante, envueltos en una caricia de eternidad, y ella me contó algo de su vida. Vivía en unos de los pueblos próximos a la dehesa con su madre y dos hermanos pequeños. El padre emigró a Cuba hacía algún tiempo, y le enviaba algunos ahorros, pocos, que unidos a lo que ella ganaba en los veranos constituían todos sus ingresos.

Regresábamos pronto y por caminos diversos, pues nuestro amor no era aún conocido en la dehesa, y un secreto impulso latente en ambos nos hacía envolver las dulces sensaciones entre gasas impenetrables.

Por fin, nos decidimos un día a regresar juntos. Ya se sabía algo. Un zagalillo indiscreto, que nos viera en cierta ocasión pasar por lo más escondido del bosque, hizo de pregonero.

A la mañana siguiente, mi tío me hizo unas observaciones picarescas, y al ver en mi semblante un gesto algo repulsivo, me aconsejó que no anduviera con boberías, y que si él notaba en mis relaciones con la campesina cauces peligrosos me enviaría inmediatamente a la ciudad para mis padres. Yo, entonces, sonreí, como diciéndole que tomaba en consideración sus palabras y que no

me creyera tan panoli. Mas no era sincero. Pretendía desconcertar así a mi tío para ver si por lo menos no investigaba mis paseos con María Rosa.

Esta me refirió el efecto que en sus compañeras había hecho la publicidad de que éramos novios. La que más y la que menos la calificó de tonta y de presumida, y hubo alguna tan salvaje que con todas las letras le dijo a la ingenua niña que de eso sólo podría obtener la necesidad de hacerse vestidos más amplios dentro de unos meses. Esto me lo decía la pobre niña llorando, con unas lágrimas que hubieran hecho desistir de impuros propósitos al más ardoroso de los sátiros.

Yo cada vez amaba más y más a aquella niña, que nunca albergó, estoy seguro, en su corazón dudas sobre mi sinceridad y que correspondía a mis sentimientos confiada y plenamente, aun a sabiendas de que el fin de todo aquello no podía ser otra cosa que un recuerdo más o menos grato, que ocuparía una hoja volandera en el libro de una juvenilia sentimental. María Rosa, pobre campesina zafia e inculta, me amaba como se debe amar: En presente, con el tic-tac del corazón representando el segundo actual en los relojes. Siempre el mismo amor y siempre renovado. Por eso, la utopía que para ella significaba la palabra matrimonio no llegó a manifestarse nunca, porque era una concepción lejana, al margen del círculo reducido en que su alma se movía con aleteos innúmeros...

Una tarde salí con mi tío de caza, y, por lo tanto, no pude ver a María Rosa. La estrategia que yo utilizaba para matar los conejos era de lo más cobarde y ruin. Consistía en esperarlos, escopeta en mano, cerca de las peñas donde señales inequívocas delataban la presencia de los pobres animalejos indefensos. La caza de esta forma requiere una suma inmovilidad, hasta casi contener el aliento, pues a falta de órganos de combate el conejo, como todo ser débil, poseen una sensibilidad delicadísima y unas patas que obedecen, con inverosímil rapidez, a las señales de alarma que originen de su oído fino y de su excelente pupila. Durante los primeros quince o veinte días de “mi amor del alma” con María Rosa, tuve cazando, rasgos curiosos. Uno de ellos es que los conejos me producían gran lástima, y de aquí la consecuencia de que en unas cuantas tardes no disparase un solo tiro, pudiendo haberlo hecho innumerables veces. Diríase que los consideraba como algo unido a mí por los lazos invisibles. En el delirio de un atardecer, llegué a llamarlos hermanos, cosa no muy excéntrica existiendo el precedente de aquel varón que tuvo análoga delicadeza con los lobos.

Aquella tarde sentí renacer como una recriminación secreta a mi actitud y a mis procederes, algo así como un sedimento de los esfuerzos remotos por aplastar mi debilidad. Disparé y maté al primer conejo que se me puso a tiro, sin que me impresionaran los chillidos que el pobre daba al despedirse de la vida. Hasta me admiró a mi mismo este detalle. “Estoy —me dije— en pleno renacimiento”. Y salió otro conejo y lo maté con igual saña. Casi gozaba, con voluptuosidad de salvaje, en destruir aquellos pobres seres a quienes días antes llamara hermanos. Luego pensé en María Rosa. Y en presencia de su efigie, trazada con rasgos fijos y seguros en mi imaginación, no me atreví siquiera a sonreír. Me vencieron sus ojos azules, que parecían recriminar mi alegría bárbara. Y respeté la vida de un conejo, a quién como desagravio a la muerte de sus dos congéneres llamé hermano.

Aquello fue un sufrimiento continuo, porque volví a reaccionar y me avergonzó mi acción postrera. “Decididamente —me dije— soy un solemne majadero, un archimajadero sin salvación posible”.

Y, ahora, en un supremo y loco esfuerzo por romper las gruesas cadenas del absurdo, llegué hasta a reírme de María Rosa, y no me reí de mí mismo porque me creía salvado.

En esto, cuando legaban a la cúspide mis devaneos, oí muy cerca ruido de pasos y una voz que me llamaba quedo. Era Andrés, un pastorcillo de unos 15 años, ingenuote y simplemente salvaje, a quien yo tenía gran aprecio y de quien recibí en muchas ocasiones muestras de fidelidad y de cariño.

— Don Alfredo, han despedido a María Rosa no sé por qué, y se marcha esta misma y tarde *pa* su pueblo. Se lo vengo a decir por si usted quiere despedirse.

No me hizo impresión rápida la noticia, como si la hubiera previsto anteriormente. El zagalillo me miraba como esperando que le dijera algo. Se produjo entonces en mí un pinchazo que me hizo saltar con rapidez. Mil pensamientos asaetaban mi cerebro, a cual más exigente, y yo, sin atender a ninguno, sólo con el ansia de ver a María Rosa, eché a andar a campo traviesa en dirección al camino por donde ésta tenía que pasar para ir a su pueblo. Luego, ya me fui serenando. Me pregunté a qué iba, qué me proponía con verla. Pero indeciso y todo seguí adelante, como si fuese ella quien tuviera que contestar mis interrogaciones.

Quise pararme, pero este convencimiento psíquico no tuvo la fuerza necesaria para reducir mi ímpetu orgánico a la inmovilidad, y seguí corriendo, corriendo. Mis piernas luchaban con la maleza del bosque, como si éste quisiese impedir a todo trance mi éxodo hacia regiones desconocidas. De pronto, me inundó una extraña energía, más intensa, más febril y salvaje. Y con una plétora de humanidad bárbara, me di a gritar en alta voz unos sonidos que resonaban briosos y fuertes, como truenos, en aquellas soledades profundas.

— ¡¡El alma no tiene nada que ver con estas cosas!!

E iba repitiendo estas palabras como loco, incendiado por el deseo de imponerlas en su integridad toda.

Y luego, con el mismo tono de voz, ya algo ronco, exponía por los aires mis amores:

— ¡¡Yo amo a María Rosa, a María Rosa!! ¡¡María Rosa me ama a mí!!

Yo estaba en el camino, esperando con avidez indescriptible el momento sublime de la aparición. Repetía el nombre, jugaba con él, diríase que formando redes laberínticas para resguardarme entre sus murallas enormes.

Y a tanto decir María Rosa, María Rosa... se produjo en mí un odio terrible por María Rosa, no por el ser amado que se escondía detrás de estas dos palabras, sino por el nombre, por María Rosa simplemente, que ya me resultaba hueco, sin alma dentro de mí, más bien como un ladrón que quisiera robarme la otra, a la que el mundo llamaba así como podía llamarla de otra manera. Y yo sentí celos del nombre. Porque el nombre no era ella. No. Ella era ella y no María Rosa. María Rosa era el mundo, el seductor de ella. Y yo ¿qué era? Yo era un imbécil que en los delirios de amor por ella decía amar a María Rosa, a María Rosa. Y María Rosa no era ella. Ella era, y es, *La Mujer*. Yo, por lo tanto, amaba *La Mujer*.

Todo esto parecen locuras y acaso lo sean. Pero las locuras son inexplicables, y esto me lo explico yo perfectamente. Es que comenzaba a soltar lo que en mi amor había, o parecía haber, de abstracción y de “ímpetu anímico”, dando paso a un amor distinto, a una como desnudez de eflorescencias soñadoras.

Yo estaba sobre una peña al borde del camino. La escopeta la había dejado en el suelo abandonada. La miré un momento, como el símbolo de unas ilusiones rotas en buena hora. Quise reír, y reí hasta cansarme. ¡Ah cuando apareciera *La Mujer*! Y reía más, más y siempre riendo...

Por fin, la vi aparecer en el recodo próximo. Ahora la contemple a mi sabor, con ansias enigmáticas, a la vez que la lengua se me trababa en la boca y en la cabeza comenzó una danza infernal. Ella no me vio hasta que estuvo cerca, muy cerca...

Sonrió —de satisfacción, la pobre— al verme el traje destrozado, destrozo que era como el poema de mí correría por el bosque. Se sentó a mi lado. Nada que reflejase en su semblante huellas por la situación difícil. Ella era mujer fuerte. Sabía sobreponerse a las circunstancias. Se la privó de trabajo y de pan por mi causa. Y estoy seguro de que ella nunca se arrepintió de amarme ¡Pobre! Y yo allí acechándola como una fiera, ávido de clavarle mis uñas de muerte.

Porque no nos vieran, abandonamos el camino y nos refugiamos en la espesura. Yo no había pronunciado aún ni una sola palabra. No era indecisión, no, era más bien una premeditación cruelísima.

Ella turbó el silencio.

— Soy feliz porque me quieres

Y yo, rápido, como si aquellas palabras encendieran la hoguera que habría de consumirnos, le contesté agresivo

— Pues hemos sido un par de imbéciles, María Rosa.

Y fue al contacto con este nombre, que salió de mis labios a manera de pajarillo libre de trabas, cuando abalancé sobre la *Mujer* y dile un beso fuerte, fuerte...

Y a esto sucedió una languidez física, algo así como el atolondramiento de quien termina de ejecutar una mala acción. Me senté otra vez sobre la roca, débil, recriminándome con saña porque no podía llevar a cabo mis premeditaciones anteriores. Era como si la naturaleza toda me amarrara con gruesas cadenas a la roca. Y ella, María Rosa, que recibió el beso riendo y tranquila porque lo creyó

puro y "con el alma", se sentó junto a mí, embriagada también por el paisaje, con los ojos perdidos en la inmensidad, contemplando el hermoso espectáculo del atardecer, sosegado y dulce...

Nunca sentí yo como aquel día penetrar tan dentro de mí alma las alegrías del campo. Estábamos en medio de los árboles, sumergidos en silencio, y una cúpula hialina recogía nuestras miradas a lo alto. Nos rodeaba una sombra tibia, pues las frondas eran muros para la luz del sol, cuya existencia sólo percibíamos por los reverberos que formaba en las blancas guedejas de una nube...

Por fin, se hundió el sol, y la noche, precedida por el trompeteo del véspero, acudía presurosa a envolver las conciencias. Y nos dirigimos al camino. Yo llevaba la escopeta en la mano. ¡Siempre el terrible trofeo de la muerte! Es que moría nuestro amor, nuestro amor. Y volví a querer "con el alma" a María Rosa. ¡Oh, cuánto la amé en aquella hora de silencio!

Y nos despedimos con un abrazo infinito que duró siglos y siglos. Entonces, la pobre niña rompió a llorar. ¡Y qué lágrimas las suyas! Pero reaccionó al instante y se mostró fuerte, domeñadora de las circunstancias...

Y todo se acabó allí... Diríase que los zarpazos de la noche nos empujaban en direcciones distintas...

Esta es, queridos "Bi-cerebros", mi hora romántica más intensa. La que, recordándola, me hace pensar a veces que nosotros somos unos majaderos...

A los dos días, por acuerdo unánime, se expulsó del "Bi-cerebralismo" a Alfredo Ruilópez.

- Fin -

[Inédito, bajo el título figura escrito: novela corta original de R. Ledesma Ramos. Original sin fecha]

Precisiones

El Nacional-Sindicalismo

Días pasados una Agencia lanzó en los periódicos españoles la noticia de que se había constituido en Portugal un partido fascista, bajo el rótulo y bandera de NacionalSindicalismo. Ahora en "Acción Española", mi amigo el marqués de Quintanar explica en una breve nota el espíritu y el sentido de ese movimiento político. Me considero particularmente llamado a densificar esa actualidad nacional-sindicalista en nuestro país por el hecho de haber intervenido, meses antes que los portugueses, en la organización de una fuerza joven de igual nombre y similar linaje combativo: las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS).

Ciertamente el doctor Rolao Preto, fundador y jefe de ese fascismo portugués, se inspira en normas doctrinales ya trazadas en su país por los "integralistas". Pero su tónica es la del fascismo italiano. Su afán de eficacia proselitista en los sectores proletarios sigue los pasos de Hitler. Y la denominación de su partido, el hallazgo del Sindicato —sindicalismo nacional— como eje funcional y económico del Estado moderno, pertenece a las JONS españolas antes mencionadas.

Para un español la actuación y el éxito posible de esas fuerzas políticas —que buscan la entraña nacional como escenario y baluarte en su lucha contra el marxismo— alcanza la máxima angustia y el más intenso drama.

No es otro aquí el problema que el de saber si tenemos o no derecho a una Patria, a una cultura que nuestro propio pueblo ha elaborado, a una dignidad social y a proyectar sobre las masas españolas estos dos logros: honor y pan.

Todo eso nos lo disputan y niegan las avanzadas marxistas, con bandera moderada o bolchevique, en un frente rudo de negación nacional y de barbarie. La burguesía liberal ha pugnado por desalojar del pueblo su fidelidad religiosa. Pero el marxismo no sólo eso, sino también su carácter mismo de españoles. Ha tendido al pueblo los lazos más viles para dejarlo inane y sin virtudes: antimilitarismo, resignación a no ser ni vencedores ni fuertes, amor al extranjero, al enemigo. Ante la realidad marxista, no es lícito que cada uno saque en la pelea sus armas melladas y caducas. Esa buena intención no vale ni basta. Hay que precisar además qué armas pueden medirse con las del enemigo, qué ideales y qué tácticas conducen de un modo inexorable a la victoria sobre él y adoptar luego unas y otras con decisión, sacrificando si es preciso esas pequeñas fidelidades que caracterizan al amor propio, la honrilla particularista de cada grupo. Un sacrificio así, una renuncia así ante las eficacias portentosas descubiertas por Mussolini en su lucha a muerte con el marxismo, es lo que dio origen a la prepotencia fascista: grupos nacionalistas de Federzoni, patriotas exaltados de D'Annunzio, sindicalistas nacionales intervencionistas, restos de las viejas formaciones heroicas de "unitarios" — camisas rojas de Garibaldi— y, por fin, los fascios de combate de Mussolini.

No se trata, no, de cualquier cosa que pueda encomendarse frívolamente al primero que llegue. No parece que sea hoy en España problema superfluo éste de preguntarnos por la existencia misma de la Patria, de si es o no posible y lícito presenciar con impasibilidad su propia muerte. Esta angustia sobrepasa en rango a toda emoción monárquica o republicana, de derecha, de izquierda o de centro.

Al crear las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, guiaba a sus jóvenes animadores la certeza matemática de que esa cuestión, ese problema de la existencia nacional española ante las arremetidas del marxismo, era de una cercanía y de una actualidad ineludibles.

El siglo XX nos trajo un manojo de verdades políticas, y pobres de los pueblos que las rechacen o ignoren. Citemos algunas: hundimiento definitivo del Estado demo-liberal; incapacidad de la burguesía liberal y parlamentaria para regir la vida política y económica de un gran pueblo; posibilidad de que la barbarie roja domine en los países de mando decrépito; restauración de los valores de autoridad y de tradición nacional; ruina del liberalismo económico y aparición de las corporaciones y sindicatos nacionales, como reguladores de la producción y del consuno.

El Nacional-Sindicalismo se inspira, pues, en varias certidumbres. Su táctica no es la lucha inmediata contra el Estado. En nuestro tiempo una lucha así, para no recaer en candores infantiles, requiere unas cuantas victorias previas. Por ejemplo: la conquista de la calle, constituir de hecho la esperanza y la protección del pueblo. El sentido combativo del Nacional-Sindicalismo,

lo que tiene o pueda tener de ofensiva contra algo, reconoce un único y exclusivo blanco: las organizaciones marxistas. Nada más. Pero es evidente y claro como el sol que el marxismo es invulnerable a todas las arremetidas, menos a una: la violencia fría y sistemática que sobre él se ejerza. Violencia legítima, porque el marxismo es asimismo violencia sobre y contra la sociedad nacional.

El marxismo es, pues, el enemigo. La burguesía liberalparlamentaria es a su lado una ficción. El papel y la responsabilidad de ésta es, si acaso, servir al marxismo un éxito fácil. Facilitar la victoria marxista.

Pero el nacionalsindicalismo no tiene sólo finalidades destructoras. Responde a una necesidad social y política, y su primer bagaje es, por tanto, constructivo. Le alimenta la gran ambición de articular una nueva sociedad nacional y de hacer posible en ella y por ella el resurgimiento de la Patria española. Al extirpar el marxismo se extirpa la lucha de clases; esto es, la insolidaridad nacional, y se abre paso a la convivencia a que nos obliga sobre todas las cosas nuestro carácter de españoles.

Ahora bien: la lucha de clases tiene dos caras. Hoy se practica con su doble carácter de lucha de las organizaciones obreras contra las patronales, y viceversa. Si existe algún resquicio para impedir esa lucha, algún plano donde algo superior imponga coactivamente a unos y otros la sumisión, es el plano “nacional”, el plano del Estado nacional, donde reside la dimensión de los intereses superiores a las clases: aquellos que afectan a la existencia misma de la nación y de la Patria española. Pues no hay patria ni imperio posible sin una economía ni una cultura; es decir, si el pueblo no come ni alcanza a disfrutar y comprender el espíritu de su raza. Esta es la enseñanza y la realidad del imperio católico, que supo hacer la gran España del siglo XVI.

Por tanto, denunciar a las organizaciones marxistas como fuerzas traidoras y declarar fuera de la circulación y de la modernidad al espíritu liberal-burgués obliga a mucho: a edificar de nuevo cuño un Estado nacional. Es la faena nacionalsindicalista, hoy sobre los hombros de unos cuantos grupos juveniles, unos centenares de universitarios y obreros, españoles de alma animosa y de coraje áspero. De su tarea hablarán en su periódico, de próxima reaparición, "La Conquista del Estado", auténtico foco inicial de la nueva España. El nacionalsindicalismo portugués, de cuya constitución dio noticia la Prensa, procede ya, en rigor, de este núcleo español a que aludimos. De aquí salió el nombre y la consigna. El espíritu y la letra.

[*La Nación,* Madrid, año IX, nº 2203, 13 - enero - 1933, p. 1 - 2.]



¡¡NI DESMEMBRACION NI MARXISMO!!

Hay que arrinconar definitivamente esas dos catastróficas banderas. Este clamor es ya el deseo unánime de todo el pueblo. Las J. O. N. S. lo recogerán en su Nacional-Sindicalismo patriótico.

La Patria Libre
órgano de las
JONS

Juntas de Ofensiva Nacional - Sindicalista

Oficinas: Calle de Amaniel, 12 moderno MADRID

Precio: 15 cts.

Núm. 2 — Sábado, 23 de febrero 1935 — Año I

¡Nunca más la propaganda disgregadora!

Los marxistas al ostracismo

Visado por la censura

Llamamiento urgente a todos los camaradas de las J.O.N.S. y a todos los simpatizantes

La Patria Libre.
Textos de Ramiro Ledesma Ramos

La Patria Libre. Semanario editado por Ramiro Ledesma tras su salida de FE de las JONS. El número 1 sale el 16 de febrero de 1935 y el último, el 7, el 30 de marzo del mismo año. Esta revista fue posible gracias a la generosa subvención de Areilza, Sainz Rodríguez y Goicoechea.

ÍNDICE

NUMERO 1. 16 Febrero 1935.

La bandera de la unidad y del vigor de España como Patria grande y justa, necesita todas las colaboraciones, y entre ellas, de primer rango, la asistencia de la masa popular española

Lo nacional: la Patria

Vivimos los españoles una época decisiva. Tenemos a la intemperie lo más profundo, valioso y delicado. Época en que el riesgo y el peligro cerca, no sólo a nosotros y a los utensilios sociales de nuestra vida, es decir, no sólo a nuestras instituciones, a nuestro bienestar, a nuestra cultura, sino a *nuestra propia Patria.*

La revolución de octubre movilizó abiertamente sus fuerzas contra el ser mismo de España como Nación histórica. Entre otras cosas menos importantes, aunque desde luego graves, fue una revolución contra la unidad de España. Ello después de cuatro siglos de unidad y de ser España la primera unidad nacional de la Edad Moderna. Fue vencida la subversión, pero el hecho sólo del litigio armado, el que haya sido posible siquiera, basta para conmover lo más profundo de nuestro ser de españoles y orientar la atención, el esfuerzo y la mirada hacia ese boquete abismal surgido en el costado de la Patria.

[Visado por la censura]

Nosotros ya tenemos [Visado por la censura] la consigna. Hay que sacrificarlo todo a lo nacional. Y a la vez que decimos y proclamamos que *nada nacional nos es ajeno,* manifestamos también el resultado de nuestras pesquisas en pro de una solución a la angustia española de esta época.

Ese resultado a que aludimos es que hay que llevar al pueblo, *a todo* el pueblo, la suprema cuestión de España y de su destino. La bandera de la unidad y de la vigorización de España como gran nación, necesita todas las asistencias, y entre ellas, una de primer rango, la asistencia de la masa popular española.

Nada más fácil, natural y sencillo. Todo consiste en extender y propagar ante *todo* el pueblo la gran verdad de que sus intereses todos, desde el más alto y profundo de tener una gran Patria, hasta el de vivir con un mínimo de paz, pasando por el de atender a las necesidades económicas de cada día, dependen en realidad de que España sea o no un gran pueblo libre, una nación fuerte y justa, un Estado vigoroso y nacional.

Eso queremos, nacionalizar a las grandes masas de españoles, hoy desviadas de la ruta nacional por organizaciones, banderas y consignas enemigas.

La Patria es más necesaria a las capas populares que a los privilegiados. La gran mayoría del pueblo no sabe idioma, no tiene dinero para viajes, no está en contacto, pues, con otros valores culturales ni con otras costumbres que con las de su Patria. No está ligado de un *modo directo* a grupos extranjeros de su propia clase como las minorías privilegiadas.

Hay que dar, pues, en medio de *todo* el pueblo el aldabonazo de *servicio a España,* la consigna nacional, de forma que la hagan suya y la vigoricen con su aliento las más amplias zonas de españoles.

Consideramos esa misión la más urgente, importante y necesaria. Quien la lleve de un modo triunfal a la victoria *tiene derecho a pedirlo todo.*

Nacionalizar a los españoles, a todo el pueblo, ligar su destino con el destino nacional de España. Ese es el camino más inmediato, la tarea más importante.

Nosotros estamos, desde luego, íntegramente adscritos a la realización de eso. Tenemos la seguridad de que sólo así será cortado el proceso de disgregación, será evitado el peligro de bolchevización, y España tendrá garantizada una época de poderío, de riqueza y de gloria.

Nada nacional nos es ajeno, repetimos. Pero parece necesario ser exigentísimo acerca de lo que sea lo nacional, y cuáles son las fuerzas nacionales. *Nacional* será para nosotros todo aquello -

organizaciones, ideas y hombres- que coloque la victoria española por encima de cualesquiera otra. Y que se afane de un modo positivo por el imperio y el triunfo de la causa española.

Repetimos en este primer número nuestra entrega *a lo nacional,* nuestra decisión de considerarlo como el primer ingrediente de cuanto hagamos. Todo lo nacional encontrará aquí resonancia, [Visado por la censura] y todo lo antinacional combate firme y sin tregua.

Sin España, sin la Patria, nada.

Lo sindicalista: el Pan

Dos realidades inmediatas llevan hoy de la mano a los españoles a encararse con el problema de la organización social de nuestra Patria. Una, la conmoción marxista de Asturias. Otra, la crisis de trabajo, el paro obrero y la anormalidad notoria con que se desenvuelve la economía nacional.

Se trata de organizar la vida de la producción y del consumo de modo que todos los españoles útiles y capaces tengan garantizada una subsistencia normal y digna, sin entrar a saco en las economías privadas ni perturbar en el más mínimo grado la producción nacional. Basta con un Estado en línea de rendimiento, un pueblo disciplinado en su propio beneficio y unas organizaciones, unas estructuras sociales vigorosas.

En octubre hicieron crisis las organizaciones obreras de base marxista. Sus sindicatos eran nidos de agitación, trincheras al servicio de los intereses políticos de las burocracias socialistas. Parece que lo más urgente ahora es destruir hasta la más profunda raíz esas madrigueras rojas y presentar a las masas ingenuas y desilusionadas el panorama de una vida sindical a extramuros de la preocupación revolucionaria bolchevique.

Nosotros estamos convencidos de que sólo los Sindicatos nacionales, es decir, los Sindicatos obreros identificados con la ruta nacional de España y, por tanto, constituidos en sus propios defensores, pueden desarrollar entre las masas la atmósfera que se precisa para desplazar definitivamente a las organizaciones marxistas.

El problema de las estructuras sociales está ligado íntimamente a la existencia nacional de España y a la subsistencia material de los españoles. No hay posibilidad de vida económica si se carece de unos instrumentos sociales que representen y disciplinen los factores diversos que intervienen en el proceso económico. Esos instrumentos son los Sindicatos.

El Estado que en nuestro tiempo no advierta y, por tanto, no utilice a los sindicatos como poleas imprescindibles de su acción, es un Estado ficticio, enclenque y sin vigor. España, pues, necesita orientar su vida social hacia el plano de la sindicación de todos cuantos elementos intervengan de algún modo en la producción nacional. Sindicatos nacionales y obligatorios en todas las ramas. Eso queremos.

Los Sindicatos, como células reales de la vida social, son la mejor garantía contra el paro, las crisis y la anarquización de la vida económica.

Nosotros desarrollaremos gran actividad -toda la que nos sea posible- en la tarea de llevar a los españoles la convicción nuestra de que es preciso sustentar la vida de la Patria sobre bases sindicalistas, como paso a las grandes corporaciones reguladoras de toda la economía.

Es nuestra angustia por el vivir diario de los españoles, la preocupación por sus patrimonios, el afán de evitar la ruina de los pequeños industriales y labradores, el exterminio definitivo del hambre y de la miseria, lo que nos conduce a señalar y a insistir en la creación de Sindicatos amparadores, responsables y ligados de modo auténtico a los intereses de *todo* el pueblo que trabaja.

No concebimos el Estado y la sociedad misma sin esas formidables instituciones que son los Sindicatos, así como la necesidad imperiosa de sustraer esos organismos a toda influencia internacional y todo servicio a las grandes encrucijadas revolucionarias del marxismo.

Lo nacional y lo sindicalista, es decir, la Patria y el Pan. Como paso a

Lo nacional-sindicalista: la Justicia

Creemos no tener que esforzarnos en convencer a todos de que sin Justicia la vida es un infierno permanente. Dar a cada uno lo que es suyo, bien, pero la vida de los grandes pueblos exige completar esa frase con algo como lo siguiente:

Dar cada uno a los demás, a la Patria que los representa, el servicio necesario.

Y decimos a todos los españoles: la existencia de España tiene que basarse en dos cultos: el culto a lo nacional, a la Patria, y el culto social, al pueblo. Esa es la síntesis y el nervio del nacional-sindicalismo. Sólo así haremos de España un hogar para todos los españoles y sólo así conseguiremos el orgullo de vivir en un pueblo libre y fuerte.

Lo nacional-sindicalista conduce, pues, a sustentar la vida histórica de nuestra Patria española sobre los más firmes pilares. Hace de todos nosotros soldados activísimos de la grandeza de España, como Patria justa, como bandera noble y eficaz frente a la brutalidad y la explotación de los pueblos extranjeros.

Siglos y siglos de experiencia parece que no han servido todavía para que muchos se den cuenta de que la existencia nacional de España necesita de defensas permanentes y de que hay que estar alertas contra la voracidad de dentaduras enemigas. España ha sido siempre un pueblo de soldados. Sus más grandes empresas, la conquista y colonización de América, por ejemplo, fueron realizadas desplegando virtudes y valores de heroísmo y esfuerzos.

Queremos el imperio de la Justicia. Pero no sólo y concretamente para los españoles, sino también y, sobre todo, para España. Hacer Justicia a España y a su Historia es ponerla hoy con el esfuerzo y el sacrificio de todos los españoles a la altura de sus más grandes horas.

Todo cuanto hay que hacer debe reconocer esa meta como la primera y más alta. Para ello pedimos las demás cosas. Para ello queremos escuelas, sindicatos, economía próspera, soldados, satisfacción popular, riqueza, ciencia. Todo.

El nacional-sindicalismo es por eso, repetimos, la bandera más amplia, profunda y justísima que cabe hoy ofrecer a los españoles. No quedan ni quedarán fuera de ella sino los descastados, los egoístas y los traidores. Los que no necesitan Patria, los que piden Justicia para ellos solos, los que han nacido bajo el signo de la traición y de la vileza.

Nosotros convocamos a todo cuanto hay en la Patria de limpio, esforzado, generoso y noble. Nosotros convocamos, en definitiva, *a todo* el pueblo español para decirle:

Nutre las filas nacional-sindicalistas. Organízate bajo sus banderas para las conquistas de la cultura y del bienestar y para la lucha contra la barbarie, la ruina y la miseria.

Nosotros ofrecemos con las yugadas flechas de las J.O.N.S. el camino de *la Patria, el Pan y la Justicia.*

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Las J. O. N. S. rompen con F. E. Manifiesto de las J. O. N. S.

A todos los militantes, a los obreros de la Central Nacional Sindicalista y a toda la opinión nacional de España

Camaradas:

Hecha pública nuestra ruptura con Falange Española, nos apresuramos a ampliar las razones y los móviles de una decisión tan importante. Nadie puede olvidar, y menos que nadie nosotros, que las J. O. N. S. descubrieron a los españoles las perspectivas nacional-sindicalistas, notoriamente revolucionarias, como un camino recto hacia la conquista de la Patria justa y grande.

Pues bien, hacía ya algún tiempo que nosotros -fundadores del nacionalsindicalismo- veíamos con angustia que en el seno de la Falange, y debido a los errores y al espíritu desviado de Primo de Rivera, era cada día más difícil laborar con eficacia por el triunfo y la victoria de nuestras ideas de siempre.

Veíamos nosotros, y con nosotros la opinión nacional de España, que el nacional-sindicalismo que decía defender Primo de Rivera era un truco ingenuo, una ficción sin jugo, cuyo sostenimiento por parte nuestra nos convertía en verdaderos cómplices de una farsa contra el auténtico sentido nacional y popular de nuestra doctrina. Correspondía a las J. O. N. S. revolverse contra ese simulacro y a nosotros, como dirigentes jonsistas, el deber, el valor y la decisión de denunciar ante el Partido una situación así y ponerle remedio.

Hemos puesto siempre tal emoción y sinceridad en la propaganda nacionalsindicalista, teníamos y tenemos tal intensa fe en que por esta ruta alcanzarán una meta triunfal los destinos históricos y económicos de España, y disponíamos, en fin, de un bagaje combativo, de una histórica y lenta elaboración de la doctrina, de una actividad laboriosa y espinosa de agitación, que no podrá nadie discutirnos el derecho a vigilar, controlar y dirigir en España la ruta del nacional-sindicalismo revolucionario. No podía todo esto jugarse a una carta de frivolidad vanidosa, como es notorio ocurría estando nuestra bandera de las yugadas flechas nacionalsindicalistas en manos de Primo de Rivera y de sus amigos de Falange Española.

Nuestra posición es firme. Y la asistencia de los grupos de camaradas en quienes permanece arraigada una inquebrantable decisión de triunfo está, asimismo, fuera de toda duda. Las masas universitarias, los obreros de la Central nacional-sindicalista, los grupos veteranos de las J. O. N. S., con sus jerarquías y disciplina de siempre, nos siguen en pleno. Y junto con todo eso la expectación popular en torno a nuestros propósitos, que son hoy la única esperanza de los españoles sin pan y sin justicia, sitúa a las J. O. N. S. delante de un espléndido panorama victorioso.

Renacen las J. O. N. S. en una hora culminante de España. Tenemos plena conciencia del momento, así como de la inmensa responsabilidad y de la gran tarea que corresponde a quienes esgriman hoy ante España una decidida voluntad de salvarse como pueblo grande y libre. Sabemos que ese ejército de salvación necesita estar formado por filas de gran temple. La empresa es gigantesca y de volumen enorme. Por eso las J. O. N. S., en esta etapa nueva y definitiva que comienza, pondrán especial empeño en dirigirse a los sectores sociales donde aniden y residan las reservas más valiosas y profundas de España. Adelantamos aquí la convicción de que es principalmente entre los trabajadores y entre las proletarizadas clases medias donde hay que buscar el aliento y la colaboración activísima que precisamos. En ellas confiamos y a ellas entregamos, en definitiva, nuestro destino y el destino nacional de España.

Las J.O.N.S. reafirman, pues, su fidelidad de siempre al nacional-sindicalismo que ellas y sólo ellas representan. Nos organizaremos de modo sencillo. Habrá en la cúspide de las J.O.N.S. no un jefe, sino un férreo Comité Central, o Junta Nacional, de cinco miembros a cuya disciplina deben estar sometidos sin reservas todos los organismos jonsistas. Modificaremos todos los Estatutos antiguos de las J.O.N.S. en un sentido de agilidad y sencillez. Mientras tanto, los grupos provinciales y locales funcionarán con arreglo a las normas provisionales que los dirigentes respectivos señalen en cada caso. Esta primera etapa, que es de reorganización a la vez que de liberación de las ineptas jerarquías de la F.E., será corta y breve. Pues no hay que olvidar la misión fundamental nuestra, la gran empresa jonsista que nos espera a todos.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Las J.O.N.S. y F.E. Con precisión, con serenidad y con entereza

Comenzamos por declarar que el tema no es para nosotros de ninguna manera grato. Por ello mismo lo abordamos hoy con cierta amplitud y volumen, deseosos de dejar dicha tanto la primera como la última palabra. Disponemos de la información mejor y más exacta, y cuanto aquí digamos tiene todas las oficiosidades deseables.

En general, las razones y los móviles que los dirigentes jonsistas han tenido para la ruptura, son de índole pragmática, a la vista de las consecuencias infelices que la unión con Falange Española y

la subordinación a la disciplina de Primo de Rivera han tenido para el nacionalsindicalismo revolucionario. Honradamente lo han confesado así, sin querer destacar otros motivos de muy distinta índole que afectan gravísimamente a los temperamentos y a las conductas. A esa lealtad y nobleza de los jonsistas han contestado Primo de Rivera y sus amigos con una circular calumniosa dirigida al Partido en la que, a sabiendas de su falsedad, se lanzaban sobre nuestros camaradas Ledesma y Sotomayor las injurias más soeces.

Nosotros desmentimos rotundamente esas especies falsas de los calumniadores, y no perdemos la serenidad aun disponiendo, como disponemos, de pruebas e informaciones categóricas que nos convertirían sin disputa alguna de acusados en acusadores implacables. *Bien saben muchos a qué y a quiénes aludimos.*

Situación actual de las J.O.N.S.: Los elementos de Falange Española han pretendido desorientar y confundir al Partido asegurando que las J.O.N.S. no se habían escindido y que la cosa afectaba a unas docenas de expulsiones. En primer lugar, es notoriamente falso que haya habido expulsiones. Los dirigentes jonsistas abandonaron la disciplina de Falange Española por su propia iniciativa, según hicieron público clarísimamente, y afirmar o creer de buena fe lo contrario es sentar plaza de candidez y de tontería.

Y así tenía que ser, porque las J.O.N.S. no habían sido disueltas. Su período de unión o aproximación a Falange Española fue *a los efectos legales una unión táctica,* efectuada con la firma de Ledesma Ramos -hoy ya, claro es, retirada-, Y NADA MAS QUE ESO. En la Dirección General de Seguridad subsistía y subsiste registrada una entidad legal, las J.O.N.S., con sus estatutos, sus directivos, etc.

Por eso ha bastado que los dirigentes jonsistas declaren rotas sus relaciones con F. E. y con Primo de Rivera, para recobrar en el acto, sin más, su carácter independiente y *exclusivo* como tales, verdaderas, auténticas y UNICAS J.O.N.S. No caben, pues, confusiones. La bandera jonsista es nuestra; está recobrada. Y si los elementos de F.E., reconociendo la flacidez y pequeñez de su denominación y de su doctrina falangistas, quieren a la vez acogerse a las nuestras, se lo agradecemos mucho; pero les hacemos la leve observación de que está en nuestra voluntad el concederles el permiso. En nuestra voluntad, repetimos, y para que se nos reconozca, así entenderá, naturalmente, en caso preciso, el Juez de guardia.

Esta es la situación en cuanto afecta a la cuestión legal, a nuestro derecho a esgrimir -precisamente nosotros, y sólo nosotros- la bandera de las J. O. N. S. No se deje engañar, pues, ningún grupo de camaradas. Muy honrados en que se nos copie y se nos pida y se nos implore el pan de nuestra cosecha, pero sin falacias ni menos arrogancias; al contrario, reconociéndose pedigüeños, necesitados y mendigos.

La táctica de las J.O.N.S. con F.E.: Tenemos mucho interés en destacar, y por eso lo repetimos y lo repetiremos, que tras de la escisión conservamos los jonsistas una serenidad de ánimo absoluta. No odiamos a los antiguos camaradas que allí queden. Eso sí, mantendremos una rígida, total y permanente incompatibilidad política con Primo de Rivera. Pero con aquellos camaradas y con el partido falangista, en general, mantendremos las relaciones que ellos quieran. Por nosotros, cordiales y amistosas. Pues tenemos la seguridad de que sus grupos mejores, después de que el transcurso de varias semanas les aclare la visión y vean la falsedad maliciosa con que Primo de Rivera les explicó y presentó la escisión jonsista, vendrán a nuestras filas.

Hemos perdido, naturalmente, toda la confianza en Falange Española. Sabemos que Primo de Rivera, desprovisto en absoluto de capacidad, la convertirá en escombros antes de pocos meses. Pero si, contra nuestra opinión actual, resultase que era capaz de alguna realización positiva, de conseguir algún triunfo, por leve que fuese, contra los elementos antinacionales de España o a favor de nuestros ideales nacional-sindicalistas, tengan todos la seguridad de que los primeros en celebrarlo seríamos nosotros y estas hojas de nuestro periódico las primeras en destacarlo con elogio.

Así somos. Aunque los demás sean de modo diferente y aunque en [Visado por la censura].

Ni sombra, pues, de dificultades aparecen por este lado para el jonsismo revolucionario nuestro. A demostrar todos empuje, actividad y brío. Tienen las J. O. N. S. un porvenir espléndido. Les basta, para irlo consiguiendo, mantenerse fieles a sí mismas, ir y acudir al pueblo, movilizarlo revolucionariamente tras de la Patria, el Pan y la Justicia.

Y a dejar a los demás en paz con su destino a cuestas, que bastante tienen con la tarea de arrastrarlo por los andurriales tristes del fracaso, de la impotencia y de la farsa.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Vida jonsista. La reorganización del Partido

Naturalmente, los primeros problemas a que han tenido que dar cara los dirigentes de las J.O.N.S. es a reorganizar los cuadros del Partido.

Tenemos noticia de que ello se efectúa con pleno éxito y rapidez en los lugares donde ya de antiguo el espíritu jonsista- y no sólo de nombre -predominaba en la organización antigua.

Es norma de la Junta Central Ejecutiva dedicar primordialmente su actividad a lograr la extensión inmediata de las J.O.N.S. en tres o cuatro focos vitales de España. Una gran población industrial; un centro estratégico agrario, campesino; una gran ciudad hoy desorbitada de la unidad nacional, y, por último, Madrid, que es, quiérase o no, el centro que más influye en la vida de España.

* * *

Hoy, por falta de espacio, nos limitaremos a señalar el espíritu magnífico con que los jonsistas de Valencia han hecho frente a la primera etapa de la reorganización. Maximiliano Lloret, con Gaspar Bacigalupe, Juan Estrada, Pinedo, P. Cortés, Borrego, Calabuig y varios más, han desplegado tal actividad que en pocos días se desmoronó la organización de F.E. y consiguieron que tanto los camaradas de Valencia como los de todos los pueblos de la región se enterasen de un modo verdadero de lo acontecido en el Partido. Es decir, destruyeron la base calumniosa sobre la que los dirigentes falangistas explicaban la escisión de las J.O.N.S.

Y es más de destacar este hecho triunfal de Valencia, si se tiene en cuenta que semanas antes el mismo Primo de Rivera había nombrado al camarada Lloret para la Secretaría general de toda la región valenciana y a Bacigalupe para la organización sindical en la misma zona. Y que fueron presionados y halagados por el mismo Primo para que no abandonasen su disciplina. Estos dos camaradas, sin embargo, sabiendo a lo que obligaba en aquel momento el carácter de jonsistas, no vacilaron en acogerse a nuestras filas y maniobrar con la rapidez, la eficacia y el éxito que antes dijimos.

* * *

En Madrid, donde inmediatamente fue nombrado un Comité o Junta local de reorganización, bastaron dos o tres días para movilizar tras de las J.O.N.S. a casi todos los antiguos camaradas. No han llegado a ocho o diez los vacilantes, y de ellos tan sólo dos o tres por espíritu verdadero de traidores. Ya los señalaremos a la atención del Partido. Pero en Madrid se ha dado otro magnífico fenómeno. Desde el primer día, el mayor número de adhesiones a las J.O.N.S. era de los antiguos de F.E., los más jóvenes, revolucionarios y resueltos. Hasta el punto de que Primo se vio obligado a disolver todos los organismos de la sección de Madrid y proceder con los pocos que quedaron a una reorganización nueva.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

¡A extender y propagar las J.O.N.S.!

Las J.O.N.S. son ya unas iniciales populares, tras de las que adivinan las gentes una bandera justa y magnífica. Hay, pues, que extender las J.O.N.S.

Nada es hoy sin duda más sencillo. No hay protocolo difícil que impida el acceso a las J.O.N.S. Nuestras Juntas se ofrecen a todos los españoles limpios y animosos con todas las facilidades.

Somos además una bandera política flexible y amplia. Ello facilita indudablemente la captación de militantes numerosos. Interesa el nacional-sindicalismo de las J.O.N.S. a la inmensa mayoría de los españoles. A los estudiantes, a los trabajadores, a los funcionarios modestos, a los pequeños industriales y comerciantes, a todos los patriotas y a todos los que apetezcan para España horas de paz, de fuerza y de esplendor.

¡¡A fundar, pues, las J.O.N.S. donde todavía no estén funcionando!! Repetimos que ello es fácil y sencillo. Basta que haya en una ciudad de España un grupo pequeño, ¡incluso un solo camarada!, para que se ponga a trabajar activamente.

Según la oportunidad, el clima social y, sobre todo, según el entusiasmo que ese pequeño grupo despliegue, así los resultados jonsistas serán espléndidos o estrechos. Pero aun en este caso último no deben los camaradas de cada grupo local perder la esperanza. Sigan luchando. Piensen que si en su ciudad o en su comarca los resultados son modestos, hay, en cambio, otros puntos de España donde la bandera jonsista arrastra masas ardorosas y que en sus mismas zonas conseguirán algún día el triunfo.

¡¡A CREAR J.O.N.S.!!

¡¡A EXTENDERLAS Y PROPAGARLAS POR TODA ESPAÑA!!

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

¿Qué es el fascismo?

Con gran frecuencia quienes nos movemos en zonas políticas de alguna novedad advertimos que se interpretan nuestras palabras y nuestros conceptos de un modo absolutamente falso y arbitrario. Ese fenómeno aparece en España siempre que, ante cualquier clase de auditorio, se habla, se comenta o se explica el hecho mundial del fascismo.

Noches pasadas, con motivo del homenaje a Giménez Caballero, mi discurso me proporcionó ese mismo aluvión de dificultades. Creía yo que después de varios años de rodar por las mentes españolas el tema político del fascismo, podía ya decirse ante un centenar de españoles cultivados, sin riesgo de parecerles inexacta, esta elemental definición del fenómeno fascista: el fascismo es en su más profundo aspecto el propósito de incorporar a la categoría de soporte o sustentación histórica del Estado Nacional a las capas populares más amplias.

Pues bien, palabras tan claras y evidentes parecieron tan monstruosas al señor Pradera que se ausentó del salón como protesta por haber sido pronunciadas, y originaron también en mi amigo Eugenio Montes la interrupción de que el fascismo era, entonces, como la Revolución francesa.

Intentaré aquí explicar y aclarar brevemente las gestiones más visibles que aparecen ligadas a esos temas. En primer lugar, cuanto existe en la órbita de los fenómenos y de las realizaciones políticas son realidades históricas; es decir, *hechos,* y hay que aceptarlos como tales, gústennos o no, pues pretender desfigurarlos o envolverlos falazmente en finuras conceptuadas y sofisticas lo reputo error infecundo y vano.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Matías Montero

El día nueve hizo justamente un año que murió asesinado por los marxistas este joven camarada. Lo recordamos aquí con especial mención porque al fundarse LA CONQUISTA DEL ESTADO, en 1931, la primera carta de adhesión que recibimos, y que conservamos ahora como documento precioso, fue la de Matías Montero, que entonces contaba apenas dieciocho años.

Pertenecía, pues, a los primeros grupos de jóvenes españoles que enarbolaron la bandera nacional y revolucionaria frente a la reacción y frente al marxismo. ¡Honor a su memoria, camaradas!

Siguió las peripecias de las diversas organizaciones que surgieron. Estuvo en las J.O.N. S. Estuvo en F.E., pero podemos asegurar que era un jonsista auténtico, y que en estas horas por que atravesamos, de depuración y de reencuentro de nosotros mismos, estaría aquí, en las filas de las J. O. N. S., sin vacilación alguna.

¡Tu muerte, Matías Montero, es de las que obligan! ¡Y no debía volver el sueño a los ojos ni la sonrisa a los labios de quien no sea capaz de permanecer con honor, capacidad y limpieza en las filas mismas donde tú estuviste!

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

¡Cómo va a triunfar la revolución marxista!

La doctrina marxista es falsa. La táctica marxista es errónea. Los jefes marxistas son traidores

Que lo sepan todos, que lo sepan principalmente los trabajadores, los modestos industriales, los labriegos; todos los españoles, en fin, desasistidos y agobiados por la explotación y la injusticia. *El marxismo no sabe, ni puede, ni debe hacer la revolución.*

Ahí está el ejemplo de octubre: incapacidad, traición y crimen. Las masas laboriosas no deben entregar más su confianza a los marxistas, que escamotean siempre las verdaderas victorias populares y son enemigos públicos y notorios de nuestra Patria española.

Nadie tiene, pues, que perder la esperanza, ni los españoles que pasan hambre y miseria, ni los trabajadores en paro, ni los industriales medio en ruinas, ni los labradores, ni las juventudes con brío, ni los españoles con fervor nacional y grandes ambiciones para la Patria.

Es el papel, la misión y el norte del nacional-sindicalismo jonsista, precisamente ése: dignificar y hacer posible y fecunda la revolución, convirtiéndola en revolución nacional española al servicio de *todo* el pueblo y del imperio y de la grandeza de la Patria. Ensanchar, incorporar las capas populares a la Patria, de modo que sean con alegría su puntal más firme y más profundo, y para ello convertir la Patria en Patria revolucionaria; es decir, socialmente justa, y a la vez ambiciosa, pujante y fuerte.

Pero no hay Patria ambiciosa, pujante y fuerte si no influyen en sus destinos, incorporados a su Estado Nacional, los grupos más valiosos, enérgicos y capaces. Por eso el nacional-sindicalismo pretende para España una movilización popular, de la que se destaquen sus valores más firmes; es decir, sus caudillos, sus jerarquías y sus consignas para todo el pueblo.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

NUMERO 2. 23 Febrero 1935.

El problema fundamental en la organización de las J.O.N.S. Una entrevista con Ledesma Ramos.

Ante el deseo de muchos camaradas, que preguntan constantemente, por saber los planes existentes en torno a la reorganización de las J.O.N.S., realizamos esta entrevista que hoy publicamos. El interviuvado podía haber escrito un artículo aclarando algunos puntos, pero hubiera sido siempre más incompleto y menos espontáneo que al tener que responder con rapidez a las varias y diferentes preguntas que le hemos formulado.

* * *

-¿Las J.O.N.S. conservarán como movimiento la estructura que han tenido durante su unión con F.E.?

-De ninguna manera. Precisamente las razones de nuestro apartamiento de F.E. obedecen tanto al desbarajuste ideológico y a la incapacidad de mandos como a la desorganización y a la ineficacia interna que allí existe. Por eso las J.O.N.S. se preocupan ahora con toda rapidez de *organizarse*, teniendo en cuenta la infeliz experiencia pasada, con arreglo a *nuevas bases.*

-¿Cómo planteas el problema de esa nueva organización?

-Exactamente así: ¿Qué tipo de organización corresponde a las J.O.N.S., teniendo presente los elementos que aspira a encuadrar, los fines del movimiento y las tareas diarias y permanentes a que ha de dedicarse?

-¿Puesto así el problema, qué solución le dais los actuales dirigentes jonsistas?

-Lo tenemos casi todo resuelto en la denominación misma de nuestro movimiento. Somos JUNTAS de ofensiva **nacional-sindicalista.** Es decir, que nuestro nombre expresa ya la tendencia que tenemos a estructurarnos mediante unos organismos denominados con un vocablo de mucha tradición político-social en la vida española: JUNTAS.

-¿Entonces son las Juntas la clave de la organización jonsista?

-Eso es. En ese término reside la técnica que debe presidir nuestra organización. ¡Fundemos JUNTAS, organismos *vivos* y calientes! Su vitalidad natural logrará la eficacia del movimiento.

-¿Reducirá esta organización, a base de Juntas, el radio de acción del Partido?

-Al contrario. No hay que olvidar que el jonsismo persigue la movilización en torno a sus flechas yugadas, no de minorías, sino de grandes masas de españoles. No queremos un movimiento recortado y ultrafino, sino un movimiento en que alienten los afanes mayoritarios del pueblo español, lo cual no es precisamente democracia liberal y parlamentaria.

Dicho esto, es evidente, y así respondo a la pregunta, que las JUNTAS han de ser utensilios aptos para encuadrar gran número de afiliados y obtener el sentimiento político que España precisa, en grandes masas.

-¿Cuáles son las ventajas y características más señaladas de las JUNTAS?

-Ventaja enorme la espontaneidad y facilidad para su formación. Formadas a base de grupos militantes de residencia próxima, que les dará en las grandes ciudades un sentido estricto de barriada.

¿Características? He aquí algunas: número variable de afiliados, con un comité efectivo y responsable en relación con las Juntas locales respectivas; vida autónoma para desarrollar los fines que le señale el Partido, con cupos obligatorios para los cuerpos de protección; con cierto matiz democrático, es decir, con intervención de la base en las cuestiones concretas que corresponda desarrollar en la vida normal de las JUNTAS.

-¿Tienes confianza en la eficacia de las JUNTAS?

-Sí; espero muchos y magníficos resultados de la puesta en marcha de las JUNTAS. Desde luego, en ellas tiene que residir el secreto de nuestro éxito posible.

Hay, pues, que consignarlas perfectamente y fijar la máxima atención en su funcionamiento.

-¿Plataforma general de las J. O. N. S.?

-Es bien notoria. No estamos situados ni a la derecha ni a la izquierda. Apoyados en las dos formidables columnas nuestras: lo nacional y lo social.

Con optimismo, perseverancia y entereza realizaremos nuestro destino, que es dotar a España de un movimiento poderoso integrado por gentes de todas las clases sociales y coincidentes en la preocupación grandiosa de salvarse, salvando a su Patria al mismo tiempo.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

Una consigna para todos los jonsistas. En presencia de la ruindad

La salida de nuestro semanario, el éxito y la expectación formidables que le rodean, han puesto al desnudo la moral política de que disponen los dirigentes falangistas. LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., podía, lógicamente, causar indignación en los grupos antinacionales, según, desde luego, ha ocurrido, pero esperábamos que otros sectores, por ejemplo, en F.E., sabrían saludarlo con serenidad y justicia.

No ha ocurrido así, y nos interesa mucho señalar ante el Partido las circunstancias en que la hostilidad falangista se ha producido contra nosotros a causa precisamente de la salida y aparición de nuestro periódico.

Prevemos, pues, un recrudecimiento de la campaña insidiosa, calumniosa y vil que ya en los primeros días de la ruptura de las J.O.N.S. con F.E. se desató contra los camaradas dirigentes de nuestro Partido. Prevemos que los jefes falangistas insistirán en su tarea de engañar a sus organizaciones propagando entre la base de F.E. la necesidad de que se nos considere como los enemigos peores. Prevemos que seguirán alimentando allí la atmósfera de odio con la esperanza de que sus afiliados más ingenuos e inexpertos recojan por su cuenta y riesgo las ruines insinuaciones de los jefes.

Y frente a eso, nosotros tenemos necesidad de dirigirnos a todos los jonsistas para decirles:

Las J.O.N.S. no tienen pleito alguno que ventilar con los falangistas. No hay, pues, que recoger sus provocaciones, que nacen, como sabemos, del engaño de que se les hace objeto por sus jefes. Nada hay que hacer contra los afiliados de Falange Española. Aunque sean injustos con las J.O.N.S. y repitan hasta la saciedad los calificativos calumniosos que les dicta la vileza de sus dirigentes.

Nosotros en las J.O.N.S. tenemos que distinguir perfectamente entre los afiliados de F.E.; es decir, entre los militantes de la base del Partido y los diez o doce rufianes que de un modo directo siguen y defienden en los puestos más destacados las orientaciones de Primo de Rivera.

Repetimos la necesidad de hacer esa distinción, pues en los militantes sinceros de F. E. hemos de ver siempre posibles camaradas nuestros, gentes honradas que persiguen un ideal en muchos aspectos destacable con elogio y, en cambio, en esos diez o doce a que nos referimos antes, no hemos de ver sino lo que son: seres residuales a extramuros de toda emoción patriótica y de todo propósito limpio.

Por ningún concepto desarrollarán las J.O.N.S. género alguno de hostilidad contra los falangistas. Tengamos fe en que sabrán librarse de la férula indignante a que hoy se les somete, férula que no es deshonrosa precisamente para ellos, sino para los desaprensivos que utilizan el esfuerzo de unos grupos juveniles y sinceros en la tarea exclusiva de sostener su vanidad enfermiza y sus inconfesables ambiciones.

Pues resulta que Primo y sus amigos juzgan intolerable que los jonsistas abandonásemos la disciplina de F. E. y nos encontramos así ante muy pintorescas contradicciones. De una parte, declararon en su día que habíamos sido expulsados, y si esto hubiese ocurrido, natural era que no

les preocupase nuestra posterior ruta. De otra parte, al hostilizarnos y recordar de modo tan notorio el vacío que allí dejamos, patentizan que fue nuestra en absoluto la iniciativa y que disponemos de un vigor y de una firmeza ante la que pierden totalmente la serenidad.

No perdonan a las J.O.N.S. que les abandonaran. Y sostienen la peregrina teoría de que no disponíamos de libertad para hacerlo. ¿Pero en qué época feudal creen vivir esos señoritos? ¡No faltaba más sino que al entrar en contacto con F. E. se perdiese la libertad de determinación y quedaran los afiliados convertidos en esclavos!

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

¡Ni desmembración ni marxismo!

Hay que arrinconar definitivamente esas dos catastróficas banderas. Este clamor es ya el deseo unánime de todo el pueblo. Las J.O.N.S. lo recogerán en su nacional-sindicalismo patriótico

¡Nunca más la propaganda disgregadora!

Comprendemos que no había de resultar fácil para la situación gobernante liquidar con aplastante eficacia las consecuencias de la subversión separatista. El Gobierno Lerroux-Gil Robles no podía, en efecto, hacer cosa diferente ni distinta de lo que ha hecho en Cataluña.

Ahora bien, sin penetrar en la cuestión concreta de cómo ha resuelto el Gobierno cuanto afecta al régimen transitorio de Cataluña, nos interesa destacar ante los españoles los peligros enormes que traería consigo el que volviese algún día a ser posible levantar de nuevo en Cataluña la bandera desmembradora.

Nos preocupa especialmente esa posibilidad, pues hemos declarado y sostenido siempre que la conservación rígida y absoluta de su unidad es para la España de nuestros días una consigna irrenunciable, cuya pérdida o abandono nos hundiría sin remedio en la mayor vergüenza histórica que puede recaer sobre un pueblo.

La unidad de España es el punto de partida para cualesquiera edificación que se haga desde el plano de lo nacional. Quedan fuera de «lo nacional» todas las concesiones o tibiezas que se tengan en este sentido, pues la unidad es lo único que nos queda a los españoles como solar firme sobre el que asentar de nuevo la reconstrucción de nuestra Patria. Y perdido ese único asidero, ese último germen de grandeza auténtica, ese último gran valor de España, no queda sino la tarea triste y bochornosa de liquidarnos sencillamente como pueblo histórico.

Bien claro quedó desde luego en octubre que no ha de ser nunca fácil a los elementos antinacionales que entonces conspiraron en Cataluña hacer triunfar su traición ni imponer su criminal tendencia a los españoles. Quedó probado, por fortuna, en aquellas fechas que nada podrán nunca contra el firmísimo, voluntarioso y permanente deseo de los españoles de defender a toda costa la unidad de España.

Ahora bien, todos sabemos cómo la perturbación, la agitación y la amenaza política pueden servir para que desde allí, aun a sabiendas de que los ideales disgregadores son de triunfo imposible, sigan especulando siniestra, vergonzosamente, con el fantasma.

Ahí están ya en ese papel Cambó y sus amigos de la Lliga, sustituyendo a Companys y a Dencás en los propósitos de deshispanizar a Cataluña y de destruir allí los gérmenes nacionales apenas aparezcan.

No comprendemos cómo las propagandas de Cambó circulan libremente en el mismo solar de los combates sangrientos de octubre.

No comprendemos cómo se las deja sin réplica eficaz y cómo no se las considera por quien debe incursas en los delitos mismos de campañas contra la Patria.

Nosotros creemos que las jornadas separatistas de octubre tuvieron magnitud suficiente para justificar el que se corten de raíz los rebrotes de aquel espíritu insurreccional.

Pues de la victoria contra los separatistas hay que deducir más amplias eficacias que el de un triunfo transitorio y fugaz. Hay por lo menos que extraer de esa victoria el aniquilamiento de toda aspiración separatista durante otros dos siglos, como en realidad aconteció con otra victoria análoga a principios del siglo XVIII.

Con toda firmeza, expresamos nuestra opinión de que se consideren las propagandas separatistas como las merecedoras de los castigos más altos y a sus inspiradores y realizadores como los enemigos más destacados y públicos del pueblo.

Pues el pueblo, todo el pueblo de España, pide y proclama el mantenimiento inconmovible de la unidad nacional, en la que con magnífico instinto patriótico percibe la mejor garantía de su propia prosperidad, seguridad y grandeza.

Los marxistas, al ostracismo

Después de la subversión roja de octubre, después de la actuación revolucionaria desencadenada por los marxistas españoles, hay algo en que está de acuerdo toda España, desde las capas privilegiadas de la burguesía hasta las mismas masas populares movilizadas por aquéllos, pasando por el gran sector medio del país. Ese algo es lo siguiente:

Los dirigentes marxistas, los cuadros todos del Partido Socialista, se han hecho merecedores del ostracismo perpetuo, aparte las sentencias y condenas de orden legal a que los tribunales los sometan. El pueblo, todo el pueblo, reclama para ellos una de índole moral y sin sombra de indulto: el ostracismo político y más riguroso.

Las jornadas de octubre en Asturias y en otros puntos, el plan general de la solución, la estrategia desarrollada, los repliegues concertados, todo, en fin, de lo que hicieron y de cómo lo hicieron nos permite afirmar lo siguiente:

Se trataba de una subversión a base de especular con todo lo más turbio, antinacional y aventurero que había sobre el país entonces.

Fue artificiosa y falsa, sin reclamación urgente y angustiosa por parte de la base popular. Sus fines políticos estrictos no podían justificar la violencia de las consignas ni la movilización sangrienta de las multitudes ingenuas.

No era una revolución en beneficio sincero y auténtico del pueblo, sino una acometida de los cuadros burocráticos marxistas para el disfrute de un Poder cuyas ventajas percibieron meses atrás.

Repetimos la necesidad de que el ostracismo de los marxistas y de todo cuanto se relaciona con sus doctrinas, de las cuales, después de todo, son ellos una pura consecuencia, sea absoluto e inapelable.

Lo pedimos en nombre de la Patria española, contra cuyos más firmes valores iban los disparos rojos, y lo pedimos también en nombre de los intereses de «todo» el pueblo, que fue realmente burlado y escarnecido por la revolución marxista, cosa que ya llegará el momento de aclarar, explicar y demostrar cumplidamente.

El ostracismo marxista, la imposibilidad que deben hallar esos elementos para reorganizarse después de los hechos acontecidos, plantea, sin embargo, un problema de fuerte alcance, y es éste: es posible, en efecto, conseguir el ostracismo político de los dirigentes marxistas de toda clase, es posible por repulsa nacional y justa el apartarlos de toda actividad que suponga reorganización de su antigua fuerza, pero lo que no resulta, sin duda, posible ni tampoco fecundo y eficaz para España es el ostracismo de sus antiguas masas, de toda aquella opinión ingenua y mordazmente ilusionada por ellos.

Hay, pues, que ofrendar a esas multitudes, a esas masas laboriosas, un refugio y una bandera que pueda conseguir de nuevo en ellas una renovación del entusiasmo y del vigor. Ostracismo, sí, para los dirigentes y para la doctrina. Ostracismo implacable, riguroso y absoluto, pero bandera nacional, cobijo nacional para las multitudes de salvación posible; es decir, para aquellas que hayan extraído de la lección roja de octubre la sabiduría suficiente y la rectificación imperiosa.

Nosotros decimos a estas últimas: fijaos en el nacional-sindicalismo de las J.O.N.S., ved nuestra bandera nacional y social al aire, leed sus consignas, estudiad sus metas y venid con nosotros sin perder minuto.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

¿Luchas de clases?

Es sabido cómo la técnica de agitación marxista divide a todos los hombres en dos clases: supuestos oprimidos o explotados y supuestos opresores y explotadores. Y llevada tal consigna a un plano real y diario, de lucha económica y social, el marxismo localiza y destaca para que se despedacen estas dos clases únicas: patronos contra obreros, obreros contra patronos.

Nosotros sabemos, y es uno de los motivos críticos fundamentales en que fundamos nuestra posición antimarxista, que el enemigo social de los obreros no es generalmente el patrono, sino que hay otro linaje de poder económico y político al que debe señalársele como enemigo, y no sólo de los obreros, sino de los obreros y patronos juntamente: el gran capital especulador y financiero.

Por eso, ante la lucha de clases tal como la conciben criminal y erróneamente los marxistas, nosotros presentamos otro cuadro de rivalidades sociales. Si hay luchas de clases, éstas son para nosotros las clases:

Capaces contra ineptos.

Laboriosos contra vagos.

Generosos contra ramplones.

Animosos contra cobardes.

Patriotas contra descastados.

Y todos los españoles contra los grandes especuladores y prestamistas.

Pues ahí aparecen las soluciones deseables:

Que a los españoles ineptos los sustituyan los españoles capaces.

Que los españoles laboriosos imperen sobre los vagos.

Que los españoles con capacidad de sacrificio y alma limpia preponderen frente a los egoístas y ramplones.

Que los españoles animosos y viriles no permitan el imperio de los más cobardes y encogidos.

Y que los españoles patriotas impongan su ley a los descastados y traidores.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

La situación mundial y la presencia de España

Parece que la política internacional de un pueblo es el mejor barómetro para juzgar de su vigor y su grandeza. Pues eso es lo que da carácter y rango de gran potencia: intervenir en la marcha del mundo, influir en el juego de sus intereses materiales y en el rumbo de la cultura mundial.

No está eso al alcance de todos. Hay pueblos que, aun prósperos, pacíficos y satisfechos en su vida interior, en su gobierno de fronteras adscrito, no pueden aspirar, sin embargo, a la categoría de impulsores mundiales, al papel magnífico de guías y timoneles de la humanidad.

España no está hoy a esa altura. Y, sin embargo, lo ha estado alguna vez. Tiempos ha habido en que el mundo giraba en torno nuestro, y que talentos españoles, soldados españoles y hombres de gobierno de España tenían en su mano el poder mundial.

Y con el poder mundial, todas estas otras cosas que son consecuencias naturales de él; un gran arte, un comercio poderoso, un pueblo fuerte, una fe en los destinos de la Patria, una riqueza, un bienestar, un porvenir sin angustias, una tarea alegre y gloriosa cada día.

Parece evidente que todo eso se nos ha escapado a España y a los españoles. Habrá que preguntarse por qué boquete tremendo de España se nos ha marchado todo eso, y qué ideales, qué personas o qué errores son los culpables de esa gran catástrofe. Habrá, por lo menos, que darse cuenta de ella, reconcentrarse y disponerse a saltar sobre las dificultades y las trabas que hoy todavía nos atenacen.

Así, con ese espíritu, abordamos nosotros la tarea de examinar la situación actual del mundo. Y también la de hostigar, empujar y hacer cumplir a España y a todos los españoles los deberes que les corresponden en esta hora.

Las bases del actual equilibrio

Fue de tal volumen la contienda mundial de 1914-1918, que todavía sus consecuencias constituyen y nutren el orden del día en toda Europa. Los pueblos y los gobiernos han hecho y hacen quizá todavía hoy frente a los problemas internacionales, con mentalidad de hombres que han visto, vivido o padecido de cerca las jornadas de la Gran guerra.

Ese detalle ha conducido quizá a cierta desorbitación o exageración con que se localizaban unas cuestiones y se esfumaban otras, y también al aire falso, ficticio, de tramoya, con que se querían ignorar las más de ellas.

Todo el largo hito de conferencia del desarme, todas las reuniones innumerables de Ginebra, todas las trapisondas para mantener *statu quos* artificiosos, todos los esfuerzos por llevar la política mundial a un plano abogadesco, ramplón y falso, todo eso, que caracteriza el período de postguerra, y en el que muchos querían aprisionar eternamente las relaciones internacionales, parece que se esfuma, que se quebranta para dar paso a horas mundiales, muy diversas, en cuyos umbrales estamos ya quizá.

Hace ya meses que se advierte en la política europea un fenómeno nuevo: los hechos y las conversaciones y los acuerdos que más preocupan, y a los que se adscribe más importancia, tienen lugar, no en el areópago ginebrino, sino en ciudades representativas de un espíritu muy diferente al de Ginebra.

Ahí esta, por ejemplo, Roma. El foco diplomático que ha logrado centrar Mussolini en Roma, y que culminó en sus últimos acuerdos con el ministro francés Laval, tiene en opinión nuestra una importancia enorme, sobre todo como síntoma de que se inicia una etapa nueva en las relaciones internacionales.

Esos síntomas parecen indicar que vuelven a circular por el mundo, con desnudez, sin sonrojo y sin necesidad de ocultaciones tácticas al estilo de Ginebra, los diversos espíritus nacionales, las diversas grandes Patrias, con sus intereses, sus culturas, sus rivalidades y sus apetencias propias.

Se encuentra, pues, Europa, asentada de nuevo sobre las columnas históricas de siempre, es decir, sobre los espíritus nacionales en pie de sus cinco o seis grandes potencias.

Alemania e Italia hicieron su revolución nacional, y ahí están, mostrando con el vigor que les es posible su propio carácter de pueblos que siguen sus propias leyes, y muy poco dispuestos a renunciar a nada que suponga merma de sus atributos nacionales.

Rusia, con su régimen nacional-comunista, con moral de guerra, archiarmada, en pleno experimento de gigantescas subversiones sociales, no es ya, desde luego, el país revolucionario que

conspira cada día por la revolución mundial, pero está a punto, alerta no sólo al panorama que la rodea, sino también al rumbo de su vida interna. Pues la Rusia bolchevique puede tener algún día necesidad de la guerra para cubrir posibles cataclismos interiores. Rusia tomará más fácilmente las armas en un caso de esa índole que para contestar incitaciones belicosas del exterior.

Inglaterra y Francia son, cada una a su modo, las defensoras del orden mundial vigente. Las vallas contra las que las inquietudes revisionistas van surgiendo. Parece que en la medida en que vayan haciendo concesiones prudentes, aplazarán los cambios radicales que ya se prevén en el futuro de Europa. Son las dos naciones que conservan su imperio, y en muchos aspectos, más aún después de la Gran guerra, las dominadoras y rectoras de la política internacional. Mussolini, desde Roma, sin salir de Roma, y es más, haciendo que tomen el tren hasta Roma, Laval hoy, Macdonald ayer, trata con habilidad y talento de remover ese doble granito franco-inglés.

Austria, entre peripecias revolucionarias y patriotismos forzados, es uno de los puntos más dramáticos de Europa. Allí convergen de hecho la atención de las potencias, y allí puede muy bien tener que alzarse algún día el escenario trágico. La mutilación del imperio austro-húngaro va a constituir, quizá, la consecuencia más desdichada de Versalles, y su mantenimiento el posible eslabón histórico que una la posible futura gran guerra con la contienda de 1914-18.

Alemania se debate entre las dificultades naturales de un país vencido, hechas aún más complejas en un régimen de exaltación nacional alemana, como acontece bajo el signo de la victoria nazi. Hasta el plebiscito del Sarre, la diplomacia y la política internacional de Alemania constituían quizá repliegues desconcertantes. Así, su tratado con Polonia y el *statu quo* del pasillo de Dantzig. Así, sus vacilaciones, y hasta su abandono -desde luego, transitorio- de la política de penetración en Austria a raíz del momento oportuno y decisivo de julio de 1934, tras del golpe nazi que costó la vida a Dollfus. Pero puede también fácilmente preverse que Alemania, preparada una primera etapa de reencuentro de sí misma, desborde con su vitalidad y su empuje la limitación que hoy acepta forzada.

Italia destacó su presencia, durante esos hechos, movilizando incluso, como se recordará, dos divisiones hacia la frontera austríaca, dispuestas a penetrar en su territorio en defensa de la independencia (?) de esa pobre mutilación que es la Austria.

Y conviene insistir en esa rápida señal de alerta que dio Italia entonces, porque junto con la actividad diplomática a que hicimos alusión antes, así como a la madurez evidente de su régimen interior fascista, convierten de hecho a Italia en el país que parece más dispuesto a intentar apoderarse de algún modo del timón europeo.

Y doblemente importante para nosotros, para España, pues es Italia en muchos sentidos nación vecina, situada en la otra acera mediterránea, a todo lo largo de ella, y recientemente, según los acuerdos Mussolini-Laval, inició un plan de nuevo equilibrio en ese mar, y que, comenzado sin la presencia de España, es para nosotros motivo explicable de preocupación grave.

Y en este punto, nosotros decimos y preguntamos a los españoles:

¿No es llegada la hora de que España mire y perciba los campamentos europeos?

¿No es ya de todo punto imprescindible que España entre en la realidad europea?

¿No es ya hora de una política internacional firme para España?

Porque eso queremos. Pertenecemos nosotros al sector de españoles que no se resigna fácilmente a un destino manso de España. Y al requerir una política internacional vigorosa no se nos ocurre poner en primer término la que a nosotros nos pareciese mejor, sino simplemente alguna, la que sea, con la condición única de que se caracterice por su firmeza y por su acierto, y ello entre las varias políticas internacionales posibles.

Deseamos como nadie servir esa necesaria situación internacional de España. Ofrézcanos este gobierno u otro cualquiera que le sustituya eso que pedimos. Y nos tendrá a su lado en ese aspecto con todas nuestras fuerzas, pues así entendemos nosotros el deber para cuantas cosas afecten al perfil internacional de España.

Parece sumamente respetable y hasta emocionante este clamor nuestro por una línea internacional segura, que fuese norte unánime de todos los españoles, pues son fáciles de prever momentos en que España, quiera o no, a voluntad o empujada por el acontecer europeo, necesite decidirse por una ruta internacional.

Y no sólo por su situación, sino por obligación ajena a la geografía y más bien cercana a la ambición lícita y a los imperativos mismos de mantener su riqueza y su independencia.

En un trance así, es evidentemente lógica la pesquisa al objeto de determinar qué voracidades enemigas nos acechan o si quizá vivimos rodeados de arcangélicas naciones, que no desean sino nuestra prosperidad, nuestra pujanza y nuestro triunfo.

A muchos nos atosiga, por el contrario, la sospecha de que es inocentísimo jugar hoy en Europa a los arcángeles. Y también que los españoles debemos estar muy alertas a fenómenos interiores que pudieran ser vinculados a voluntades de fuera.

Así, por ejemplo, el proceso de descomposición de la unidad, la etapa desmembradora, trae consigo sospechas terribles, en cuanto que su triunfo en España convertiría la península en zona balcanizada, con provecho evidentísimo de alguien y seguro y definitivo arrinconamiento de España como poder europeo.

Recordamos episódicamente aquí la campaña que hace unos dos años se hizo para que el Estado español se desprendiese de la fortaleza de Montjuich en beneficio del Ayuntamiento de Barcelona.

Los motivos que se invocaban eran tan desacordes e inferiores en rango al hecho enorme de desmantelar alegremente un gran puerto mediterráneo como Barcelona, que no se encontraban razones normales y claras para tal campaña. Y, sin embargo, se hizo, y hasta hallaba buen ambiente en peligrosísimas zonas oficiales de entonces.

España ofrece bocados espléndidos a algunas dentaduras europeas. Y los españoles, todos los españoles, tenemos el deber de defenderlos con dientes y uñas. España da cara al Mediterráneo, que vuelve a ser cada día más, por el creciente poder diplomático y nacional de Italia, el mar que centra la movilización europea.

Y España tiene todas estas cosas. Factores de primerísima línea en el juego del Mediterráneo: las Baleares, Marruecos, el nacionalismo separatista de Cataluña, la entrada de Gibraltar, los puertos levantinos y todo su comercio de exportación frutera. La realidad de una marcha de Europa hacia el Africa, continente aún enigmático, etc.

Hay también un imperialismo extranjero en nuestra economía. Demasiadas minas, demasiadas grandes compañías, demasiadas empresas y enlaces financieros, todo ello sin justificación suficiente en una etapa de desarrollo industrial, ni de riquezas nuevas a la vista.

Únase la deficientísima vibración de carácter nacional y patriótico. Y ello nos ofrecerá un panorama no muy adecuado para fiar sin más en la preparación actual de nuestras defensas.

Por eso, nosotros, las J.O.N.S., ante este problema como ante otros, decimos con rotundidad:

No más situaciones endebles. No más encerrar los problemas en los despachos e intentar resolverlos sólo con la ayuda de minorías ya ensayadas.

Queremos llevar al aire libre, a los españoles, a *todo* el pueblo, la preocupación fundamental de la Patria, es decir, su destino internacional, su situación en Europa.

Pues en realidad *todo* el pueblo sufrirá en su día las consecuencias de los posibles errores. Aun sin participación en ellos, aun habiéndolos podido evitar con su intervención justa a tiempo.

Cuando se dice que en España no tiene el pueblo patriotismo se dice una verdad si se alude a las manifestaciones externas del mismo, pero aun de esto no es culpable, no hay patriotismo sin preocupación ante otras patrias de otros. Llévense a *todo* el pueblo las palpitaciones internacionales, muéstresele el panorama que ofrecen otros pueblos en torno nuestro, y su respuesta será rápida, magnífica y espléndida.

No agotamos el tema. Al contrario, hoy sólo nos acercamos a él. Pero proseguiremos largamente, porque es mucho lo que tenemos que decir.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

Imperialismo

No es una forma política que cualquier pueblo pueda adoptar libremente, como sucede con la democracia o con el liberalismo. El imperialismo no es una teoría creada por unos cuantos pensadores. ¡Que intenten ser imperialistas Andorra o Suiza! No pasarán del intento, no llegará a la realidad su imperialismo.

El imperialismo es una necesidad. Es algo natural. Es sencillamente *la influencia* que, sin artificio ni intención, *se deriva de la fuerza, de la vitalidad, de la cultura y de la riqueza de un pueblo.*

Esta expansión e influencia de un pueblo por su fortaleza, cultura y riqueza, se produce lo mismo en una república que en una monarquía, en un régimen liberal, o en uno autocrático.

Hora es ya de ir fijando conceptos y acabar con la estupidez e ignorancia de los que se pronuncian contra el imperialismo, cual si fuera producto de los partidejos políticos. Si España no es imperialista, no es porque la cerrilidad de unos cuantos retrógrados, decimonónicos, liberales y radicales demócratas, se hayan opuesto, sino porque desgraciadamente España no es hoy un pueblo fuerte, poderoso y próspero como por su Historia, sus medios naturales y su posición geográfica la corresponden.

Una España grande será imperialista, porque su influencia cultural, económica y militar, se dejaría sentir en todo el mundo. Si hay algún español que se oponga a la grandeza y poderío de España, a su consideración y prestigio en el mundo, debe de ser fusilado por traidor.

Hay una tiranía de las palabras con la que hay que acabar, porque es fruto de la ignorancia o de la mala fe. El día que de España se afirme que es «imperialista», tengamos presente que serán los días felices en los que España esté en el apogeo de su fortaleza, vitalidad, cultura y riqueza.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

La masonería tiene en nosotros un enemigo

La masonería huye siempre de la luz, y también de los taquígrafos. El otro día se la provocó en pleno Parlamento. Y la masonería -representada fuertemente en algunas minorías- tuvo la habilidad y el acierto de callar. En su falta de exteriorización reside su enorme eficacia. Hay mucha gente que no cree más que en lo que tiene delante de sus ojos. Y deja de valorar actuaciones sigilosas que producen efectos a pesar de no llamar la atención de los ingenuos.

La masonería, en su doble aspecto de *secreta y exótica,* es perjudicial para los intereses nacionales y para la seguridad de la paz y del orden público.

Sin creer en las ridiculeces que se cuentan de los inofensivos ritos masónicos, no dudamos -precisamente por enfocarla con seriedad- en atribuir una importancia relevante a la masonería, cuya actuación política -es la única que nos interesa- ha sido siempre llevada con suma habilidad, produciendo los efectos apetecidos por los masones, efectos de importancia en la Historia de España, y de enorme peligrosidad para los elementos nacionales. En la pérdida de nuestras colonias, en todas las revoluciones y cambios de régimen, en las diversas campañas de propaganda antiespañola en el extranjero, se ha visto clara la mano de la masonería.

No solamente hay que reparar en lo que ella hace de un modo directo -que acaso no sea mucho en cantidad-, sino en lo que ella influencia y determina indirectamente. He ahí, por ejemplo, la Institución Libre de Enseñanza, controladora absoluta del mundo pedagógico español, y por consiguiente de la formación intelectual de millares de españoles. He ahí, por ejemplo, en sus tiempos de vitalidad, la F.U.E., elemento de ataque, un día, contra la Dictadura fundada -¡oh

habilidad masónica!- con la benevolencia del Dictador y con la ayuda de su hijo. Y así otros muchos casos significativos.

Y con relación al presente, se conocen ya algunos de los ambiciosos objetivos de la masonería. Por de pronto -aunque sea accidentalmente-, ha embarcado en su propia nave al que parecía su más terrible y constante enemigo: el jesuitismo representado políticamente en la persona del señor Gil Robles. A la vez que trata de recobrar su control sobre la juventud universitaria (que contra lo masónico se había rebelado en una reacción de fecundo patriotismo), metiéndose en los campamentos nacionales disfrazada de autoritarismo y españolismo académicos, relamidos e impotentes; disfrazada de fascismo degenerado halagando la vanidad -como en tiempos hizo la F.U.E.- de los estudiantes, diciendo que se alisten en un «nacionalismo selecto, intelectual, para minorías escogidas, que dará un nuevo *estilo* a las masas españolas en la realización de su destino universal». Como también intenta una campaña internacional contra la España política de hoy, movilizando todas las fuerzas internacionales que llaman de «izquierdas».

Estamos alerta. La masonería tiene estudiados planes de gran envergadura, cuya realización es indispensable paralizar. Pero a la masonería sólo se la puede aniquilar desde el Poder, y utilizando todos los resortes poderosos del Estado. Con un discurso, como ha intentado valientemente el diputado señor Cano López, no se consigue ni que los españoles nos enteremos siquiera de las modestas acusaciones que en su intervención parlamentaria haya podido hacer contra la masonería, porque la censura lo ha impedido.

La masonería sigue, pues, actuando con las manos libres, porque su clandestinidad se lo permite y los Gobiernos se lo toleran. Procuremos defendernos contra ella como podamos. Este periódico intenta ser uno de los más firmes baluartes antimasónicos. LA PATRIA LIBRE es incompatible con la acción constante de la masonería al servicio de la opresión extranjera.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

El problema del trigo y la movilización de los agrarios

No se comprende fácilmente la existencia en España de eso que se llama problema del trigo, materia cuya producción es, sin grandes desniveles, pareja al consumo nacional. Por eso el problema aquí tiene poquísimo que ver con esas grandes crisis por que atraviesan desde hace años los grandes países exportadores, como Estados Unidos y Argentina. Crisis que se resumían en una explicación sencilla: aumento de la producción, caída vertiginosa de los precios, cantidades fabulosas de trigo sin comprador posible.

¿Qué pasa con el trigo en España? Repetimos que no son fácilmente visibles los miasmas perturbadores de nuestro mercado triguero. Los agricultores que constituyen el frente triguero sostienen desde luego una posición lícita, pidiendo se activen procedimientos de simpática audacia frente a la lentitud y la obstinación del ministro.

Pero ya se han movilizado también esos llamados agrarios. Esos residuos de la política más vieja, decrépita y opaca que España ha conocido. Y sin más, lanzan su petición: que el Estado utilice 500 millones en la compra de trigo. ¡Magnífico! ¿Qué catástrofe comercial, qué variaciones en las exportaciones, qué fenómenos nuevos en la producción y venta del trigo justifican esa apelación a las finanzas del Estado?

Se comprende esa política en los Estados Unidos, que además de tener basada su economía en la movilización de medios financieros muy poderosos, tenía que hacer frente a una catástrofe similar a la del algodón. Roosevelt empleó en la tarea de contener la baja de los precios del algodón y del trigo centenares de millones de dólares. Pero la proposición o deseo mostrado por los agrarios de que el Estado español inicie una política similar respecto al trigo, lo creemos desorbitado y en absoluto improcedente.

Parecen muy otras las atenciones que requieren los campos españoles y concretamente todo cuanto se refiere a la producción cerealista. Los llamados agrarios se atrincheran en un espíritu de clase que más bien perturba y perjudica a los labradores. Claro que bien sabemos su finalidad última. Que no es librar al campo de la ruina ni de la vida miserable y trabajosa, sino poner en pie de nuevo las viejas oligarquías caciquiles, aún supervivientes en gran parte de Castilla, y de ello son muestra los más señalados capitostes de la minoría agraria.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

El drama de los partidos demo-liberales. Sin modernidad y sin juventudes

Es una realidad -para nosotros confirmadora de nuestra ruta- la inexistencia absoluta de juventudes demoliberales, o como en la terminología corriente y general se las denomina: «republicanas».

Sin entrar a discutir su cantidad y calidad, es un hecho que, al socaire del triunfo del nuevo régimen, todos los partidos «auténticamente» republicanos lograron formar cuadros juveniles. Constantemente se oía hablar de la Juventud de Acción Republicana, Juventud Radical-Socialista, etc., etc.

Pero estas juventudes privadas en absoluto de un espíritu nacional, y aún más, de un afán de justicia social; agrupadas en tomo a unos principios vanos, sin contenido hispánico, «Liberté-Egalité-Fraternité»; alimentadas exclusivamente con elementos negativos de odio a la Patria, al rico (sin amor al humilde), a la tradición espiritual de nuestro pueblo (sin tolerancia religiosa), al Ejército (sin amor a la paz verdadera), al propietario agrícola (sin querer permitir el acceso del obrero a la pequeña propiedad), sin miras de una redención social de las masas proletarias, resultaron monstruosamente aniquiladoras, jacobinas e infecundas.

Sólo un afán positivo se pudo advertir en las juventudes republicanas demoliberales: el afán de «enchufarse», de ganar dinero a costa del contribuyente, de medrar sin esfuerzo en los cargos políticos estatales. El que podía considerarse «líder» de las juventudes revolucionarias, de las juventudes republicanas, *Sbert,* sin talla de conductor, fue el que comenzó dando mal ejemplo, desentendiéndose de encauzar el movimiento juvenil revolucionario hacia metas ambiciosas, heroicas y nacionales dentro de la República, y dedicándose, por el contrario, a servir el separatismo catalán a cambio de un acta y de un puesto en el Tribunal de Garantías.

Las juventudes republicanas se han esfumado. No existen. Este debe ser el hecho más significativo y desolador para los dirigentes de los partidos que se llamaban «avanzados» -hoy verdaderamente retrógrados y trasnochados-, es decir, de los partidos liberales republicanos. La juventud, sin haber dejado sus afanes renovadores radicales, toma hoy otros rumbos más modernos y actuales. La juventud plena de idealismo y de espíritu de sacrificio, busca nuevas estructuras económicas, sociales y políticas, más justas de la sociedad, dentro de las realidades nacionales y en consonancia con los problemas del momento presente, y no como algunos, que intentan hacer política hoy, pensando como los honrados politicastros de hace cien años.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

Orientación y defensa de los jóvenes españoles

Existe una gran masa de españoles que, con admirable constancia, dedican lo mejor de su juventud al estudio, almacenando conocimientos que les permitan, con ciertas posibilidades de éxito, salir airosos en alguna oposición.

Año tras año, el estudiante opositor se esfuerza por superarse, confiando que algún día verá figurar su nombre en la lista de los elegidos. Mientras tanto, todos los sacrificios le parecen pocos. Muchos de ellos trasladan su residencia, desde cualquier remoto confín de provincias, a Madrid. Compran sin regatear los más absurdos y variados textos impuestos por las Academias que se titulan «especializadas», la mayoría de las cuales no son sino antros de explotación y, a veces, centros inmorales.

Adquieren a peso de oro toda esa serie de documentos, inútiles en su mayoría, que el Estado les exige... ¡En fin! Todo el mundo los explota sin piedad. Como si fueran potentados que estudiasen por el placer o la vanidad de adquirir cultura, se les impone mil formalidades a cada cual más cara.

Después de tanto sacrificio, de tanta traba legal, cuando por méritos y por dinero pudiera considerarse que habían adquirido el derecho de ser tratados con respeto, resulta que el Estado los desconoce como clase y les impone las más absurdas normas, compuestas al azar, sin unidad de criterio, variando continuamente los textos y las condiciones de examen.

Pues bien. ¡Nosotros estamos dispuestos a levantar la bandera de liberación del estudiante opositor!

Crearemos una Federación Nacional donde serán acogidos todos los opositores, sin distinción de ideas o confesiones, pues es preciso tener presente que la Federación deberá ocuparse estrictamente de mejorar la condición profesional de los opositores, sin que en momento alguno pueda orientarse hacia fines políticos o confesionales.

Nuestro plan es bien sencillo. Consiste en crear tantas Asociaciones de opositores como especialidades hay, y como lazo de unión de todas ellas estará la Federación, con carácter Nacional.

Cada Asociación tendrá su Directiva, nombrada por la Asamblea, y se ocupará exclusivamente de estudiar sus propios problemas que serán resueltos por la Federación, secundada ésta por todas las Asociaciones.

No creemos prematuro anticipar que de la unión de los opositores se obtendrán frutos magníficos. Por de pronto, el reconocimiento de los opositores como clase, lo que lógicamente habrá de producir un tratamiento más respetuoso por parte de los Poderes públicos.

La Federación podrá luchar ventajosamente con todos los embaucadores del opositor y seguramente conseguirá garantizar la imparcialidad de los exámenes, pues solicitará del Ministerio correspondiente el nombramiento de un representante en cada Tribunal de examen.

La Federación velará siempre por el interés de los opositores e impedirá que el favoritismo político robe sus posibles plazas introduciendo de matute en el escalafón a los temporeros.

Luchará incansablemente hasta imposibilitar esos Concursos-oposiciones que, la mayoría de las veces, no son sino repugnantes contubernios hechos para favorecer a determinados paniaguados.

Hará imposible toda injusticia y no cejará hasta conseguir que la obtención de un empleo público sea un hecho meritorio y no un favor o una venta.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

NUMERO 3. 2 Marzo 1935.

Obreros parados y capitales parados. Las J. O. N. S. denuncian esas dos plagas de la economía española.

El paro de los obreros es forzoso. El paro de los capitales es voluntario. Pedimos su movilización obligatoria

El paro forzoso es evitable

Hay en España un manojo de problemas cuyas características son en absoluto diferentes de las que ofrecen los mismos problemas en otros países. Así la tremenda realidad social del paro. Coincidimos, en efecto, con los demás pueblos en tener grandes masas de parados, pero así como en esos otros puntos el paro es consecuencia rigurosa de crisis industriales, de sobreproducción y de descenso vertical del consumo, aquí en España las causas son muy otras.

Lo primero que se advierte examinando la realidad económica y social de España es que aquí no hay sólo y sin más un paro obrero numeroso. Hay también y en la misma o superior medida un paro de capitales, un estancamiento y paralización de grandes y poderosos medios financieros.

La economía española no es propiamente una economía gran capitalista. En eso y en la falsedad y carácter antinacional de la doctrina radica nuestra oposición rotunda al marxismo. Es pura vacuidad y pura retórica hablar al pueblo español laborioso, a los trabajadores, de explotación y de opresión. El problema del paro, como tantos otros, sirve también para demostrar la falsedad marxista. El equívoco y la frivolidad sobre que asientan los marxistas sus plataformas económicas y sociales.

No hay en puridad explotación ni opresión del pueblo que trabaja, pues lo que hay es precisamente que no trabaja, que se le tiene y retiene en situación aún más lamentable que la de ser explotado y oprimido. Se le tiene parado.

Nosotros hacemos frente al problema de los parados, señalando su más profundo origen y pidiendo con toda urgencia que se le aborde y resuelva. No es imposible conseguirlo. Ni difícil siquiera. Lo que quizá sea necesario es que desde el Poder se disciplinen y muevan los resortes coactivos contra las causas más directas del paro forzoso.

Y entre esas causas directas nosotros señalamos y destacamos la que consideramos más importante y primordial: *el paro de capitales. El estancamiento voluntario de medios financieros por sus poseedores.*

Pues la primera realidad con que se encuentra un observador de la situación económica y social de España es ésa. En muchísima mayor proporción que en parte alguna, aparecen los grandes capitales en España en pleno estancamiento, al margen de todo empleo industrial, al margen de cualesquiera tarea productiva, buscando como máximo riesgo los fondos públicos, el juego de *dobles* o las cuentas corrientes de los Bancos.

Hace bien pocos meses un joven aristócrata apareció acusado de estafar a una tía suya *dos millones* de pesetas que esa señora tenía con otros millones más en la cuenta corriente de un Banco. El ejemplo es sistemático y temible.

Y en tal situación, ya antigua desde luego en España, ocurrirá que los grandes Bancos constituyan soberbias catedrales en la calle de Alcalá, de Madrid, pero ocurrirá también que los trabajadores se convierten en parados, las industrias atraviesan crisis de consumo y la economía toda del país languidece y cae.

Parece, pues, urgente movilizar coactivamente los capitales españoles, ponerlos en trance de creación y de fecundidad social. Se estudian ahora remedios contra el paro. Se fijan cantidades fabulosas para obras públicas y edificios oficiales, pero nosotros decimos que todo eso es ineficaz y transitorio. Y además contraproducente para un Estado de poca base financiera y malísima coyuntura económica. Pues no se trata ni debe tratarse de pedir dinero a crédito a las grandes economías privadas. Pagarles millones y millones de cupón y recaer en la viciosa situación de origen. No. Más bien debe intentarse movilizar esos recursos, no como elementos de crédito al

Estado, sino como utillaje directo en la economía nacional. O en otro caso, el gran impuesto y la expropiación misma de los grandes capitales parados.

Nadie podrá explicarse cómo a todas horas se aplica a la propiedad agraria eso de la función social de la propiedad, y cómo a la vez nadie se acuerda de esos poderosos medios financieros que permanecen en la ociosidad, proclamando la estulticia y la cobardía de sus poseedores y burlándose de la miseria general del pueblo.

En nombre de la grandeza nacional española, en nombre del derecho al trabajo, que está para nosotros al mismo nivel que los derechos más altos, pedimos que se relacione el problema del paro forzoso de los trabajadores con el problema del paro voluntario de los capitales.

No somos marxistas. No nos mueve, por tanto, agresividad alguna rencorosa contra los patrimonios ni las economías privadas de los españoles que las poseen. Pero presentamos sobre bases reales y justas la cuestión del paro. Único medio de hacerle frente con eficacia. Y pedimos que se estrangule con rapidez ese problema.

Con voz sincera decimos a los supervivientes

Las J.O.N.S. se han esforzado desde el primer día en hablar con franqueza y sinceridad a todos. Nacieron, quizá, un poco a destiempo, un poco antes de lo que requerían los acontecimientos. Por eso hemos sido víctima de alguna vacilación, de alguna confusión, de alguna recaída retórica. Pero es evidente que nos hemos incorporado ahora al recto pulso de España, que hemos entrado en la etapa verdadera en que nuestra doctrina y nuestros gritos son los necesarios y los que pide la conciencia de *todo* el pueblo.

Después del derrumbamiento demoliberal, ya sin esperanzas; después del derrumbamiento marxista, ya desde abril de 1931, nosotros decimos a todos los supervivientes, a todos los que están libres de responsabilidad, a todos los que no agotaron ni el crédito popular ni su propia fe:

Hay que revisar las bases sobre las que habéis actuado. Hay que aprender la lección rotunda de los hechos. Hay que dar cara con valor y con fe a una rectificación de doctrina y a una rectificación de procedimientos. Nosotros, los jonsistas, nos sentimos pisando en terreno suficientemente firme para ofreceros una tienda de campaña. Vedla y examinadla de cerca. Ponedle vuestros reparos y entrad a verla desde dentro.

Nosotros decimos al grupo disidente de la C.N.T., a los treinta, al partido sindicalista que preside Angel Pestaña, a los posibles sectores marxistas que hayan aprendido la lección de octubre, a Joaquín Maurín y a sus camaradas del bloque obrero y campesino:

Romped todas las amarras con las ilusiones internacionalistas, con las ilusiones liberal-burguesas, con la libertad parlamentaria. Debéis saber que en el fondo ésas son las banderas de los privilegiados, de los grandes terratenientes y de los banqueros. Pues toda esta gente es internacional porque su dinero y sus negocios lo son. Es liberal, porque la libertad les permite edificar feudalmente sus grandes poderes contra el Estado Nacional del pueblo. Es parlamentarista, porque la mecánica electoral es materia blanda para los grandes resortes electorales que ellos manejan: la prensa, la radio, los mítines y la propaganda cara.

Cantando, pues, las delicias del internacionalismo, de la democracia, de las libertades, fortalecéis en realidad los poderes de los privilegiados, debilitáis las posiciones verdaderas de todo el pueblo y entregáis a éste indefenso en manos de los grandes poderes capitalistas, de los grandes terratenientes y de los banqueros. Frente a ese formidable peligro, nosotros os decimos nuestra consigna:

¡Hay que entrar en lo nacional! ¡Hay que luchar por España y por su salvación, único medio de luchar por la salvación de todo el pueblo!

Nosotros creemos esto con firmeza y esta creencia es en realidad lo que nos sostiene en pie. Queremos el concurso de todo el pueblo para que ponga sobre sus hombros la tarea de hacer de España una gran Patria libre y justa y así desalojaremos de esa tarea a la reacción, a los falsos patriotas de las grandes rentas y a todos los especuladores que hacen de España y de su servicio una trinchera para sus privilegios.

Ahí queda nuestra palabra, dirigida a todos los españoles, pero especialmente a los grupos antes aludidos y citados.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

El nacional-sindicalismo jonsista lucha contra la reacción y contra el marxismo

Contra la reacción, porque impide que el concurso popular salve a la Patria. Contra el marxismo, porque es antinacional y traiciona los intereses verdaderos de todo el pueblo

¿Las derechas a la vista?

Nosotros sabemos bien cuáles son las posibilidades de toda política que tiene que ser caracterizada con apelación a las masas. La derecha, la izquierda y, entre una y otra, el centro. Todo eso es inane. Denominaciones con vistas al toma y daca parlamentario, al tira y afloja demoliberal, y que causan verdadero asco a las juventudes y a las gentes de nuestros días.

* * *

Es evidente que nosotros, los jonsistas, somos «nacionales», es decir, estamos dentro de una línea de servicio a la gran Patria española, y que somos «sociales», es decir, estamos dentro de una línea de servicio a los intereses de todo el pueblo. Es, por tanto, amplísimo nuestro radio y estamos desde luego en la mejor de las cuestas para divisar cuanto haya de sincero, positivo y eficaz en las zonas políticas que nos rodean.

Los acontecimientos que se suceden en España van a hacer posible, quizá muy en breve, que pase el Poder a las derechas. Pues sus antagonistas, las izquierdas, están en absoluto, y muy merecidamente, desplazadas de la realidad política.

* * *

A primera vista pudiera parecer que las derechas, por su apelación constante a la exaltación patriótica y a la idea nacional, tenían o tienen con nosotros una ancha franja de coincidencia: las que proporciona un mismo fervor por los destinos nacionales. Y también a primera vista podía parecer que las izquierdas, por su constante apelación a la reivindicación social de las grandes masas, se encontraban asimismo con nosotros en una zona de justicia y de defensa de los intereses de todo el pueblo.

Pero hemos vivido recientemente una etapa de gobierno de izquierdas, e incluso bajo su signo fueron elaboradas las instituciones todas que hoy rigen. En ese período hemos comprobado nosotros, y con nosotros las anchas zonas populares que trabajan y sufren, que el predominio izquierdista no equivale a preocupación honda, sincera y eficaz por las angustias sociales de todo el pueblo.

Ahora apunta la posibilidad de una etapa, de un período, en el que las derechas van quizá a tomar las riendas del mando. Sospechamos que así como las izquierdas no fueron una garantía para las reivindicaciones populares más justas, ahora las derechas no lo sean tampoco para las reivindicaciones «nacionales» urgentísimas que hoy asoman su rostro en el panorama de la Patria.

Y es que dentro de poco las derechas, como antes las izquierdas, llegarán al Gobierno por votación normal de las desesperanzas populares. Como simples sustitutos, como gentes cuyo mérito más firme es haber señalado la decrepitud y degeneración de los otros.

Siempre «lo nacional» es base más segura que las cómodas y fáciles demagogias de los agitadores de izquierda. Teniendo eso en cuenta, cabe esperar de una etapa de las derechas algo si no muy eficaz y positivo, si por lo menos un poco más aceptable que el espectáculo voraz y depresivo de las izquierdas.

* * *

Repetimos que todo el pueblo se ha convencido de la pura ficción y del puro engaño que eran las preocupaciones sociales de las izquierdas. Y ahora, a la vista de la formación patriótica

deficientísima de ciertas zonas de las derechas, por ejemplo, la C.E.D.A., no es para estar muy seguro de que lo «nacional» alcance rango primerísimo en la posible etapa derechista.

Los jonsistas estaremos alerta. Vigilantes desde nuestra posición nacionalsindicalista, que nos obliga a no tolerar que se edifique por las derechas una situación «nacional» sin acordarse del pueblo, ni tampoco, como ya ocurrió, que el desenfreno de las izquierdas instale un tinglado social a extramuros del servicio a la Patria, que es y debe ser para nosotros el servicio más alto.

* * *

La defensa de la Patria y la defensa del pueblo son para nosotros inseparables. No hay fortaleza de nuestra Patria española si no hay a la vez sangre robusta en las venas de todo el pueblo. Y viceversa.

Somos los jonsistas la integración más justa, de esas dos formidables banderas. Es nuestra razón de ser, la primera y fundamental, y a base de ella no caben concesiones. Vamos a desenmascarar a las llamadas izquierdas, y al frente de ellas al marxismo, y vamos también a arrebatar de manos de las derechas la bandera nacional, reivindicando para todo el pueblo el derecho a que sean sus hombros robustísimos quienes sostengan el vivir de nuestra gran Patria española. Y sólo ante la irreparable y la permanente dejación de ese deber por parte de las más anchas capas populares cabría abandonar el campo.

Pero en esa posibilidad triste no puede creer nunca un jonsista. Las J.O.N.S. tienen fe en el pueblo español, creen en su capacidad de salvarse y creen en su vigor, en su patriotismo hondo y en su heroísmo. Si no creyeran todo eso los jonsistas, las J.O.N.S. no existirían. Morirían la muerte misma de la Patria.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

Vida jonsista. La reorganización del Partido en Cataluña

Nos produce verdadera emoción percibir cómo los grupos jonsistas más antiguos se reorganizan rápida y vigorosamente al calor de nuestra presencia. Es como un reencuentro, como un recobro de la fe y del entusiasmo de los primeros días.

Hoy destacamos aquí los trabajos que en los últimos quince días han realizado los jonsistas de Barcelona para poner de nuevo en pie la organización modelo que antes tenían. A raíz de la tristísima confusión con F.E., esos y otros camaradas se apartaron de las tareas activas del movimiento. Hoy vuelven a ellas y nos escriben dando noticia rápida de los resultados que van logrando. Se distinguen en la reorganización los mismos que en su día fueron los fundadores jonsistas. Los camaradas Cebriano, Poblador, Berenguer, Maluquer, Vegas y varios más igualmente entusiastas y activos.

Quizá fue en Cataluña donde de modo más palpable y notorio se advirtió con más prontitud el radical fracaso del falangismo. En año y medio de actuación, y a pesar de que los varios grupos orientados más o menos al nacional-sindicalismo le abrieron paso, no consiguió la victoria más mínima. No pasó de la categoría de «peña», de tertulia, y su propaganda en influjo en la vida política de Cataluña fue nula en absoluto.

Bien provistos de esa y de otras experiencias están hoy sin duda los camaradas que inician la reorganización jonsista en Barcelona. El momento es allí magnífico. Los catalanes de limpia estirpe española y todos los españoles no catalanes allí residentes esperan de seguro que surja una bandera amplia y justa donde enrolarse con entusiasmo. Esa bandera no puede ser otra que la de las yugadas flechas nacional-sindicalistas, la nuestra, bandera nacional y bandera social. Bandera de la Patria y del pueblo.

Las J.O.N.S. dedicarán la máxima atención a Cataluña y a su organización en ella. Es un deber. Mientras más difícil, más obligado. Y que cumpliremos como españoles en esta hora propicia que nos sale al paso.

Para ello no hay sino proseguir las tareas iniciadas allí por los camaradas ya citados. La unidad de España -nuestro primer signo- ha de ser unidad nacional y unidad social. Y sólo nosotros conjugaremos con éxito ambos designios.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

En presencia de la ruindad

En nuestro primer número expusimos el deseo de dar por terminado el tema de la ruptura con los dirigentes falangistas. No nos es posible. Y lo sentimos. Tenemos hoy que volver brevemente sobre el tema y denunciar a todos los camaradas el tipo ruin y miserable de pelea que nos ofrecen los tales elementos. Pretenden, al parecer, no dejarnos un día tranquilos, y desde luego acabar con LA PATRIA LIBRE y con las J.O.N.S. Claro que si no han tenido todavía éxito en nada, menos lo van a tener en su pugna con nosotros. De eso estamos seguros.

Pero no creemos ocioso decir públicamente a los camaradas jonsistas, y hasta los elementos sinceros y limpios de F.E... que Primo y su camarilla apelan a todo para perturbar nuestro camino nacional-sindicalista. Con su habilidad -nunca negada por nosotros- de rábula, nos han liado en varios procesos, demostrando una mala fe y una ruindad insuperables.

Y no hay día en que alguno de los dirigentes de las J.O.N.S. no sea provocado en la calle por alguno de los diez o doce rufianes asalariados de que dispone. Eso es suficiente para juzgarlo. No tiene ni el natural y obligado gesto de arreglar personalmente sus conflictos, que a él, y sólo a él, le afectan, puesto que con él, y sólo con él, han declarado públicamente su incompatibilidad política los jefes de las J.O.N.S.

Una vez más recomendamos a todos los camaradas que tengan calma frente a esas provocaciones. Que las afronten con serenidad y sólo las contesten cuando rebasen el límite de la dignidad humana.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

El hambre y la mendicidad

En algunos periódicos se ha intensificado estos días la campaña contra la mendicidad callejera. Nosotros no defenderemos nunca a la mendicidad profesional. Pero hacemos constar que es insignificante en relación con la espontánea, es decir, la que se hace no por vagancia, sino por verdadera y terrible necesidad. Mientras los españoles no tengamos garantizada «por lo menos» la subsistencia en su sentido más estricto (el comer), bien por un amplio plan de obras públicas que absorba a todos los trabajadores en paro forzoso, bien por un seguro de paro, ya por instituciones de socorro como comedores y refugios suficientes, no se podrá suprimir, en justicia, la mendicidad, porque será cerrar hasta la última salida al necesitado, al parado forzoso; será empujarle al suicidio o condenarle a una muerte terrible por hambre y por frío. Mientras esto pueda pasar, la mendicidad

debe ser permitida, aunque la visión atosigante y continua de la miseria desazone a los selectos y altere a las histéricas.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

La actitud de los antiguos camaradas

Publicamos a continuación la carta de un antiguo jonsista. Una más, entre las muchísimas de análogo tono que recibimos. Que sirva de ejemplo para los que especulan con la mentira. Estamos todos los que debemos estar, y con más afanes de victoria que nunca. Jamás entregaremos la fortaleza. Las J.O.N.S. están recobradas y en su sitio. Nadie lo dude.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 de marzo de 1935, pág. 3. Entradilla)

Contra la hipocresía española. Estilo de pistolero

Copiamos de "Informaciones" el siguiente artículo de Giménez Caballero. Léanlo con atención nuestros camaradas jonsistas y advertirán cómo la pluma magnífica de Giménez Caballero coincide con nosotros en el retrato exactísimo que hace de la mermelada primorriverista. Retrato a base de alusiones maestras, de pinceladas rotundas. Léanlo, repetimos, todos los jonsistas, pues en este artículo aparecen confirmados nuestros juicios. Es decir, que, como Giménez Caballero escribe, Primo están fuera de lo español, rebosa hipocresía y vaciedad, es hombre falso, y actúa con tapujos y con policía mercenaria, etc. Pues no son menos exactas las frases donde aparece ese otro almidonado personaje falangista, Montes. Ved eso de no aparecer por la iglesia, y sin embargo canta a diario su catolicismo en los periódicos, eso de... etc., etc.

Cada día tenemos que esforzarnos menos en razonar nuestra ruptura con tales elementos. Se razona por sí sola, descorriendo la cortina y proyectando tal cual son ante la lista atónita de los camaradas.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 de marzo de 1935, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 4. 9 Marzo 1935.

Los jonsistas estamos incondicionalmente al servicio de España

Pero ponemos condiciones a los patriotas: hay que sacrificarse para hacer de España una Patria socialmente justa

La Patria española, garantía de Imperio y de Justicia

No tenemos noticia alguna de que antes que nosotros haya existido en España una bandera de carácter a la vez nacionalista y sindicalista, es decir, una actitud simultánea de patriotismo y de hondísima preocupación por la situación angustiosa de las grandes masas populares.

Abrimos, pues, vereda. Somos forjadores de nuestra propia bandera, y en este sentido nos vemos con frecuencia obligados a precisar y aclarar el alcance de nuestra misión.

Nuestro nacionalismo arranca de la convicción firme de que España, nuestra Patria, es un ser vivo en la Historia, a cuyo servicio estamos, y que constituye la justificación más alta de nuestra presencia misma como hombres. El ser españoles es para nosotros la primera realidad con que nos encontramos. Estamos incluso convencidos de que si no somos y sabemos ser plenamente españoles no alcanzaremos siquiera la categoría plena de hombres.

Siendo nacionalistas, sintiéndonos enraizados del modo más profundo a la existencia de España, se comprende que el servicio a la Patria, la tarea de contribuir a su máxima robustez y libertad, constituye para el nacional-sindicalismo jonsista el primero de sus dogmas.

Sabemos que España, su expresión, su cultura, su riqueza, su presente y su porvenir son cosas en riesgo, es decir, cosas sobre las que gravitan posibles dentelladas enemigas. Están muy a la vista los resultados de las pugnas antiguas en las que España fue unas veces victoriosa y otras vencida. Son innegables las perspectivas de derrota que hoy se nos ofrecen y se comprenderá cómo es lógica y obligada la actitud de estar en la trinchera nacional, en gesto primitivo de defensa. Servimos a España, defendemos a España de sus enemigos evidentes, y es ahí donde radica la expresión nacionalista de las J. O. N. S.

* * *

Esa posible ruptura de la unidad española -que es, y no nos cansaremos de decirlo, la primera unidad nacional propiamente moderna que se constituyó en Europa- justificaría por sí solo el proponerse como nosotros iniciar en España una política tenaz y rabiosamente ligada a la expresión nacional.

Y claro que nuestra actitud no puede ser sólo defensiva de lo nacional. Hemos nacido españoles y lo somos. Ya dijimos antes qué quiere decir esto para nosotros. Que mientras más plenamente lo seamos, es decir, mientras nuestra Patria sea más justa, más fuerte y más libre, alcanzaremos nosotros, los españoles, un mayor relieve, incluso humano. Seremos asimismo más dignos, más fuertes, más libres, y dispondremos también de más riqueza.

* * *

Sólo podremos salvarnos los españoles, es decir, sólo podremos tener qué comer y qué amar y qué soñar disponiendo de una gran Patria, salvándose, pues, España.

Ahora bien, esto que quizá sea y pueda ser admitido por la generalidad de los patriotas no es para nosotros lo único ni lo suficiente. Hay en nosotros junto a la preocupación nacional la preocupación social. Junto a España, los españoles. Y no a modo de dos cosas localizables y distintas a los efectos de nuestra doctrina política, sino ensambladas y fusionadas en un mismo ser. Pues eso es el nacionalsindicalismo. No a un lado un nacionalismo para la Patria y a otro un sindicalismo para el pueblo, sino un nacional-sindicalismo para el pueblo español y la Patria española juntos.

Puede ocurrir, sí, distinguir en una jerarquía de servicios cómo en efecto la Patria es lo primero y antes su interés nacional que el de cualquier sector o grupo. Pero cuando hablamos del pueblo nos referimos a TODO el pueblo, a su resultante histórica, a su aliento preponderante y profundo, que no

tiene nada que ver con los episodios callejeros de tal o cual jornada. La representación de lo que llamamos TODO el pueblo es lo que buscan y reclaman para sí las J.O.N.S.

* * *

No hay Patria española grande, no hay ni habrá Imperio, si no es a la vez garantía firme de justicia social para las grandes masas laboriosas. Cualquier actitud «nacional» que lo sea a secas y encomiende a grupos oligárquicos tradicionales la tarea de sostener la grandeza y el rango de la Patria, la declaramos falsamente patriótica, y desde luego extraña a nosotros.

Si se está en el servicio nacional, si se adopta una posición patriótica al servicio de España, ha de saberse que nosotros sólo la consideramos verdadera y auténtica si se basa y se funda en una idea de sacrificio.

* * *

Quien no se sacrifica de alguna manera no es ni puede ser nacionalista ni patriota. Quien no acepta la idea de justicia para las masas populares y se opone a que la Patria busque para sostenerse los hombros de TODO el pueblo no es ni puede ser patriota.

* * *

Entendemos así la idea nacional, que para nosotros se convierte también desde el primer minuto en idea social, en actitud nacional-sindicalista. Nuestra batalla jonsista une los dos frentes. Luchamos por España y por los españoles. Por la Patria y por el pueblo.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Los fascismos de exportación

Siempre las J.O.N.S. han visto con recelo que se las incluyese y confundiese con esas organizaciones de aficionados que brotaron en el mundo a raíz del triunfo fascista en Italia y de la victoria nazi en Alemania.

Hay ya en varios países eso que podemos denominar exactamente fascismos de exportación. Es decir, grupos sin dimensión profunda, artificiosos, que importan el fenómeno fascista como quien importa un género de moda cualesquiera. A nadie se le ocurrirá adscribir a esos movimientos ninguna clase de reivindicación nacional profunda ni encomendarle tareas que no sean las de un puro mimetismo grotesco.

No tiene en realidad nada que ver con el hecho que pretenden imitar. Quedan localizados sus afanes a una pequeña vanidad del caudillejo de turno y a un poco de pintoresca exhibición en los países donde surgen. Nada más. Y así realmente tenía que suceder. Bien decía Mussolini que el fascismo no es materia exportable; aunque luego haya silenciado su juicio porque convienen mucho a Italia esos grupos internacionales de adoradores.

* * *

Quede bien claro que las J.O.N.S. no esperan nada de esos juegos, y que se declaran en absoluto ajenas a propósitos de esa índole. Quizá el período triste de su confusión con Falange Española -cuyas consecuencias padeceremos todavía algún tiempo- nos han hecho comprender mejor que otros esa inanidad radical de los fascismos de imitación.

Pero no es sólo la experiencia de aquí. Hay también la de otros países, la de Inglaterra, por ejemplo. Allí está Mosley con sus camisas, su partido fascista y sus sueños mussolinescos, como aquí Primo, con otro equipo de igual naturaleza.

Si examinamos con alguna atención las características de estos fascismos imitativos, veremos que coinciden en sus rasgos fundamentales.

I.° Tienen un caudillo, un Duce, aristócrata, millonario, que gasta sus cuartos en organizar el partido. Así, Mosley, el inglés, que es **sir**, multimillonario y extravagante. Así Primo, el español, que es marqués de Estella, millonario y extrafino. Así Starhemberg, el austriaco, que es príncipe, millonario y todo lo demás.

2.° Todos ellos son movimientos blandos, pastosos, algodonosos, de buenas formas, aspirantes a implantar un llamado Estado corporativo, es decir, carecen en absoluto de la dimensión combativa, del tono y el heroísmo de los fascismos cuya imitación buscan.

3.° Se caracterizan también por su tendencia notoria a desconocer toda angustia popular, pues se incuban en medios sociales de privilegio, y están ligados a todas las formas reaccionarias de la sociedad. Se construyen, por tanto, para ahogar toda clase de conquistas populares, y circunscriben sus afanes a edificar una jerarquía de castas.

* * *

Naturalmente, las J.O.N.S. tienen que ver en todas esas experiencias algo que le es totalmente extraño, incluso enemigo. El nacional-sindicalismo jonsista es todo lo contrario de eso. Es un movimiento surgido tras la angustia española, que busca el calor popular, que esgrime la bandera nacional de España sin necesidad alguna de apelaciones a otras patrias de otros, que es en resumen sincero y auténtico, imprescindible y necesario.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

En presencia de la ruindad

Lamentamos mucho tener siempre que utilizar esta palabra de *ruindad* para referirnos a la actitud de los dirigentes falangistas respecto a nosotros. Su proceder es en efecto rufianesco. Todas las semanas movilizan a sus afiliados para impedir la difusión de LA PATRIA LIBRE en las calles. Recibimos numerosas quejas de esos mismos afiliados falangistas, que nos expresan su repugnancia a cumplimentar esas órdenes, consideradas noblemente por ellos como ruínes. Y véase cómo su reiteración va a resultar nuestra mejor propaganda en sus propias filas. Porque, repetimos, aquellos camaradas terminan fatalmente reaccionando a favor de las J.O.N.S. y estarán casi todos con nosotros muy en breve.

He ahí la razón por la que no contestamos sus provocaciones, actitud que ellos de seguro y cretinamente toman por cobardía. Hay otra razón también: no queremos luchar sino en último extremo contra los afiliados falangistas que de buena fe y engañados por la ruindad de sus dirigentes nos provocan.

Pero sepan que la circulación y difusión de LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., están aseguradas.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Los Bancos españoles. Las J. O. N. S. siguen su campaña contra el capital parasitario.

Pedimos que se movilice en beneficio de los industriales modestos, del progreso económico de España y en beneficio de todo el pueblo

Las economías privadas más modestas están a la intemperie

España está clamando una intervención radical cerca de los poderes económicos.

Los partidos republicanos democráticos que unían a su ideología antinacional una enorme incapacidad socialeconómica -como el radical-socialista y sus adyacentes- no fueron capaces de desarrollar una política económica independiente de la política marxista y por ello ejecutaron su total suicidio, ya que perdieron la posibilidad de una base real de sustentación en la masa de los españoles de patrimonio modesto, en las filas de los pequeños industriales y labradores, que asistieron atónitos al espectáculo de ver cómo aquellos partidos llamados a defenderlos no oponían la menor resistencia a la política marxista, que aquí, como en todas partes, equivale a entregar las modestas fortunas y los pequeños negocios a la voracidad y a la rapacidad del parasitismo bancario. Claro que desde el punto de vista nacional esa incapacidad hay que agradecérsela a los partidos radical-socialistas españoles, pues en otro caso quizá hubieran logrado un predominio similar a sus congéneres los franceses. Preferimos la ruina de los españoles a la ruina de la Patria. Esos partidos ya pagaron con la muerte su mentecatez, fueron barridos por el pueblo en la primera ocasión electoral, pero las consecuencias de su incuria están ahí, y hay que desenmascararlos como enseñanza para el futuro.

Nosotros sostenemos que es preciso y urgente organizar la economía española de acuerdo con los intereses de todo el pueblo, y por eso denunciamos la anomalía bancaria, la perturbación que supone para todos los españoles que trabajan y luchan en torno a pequeños negocios, para todos los trabajadores manuales y todos los labradores el hecho de que los Bancos vivan al margen de su deber, absorbiendo capitales, reteniéndolos en forma de valores y abandonando casi en absoluto la movilización financiera para las industrias y hasta la elemental operación del descuento de letras.

Así acontece que se encuentran totalmente a la intemperie economías privadas más necesitadas de protección, siquiera una protección tan modesta como la de que exista un régimen racional y justo en el funcionamiento de los grandes Bancos. No hay posibilidad de desarrollo industrial sin base financiera ni posibilidad de vida para el comercio en un país donde los Bancos hacen ascos al descuento de letras.

Parece que quienes andamos en la empresa de hacer de España una gran Patria debemos desentrañar el secreto de esa terrible anomalía.

Y hoy vamos a descorrer levemente la cortina que impide a los españoles conocer el verdadero panorama de nuestros Bancos.

Los Bancos españoles no cumplen su función más necesaria: ayudar al comercio y favorecer las industrias

El panorama de la Banca española ofrece tales anomalías y son éstas causa tan directa de las perturbaciones socialeconómicas de nuestra Patria que cumplimos un deber desenmascarando sus lacras. En ello vamos a coincidir con un bosquejo inteligente que sobre este mismo tema ha publicado Ramos Oliveira, demostrando así que nosotros, nacionalsindicalistas, es decir, enemigos declarados del marxismo, no nos avergonzamos cuando ello ocurre de señalar alguna que otra coincidencia de índole social con los marxistas. Claro que el trabajo de Ramos Oliveira, a que nos referimos, pertenece ya a una especie de rectificación de las bases socialistas clásicas y busca y pretende interesar a las clases medias y pequeño burguesas. Por su sentido antinacional siempre consideraremos a los marxistas unos verdaderos traidores, y en este número ofrecemos una muestra de ello, por su aspecto social puede haber, aunque sea leve y estrecha, una zona coincidente con alguno de sus publicistas. Tal es, por ejemplo, la crítica bancaria a que nos referimos, que cae de lleno en nuestro campo.

* * *

Es sabido que el papel normal que corresponde a los Bancos consiste en hacer acopio de capitales, procedentes del ahorro, de las ganancias o de las fortunas privadas, y devolver esos capitales como medios financieros a los capitalistas que los dedican a la explotación industrial. Si examinamos el funcionamiento de la generalidad de los Bancos españoles y el destino que imprimen a los recursos financieros de que disponen, advertiremos inmediatamente cómo la definición anterior

es por completo inválida, es decir, que los Bancos españoles escatiman la utilización industrial de sus capitales, impidiendo todo posible desarrollo de la economía nacional e incrementando el paro forzoso de los trabajadores.

Acontece, pues, que los Bancos no realizan su estricta finalidad, es decir, no ayudan a la industria, no aplican sus enormes disponibilidades monetarias a la creación de riqueza nueva y por último no facilitan siquiera la vida comercial española con esa elemental misión bancaria que es el descuento de letras.

Abandonada en general por los Bancos, como decimos, su misión verdadera, caen de lleno sus funciones en el simple manejo de valores y en la tarea usuraria. Adviértase a este efecto el tipo oficial de descuento que rige en nuestra Banca. Es quizá el más alto del mundo, ofreciendo así el espectáculo paradójico de que en un país como España, donde hay abundancia de capitales parados, sea el dinero más caro que en ningún otro. El tipo de descuento es hoy del 5,50 por 100. Y hace sólo dos meses era del 6 por 100. No hay vida para la pequeña industria ni vida comercial posible con esa carestía del dinero, que es una plancha usuraria que agarrota las actividades económicas del país.

Añádase a esta carestía del dinero la realidad de que ni aun así hay movilización financiera a disposición de los pequeños industriales y comerciantes. Ningún Banco concede dinero a largo plazo y el descuento de letras, que sería el medio de proveer al comercio de recursos dinerarios, es como antes dijimos la operación para la que tienen más ascos los banqueros.

Los Bancos, en cambio, invierten sus voluminosos recursos en la compra de valores, convirtiéndose así de hecho en simples rentistas. Se da el caso de que uno de los Bancos más ligados a la vida económica de los industriales modestos invierte en la compra de valores el 56 por 100 de sus fondos, cuando ningún Banco europeo normal, es decir, dedicado a las tareas propiamente bancarias en un régimen capitalista, invierte más del 15 por 100 en ese mismo capítulo.

Quizá sea sólo un sector bien fácilmente localizable de la Banca bilbaína quien en el panorama tristísimo de la Banca española tiene en su haber una contribución valiosa al progreso industrial de España. Son, desde luego, Bancos ligados a la gran industria, y para los efectos de nuestra crítica, que destaca el desamparo en que los Bancos dejan a los pequeños industriales, no desdicen los juicios anteriores.

* * *

Consideramos urgente llevar al ánimo de todos los españoles, principalmente a las clases medias y a los obreros, la gran verdad de que el deficientísimo y monstruoso funcionamiento de nuestros Bancos es una de las causas más directas de su ruina.

Eso son hoy los Bancos.

El marxismo y los Bancos

Ya dijimos cómo el marxismo mundial favorece el que los grandes Bancos opriman y arruinen los pequeños patrimonios y cómo ayuda a los grandes poderes financieros a quebrar la línea de resistencia que le oponen los pequeños industriales y labradores. También en España, por experiencia cercana, conocemos ese servicio que el marxismo hace, consciente o inconscientemente, a la piratería bancaria. Dos años de predominio socialista no han tenido sino esa consecuencia: robustecer las posiciones de los grandes capitalistas en detrimento de la economía popular.

Esa política marxista les ha llevado en todo el mundo a formidables y merecidísimas catástrofes. Parece que se proponían acelerar el proceso -falsamente previsto por Marx- de descomposición del régimen de propiedad privada, ayudando a la rapacidad financiera a adueñarse de las economías medias para así proletarizar estas clases y desencadenar luego la dictadura proletaria contra aquellos mismos poderes que hubieran contribuido a forjar los socialistas.

Por fortuna, esa política ha fracasado rotundamente. Lo proclaman así no sólo las derrotas sufridas en Italia, Alemania, Austria y España, sino el hecho de que haya aparecido en el mundo una bandera nueva. La bandera fascista, que sustituye al marxismo en la adhesión de los sectores populares.

* * *

Hoy los marxistas, conscientes de su error y del calamitoso porvenir que les espera a sus residuos, quieren rectificar sus posiciones, tratando de incorporar los afanes sociales no ya sólo de los asalariados, sino también de las clases medias. Para ello se fijan, como nosotros, en el espectáculo que ofrece el capital financiero e inician una sombra de campañas para unir contra él a los obreros y a las clases medias en un mismo frente.

Hay que apresurarse a denunciar su artero propósito. Con ello los marxistas sólo pretenden arrebatar a la pequeña burguesía oprimida para sus cuarteles de clase, impidiéndola que levante una bandera eficaz, incluso para las propias clientelas marxistas.

No hay, pues, que conceder a los socialistas el más ligero crédito cuando pretendan presentarse como los liberadores, no ya de la clase obrera, sino de toda la población de pequeños industriales, funcionarios y labradores. No se olvide cómo ellos son en gran parte los responsables de la actual tiranía bancaria y cómo su política siempre ha beneficiado a la piratería internacional contra los intereses específicos de las modestas economías privadas.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

¡Hasta dónde llegan los intelectuales traidores que acampan en el marxismo!

Aunque parezca mentira, aunque resulte increíble, la revista marxista *Leviatán,* que dirige Araquistain, se sigue publicando sin interrupción, y no ha conocido trastorno editorial, a pesar de la revolución de octubre.

Pues bien, en su número de febrero, recién aparecido, se publican unos editoriales a propósito de Roberto Levillier y de sus conferencias, sobre la colonización de España en América, que producen una indignación irresistible en cualquier español de medianísima sensibilidad nacional.

Sólo un cerdo marxista puede escribir contra la obra de los conquistadores y colonizadores españoles de la forma que lo hace el editorialista de *Leviatán.* Sólo un traidor y un intelectual, repugnantemente envenenado de odio contra su propia Patria, puede emitir los juicios que allí se hacen, y con palabras españolas, en lenguaje español, redactar esa sarta de insidias sobre lo mejor y más invulnerable de nuestra Historia nacional.

Escribe el repulsivo editorialista que es justa y verdadera la leyenda negra que forjaron contra España las aviesas plumas de los enemigos, al fin y al cabo extranjeros, y, desde luego, añadimos nosotros, labor menos indigna que la de los supuestos hijos de españoles que la corean y aplauden.

Viene a escribirse en *Leviatán* que la mayor desgracia de América fue haber sido descubierta y colonizada por España, y que ello ha supuesto para la América hispana la peor de las desdichas. Y como no puede negar, porque está a la vista, la magnificencia y perfección de la legislación española de Indias, dice que «rara vez se cumplía».

En su venenosa posición antiespañola, escribe que cuando España colonizó a América era nuestra Patria «el país más feudal de Europa», cuando saben ya los alumnos de primer año de Bachillerato que el feudalismo no llegó nunca a tener en España, como régimen social, ni la centésima parte de arraigo que en los países propiamente feudales de Europa.

Hasta ignorantes son estos hediondos traidores, y hasta a la mentira apelan para enjuiciar y negar la obra de su propio país.

Dense prisa, dense prisa a eyacular su mercancía, porque pueden aproximarse horas en que se limpie rotundamente nuestro suelo de seres tan desaprensivos, inmorales y traidores.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Una conferencia en el Círculo Mercantil

Gil Robles sostuvo su decisión de mantenerse en la órbita de las instituciones liberal-parlamentarias y de renunciar totalmente a la empresa de crear un Estado nuevo

¿Qué dicen de ello los pretendidos y pretenciosos jóvenes de la J. A. P.?

Oímos hace varios días a Gil Robles en la tribuna del Círculo de la Unión Mercantil. Comprendemos su actual situación de hombre que no puede echar a volar palabras irresponsables. Claro que ello no puede importarnos para nuestros juicios, porque él mismo, muy voluntariamente y a su gusto, se ha forjado su papel político, que consiste en colaborar con el Gobierno Lerroux y ser un candidato a la jefatura de un Gobierno, dentro naturalmente de las actuales instituciones.

Creemos, por tanto, que no ha sido con ocasión de esta conferencia cuando se le puede atribuir una renuncia o abandono de la supuesta tarea de hacer de España «lo que a él le parezca», como hinchada y desorbitadamente dijo en cierta ocasión *ABC,* sino que desde el momento mismo en que inició su colaboración en situación de inferioridad con los radicales dejó vacío el puesto de aspirante a todo aquello y pasó a ocupar los más cómodos sillones de un partido parlamentario más.

El público que oyó a Gil Robles, formado de una parte por sus incondicionales cedistas y de otra por ese sector de industriales y comerciantes madrileños de pocas complicaciones políticas y afanosos de «cierto orden y buen gobierno», acogió, desde luego, con notorio agrado las declaraciones gilrroblistas en que éste renunciaba a la mano de doña Leonor.

Gil Robles expresó su opinión de que el régimen liberal-parlamentario no necesita sustitución urgente, sino más bien algunas «sanas y razonables modificaciones».

Gil Robles anunció que la salvación de España es muy posible dentro de los actuales moldes constitucionales, ya que además en breve será asimismo objeto la Constitución de modificaciones «razonables y sanas».

Gil Robles se revolvió contra quienes apetecen para España una disciplina única, creyendo mucho más ventajosa, mucho más «sana y razonable» una situación de partidos, de grupos y de zalagardas.

Todo esto nos parece normal y, desde luego, creemos que demuestra Gil Robles talento sumo adecuando sus empresas a lo que realmente él y sus masas pueden llevar a cabo. La C.E.D.A. es el partido liberal conservador de la República. El partido de las clases burguesas, con un poco de catolicismo, un poco de patriotismo y mucha tranquilidad. Claro que con las enseñanzas de todos los sucesos últimos desde abril, y, por tanto, buscando y pretendiendo la adhesión popular, en cuyas zonas más candorosas e inconscientes no creemos deje de tener cierto éxito.

Ahora bien, dentro de esa fenomenología normal a que adscribimos los trabajos de Gil Robles, que desempeñará, sin duda, con talento un Gobierno de rotación parlamentaria cualquiera, surgen esos grupos de J.A.P., de *japoneses* como les llaman por ahí, que a pesar de la elocuencia y claridad con que Gil Robles se pronuncia de acuerdo con lo que antes hemos dicho, siguen confiriendo a este hombre no sabemos qué misiones cesáreas e imperiales. No comprendemos qué género de candidez o ensueño circunda a esos jóvenes, y hasta a los propagandistas social-católicos del truncado Frente del Trabajo, para referirse a cada paso con gran arrobo al JEFE, y endosarle toda clase de atributos y empresas, con milicias, saludos y totalitarismos retumbantes.

Y eso lo hacen los japoneses, aunque parezca mentira, sin miedo a la herejía estatólatra y demás monsergas que lanzan a la cara de los fascistas, gente para ellos demoniaca y de condenación segura.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

La farsa partidista

Pensar que algunos creen que los partidos políticos son algo necesario, útil y arraigado en el pueblo, nos parece cosa imposible.

Pocas cosas habrá tan desacreditadas ante el pueblo como los partidos políticos. Las gentes, conscientes de sus deberes ciudadanos, suelen votar en masa... y, sin embargo, la mayoría está sin encuadrar en las filas de los partidos. Es más, se da el espectáculo diario de ver a la mayoría del pueblo asistir como espectador a las maniobras de los partidos políticos y sus jefes con la indiferencia o curiosidad del que es ajeno completamente a la farsa.

Ahora no deja de llamarnos la atención cómo en período preelectoral los partidos que habíanse combatido con fiereza y saña se cortejan, se sonríen, disculpan y buscan afanosamente puntos de coincidencia poniendo abundante vaselina en sus relaciones. Muy bien. Unión de derechas y unión de izquierdas. ¿Qué es lo que se pretende? En definitiva, disfrazar los partidos, envolverlos bien, para que el pueblo no sienta las náuseas de tener que votar a un partido en su desnudez. Para que el pueblo al votar se haga ilusiones de que no vota a partidos de los que ya está harto.

Y los partidos, todos juntitos, formando una bola pasan por la prueba electoral. Y una vez seguros tantos o cuantos diputados... inmediatamente a dividirse, vuelta a la vida partidista... ¡Es tan delicioso discutir, tener ministros, producir crisis! ¡Ah! y en seguida a aclamar: «Los partidos políticos son necesarios porque el pueblo los exige y porque sin ellos no puede vivir.»

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Castilla

Todos miramos con fe al pueblo castellano. Todos creemos que de la vieja Castilla ha de venir la salvación DEFINITIVA, el resurgimiento total de España.

Pero no se vaya Castilla a dormir arrullada por los elogios de los que en ella confían y la cantan continuamente. Que si de su entraña no sale de que *forzosamente* nos coloque en pleno triunfo y en plena vigencia nuestros valores.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 2)

J.O.N.S. de Madrid

La Junta Local a todos los camaradas Jonsistas

Camaradas: Habéis dado una magnífica prueba de fe jonsista al cumplir con exceso nuestra consigna de febrero.

¡Ni una sola sanción hemos tenido que aplicar! ¡Ciento treinta y ocho grupos constituidos en un mes escaso!

Ha sido un triunfo claro, concreto y conseguido en las más desfavorables circunstancias... ¡Camaradas! Que no se apague vuestro entusiasmo; seguid trabajando como hasta ahora y cumplid la

CONSIGNA DEL MES DE MARZO ¡¡SOLIDARIDAD!!

No basta con pertenecer a los grupos jonsistas. Es preciso además que exista entre nosotros una solidaridad a toda prueba. ¡Que cada camarada sienta en su propio corazón el dolor de los demás y procure remediarlo en la medida de sus posibles!

Únicamente así demostraremos a los humildes, a los desgraciados, a los perseguidos (¡Españoles todos!) que el nacional-sindicalismo no es una falacia más, sino una austera profesión de fe, un afán insuperable de redención, de justicia, de noble patriotismo...!

Por tanto procede:

Primero. Cada camarada que cuente con la posibilidad de proporcionar auxilios (ropas, artículos alimenticios, etcétera), deberá ofrecerlos a nuestro Comité femenino, que se ocupará de repartirlo entre los camaradas necesitados.

Segundo. Los camaradas que conozcan la existencia de alguna vacante de trabajo, de cualquier clase que sea, deberán ponerlo en conocimiento de la Junta Local hasta que quede organizada la sección correspondiente.

Tercero. La Junta Local precisa conocer todos los casos de injusticias o arbitrariedades, de cualquier índole, que se cometan con nuestros camaradas, así como las amenazas o castigos que les sean impuestos por organizaciones rivales, para proceder en consecuencia.

Cuarto. Todos los camaradas deberán estar siempre dispuestos a prestar su ayuda incondicional a quien estuviere en trance de necesitarlo. ¡Ningún camarada nuestro podrá ser abandonado por la organización!

Una vez más queremos hacer presente nuestro deseo de desarrollarnos dentro de la máxima cordialidad. Jamás deberá surgir de un jonsista la menor provocación contra nadie. Ahora bien; defenderemos nuestro derecho con coraje y seremos inflexibles con quienes se atraviesen en nuestro camino.

La Junta Local de Madrid. Marzo de 1935

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 2]

Apólogo. El mendigo y las moscas

El periódico madrileño "El Sol", viejo reducto de una época ya agostada, y entre cuyas más preclaras ilusiones se contaba la de gobernar a los pueblos por los turnos democráticos, realiza de cuando en cuando, campañas contra la pobretería del medio ambiente español. Estamos conformes con mucho de lo que en ellas se dice. Pero, desde luego, disentimos en lo fundamental. El abono de turno al poder nos parece una cosa perniciosa para el destino de los pueblos. Por ello, y como apostilla a su campaña mendicante, vamos nosotros a contarle un breve apólogo, justo y certero, y que tal vez le hará meditar.

*** * ***

Corría el año de gracia de mil quinientos veintisiete, que contemplaba el esplendor de Barbarroja el magnífico. Buda y Belgrado se habían entregado a tan sublime pacha, que no reconocía por superior en el mundo más que a la Sublime Puerta otomana. Los dominios de ésta, y su poder, amenazaban a Roma y a la cristiandad.

Mas la vida es pródiga en paradojas. A la vez que el Sultán mahometano era tan rico, que no podía serlo más, en los confines de su Imperio un hombre se moría de pobreza y abandono.

Estaba tumbado a la orilla del camino, que más bien deberíamos llamar huella, recostado contra el tronco de una higuera, imposibilitado de levantarse o moverse. Su aspecto era tan repulsivo que no inspiraba lástima ni compasión por sus dolores, sino por verlo abandonado de la muerte, que no quería hacerse cargo de tan lúgubre pingajo.

Era un cuerpo purulento, lleno de costras y postillas, escuálido hasta la carencia absoluta de carnes; todo aquello era una enorme llaga, por la cual se paseaba un alma lánguida, que con voz mortecina imploraba de los caminantes piedad.

Salmodiaba en lenta y monorrítmica letanía, la enumeración de sus dolores y desgracias, entre los cuales hacía siempre destacar, el terrible dolor de las moscas que abrevaban en sus llagas.

—Tened compasión y lástima de este miserable pecador comido de las moscas, ayudadme, por Alá —decía.

Todos los caminantes, procuraban conducir el trote borriquero de sus jumentos por la orilla opuesta de la ocupada por tan hedionda humanidad sin negarle por esto, algún otro denario. Hasta que un buen día, acertó a pasar por allí un alma buena, que apiadada de él detuvo su borrico, se apeó y muy solícito, después de besarle y llamarle hermano, comenzó a espantarle las moscas.

Nunca lo hubiera hecho. Como una turbonada de arena levantada por el simoun, irguióse aquel esqueleto viviente y como si sus brazos fuesen ramas de olivo agitadas por el huracán, golpeó al caminante, a la que con voz tonante le decía:

—Imbécil, ¿por qué me espantas las moscas? No te das cuenta, perro, que esas ya estaban hartas. Renegado maldito, ahora vendrán otras más hambrientas que esas y me comerán.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 3)

Notas internacionales. Alemania y el camino de la expansión polaca

Consideramos interesante traducir de la edición berlinesa del "Voelkischer Beobachter" los juicios que hace sobre este tema. No se olvide que se trata de un órgano hitlerista:

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 5. 16 Marzo 1935.

El desplazamiento de las masas

Los trabajadores españoles, traicionados por el marxismo, desilusionados de la revolución bolchevique y necesitados de defensa, deben fijar su atención en el Nacional-Sindicalismo Jonsista

Las J.O.N.S. han contraído al nacer un solemne compromiso: el de no hacer nada sin el concurso y la ayuda del pueblo laborioso. Nuestras metas han sido fijadas teniendo siempre en cuenta los intereses de las zonas españolas más extensas, y parece, por tanto, lógico que recabemos su entrada directa en las organizaciones jonsistas.

Nosotros tendemos la vista hacia el panorama social de la Patria, y encontramos en todas partes gentes y núcleos que reclaman con urgencia una bandera intrépida y justa.

Eso nos ocurre contemplando el campo español. La vida agobiante y difícil de todos los labradores, de todos los campesinos.

Nos ocurre asimismo examinando el sector numeroso de los pequeños industriales y comerciantes, que se debaten despedazados por los grandes poderes económicos y el descenso vertical de la capacidad de consumo entre las masas.

Y, por último, el mismo fenómeno, agravado y envenenado hasta el supremo límite por la insurrección marxista de octubre, aparece en todo el ancho y enorme sector social que forman los trabajadores, las grandes masas de asalariados, que han visto derrumbarse sus ilusiones últimas y se encuentran hoy en la desorientación mayor y más trágica.

En una situación así, las J.O.N.S. aspiran a ser esa bandera intrépida y justa a que antes nos hemos referido.

Y por eso decimos a todos los trabajadores:

Hay que tener el valor de una rectificación. Si no queréis que os aplasten los poderes más reaccionarios de la sociedad, debéis someter a revisión las bases de la doctrina antigua y abandonar las tácticas y los dirigentes que han fracasado.

Nosotros sabemos que los trabajadores, todos los asalariados, tienen una batalla común que dar con otros sectores de españoles igualmente numerosos y en situación crítica. Cuando el marxismo dice a los trabajadores que sólo se fijen en batallas de clase, y no consideran como suyas otras conquistas, los engaña y traiciona del modo más miserable.

Los trabajadores tienen que luchar al lado de todos los labradores y campesinos, al lado de todos los modestos industriales, funcionarios, y no para conseguir victorias políticas demoliberales o liberal-burguesas, según predicó falazmente el socialismo en 1931, sino para establecer en España un Estado de justicia; para hacer de España la Patria auténtica de todo el pueblo.

Hay una tarea común: esa de hacer de España la gran Patria histórica que siempre ha sido, la garantía suprema y segura de que no habrá en ella explotaciones sociales ni injusticias.

Y hay también un enemigo común: el que forman los especuladores, acaparadores y prestamistas, que agarrotan las economías y los patrimonios modestos.

Parece que es llegado el momento de que los trabajadores españoles más avisados e inteligentes inicien con vigor la nueva era. ¡¡¡Sobre todo, ruptura decidida y valiente con el marxismo!!! El marxismo español debe quedar definitivamente enterrado en la sepultura de sus propias traiciones, de sus ineptitudes y de sus errores.

El nacional-sindicalismo jonsista es el auténtico guía de las masas desorientadas. Venimos precisamente a ser para los trabajadores la nueva esperanza tras de la desilusión, la tristeza y la derrota. Tenemos también otra característica: la de ser profundos patriotas; la de haber descubierto que la redención de todo el pueblo está ligada a la conquista plena de una Patria fuerte, libre y enérgica.

¡Con nosotros, pues, los trabajadores! A nacionalizar la banca parasitaria; a nacionalizar los transportes; a impedir la acción de la piratería especuladora, y a exterminar a los grandes acaparadores de productos.

El nacional-sindicalismo jonsista unirá, repetimos, en un único frente a todos los labradores, pequeños industriales, funcionarios, y a todos los obreros. Es decir, unificará la acción y la eficacia de todos los españoles que trabajan, sufren y padecen.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

¿Qué son las Juntas? Problemas de organización

En el número segundo de LA PATRIA LIBRE publicamos una entrevista con el dirigente de las J.O.N.S. Ramiro Ledesma Ramos. Nos expuso este camarada que su preocupación mayor en orden al funcionamiento interno del Partido lo constituía el problema de la creación viva y eficaz de las JUNTAS.

Se trata de dotar al movimiento jonsista de organismos que recojan la vitalidad de sus masas, aprovechando todas sus energías y equipándolo para la gran empresa de conducir y dirigir políticamente a zonas extensas de españoles.

Es sabido que la tarea más delicada y difícil que se presenta a los dirigentes políticos que tratan de movilizar grandes masas es la de resolver las dificultades de organización. No basta esgrimir la verdad ni siquiera propagarla con emoción y talento. Hace falta también, y sobre todo, que sepan hacer cara a esa otra fundamental exigencia que es la necesidad de «organizar» de una manera ágil, disciplinada y eficaz a sus multitudes.

Pues bien, de este orden último es el problema de la organización de las JUNTAS. Sabemos que los camaradas dirigentes trabajan hoy en la elaboración rápida de las instrucciones oficiales que debe tener en cuenta el Partido para dar vida a los nuevos organismos. Se trata en realidad de dar un sentido a la denominación misma de las J.O.N.S., ligándola de un modo profundo al carácter y al espíritu verdaderos del movimiento. Las JUNTAS vendrían a ser entre nosotros organismos de eficacia e importancia similar a la de los Fascios italianos, los Soviets rusos y hasta las tradicionales Hermandades hispanas. Claro que esa alusión la hacemos muy por lo alto, sólo a los efectos de que se comprenda la máxima importancia que las J.O.N.S. van a adscribir y señalar a las JUNTAS.

Oficialmente podemos anunciar que no transcurrirán muchos días sin que la Junta Central Ejecutiva de las J.O.N.S. publique una amplia circular sobre estos extremos, perfilando claramente el carácter de las JUNTAS, localizando su finalidad, precisando su funcionamiento y resolviendo en una palabra todas las dudas y dificultades que puedan presentarse en las secciones locales encargadas de llevar a la práctica la nueva organización.

Adelantamos aquí varias de las ideas que van a presidir la creación y la organización de las JUNTAS, y que nos han sido facilitadas oficiosamente para que se publiquen en LA PATRIA LIBRE.

Primero. Las JUNTAS serán propiamente los órganos de ensanchamiento y crecimiento de las J.O.N.S., es decir, los órganos encargados de acoger a los nuevos afiliados y militantes en su primer contacto con el jonsismo.

Las JUNTAS son el movimiento jonsista de masas, los organismos que encuadran el sector mayoritario y más pasivo políticamente de las J.O.N.S. Pues al lado, y sin que desde luego se oponga a la vida de las JUNTAS, funcionarán secciones especiales más ágilmente ligadas a los mandos y más cercanas a los Comités que constituyan la jerarquía jonsista.

Ahora bien, todos los camaradas pertenecerán a las JUNTAS, desde los dirigentes más destacados hasta los que permanezcan en el puesto más oscuro.

Segundo. Una JUNTA es, pues, un organismo de vida propia, con su Triunvirato dirigente, sus funciones, su misión y su funcionamiento en muchos aspectos democráticos, es decir, con intervención directa de los camaradas que la integren.

Buscan así las J.O.N.S. que haya espontaneidad y facilidad en su creación y que tenga la base jonsista libertad suficiente para ampliar su radio de acción e influencia entre las masas.

Todas las JUNTAS que se constituyan y funcionen en una localidad o provincia estarán desde luego perfectamente controladas por el mando local o provincial del Partido, esto es, por la jerarquía responsable jonsista.

Tercero. Las JUNTAS estarán integradas por un número variable de camaradas. No inferior a 50 ni superior a la cifra de 500 militantes.

Organizarán en su seno las tareas de difusión y penetración de la propaganda jonsista en las zonas indiferentes de la población donde estén constituidas.

El Triunvirato dirigente de cada JUNTA tendrá cuidado especial de que la base no desvirtúe el carácter de estos organismos y se mantenga en la disciplina y en el afecto a la jerarquía jonsista.

Las JUNTAS, constituidas como hemos dicho, con un cierto sentido democrático, celebrarán reuniones, donde todos los camaradas expondrán sus iniciativas, criticarán la marcha de la JUNTA respectiva (nunca estas críticas se referirán al Partido en general, sino propia y específicamente a la JUNTA misma) y examinarán las tareas de ayuda mutua, deportes y cuanto constituya la actividad de su JUNTA.

Cuarto. Las JUNTAS organizarán en su seno servicios de solidaridad y de ayuda mutua entre todos los camaradas que la formen, siendo el hecho de pertenecer a la misma JUNTA un lazo especial de camaradería. Tenderán a una cierta emulación con las demás JUNTAS, al objeto de ver cuál tiene mejor organizados sus servicios de solidaridad, sus equipos deportivos, sus tareas de propaganda, su contribución a las secciones especiales de protección.

Los mandos locales y provinciales vigilarán los trabajos de las JUNTAS y a ellos corresponde el contacto oficial directo de la jerarquía jonsista con las JUNTAS, resolviendo sus dudas y orientando en todo momento sus funciones. Asimismo cuidarán esos mandos directos de las JUNTAS de su aspecto administrativo, cotización especial o única, etc.

Quinto. Hay un aspecto importante a destacar en la vida de las JUNTAS. Contribuirán con un cupo obligatorio mínimo a las secciones especiales encargadas de la protección. Es decir, cada JUNTA obligatoriamente dará a la milicia un número mínimo de camaradas. Y estará a su cargo cuanto se relacione con su buen equipo y demás gastos que se originen. Ese cupo será probablemente el del 10 por 100 de los militantes que integran la JUNTA.

Sexto. Las JUNTAS serán formadas en las grandes ciudades por sectores o barriadas, al objeto de que sea fácil y frecuente el contacto de todos los camaradas. Para distinguir las JUNTAS entre sí, éstas adoptarán bien un número de orden, bien un nombre, que puede ser el del barrio o uno extraído de la Historia nacional y de los grandes hombres o hechos de nuestra raza.

Séptimo. La posible libertad y funcionamiento democrático de las JUNTAS se entenderá siempre para las tareas que le son propias, sin que en modo alguno sirvan para rebasar las fronteras mismas de cada JUNTA. Vigilar estos límites de su funcionamiento será una de las más delicadas misiones de los mandos locales y provinciales de las J.O.N.S.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

La comunidad española de todo el pueblo

Los jonsistas queremos la unidad nacional, la unidad social y la unidad política de España.
Por eso luchamos contra los separatismos, contra el marxismo y contra los partidos

Los jonsistas buscamos con afán el medio de unificar la conciencia de todo el pueblo. Sabemos que operan en España fuerzas y poderes que tienden criminalmente a romper esa unidad y a destruir así la base más firme de nuestra Patria española.

Nada más absurdo que la tarea de dividir a los españoles por motivos episódicos, artificiosos y vanos. Nosotros, en cambio, creemos en la necesidad de conquistar para todos los españoles la conciencia de su unidad moral, es decir, la conciencia de sentirse partícipes de una auténtica y verdadera comunidad española.

Sabemos nosotros que sólo así subsistirá la Patria, y que sólo así subsistirá vivo y poderoso el aliento de los españoles.

Reconocemos hoy, pues, por enemigos a todos cuantos impiden la victoria y el desarrollo de ese espíritu de comunidad nacional a que aspiramos. Y también los que traten de edificarla únicamente sobre bases ya reconocidas como fracasadas o, por lo menos, insuficientes para sustentar y garantizar el vigor de nuestra raza.

Queremos que los españoles recobren la confianza en su propio carácter de españoles. El ser español es una gran cosa, y si alguien o muchos no ven esto claro, y no perciben en su alrededor grandeza alguna, ha de saber que ello se debe a la anormal y hasta criminal situación en que hoy estamos, sin conciencia de la comunidad nacional, sin apelación profunda y diaria a eso que somos antes que cualquiera otra cosa: españoles.

Sólo así va a ser posible, no ya la reconstrucción de España y la salvación de los españoles, sino la existencia misma de España como Patria libre, y la de los españoles como pueblo independiente.

Hay fuerzas disgregadoras corrosivas que viven y luchan por destruir el sentimiento de comunidad nacional, y ellas son los principales enemigos de España y del bienestar de los españoles. Ahí está el marxismo, que destruye la unidad social de España e impide el triunfo de la convivencia justa. Ahí están los nacionalismos periféricos, negando no sólo la unidad profunda y nacional de todos los españoles, sino propagando sus afanes de edificar contra España unas supuestas patrias traidoras y balcanizar nuestra magnífica Península.

Todo eso tiene que desaparecer si ha de restaurarse en la conciencia de todo el pueblo el sentimiento de comunidad nacional española. La empresa es de formidable volumen, y si los jonsistas la colocan sobre sus hombros, es porque les guía y orienta una confianza ciega en que el pueblo, todo el pueblo, dejará muy pronto de ser de tal modo hostigado y maltratado por esas fuerzas enemigas de su unidad social, nacional y moral, que movilizará el vigor suficiente para salvarse.

Es cuestión de vida o muerte para España y para los españoles la comunidad nacional de todo el pueblo

La masa general del pueblo está desvinculada de un servicio fervoroso a su Patria española precisamente porque está roto ese sentimiento de comunidad nacional a que nos venimos refiriendo.

Cuando los jonsistas nos preguntamos cómo es posible que el pueblo español haya sido arrastrado a la situación presente y cómo después de demostrar su vigor y su fuerza ante el mundo se resigna a ser engañado miserablemente por minúsculos grupos de farsantes y de traidores, localizamos las causas en la ausencia de espíritu fuerte de comunidad entre los españoles.

Pero ese espíritu no es una ilusión nuestra. Ha existido siempre en España, y hoy lo sentimos como una necesidad nosotros y con nosotros la masa popular no pervertida.

Y nosotros sabemos que el pueblo español, ese pueblo laborioso que merece un destino muy diferente al que le proporcionan los errores y las traiciones de las minorías directoras, es el primero en sufrir las consecuencias de que él, *todo el pueblo*, todos los españoles, no aparezcan hoy en un mismo frente de comunidad nacional.

Pues el pueblo queda así indefenso, derrotado, víctima siempre de los más fuertes, y ocurrirá que en las crisis económicas, en las situaciones de desventura, sea él quien padezca más que nadie las dificultades y los dolores.

Ello no es tolerable. Nosotros queremos que todos los españoles se consideren igualmente obligados a una línea de sacrificio por la Patria, a soportar por igual sus catástrofes y sus triunfos.

Nos parece monstruoso, absolutamente fuera de toda justicia, que en momentos de crisis, de angustia, de dificultades, haya núcleos extensos a quienes no alcance una participación en ellas.

No puede pensarse como normal un tal desvinculamiento y ruptura entre la vida de España y la de los españoles. Repetimos que si España atraviesa horas difíciles y negras, ningún español debe atraversarlas luminosas y brillantes.

Precisamente, el panorama del gran capitalismo ofrece con frecuencia un espectáculo así. Una Patria en ruinas, económicamente deshecha, y al lado unos magnates de la economía que no sólo no tienen motivo alguno de preocupación, sino que quizá especulan con esas mismas ruinas nacionales.

Lucharemos sin tregua porque los españoles recobren vigorosamente su sentido de comunidad en el seno de la Patria.

Y buscaremos la colaboración de todo el pueblo para desentrañar las causas de su ruina, localizar los grupos enemigos que corroen su vitalidad y desenmascarar las ideas traidoras que han dejado a España sin jugo.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Todo nuestro aplauso a la fortificación de las Baleares

Las J. O. N. S. presentan ante todo el pueblo la necesidad de que España organice con firmeza su defensa. Sólo una España fuerte puede asegurar la paz en el Mediterráneo y evitar la guerra

¿España en peligro?

Sólo tenemos elogios para el propósito del Gobierno de organizar fuertemente la defensa de las Baleares. La independencia y la libertad de España reclaman su rapidísima ejecución

Mientras más fuertes más libres. Esto que seguramente es siempre verdadero obtiene su mejor y más plena vigencia en la vida internacional. Un pueblo indefenso y débil no tiene libertad para determinar y fijar su propia actitud con relación a otros. Será siempre satélite de los demás, es decir, carecerá realmente de independencia.

No creemos que haya español alguno que acepte fácilmente para España un puesto de satélite, de pueblo protegido, a merced de los vientos y sin posibilidad de decidir por sí misma la línea internacional que le convenga. Parece, por tanto, que si se exceptúa a la patulea traidora y profesional del pacifismo, todos los españoles considerarán de verdadera necesidad la fortificación de las Baleares.

Es posible que se aproximen borrascas mundiales, conflictos duros, que pongan de nuevo a prueba el vigor y la moral de los grandes pueblos. El «statu quo» internacional está lleno y poblado de contradicciones. Hay varios problemas encendidos que serán difícilmente resueltos dentro del orden internacional que hoy rige. Hay en el Mediterráneo un equilibrio peligroso a base de dos grandes potencias archiarmadas y desde luego rivales a los efectos de las decisiones históricas. Hay la posibilidad del frente germano-polaco con ramificaciones japonesas, a la vez que una nueva amistad militar ruso-francesa.

Y nosotros decimos a los españoles, a la conciencia vigilante de todo el pueblo:

Todo el pueblo debe interesarse porque España sea una Patria fuerte, con el vigor armado que haga falta para hacer frente a los enemigos internacionales. Pues todo el pueblo padecería en sus entrañas las desdichas que proporcionaría a España y a los españoles una situación indefensa.

Siendo débiles no podríamos ni ser neutrales en los conflictos. Y véase cómo incluso los pacifistas deben postular en España una política de vigorización militar, aunque sea para mantener nuestro propio derecho a la paz y al aislamiento.

Mientras menos fuerte sea España más probable será su intervención forzada en los conflictos internacionales que surjan alrededor del Mediterráneo.

No es, pues, dudosa la ruta. El gobierno la inicia con su plan de fortificación de las Baleares y nosotros lo aplaudimos.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Vida jonsista. El «caso» Valladodid

Acerca de la actitud de los camaradas de Valladolid circulan por el Partido informes y noticias en absoluto tendenciosas. Nos interesa mucho aclarar cuanto afecta a esa sección, y en nuestro próximo número publicaremos una información detallada, con todos los datos apetecibles, no sólo de su posición actual, es decir, posterior a la ruptura de las J.O.N.S. con F.E., sino también haciendo historia.

Desde luego, adelantamos que tendrá interés la información, porque nadie mejor que nosotros puede hablar de ello, ya que desde el primer día hemos entrecruzado los esfuerzos con aquellos camaradas, hemos asistido a su crecimiento y hemos padecido los posibles errores.

Decimos ya, sin embargo, aquí que el «caso» Valladolid no es singular ni único. Idénticos fenómenos a los allí surgidos a raíz de la ruptura con Falange Española y Primo de Rivera se han dado en otros puntos, pero nos interesa destacarlos con relación a Valladolid, porque allí pueden percibirse en su exacto sentido y allí tienen un relieve más visible.

También adelantamos que las J.O.N.S. tienen muy poco que lamentar respecto al espíritu actual de la sección de Valladolid. Han secundado entusiásticamente nuestra actitud desde el primer día algunos de los mejores y más calificados dirigentes, desde luego los de perfil jonsista más responsable, como hemos de probar. Y se han opuesto asimismo a nosotros quienes lógicamente debían hacerlo. Ha habido actitudes claras, confusas y enemigas. De todas hablaremos.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Victoria falangista (!! ¡¡)

Ofrecimos en nuestro primer número destacar con justicia los hechos victoriosos que fuesen capaces de efectuar y organizar los dirigentes de Falange Española. Ya se nos ofrece hoy ocasión de celebrar uno, y no pequeño. Se trata de una victoria falangista contra nosotros. Nada menos. Y nos rendimos ante su grandeza, ante el prodigio de heroísmo derrochado y ante la magnitud formidable del triunfo.

He aquí los hechos:

El domingo pasado salieron a la calle cuarenta y dos camaradas jonsistas que se distribuyeron por Madrid para vocear y vender *LA PATRIA LIBRE.* Teníamos noticia de que las terribles escuadras falangistas estaban preparadas para impedir la venta de nuestro periódico. Los jonsistas, repetimos, se distribuyeron por Madrid y quedó UNO SOLO en cada puesto de venta. Transcurrió una hora sin el menor incidente, a pesar de que los grupos falangistas pasaban y repasaban junto a nuestros camaradas. Bien es cierto que éstos habían sido previamente seleccionados entre los más robustos del Partido.

En vista de que no pasaba nada, a pesar de los informes, el Comité encargado de la venta quiso poner a prueba los propósitos falangistas. E hizo lo siguiente: Colocó en la Cibeles, esquina al Banco de España, dos voceadores profesionales, dos chiquillos de diez y de doce años, de los que se dedican a la venta de los periódicos diarios. Y ocurrió nada menos que esto: A los cinco minutos, los mismos grupos falangistas que habían estado pasando por delante de nuestros camaradas adultos sin permitirse el más mínimo gesto de disgusto, se lanzaron sobre los dos niños -repetimos que uno tiene diez años y otro doce- ¡¡¡y les arrebataron trece ejemplares!!!

He ahí sencillamente narrada la gran victoria falangista. Digna de Alejandro, de César, de Aníbal, de Napoleón.

Estamos francamente anonadados.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Los prestigios falangistas ¿Eugenio Montes?

Es sabido que Primo de Rivera para hacer frente a los estragos que le ocasionó la ruptura jonsista, se dedicó a extender por el partido la mayor insidia que podía esgrimir contra las J.O.N.S.: la de que él, ¡¡¡Primo de Rivera!!!, representaba al nacional-sindicalismo, y nosotros, ¡¡¡nosotros!!!, éramos los derechistas. Sólo el decir eso y extender eso en su partido con la pretensión de que lo creyesen, era la peor injuria que podía hacer a sus militantes, ya que equivalía a creerlos y considerarlos unos tontos, unos cretinos absolutos. Pues nadie que conociese la actuación de Primo de Rivera y la de nosotros, los jonsistas, podía ser tan ingenuamente crédulo como para admitir una falsedad así.

Claro que a los pocos días, Primo de Rivera organizó una cena oficiosamente falangista a Eugenio Montes y lo presentó como uno de los suyos, como uno de los teóricos y creadores de su doctrina.

Oir nosotros que Primo se consideraba nacional-sindicalista y que a la vez presentaba a Eugenio Montes como uno de los más identificados con él, nos produjo una risa triste, porque de una parte nos regocijaba su actitud en el alambre, pero de otra, sentíamos en lo más profundo la tristeza de presenciar qué armas y procedimientos se esgrimían para engañar a un sector de la juventud española.

¡Con que Montes es un tremendo revolucionario! ¡¡¡Un nacional-sindicalista!!! ¿No habéis leído su teoría de que el pueblo no tiene otra cosa que hacer sino parir hijos?

¿Pues no es Eugenio Montes un intelectual festejado y exhibido por el *ABC*, por *Acción Española* y demás sectores monárquicos de España, que ven en él con razón y lógicamente un hombre de su propia doctrina, tantas veces cantada por él mismo, e identificado con ellos en todas sus metas y aspiraciones políticas?

¿Qué comedia o qué farsa organizó, por tanto, Primo de Rivera, presentando a Montes como un nacional-sindicalista terrible y haciendo desfilar ante él los pocos camaradas sinceros nacional-sindicalistas que le quedan?

Y es que Primo de Rivera, que después de nuestra ruptura debió lógicamente marcharse a su bufete, despojado como quedó de doctrina, de bandera y de hombres, es ahora en la política españoIa una contradicción viviente, una pura farsa, una comedia.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

¿Otra victoria?

Nos enteramos que en Salamanca, donde no hay J.O.N.S. organizadas, unos señoritos de bigotito y rarísimos andares, mandado por Bravete, el jefe a las órdenes del señor marqués, rompieron también unos ejemplares de LA PATRIA LIBRE. Esto se comprende. Los señoritos odian a nuestro periódico, defensor de "todo el pueblo". Y los señoritos falangistas de Salamanca, con Bravete a la cabeza, defienden a los grandes terratenientes, a los ganaderos, a todo ese sector reaccionario, vago y orgiástico que acampa en Salamanca, como por desgracia también en otros puntos de España. No nos quieren a nosotros, a los jonsistas, y odian a nuestro periódico. Se comprende, se comprende. Su caudillo es el marqués, el señorito millonario.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 de marzo de 1935, pág. 2)

¡¡A extender y propagar las J.O.N.S.!!

Las J.O.N.S. son ya unas iniciales populares, tras de la que adivinan las gentes una bandera justa y magnífica. Hay, pues, que extender las J.O.N.S.

Nada es hoy, sin duda, más sencillo. No hay protocolo difícil que impida el acceso a las J.O.N.S. Nuestras Juntas se ofrecen a los españoles limpios y animosos con todas las facilidades.

Somos, además, una bandera política flexible y amplia. Ello facilita indudablemente la captación de militantes numerosos. Interesa el Nacional-Sindicalismo de las J.O.N.S. a la inmensa mayoría de los españoles, a los estudiantes, a los trabajadores, a los funcionarios modestos, a los pequeños industriales y comerciantes, a todos los patriotas y a todos los que apetezcan para España horas de paz, de fuerza y de esplendor.

¡¡A fundar, pues, las J.O.N.S. donde todavía no estén funcionando!! Repetimos que ello es fácil y sencillo. Basta que haya en una ciudad de España un grupo pequeño, ¡incluso un solo camarada!, para que se ponga a trabajar activamente.

Según la oportunidad, el clima social y, sobre todo, según el entusiasmo que ese pequeño grupo despliegue, así los resultados jonsistas serán espléndidos o estrechos. Pero aún en este caso último, no deben los camaradas de cada grupo local perder la esperanza. Sigan luchando. Piensen que si en su ciudad o en su comarca los resultados son modestos, hay, en cambio, otros puntos de España donde la bandera jonsista arrastra masas ardorosas, y que en sus mismas zonas conseguirán, algún día, el triunfo.

¡¡A crear J.O.N.S.!! ¡¡A extenderlas y propagarlas por toda España!!

(«La Patria Libre», nº 5, 16 de marzo de 1935, pág. 2]

La Rusia Soviética prepara la futura guerra mundial.

El Ejército Rojo es uno de los más potentes. Así lo atestiguan diversos observadores. En breve, terminará el primer período de la reconstrucción económica de Rusia, y Stalin, el dictador de los planes Quinquenales, cederá el puesto a Vorochilov, el dictador y organizador de la guerra

El fenómeno ruso amenaza cada día más la paz del mundo. Los bolcheviques han hecho en todos los países una propaganda formidable a favor de la paz y contra la guerra. Para ello se servían de los partidos comunistas, grupos, como se sabe, al servicio directo de la causa "nacional" rusa. Pero, mientras tanto, organizaban un enorme ejército, daban fin a los planes de reconstrucción industrial y estudiaban en la esfera terrestre los puntos vulnerables que ofrecía el mundo. Es decir, se preparaban y preparan para la guerra, sabiendo que su posición interior es insostenible a no ser en atmósfera permanente de batalla.

Todos los síntomas que ofrece la actividad diplomática de los soviets se perfila rectamente hacia un final guerrero. Su acuerdo con Francia, su política en el Extremo Oriente y, por último y sobre todo, el formidable aparato militar de que disponen.

Pensar que Rusia, el pueblo ruso, va a seguir años y años ilusionado por los planes quinquenales, trabajando forzosamente sin alegrías para edificar regímenes sociales aún desconocidos y tolerando una dictadura burocrática, es sueño. Eso lo saben bien Stalin y el grupo que hoy rige los destinos rusos. Y preparan la etapa que ha de sucederles, a base de entregar el poder el ejército rojo, rectificar la ruta política que hoy siguen y hacer la guerra de expansión revolucionaria que no lograron desencadenar en su día Lenín y Trotsky.

Nosotros denunciamos ésto ante el pueblo español para prevenirle y aconsejarle que vaya viendo en la Rusia bolchevique, no un país que quiere la paz, sino un país organizado, frío y arteramente para la guerra mundial.

Publicamos a continuación los juicios que observadores diversos hacen sobre las características y eficacia actual del gran Ejército rojo:

(«La Patria Libre», nº 5, 16 de marzo de 1935, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 6. 23 Marzo 1935.

¡Vista al sindicalismo nacional de las J. O. N. S.!

Sometemos a crítica el movimiento en que hasta ahora hemos participado, denunciando sus jerarquías incapaces, su programa deficiente y sus tácticas erróneas.

La ruta Nacional-Sindicalista

Nos mostramos partidarios de revisar las bases y las orientaciones sobre las que nos hemos apoyado nosotros y nuestros afines. Hay que dar paso a un nacional-sindicalismo vigoroso y pujante.

Lo peor que puede ocurrir a una organización política es entrar en una zona de inercia. Ello equivale a perder el contacto con los entusiasmos calientes, a abandonar la pretensión de dirigir los acontecimientos y dejarse en cambio llevar por ellos a la deriva. Esa zona de inercia es zona de sombra y, sobre todo, para los partidos dinámicos, para las organizaciones totalitarias y ambiciosas como la nuestra, penetrar en ella es síntoma inexorable de muerte.

Quienes nos movemos en las organizaciones nacional-sindicalistas, y sobre todo nosotros, los de las J.O.N.S., como los primeros fundadores de aquéllas, sentimos la necesidad de impedir que nuestra bandera sea fácilmente arriada. Por eso ahora, en presencia de la realidad española, en presencia de las enseñanzas y experiencias de nuestra actuación de dos años y, por último, en presencia también del panorama interno que puso al descubierto la ruptura conocida entre las J.O.N.S. y Falange Española, nosotros decimos con emoción y sinceridad a todos los españoles interesados en el triunfo del nacional-sindicalismo.

El camino seguido hasta aquí parece deficiente. Resulta quizá estrecho y hay en él excesivas encrucijadas, es decir, excesivas vacilaciones.

La proyección diaria y permanente sobre la realidad de España, que debió ser una de las preocupaciones primeras, ha faltado casi en absoluto. Los dos años últimos han sido bien pródigos en episodios hondamente destacados y visibles y, sin embargo, la disciplina nacional-sindicalista, el movimiento en que nosotros y nuestros afines hemos estado enrolados, no ha obtenido de ellos las consecuencias fecundas que podían esperarse.

Parece que todo lo referente a las jerarquías, a la técnica de organización, a la agilidad y flexibilidad tácticas del movimiento ha adolecido también de grandes errores.

Únase a todo esto que las circunstancias españolas, las condiciones que hoy aparecen como rectoras del ambiente y de la realidad de nuestra Patria, han sufrido asimismo modificaciones profundas. Y si convenimos en que el movimiento no desarrolló la eficacia debida cuando esas condiciones y circunstancias eran más normales y más próximas a las que él se encontró al nacer, es lógico que ahora, distintas y diferentes en absoluto, encallase con más facilidad.

* * *

Hemos señalado las posibles críticas al movimiento que hasta hace poco ha sido el que incluía a todos los nacional-sindicalistas españoles. Podemos resumirlas así: 1) Jugo programático deficiente. 2) Aislamiento de la realidad nacional y como consecuencia imposibilidad de obtener de ella los necesarios triunfos. Y 3) Jerarquías torpes, técnicas mediocres de organización y tácticas erróneas.

Quien creyere que nuestra ruptura con Falange Española obedecía a mero capricho y que carecía de dimensiones profundas padece una equivocación notoria. Nosotros, los jonsistas, hemos observado las limitaciones dichas, hemos visto con claridad que era llegada la hora de cambios radicales en la orientación, en la táctica y en los dirigentes y, como nada de eso podía lograrse allí, hemos dado de nuevo vida a las J.O.N.S. La cosa es clara, sencilla y limpia, pues las J.O.N.S. y sus hombres aparecen más desprovistos de responsabilidad.

* * *

Afirmamos, pues, que los nacional-sindicalistas tenemos que revisar nuestros principios, tenemos que revisar nuestras tácticas y tenemos que conseguir eficacias nuevas.

Y ello en orden a estos tres propósitos:

1) Convertir nuestra bandera en la bandera de todo el pueblo, sin ligazón especial a las zonas privilegiadas de la sociedad. Tenemos que esforzarnos por interesar en nuestras tareas a esas enormes masas de españoles que son hoy víctima de la agitación antinacional, de los grandes poderes económicos y de la desidia liberal-burguesa. Las flechas yugadas del jonsismo tienen que ser un emblema de liberación y de justicia para todo el pueblo.

2) Hay que conseguir victorias decisivas contra las organizaciones marxistas, considerando su propaganda entre las masas laboriosas como una verdadera propaganda de traición contra los intereses más altos del pueblo y de la Patria. Hay asimismo que combatir con idéntico afán las tareas desmembradoras de los separatismos, pues en una hora internacional como la presente constituyen notorios servicios a los planes del extranjero, que desea una España balcanizada, dividida y débil para poner las energías y el trabajo de nuestro pueblo a disposición de su piratería financiera.

3) El nacional-sindicalismo tiene que proyectar sobre todos los españoles las firmes ventajas de su régimen. Tiene que demostrar que sólo mediante una red de Sindicatos nacionales, es decir, de organismos que se muevan en una órbita de servicio a los intereses del pueblo y de la Patria, puede darse fin al paro forzoso, pueden iniciarse las bases de una reconstrucción industrial, pueden mejorar sus condiciones de vida los labradores y campesinos y, por último, puede darse eficazmente la batalla a esa inmensa legión de acaparadores, de especuladores e intermediarios que tiene hoy esclavizada y sometida a la inmensa mayoría del pueblo.

* * *

Las modificaciones que se observan en el ambiente político y económico de España obligan asimismo a revisar las tácticas. Lo que hace ocho meses hubiera quizá sido un acierto puede hoy ser un error carísimo. Las gentes van perdiendo su fe en las instituciones liberal-parlamentarias. Reclaman un orden nuevo y lo reclaman quizá con más urgencia de lo que parece. Hay sobre nosotros el peligro de que otros, que carecen de nuestra fe nacional, que ignoran y desconocen las angustias populares verdaderas, que esgrimen unas ideas forzosamente ingratas para muchos, se apoderen de esa reclamación y la hagan suya.

¿Qué hacer, pues? Es evidente que no resulta fácil exponer aquí las líneas fundamentales de la nueva táctica que propugnamos. Compréndanlo nuestros lectores y nuestros camaradas.

Fe absoluta en las J.O.N.S., en sus nuevos organismos deliberantes y en su secretario general, el camarada Ramiro Ledesma Ramos, que tiene hoy en sus manos la orientación política.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La unidad jonsista

Primo de Rivera, único culpable de la desunión jonsista, es la dificultad. Quienes contribuyan a sostenerlo son notorios enemigos de la unidad y sirven los intereses de la masonería y del marxismo, a los que favorece la existencia de unas J.O.N.S. fraccionadas, divididas y resquebrajadas.

La cuña que intenta dividir y resquebrajar las J.O.N.S. es Primo de Rivera, que sabiéndose fracasado, incapaz y sin condiciones, se afana por vanidad en sostener una jefatura imposible.

Hay que afrontar el problema de cara, sin perder detalle. Primo, con malas artes, con insidias, con falsedades calumniosas, ha conseguido retener en sus filas a algunos jonsistas. A ellos nos dirigimos. Y también a los que viendo el espectáculo lo interpretan de un modo erróneo.

Primo ha logrado eso de dos maneras. Una, la que hemos dicho: lanzando cieno sobre los dirigentes de las J.O.N.S., acusándolos cínicamente de todas las lacras que sin duda él conoce bien

por padecerlas. Otra, especulando con la bandera de la unidad. Es decir, pretendiendo que él es quien representa la eficacia de un movimiento compacto y unido.

Nosotros sentimos la necesidad de salir al paso de esas dos ilícitas posiciones primorriveristas. Sobre la primera ya hemos dicho en números anteriores lo que podemos decir: que nos produce asco, ASCO, tener que desmentir esas patrañas. Los ataques que los dirigentes falangistas han lanzado a los de las J.O.N.S. son propios, dijimos y repetimos, de seres rufianescos, de seres residuales, que viven a extramuros de toda solvencia moral y de todo propósito limpio.

Hoy vamos a abordar aquí la segunda trinchera, esa por la que Primo se dice y cree campeón de la unidad del movimiento. Nada más erróneo y falso.

Primo de Rivera es el único culpable de la ruptura, de la desunión de las J.O.N.S. El representa el obstáculo, la dificultad, puesto que él es quien por móviles exclusivamente personales, por vanidad femenina, por amor propio absurdo, no abandona un puesto para el que se sabe sin capacidad ni condiciones.

La unidad la representamos nosotros. La unidad jonsista, claro, que es la única que nos interesa. El falangismo no existe, y si existe nos importa poco. Primo, fundador del falangismo, lo ha liquidado porque sabe que es una vía falsa, un camino ineficaz y mostrenco. Pero se olvidó de liquidarse a sí mismo, de marcharse también a casa, de desaparecer de la escena política, como es evidente han ido desapareciendo uno a uno los falangistas.

Pero no debe ignorarse la verdad: Primo vive de las migajas jonsistas. Vive políticamente de los núcleos Jonsistas más invaliosos o más tímidos, que no nos siguieron a nosotros desde el primer día de la ruptura.

Ya no es problema la ruptura o no con Falange Española. De F.E. no queda más que Primo de Rivera, y, si acaso, unos pocos fieles. Lo demás que hay aún con él es jonsismo, los camaradas nuestros más lentos o más tímidos que todavía no lo han abandonado por inercia, pero que naturalmente ven con emoción y con esperanza la aurora jonsista que nosotros representamos.

Primo es, repetimos, el culpable de la desunión de las J.O.N.S. Sabedlo, camaradas. En cuanto no quede un solo jonsista con Primo de Rivera, la unidad de las J.O.N.S. es un hecho, y el robustecimiento de nuestro Partido enorme, porque nos consta que hay extensos sectores populares que esperan el momento en que la denominación jonsista aparezca absolutamente desvinculada de Primo para sumarse a las J.O.N.S.

¡Hay que dejar a Primo reducido a sus efectivos de Falange Española! ¡Ni un solo jonsista con él, alimentando la desunión y resquebrajando nuestro frente! ¡Que los únicos jonsistas que queden con Primo sean los que lo sean sólo de nombre y los que tengan en su pecho encerrada la traición!

Se atreve aún Primo a negar la escisión de las J.O.N.S. Proclama que la unidad de las J.O.N.S. con Falange Española es irrevocable. Y ha tenido el cinismo de decirlo el 3 de marzo último en Valladolid, desde el escenario del teatro Calderón. Negaba la realidad de nosotros, de las J.O.N.S., que han pisoteado su jefatura. ¿Pero no recordaba que en aquel mismo teatro, justamente un año antes, el 4 de marzo de 1934, se había celebrado un mitin en el que hablaron cinco oradores, y de los cinco, TRES -Ramiro Ledesma, Gutierrez Palma y Bedoya- están abiertamente en las J.O.N.S., contra él, y UNO -Onésimo Redondo- lo está también en espíritu, según comprobará quien le hable de cerca? ¿No verá eso Primo al hablar y decir que no había escisión? ¿Y no lo veían, asimismo, todos los que oían sus palabras?

Primo no es la unidad. Primo representa la debilidad, la división. Por lo tanto, quien desee y apetezca la debilidad y la división jonsista que siga con Primo, que lo sostenga y ayude.

Fíjense todos en que sólo hablamos y nos referimos a la unidad jonsista. El falangismo se lo dejamos voluntariamente entero a Primo de Rivera. Para que, nuevo Albiñana, siga creyéndose también salvador en potencia de todas las Españas.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

Vida jonsista. El «caso» Valladolid. I

Ofrecimos en nuestro número último una información detallada acerca de la situación actual de la sección de Valladolid. Lo estratégico de esta ciudad, en medio de Castilla y de cara a todo el norte de España, confiere a cuanto en ella ocurra un especial relieve, y por eso traemos y destacamos aquí sus peripecias. En Valladolid se celebró asimismo el único mitin de masas convocado por la bandera de las flechas yugadas, y fue también un grupo de esa ciudad quien se adhirió de los primeros al frente jonsista fundado por Ledesma Ramos.

Y, ahora, hagamos un poco de historia. Es sabido que las J.O.N.S. surgieron a consecuencia de las campañas nacional-sindicalistas de LA CONQUISTA DEL ESTADO, publicación aparecida en 1931 y muerta a mano airada por las persecuciones policiacas a que la sometió Galarza. El grupo redactor de LA CONQUISTA DEL ESTADO fundó entonces las J.O.N.S., al objeto de no diseminarse y proseguir con eficacia sus tareas. Eligieron como emblema y símbolo del movimiento las flechas y el yugo, entonces ignorados por las gentes -recordamos curiosamente que en carta oficial al Partido comunicó O. Redondo Ortega la extrañeza que mostraban en Valladolid ante tal emblema, a pesar de ser esta ciudad la que lo posee con profusión en muchos de sus muros históricos-, y se dispusieron con entusiasmo a la propaganda.

Por los días mismos de LA CONQUISTA DEL ESTADO comenzó a publicarse en Valladolid un semanario, *Libertad,* que aunque situado francamente entonces en una zona ultraderechista, destacaba en sus páginas una inquietud nacional nueva, un tanto distinta de la que suele percibirse en esos medios. Saludaron, además, con simpatía nuestra presencia, la de LA CONQUISTA DEL ESTADO, y desde entonces se iniciaron las relaciones políticas que luego un poco más tarde, en las J.O.N.S., adquirieron el rango de camaradería bien conocido de todos.

El grupo de Valladolid, que entró en relación con los fundadores jonsistas, estaba dirigido por Onésimo Redondo. Este camarada ha sido realmente quien dio a la sección de Valladolid todo su carácter, y quien logró hacer pronto de ella un núcleo de entusiasmo y actividad. Pero esa primera etapa jonsista de Valladolid está llena de desviaciones con relación al sentido verdadero de las J.O.N.S., desviaciones obligadas, si se tiene en cuenta que Onésimo tuvo por primeros colaboradores a muchachos todos ellos «luises», y él mismo estaba formado en la escuela de Ángel Herrera, y en la política *sana y razonable* que éste y *El Debate* representan. No hay más que ver el tono y el espíritu propio de las J.O.N.S. para darse cuenta que si con algo son éstas incompatibles, es tanto casi como con el marxismo y los sectores francamente antinacionales, con ese existir antiheroico, ese burocratismo algodonoso y esa indiferencia ante la angustia española que constituyen los ingredientes de toda la edificación Herrera-Gil Robles-*Debate.*

Onésimo luchó, repetimos, con esas limitaciones y a esas y a otras sobrepuso quizá su temperamento y su absoluta sinceridad. Pues Onésimo Redondo, y aquí radica su cualidad mejor, tiene una purísima emoción española y siente como nadie la más honda preocupación y la más profunda angustia por los afanes de todo el pueblo. Se hizo cada día más partidario de la estridencia fecunda de la política caliente y del nacional-sindicalismo. Quizá esto no se percibía con la claridad debida, y de ahí el hecho cierto de que a veces los sectores jonsistas más ortodoxos miraban con algún recelo las tareas de Valladolid. Pero, en fin, no es el propósito de esta información seguir las peripecias de orden ideológico, sino más bien los episodios que aclaren la situación de hoy con relación a la ruptura actual del movimiento.

Recuerdan seguramente todos los jonsistas el desarrollo de las J.O.N.S. en los primeros dos años, cuando hicieron que penetrase en las Universidades españolas la emoción nacional de sus juventudes, y cuando tuvieron las primeras peleas con los marxistas. Asimismo la publicación firme durante todo un año de la revista mensual, el florecimiento de semanarios juveniles jonsistas por toda España. Y, claro, también las persecuciones. El Gobierno Azaña encarceló cinco veces a Ledesma. Etcétera, etc. Debido asimismo a esta persecución, Valladolid quedó un poco retrasado porque Onésimo, que no se olvide, era el alma y vida de la sección, vivió emigrado un año en Portugal, y todavía los dos camaradas más valiosos, los que luego han demostrado más vigor jonsista y más talento -Gutiérrez Palma, magnífico agitador obrero, y Javier M. de Bedoya, propagandista formidable, de pluma tensa y eficacísima- no habían alcanzado en aquella fecha la granazón que hoy tienen.

Transcurren los meses finales del año 1933, ya Onésimo, de nuevo al frente de la sección de Valladolid, y reapareciendo con ese motivo el semanario *Libertad.* Es en esas fechas cuando surge Falange Española, con Primo de Rivera y Ruiz de Alda como dirigentes, el hecho más perjudicial para el triunfo nacionalsindicalista que pudo darse en España. Somos muchos y cada día más los que hoy ven esto claro. Pero prosigamos la línea narrativa.

Al aparecer Falange Española, las J.O.N.S. se encontraron con el siguiente fenómeno: decreció entre los españoles la expectación en torno a ellas, para fijarse en el perfil y en las características de esa agrupación nueva. Ello, unido a la presencia del hijo de Primo de Rivera que proporcionó a F.E. la difusión en poquísimas semanas. Bien conocido es el papanatismo de nosotros los españoles. Ahora bien, decreció la expectación ante las J.O.N.S., pero no decidió ni vaciló lo más mínimo la cohesión de los jonsistas. Esto debe destacarse.

Esa atmósfera, ese hecho que se percibía en torno a las J.O.N.S., y que, desde luego, iba a ser fugacísimo y transitorio, fue lo que puso a los jonsistas en el trance de su tristísima confusión con F.E. y con Primo de Rivera. Fue éste un error de tal magnitud que muchas veces le hemos oído al camarada Ramiro Ledesma sus dudas sobre si después de cometida una equivocación táctica de esa naturaleza no debía recaer sobre los culpables la sanción íntima de considerarse ya sin moral para la acción jonsista. Claro que este camarada y todos los jonsistas nos hemos sobrepuesto al derrotismo de esas dudas y hoy lucha y luchamos por retorcer el pescuezo a las consecuencias lamentables de la confusión triste.

En una reunión de jonsistas caracterizados, convocada en Madrid por Ramiro Ledesma y a la que acudieron Redondo y Bedoya como representantes de Valladolid, se acordó la unificación táctica de esfuerzos con F.E. Esos dos camaradas, como Ledesma y como todos, mostraron la violencia que ello significaba para el jonsismo y que si se disponían a favorecer tal acuerdo lo era sólo en la creencia de que quizá nos iba a ser posible aprovechar la expectación pública ante F.E. para destacar más ante el pueblo la posición jonsista. Todos, y los de Valladolid los primeros, coincidíamos en ir con repugnancia a la prueba, porque temíamos que la ventaja de lanzar con más prisa el jonsismo uniéndolo a Falange iba a ser contrapesada lamentablemente con la presencia real de Primo de Rivera bajo las flechas yugadas de las J.O.N.S. Y es que Primo, el «hijo» de Primo de Rivera, tenía, claro es, popularidad, pero pronto nos dimos cuenta de que era una popularidad negativa, esto es, que era impopularidad.

De Valladolid era de donde llegaban con más apremio las lamentaciones. Todo eran allí críticas sobre la actuación efectivamente deplorable que Primo desarrollaba en el Parlamento y fuera de él. Todo eran quejas y gestos de repulsa hacia el falangismo primorriverista. En el periódico *Libertad,* en las cartas, en las conversaciones con nosotros, en todas partes, los camaradas de Valladolid, con Onésimo al frente, se reían del pobre caudillejo fracasado y consideraban el daño inmenso que nos proporcionaba mantenerlo a la cabeza del Partido.

Se llegó a más en Valladolid. Primo envió un artículo al semanario *Libertad* que se echó al cesto de los papeles, considerándolo impublicable. Era ya Primo el jefe, el caudillo, y se encontró sin fuerzas para castigar esa tremenda tomadura de pelo, incorrección o como quiera llamarse. A tal extremo estaban las cosas en Valladolid y en tal situación de desahuciado se encontraba Primo.

Así llegamos a mediados de enero de este año. Primo llevaba cuatro meses al frente del movimiento de un modo absoluto. Su jefatura era catastrófica. A pesar de la coyuntura magnífica de los meses posteriores a octubre, el movimiento decrecía y se hundía sin remedio.

Viene entonces Onésimo a Madrid y asistió a una Junta del Partido, en la que Primo puso de manifiesto aún más que otras veces su radical incompetencia y su carencia absoluta de consignas. Después de esa reunión celebraron los jonsistas -Ledesma, Redondo y Sotomayor- una entrevista en el café Fuyma, en la que examinaron la situación crítica del Partido y consideraron la necesidad de salvar del naufragio la bandera jonsista, rompiendo con Primo de Rivera y haciéndolo así público a los pocos días.

¿Qué pasó, sin embargo, en Valladolid a raíz de la ruptura? Esta es la pregunta y, precisamente, el objeto de este trabajo es darle contestación cumplida. La dejamos para el próximo número de LA PATRIA LIBRE, porque es aún mucho lo que tenemos que decir y hoy va ya esto un poco largo.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

El Estado de «todo el pueblo»

Mítines y más mítines, todas las semanas, de todas las ideologías. Y todos llenos y repletos. La masa acude ávida de soluciones, consciente de su responsabilidad, a escuchar y a influir en la marcha de la comunidad nacional. Es el pueblo tratando de labrar su propio destino, empujando a sus «líderes», intentando comprender los problemas que les afectan, y acomodándose a una posición u otra para facilitar su solución.

¡Que intente alguno impedir al pueblo que actúe como dueño de sus propios destinos! No podrá. Sólo intelectuales como Eugenio Montes, «pensadores» mercenarios, pueden lamentarse de que el pueblo no es ya analfabeto. Es tarde para los selectos que aspiran a hacer y deshacer sin contar para nada con el pueblo.

Es que el pueblo se da cuenta cada vez más de que todos los agrupados en un mismo Estado tenemos los mismos intereses. Y que el bienestar general depende del esfuerzo, el sacrificio y la comprensión de todos. Y que el Estado no es más que la «comunidad organizada» formada por la integración de cada uno en una «unión vital».

Del Estado minoritario y artificial se pasó con la Revolución Francesa al Estado Nacional. Todavía el Estado podía ser de clases o minorías y dejar a extensas zonas populares desorbitadas y ajenas a su ritmo y acción, aunque ya no era, ni podía ser artificioso, pues se asentaba solamente sobre la realidad natural de una nación, es decir, sobre los límites de una comunidad de historia, lengua y destino. Pero ahora, dentro del Estado Nacional, se marcha hacia el Estado integrado, alentado y SOSTENIDO por «todo» el pueblo. Todo el pueblo unido en una misma «comunidad organizada» caminando, abriéndose paso, consiguiendo el pan de cada día y asegurándose el del porvenir a fuerza de actividad y de sacrificio, o sea, a fuerza de unidad de visión de los problemas y de unidad de voluntad, sobre la base real, indiscutida, de una unidad de intereses. Así pues, todos los españoles en un mismo frente. Sin guerras civiles y suicidas de clases y partidos. Sin separatismos de ninguna clase. Todos compenetrados en una misma comunidad: en un Estado Nacional y Popular; «de» todo el pueblo y «para» todo el pueblo.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

Ante el problema del trigo

Ofrecemos un camino para estabilizar su precio, para beneficiar a los labradores y al interés público, para acabar con la ignominia de los acaparadores y especuladores que arruinan el campo español y explotan a todo el pueblo

El Sindicato Nacional del Trigo

En torno al problema del trigo se han levantado en España diversas banderas. Nos atrevemos a decir que ninguna ha surgido al calor del único interés legítimo en estas grandes cuestiones: el interés general de España, el interés de todo el pueblo. Aquí se perciben con más claridad las deficiencias de una economía anárquica, a merced de las audacias criminales de los especuladores que siempre envuelven y mezclan su interés al de los verdaderamente perjudicados por su parasitismo. Acontece, en efecto, ahora que entre las lamentaciones y quejas por el precio variable e ínfimo del trigo, por su difícil venta y colocación en el mercado, se oyen las voces no ya de los

labradores verdaderos, de los campesinos que cultivan con esfuerzo el trigo en sus tierras, sino de los acaparadores, de los intermediarios, que con el trigo en sus paneras, comprado sabe Dios a qué precio, claman luego por su venta a tipos altos.

En la irregularidad de la compraventa del trigo es donde se advierten, repetimos, los radicales defectos de la actual ordenación económica. Pues es un producto que se presta como ningún otro a la más perfecta regulación de su mercado, sobre todo en un país como España donde normalmente la producción y el consumo casi se nivelan de un modo natural.

La primera necesidad es estabilizar su precio de un modo firme. Esta es, además, la mejor garantía para los labradores, pues si hay varios precios, si hay en el año fluctuación de precios, téngase la seguridad de que siempre se las arreglarán los intermediarios para que siempre los productores les vendan el trigo en la coyuntura del precio más bajo. Nada más sencillo que lograr matemáticamente la estabilidad del precio del trigo. Se trata de un producto de consumición puede decirse que fija, poco sensible a los precios. Es decir, en España y en todas partes se consumirá poco más o menos la misma cantidad de trigo sea cualesquiera su precio. Es un artículo de primerísima necesidad y su consumo invariable depende sólo de cifras demográficas, de la cuantía de la población, que naturalmente no cambia ni se modifica en horas.

Las tasas, la fijación de precios mínimos y demás medidas normales de la economía liberal carecen de toda eficacia. Son fácilmente burladas y todos los beneficios que pudieran extraerse de ellas no recaen nunca sobre los labradores ni sobre todo el pueblo, sino sólo sobre los grandes caimanes que tienen montado y organizado el negocio de acaparar y especular con el trigo.

Nosotros proponemos una solución nada excesivamente revolucionaria. Sensata, que concuerda incluso con las elaboraciones de economistas y teóricos ajenos a nuestra disciplina nacional-sindicalista, si bien no del todo lejos de nosotros.

Se dirige a lograr lo que nosotros consideramos eje cardinal del problema del trigo: estabilizar su precio, impedir la acción de los intermediarios. Vedla:

La solución está en suprimir la concurrencia entre los productores asegurándoles a todos un precio de compra igual y que sólo dependa de la calidad de los productos.

Para ello sería preciso que el Sindicato nacional del trigo, entidad nunca controlada por intereses particulares, creado con la colaboración de todos los interesados y del Poder público, pudiese efectuar la compra de la totalidad de la recolección a un precio estable. Ahora bien, este organismo sólo podría conseguir esa estabilización en todo momento a base de las tres condiciones siguientes:

1.ª El Sindicato tendría el monopolio de las exportaciones y de las importaciones.

2.ª Le sería delegado el monopolio de compras.

3.ª Monopolizaría asimismo las ventas del trigo.

En lo que concierne al precio de compra no tendría por sí solo atribuciones para fijarlo. El precio había de ser fijado periódicamente por el Gobierno, que se inspiraría en una sola finalidad de interés nacional: la de nivelar en lo posible la producción y el consumo. Para evitar tanto el ser tributarios del extranjero como la anomalía de la sobreproducción. Si el precio que se fije es equitativo y justo, logrará evidentemente alcanzar la producción necesaria si es inferior y disminuirla en caso de sobreproducción perturbadora.

Lo que pretendemos es que una vez fijado el precio de compra, pueda el Sindicato mantenerlo durante un largo período sin necesidad de sacrificios económicos del Estado.

Hemos dicho que un precio justo lograría el equilibrio entre la producción y el consumo, pero naturalmente en la práctica el equilibrio *exacto* no podría alcanzarse, debido, por ejemplo, a que las circunstancias atmosféricas que influyen en la cuantía de las cosechas no son previsibles. Examinemos, pues, cuál sería el funcionamiento del Sindicato en los casos diversos que pueden presentarse:

1.° En caso de recolección deficitaria.

2.° En caso de que la recolección equivalga aproximadamente al consumo.

3.° En caso de sobreproducción.

Si la recolección es deficitaria, el Sindicato compraría la totalidad de la misma al curso fijado, o a los diversos precios, ya que desde luego convendría una discriminación severa de la calidad del cereal.

El Sindicato importaría las cantidades necesarias para colmar el déficit, y naturalmente las pagaría a los precios vigentes en los grandes mercados cerealistas donde las adquiriese. En este caso, el precio de venta a los harineros podría ser inferior al precio de compra a los productores nacionales, porque las compras en el extranjero tendrán la consecuencia de rebajar el precio medio por quintal.

Semejante eventualidad es, por otra parte, apetecible, porque en caso de recolección deficitaria el precio único de compra sería, naturalmente, más elevado. Además, el Sindicato, que habría comprado, por ejemplo, a los labradores españoles a 100 pesetas y cuya media de compra al extranjero fuese de 90, no vendría obligado a revenderlo a los harineros también a 90. Podría señalar 95 pesetas, y constituir así una reserva de previsión, bien para entregar al Estado como compensación a los derechos de aduanas, bien para gastos de gestión.

En regla general, como se ve, para el caso de recolección deficitaria, el trigo puede venderse a los harineros a precio aún más bajo que el fijado para la compra a los labradores nacionales.

* * *

Si la recolección es aproximadamente la misma que el consumo, el Sindicato compraría a los productores al precio fijado. Y el precio de venta a los harineros sería aumentado tan sólo en los gastos de gestión.

Y resultando, pues, que en este caso de recolección niveladora, los precios de venta del Sindicato nacional no diferirían mucho de los de compra a los labradores.

* * *

Si hay exceso de producción, el Sindicato compraría, asimismo, al precio marcado -que en este caso no sería muy alto- la totalidad de la recolección.

El excedente sería, en parte, exportado a los precios vigentes en los grandes mercados cerealistas. Otra parte podría ser retenida, inventariándola según los precios mundiales del trigo. Las diferentes operaciones producirían una pérdida variable según la importancia de la recolección.

El Sindicato podría cubrirse de esta pérdida contable vendiendo el trigo a los harineros o a otros consumidores a precios más altos que el de compra.

La diferencia entre el precio de compra y el de venta variaría, naturalmente, según la importancia de los excedentes. De otra parte, si el precio de compra debe ser lo más estable posible, el Sindicato para equilibrar sus operaciones puede modificar con más frecuencia sus precios de venta, y practicar, también, con más rigor la diferenciación de la calidad de los trigos. (Queremos decir con esto, que puede señalar precios de compra más bajos para los trigos de peor calidad o susceptibles de originar una sobreproducción: en tal caso, la diferencia entre los precios de venta de las diversas calidades, no tendría por fuerza que ser la misma que la señalada en los de compra.)

Nos encontramos, pues, que en el caso de recolección excesiva, los precios de venta del Sindicato nacional tendrían que ser superiores a los de compra, a fin de que fuese posible cargar con cantidades superiores a las que se precisan.

* * *

Hemos visto que en las tres hipótesis señaladas el curso que se fijase sería, desde luego, efectivo, y podría mantenerse sólo con las operaciones del Sindicato.

Para efectuar con éxito sus operaciones, el Sindicato tiene necesidad de que se le otorgue el monopolio de las exportaciones y de las importaciones de trigo, a fin de que manteniendo estable el precio de compra pueda equilibrar en todo momento la importancia de sus *stocks* y las necesidades del consumo.

El Sindicato necesita el monopolio de compras porque sólo la existencia de un comprador único permite la fijación de un precio único. Además, no se olvide que en este caso ese comprador único estaría sólo guiado por el interés nacional. No pretende comprar a un precio bajo o alto, sino al precio equitativo y justo que le es impuesto.

El Sindicato tiene también necesidad del monopolio de ventas, pues es mediante la diferencia entre el precio de compra y el de venta como logra realizar el equilibrio financiero de sus operaciones. Y es, asimismo, gracias al doble monopolio de compras y ventas como se hace posible arbitrar la gradación de precios por calidades. Y no se olvide que este arbitrio lo hemos señalado como eficaz contra la sobreproducción.

En realidad, en la situación actual, un exceso en la recolección representa una producción perturbadora para el equilibrio del mercado que debe tenerse en cuenta. Y es a la masa general de los agricultores a quien, en su propio interés, se la obliga hoy a soportar esta carga, ya que así puede evitar una grave caída de los precios. El Sindicato nacional, en cambio, autorizado para vender más caro que él haya comprado, reparte por igual esa carga entre todos los interesados por el trigo, es decir, labradores, harineros y público consumidor, puesto que gracias al Sindicato la totalidad de lo que haya sido pagado por los consumidores vuelve a los productores, disminuida sólo en los gastos de gestión.

He aquí, sencilla y brevemente expuesto, un plan de estabilización del precio del trigo y de remedio a las irregularidades actuales.

El Sindicato que postulamos, no hay que decir que lo entendemos en absoluto libre de toda injerencia de intereses particulares y privados.

En nuestro próximo número quizá respondamos a las objeciones que pueden sernos hechas.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La izquierda catalana y la derecha vasca

Los movimientos separatistas no abandonan sus propósitos anti-españoles. Pero ante el cambio de situación se repliegan y cambian de tono, de táctica, y hasta relegan algunos de los principios básicos a un prudente, aunque momentáneo, olvido. Ya no están en el poder las izquierdas anti-nacionales que les toleraban, cuando no fomentaban, su campaña disgregadora. La insurrección catalana se ahogó en agua de borrajas ante un puñado de soldados españoles.

Sin concesiones de los políticos de Madrid, los partidos separatistas se asfixian. Y a pesar de la propaganda que con constancia y con derroche han hecho durante tres años, sus recursos revolucionarios son nulos.

Sin embargo, es tal la pequeñez de sus dirigentes, y tan profundo el odio a España que los partidos separatistas tienen, que no abandonarán su finalidad criminal de dividir a España. Todo es cuestión de esperar tiempos mejores: el problema es sólo de oportunidad.

Así, pues, ahora los catalanes sacan a relucir su izquierdismo. Es el gancho que lanzan para agarrarse a tierra firme. De nuevo harán oír en Cataluña sus gritos demo-liberales. Como en los últimos momentos de la insurrección, al verse perdidos, dicen que ellos luchan por defender la República española contra las fuerzas reaccionarias. Mas ya sabemos que son ellos... los separatistas... «aunque se vistan de seda». Alerta, y todos contra ellos.

Del mismo modo, el separatismo vasco, más cobarde y burgués que el catalán, que a pesar de su seudo-catolicismo programático no había tenido reparos en coquetear con las izquierdas y en seguir a Prieto en la algarada de los Ayuntamientos del pasado verano, y en estar aliados con las fuerzas de la revolución de octubre, ahora sacarán su bagaje derechista para presentarse ante los gobiernos que a base de la C.E.D.A. se formen, como una fuerza de derecha vasca simplemente. Ellos juegan con su catolicismo, como el separatismo catalán con su izquierdismo, a modo de disfraz con que operar en esta situación actual, para ellos desventajosa. Pero en cuanto puedan volverán a su labor franca de ataque a España y de exaltación de Euzkadi.

La maniobra es ingenua. Está demasiado clara. La verdad es que los separatismos quieren conservar sus posiciones. Y en estos momentos les conviene destacar lo adjetivo para velar lo sustantivo. Porque la realidad es ésta: la izquierda catalana es separatista, y la derecha vasca también lo es en su mayoría. Luego su separatismo es lo esencial y lo que a nosotros nos interesa. Llámense izquierdas, llámense derechas, ellos son separatistas y, por tales, les debemos perseguir incansablemente, y el Gobierno no debe tolerarlos creyendo en el confusionismo que ellos mismos crean para sus indignos fines.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

¿Los cristianos-sociales?

Parece inminente la organización de un nuevo Partido. Lo dirigirá el Sr. Jiménez Fernández a base de los elementos socialmente más avanzados de la C.E.D.A.

Esto sería un percance decisivo para el señor Gil Robles

Comprenderán fácilmente nuestros lectores, y desde luego todos los camaradas jonsistas, que la noticia no tiene para nosotros otro interés que ése, el de ser una noticia. No nos afecta en grado distinto a aquel en que afecte a todos los españoles. Es para nosotros un acontecimiento, un fenómeno político que hay que registrar, tener en cuenta y nada más. Nuestras diferencias con la C.E.D.A. son esenciales, no de matiz, y por eso que deje o no paso a una cosa más o menos avanzada social y políticamente, no cambia ni modifica nuestro juicio.

Pero el hecho, la noticia, tiene importancia. Y grande. Sería en primer término un ensayo curioso de esa cosa ya tan ensayada en Europa de partido católicosocial. Y un ensayo además con un detalle que no suele existir en los ensayos: el de que ese partido apenas surgido en la vida pública, apenas bautizado y en marcha, conseguiría lo que acostumbra a ser la culminación y aspiración suprema de todos los partidos: el Poder.

Así, sin más. El Poder. Naturalmente esto que decimos se encuentra hoy en la etapa gestora, de iniciación, de incubación. No parece descabellado el propósito. Y menos aún desprovisto de panoramas atrayentes. Se conseguiría proporcionar a un típico sector de las derechas un puesto al que se creen con derecho por sus continuados sacrificios y por su fuerza parlamentaria. Y como ello recaería, no en el agitador número uno, sino precisamente en uno de los colaboradores de más popularidad social, nadie espera que tuviese aspecto alguno de provocación ni molestia esencial para nadie. Claro que eso es sin duda el secreto más secreto. Habilísimo. Bien orientado.

Y véase cómo y por cuánto tendremos en España una organización de eso que muchos llaman bolchevismo blanco, y que desde luego nosotros no creemos que merezca apelación tan terrible. Pero volvamos a repetir el gran interés que todo esto tiene. El fenómeno puede ser fecundísimo. Y quien sepa mirar, ver y oir advertiría ya curiosísimos episodios de la cinta, que ya está proyectándose en cierto modo por los teatros de provincias.

Obsérvense bien las huellas. Síganse los discursos del señor Jiménez Fernández. Cada día más firme y contundente en su afán de esgrimir una bandera social y popular del mejor cuño. Y percíbanse también otros discursos, otras declaraciones que, contra lo que muchos esperarían, son siempre coincidentes. No hay voz alguna en la C.E.D.A. que deje vislumbrar la alarma ni la disconformidad más mínima.

Y claro que nosotros y muchos saben bien que no hay muchas veces mejor medio de oponerse a una cosa que aplaudirla, y suele naturalmente ocurrir que un medio muy eficaz para lograr que otro que está con uno no se diferencie ni en timbre de voz ni en color de traje es el de hablar con su propio timbre y vestir su propio paño.

Nada más se nos ocurre. Los alambristas en los circos también descansan.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La perplejidad de Europa

La inminencia de un nuevo orden europeo. La ordenación elaborada en Versalles ha muerto
Las J.O.N.S. plantean a todos los españoles la necesidad de una política internacional vigorosa

Alemania se toma la justicia por su mano

¿Podía hacer cosa diferente? Hitler era ya una contradicción viviente en una Alemania sin libertad nacional. Su decisión es lógica, justa y obligada. ¿Lo comprenderá así Europa?

A las veinticuatro horas de aprobar el Parlamento francés la ley militar de los dos años, responde Alemania retorciendo el cuello al Tratado de Versalles. La cosa estaba ya tan madura y quedaba ya tan poca sangre en las venas de ese Tratado histórico, que no creemos haya nadie que solicite censura alguna terrible para la contravención de Hitler, prácticamente ahora en el orden internacional del más puro y limpio estilo de acción directa.

Asistimos, pues -desde luego, nada atónitos-, a los últimos suspiros de lo que en el Tratado de Versalles había de más ambicioso y de más relieve: el propósito de impedir el desarrollo libre de Alemania. Claro que quien aborde la situación actual de Europa con la pretensión de que el Tratado de Versalles sea borrado de la Historia, no sabe ni lo que es la Historia ni lo que edificó el famoso cónclave diplomático de Versalles.

Lo más importante y verdadero que hay, a la vista de Europa y a la vista del acto de Alemania, cabe destacar, es que Europa ha perdido la estabilidad y el orden que, justo o injusto, artificioso o real, venía rigiendo desde la terminación de la Gran Guerra.

En realidad la decisión de Hitler no debía significar apenas nada en orden a la posible gravedad del momento europeo, porque la igualdad de derechos, el rearme de Alemania y el recobro pleno de esta nación, son hechos y conquistas suficientemente maduras en el panorama político y diplomático de Europa.

Por tanto, lo que merece ser destacado no es el acto de Hitler como tal, es decir, como acto fuera del orden internacional vigente, sino lo que su ejecución deja al descubierto, los problemas graves y concretos que supone para Europa la ruptura, terminación y ocaso del orden establecido en Versalles. Con terminología nacional, de fronteras adentro, puede decirse que Europa ha quedado sin Constitución, esto es, en período revolucionario y constituyente.

Hitler al frente de Alemania hacía imposible todo escamoteo de su libertad nacional. Ni Ginebra, ni Versalles, ni toda la diplomacia del mundo junta podía ya retrasar un solo día el reconocimiento de la libertad internacional de Alemania. Quebrantados y disueltos los partidos que dieron vida a la legalidad de Weimar, a la aceptación y resignación de Alemania, y triunfantes los enemigos de toda esa etapa, los exaltadores y glorificadores de su destino nacional, podía ya creerse desventura peligrosa negar a Alemania la igualdad de derechos y el rearme.

No hay que olvidar que ya desde el primer día la aceptación del Tratado de Versalles constituyó para los alemanes, incluso para los más despojados de espíritu nacional, como los socialistas, un trago dificilísimo y tremendo. En un libro suyo, Noske, que asistió desde un Ministerio socialdemócrata al cumplimiento de las primeras cláusulas del Tratado, declara con emoción que no podría volver la risa franca a los labios de quienes estaban en el trance gubernamental de hacerlas ejecutar y obedecer al pueblo alemán.

¿Cómo Podía imaginarse que Hitler, contando con la adhesión unánime de todo el pueblo alemán, y en presencia del programa europeo, continuase resignado y paciente? La torpeza de las

demás potencias ha proporcionado a Hitler la ocasión de que una de las victorias lógicamente más fáciles, y que muy bien pudo haber sido concedida en un debilísimo forcejeo diplomático, represente para él un gesto formidable de audacia y de intrepidez, hondamente agradecido por la totalidad del pueblo alemán.

* * *

Alemania veía cómo sus vecinos más poderosos entonaban arias a la paz del mundo y buscaban afanosos el desarme, mientras fortificaban de un modo extraordinario sus territorios, aumentaban la potencia militar de sus ejércitos y establecían alianzas con vistas a una política internacional de dominación.

Alemania veía eso. A Francia gastando cifras pavorosas en su presupuesto de guerra, aumentando a dos años la duración del servicio en filas. A Rusia, según demostramos en el número anterior de LA PATRIA LIBRE, provista de medios militares formidables, motorizando sus unidades y triplicando la aviación, la artillería y los tanques. Y no sólo eso, sino también a las dos potencias en situación cordial, juntas y al parecer de pleno acuerdo.

Esa es Europa, la que hoy tenemos delante de nosotros. Parece que su situación actual es la más propicia para que en España comiencen a oirse alegatos en pro de una vigorización internacional de nuestra Patria. Nosotros, los jonsistas que redactamos LA PATRIA LIBRE, hemos de hacer todo lo posible, siguiendo naturalmente las consignas del Partido, para plantear en España con toda prisa la perentoriedad de una posición internacional lo más firme y clara que se pueda.

AHÍ ESTÁ EUROPA, REPETIMOS. AHÍ ESTÁ EL MUNDO. LA RUTA ESPAÑOLA ES SENCILLÍSIMA DE FIJAR. BASTAN DOS O TRES AXIOMAS, UNAS CUANTAS MIRADAS ATENTAS A LOS MAPAS MUNDIALES, ALGÚN CONOCIMIENTO DE NUESTRA ECONOMÍA Y, SOBRE TODO, SOBRE TODO Y SOBRE TODO, UNA AUTÉNTICA Y PROFUNDA EMOCIÓN NACIONAL, UNA FIDELIDAD INEXORABLE A LOS PROPÓSITOS AMBICIOSOS Y LEGÍTIMOS DE QUE, POR FIN, COMIENCE A LLEGAR NUESTRA HORA, LA HORA DE ESPAÑA EN EL MUNDO.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La orientación jonsista de la vida Universitaria

El movimiento nacional estudiantil, representado por el Sindicato Español Universitario, necesita indefectiblemente pasar por dos etapas en su construcción y desarrollo. El querer prescindir de una de ellas es tanto como asfixiar el movimiento, por privarle de factores esenciales para ser el órgano del resurgimiento nacional universitario.

Primero, una etapa ofensiva, de conquista, de llamamiento a los sectores escolares, de lucha, de introducción en la Universidad, de captación y sindicalización de las masas estudiantiles.

Segundo, de compenetración e interpretación de los problemas escolares, de representación, de verdadera labor profesional, colaboración con el profesorado, etc. Pero siempre sobre la base de haber conquistado la Universidad antes.

¡¡Compañeros del S.E.U.!! Vuestros dirigentes han olvidado, que todavía no ha sido vencida la primera etapa. Sus falsas tareas profesionales significan traición, ineptitud y cobardía.

*** * ***

Camaradas:

Recordad que en el próximo Consejo Nacional podréis deponer a los jefes que han traicionado el movimiento nacional-sindicalista. Examinar la actuación de cada dirigente. Sopesar la responsabilidad de cada uno. Que los mandos que sean aclamados representen auténticamente el S.E.U. ¡¡Que no sea burlada nuestra representación!!

COMENTAMOS SOBRE LAS ELECCIONES PARA LA JUNTA DE DEPORTES DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA.

El S.E.U. pacta con la F.U.E. Prepara una candidatura mixta.

Después rectifica y acuerda unirse a los Estudiantes Católicos y a los Tradicionalistas. Nombre a los delegados respectivos. El "pastel" parece marchar bien.

A última hora, con estrategia "genial", forma candidatura única.

El fracaso es rotundo. 50 votos. Poco más que la F.U.E.

La táctica, o es intransigentemente doctrinal o es oportunista.

En el primer caso: ¿Por qué pacta con la F.U.E., irreconciliable enemiga? ¿Por qué la posición final no es fijada en el primer momento?

Si es oportunista: ¿Por qué no presentó la candidatura junto a los otros sectores derechistas, ya que así se aseguraba, puestos en la Junta?

Ni mantiene principios doctrinales ni oportunistas.

Nuestra enhorabuena a la inteligente maniobra de los que dirigieron la política del S.E.U.

* * *

En LA PATRIA LIBRE vigilamos y criticamos la labor del S.E.U., y dentro de él, trabajamos por lograr una rectificación en la orientación política.

Si no lo hacemos abiertamente, es porque conocemos las intenciones de los jefecillos, de expulsar a los grupos jonsistas, que quieren un S.E.U. libre de camarillas y sucia política de pasillo.

* * *

Camaradas Jefes de facultad o escuela:

Siendo la Cámara Sindical el órgano asesor que propone y aconseja las acciones a realizar por la Jefatura local y las respectivas secciones del S.E.U., y siendo su principal misión la de exponer las necesidades y los problemas profesionales de vuestras respectivas facultades, es preciso que trasforméis el carácter, de tertulia de café, de dicha Cámara, de coro de opereta que escucha los floridos y empalagosos informes de su mando, en el verdadero órgano estudiantil, portavoz de las necesidades y reivindicaciones escolares, auténticos representantes del movimiento nacional-sindicalista, que sepa exponer las faltas y defectos de la organización, corrigiendo la táctica blanda y cobarde de sus dirigentes.

...¡¡¡Exigid la transformación del funcionamiento interno de la Cámara Sindical!!!

Funcionando como hasta ahora, sois monigotes burocráticos, juguetes de los manejos de unos jefes desaprensivos e ineptos.

¡¡¡Por la verdadera representación y jefatura de la facultad!!!

CONSIGNA DEL DÍA.

Grupo Jonsista de Derecho. Seguirá reuniéndose, los mismos días que la semana anterior, en el sitio acostumbrado. Las liquidaciones de LA PATRIA LIBRE serán entregadas al camarada delegado de su Junta de Barriada.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 de marzo de 1935, pág. 2)

Resonancias europeas del acercamiento Germano-polaco

En el último número de LA PATRIA LIBRE traducimos del periódico hitleriano de Berlín, "Voelkischer Beobachter", unos comentarios acerca de la expansión polaca. Se defendía allí la política de acercamiento entre Alemania y Polonia, que constituye hoy en Europa uno de los episodios más visibles. En Francia son acogidos esos intentos con algún nerviosismo, y lo prueban así los párrafos siguientes, que copiamos de "Le Temps", con motivo de la publicación en Polonia de un fuerte alegato favorable a la amistad con Alemania.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 de marzo de 1935, pág. 2. Entradilla)

Gran concentración (¡¡!!) Falangista

Nos creemos obligados a comunicar a nuestros lectores la interesante noticia de que el sábado último, día 16, tuvo lugar en Corrales un gran acto de propaganda falangista, seguido de gran concentración y desfile. Hablaron los más calificados jefes, líderes y caudillos de la Falange. Es decir, el caudillo nacional e internacional, el jefe de la Confederación obrera, el prohombre regional, etc., etc.

La Falange tuvo un formidable éxito.

NOTA. Por si nuestros lectores necesitan estos dados, diremos que Corrales es un pueblo de la provincia de Zamora, partido judicial de ídem, de 500 habitantes; produce vino, cereales y tiene buen clima. Estación de ferrocarril, teléfono, etc.

Y es, amigos lectores, que para seguir el rastro de los éxitos falangistas hay que aprobar diez cursos de geografía.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 de marzo de 1935, pág. 3)

NUMERO 7. 30 Marzo 1935.

La lucha por la unidad

Hay que declarar cerrada la etapa desmembradora.

La primera victoria de España debe consistir en la reafirmación de su unidad. Sin ella está en peligro la Patria española y la dignidad de todo el pueblo

Unidad

La lucha por la unidad de España tiene un carácter doble: uno, la defensa de la trinchera última, del reducto postrero que nos queda a los españoles como garantía de que la Patria existe. Otro, la necesidad de hacer de esa trinchera y de ese reducto un plan ofensivo de reconquista nacional.

España sin unidad no existe. Y sin la unidad de España, los españoles, todo el pueblo, caerán en la degradación moral más triste y en la ruina económica más negra.

Porque no hay ni puede haber tragedia comparable a la de un pueblo que asiste a la desaparición histórica de su propia Patria. Y porque la balcanización de España supondría la esclavitud política y económica del pueblo por los vecinos más fuertes.

Repitamos, pues, el angustioso panorama que traería consigo la derrota de la unidad y que pudo ya cernirse sobre España y sobre los españoles si hubiere triunfado en octubre la insurrección criminal de Companys:

DEGRADACIÓN MORAL Y ESCLAVITUD ECONÓMICA DE TODO EL PUEBLO.

Siempre hemos tenido la sospecha de que la inspiración más profunda y el aliento más claro que impulsaban en España a los sostenedores y propagadores de los regionalismos separatistas -el catalán y el vasco- había que fijarlos y localizarlos en el extranjero, es decir, que tenían una explicación internacional.

Pues ahí está ahora el momento europeo, bien repleto de incitaciones y promesas. Creemos que no debe olvidar España uno de los ingredientes más fundamentales de su política internacional: el de defender su unidad contra las asechanzas de aquellos a quienes evidentemente conviene la balcanización española.

La lucha por la unidad constituye hoy la bandera política más urgente y honda. La quiere y aplaude todo el pueblo y aseguran su victoria, tanto esa unanimidad popular como el saberla ya después de todo triunfante en otras ocasiones históricas igualmente graves. Pues no se olvide que en tiempos de Felipe IV, cuando cada jornada suponía para España una derrota en su imperio y un desgajamiento territorial, hubo también peligro para la unidad de España. Pues bien, a pesar de haberse desencadenado el proceso disgregador del imperio y de separarse Portugal, hubo un límite emocionante: la unidad de España triunfó de la revuelta separatista en Cataluña, donde hubo ya ignominiosamente virreyes franceses.

Nuestra fe en el triunfo de la unidad de España es absoluta, aun sabiéndola hoy todavía en riesgo, no aplastados sus enemigos ni deshechos los fuertes poderes interesados en que el proceso disgregador continúe.

Es más. Tales calidades de victoria damos a la bandera de la unidad que estamos seguros de que quien sepa y logre unir a ella con vigor cualesquiera otro ideal político lo verá asimismo victorioso. ¿Cómo vamos, pues, nosotros, el nacional-sindicalismo jonsista, a renunciar a desplegarla con el mayor aliento?

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

“LA PATRIA LIBRE” interrumpe su publicación en Madrid para reanudarla brevísimamente en Barcelona

Lo comunicamos reciamente a nuestros lectores y a todos los camaradas jonsistas. Hemos tomado la decisión firme de llevar a Barcelona LA PATRIA LIBRE y de centrar en Cataluña la actividad de las J.O.N.S. Las razones son visibles y claras. Se encuentran principalmente en la característica esencial que nos distingue: la eficacia de nuestra acción, el deseo vivísimo de no perder ni un segundo de tiempo de espaldas a la tremenda y angustiosa realidad de España.

Rápidamente diremos a nuestros lectores unas frases explicativas y justificativas de este propósito de LA PATRIA LIBRE, al que tenemos la voluntad más profunda de conferir una significación histórica.

Por qué dejamos Madrid

Hace mucho tiempo que tenemos la sospecha de que por circunstancias muy varias la realidad madrileña, su ambiente social, las características especiales de su población, la vida relativamente fácil de su burocracia, su carencia absoluta de alma vigorosa, etc., era la menos apropiada para cobijar y lanzar desde ella la voz de España.

Madrid y España son dos cosas diferentes. El valor histórico más importante que quizá ha realizado, el de mantener un poco coherente y unida la vida española, está asimismo en quiebra y somos muchos los que comenzamos ya a pensar si en adelante, en vez de cumplir esa misión de unidad, no irá resultando Madrid el liquidador definitivo de la unidad española.

Por lo pronto, bien reciente está el hecho de sus catorce diputados constituyentes votando el Estatuto de Cataluña y también lo ajena que permaneció su sensibilidad a través de las jornadas disgregadoras de aquel Parlamento. Su única protesta no fue una protesta capital, nacional, surgida por motivaciones propias de su carácter, rector y director de España. Fue la protesta de unos comerciantes en la plaza de toros, que manifestaban el temor de arruinarse si se concedía el Estatuto separatista.

Madrid está en poder de las grandes burocracias de los partidos, inconmovible naturalmente en sus rangos de privilegio y acorchada y cerrada su atención a voces y consignas que no sean las más cómodas y fáciles.

Madrid, además, es la concentración del éxodo provincial, las buenas gentes de las provincias que buscan en él la comodidad ciudadana y la vida tranquila de los destinos públicos.

Madrid amenaza con ahogar en indiferencia todo lo que en él surja con afanes de superar sus propias murallas. Y así, todo lo que aquí triunfe y salga a las provincias son productos marchitos, aislados de la congoja nacional, cercenados en su más fecunda esencia.

Cuando hace años se iniciaba en nosotros la inquietud por fundar y dar vida en España al movimiento nacional-sindicalista, nuestro primer deseo era poder verlo arrancar del seno de una provincia, nacer en cualquier parte de España, menos en Madrid. Confesamos que la primera contrariedad nuestra fue vernos obligados a bautizarlo, alimentarlo y propagarlo desde aquí, desde Madrid.

Y es que las provincias, aparte de que en casi todas ellas falta vigor interno, capacidad nacional de resonancia, viven del papanatismo madrileño, aceptan con tranquilo ademán que desde Madrid se les exporte día a día la mercancía más averiada.

LA PATRIA LIBRE, pues, tiene pocas cosas que hacer en Madrid. No quiere ser *voz madrileña.* Renuncia voluntariamente a ese carácter. Y va a Barcelona, donde por un gran manojo de razones espera ser, mejor que en cualquier otra parte, útil a las dos rutas que nos importan: la unidad de España y el triunfo del nacional-sindicalismo jonsista.

¿Por qué elegimos Barcelona?

Una vez decididos a situar nuestro esfuerzo en las provincias, la elección de Barcelona no tenía para nosotros duda posible. Barcelona es hoy el lugar de España más indicado para ir a él con estos

dos nortes: la emoción nacional de una Patria única y la preocupación social por el destino de las grandes masas laboriosas.

Pues es allí, en Barcelona, donde se incuban y nacen los sistemas ideológicos contrarios a la unidad donde han logrado movilizar multitudes, donde de otra parte existe una atmósfera preñadísima de agudeza para toda bandera de porte social auténtico que se despliegue con talento.

Hoy en Barcelona se dan las condiciones más adecuadas para nosotros. Es, además, nuestra presencia allí una garantía de decisión, de firmeza y eficacia tal que confiamos mucho nos proporcionará en seguida el auxilio, la colaboración y la camaradería de cuantos grupos y gentes hay ya allí preocupados por batallas similares a las nuestras.

La presencia de LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., en Barcelona supone que no hurtamos la cara al riesgo y que vamos con decisión allí donde nuestra bandera de las flechas yugadas es más precisa y más útil.

Queremos dar a nuestra marcha la máxima trascendencia que podamos. Nos disponemos a unir allí con más fe que nunca el designio nacional, es decir, la fidelidad y el servicio a la Patria de todos los españoles, con el designio social, es decir, la necesidad de que intervengan las masas laboriosas en la vigorización y conquista de su propia Patria, nutriéndola de dignidad y de justicia.

Esperamos encontrar en Barcelona, primero: la atención suficiente para que nuestra voz sea oída y después la adhesión en grado necesario para consolidarla y llevarla a la victoria.

Claro que la actividad en Barcelona de LA PATRIA LIBRE va unida a la difusión y propaganda de las J.O.N.S. Nos proponemos lograr para las J.O.N.S. fuerza y prestigio entre las masas de Cataluña. Nuestra marcha a Barcelona, a los casi tres meses de ruptura con Falange Española, nos evitará choques inútiles con esta organización y que una vez reconocida por nosotros que la mayoría del Partido prefiere aquella disciplina no deseamos nada.

En Cataluña, dedicados a un esfuerzo nacional-sindicalista, se nos aclarará el futuro de este pleito interior de Partido, se nos aclarará también el futuro inmediato del destino español y el de nuestra personal intervención en él.

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO REVOLUCIONARIO!

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

Nuestra posición definitiva. En presencia del falangismo

Ante la campaña injusta y durísima que en el seno del falangismo hizo Primo de Rivera contra nosotros, no tuvimos otro remedio que redactar por nuestra parte frases igualmente duras.

Hoy declaramos finalizada nuestra posible y lícita protesta en ese sentido. No volveremos a ocuparnos de un modo sistemático de Primo de Rivera ni del falangismo, por grandes que sean las injusticias que contra nosotros cometan.

Deseamos dedicar nuestro afán a las batallas para las que de verdad hemos nacido. No nos va a molestar nada la presencia de cualesquiera otros, que desde planos diferentes ensayan o pretendan victorias supuestamente análogas a las que nosotros buscamos.

LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., no acompaña, pues, a nadie por sendas de injusticia ni de escándalo. Ténganlo todos por seguro. Si ello es preciso, encomendaremos nuestra defensa, no a réplicas de perfil escandaloso, sino a la persistencia en una conducta honrada y limpia.

Estamos seguros de desplegar y de haber desplegado ya tal honradez en nuestro periódico que sólo quienes se acerquen a él con ánimo perverso pueden recusar nuestra palabra. Hacemos esta declaración atónitos ante unas líneas que aparecen en *Arriba,* el órgano de Falange, y que alcanzan tal calidad injuriosa que nos reafirma en la decisión de no seguir por ese camino a quien las haya redactado.

Además, hemos advertido que algunos grupos de F.E., que en todo momento, aunque quedaron en la disciplina de Primo de Rivera, nos han hecho llegar su deseo de considerarnos siempre camaradas, sentían hondo disgusto en presencia de una campaña como aquella a que nos hemos visto obligados. El juicio de esos camaradas nos merece la atención y el respeto más profundo. Y procuraremos seguirlo en lo posible. Aunque ahora sea allí donde quizá predomine la táctica contraria.

Así somos. Sabemos muy bien las tareas que nos corresponden. Ellas tienen que constituir y ser el norte primordial de nuestra acción. Nadie nos hable, pues, de otros pleitos, siempre minúsculos ante la magnitud del gran pleito nacional y social que tenemos ante la vista.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

Jesús Hernández

El pasado día 23 hizo un año de la muerte de este joven camarada. Era el jonsista más joven y le recordamos en aquellos meses primeros de las J.O.N.S. cuando teníamos nuestro domicilio en la calle de los Caños y era el jonsismo una aurora lenta y difícil. Jesús Hernández pasaba innumerables horas en las oficinas del Partido y laboraba con magnífica ingenuidad en toda clase de tareas.

Murió de un tiro, un mes después de la tristísima confusión con F.E. Podemos considerarlo una víctima de esa confusión triste. Pues ella hizo posible que ese camarada niño tuviera en sus manos inexpertas de muchacho de quince años un aparato que en las J.O.N.S. nunca hubiéramos cometido la ligereza de darle. Y al pobre camarada le ocurrió fatalmente lo que era de temer le ocurriese: se le disparó mortalmente la pistola.

¡Pobre camarada Jesús Hernández! ¡El jonsista más joven que asistía con su propia aurora de niño a la aurora triunfal de las J.O.N.S.!

¡Recuerdo permanente a tu memoria, camarada!

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

¡Guerra al hambre y la miseria!

Difícilmente hay país alguno donde se advierta un fenómeno social y económico idéntico al de España. Pues se trata nada menos que de esto: una población reducida en un territorio situado en una zona mundial de privilegio, una economía sencilla sin complicaciones catastróficas ni crisis y, como consecuencia absurda, 700.000 obreros parados y un nivel de vida deficientísimo en todo el pueblo.

No somos nosotros de los que cantan a ciegas irresponsables alabanzas a todo lo que España tiene. Conocemos las limitaciones y hasta la pobreza natural absoluta de una gran parte de su suelo. Sabemos lo difícil que es aprovechar su posición marítima como fuente de una vida comercial próspera cuando el «hinterland» de esas costas es en realidad de exiguas proporciones para alimentar un intercambio robusto. Sabemos eso y todo lo que haya que saber para justificar fríamente lo difícil que resulta garantizar a los españoles un bienestar mínimo.

Pero nosotros decimos:

La parte más grave y más negra del actual momento social-económico no tiene sus orígenes en esa realidad posiblemente cierta que nosotros mismos hemos expuesto. Radica en la ausencia absoluta de un esfuerzo coherente y firme por dar a España y a su economía una dirección lógica.

Hace años que viene circulando retóricamente eso de la economía dirigida. Pero hasta ahora todos los que la han utilizado no han dirigido nada. Y eso es, sin embargo, lo que España y su economía precisan con la urgencia máxima: una dirección, un plan. Y sabiendo que dirigir la economía no consiste sólo en dictar decretos, pues eso es igualmente propio de una economía liberal, que ya sabemos no es una economía libre, sino simplemente una economía mal dirigida.

Pero en España necesitamos no sólo una dirección económica, un plan económico. Eso no basta. Se necesita y requiere a la vez una dirección política, un plan histórico para la vigorización nacional de España y la elevación material de los españoles.

Parece innegable que la realidad nacional se nutre de malestar, incertidumbre y falta de rumbo. Nosotros quisiéramos llevar a la conciencia de todo el pueblo un afán voluntarioso de salvación y una perspectiva exacta que le permitiese advertir la angustia de su problema.

Pues hay una verdad evidente: la desazón económica alcanza a zonas enormes de españoles y urge oponerle diques rápidos.

Nosotros aseguramos que había de ser relativamente fácil borrar de España toda posibilidad de ruina y de miseria. Bastaría que la dirección de la economía pasase de las manos ineptas y egoístas de un sector nacional a otras más robustas y fieles a los intereses de todo el pueblo.

Si en España se decidiese con vigor una batalla contra el hambre y la vida económicamente angustiosa de la mayoría del pueblo estamos seguros de que con sólo sus preparativos se lograría el éxito. Es sencillísimo hacer que en España vivan, no ya 20 millones de españoles, sino 40 millones. Las posibilidades económicas de España no esperan para duplicarse sino la existencia de una voluntad efectiva de lograrlo.

Repetimos que la ruina de las industrias, la crisis general del campo y los 700.000 obreros parados son en España un absurdo monstruoso.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

El Sindicato Nacional del Trigo

Nuestra respuesta a las objeciones que se nos hacen al plan para la estabilización del precio del trigo

Saben nuestros lectores que en el último número de LA PATRIA LIBRE expusimos con toda claridad un plan para lograr la estabilización del precio del trigo, excluyendo en absoluto la acción de los intermediarios y especuladores. Se trataba de crear el Sindicato Nacional del Trigo, al objeto de introducir métodos coherentes en la economía cerealista española, hoy por completo anarquizada en detrimento de los labradores y del interés público, y en beneficio exclusivo de la piratería intermediaria.

El plan que exponíamos no lo consideramos, naturalmente, exento de objeciones. Puede ser objeto de críticas. Se nos han hecho varias, a las que desde luego nos resulta fácil dar satisfactoria respuesta. Así lo hacemos a continuación, recomendando a la vez a nuestros críticos un mejor examen del plan y de sus consecuencias.

Alguien nos indica que su funcionamiento equivale a un impuesto indirecto contra los productores.

Otros sostienen que desde el momento en que existe un monopolio a favor de un organismo, sea el que sea, se da un golpe intolerable a la libertad de transacciones.

Otros insisten en el carácter teórico del plan, y que debido a las grandes probabilidades de fraude y a las dificultades de organización no podría sin duda funcionar en la práctica.

* * *

En presencia de estas críticas, nosotros decimos:

La diferencia eventual entre los precios de compra y los de venta no tiene en modo alguno carácter de impuesto. Sería en todo caso el más indirecto de los impuestos, porque el productor no tendría que desprenderse de nada, no tendría que temer medida alguna vejatoria por parte del fisco. A los labradores no tendría que preocuparles más que una cosa: que el precio señalado para las compras del Sindicato fuese rentable.

Si el Sindicato se ve luego obligado a vender más caro es porque ha adquirido la totalidad de la recolección. Repetimos que la diferencia entre los precios de compra y los de venta no representa ni un impuesto ni un beneficio. Los importes, por el contrario, en su totalidad están destinados a los productores del trigo.

* * *

Respecto a que se trate de un nuevo organismo más del Estado y que represente un intolerable ataque a la libertad de transacciones, no lo creemos así. Habrá que precisar los conceptos.

Sería, en efecto, el Sindicato un signo de *estatismo,* pero de un carácter absolutamente nuevo, que no gravaría en nada el presupuesto del Estado. El Sindicato Nacional del Trigo aseguraría por sí mismo el equilibrio de sus ingresos y de sus gastos. No sobrevendrían pérdidas para el Estado, porque si su gestión es nacional no puede haber pérdidas de ninguna clase. No se olvide que el Sindicato que propugnamos entra más que en un sistema de estatismo en uno de corporaciones. La corporación no fija el precio, sino que una vez fijado por los poderes públicos en nombre del interés general, asegura el respeto a ese precio en beneficio de los intereses particulares de sus miembros. El interés general exige un precio justo y el interés particular de la corporación que este precio sea efectivo y que beneficie a todos.

Si hay en efecto un ataque a la libertad de comercio es en un solo punto: no hay libertad para malvender o vender a intermediarios, no hay libertad para especular y hay siempre, por el contrario, para todos los labradores la certidumbre de que venderán todo el trigo al precio convenido.

Pero una vez admitida esta restricción, una vez que el productor se someta a esta sencilla disciplina, conserva todas sus libertades. Puede sembrar a su gusto, puede elegir la variedad de simientes que le convengan. Su economía, pues, será perfectamente libre. El único regulador de sus iniciativas será, como en el sistema liberal más ortodoxo, el precio a que ha de vender el trigo. Y el precio será un regulador tanto más sincero mientras más estable. Y no será la recolección la que influya sobre el precio, incidencia llena de incertidumbres, sino que es mediante el precio como se influirá en la recolección, intervención más fija y segura, porque quien siembre no estará así nunca tentado por la esperanza de que sobrevenga un alza problemática y milagrosa.

* * *

Las críticas más serias que se nos envían afectan al posible funcionamiento del Sindicato. Reconocemos que se advierten desde luego dificultades numerosas para su puesta en práctica, es decir, para pasar de la concepción teórica a la plena realidad del plan.

Pero a esas dificultades puede intentarse hacerles frente.

¿Cuál sería la personalidad jurídica del Sindicato Nacional del Trigo y cómo funcionaría? Habría secciones regionales y locales. El labrador podría vender directamente su trigo al harinero, y en tal caso habría que señalar una tasa a percibir en provecho del Sindicato. Existe asimismo problema en el establecimiento de los precios relativos a las diversas calidades de trigo. También en la salvaguardia contra el fraude, ya que hay una diferencia entre el precio de compra y el de venta. ¿Serían sometidos los harineros a un severo control o, por el contrario, debería recaer la vigilancia sobre los labradores?

Naturalmente que un Sindicato al que se le iban a señalar poderes tan complejos, tan extensos, había de ser de un funcionamiento muy delicado. Se le presentaría un manojo de problemas de organización cuya solución no resultaría fácil para una sola persona. Y además a las dificultades obligadas de orden práctico, había que añadir sin duda las que iban a crear los intereses particulares heridos, y que intentarían sabotear y desacreditar al Sindicato.

El Sindicato Nacional, que representaría al conjunto de los cultivadores, habría de tener el mayor interés *como corporación* en que el fraude no comprometiera el éxito de la empresa. Poco a poco, la técnica de funcionamiento del Sindicato, que al principio sería rudimentaria, iría cobrando robustez. Con auxilio de la experiencia se simplificarían las operaciones, se perfeccionaría el sistema de los diversos precios según las calidades y, desde luego, se encontrarían los labradores con la gran ventaja de que a su preocupación por el buen o mal tiempo no tendrían que añadir otra tan profunda como ésa, la preocupación por los precios del trigo en el mercado.

Creemos que en nuestro plan hay entre otras una visible ventaja, y es la supresión de los intermediarios. Continuarían si acaso en una esfera de acción limitadísima. Esto es, no serían ya sino los mandatarios de otros, a los efectos de evitar pérdidas de tiempo y de agrupar a los productores más pequeños. Pero despareceríán sin ninguna duda los grandes beneficios especulativos nacidos del agio y de las maniobras escandalosas de los acaparadores.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

Vida Universitaria. Los estudiantes y la guerra

La Universidad acaso sea uno de los lugares en donde más propaganda antiguerrera se realiza, por ese pequeño sector de pseudo-estudiantes marxistas, que miran con particular simpatía la campaña pacifista que prefieren a los repetidos tópicos de "la salvación del proletariado", el antifascismo furioso y "la espeluznante exterminación de la burguesía". Es este sector el que más se impacienta y más se agria en su campaña contra la guerra, a la que acompaña las propagandas contra el Ejército y el Estado.

Hace unos días —y esto parece que lo ignoran las terribilísimas escuadras falangistas— fue repartido y vendido por los claustros universitarios un periodicucho clandestino —cieno, estupidez y cobardía— que afirmaba con descaro, que era preciso alzarse con las armas en la mano, en una nueva tentativa revolucionaria, para así evitar —decían ellos— una nueva conflagración europea. Luego continuaba atacando cínicamente al Ejército, cuya disolución exigía, y acababa pidiendo fueran entregados los armamentos de guerra al pueblo, para así evitar otra matanza internacional.

Creemos que estos estudiantes proceden de la Universidad de Oviedo.

Podemos creer innecesario cuanto comentario pudiéramos hacer de semejante reptil "órgano de los estudiantes antifascistas".

Lo interesante es la enorme atención que ponen en la masa universitaria, los propagadores de ideas subversivas. El leit-motiv está en que saben que el sector universitario de una nación puede influir en la marcha de los acontecimientos políticos de ésta, y, por ello precisamente, tratan de inocular el espíritu antiguerrero y substituirlo por la forma revolucionaria, al servicio de un imperialismo rojo.

Los estudiantes responden distintamente a la ignominiosa campaña.

Unos quedan indiferentes, creen que la guerra está muy lejos, que con su intervención privada no van a conseguir nada positivo. Algunos, muy pocos, reaccionan contra ella. La mayoría se confiesan pacifistas y no saben contestar lo más intencionados alegados de los estudiantes rojos.

La posición del estudiante "fascista", como la de los liberales, católicos, populistas, es idéntico.

Para ellos tal problema está desligado de la Universidad. No ven posibilidades guerreras futuras. No son capaces de examinar y entender la política internacional.

Por eso, porque los estudiantes en general no se preocupan, el militante jonsista tiene un deber en la Universidad urgente, imperioso, doctrinal. Hay que contestar con nuestra posición dura, enérgica, eficaz, a las vergonzosas propagandas marxistas y pacifistas.

El Nacionalsindicalismo, especialmente los estudiantes jonsistas, no pedimos ni queremos la guerra.

No somos partidarios de utilizarla como política económica frente a las demás naciones.

Siendo España una potencia DÉBIL ante los demás Estados, renunciamos a la guerra, ¡pero a la guerra ofensiva...! ¡DE NINGÚN MODO A LA DEFENSIVA!

Mientras que quede un español en pie, defenderá siempre el territorio nacional. De haber una guerra los intereses de España en el Mediterráneo correrían peligro.

Y esto es lo que hay que exaltar; precisamente lo contrario que intentan los pacifistas.

El estudiante español siempre estará dispuesto a la defensa de su Patria.

Como lo estuvo.

Como ahora no lo está gracias a la generación del 98 y al pacifismo.

Es preciso que el estudiante jonsista sepa hacer vibrar el nervio de la raza, en las masas escolares.

Que no se repita en España el vergonzoso ejemplo de las propagandas pacifistas en las escuelas francesas.

Nuestra consigna definitiva es: ¡ABAJO LA GUERRA!, pero ¡VIVA ESPAÑA!

Recordamos que en las actuales circunstancias España está imposibilitada físicamente de toda intervención guerrera.

Mañana, ¿quién sabe? Por eso nuestra consigna es circunstancial.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 de marzo de 1935, pág. 2)



Libertad

Viejo régimen

APUNTES

LA INCORPORACIÓN PROLETARIA

Ramiro Ledesma Ramos

¿De dónde sale el dinero?

Invitamos a nuestros lectores, y en general al público de las provincias castellanas, a comunicarnos cuantas quejas o datos crean de valor, sobre la historia del caciquismo socialista en las aldeas y la tiranía de las llamadas "Casas del pueblo".

Cada lector de LIBERTAD debe procurarnos CINCO SUSCRIPCIONES.

ELLAS

Semanario de todas las mujeres. Próxima publicación. Madrid.

TODA la correspondencia al APARTADO núm. 41

Libertad.

Textos de Ramiro Ledesma Ramos

EL ESTATUTO. Es imposible la concordia

La unanimidad del pueblo español, rechazando el Estatuto catalán, debía merecer al Gobierno y a los partidos republicanos un respeto por lo menos tan pulcro como a otros se lo merecieron las elecciones revolucionarias de abril.

Pero son ciegos y sordos a la angustia de los españoles, que intuyen en los estatutos regionales la fatal balcanización de nuestra Patria. Es absurdo que no haya entre los sectores más ortodoxos del régimen quien recoja y lleve a la victoria esa emoción sagrada de unidad que hoy sacude a España entera. Ello indica cómo vivimos una existencia política artificiosa, improvisada y sin sangre, donde los clamores nacionales rebotan sobre los pétreos compromisos de la oligarquía triunfadora.

Si no estuviera en peligro el máximo valor de que disponemos los españoles, la existencia misma de la Patria, sería cosa de permanecer impasibles ante el crimen histórico que se proyecta, en espera tan sólo del minuto implacable de la justicia. Pero hay que sacrificar esos gratos momentos en que viéramos abatir la cabeza de los traidores, y evitar la consumación monstruosa de un desmoronamiento nacional irreparable.

A poca perspicacia política que se tenga, se advierten con gran precisión unas tremendas responsabilidades para el Gobierno provisional de la República. El problema catalán se agravó a partir del 14 de abril en proporciones terribles, debido a la ineptitud revolucionaria, a la falta de energía y de coraje revolucionario, de que dio muestras el Gobierno provisional. Le faltaron bríos para imponer a los núcleos insumisos de Cataluña el respeto a la autoridad y a la personalidad de la Patria, permitiendo que allí se incubasen organismos y propagandas oficiosas desmesuradas de Maciá y sus secuaces; el Gobierno provisional no contestaba con otro lenguaje que con el lenguaje cobarde de las promesas. A través de los meses, el Gobierno español alimentó a la fiera separatista con promesas, que hoy vemos eran letras giradas contra la integridad de la Patria.

Esa política errónea, traidoramente cobarde, ha chocado con esto: el pueblo español unánime contra el Estatuto. España parece gloriosamente decidida a no tolerar el Estatuto. Y planteada así la pugna, el manojo de cuestiones graves que surgen es de cristalina transparencia. Otros tres factores, el histerismo separatista de Cataluña, la ineptitud revolucionaria y la voluntad notoria del pueblo español de oponerse al Estatuto, originan que, planteado con urgencia el pleito, sean rotundamente imposibles las soluciones de concordia.

Porque hay más: España no puede ni siquiera plantearse la posibilidad de acceder pacíficamente a la separación de Cataluña. Esos que dicen "¡Que se vaya de una vez!" son la escoria de la raza. No se puede ir Cataluña porque Cataluña no es una voluntad nacional. Los catalanes no disponen de Cataluña, no pueden interpretar una soberanía de que Cataluña carece. Y España firmaría su sentencia de muerte como nación histórica si concediese a Cataluña el Estatuto separatista. A no ser como consecuencia de un combate.

Pues he aquí la realidad frente a la que algunos cierran los ojos: El problema catalanista ha sido tratado de modo tan desastroso durante los últimos meses que hoy no existe para él otra solución que la apelación radical a la violencia.

La República debe curarse esta llaga amenazadora proclamando con coraje jacobino la unidad e indivisibilidad de la Patria. Pues los núcleos separatistas de Cataluña son enemigos de la Patria y de la República. Ni aun en el caso de que el Estado se estructure en formas comarcales sirve para nada el catalanismo. Pues le informa un odio rencoroso a la integridad nacional, a España, cuyo nombre eluden, y perturbarían la cohesión y la

unidad.

No se olvide, por último, que España posee hoy formas políticas, de tipo demoliberal, que necesitan más que otras el que se vigoricen los resortes de unidad nacional. Pues son por naturaleza disolventes y flojas. Ya que se importó de Francia el gorro frigio, la marsellesa y la trilogía famosa de los derechos del hombre, ¿será mucho pedir a los afrancesados que importen también el amor a la Patria una, el coraje y el denuedo de los revolucionarios que dieron su sangre por la unidad e indivisibilidad de Francia?

Ramiro Ledesma Ramos

[*Libertad*, Valladolid, año II, nº 49, 16 – mayo – 1932, p. 1]

APUNTES. La incorporación proletaria

Es más notorio cada día el alejamiento que existe entre las masas obreras y las ortodoxias de la República. No tiene justificación fácil este descenso sino en el plano de la miopía y mediocridad de los grupos dirigentes. Pues aparece como la más rigurosa verdad política de nuestra época que sin la colaboración saña y alegre de una parte de las fuerzas obreras es imposible edificar ni estabilizar nada. Y mientras las ideas, los grupos y los partidos que hoy en España aspiran a suplantar en el Poder a la actual situación, no descubran el secreto de esa adhesión y colaboración se estrellarán igualmente sin remedio.

En política se puede y se debe volver la espalda a muchas cosas, pero nunca a la realidad. Y ese detalle que hemos afirmado es la dimensión más destacada de la realidad de nuestro tiempo. Así, pues, resulta muy extraño que existiendo hoy en España varios grupos políticos que desean conseguir la más alta eficacia posible en la gobernación del Estado no se planteen antes que ninguna otra cosa la necesidad de encontrar los cauces para una incorporación positiva de las masas obreras.

Las masas proletarias tienen casi toda la razón al solicitar reivindicaciones de tipo social y económico. En lo que no tienen ninguna razón es en las idea y en los sentimientos antinacionales sobre que basan la movilización de su poder. Es el gran juego y la gran traición del marxismo: introducir en el corazón de los obreros, a la par que una voluntad de justicia, un rencor y una negación de todos los valores morales e históricos que constituyen la tradición y el futuro de la Patria.

La reconquista de las masas hacia la fidelidad nacional, hacia un sentido de solidaridad nacional, tiene que coincidir con la rota decisiva del marxismo. Es la gran tarea realizada en Italia por el Estado fascista. Sólo después de desarticular y desmantelar las organizaciones del marxismo se consigue que desaparezca de las masas obreras esa voluntad derrotista de no intervenir en la forja gloriosa de los destinos nacionales. Pues la Patria es común a todos. El sentimiento nacional, la idea de la Patria, no pertenece a esta o aquella clase, a este o aquel sector sino a la comunidad unánime de los españoles. Y el marxismo, que niega la idea nacional, convierte a los patriotas en traidores.

No hay ligamento más eficaz para lograr la incorporación de los obreros que cultivar lo que en ellos hay de sentido nacional, de fidelidad honda a los supremos y comunes designios de la Patria. Y a la vez el compromiso de conseguir su efectiva liberación económica. Cualesquiera otra cosa que se intente será vana y conseguirá la rebeldía constante, la fuga constante de los obreros hacia la traición marxista.

Insisto en que sólo en el plano de lo “nacional”, en esa congoja común ante la Patria en ruinas, puede obtenerse la conciliación y la eficacia. El día en que se declare fuera de la ley toda propaganda marxista y se cultive entre las masas el sentido económico y “nacional” de los sindicatos, lo tendremos conseguido todo en España.

La idea nacional, el culto a la Patria, el afán fervoroso de engrandecer a la Patria, es decir, un nacionalismo ciego y hondo, es lo que permitirá que los españoles hagamos en esta hora de hecatombe algo eficaz y firme.

Por eso las JONS, entidad política que ya conocen los lectores de este periódico, intenta difundir entre las masas ese sentido *nacional* que hoy les falta. Nos informa la tesis de que muchas cosas podrán o no ser discutidas, por ejemplo la forma de gobierno, pero donde las críticas no deben tolerarse, donde es obligada la coacción implacable, es en el terreno que afecta a la permanencia, dignidad y grandeza de la Patria.

La bandera social de las *Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista* (JONS) consiste precisamente en difundir entre las masas un sindicalismo nacional, es decir, jerarquizado y al servido de los intereses nacionales. Nos interesa incorporar los esfuerzos de las masas obreras a las actividades de otros sectores de la producción, reconciliando las clases, unificando sus metas, haciendo imposible esa lucha de clases permanente que propugna el marxismo venenoso.

Nada puede y debe hacerse contra las masas obreras. Al contrario, hay que estimarlas y valorar su poderío. Las JONS esperan de ellas el impulso más eficaz para imponerse. Pero hay que ser implacables con el virus ideológico rencoroso que el marxismo ha sembrado. ¡¡Jóvenes camaradas de la JONS, alerta!!

Ramiro Ledesma Ramos

[Libertad, Valladolid, año II, nº 50, 23 – mayo - 1932, p. 1]

APUNTES. La eficacia revolucionaria

No comprendo cómo nadie puede pensar en sustituir y abatir la actual situación, sin oponer a la política macilenta y flaca de la República una política robusta, eficaz y grandiosa.

Mientras los grandes núcleos de oposición se entreguen al lloriqueo y al simple coraje de exhibir unos colores y unos símbolos no adelantará un paso la edificación de la Patria. Tendremos mucha razón al defender los ideales nacionales frente a los grupos masónico-marxistas, pero sólo comenzaremos a predominar sobre ellos, cuando dispongamos de unos propósitos *políticos* firmes y de una estrategia superior a la del enemigo.

Me temo que sólo la presencia de una nueva generación de españoles percibirá con toda claridad esas rutas. Ha de ser muy difícil para los hombres y los grupos que actuaron con la Monarquía, cuyo catastrófico fracaso nos ha conducido al predominio marxista que hoy padecemos, atalayar y precisar la orientación y la técnica de la reconquista.

Hay que ser joven, en efecto, como lo somos nosotros, los fundadores de las JONS, para combatir al marxismo y a las fuerzas disolventes de la Patria sin desdeñar el espíritu y la denominación de *revolucionarios*. Somos revolucionarios en cuanto creemos en la eficacia de los procedimientos de violencia y sentimos la necesidad de su aplicación. Tenemos la doctrina de que si el Estado se desentiende de la salvación de los intereses morales y materiales de la Patria, es lícita la acción directa del pueblo para suplir la debilidad o la mala fe de los Gobiernos.

Y si añadimos que la política nacional-sindicalista de las JONS es de tal naturaleza que no se puede confiar su triunfo a la farsa electoral de las democracias masónicas quedará justificada nuestra opción por las estrategias de carácter revolucionario.

Pero hay más: desde hace muchos años España vive un proceso revolucionario ininterrumpido. Quiere ello decir que han existido y existen núcleos políticos que intervenían en la pugna con actitud y ademanes revolucionarios, es decir, jugando con ventaja en el juego *normal* de la política. Ese proceso no está aún concluso, y sería absurdo quedar al margen de la eficacia que trae siempre consigo el disponer del ímpetu y del espíritu revolucionarios, recluyéndose en la pacifistería y en el candor.

Cuando la postguerra nubló a Italia de marxismo cruel y violento, cuando allí era inevitable la revolución comunista, la política normal, *arrevolucionaria* diríamos, de Giolitti y de Facta era totalmente innocua. Y sólo al realizarse la revolución —fijaos bien, ¡la revolución!— fascista desapareció la inquietud roja y se salvaron en Italia los ideales nacionales.

Política nacional y táctica de combate

Es, pues, urgente llevar a la conciencia de todos los españoles que no se identifiquen con la traición marxista o con la patraña boba del liberalismo burgués, estas dos cosas: *Primera*: Sólo es posible la victoria política, la prepotencia de la Patria frente a los ideales traidores, consiguiendo imponer con firmeza una solidaridad nacional en torno a los más hondos afanes del pueblo. Hay que confiar en el alma de la raza, entregándose con furia a la tarea de sacrificarlo todo en aras del resurgimiento de la Patria. Necesitamos, pues, descubrir los contornos de una política nacional de tal magnitud que pueda imponerse coactivamente, revolucionariamente, a todos los españoles. Una interpretación clara de nuestra historia, un conocimiento exacto de nuestras realidades económicas, una conciencia del gran peligro que se cierne sobre España si predominan y se consolidan las

banderas falsas que esgrime el enemigo.

Segunda: Descubierta esa posible política de gran porte; dueños, pues, de la verdad nacional; en posesión de la razón, de toda la razón, sabiendo y reconociéndolo con ímpetu, es cosa entonces que ya incluso afecta a nuestra dignidad de españoles, a nuestro compromiso de comportarnos en la historia con heroísmo y fidelidad (que a eso y no a otra cosa obliga el ser español) el conseguir la creación rápida de nuestro instrumento de combate. Ha llegado la hora en que es al hecho de ser español a lo que se precisa invocar. Y el de hombres modernos, de hoy, de nuestro siglo, es decir, antiliberales y violentos, antiburgueses y antiparlamentarios en toda la línea.

Hay, al parecer, grandes núcleos mal llamados de derechas que ahora que se hunde y fracasa en todo el mundo la política liberal no encuentran otra salvación que la de ser y hacerse liberales. Dios bendiga su candor. Mientras tanto, el enemigo sonríe, ser afirma y tiraniza. El hecho de que hoy resulte metafísicamente imposible gobernar bajo las normas liberales, no ha de ser a nosotros, los de las JONS, a quienes nos asuste ni entristezca.

La oligarquía triunfante, el conglomerado masónico-marxista, se ha hecho un peligro grave desde que ha aceptado nuestro lema antiliberal, y tributa culto a la coacción y a la violencia. Pero lo que en nosotros es servicio a la Patria, eficacia nacional, en ellos es reafirmación de lo intolerable y monstruoso.

Ramiro Ledesma Ramos

[Libertad, Valladolid, año II, nº 51, 30 - mayo - 1932, p. 8]

La nueva política. Táctica de las JON-S

Reconocida la necesidad de la revolución totalitaria, lo imprescindible de un triunfo sobre las tendencias disgregadoras de los partidos y sobre la barbarie roja, nos corresponde jalonar las etapas. Hoy las JONS tienen que preocuparse, en primer lugar, de conseguir la organización de grupos de choque, capaces de dar batalla violenta al marxismo y a los separatistas en los focos traidores donde acampan. Es nuestro primer problema, y eludirlo supone edificar en el vacío, equipararnos a esos "fascios" de aficionados que andan por ahí. El Partido, su futuro y las grandiosas metas españolas que nos orientan, dependen de que realicemos con éxito esa primera etapa. Sin ella, no hay JONS, ni habrá España, ni régimen corporativo, ni nada que merezca la pena ser vivido en la Península. Pues esos grupos, esas avanzadas del coraje español, serán la levadura para que todo el pueblo perciba la angustiosa verdad de España y se una decidido a nuestras tareas".

Las revoluciones no se hacen solas, sino que requieren y necesitan hombres de temple, hombres revolucionarios. Nuestros grupos tienen que poseer mística revolucionaria, es decir, creencia firme en la capacidad de construcción que sigue a las masas nacionales cuando éstas imponen y consiguen conquistar revolucionariamente a la Patria. Pues se conquista aquello que se estima y quiere. Y las JONS no tienen otra estimación y otra querencia que la de servir una línea de poderío y eficacia para España.

No hay romanticismo lírico en nuestra actitud. Es *que necesitamos y precisamos de la Patria para el desarrollo cotidiano de nuestro vivir de españoles*. Es que con una España débil, fraccionada y en pelea permanente consigo misma no hay en torno nuestro sino indignidad, vacío, ruina, injusticia y miseria.

Todo cuanto hay y existe en España adolece de esa infecundidad radical que consiste en estar desconectado de toda emoción y servicio al ser histórico de España. En plena anarquía antinacional o por lo menos indiferente a que las tareas nacionales, los fines comunes, o que da entraña y personalidad a la Patria, se realice o no.

Ahí están las regiones pidiendo estatutos. Los sindicatos de trabajadores contestando al egoísmo antinacional de los capitalistas con su exclusiva preocupación de clase. Los funcionarios pendientes del sueldo y de las vacaciones, etc., etc. Las JONS incorporan ante todo la consigna de nacionalizar esos grupos y esos esfuerzos que viven fuera de la disciplina española, en el vacío de una lucha y de una agresividad ciegas.

Y son los trabajadores, es decir, los sindicatos obreros, los que con mayor urgencia y premura tienen necesidad de que se vigorice y aparezca sobre la Península la realidad categórica de España. Suelen pedir ellos la nacionalización de ciertos servicios, de determinadas zonas de la producción, pero *nadie en su seno les ha planteado la imperiosidad de nacionalizar los mismos sindicatos,* es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía. Bien se cuidan los dirigentes marxistas de que este objetivo no aparezca, pues les interesa el forcejeo diario y la ignorancia misma de que España existe y tiene la economía propia que no coincide ni es la economía privada de estos o de los otros capitalistas, sino la que sostiene y alienta su realidad como nación, la economía del pueblo, de la que depende estrictamente su bienestar y su trabajo.

Ramiro Ledesma Ramos

[*Libertad*, Valladolid, año III, nº 68, 18 – diciembre – 1933, p. 1]

La burguesía española y la revolución socialista

Todas las revoluciones, y sobre todo las que aspiran a modificar los fundamentos mismos de la sociedad vigente, tienen dos objetivos claros e inmediatos que condicionan su triunfo. Uno consiste en aniquilar, desarticular y reducir a polvo aquel Estado y aquellas instituciones que combaten. Otro es sustituirles en el poder, ser el Gobierno revolucionario quien se encargue de ordenar y dirigir el nuevo régimen que nace al quedar desmoronado el antiguo.

Pues bien; cada día es más evidente la sospecha de que la revolución marxista ha triunfado en uno de esos dos objetivos, es decir, ha conseguido reducir a la impotencia histórica al Estado liberal-burgués que regía en España antes de octubre. Y es de tan grave importancia señalar esto, que de un lado explica los hechos vergonzosos acontecidos con posterioridad a la revolución, y de otro aclara y señala cuál va a ser y tiene que ser la ruta combativa de los españoles.

Ahí está la incapacidad absoluta del Gobierno Lerroux-Gil Robles para obtener de la revolución fracasada las consecuencias históricas que una situación política de carácter nacional y responsable deduciría con rapidez. Se mueven esos grupos radical-cedistas en la órbita de las ideas y las instituciones agujereadas por el plomo rojo de octubre, y son ya sus propios jefes residuos inaptos para las grandes tareas históricas que hoy gravitan sobre España.

Nos encontramos, pues, con que la revolución no ha sido vencida por las organizaciones políticas burguesas que se alzan con el triunfo, y sólo a medias por el Gobierno de ellas emanado.

Han sido otras fuerzas, un espíritu y un coraje diferente, quienes obtuvieron de sí mismas el impulso primario, simple y heroico que aseguró la victoria de España.

Terminada la pelea, esas fuerzas triunfadoras, ese espíritu español a quien se debe la victoria, han abandonado lógicamente el puesto de las decisiones supremas que ocupó durante una semana. Y en su lugar, ahí está, aparece de nuevo el equipo burgués radical-cedista, dando cara a los problemas, a las dificultades y a las angustias de la catástrofe. Pero ya hemos expuesto nuestra sospecha de invalidez ante unas instituciones arrasadas por la revolución socialista que además de la metralla y la dinamita largó contra el Estado y el Gobierno que lo representa un ataque de más difícil defensa: el de obligarle a hacer frente a las consecuencias de la revolución, a poner a prueba su energía, y desde luego sus ejecutorias para el ejercicio del poder en esta hora de España.

Y ahí están en procesión imponente, aplastando las posibilidades chatas de que dispone el equipo Lerroux-Gil Robles, esas tres magnas exigencias del momento histórico que vivimos:

Justicia implacable para la traición. Integridad de la Patria y reconstrucción de la unidad del Estado. La unidad social de España, es decir, la convivencia de las gentes que trabajan y producen en las ciudades y en los campos de España.

A la vista de esas tres grandes e ingentes tareas, nos damos cuenta de cómo es imposible que las aborde y resuelva un Estado liberal-burgués cualquiera. Máxime si se trata de un Estado que a más de esa característica liberal-burguesa tiene esta otra de haber salido renqueante y malherido de una revolución marxista-separatista hecha contra él.

Y en efecto, ya está ahí la justicia, esa consigna implacable que todos los pechos españoles albergaron en octubre a la vista de la traición y de la barbarie. Resulta que la

más grave culpa observada en una traición como la de la Generalidad y una insurrección marxista como la de Asturias, es la vinculada en un atracador de Gijón. Se ha indultado a militares que se rebelaron no contra este o aquel Gobierno, sino contra España, produciendo bajas en las filas de quienes se mantenían fieles a la Patria en el peligro. ¿Y quién indulta a esos héroes, a esos soldados de España, caídos en la lucha contra la traición?

Parece cada día más claro que sólo nosotros, los que nos agrupamos bajo la bandera nacionalsindicalista de la Falange Española de las J.O.N.-S., podemos superar las limitaciones burguesas de que adolecen, los actuales grupos gobernantes. Sólo nosotros luchamos hoy porque se extraigan de los acontecimientos de octubre las consecuencias últimas que España precisa para subsistir en la historia. Para ello, y una ves convencidos, como ya lo estamos, de que los grupos radical-cedistas se esfuerzan en amputar del futuro de España esas posibilidades grandiosas que hoy se ofrecen, tratando de conseguir que burguesa, cínica y traidoramente se conformen los españoles con triunfos fantasmales, nosotros nos veremos obligados a engarzar los objetivos revolucionarios en el mismo punto en que los dejó la insurrección marxista.

Tenemos derecho a exigir a la burguesía española que luche por conseguir triunfos nacionales, arraigados y permanentes, y no triunfos de clase, injustos y además de fugaz vigencia. Gil Robles-Lerroux podrán garantizar a la España burguesa la misa de once los domingos, el fútbol placentero por la tarde y la vida cómoda y sin sobresaltos. Nosotros no nos conformaremos ni toleraremos que esos sean los trofeos de una batalla como la de octubre.

Y presentamos nuestras exigencias, las grandes metas nacionales cuyo logro permita, por lo menos recordar casi con alegría y desde luego sin remordimiento los millares de vidas leales inmoladas a la grandeza y a la fortaleza de España.

[Libertad, Valladolid, año IV, nº 100, 12 - noviembre- 1934, p.1.]



NUESTRA REVOLUCION

20 céntimos

SEMANARIO POLITICO-SOCIAL

Año I

Núm. 1

DE CARA A LO FUNDAMENTAL

España en el mundo

PULSO INTERNACIONAL

Sintética ojeada a los problemas exteriores de nuestra Patria

Necesidad de liquidar el letargo

Breve historia de la política exterior en los últimos treinta y dos años

La realidad actual

La transformación social

GRAFICOS REVELADORES

Problemas pendientes. Territorio y conciencia hispana

Visado por la censura

Nuestra Revolución.

Textos de Ramiro Ledesma Ramos

NUMERO 1. 11 de julio de 1.936

A los lectores de NUESTRA REVOLUCIÓN.

No vacilamos en anunciar que nuestros propósitos alcanzan gran radio. Sin reñir con la modestia, proclamamos desde este primer número que el ánimo y el esfuerzo del grupo redactor estarán a la altura de las dificultades que se presente.

Ahora bien, pretendemos que nuestros lectores -aquellos que se sientan ligados a las ideas y rumbos que señalamos- pulsen día a día, número a número, el forcejeo inevitable en que sin duda nos hemos de ver envueltos. Y que se acerquen a nosotros de tal modo que el catalejo sea innecesario, utilizando la mirada directa.

En una palabra, cuanto deseamos decir es que con NUESTRA REVOLUCIÓN no nace un simple periódico, sino una actividad en marcha, cuyo éxito y realización sólo es posible si logramos que participen en ella núcleos poderosos de españoles.

Aspiramos a que todos nuestros lectores, por el hecho de serlo, tengan entre sí tal número de coincidencias firmes, que justifiquen su presencia en una misma trinchera de lucha.

Necesitamos apoyos, adhesiones, hombros que se junten con los nuestros para llevar al triunfo la bandera social, nacional y revolucionaria que hoy necesitan de modo urgente los españoles.

POR LA CONTINUIDAD DE NUESTRA NACIÓN, POR LOS INTERESES DE TODO EL PUEBLO Y CONTRA SUS ENEMIGOS.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

De cara a lo fundamental.

Nos cuesta poco esfuerzo reconocer la licitud política del Gobierno Casares Quiroga, y también, naturalmente, la del Frente Popular. Y se la otorgamos, no a título de reconocimiento de virtudes, sino por su carácter de sucesores forzosos de una etapa, entre calamitosa y grotesca, donde apareció demostrada la ineptitud de los hombres y la flacidez de los ideales derechistas.

NUESTRA REVOLUCION no moverá, pues, pleito agudo al Gobierno. Nos importan, más que esos menesteres, otros que reputamos de más sustancia nacional e interés para los españoles. Tras de éstos iremos, con la fe y el denuedo de quienes se saben en posesión de anchas verdades, poco conocidas por aquellos mismos a quienes más interesan.

La primera convicción nuestra, la primera verdad que manejamos, es la de que los males de España, las supremas angustias de los españoles no puede ser sólo explicadas por las incidencias diarias de la política. En ese plano exclusivo no permaneceremos, por tanto, nosotros.

Hace ya varios quinquenios que en España vienen intentándose o ensayándose realizaciones revolucionarias. El calificativo es quizá exagerado, porque las transformaciones positivas, de sentido creador, son, hasta ahora, en realidad, bien leves.

Nos importa identificarnos con el propósito de "revolver" la ruina secular de nuestro pueblo. Pero en trance de "revolución", una preocupación es fundamental: extraer de ella no sólo la permanencia, sino también, y sobre todo, la fortaleza de nuestra nación. Es decir, la fortaleza de los españoles, su felicidad posible y su vigor histórico, que tanto monta.

La sospecha de que el proceso revolucionario en marcha entenebrece sus rutas y quiere ignorar, como uno de sus nortes, el de ser precisamente la revolución nacional que España precisa, es asimismo lo que moviliza hoy nuestras plumas con urgencia. Quisiéramos aclarar el camino de la transformación española, garantizar su futuro y vencer aquellas orientaciones que encierran en su seno tanto el fracaso de la revolución como el predominio de ideales traidores.

Nuestra polémica va, pues, a moverse en torno a cuanto hoy afecta a los españoles de modo más profundo: la posibilidad misma de ser o no un pueblo libre, y el hallazgo de un resorte que nos abra con claridad el camino de la redención social y de la convivencia histórica.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

Trotsky juzga a los Frentes Populares.

"Complot de la burocracia obrera con los peores explotadores políticos de las clases medias"

El Frente popular no es una casual concentración departidos, coordinados a la sombra de estas o aquellas circunstancias de orden local. Es, por el contrario, una teoría política, que ya explicaremos aquí "in extenso ", que responde a necesidades tácticas y estratégicas de orden más amplio. En dos países, Francia y España, gobierna ya esta nueva variante de las fuerzas de izquierda, y cada día se anuncia que en otros pueblos se hacen trabajos para dar asimismo origen a movimientos propulsores de signo idéntico e igual denominación.

Para nosotros está claro el sentido de los Frentes populares, así como las razones que obligaron al VII Congreso de la Internacional comunista a aprobar las famosas tesis de Dimitrof. Ya explicaremos esas razones, y puntualizaremos lo que nosotros consideramos fecundo y lo que consideramos erróneo y perjudicial en los Frentes populares, sobre todo, claro, en lo que nos afecta, en el Frente popular español.

Hoy queremos contribuir a que se conozca la opinión de Trotsky sobre esta novísima manifestación de la política europea. Siempre son interesantes los juicios de Trotsky. Pero hoy, debido a que los partidos comunistas oficiales colaboran con la burguesía de izquierda, y los grupos trotskystas van adquiriendo mayor relieve por identificarse con las consignas clásicas bolcheviques, su importancia es mayor aún.

Las opiniones que transcribimos han aparecido en un prólogo de la última edición de un libro de Trotsky. El prólogo lleva la fecha de 28 de marzo de 1936. Después, por tanto, del triunfo del Frente popular en España, y en plena campaña electoral del Frente popular francés.

He aquí párrafos de dicho trabajo, escrito, no se olvide, de cara a la política concreta del país vecino:

"Ante el peligro que representa la Alemania hitleriana, la política del Kremlin vuelve sus ojos a Francia. ¡Statu quo en las relaciones internacionales! ¡Statu quo en el régimen interior de Francia! ¿Revolución socialista? ¡Gran quimera! Los medios dirigentes del Kremlin hablan del comunismo francés sólo en términos despectivos. Hay que conformarse con lo existente para no recaer en algo peor. Ya que no se concibe la democracia parlamentaria en Francia sin los radicales, logremos que los sostengan los socialistas. Ordenemos a los comunistas que no rompan el bloque Blum-Herriot. Si es preciso hagámosles entrar en ese bloque. Tal es la orientación del Kremlin.

La política de Stalin, determinada por los intereses de la burocracia soviética privilegiada, es hoy fundamentalmente conservadora. La burguesía francesa puede prestar su confianza a Stalin. Quienes tienen que retirársela son los proletarios franceses.

En el Congreso de unificación de Toosa [sic. en el original, n.d.c], el comunista Racamond ha dado cerca de la política del Frente Popular una fórmula digna de la posteridad: ¿Cómo vencer la timidez del partido radical? Es decir, ¿cómo vencer el miedo que tiene la burguesía al proletariado? Así se forma el Frente popular: Compañía aseguradora del radicalismo en bancarrota, a expensas del capital de las organizaciones obreras.

El radicalismo es inseparable de la francmasonería. Esto es todo lo que hay que decir. Cuando se discutió en la Cámara de los Diputados el asunto de las Ligas fascistas el señor Xavier-Vallat recordó que yo en cierta ocasión había prohibido a los comunistas pertenecer a las logias masónicas. El Sr. Jimmy Schmidt que es, según parece, una autoridad en la materia, le propuso explicar semejante prohibición por la incompatibilidad del bolchevismo despótico con el "espíritu de libertad". No siento ahora necesidad alguna de polemizar sobre este tema con dicho diputado radical. Pero una vez más estimo y proclamo que el representante obrero que va a inspirarse o a consolarse en la religión masónica de la colaboración de clases no merece la menor confianza. No es un azar que el Frente popular haya sido ultimado después de una larga participación de los socialistas en las logias masónicas. Hoy vemos a los comunistas iniciar una ruta idéntica.

La finalidad del viejo "Cartel", fue siempre frenar el movimiento de las masas orientándolo hacia la colaboración de clases. El Frente popular tiene exactamente una finalidad idéntica. La diferencia entre ambos radica en que el Cartel tradicional fue aplicado en la épocas de estabilidad y de calma del régimen parlamentario. Pero hoy, que las masas son aún más impacientes, se requiere un freno aún más poderoso, haciéndose por ello indispensable la participación de los comunistas. Los mítines comunes, los cortejos de gran espectáculo, los juramentos, la unión de la bandera de la Comuna con la bandera tricolor de Versalles, la demagogia, todo ello no tiene sino este fin: contener y desmoralizar el movimiento de las masas.

El programa interior del Frente popular es un manojo de lugares comunes que permiten una interpretación tan libre como el Covenant de Ginebra. El sentido general del programa es este: nada de cambio.

Si se le mira bajo el ángulo del régimen burgués, el Frente popular es un episodio de la rivalidad entre el radicalismo y el fascismo para conseguir la atención y el apoyo del gran capital. Fraternizando de un modo teatral con los comunistas y socialistas, los radicales de izquierda quieren demostrar al patrono que el régimen parlamentario no es tan defectuoso como a diario proclaman las derechas.

La crisis del sistema capitalista desarma a los argumentos del radicalismo, dejándole sin los medios tradicionales que le permitieron hasta ahora adormecer a la pequeña burguesía. Las clases medias comienzan a sentir, ya que no a comprender, que la situación no será salvada mediante débiles y miserables reformas, y que una transformación audaz del régimen vigente es ya, de hecho, imprescindible y necesaria. Pero radicalismo y audacia son tan incompatibles como el agua y el fuego. El fascismo se nutre precisamente de la desconfianza cada día mayor de la pequeña burguesía con relación al radicalismo. Puede afirmarse sin exageración que la suerte política de Francia habrá de decidirse según el modo como sea liquidada la influencia del radicalismo, es decir, según que sea el fascismo o el partido del proletariado el que herede su influencia sobre las masas pequeño burguesas.

Un principio elemental de la estrategia marxista es que la alianza del proletariado con las clases medias de la ciudad y los campesinos debe realizarse únicamente en la lucha irreductible contra la representación parlamentaria tradicional de la pequeña burguesía. Para ganar la adhesión de los campesinos hay que desprenderles del político "izquierdista" que es quien lo somete a la servidumbre del capital financiero.

VISADO POR LA CENSURA

Los Jouhaux, Citrine, Blum, Cachin, Vandervelde, Largo Caballero, no son más que una colección de fantasmas. Un nuevo y grandioso reagrupamiento del movimiento obrero es inevitable."

La transformación social.

Nada nos resultaría más grato que advertir en el actual Gobierno, y en las fuerzas sobre que se apoya, una voluntad revolucionaria de la misma estirpe que la nuestra. Arrastra demasiada ganga y encierra demasiadas contradicciones el Frente Popular, para extrañarse de que deja incumplida la única misión que podía corresponderle: vigorizar con pulso jacobino la idea nacional de España y revolverse contra los poderes -sean quienes sean- que tienen puesto a nuestro pueblo los grilletes de la pobreza y de la ruina.

Con meras aspiraciones políticas, con ansias puramente formales y episódicas, la revolución española se ahogará en nadería absoluta.

Queremos que hinchen sus velas vientos de más empuje. Es imprescindible que se opere en España, a más de la política, una transformación social. ¿Lo pretende de veras el actual equipo gobernante y quienes lo sostienen?

Todo está aquí desplazado. Nadie ocupa su sitio, y así resulta que la riqueza española, a más de tener ya de suyo grandes límites, queda en gran proporción sin crearse, o va, en inmensa proporción también, a la bolsa de capitalistas extranjeros.

La existencia de cientos y cientos de miles de trabajadores parados y el hecho de que enorme multitud de jóvenes españoles, de todas las clases y profesiones, se encuentran sin tarea firme y alegre, es, entre otros, uno de los síntomas que más contribuyen a empavorecer el drama actual de España.

Pues esos parados y esas juventudes de porvenir incierto no lo están en virtud de una crisis transitoria y concreta, sino que son víctimas de todo un sistema de desorganización y de insolidaridad. La transformación social que propugnamos busca precisamente la organización y la solidaridad de los españoles.

Hay, en efecto, intereses y poderes que son culpables de la realidad deprimente que advertimos. Contra ellos es preciso ir antes que contra ninguna otra cosa, y a desenmascararlos y localizarlos dedicaremos buena parte de nuestras páginas.

Francamente, no está a la vista la fuerza que enarbole con eficacia una bandera como la que, de modo periodístico y con las limitaciones hoy obligadas, nosotros desearíamos servir. Habrá quizá que crearla, y darle vida desde el primer momento, con enorme sinceridad y pureza.

Está bien cercana la toma del Poder por el Frente Popular, y es lógico que resulte bastante difícil impedir el desarrollo de su política. Nutre su vigor, sobre todo, con el fracaso radical de quienes le antecedieron. Y mientras no surja algo que oponga al Frente Popular una mejor eficacia nacional y social, de carácter revolucionario más fecundo que la suya, es infantil, contraproducente y torpe hostilizarlo. Nosotros, desde luego, hemos de atenernos a esa norma para orientar el camino diario del periódico.

¿Vigorizar fuerzas averiadas? Nadie lo espere de nosotros. No pensamos contribuir a vigorizar otras consignas que las creadas por nosotros mismos. Y aludimos, al hablar así, a los esfuerzos que la generación española más joven hace ya, y hará cada día con más brío, por encontrar el camino de su propia liberación y el de la liberación nacional del país entero.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

La contienda política y social del momento.

Hombres. Ideas. Grupos.

Sobre las "fuerzas nacionales"

Un periódico de Madrid -*Informaciones*- viene insistiendo desde hace varias semanas en la necesidad de que se organicen y unifiquen las fuerzas que él llama y denomina "nacionales". El tema es de altísimo calibre, y en torno a él se nos ocurren muchas cosas. En esta leve nota, sin embargo, nos limitaremos a unas cuantas sugerencias polémicas, pues de un modo o de otro NUESTRA REVOLUCION lo aborda en todas sus páginas y columnas. ¿Tendremos que decir que nuestro concepto de lo nacional, tanto en el sentido válido para la política cotidiana como en su apreciación histórica más profunda, es divergente en absoluto divergente, del que sin duda postula *Informaciones*?

A la vista está cómo han dejado a la Patria, con qué vigor ideal y con qué pujanza física, las fuerzas que invoca *Informaciones* como garantía de fortaleza. Entre los grandes equívocos que tradicionalmente vienen circulando en nuestro país, uno de los más nefastos para la idea nacional de España es el de vincular el patriotismo a las capas privilegiadas de la sociedad y a los núcleos socialmente regresivos. Han hecho así imposible toda influencia de la consigna "nacional" entre las grandes masas del pueblo laborioso. Si a ello se añade que tal fláccido patriotismo se fundía y confundía también con ideales religiosos en quiebra, ya de suyo, por muchas dimensiones de su propia doctrina poco propicios a alentar y sostener una fe nacional muy intensa, tenemos la explicación patente de por qué en España no hay hoy, ni ha habido desde hace mucho tiempo, banderas "nacionales" al viento.

No. En redondo nos oponemos a que si ahora existe coyuntura propicia para enarbolar con eficacia una actitud "nacional", se apoderen de ella otra vez las fuerzas resposambles de todas las hecatombes históricas, hoy que están -¡y a qué precio!- derruidas y en declive.

¿Qué se quiere por *Informaciones*? El propósito parece claro: volver de nuevo a utilizar lo nacional como escudo y máscara de una mercancia averiadísima, en vías de pudrirse. Ese es el mayor crimen contra la Patria, y si preponderase tal deseo, resultaría de nuevo fallida la gran ocasión que a costa de sangre y esfuerzos generosos está hoy quizá forjándose.

Si hay que defender la espiritualidad católica, hágase a cuerpo libre. Y si hay que defender intereses económicos que se creen legítimos, hágase también al descubierto, con razones propias, sin escudarse tras de "lo nacional", cosa muy distinta y desde luego la más importante para nosotros como españoles.

El mejor servicio a España y el mejor modo de vigorizarla como nación es procurar henchirla de ideales jugosos y adscribir a su bandera los núcleos más fuertes, viriles y desinteresados del país. Y el peor servicio el de identificar "lo nacional" con toda la impedimenta fracasada y anémica, con todos los privilegios de legitimidad dudosa y de carácter irritante para la mayoría del pueblo.

Hasta en el nacionalismo triunfante en algunos países, como Italia y Alemania, tras los que sin duda se le van los ojos a *Informaciones*, operan fuerzas y razones muy de acuerdo con lo que venimos expresando en esta nota. Lo primero que se vieron obligados a hacer consistió en romper, junto al cerco marxista, el cerco de los grupos esos que invoca y convoca el diario madrileño.

Pues la idea nacional, si bien se mira, es una idea revolucionaria, rumbo adelante, y su primera vinculación en la historia universal aparece en los jacobinos franceses de la gran la Revolución.

No podemos creer que tenga el menor éxito la convocatoria de *Informaciones*, periódico hoy precisamente ligado y orientado por gentes a las que el desahucio alcanza de modo más rotundo e imperioso. Y las zonas jóvenes, a las que hoy interesa más fundamentalente la idea nacional de España, no picarán desde luego el equívoco de ese cebo.

Nosotros somos "nacionales" sin que ello nos obligue lo más mínimo a abdicar nuestros afanes de cambiar de arriba abajo el orden social de los grandes capitalistas y terratenientes.

Nuestro patriotismo, si se quiere de índole social y hasta de carácter subversivo, no tolera compañías que sólo desprestigio y debilidad pueden aportar a la causa nacional de España.

La red de huelgas

Tan elevado por lo menos como el número de obreros españoles hoy en huelga -y se trata de una cifra de veras alta- es el de la gente que desconoce e ignora el sentido y la justificación de esas huelgas.

Motivos hay de sobra para que ese desconocimiento y esa ignorancia sean generales. ¿Luchas por la mejora de salarios? ¿Elevación del nivel de vida de los trabajadores? ¿Maniobras políticas de los agitadores? ¿Rivalidad de organizaciones? Nadie lo sabe. La realidad es que la vieja teoría de las huelgas, en virtud de la cual éstas eran los instrumentos coactivos de los obreros para arrancar a las empresas o a los patronos una parte justa de los beneficios, es hoy inservible.

Pues todo el mundo acepta como verdadera la afirmación de que padecemos una crisis económica profunda, es decir, una ausencia de beneficios en las empresas y negocios. Y si no hay beneficios, carece de sentido la pugna por su mejor distribución o reparto.

Desde la iniciación de la crisis, las organizaciones obreras se dieron cuanta de que ella les obligaría a modificar sus tácticas, y lógicamente plantearon el problema como de crisis general del capitalismo, necesitado de sustitución por otro -el poder obrero, el régimen socialista- bajo el cual las crisis fuesen imposibles.

Nos inclinamos a afirmar, bajo ese plano crítico, que, en efecto, asistimos hoy a una movilización huelguística de carácter político. Y ello aunque aparezca como origen concreto de las huelgas esta o la otra reivindicación y aumento de salarios.

Las masas se mueven hoy a impulsos de lograr transformaciones. Y hacen las huelgas con arreglo a un ritmo cuya explicación última es de carácter político y revolucionario. Pues fíjese en que tienen lugar cuando las circunstancias políticas favorecen un planteamiento. Por ejemplo, después del triunfo del Frente Popular, dando así origen a las grandes huelgas españolas y francesas.

Contribuyen así a debilitar un régimen social que estiman adverso y a la vez robustecen las posiciones propias. Son, pues, auténticos esfuerzos que encierran un consciente o inconsciente afán por controlar o realizar bajo su signo las transformaciones inminentes en el régimen social económico.

La lucha verdadera, repetimos, no es hoy por la distribución mejor o peor, más justa o menos, de unos beneficios, reconocidos por todos como problemáticos. Es por el control mismo de la economía; está ligada al pleito de si han de conservarse o sustituirse los actuales organizadores de la economía y los actuales poseedores de los medios de producción.

Unos países, mejor o peor, han resuelto el problema y ensayan transformaciones que neutralicen la realidad de la crisis. De un modo o de otro. Así, los países fascistas y la U.R.S.S., donde, por tanto, no hay huelgas ni conflictos de este tipo.

Otros se encuentran aún en plena desorientación respecto al modo cómo han de proceder a su reajuste político-social-económico, como Francia, España, Bélgica, etc. Y en ellos las huelgas son numerosas, imponentes, irremediables.

No cabe otra explicación posible. Nuestros huelguistas tienen, por tanto, a la vez razón y no la tienen. Son realizadores de un destino inexorable, en tanto no se modifiquen las estructuras político-sociales de España. A lo que se va inexorablemente también.

Los artículos de Maura

Ningún lector de los artículos publicados por el señor Maura habrá podido, de seguro, evadirse de que se le paralizara el rostro de extrañeza. Y ello por razones y motivos muy varios, todos de índole poderosa. No se concibe que habiendo un régimen de previa censura, precisamente en nombre de la salvaguardia de las supremas instituciones políticas, se facilite la circulación de unos artículos cuya tesis central, y puede decirse que única, consiste en descalificar esas instituciones, postulando abiertamente la dictadura.

No cabe más que una explicación al hecho de que semejantes artículos hayan podido publicarse. ¿Alcanza a ciertas altas esferas de la política vigente la sospecha de que, en efecto, las instituciones adolecen de incapacidad para ejercer su función rectora en el momento actual de España? ¿Hay, si no una identificación literal con esos artículos, sí una situación de ánimo en los gobernantes que les impide calificarlos como correspondería a su carácter de mandatarios y ejecutores de la constitución democrática?

Por lo pronto, los artículos de Maura parecen disponer del refrendo y de la simpatía de "altos prestigios" nada ajenos a la situación. Solían ir a la imprenta después de unas cenas políticas, cuyos participantes -Prieto, Sánchez Román, De los Ríos y algún otro asteroide- avalaban como una digestión monocorde las inquietudes comunes.

Por lo pronto también, nadie se ha escandalizado poco ni mucho en el orbe del Frente Popular. Alguna que otra alusión polémica y algún que otro levísimo escape de los caricaturistas, es lo único que se les ha ocurrido a los periódicos del gobierno y a los afines. Ello, cuando menos que nunca podían atribuirse tales artículos a "cosas del señor Maura", y cuando era notoria -no se olviden las cenas- la coincidencia con una gran porción de figuras republicanas y socialistas.

Y dicho lo anterior, que es elocuentísimo para descubrir que están a flor de tierra, después de cinco años, las raíces del régimen democrático, pasemos a examinar concretamente las manifestaciones del señor Maura.

Sin duda, Maura analiza con lucidez el momento en que hoy se encuentra el proceso histórico de la revolución española. Considera que se ha llegado a un punto de tal modo espinoso y crítico que las instituciones son incapaces de sobrepasarlo, a no ser a costa de la vida misma nacional. En un trance así, Maura postula el suicidio de la democracia parlamentaria y la inauguración de una era de dictadura.

A todo lo largo de los artículos hay una apelación crítica a cuanto han hecho los fundadores del régimen, sobre todo en lo que se refiere a las formas políticas adoptadas y a las metas político-sociales a que adscribieron su esfuerzo. Esa apelación crítica adquiere forma en la prosa maurista mediante la frase "nos equivocamos", y aunque está bien trabada la lógica de los artículos, no deja de producir extrañeza que luego se reivindique para los mismos "que se equivocaron" la realización de la dictadura. Precisamente para la ejecución de la dictadura, función grave, a la que suelen aspirar quienes por lo menos tienen la íntima convicción de que ellos "no se equivocan nunca".

Las contradicciones contenidas en los artículos a que nos referimos son múltiples, lo que no impide que se advierta en ellos la sinceridad, limpieza política y buen deseo con que su autor los ha escrito.

Bien se nota que lo que el señor Maura quiere es la dictadura de la burguesía intelectual, republicana y más o menos izquierdista. La mentalidad del "no es esto, no es esto" unida a figuras sueltas del movimiento obrero, a algún que otro bien avenido con las situaciones logradas -cuya base actual vea en peligro- y quizá también a representantes del sector vaticanista más "comprensivo".

Nadie sabe en qué iba a apoyarse la dictadura propugnada por el señor Maura, aunque se presume. Ni quién iba a ser el dictador, aunque, como dictadura instaurada por "viejos demócratas añorantes", parece que se pretendía eludirlo, repartiéndose los poderes un comité. ¿Un directorio?.

Todo eso son estampas del siglo XIX, al que sin retórica los españoles podemos dedicarles los peores improperios. Hoy, señor Maura, hay que arrostrar con más firmeza las decisiones a que obligan los tiempos y hay que edificar para los poderes históricos un pedestal hecho con corazones calientes. Todo lo contrario que montar, al socaire de una coyuntura propicia, la pequeña tramoya artificial de una forzada situación de fuerza.

El Estatuto de Galicia

Se está realizando en marcha rápida los trámites constitucionales para dotar a Galicia de un Estatuto. Con tal motivo, a más de examinar ligeramente el tema de la autonomía gallega, queremos mostrar nuestra opinión, en absoluto adversa a la ruta histórica que supone la concesión de Estatutos. Nos parece, por lo pronto, inoperante para dotar a España de

instituciones políticas eficaces; es decir, para la construcción y edificación de un Estado español, de sello auténtico y funcionamiento histórico eficaz.

Y no es que nos parezca ilícito ni extraño que la República, en disconformidad con las estructuras del viejo Estado monárquico, pretenda dar al suyo perspectivas diferentes. Pero apuntamos la opinión de que el nuevo ensayo lo creemos radicalmente erróneo, y que la concesión de Estatutos, por tanto, ha de constituir en el futuro -quizá en un futuro cercanísimo- grandes inconvenientes. Eso de que exista en España una Constitución, y luego, además, cada región o comarca tenga otro pequeño Estado, de un color en el norte, de otro en el sur, y de otro en el oeste, nos parece una inconsciente incitación a que nuestras regiones edifiquen, en plano político y social una nueva torre de Babel, con su mismo final de confusión catastrófica.

Hubiera sido preferible una mayor audacia histórica, y dar paso a la elaboración de estructuras federalistas, cosa muy distinta a esa de dar a cada región un Estatuto diferente, un Estatuto o Estadillo, aquí rojo y allí negro.

La historia de un pueblo, de un Estado nacional operante, es y debe ser siempre de integración. Y precisamente si se señalaban en España diversidades, la preocupación lógica y suprema de las instituciones políticas debía residir en garantizar una mayor eficacia integradora, unificadora, que la que el viejo Estado realizaba.

No podemos, naturalmente, hacer aquí una defensa total de nuestra tesis. Ya tendremos ocasión de ocuparnos de ello. Hoy nos basta un leve comentario a los trabajos que se realizan en Galicia para el logro del Estatuto.

En primer lugar, es conocido de todos que la atmósfera favorable no alcanza en Galicia aspectos jupiterinamente arrolladores, y por tanto que la palabra *artificiosidad*, si no por entero adecuada, sí podría servirnos para calificar las jornadas de la lucha autonómica.

En segundo lugar nos permitimos aludir, con motivo de la autonomía gallega, a la vigilancia especial a que su situación geográfica obliga en relación con posibles e irresponsables intemperancias. Tenemos la seguridad de que ello no se escapa a las miradas de los mismos estatuistas, sobre todo a quienes lo alientan y ayudan desde las altas esferas de Madrid. Hay características de vecindad, que ni en broma nos hacemos a la idea de creer que España no podrá siempre ponerlas, en todo caso, al servicio de la grandeza entera de la Península.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

El Estatuto de Castilla, consigna estúpida de las derechas.

Hace unas semanas que los grupos políticos derechistas pusieron en circulación el propósito de lograr para Castilla un Estatuto autonómico. Ni un sólo minuto de perplejida tuvimos al conocer tal monstruosidad histórica y política. No nos fue preciso dedicar muchas cavilaciones a ese proyecto para descubrir todo lo que encerraba y encierra de estupidez, reveladora de estas dos cualidades que parecen hoy residir en las altas esferas rectoras del derechismo: intereses inconfesables y espíritu de sacristía de aldea.

Parece que los lanzadores y propulsores de semejante despropósito son, de una parte, Gil Robles, el caudillo "raté"... jefe de la fracción católica más reñida con la idea nacional de España, más fiel al vaticanismo político y más insensible a toda posible vigorización de nuestro pueblo. Y de otro lado, los líderes llamados agrarios, los Cid y el famoso harinero de Palencia, don Abilio Calderón, conocidos truchimanes e impertérritos caciques de Castilla.

Jesuitismo y harina parecen ser, pues, los dos ingredientes de la campaña estatutista próxima. Unos ponen el espíritu, el pobre espíritu averiado. Otros, el pan, el pan blanco, que no simboliza los intereses de los agricultores y campesinos, sino los intereses de unas docenas de harineros, dueños y señores de Castilla.

NUESTRA REVOLUCION aclarará en uno de sus próximos números, con profusión de datos, todo cuanto significa de desgraciado e inconfesable esa campaña del Estatuto.

Hace ya mucho tiempo que sabemos bien a qué atenernos respecto al "patriotismo" derechista, sobre todo al de las fuerzas más directamente clericales y ligadas a las sacristías. Si prosiguen ahora adelante eso del Estatuto castellano -cuya sola petición es el síntoma más alarmante que puede ofrecerse acerca del posible desquiciamiento nacional de España-, será más fácil que nunca desenmascarar esas fuerzas y recusarlas como enemigas de la fortaleza y de la unidad españolas.

Cada día es más evidente en nosotros la sospecha de que la debilidad nacional de España se debe en gran parte al patriotismo inoperante, falso y sin calor que hasta ahora ha regido, incubado y orientado en el sector derechista a que más directamente aludimos.

Hay que denunciar ese falso y averiado patriotismo, y sustituirlo por una idea nacional viva, impetuosa, ungida de la entraña popular, como la que nosotros representamos y como la que de modo infalible brotará -y ya está brotando- entre los trabajadores y juventudes.

Denunciamos desde ahora el supuesto Estatuto de Castilla como inadmisible, como antinacional y como el síntoma peor de nuestra posible ruina histórica.

Pero si las derechas lo postulan, ello supondrá que todas las ideas seculares suyas sobre las que han construido la nación de España caen asimismo hechas trizas. Sólo lamentaríamos, llegada la concesión de ese Estatuto, que tales ruinas no pillasen debajo a todo el tinglado sacristanesco, para que no volviese a resurgir nunca más.

Repetimos que con toda la amplitud debida trataremos en nuestros próximos números cuanto sabemos y se nos ocurre acerca del Estatuto castellano. Que es mucho y de interés.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

El capitalismo extranjero en España.

Un ejemplo sangrante: RIOTINTO

La minería del cobre

Es sabido que España ocupa el primer lugar en la producción mundial del cobre. Su riqueza minera, que alcanza también relativa importancia en otros productos, tiene en las piritas de hierro y cobre su exponente más fértil. Más de la mitad de toda la producción mundial de estas piritas se obtiene de nuestras minas, enclavadas en las provincias de Sevilla y Huelva. Esa producción españiola pasa de 3.000.000 de toneladas anuales.

Unas dieciocho compañías se reparten todas las minas. De ellas, quince son extranjeras. Las tres restantes alcanzan una proporción irrisoria respecto a la totalidad de piritas extraídas. Unas 50.000 toneladas.

Según datos de 1920, el capital extranjero que había en España colocado en la industria minera del cobre era de unos 115 millones de pesetas. Lo que supone aproximadamente un quinto de todo el capital español empleado en minas.

Lógicamente, cabría esperar que el hecho de poseer España en su territorio una tal riqueza en la industria del cobre daría a la economía de nuestro país una gran impulso en cuanto se relacionase con esta materia prima y su sucedánea el azufre.

No ocurre así, pues las empresas extranjeras beneficiarias exportan el material bruto en su casi totalidad. De este modo, España no obtiene ventaja alguna en cuanto a las industrias transformadoras ni tampoco en relación con el consumo mismo del cobre. Parece que no llega ni al tres por ciento la cantidad de piritas que se transforman o benefician en España. El resto lo

exportan las compañías al extranjero como materia prima para dar lugar a la obtención final del cobre y ácido sulfúrico. El establecimiento en España de esas industrias transformadoras y el hacer realmente de nuestro país el centro productor y exportador del cobre y sus derivados supondría un incremento de riqueza al que tenemos los españoles pleno derecho.

Para mayor sarcasmo, resulta que, correspondiendo al suelo español ese enorme porcentaje que hemos visto en cuanto a la producción mundial, es España quizá el país donde el cobre tiene un precio más alto. Es decir, que los industriales españoles que utilizan el cobre como materia prima tienen que pagarlo a un precio mayor que en otras naciones. Y no una diferencia leve, sino casi unas 600 pesetas más por tonelada. Como si dijéramos el tributo que se ven obligados a pagar los españoles por la desgracia de que en su territorio existan los más fecundos yacimientos de ese metal.

Las minas de Riotinto

El caso de las minas de Riotinto, dentro del panorama global del cobre en España, tiene relieves especiales, que obligan a poner en él atención más urgente y angustiosa. El origen de la concesión, su desarrollo, los enormes beneficios que logra, el carácter mismo de la industria extractiva, etc., son detalles que han contribuido a formar aquí y fuera de aquí, en torno a Riotinto, una atmósfera de explotación colonial, irritante para la dignidad moral y para los intereses económicos de los españoles.

Las minas de Riotinto, antes de pasar a manos de los capitalistas ingleses, pertenecían al Estado. Son bien conocidas las circunstancias en las que el Estado procedió a su enajenación y venta. Ello fue acordado el 25 de junio de 1870, en la etapa del Gobierno provicional que rigió a España después de la revolución del 68. Según la ley minera vigente en aquella fecha, el Estado se atribuía la propiedad de "las minas de azogue de Almadén y Almendralejos, las de cobre de Riotinto, las de plomo de Linares y Falset, las de azufre de Hellín".

En la ley de Presupuestos de 1872 se autorizaba al Gobierno para proceder a la enajenación de las minas, lo que se llevó a efecto el 29 de marzo de 1873, a las pocas semanas de establecida la primera República. El importe de la venta, dada la magnitud y riqueza de los yacimientos, fue una cantidad ínfima: 93 millones de pesetas.

La concesión es, pues, una de tantas consecuencias desgraciadas que se siguieron para el país a causa de los atascos financieros y de las contiendas políticas del siglo XIX. El ejemplo clásico de los Estados agónicos: dificultades financieras vencidas al estilo del heredero manirroto e irresponsable.

Pero no sólo hay en la venta de las minas el hecho absurdo de su poco coste, sino a la vez una inconsciente carencia de condiciones en lo que se refiere al régimen jurídico de la explotación, a los impuestos que habría que satisfacer y a su influencia en el mercado de trabajo.

Esa confusión o inconsciencia ha permitido a la Compañía eludir durante años y años el pago de ciertos cánones establecidos, la satisfacción de impuestos y a la vez hacer su realísima gana en todo cuanto se refiere a personal, tanto al técnico como al de mano de obra.

Con todas las ventajas a favor de la Compañía, desde la cifra menguada de la enajenación hasta el de realizarse hasta aquí la explotación en un plan de debilísima complexión política y de cierto letargo en su conciencia nacional, el negocio ha producido a los capitalistas ingleses cifras exorbitantes, beneficios cuantiosísimos.

Hagamos, con crudeza y elocuencia matemática, mención concreta de esos beneficios:

En un libro sobre los precios del cobre, publicado el año 1935, encontramos este párrafo definitivo sobre el aspecto que nos ocupa:

"La Compañía de Riotinto, en el transcurso de los veintiocho años (período 1902 a 1932), obtuvo de beneficios netos la suma de 32.566.112 libras esterlinas, que valoradas al cambio actual suponen 1.178 millones de pesetas en números redondos".

Las ganancias anuales medidas que corresponden a esas cifras son las de unos cuarenta millones de pesetas. Es decir, que con sólo las correspondientes a dos años ha podido satisfacer la Compañía el importe que pagó al Estado español por la propiedad de las minas.

Añádase que esos beneficios son los declarados oficialmente por la Compañía en sus balances, y no se yerraría mucho afirmando que la realidad da cifras aún mayores.

Un escritor socialista, Ramos Oliveira, en libro reciente, escribe sobre este mismo extremo: "Al margen de las cifras oficiosas de la entidad hay quienes aseguran que la Compañía de Riotinto ha venido distribuyendo todos los años entre accionistas 90 a 100 millones de pesetas. Mas tenemos suficiente con los balances públicos de la Compañía para formarnos una idea del negocio que han hecho los ingleses con nuestro cobre. En resumen: los beneficios líquidos de la referida Compañía en los veintidós años últimos suman 21.912.672 libras esterlinas. Calculando a la par, es decir, prescindiendo de la baja de la peseta y considerando la libra al cambio de 25, resulta que los beneficios de la Compañía en el período 1910-1932 ascienden a unos 560 millones de pesetas."

¿Para qué más?

Estas ganancias fabulosas no han excluido pugnas durísimas con los trabajadores, con nuestros compatriotas los mineros de Riotinto. En la memoria de todos están sus huelgas heroicas y las dificultades con que han ido arrancando a los capitalistas ingleses algunas mejoras desmedradas.

Pues si examinamos cuanto se refiere al personal técnico y administrativo empleado por la Compañía para la explotación de Riotinto, nuestro sonrojo nacional se hace aún más dramático.

La casi totalidad de los ingenieros y funcionarios son ingleses. Los de nacionalidad española son poquísimos, puede decirse que los imprescindibles para algunos trámites de los que no ha podido desasirse la Compañía en sus relaciones con la legislación española de minas. Esa desproporción numérica aparece asimismo en la retribución de que se hace objeto a unos y otros en los sueldos que perciben.

Véanse unas cifras que tomamos de un libro del diplomático español señor Sevillano: "Dicha Compañía sostiene 73 técnicos, de los cuales son de nuestro país solamente ocho. Los sueldos de aquellos suman 1.934.142 pesetas; el de los españoles, 102.323 pesetas. El sueldo medio de los ingleses es de 29.000 pesetas; el de los españoles, 12.700 pesetas."

Riotinto, empresa colonial

Pasemos por alto las características de la explotación, hecha sin la menor consideración moral ni material para los intereses de españoles. Gran trabajo y múltiples gestiones costó, por ejemplo, a los Gobiernos españoles lograr que cambiase la Compañía sus procedimientos para la extracción del mineral, que a causa del desprendimiento de ciertos humos malograba las cosechas de los alrededores.

Pero hay un detalle, que vamos a extraer de palabras mismas del presidente de la Compañía, y que revela el concepto en que los explotadores tienen su negocio minero de Riotinto.

En una Junta general de accionistas celebrada el año de 1932, al referirse dicho señor a la baja de los precios del cobre y a la inquietud que producía ese hecho en las Compañías propietarias de minas de este metal, anunció con optimismo que a la de Riotinto no afectaba apenas el problema, porque los costos eran afortunadamente más reducidos. Esta declaración quiere decir de un modo paladino que los salarios que satisfacía la Compañía a los mineros españoles eran y son mucho más bajos que los que pagaban otras Compañías en otros países. Así hacían frente a la crisis de precios y así lo compensaban, a costa del esfuerzo y del hambre de los trabajadores españoles.

En la misma declaración añadía el presidente de la Compañía que sólo la explotación de la mina de Rokana, de Africa del Sur -¡cuyos trabajadores son negros!- aventajaba a la de Riotinto. Rokana y Riotinto -decía-, por lo que al cobre cementado se refiere, son las dos minas productoras de costes más bajos. ¡Qué cinismo!

Hay que rescatar las minas de Riotinto

¿Para qué proseguir en la exposición de más datos sombríos? Todo cuanto se refiere a Riotinto nos obliga a los españoles a plantearnos con urgencia el tema y el problema de su rescate.

Escribe Ramos Oliveira: "¡Si fueran sólo las minas! Ferrocarriles, edificios, hectáreas y más hectáreas de terreno arbolado, todo es de la Compañía. Huelva, colonia inglesa, ya no se verá libre de sus rubios dominadores hasta que se agote el mineral o hasta que una revolución en circunstancias afortunadas cancele el tropiezo de 1873."

Y nosotros decimos: la hora de plantearse esa necesidad ha llegado. Hay que rescatar para España las minas de Riotinto. Sobran las razones para efectuar y lograr ese rescate.

¿Como? Sencillísimo. Lo primero es denunciar el modo anormal con que se hizo la enajenación. Se acordó en 1870. Se autorizó en 1872. Y se realizó en 1873, cuando no había en España Constitución alguna. Por lo demás, los escandalosos beneficios, la riqueza que se sustrae a la economía española y la irritante circunstancia de que se nos arranque la industria del cobre de modo abusivo son hechos suficientes para plantear con decisión el problema.

En realidad, no habría necesidad de pagar a la Compañía cantidades o indemnizaciones de importancia. Llegado el caso de tratar semejante cuestión no podrían olvidarse estos hechos:

1.º La empresa abonó al Estado una cantidad insignificante.

2.º Lleva setenta y cinco años extrayendo de las minas beneficios considerables.

3.º Que los yacimientos tienen que haber mermado en proporción a la explotación intensiva a que se han sometido durante esos años.

Quiere ello decir que añadiendo a la cuarta parte del costo de las minas una cantidad prudencial por utillaje, edificios, etc., podrían pasar de nuevo las minas al Estado. En la seguridad de que aunque se disminuyese esa cantidad hasta el mínimo no se vulneraba precepto alguno de la Justicia.

La consigna de rescatar las minas de Riotinto es de orden nacional y corresponde mejor que a otros sectores del país a las grandes masas trabajadoras de España. Deber de todos sus dirigentes y organizaciones es adoptarla con el máximun de calor y de energía.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

La España campesina y sus problemas

Desde el momento en que nuestra fundamental preocupación se dirige hacia las grandes masas del pueblo, necesitadas de auxilio urgente, está justificado que demos amplio relieve a la vida campesina española. Millones y millones de compatriotas, jornaleros y asalariados unos, pequeños propietarios otros, llevan hoy una existencia angustiosa, en medio de la desesperación y el hambre.

Pretendemos acudir en su remedio, interpretando sus necesidades más perentorias. De ahí que nos propongamos exponer, utilizando para ello la voz más resonante que nos sea posible, todo cuanto se relaciona con la economía agraria y la vida social de los pueblos españoles.

En esta página de NUESTRA REVOLUCIÓN iremos tratando un número tras otro cuantos problemas afecten a la economía del campo; es decir, sus deficiencias, sus errores y las soluciones posibles que se nos ocurran.

Alcanzarán nuestros comentarios al doble problema de la España campesina: uno propiamente económico, el de sus cultivos, comercio de productos, explotación de la tierra, etc. Y otro, el problema social y humano de sus moradores.

Ambos manojos de cuestiones serán abordados por nosotros de un modo que estamos seguros interesará profundamente a toda la ancha España del campo.

El precio del trigo y el socorro a los labradores

Como no podía menos de suceder, y a medida que pasan los días, el trigo se revaloriza. Como causa principal tenemos la futura cosecha, que, sin duda alguna, será muy corta. Esa es la razón principal, pero hay otras no menos importantes que contribuyen a esa alza repentina.

Durante meses y meses se ha venido ofreciendo por parte de los labradores el trigo a cualquier precio. No lo hacían por mero capricho, sino por necesidad. Necesidad creada por los propios gobernantes al no resolver conflictos sociales y huelgas planteadas con el solo objeto de dañar la producción agrícola. Eso, por un lado; por otro, los impuestos y contribuciones que, cada vez con más fuerza, pesan sobre el pequeño agricultor, han hecho que éste, con excesiva precipitación, lanzase sus productos al mercado a cualquier precio.

Así hemos llegado al momento presente, en el que todo el trigo se halla concentrado en manos de los grandes acaparadores. Estos, como dueños del mercado, son los que en la hora presente imponen su autoridad económica en el mercado del trigo. Y de las quince pesetas fanega que valía hace un mes hemos saltado a las veinte en la hora presente. Eso que parece imposible es una realidad que los hechos atestiguan. El labrador y el campesino bien lo saben. Es la guerra del acaparador, del usurero clavada en la miseria de las masas campesinas. Para su avaricia no hay leyes.

De esta forma, sin esperanza de que la cosecha que se avecina sea siquiera mediana y sin dinero para cubrir las necesidades más ineludibles, como son impuestos, contribuciones y salarios, ¿qué porvenir le espera al campesino español?

Todo ello, unido a la situación anárquica del campo, cubre el horizonte de negros nubarrones que hacen presagiar terribles signos de tormenta.

Sería conveniente que el ministro de Agricultura fuese preparando remedio al mal que se avecina. Este es el momento del tan cacareado "crédito agrícola". Las labores de verano ya han comenzado. Los labradores se hallan sin dinero y sin productos que presentar al mercado. Deben ser socorridos inmediatamente por el Gobierno.

La jornada de ocho horas en el campo

Uno de los errores mayores de la legislación social es el de la implantación de la jornada de ocho horas para los obreros campesinos. Nosotros, que somos partidarios de que la jornada de trabajo sea disminuida hasta el límite de las posibilidades económicas, en el caso que nos ocupa creemos una equivocación lamentable la implantación de ocho horas como jornada máxima de trabajo diario.

La agricultura no es la industria. En una mina, en un taller o en una fábrica, no ocho, sino seis o cuatro pueden ser lo suficiente, pero en el campo, no.

Estamos seguros de que no existe una sola persona que, conociendo el campo, disienta de nuestras apreciaciones. Podríamos abundar en razonamientos sobre el particular, pero no lo creemos necesario, ya que hasta los mismos que lo pretenden y lo legislan están tan convencidos como nosotros de que la legislatura, y particularmente durante las faenas de verano, es una barbaridad.

Lo que pasa es que hay que dar gusto a una determinada clase social para que satisfaga sus malas pasiones y su odio contra otra. Esa es la verdad y la única razón. Lo que no saben o no quieren saber es que a la larga los perjudicados serán todos, y ellos más que nadie. La riqueza agrícola va poco a poco desmoronándose, más que por ninguna cosa, por esa legislación social sin pies ni cabeza.

Si lo que se pretende es trabajar lo menos posible, aunque se hunda todo y nos quedemos sin comer, ése es un buen camino, pero si en lugar de eso es de mejorar de situación económica de lo que se trata, entonces hay que cambiar de táctica.

Pídanse salarios altos, tan altos como lo permitan las condiciones económicas de los agricultores patronos, pero no se pida límite *exagerado* de trabajo, porque eso es ir en contra de la base económica de la agricultura, que al fin es la que, quiera o no, ha de nutrir al obrero del campo.

De seguir así llegará día que ni la amenaza de la huelga, ni la fuerza de la ley, ni aun la violencia de los fusiles consigan salarios altos ni bajos. Es que la potencia económica del campo se habrá agotado y el patrono se convertirá en obrero, todos ellos sin trabajo y sin pan.

(«Nuestra Revolución», nº 1, 11 - Julio -1936)

PAISAJES Y REFUGIOS
El Lago Castañeda y sus alrededores
Ramiro Ledesma

A D. José Ortega Gasset

En un rincón de España, hundido, resguardado por un círculo de altas montañas, el lago Castañeda muestra al alma solitaria un refugio, un paisaje, entre cuyas dulcedumbres la energía individual brota rauda, avasallando timideces o destruyendo dolosas influencias. Son paisajes duros, recios, de rocas peladas y primitivas. Hay que contemplarlos con el alma, embriagados con los gritos del silencio, para comprender en toda su magnitud lo que debe representar el paisaje en una sensibilidad. No son unos vocingleros del éxtasis. No. Estos paisajes del lago Castañeda donde a lo más una vegetación enana dulcifica los aspectos, se nos antojan como las imágenes simbólicas de un gran arte, de ese gran arte que, pese a las predicciones spenglerianas, ha de surgir, aunque ahora no sea más que un fúlgido sueño. Yo he sentido cómo el alma se apodera de los paisajes, de estos paisajes individualistas, y hace de ellos una especie de stadium donde revolotean toda clase de concepciones, como proclamando que la soledad frente a un paisaje propicio es nada menos que un vórtice de energías. Huid de las situaciones refinadas, esto es, de los paisajes dulces y ñoños. Porque hemos de ser nosotros quienes nos apoderemos del paisaje, no viceversa. Y extasiarse ante un paisaje, como ante una obra de arte, es un error y una debilidad.

Este lago Castañeda, que nos hace pensar en cataclismos geológicos, enorme recipiente de agua dulce, limitado por casi impracticables montañas pudiéramos titularlo un germen de verdadera poesía —poesía salvaje—, si a quince o veinte kilómetros a la redonda no turbara nuestros soliloquios una voz hueca, gemido gutural y extraño, que denuncia miserias y habla elocuentemente de vivires absurdos y de catástrofes mentales.

Es una tarde calurosa de agosto. Las arboledas y los prados no logran mitigar el sofoco de nuestra lamentable enclenquez física. El auto traga kilómetros y kilómetros de blanca carretera, que se extiende sobre el monte con mil sinuosidades y culebreos, al igual que una enorme cinta abandonada sobre el suelo...

Son dos los incentivos que animan nuestro viaje por tierras de Sanabria: sumirnos, aponderarnos, mejor dicho, de la inmensidad del lago Castañeda, el uno; conocer la miseria de sus alrededores, el otro. Y este río Tera, que lleva sus aguas en dirección contraria a la nuestra, parece reprochamos el segundo propósito, pues forma vegas hermosas y, al regar campos innumerables, da riqueza y alegría a esos pueblecitos que a nuestra derecha y a nuestra izquierda nos contemplan mudos... Pero un amigo de excursión, conocedor de estos lugares, que ve un signo optimista en mi semblante, lo ataja diciéndonos: «La miseria es allí. Fíjese. Entre aquellas montañas...» Y estas palabras hasta hacen que veamos con tristeza las vegas rientes...

Llegamos a un pueblo, Mombuey, en plena canícula, sudorosos, y mi amigo me hace apear del auto para que contemple una torre árabe, muy sugerente, magnífica, de fácil y a la vez profunda arquitectura, a la que el tiempo va despojando poco a poco de su arrogancia, ya ilusoria.

Seguimos... A nuestra izquierda, como asomando al río, queda Puebla de Sanabria, tortuosa y lúgubre... Luego, unos kilómetros más adelante, ya la montaña proyecta sombras y relieves, impidiendo que fijemos la vista en el cercano derredor, porque las sugerencias de la lejanía arrastran nuestro ánimo. Y así un hermoso pueblo, Trefacio, situado en una vega magnífica, queda atrás inadvertido.

Unos minutos no más, cuando el auto da cima a una sinuosidad de la carretera, se ofrece a nuestra vista, esplendoroso, sublime, fuerte y recio, el lago Castañeda, y la primera impresión, lo reconocemos, fue un tembleque de cobardía y de rabia. Nosotros íbamos a la conquista del lago. De

las voluptuosidades que más nos ilusionan, más aún que apoderamos del alma de un libro, de una obra de arte, es la que sentimos al absorber un paisaje intenso y duro. Y ante nosotros, de golpe, sin aviso previo, se levantaba como una inmensa e inacabable fila de paisajes intensos y duros...

Luego, a las pocas horas, en ese tránsito de emotividad en el que la Naturaleza pugna por entrar en nosotros, ya nuestra alma vagó, solitaria, tranquila, con las porosidades muy abiertas, por los más solitarios y tranquilos rincones del lago, dijérase que buscando la estrategia más propicia a sus planes bélicos. Hasta descendió, rumorosa con borbotones, al fondo, y allí sembró una idea, o inoculó en los pececillos un anhelo... Y a la vez, absorbiendo, absorbiendo, porque la constitución del alma es, no lo dude nadie, una mezcla de metal y esponja.

Después la noche... Allí las noches son más oscuras que en otros puntos cualesquiera, porque los astros casi no brillan... Con la noche se nos presenta el conflicto de dormir. La comodidad no se conoce en estos lares; tenemos que dormir en el suelo. La doncella del hotel así nos lo manifiesta; y cuando nota en nosotros un síntoma de desagrado, dice para sus adentros: «¡Estos señoritos! ¿Quién los mandará venir aquí?»

Los días siguientes arde en nosotros el deseo físico de «ver con los ojos» todo aquello, de palpar con la mirada hasta el más íntimo rincón de los paisajes. Y allí nuestra destreza juvenil para en barca de remos cruzar el lago en todas direcciones — tiene cinco kilómetros de largo por tres de ancho—, admirando a cada paso un rasgo, un matiz, sufriendo a cada minuto el espejismo de los sentidos, que nos hace ver las cosas de forma distinta a como son, con variaciones cómicas que a veces producen risa. ¡Oh, aquel campesino que sobre una enorme roca en lo alto de la montaña semejaba un águila!

Y gozaba nuestra alma las puestas del sol, aquellos momentos en que la luz era un conjunto de luces, y se esparcían por el lago reverberos innúmeros... Y la brisa ortal, agradable respiró de la montaña, originaria de pulmones inmensos de roca, era como un abrazo cuyas caricias penetran «en lo hondo»...

Vamos de risco en risco buscando el sendero de la montaña. Hacemos infinidad de eses, muchas eses. Si camináramos en línea recta nuestra ascensión se reduciría a la tercera parte de sendero, Y sin querer, pensamos en esas vidas a las que los obstáculos les impiden llegar a la cúspide, como individualidades infecundas cuyo símbolo es una sinuosa.

— El pueblo está al otro lado de la montaña— nos dice el guía.

En efecto: ya en lo alto, y después de una pequeña desviación hacia la derecha, comenzamos a ver las casas. El pueblo es San Martín de Castañeda, y en él existe un Monasterio antiquísimo de gran valor, hoy hecho iglesia del pueblecito. Saludamos al párroco, que, muy amable, se ofrece a enseñamos el Monasterio, de curiosa historia y esplendores lejanos. Allí, en tiempos remotísimos, vivió una Comunidad de frailes Bernardos, austeros y doctos. De su seno salieron dos obispos. El cura nos va explicando muchas cosas. Es muy lamentable el estado en que se encuentra todo. Abundan en los rincones acervos de muebles viejos; el párroco nos habla de falta de recursos, y se queja... con voz que en aquel recinto suena «a cosa muerta»...

Salimos. Frente a nosotros se extiende un valle —único terreno cultivado de que disfruta el pueblo— inverosímilmente dividido en pequeñas parcelas. Habla el guía:

— Mire usted. Todo esto era de los frailes. Ahora lo tiene el pueblo en renta, y de él viven ciento veintisiete familias.

Nos extraña la división del valle, hecha de tal forma que cada familia tiene un trocito. Cultivan centeno y lino. De éste hacen sus ropas, de aquél obtienen lo necesario para comer un mes. La miseria que advertimos excede con mucho a lo que habíamos imaginado. Aquí nadie tiene nada. La nieve los envuelve seis meses, del año, y los lobos le merman las ovejas y las vacas, únicos recursos propios de que disponen. La vestimenta es de un salvajismo extremo. No se ven caras robustas, y todos tienen en el rostro el estigma —socialmente vergonzoso— del hambre. A lo lejos vemos cómo trabajan en las faenas veraniegas, esas faenas que les producen para comer un mes, porque han de pagar al comercio que les ha fiado el sustento del año anterior. Y vemos los procedimientos que utilizan, no pudiendo menos de recordar una imagen que escribió Homero en el Canto XIII de La Iliada: «Como en la espaciosa era saltan del bieldo las negruzcas habas al soplo sonoro del viento y al impulso del aventador, de igual modo la amarga flecha, repelida por la coraza del glorioso Menelao, voló a lo lejos.» Aquí también, en este pueblo mísero, conocen el bieldo y lo utilizan en sus labores. Por lo tanto —y, ¡ay!, no se pueden excluir muchos pueblos de España—, si hoy naciera otro Homero,

aun la contemplación de algunas costumbres le inspiraría análogas imágenes a las que concibió hace treinta siglos!!

El cerebro se revuelve contra todo esto. No deplora; condena. Pero..., ¿no será que estas gentes permanecen aún en la niñez, en la incipiencia de un desarrollo probable? En vano para ellas han transcurrido los siglos. Frobenius justifica de forma parecida el atraso en que se encuentran ciertas tribus de África. Pero se trata de todo un continente, no de un islote perdido en un mar donde ya soplan vientos de decadencia. Regresamos. Muchas cosas nos sugieren nuestra visita; pero bullen desordenadas e informes. Bajamos por la montaña. Cruza con nosotros una zagalilla, y con curiosidad infantil se nos queda mirando atentamente. La abordamos. Tiene catorce años y se llama Socorro Rodríguez. Es de Vigo, un pueblo próximo al que terminamos de visitar, y al que puede ser aplicable todo lo que hemos dicho de éste. La niña revela por sus palabras que posee un germen de clarividencia. Irradian simpatía sus ojos alegres y su rostro, que habla de mucho sol y de muchas privaciones. Recordaremos siempre la conversación que tuvimos con esta niña. No sabe leer, porque «es —nos dice— la mayor de los hermanos y ha tenido que cuidar el ganado desde muy pequeña». Pero ella quisiera saber leer. A una pregunta nuestra de si también en el invierno cuida sola las vacas, sin miedo a los lobos contesta que «donde hay hambre no hay miedo». Le preguntamos si quiere venir a Madrid con nosotros. No sabe qué es eso de Madrid con certeza. A ella le parece un paraíso lejano. Ha oído hablar de él algunas veces en el pueblo. Nos dice que si la llevamos en el auto (lo ha visto abajo, en la carretera), que sí va, pero «no para siempre». Luego nos habla de que en su pueblo hay muchos «malos», porque es grande «y hay muy poco gobierno».

Ahora un detalle curioso. Esta niña no conoce el valor del «sí» afirmativo. Cuando ha de contestar afirmativamente lo hace utilizando el mismo verbo que use el interrogador. Por ejemplo, al preguntarle: ¿Hay escuela en tu pueblo? Contesta: Hay. ¿Tienes trajes bonitos? Tengo.

Y nosotros, ya en el auto, de regreso, queremos filosofar, escudriñar guiados por ese detalle en el alma de estos contornos. El lago Castañeda, rumoroso y sugerente, nos despide...

[*La Esfera*, Madrid, año XII, nº 578, 31 de enero de 1925, 2 p. sin numerar, ilustrado con 6 fotografías]



Patria Sindicalista

10 cts. | AÑO I | VALENCIA, 3 Enero 1934 | Número 2 | 10 cts.

¡Basta ya!

Valencianos: la farsa democrática y parlamentaria, burla una vez más vuestra voluntad. Los mismos que requerían vuestros votos y vuestro dinero y vuestra sangre para triunfar en las elecciones, son los que os entregan en manos de los que ellos mismos llamáron falsarios y criminales y presidiables.

¡Basta ya!

Sí, pero basta ya de farsas derechistas que solo sirven a escalatorres, masones y judíos que detentan el poder del Estado para su medro personal y la perdición total de España.

Juego sucio de las derechas

La farsa política

¿Quiénes son los nuestros?

[Patria Sindicalista, nº 2, Valencia, 3 – enero – 1935, p. 1]

Ramiro Ledesma

¿Quiénes son los nuestros?

La misión jonsista va adquiriendo cada día mayor urgencia. Hay, pues, que apresurarse y extender con premura nuestra verdad. Todos los síntomas son de que España necesitará en breve de la intervención brava, inteligente y decidida de las JONS. Somos la única posibilidad de la Patria, la única garantía de su unidad, de su plenitud y de su gloria, y urge por eso cobijar en nuestra bandera los alientos más fervorosos de los españoles.

Nuestra tarea sólo es y puede ser obra de juventudes, provistas de tenacidad y de temple. La moral jonsista requiere un afán voluntarioso de salvación española. Interpretamos la decisión firme, de que con nosotros termine el oprobio de una Patria sin rango, sin ilusión y sin justicia. Sabemos que nuestros propósitos se logran y consiguen, se conquistan, y por eso la voz nuestra es de llamamiento a la pelea y a la acción. Vamos a descubrir un norte para los españoles sin esperanza, y una tarea para todos los que hoy se encuentran injustamente postergados e inermes. Nuestra primera urgencia es reconciliar con la Patria a extensas zonas de trabajadores. Para ello hay no sólo que henchir de emoción nacional a los Sindicatos sino que sindicalizar a la Patria, desalojar de lo «Nacional» toda la herrumbre y toda la iniquidad de que la han rodeado hasta aquí los acaparadores egoístas del patriotismo. El sindicalismo nacional de las JONS se asienta siempre sobre la necesidad de una Patria para los trabajadores, a la que estos entreguen su energía, su entusiasmo, y su fuerza, a cambio de una vida libre, sustento digno y la grandeza histórica de la tarea común.

Siempre decimos y diremos que las JONS alientan y preparan una Revolución nacional. No nos conformaremos sin su triunfo totalitario y pleno. Y nuestra justificación revolucionaria radica en que incorporamos a España con nuestra presencia ideas y afanes radicalmente disconformes con lo que hoy existe en torno nuestro.

Vamos a ofrecer al pueblo trabajador y fecundo, una bandera no ensayada ni falsificada por nadie. Una acción directa, es decir, la posibilidad de salvarse por sí mismos. La eficacia creadora de unos cuadros liberadores y justos.

Es imprescindible y necesario que todos los camaradas que hoy laboran con entusiasmo y tenacidad por el triunfo y consolidación del jonsismo sepan dónde hay que buscar y reclutar a los camaradas nuevos, dónde se realizarán los mejores hallazgos de militantes activos y valiosos para nuestras filas. ¡¡Atención a ésto, camaradas!! No pueden ser jonsistas los residuos de otras políticas fracasadas, los náufragos de intentos sin fortuna ni calor nacional.

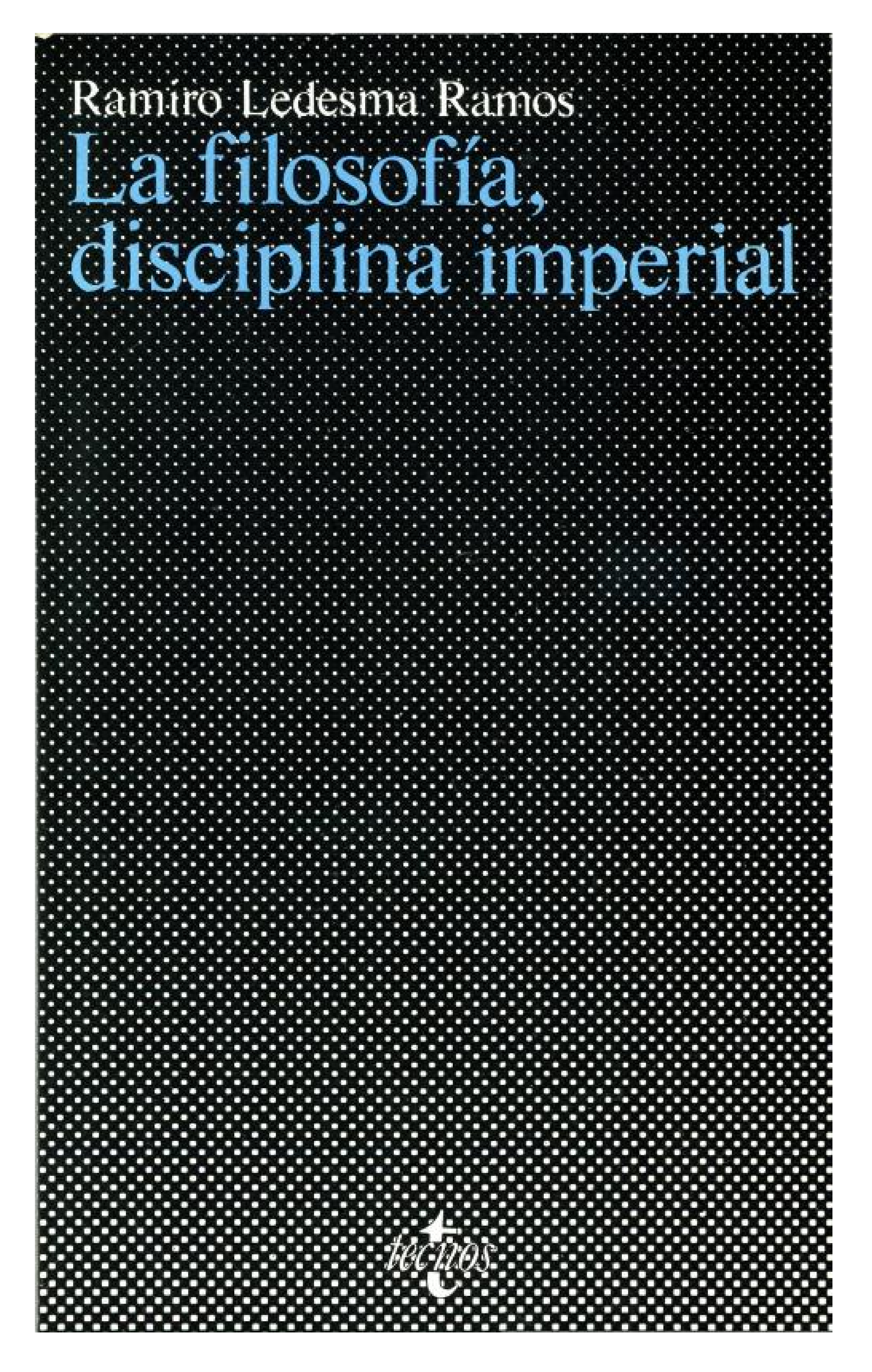
Es y tiene que ser jonsista la juventud de España, que siente la necesidad de una Patria y de una meta gloriosa a que entregar su ímpetu. Es y tiene que ser jonsista una ancha zona de trabajadores, de oprimidos, a los que nuestra lucha dotará de una dignidad y de una consideración que hoy les falta. Es y tiene que ser jonsista todo español con orgullo humano suficiente para no encomendar a otro la solución de su propia angustia.

Juventudes, trabajadores y corazones animosos es lo que precisamos en las Juntas. Todo lo demás nos sobra. Pero que no haya ni un joven ni un español laborioso ni un compatriota heroico al que no hayan llegado las voces jonsistas en solicitud de que forme en las filas nuestras.

La revolución que las JONS quieren va contra la infecundidad revolucionaria y la traición antiespañola del marxismo rojo, pero va también contra la burguesía sin sangre, frívola y explotadora. Afirmamos el derecho de los más capaces frente a los más ineptos, la licitud de que los españoles más fuertes, sanos y fieles a la Patria se impongan a los enfermizos, descastados y egoístas, la obligación de consolidar en España un régimen de justicia donde se potencie al trabajador y se menosprecie al vago, donde se ensalce la generosidad y el sacrificio y se persiga al especulador y al usurero.

Gritad alto, camaradas, nuestra consigna jonsista y veréis muy pronto cómo los auditorios se escinden y polarizan en dos frentes. Los unos y los otros. Los nuestros y los enemigos. Conquistar a los unos y aplastar a los otros es deber, obligación y compromiso de todos los camaradas que nos agrupamos en las Juntas, bajo los haces gloriosos de las flechas que simbolizan la unidad de nuestra Nación y la unidad de nuestro frente.

[*Patria Sindicalista*, nº 2, Valencia, 3 – enero – 1935, p. 1]


Ramiro Ledesma Ramos
La filosofía,
disciplina imperial
tecnos

ÍNDICE

LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL DE RAMIRO LEDESMA RAMOS. Santiago Montero Díaz

Años juveniles

La vida intelectual de Ramiro Ledesma Ramos se desenvuelve, a lo largo de tres etapas perfectamente delimitadas, con un ritmo y sentido propios. Una primera etapa, juvenil, de difusas ambiciones literarias. Unos años de serias meditaciones y de disciplinada formación filosófica. Y un período final, desde 1931 hasta su muerte, entregado a la doble pasión de la teoría y la acción políticas.

Ramiro nació en 1905. Precoz por el ingenio y la voluntad, se lanzó pronta y audazmente a la vida literaria. A los diecinueve años publica una novela [1]. Anteriormente había publicado ensayos y artículos. Toda esta literatura adolescente de Ramiro es, en cierto modo, una prefiguración de su futura personalidad.

La influencia temprana de Nietzsche, unida a un fuerte temperamento juvenil, presta a estas primeras producciones de Ramiro Ledesma un tono duro y arisco.

Hasta bien cumplidos los veinte años, Ramiro sueña con la gloria literaria. Escribe nuevas novelas y ensayos. Proyéctase sobre él la doble influencia del romanticismo y el naturalismo. Los personajes de aquellas novelas de juventud son, por lo regular, encarnaciones de su propio ser. Hombres de personalidad acusada, en pugna con el medio social en que viven; jóvenes de exaltadas aspiraciones intelectuales; solitarios de carácter áspero.

En un cuento titulado El vacío, el protagonista se pregunta por el sentido de la existencia, y encuentra el equilibrio más allá de la vida. También el personaje central de El sello de la muerte busca en el suicidio la solución a sus íntimos conflictos.

Un tono sombrío domina en estas primeras producciones. No se entregaba Ramiro Ledesma, en aquellas sus primeras armas literarias, a una lírica blanda, a una literatura fácil. Sus trabajos dejan la inconfundible impresión de una obra apasionada, cuyo autor vivía, desde la adolescencia, los resultados y las contradicciones vehementes de la crisis de su época.

Y al mismo tiempo que escribía estas primera obras, arrastrado por la ilusión de la gloria literaria, nuestro joven autor leía incesantemente, buscando en los libros nuevos horizontes, aspiraciones e ideas con que nutrir a los personajes creados por su fantasía.

Estas lecturas fueron alejándole de sus sueños literarios. Ramiro Ledesma comenzó a comprender, desde los veinte años, que la vida intelectual le ofrecía otras posibilidades, más a tono con su temperamento, que la novela y el teatro.

Su vocación se va definiendo día a día. A medida que sus lecturas se hacen más intensas y se polarizan con mayor atención hacia los problemas de filosofía y ciencia, se aleja de las preocupaciones literarias. Al correr de los meses comprende que en las inquietudes intelectuales de sus personajes no hacía sino volcar sus propias inquietudes; que aquella dramática pasión por comprender el mundo y penetrar el sentido de la vida era su propia pasión, y que, en definitiva, su propensión temperamental a las expresiones rigurosas y exactas hallaba cauce más adecuado en las disciplinas de la filosofía que en el mundo vario y multiforme que la novela exige y requiere.

Algún día, Ramiro Ledesma, lanzado de lleno a sus tareas filosóficas o absorto en las tensiones de la acción política, tendrá una sonrisa de comprensión benévola hacia aquellas ilusiones y aquellas primeras páginas literarias de los dieciocho y los veinte años. De haber persistido en el empeño literario, no podemos predecir hasta dónde le hubiera llevado su tesón y su ingenio. Pero podemos asegurar que el cambio de rumbo hacia el pensamiento y la acción no fue en Ramiro una vacilación, sino el paso decidido y seguro hacia su vocación profunda, dado por un hombre sereno y conocedor de los mejores recursos y los secretos de su personalidad.

---

[1] Ramiro Ledesma Ramos; El sello de la muerte, Reus, Madrid, 1924; 299 páginas.

El universitario

No se podrá concebir a Ramiro Ledesma sino como un alma apasionada. Esta pasión se expresó de una manera arisca y ardiente en las obras de su más temprana iniciación literaria, y de una manera fría y rigurosa en tareas y escritos filosóficos.

Pero en aquella prosa juvenil y en la disciplina de su producción posterior hay, bajo formas bien distintas, una pasión idéntica y verdadera.

Bajo una forma atildada, correcta y académica, el universitario Ramiro Ledesma ocultaba el mismo fuego interior que, pocos años antes, se había manifestado de manera pujante y desbordada.

Durante cinco años, fervorosamente, se entrega al conocimiento filosófico y a las disciplinas auxiliares. Una actividad sin desmayos, un tesón incansable y tenaz, le permiten adueñarse de extraordinarios recursos para la vida intelectual. Al mismo tiempo, se adentra con éxito en el dominio de las lenguas nobles, depositarias tradicionales del saber europeo.

Largas horas de estudio, generosamente consumidas en la Facultad de Filosofía y Letras y en el ambiente apacible de la Biblioteca del Ateneo de Madrid, le proporcionan un amplio caudal científico, una de las más eficaces y vastas culturas logradas en su generación.

A la preparación filosófica unió muy pronto una sólida formación matemática[2]. Cuando este complejo aprendizaje hubo dado sus frutos, Ramiro se lanzó de nuevo al cultivo de las letras. Ahora no era ya el novelista joven, ilusionado e inexperto. Ahora se presentaba pertrechado de un espléndido arsenal de conocimientos, en su nueva fase de escritor de filosofía. Muy pronto se le abrieron las puertas de las publicaciones que entonces daban la tónica de la vida intelectual a la juventud española.

Ramiro se había dotado no solamente de una cultura extensa y vivaz, sino también de una férrea disciplina interior, de una intachable probidad. Y en función de esa disciplina de la voluntad y la inteligencia, se había creado un estilo personal, inconfundible, que anunciaba ya victoriosamente su robusta dotación de escritor.

Era un estilo contenido, sometido a inexorables presiones interiores. Traslucía el cultivo constante y asiduo de las más exigentes técnicas de la expresión filosófica. Voluntariamente, el escritor desterraba de aquella prosa objetiva —y, a momentos, casi glacial— todo matiz, toda inflexión sentimental. De tarde en tarde, la gracia de una imagen o la sombra fugitiva de una ironía, apenas esbozada, prestaban ornamento al sólido conjunto de aquellas páginas serias, logradas siempre con un sello de inalterable precisión.

Pero sería un error creer que, durante aquellos años, el universitario Ramiro Ledesma vivía atento solamente a su vida interior, a la formación de su espíritu. Quien todo lo exige de sí mismo, lo exige también todo del medio social que le rodea. Cuando la voluntad se encastilla en una dura disciplina interior, esta disciplina se proyecta sobre el mundo y reclama de él la réplica exacta.

Ramiro vivía entonces la vida universitaria, y alguna vez rompió su silencio de estudioso y se encaró con la anárquica Universidad española, exigiendo de ella las calidades mínimas de decoro y de orden que es lícito requerir para la formación de una minoría juvenil responsable y eficaz.

Partía de una viva realidad: «De pocas cosas puede decirse, como de la cultura superior, que haya en España una más honda voluntad de conquista.» Para Ramiro, la Universidad era el órgano esencial en la elaboración de la cultura superior. No podía, pues, limitarse a la mera enseñanza, basada en planes y en moldes pedagógicos más o menos eficaces. Ante todo, había de ser una institución creadora, vitalísima, cuyo fin primordial sería la investigación. «Cultura superior, no es pacífico y limitado aprendizaje de unas cosas determinadas que otros crearon, no es el cultivo de una ciencia hecha y definitiva: es justamente y sólo destreza para competir en el terreno polémico de los saberes. Todo lo que no sea esto, catalóguese como ilustración, como superficie rubicunda y descentrada...»[3].

Universidad no es, sin embargo, tan sólo el organismo docente. También integran —y de modo fundamental— a la Universidad los estudiantes. Y con el mismo rigor exigía Ramiro Ledesma de las asociaciones escolares objetivos definidos y claros. Frente al frenesí político o confesional, la línea

---

[2] Véase la hermosa traducción debida a Ramiro Ledesma de la Introducción a la filosofía matemática, de Walther Brand y Marie Deutschbein (Revista de Occidente, Madrid, 1930; 240 págs.), de la edición alemana Einfübrung in die philosophischen Grundlagen der Mathematik, Verl. Moritz, Frankfurt, 1929.

[3] Cf. Gaceta Literaria, 15 octubre 1929: «El curso universitario».

tajante de un riguroso profesionalismo. «Toda asociación nace y se desenvuelve a la vista de finalidades concretas. No sería difícil determinar qué finalidades han de presidir las agrupaciones de estudiantes. La función estricta —universitaria— que deben servir impone, desde luego, como primera línea fronteriza, el absoluto alejamiento de otros campos, muy respetables, sin duda, pero cuya defensa y propaganda no parece que sea objeto primordial de las asociaciones de universitarios. Ellos son, ante todo, esto último: universitarios, e introducir entre sus filas otras etiquetas supone infidelidad perturbadora»[4].

Esta preocupación universitaria, expresada con toda nitidez en 1929, ya no abandonaría a Ramiro. Más adelante, consagrado a la acción política, haría de la Universidad una de las más sólidas bases de actuación para difundir por España un movimiento joven, lleno de apasionadas promesas[5].

Como universitario, no se limitó a utilizar las aulas y los libros como uno de los elementos de su propia formación. Pensó entrañable y hondamente sobre la raíz y el futuro de la institución universitaria. Contó más tarde, para su movimiento, con la colaboración juvenil de los estudiantes. Y al mismo tiempo, en noble compensación, señaló, como una de las metas más queridas a ese movimiento político, la creación de una grande y poderosa Universidad española. Ramiro Ledesma solía designar este anhelo tan suyo de una manera muy precisa: Universidad imperial. No sonaba, en aquellos años, esta expresión en oídos españoles. La empleaba Ramiro en 1930.

Esta fecha es decisiva en su vida. Señala la crisis definitiva, la transición última y heroica. Había logrado, por entonces, altísimas calidades de escritor. Contaba escasamente veinticinco años.

Ramiro Ledesma ante la filosofía

En 1928 comienza Ramiro Ledesma a publicar sus ensayos de filosofía. En asiduo contacto con el pensamiento alemán, expone y comenta las doctrinas filosóficas de los grandes maestros contemporáneos. Alguna vez —siempre como excepción— rosa el tema literario[6]. Se proyectan sobre su joven personalidad influencias fecundas.

Una ilustre figura española suscita todas sus simpatías: la de don José Ortega y Gasset[7]. La admiración leal y fervorosa por Ortega no compromete en Ramiro aquella libertad de reacción y de crítica que constituyó siempre lo más valioso de su espíritu.

A través de Ortega, llega a Ramiro Ledesma un lejano influjo de la escuela de Marburgo, primera etapa de su pensamiento filosófico. Muy pronto, el estudio de más recientes tendencias le sustrae de la atracción neokantiana. Martín Heidegger fue, desde entonces, la más honda devoción filosófica de Ramiro.

Repasando sus ensayos, sus críticas y glosas a los más diversos autores, salta a la vista la plena independencia intelectual con que se desenvuelve entre el mundo de ideas que frecuentaba. Sería ingenuo buscar una lograda madurez en esas páginas, escritas al calor de sus lecturas y de sus meditaciones. No puede exigirse a un joven de veinticinco años, por grandes que fueran sus dotes y por robusta que fuera su capacidad creadora, la elaboración de un sistema de filosofía.

En el prólogo a una colección de escritos que preparaba en 1930 nos dice: «Ante el complejísimo paisaje de la problemática filosófica, el autor ha proyectado tan sólo lo que en él mismo había de exigente y de curioso: una juventud y unos entusiasmos. Quiere esto decir que los trabajos filosóficos que siguen no aspiran en manera alguna a momificarse en perfecciones. No son nada definitivo ni completo, y el lector no debe empeñarse en buscar en ellos lo que no tienen, ni han

---

[4] Cf. «Las Asociaciones de estudiantes», en la Gaceta Literaria, 1º noviembre 1929.

[5] Véase mi estudio La Universidad y los orígenes del nacionalsindicalismo, sobre las ideas universitarias de Ramiro Ledesma (Murcia, 1939).

[6] Así, por ejemplo, en los ensayos sobre Otto Braun (Gaceta Literaria, 15 mayo 1928) y Hauptman (Gaceta Literaria, 1º mayo 1928). Un buen ensayo de arte: «Cinema y Arte Nuevo», en la Gaceta Literaria, 1º de octubre de 1930.

[7] En toda la obra de Ramiro se puede apreciar la cálida y leal admiración hacia don José Ortega y Gasset. El curso del ilustre pensador sobre el tema «¿Qué es filosofía?» impresionó hondamente a Ramiro desde 1929. En adelante, fue asiduo lector y oyente de Ortega. Véase la durísima crítica de Ramiro sobre el trabajo de Carmona Nenclares titulado El pensamiento de Ortega y Gasset. La crítica apareció en la Gaceta Literaria (15 abril 1930).

podido tener, ni yo he querido que tengan: la radical y última actitud frente a unas figuras y unos temas...»[8].

No cabe, en verdad, expresarse con mayor honradez. No puede pretenderse que estos ensayos contengan un pensamiento sistemático, formulado con caracteres definitivos. Contienen, en cambio, otras calidades. Hay en ellos, por de pronto, un extraordinario talento de exposición, una prosa de precisión impecable, un hondo sentido crítico, que suscita continuamente observaciones certeras y comentarios personalísimos.

La probidad intelectual de Ramiro Ledesma se manifiesta a través de su concepción del filósofo. «El filósofo, en general, es enemigo de las cosas; no ama el Universo en sí mismo, y siempre dispara a los objetos unos dardos ambiciosos, con la pretensión de captar en ellos esa propiedad que los hace cognoscibles, seres dóciles a las ideas»[9]. Delimítase, pues, una tarea. Impónese una estricta misión al filósofo.

No se cansará nunca de insistir en este rigor con que debe entenderse la misión de la filosofía. «Si algo proporciona la cultura filosófica, es la relativa facilidad con que pueden ser atrapados los problemas. Consiste en un presentarse los objetos legítimos, no en clara proyección de evidencia, pero sí dotados de esa dirección e intención que juega papel tan decisivo en la filosofía alemana más reciente. Los objetos sobre los que ha de ceñirse el pensar son, por tanto, de origen especulativo. Deben pertenecer a una tradición filosófica, o bien, ser justificados en un sistema de categorías lógicas originales que es preciso descubrir. Esto no es idealismo infructuoso, sino más bien la dificultad central a que ha de hacer frente toda filosofía. La filosofía consiste en una fidelidad y en una disciplina rigurosa a un secreto, a una contraseña que ella ha elaborado al tiempo mismo de manifestarse en la historia»[10].

En esta época, Ramiro Ledesma vive en una exigente tensión. No se cansa de escribir la palabra rigor. Y es, en efecto, riguroso consigo mismo. Centra toda su personalidad en el intelecto. Anhela una ciencia de fórmulas secretas, de puros conceptos que comprendan y abarquen las categorías todas de la realidad. Desearía encastillarse en inexpugnables posiciones lógicas, y se acoraza duramente frente a toda actitud sentimental.

«Claro que al lado de todo esto hay los pensadores sentimentales si en estas dos palabras hay nexo posible, rebeldes a toda disciplina teorética. Las cuestiones tienen para ellos una palpitación psicológica, y sus esfuerzos se refieren siempre al análisis y descripción de las rutas estelares que el hecho intelectual deja tras de sí. Extraños, pues, por completo al sentido peculiar de la filosofía. Toda meditación sentimental es de entraña psicologista. Reside en el sector previo y elemental de la psique. Sobre esto puede elaborarse una sugestiva teoría, que me sería grato intentar alguna vez, donde quedasen fundamentadas todas las jerarquías de toda la ascética, la mística y otras interesantísimas derivaciones elementales. Pues casi tengo la seguridad de que, en vez de trascender los límites del concepto o las metas de índole categorial, en realidad quedan sus hallazgos más cerca del suelo, anclados en sectores raquíticos e insuficientes»[11].

No nos incumbe ahora abordar el problema general, suscitado en estas líneas, del peculiar carácter de la filosofía. Pero, si hemos de comprender humanamente a Ramiro Ledesma, reconoceremos en las raíces vitales de su actitud un primario impulso sentimental. Ramiro intenta resolver en puro pensamiento su afectividad juvenil. Sueña con una determinada filosofía, con una exigente y rigurosa disciplina. Nada tiene de sentimental el contenido de sus sueños. Pero sí la pasión con que los sueña. En esa pasión pone toda su alma. Por medio de una austera disciplina intelectual aspira a vencer sus más íntimas pugnas.

Algún día pondrá esa misma pasión en un sueño bien distinto: habrá sonado para él la hora de la acción.

Con el mismo esmero con que aísla la filosofía de toda postura sentimental, la defiende también de influjos cientificistas. Parapetado en cuidadosas delimitaciones entre ciencia y filosofía, Ramiro Ledesma no incidió en la más leve confusión, al estilo de las que todavía — como herencia del positivismo— persisten en algunas escuelas. Sin embargo, no le escapaba la enorme trascendencia

---

[8] Prólogo de una colección de artículos que proyectaba publicar recogidos en un libro. Manuscrito en poder de la familia del autor.
[9] «Filosofía. Ciencia», en la Gaceta Literaria (1º de julio 1929).
[10] Véase la crítica sobre «El sentimiento de lo eterno», por V. García Martí, publicada en la Gaceta Literaria (15 enero 1930).
[11] Idem íd.

teórica que ofrece el estudio del mutuo influjo en el desarrollo histórico de ciencia y filosofía. «La Historia de la Filosofía y la Historia de la Ciencia son un entrecruzamiento constante de problemas. La influencia es recíproca, y sería aventurado afirmar de qué recinto proviene la ola de más empuje. Dilucidar esta cuestión supone quizá estructurar toda la filosofía contemporánea»[12].

Sin duda alguna, cuando Ramiro coloca al margen de la filosofía las posiciones sentimentales, o cuando pulcramente distingue entre filosofía y ciencia, no hace sino reflejar conceptos y doctrinas de su época, referirse a problemas ya dilucidados en las escuelas. Lo que aquí nos interesa, más que el contenido de estas posiciones, es el calor con que las hace suyas, el entusiasmo con que suscribe toda postura que tienda a exaltar la dignidad y a proclamar la alta jerarquía de la tarea filosófica.

En parte, este respeto al quehacer de la filosofía, aceptado como propio quehacer, está determinado por una honda intuición, no exenta de cierto dramatismo, sobre los caracteres grandiosos y duros de nuestro tiempo. En una época de crisis extrema sólo serán perdurables los esfuerzos realizados con noble pasión e inquebrantable asiduidad. En 1928, liberándose de ciertos optimismos reaccionarios o liberales, entonces en boga, escribía Ramiro: «Se va advirtiendo que caminamos hacia una época oscura y desértica, de la que sólo se salvarán los esfuerzos gigantes y continuados»[13].

En efecto: se acercaban años difíciles para Europa, y no sólo en el orden de cosas del intelecto. Pero una de las más excelentes cualidades de aquel estudioso español de 1928, en quien nadie hubiera podido prever el futuro político de acción, era precisamente la cualidad dichosa de ser un hombre de su tiempo. En aquella etapa intelectual de su vida, no se cansaba Ramiro Ledesma de reivindicar la esencial novedad de las ideas de su tiempo, impugnando todo entroncamiento con lejanas filosofías, toda afirmación de «ascendencias arbitrarias»[14]. Más adelante reclamará la misma actualidad rigurosa en las ideas y la acción política. Bajo uno y otro aspecto, su personalidad presenta una continuidad rigurosa: sentirse hijo de su tiempo, vinculado fatalmente a los contornos dramáticos de su época, exento y libre de todo anacronismo.

Esta postura de apasionada contemporaneidad no extirpó en Ramiro un cierto sentido histórico, en lo que se refiere a la historia de las ideas. En ese aspecto, procede con severa objetividad. Alejado de la filosofía tradicional, reconoce con espléndida lealtad los merecimientos de algunos de sus continuadores coetáneos: Mercier, Gómez Izquierdo o Amor Ruibal[15].

Pero nada tan expresivo como su actitud crítica ante Sanz del Río, en que la serenidad de juicio es realmente ejemplar. La figura del importador del krausismo ha sido impugnada en España con igual ardor desde el bando tradicional y escolástico que desde cualquier otro. Sus propios nietos espirituales no gustaban de evocar las raíces krausistas de su genealogía. Ramiro escribe incidentalmente unas líneas breves sobre Sanz del Río. Refiérese a la estancia de Sanz en Alemania y Francia. «En París habla con Victor Cousin. Con la sirena ecléctica que era Cousin. Habla con Augusto Comte, que era entonces —año 42 ó 43— una novedad. Ambos quisieron retenerlo. Y no se detiene. Nadie sabe que metafísicos impulsos le obligaban a no detenerse. Hasta Heidelberg»[16]. El krausismo de Sanz, con todas sus deficiencias, recoge algún matiz del alma española. Rinde, en efecto, cierta fidelidad «al temperamento racial, al espíritu de nuestro pueblo, que se inclina y prefiere, en filosofía, las márgenes eticistas, de práctica aplicación a los problemas vitales inmediatos»[17].

Es decir: valórase, en estas líneas, cuanto existió en Sanz del Río de auténtica inquietud metafísica y de más o menos remota afinidad al espíritu de su patria. Y concluye Ramiro Ledesma: «Hoy, el krausismo no es nada; no creemos que en Alemania haya un solo krausista. Para nosotros, jóvenes, es algo horrible y monstruoso»[18]. La infecundidad de la obra del Sanz del Río, o la invalidez de toda la concepción krausista, no impide reconocer ciertas calidades al escritor español. Y téngase en cuenta, para valorar mejor esta objetividad en el juicio histórico, que Ramiro Ledesma representó en su generación la postura más antagónica y hostil frente al krausismo, sus raíces y sus derivaciones españolas.

---

[12] «Filosofía. Ciencia», en la Gaceta Literaria (15 noviembre 1928).
[13] «Tres libros de Filosofía», en la Gaceta Literaria (15 agosto 1928).
[14] «El filósofo Gómez IzquieRevista de Occidente», en la Gaceta Literaria (1º marzo 1930)
[15] Cf. «Filosofía. Ciencia», en la Gaceta Literaria (1º de enero 1929), o «El filósofo Amor Ruibal», en la misma publicación (1º diciembre 1930)
[16] «Filosofía. Ciencia», en la Gaceta Literaria (1º abril 1929).
[17] Idem íd.
[18] Idem íd.

Y para concluir, puesto que no se trata aquí de exponer las ideas de Ramiro Ledesma, que el atento lector hallará directamente en sus ensayos, sino de explicar su actitud ante la filosofía, digamos algo de uno de los más nobles aspectos de esa actitud que reseñamos: cómo entendió la relación entre la nacionalidad y la tarea del filósofo.

Sentía Ramiro demasiado hondamente su dignidad de español para admitir el tópico — tan frecuente y tan absurdo— de la incapacidad del temperamento español para los quehaceres filosóficos. Pero, al mismo tiempo, poseía una formación lo bastante sólida y una probidad intelectual lo bastante exigente para admitir el grave error nacionalista de que es posible formular una filosofía española, en el sentido de que lo español altere o invada la esencia misma de los contenidos de la filosofía. Sabido es que algunos supernacionalistas europeos lanzaron la especie de que era posible, y aun necesario, fundar una filosofía nacional, una matemática o una física nacionales. El temperamento de un gran pueblo podrá imprimir un estilo propio a la forma de la filosofía o de la ciencia, al lenguaje, a la expresión, incluso a la manera psicológica de reaccionar ante una determinada problemática. Pero es insostenible la idea de que esa calidad temperamental mediatice los contenidos teóricos de la ciencia, alterándolos o imprimiéndoles una determinada dirección o carácter. Se trata de una peregrina ocurrencia que algún día hará sonreír a los historiadores de la cultura. Es aleccionador y magnífico que Ramiro Ledesma, llamado a fundar una doctrina nacionalista de gran estilo, que exaltaría lo nacional hasta el último límite en que lo nacional encuentra una posible vigencia, no incidiese jamás en semejantes mixtificaciones.

Ansiaba, eso sí, desde los primeros años de su actividad filosófica, una tonificación de la ciencia y la filosofía en España. Con cierta nostalgia escribía en 1929: «Somos el único gran pueblo que no ha esgrimido aún el cetro filosófico. Y, por tanto, que todavía no ha proyectado sobre el mundo una dictadura intelectual»[19]. Era decoroso y lícito llegar hasta esa afirmación. Sería insensato, por el contrario, ir más lejos. Puede aspirarse a una hegemonía en el mundo de las ideas, a una vanguardia de pensadores españoles a quienes no pueda arrebatar la delantera pueblo alguno. No puede, en cambio, pretenderse que el hecho nacional trascienda hasta la entraña misma de los contenidos científicos, hasta la esfera ideal en que se despliega la sistemática de las ciencias.

El nacionalismo de Ramiro Ledesma no se parecía en nada a la retórica alucinada que a veces se hace oír en Europa. Como una creación de corte clásico, sabía de sus fines y sus lindes exactos. Y era, sin embargo, de grandiosos alientos. El joven escritor que soñaba para su Patria la hegemonía en el mundo de las elaboraciones filosóficas, comenzaba a soñarla también en el mundo del poderío y de la grandeza nacional.

Preferencias históricas

Hemos visto sumariamente cuál era la actitud de Ramiro Ledesma ante la tarea filosófica y la misión del pensador. También podemos, a través de algunos fragmentos, recoger su visión de la Historia, en aquella etapa anterior a la acción política.

Se nos presenta, en sus escritos, como deslumbrado por las grandes épocas heroicas y creadoras, las épocas cruciales, en que la cultura experimenta una crisis renovadora y el genio de los hombres se manifiesta en arrebatada plenitud. Resonancias nietzscheanas y atentas lecturas de Burckhardt informan, en parte, sus concepciones históricas. Ramiro se siente atraído por los tiempos caldeados en el heroísmo y el peligro. En una ocasión escribía: «A base de heroísmo y de peligro surgen los temples y las épocas de gran estilo... Épocas de gran estilo significa ser inconfundibles, creadoras y eternas... La primera gran época así es el mundo de los griegos»[20]. Los dos grandes momentos de la Historia son para él, por una parte, el mundo griego y, por otra, el Renacimiento. «El Renacimiento es para mí —nos dice— la época de las épocas. Nuestra más inmediata y valiosa tradición. El espectáculo del Renacimiento es la plenitud del mundo»[21]. Del Renacimiento exalta «el gran arte, la violencia y los comerciantes famosos de las ciudades italianas», es decir, tres formas distintas y poderosas de vitalidad. Al mismo tiempo que estas formas exteriores de vitalidad triunfante, exaltaba también la pujanza del pensamiento renacentista: «El espíritu creaba problemas infinitos y se debatía inmerso en perfumes y en dificultades»[22]. En alguna parte detalla su admiración

[19] «Filosofía. Ciencia», en la Gaceta Literaria (1º enero 1929).
[20] «Un griego», en la Gaceta Literaria (1º septiembre 1928).
[21] Idem íd.
[22] En una nota sobre Descartes, en la Gaceta Literaria (15 junio 1928).

por Maquiavelo y por el mundo sutil y refinado de su política[23].

Esta apología del mundo griego y el Renacimiento estaba ciertamente en la atmósfera intelectual en que Ramiro se movía por aquellos años, es decir, en las grandes corrientes de la bibliografía histórica y filosófica, especialmente en Burckhardt. Pero en su admiración por estas épocas de gran estilo hay algo más que un eco de sus libros. Ese entusiasmo va unido a la personalidad misma de Ramiro Ledesma, a sus más caros, secretos y profundos aleteos interiores. Su cultura filosófica e histórica le hubiera permitido entusiasmarse de igual manera con la Edad Media. Y, sin embargo, nos dice, con evidente y excesiva pasión:

«La época, tétrica y oscura, del medievo es el gran pecado del hombre»[24]. Para él, «nosotros nacimos en los grandes días del Renacimiento, cuando lo tétrico y lo enjuto eran un pecado»[25].

Semejante culto al Renacimiento tiene en Ramiro una significación más honda que la de tal o cual influencia literaria. Es un canto apasionado al heroísmo, la vitalidad, la violencia; una apología de los tiempos críticos, trágicos y creadores. Aquel entusiasmo histórico tendría muy pronto su cauce sobre la realidad circundante. Se preludian ya los años inmediatos en que Ramiro Ledesma tratará de suscitar, en la España de su tiempo, todo aquello que le conmueve noblemente al evocar los días del Renacimiento.

Del pensamiento a la acción

A fines del año 1930 se verifica la honda y decisiva transformación de Ramiro Ledesma. Hasta esa época se había movido con indudable preferencia en una órbita de preocupaciones teóricas. En su dinamismo juvenil había proyectado empresas múltiples, pero exclusivamente empresas intelectuales. En otro tiempo proponíase fundar un «Grupo de jóvenes amigos de la filosofía»[26]. Preparaba también un «largo estudio» sobre «La tesis copernicana de Kant y el sentido actual del a priori»[27], y un libro sobre «Emilio Lask y la filosofía de los valores»[28]. Soñaba con lanzar una revista de porte ambicioso, que trataría de ciencia y filosofía, y se titularía «Sistema»[29].

Todos estos proyectos son abandonados de repente. Ramiro imprime un fuerte viraje a su vida y se lanza a la acción política. Al comenzar el año 1931 enarbola en La Conquista del Estado la bandera inicial de un movimiento que, a fines del mismo año, habría de bautizar con una expresión de afortunada novedad: nacionalsindicalismo.

Cuando, al correr de los años, un cuidadoso historiador intente reconstruir la vida y el pensamiento de Ramiro, tendrá que poner de relieve, como hecho básico e inicial, que en esa transición, en apariencia tan brusca, no existe nada que se parezca a la improvisación. Contra lo que pudiera creerse, la postura política que Ramiro inicia en La Conquista del Estado tiene sus precedentes en anteriores escritos. Existe toda una evolución, todo un proceso ideológico, a lo largo de varios años de vida intelectual, cuyo desenlace es la formulación de su doctrina nacionalsindicalista. De ese proceso de transición quedan huellas suficientes para que pueda ser reconstruido en sus líneas generales.

Y en ello radica precisamente el mérito insigne de Ramiro Ledesma. Su vocación política es una profunda determinación de todo su ser. No llega, por imitación, por deslumbramiento o por influencias externas, a sentirse elegido para iniciar un movimiento nacional. Llega, por el contrario, a través de una personalísima y profunda evolución, de conmovedora autenticidad.

El Ramiro universitario, ateneísta y filósofo, que glosaba el pensamiento alemán y publicaba con frecuencia ensayos críticos, no era un intelectual abstracto e indiferente. Bajo su aspecto de hombre frío se ocultaba una viva sensibilidad humana. Llegaba hasta él la tragedia social de las masas españolas y la tragedia nacional en que culminaba la decadencia de un gran pueblo. Sentía en su más recatada intimidad honda protesta contra un Estado senescente, incapaz de acoplar su pulso al

---

[23] Sobre Maquiavelo, un breve ensayo crítico en la Gaceta Literaria (15 octubre 1928).
[24] Cf. nota 20.
[25] «Tres libros de Filosofía», en la Gaceta Literaria (15 agosto 1928).
[26] Cf. Gaceta Literaria (15 agosto 1928).
[27] Revista de Occidente (junio 1930, págs 401-2).
[28] Cf. el artículo crítico sobre «El sentimiento de lo eterno», en la Gaceta Literaria (15 enero 1930).
[29] El proyecto de esta revista surgió en 1929. Ramiro Ledesma lo comunicó a algunos de sus amigos y tardó mucho en abandonar esta empresa, hasta que su actividad fue plenamente requerida por el quehacer político.

gran pasado español y a los tiempos inciertos y tormentosos que se vislumbraban en un porvenir inmediato. Y precisamente en aquellos años de 1928 a 1930, cuando más indiferente, académico y desentendido de su Patria podría juzgarse al Ramiro estudioso e intelectual, precisamente entonces comenzaba a formarse en él aquel estado de conciencia que le llevaría al hallazgo final de su política.

No tiene nada de extraño que sus primeras reacciones derivasen por un cauce meramente intelectual y teórico, puesto que bajo ese signo se deslizaba entonces su vida. Pero muy pronto la apetencia de un nuevo orden social y nacional desbordaría el cauce originario y angosto de los principios.

Veamos, en rápida ojeada, esas ideas de Ramiro Ledesma, enunciadas con anterioridad al año 1931, y en las cuales se adivina ya su futura posición política.

En 1929 definía incidentalmente la misión del Estado como autoridad máxima y ordenadora. «Una dificultad social lo es por alguna cosa: responde, pues, a una determinada exigencia, raíz indudable y central de las transformaciones posteriores que reclama... Nada importa más, para el conocimiento de las cosas provistas de un sentido, que su examen desde un punto de vista extraño desde el que se le impongan sentidos nuevos. Esa objetivación de los problemas, ese situarlos en sí mismos, respetando la esencia particular que en ellos reside, es para nosotros la primordial misión del Estado, y precisamente concurre en los tipos más robustos de Estado que examinemos. En los Estados, como en los individuos, subjetividad radical equivale a pobreza jerárquica, a impulsión estrecha y restringida»[30].

Es esencial, en estas líneas, el destacar, junto a la exaltación del Estado como principio ordenador, asentado en un sistema de valores de radical objetividad, la capacidad que el Estado debe tener para respetar la esencia peculiar de cada problema, los ámbitos particulares en que los problemas se producen.

Y también datan del año 1929 unas páginas de capital importancia para entender la evolución de Ramiro Ledesma sobre el papel de las juventudes en la Historia y, concretamente, en nuestro tiempo[31].

He aquí sus palabras: «Toda novedad auténtica está condenada, por radical designio, a no ser comprendida. Es el caso de las juventudes cuando acometen la creación de nuevos estilos de vitalidad. Los años mozos son envidiables, no por lo que en ellos se haga, sino precisamente por lo contrario: por lo que en ellos deja de hacerse. Esa posible desviación, esa convergencia de rutas desatendidas —solicitaciones fracasadas del exterior—, otorgan a la vida joven los máximos rangos. El joven goza, cada minuto, de ese peculiar sentido, atrofiado en la madurez, que se nutre de renunciar a unos valores para conquistar otros. Acontece, en momentos de crisis para una cultura, que las preferencias de las almas jóvenes difieren de las que tendrían sus padres ante los mismos inminente compromisos. He aquí la eterna disconformidad de las generaciones. Esas generaciones terminales que proporcionan al joven, por lo menos, una enseñanza: la de volver la espalda a sus emblemas.» Queda planteado en términos generales el conflicto de las generaciones jóvenes con los valores recibidos.

A continuación traslada el problema a nuestra época. Para Ramiro, la juventud de nuestro tiempo no adviene empeñada en negaciones radicales y suicidas. «Acontece que la juventud actual es recibida con suspicacia en todos los recintos. Existe un vago recelo a sus iniciativas, porque se la sospecha víctima de un tremendo afán cósmico por destruir valores. La vieja generación teme que los jóvenes destruyan sus valores. Las morales nacientes no suelen respetar escrúpulos venerables. Porque en ellas es siempre legítimo que si yo no poseo un valor, ni puedo conseguirlo, me esfuerce en negar a ese valor toda vigencia. E implante los míos. No es éste el caso de las juventudes actuales. No niegan los viejos valores. Por el contrario, los reafirman y superan. El recelo, pues, no tiene justificación. Fuera de algunas voces aisladas de ineficaz propósito, en todas partes la nueva juventud asimila los frutos antiguos.»

Ahora bien: esa generación joven, resuelta a respetar los valores heredados, pero a no renunciar a sus propias realizaciones, es definida por alguien como juventud impresionista. Ramiro Ledesma, polémicamente, devuelve la acusación al campo de donde procede, a las generaciones anteriores. Y concluye: «He aquí, pues, la generación pasada, impresionista y culpable.» El ensayo de Ramiro es,

---

[30] «La Asociaciones de estudiantes», en la Gaceta Literaria (1º noviembre de 1929).

[31] «Juventud e Impresionismo», en Atlántico (Madrid, agosto 1929, págs. 14-16). Véanse también las finas observaciones políticas del artículo «Maurras y el Catolicismo», en la Gaceta Literaria (1º abril 1928).

en su integridad, una defensa de las juventudes intelectuales, aunque aclara que «el debate pudiera generalizarse, sin modificación esencial, a otras áreas cualesquiera».

Así, pues, a lo largo del año 1929, el joven intelectual que era Ramiro Ledesma recogía de su pueblo y de su tiempo imperiosos requerimientos. La vocación política comienza a suscitarse. Añora un Estado autoritario y reivindica a la juventud como impulsora de nuevos valores.

Un año más tarde, esta naciente inquietud política se ha adueñado de Ramiro. En 1930, junto a su intensa vida intelectual, cobran cuerpo las preocupaciones políticas concretas.

Con ocasión de una encuesta sobre la vanguardia, Ramiro escribe, entre otras cosas, lo que sigue: «¿Y los escarceos políticos —finales— de la vanguardia? Bien poca cosa. Algún grupito quiso ser liberal y demócrata, esto es, retaguardista, y se afilió a doctrinas políticas del más viejo Ochocientos. Ni siquiera se han hecho socialistas. ¡Son liberales y revolucionarios de Ateneo! Otros, quizá más avisados, parece que no quieren mezclar la política con la literatura. Son los irresponsables y los puros. ¡Dios los bendiga! Otros, catolicísimos y no sé si monarquísimos, se dice también que ensayan unos ademanes... Desde luego, decimos nosotros, a todos se les escapa el secreto de la España actual, afirmadora de sí misma, nacionalista y con voluntad de poderío»[32].

A partir de estas líneas de 1930, ya no cabe duda. Está echada la suerte. Una concepción política de poderosa novedad bulle en la mente de Ramiro Ledesma. El tiempo le permitirá madurarla. Lo esencial está hecho: místicamente, cree haber entrevisto el secreto de España. Las fórmulas, la emblemática, la doctrina, los proyectos, vendrán después, madurando lentamente en torno a la inicial inspiración.

En otro texto, también de 1930, podemos comprobar cómo este pensamiento político se concreta cada día que pasa, tomando formas robustas y definidas[33]. Con severa expresión describe el vacío histórico de nuestro tiempo, la oquedad hostil de la época. No olvidemos que en un ensayo anterior afirmaba que marchábamos hacia una edad oscura y desértica. Este pensamiento —la tristeza de la época presente— aparece ahora transferido del orden intelectual a todos los órdenes vitales.

«Desde hace un siglo, aproximadamente, el hombre vive desilusionado de metas infinitas y últimas, y aparece entregado a ilusiones y tareas de actualidad inmediata y cercana. Si hay una época desilusa de anchas perspectivas trascendentes, es la nuestra... No hay épocas buenas o malas. Hay épocas que aspiran a esto y épocas que aspiran a aquello. Pues bien: la nuestra aparece despejada de aspiraciones. Es toda ella tensión actualísima, y quizá por primera vez en la Historia el fenómeno se presenta con tal radical carácter...» De ahí nace precisamente el conflicto de nuestro tiempo con los anteriores. «Una época así ha de arrancar su vigencia a viejos conglomerados de valores que caducan. Ahí vemos ya moribunda y tenue la concepción demoliberal del Estado como algo inservible e invalioso. Ahí están las viejas costumbres señoriales, derrumbadas, para dejar paso a las nuevas jerarquías.»

¿Cuáles fueron las causas que impulsaron esta colisión dramática de las épocas? ¿Qué circunstancias caldean y ponen tensión a esta pugna de valores?

Los nuevos tiempos y sus peculiares contenidos históricos no han sido deliberadamente elegidos o queridos por los hombres. Llegan a nosotros con carácter necesario, con ineludible forzosidad. «Desde la Gran Guerra, se han hecho más patentes los nuevos y radicales destinos de la época. Ello no se debe a la integral victoria de la civilización mecanicista y técnica. Advino al mundo esta civilización, no por sufragio universal, no por general consenso, sino que nos ha sido impuesta, hayámoslo o no querido. El fenómeno es curioso, porque en ningún otro momento histórico está reflejado ese irracional primario, que opera, sin ser visto, en los recodos de la Historia.»

La entrada de las masas en la Historia es la primera resultante de ese nuevo orden de los tiempos. «El viraje decisivo que han efectuado las masas para su entrada en el mundo actual constituye quizá su primera intervención con signos y caracteres positivos. Hasta aquí, la corriente humana de estirpe inferior ha venido consagrándose, bien a negar (por influjo demagógico), bien a acatar (por influjo de pastores), las obtenciones valiosas que realizaban las minorías sobresalientes y aristocráticas. Hoy, no. Hemos entrado en un tipo de vida en el que cabe la acción positiva de la gran masa. En la política, ello supone, no la exaltación de la cadaverina liberal y democrática, que descompone pueblos y destinos, sino la franca colaboración activa, jerárquica, en las empresas de alto porte que el Estado inicie.»

---

[32] Contestación a la encuesta «¿Qué es la vanguardia? », en la Gaceta Literaria (1º julio 1930).
[33] «El concepto católico de la vida», en la Gaceta Literaria (15 septiembre y 15 octubre 1930).

Las masas, al articularse en una nueva política, originan la crisis histórica. Surge una pugna histórica de ancho ámbito. «El deportista, el obrero, el político, el intelectual, se oponen a otras cosas que también existen en el mundo, que son el Estado liberal, la indisciplina, la moral burguesa, la economía individualista, etc. E imponen la jerarquía, el Estado absoluto, la economía sindical, etc. Este es el mundo de hoy, quiérase o no. Y el mundo tiene siempre razón.»

Estos párrafos son también anteriores a La Conquista del Estado. La evolución está ultimada. El político aparece, en su plenitud, capacitado ya para la acción. La doctrina existe, desde este momento —octubre de 1930—, en sus líneas generales: Estado autoritario, reivindicación de las juventudes, época en crisis, valores nuevos contra valores caducos, apetencia de una España nacionalista con voluntad de poderío, encuadramiento de las masas en una nueva disciplina, economía sindical...

Un esquema de lo que ha de ser la doctrina nacionalsindicalista. En estos escritos prejonsistas de Ramiro Ledesma se preludian algunas de sus principales aportaciones posteriores a la teoría política[34].

El intelectual se ha transformado en político. Aquel joven estudioso que ansiaba la hegemonía de España en el mundo filosófico ha descubierto que lo que ansiaba, en rigor, era una España con voluntad de poderío. A este Ramiro Ledesma de finales de 1930, que acaba de formularse apasionadamente una nueva doctrina política, pensada para su Patria y para su tiempo, sólo le falta decidirse a la acción. En enero de 1931, en un escrito también anterior a su primer órgano político, nos anuncia indirectamente este propósito de acción. Se refiere a un político socialista, significado también en el mundo de las letras. Alude a su semblanza política y añade: «... de la que radicalmente difiero y estoy llamado a combatir de un modo implacable y agresivo»[35].

Implacable y agresivo. A las ideas anteriormente enumeradas se suma la decisión de optar por la violencia en la lucha política. El nacionalsindicalismo no ha sido fundado todavía, pero aparece ya prefigurado en sus rasgos esenciales.

El político

El 14 de marzo de 1931 inicia Ramiro Ledesma la publicación de La Conquista del Estado. Desde esa fecha, su acción política no cesaría ya, directa o indirectamente realizada, hasta el momento mismo de hacer a España la ofrenda heroica de su vida.

Puso en la política la misma pasión que, antaño, cuando soñaba en la literatura, había puesto en sus escritos y en sus ambiciones; la misma pasión que, más tarde, encubierta bajo la serenidad de los temas filosóficos, había puesto en la vida intelectual. Emiliano Aguado, el escritor de la generación de Ramiro que mejor le ha comprendido, ha expresado esta entrañable humanidad del fundador de las JONS de manera insuperable. «Ramiro encuentra en la política la pasión que ya no le ofrecía la ciencia, pues no acertó jamás a vivir sin pasión, y es conmovedor verle con frecuencia buscando formas frías de expresión para ocultar la infinita ternura que bullía en su corazón de hombre fuerte»[36].

Al aceptar como tarea la política, ligando su destino a la suerte de España, Ramiro hizo generosa renuncia a un futuro esperanzado y magnífico en la vida intelectual[37]. Para España, esta renuncia fue fecunda. Ramiro inició y puso en marcha, no sólo la doctrina creada por él, que designó con el nombre de nacionalsindicalismo, sino también unas consignas, una emblemática, una táctica. Su creación produjo, a la larga, un nuevo clima moral en la juventud de España. Por sí solas, las JONS y el jonsismo hubieran constituido un movimiento capaz de lograr la dignidad, la grandeza y el poderío de España. La Historia corrió por otros cauces, y al jonsismo se unieron, al correr de los años, otros sectores de la política española, originándose un nuevo movimiento.

La figura de Ramiro permanecerá, destacándose en la Historia contemporánea de España con

[34] Dejando aparte ciertos atisbos muy certeros que se encuentran en las más juveniles obras de Ramiro Ledesma, tanto en El sello de la muerte, de 1924, como en una obra manuscrita, compuesta a los diecinueve o veinte años y titulada El «Quijote» y nuestro tiempo, que se halla en poder de la familia Ledesma.
[35] «Filosofía 1930», en la Gaceta Literaria (1º enero 1931).
[36] Cf. Emiliano Aguado: «Ramiro Ledesma y su tiempo», en *Levante* (23 septiembre 1939).
[37] Roberto Lanzas: «¿Fascismo en España?» (Madrid, 1935, páginas 53 y 54), y Montero Díaz, en Prólogo al Discurso a las juventudes de España, tercera edición (Ediciones FE, Barcelona, 1939, páginas 10 y 11).

relieves geniales. A medida que pasen los años, se comprenderá la inmensa eficacia creadora de su pensamiento, su espléndido sentido de la acción y la lucha, el poético valor de sus emblemas y consignas. Todo eso está presente en la conciencia de España.

Cae por completo fuera de mi propósito analizar o exponer la concepción política de las JONS y de Ramiro Ledesma[38]. Solo he de recordar que el rigor, la coherencia íntima y la radical originalidad de su doctrina están en estrecha conexión con el aprendizaje de seriedad y sistema de su anterior formación filosófica. Con peculiarísima autenticidad, Ramiro derivó de lo intelectual a lo político, en una transición dramática y conmovedora.

Y, sin embargo, a pesar de sus orígenes intelectuales, su política poseía una inspiración, una mística violencia, una pasión española no superada por ningún otro de nuestros políticos en lo que va de siglo. Sentirse responsable de la Historia de España, salvar al hombre con la Patria, defender con el mismo tesón la libertad profunda del hombre que la sagrada autoridad del Estado: todos los grandes principios que vitalizan su doctrina han sido concebidos en trance entusiasta y poético.

Y sobre todo eso, sobre su gran creación política, a cuyas expensas, interpretándola con mayor o menor fidelidad, viven otras fuerzas ulteriormente llegadas a la vida nacional, puso Ramiro Ledesma el augusto ejemplo de su muerte. Había vinculado su vida al destino de España. Y en horas trágicas para España, Ramiro penetró con serena grandeza en el desenlace, también trágico, de su existencia.

Ofrendó su sangre con el mismo estilo combativo, generoso y gallardo que había informado su vida.

Los que hemos estado a su lado lealmente, y los que después de su muerte, en tiempos de risueñas complacencias, mantenemos el hosco e irreductible acento de esa lealtad, estamos seguros de que el ejemplo, el pensamiento y la sangre de Ramiro Ledesma no han sido estérilmente ofrendados a España.

[El presente texto, fue preparado por su autor, para la edición póstuma del libro de Ramiro Ledesma «Escritos filosóficos», (Imprenta y Encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941)]

[38] Véase, a más del citado prólogo y el trabajo, también citado, sobre La Universidad y los orígenes del nacionalsindicalismo, mi conferencia Por la Patria, el Pan y la Justicia (Madrid, 1939). Los futuros expositores del pensamiento político de Ramiro Ledesma habrán de tener muy en cuenta, aparte de sus trabajos en La Conquista del Estado y la revista JONS, y de los libros Discurso a las juventudes de España y ¿Fascismo en España?, ya citados, el espléndido artículo «Ideas sobre el Estado» (1º marzo 1933).

Advertencia inicial

Publico en este volumen una serie de ensayos filosóficos, casi todos aparecidos ya antes, con leves alteraciones, en revistas diversas. Se escribieron en muy varia ocasión, y obedecen quizá a preferencias momentáneas, fijando unas lecturas o insistiendo en el relieve personal de algún filósofo. Todos tienen, sin embargo, el nexo profundo que les confiere el pertenecer a un momento preciso de la vida intelectual del autor: el de su primera juventud, de la que ahora estrictamente sale, a los veinticinco años, para dar cara a otras responsabilidades y otras tareas de grado muy distinto. Ante el complejísimo paisaje de la problemática filosófica, el autor ha proyectado tan sólo lo que en él mismo había de exigente y de curioso: una juventud y unos entusiasmos. Quiere esto decir que los trabajos filosóficos que siguen no aspiran en manera alguna a momificarse en perfecciones. No son nada definitivo ni completo, y el lector no debe empeñarse en buscar en ellos lo que no tienen, ni han podido tener, ni yo he querido que tengan: la radical y última actitud, frente a unas figuras y unos temas. Alguna vacilación he sufrido para determinarme a enviar a la imprenta estos ensayos. Pero aquí están, adscritos a su función rigurosa, que no es otra que la de ofrecerse como un resumen —poco, mucho o nada valioso— de un entusiasmo adolescente por la filosofía. La misma decisión que me llevó en su día al encararme por primera vez con los supremos temas de la filosofía, a arrostrar todas las dificultades y a vencerlas —con alguna violencia, si se quiere, pero con absoluta rectitud intelectual—, me impele ahora también a arrostrar de nuevo las posibles iras magistrales.

Todos los jóvenes de mi edad que se han acercado estos años a la filosofía lo han hecho con una obligada timidez, surgida del ambiente, cohibidos ante la tremenda y diaria convicción española de que aquí no ha habido ni habrá nunca filósofos.

Y, sin embargo, la filosofía es inevitable, si queremos forjar una cultura seriamente creadora. Nada hará entre nosotros el físico, el jurista, el historiador, si no logramos que se densifique en nuestra atmósfera intelectual el gusto y la afición por los problemas centrales de la filosofía. Ella tiene el secreto de los nexos sobre que gravita el enjambre teorético de que el hombre de ciencia se rodea a todas horas. Así, todavía, la cultura española es tosquedad y radio breve, sin una concepción del mundo ni una seria dedicación a los temas fundamentales. Semejantes limitaciones deben ser torpedeadas por la generación nueva. A base de cien cátedras magníficas de filosofía.

Madrid, octubre de 1930

[Esta nota prologal figuraba en las carpetas de Ramiro Ledesma Ramos como introducción a una selección de artículos sobre filosofía, que tuvo la intención de publicar en forma de libro. Este libro aparecerá, sí, pero de forma póstuma, en 1941, y bajo el título *Escritos filosóficos* (Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid). Una reedición de este libro —con levísimas correcciones— fue publicada en 1982 con el título *La Filosofía, disciplina imperial,* por la también editora madrileña Tecnos. Este título, que lo es también de un artículo publicado en el rotativo *El Sol,* era el que Ramiro Ledesma Ramos había pensado para ese volumen que jamás llegó a ver. Los trabajos que recogen ambas ediciones y que están presentes en estas *Obras Completas* son los siguientes: "La Filosofía, disciplina imperial", "Notas sobre Heidegger. ¿Qué es Metafísica?", "De Rickert a la Fenomenología", "Esquemas de Nicolai Hartmann", "La última incógnita de Max Scheler", "Keyserling y el 'sentido'", "Un libro francés sobre Hegel", "El causalismo de Meyerson", "Bertrand Russell: *Análisis de la materia",* "Las sensaciones táctiles", "Hans Driesch y las teorías de Einstein", "Sobre la Filosofía del Renacimiento", "Vigencia de Vico", "Unamuno y la Filosofía", "El filósofo Amor Ruibal" y "Gracián y Schopenhauer"]

La Gaceta Literaria

LA GACETA LITERARIA

Escaparate de libros. Libros italianos. Filosofía practica, por B. Croce

Filosofía práctica, en sus aspectos económico y ético, por el Profesor B. Croce, traducción de la tercera edición italiana, prólogo y notas por Edmundo González Blanco.

* * *

Es este libro una de las mayores y mejores aportaciones que la ciencia europea ha dado a la solución de los problemas económicos y éticos más discutidos actualmente. En él se admiran la galanura de forma, la profundidad de deducción y la originalidad de conceptos con que el genial profesor italiano expone, desarrolla y prueba su sistema en la esfera de la utilidad y de la moralidad. Nadie como él ha penetrado la armonía que existe entre los dos aspectos más interesantes y extensos de nuestra actividad espiritual, ni nadie tampoco ha sabido demostrar tan gallarda y cumplidamente la trascendencia de esa armonía admirable en todos los demás aspectos de la vida humana, así individual como colectiva.

Es un hermoso libro escrito con estilo claro y brillante, con ese lenguaje persuasivo y convincente que distingue a los hombres versados en la ciencia de las ciencias, la Filosofía, y cuyo texto forma un cuerpo completo de doctrina especulativa concerniente a la economía y a la ética.

El veterano publicista Edmundo González Blanco, bien conocido en España y fuera de ella por sus méritos como erudito y como pensador, ha traducido fielmente al castellano la *Filosofía Práctica,* con arreglo a la tercera y última edición italiana, cuidadosamente revisada por el autor. Y para que el lector no emprenda el estudio de obra de tan altos vuelos sin la preparación necesaria, el traductor ha hecho para esta edición española un breve, pero concienzudo estudio expositivo de la Filosofía del Espíritu, de Croce, de la que es la *Filosofía Práctica* una de las partes, siendo la primera de esta serie, su famosa *Estética.*

[LA GACETA LITERARIA, 5, 1 de marzo de 1927, pág. 4]

Necrología de un suicida

León Tejedor y Lomas era un joven inteligente que se presentó en nuestras tertulias no hace mucho y dejó en nuestra redacción estas cuartillas, tituladas "Toledo, nuevamente", y en las que retoza la ingenuidad de la primera salida. Era el oposicionista tranqueado por el trabajo preliminar de la oposición, fenómeno que tiene los trastornos de una adolescencia con cruces de menopausia.

Su biofono quedó quebrado por el esfuerzo y, después de escribirnos la carta del que se va de refilón por haber salido mal, bromeó con los amigos sobre su próximo suicidio, burlándose de cómo podría caer y del estilo de gacetilla, que quizás diría: "cayó decúbito supino".

Hace unos días cumplió su vaticinio y se mató de un tiro.

Ahora recordamos que en su ser había una cosa desajustada y no respondía su figura a sus bromas, y, en su voz fuerte, había gallos, en el que se le sentía cohibido frente a la vida y resbalando frente a lo que decir.

En una vida que necesita, sobre todo, una gran paciencia, fue impaciente, y hoy su madre treme en un dolor sin consuelo.

Sin ser sensibleros, ante la madre de un suicida comienza nuestra sensibilidad a oscilar. Si se tiene verdadera vocación al suicidio, hay que esperar a que la madre muera.

La madre, cuando pierde su hijo por la fatalidad, se queda tan chiquita y tan sin fuerzas frente a una muralla tan grande, que la misma fatalidad embota un poco su dolor; pero cuando el hijo ha

buscado voluntariamente su muerte, ese choque con la gran fatalidad misteriosa toma otras proporciones más incomprensibles y la memoria no puede aplacarse como se aplaca frente a la gran pared negra de la muerte involuntaria.

Para no crear ese conflicto ensañado y terrible, sólo se deben suicidar huérfanos de madre, y hasta esos mismos, deben aguardar a que la vida, que es la madrastra que se encarga del huérfano, sea muy dura con ellos.

[LA GACETA LITERARIA, 9, 1 de mayo de 1927, pág. 2. Sucinta semblanza de su malogrado amigo León, cuyo póstumo trabajo, al que hace referencia Ramiro Ledesma Ramos, aparece publicado, por cierto, en la misma columna, inmediatamente después]

Transeúnte eximio. El matemático Rey Pastor

Toda la joven España, la nuestra, la que dispone de medidas legítimas de Apreciación, Valoración y Estimación, vibra hoy con alborozo ante la figura de este hombre insigne, que es y representa para nosotros tantas cosas admirables. Una de ellas, su gesto magnífico —que advertimos también en el filósofo Ortega y Gasset, en el físico Cabrera— al remontarse en vuelos amplios sobre las llanuras desoladas y sembrar aquí el germen de las inquietudes superiores. Porque usted, Rey Pastor, es uno de los pocos —¿tres, cuatro?— impulsores geniales de la España renacida, y por usted, y gracias a usted —con esos tres o cuatro— existe y se afirma hoy una juventud dispuesta a los actos heroicos del Competir (Competir es llegar, por lo menos, hasta donde otro llegue; es la disputa de primacías, y para esto lo urgente es situarse en las vanguardias, pues los gestos bélicos, cuando no se hacen con enemigo a la vista, resultan infecundos). Usted ha sido el primero —así, el Primero— que logró atrapar el pulso matemático de Europa, pulso deslizable y fino como un pececillo a tanto surcar las aguas sutiles del espíritu. Y con el descubrimiento precioso, usted vino aquí, al páramo, donde aún resonaban las discusiones baldías, de espíritu mediocre, acerca, de si habíamos contribuido de alguna manera al acervo científico, del mundo. ¡Oh, Menéndez Pelayo, Laverde, Fernández Vallín! Y, por otro lado, también sectario, Echegaray. Usted cerró las discusiones con sus *Matemáticos españoles del siglo XVI* de forma irrebatible y nada halagüeña, por cierto, al huero patriotismo de aquellos señores. Y después mostró, ante las palideces atónitas, su gran Argumento: Que en España era posible la genialidad matemática, resultó pronto una evidencia legítima viéndole a usted, ágil y magnifico, revolverse contra las brumas poderosas. A grandes soplos, como un titán. Alegremente, como un griego. Con tanta elegancia y bellos primores, que los ojos juveniles le seguían maravillados, enfebrecidos por ansias divinas de conocer. Desde entonces, sólo desde entonces, fueron posibles en España los estudios matemáticos rigurosos, esenciales, y accesibles también las conquistas más nuevas.

Por todo esto, Rey Pastor, LA GACETA LITERARIA se honra hoy —flameando sus más puros entusiasmos— exaltándole a usted, que es Categoría de símbolo y es básica columna en las construcciones jóvenes de la hora.

Yo me he destacado del grupo, por designación graciosa del director, Giménez Caballero, y he pretendido llevar a cabo la charla esta —trayectoria de temas aguileños— con objeto de esparcir sus frases actuales con las mejores resonancias.

—Usted, Rey Pastor, ha hecho trabajos sobre la Historia de las Matemáticas en España y conoce bien los núcleos estudiosos actuales. ¿Es lícito hablar de incapacidad de nuestra raza para la investigación de las ciencias exactas?

—De incapacidad, precisamente, no. Son otras las causas que explican esta penuria —casi inexistencia, mejor dicho— de nombres españoles en los anales gloriosos de la ciencia matemática. Porque creadores, en el sentido riguroso de la palabra, de hombres que hayan logrado imprimir un rumbo peculiar a esta ciencia no ha existido ninguno. Las causas de esto son complejas, aunque no sea difícil localizar las más inmediatas. Sabe usted que en España el Renacimiento no floreció íntegramente. Más que un Comenzar, una afirmación de nuevos estilos para el futuro, significó una Plenitud, y, por lo tanto, no logró imponer normas fecundas a la Inteligencia. Fue un final brillante, apoteósico, de la Edad Media, no un comienzo de la Edad Moderna, como sucedió en el resto de Europa. El espíritu del mismo Siglo de Oro se nutría aún de esencias medievales y está ausente de él ese aire de novedad y pujanza que informa el verdadero Renacimiento europeo.

El siglo más notable, por lo que a nosotros interesa, es el XVI, que fue pródigo en matemáticos de talento, pero cometieron el error de ir a París, cuya Universidad en aquel entonces se encontraba muy a la zaga en estos estudios, y, ¡claro!, nuestros hombres, bien dotados, sin embargo, no lograron siquiera enterarse de que en aquellos mismos días los matemáticos italianos y alemanes poseían conocimientos muy superiores a los suyos.

Después, durante los siglos XVII y XVIII, el aislamiento intelectual de España es casi completo. En estos dos siglos —que yo insisto en creer no fueron dos, sino seis, puesto que cada uno vale como tres— se descubren y crean las más geniales concepciones matemáticas. España está, en realidad, ausente de estas grandes floraciones. Se enteraba muy tarde y mal de las cosas. Acháquese esto a la política funesta de los Austrias o a lo que quiera achacarse.

—¿Y hoy? ¿Advierte usted, entre nosotros, un posible renacer de los estudios matemáticos?

—Es difícil contestar a eso. España, desde hace algunos años, ha cambiado notablemente. Hay, sin embargo, todavía una ausencia total de estímulos que hiere de muerte a la investigación. Mientras esto no desaparezca, serán infructuosos casi todos los intentos. Los alumnos mejores van a la conquista de las técnicas, se hacen ingenieros, como los de posible vocación filosófica, según me advertía Ortega y Gasset, se hacen abogados. No obstante, luchan tenazmente contra esa falta de estímulos y constituyen un núcleo valioso de matemáticos, éstos que le voy a citar muy complacido: Pineda, Fernández Baños, Puig, Lorente —éste, sobre todo, el mejor—, Araujo, Orts, etc., y entre los más jóvenes Rodríguez Bachiller, Lorente de No, Escobar, Carranza... Todos ellos discípulos míos. Puede usted creer que son una esperanza de que en España llegará la Matemática hasta donde hayan de llegar otras ciencias. Trabajan en el Seminario matemático, con el que también ha tenido contacto el filósofo Zubiri, a quien considero casi alumno mío, pues allí acudió en busca de orientaciones. Posee Zubiri, desde luego, una cultura matemática muy intensa, más de la necesaria para un filósofo.

—¿Qué me dice usted de su labor gigante en la Argentina? Sabemos de sus grandes éxitos en este país, pero ignoramos si usted ha encontrado allí un número regular de alumnos que sigan sus cursos con cierta constancia y de vocación suficiente para las difíciles abstracciones de la Matemática.

(Es sabido que Rey Pastor explica en la Universidad de Buenos Aires, donde dirige la Facultad de Matemáticas con éxito singular desde hace ya siete años. Ahora, dentro de breves meses, volverá de nuevo a la Argentina, aunque, según me ha manifestado, su estancia no ha de ser larga, reintegrándose después a su clase de Análisis matemático en nuestra Universidad Central.)

—Allí, en la Argentina, también se nota en los muchachos de aficiones matemáticas una gran preferencia por las Facultades de Ingeniería. Fenómeno natural en un país que se encuentra en pleno desenvolvimiento económico, en brote aún sus recursos materiales. Sin embargo, no falta quien dedique esfuerzos serios a la ciencia, y yo mismo he tenido la fortuna de hallar buen número de discípulos consecuentes que siguen mis trabajos con todo entusiasmo. Puedo citarle a usted, como ya realmente formados en cuestiones matemáticas, a Butty, Decano de la Facultad de Ingeniería, hombre de gran talla científica e introductor en aquellas tierras de las teorías de Einstein, a Castiñeiras, también ingeniero, y Loyarte, físico eminente en la Universidad de La Plata. De mis discípulos más jóvenes, aquellos que puede decirse se han formado bajo mi dirección, anote como muy trabajadores y de vocación firme a Blaquier, Babini, Vignaux, Lamenza y, por último, para romper la monotonía de patronímicos italianos y franceses, a Varela Gil.

En efecto; hago observar a Rey Pastor la casi bochornosa insistencia con que los apellidos italianos abundan en las clases intelectuales de la Argentina, predominando sobre los de origen español en todos los aspectos de la cultura.

Italia ha sido siempre, en verdad, un país de muchos y buenos matemáticos. Parece cosa de la tierra, y, desde luego, es tan natural en Italia un matemático como en Francia, por ejemplo, un hombre de letras. Circula por el país, a este respecto, una frase graciosa y singular que hace alusión a tal fenómeno, y es que "en Italia se siembra una 'fagiuolo' —alubia— y sale un geómetra". Hoy mismo es, sin duda, el país donde más se trabaja y más fecundos resultados se obtienen en las ciencias matemáticas.

—La teoría física de la Relatividad, ¿ha planteado nuevas cuestiones a la matemática? Se ha dicho que Einstein carecía de instrumental matemático suficiente para la exposición total de sus teorías, y que éstas, y no otras, eran las causas de sus dificultades últimas. ¿Es esto así?

—No. En modo alguno. Verá usted. En los últimos cien años la matemática ha realizado empresas e intentos que la alejaban cada vez más del sentido de Utilidad. Ha sido un período en que ha triunfado la especulación lógica, ganando así en rigor y sutileza lo que por otra parte perdía en Objetividad. Recuerda esto algo a los griegos, que también construyeron sus matemáticas en puro afán de conocer, no guiados por un esfuerzo estrictamente utilitario. La física no aprovechaba estos esfuerzos, ni asimismo los requerían otros estudios. En el siglo XIX, repito, ha acontecido algo semejante. Ha sido, pues, un período griego. Los matemáticos creaban moles abstractas, en apariencia divergentes de lo real, sin finalidad posible en campos extraños a la especulación. Concepciones a primera vista tan inútiles —de legitimidad objetiva dudosa—, eran consideradas como vanos sueños del espíritu, que se perdía en sus mismos senderos, en pura abstracción.

Así el cálculo diferencial absoluto de Ricci, como antes las Geometrías de Lobatchisky y Gauss y los trabajos de Riemann acerca del Espacio, de n dimensiones. Y vea usted, sin embargo, cómo es precisamente de aquí, de esta matemática abstracta y tenida por inútil, de donde Einstein obtiene el instrumento matemático más valioso para su teoría. Los físicos italianos del Renacimiento se aprovecharon en forma parecida del saber matemático de los griegos, y de todos es conocido que las teorías de Copérnico se encontraban ya esbozadas en las ideas pitagóricas.

Es la diferencia notabilísima que se advierte entre Newton —la figura científica más poderosa que ha existido— y Einstein. Aquél tuvo que construir, a más de la formidable teoría física, el instrumento matemático. Así inventó el Cálculo infinitesimal. Einstein, por el contrario, ha tenido la fortuna de encontrarse ya hecho el instrumento. No es, pues, la falta de conocimientos matemáticos lo que impide llegar a las claridades deseadas en la teoría de la Relatividad. Lo que ocurre es que se trata de cálculos complicadísimos, de realización sobremanera difícil y elevada.

—Hay en el siglo XVIII español un hombre curioso: Torres de Villarroel, de gran perspicacia literaria y catedrático de Matemáticas en Salamanca. ¿Cree usted que este hombre, algo farsante y presumido, poseía realmente conocimientos superiores? Me parece haber oído en la clase de Moren-te que sí, opinión que choca con la que yo he tenido siempre.

Rey Pastor sonríe ante la figura de este truhán redomado que fue Villarroel, hombre que si tuvo alguna virtud matemática, fue la de burlarse de sus compañeros de Salamanca. Trae de su biblioteca la autobiografía de Villarroel, editada por Onís, y lee unos párrafos. Una alusión al Almagesto, de Ptolomeo, y varios otros detalles, nos convencen de que, científicamente, no debía encontrarse a mucha distancia de aquellos a quienes satirizaba con tanto éxito como razón.

—En efecto, bien hizo usted en limitar sus investigaciones al siglo XVI. En el XVII y XVIII hubiera usted encontrado cosas estupendas, de gran valor irónico y revulsivo. Del XVIII, el reinado matemático de un Torres Villarroel en Salamanca y las ediciones múltiples de la *Aritmética práctica y especulativa,* del Bachiller Pérez de Moya —libro arcaico del siglo XVI, y que, como usted ha probado, no respondía, a pesar de sus indudables excelencias, a los adelantos matemáticos de su tiempo— nos revelan todas sus pobres y modestas posibilidades.

Rey Pastor vuelve a sonreír y asiente. Quizá le parezca amargo que la juventud española tenga que enterarse, antes que de otras cosas, de la gran fechoría que en materia científica nos han jugado los siglos. No importa, insigne maestro. Es nuestra mejor Afirmación.

Y aquí termina la charla. ¡Divinos minutos estos de un brumoso día de Marzo con la mente más clara de España! Yo prendo con el mejor broche vuestro recuerdo, ¡oh dulces minutos fugaces! Rey Pastor me tiende la mano, entre sonrisas, y nos despedimos.

Aquí, ahora, vosotros, gente de la España nueva y renacida, todos en fila, con los sombreros en alto, como gigantescos signos de admiración. Hoy suenan los timbales de LA GACETA LITERARIA en loor de este grande hombre. Mañana sean otros, y luego otros, y alguien siempre.

Mientras tanto, yo, que estoy en el secreto, pido un millón de pesetas de subvención estatal para ese seminario matemático que Rey Pastor ha fundado entre nosotros.

[LA GACETA LITERARIA, 30, 15 de marzo de 1928, pág. 1]

Maurras y el Catolicismo

Este sacerdote del Orden y de la Inteligencia, que es Carlos Maurras, guarda el secreto de las

conversiones novecentistas. Todos los afanes ecuménicos del siglo y los nuevos valores del espíritu se encuentran en él arracimados y densos como en colmena. Este hombre, que lleva a la espalda un bagaje de experiencias innumerables, ha sido hijo más o menos amado de la Iglesia Católica, hasta hace bien poco, en que los truenos bíblicos rugieron contra "La Acción Francesa" y le obligaron a encararse con una experiencia más: Toda la obra de Maurras está hecha a base de un acuerdo con el catolicismo; y hay que analizarla de nuevo a la luz de los aconteceres últimos. Maurras ha pasado a ser un heterodoxo, no ciertamente un hereje.

En estas líneas sobre Maurras vamos a prescindir de la periferia nacionalista en que gusta envolverse —superficie donde tantas veces hemos rebotado sus lectores— para encararnos ágilmente con el otro Maurras integral de los grandes fulgores de Belleza y de las finas captaciones de Verdad. (Lo político es en Maurras lo elemental, lo primario. En su exacto sentido: lo fuera de razón. No obstante, en la obra de Maurras el fluir político es permanente y de una jugosa y limpia ordenación de clasicidad.)

Carlos Maurras llegó a la vida intelectual del brazo de dos ideas magníficas, y a puro dialogar con ellas en todos los tonos posibles, consiguió creer en un maridaje sintético y en un haz de colaboraciones infinitas. Augusto Compte y el positivismo, por un lado. La iglesia y el catolicismo, por otro. Él, en medio, Artista puro, era la Armonía, el Equilibrio y la Definición. No podemos hablar de fracaso. No. Pero tampoco de victoria. Sí, en cambio, a su través, examinar esas interrogaciones y esos problemas de conciencia que tanto parecen preocupar a las juventudes nuevas. Tuvo el acierto de ver antes que otros que no conviene al espíritu excluir de su seno la experiencia religiosa. Y señaló el gesto adecuado, que no es el de las ráfagas impetuosas de la Mística, sino, por el contrario, la serena y tersa satisfacción de un "logos". Fue, desde el primer momento, un católico *a posteriori,* un católico convencido, que podemos decir en puridad. Hijo de los resultados, no de las causas primeras. La palabra más exacta para calificar su actitud católica no es la de creyente, sino la de admirador. Pocas veces alude Maurras en sus libros a esa cosa *tabú* y recatada que es el dogma. Lo acepta sin reservas, y de aquí que le sea muy difícil a la Iglesia localizar en sus obras gérmenes de herejía. Y cuando llega la hora de los truenos y de las excomuniones, tiene que asirse al análisis de la obra pagana del artista o a las ideas políticas del director de un grupo.

Carlos Maurras, pensador clásico, por excelencia, se aferró siempre a una Tradición. La tradición esencial es el hilo de Ariadna que nos conduce a una actitud clásica. El clasicismo se nos ofrece, enlazado con el tiempo, en lo actual. Pero no todo lo actual es clásico. Precisamente, para obtener de esa gran maraña de cosas y problemas, que es lo actual, aquello que signifique clasicismo es para lo que nos sirve la Tradición.

Que es labor de Continuidad y de Acatamiento a las normas supremas. (En este sentido, por su inteligente actividad y análisis, nuestra juventud literaria es clásica.) Maurras identificó un poco su tradición con la Iglesia Católica. Veía en ella eficacia y, sobre todo, coincidencias en el respetar. Así dice en "L'Avenir de l'Intelligence" que la Iglesia es "le dernier organe autonome de l'esprit pur". Esta frase es el conjuro y el secreto que guía las conversiones de los últimos años. Frente a la soberanía de la Inteligencia se han alzado otros poderes, y es la atmósfera bélica lo que lleva a la experiencia católica a grandes núcleos de pensadores libres que temen por los fueros esenciales. Así tenemos por delante un nuevo período, alimentado de Teología y de Metafísica, que trata de volver a las grandes Definiciones. Porque los conversos no abandonan sus preferencias, y, a la manera de Maurras, en su templo interior las mejores claraboyas dan a los prados donde florecen la Razón y la Belleza.

Aludimos antes a que Maurras admiraba el catolicismo. Lo que en el fondo ha llevado a Maurras a esa admiración incondicional es que estaba convencido de que no era posible un éxito tal de Organización sin que la Iglesia estuviese en el secreto de las claves supremas. Esa organización sabia de la Iglesia Católica había ya subyugado a Augusto Compte, que es el filósofo a quien torturó más fuertemente el afán de dotar de resonancias poderosas a sus doctrinas. Así, Maurras se emociona ante el cúmulo de posibilidades que pudo significar el que Compte en 1856 enviase a su discípulo Alfred Sabatier a dialogar con el general de los Jesuítas, proponiéndole una alianza ofensiva, una acción común contra el protestantismo, el deísmo y el escepticismo. La proposición no tuvo éxito, y Maurras lo deplora.

Maurras, por lo tanto, sigue a Compte en muchas actitudes, aunque se catalogue oficialmente como católico. Y es, indudablemente, católico sincero, pues no ha de interpretarse su posición racionalista como un contubernio, y su filiación helena, como una imposición clasicista. Maurras planteó, de esta forma, un serio problema al catolicismo: Se trataba de saber si un hombre que hace

un viaje a Grecia, y al llegar a la Acrópolis, frente a la primera columna propilea, admira el alma pagana de los griegos hasta el punto de abrazar la columna —hecho que realiza simulando una simple curiosidad geométrica, ante la irrupción "d'une troupe d'Americains qui se repprochaient avec bruit"—, y, según escribe en "Athinea", todo emocionado, "je la baisai de mes lévres comme une amie". Y que proclama el advenimiento de la razón entre los griegos como "l'événement plus grand de l'histoire du monde". Y que hace la gran declaración: "Seule un ame ignorante, aime la brutalité, se plaindra de la Renaissance". Se trata de saber, repetimos, si un hombre así podía ser acogido en su seno por la Iglesia Católica. La contestación ha tardado en llegar, pero, por fin, hela aquí. Es negativa. No es una solución simpática para los que deseamos un catolicismo más flexible, más intelectual si puede decirse, más humano también. Y, sobre todo, un mal golpe para los nuevos conversos, que no pueden prescindir, porque son su esencia misma, de ciertas adquisiciones y principios supremos.

Claro es que la medida disciplinaria adoptada por la Iglesia puede ser —y de hecho lo es— la condena de una política y de un grupo, el desquiciamiento de "La Acción Francesa". Y también un halago al Estado republicano de Francia. En todos los sentidos un acto de sabia política.

[LA GACETA LITERARIA,31, 1 de abril de 1928, pág. 8]

Notas sobre Hauptmann. Der Ketzer von Soana

1.— Hubo un momento en que Gerhart Hauptmann contempló el sol de las primacías. El pueblo alemán llegó a elegirle como su figura literaria representativa. Entonces, nadie sabe si por divinas elegancias o por guardarse un poco de los rayos, Hauptmann se encargó unas lentes. Que fue como un renunciar a aquellos paisajes ilegítimos. Comprobóse que los lentes de Hauptmann estaban ahumados y, por lo tanto, su empeño decidido de no ver. El espectáculo, en verdad, carecía de atracciones inauditas. El número más fuerte lo constituía, al parecer, una Academia.

2.— La obra de Hauptmann, con que encabezamos estas notas, es una novelita poemática, primorosa y eficaz como un icono. Es la novela de la mística bravia y de los amores difíciles y escondidos. Temas peligrosos que requieren maestría y dominio en el bello imaginar. Precisamente, los dones particulares de Hauptmann. Libro éste nacido, sin duda, al calor de un viaje por ciudades y pueblos de la alta Italia. Que se diferencia tanto de cualquier libro análogo de Bourget como una tersa contemplación se diferencia de un éxtasis, como un autor que recibe besos de clasicidad se diferencia de un autor baladí.

Consigue aquí Hauptmann, página a página, engarzar materiales de la más pura esencia artística. No en balde es el poeta de las fantasías geniales y del sugerente y sereno mirar. Esta novela, de título casi terrible, es una lección de estética y es una afirmación de valores. ¡Ay!, nos decimos a cada momento leyéndola, por aquí se va a la emoción pura y eterna; por allí, a la estupidez y a la tontería. Apuntando las direcciones, como Pizarro. Pues no he visto asunto de que haya manado más literatura que de éste, y del que también se haya conseguido menos. Es una experiencia nueva esta de Hauptmann, que es la experiencia decisiva y virtuosa de lo verdadero. Esto, así; aquello, de aquella manera. Hay también, sí, en la Fantasía un Orden. Hay también en lo arbitrario un Problema. Hay, igualmente, en la noche oscura una Dirección.

He aquí que Hauptmann tropieza en los Alpes con Ludovico. Hauptmann, turista entre las gracias, obtiene pronto de este gran hombre, pastor roquero de oficio, metafísico y casi teólogo de actividad, varias ideas más o menos preciosas —"Ich móchte wohl wissen, mit welchen Instrument er (Apolo) damals reinen Herden Musikmachte"— y un relato. Este relato, historia demoníaca, es la novela, el poema del *Liebhaber,* que Ludovico, hereje, anuncia, diciendo: "Vielleicht schreibe ich einmal die Geschichte meines Umwandlung." Es, pues, su secreto, su caso de conciencia y su principio. Luego, un cura, mujeres, Scarabota; en fin, la novela.

Hauptmann, imaginador de maternocracias —véase "Die Insel der Gros-sen Mutter", traducida para las colecciones de la "Revista de Occidente" por la gentilísima Margarita Nelken—, es también imaginador de dificultades primorosas.

3.— Hauptmann, por lo tanto, lleno de gloria y de esplendores, amenaza convertirse en una figura venerable. Una figura venerable es siempre un ser que vive en un Jardín de Invierno. Respirándose a sí mismo, sus mismos aromas, porque los aires de fuera producen neumonías.

Convertir a un grande hombre en figura venerable, es el peor servicio que podemos hacer a su grandeza.

Hauptmann, hoy, se liberta de "lo venerable", haciendo piruetas, si ello es necesario. No entregará jamás su genio ni su cabeza para que un personaje engolado ponga en ella una corona de laurel. No. Vedlo publicar un raro volumen, "Till Eulenspiegel-Dichtung" (S. Fischer, Verlag, Berlín), que ha desatado en Alemania las críticas más duras. Frecuentemente, no se habla de Hauptmann en las revistas sino para atacarlo. No hemos leído este libro. Sí un artículo furioso contra él. "Alies Grosse ist schlicht Hauptmann hat das einmal bewiesen. Dieser Werk ist unschlicht", dice el articulista como último argumento de condenación. Felizmente, como se ve, Hauptmann consigue no ser figura venerable.

[LA GACETA LITERARIA, 33, 1 de mayo de 1928, pág. 4]

Postales internacionales. Alemania. Otto Braun: Aus nachgelasseneu Schriften eines früvollendeten

Este libro genial de Otto Braun llega a España con un poco de retraso, después de grandes resonancias europeas. Y es de extrañar, sin embargo, porque no faltan en nuestro país espíritus vigilantes y curiosos que recogen lo más sugestivo de las radiaciones germanas. Ya traducido al italiano y al inglés, y bien esgrimido como un lábaro glorioso por las juventudes de Alemania, es hora ya de que le dediquemos aquí unos comentarios y unas glosas. (¿Por qué, Xenius, por qué usted no ha hecho esto?) Otto Braun murió en el año 18 en el frente alemán occidental. Cuando contaba veinte años. Después de cuatro de vida militar, pues fue llamado al ejército con motivo de la Gran guerra en 1914, a los diez y siete años mal cumplidos. Julie Vogelstein ha reunido en un volumen, con ayuda de la familia —Otto era hijo de la escritora Lily Braun—, fragmentos de un diario, varias cartas, poesías y un poema mitológico escenificado al estilo griego, "Eros und Psyche", todo ello escrito por Otto Braun a edades increíbles.

Se nos revela este joven espíritu dotado de facultades geniales para las faenas de Inteligencia. Es un caso magnífico de Esencialidad, de Proporción y de Armonía. Desde su primera época en el colegio hasta los años de terror y de fatiga en las trincheras. (Poetas y filósofos en su mochila de soldado.) Alegre correr en pos de Belleza y Verdad, dos gracias que le miman solícitas y convierten sus horas en horas de dioses. Lo mismo el comentario sobre un autor difícil que la descripción de una tormenta. Siempre el rasgo y el matiz de genialidad.

Pretende esta nota llamar la atención de los estudiosos acerca de esta figura malograda, que es pérdida irremediable para la Cultura. Las furias guerreras cortaron las alas a este cóndor de la Filosofía y del Gay Saber —¡oh, Alemania, he aquí tu peor derrota!—, frente a los "poilus", también heroicos y poetas, de Francia.

En plena infancia —aurorales brumas—, este niño juega con los conceptos más difíciles como si hubiese nacido en el secreto de todos los saberes. Y hace poesías. Su precocidad para las abstracciones de la Filosofía es increíble. A los diez años escribe todo alborozado y jubiloso: "Gesteru habe ich zu meiner unbeschreiblicheu Freude nachgerechnet, dass ich Osteru mich der Geschichte des Philosophie vom Altertum fertg biu."

Esta precocidad de Otto Braun nos recuerda aquella de Otto Weiniger, autor de "Sexo y carácter", suicida a los veintiún años, que revolucionó a los psicólogos de comienzos de siglo.

El claro espíritu de Braun se acerca a las cosas con esa serenidad adulta del hombre avezado a las contiendas. Y obtiene de ellas su secreto. No es ajeno a nada que tenga relación con el Espíritu. Y así, lo mismo nos habla del arte griego que del barroco, y lo mismo comenta una lectura de Leibniz que expone una inquietud religiosa. A los once años escribe que debe crearse una nueva religión, y se pregunta con pena: "Was fehlt jetzt der Welt? Liebe! Viele Meuschen behaupten, sie lieben von tiefstem Herzen. Aber wer liebt wirklich rein und edel?" No es, por lo tanto, Otto Braun un caso de sensibilidad exagerada ni de vulgar disposición para esto o aquello. Es, sí, un niño genial que intuye claridades y juega con soles de luz y de armonía. Sus versos nos recuerdan a Whitman:

Ich glaube an meinen Damon,

Ich glaube an meine Pflichten,

Ich glaube an mein Werk!

(De un diario, quince años)

Pasó fugaz por la vida, como un meteoro, y nos dejó todo el camino sembrado de inquietudes. En vías de clasificación le llamaremos visionario, palabra que él utilizó con simpatía: "Ist nicht überhanpt der Dichter Visionar und jedes vollkommene Gedicht Verbildlichung einer Vision?" Frase que parece de Unamuno y que retrata el carácter de Otto Braun con todo rigor y exactitud. No podemos imaginar a qué alturas de perfección hubiera llegado de no estallar la granada fatídica.

Léase, léase este libro magnífico por las juventudes nuestras. (Consígalo usted, amigo Giménez Caballero, haciendo un Cartel entusiasta.) Bien han dicho en Alemania de Otto Braun: "Sein Name, feine Gedanten, feine Ideale haben die Jugend Europas tief angeregt."

[*LA GACETA LITERARIA,* 34, 15 de mayo de 1928, pág. 6]

Escaparate de libros. Libros americanos. José C. Antuna: Literae (Ensayos). París, 1926

Es fácil advertir en América una abundancia simpática de juicios literarios, de pura delectación espiritual, que no siempre sabe uno compaginar lógicamente con otras características de esos pueblos. Está aún por definir el alma de América; no sabemos en realidad con arreglo a qué cánones hemos de justipreciar sus valores ni si son legítimas nuestras unidades europeas. Esperamos esa Definición, que ha de hacer, debe y puede hacer solamente un europeo genial —¿nos la traerá Ortega de su próximo viaje?— siguiendo rigurosas —esenciales— derivaciones. Y también integrando un árbol de genealogías claras y rotundas. Queremos saber, en una palabra, señores americanos, quienes son ustedes y qué papeles gallardos pueden representar entre los valores culturales del siglo. Así, pues, urge una Definición que sea para ustedes como una ejecutoria y para nosotros un plano precioso de referencia.

Estas pequeñas ideas tiene por objeto señalar una declaración más importante: que con mucha frecuencia sus libros —aun los mejores— no despiertan en nosotros admiraciones amplias. Pero lo interesante de ésto reside en que no nos atrevemos a decir que son mediocres. En que no podemos, por mucho esfuerzo que pongamos en el análisis, y a pesar de lo bien que ajustemos las válvulas de la Inteligencia, señalar, capturar los defectos sospechados. He aquí el misterio, lo que realmente tiene más interés. Es una actitud absurda, desde luego, pero cierta e indudable. Y no podemos achacarlo a que los americanos sean aves raras que manejen conceptos distintos.

No. A diario vemos cómo disertan —con muy buen tino en general— sobre las mismas cosas que nos preocupan a nosotros. ¿A qué se debe pues, el fenómeno que yo, acaso por primera vez, me atrevo a considerar?

Aquí tengo un libro excelente de Antuña, buen escritor uruguayo, paisano del gran Rodó, que he leído con sumo y delicado placer. Es hombre ecuánime el Sr. Antuña, y sus páginas resultan un huerto plácido y azul, lleno de candores. Impresiones literarias, comentarios ágiles sobre temas y personas, a veces la sal polémica indispensable en libros así. Afirmar es también negar, claro es, y Antuña es hombre que afirma. Todo su libro es ponderación, gracia femenina, diríamos, sin querer molestarle; también serenidad y talento. Elegancia intelectual, que es lo mismo. Buen dialogador, sin duda, este hombre para nuestras cosas.

Destaco de este libro un feliz ensayo sobre la poetisa María Eugenia Var Ferreira, todo él matizado de propósitos conseguidos, que nos deja una impresión eficaz de aristocratismo poético. También unos juicios sobre Rodó y un largo trabajo encomiástico sobre Leopoldo Lugones, que, a pesar del continuado fervor admirativo con que estudia sus obras principales, no ha podido modificar nuestra opinión, un poco adversa para el escritor argentino.

[*LA GACETA LITERARIA,* 36, 15 de junio de 1928, pág. 3]

El Teatro. "La tragedia de todos"

García Martí, sin salirse de la modulación ideológica de su obra anterior, ya bien nutrida de volúmenes —banderines de señales, coqueteos deliciosos y melancólicos con lo Infinito—, ha publicado ahora una alegoría dramática, de tono mayor, requiriendo la colaboración peligrosa de los símbolos. Empresa difícil y arriesgada por múltiples conceptos. Un símbolo es un ente irreal, hecho a base de exclusiones. Por eso, generalmente, los símbolos son un Prescindir, y hablan en nombre de cosas y problemas que no les pertenecen. Se les recusa ilegítimos y falsos. Yo me explico muy bien esa prevención y ese odio que muestra D. Miguel de Unamuno hacia los símbolos.

No escapa todo esto a la perspicacia y al talento de García Martí, y sus personajes dramáticos, aunque simbólicos, reclaman los fueros de la existencia singular y propia. Una vez más lo individual salva a la vida, y el salto angélico que convierte la *Irrealidad* en *Abstracción* se nos impone como el más sublime de los tránsitos. He aquí, si no me equivoco, lo más puro de esta labor teatral que inicia García Martí, encomendando a las farsas el deber de agitar los problemas hondos. Pero hay nuevas sugestiones, de trascendencia intelectual y artística, de inquietud trágica y densa, que recubren el libro de García Martí de una coloración —clave esencial y verdadera— sólo accesible a un mirar. Porque el autor tiene una filosofía —casi afilosofía—, y todo el drama es un motivo para prestarle resonancias briosas. Y también un argumento. (Claro que éste queda recusado por lo que antes dijimos de los símbolos). Y he aquí, no ya lo interesante de la obra, sino el problema central, filosófico, de García Martí, que nos hace guiños cordiales y nos invita a un diálogo en su propio terreno.

García Martí es casi un bergsoniano ortodoxo, que venera la intuición y la conciencia —una al servicio de la otra— como únicas fuentes de conocimiento. Esta filosofía no excluye, sin embargo, la jerarquía lógica de los métodos, y admite en sus exploraciones más graves el encadenamiento lógico de las ideas. Yo aquí no me enfrento con el bergsonismo —filosofía periclitada, dicho sea de paso—, sino con la ideología de García Martí, bastante diferente, aunque Bergson haya sido en definitiva su principal animador. Hoy adquieren nueva pujanza en Filosofía los valores metafísi-cos, si bien es cierto que a base de un refinamiento aéreo de las resoluciones de Inteligencia. El desarrollo increíblemente alado de las ciencias particulares presta nuevos argumentos a esa actitud, y la Filosofía, de esta manera, da un paso gigante y magnífico, centrando legítimamente todos los impulsos. Vuelven así a condensarse los problemas a modo de final o enlace de un ciclo, periclitando el divorcio de las ciencias y la Filosofía, y superando, claro es, otra análoga tendencia —en verdad casi irrisoria—, representada por los pragmatistas de comienzos de siglo. Retorno, pues, a la época inmediatamente prerrenacentista —de filósofos incrementadores de las ciencias y a la vez... todavía un poco teólogos—, y no a la medieval, como creen y esperan los neoescolásticos.

García Martí no cree en este lenguaje, y aboga por una solución sentimental para los grandes problemas. En esto no hay más que una confusión de jurisdicciones. La cuestión trágica —el sentido de la vida—, honda, que él aborda en su último libro, se presta, y de hecho las ha originado, a multitud de soluciones. Religiosas unas, metafísicas otras. Todas legítimamente humanas. El problema se hace trágico —agónico— precisamente para quienes esas soluciones no son suficientes o no son inteligibles. La tragedia dimana, pues, no de la existencia de soluciones, sino de que éstas sean inválidas. Un ejemplo de soluciones metafísicas es el subjetivismo trascendental de un Hamelin. A los personajes de García Martí no les convencen, sin duda, estas soluciones. Yo insisto en que toda crítica posible ha de proceder de la Inteligencia —con mayúscula—, que es, en resumen de cuentas, la creadora de todos los problemas y de todas las inquietudes de Sofía.

El libro de García Martí, que yo señalo con toda simpatía a las masas de lectores desde este púlpito joven que es LA GACETA LITERARIA, contiene excelencias de índole teatral —y hasta novedades de técnica— que han de manifestarse y deben manifestarse en los escenarios. ¡Atención, cómicos y empresas!

[LA GACETA LITERARIA, 37, 1 de julio de 1928, pág. 4]

Escaparate de libros. Libros españoles. Joaquín Xirau: Descartes y el

idealismo subjetivista moderno.- Barcelona 1927

(Alégrate, alégrate, Sofía bella, que también en España —¡oh, en España!— te salen novios de buen ver. Ágiles en el destrozo de horizontes. Diestros en la mirada difícil. Y en la agudeza. Y encendidos en amor tuyo sobre todas las cosas. Son nuestra esperanza —¡oh, Sofía!—, el equipo joven y gallardo que va a disputar tus primacías a otras gentes. Fija bien los nombres y escríbelos con signos de matemática —que son tus letras preferidas— en el gran templo. Fernando Vela, Javier Zubiri, Joaquín Xirau, Eugenio Montes. El capitán de este equipo brioso todos lo conocemos bien, y su nombre es palabra ecoica en este gran renacer de España.)

El libro de Xirau, que vamos a analizar brevemente, es un capítulo de una posible y magistral Historia de la Filosofía. Su necesidad en los momentos actuales, su objeto, mejor dicho, es el de contribuir al esclarecimiento de las fuentes, de los orígenes y aun de la elaboración de toda la Filosofía moderna. Para este propósito, fija sus miradas en el Renacimiento, cuya significación analiza con exacto vigor. Al Renacimiento le ha sucedido lo que a todas las cosas. A tanto ser ensalzado, popularizado, ha corrido el riesgo del desprestigio absoluto. Se unieron al coro de las alabanzas voces torpes y oraciones improcedentes que terminaron por desfigurar su magnífica esencialidad. Se hizo de él un estricto resurgir de "lo griego", una pura mimesis. El error es bien craso. Hubo, sí, en el Renacimiento una coincidencia con el gran periodo de los griegos. Fue la coincidencia del gesto, del impulso gigante hacia la creación. Nada más. Frente al principio de autoridad dominante en toda la Escolástica, el hombre del Renacimiento coloca otros valores y reafirma y legitima los nuevos instrumentos. He aquí el valor del Hombre. He aquí el valor de la Ciencia. He aquí el valor del Cosmos. De esta forma, el espíritu creaba problemas infinitos y se debatía inmerso en perfumes y dificultades.

El profesor Xirau destaca del gran acontecer renacentista la figura genial de Descartes, el *recreador* de la razón, y percibe en su filosofía la clave de los periodos subsiguientes. La gran cosa de Descartes es la creación del nuevo método. Destruido el principio de autoridad, pasa el método a sustituirle, salvando de una manera elegante las posibles anarquías futuras. El método es, en cierto modo, un *algo* trascendente e inmanente a la vez en nosotros. Desde luego, yo lo hago equivaler al "conocerse" socrático, como necesidad de una teoría del conocimiento. El método cartesiano es de origen matemático, como interpretación pura y real del espíritu. Así, Descartes, al crear la Geometría analítica, no se proponía tanto el perfeccionamiento de una ciencia como el desarrollo y legitimación de un método general. Esto se advierte claramente examinando su *Geometrie* (1637) desde un punto de vista matemático. De una manera más técnica y completa llegó Fermat —*Isagoge ad locos planos et solidos*— a la sistematización de un procedimiento algébrico para la resolución de cuestiones geométricas. A Descartes interesaba el problema universal de la ciencia y la captación rigurosa de las esencias del conocer. Contribuyó más que nadie a que desapareciesen de la matemática unas cuantas palabras peligrosas, que eran un residuo medieval. (No se olvide la primera denominación del Algebra —*Arte mayor o regla de la cosa*—, y aun la clasificación matemática de Viéte, para quien el Álgebra venía de ser una *Logística speciosa.)*

La duda metódica y el *cogito* son lo esencial de la filosofía cartesiana. Es, pues, de importancia capital el fijar rigorosamente su verdadero sentido. Xirau consigue en su libro defender la posición cartesiana contra las objeciones más simples. La duda metódica no es precisamente escepticismo. "Al dudar, yo me conozco. Es suficiente que dude de las cosas para que conozca al mismo tiempo mi duda y la certeza de esta duda." Aun prescindiendo de lo fácil que resulta en este punto deslizarse en el juego de palabras, es casi evidente la fuerza y el vigor formidable, la solidez, mejor dicho, de la duda metódica. El argumento, como se ve, es el mismo con que se combate a los relativistas del conocimiento. Pero en aquel caso se nos impone su certeza de una manera irrebatible. El *cogito* se deduce de esa posición de duda metafísica ante las cosas. Lo inmediato es la existencia del yo. La objeción vulgar de considerarlo como una *petitio principi* carece de consistencia. Descartes mismo la contestó en forma definitiva. "Por tanto, el repetirla supone ignorancia de la doctrina cartesiana." No hay duda que la realidad del yo es la gran cara filosófica de Descartes. Lo fundamental en él. Pero ésto, claro, no basta. Es preciso pasar al no-yo, al conocimiento de lo que está fuera de mí. Incluso al gran problema de la posibilidad de la ciencia y su legitimidad.

Descartes, en presencia de este nuevo panorama de dificultades, se prepara genialmente a dar la gran batalla. Se notaba posesor de instrumental abundantísimo y por todas las sendas llegaban a él sugestiones magníficas. El auxilio eficaz procede de las matemáticas, que adquieren desde este momento su universal imperio. Pero la cuestión era de más profundas raíces, y podía hasta plantearse el grado de verdad de las matemáticas y del conocimiento en general, excepción hecha,

claro es, de aquella primera y única evidencia del *cogito.* (Fácilmente se comprenderá la derivación lógica y necesaria de una solución idealista —que nutre toda la moderna Filosofía— como consecuencia de la aceptación privilegiada de un pensante. En esta forma es Descartes la fuente de todo el idealismo moderno, y singularmente del idealismo subjetivista.) Llegan entonces en auxilio de Descartes las ideas innatas —tan mal comprendidas en general— y la generalización posible de las ideas *claras y distintas.* Pero aún en ésto se manifestaban graves dificultades. Mientras tanto, como una bella criatura que gime por la declaración de su real existir, la Ciencia imploraba del filósofo una garantía, algo que respondiese de su validez absoluta y la salvase de la duda. "Esta garantía la busca Descartes en la existencia de Dios." Pero es preciso fijarse en que ese Dios cartesiano es un Dios racional, hecho casi de mi misma esencia. En realidad, asistimos a un hacerse Dios la razón. "Para salvar la ciencia es preciso salvar la racionalidad del Universo." El racionalismo requiere, pues, la garantía de Dios. Este es el argumento ontológico de la existencia de Dios, que Descartes elabora con primor casi divino. Kant lo refutó luego, basándose en que de "un puro concepto nada puedo deducir sobre la realidad." Y aquello de la identidad intelectual entre cinco duros reales y cinco duros imaginarios. Etc., etc.

Un viaje agradabilísimo, en fin, por los caminos mejores es este libro del profesor Xirau, que yo elogio sin reservas.

[LA GACETA LITERARIA, 38, 15 de julio de 1928, pág. 3]

Postales americanas.

Jorge Mañach: *Goya.* Ediciones 1928. La Habana

Llega también —no podía ser de otro modo— a América la emoción goyófila del centenario. Nuestro gran pintor despierta allí —como aquí— frases cálidas y entusiastas, y obtiene de las minorías inteligentes el mejor botín —rosario de comprensiones— que es dado conquistar al genio. Jorge Mañach publica en estas finas y graciosas ediciones "1928" su contribución al centenario. Un estudio documentado y eficaz, ampliamente histórico y crítico, lleno de revelaciones. En su captación y afán de tradiciones nada mejor que indicar y ofrecer a los americanos todas las nuestras. Y paso franco en los templos de nuestra cultura y de nuestras glorias. Demuestran ser unos irreprochables visitantes, finos e inteligentes, a quienes es menester agradecer las miradas.

Xavier Bóveda: *Tierra nativa.* Buenos Aires, 1928

Xavier Bóveda no podía contribuir a un desvirtuar una de las características más unánimes de su tierra gallega: la morriña. Con igual gesto de aventura y afán de éxito que muchos de sus paisanos, este poeta marchó a las Américas, escribiendo con estelas marinas versos apasionados y fugacidades hondas. (Hay también, y esto lo saben los poetas, reciedumbre en la levedad y sabor eterno en los minutos.) Allí, el bohemio turbio y oscuro que fue en Madrid, debió bañarse en luces magníficas y exigentes. Muy pronto, lo vemos interrumpir su estilo poético con prosas heterogéneas, brindado a los lectores plantaciones nuevas, jamás advertidas en sus jardines. Es así el ensayista de "La Prensa" bonaerense, que nos habla de Cervantes con tono erudito y firme, y mezcla a cada paso a Spengler en sus prosas. Algo le ha sucedido al poeta, tan preocupado ahora de las sales y sedimentos cultistas. La dirección de la revista "Síntesis", aunque breve, es una demostración más de la agilidad de Xavier Bóveda, enamorado de amplitudes insospechadas.

Hoy es el libro de su tierra, libro de morriña y añoranza, que es como la cópula obligada y libertina del poeta con las maravillas —emoción, paisaje— de la gran matrona que es siempre la tierra nativa.

Juan Marinello: *Juventud y vejez.* Ediciones 1928. La Habana

Donde menos se piensa surge el espíritu. Con todo su hondo anhelar y su fragancia. He aquí un libro patético y fiel que persigue las trayectorias definitivas. Es una conferencia breve, leída por su

autor en momentos de afirmación y de revelación admirables. No abundan, no abundan en América los gestos así. Ni en otras latitudes tampoco. Yo encuentro en las páginas breves y rotundas de Juan Marinello la categoría y el vigor de los afanes solemnes. Parece ser que en esta hora Cuba —"pueblo viejo"— atraviesa y sufre críticos períodos de exhaustez. Y de no lealtad a los principios superiores y rigorosos de la armonía política. Pecado de las capacidades deser-toras. "Cuando los hombres de superior capacidad olvidan su papel de primeras partes, hay primeras partes incapacitadas que les imponen el papel de comparsas". Queden, queden para dentro de casa los temas de peligro, agridulces. Las palabras de Marinello engarzadas con primor y con talento, poseen la emoción patética de las crisis. La emoción de saber y de poder mirar. Habla en nombre de una juventud cubana que, según parece, dispone de pulmones robustos. Y de serenidad. Así esta conferencia es ponderada y clasicista. No el énfasis ni las rebeldías ineficaces. Plantea a su pueblo con firmeza las derivaciones peligrosas. Su esquema de las "manos cerradas y las manos abiertas" frente al "alud del Norte" es revelador y elocuente. Y es un guiño familiar al libro de Araquistáin, tan celebrado.

Deja, en fin, bien probadas en estas páginas el joven cubano sus cualidades eminentes de hombre de espíritu. Y su certero devorar encrucijadas. ¿Te producirán —¡oh, amigo!— indigestiones?

[LA GACETA LITERARIA, 39, 1 de agosto de 1928, pág. 6]

Escaparate de libros. Tres libros de Filosofía

Eugenio d'Ors: *Las ideas y las formas.* Madrid, 1928.— Francisco Vera: *Espacio, Hiperespacio y Tiempo.* Madrid, 1928.— Juan Vázquez de Mella: *Filosofía de la Eucaristía.* Barcelona, 1928.

* * *

Asistimos día por día —desde nuestro observatorio de meditaciones ajenas— a la insinuación de una voz en demandarla de que la obra de Eugenio d'Ors sea reconocida, juzgada. Hoy, en peligro de eclipse por la contumacia del ataque y la difamación, queremos nosotros contribuir siquiera —en nombre de la Serenidad y de la Pureza— a que el momento sea aplazado. No está bien, no, hombres maduros e impetuosos todavía, jugar a los dados en las encrucijadas. ¿Será acaso, un deber nuestro dar a Eugenio d'Ors, en esta hora adversa, la categoría de maestro, en lo que de sugeridor y de lanzador esta palabra representa? Hace ya años, en ocasión y motivo de una honda lectura del Glosario, no se le ocultó al joven aprendiz de Filosofía esta posibilidad. Hoy, en vías de de elaboración y de caminar decisivo, vuelve a serle tentadora la misma empresa. Que nadie vea en estas notas un intento objetivo de valorar la obra filosófica de Eugenio d'Ors. Ya dijimos antes nuestro propósito de que esto no se haga ahora con atmósfera turbia y potencial elevadísimo en las miradas. Pueden, en cambio, significar un interés y un afán —hasta capciosos si se quiere— por advertir en Eugenio d'Ors la existencia del matiz y del gesto que, posiblemente, van a ser en breve muy solicitados. Quiero decir que las nuevas inquietudes que trae un gran sector de gente moza, recién llegada al plano de los tiempos, se adecuan a maravilla al modo d'orsiano y a la molicie d'orsiana de captación y de embriaguez. Convencidos de esto, sírvanos de pasaporte para un comentario breve de su nuevo libro. Y para salir nosotros proyectados también en el cuadro de cinema.

Eugeno d'Ors ha lanzado como proemio a una intensa labor futura (?) unas glosas o estudios sobre morfología de la cultura. Mucho tememos que sus esfuerzos se malogren. Así de ágil y robusta ha salido esta primera invocación a la *Dialéctica concreta,* de la que el autor se muestra tan enamorado. Sospechamos, acaso, en *Las ideas y las formas* un exceso de preocupación por aplazar las categorías filosóficas a cosas y personas que quizá rechacen esas categorías. Siempre hemos creído que el pecado de racionalizar —la dilapidación teorética— y el idealismo degenerado son obra de mentes filisteas. Cúlpese, cúlpese a todo el mundo menos a los filósofos de haber desprestigiado la Filosofía. ¿Quién solicitó de ella que cabalgase por todos los caminos? Aquí se alude a la existencia ilegítima de una Filosofía del Arte y hasta de una Moral con fundamentos filosóficos; no, en cambio, a la Filosofía de la Historia, que es la única Historia posible para quien tenga uso de razón.) Traigo a cuento estas declaraciones precisamente en defensa de Eugenio d'Ors. Porque ante la frivola superficialidad es posible que apareciese este hombre como un gran corruptor. Aquí corrupción significaría decadencia, alejandrinismo y exhaustez. Eugenio d'Ors tiene la virtud de ser

un clásico. Alguien dirá que a su manera, porque ha tenido la osadía de definir el Clasicismo. Nosotros añadimos, sin embargo, que sus definiciones son exactas. Fácil es advertir que hablamos de Eugenio d'Ors en un tono cortado, haciendo a cada momento aclaraciones. Nuestra preocupación nace de que lo consideramos en riesgo de ser incomprendido.

El libro de Eugenio d'Ors es firme y unánime como esa abstracción monista que él postula. Unidad que caracteriza a la Filosofía, pero en cosas muy alejadas de aquellas que han nacido al calor de lo diverso, de lo desordenado y de lo ilógico. Todavía, todavía el viejo racionalismo nos seduce un poco —o mucho—, y gratamente. Pero con muchas atenuaciones. *El Grupo de jóvenes amigos de la Filosofía,* que yo pretendo fundar en estos tiempos acometerá el problema de elaborar la nueva tradición. A base de la Filosofía pura y de los ingredientes esenciales. Ni Edad Media, ni catolicismo ni otras formas fracasadas. Aun postulando, en realidad, estilos en cierto modo —engañosamente— familiares. Nosotros nacimos en los grandes días del Renacimiento, cuando lo tétrico y lo enjuto era un pecado.

El ciclo filosófico que comienza en Descartes amenaza perder su vigencia para convertirse en tradición. Es posible que gane más batallas en su nuevo perfil. Pues la tradición es unidad esencial y es también eficacia. Por aquí andan las nuevas ideas. Y Eugenio d'Ors no está lejos del campo en que van a debatirse las cuestiones. En honra a propugnar heroicamente un clasicismo y una tradición.

* * *

Francisco Vera es un matemático notable, además de un hombre de letras inquieto y sugestivo. Nos es más conocida aquella actividad, a la que prestó algún día sus mejores entusiasmos. Hoy reseñamos con gusto su nueva producción científica, dedicada a divulgar unas cuantas ideas fundamentales de la *scienza nuova* (mejor, novísima).

Se trata, hemos dicho, de un libro de divulgación, compuesto con miras a un público no matemático ni científico. Yo no sé hasta qué punto resulta esto posible. Ni legítimo. Sólo a costa de sacrificar el rigor y la esencialidad. Es más grande cada día la tendencia a recluir las especulaciones en recintos de amplia muralla. Se van advirtiendo que caminamos hacia una época obscura y desértica, de la que sólo se salvarán los esfuerzos gigantes y continuados. No más frivolidad ni más *ciencia al alcance de todos,* según frase estererotipada e ilusa. Por esto, yo discutiría al simpático camarada Francisco Vera la legitimidad de su libro. Y hasta la imposibilidad de una realización así. Me refiero a que siempre he encontrado de comprensión más difícil las cuestiones científicas tratadas en los libros divulgadores que su mismo estudio directo en las fuentes de los sabios.

Ciertamente, el trabajo de Vera, a fuerza de claridad de exposición y de talento en la selección de lo sencillo, consigue atraer a los planos rudos sutilidades magníficas. Prémienselo, en honor a los propósitos, los que tengan hambre y ser de verdades truncadas. Así, el capítulo dedicado a las Geometrías no euclídeas. En muy pocas páginas, con amplia y exacta documentación, presenta ante nosotros un ágil bosquejo de esencias. Advierto una laguna en este punto, y es la falta del elegantísimo teorema de Boyai sobre la relación de las circunstancias de radio igual a los lados de un triángulo y los senos de los ángulos opuestos. Este teorema es preciso e imprescindible para situar de un brochazo las Geometrías no euclidianas. Se deducen de él teoremas de Trigonometría esférica, patentizando la absoluta independencia de ésta y el célebre postulado de Euclides.

Francisco Vera dedica también en su libro varias páginas a la teoría de la relatividad y a unos cuantos problemas curiosos de la actual Física. En ellas, valiéndose de fenómenos náuticos, expone el conocidísimo experimento de Michelson. Es, sí, una explicación ingeniosa. Pero el experimento es de suyo tan sencillo que hace innecesario todo recurso metafórico. También un examen de la simultaneidad y la sucesión en la nueva teoría, y una ligera síntesis acerca de las pruebas experimentales en que se apoya completan el cuadro que ofrece, en amable misión divulgadora, a los lectores.

Según se habrá advertido, Francisco Vera ha engarzado un rosario maravilloso para uso y eficacia de los beatos del culto a la Ciencia. Es difícil elegir con mayor fortuna curiosidades picantes de gran estilo. Añade en su libro una digresión sobre las combinaciones químicas, fijándose con más deleite en las de la Química orgánica. A más de esto, habla de los mundos de una y dos dimensiones, y concluye con una aplicación curiosa del hiperespacio al mundo extraño de los espíritus y de las apariciones, temas de los que no cabe hablar sin sonreír.

Yo insisto en mostrarme escéptico en cuanto a la eficacia divulgadora de libros análogos a éste. Es mi único reparo. Por lo demás, creo que Francisco Vera ha bordeado, con indiscutible talento, una

labor espinosísima y difícil.

* * *

El Sr. Vázquez de Mella, que era hombre de talento fino y de sutilidad, dedicó sus últimos años a la filosofía. Este libro que comentamos parece ser el primero de una serie en proyecto sobre temas de filosofía religiosa. Serie interrumpida y truncada por la muerte del autor. El Sr. Vázquez de Mella hubiera hecho, sin duda, de no suceder esto, algo de más valor que la "Filosofía de la Eucaristía". Donde se advierten precipitaciones y sombras que una mayor elaboración filosófica hubiera evitado. Libro éste, sin embargo, pleno de grandes cosas y de virtudes y consolidaciones exactas. Que nos es grato proclamar en alta voz.

Desde luego, el Sr. Vázquez de Mella se propuso hacer un libro "dirigido principalmente a los que dudan y a los que no creen". A la vez declara, con manifiesta contradicción, que "su fin es esencialmente apologético". A nuestro juicio, la última frase es la más adecuada al carácter esencial de la obra. Se trata, ciertamente, de un libro más de apologética. Por lo tanto, sin rigor filosófico ni posibilidades de interés para la heterodoxia. No pretende esta nota iniciar aires polémicos, que sabemos de antemano sería absurdo propósito, declarándonos vencidos *a priori* por la dialéctica de los santos varones.

Hay muy poco original en este libro, fuera de una divagación escolástica sobre la sustancia y los accidentes, la ley de permanencia y el cambio, que revelan en el Sr. Vázquez de Mella cualidades muy apreciables para las lides metafísicas. El vivo lenguaje del orador famoso presta gran jugosidad a la prosa, y es aquí donde reside el principal interés del libro, que pasa a ocupar un puesto de relieve en las colecciones literarias. Hacemos esta declaración con sinceridad, que no excluye las grandes diferencias, admirando la pureza de frase y el primor estilístico del tribuno. Pero el título de la obra ofrecía, si no más que eso, algo por lo menos distinto. Hay en él poca doctrina y poco del sereno discurrir de los grandes teólogos. (Un teólogo eminente ofrece siempre más interés que un místico.) Como ocurre con frecuencia en libros y autores así, abundan las frases lapidarias contra filosofías adversas, pero no el análisis y el amplio razonar que requieren estas empresas. Y poca información sobre el gran tema central del libro. La Eucaristía será siempre la gran dificultad y el gran muro para los que dudan. Y también uno de los dogmas de justificación más difícil. No ya en los evangelios sinópticos, aún muy poco metafísicos y complicados, sino en el evangelio IV, que es la primera obra de teología cristiana, de posible elaboración alejandrina —influencias helenizantes— y desde luego posterior a los sinópticos, se habla aún de la transubstanciación o de la presencia real. (Sobre el IV evangelio véanse los tres libros definitivos: Jean Reville, *Le quatriéme évangile.* París, 1901; Loisy, *Le quatriéme évangile.* París, 1903; J. Wellhausen, *Das Evangelium Johannis.* Berlín, 1908.) Y en la concepción paulina es fácil advertir restos de explicaciones paganas o de ritos mágicos. Desde luego, es en Ignacio de Antioquía, en sus refutaciones a la herejía docrética donde se encuentran por primera vez afirmaciones que se identifican como el origen del dogma futuro de la presencia real. Que cristalizó y dogmatizó en el Concilio de Trento. Fue primero algo simbólico y figurativo. "Dans les couches populaires, le communiant croirá manger le corps et boire le sang veritables et matériels du Christ, et plus tard des Conciles pourrout imposer cette maniere de voir", dice a este propósito Goblet d'Alviella en su estimable obra *L'Evo-lution du dogme Catholique,* tomo I. ¿Por qué, por qué no siguió el Sr. Vázquez de Mella las sendas curiosas de la Historia por lo menos como un proemio? Prescindió de todo esto, y se aseguró un lugar privilegiado, una verdadera petición de principio. No hacen falta a la Iglesia Católica puntales para sus dogmas, bien seguros y definitivos. Todos le hubiéramos agradecido más aquella otra labor de justificación histórica a que aludimos. Sobre todo cuando se alzan unas cuantas historias heterodoxas, pujantes y firmes.

[LA GACETA LITERARIA, 40, 15 de agosto de 1928, pág. 3]

Joan Estelrich. Un Griego

Ya en el ascensor, acompañado del querido amigo Sebastiá Gasch, iba yo perfilando las pocas noticias que poseía de Estelrich. Pocas y sugestivas noticias, digo. Una conferencia en Madrid y el saberlo al frente de una Empresa editorial tan admirable como la Fundación Bernat Metge. Y también varias cosas, a mí llegadas por vías de amistad y de comentario, que aspiraban inútilmente a detallar el busto de este hombre.

Yo acudí a Barcelona, en rápido vuelo de afanes, a buscar sendas y caminos de Filosofía. El intento era ambicioso, pero legítimo. Me atrae Cataluña como vivencia histórica, como estadio de un metabolismo de cultura. Es la región de España de más elegancia intelectual, donde las empresas del espíritu tienen un acusado matiz de renacimiento. Donde, por último, está concentrado hoy el único agudo patetismo de la vida española. Felizmente. Porque a base de heroísmo y de peligro surgen los temples y las épocas de gran estilo. Llamo así a los tiempos luminosos en que los hombres se permiten el lujo de crear obras de genio. Épocas de gran estilo significa ser inconfundibles, creadoras y eternas. Tras de ellas, junto a ellas, hay siempre un florecimiento de la Razón. Y un olvido, un alejarse de la Fe. La primera gran época así es el mundo de los griegos. Periodo divino, inagotable en artistas, filósofos, dictadores, tiranos y grandes guerras. Más tarde, los romanos supieron, igualmente, libar las esencias de la vida. Dejando paso, luego, a la época tétrica y oscura del medievo, que es el gran pecado del hombre, haciéndose preciso un arrepentimiento eterno, como un estigma original. Pero advino después el Cuatrocientos con la *nuova scienza,* el gran arte, la violencia y los comerciantes famosos de las ciudades italianas. Y la experiencia flamenca más tarde, con una vida agitada de ricos burgueses y pintores de talento que sufren con heroísmo las matanzas del Duque de Alba y consiguen respirar las grandes atmósferas.

Minutos antes de entrevistarme con Estelrich meditaba yo de esta manera. Yo hago a Joan Estelrich la gracia y el honor de considerarle como el hombre más representativo y fiel de la actual Cataluña. Con quien es preciso y necesario el diálogo. Sigue las tradiciones mediterráneas y latinas con un fervor y un entusiasmo que es justo recompensar. La única recompensa posible es fijar en él las miradas. Iba yo a plantearle el problema de la filosofía en Cataluña. A preguntarle por qué en Cataluña no hay un gran filósofo. Y nos perdimos en el tema con inaudita jovialidad de campeones. La exigencia se extravió y surgió, en cambio, graciosamente, el gran motivo de Estelrich: Grecia. A quien yo quería encajonar en el Renacimiento, que es para mí la época de las épocas. Nuestra más inmediata y valiosa tradición. Estelrich se debatía moviendo su cabeza y sus greñas, que ondeaban como un lábaro en honor de su Grecia bienamada. Parecía querer decirme —¿no es así, amigo Estelrich?—: "Eso, además, puede resultar una gran falsificación. Vea, vea la Edad media, que también se llamaba hija de Aristóteles". Pero yo insistía con terquedad en que el espectáculo del Renacimiento —hay que leer despacio por lo menos a Burckardt— es la plenitud del mundo, derivando de aquí todas las posibilidades y todas las grandezas. Hablaba de la actitud de la Iglesia y de los Papas. En realidad, los nuevos tiempos venían a derrocar estos poderes. Pero las mismas corrientes adversas los salvaron. Si en las altas esferas de la Iglesia hubiese triunfado Savonarola, hoy no habría catolicismo. Julio II es tan hombre de Renacimiento como Leonardo da Vinci. Una conversación con Estelrich sobre estos temas es la misma delicia en libertad. Él, tan griego, tan de siglo IV (a. de J. C.) tenía en la charla toda la pureza —y toda la impureza— de la arqueología. ¡Grecia está tan lejos! Es algo deprimente abrirse paso entre sus ruinas y sus dioses heridos de nostalgia. Pero es una actitud legítima. Quien añore la serenidad y la gracia y la pura razón vaya a Grecia, sí, pero deténgase, unos minutos siquiera, a contemplar el fluir de la vida europea en los tiempos divinos del Renacimiento. No le es preciso para esta empresa sino saber mirar y saber comprender. No falta nada aquí de aquello. Y hay la ventaja de no necesitar la colaboración enojosa y romántica de los arqueólogos.

En la charla amiga y dilectísima hubo también, claro, sus granos de Filosofía. Pues yo soy curioso y entusiasta de esta actividad. Y Estelrich me hizo sabedor de una especie de teoría suya, aún embrionaria y no conclusa, acerca de la muerte. En el sentido de que ésta signifique, en rigor, un final cósmico, absoluto. Ni un más allá glorioso ni tétrico. ¡Cuidado, al comentar! Que nadie acuse a un griego de grosería materialista. Cuando Estelrich lance al mundo su teoría metafísica de la muerte tendrá que ir a refugiarse al Partenón. Envuelto en túnicas gigantes. Y en armonías. (¿Irá Áurea a aliviar con sus danzas los minutos terribles?).

Días después de hablar con Estelrich he leído un libro suyo —"La vida i els llibres"—, donde este hombre generoso y abierto baraja figuras nada helénicas. Nombres de enemigos. Así hay en él ensayos sobre Leopardi, Kierkegard, Maragall...

[LA GACETA LITERARIA, 41, 1 de septiembre de 1928, págs. 1-2]

Marcelino Domingo: libertad y Autoridad

Hemos leído este libro de D. Marcelino Domingo con la mejor simpatía. Ante nosotros, rodeándonos, las ideas eran gaviotas discrepantes. Porque es posible que un solo principio —si bien esencial— enlace nuestras divergencias políticas. Todo lo demás, es oposición franca y ruidosa. D. Marcelino Domingo es, sin duda, nuestra gran figura republicana. El hombre que ha sabido elevar la Pureza a Norma. No sin emoción, recordando su actuación pública y teniendo a la vista su gran cartel de inquietudes, casi lo ofreceríamos como un ejemplo. Es un caso sobresaliente de político. Que conoce, como el que más, las limitaciones propias. Aquí, en este caso, las fronteras de lo posible. En la rota histórica del viejo republicanismo, este hombre logra salvarse y subsistir. Porque nadie desconoce que el mayor fracaso acontecido en la vida política de España desde la Restauración corresponde a las organizaciones republicanas. Ha sido en ese período que finalizó con el advenimiento de la Dictadura cuando el ser republicano en España significaba casi una patente de infeliz. Por lo menos de ingenuidad. Han periclitado, hemos dicho, esos tiempos. De tales degradaciones directoras es posible que, ante la nueva conciencia republicana, se salve tan sólo la figura magnífica de D. Marcelino Domingo. Es esta afirmación, creemos, el mejor elogio.

En este libro, el autor reúne, con ímpetu y vigor indudables, una gran cantidad de su cotidiana labor periodística. Unificada toda ella, como sabemos, en una tendencia firme. Nadie podrá acusar a este político de esquivar las dificultades. Ni de flaquear en la realización de su vida, recta y unánime. Estas 500 páginas de prosa maciza y fiel son su mejor ejecutoria de probidad. Ahora que es frecuente el entusiasmo ante formas políticas adversas, D. Marcelino Domingo lanza este libro y se complace en alumbrar con nuevos argumentos los viejos altares. Su actitud, desde luego, es digna del mayor respeto.

Y bueno es que aquí, además, consignemos calidades literarias. Este libro es sintomático y refleja la existencia y legitimación de una forma. Existe la expresión adecuada y el matiz propio de una finalidad. El autor domina el secreto y la técnica literarios con una perfección estricta. Lo mismo cuando evoca el acontecimiento preciso que cuando fustiga teratologías o señala con fervor de iluminado las nuevas rutas. Su afán por absorber el contenido íntegro de las frases favorece sobremanera la eficacia. Que es el *alfa* y *omega* de libros así.

[LA GACETA LITERARIA, 42, 15 de septiembre de 1928, pág. 6. Recensión del libro de Marcelino Domingo, *Libertad y autoridad,* Ed. Morata, Madrid, 1928]

Libros publicados. E. Gómez de Baquero: Nacionalismo e hispanismo. Ed. Historia Nueva. Madrid, 1928

El Sr. Gómez de Baquero ocupa en nuestra literatura un lugar de preeminencia. Pertenece ya a ese núcleo reducido de figuras que son para uno, insensiblemente, un poco venerables. Desde luego, su labor, de fina y ágil divulgación acerca de temas y personas puede calificarse de sobresaliente. Extrae con primorosa sutilidad de los relieves, un poco fríos y resguardados de la alta cultura, la buena esencia popular para las muchedumbres. En este sentido, la obra del Sr. Gómez de Baquero, tan buscada y solicitada por gran número de desheredados del espíritu, cumple una función social. Gracias a este hombre, no es insólito oír en las disertaciones de casino o de club una conversación sobre Keyserling o Spengler. Y también en las oficinas y Negociados. Sitios estos donde el Sr. Gómez de Baquero es considerado como la primera figura de nuestras letras. Fatalmente.

Es lo cierto, sin embargo, que concurren en él preciosas cualidades de intelectual. No tendrá él la culpa, sin duda, de algunas derivaciones ingratas. Yo sostengo que en una república bien organizada resultan imprescindibles hombres así. Tiene el sentido —el buen sentido— de la ponderación y de la medida. También el sentido de las veredas superiores. ¡Pero ese su afán de conformarse viendo las cimas desde el valle! Lleva a la Prensa diaria su aticismo disueto de griego menor. Con gran fortuna. Y elegancia. Todos hemos de agradecérselo. Nadie conduzca su osadía hasta el reproche.

En este libro hay evidencias de todo lo que decimos. Unas muy atinadas consideraciones sobre la América española en las que es preciso meditar. Estamos ya, por fin, en un momento de decisiones. Y de enviar a un buen laboratorio los lazos consabidos para que sea examinada su

esencia. Su naturaleza. Y su legitimidad como problema. Alguien ha recordado y hablado de la anficcionía griega. Con lenguaje equívoco. Porque tal superestructura alcanza solamente a los vínculos religiosos. Y no a los étnicos. Y menos a los sentimentales y políticos. La única posibilidad de entendernos con América —con Hispano-América— es el rompimiento de todos los lazos. De todas las ligaduras. Aquellos países, felizmente, son adultos y prósperos. No tienen nuestras cosas ni nosotros tenemos las suyas. Y el intento de formar con ellas una homogeneidad, es ilusión. En nombre de divergencias esenciales son independientes. En las páginas que el Sr. Gómez de Baquero dedica a estos problemas hay juicios muy sagaces y acertados. Dichos con gran claridad y vigor.

En los libros del Sr. Gómez de Baquero encontraremos siempre lozanía y sencillez. Ha logrado dominar una expresión ágil y amena, que es, sin duda, el secreto de sus éxitos. Todos conocemos su labor, copiosa de crítica literaria. Y sus preferencias, un poco escépticas y diluidas. No, sin embargo, falta de generosidad. Aquí mismo, en este libro, hay para casi todos los autores modernos una palabra de simpatía. Desde Unamuno y Ortega y Gasset —pongamos por campeones— hasta Benlliure y Tuero —pongamos por insignificancias—.

[LA GACETA LITERARIA, 42, 15 de septiembre de 1928, pág. 6]

Cinema y arte nuevo

Por todas partes, hoy, definiciones. Un auténtico afán por situarse —y situarse exactamente— mueve hoy a los mejores. El hombre de nuestro tiempo da la impresión genial de ser el primero que ha sabido alcanzar su sombra. Nunca, a lo largo de toda la Historia, nos encontramos con semejante acontecer. Que yo proclamo fenómeno angélico y divino. (Haga el lector un esfuerzo por seguirme, que yo le prometo hallazgos estupendos). Inicio aquí un amoroso análisis —una justificación— grave y solemne de nuestra cultura. Que ya no significa tan sólo —¡oh, pequeño burgués!— ilustración. La Historia, en los días de ahora, no es otra cosa que ejemplaridad. No exigencia ni imperativo, ni ingrediente, ni dato de problemas. Por primera vez, repetimos, se da hoy en el mundo el espectáculo magnífico y glorioso de una batalla de metas. Hasta ya no hay *records,* sino límites. ¡Siempre el ir los siglos pasados a la zaga, absorbiendo los aires enrarecidos por otras angustias que las propias! El hombre, volvamos a decirlo, ha logrado atrapar su misma sombra. Audacia sobresaliente y nueva ciencia astronómica para determinar latitudes.

Todo realismo, todo naturalismo —y más en asuntos de arte— obedece necesariamente a impulsos primitivos. A exigencias espontáneas y elementales. A, digámoslo, un estado preartístico. No nos sirvan de ejemplo las estilizaciones neolíticas y acudamos sin miedo a períodos más cercanos, sin que nos importe demasiado su pretendida lozanía. Bueno es que ahora requiramos el auxilio y la eficacia de la clasificación. Haciendo bisecciones. Y de paso, finalmente, salir a la pura luz de nuestro hoy: Así, a modo sintético, distingamos categorías: Arte que se limita a crear formas y arte que aspira a crear esencias. Arte que acepta y acata como materia trascendente los problemas, creyéndolos eternos, y arte que exige y requiere de su tiempo —enlace de inmanencias— las definiciones y las normas que lo justifiquen. Haga cada cual, según su tabla de valores, las apreciaciones de simpatía. El arte nuevo, creemos, se enrola en la categoría última, y ofrece así la primera experiencia que atalayamos en los tiempos. Nunca ha habido ni las pretensiones de crear un arte así. Merece, pues, este fenómeno la atención más solícita y cordial.

Pasemos primero la mirada, sin embargo, por esos otros artes a que hemos aludido; que nos permitirá, luego, clarificar más rápidamente el escorzo. Sólo consideramos épocas y momentos geniales, o por lo menos con posibilidades patentísimas de serlo. Así, el arte griego del siglo V es ejemplo de la primera categoría. Policleto y Fidias y hasta Cresilas y Faramón esculpían formas puras, armoniosas, exentas todavía de virtudes. Exentas todavía de intelectualismo. Exentas todavía de emoción. Ejemplo de la segunda categoría puede ser, en la misma Grecia, el período subsiguiente. Esculturas con el mirar lleno de inquietudes extrañas. Extrañas, claro es, al arte. También puede servir como ejemplo el arte arquitectural de los egipcios durante las dinastías tebanas. Ágilmente advierta cada uno a qué olvido corresponde el hecho de un capitel corintio y la alusión a las pirámides que todavía se advierte en las construcciones de Tebas. Es cuestión esencial para un juicio de valor.

Ejemplo y paradigma elocuentísimo de la tercera categoría es la gran pintura italiana del

Renacimiento. No hay aquí alusiones inconscientes. No hay aquí romanticismo. Es posible que haya en todo caso la elegancia diplomática de un pacto. Los grandes artistas del Renacimiento pactaron, podemos decir, con lo que para ellos podía significar estrictamente el pecado. Era época aquella de abrir los ojos con genialidad. Estaba en litigio nada menos que la grandeza de los hombres. Venían a restaurar con un magnífico conocimiento de experiencias antiguas. No es de todo punto precisa y necesaria la barbarie ni la intransigencia con el enemigo para superarle. Esto se supo a maravilla en Italia a fines del siglo XV. El arte del Renacimiento no es así intérprete de ningún afán rabioso. (¡Qué mentís a las ideologías absurdas y heroicas de un Rousseau y a aquella otra frase bien poco pascaliana, aun siendo de Pascal, "Il faut s'abêtir"!) Aceptaron los temas religiosos con un grande y hasta metafísico respeto. La eficacia emocional y mística de sus obras, lo que pudieran significar como contribución a una finalidad, no interesa ser registrado aquí.

Y nos encontramos, por fin, ante esa cuarta y ambiciosa categoría. Diluida en nuestro tiempo con fervorosa jovialidad. He aquí el arte nuevo. El arte nuevo no es sólo un nuevo estilo. Es más bien un afán gigantesco por conquistar una legitimidad difícil. Todo gran arte que no consolida y descubre las verdades de su época es falso e ilegítimo. Hay en nuestros días una honda marejada de inquietudes. Si observamos un poco detenidamente los últimos treinta años, advertimos con claridad un conglomerado de crisis. El mundo ha dado un vuelco, y ante las monotonías angustiosas ofrece un nuevo cariz virgen. El arte nuevo, dijimos, ha tomado a su cargo con gran heroísmo hacer plásticas y eficaces las nuevas verdades. Esta empresa resulta hoy más difícil que nunca por la abstracta complejidad de los problemas. Todos ellos problemas actuales, que brotan de nosotros y palpitan a nuestra vera con indomable vigor.

¿Y el cinema? Aquí llegamos y penetramos en el secreto. A nuestro juicio, el cinema es la contribución más genial a un nuevo estilo de vitalidad. En trance de justificar ante los tiempo su derecho, el hombre del siglo XX ha creado el Cinema. Que no es un arte, sino un aroma.

El Cinema posee, quizá, un valor de mito, y le corresponde el papel sustentador y magno de llenar de cohetes las atmósferas. Cinema es religión de motores, de audacias avitoriales y de ingenuidades en vilo. Suspensas y anhelosas. En el principio, dirán dentro de cincuenta siglos, era el Cinema. Grandeza y servidumbre humanas. Surge aquí el problema de las minorías con toda naturalidad. El Cinema es popular, y ésta es una de sus máximas virtudes. Nuestra civilización maquinística es más antigua que el Cinema, pero fue necesaria la presencia de éste para que aquélla centrase la vida integral. Así, pues, humanidad y grupos sociales sin un esplendor artístico son todavía barbarie. Al Cinema se debe más que a ninguna otra cosa hasta la posibilidad de un arte nuevo.

Los motores, hoy, desplazan a los dioses y cantan su victoria. No sé si el hombre fue más genial creando dioses o creando motores. Es el caso, sin embargo, que de todas formas resulta un prisionero. En general. Porque el tipo de sacerdote es eterno. Ayer, dominaba a las divinidades. Hoy, el sacerdote, minoría directora, domina a los motores. Ayer y hoy, el único privilegiado. El Cinema es el espacio absoluto. En él son posibles las formas. El Cinema obliga a las gentes a ensayar un nuevo mirar. Velozmente. Porque las imágenes se escapan. La plástica novísima es también algo así. Captación de fugacidades.

No basta el Cinema, claro es, para justificar el arte nuevo. Pero hoy aquí hacemos notar su filiación más directa. Porque luego hay intelectualismo y abstracción. Así, todavía, y quizá siempre, el arte nuevo es un auténtico arte de minorías. Es el mayor y más serio argumento que se utiliza para combatirle. Y se citan como ejemplos los grandes estilos de otras épocas, bien comprendidos por la masa. En realidad, cuando se habla así, el problema se plantea en forma ilegítima.

Al Cinema se debe también la explicación de la heroada. En nuestros días, la heroada es el síntoma más fértil. Heroada es pasividad ante el heroísmo. Como una sala de Cinema. ¿Qué quiere decir el entusiasmo de las multitudes frente a un héroe? Nuestra época tiene un hondo carácter a este respecto. Nunca como ahora la vida ha sido tan amada. El miedo a la muerte es en estos tiempos irreligiosos casi inexplicable. Nace de un nuevo sentido de los valores vitales. Pero la multitud admira al héroe que arriesga la vida. Si bien fijémonos en que ese héroe ha de responder al estilo de la época, abrazando su esfuerzo a una máquina. El más claro ejemplo nos lo ofrece el aviador. Que ha suplantado en el fervor popular al guerrero. Sólo en el Cinema han aprendido las multitudes a situarse en su real y verdadero dominio.

La nueva pintura —tan difícil— recoge y sorprende más cosas que el Cinema. Esa vida quieta, apresada, de los cuadros de Léger nos lo revela así. En resumen, concluyamos: CINEMA, descubridor de posibilidades. ARTE NUEVO, confirmador y legitimador de esas posibilidades

elevadas a rango de creaciones. De esta forma, los pocos culminan. Los muchos se quedan en el Cinema. Ya es bastante para que pueda establecerse una armoniosa jerarquía.

[LA GACETA LITERARIA, 43, 1 de octubre de 1928, pág. 5]

Encuesta a los escritores

El Cinema es iniciación, bautismo. Si todavía —cosa improbable— se realizasen las invasiones de otros tiempos y razas bárbaras asaltasen nuestra cultura, afirmo la eficacia del Cinema para domesticar sus ímpetus. Haríamos entrar a los invasores en grandes salas de Cinema, de donde saldrían convertidos y mansos. Todas las grandes culturas afirman su continuidad flameando un recurso. Frente a los dorios, en Gracia, el arte mi-ceniano. Frente al alud de bárbaros, en el siglo V, los Padres de la Iglesia. Y, por último, frente a la posible invasión de alfeñiques del espíritu, el Cinema. No es muy distinta, en realidad, la función que hoy le señalamos. Esos grandes públicos que entregan su atención ingenua a los Cinemas, se inician sin saberlo en los ritos de la novísima religión del Motor y de la Máquina. Los nuevos tiempos son abstractos, complicados y difíciles. Al menor descuido, perdemos su significación y su valor. Que es quedarse rezagados y a obscuras. Así se impone la implantación severa de jerarquías. Comenzando por el Cinema: bautismo, infancia.

El Cinema, al nacer, venía ya provisto de ejecutorias. Quintaesencia de luces, fotografías y gestos. Articulado y unificado por una máquina. El teatro, en cambio, reconoce un origen de espontaneidades insípidas: A un gracioso se le ocurrió una vez decir cosas graciosas delante de las gentes.

Quede proclamado el Cinema como el legítimo espectáculo de nuestro tiempo.

[LA GACETA LITERARIA, 43, 1 de octubre de 1928, pág. 6. Respuesta de Ramiro Ledesma Ramos a la pregunta de LA GACETA LITERARIA "¿Desde su punto de vista literario, qué opinión tiene usted del cinema?". A esta cuestión respondieron también José María Salaverría, Antonio Espina, Benjamín Jarnés, Francisco Ayala, E. Salazar y Chapela, Miguel Pérez Ferrero y Felipe Ximénez de Sandoval]

Escaparate de libros. Maquiavelo: Breviario de un hombre de Estado. Editorial Mundo Latino. Madrid, año 1928

Todavía, todavía Maquiavelo es un arcano infinito. Y lo será más a cada nuevo siglo que transcurra. Este hombre tortuoso se incrusta en el Cuatrocientos con afanes y miradas inauditas. Se nos revela en sus libros con la grácil petulancia del hombre que está en el secreto de las cosas. Aun así, lo que más atrae en Maquiavelo, como fenómeno humano, es la gran dosis de matices resguardados y profundos que advertimos en toda su vitalidad.

Hombre de fantasmagoría y de dulce y sereno presentir por dentro. Nos es casi desconocida esta segunda trayectoria. Apenas si en la obra magnífica de Dmitry Merejkowski, *La resurrección de los Dioses,* se alude con recta y sugestiva intención a aquel su mirar metafísico. Es con motivo de un encuentro famoso, por los caminos de Italia, con Leonardo da Vinci. En cuya ocasión se vieron y conocieron por primera vez los dos hombres ilustres. Aquí vemos a Maquiavelo un tanto triste, agobiado por falta de dinero, en pleno fracaso de su aptitud y de su genio. Escapándosele la realidad con esquiveces femeninas. La tragedia de Maquiavelo, como la de su amigo Savonarola, consistió en una especie de divorcio con los tiempos. Eran los dos aún excesivamente medievales. Hombres de transición y de mirada honda. (Hoy comienza a estudiarse la Edad Media con cierta benévola curiosidad. Quizá con justicia y veneración. No impide esto el claro enjuiciamiento de las personas y las cosas.) La inspiración realista de Maquiavelo necesita y requiere colaboraciones. No se comprenderá bien su doctrina política sin antes pasear por los caminos de la pureza y de la fe. De la interpretación errónea ha nacido el falso valor del maquiavelismo. El mayor castigo a Maquiavelo en esta palabra horrenda con la que quieren decirse tantas cosas.

La colaboración a que aludí antes es el sentido espiritual de la vida. A cuya finalidad concurre toda la obra de Maquiavelo con justa y vigorosa firmeza. Todo en Maquiavelo —hombre que conoció la vida *real* mejor que nadie— se subordina a una tendencia religiosa. Creer otra cosa es una confusión de los valores de primacía. A tanto equivale sostener que las catedrales góticas son tan aéreas y elevadas nada más que para justificar la existencia en ellas de arbotantes y contrafuertes. Apreciación absurda, claro es.

Hoy, el Sr. Barriobero y Herrán ha traducido, con gran oportunidad y maestría, varios trabajos de Maquiavelo. Casi todos inéditos en castellano. Algunos ya incluidos en colecciones. Pero que es agradable ver de nuevo en traducciones más fíeles. Aquí, en este libro, está concentrada la fina agilidad de Maquiavelo en las cuestiones políticas. Y diplomáticas. Nada, sin embargo, más lejano de nosotros que todo esto. Maquiavelo, aun el mejor Maquiavelo, tiene hoy tan sólo un estricto valor de curiosidad.

[LA GACETA LITERARIA, AA, 15 de octubre de 1928, pág. 3]

La Gaceta Científica. Hans Driesch y las teorías de Einstein

Tenía que ser precisamente Hans Driesch, hombre bien templado en el análisis científico y luego converso a las puras especulaciones de la Filosofía, quien esgrimiese "el punto de vista lógico" contra los graves avances teoréticos de la Relatividad. Hora es de decir, sin embargo, decisivamente, en loa de Einstein, que su teoría ha sido la más fecunda impulsión que se conoce en el acontecer de los tiempos. Y esto prescindiendo en absoluto de su valor de *verdad,* conformándonos, en definitiva, con su valor de *agitación.* Porque, aun en el caso —nada improbable— de que se llegue a demostrar la *falsedad* de la teoría, siempre quedará flameando con vigor el hecho de la insuficiencia de las concepciones clásicas debeladas.

Siempre ha sido, ciertamente, Hans Driesch un filósofo. Supo, en otro tiempo, fundamentar sus trabajos biológicos, articulándolos casi en un sistema. Es, como sabemos, el fundador de una escuela vitalista. *Su Philosophie des Organischen* (Leipzig, 1909) es justamente famosa. (Desde aquí, ahora, me atrevería a indicar a los directores de las ediciones de la *Revista de Occidente* se decidiesen a desviarse un poco de sus preferencias, exageradamente anecdóticas, para dar al público español traducciones de libros más fundamentales, por ejemplo, este de Hans Driesch que citamos.) El neoescolástico Maritain, introductor de Hans Driesch en Francia, decía, sin embargo, de este filósofo, creo que en 1912, que era aún "*étranger aux études proprement méthaphysiques".* Estrictamente podemos decir que era entonces un completo hombre de ciencia que *ya* amaba y comprendía la Filosofía, pero que no hacía *aún* Filosofía. Luego, posteriormente, ha derivado a estos campos con toda felicidad y éxito. Y en esta situación ha sido cuando se creyó en el deber de hacer una crítica lógica de la teoría de la Relatividad de Einstein. Que vamos a analizar muy brevemente.

No es difícil, en realidad, combatir una teoría. Precisamente por ser discutible, es una teoría y no otra cosa, en el rango de los conocimientos. Pero una teoría es, ha de ser, cuando menos, lógica, y por eso no deja de ser extraño que en nombre del "punto de vista lógico" se la combata. Algo de esto ocurre en el empeño de Hans Driesch. ¿Quiere esto decir que se niegue a la Relatividad hasta el derecho de ser una teoría? Justamente esto se propone Hans Driesch hacer. En su análisis de la teoría especial o restringida de Einstein llega incluso a denunciar el hecho gravísimo de que se vulnera el principio de contradicción. Es casi de una extraña ingenuidad el denunciar un hecho así. No es creíble que los relativistas olvidasen de esa forma la esencia misma de su pensamiento. Todo gira alrededor de la dificultad que consiste en conceder a *c* (velocidad de la luz) una categoría de privilegio. Es un paso difícil para el lógico, pero que se vence, si nos fijamos en que se trata de introducir un concepto superior.

La relatividad restringida, como todo el mundo sabe, consistió fundamentalmente en agrietar las concepciones de la Mecánica clásica, para atender a las exigencias de la Electrodinámica pujante. Esta había llegado a un desarrollo de tal forma contrario a las direcciones de la Mecánica vigente y, a la vez, de una manera tan firme y segura, que no había más remedio que considerarla como una monstruosidad, como un escándalo científico. Las tan traídas y llevadas ecuaciones de Lorentz son precisamente las ecuaciones fundamentales de la Electrodinámica. Einstein estableció su célebre Principio partiendo de estas ecuaciones, presentándolas como las verdaderas ecuaciones de transformación de coordenadas referidas a sistemas legítimos. Las ecuaciones de Newton se

obtienen de éstas sin hacer otra operación que ejecutar un paso al límite. Puede hablarse aquí de un afinamiento, de una más exacta interpretación matemática de los fenómenos. Así, Descartes refirió el índice de refracción a los senos de los ángulos de refracción y de incidencia, en vez de hacerlo a los ángulos, como erróneamente calculaban los sabios griegos. Esta diferencia, que es ínfima, tratándose de ángulos pequeños, por la casi igualdad del arco y del seno, alcanzaba gran importancia tratándose de ángulos mayores. Este error, ya previsto por los griegos, lo desvaneció Descartes con sólo precisar más exactamente las relaciones.

Las críticas más acerbas de Hans Driesch a Einstein no son, sin embargo, las que opone al Principio de la Relatividad restringida, sino las que opone a la Teoría general. Realmente, aquí está el peligro mayor y la dificultad más inasequible. Si bien declaramos que se sale totalmente de la cuestión. La agilidad mental de este filósofo es tan sobremanera briosa, que, encuentre un enemigo donde lo encuentre, arremete contra él. Entre sus fobias intelectuales están, al parecer, las Geometrías noeuclídeas. A las pocas páginas de análisis, tropieza con ellas y escribe decidido: "Todo gira en torno a la introducción de los llamados conceptos espaciales metageométricos o noeuclidianos, en las consideraciones de la ciencia natural." De esta forma, la crítica se convierte en una crítica de la metageometría, como él dice. A nuestro juicio, semejante actitud es inaceptable. Con el mismo derecho pudo haber negado el Cálculo diferencial absoluto, que Einstein aprovechó genialmente en su teoría gravitatoria. (Véase el trabajo de Rey Pastor: *Ciencia abstracta y Filosofía natural.)* Pero Hans Driesch, de la misma manera que nada dijo en su crítica de la teoría especial sobre la nueva noción de masa, originada por ella, elude ahora cuanto puede hablar de la gravitación. Vamos, pues, a seguirle en su labor antinoeuclidiana. En primer lugar, ese afán constante por negar validez a las nuevas Geometrías, ni aun como instrumento de cálculo en la Física, revela, en verdad, una predisposición absurda contra ellas. Hoy, ya podemos afirmar que no hay Geometrías más o menos ciertas, sino Geometrías más o menos cómodas y aproximadas. Esto, por lo menos, se ve obligado a decir el físico. No es precisamente argumento eficaz el rechazar algunas de ellas a título de que no son intuitivas. Hay muchas cosas inintuibles, por ejemplo, las fuerzas magnéticas, para no salimos del campo de la Física, y no por ello sería legítimo negarles realidad. Los trabajos de Gauss y otros geómetras noeuclidianos son irreprochables y conducen a magnas perspectivas. Yo me fijo ahora en unas fórmulas de Gauss, en que aparece una constante, *k,* que ocupa en ellas un lugar de angélico privilegio. Véase, pues: Gauss llega a determinar, como longitud de la circunferencia de radio r,

$$L = \pi k \left[e^{\frac{r}{k}} - e^{-\frac{r}{k}} \right]$$

y añade que, para que esta fórmula esté de acuerdo con la experiencia, no hay sino suponer a *k* infinitamente grande. En efecto, basta sustituir cada exponencial por el desarrollo en serie y hacer *k=oo* para obtener la fórmula euclidiana $L = 2\pi r$ (Véase *Vorlesungen über die Nicht-Euklidische Geometrie,* de F. Klein, Gottinga, 1893, o la más elemental de Bonola, *Geometrías noeuclidianas,* traducción española, Madrid, 1923). Lobatschefski, el genial creador de la Pangeometría o Geometría imaginaria, llegó a resultados aún más interesantes. No podemos entrar aquí en su análisis. Baste señalar que siempre aparecen los cálculos euclidianos como simples casos particulares. Hay así también una constante, *k,* en sus fórmulas. Lobatschefski trata entonces de determinar el valor de esa constante. Valiéndose del paralaje de Sirio, que introduce en sus cálculos, concluye que el valor de *k* es, desde luego, enorme, respecto al diámetro de la Tierra. Y tomando paralajes menores, hasta 0"1, resulta para *k* una cantidad enormísima. No extrañe, pues, que en la experiencia resulte válida y suficiente la hipótesis euclídea. Habla Hans Driesch de la imposibilidad de representar o, mejor, de "intuir las figuras noeuclidianas como tales". No opongamos a esto que es bien fácil, por otro lado, representar en el plano euclídeo la Geometría hiperbólica, por ejemplo. Todo el mundo sabe que es suficiente para ello la formación de un sistema —un diccionario— de definiciones. La imposibilidad que señala Hans Driesch no sería, en todo caso, fundamental. La verdad geométrica subsiste independientemente de toda representación. No puede asustarnos ya la exigencia abstracta que esto significa. En el fondo, la misma Geometría analítica bordea de continuo la abstracción pura. Y todas las direcciones noeuclidianas están nutridas, vitalizadas, por afanes abstractos.

Dígase, dígase ahora si Einstein cometió pecado de ligereza científica al fundamentar sus

teorías en cálculos noeuclidianos. Nada puede deducirse de aquí en favor de una dogmatización de cuál sea la esencia geométrica del espacio físico, como erróneamente cree Hans Driesch. Einstein resuelve este pleito diciendo que no puede hablarse de espacio euclídeo ni noeuclídeo, sino que es dependiente de los estados de gravitación. La teoría de la gravitación, repetimos, es la esencial contribución de Einstein a la nueva Física. Que es adonde Hans Driesch debió haber apuntado. La gravitación es la única fuerza que no necesita tener en cuenta la naturaleza física ni química de los cuerpos, y es, según Einstein, "el fundamento intrínseco de las relaciones métricas del espacio tiempo". Las ecuaciones diferenciales de los potenciales gravitatorios $\gamma\mu\nu$, que son el gran resultado de la nueva teoría, se convierten en primera aproximación en las ecuaciones de la Mecánica clásica. Prescindiendo de las pruebas experimentales, todas ellas astronómicas, tiene la teoría de la Relatividad la prueba que suministran las matemáticas. Pero éste es, precisamente, su máximo pecado para Hans Driesch. Su crítica es una crítica de los métodos matemáticos. Nada más. Que no los cree suficientes para fundamentar una ciencia natural. El problema, como se ve, es antiguo. En Hans Driesch es, sin embargo, un resabio de aquellos sus tiempos de biólogo. No la moda del antimatematismo. ¡Todavía!

[LA GACETA LITERARIA, 44, 15 de octubre de 1928, pág. 8. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 127-135. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 91-96]

Actualidad, Filosofía, Ciencia.

El profesor Carrasco y la Filosofía Mecánica

La Historia de la Filosofía y la Historia de la Ciencia, son un entrecruza-miento constante de problemas. La influencia es recíproca y sería aventurado afirmar de qué recinto proviene la ola de más empuje. Dilucidar esta cuestión supone, quizá estructurar toda la Filosofía contemporánea. No hemos de resolverla nosotros. Es bien patente, sin embargo, que todas las teorías científicas de amplio radio rezuman una filosofía. La inversa no se realiza siempre, entre otras razones, porque la Filosofía no puede tener como única finalidad el incremento científico.

Hay que agradecer a D. Pedro Carrasco su decisión heroica de publicar en nuestro país un libro sobre un tema tan extraordinariamente sugestivo como es la "Filosofía de la Mecánica". (Ed. Páez. Colección dirigida por Francisco Vera.) El número de publicaciones filosóficas en España es sobremanera exiguo. Tan minúscula contribución a los temas universales que suponen estas disciplinas debe ser objeto de reflexión por parte de todos. Algo muy funesto acontece, sin duda, en la enseñanza de la Filosofía y de las Ciencias puras para llegar a un abandono en tan alto grado lamentable.

El Sr. Carrasco se limita, en su libro, a examinar la consistencia real de algunas ideas primordiales de la Mecánica. Al hacer esto, le hubiéramos querido ver manejando conceptos filosóficos de gran estirpe. Pues la aportación filosófica a todas las concepciones modernas de la Mecánica es inmensa y fecundísima. El energetismo, por ejemplo, se enlaza en forma magnífica con dos filosofías que han periclitado en tiempos recientes: el positivismo y el pragmatismo. El energetismo es el sistema de la experiencia. Y es, en este terreno, donde cabe decir que hay tantas formas de la energía como fenómenos. (Sin relieve de la experiencia, Duhem quiso organizar matemáticamente toda la física. ¡Deliciosa ilusión! Ya Descartes notaba que se compadecen poco bien las cosas de la *cualidad* y lo *claro* y *distinto.)*

El positivismo no admite como Ciencia más que el conocimiento de puras relaciones. Pero también es un principio esencial para el positivismo que no existe la ciencia si no conduce a resultados prácticos. Si bien esto supone salirse de las puras relaciones. Aquí coloca Comte el papel de la Filosofía, como paso a las aplicaciones, a la práctica. Es, como se ve, una concepción sistematizada. El profesor Carrasco no se sale, en realidad, del campo de la Mecánica, y tropieza con la Filosofía sólo cuando trata de explicar los fundamentos primarios de la ciencia. A falta de una sólida preparación filosófica, se advierte en múltiples momentos de su libro unas dotes felicísimas para grandes obras de Filosofía científica. ¿Por qué no las aborda el ilustre profesor?

El matemático indio S. Ramanujan

Las manifestaciones espirituales de la India suelen estar envueltas para el occidental en grande obscuridad. Apenas si comprendemos bien algunas ideas religiosas traducidas, sin embargo, defectuosamente a nuestro cardinal punto de mira. Hay una excepción admirable. Es la matemática. Todo el mundo sabe el gran desarrollo que las ciencias matemáticas han tenido en la India. No es ya posible —hoy— explicar esto por influencias griegas, que se supone acaecidas en la Antigüedad. (Puede verse, acerca de esto, la obra de Goblet d'Alviella: "Ce que l'Indie doit a la Grece", París, 1897.) El impulso matemático de la India es original y constante. Aryabhatta dio para valor de pi 62.832 dividido por 20.000, grado de precisión que no fue alcanzado por los griegos. Brahmagupta estableció para área de todo cuadrilátero una fórmula de la que se obtiene como caso particular la que hoy se utiliza para área del triángulo en función del semi-perímetro y de los lados. Y así múltiples ejemplos.

En nuestros días, Srinivasa Ramanujan (1888-1920) ha hecho florecer de nuevo para su país la gloria matemática. El profesor inglés Hordy, con quien Ramanujan trabajó últimamente en Cambridge, ha editado un libro con sus trabajos de más interés ("Collected Papers", Cambridge, 1927). La actividad matemática de Ramanujan se concretaba a la teoría de números y de las fracciones continuas. Estas cuestiones han sido dejadas un tanto al margen por la matemática moderna. Pero responden mejor que otras a las contribuciones indias de los siglos pasados. Ramanujan, aunque vivió muchos años en Inglaterra, siguió, pues, las tradiciones matemáticas del Oriente. Su muerte, a los treinta y dos años, es una gran pérdida para la ciencia universal.

Rey Pastor y el sabio italiano Enriques

En uno de los últimos números extraordinarios del gran diario bonaerense "La Nación", publica nuestro insigne Rey Pastor un artículo sobre el profesor Federico Enriques, matemático y filósofo italiano de fama universal. El trabajo de Rey Pastor es de un magnífico interés. Fija sagazmente las direcciones científicas. Y reconoce que su espíritu vuela por "encima de las bardas de sus especialidades, demasiado estrechas, para dominar el panorama circundante y descubrir las fuentes donde nacen las corrientes ideológicas que las fecundan." A esta categoría de sabios pertenece Enriques, a quien hay que enrolar entre los de cota más sobresaliente. En Italia, comparte con Benedetto Croce y Gentile la dirección responsable del pensamiento actual.

En la Argentina, según indica Rey Pastor, ha explicado ciclos de conferencias en diversos centros universitarios sobre temas de Filosofía y de Matemáticas. Con éxito excepcional, Federico Enriques es, sin disputa, uno de los campeones universales de la hora. Sus empresas culturales son apreciadísimas y fértiles. Últimamente recordamos su labor al frente de la colección "Per la storia e la filosofía delle matematiche", donde ha publicado un libro grandioso: *Gli elementi di Euclide e la critica antica e moderna.* Rey Pastor, elogiando a un hombre así, es un acontecimiento.

[LA GACETA LITERARIA, 46, 15 de noviembre de 1928, pág. 3]

Actualidad. Filosofía, Ciencia

Las lecciones de Cabrera sobre el átomo

Recientemente, en la Sociedad de Cursos y Conferencias, nuestro gran físico Blas Cabrera explicó dos lecciones sobre el átomo. Fueron oídas, celebradas, por un grupo demasiado numeroso de personas. Suele acontecer que las verdades más difíciles y oscuras, aquellas que el sabio captura con más esfuerzo, aparezcan con relativa claridad ante la masa no preparada. A primera vista, nada más fácil de comprender que la estructura atómica que postula la Física más reciente. Pero esta facilidad no es sino un espejismo de fácil explicación psicológica. Es más grave que tal actitud ante las teorías científicas gane el ánimo de los filósofos, que llegan pocas veces a la esencial realidad de estas cuestiones. No sería difícil probar que el mayor número de las especulaciones que desde el campo de la Filosofía se han hecho sobre problemas científicos están basadas en esta visión inexacta que hemos denunciado.

Nadie más indicado en España que D. Blas Cabrera para disertar sabiamente sobre el átomo. Es uno de los servidores más fieles de la nueva Física. "Im Oegensatz zur klassischen beruht die moderne Physik fast ausschliesslich auf der Atomistik". (Al contrario de lo que sucede en la física clásica, la física moderna se apoya, casi exclusivamente, en la atomística). Ha escrito sagazmente Auerbach, de la Universidad de Jena, los problemas del átomo que hace un cuarto de siglo, cuando P. Lenard introducía genialmente las concepciones que han originado toda la revolución actual, eran considerados como temas metafíisicos, han alcanzado hoy plena vigencia científica. Asóciense a este impulso, a este haz de miradas agudas sobre el microcosmos, los nombres ilustres de Bohr, Rutheford, el de nuestro Cabrera y varios más. La teoría de la Relatividad misma fue posible después de una bien nutrida serie de investigaciones magnéticas, que se enlaza con los esfuerzos de estructuración atómica. Así puede decirse, con Auerbach, en la fase que hemos citado, que la física actual es atomística pura.

Las aportaciones teóricas que han recibido los físicos en este período de estructuración son enormes. Los números cuantistas, a este efecto, son de magna importancia. La *teoría de los Quanta,* de creación cercana, ante la que se detienen con razón los que se acercan a la Física sin preparación suficiente, es una noción de abstracción superlativa. Como la de entropía en Termodinámica, es profundamente difícil aprehenderla. Su abstracción nace de que se refiere a conceptos sin continuidad real con aquellos otros que hemos derivado. Hagamos una concesión metafórica: Yo estoy en *A;* me interesa conocer el paisaje y las bellezas del camino que conduce desde *A* hasta *B.* Pues bien: he de admitir el absurdo de que tengo que encontrarme en *B,* habiéndome trasladado desde *A* sin conocer el camino. La ley de los *Quanta* es una ley descriptiva. Su noción requiere una explicación mecánica que nos muestre que es el resultado natural y lógico de *la aplicación de las leyes corrientes a una estructura desconocida que se trata de encontrar* No faltan hoy físicos que miran con recelo los graves avances de la teoría atómica. La consideran como el despliegue vistoso y eficaz con que se pretende dar un golpe decisivo a la MATERIA. Concepto básico de la Física de todos los tiempos. No podemos entrar aquí, ahora, en el análisis de tales peligros.

El resurgimiento de la metafísica

No se oculta hoy al mirar avisado y sutil este hecho. La Metafísica y sus métodos atraen de nuevo la atención de los espíritus filosóficos. De muy varia manera impresiona este hecho rotundo a los que gustan de las cosas del pensamiento. Realmente, no hubiera sido muy difícil hace veinte años predecir una gravitación así. Dos largos siglos de constante aversión a estos problemas —apenas rozados por los filósofos alemanes Hegel, Fichte y Schelling, los tres grandes sofistas de Schopenhauer— han de justificar cumplidamente el nuevo florecer. De nada sirve el gesto —bien poco elegante, por otro lado— de apartar las dificultades. Así dice el maestro —mi maestro— Morente, que los siglos XVIII y XIX, especialmente la culminación positivista, son siglos desgraciados para la Filosofía. La Filosofía deja de serlo en cuanto se excluyen de su dominio los temas fundamentales. Cualesquiera que éstos sean. Se consuma el absurdo con más crudeza cuando la frontera, el límite de la legitimidad, se construye a expensas voluntarias.

Desde la Enciclopedia se inicia con más o menos claridad una actitud antimetafísica. Así Augusto Comte, en quien, a pesar de todo hay que reconocer genio filosófico, ve en Fontenelle un precursor. Y se declara hijo espiritual de Condorcet. Igualmente admira a Diderot. La Filosofía francesa del siglo XVIII, inspirada en los sensualistas ingleses del XVII, es antimetafísica por excelencia. Recuérdese la mofa de Montesquieu, que preparaba un libro de *doce* páginas exponiendo todo lo que se sabía de metafísica, de política y de moral. No hablemos del positivismo, que se hallaba dominado por un histérico terror hacia la Metafísica.

Hoy, según constatamos, se abren magníficos créditos a este género de saberes. Como muchas otras cosas, viene también de Alemania el afán salvador y la inquietud rectora de este movimiento. La "Revista de Occidente", que centra en forma admirable la vida filosófica de nuestro país, ha traducido, guiada sin duda por el deseo de servir esta tendencia, un libro de metafísica: "Los seis grandes temas de la metafísica occidental", de Heimsoeth. Libro de perspectivas infinitas. Y de disparar certero en un pro. Es todo él un deslizamiento histórico —a veces, hay que decirlo, un poco parcial— por las veredas de entraña más profunda. Contribuye a destruir, con formidable vigor lógico, las fronteras acumuladas y ficticias que han podido suponerse entre el medievo y el renacimiento. Cuando algo se nos oculta con firmeza, nada autoriza a decretar su inexistencia. Por lo

que a mí toca, declaro este libro uno de los más sagaces y oportunos del momento. De lectura sugeridora y fértil. Saludemos en él, con alborozo, la posible era metafísica —y por tanto, estrictamente filosófica— que comienza.

Bergson, premio Nobel

Cuando ya Henri Bergson, un poco apagado y tembloroso, recluido en el silencio de su ancianidad, se retiraba elegantemente del estridor y de la gloria, he aquí que llega un nuevo clarín a honrar sus prestigios. Es, en verdad, un premio de literatura. Lo que no quiere decir que la filosofía de Bergson sea una filosofía literaria, sino que es un filósofo que escribe maravillosamente bien. Es muy posible que sea el hombre que ha ejercido una influencia más viva en el pensamiento contemporáneo. Por todas partes, en efecto, se avizora el intuicionismo —palabra defectuosa— bergsoniano. No hace mucho, durante el invierno, Gurvitch dio en la Sorbona un curso sobre la filosofía fenomenológica alemana. En él tuvo ocasión de señalar las relaciones profundas que ligan la interesante escuela e Husserl con la filosofía de Bergson. Relaciones que se ofrecen fáciles al primer examen crítico.

Hace ya muchos años que Bergson no actúa en los debates filosóficos del momento. Sus libros más famosos tienen una antigüedad de veinte años. No obstante, cuando la marejada relativista de Einstein hizo retemblar los más firmes recintos, Bergson publicó un librito modelo, un poco apresurado quizá, "Durée et simultanéité" (París, 1922), que es, sin disputa, lo mejor que se ha escrito sobre las teorías einstenianas desde el punto de vista de una filosofía. Le opuso, sin embargo, varios reparos André Metz, este diablillo científico de París, si bien de una importancia minúscula. Todo el mundo intelectual celebra, ahora, con motivo del premio Nobel, el triunfo del filósofo eminente.

Eugenio D'Ors y la estructuración de la Historia

A este tipo de inquietudes, que trae consigo el hondo mirar que se inicia en nuestro tiempo, pertenecen los esquemas, los ensayos, un poco tímidos todavía, en pro de una Filosofía de la Historia. Eugenio D'Ors ha dado muestras decisivas de sentirse preocupado por tal género de cosas. Así, la conferencia que en el Centro germano-español dio recientemente. En realidad, los temas favoritos a la Filosofía actual nacen unánimes de ese afán por estructurar la Historia, hasta hoy sospechosa de infidelidad para la objetividad del espíritu. ¿Por qué no hemos de ver cierta relación en este delinear morfologías con los trabajos que no hace muchos años se iniciaron en Alemania sobre una Sociología del conocimiento?

Eugenio D'Ors, con su fino tacto para el estudio de hechos y problemas, puede contribuir con aportaciones muy interesantes, a esa necesidad de estructuras definitivas. Algunas de las ideas oídas por nosotros en la conferencia magistral que comentamos, pueden ser consideradas como jalones de supremo interés, imperiosamente aprovechables. No así, en verdad, otras muchas derivaciones por Xenius afirmadas con análogo vigor.

La Sociología, no puede olvidarse, gravita hoy con monstruosas y estelares hinchazones. Esta ciencia, que nació al calor de la filosofía más miope, ha desalojado con gesto grosero a las legítimas meditaciones históricas. Por esto, cuando ahora —desde Simmel, el sutilísimo sociólogo— venios a las mentes mejor dotadas disponerse a dirigir trabajos de esta índole, saludamos las próximas auroras. Eugenio D'Ors, en su conferencia, se declaró afecto a la terminología novísima. No le sería difícil construir —¿por qué no lo hace?— uno de los libros más fundamentales que sea dado conseguir en la hora nuestra.

No nos despedimos del tema. En fecha próxima tendremos ocasión de nuevo para ocuparnos de estas sugerencias. Ha de ser cuando Ortega y Gasset nos entregue sus estudios sobre la Historiología con motivo de una edición famosa de Hegel.

[LA GACETA LITERARIA, 47, 1 de diciembre de 1928, pág. 4]

La Gaceta Científica. Controversia aplazada

Nos parece recordar cierto diálogo breve, efectuado en la Prensa diaria, sobre un tema de alto interés. Ello aconteció en Julio, mes caluroso y un poco enemigo de discusiones trascendentales. Parece que el diálogo llegó a adquirir un cierto aire de cátedra, y se convino en aplazarlo para la época invernal, más sutil y propia. ¿No se habla, incluso, de una controversia pública?

En nuestro afán de remover la pobre vida intelectual del país, recordamos esta onda grata que interceptaron los calores estivales.

Se discutía nada menos que el materialismo en filosofía, o algo próximo a ésto, y eran los dialogadores nuestros amigos D. Francisco Vera y D. Luis Araujo-Costa.

¿Habrán llegado a un acuerdo —o desacuerdo— en conversaciones particulares, privándonos así de una fiesta preciosa en honor de la Dialéctica?

[LA GACETA LITERARIA, 48, 15 de diciembre de 1928, pág. 6]

Actualidad, Filosofía, Ciencia.

Un Instituto de Sanz del Río

Algunos amigos míos —que a la vez lo sean de la filosofía— saben bien con qué insistencia durante los meses últimos, he acariciado el proyecto de crear una Sociedad de estudios filosóficos. Y las líneas generales de ese proyecto que tendían a conseguir la posible eficacia de las nuevas vocaciones españolas. Nadie desconoce que jamás la atmósfera de nuestro país ha sido propicia a la Filosofía. Es cierto que ha sido propicia para bien pocas cosas que valgan la pena. Somos el único gran pueblo europeo que no ha esgrimido aún el cetro filosófico. Y por tanto, que todavía no ha proyectado sobre el mundo una dictadura intelectual. No bastan, no bastan para ello, amigos, los artistas. El lenguaje del arte es siempre un poco ingenuo y provinciano, y desde luego carece de eficacia imperiosa.

Nuestra Sociedad de estudios filosóficos nacía, pues, bien provista de alientos ideales. Y sobre todo iba a alimentarse de jóvenes vigores. Hoy ya, sin embargo, y felizmente, carece de justificación. Termina de ser fundado, de la más simpática manera y con todas las garantías de futuro triunfo, un *Instituto filosófico Sanz del Río.* Y a él deben ofrendarse los entusiasmos todos. Han intervenido en su creación el maestro Monterrey y otros varios insignes profesores. Hacía falta un Centro así, donde tuviesen acogida los aficionados a este género de estudios, evitando el fatal peligro de una formación autodidacta las disposiciones felices que puedan surgir en nuestros jóvenes.

En la nueva estructuración de la vida intelectual que ha sucedido a la antigua y defectuosa estructuración de Ateneo, faltaba a la Filosofía el templo imprescindible. Todos sabemos la lentitud con que la Universidad española se da cuenta de sus deberes superiores. Y la gran labor que desarrollan esos otros centros un poco provisionales —¿no?— y extrauni-versitarios, que se llaman Centro de Estudios Históricos, Laboratorio de Investigaciones Físicas, Seminario matemático, etc., etc.

Faltaba la Filosofía, repetimos, en esta nueva y saludable estructuración. Es lo que creemos —no estamos muy enterados aún— viene a realizar ese Instituto Sanz del Río que termina de fundarse. Por ello, merece nuestro aplauso más fuerte, y no será la última vez que desde esta sección de Filosofía de nuestra GACETA LITERARIA dé yo cuenta a los estudiosos del magno acontecimiento de haber nacido una Institución así.

Un libro de análisis lógico

El fenómeno es harto curioso y elocuente. A través de todas las decadencias y de todos los desprecios de la alta estirpe intelectual, los métodos escolásticos han sobrevivido. Siempre hubo, en verdad, para ellos una simpatía poderosa en las escuelas oficiales de la Iglesia. Pero aún así, nadie pretenderá afirmar que a la Filosofía moderna hayan aportado algo estos débiles y tábidos cultivos. Nada significan, repetimos, en el pensamiento moderno. Sin embargo, no sería yo justo hablar así

refiriéndonos al pensamiento actual. Que recibe contribuciones y esfuerzos procedentes de esas márgenes escolásticas. Bien venidos sean con sus cargas preciosas de sutilidad.

El profesor Gómez Izquierdo, muy conocido por los aficionados a cosas de Filosofía, termina de publicar un libro, *Análisis del pensamiento lógico,* que nos interesa comentar aquí con todos los honores. Pertenece su autor a ese núcleo de filósofos católicos surgido de la escuela de Lovaina y de la influencia bienhechora del ilustre cardenal Mercier. Este neoesco-lasticismo, que ha tenido la rara habilidad de fundirse con las más nuevas floraciones germanas, constituye un posible anhelo de vigencia.

Los embates del psicologismo por un lado, las sugestiones de una eficaz Metodología científica por otro han amenazado al puro análisis lógico de completo desprestigio. En cierta manera, las exageraciones especulativas de otros tiempos justificaron ese olvido radical. Este libro del señor Gómez Izquierdo, que es el primer volumen de una serie de trabajos sobre el análisis lógico, viene equipado con tales bríos y responde de forma tan brillante a las últimas actitudes filosóficas que merece la acogida más cordial por parte de los estudiosos. Posee la gran excelencia de desarrollar temas estrictamente escolásticos teniendo en cuenta las nuevas dificultades. Aquí reside el máximo interés. Vemos al autor desenvolverse con supremo acierto por rutas sobremanera difíciles. A ello le autoriza su hondo conocimiento de los problemas lógicos y su relación con las filosofías más recientes. Quedan así bien delimitados y jerarquizados frente a las concepciones psicológicas. Dicho esto, es fácil explicarse cómo un libro donde abundan las citas de Santo Tomás y se ven con simpatía los gestos medievales, resulta plena y magníficamente un libro de actualidad.

Podríamos señalar, es cierto, varios reparos, pero ni tenemos espacio ni éste es el lugar de hacerlo con todo detalle. Sí un ruego y una incitación: ¿Por qué no se decide a construir un tratado sistemático de Lógica? Es quizá el único español que podría acometer una empresa semejante. Entonces —¡oh clara paradoja!— es posible que nosotros no admitiésemos ninguna de sus conclusiones. Nuestro punto de vista es muy diferente —quizá opuesto— del suyo.

Por falta de espacio dejamos para nuestro próximo número una nota sobre *La matemática trasfinita,* con motivo del libro del sabio polaco Sier-pinski, *Leçons sur les Nombres transfinís* (París, 1928).

[LA GACETA LITERARIA, 49, 1 de enero de 1929, pág. 2]

Actualidad, Filosofía, Ciencia.

La Gestalttheorie

Después de la relatividad einsteniana, no creemos que en los años últimos se haya lanzado al mundo una teoría científica de sugestión más fuerte. Esta "teoría psicológica de la figura" reclama en los actuales momentos la mirada preferente de aquellos espíritus obsesos por el cósmico afán de comprender. Las peripecias teoréticas que ha sufrido la psicología, desde sus primeros esfuerzos por constituirse en centro de sí misma, son sobremanera curiosas, y ofrecen rasgos que se prestan a consideraciones de interés. Ha sido, durante cincuenta años, la niña terrible de la filosofía y su elemento perturbador más tenaz. En lugar de perspectivas claras, el psicologismo ha introducido en la filosofía sombras y nieblas. No ha logrado atrapar métodos eficaces, y sin embargo, como un revuelo de pececillos en un estanque cuando se arroja en él una piedra, así han nacido teorías y teorías en el campo psicológico, con la ingenua e inconsciente pretensión de explicar las cosas.

La *Gestalttheorie* —en nuestro idioma teoría de la figura— ha tenido el más resonante de los éxitos, y yo la creo limpia de todos los errores de constitución que se advertían en la que ya podemos llamar antigua psicología. Sus creadores Wertheimer, W. Kóhler y Koffka, y un gran número de estudiosos discípulos suyos, tratan hoy de dar a la nueva teoría una estructuración perfecta y sistemática. Los vigías meritísimos de la "Revista de Occidente" tradujeron a su tiempo un libro de Koffka, *Bases de la evolución psíquica,* escrito en los años iniciales de la *Gestalttheorie,* y que es una prueba de las anchas y seguras posibilidades que ofrece para el porvenir científico.

La palabra *Gestalt,* impuesta por estos psicólogos en sus obras, ha sudo una de las barreras más tenaces para la comprensión de la teoría. Así en una reciente discusión de Kóhler y Rignano, en la revista *Scientia,* la objeción central de este último tenía su origen en que no comprendía con

suficiente claridad ese término endiablado. Bien es cierto que Rignano, tan admirable en su buena voluntad científica como mediocre en su labor creadora, no es psicólogo muy a propósito para comprender a los *gestaltistas.*

La teoría de la figura entraña una nueva manera de concebir la percepción. En este dominio existía desde Binet la tendencia más absurda. Los *gestaltistas* fundan la psicología no tanto en el estudio de la psique como en el estudio de los objetos que esa psique percibe. La presencia de unidades y grupos (Einhelten un Gruppen), por ellos denunciada, y la no aceptación de sensaciones elementales independientes, ha constituido su inicial punto de partida. En un campo visual, por ejemplo, los estados locales vendrían a depender de su posición, situación y del papel que jueguen en la unidad de la figura. La psicología es definida por Koffka (obra citada, página 21) como la ciencia que estudia "la conducta de los seres vivos en su contacto con el mundo ambiente". Este mundo ambiente, afirman los *gestaltistas,* no existe para el ser vivo como un número infinito de sensaciones elementales, sino que, por el contrario, está formado por grupos coherentes en sí mismos, provistos de indiscutible unidad, y que destacan una redondez magnífica del lugar donde se hallen. Esto se quiere decir al hablar de *Gessa ten in engeren Sinne* (figuras en sentido estricto).

Rignano cree que es inadmisible admitir en estos tiempos esa especie de "formas a priori", y en la discusión a la que nos hemos referido calificó a los *gestaltistas* de kantianos tardíos. Y de recaer en el subjetivismo. Y varios otros ataques sin fundamento.

Como se ve, la psicología de la figura es de base física y experimental. Está volcada a lo exterior y derrumba los métodos introspectivos que seguía el antiguo asociacionismo. Cuando se contempla la hermosa arquitectura psicológica que se dispone a realizar la preciosa audacia de estos sabios, se es optimista en cuanto a los destinos de nuestro tiempo, objeto por la moda de tantas predicciones lúgubres.

La *Gestalttheorie,* en resumen, es una física especial, de amplio rodaje especulativo, y haciendo uso de que mis pocos años me autorizan a hacer una afirmación rotunda, sin que nadie tenga derecho a exigirme pruebas ni demostraciones, apunto aquí la idea de que todo este armazón psicológico va a constituir en plazo breve algo así como la fuente de problemas de la disciplina que hoy conocemos con el nombre de Física matemática.

Sobre la matemática trasfinita

No se crea, no se crea que "el camino seguro de una ciencia", aflorado por Kant para su filosofía, ofrece seguridades absolutas. Hace ya tiempo, medio siglo quizá, que el matiz polémico ocupa en las ciencias más firmes espacios enormes. Es, si se quiere, una nueva y radical manera de contemplar el espectáculo científico, que de todos modos supera las concepciones antiguas. El desarrollo de la ciencia se hizo a costa de renunciar a un gran número de nociones difíciles. El principio de economía —de esfuerzo abstracto— ha regido la marcha científica durante los dos últimos siglos.

Era previsible que una época mejor dotada y heroica acometiese el cultivo de las dificultades eludidas. Para la matemática, podemos señalar el comienzo de una era así en las exploraciones cantorianas que dieron lugar a la magna teoría de los conjuntos. Pergeñamos estas notas a la vista de un libro del matemático polaco Sierpinski *(Leçons sur les Nombres transfinís,* París, 1928). Libro magistral —pedagógico—, hecho con fervores de propaganda. La noción de infinito, que la enseñanza elemental prodiga hoy, es conocida generalmente sin precisar con exactitud sus alcances verdaderos. El infinito sería así como un truco lógico. Las Aritméticas trasfinitas, entre las que este libro que comentamos representa la última palabra, superan los conceptos parciales y faltos de rigor. Llegar a la noción de infinito a través de la sucesión, supone un absurdo lógico. De aquí el anhelado manejo de conjuntos infinitos simultáneos.

El libro de Sierpinski posee otro de gran interés. Expone los últimos resultados a que se ha llegado en Polonia en la utilización del conocido axioma de Zermelo. Este axioma ha suscitado entre los matemáticos una actitud polémica interesante. Prueba lo que antes hemos dicho acerca del fenómeno que se advierte con rara unanimidad en la actual ciencia. La zona polémica alcanza incluso a las ideas científicas fundamentales. Los hombres de ciencia se hacen así filósofos y admiten en sus discusiones temas de filosofía, antes prohibidos en nombre del rigor. He aquí el curioso ciclo realizado: Persiguiendo el rigor, los métodos conducen al lugar que se abandonó precisamente al iniciarse la actitud rigorosa. ¿No está clarísima la gran lección de esencialidad?

* * *

Se encuentra en Madrid el insigne profesor argentino D. Enrique Butty, quizá la primera figura científica de Hispanoamérica. En nuestro próximo número hablaremos con alguna extensión de esta personalidad eminente.

[LA GACETA LITERARIA, 50, 15 de enero de 1929, pág. 2]

Actualidad, Filosofía, Ciencia.

El Profesor Butty

Nos produce honda satisfacción traer a estas columnas la figura del sabio argentino Butty, ahora en Madrid con motivo de haber inaugurado la cátedra hispanoamericana. Su actuación en la Universidad y en la Escuela de Caminos está poniendo de relieve sus dotes magníficas de profesor y de hombre de ciencia, contrastadas por nuestro mundo intelectual con afirmaciones unánimes.

Hombre de cúspides, el ingeniero Butty eligió para temas de sus explicaciones en Madrid los sectores más sugestivos de la Física matemática. Hemos de agradecerle así que haya removido entre nuestros científicos el estudio del cálculo tensorial, sugiriendo alrededor de los tensores de segundo rango las anchas perspectivas que aporta la matemática a la nueva física. En la Escuela de Caminos ha explicado, entre admiraciones continuas, su método para la resolución de sistemas hiperestáticos de grado superior, logrando de los estudiosos el más atento interés hacia sus investigaciones.

Una vez fijada la personalidad del profesor Butty, en el sentido de considerarla como una de las floraciones más eminentes de la actual ciencia, nos interesa mucho comentar su posición epistemológica, su actitud frente a la interrogación fundamental que plantea el conocimiento científico. D. Enrique Butty es uno de los cortadísimos ciudadanos que han comprendido íntegramente el armazón relativista de Einstein. Y su *Introducción filosófica a las teorías de la relatividad* es, quizá, el libro elemental más ágil y enjundioso que conocemos sobre estas materias. No hay en él la menor concesión a la falta de rigor, logrando, con una simbólica matemática muy sencilla, colocar las cuestiones en la más favorable arquitectura. Parece ser que el Sr. Butty trabaja actualmente en una paralela *Introducción matemática* a esas teorías, obra en extremo necesaria para los que pretendan iniciarse con rapidez en el corazón mismo de la Relatividad, y que nadie mejor que Butty puede realizar con las máximas garantías.

Ya es, ciertamente, un precioso detalle para considerar la actitud epistemológica del insigne Butty el verlo unido a empresas de tan radical carácter como el relativismo einsteniano. Es de toda necesidad para el científico de rango egregio dedicar las meditaciones mejores a un problema esencial y primario: el de la validez de su conocimiento. El hombre de ciencia que no logra situar ante sí, como un correlato de privilegio, esa cuestión magna, es justamente un dominado auténtico, que se entrega a la arbitrariedad con ingenua indefensión.

La Ciencia ha sido durante todo el siglo XIX la gran trampa humana, donde se han adormecido infinitas tendencias superiores. Decir, por ejemplo, hace cincuenta años que los conocimientos científicos son harto problemáticos y dudosos, aun captados con el máximo rigor, parecería una broma o una herejía intolerable. Hoy no sucede esto, y son ya muchos los que se dan cuenta que es precisamente la verdad científica la más sospechosa de incertidumbre, pudiendo, desde luego, asegurarse que su validez para el espíritu no pasa de una aproximación. La validez absoluta de los conocimientos científicos es defendida tan sólo por mentes filisteas, por los *dominados,* como nos place calificar a aquellos individuos que pierden su personalidad en dedicaciones intelectuales cualesquiera.

Y, sin embargo, la ciencia, los métodos de la ciencia, conducen a valores legítimos. Es la suya una trayectoria infinita en pos del conocimiento supremo. Las cosas, además de otro gran número de cualidades, poseen la de ser conocidas por nosotros. Nuestro acto de conocer es un todo independiente de aquellas otras formas, que pueden existir sin necesidad de ser aprehendidas en conceptos. La vida espontánea es un claro ejemplo de cómo pueden desarrollarse los procesos de las cosas sin que nadie ejerza sobre ellas el acto inquisitivo de conocer. Un ser puede experimentar el pleno significado de sus vivencias, ignorando por completo su sentido conceptual. El sentido de las

cosas, su dirección genuina en ser-vicio del espíritu superior, es lo que persigue el conocimiento.

La ciencia está, pues, adscrita a una función esencial de conocimiento, y fatalmente ha de moverse en direcciones especulativas. La tiranía científica, en el sentido de que ésta regule los impulsos todos, es una monstruosidad. Contra ella reacciona el espíritu contemporáneo; y esa nueva objetividad, que alimenta el latir filosófico de nuestro tiempo, trae consigo las decisivas categorías de estimación.

En cuanto se verifique la más leve transmutación de los valores y se requiera el puro saber para exigencias extrañas a su riguroso y peculiar sentido, llegamos a la máxima paradoja: las verdades que proporciona la ciencia son más problemáticas y menos ciertas que las verdades empíricas, y es, por tanto, un mal negocio entregar a aquéllas los intereses vitales. Pues aparece aquí un nuevo valor: el relativo a una finalidad. Este valor es poseído en alta escala por el técnico. Y de ahí su predominio en las sociedades modernas. El técnico es el hombre que aplica al conocimiento categorías irracionales. De nada serviría la ciencia a la vida práctica si no existiesen los técnicos. Una prueba la ofrece el mundo griego, en el que la ciencia carecía de sentido alguno utilitario. Sin el técnico, el conocimiento sería hasta perjudicial y subversivo. Algo análogo a la respiración de oxígeno puro.

En su libro citado, el profesor Butty manifiesta reiteradas veces su idea de la ciencia en forma pareja a la que terminamos de esbozar. Las teorías científicas se jerarquizan, no a base de ser absolutamente verdaderas o falsas, sino en gracia a su mayor o menor grado de certidumbre. A su mayor o menor aproximación. La astronomía de Kepler no ilegitima a la de Copérnico, sino que la comprende como un caso particular. De igual modo que la elipse comprende a la circunferencia. No de otra manera debe situarse a Einstein frente a la gravitación newtoniana.

La obra y la personalidad del ilustre sabio argentino son inagotables en sugerencias de esta índole. Traemos a esta sección de filosofía la de perfil más rotundo. No sin olvidar, en la hora de los elogios cálidos, que a un compatriota nuestro, al muy insigne Rey Pastor, debe la formulación matemática de Butty sus brillos mejores.

Una Sociedad de Filosofía

Quizá la máxima excelencia de nuestros tiempos consiste en que ha sido desterrada la posibilidad de una bancarrota del espíritu. Aludimos aquí al fenómeno de que las más angélicas actividades encuentran hoy segura lozanía. No es ya la casual dedicación de un grupito de frailes lo que salva una cultura. No es ya, igualmente, una ráfaga de barbarie lo que la impide florecer. La más grácil muralla de la Filosofía, la que defiende sus recintos de la ramplona acometividad, es que no todo el mundo puede realizar los ataques debeladores. Tres clases de enemigos posee la Filosofía; mejor dicho, sólo dos clases, pues la tercera, en realidad, está formada por alguien que a la postre resulta amigo suyo. Son los que al atacar la Filosofía construyen otra nueva, más pujante. Las otras dos clases vamos a resumirlas en dos nombres: por un lado, Luciano de Samosata; por otro, Giovanni Papini. Como se ve, no alcanzan siquiera este nivel los *glosadores.*

En Marsella existe una "Société d'études philosophiques", que deseamos presentar en estas líneas a nuestros lectores. Su funcionamiento es sobremanera sencillo y eficaz rodeada de fíeles y magníficos propósitos. La forman un número limitado de estudiosos, que realizan con entusiasmo una ardua labor de estructuración filosófica.

Esta Sociedad reúne a sus miembros una vez al mes, y la sesión se destina íntegra a un tema concreto, perteneciente a cualquiera de las disciplinas filosóficas, que uno de los socios haya propuesto y presentado a la Sociedad en forma de memoria breve y sintética sobre el tema respectivo. Esta comunicación pasa a estudio de los miembros de la Sociedad, y los que asisten a las sesiones comentan la memoria presentada y formulan sus puntos de vista, que son discutidos en el acto por el autor de la tesis objeto de examen. Los miembros de la Sociedad que residan fuera de Marsella conocen a tiempo los temas que van a discutirse, y si lo creen oportuno, envían por escrito sus observaciones, siendo éstas leídas al finalizar la reunión. Los resultados de semejante sistema son altamente sugestivos y ofrecen el interés de contribuir al incremento de los estudios filosóficos con los mejores estímulos.

La Sociedad publica una revista, "Les Études philosophiques", donde se resumen los trabajos y las comunicaciones que envían sus miembros, y se mantiene al día una sección de "Analyses et

comptes rendus", con notas sobre los libros de interés más amplio. Asimismo, una Bibliografía de novedades filosóficas, clasificadas con todo detalle y asiduidad, por donde desfilan los libros y artículos de revista más salientes.

La importancia de este grupo filosófico es notoria, habiendo logrado reunir en su seno figuras y personalidades de primer orden. La Sociedad está presidida por el activísimo Gaston Berger, animador e impulsor insustituible, y forman parte de ella filósofos de alta resonancia europea, como Brunsch-vicg, Gustave Le Bon, Le Senne, Jacques Maritain, Keyserling, etc., etc. No es necesario decir que los miembros pueden pertenecer a las tendencias filosóficas más dispares, existiendo una libertad absoluta a este respecto. Es eso quizá lo que presta mayor interés a sus trabajos y da a las discusiones la mejor eficacia.

En el último número de su revista hemos leído los índices de las sesiones y las memorias discutidas. Una de ellas versa sobre "La unidad de la materia", con observaciones muy certeras de Marcel Boíl, ilustre físico de la Universidad de París de quien recientemente ha aparecido, en colaboración con Ch. Salomón, una "Introduction a la théorie des Quanta".

[LA GACETA LITERARIA, 52, 15 de febrero de 1929, pág. 6]

Actualidad. Filosofía, Ciencia.

André Metz y la Geometría euclidiana

Los estudios de filosofía matemática adquieren de nuevo interés esencial. Una serie de peripecias intelectuales en los tiempos últimos han originado esta actitud, que promete absorber las atenciones más valiosas. Caracteriza a cada época cierta preferencia por determinados problemas, a los que une su destino y sacrifica las totalidades inocentes. Sería en extremo peligroso aludir ya a las preferencias de la hora nuestra. Aunque no por falta —ya también— de convicciones personales. Nos ayudarían a denunciarlas y aclararlas los fervores que algunas zonas, de radio propincuo a la matemática, despiertan en el espíritu nuevo. No están ausentes, en realidad, del novísimo ejercicio, las especulaciones de un Bertrand Russell, un Couturat o un Peano. Tampoco lo que significa para la mejor eficacia de los resultados la gran labor de Mach, de H. Poincaré, y la, en cierto modo análoga y fertilísma, de Meyerson. Y en un sector más preciso, y, por tanto, de más concreta adecuación, los trabajos de Hilbert. Todo esto, si se quiere, conduce a una lógica magna, que es como decir a una magna filosofía. A un método esencial y gigante. Se cierne sobre la filosofía del porvenir la difícil cuestión de enjuiciar la cosa científica, de convertir la ciencia toda en un problema. Causa extrañeza que no haya ocurrido esto todavía. Siendo, como es, el saber científico la hazaña intelectual más vigorosa que se conoce.

La ciencia es algo que el hombre posee en realidad desde hace poco tiempo. Digamos tres siglos. Durante ellos, la ciencia ha llegado a ser la alusión máxima, desplazando legítimamente otras gravitaciones. Yo reservo para la primera época que aparezca bien dotada de genio el deber de abordar con seria disciplina el hecho científico. De elaborar una auténtica Filosofía de la Ciencia. La filosofía positiva de Augusto Comte pretende quizá esto mismo, si bien en sentido radicalmente contrario. Es una filosofía monstruosa que renuncia al privilegio esencial que caracteriza a toda filosofía. Pero supone un ensayo nada desdeñable de estructuración.

(Días pasados, nos hizo notar el profesor Butty que los filósofos se informan de lo que es la ciencia por lo que de ella dicen los científicos. Pero nadie duda que es precisamente el científico quien más ignora el sentido y el valor de sus verdades. La observación es sagaz, y permite considerar una de las causas por la que no existe esa Filosofía de la ciencia a que hemos aludido).

En el último número de la "Revue Philosophique", el inquieto soldado —algún día será general— del relativismo, André Metz, publica un ensayo muy notable sobre la geometría euclidiana y la física. André Metz se muestra en este artículo capaz de encararse con los más sutiles y serenos argumentos, sin estropear la elegancia indispensable con irrupciones molestas.

Es sabido que un gran número de críticas de la geometría euclidiana le conceden tan sólo un valor de comodidad, útil y verdadera para cierto grado de aproximación. André Metz ensaya un nuevo punto de vista, de donde pueda desprenderse con estricto rigor la validez lógica de esta geometría. Para ello, introduce una noción vaga del *continuo,* recinto o espacio imaginario donde

colocar figuras euclideas, que tendrían como propiedades inmanentes a su *quididad* los "énoncés cruciaux qui la distinguent des autres géometries". Como se ve, ha de conseguirse su validez lógica a costa de sacrificar su valor empírico. Quedaría, sin embargo, a su favor, dice Metz, citando a Poincaré, el ser la geometría más sencilla.

Cuando los relativistas afirman que el espacio no es euclidiano, y pretenden que los cuerpos materiales siguen las leyes de la geometría rie-manniana, no lo hacen, sobre todo esto último, guiados por un puro afán teorético, sino acuciados por exigencias empíricas. Estas exigencias aluden a posibles deformaciones de lo real, que atemorizan a muchos espíritus asustadizos. Señala Metz con certero propósito el gran número de errores sensoriales que a diario nos vemos en la necesidad de corregir, sin extrañeza de nadie, y que son de orden muy superior a las correcciones que requiere la Relatividad.

La física se construye con nociones abstractas, que tienen su origen en hipótesis hechas sobre lo real. La elaboración de esas nociones, dice Me-yerson, es análoga a la que realiza el sentido común partiendo de los datos sensoriales. El problema de la física, ciencia exclusivamente matemática, es de idéntica naturaleza al de la geometría. Una y otra son, sin embargo, irreductibles en sus bases primarias. Cuando Gauss pretendió experimentar algunas propiedades no euclidianas, midiendo triángulos gigantescos, no obtuvo resultado alguno de interés. Poincaré comentó estas experiencias ingenuas con justa sonrisa: Si se hubiera conseguido con ellas contradecir las ideas clásicas, escribía, preferiríamos modificar las leyes de la propagación de la luz antes que los teoremas geométricos.

André Metz, siguiendo la célebre frase kantiana, reclama para las geometrías no euclídeas el mérito de haber despertado a la geometría de su sueño dogmático, venciendo así el último reducto de la crítica. El supuesto carácter apodíctico de las proposiciones de la geometría clásica inspiró a Kant los juicios sintéticos *a priori,* de los que dijo bien Nietzsche son *die falschesten Urtheile,* aunque por otro lado resulten ser *uns die unentbehrlichsten.* Los juicios más falsos, pero también los más indispensables para nosotros.

Concluye André Metz su estudio, que es una bellísima lección de filosofía matemática, proponiendo la distinción entre la geometría práctica y la geometría axiomática (trabajos de Hilbert y su escuela), evidenciada su necesidad por el mismo Einstein en alguno de sus libros.

De la nueva Psicología

La aparición reciente en lengua castellana de un gran libro ("Psicología de la edad juvenil", de E. Spranger, en las ediciones de la "Revista de Occidente"), nos facilita oportunidad para encararnos de nuevo con el mundo maravilloso de la psique humana, hoy más que nunca henchido de atracciones superiores.

La psique adolescente adquiere en este libro de Spranger, que recoge las direcciones fértiles de la novísima psicología, un claro sentido de objetividad. Es un ejemplo más de cómo el secreto de los saberes reside en el hallazgo de una idea feliz. Iniciadora. Y de cómo resulta a la postre de más graciosa eficacia no ir, en problemas de conocimiento, al asalto inmediato de las cuestiones, sino que conviene antes que nada detenerse a considerar cómo es posible que esas cuestiones puedan resolverse. La teoría de la figura, y también de las figuras parciales —Gestalttheorie—, de que nos hemos ocupado recientemente en esta nuestra sección de Filosofía, pertenece a este último tipo de actitud investigadora.

Un palmario ejemplo de la fertilidad de la Gestalttheorie —que nosotros traducimos teoría de la figura y no de la estructura, porque nos parece que aquel vocablo alude mejor que éste al sentido psicológico que entraña la teoría— es el libro que comentamos, y aun la posibilidad toda de que pueda hablarse de una psicología de la adolescencia, de una psicología infantil, etcétera, etc. Ofrece, además, a esta ciencia sin poner en peligro su básica constitución experimental, un enlace necesario con los complejos supraindividuales "que nos apasionan, dirigen y dominan". Así la economía, la ciencia, la moralidad.

Pocas veces nos será dado ensayar gestos admirativos de expresión tan justa como los que desearíamos dedicar a este libro, de envergadura científica casi genial. El análisis del estadio juvenil del alma, de los más difíciles de realizar bien por un gran número de razones —cierta reserva impenetrable que acompaña al "despertar psíquico", y el hecho de que "ninguna época de nuestra

vida olvidamos tanto como los años de la adolescencia", quedando, por lo tanto, como la mejor fuente la comprensión de sí mismo, si bien se ha comprobado que ésta resulta sobremanera limitada—, es logrado por Spranger con insuperable lozanía.

Todos los capítulos son de alta sugestión y deben tenerse en cuenta para considerar totalmente la grandiosa arquitectura. Pero uno de ellos, sobre los demás, el que trata de la vida y creaciones de la fantasía en el adolescente, consigue, en opinión nuestra, los resultados máximos. Allí aparece, con rotunda marca objetiva, el romanticismo —el movimiento literario que se conoce con este nombre—, que según Spranger encierra una infinidad de "rasgos francamente juveniles". Y allí aparece también en forma un poco terrible, pero exacta, la afirmación de que "la tendencia a idealizar es un rasgo típico de la adolescencia, que no garantiza aún ninguna originalidad ni capacidad artísticas." Quiere decir esto que existen manifestaciones peculiares de una edad, y que no es legítimo tenerlas en cuenta para juzgar capacidades futuras. Porque aparecen adscritas a ella como una decoración más de su sentido momentáneo.

Otros temas parciales, como la vida erótica y sexual del joven, su actitud frente a la política, la evolución religiosa, etc., contribuyen a realzar el valor extraordinario de este libro. La traducción, hecha por José Gaos, es magnífica. Téngase en cuenta, sin embargo, nuestro reparo a la traducción de la palabra *Gestalt.*

[LA GACETA LITERARIA, 54, 15 de marzo de 1929, pág. 2]

Actualidad. Filosofía, Ciencia

El pedagogo Cossío

No compartimos los lagrimeos de las gentes cuando un insigne profesor es jubilado. Hay que restaurar entre nosotros el sentido apoteósico, triunfal y magno que representa estrictamente una jubilación. Hoy, en ocasión de acontecer la de nuestro venerable maestro Cossío, hemos advertido con disgusto aquella cosa. Un síntoma de cómo predomina cada día más la mente periodística, y discierne valores con su desparpajo habitual. Nosotros, repetimos, no hemos llorado la jubilación de este gran maestro Cossío, sino que, por el contrario, le hemos felicitado, le hemos agradecido su labor y hemos ido a sonreír con él dos horas divinas, por las que desfilaron otras grandes figuras, maestros a su vez de este maestro, y hemos procurado en este día convencerle de la bella cosa que es dedicar la vida entera a una actividad como la suya.

Don Manuel B. Cossío, profesor de Pedagogía superior en la Universidad. Director del Museo pedagógico. Director de la Institución Libre. Y también, teórico del Greco, casi diríamos conquistador del Greco para España; desde luego, autor del mejor libro sobre el Greco.

El nombre de Cossío va unido a algo que es ya para nosotros una tradición. Una bella tradición. Hace unos sesenta años irrumpió en nuestro país un grupo admirable de señores que, entre otras cosas de rango elevadísimo, trajo aquí una filosofía. (Estos señores, los krausistas. Su maestro único, maestro de todos, Sanz del Río.)

Hoy —es un deber reconocerlo— la alta cultura española, los organismos, instituciones y personas que la presentan, derivan por senderos nada difíciles de identificar de aquel grupo minoritario y disconforme. Aun quizá sin saberlo; y, sobre todo, sin declararlo en alta voz. Pero aquí y allí se advierten aquellos gestos, aquellas actitudes.

Lo de menos fue el instrumento: sistema krausista. Lo de más, fue la honradez intelectual con que lo utilizaron. Honradez intelectual quiere decir conocimiento, quiere decir ausencia de ceguedades y de brumas. Cuando se habla, cuando se escribe.

Así, yo he podido insistir en la afirmación de que, cronológicamente, es Sanz del Río el primer auténtico filósofo que ha tenido España (Balmes, no; sacerdote liberal; pluma admirable de periodista con una teleología que defender.) Los pseudofilósofos atacan a Sanz del Río porque en trance de asimilar y propagar un sistema de Filosofía, asimiló y propagó el krausismo. Hubieran creído más lógico algo menos árido y entrañable. Aparte razones de otra índole, que así lo exigían, como el obedecer al temperamento racial, el ser fieles al espíritu de nuestro pueblo, que se inclina y prefiere en Filosofía las márgenes eticistas, de práctica aplicación a los problemas vitales inmediatos; atrajo

quizá el krausismo a estos hombres por una cuestión de disciplina, por un afán de honduras penetrantes. He aquí un detalle: Sanz del Río, camino de Alemania, pasa por París. En París habla con Víctor Cousin. Con la sirena ecléctica, que era Cousin. Habla con Augusto Comte, que entonces, por lo menos —año 42 ó 43— era una novedad. Ambos quisieron retenerlo. Y no se detiene. Nadie sabe qué metafísicos impulsos le obligan a no detenerse. Hasta Heidel-berg.

Hoy el krausismo no es nada. No creemos que en Alemania haya un solo krausista. Para nosotros —jóvenes— es algo horrible y monstruoso. La filosofía contemporánea se encuentra muy lejos de los recintos aquellos. Los krausistas españoles tienen valor, no por krausistas, sino por filósofos, porque su tónica, su actitud intelectual fue la adecuada y correcta del espíritu filosófico.

Después de Sanz del Río, Giner. Está tan en la superficie, de forma tan innegable, la influencia de este hombre en la cultura española de nuestro tiempo, que no es necesario referirse a ella. Influencia socrática, integral, de entraña purísima. Aquí está Cossío, este venerable maestro jubilado, en cuyo honor perfilamos estas líneas breves, continuador del espíritu de Giner y de toda esa disconformidad del año 70. Sacerdote laico también, adorador místico de las campiñas.

Hoy, D. Manuel B. Cossío dirige la Institución Libre de Enseñanza. El organismo concreto y ortodoxo que le encomendaron sus maestros. Todo lo esencial está, sin embargo, salvado. Nada significarían ya para la perpetuación eficaz de los valores sustantivos que representa posibles contratiempos.

El Sr. Cossío es algo más importante todavía. En su calidad de continuador y heredero directo, guarda —como un archivo inteligente— innumerables cosas que a muchos nos interesa no se pierdan. La historia del pensamiento español del último medio siglo XIX ha de hacerla él o alguien a él muy cercano. Como afán concreto, es de gran necesidad un buen libro, moderno, sobre Sanz del Río. ¿No surgirá algún joven, bien dotado de temperamento filosófico y de un poco de heroísmo, que aproveche estos años el archivo viviente y admirable que es el Sr. Cossío para escribir ese libro imprescindible?

Hertwig y el Postdarwinismo

He aquí un libro de pura biología. Juzguese de su rango y significación por un solo detalle: aparece en una colección de "Ideas del siglo XX" (Espasa-Calpe), que dirige nuestro gran Ortega y Gasset, seleccionador irreprochable. ("Génesis de los organismos", de Oscar Hertwig. Espasa-Calpe). Forma parte de esta serie, sin embargo, un libro de Bonola, sobre "Geometrías no euclidianas", cuya inclusión entre libros de Ideas del siglo XX, no podría ser justificada con facilidad. En un libro próximo sobre los *Fundamentos filosóficos* de estas Geometrías, trato de probar que el espíritu que las informa se enlaza con otras manifestaciones del ochocientos, de filiación vigorosa y estricta.

Como toda teoría científica de amplias márgenes que tiende a una concepción absoluta del universo, el darwinismo ha periclitado. El darwinismo tenía algún sabor a cosa definitiva y conclusa, y ha desaparecido por asfixia entre sus propias metas.

Oscar Hertwig, uno de los biólogos más concienzudos, a quien se deben en los últimos veinticinco años trabajos muy notables de experimentación, ensaya en este libro una seria labor de examen reflexivo acerca de los problemas biológicos del momento. Algún día, no hace muchos años, las investigaciones se polarizaban en dos tendencias irreductibles: la vitalista y la mecanicista, que absorbían por completo, una u otra, la atención de los sabios. Hertwig supera esta dicotomía y se declara partidario de una tercera dirección que el denomina *biológica.*

Por un lado, es un poco ingenuo que trate de explicarse por medios físico-químicos los problemas fundamentales de la vida. Aparte de que estas ciencias permanecen aún en un estadio casi inicial, de indudable pequeño radio frente a las grandes posibilidades que las obliga a refugiarse, como denuncia el buen Kolbe "en rebosantes juegos de imaginación", existe una radical imposibilidad que hace poco aptos para la biología los métodos físico-químicos. Éste se patentiza de continuo en Química orgánica, comprobándose cada día mejor una divergencia evidente con la eficacia de los propósitos. No hay forma de presentar simbólicamente las complicaciones moleculares que surgen; por ejemplo, los compuestos de diversas proteínas cuando derivan de un complejo superior, en virtud de afinidades de orden biológico.

Por otra parte, pretender aplicar a las ciencias naturales un patrón filosófico *a priori,* que no

puede tener otra validez que la de satisfacer nuestro insobornable afán de ordenación y estructura, no parece tampoco muy fecundo.

Todo gira hoy alrededor de ese mundo maravilloso y microcósmico que es el mundo celular insospechado para el darwinismo, sobre el que se encuentran fijas todas las atenciones. Hertwig ha introducido en Biología el concepto de célula específica y una ley ontogenética sucedánea a base de una de las pocas y auténticas verdades de la biología moderna: es un hecho de rigurosos conocimiento experimental que "de una determinada célula sexual se desarrolla siempre con infalible seguridad una sola especie bien determinada de organismos". Aquí, con esta ley, creemos da comienzo la Biología de nuestro tiempo, y significa para ella lo que el concepto de número natural significa para la matemática.

(Este libro de Hertwig ha sido traducido —bien traducido— por Lorente de No, el notable matemático y profesor de Mecánica racional en la Universidad.)

[LA GACETA LITERARIA, 55, 1 de mayo de 1929, pág. 2]

La Gaceta Científica. Filosofía

El curso de Ortega

El perfil filosófico de Ortega y Gasset se nos impone de una manera incuestionable. Este hombre singular, es, sobre todas las cosas, filósofo, y cuando podamos sorprenderle en otras órbitas o en otros recintos, con aparente dedicación a sus temas particulares, no tardará en llegar a nosotros el detalle que identifique su filiación estricta. Decimos eso, porque no es difícil oír por ahí, en labios de la pseudofilosofía bobalicona, que Ortega es ajeno a la especulación disciplinada, otorgándole, eso sí, alta calidad literaria y divagadora. Bien sabemos el sentido peyorativo que en este caso se asigna a esas "altas calidades literarias", y cómo lo que se persigue es el desprestigio de una labor auténtica.

Precisamente, en este curso de filosofía que el gran maestro ha inaugurado, y que comentaremos aquí en notas rapidísimas, lo primero que se percibe con más fundamental relieve es su capacidad genial para las amplias ascensiones teoréticas. Y el situarse en esa privilegiada perspectiva, que es imprescindible para la eficacia rotunda de todo pensamiento filosófico.

El título mismo del curso, que va a consistir en diez nutridas lecciones, como única alusión al tema de "¿Qué es la Filosofía?", asegura al espectador las posiciones iniciales. Se trata aquí de fijar el concepto y los deberes que nuestro tiempo asigna a la función especulativa así denominada. Ortega y Gasset, que procede del neo-kantismo de la escuela de Marburgo —si bien libre, desde hace años, de toda subordinación a esta escuela—, y en gran contacto con el movimiento fenomenologista, tiende, por fin, a exteriorizar orientaciones personales, que prestan el mayor interés a sus palabras últimas.

Mucho nos tememos que todas las pretendidas superaciones del subjetivismo, de que está embriagada la más reciente filosofía, adolezcan del máximo y capital defecto: carencia de fundamentación. Informa a Husserl y sus discípulos —y hasta pudiera decirse que actitud semejante se inicia ya en Brentano— a un modo de histérico afán por huir del gran fantasma sub-jetivista. Hasta hoy, pues, la fenomenología es tan sólo una reacción contra acaecimientos anteriores, y en manera alguna significa una estabilidad y una meta.

Ortega y Gassset está magníficamente a salvo de estas objeciones. Cuando en su primera lección hizo la crítica del positivismo y advirtió en él una afilosófica actitud burguesa, sus palabras eran nuevas y rotundas. Es sabido que el positivismo tiene facetas múltiples, y los ataques que se le dirijan pueden responder a bien diversas caracterizaciones mentales. Una de esas facetas, groseramente insostenible, es la culminación pragmatista. No hay forma de justificar este bochorno ideológico que es el pragmatismo sino por el hecho de advenir al mundo de las ideas un pueblo elemental. En cambio, Augusto Comte —y las derivaciones de su sistema positivo— puede ser localizado y justificado con legitimidad y rigor. Ortega ha escrito en alguna parte que si no hubiese existido positivismo, los positivistas tendríamos que ser nosotros.

Ortega, pues, se dispone a realizar una auténtica superación en la filosofía; se dispone,

realmente, a estructurar, fijar y defender un sistema. Este sistema aspirará, sin duda, a interpretar la necesaria —en sentido imperativo— apetencia filosófica de nuestro tiempo. Para ello, aborda desde el principio el problema de la ciencia. Es imprescindible —cree, justamente, Ortega y Gasset— disciplinar estos conocimientos insumisos. La filosofía del siglo XIX, en general, ha vivido esclava de una ciencia triunfante. Cuando una ciencia particular obtenía casualmente un éxito de resonancia, se creía con derecho a acaparar toda la atención gnoseológica del hombre. ¡Error profundo! Ortega quiere restaurar el sano sentido totalista e integral de la filosofía, el sano y normal sentido que corresponde a su especialísimo carácter.

Grandes peligros acompañan al maestro en su jovial caminar teorético. Uno de ellos, ¿no es el escepticismo? Cuando en la segunda lección le oímos citar unas frases de Einstein, no escapamos a ese temor. Einstein debió pronunciar esas palabras en París, cuando el gran Painlevé le presentó una armazón teórica, semejante a la suya en vigor científico. ¡Pero Einstein dio entonces a sus palabras un sentido mucho más firme!

La actualidad de Cournot

Es curiosos asistir, a lo largo de los tiempos a fenómenos de esta índole. Nadie sabe qué subterráneas apetencias o qué impulsos caprichosos conducen el ánimo hacia autores un poco en penumbra, en cierta manera olvidados y avasallados por otras preferencias más fuertes. Si estos autores lo son de obras o sistemas de filosofía, cabe, razonablemente, preguntarse qué necesidad o qué imperativo exige lo que hemos de llamar su nueva vigencia. Las ideas filosóficas permanecen en muchas ocasiones como larva-das e infantiles, y de pronto irrumpen en las épocas, reclamando con extraño vigor sus realísimos derechos. No decimos esto de las ideas de Cournot, aunque sí podemos decirlo a propósito de Cournot, hoy leído por un sector numeroso de juventud filosófica con las mejores predilecciones.

Recientemente, hemos visto aparecer en Francia dos volúmenes, dedicados a Cournot, que responde a esa curiosidad por nosotros denunciada. Uno de Mentre, *Pour qu'on Use Cournot,* y otro de Milhaud, *Etudes sur Cournot* (París, 1927). Es indudable que Cournot, filósofo adscrito a las corrientes positivistas más puras, no conoció para su obra la estimación debida, y circularon poco entre los contemporáneos sus libros esenciales. Hoy, queremos identificar su resurgimiento a unos posibles intentos, de honrada y seria filiación con las cuestiones últimas, en pro de una labor simpáticamente revisora del gran fenómeno positivista.

Los libros de Cournot, sobre todo el *Traite de l'enchainement des Idees fondamentales* (1861), y el aún más notable *Essai sur les fondement, de nous connaissances,* de sugestivísima lectura para una mente de nuestro siglo, ofrecen singulares referencias a los problemas modernos y son una garantía para la eficacia de los métodos y de la actitud filosófica que entrañan.

Cournot fue un Augusto Comte menor, sin la intrepidez y la audacia ideológica que éste poseía, pero con una especial soltura y una capacidad de síntesis sobremanera valiosa para la especulación. Cuando advino a la actualidad de su tiempo, ya los brotes positivistas seguían una tendencia, y los discípulos artistas, que eran Taine y Rénan, tejían las rutas de más inmediato seguimiento.

Siente Cournot un especial afán por una jerarquía de las ideas, y a la ordenación de las ciencias, que hizo con riguroso sentido Augusto Comte, añade él un nuevo examen, de radio más detallado y estricto, haciendo desfilar con magna disciplina todas las ideas fundamentales. Llega así a resultados espléndidos y a correlaciones de interés altísimo. Si Augusto Comte veía la máxima virtud de la Geometría analítica en el hecho de que significa una hermosa síntesis de dos ciencias, la Geometría y el Análisis, y una especie de correlación de sus fundamentos, nuestro Cournot siente análoga satisfacción cuando descubre que la idea de número y la idea de asociación "ou de groupement par genres sont deux idées correlatives dont l'une implique l'autre", etc., etc.

No sólo éste, sino también otros fenómenos de percepción clara en nuestra hora, y que algún día hemos de consignar concretamente, permiten asegurar la aparición próxima de un neocomtismo, con la menor cantidad posible de ideas positivas, pero bien pertrechado, en cambio, de las disciplinas necesarias. Sin la menor simpatía por esta nueva cosa, nos dispondremos a contemplar curiosamente sus atisbos.

[LA GACETA LITERARIA, 56, 15 de abril de 1929, pág. 4]

Bruno Ibeas: En alta voz

Hay que agradecer a este hombre, sabio agustino de inquietud plural, su honrada y nobilísima labor en pro de auténtica y perfectas armonías en los sectores del espíritu. Pertenece el P. Bruno Ibeas a un distinguido grupo de religiosos que hoy se esfuerza por conectar sus temas con los de la realidad cultural más exigente. Una aspiración al diálogo sereno y a la fecunda disconformidad. Un odio a toda cerril cazurrería y a todas las omisiones aldeanas que, hasta hoy, dirigían la estructuración de los recintos de cultura en el país. No hay eficacia posible sin un sentido amplio de respeto y disciplina en el trato con los elementos afines que pasean nuestra misma vereda, persiguiendo valores de idéntico rango que los nuestros. La subversión que origina introducir, en órbitas dotadas de una peculiaridad, jerarquías y disidencias extrañas a su carácter, es sobremanera perturbadora, y uno de los deberes primeros de la nueva juventud intelectual es superar el régimen cabileño en que se desenvuelven en nuestro país las cosas que atañen a la cultura.

El P. Bruno Ibeas, preparadísimo en cuestiones filosóficas y sociales, intenta, desde hace varios años, una aproximación a las líneas donde se ejecutan en la actualidad las elaboraciones más finas. Su actitud no es anecdótica ni trivial, y le acompañan en el propósito las defensas mejores. En los últimos treinta años, es innegable que cierta minoría, disconforme con las voces tradicionales, ha conseguido elevar en España el nivel de los afanes superiores, consiguiendo la posibilidad de auroras felicísimas.

Estos éxitos justifican, en cierto modo, su petulante prescindir de cosas y personas; pero las nuevas generaciones, advenidas después de estas fragancias, juzgan de urgente necesidad cambios de criterio en una tal política. Prescindir en España de la colaboración con los elementos católicos, que son los más, para una decisiva cruzada, en beneficio de la cultura, no parece muy sensato. Nada podría hacerse con eficacia sin un previo reconocimiento de esa realidad, indiscutida.

[LA GACETA LITERARIA, 58, 15 de mayo de 1929, pág. 3. Esta recensión fue publicada en la sección "Libros y márgenes", cuaderno quincenal de noticias recopiladas por Ernesto Giménez Caballero, precedido de las siguientes palabras del director del quincenal: "El camarada Ledesma me envía estas notas sobre el libro 'En alta voz', del P. Bruno Ibeas."]

Actualidad, Filosofía, Ciencia

Unas reflexiones sobre Kant

Kant: filósofo de actualidad perenne. Hace un lustro, en 1924, el segundo centenario de su nacimiento, dio nueva ocasión a los hombres para acudir en peregrinación ideológica a los recintos kantianos, donde todavía brotan, al parecer con vital energía, rezumos de gratísimo saber. Ortega y Gasset publicó entonces unos ensayos conmemorativos, que ahora reúne en un bello volumen, de portada clarísima, donde el breve poema nominal del gran germano resplandece como un signo.

No es tan sólo vigente una filosofía cuando es aceptada. Al contrario, entonces lo es menos que nunca, porque, en rigor, puede decirse de ella que no es comprendida, no es pensada, ya que no hay meditación posible si ante la mente no existen problemas. La filosofía kantiana es hoy una filosofía vigente, porque no es la nuestra, la de nuestro tiempo, y en cambio necesitamos de ella, ir con frecuencia a sus hontanares y recibir las oleadas disconformes que suscita en nosotros el hecho de que esa filosofía haya podido elaborarse. Quizá por esto sea nuestra época la más apropiada para comprender a Kant, pues ahora inquirimos con exacta perspectiva sus motivos vitales, la arquitectura interna que ha sostenido la mole magnífica.

Ortega, en estos sagaces ensayos a que aludimos, penetra con vigor en la entraña misma del hecho kantiano y encuentra signos diferenciales, que le conducen incluso a descubrir un tipo de hombre, el burgués, que aparece en el Renacimiento y da lugar a la filosofía moderna, de carácter "suspicaz y criticista", en convergencia de estilo con otras manifestaciones de su tiempo. Ya el gran Hegel, como breve insinuación, escribió en su ensayo sobre *Naturrecht* que la "moralidad de Kant es una moralidad de burgués".

Kant es el máximo de una función continua que inicia su ruta ascendente en Descartes. Caracteriza a ambos la misma travesura, idéntico afán por renunciar al universo, excluyéndolo de las cercanías de su mente, como algo que debe alejarse de nuestra vera para ser visto y pensado con racional eficacia. Hay proximidades que impiden contemplar a los objetos, porque éstos rechazan ser vasallos de un ojo o de una idea, y esconden su existencia a las escrutaciones cercanas. El filósofo, en general, es enemigo de las cosas, no ama el universo en sí mismo, y siempre dispara a los objetos unos dardos ambiciosos, con la pretensión de captar de ellos esa propiedad que los hace cognoscibles, seres dóciles a las ideas. Ortega ha insistido mucho, a lo largo de su obra, en este carácter de la filosofía moderna, que supone un Yo gigante y quiere conocer el universo volviéndole la espalda.

Al idealismo no le interesa el mundo, sino conocer el mundo, apoderarse de su aspecto cognoscible, y esto impone la gran tarea previa —convertida por Kant erróneamente en la total tarea filosófica— que consiste en resolver la cuestión de si admitiendo que el universo, las cosas, son racionales —admitir esto *a priori,* es el optimismo racionalista— cómo es posible que yo pueda conocerlas. Las frases kantianas en la *Crítica de la razón pura,* están esmaltadas por esa *Möglichkeit* de conocer.

Así, en Kant, pierde sentido la ontología clásica y la sustituye una gnose-ología, una Teoría del conocimiento, y al hacer de éste poco menos que el ser de las cosas, adquiere un rango ontológico de inaceptable significación. De esta forma, el afán ingenuo de conocer es más una seguridad contra los errores posibles que el saber mismo. Por eso Ortega llama al criticismo 'ciencia del no querer saber y del querer no errar". A pesar de todo, la filosofía moderna, y al frente de ella Kant, como cima y resumen, será siempre la maravilla intelectual de más alto rango que el hombre ha producido.

Kant tuvo sobre Descartes la ventaja de recoger del empirismo inglés, especialmente de Hume, grandes cosas. Hoy la fenomenología, hasta ahora la única actitud filosófica de nuestro tiempo, tiene sobre Kant, de igual modo, un siglo de positivismo.

El problema central de la fenomenología tiende a destruir la noción kantiana del *a priori.* Para Kant nacía ésta de la solidaridad entre las concepciones del espíritu —síntesis *a priori*— y los objetos mismos. La filosofía fenomenológica independiza el *a priori* de todo concurso del sujeto. En otros aspectos, es igualmente esta filosofía la sucesora del kantismo. Así la superación radical de su Ética la hace Max Scheler en cuatro frases decisivas. No podemos entrar aquí, ahora, en estas derivaciones.

Lógica y Matemática

De nuevo, como a principios de siglo, el fragor polémico sondea las encrucijadas interiores de la matemática. Pudo creerse en el definitivo triunfo de una tendencia deductiva, libertada de toda intuición, afanosa de fundamentaciones simples y formales. Uno de los más firmes valores del bloque logístico, Bertrand Russell, escribió como resumen de un esfuerzo así que "el hecho de que todas las matemáticas son una lógica simbólica es el gran descubrimiento de la época". Debe reconocerse que la lucha entablada entonces entre lógicos e intuicionistas se falló a favor de los primeros, e hizo posible la elaboración rigorosa de todo el Análisis, servicio profundo que le corresponde con integridad.

La exclusión radical de todo recurso intuitivo que ha caracterizado a la moderna matemática ofrece un claro sentido de balance, y puede identificarse su ejemplaridad a la sensatez inquisidora que precede siempre a las revoluciones gigantescas. Ninguna ciencia como la matemática se encuentra hoy en tan inminente sazón creadora. Agotadas las tres o cuatro ideas geniales que hasta aquí constituían su patrimonio esencial, originario. La física toda en sus manos, entre conceptuaciones audaces, de brioso temple. Así la matemática se siente estrecha y oprimida, acosada por jaurías de cerebros exigentes, en trance de parir recursos aguileños.

Se inicia hoy entre los matemáticos una fuerte oposición al mero formalismo. Se han resquebrajado los nexos que hacían de la lógica una matemática, y al contrario. El insigne Brouwer, que lleva trabajando quince años en fundamentar estas diferencias, parece que ha descubierto cosas interesantes en este sentido. Según él, los principios esenciales de la lógica no tendrían siempre validez en las matemáticas. Por ejemplo, carece de ella la ley de *esclusio tertii:* ¿Cómo puedo yo aplicarla a la cuestión de si al expresar un número trascendente con *n* cifras aparecerán alguna vez las seis primeras en su orden natural? Han apoyado estas observaciones dos figuras ilustres de la

matemática novísima, Hilbert y Weyl, para mí las dos mentes más formadas que bracean en la vanguardia de esta ciencia. Los castillos axiomáticos de Hilbert obsesionan un poco a los físicos de avanzada, hoy desorientados en su terrible afán de novedades. (¿Qué supone ya la relatividad de Einstein frente a esta nueva cosa que es la física indeterminada y el carácter estadístico que quiere imprimir Heissenberg a la mecánica?)

Mi amigo Francisco Vera ha publicado un libro —"La lógica en la matemática", Madrid, 1929— que me ha sugerido las notas anteriores. Bien atento a las realidades españolas, Vera no ha reflejado en su libro las últimas inquietudes que plantean hoy estos asuntos. Ha preferido aclarar rutas un poco trasnochadas, pero casi vírgenes en este país nuestro, donde hasta hace poco, como él escribe, los números imaginarios eran algo misteriosos y terrible, y en los libros usuales de magisterio matemático podían —y pueden— encontrarse definiciones de estupendo sabor. (Las arremetidas de nuestro gran Rey Pastor contra todo esto fueron, por fortuna decisivas).

Este libro de Francisco Vera, como otros suyos anteriores de análogo carácter, está escrito con bella agilidad de estilo y de concepto, y sería provechoso que se popularizase entre nuestros matemáticos o aspirantes a filósofos, siquiera para llegar a la actualidad de hace veinte años. En él encontrarían los lectores razonamientos bien trabados acerca del papel que juegan en la matemática varios conceptos lógicos, y un último capítulo sobre lo que es —o fue hace quince años— la Aritmética transfinita.

[LA GACETA LITERARIA, 61, 1 de julio de 1929, pág. 2]

Tres libros: tres perfiles. Giménez Caballero y su Hércules. Benjamín Jarnés: Plenitud. Antonio Espina: la novela pura

(Si algo hay en España, auténtico y valioso es la joven literatura. En cualquier otro sector intelectual se sospechan infidelidades y pactos que desvirtúan las amplitudes vistosas. Aquí, no. El secreto radica en que la nueva literatura está elaborada bajo el signo de la legitimidad más fértil. Es la única literatura hoy posible. Todos los atajos que conducen a las rutas geniales, a las supremacías absolutas, dependen de ella y las controla ella por gracioso designio. Así capta los mejores resortes y obtiene de las cosas la arista y la coloración más adecuada a su mirar. He aquí el detalle: siempre diremos que el talento es el logro de una armonía creadora entre nosotros y las cosas. Violentando para ello las discordancias flacas, la nueva literatura, al nacer, es ya literatura de talento. Juzgue el lector en qué consistirán las añadiduras que sobrevengan. A qué categorías apuntarán los disconformes. Todos los privilegios insinuados los debe la nueva literatura a su fidelidad, al espíritu de nuestra época. Ha unido sus destinos a la mejor dimensión, que es nuestro tiempo, y desde ella proyecta los atisbos.)

I. Giménez Caballero y su Hércules

Gran faena esta de Giménez Caballero al cogerse del brazo de un Dios, como de un camarada, e inquirir el secreto lúdicro del mundo. *Hércules jugando a los dados.* En este libro se captura con la máxima elegancia de gesto un manojo de sutilidades, que estaban ahí, a disposición de la primera pupila certera que llegase, y que no pudieron ser recogidas con más oportunidad. Asistimos hoy a un renacimiento de los juegos. Se nos clarifica de este modo el hondo sentido que informa a las erupciones deportivas. Su simbólica. Es el momento, pues, de iniciar las pesquisas, sin olvidar la colaboración del fidelísimo dogo hercúleo, y penetrar en la entraña misma de los juegos, que nos haga visible el soplo original de las horas evadidas. En el fondo de toda clase de juegos se advertirá siempre un ligero sedimento de amargura, de disconformidad esencial. Por ello mismo encierra muchas veces también la clave preciosa de una política, de un hecho transmutador y saludable. Y se deriva la raíz ascética, tremenda, de los afanes deportivos.

Giménez Caballero es admirable en medio de estos temas, que aprisiona con paradojas de la mejor estirpe. Es el pigmento universitario, del que este hombre singular consiguió grandes provisiones, Giménez Caballero trajo a la literatura ese pigmento desconocido, del que aquí se prescindía con zafia repulsa. Nunca se le perdonará un descubrimiento así, tan del gusto y preferencia de la nueva época, y menos que no espolvoree su secreto entre las turbas. Que haya

defendido su derecho a una patente. En España, eran vírgenes esos valores, otorgados a Giménez Caballero con providez inusitada. La lectura de este libro es una delicia para la juventud culta, universitaria, que advierte en él con más intensidad que nadie la jus-teza magnífica de todos los recursos. Ya en el amigo Pastor, en proyección elogiosa que suscribo íntegra, habló de manifestaciones así. Los vocablos, cuajados de preseas míticas. De alusiones henchidas. Si se ve precisado a clasificar los deportes, buscará al hombre protagórico y le exigirá una categoría. Con naturalidad. Sin la menor violencia profesoral y pedante. Puesto que Giménez Caballero, por fortuna, no es un profesor.

Giménez Caballero es, en la nueva literatura, eso: un universitario. Esto es: un hombre heroico. Aquí, donde no hay Universidad, ni se siente la Universidad, ni duele a nadie la fatal ausencia. Él mismo lo declaró así, cuando con motivo de una ola absurda de improperios a su gallardía le fue necesario acallar las voces mostrando enérgicamente su filiación exacta. Como una contraseña. Como un desdoblar la solapa y evidenciar la insignia que otorga todos los derechos.

Yo insistiré mucho en que la gente nueva del país advierta la presencia de este hombre. Giménez Caballero es providencial en esta hora de España. La primera cosa de que nos damos cuenta todos es la ausencia de muchos valores que sospechamos imprescindibles. ¿Cómo renunciar a estas perspectivas nuevas y destruir sus posibilidades al primer choque desagradable que nos causen? Aludo aquí con clara simpatía a esa última inquietud de Giménez Caballero, cristalizada en el apéndice de este libro hercúleo que comento, donde hay un intento poemático —finísimos parpadeos— de explicar las actuales tiranías europeas. Bajo la pureza signaría de Orestes. Debe enlazarse esta insinuación con aquel otro prólogo famoso, que nadie quiso entender y comprender, aunque sí atacar, donde iban disueltas algunas sugestiones que no conviene olvidar del todo. ¡Alerta, jóvenes!

Giménez Caballero es flor rara en las culturas. Hombres así suelen tener asignados en honra a su vigor los puestos más difíciles. Recíprocamente, también le corresponden las mejores victorias.

II. Benjamín Jarnés: Plenitud

El nuevo libro de Jarnés, *Paula y Paulita,* su tercero o cuarto libro del año actual, consuma para la joven literatura las realizaciones perfectas que quedaran disponibles. Benjamín Jarnés ha sido siempre para los que le admiramos y conocemos desde el primer día, la cercanía más jugosa que ofrecer a los paladares renuentes, si bien propicios a los festines del espíritu nuevo. Hoy es más todavía: el argumento ejemplar. Nadie resistirá ya esta evidencia, y la frase: "Ahí tiene usted a Jarnés, procedente de aquella vanguardia", destruirá los últimos reductos del enemigo.

Benjamín Jarnés es el escritor que ha hecho un pacto con las cosas. A cambio de figurar en sus páginas opulentas, y hasta resistir las ironías probables, las cosas —los paisajes, las plazas, los ríos, los trenes que salen, el sol, la luna, las estrellas... en fin, el cosmos todo— van dóciles a su laboratorio y se someten a los experimentos que a este hombre se le ocurran. Las cosas salen de allí transformadas, claro, pero con derecho a figurar en libros maestros de literatura ¿Qué persiguen las pobres cosas si no sacrificar su mundo existencial o cotidiano y hacerse inmortales? En *Paula y Paulita,* Jarnés obtiene la plenitud expresiva de siempre, y hay momentos en la novela en que uno se convence de que las reservas son infinitas. La literatura de Jarnés posee una articulación visual. En el principio fue el ojo. No se pueden obtener de una estructura más detalles que los que él engarza y anota en su esquema primario. Los personajes de Jarnés son indefinibles desde el punto de vista de la vitalidad. Ellos son tan sólo una pequeña parte de la novela. No se les concibe sino en el área misma en que se mueven, desayunando metáforas gigantescas. Eso sí, Jarnés los nutre con imágenes de la exquisitez más pulcra. Uno, aunque fuese gastrónomo refinado, desearía quizá alimentos así.

Los personajes novelescos viven siempre del interés que los autores insuflan a la pobre fábula que es su recinto. También de los afanes de curiosidad que provocan en el ingenuo mundo imaginista del lector. Un personaje se desdibuja, pierde interés y amenaza morirse cuando el novelista no puede alimentarlo con esos ingredientes.

Esta dinámica, que era corriente y necesaria en la vieja novela, no acontece en los libros de Benjamín Jarnés. Es su secreto, el de su originalidad y el de sus triunfos.

Las novelas de Jarnés no contienen unos personajes que ruedan por los caminos del mundo,

plagiando torpemente las leyes nuestras. La irrealidad de sus libros es absoluta. ¡Ah! Pero salva a Jarnés y le hace encaramarse a los más altos sitiales un punto esencial: en todas sus novelas se identifica la existencia majestuosa de un orbe. Los personajes de Jarnés respiran en un orbe peculiar, donde a la vez que seres humanos hay también cosas. Ese cosmos que denunciamos antes, adicto a Jarnés con amorosa fidelidad. Así, en víspera de cualquier peripecia que se dispongan a realizar los personajes, al lector, más que el hecho mismo de la acción próxima, le interesa el lugar donde va a ser realizada, qué paisaje se advierte, si llegará la carretera hasta el refugio en que los dos pobres seres intentan amarse, etc., etc. En resumen: qué imágenes obtendrá el autor, cómo construirá la escenografía.

Todo esto que decimos sugiere la lectura de *Paula y Paulita,* última novela de Jarnés, primer jalón de la plenitud de este gran escritor.

III. Antonio Espina: la novela pura

Precisamente, la mejor razón para sustentar las anchas márgenes de la joven literatura es esta variedad de estilos que forma su esqueleto. He aquí Antonio Espina y su *Luna de copas.* Muy poco de lo que hemos dicho acerca de los libros de Jarnés podría ser aplicado a este de Espina, que pertenece a una manera distinta de ejecución literaria y va enlazada a un nobilísimo afán por dar cima a un tipo nuevo de novela. La novela pura. Que no es, contra lo que se cree, el ensayo poemático ni la fragilidad de realización, sino verdadera novela, con preciosas características que sólo ella posee y le autorizan incluso a violentar las tradicionales definiciones del género.

Siempre hemos visto en Antonio Espina el más probable ejecutor entre nosotros de novelas así. Esquemáticas. Comprimidas. Hechas a base de todas las reducciones y despojos que requiere el gusto nuevo. El puro fenómeno. En *Luna de copas* existen ya todas estas cosas, y debe adjudicársele sin reservas el título de obra maestra, donde no hay ni una ruta fallida ni un recodo que desvirtúe la radical filiación que le atribuimos. Antonio Espina es un novelista fenomenológico. y todo su libro es un hallazgo de intuiciones esenciales —*eidéticas,* que dicen los feno-menólogos, a cuya labor contribuye Espina, sin darse cuenta, con deliciosa inconsciencia de gran artista—, trabadas con suprema belleza de expresión.

Luna de copas es ciertamente una novela difícil. El lector, a cada paso advertirá que comprende poco o que comprende demasiadas cosas. La novela pura necesita de los lectores para hacerse novela impura, novela corriente. No presenta sino iniciaciones, perfiles. Perfiles privilegiados que aseguran al lector sin posible desvío el punto donde se esconden las atracciones de los parques. Ha constituido para mí la mayor excelencia de *Luna de copas* ese abandono frecuente en que Espina deja a los lectores para que, por sí mismos, agoten las posibilidades de una situación, resuelvan un conflicto, interpreten incluso una metáfora. Lo que antes era curiosidad ahora es tensión.

Es lo contrario del antiguo folletín y de las novelas llamadas psicológicas. En éstas, todo se encuentra hecho. Nada tiene que hacer el lector sino resbalar sobre las redondas superficies, sin lograr evadirse de su contorno propio, puesto que los novelistas le obligan a vivir unas emociones corrientes, ponen su alma "en un hilo" y le hacen tomar parte en la farsa con el papel más desairado. Monstruoso.

La vida de Silvia desde su auroral aparición en la playa nórdica hasta ocultarse en los últimos capítulos como un sol desplomado que se estrella en el ocaso contra las sierras picudas, ha sido la mejor colaboradora que Antonio Espina pudo encontrar. Silvia, mujer moderna, de amplias decisiones, entregada fatalmente a las sirenas de los poderes ocultos. Esos poderes que hacen de un pobre diablo una cima, y que hunden, sin embargo, a la vez, la vital opulencia de los fuertes. Gran heroína de novela, Silvia. Gran novelista. Antonio Espina.

* * *

He interrumpido mis tareas habituales, que nada tienen que ver con la crítica literaria completa, para señalar la aparición de esos tres libros admirables, que honran una literatura y enaltecen una época. Que es la nuestra.

[LA GACETA LITERARIA, 63, 1 de agosto de 1929, págs. 1-2]

El curso universitario

Una sesión solemne, como otros años, anunció al país la apertura del nuevo curso académico. De pocas cosas puede decirse, como de la cultura superior, que haya en España actualmente una más honda voluntad de conquista. En esta coyuntura favorable que denunciamos, y que es fácil identificar con una situación de privilegio para la aceptación de valores, son los de la cultura, repetimos, los que de más inmediatas y urgente manera resultan solicitados.

Va unida a la Universidad en todos los países la estructuración de la cultura superior. Cuando en España, hace dos o tres décadas, una docena de hombres insinuaron aquí la posibilidad de referirse a este concepto de *cultura superior,* hasta entonces proscrito, su labor tuvo que realizarse en organismos o instituciones extrauniversitarias, casi enemigas de la Universidad, porque en estos tradicionales recintos resultaba imposible injertar la nueva cosa. Es, pues, evidente que la universidad española permaneció alejada de su función estricta, y si hoy con un poco de optimismo en el mirar advertimos en ella un afán de dirección responsable de la alta cultura, bueno es fijar dos afirmaciones, de autenticidad histórica fuera de toda duda: 1.ª Que la inquietud de los valores culturales supremos penetró paradójicamente en nuestra Universidad por vía exógena. 2.ª Que la opinión ingenua y difusa, hecha a base de interrogaciones, de las nuevas juventudes, ha reclamado de la Universidad esos valores.

Pues cultura superior no es, señores míos, pacífico y limitado aprendizaje de unas cosas determinadas que otros crearon; no es el cultivo de una ciencia *hecha* y definitiva. *Es justamente, y sólo, destreza para competir en el terreno polémico de los saberes.* Todo lo que no sea esto, catalóguese como ilustración, como superficie rubicunda y descentrada. El hecho de que un grupo de españoles se resista a aceptar esa ilustración y esa superficie como cuestas legítimas de los saberes, es el síntoma que ofrezco para una estimación *a priori,* de los esfuerzos que se inicien.

Desde luego, ha de coincidirse en que la Universidad es el campo apropiado y dispuesto para acoger todo lo que se relacione con la investigación superior. Por razones vitales inclusive, ajenas al fenómeno mismo de que esas investigaciones se produzcan. La continuidad y eficacia que necesitan sobre todo estas cuestiones obligan a refugiarlas en recintos amurallados, que resistan con bríos los embates de otros poderes. He aquí la eficacia universitaria, difícilmente suplida con organismos de más inflexible carácter. Así las juventudes valiosas desde hace veinte años han tendido a apoderarse de la Universidad, y es de esperar y de desear que esto siga efectuándose, porque es la más clara garantía de fidelidad a las funciones esenciales que reclama la hora española.

El discurso inaugural

Estuvo este año a cargo del profesor Gil Fagoaga, uno de los más jóvenes miembros de la Facultad de Filosofía. Y versó acerca de *La selección profesional de los estudiantes.* Por muy varios conceptos, este discurso merece ser leído y comentado. Su autor mantiene entre nosotros una heroica oposición a determinadas corrientes filosóficas hoy quizá en auge exagerado, y no deja de tener interés para un curioso espectador escrutar sus manifestaciones posibles. Se encuentra en la tradición subjetivista de Schopenhauer, con ayuda de la cual ha conseguido una notable fundamentación metafísica de la psicología, que algún día describiremos. El tema de su discurso corresponde a los trabajos que vienen efectuándose por varios psicólogos acerca de una supuesta medición de la inteligencia, y entraña hoy un interés hondísimo, porque esta nueva derivación de las disciplinas psicológicas parece en vías de ser aceptada y requerida.

Desde los primeros trabajos de Binet, que con Simón dio a comienzos de siglo una cuasi perfecta escala de mediciones, hasta los últimos estudios de Rossolimo, la trayectoria psicotécnica ha realizado ascensiones magníficas. Habrá que decir, sin embargo, que no siempre sus cultivadores han permanecido todo lo respetuosos que debieran frente a la especulación general de la psicología. Es ello inevitable, más aún cuando se trata de una disciplina puramente utilitaria, que ciñe su existencia a un empirismo radical.

Corresponde, desde luego, íntegra al profesor Gil y Fagoaga la gloria de haber introducido en España estos estudios. El discurso que comentamos es una seria prueba de una labor personal muy rara entre nosotros. La documentación es completa, y llega a las últimas publicaciones de este año. Así, el que esto suscribe, que pertenece a la *Société d'Etudes philosophi-ques,* ha tenido la satisfacción de ver aludida una recentísima sesión de nuestra sociedad en la que la señorita Kovarski

expuso y defendió el método del perfil psicológico de Rossolimo, frente a algunas observaciones que se le presentaron.

El señor Gil y Fagoaga, que hace ya algún tiempo practica en su cátedra de la Universidad diversos ensayos psicotécnicos, expone en su discurso los perfiles de un método propio que denomina del *Porcentaje profesional,* ideado teniendo en cuenta los más sagaces esfuerzos de otros investigadores, como Piorkowski, Orto Sipmann, Claparéde y Rossolimo. La elaboración de este método incorpora al profesor Fagoaga al más selecto grupo de científicos que hoy se encuentran en las avanzadas de la psicotecnia. El hecho de que este profesor no limite su actividad intelectual a esa dedicación especialísima, y por otra parte llegue a ella desde los más dilatados espacios de la psicología general y de la filosofía, asegura a sus contribuciones psicotécnicas un rango y una consistencia de que carecen otros análogos esfuerzos. Los dictados superiores de la psicología con que inicia las páginas primeras de este discurso inaugural presiden el resto de su trabajo, que obtiene así el escalonamiento sistemático que place siempre encontrar en una ciencia.

Es indudable que la obtención de psicogramas profesionales y su utilidad posterior para las más variadas selecciones posee hoy un interés mundial, y se encuentra relacionada con un grupo de inquietudes que asaetan a nuestro siglo con insistencia un poco ciega. Así, la organización científica del trabajo, las consideraciones eugenésicas, las trombas dictatoriales en la política y otros signos de análogo estilo que caracterizan a nuestro tiempo con escueta pincelada.

Cuando uno ve a este animoso profesor, dispuesto a obtener triunfos sugestivos en estas direcciones de la psicología aplicada, es indudable un recuerdo a aquel otro español que en pleno siglo XVI escribió un famoso *Examen de ingenios para las ciencias,* Huarte de San Juan, iniciador indiscutible de todas las tareas psicotécnicas. Tiene, pues, el señor Gil y Fagoaga en su mismo solar patrio una bella tradición que resucitar, y un estímulo gigantesco donde prender el eslabón de la continuidad.

[LA GACETA LITERARIA, 68, 15 de octubre de 1929, pág. 4]

Universidad. Las asociaciones de estudiantes

Desde hace algunos años penetra con frecuencia en la vida española cierta inquietud por lograr una valiosa estructuración universitaria. Está ausente, sin embargo, de todas la intervenciones oídas, la sana decisión de otorgar a este problema el rango suficiente para que sean aceptadas las metas radicales que puedan sobrevenir. Hay ese tremendo recelo con que el Estado español aprisiona las dificultades, impidiendo así las perspectivas de privilegio. Sería ideal que cuando surge una cuestión fuese otorgada a ella misma la gracia lógica de esquematizar las soluciones que apetece. Una dificultad social lo es por alguna cosa; responde, pues, a una determinada exigencia, raíz indudable y central de transformaciones posteriores que reclama. En España se advierte un método contrario que perturba sobremanera la visión de todo esto. Los problemas resultan sojuzgados, desvirtuados y, a la postre, según siempre acontece, incomprendidos. Nada imposibilita más para el conocimiento de las cosas provistas de *un sentido* que su examen desde un punto de vista extraño, desde el que se le impongan *sentidos* nuevos. Esa objetivación de los problemas, ese situarlos en sí mismos, respetando la esencia particular que en ellos reside, es para nosotros la primordial misión del Estado, y precisamente concurre en los tipos más robustos de Estado que examinemos. En los Estados, como en los individuos, subjetividad radical equivale a pobreza jerárquica, a impulsión estrecha y restringida.

Pues bien; en la forma con que hasta aquí se han acometido en España los problemas universitarios advertimos el vicio original de salirse de ellos, negándoles así categoría de problemas auténticos. Y dentro de los problemas universitarios, como adscrito a su más específica significación, esta ahí el de las asociaciones de estudiantes, que nos ofrece claro ejemplo de lo perturbadoras que resultan las contumacias denunciadas. Quizá es esto de las asociaciones la dificultad de más fácil corrección que existe en las Universidades, y el hecho de que no se asiente prontamente con una solución eficaz indica, mejor que cualquier otro síntoma, la particular ceguera con que esta magna cuestión universitaria es abordada.

Se dispone, sin embargo, de un hecho evidente, y es la presencia actual entre los estudiantes de un tipo medio de muchacho que asegura fertilidad a intentos cualesquiera de serio estilo. Y, desde

luego, una minoría rectora que ya quisieran poseer algunos países de óptima tradición universitaria.

Toda asociación nace y se desenvuelve a la vista de finalidades concretas. No sería difícil determinar qué finalidades han de presidir las agrupaciones de estudiantes. La función estricta —universitaria— que deben servir impone, desde luego, como primera línea fronteriza, el absoluto alejamiento de otros campos, muy respetables sin duda, pero cuya defensa y propaganda no parece que sea objeto primordial de las asociaciones de universitarios. Ellos son, ante todo, esto último, universitarios, e introducir entre sus filas otras etiquetas supone infidelidad perturbadora. Es el caso de las agrupaciones confesionales. Sólo un error táctico explica el favor oficial con que hasta aquí han sido apoyadas estas escisiones. Que malogran, retrasan e impiden la formación de un bloque admirable de juventudes, escamoteando al país la sugestiva imagen de futuros henchidos.

No comprendemos bien qué género de suspicacias impulsó a determinados elementos a provocar la creación de asociaciones católicas de estudiantes. La idea nutriz de estos propósitos carece totalmente de sentido. Más aún en España, país católico, donde no parece que peligre mucho la vigencia de estos dogmas. Y aunque así fuera, seguiríamos creyendo que no corresponde a los jóvenes universitarios ensombrecer el escepticismo de los tránsfugas.

Una disposición reciente del Ministerio de Instrucción Pública señalaba normas para dar carácter oficial a las asociaciones constituidas. Que se reconocerán, pues, legalmente. La buena intención del ministro es, sin duda, digna de elogio. Pero la creemos por completo ineficaz, y mucho nos tememos que produzca consecuencias opuestas a las que se pretenden. Existe en España una *Federación Universitaria Escolar* que ha logrado un perfecto programa estructurador. Ramificada en todas las facultades y escuelas especiales de ingeniería, ofrece, desde luego, a las autoridades académicas absoluta confianza. Vitalizada con sus propios medios, sin el apoyo de organizaciones potentes que otros han tenido, es una auténtica y rigurosa agrupación, de finalidad universitaria estricta.

Esta Federación Universitaria Escolar permanece limpia de toda relación con determinados matices que han querido atribuírsele, y la efectividad de sus inquietudes tiene siempre lugar en la peculiarísima esfera a que la obliga su carácter. Desde la intervención legal en la marcha de las Universidades hasta las movilizaciones deportivas, que son hoy ineludibles en sociedades de esta índole.

Frente a los otros muchachos de la mirada inexpresiva y de las ilusiones ciegas, estos semblantes encendidos de los muchachos de la Federación Universitaria Escolar constituyen la promesa española. Son suyos afanes concretos, fácilmente identificables con los tiempos, y, sobre todo, los continuadores de esa tradición —ya también tradición, sí— cercana que fundó las bases de toda esta posibilidad universitaria que hoy se inicia. A la que ellos se deben.

[LA GACETA LITERARIA, 69, 1 de noviembre de 1929, pág. 3]

La última incógnita de Max Scheler

Es sabido que sorprendió la muerte a Max Scheler en plena y genial elaboración de una *Antropológica filosófica.* De esta tarea irrealizada son tan sólo perfiles insinuantes los breves capítulos del libro que ahora se publica *{El puesto del hombre en el Cosmos;* ed. *Revista de Occidente,* Madrid, 1929). Caracterizó siempre la labor de Max Scheler el ímpetu con que todos sus hallazgos se afianzaban en el futuro reclamando nuevas metas. Podían preverse los límites definitivos en una Metafísica igualmente proyectada, que seguiría a las investigaciones antropológicas en preparación. Nada de esto, por desgracia, ha tenido efectividad; y las conquistas genuinas del filósofo malogrado residen en su fundamentación de una Ética material y en el impulso gigantesco que dio a la teoría de los valores.

Ciertamente, toda la dedicación filosófica de Max Scheler conspiraba a que acometiese, por último, el problema central de la antropología. Necesitada, más que ningún otro sector, de los saberes de líneas directrices radicalmente nuevas, hasta de la legitimación rigurosa de que carece aún esta disciplina. A más de una deficiencia universal así, concurría a que esta necesidad fuese de más urgente solicitación el hecho de que la filosofía fenomenológica iba a manifestarse en un punto concreto, sobre el que gravitan tendencias milenarias, solucionado de una u otra manera en la entraña misma de todas las culturas. De honda gravedad, por lo tanto. El problema del hombre y la valoración del hombre.

Y acontece el extremo curioso de que, siendo objetivado por el hombre todo lo que existe en el universo, le es irreductible ese centro mismo desde el que dispara las miradas teoréticas. He aquí, según Max Scheler, sus relaciones con los fundamentos supremos del ser, que hacen al hombre superior a sí mismo y al mundo. El espíritu, actualidad pura, es lo único que existe incapaz de ser objeto. Su captación ha de verificarse, pues, en sus manifestaciones específicas, entre las cuales ocupa el más alto rango y la más pura significación la actividad ideatoria. La ideación confiere a los ejemplos concretos del universo las formas esenciales de la *región fenomenológica* en que esos ejemplos son comprendidos. Es nota fundamental de las ideaciones ese carácter de *reducción* fenomenológica descubierto por Husserl, basada en una anulación del coeficiente existencial. *Idear* el mundo sería, de este modo, desrealizarlo, reservar su existencialidad y otorgarle sentido.

Con aguda destreza, Scheler consigue una división esquemática de las teorías que hasta aquí han sobresalido en valoraciones antropológicas. Son éstas, fundamentalmente, dos, que podemos llamar teoría *clásica* y teoría *negativa* del hombre. Ambas son rechazadas por Max Scheler. Esa repulsión rodea del mayor interés estos trabajos póstumos. La teoría clásica, dominante en la filosofía occidental, tiene su origen en el concepto griego de *Logos* y conduce a un régimen autárquico de la idea, considerándola productora de energía, capaz, por tanto, de acción causal. El hombre es así poderoso por el espíritu, y la omnipotencia de Dios para el cristiano será debida al espíritu. En la oposición de Scheler a esta concepción clásica reside a mi ver el auténtico sentido antropológico que ha podido derivarse de la fenomenología. Esa pasividad receptiva que supone para el fenomenólogo la intuición esencial, es aquí considerada en rango jerárquico. A más de que la posición clásica implica una grave y absurda concepción teológica del universo, disponemos de un hallazgo, obtenido también por Hartmann, y es que "las categorías superiores del ser y del valor son, por naturaleza, las más débiles". Ahí está, en burlona independencia, el mundo inorgánico, dotado de leyes peculiares y opulentas. Y el signo histórico de las masas, que son el índice primario del hombre, es un radical impulso *fanático,* henchido de renunciaciones.

La teoría negativa deambula por todos los ascetismos orientales, y en la filosofía europea se manifiesta en Schopenhauer y sus discípulos. La virtud de las negaciones ante la vida, ese su ascético oponerse, sería la actividad humana productora de cultura. El espíritu compensaría deficiencias orgánicas constitucionales, a modo de sustitutivo de ellas. Max Scheler concede que ese acto negativo influye en la dotación de energía al espíritu, pues éste "consiste sólo en un grupo de puras intenciones". Pero rechaza que el espíritu nazca a consecuencia de dicho acto.

Max Scheler alcanza, en este libro, que es precioso exponente de sus dedicaciones últimas, el máximo vigor estructural y la más fiel dedicación al momento filosófico a que estaba adscrito. En las páginas finales, unas escuetas lineaciones sobre el nuevo sentido de las leyes ónticas, que presuponen las avanzadas de la física actual y una posible concepción unitaria de la vida psicofísica, conducen al lector a infinitas tensiones de tristeza. ¡Este hombre ha muerto! ¿Y estas ideas se desvanecerán? A los discípulos de Max Scheler corresponde torpedear esta duda.

Max Scheler es el filósofo que ha dejado más cosas sin decir. Porque, como antes insinué, toda su tarea resucitaba y descubría miríadas de problemas, a los que él atendía con su ciclópea cabeza de germano. ¿Y qué es esto de descubrir problemas o de ser la atmósfera propicia y favorable a que los problemas tienden?

[LA GACETA LITERARIA, 70, 15 de noviembre de 1929, pág. 1. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 79-83. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 57-60]

Filosofía, Ciencia.

La Fenomenología en España

La publicación por la "Revista de Occidente" de las famosas *Investigaciones lógicas de Husserl,* ha originado en el exiguo sector español que se ocupa y preocupa de temas de Filosofía algunos comentarios tensos. Vamos a denunciarlos aquí con toda generosidad. Las breves líneas actuales no tienden a examinar la mencionada obra de Husserl —tarea que dejamos para una serie de próximos artículos— y se limitan a varias consideraciones acerca del hecho histórico de que un libro así

aparezca en español y en esta hora.

La fenomenología es ya —quiérase o no— la única filosofía del presente. Esta afirmación tiene un sentido estricto y debe ser comprendida con integridad. Alude al derecho que la fenomenología tiene a reclamar para sí el honor de haber descubierto esa actitud previa, esos puros supuestos que la especulación filosófica actual requiere para ser fundamentada. Incluso para hacerse posible como filosofía. Constituye esa clave preciosa con que han sido revestidos los recodos históricos de genial estirpe: Un método. Quien vea en el movimiento fenomenológico otra cosa que un método, evidencia una radical incapacidad para considerar el sentido y el rango de estos problemas. (Es lo sucedido a Eugenio d'Ors, que en una revista americana combatió la fenomenología de la más peregrina manera. Lo único que podía advertirse en las críticas de este señor, era una falta absoluta de probidad. Pues pecado de probidad intelectual es hablar o escribir sobre cuestiones que no se han entendido. Eugenio d'Ors mostraba allí no sólo su desconocimiento de la fenomenología, sino también del sentido que entrañan otras direcciones del pensamiento filosófico moderno.)

Las actitudes críticas que en España se adoptan frente a la fenomenología obedecen a dos suspicacias, ambas de muy variada índole, si bien acordes en carecer totalmente de razón. Una de ellas consiste en decir que se trata de un empirismo radical. Con la desventaja, puede añadirse, sobre cualquier otro empirismo, de que incluso las toscas evidencias quedan inestables y suplantadas. Aquí son precisas un gran número de aclaraciones. Porque sin ellas ese empirismo radical es ilusorio. Claro que la intuición primaria —considérese lo que luego decimos sobre la intuición fe-nomenológica— que supone la captación de los fenómenos, y en la que reside el primer estadio del análisis, otorga a la fenomenología una base empírica. Esto es lo que hace de ella el auténtico positivismo que no lograron estructurar en forma debida las mentes del anterior siglo. Pero las investigaciones fenomenológicas son previas al positivismo, representando por ello con más legitimidad que nadie el grito *positivo.* No debe ignorarse que la fenomenología —me refiero ahora a la ciencia así denominada por Husserl— es previa y anterior a todo *saber* empírico, a toda positividad. Las ciencias experimentales presuponen, pues la fenomenología.

Esta acusación que se hace a la fenomenología de ser un empirismo radical tiene un complemento, y es el de identificar con ella una metafísica incolora. Que eludirá los problemas centrales del ser, de Dios, de la infinitud, etc., etc. Esto es radicalmente falso. Pues nadie —que sepamos nosotros— ha hecho investigaciones de índole metafísica en el campo feno-menológico, que permanece aún ajeno a tales problemas, sin que ello quiera decir que así haya de acontecer siempre. Por el contrario, dispone hoy esta escuela de un hombre, Heidegger, dotado de un modo tan profundo y excepcional para la metafísica, según puede advertirse en su último libro sobre Kant, que no es dudoso afirmar emprenda en breve semejante orden de tareas. (Viendo hoy a Heidegger sumergido en cuestiones de este rango no puede evitarse el recuerdo de aquel opulento Emilio Lask, autor de una genial *Logik der Philosophie,* muerto en el frente ruso a los cuarenta años, y quizá la mente filosófica más poderosa del siglo.)

Toda la labor de Husserl, y también la de Scheler no tiene nada que ver con la metafísica, y permanece exenta de sentido toda observación que se haga en este orden de cosas. Las *esencias* de Husserl es tan sólo legítimo equipararlas con las *ideas* platónicas en tanto nada se afirme ontológicamente de ellas. Las *esencias* no son nada ontológico, sino que la mirada que las descubre se dirige al modo de ser, al *eidos* de las cosas. Precisamente, el genuino carácter que la fenomenología otorga a la intuición —de radical oposición al sentido que tiene por ejemplo en el bergsonismo, para quien la intuición supone la eficacia trascendente negada a los conceptos o a la racionalidad— anula los equívocos de esta clase que intenten subyugar a los ingenuos.

La gigante innovación fenomenológica, que es el panorama de las referencias objetivas, la intelección de las formas de la objetividad, suele ser también falsa y torcidamente interpretada. Para un filósofo de la vieja manera, hablarle de objetos con la rotundidad que le habla la fenomenología despierta en su espíritu inevitables resonancias trascendentes, alusivas a la *cosa en sí.* Fuera de la metafísica no tiene sentido hablar de *cosas en sí,* y al decir antes que la fenomenología no implica metafísica alguna —aunque no la rechace ni excluya, naturalmente— quedaba patente lo extemporáneo de esta alusión. Cuando el fenómeno era la aparición —*Erscheinung*— de algo, de la *cosa en sí,* claro que toda investigación fenoménica implicaba una metafísica. Pero el fenómeno que hoy consideramos no tiene nada que ver con el *Erscheinung* kantiano y en vez de la aparición del ser —incluso el *parecer* que esta aparición era dada—, es como dice Zubiri siguiendo a Husserl "el ser que aparece", cosa bien distinta, sobre todo si añadimos *y en tanto que aparece.*

Pero vayamos al segundo orden de suspicacias que indicábamos, razón fundamental de este

artículo. Mi amigo Eugenio Montes —a quien considero entre los jóvenes actuales que toman parte en ejercicios de Filosofía, uno de los más valiosos y decididos, a causa sobre todo, de ese gesto suyo de hombre que trae algo personal que decir, aunque sean cosas de bien difícil aceptación— opone a la invasión fenomenológica que aquí intenta penetrar varios reparos, nacidos sin duda de un afán romántico por excluir de las creaciones filosóficas a que esta tierra nuestra pueda dar origen un sello germano de tan gruesa pincelada.

La sombra de lo aquí acaecido con el krausismo alimenta esta objeción, que yo denomino romántica e ingenua. Aparte de que el krausismo era una armazón sistemática, con la que era imposible todo forcejeo, y aparte también del gran servicio que Sanz del Río prestó a la cultura filosófica de España, la fenomenología permanece libre de toda similitud con aquel simpático movimiento. No es un sistema. Es como mostramos antes un método. Una manera de aprestarse a filosofar. Ni germana, ni latina, ni griega. Los matices y las coloraciones de índole filosófica se manifiestan siempre en otro sector bien distinto de aquel en que permanece la fenomenología. Sea, pues, bien llegada a España, y los jóvenes aspirantes a doctores de más aguda penetración reparen en su hallazgo. Así, ya, Javier Zubiri y José Gaos.

En la Academia de Ciencias

Días pasados, con motivo de una inauguración de algo, se celebró en la Academia de Ciencias una sesión pública. El Sr. González Quijano leyó en ella un discurso, que vamos a comentar aquí rápidamente, acerca de la ciencia y de su influjo en la actual civilización. No conocemos nada tan insólito y absurdo. El académico señor Quijano quiso demostrar la ilegitimidad de la Filosofía. Para él toda dedicación filosófica —y más si trae consigo un afán de colocar sus investigaciones en el centro mismo de los saberes— es intolerable, pues carece por completo de sentido alguno utilitario. Que estas cosas hayan sido dichas en la Academia de Ciencias, y soportada su lectura por los académicos, es la máxima ejecutoria de incomprensión a que un centro de esta naturaleza puede aspirar.

Añádase a esto que el señor Quijano es un matemático, y sus juicios sobre la filosofía adquieren aún más extraño sentido. Recordamos que en nuestro curso universitario de *Análisis matemático* tuvimos ocasión de conocer una función que este Sr. Quijano ha descubierto, con derivada infinita en todos sus puntos, y que parece indicar en él una seria labor científica.

Para el Sr. Quijano la Filosofía no sólo es inútil, sino que es también perturbadora. Debe desterrarse tan rara especie de conocimientos. La posición del señor Quijano no puede obedecer, claro, a ninguna clase de razones teóricas, puesto que las excluye todas, y ni el más radical positivismo se haría responsable de una actitud así. Y el señor Quijano habla de la Ciencia. Ante la cual es preciso una nueva fe del carbonero. Repito que el discurso todo es una manifestación cazurra de incultura. Lo indica así un detalle del mismo, y es aquel en que trata de justificar las creaciones matemáticas —tan útiles— de los filósofos Descartes y Leibnitz. Estas eran matemáticas, dice, y no las que preocupan a los filósofos actuales. Se refiere, sin duda, al bloque logístico — Bertrand Russell, Couturat, Peano—, y es risible la alusión. El señor Quijano confunde lamentablemente la ciencia con la técnica. Esta confusión baila una danza grotesca en todo su discurso. No sabemos qué concepto pueden merecer al Sr. Quijano los trabajos actuales de matemáticos como Brouwer, y las investigaciones audaces de físicos como Hermann Weyl. Con seguridad que las cataloga como fuera de la ciencia. Además ¿sabe el Sr. Quijano lo que es la Filosofía? No podrá comprender jamás como los pasos primeros de Husserl, los que le condujeron al panorama fenomenológico, fueron debidos a un intento teorético por fundamentar la matemática, esa ciencia tan cara al señor Quijano y cuyo carácter parece que le es desconocido por completo.

Ingenuamente, pues, el Sr. Quijano hizo derivar su discurso de unas frases de Ortega y Gasset, henchidas de un sentido filosófico que escapó por completo a la captura de aquel honrado académico.

[LA GACETA LITERARIA, 72, 15 de diciembre de 1929, pág. 2]

Escaparate de libros. Francisco Vera: Evolución del concepto de número.

Madrid, "la Lectura", 1929

Merece Francisco Vera cálidos elogios por esa insistencia suya, tan magnífica, en publicar libros de esta índole. En menos de dos años hemos tenido ocasión graciosa de ocuparnos de tres libros de análogo carácter —finos análisis en torno a temas de matemáticas, disciplina para la que el autor ha demostrado siempre poseer dotes de excepción—, y ahora, junto a este breve y jugoso opúsculo que vamos a comentar, nos llega también el primer volumen de una *Historia de la matemática española,* tarea que inicia Francisco Vera con furor entusiasta.

Vera presenta aquí un panorama esquemático de las diversas concepciones que se han tenido de los números en los momentos históricos de vuelo cultural más alto, observando en cada uno, con agilísima y fiel penetración, los rasgos peculiares a que convergía el tono general de su cultura. Pues ningún otro saber resulta más apropiado que la matemática para indicar en los pueblos las más altas tensiones del espíritu. Es singularmente bello a este respecto el capítulo en que analiza Vera el concepto helénico de los números y aclara el sentido de las limitaciones que éstos tenían en los griegos.

La estructura lograda por la Aritmética actual es admirable, y en este libro de Vera puede advertirse su entronque histórico, la legitimación de su problema. La belleza jerárquica lograda. El tránsito de generalidad y continuación que va desde los números naturales a los trascendentes y complejos. Aprendan, aprendan otras ciencias de aquí en qué consiste la perfección de las rutas.

Hay también un capítulo acerca del problema de la intuición en la matemática que afianza en Vera su merecido prestigio de buen expositor.

[LA GACETA LITERARIA, 72, 15 de diciembre de 1929, pág. 6]

3 juicios de jóvenes sobre Andrenio

Los juicios que —hoy por hoy— se emiten sobre personas o cosas de España no tienen vigencia sino bajo la advocación de una previa relatividad de los valores. Aun así, en este caso concreto de "Andrenio", no creo que pueda decirse de él nada mejor, sino que era una figura simpática. Y dentro de esa relatividad invocada, quizá, quizá, el mejor crítico literario. Pero en modo alguno un gran crítico. Ni siquiera regular. Le faltaban varias cosas fundamentales que en un buen crítico residen siempre. Una de ellas robustez intelectual suficiente para penetrar en los panoramas estéticos de rango más alto: Baquero, hombre de superficies y de exteriores, no pasó nunca de las antesalas críticas, donde se debaten las cuestiones pequeñas. Además... tendríamos mucho que decir sobre esa tan decantada juventud de "Andrenio". El viejo tipo intelectual que "Andrenio" realizaba está ya superado entre nosotros. Y no creemos que a la juventud mejor interesasen mucho sus magisterios. Ese pretendido rejuvenecimiento que se le atribuye por las voces plebeyas de la inteligencia —voces inevitables— es una ficción. El señor Gómez de Baquero estaba —digamos— a la altura de los tiempos tan sólo en una cosa: en los temas o problemas que su pluma intentó atrapar. Es lo que dio origen al falso mito. Pero no basta, señores míos, situarse ante un problema. Es preciso más: comprenderlo, ceñirse a él y —¡claro!— destruirlo como problema. "Andrenio", pues, un valor así, así.

[LA GACETA LITERARIA, 73, 1-1-1930, pág. 2. Este juicio de Ramiro Ledesma Ramos apareció publicado entre el de Ramón Gómez de la Serna y el de Antonio de Obregón]

Escaparate de libros. V. García Martí: El sentimiento de lo eterno

Dos sentidos muy diversos pueden ser otorgados al título de estas notas. Aludiría uno, el más vulgar y primario, a ese género de meditaciones que, como las cosas sobre las que se dice que carecen de objeto, permanecen injustificadas y en declive. Aludiría otro, el más agudo y filosófico, a unas meditaciones a las que sencillamente ha faltado lo que se nos antoja de más rápida urgencia procurarse: un objeto. Aquello que va a constituir de alguna manera la meditación misma que le dediquemos. Una meditación sin objeto es, pues, la ausencia de algo sobre que meditar, de ese algo

delicioso sobre que cernirse en vuelo teorético incansable. Es una meditación sin garantía, aquello que lo mismo puede hacerse que no hacerse. Pero como parece imposible ejercitar la función intelectual sin alguna cosa a que referirse de manera inmediata, ahí están las ficciones, lo primero que llega a nosotros y nos hace guiños rurales, de extracción sencilla. Entregarse a ellos es la característica del pensamiento ingenuo. Obviarlos y eludirlos es la nota peculiarísima de otro género de pensar, el pensar auténtico, o sea, la aventura filosófica. El mundo ingenuo no tiene nada que ver con el mundo filosófico, son afanes irreductibles y distintos. Si algo proporciona la cultura filosófica es la relativa facilidad con que pueden ser atrapados los problemas. Consiste en un presentarse los objetos legítimos, no en clara proyección de evidencia, pero sí dotados de esa *Hin,* dirección o intención, que juega papel tan decisivo en la filosofía alemana más reciente. Los objetos sobre los que ha de ceñirse el pensar son por tanto de origen especulativo. Deben pertenecer a una tradición filosófica, o bien ser justificados en un sistema de categorías lógicas originales que es preciso descubrir. Esto no es idealismo infructuoso, según intentaré probar en un ensayo próximo sobre Emilio Lask y la filosofía de los valores, sino más bien la dificultad central a la que ha de hacer frente toda filosofía.

Las líneas anteriores propenden a recordar lo que es olvidado con cierta frecuencia: que la filosofía consiste en una fidelidad y en una disciplina rigurosas. A un secreto, a una contraseña que ella ha elaborado al tiempo mismo de manifestarse en la historia. He oído decir repetidas veces al querido maestro Morente que la más grave dificultad que reside en los libros de filosofía consiste en que el lenguaje de los filósofos se nutre de *alusiones.* He aquí la palabra, el sentido del *Hin* a que antes nos referíamos. Las *alusiones* no son captadas sino por quien viaja en el vehículo tradicional de la filosofía. La filosofía contemporánea —criticismo de Mar-burgo, filosofía de los valores, fenomenología, etc.— justifica con todo rigor estos juicios nuestros, es una filosofía de profesores; por lo tanto, que ante todo y sobre todo saben filosofía hecha en las escuelas a base de núcleos restringidos y selectos. Impenetrable, pues, para todo extraño avizorar.

Claro que al lado de todo eso hay los pensadores sentimentales —si en estas dos palabras hay nexo posible— rebeldes a toda disciplina teorética. Las cuestiones tienen para ellos una palpitación psicológica, y sus esfuerzos se refieren siempre al análisis y descripción de las rutas estelares que el hecho intelectual deja tras de sí. Extraños, pues, por completo, al sentir peculiar de la filosofía. Toda meditación sentimental es de entraña psico-logista. Reside en el sector previo y elemental de la psique. Sobre esto puede elaborarse una sugestiva teoría, que me sería grato intentar alguna vez, donde quedasen fundamentadas las jerarquías de toda ascética, la mística y otras interesantísimas derivaciones sentimentales. Pues tengo casi la convicción de que en vez de trascender los límites del concepto o las metas de índole categorial, en realidad quedan sus hallazgos más cerca del suelo, anclados en sectores raquíticos e insuficientes.

Mi amigo V. García Martí, hombre de finísimas calidades literarias, ha publicado un libro acerca de lo eterno. Tema sin duda capaz de honda dimensión dramática, que el autor pone a flor de piel y dispara hacia nosotros con toda la robustez que puede. No es difícil creer que una conciencia —una subjetividad— frente a los problemas esenciales que se aluden en este libro, adopte toda esa fenomenología espectacular que García Martí señala. Ya no es tan fácil, por el contrario, considerar qué género de conquistas, en el panorama general de los saberes, han sido logradas. Acompañan, naturalmente, al hecho de mi pensar como al hecho de poseer yo un conocimiento, determinadas y peculiares impresiones de mi psique. Es inevitable y ello acontece en todas las empresas en que me vea envuelto. No podía ser una excepción esa tarea que es mi lucha con las cosas y también las posibles verdades obtenidas. Hay por un lado la verdad, por otro mi vivencia de ella.

Todas las inquietudes los son de una conciencia. El libro de García Martí se ciñe tan sólo a las inquietudes. El problema de lo eterno cuando palpita a nuestra vera nos produce honda inquietud. ¿A qué es ello debido? ¿Qué es lo eterno? He aquí el gran equívoco que plantean orientaciones similares a las de García Martí. ¿Con qué derecho puedo yo preguntar qué es una cosa cuando no tengo de ella sino las vagas referencias que me proporciona un sentimiento ciego? Comprender qué pueda ser una cosa es labor teorética que no intentaré sino cuando esa cosa llegue a mí dotada de un sentido teorético. Lo demás son impresiones subjetivistas que atañen tan sólo a conciencias individuales.

Hasta qué punto resultan perturbadoras las actitudes consideradas se advierte en el problema histórico —en sí tan sencillo y escueto— del deter-minismo y del libre arbitrio. Han ido siempre enlazados con él una serie de valores sobre los que gravitaba el tema en continuado peligro de en-callar, las polémicas vivían inmersas en los contornos de la psicología. Un brumoso y psicológico

creerse libre fue el único asidero conseguido. Y Spinoza hablaba de que la única libertad concedida a un ser es la de obedecer a su propia naturaleza (¡elegante manera de tangentear las márgenes!). Pues esa naturaleza invocada por Spinoza es la cuestión. De otro lado, ¿qué es esto de *sentirse, creerse* libre? "La verdadera libertad", contestaría, por ejemplo, Unamuno. Y a García Martí le parecería sin duda muy bien esta afirmación. Una creencia tan vigorosa como la de estos hombres es quizá inconcebible. Pero la cuestión está ya en ellos falsificada, desvirtuada. Hay la diferencia entre el *creerse* libre y el serlo realmente.

Claro que —por fortuna— en el universo hay más cosas que filosofías y filósofos. La escrutación categorial no es la única posible. Pero sí la suprema, y desde luego la única eficaz. Porque ha nacido para eso, y se basta a sí misma en sus problemas. Sin vapulear a la vida —tan recia y magnífica en sus opulencias— con trágicos sentidos. O sentimientos trágicos. Denunciamos así todos los espiritualismos, realizadores entre otras cosas de una profunda subversión de los valores de la vida. García Martí llama plebeyez —página 56— a lo que en realidad constituye el valor mismo de la vida. Como vemos, no sólo hay arbitrariedad lógica en la posición espiritualista, y por tanto radical incapacidad para el conocimiento, sino que hay también otra cosa: desvitalización y pesimismo.

Su conocimiento es relatividad. García Martí, muy de acuerdo con toda la corriente intelectual a que permanece ads-[39] en general a los saberes —es "un tejido impuesto por nuestra mente, único modo humano de captar las cosas"—. Esto es relativismo epistemológico y casi escepticismo radical. El ejemplo de Husserl sobre las máquinas de calcular sirve también para este género de relatividades psicologías que ahora nos ocupa. Falta a estos señores la intelección de otro universo, que es el de las leyes lógicas, donde reside el secreto investigado. Sin él, careciendo de él, todo es naturalmente psicología. O mecánica.

La influencia —por otros advertida— de Bergson en García Martí no la creo muy poderosa. Le ayuda, sí, a algún que otro análisis sobre el carácter de las formas tempo-espaciales. Nada más. El libro es gratísimo de leer y muestra en el autor una madurez y una pujanza de estilo realmente admirables.

[LA GACETA LITERARIA, 74, 15 de enero de 1930, pág. 15]

Notas sobre Heidegger. ¿Qué es Metafísica?

I

La filosofía actual llega, en esta misma hora en que escribimos, al más dramático de sus problemas: el problema del Ser o, si se quiere, el problema de la Metafísica. Hay dos hombres en Alemania: Nicolás Hartmann y Martin Heidegger, que están a él consagrados con genial solicitud. Uno u otro —o los dos— nos ofrecen garantías suficientes para ir saboreando ya un poco esa divina peripecia que ha sido y será siempre la captura del Ser. Van hacia el problema con bien distinto equipo, llevando tras de sí la atención de ese centenar de finas inteligencias que hoy existen en el globo, sensibles a las dificultades teoréticas que entrañan cuestiones de este rango. Hartmann, procedente del neokantismo de Marburgo —como nuestro maestro Ortega—, está hoy, por fortuna para él, en plena rebeldía con la escuela, y desde 1921, en que volvió del revés la problemática neokantiana, postulando bases metafísicas en la teoría del conocimiento, permanece incrustado en una esfera ontológica nueva. Esa nueva Onto-logía crítica a que aquí nos referimos, fundada por Hartmann, ha proporcionado a este filósofo la posibilidad de plantearse el problema de la Metafísica, que casi consiste, para él, tan sólo en el hallazgo de un sistema de categorías —metafísicas— eficaces.

Como vemos, Hartmann tiene su problema perfectamente delimitado, y sus afanes metafísicos van, en secreto, a la construcción estricta del sistema. (Muy pronto comentaremos las bases esenciales de la Ontología crítica, y tendremos ocasión de aclarar esto.) Heidegger, no. Siendo hoy la figura ortodoxa central de la fenomenología, sus trabajos serán un poco responsables de lo que con el método fenomenológico acontezca. Hombre joven aún y genialmente dotado, se sitúa, ante el problema de la Metafísica, con el previo y evidente propósito de —además, aclaro, de la rigurosa fenomenología del mismo— reducir a la nada los atisbos tradicionales. El año último, en su libro sobre Kant, realizó con el mundo trascendental la más soberbia labor desmontadora que conocemos.

[39] Palabra y línea quedan cortadas por error de composición tipográfica.

Y en su otro libro, *Ser y tiempo,* los elementos ontológicos que aborda son de una radical novedad. Para él, las categorías rectoras de la experiencia no son categorías del espíritu, sino de las cosas, en tanto, naturalmente, que son pensadas. Y el problema de mi existencia consciente frente al mundo, aplicable incluso al de un sujeto frente a todos los objetos posibles, es una mera cuestión de exigibilidad recíproca. Queda eliminado del hecho conceptual todo racionalismo, toda actividad creadora de la razón, fuera de ella misma. Y también, aunque de manera un poco subterránea, aparece con claridad lo impropio de una gnoseología exenta de ontologismo, mejor dicho, creadora del Ser. (El ver esto, el considerar esto, fue lo que condujo a Hartmann a su actual aventura.)

Pues bien: ante el problema de la Metafísica, Heidegger ha ensayado una definición. Hace unos meses, en su primera lección universitaria de Freiburg —donde, como se sabe, ha sucedido a Husserl en la cátedra—, desarrolló esta cuestión, preguntándose: *Was ist Metaphysik?* Esta lección de Heidegger ha llegado a nosotros hace breves días, e intentaremos resumirla y explicarla en notas rapidísimas. Son veinte escasas páginas de intelecciones densas y precisas. Una leve introducción a la fenomenología de algo que en todas las cuestiones metafísicas se presenta: la fenomenología, pues, del Ser —*Seiende*—, de nuestra vida —*unser Dasein*— inmersa en el Ser, y, por fin, de la nada —*Nichts*—, dificultad que nos conduce a la raíz misma de la Metafísica.

Toda cuestión metafísica afecta siempre a la totalidad de la problemática de estos saberes. Pues la Metafísica es esa totalidad. Provisto de un problema metafísico, el interrogador se sabe ya en el centro de las cuestiones abordadas. No hay sino una pregunta, que es la reclamación del Ser. Desde la infancia, en que el niño interroga a los mayores acerca de todas las cosas, sin dramatismo alguno, porque supone un previo y exacto saber de ellas, hasta la madurez intelectual, el pretendido avance de sabiduría consiste en un mero saber qué cosas no deben ser preguntadas. Saber, pues, vale tanto como saber qué es lo que no se debe ya preguntar. Se tiende a evitar desde el cuestionario de Perogrullo hasta lo que constituye la ciencia reconocida y hecha. Repitamos, pues, que el metafísico, una vez que ha prescindido de todas las cuestiones inesenciales, se queda con una sola: es el problema de la Metafísica. Diametralmente opuesto, en intensidad dramática, al mero preguntar del hombre ingenuo, porque si éste, cuando interroga, posee la previa evidencia de que en alguna parte reside la respuesta que reclama, para el metafísico, en cambio, su esencial pregunta, su problema, es también problema.

Ahora bien: el hombre dispone de un género de saberes —los saberes científicos— sobre los que descansa, en cierto modo, toda su vital estructura. La pretendida unidad de los conocimientos científicos es un puro mito. Contribuye a su articulación aparente el que nos sean así presentados en las escuelas universitarias. Heidegger advierte aquí con toda robustez de qué modo las ciencias dejan intacto el problema de la Metafísica. Y no sólo esto, sino algo más: de qué forma es imposible que el problema de la Metafísica aparezca, a través de las ciencias, como un problema a que éstas nos conducen, nos delimitan y plantean, pero no resuelven. Nada de esto sucede así. Todas las ciencias alcanzan análoga cota objetiva. Caracteriza a cada una su peculiar manera de considerar a los objetos. Sin que ninguna de ellas sobrepase, en este sentido, a las otras. Así el conocimiento matemático, y es un conocimiento exacto. Pero "reclamar exactitud a la Historia es ofender la idea misma de rigor específico a que obedecen las ciencias de la cultura". La filología constituye un saber riguroso, que no debe ser confundido con la exactitud de la matemática. Para las ciencias, por tanto, no hay problema del ser mismo como objeto posible de una investigación fundamental.

Puede advertirse en este punto una curiosa discrepancia con Max Scheler, a quien, como es sabido, preocupó mucho la Metafísica en los últimos años de su vida. En un pequeño trabajo de Max Scheler —*Philosophische Weltanschauung*—, escrito dos semanas antes de morir, y que es como su testamento filosófico, publicado en un volumen póstumo de igual título, resume unas ideas centrales sobre el carácter del saber metafísico. Las ciencias positivas, según él —Matemática, Física, Biología, Psicología, Derecho, Historia—, reunidas a las disciplinas o ciencias del valor —Teoría de los valores, Estética, Ética, Filosofía de la cultura—, conducen a la Metafísica. Con una sola condición: que entre todo eso y la Metafísica de lo Absoluto se intercale una gigantesca disciplina: la Antropología filosófica. Nada más extraño, sin duda, a Max Scheler que ese franco ponerse ante el problema de la Metafísica que Heidegger postula. (Podemos alegrarnos de que Max Scheler se viese imposibilitado de escribir su Metafísica. Librándonos así de un nuevo hegelianismo cerrado, de muy grave carácter.)

Tiene gran importancia —histórica— este ademán que frente a la Metafísica ensayan los filósofos actuales. Su objeto, su problema, debe ser investigado metafísicamente. Aquella problemática sustancia —la idea confusa de Locke— que otorgaban los empiristas a los metafísicos

para entretener sus ocios, y conseguir así que no perturbasen el auténtico saber de experiencia, nos produce hoy una sonrisa. La sustancia —que sería el objeto de la Metafísica— consistía, para Locke como para Hume y Ber-keley —llegando gravemente hasta Kant—, en ese "algo" que queda en el objeto, cuando prescindimos de su manojo cognoscible de cualidades. Estas cualidades son conocidas por las ciencias, y véase aquí denunciada la característica viciosa a que antes nos referíamos.

Las ciencias tienen el propósito deliberado de decir de las cosas, tanto la primera como la última palabra. Están, pues, frente al mundo, abordando sus posibilidades cognoscitivas. Pero con el Ser se relaciona igualmente el obrar —científico o no— del hombre. En una actitud libre de la existencia. Hay en todo ello —objetividad de las ciencias, impulsiones forjadoras— una clara sumisión al Ser, un revelarse al Ser. Es el hombre quien estimula la ciencia. El cómo acontece esta ruptura o irrupción —*Einbruch*— de un ser, llamado hombre, en la totalidad del Ser, y cómo debe encadenarse a esa referencia al mundo y a esa actitud frente al mundo, lleva en sí el nexo profundo entre la vida —*Dasein*— y el existir de la ciencia.

De una manera o de otra, el hombre científico admite la presencia del Ser. Es más: incluso lo justifica y queda a sus sombras adherido. Hablará entonces del Ser, y de nada más que del Ser. Este Nada que aquí aparece ocupará nuestras investigaciones próximas. ¿Es una exigencia del lenguaje, extraña, por tanto, al Ser, la que nos obliga a referirnos a ella? La ciencia deja a un lado la Nada, como lo que cree que ésta es: nulidad, *Nichtige.* Pero ese abandonar de la ciencia, ¿no es precisamente un añadir, un conferir? ¿No hay en la ciencia hueco alguno donde, en la misma forma que al Ser, podamos situar a la Nada? La respuesta es, sin duda, negativa. La única concepción científica, rigurosa, de la Nada, es que de ella nada puede saberse. Que equivale a un "nada quiere saberse". Y, fuera de la ciencia, ¿qué es la Nada? Pero obsérvese que, en el momento en que la ciencia se vuelca esencialmente sobre algo, requiere el concurso —*Hilfe*— de la Nada. ¿Qué género de discrepancia es esa que entonces aparece? El conflicto, como se ve, está ya aquí inevitable. Cuestión metafísica pura acerca de la Nada. Y preguntaremos *Wie steht es um das Nichts?*

II

El procedimiento que utiliza Heidegger para descorrer el velo de la Metafísica es de una sencillez encantadora. No se trata de localizar un sector en el territorio de los saberes y otorgarle, como premio a su audacia teorética, el reino de un sistema. Es otra cosa bien distinta. Heidegger no cree oportuno auxiliarse de toda esa vieja problemática que la Metafísica tradicional colocaba ante el investigador de una manera irremediable. La Metafísica consiste en un grupo de cuestiones, y en el grado en que éstas existan logrará aquélla su propio perfil. Ahora bien: esas cuestiones aludidas no son unas cuestiones cualesquiera, cuyo único sentido metafísi-co sea el de haber fracasado ante ellas los métodos ordinarios —científicos, lógicos— de investigación. La legitimación metafísica se nutre de otro género de exigencias. Las cuestiones son, en cierto modo, elaboradas, obtenidas, siquiera en un instante fugacísimo, con ayuda de una dimensión profunda y radical que en nosotros reside.

Pues bien: Heidegger, ante el inmediato compromiso de definir la Metafísica, realiza en su honor la mejor cosa, a saber: requiere una cuestión, elegida entre aquéllas sobre las que recae más evidente y general sospecha de carácter metafísico. Comprueba luego que su planteamiento es extraño a las ciencias y, por tanto, que éstas no la reconocen como problema. Examina después el sentido lógico que pueda revestir esa pregunta inicial que lanzamos a todos los objetos: la de qué cosa sean. Un continuo rosario de paradojas denuncia, en este punto, la impropiedad lógica de la esencia que se investiga. Pero la cuestión es de tal índole, que está ahí, ante nosotros, y no la hace desaparecer, el hecho de que sea imposible adscribirla a unas esferas ontológicas determinadas. Así, el esfuerzo inquisitivo ha de continuar, hasta revelársenos una peculiar vivencia, del más complejo carácter, enlazada a nuevas entidades, que entonces aparecen con un sentido irreductible y primario. La dificultad máxima reside aquí, en este orbe originalísimo de Heidegger, adonde hemos llegado, a base siempre de penetrar en regiones cada vez de más difícil acceso. Hasta vernos, de pronto, en la dimensión radical de nuestra Vida, en su nexo profundo con el Ser. Pero hay que salir de allí para que nuestro hallazgo metafísico sea recubierto de forma categorial y se haga cognoscible. Pues si el momento en que la cuestión vibró acorde con la dimensión esencial de nuestra vida es el que la reviste de legitimidad metafísica, este otro, posterior, en que la vivencia adquiere eficacia y estructura, ademán del Ser —objeto investigable, diríamos—, es la más delicada tarea a que la construcción de una Metafísica da origen. Este rango categorial de la Metafísica, este

existir ontológico tan particular, que confiere a la vivencia primaria el hecho de que es apresable por categorías, se convierte, ni más ni menos, en la razón del ser de la Metafísica. Lo que impide toda sospecha de relación con otras esferas que por ahí existen, como la problemática religiosa y, más propiamente, el problema de la Mística.

Ante nosotros tenemos, pues, una dificultad que en el artículo anterior planteábamos. Es la cuestión acerca de la NADA. Aquéllo que la ciencia abandona olímpicamente como "lo infecundo". Esta cuestión de la Nada es la que sirve a Heidegger, en la conferencia que comentamos, para denunciar o poner de manifiesto el mecanismo a que toda construcción metafísica obedece. O sea el esquema de nuestro anterior párrafo. El análisis de Heidegger es una genial maravilla, porque este maestro, a la vez que descubre en la *Dasein* una serie de perspectivas vírgenes, utiliza con todo primor el secreto fenomenológico. Vamos a intentar resumirlo en su desnudez más clara. De propósito, un poco tosca, para conferirle captación más fácil.

Nuestra insistente e ingenua reclamación, en presencia de la Nada, es preguntar: "¿Qué es la Nada?" Pero esta pregunta, la más sencilla y primaria que dirigimos a las cosas, nos revela una cualidad insólita. En ella conferimos a la nada, de una manera o de otra, un Ser. La colocamos ante nosotros como un ser. Acontece, pues, con esa pregunta, que se despoja a la Nada de lo que constituía su peculiar característica. Aquello que, al ser precisamente advertido por nosotros, nos impulsaba a preguntar qué cosa "es" la Nada. Pero si obviamos con algún artificio esta dificultad, nos encontramos con que también es imposible toda respuesta a esta pregunta. Que, por fuerza, consistiría en algo así como: la Nada "es" esto o aquello. Según vemos, tanto la pregunta como la respuesta son, por igual, paradójicas y absurdas. Hay, por tanto, ante nosotros un caso en que las reglas fundamentales del pensar son inservibles. Pues el pensar, al pensar la Nada, contravendría su esencial peculiaridad.

Ante estos fracasos de la pura proyección lógica, el carácter del problema va delimitándose. Necesitamos, pues, localizar la Nada, hacerla, en cierto modo, objeto, y un objeto tal, que la anterior dificultad de conferirle un ser no implique paradoja y destruya nuestras interrogaciones. Esta es ahora la cuestión. Ante la cual intentamos decir: la Nada es negación de la totalidad —*Allheit*— del Ser; sencillamente, el No-Ser. Pero aquí obligamos a la Nada, en cierto modo, a la suprema determinación de un negar, acto específico del entendimiento que significa el predominio lógico, antes abandonado. Las posibles relaciones entre la Nada, la negación y la negatividad. Podríamos, en todo caso, aceptar que "la Nada es, como el no y la negación, originarios primitivos".

Pero notemos que, profundizando un poco más en este camino, hacemos depender la posibilidad de la negación como acto intelectual, y, por ende, el entendimiento mismo, justa y precisamente de la Nada. Todo ello nos induciría a hablar de una cierta imposibilidad formal de plantearnos el problema de la Nada. Ahora bien: si nosotros, a pesar de todo ello, seguimos adelante, nos prenderíamos de una enésima firmeza. La de que si la Nada tiene derecho a ser problema, debe sernos dada de antemano —*zuvor gegeben sein*—. Y la posibilidad de su hallazgo tiene que ser igualmente indubitable. Si bien acontece que, para encontrar algo, hay que tener ya de él, de una manera o de otra, un saber. ¿Existe, en este caso peculiarísimo de la Nada, algún rastro o indicio de esa índole? ¿Y cabe hablar sino de una especial investigación en la que resida un puro encontrar? *Ein Suchen, dem ein reines Finden zugehórt?* Fijémonos, de nuevo, en la difusión que de la Nada hemos hecho. "La Nada es la simple negación del Ser como un Todo." En ella existe una indicación notificadora de precioso interés.

Ahora bien: ¿cómo es posible que tengamos frente a nosotros, dado, el Ser, en tanta totalidad? Pues de su negación, hemos dicho surgiría la Nada. ¿Cómo ha de sernos abordable la totalidad del Ser? Claro que podríamos pensarla en la "idea", y luego negar lo imaginado en el pensamiento. Por este camino llegaríamos al concepto formal de una Nada imaginaria, además de recaer en la peor clase de idealismo. ¿Qué hacer, pues? Hay que fijar bien qué sea eso de la totalidad del Ser. Y cómo es posible una experiencia nuestra de esta totalidad.

Vamos a distinguir para ello entre la experiencia de la totalidad del Ser, absolutamente en sí, y el encontrarse —sentir, vivir el encuentro— en medio del Ser como totalidad, tener ante sí la totalidad del Ser. Lo primero es fundamentalmente imposible. Lo segundo acontece en nuestra Vida. Aparece ya aquí la célebre entidad de Heidegger, *das Dasein.* (Sobre esta misma entidad vital trabaja hoy con ardor, en España, el maestro Ortega, y los magníficos resultados que obtiene —y espera obtener— los sabemos muy bien los que frecuentamos las conversaciones filosóficas de este maestro.)

Hay vivencias características, en las que reside ese privilegiado aparecerse, descubrirse, el Ser como totalidad. Por ejemplo, el tedio. Pero no el tedio corriente que sentimos ante un espectáculo,

una ociosidad o una dedicación cualesquiera. No. Aludimos al tedio angustioso, esa indiferencia absoluta que se fragua en las profundidades abismales de la Vida, y que nos sumerge en las cosas entre pertinaces nieblas. Ese tedio angustioso revela al Ser en tanto totalidad. Y nos deja en medio de él de un modo indudable. Constituyendo a la par el acontecer fundamental de nuestra Vida. Y veamos qué relación tienen estas vivencias —que se pueden denominar metafísicas— con nuestro problema de la Nada. Menos que nunca, frente a ellas, autorizaremos a la Nada como negación de esa totalidad revelada, obtenida. Más bien se nos ocurre preguntar si no tienen lugar en la Vida procesos análogos de los que pudiese brotar la Nada. Vivencias metafísicas del mismo rango y eficacia. Parece que sí son posibles, y tienen lugar —aunque muy rarísimas veces— en los momentos supremos del espanto, de la angustia aterrorizada o pánico cósmico. No nos referimos, claro, a los corrientes procesos de ansiedad, desasosiego, etc., que obedecen a un sencillo mostrarse pusilánime ante algo. Y también se trata de muy otra cosa que de un complejo de temores. La angustia es, sí, como el temor, angustia de algo, pero no de *esto o aquello.* Aparece aquí una imposibilidad esencial de ser determinable. La angustia se hace acompañar de una aureola lúgubre y siniestra. No podríamos decir por qué esos adjetivos corresponden a la angustia. Hay quizás también una delimitación del Ser como totalidad, que nos sobrecoge y oprime en la angustia. *Die Angst offenbart das Nichts.* Quedamos suspensos ante la huida de la totalidad. Con esto se enlaza que nosotros mismos nos refugiemos en medio del Ser. Sólo la pura *Dasein* recoge el palpitar de la angustia. La angustia no tolera el lenguaje, pues el Ser, como totalidad, estrecha a la Nada, y calla en presencia de todo lo que consista en decir: "es". Nos falta aún la prueba de la vivencia actual de la Nada. Pero su recuerdo inmediato está ahí, y nos autoriza a decir que aquello ante lo que y por lo que nosotros nos angustiamos era propiamente la Nada. La Nada misma. En este punto comienza para el metafísico la esencial tarea. Ha de darnos de la Nada un saber vigoroso. En cuya expresión consiste radicalmente el problema de la Metafísica. Ya veremos en las próximas notas cómo Heidegger logra la captación de este saber. La pregunta sigue siendo esta: *Wie steht es um das Nichts?*

III

Veíamos, pues, cómo el pánico aterrorizado, la angustia, nos descubría la Nada. Y de tan particular y privilegiada manera, que no la ponía ante nosotros como un ser. Ni nos era dada como un objeto. No debemos confundir, por tanto, a la angustia con un método aprehensor de la Nada. Es ya precioso y suficiente para nosotros que nos haga posible el referirnos a la Nada, resolviendo los conflictos de índole lógica que nos lo impedían. Pero hay más, y es que la angustia establece el hallazgo de la Nada en un mismo bloque con el Ser como totalidad; al lado, pues, del Ser. Sin exclusión del Ser. En exacta y pura convivencia. No se trata de un simple aniquilamiento del Ser con que un estado angustioso nos favorezca, con objeto de que en su lugar propio edifiquemos o reemplacemos la Nada. No podría acontecer semejante cosa, ya que la angustia es, en último extremo, debilidad frente al Ser. La angustia, como tal, es, desde luego, extraña a los actos ejecutivos que signifiquen una negación del Ser, incluso como totalidad. Sin embargo, podemos obtener de ella el proceso mismo en que la Nada dibuja ante nosotros su perfil más entrañable, lo que hay en la Nada de gravitación específica pura: el anonadamiento. En el pánico angustioso a que nos referimos tiene lugar un desplazarnos, un retroceder ante algo. No es una huida, ya que ésta se caracteriza por la no admisión de otra cosa sino de aquello de que se huye. Retroceso que no supone tampoco un hacia sí, sino que es esencialmente denegador. Si bien la denegación, el rechazar, es una vereda por la que nos deslizamos de modo inminente y radical al hundimiento decisivo del Ser como totalidad. Este ser destruido como totalidad es lo que la Nada proyecta sobre la Vida en la angustia, oponiéndola y cercándola con máximo rigor. Es, repetimos, lo que pasa a constituir la esencia de la Nada: el anonadamiento.

El anonadamiento —*Nichtung*— no es un aniquilamiento —*Vernich-tung*— del Ser, ni él mismo procede de una negación. No hay captura del *Nichtung* en ninguno de estos actos. Heidegger escribe en este punto: *"Das Nichts selbst Nichtet."* La Nada misma anonada. Nótese que el acto de anonadar no acontece al arbitrio de nadie, sino que incluso podría mostrársele como ejemplo de acción causal por parte de la Nada, como la trascendencia misma de la Nada frente al Ser.

Y llega ahora el momento culminante de todo nuestro esfuerzo por dar a la Nada un sentido. Resulta, de súbito, que la admisión del Ser a través de un proceso angustioso aparece capturada, hecha posible, por la Nada. Esta conduce a la Vida junto al Ser. Sólo en nombre de una primaria revelación de la Nada puede la Vida avanzar y penetrar en los territorios del Ser. Pues Vida equivale

a un adentramiento, a una inmersión —*Hineingehaltenheit*— en la Nada. Aquí reside lo que podemos denominar la trascendencia sobre el Ser. La Nada logra así el rango de constituir la posibilidad misma de la revelación del Ser, como algo para la Vida humana. Y no es un concepto opuesto al Ser, sino que permanece fiel a la esencia del ser mismo. En forma análoga al ser del Ser acontece, en realidad, el anonadar de la Nada.

La investigación metafísica sobre la Nada que Heidegger efectúa adquiere su más firme legitimidad cuando vemos que ese objeto metafísico rechaza otras aprehensiones. La Nada no es lo que hasta aquí se ha creído de ella. Esto nos revelan los análisis que ahora hacemos, de donde brota, con inigualado vigor, todo ese conjunto de cosas que la Nada, desde luego, "no es". Cuando en uno de nuestros artículos anteriores nos afanábamos en seguir las huellas de la Nada, ya surgió ante nosotros una entidad, la negación, con unas pretensiones aclaradoras. Íbamos entonces en busca de la Nada sin tener de ella experiencia metafísica alguna. Hemos de aceptar, sin embargo, que la negación es quizá el más rotundo *testimonio* que *expresa* la gravitación de la Nada en nuestra Vida. Este hecho pertenece, sin duda, a una esencial característica del pensamiento humano. La negación se legitima y reside en un No. Pero el No es anterior a ella, y no puede identificársele a un método eficaz para la diferenciación o discriminación de lo dado. Pues ¿cómo explicar la dependencia del No a la negación, si ésta sólo puede negar en tanto es dada previamente la materia negable? (Todo formalismo categorial se deshace en este punto. Las cosas vienen provistas de categorías materiales, y ellas mismas son categorías.) Y ¿cómo lo negable, o aquello que es objeto de negación, puede ser referido a un No, siendo así que todo pensar supone un No previsto? El pensar utiliza siempre el No y está edificado sobre él. Pero el secreto umbilical del No es el anonadar de la Nada, y también la Nada misma. El No no se origina, pues, en la negación, sino, al contrario, la negación se fundamenta en el No. La Nada es, por tanto, el origen de la negación, *nicht umgekehrt,* no al revés. Y menos aún se equivalen y confunden. Fácil es advertir que estas cuestiones aluden al destino de la Lógica en la Filosofía, y aun a los principios mismos de esta disciplina fundamental.

Hay una latencia de la angustia que le proporciona la dimensión más profunda. No necesita ser provocada, avivada, por aconteceres extraordinarios. Está ahí siempre, suspensa sobre nosotros, dispuesta a aparecer en presencia de las más insospechada futilidad. El adentramiento de la Vida en la Nada a causa de la angustia hace a los hombres localizadores de la Nada. Es así como podemos, y no por una recta y peculiar afirmación, apoderarnos, en cierta manera, de la Nada. Esa inmersión en la Nada es justamente la superación del Ser como totalidad: la trascendencia. Nuestra pregunta sobre la Nada nos sitúa ante la Metafísica, la disciplina rectora de lo trascendente. Metafísica es la pregunta o reclamación del Ser como tal Ser y como totalidad. La pregunta acerca de la Nada pone de relieve la característica de un ir hacia el Ser. Se nos presenta, por ello, como una cuestión metafísica pura. A la vez que revela dos aspectos esenciales: todo problema metafísico comprende, en cierto modo, a la totalidad de la Metafísica. En todo problema metafísico aparece interesada centralmente la Vida, que plantea la cuestión misma. Pero veamos qué nos autoriza a decir que la pregunta acerca de la Nada abarca la totalidad de la Metafísica.

En la Metafísica de la antigüedad, el problema de la Nada adquiría expresión en una proposición ambigua: *Ex nihilo nihil fit.* Es concebida, pues, la Nada en el sentido de un No-ser, como algo que se ofrece sin configuración y sin forma. La dogmática cristiana niega, sin embargo, la verdad de ese principio. La Nada es aquí "la ausencia pura y simple del Ser extradivino". *Ex nihilo fit ens creatum.* La Nada es lo que opone al Ser propiamente dicho el sumo ente, Dios, que es *ens increatum.* Las cuestiones del Ser y de la Nada no adquieren aquí pleno sentido metafísico. Permanecen vírgenes frente a la investigación. Incluso se aparta a un lado la dificultad de que si Dios crea de la Nada, debe precisamente, por ello mismo —por la Nada—, poder ser ésto y aquéllo. Pero si Dios es Dios, no puede conocer a la Nada de otro modo que excluyendo de lo Absoluto toda nulidad. Esta ojeada histórica no tiene valor alguno, y se limita a presentarnos la Nada como el concepto negador del Ser en sentido estricto.

Ahora bien; de cualquier modo que lleguemos a la consideración de la Nada como problema, su aspecto metafísico despertará en nosotros el esencial problema, aquel que vigoriza la Metafísica toda: el hallazgo del ser del Ser, *Sein des Seinden.* La Nada no permanece como algo indeterminado frente al Ser, sino que se manifiesta perteneciente al ser del Ser. Aquí cita Heidegger el principio hegeliano de que *"Das reine Sein und das reine Nichts ist also dasselbe."* El puro Ser y la pura Nada son una y la misma cosa. Pero no porque se correspondan en algunos caracteres, como su indeterminabilidad, sino porque el Ser es y aparece sólo por la trascendencia de la Vida en la Nada.

Todavía, por otra razón, comprende la Nada la totalidad de la Metafísica. Y es que en ella reside

el secreto de origen de la negación. O sea la decisión fundamental acerca del legítimo sentido de la Lógica en la Metafísica.

Considerábamos en la Nada un segundo aspecto metafísico: el de su nexo radical con nuestra Vida. ¿Hasta qué punto el problema de la Nada moviliza en remolino el eje central de nuestra Vida? Nuestra Vida caracteriza ciertamente a la ciencia, a los saberes. Y si nuestra Vida adquiere y logra relieve determinante por medio del problema acerca de la Nada, entonces es ella misma problemática, gracias a ese problema. La sencillez y precisión de la vida científica reside en que se ciñe únicamente al Ser. La Nada debe abandonar a la ciencia con majestuoso gesto superativo. Fuera de la Nada no hay posibilidad de aclarar lo que sea la vida científica.

Por eso el supremo ridículo es alcanzado por la ciencia cuando ella no acepta con toda seriedad el planteamiento metafísico de la Nada. Pues sólo porque la Nada se manifiesta de algún modo puede la ciencia hacer del Ser mismo un objeto de investigación. Y sólo coexistiendo la ciencia con la Metafísica puede tener realidad el acto de presentarse los problemas. En párrafos magníficos y decisivos muestra Heidegger el origen y la significación del "¿Por qué?". O sea el primer fundamento de la investigación científica. Y sólo porque nosotros podemos preguntar y fundamentar está entregado a los investigadores el destino de nuestra existencia.

Reside en la esencia de la Vida un ir hacia o sobre el Ser. Este ir hacia el Ser es la Metafísica misma. De aquí que la Metafísica pertenezca a la naturaleza del hombre. Y no sea, por tanto, ni el secreto que pueda descubrir una filosofía, ni tampoco un recinto abierto a la arbitrariedad. Véase, pues, cómo se independiza la Metafísica de todo artificio sistemático y se encarama a un rango peculiar, extraño a toda clase de recursos de índole fragmentaria. La sombra de Scheler y sus esquemas para una nueva Antropología filosófica podía proporcionarnos aquí amplias perspectivas. Incluso debe y puede modificarse la frase clásica de que el hombre es un animal racional por la más auténtica de que es un animal metafísico.

La verdad de la Metafísica tiene en las próximas inmediaciones, en sus cercanías, el reino de los más profundos errores. La legitimidad teorética de la Metafísica —su seriedad misma como bloque de saberes— es de más amplio radio que el rigor de las ciencias. Hasta el carácter de la Metafísica, permitiéndole justificar la idea misma de la ciencia, la distingue de ese otro orden de problemas que llamamos Filosofía, incapacitada ésta —según es notorio— para un gesto análogo frente a la ciencia.

Nota final

Comprendemos las dificultades con que habrá tropezado el lector que haya tenido el raro interés de seguir conmigo estos artículos. Si fuésemos capaces, en este punto de alguna alusión chistosa, diríamos que la imposibilidad trágica de comprender le otorgaría como premio la vivencia angustiosa y metafísica que se requería. La forma con que Heidegger aborda el problema de la Nada y sitúa el carácter de la Metafísica es cosa a la que no dudaremos en adscribir una originalidad radicalísima. El recuerdo de Hegel es constante, sin embargo, a través de todas las incidencias y de todos los virajes tensos. En especial cuando Heidegger acude a una cita de Hegel y en ella hace hincapié de certeza. Pero Hegel permanece siempre en un sector conceptual. No hay en sus forcejeos lógicos concesión alguna a ese género de vivencias que sirven a Heidegger para edificar todo el edificio. Si bien no es discreto lanzarse a fáciles y prematuras acusaciones. En esta hora misma, Heidegger trabaja con ardor en problemas ontológicos que comprenden estas dificultades. El ejemplo de esta ruta breve y sustanciosa a través de una gradación teorética sobre las diversas altitudes de la Metafísica, la Filosofía y la Ciencia es de una magnitud incomparable.

[LA GACETA LITERARIA, 75, 1 de febrero de 1930, pág. 11; 76, 15 de febrero de 1930, pág. 13; y 79, 1 de abril de 1930, pág. 14. Las tres entregas las hemos reunido en un único artículo para comodidad del lector. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minue-sa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 21-46. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 15-34]

Contrarréplica breve

Varios amigos me han interesado estos días que formalice una seria polémica con el académico de Ciencias señor González Quijano. Que podría versar sobre las características del conocimiento

filosófico y su legitimidad radical, frente al saber que podemos denominar positivo y pragmático. Al ser requerido por mis amigos para esta tarea, se me insinuaba —favoreciendo hasta el infinito mis modestas posibilidades— que la cuestión era magnífica y yo uno de los más indicados para torpedearla con todos los honores. Un poco influido —lo confieso— por un panorama así, releí de nuevo la carta con que el señor Quijano contestaba mis acusaciones. Toda mi buena voluntad de encontrar en ella un asidero polémico ha fracasado. Yo invito a mis amigos a que lean esa carta a que me refiero y si les es posible lean también el discurso que dio origen a esta pequeña marejada.

Pues lo mismo en la carta que en el discurso el académico señor González Quijano demuestra una tan notoria incapacidad para los problemas de orden teorético, que toda discusión con él sobre temas semejantes sería estéril. Además, que la discusión no existiría, sino tan sólo un monólogo, mi monólogo. Pero la cuestión es que el señor Quijano —si tuviera en la cabeza algo más que su media docena de fórmulas técnicas— pudo dar origen, es en extremo sugestiva, y ese monólogo aludido he de intentarlo algún día. Y no lo hago ahora, porque no vaya unido el nombre de este señor académico a una empresa intelectual que él no ha sabido ni podido comprender.

Créanme mis amigos: Una polémica con el señor González Quijano es imposible.

[LA GACETA LITERARIA, 75, 1 de febrero de 1930, pág. 11]

Filosofía. El filósofo Gómez Izquierdo

Recibimos días pasados con gran tristeza la noticia de su muerte. El señor Gómez Izquierdo era distinguido y estimado en los núcleos intelectuales que en nuestro país dedican su atención a los problemas de la filosofía. Representaba treinta años de labor filosófica muy varia, en la que puso siempre de relieve, a más de las disposiciones naturales que reclama la tarea especulativa, otras cualidades excelentes de estudioso, debiendo a estas últimas su contacto con las nuevas tendencias de la filosofía actual.

Era sacerdote católico, y su primera formación filosófica la debía a Lo-vaina, donde fue discípulo del cardenal Mercier. En la Universidad de Granada —cuyo decanato de Filosofía ocupaba al morir— explicó durante veinticinco años la cátedra de Lógica, convirtiéndose por tanto su magisterio universitario en la iniciación filosófica de futuros abogados y humanistas. No conocemos directamente su labor de cátedra, ni si disponía de buenas dotes de maestro, pero aunque hubieran existido se habrían ahogado en una estructuración universitaria como la española. Así no hay en España escuelas o grupos de filosofía, sino sólo esfuerzos individuales que florecen en aislamiento provincial e incógnito.

El profesor Gómez Izquierdo deja varios libros excelentes. Entre ellos *Nuevas direcciones de la lógica* (1907), exposición crítica y muy fiel de las corrientes lógicas en los dos últimos tercios del siglo XIX. Es una obra de buen comenzar, fruto de unos años bien aprovechados con los maestros neoescolásticos de Lovaina. Pero no llega en madurez intelectual y en valiosas perspectivas originales a su *Análisis del pensamiento lógico* (1928), obra inacabada, de la que no publicó más que el volumen primero. Este libro ofrece rasgos muy curiosos que no deben olvidarse sobre uno de los aconteceres anecdóticos más destacados que ha puesto en circulación la actual filosofía. Nos referimos a esa pretendida nueva vigencia de las obtenciones escolásticas, a ese supuesto reflorecer medieval que la escuela "fenomenológica" de Husserl ha suscitado en los sectores católicos. El señor Gómez Izquierdo en ese su último libro que citamos aparece como un cultivador de esa tentativa, y recoge así de las investigaciones fenomenológicas su actitud objetivista, descubriendo a la par coincidencias esenciales que a nosotros nos parecen en alto grado discutibles. No obstante, el libro es de gran interés, y ese mismo afán de penetrar y obtener botín en las reservas de Husserl hacen que se despoje el autor de aquellos residuos psicologistas que siempre se advierten en los filósofos procedentes de Lovaina.

Las huestes neoescolásticas más inteligentes vienen dedicándose hace ya varios años a la tarea de denunciar en las cimas filosóficas actuales gérmenes del medievo. Nos parecen muy exagerados estos afanes, que parecen fruto de una *política* captadora y perspicaz. Es lo sucedido frente a la fenomenología de Husserl. Es lo que se pretende que suceda —según un libro reciente de Gorg Koepgen que hemos de comentar— con las más afortunadas investigaciones ontológicas de Nicolás Hartmann, el genial filósofo de Colonia. Los que conozcan siquiera regularmente estos movimientos

filosóficos y también el carácter de los métodos y los problemas de toda la escolástica proclamarán en seguida lo impropio de esos intentos conciliadores. Parece que ya es hora de que esto se diga con claridad, y se liberte a la actual filosofía de ascendencias arbitrarias como la que denunciamos.

El hecho de que actualmente se acometa por los filósofos la superación radical de la filosofía moderna —de Descartes a Kant y después todos los matices neokantianos— no autoriza a creer que esto se deba a una restauración de la vieja problemática, definitivamente debelada. Más bien acontece por una genial característica de nuestra época, que cabe filiar con los momentos históricos de más jugoso porvenir para la tarea filosófica.

El profesor Gómez Izquierdo sirvió —muy honrada y fielmente por cierto— en su *Análisis del pensamiento lógico* esta ofensiva neoescolástica de última hora. Puso en ella su fino esfuerzo de pensador enterado y ágil, sin perder nunca de vista el norte de serenidad que presidió siempre sus tareas de filósofo. Cuando se trate de comprender, repetimos, en sus más serias y profundas raíces, las aportaciones que los sectores neoescolásticos han procurado al triunfo teorético de un punto de vista así, no podrán olvidarse estos análisis del señor Gómez Izquierdo, que renueva de este modo la vieja tradición española —¡oh, nuestro gran Suárez, el último genial teólogo, según dicen hoy mismo los alemanes!— de dar a Europa de vez en cuando un rasgo filosófico de interés (refiriéndonos, claro, a figuras eclesiásticas).

Hay en la historia del profesor Gómez Izquierdo algunos errores que le acreditan de poco tacto crítico para la valoración de cosas y personas. Así, por ejemplo, alguna intervención suya, en la que demostró no advertir en los ejercicios de un joven opositor síntomas de una capacidad filosófica tan extraordinaria como la que luego este señor ha demostrado. Miopía imperdonable que a nadie se le ocurrirá justificar.

Bien se habrán advertido a lo largo de estas rapidísimas notas que hemos tejido en honor del filósofo aragonés, las radicales diferencias y la oposición profunda que despierta en nosotros su labor. Pero a pesar de todo ello, por generoso, justo y gratísimo deber intelectual, publicamos las líneas anteriores, nutridas no de admiración, pero sí de reconocimiento de unas dotes filosóficas que aquí no son corrientes.

[LA GACETA LITERARIA, 77, 1 de marzo de 1930, pág. 2]

Unamuno y la filosofía

Es, sin duda, opinión general de las gentes semicultas de nuestro país la de adscribir la obra y la significación de Unamuno a ese círculo de problemas que es la filosofía. Creemos —en este punto, como en otras graves mixtificaciones que hasta ahora han hecho peligrar entre nosotros el justo sentido de los valores de la cultura— que es ya posible aquí, sin temor alguno a la apreciación errónea, establecer con todo rigor qué sea esto de hacer filosofía. Y, por tanto, de ser filósofo. Sin que nadie pueda advertir propósitos de índole peyorativa, que sería grotesco suponer en nosotros, frente a la figura más eminente de que disponemos en esta hora, aspiramos a obtener y demostrar en este artículo cómo don Miguel de Una-muno está bien lejos de ser —y de querer ser, claro— un filósofo, y cómo su obra, su problemática y sus inquietudes son bastante ajenas al genuino carácter de la filosofía.

Es innegable que Unamuno dispone de una riquísima y hasta genial capacidad para las dedicaciones centrales del espíritu, pero, a la vez, está patentemente indotado para empresas estrictas de filosofía. La tarea filosófica posee una razón de ser muy peculiar que la distingue con gran precisión de otras actividades intelectuales cualesquiera. Estimar otra cosa, a más de constituir una confusión anárquica, desvirtúa totalmente la valoración misma que corresponde a esos objetos deliciosos, que son los conocimientos, y engendra, a su vez, la trágica impotencia cósmica por la que han perecido todas las culturas.

Vamos, pues, a aceptar la filosofía como una determinada actitud frente al Universo, con unos objetos a su vera que a ella, exclusivamente, le son dados, con unos problemas obtenidos de la significación que informa la filosofía misma y, por fin, con unos métodos que para ella tan sólo son utilizables. La concepción integral del Universo que proporciona la visión teorética aquí aludida, y sólo ella, es la filosofía. Ha de conseguir, pues, para nosotros, unos conocimientos dotados, por tanto, de la validez y necesidad que en este género de objetos reside. Si el análisis que hagamos de

una cualquiera de las tres o cuatro figuras más eminentes de la actual filosofía —Max Scheler, Heidegger, Hartmann— no nos revela con suficiente evidencia lo que decimos, ahí está la historia misma de la filosofía, desde sus primeros vagidos, con su mayor o menor posibilidad de creación genial en las distintas épocas, pero en todas obediente y fiel a esos rasgos primarios que corresponden al saber filosófico.

Al lado de la filosofía hay los desmontadores de la filosofía. Hombres geniales, si se quiere, pero que realizan, en este aspecto, una labor subversiva y profundamente perturbadora. Un ejemplo es Nietzsche. Un ejemplo es también Unamuno. Si bien hay en Nietzsche mayor eficacia para ese debelar filosofías, porque es indudable que conocía mejor que Unamuno los problemas filosóficos —e iba a ellos con saña, a diferencia de Unamuno, que los encuentra al paso, sin querer, observándolos porque se resisten a su ontología mística—, y localizaba así con terrible precisión todos los disparos. Pero dispone Unamuno, frente a Nietzsche, de una profundidad religiosa —y también diríamos metafísica, con las restricciones que luego hemos de señalar— que le permite alzarse sobre los resultados de la filosofía y denunciar unas insuficiencias radicales que la hieren en esa primaria actitud por ella utilizada para legitimarse. Mas es curioso observar cómo la aparición de estos desmontadores de la filosofía acontece siempre con posterioridad a la existencia de otros hombres que crean o resucitan la experiencia teorética pura. Así, en la cultura griega —que será siempre ejemplo magnífico, por lo que tiene de auroral nacimiento de una nueva actitud frente a las cosas, frente al cosmos— la fidelidad básica a que obedecían ya los sabios míticos, desde los creadores de cosmogonías hasta los físicos auténticos que nutrieron después las escuelas presocráticas, es la de un puro especular filosófico.

Llega un momento, sin embargo, en que la máxima jerarquía de los problemas que se despiertan en una cultura no corresponde a los de orden teorético, a cuyo servicio exclusivo está la filosofía, sino a otros distintos, los que sean, y entonces surge este fenómeno que denunciamos, el cual consiste en una pretensión de arrebatar a la filosofía su validez peculiar. O todavía más aún: poner sus métodos y sus conclusiones a las órdenes —he aquí su papel de *ancilla*— de aquellos problemas que la desplazaron de las cimas. Es lo acontecido con dos tendencias que frente a la filosofía alcanzaron plena y triunfal manifestación en el siglo XIX. Son: de una parte, el esplritualismo, de índole religioso-teológica; de otra; la culminación positivista. Como se ve, nada semejante en sus resortes internos, si bien ambas destructoras de la filosofía, hasta el punto de hacerse con ella incompatibles.

La dedicación filosófica constituye el puro consagrarse a las cosas con los más fútiles propósitos. Fútiles, claro, en la jerarquía corriente que consideramos a diario. Pero Unamuno —buen espiritualista— cree que, antes de la filosofía, previamente, por tanto, a ella, y confundiéndose con la primera y esencial verdad, hay un sector de problematismos ineludibles. A él debemos ceñirnos, si con *sinceridad*—he aquí el vocablo unamunesco— deseamos conocer alguna cosa. La verdad, para Unamuno, es amor al ser, y las categorías que nos habían de servir para capturarla no existen. La filosofía, ofreciéndonos un saber verídico, se torna así en engaño, falacia enmascarada con la que cubrimos aquella inexistencia categorial. El positivista Comte no supone una esfera previa, sino, al contrario, una esfera posterior, la práctica, y la filosofía, el saber, se justifica tan sólo cuando añadimos un *para algo:* "Saber para prever". Pero esto es absurdo, pues el filósofo intenta capturar el ser de las cosas, su secreto íntimo, si se quiere; pero no ejerce acción causal sobre ellas. Esa frase positivista no tiene sentido filosófico, y ese saber a que alude no es el teorético. Prueba esto cómo los más finos conocedores de hombres, los que de manera más pura y filosófica han desarticulado sus complejos psíquicos —por ejemplo, Max Scheler—, no han sido igualmente los que han proyectado sobre ese *material* humano un poder directo.

La vida individual es, para Unamuno, la justificación central del ser. No le interesa en las filosofías sino el hombre que tras de ellas late, agonizando en pánicos tremendos. Pero filosofar supone la admisión de unas cuestiones que nos son objetivamente dadas, cuya vigencia consiste quizás en el hecho de que un sujeto las piense, pero sin que esto les arrebate en modo alguno la objetividad. Hay unas cosas, las que sean, que se nos ofrecen problemáticas, y cuyas posibilidades de conocimiento han sido descubiertas por la filosofía. Para el filósofo, los problemas están objetivados, situados frente a él, y por eso la más grave tarea de toda filosofía reside en ese momento en que se dispone a designar las cosas cuestionables. Aquellas que van a ser objeto de conocimiento. En Kant, por ejemplo, es el fenómeno —*Erscheinung*—. Más tarde, en el neokantismo de Baden —*Wertphilosophie*—, serán los valores. Ahora, en la filosofía que estructura Ortega, es la vida y su amplia combinatoria de circunstancias. Pero el filósofo considera más cosas: los instrumentos categoriales, que le permitirán realizar y crear filosofía. Para Unamuno, todo esto que

decimos es hipocresía pura, con la que eludimos las cuestiones más graves e inmediatas que cercan nuestro ser. Los problemas son exclusivos de la vida individual en sí, y en ellos se guarece, bien ajena a todas las garambainas objetivantes de los filósofos, la esencial verdad. O la eterna duda. Ello es, sin duda, legítimo, y se nutre de vivencias metafísicas de innegable gravitación sobre nosotros.

En el libro más sustancioso de Unamuno —*Del sentimiento trágico de la vida*— abundan copiosamente los lugares en que este hombre gigantesco manipula los conceptos metafíisicos universales de más alto rango. Este libro, que nosotros hemos leído y leeremos mucho, acreditaría a Unamuno de místico perfecto, si no hubiera en él tanta cultura libresca y tanta hojarasca de alusiones. O, bien, de teólogo imperial, si sus rebeldías tremendas le permitiesen amparar una dogmática. Nada de esto es Unamuno y sí un gran poeta, para quien tiene sentido la esencia misma divinal del hombre. Pues hay un sector de la filosofía, aquel en que están situados los objetos metafísicos, donde el poeta y el filósofo llegan a encontrarse. Pero la característica peculiar de la filosofía, como ya hemos indicado varias veces, es que su función estricta consiste en proporcionarnos conocimientos. No es un metafísico quien posea vivencias metafísicas claras, sino quien, además de eso, puede decirnos conceptualmente qué sentido teorético encierran esas vivencias. (Si algún lector sigue mi exposición de lo que es la metafísica, según Heidegger, comprenderá sin esfuerzo esto que digo.) Claro que frente a las vivencias metafísicas cabe también, a la vez que la actividad teorética, la actividad poética. Así hay el poeta Hólderlin. Y hay, al mismo tiempo, el filósofo Hegel.

No caeremos en la puerilidad de denominar a Unamuno un subjetivista. En un ensayo, que titula: *¿Qué es la verdad?,* ironiza con gran razón Unamuno, a costa de un mote así que, en cierta ocasión, lanzó sobre él un cu-rilla, en nombre de no sabemos qué objetivismos tomistas. Unamuno se rió mucho de ello, repetimos que con razón. Pues el subjetivista es, a la postre, un filósofo, creador de falsa filosofía, si se quiere, pero hombre que engarza en un sistema sus obtenciones y justifica el grado de validez de sus conocimientos. Si corresponde a Unamuno alguna clasificación en el terreno filosófico —en el rigoroso creemos que no—, es precisamente el de desmontador de filosofías, que antes le hemos atribuido. Esto lo realiza a maravilla. Pero de que es hombre majestuosamente dotado para las experiencias centrales —íntimas—, de donde derivan algunos problemas metafísicos, se encontrarán pruebas evidentes en cualquiera de sus libros. A ello debe el que, sin ser poeta de amplio velamen lírico, su poesía, nutrida de esas experiencias metafísicas, alcance una grandeza que en balde buscaremos en poetas corrientes.

Escogemos a continuación unos detalles que demuestran cómo, en su libro *Del sentimiento trágico de la vida,* remueve Unamuno, antes que nadie, varios problemas filosóficos de esta hora. Así (página 13), cuando habla de que nada es "tan horrible como la nada misma", y se refiere a la "furiosa hambre de ser, un apetito de divinidad". Una fina intuición (en la página 17), al expresar que "el mundo es para la conciencia", donde ese "para" alude a cosas muy centrales que atañen a vivos problemas ontológicos de hoy. También su breve comentario a Descartes, "el filósofo de la estufa", oponiendo al *Cogito* que "lo primitivo no es que pienso, sino que vivo" (página 39), observación que hoy maneja Ortega en sus intentos —logrados— de superar el idealismo, descubriendo, antes del pensamiento, una realidad vital que le precede. En la página 59 vuelve a aludir al "terror de la nada", cuya fenomenología preocupa hoy mismo a Heidegger. Cuando habla de lo vivo (página 92) como de lo ininteligible, se acerca a la *Ding an sich* kantiana, y, más aún, al actualísimo *transinteligible* que estudia Hartmann en su *Metafísica del conocimiento.*

[LA GACETA LITERARIA, 78, 15 de marzo de 1930, pág. 6. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 151-160. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 107-113]

Opiniones de los que fueron a Barcelona

Hemos venido a Cataluña intelectuales del resto de España. Los actos —tan magníficos y cordiales— organizados con este motivo han tenido, pues, de acuerdo con lo que somos, una significación intelectual. Nosotros no podemos limitarnos a dar respuesta a actos deplorables cometidos contra la gran cultura de Cataluña. La inteligencia no puede responder sino a las preguntas que ella misma se plantea. Todo lo referente al llamado problema de Cataluña sigue un previo y definitivo planteamiento intelectual, porque nosotros podemos ofrecer soluciones.

El problema de Cataluña no es más que uno de tantos ejemplos concretos que denuncian entre nosotros otro problema de más hondas raíces: el fracaso de la estructuración vigente en nuestro Estado.

Cataluña, con una magnífica cultura, tiene derecho a la máxima atención nacional. Pero tened en cuenta que no pueden darse soluciones de eficacia a las dificultades que surge provocadas por otras de más alta graduación.

Si hoy imponemos en las actuales universidades españolas estudio sobre la cultura medieval y moderna de Cataluña, nada eficaz puede conseguirse. Porque antes que esto, y precisamente para que sea posible, hay que crear en España la Universidad.

Como se ve, los problemas documentales están detrás, como vigías, y en ellos residen los secretos esenciales. Démosles cara todos, catalanes y castellanos, y abramos paso al nuevo Estado, cuya finalidad no es la de resolver otros problemas anteriores a él, y a él ajenos por tanto, como el de hacer imposibles todos los problemas.

[LA GACETA LITERARIA, 80, 15 de abril de 1930, pág. 6. La dirección del quincenal entrevistó, con motivo del viaje de un nutrido y selecto grupo de intelectuales castellanos a Cataluña, a varios de éstos: Araquistáin, Arconada, Bergamín, Giménez Caballero, Benjamín Jarnés, Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón, Menéndez Pidal, Pérez de Ayala, Ossorio y Gallardo, Fernando de los Ríos, Pedro Salinas... Esta fue la opinión de Ramiro Ledesma Ramos. Joaquim Ventalle, en su libro *Los intelectuales castellanos y Cataluña* (Sagitario, col. Galba, Barcelona, 1976), recoge el mensaje de agradecimiento de Ramiro Ledesma Ramos al Ateneo barcelonés en las págs. 121-122. Aunque hay pequeñísimas diferencias con respecto a la opinión vertida a *LA GACETA LITERARIA,* en lo sustancial son coincidentes]

Escaparate de libros. Carmona Nenclares: El pensamiento de Ortega y Oassef. Madrid, 1930

Pocas líneas van a sernos suficientes para presentar a los lectores este libro del señor Carmona. A pesar de su título, que promete una exposición del pensamiento de Ortega y Gasset, lo que en él realmente se contiene es un manojo de confusionismos mentales que su autor padece. Con un poco de esfuerzo crítico sobre sí mismo podría comprender el señor Carmona Nenclares hasta qué punto su libro es una gruesa equivocación. Por fortuna no es posible ya entre nosotros penetrar en los recintos de la filosofía y cometer toda clase de desmanes con impunidad. Varios años de magisterio fecundísimo a cargo de dos o tres grandes maestros y una docena de discípulos fieles al rigor de la disciplina teorética aseguran ya aquí un cierto nivel que imposibilita la circulación de publicaciones como ésta que nos ocupa. Si el señor Carmona Nenclares no dispone de preparación filosófica y no ha logrado aún ese umbral indispensable de soltura que requieren los problemas filosóficos, ¿qué pudo moverle a escribir este folleto y a pretender él medir y calificar una filosofía? Merece la pena intentar una explicación de un hecho así y desentrañar el resorte psicológico —íntimo— a que sin duda obedece.

El autor de este libro asistió a un curso filosófico de Ortega y Gasset, precisamente sus diez magníficas lecciones del año último sobre "¿Qué es Filosofía?" Esto situó ante él la problemática filosófica, acontecimiento que al parecer ocurría por vez primera. Al señor Carmona entonces se le ocurrió la más peregrina cosa: Sin tener otros conocimientos filosóficos que los obtenidos en el curso de Ortega y en unas cuantas desordenadas y posteriores lecturas, escribe un folleto enjuiciando y delimitando el valor filosófico de este maestro. En él demuestra dos cosas: una, no haber comprendido. Otra, que lo dominan unas impaciencias antipáticas. Las confusiones e ingenuidades en que incurre son de tal índole que al verlas escritas y publicadas produce en el lector algo enterado repulsión insostenible. Así cuando identifica —pág. 19— el yo empírico de los psicólogos con el *mi vida* orteguiano o con el sujeto pensante de las filosofías.

Lo natural y lógico en el señor Carmona, si en efecto las lecciones del maestro Ortega le despertaron cierto interés por la Filosofía, hubiera sido consagrarse al estudio el tiempo necesario y nada más. Ignora sin duda que cuando no disponemos sino de un solo saber, si llegamos a negarlo y superarlo es en nombre y por la gracia de ese saber mismo. Como en el señor Carmona residen quizá algunas cualidades no desdeñables —por eso, invocándolas, escribimos estas líneas— no

creemos repita hazañas así, y posiblemente en lo futuro un más intenso estudio y una más alta idea de la responsabilidad intelectual le impedirán estas incorrecciones.

El síntoma de la desorientación profunda del señor Carmona reside en lo casi imposible que resulta localizar su actitud. A veces se advierten sus rancias filiaciones positivistas; pero como tampoco le es familiar esta posición, pierde su equilibrio a cada paso. Él mismo no creemos entienda muy bien lo que dice y por qué lo dice. Citas de aquí y de allí sin rastro alguno legitimador lo evidencian.

No sabemos qué resorte psicológico impulsa al hombre a utilizar las cosas para él desconocidas y lanzarlas contra las que más o menos le son familiares. A ese oculto resorte obedece el señor Carmona escribiendo el folleto que nos ocupa. Por lo menos tiene algunas referencias —pocas y pobres, pero algunas— de lo que es la Filosofía según Ortega y Gasset. De lo que no tiene ninguna referencia ni noticia es de otras cualesquiera actitudes filosóficas. Pues bien: se adhiere a éstas y no a aquélla. Es muy curioso el fenómeno y me recuerda un hecho que presencié en un aula de Análisis matemático de la Facultad de Ciencias. Apareció en la pizarra una ecuación algébrica de cuarto grado con sólo dos términos. Como el condiscípulo de turno en el encerado se parase ante una dificultad elementalísima, el profesor le acosó en un sector aún más elemental: le preguntó qué clase de ecuación era aquélla, algébrica o trascendente. Y el muchacho —en un estado psicológico parecido al del señor Carmona cuando escribió este folleto—, que no sabía lo que eran ecuaciones trascendentes, y sí, en cambio, lo que eran ecuaciones algébricas, contestó que aquélla era una ecuación trascendente. Ante tal disparate, el profesor le requirió para que definiese las ecuaciones trascendentes. El buen muchacho no pudo hacerlo. Algo análogo le ocurriría al señor Carmona Nenclares si se viese obligado a escribir otro libro sobre una Filosofía que no fuese la de Ortega.

Días anteriores hemos leído otro folleto sobre el mismo curso filosófico de Ortega y Gasset. Su autor, Julián Izquierdo, es un caso bien distinto. De pulso aún débil para los problemas de la Filosofía, adopta, sin embargo, la única actitud legítima que corresponde al principiante: intenta comprender. Lo ha conseguido en muchas ocasiones y las páginas de su trabajo rezuman amorosa dedicación y miedo terrible a los deslices. Lo preferimos, claro, en su modesta timidez, a las imperfectísimas páginas del señor Carmona Nenclares.

[LA GACETA LITERARIA, 80, 15 de abril de 1930, pág. 15]

Breve diálogo con Keyserlíng

El gesto ecuménico de Keyserling, resistiéndose a localizarse en un punto cualquiera del orbe, ofrece un interés singular. Keyserling no espera en una pacífica ciudad nórdica las peregrinaciones mundiales que acudan a refugiarse en su sabiduría. Las sociedades de cultura reclaman sus conferencias, y el famoso conde va a todas partes a distribuir secretos y posibilidades de futuro. Los grupos selectos de todos los países ofrecen sus manos a este hombre magnífico no tan sólo a impulsos de cordialidad, sino también para que examine sus rayas y destinos y prediga el porvenir de sus culturas.

Los viajes de Keyserling —hombre de extraordinario talento y genialidad intuitiva— despiertan con lamentable frecuencia escenas de esa índole, que denuncian los grandes fondos primitivos de nuestro siglo. Es el síntoma de los tiempos. Que de otra parte acontece en toda época subsiguiente a eso que se llama democratización o socialización de la cultura. "La ciencia al alcance de todos." ¡Cuándo aprendemos que la autenticidad de los saberes reside en círculos estrechos y minúsculos que realizan su tarea a una distancia sideral de las masas! No hay que envenenar a las masas poniéndolas en contacto con tenues atmósferas de la filosofía. No hay tampoco que pervertir a los filósofos llevándolos a explicar sus obtenciones a las masas.

He tenido ocasión de hablar diez o doce minutos con Keyserling. Transcribo a continuación, con toda fidelidad, nuestro diálogo, porque lo creo provechoso para las gentes que entre nosotros se inician con rigor en el estudio de la filosofía.

—¿Quiere decirme, conde, qué sentido tiene para usted la filosofía sistemática? Aludo, naturalmente, a esa filosofía rigorosa y metódica que se elabora, por lo común, en las escuelas, y que legitima con toda escrupulosidad tanto su primaria razón de existir como el panorama integral de sus objetos.

—No me interesa nada. Créame usted. Pues ni aún aquellas filosofías sistemáticas que lograron realización más perfecta por el genio de sus autores tienen el más leve contacto con el profundo latir del hombre, que es lo único interesante para mí.

—Bien. Pero usted reconocerá en aquellos intentos teoréticos el genio de la filosofía, la única dedicación que hace posibles resultados de conocimiento. No hay verdad sino dentro de un sistema, decía Hegel con exactitud, y, en efecto, los afanes sistemáticos movilizan en el hombre todo lo que en él pueda residir apto para el conocimiento, para los saberes.

—¡Ah! Pero todo eso constituye la vereda conceptual. Hay otra sabiduría, de raíces más fíeles y que abarca áreas humanas de más amplitud. Este saber nace y se agota en la intuición. Evita los racionalismos que cortan las alas al espíritu e introducen en lo que usted llamó antes "panorama de los objetos" preocupaciones vacías que no tienen sentido. La intuición consigue los relieves exactos porque simplifica la actividad espiritual e identifica el espíritu con las cosas, efectuando un intercambio de secretos. No me interesan los problemas técnicos que rodean, aparentemente, a la función del conocimiento. No hay tales problemas técnicos. La intuición, la intuición sola.

—Comprendo bien todo eso, conde. Ahora bien; esa intuición que usted considera la tienen muy en cuenta las filosofías. Pero no es suficiente. He de envolver a las intuiciones en unas categorías, las que sean —le concedo a usted hasta la posibilidad de categorías irracionales— que le otorguen sentido diferencial. Desde Kant hasta los fenomenólogos actuales, pasando por Bergson, se conceden a la intuición altos rangos. Mas esto...

—Perdone usted. En el plano teorético en que usted sitúa toda la conversación y en las filosofías a que usted alude, la intuición que yo considero, no ha sido entendida. Sólo Bergson me satisface en esto. Sin que nadie me pueda llamar bergsoniano estimo que es Bergson el único filósofo que ha conseguido resultados valiosos en los últimos tiempos. Dando a la palabra "últimos" casi un alcance de siglos.

—Luego usted pretende para la intuición las posibilidades trascendentes que en el saber categorial resultan casi nulas.

—No sólo eso. Es que las filosofías sistemáticas suponen una especiali-zación. Introducen una problemática artificial y excluyen las vías centrales de la vida humana. Se le escapa así el sentido del hombre y de los pueblos. Prefiero la contemplación de un hecho humano a tres millones de teorías insuperables.

—La filosofía comprende también eso. Es gravitación sobre la totalidad y no admite exclusiones. No es saber especializado y angosto. El ave teorética vuela sobre todas las zonas y no le hieren ni los terrenos escarpados ni los climas. El filósofo no es un especialista...

—He aquí el error. Las filosofías sistemáticas son fruto de la especiali-zación. Este es el motivo de que no sienta por ellas el menor interés. Esos filósofos han cortado las amarras y dejan en la costa los problemas esenciales. La intuición, la intuición sola. Permítame que se lo repita a usted.

—Usted, conde, no ignora sin duda, los trabajos de Heidegger. La *Vida* aparece en ellos legitimando toda una Ontología, y en este sentido, como creación teorética nacida en las cercanías vitales de los *actos,* le satisfará a usted.

—No conozco nada de Heidegger. No he leído ni siquiera a Husserl. Pero dudo mucho que esto que usted me dice tenga una relación directa con mis prédicas intuicionistas.

—Naturalmente que no. Yo le mostraba esa filosofía como ejemplo de eficacia en los sectores mismos donde usted se recluye. Es decir, cómo sin ponerse al margen de la filosofía es abordable la intinuidad ostal[40].

—Esa *Vida* de Heidegger, de que usted me habla, será una entidad más, vacía de sentido, justificadora y *legitimadora* de todo lo que él quiera. Pero sobre esto no es prudente que hable. Le repito que no he leído a Heidegger. Allá, dentro de una docena de años, quizá procure hacerlo. No obstante, anoto como un curioso detalle que sea en España, y un muchacho joven como usted, el que oriente mi atención sobre este filósofo.

—Nada más, conde, sino el deseo de reanudar en otra ocasión este diálogo.

—Bien, bien. ¿Por qué no va usted a Darmstadt? Allí está mi escuela.

—Iré pronto a Alemania, conde. Pero quizá me quede en Colonia. Con Nicolás Hartmann. O

[40] Sic. en *LA GACETA LITERARIA.*

quizá siga la ruta fenomenológica hasta Freiburg y Berlín, de donde parece que han llamado ahora a Heidegger. (Desde luego, nada tengo que hacer en Darmstadt.) Y lo antes posible el retorno a España. Por varios motivos: Tiene también sus límites la filosofía alemana. En España radica mi destino. De otra parte, hay aquí algún maestro de filosofía que justificaría más bien el viaje opuesto: De Alemania a Madrid.

Keyserling sonríe. ¿Advertirá en mis palabras finales algún síntoma de ese imperialismo ibérico que él nos brinda?

[LA GACETA LITERARIA, 84, 15 de junio de 1930, pág. 7]

Una encuesta sensacional. ¿Qué es la Vanguardia?

Desconozco, realmente, por qué el amigo Ferrero solicita mi voz para estos asuntos de la "vanguardia". El área de vigencia de éste término se restituye a lo literario y artístico, parajes venturosos con los que tengo poquísima relación. La estructura interna del fenómeno vanguardista se me escapa quizá por este motivo. He de limitarme, pues, a considerarla desde fuera, por sus notas más agudas y radicales.

El movimiento vanguardista es de una angustiosa opacidad. Será increíble para un historiador de mediana inteligencia adscribirlo a unas juventudes que se decían portadoras de una inquietud cultural nueva. Esto es, a base de la creación, invención y propagación de nuevos valores. En vez de ésto, que hubiera requerido una disciplina hondísima y capacidad para enfrentarse con la media docena de grandes temas que laten en el fondo de toda cultura auténtica, nuestros jóvenes vanguardistas se ceñían a lo literario y jugaban a la sabiduría.

No puede hablarse en este caso de una vanguardia intelectual. Esta supondría unos ímpetus creadores —que no han existido— a base de ideas "claras y distintas" sobre seis u ocho cuestiones de rango universal. La vanguardia no se interesó por la cosa política, aun coincidiendo con unas horas ineludibles y fáciles. La dedicación política no tolera la esencial frivolidad que caracterizó a los muchachos vanguardistas. De otra parte, no se orientó tampoco la vanguardia a una subversión de valores morales fallecidos, conformándose para su revolución de las costumbres (¡!) con hablar de los deportes y aceptar en el traje las preferencias yanquis (o sea, lo que era dable hacer a cualquier tontín).

No hay en la vanguardia solidez para ninguna cosa. No significó para la vida española la llegada de una juventud, bien dotada y animosa, que guerrease en todos los frentes. No dio a España una idea nueva ni logró recoger y atrapar las insinuaciones europeas más prometedoras.

Hoy puede hablarse así, a la vista de las limitaciones tremendas. La juventud vanguardista no ofrece a nadie garantías de que en sus cuadros se movilicen los esfuerzos mejores. Por el contrario, yo puedo asegurar que esa vanguardia escondía la más frivola concepción de la cultura. Sin fe en los valores objetivos. Incapacitada y cansada por batallas de imaginación. A última hora podía verse cómo se incluían en ella todos los alfeñiques del espíritu, que buscaban en el grupo un amparo abstracto a sus trasparencias.

Hizo muy bien Giménez Caballero hace unos meses en declarar liquidada la vanguardia. Eran huestes de nacimiento fracasadas e invaliosas. Giménez Caballero queda al margen de las derrotas, clarividente y magnífico. Siempre he dicho que su labor literaria es en la España de los últimos diez años una de las cosas mejores. Este sí, auténtico y superior vanguardista. ¿Más cosas destacables? Las hay sin duda (no desconozco la opulencia formal y la riqueza intuitiva de Jarnés. Las buenas dotes literarias de algunos otros. Sobre todo de Arconada, que sabe lo que es escribir una página perfecta).

¿Y los escarceos políticos —finales— de la vanguardia? Bien poca cosa: Algún grupito quiso ser liberal y demócrata, esto es, retaguardista, y se afilió a doctrinas políticas del más viejo ochocientos. Ni siquiera se han hecho socialistas. ¡Son liberales y revolucionarios de Ateneo! Otros, quizá más avisados, parece que no quieren mezclar la política con la literatura. Son los irresponsables y los puros. ¡Dios les bendiga! Otros, catolicísi-mos, y no sé si monarquísimos, se dice también que ejercitan unos ademanes...

Desde luego, decimos nosotros, a todos se les escapa el secreto de la España actual,

afirmadora de sí misma, nacionalista y con "voluntad de poderío".

[LA GACETA LITERARIA, 85, 1 de julio de 1930, pág. 4. Respuesta de Ramiro Ledesma Ramos a una encuesta realizada por la dirección del quincenal a varios de sus colaboradores —entre ellos, Gregorio Marañón, Bergamín, Rosa Chacel, César M. Arconada, Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Samuel Ros, Eugenio Montes, José María Cossío, Ximénez de Sandoval, Guillermo Díaz Plaja, José María Alfaro, incluido Giménez Caballero— basada en cuatro preguntas: 1[a]. ¿Existe o ha existido la vanguardia? 2[a]. ¿Cómo la ha entendido usted? 3[a]. A su juicio, ¿qué postulados literarios presenta o presentó en su día? 4[a]. ¿Cómo la juzgó y la juzga ahora desde su punto de vista político?]

Escaparate de libros. Plotino: Las Enneadas.— 4 volúmenes. Espasa-Calpe, Madrid, 1930

Bien está la lectura de Plotino a estas alturas filosóficas que disfrutamos, un poco mareantes y difíciles. Algunos capitales tratados de Plotino son hoy insuperables para lograr una amistosa familiaridad con tres o cuatro conceptos superiores que la actual filosofía requiere en sus intentos de elaborar una metafísica. Este compromiso y este deber de la filosofía de hoy —que acaba de salir de unos períodos turbios para ese género de saberes— nos conduce, entre otros, a Plotino, el místico helénico y romanizado en quien residen unas singulares experiencias metafísicas de profundo interés.

Plotino fija en el siglo III una actitud idealista, de origen platónico, que recoge con la mayor pureza la dedicación filosófica de su tiempo. Es la suya una escuela que liquida las últimas posibilidades helénicas. Había nacido un mundo cultural nuevo, el cristianismo, que no tardaría mucho en necesitar y requerir a la filosofía para dorar y sutilizar espiritualmente los dogmas. Plotino es el último incontaminado ante esos nuevos fulgores, a quienes, de otra parte, él brindó con sus recreaciones platónicas unas cercanías fecundísimas que no dejaron, por cierto, de ser utilizadas. Plotino se formó y vivió sin centrarse en el cristianismo, sin tomar de él nada considerable. Por el contrario, el nuevo espíritu aceptó de Plotino un sinnúmero de obtenciones que no es este el sitio de especificar.

En las "Enneadas" —título de los libros de Plotino que indican en su discípulo Porfirio unos resabios simpáticos de pitagorismo, pues, según dice, los distribuyó en seis grupos de a nueve "en honor de los números 'perfectos' seis y nueve", y de ahí enneadas— Plotino trata todas las cuestiones que afectaban en su época a un sistema de filosofía. Constituyen una maravilla de finura y de penetración, hasta el punto de que ciertos problemas que hoy están bajo el dominio de ciencias particulares, y que por lo mismo han llegado a una solución precisa aparecen en Plotino tan destacados y firmes que causan frecuente admiración. Plotino vivió bajo las jerarquías platónicas, que otorgaron a sus escritos una solidez a toda prueba. Ha sido el filósofo que con menos peligros para la especulación filosófica experimentó con más intensidad la llama mística, que consiguió para él unas perspectivas insuperables. Este hombre, según confiesa, disfrutó cuatro veces en su vida la felicidad de acercarse al "Dios supremo", que —debe decirse— era una entidad por él creada y articulada en el sistema, como buen idealista que fue Plotino. La suprema en la jerarquía de las ideas, el Bien de Platón, legitimado de nuevo. En medio, pues, de una sociedad que comenzaba a cristianizarse. Plotino mantenía en vigor el idealismo de Platón, y de tal forma se hallaba empapado de gracias helénicas, que su régimen de escuela y de vida seguía con toda fidelidad las normas griegas ¿No pretendió, incluso, fundar una ciudad nueva a la que se denominaría Platonópolis, templo de la tradición helénica?

La lectura de las "Enneadas" es por muchas razones provechosa. A más de ese carácter que tienen de supervivencia platónica en su mundo cultural en crisis, ofrece Plotino en sus tratados la más perfecta experiencia mística que conoce la Historia de la Filosofía. Quizá esto se deba ya a influjo de su tiempo, sensible con facilidad, por falta de exigencia y de rigor, a dedicaciones no fielmente conceptuadas. Pero yo insisto en que la mística de Plotino no tiene relación directa con la inquietud religiosa —cristiana— que entonces aparecía, sino más bien es una continuidad helenizante, y, sobre todo, no debe olvidarse en este punto que Plotino estuvo en contacto con el mundo romano que configuró o incrementó su tendencia mística, un poco a la manera de esas influencias que consisten en favorecer una orientación contraria a la significada por ellas.

Es muy leve en Plotino la influencia del cristianismo. Aun perteneciendo al radio alejandrino

donde se incubó la raíz conceptual de éste, su viaje a Persia y su interés directo por Platón le libertaron de girar en torno a las doctrinas nacientes. Que fue lo ocurrido a Orígenes, también filósofo de su tiempo, cuya labor es un intercambio continuo con los cristianos.

No dudamos que esta edición española de la "Enneadas", que ahora se publica, contribuirá a popularizar entre nosotros la labor de este filósofo, hoy incluso de actualidad por lo que dijimos al principio.

[LA GACETA LITERARIA, 85, 1 de julio de 1930, pág. 15]

Escaparate de libros. Walther Pabst: Góngoras Schopfung (Universo de Góngora). 1930

Llega este libro, del joven investigador alemán Walther Pabst, a agotar con todos los rigores de la filología el tema gongorino. Después de los agudos ensayos y las ediciones especiales con que aquí se conmemoró por los escritores y poetas jóvenes más exquisitos el centenario de Góngora, no quedaba realmente por hacer sino ésto de Pabst: desarticular los poemas en sus elementos más simples para descubrir su secreto último; asimilar la selecta bibliografía del centenario; considerar el fenómeno poético de Góngora en relación con la contemporaneidad intelectual que fue su atmósfera, y, por fin, enjuiciar sagazmente, con lente fina, los valores poéticos. No creemos pueda efectuarse todo ello de mejor y más cumplida manera que en este libro magnífico que comentamos.

Una de las más agradables sorpresas que proporciona este libro es la de ver cómo es posible que junto a un árido filólogo que desentraña con perfecta técnica los poemas hay a la vez un espíritu fino, al que no se le escapa la vibración poética más leve. Así, este hombre, Pabst, que hace un cuadro con el número de sustantivos, adjetivos, etc., que hay en las *Soledades* —3.113 sustantivos, 1.261 adjetivos, etcétera—, busca luego las metáforas más escondidas y nos ofrece señales evidentes de su captación poética exacta.

Góngora es poeta difícil y oscuro. Hasta cierto punto. La oscuridad de Góngora es a la postre síntoma de fidelidades artísticas y no otra cosa. Es imperdonable ser oscuro cuando este carácter disimula el vacío estético absoluto. Pabst filia con agudeza la supuesta oscuridad de Góngora a un afán de selección, de verdadero "arte por el arte" que le impele a resguardar las impresiones en prismas de laberinto. Pero Góngora es un ingenuo y no un espíritu travieso. Es "mucho más ingenuo que su lector", dice Pabst (pág. 141). Síntoma de ingenuidad es su impresionismo dilatado, que confiere a las cosas esmaltes de maravilla. Pero el raro impresionismo de Góngora se provee de objetividad. Es el lírico más objetivo del mundo. "Su temática no está formada por su propio *yo,* sino por la belleza, la idea, el ideal de belleza" (pág. 9). Junto a la briosa configuración estética de los poemas se advierte en Góngora la mirada pasmada e infantil de un niño que clava con alfileres —con metáforas— los objetos, los paisajes y el acontecer en torno.

Walther Pabst analiza el gongorismo. Toda esa maraña de culteranismo, conceptismo, etc., que se interpone la decapita Pabst con pulso seguro y firme. Desde luego, supone Góngora el punto álgido del barroco literario español. Pero el gongorismo no es sólo simplemente barroco. Representa más bien una voluntad de superación del barroco (pág. 192). Difícil es encontrar en el arte español un fenómeno paralelo a Góngora. Pabst considera esto, y afirma —a nuestro juicio con gran justeza— que en todo caso no podía señalarse al Greco (pág. 207). Hay en Góngora una cosa de pujanza vital y de fuerza articuladora que le acercaría más bien a pintores de brioso realismo a lo Velázquez, pero de los que le separan aún su auténtica subjetividad formal, la elegancia firme con que cumplió Góngora el compromiso obligado de todo artista de genio: la creación de su universo. Así, el título del libro de Pabst es hasta en eso un acierto: *Góngoras Schópfung. Universo de Góngora. La* CREACIÓN *de Góngora.*

Este libro, ¿no podría extenderse aquí entre las minorías que tanto contribuyeron en el centenario último a la resucitación de Góngora? Léanlo e impónganlo por ahí.

[LA GACETA LITERARIA, n. 90, 15 de septiembre de 1930, pág. 15]

El concepto católico de la vida

I

El profesor Zaragüeta ha publicado recientemente dos nutridísimos volúmenes acerca del cardenal Mercier, pensador católico de bien cercana resonancia, que ofrecen, a nuestro juicio, un interés agudo. El señor Zaragüeta estudio en Lovaina, y fue, por tanto, discípulo directo del Cardenal. Este hecho y el de pertenecer al núcleo —bien reducido— de eclesiásticos españoles que se preocupan en serio, y con todas sus consecuencias, de problemas ideológicos, le prestan una autoridad y una fidelidad de las que no se puede prescindir en un libro como éste. *(El concepto católico de la vida, según el Cardenal Mercier,* 2 vols. Espasa-Calpe, 1930). Sin pretensión alguna polémica, trataremos de comentar en notas rapidísimas la significación y carácter de la obra del señor Zaragüeta, insistiendo, cuando haya ocasión para ello, en algunas derivaciones religiosas sobre las que tenemos ideas bien distintas —y aun opuestas— a las que sustenta la concepción católica que este libro exalta.

La figura del Cardenal Mercier llena los últimos cincuenta años del pensamiento católico. Diversas incidencias mundiales —la guerra del 14, sobre todo— obligaron al Cardenal a actuaciones heterogéneas de carácter civil y político, que efectuó con una decisión y una fortuna triunfales. Nada de esto va a interesarnos aquí, aunque fue lo que contribuyó a extender y popularizar en todo el orbe el nombre y el prestigio de Mercier, una de las glorias apoteósicas de la *gran guerra,* comparable a la de los tres o cuatro primeros actores de la victoria. Más bien comentaremos la otra ruta, la del inspirador de una Universidad católica, creador de un Instituto de filosofía y espíritu de la suficiente capacidad de energía para intentar una innovación, por leve que fuera, en las cátedras enmohecidas de los seminarios y universidades de la Iglesia. El Cardenal Mercier merece, quizá, el elogio de todos por su intención pura. El de los católicos, porque les ofrecía la posibilidad de colaborar en la problemática de nuestro tiempo. El de los no católicos, porque el hecho de restituir a moldes de la hora presente las viejas tradiciones ideológicas proporcionaba una ocasión de diálogo. En lo que respecta a la filosofía y a las disciplinas que se relacionan con ella de un modo directo, como la moral teórica y la concepción del mundo, no creemos que ni por unos ni por otros se le haya concedido al fin un marcado valor positivo a las especulaciones y afanes del ilustre Cardenal. Ello es patente y facilísimo de observar a quien se lo proponga. Los esfuerzos del Cardenal Mercier en pro de un rejuvenecimiento de la filosofía católica, mediante una fina restauración de Santo Tomás, tienen su origen oficial, como es sabido, en la famosa Encíclica del papa León XIII, el año 1879, donde era reconocida la penuria intelectual de la Iglesia, y se expresaba tácitamente la nula intervención del Clero y de las Órdenes religiosas en la elaboración de los problemas filosóficos que preocupaban al mundo moderno. Esta actitud del pontífice significaba, en realidad, no tanto el reavivar en las instituciones eclesiásticas el interés por la filosofía como el deseo de que el catolicismo obtenga de su seno una filosofía.

A la vista de esos propósitos, la táctica de la Iglesia, con oportunidad que nadie puede reprocharle, eligió el momento en que ella misma advierte una supuesta crisis en la especulación de Occidente. Esta crisis coincide con las décadas finales del siglo XIX, en que efectivamente la filosofía moderna sufre un pequeño desmoronamiento en su pujanza. No obstante, la pretensión de León XIII y la actividad del Cardenal Mercier no significaron nada en la creación filosófica de los tiempos últimos, y si algo hubo en todo ello de beneficiosos y positivo fue una mera reforma pedagógica —o posibilidad de ella— en la formación del Clero. Y así tenía que ser. Pues una filosofía católica es imposible. (Claro que estamos utilizando el término *católico* en su carácter estricto de adjetivación de una determinada religión positiva).

Se obtendrá, a lo más, una concepción teológica del mundo, pero en manera alguna una filosofía.

La Iglesia Católica ha experimentado en nuestro tiempo dos inquietudes casi opuestas, y su conducta frente a ellas permite una aguda caracterización de su perfil. Una es la activa dedicación de que venimos ocupándonos, representada por Mercier y sus discípulos. Otra es el llamado "modernismo" católico. Ante ambas, la Iglesia no ha hecho sino ésto: La primera ha sido tolerada. La segunda ha incurrido en herejía. No es éste el momento de analizar el "modernismo", movimiento borroso, nacido tanto de resultados exegéticos como de influencias vitales inmediatas. Es además un pequeño pleito interior que en nada afecta a las esferas extra-católicas. En cambio, el primero, el foco de Lovaina, no hay que olvidar que nació por el particular deseo de la Iglesia misma, patente en la Encíclica citada, representando, pues, una tendencia que de otra parte ya era bien visible de siempre en el catolicismo: la creación de una filosofía. Esto no impide que luego la Iglesia haya

mostrado la más absoluta indiferencia frente a esos intentos de Lovaina, y quizá no sólo eso, sino que hasta los haya visto con recelo.

El Cardenal Mercier, con la mejor intención, se aplicó al estudio de los sistemas filosóficos modernos, o sea desde Descartes a Kant, y también trató de penetrar en los templos de la ciencia positiva, adquiriendo, sobre todo, una preparación sólida en la Psicología experimental, que por entonces iniciaba su aspecto psicofisiológico, ya sistematizado en Wundt, y poco después en James. Era, pues, el intento inmediato del sabio Cardenal purificar un poco el enrarecimiento católico, dotándole de saberes congruentes con el pensar contemporáneo. Para ello hace una fina delimitación del sentido de la ciencia, y prepara luego, apartándose muy poco para sus bases ontológicas de la ortodoxia tomista, la exposición de un curso completo de filosofía, que no es, hay que decirlo, un sistema, sino más bien una serie de tratados. Así, una Lógica, una Metafísica, una Psicología, etcétera. El señor Zaragüeta, manejando con todo rigor las fuentes precisas, ofrece en el primer volumen de su obra un esquema de este curso completo, a base de citas continuadas —de difícil elaboración y articulación muy ágil—, que forman, en realidad, lo específico de su tarea.

Si alguna significación histórica había de corresponderle, pues, al núcleo filosófico de Lovaina era la de que por primera vez en el interior de la Iglesia iban a ser consideradas, reconocidas como pensamiento legítimo, las filosofías disidentes (si bien disidente es, desde luego, toda filosofía). Téngase en cuenta que la restauración supuesta de una tradición filosófica ortodoxa se realizaba, sí, al amparo de Aquineto; pero a la vez se estudiaban las sistemáticas modernas, se hacía atención al carácter imperial de la ciencia moderna, nacida en rigor al auxilio de esas sistemáticas, nutrida de ellas, y se habló de posibles modernizaciones en el interior de la zona tradicional.

Esas modernizaciones del pensamiento católico no obedecían a una exigencia interna, inmanente en la raíz de la ideología tradicional, sino que era obligada, impuesta por especulaciones realizadas fuera de ella. Esto es lo grave. El hecho capital que dio origen a estos propósitos del catolicismo contemporáneo es éste: Desde el siglo XVII, la Iglesia está ausente de la alta cultura. No participa en la investigación de la filosofía. No se realiza en su seno creación alguna intelectual de alto rango. Vive en divorcio absoluto con las minorías selectas de todos los pueblos, en el momento genial en que éstas descubren sus hallazgos más finos. En perpetuo conflicto con los manipuladores de futuro. Una situación así hubiera quebrantado todos los contenidos positivos de la Iglesia católica si no girara esta pretendida tirantez en torno a un gigantesco equívoco: la Iglesia creía defender una continuidad, una tradición, controlando la vida intelectual del mundo, sometiendo el pensamiento a sus normas. Pero estas normas —fíjese el lector— no eran las normas eclesiásticas, propiamente religiosas, sino que eran las normas del pensamiento mismo en un momento dado de la historia. He aquí el equívoco de gran calibre, que es hora ya de descubrir y denunciar. En realidad, pues, la Iglesia católica no ha estado en conflicto con el pensamiento ni con la alta cultura, ni con la especulación filosófica. No podía estarlo. Por varias razones. Una de ellas es que la religión católica es la religión positiva que ha producido más pensamiento, que ha salvado en determinadas crisis de la historia la continuidad de la alta cultura, y, por último, la que ha mostrado mayor y más profundo entusiasmo por la filosofía.

Acontece, en realidad, lo siguiente: El hecho de que durante diez siglos —desde el año 450 hasta 1450— la Iglesia haya sostenido las instituciones de cultura superior y fuesen eclesiásticos —como no podía menos de ocurrir en una estructuración social como la entonces vigente— los cultivadores de toda clase de saberes, y especialmente los filosóficos, se ha interpretado como que es posible a la Iglesia, en todos los tiempos y circunstancias, controlar la vida filosófica, dar lugar incluso a una filosofía, a la filosofía católica, que sería la verdadera. Esto es ingenuo y desastroso. Los filósofos medievales están en la tradición de la filosofía —hoy lo vemos mejor que nunca—, representan un estadio legítimo en la evolución histórica del pensamiento filosófico. Pero nada más. ¿No estamos asistiendo en estos mismos días a la elaboración de filosofías sistemáticas, fuera de la Iglesia, incluso por no católicos, que tienen un leve entronque con la escolástica? Esto es un poco la fenomenología. Esto es también un poco la filosofía de Hartmann. (Remito sobre este punto concreto al lector a un estudio que publicaré dentro de breves días en la *Revista de Occidente* sobre Hartmann y el escolasticismo). Pues bien; la Iglesia ha sufrido un error de perspectiva al estimar que el pensamiento medieval patentizó la existencia de una filosofía católica. Es posible que desde San Agustín a Santo Tomás creyeran también en la existencia de ella. Pero ya en los tiempos nuestros podemos decir, sin embargo, nosotros, que los pensadores medievales fueron filósofos, en tanto no es preciso adjudicarles el otro apelativo de católicos. Como ve el lector, todo cuanto decimos va encaminado a la negación de la posibilidad de una filosofía católica. Si algo es esencial a una filosofía es su carácter autónomo.

Todos sus conceptos —los que ella utiliza— son legitimados por la filosofía misma. Le son extrañas otras esferas que las teoréticas y no reconoce siquiera problemas *dados,* en cuya elaboración como tales no haya intervenido. Una simbiosis filosófico-religiosa como la acontecida en la Edad Media impide para la filosofía las construcciones sistemáticas, que constituyen su vigor imperial. No hay filosofía asistemática, o por lo menos sin pretensión agudísima de articularse en sistema. Ello le es imposible en un papel de *ancilla* de la teología, máxime cuando los problemas de esta disciplina simpática que es la teología constituyen un sector bien preciso de la problemática filosófica, una de las tres o cuatro cuestiones metafísicas fundamentales.

Al examinar el carácter primario de los ensayos del Cardenal Mercier, que tendían con la mejor intención a delimitar de nuevo para la Iglesia la capacidad de una filosofía y ver y denunciar su fracaso inevitable, se hace más patente cuan radical viraje debe efectuar la Iglesia católica si quiere intervenir con sus legiones intelectuales de tonsurados en las tareas filosóficas del provenir. Tiene esta religión todos los respetos y simpatías de los sectores filosóficos, pues, como ya dijimos, la cultura de Occidente le debe el que haya amparado —aunque sea con fines de vigorización dialéctica de los dogmas, que, dicho sea de paso, éstos no necesitan— el cultivo de las disciplinas relacionadas con la filosofía. La religión cristiana, desde su infancia alejandrina, ha sido la religión ideal para unos pueblos en los que se iba a desarrollar con gran profusión el gusto de la filosofía. De este modo, si conserva la Iglesia el mismo entusiasmo por la filosofía que mostró en los siglos medievales, haría bien en abrir las aulas de sus seminarios y universidades a la auténtica filosofía moderna, explicando a los futuros campeones eclesiásticos el riguroso sentido de las críticas kantianas, de las filosofías de Descartes, de Spinoza, de Hegel, etc. De un modo un poco más serio a como hoy lo hacen, en que se les somete a fáciles y ridiculas decapitaciones en los torneos infantiles a que dan lugar los juegos dialécticos de los seminarios. En las universidades pontificias no se explica, por ejemplo a Kant, pero se enseña a refutar a Kant. Esto es algo que linda con la estupidez. Sin duda, el influjo del ilustre Cardenal Mercier tendía a la cesación de estas cosas. En tanto se reducían a esto sus afanes, y no a la fijación de las bases para una posible filosofía católica, merece incondicional aplauso. En un próximo artículo analizaremos el sentido o la influencia del catolicismo, no en la esfera teórica, sino en las corrientes vitales que hoy se extienden, victoriosas, por el mundo. El comentario al segundo tomo del libro del señor Zaragüeta nos dará ocasión y pretexto para ello.

II

En el segundo volumen de su obra, el señor Zaragüeta expone, según textos precisos del Cardenal Mercier, la proyección católica sobre las corrientes vitales de este siglo. Así como en nuestro primer artículo sosteníamos la imposibilidad de una filosofía católica, ahora, frente a la cuestión de si es posible que unos pueblos orienten su actividad vital en pleno sentido católico, ya no podemos sostener ni siquiera dudar análoga cosa. En efecto, nada impide que la Humanidad sea católica. Lo han sido a través de la Historia varias naciones prepotentes, imperiales. Lo es hoy asimismo un sector enorme de pueblos. Ahora bien, el problema interesante aquí, para alguien que guste con frecuencia de utilizar su intelecto en su función propia que es la de discurrir, será este otro: Hasta qué punto la Iglesia católica se ha identificado o influye en las características especiales de nuestro tiempo. Algo existe hoy en el mundo que predomina sobre lo demás, que circula victorioso e impone sus normas. Y es algo auténticamente *católico,* universal, que aparece no en estos o en aquellos pueblos, sino en todo el orbe humano, forjando sus ilusiones y sus mitos. Desde hace un siglo, aproximadamente, el hombre vive desilusionado de metas infinitas y últimas, y aparece entregado a ilusiones y tareas de actualidad inmediata y cercana. Si hay una época desilusa de anchas perspectivas trascendentes es la nuestra. ¿Es ello un bien? ¿Es un mal? No hay épocas buenas o malas, sino épocas que aspiran a *esto* y épocas que aspiran a *aquello.* Pues bien, la nuestra parece despojada de aspiraciones. Es toda ella tensión actualísima, y quizá por primera vez en la Historia el fenómeno se ofrece con tan radical carácter. Naturalmente, una época así, tan distinta a otras anteriores, ha de originar una derrota tremenda de antiguos artilugios, y ha de desvitalizar, arrancar su vigencia, a viejos conglomerados de valores que caducan. Ahí vemos ya, moribunda y tenue, la concepción demoliberal del Estado como algo inservible e invalioso. Ahí están las viejas costumbres señoriales, derrumbadas para dejar paso a las nuevas jerarquías, etc.

Desde la gran guerra se han hecho más patentes los nuevos y radicales destinos de esta época. Ello se debe a la integral victoria de la civilización mecanicista y técnica. Advino al mundo esta civilización, no por general consenso, no por sufragio universal, sino que nos ha sido impuesta, hayá-

moslo o no querido. El fenómeno es curioso, porque mejor que en ningún otro momento histórico está reflejado ese irracional primario que opera sin ser visto en los recodos de la Historia. Pues bien, ¿qué va a ocurrir, qué privilegios o qué dificultades residen en el hombre católico frente a los otros para realizar su vida en esa nueva atmósfera? La cuestión es de tal rango que queda ahí planteada, sin que se nos ocurra torcerle el pescuezo resolviéndola. Háganlo otros, de más años y de mejores músculos que los nuestros. Por ahora, nos interesa sólo seguir el merodeo inicial. Durante todo el periodo moderno, frente al reinado de la Ciencia, el católico vivió en inferioridad franca. Sobre todo, en los siglos XVIII y XIX muy pocos hombres de ciencia, entre los más ilustres, eran católicos, y en países donde todo el mundo era católico, como España, no hubo en rigor científicos. Pero el estadio moderno ha sucumbido y la Ciencia —con mayúscula— ha sido suplantada por la ciencia, y mejor aún por la Técnica. Es de presumir que en plazo breve desaparezca totalmente esa tiranía intelectual que en los últimos tiempos ha ejercido la Ciencia. Y acontece que si era difícil encontrar en ese periodo un sabio científico que fuese católico (en general, de convicciones religiosas), ahora, en cambio, surgen técnicos en gran número que lo son. Si pudiéramos entretenernos aquí en señalar la esencial diferencia que existe entre un científico y un técnico, se advertiría de qué modo la observación anterior entraña un hondo y capital sentido. El técnico es hoy un hombre representativo que interviene en las tareas centrales del mundo actual, y es sobremanera curioso saber qué jerarquías admite voluntariamente sobre sí. Admite la del Estado, y he aquí una razón entre otras muchas de calibre altísimo para afirmar y ver en el Estado la institución suprema y radical. Admite, como vemos, la religiosa, que no admitía sin duda el hombre científico. En cuanto al tipo corriente, más inferior y general de hombre, si bien no podemos llamarlo técnico, participa también fuertemente de esa actitud del técnico ante la vida. El hombre nuevo que la civilización mecanicista ha creado es, desde luego, ése. De los otros no cabe ocuparse, pues al seguir y obedecer las viejas normas no constituyen para nosotros problema alguno.

El viraje decisivo que han efectuado las masas para su entrada en el mundo actual constituye quizá su primera intervención con signos y caracteres *positivos.* Hasta aquí, la corriente humana de estirpe inferior ha venido consagrándose bien a *negar* —por influjo demagógico, bien a *acatar* pasivamente— por influjo de pastores, las obtenciones valiosas que realizaban las minorías sobresalientes y aristocráticas. Hoy, no. Hemos entrado en un tipo de vida en el que cabe la acción positiva de la gran masa. Y véase, en la política ello supone no la exaltación de la cadaverina liberal y democrática, que descompone pueblos y destinos, sino la franca colaboración activa, jerárquica, en las empresas de alto porte que el Estado inicie. Ahí están los magníficos ejemplos de Italia y Rusia, los dos únicos pueblos cuyo régimen político es fiel reflejo de esta época. Los dos únicos pueblos que hoy *viven* una auténtica política y un auténtico destino (todos los demás, vejez y escombros).

Pues bien, este hecho de la intervención activa, vital, de las masas significa para la Iglesia católica una nueva aurora. Puede muy bien podarse ciertas ramas de su bosque que no hacen sino interceptar las nuevas rutas. Quizá en apariencia, un ojo frivolo y de monda superficie advierta, contrariamente a lo que decimos, que la humanidad actual, por sus gustos y preferencias, se hace cada día más incompatible con el concepto católico, y que esta religión, por tanto, irá perdiendo su vigencia. Ello es, en efecto, una aparente verdad. Pero las verdades son profundas, llegan a la raíz misma del ser, o no son verdades. La vena íntima, impulsora, que nutre a la Iglesia católica y alimenta su viaje de siglos reconoce en su más primario origen los mismos tres o cuatro valores centrales que informan el orbe vital, hoy victorioso. Frente a este hecho o identidad profunda donde se forjan los futuros poco significan o representan las apariencias adversas que algunos descubran.

La Iglesia católica, frente a la vida actual, tiene capacidad de convivencia. Ya encierra ésto un interés supremo. A la vez esta época nuestra va a realizar su destino, se lanza a la captura de su vida más auténtica sin que vea en la Iglesia católica una seria dificultad para conseguirlo. Y esto acontece, lo mismo tratándose de un deportista que de un obrero, que de un político, que de un intelectual. Hay, pues, en el mundo, una cosa que es la Iglesia católica, cuyo concepto de la vida, en el fondo, no se opone a las realizaciones vitales a que ellos tiendan. Y, por el contrario, el deportista, el obrero, el político y el intelectual se oponen a otras cosas que también existen en el mundo, que son el Estado liberal, la indisciplina, la moral burguesa, la economía individualista, etc. E imponen la jerarquía, el Estado absoluto, la economía sindical, etcétera. Este es el mundo de hoy, quiérase o no. Y el mundo tiene siempre razón.

La Iglesia católica dispone de una organización preciosa. Siempre recuerdo como un gesto sagaz de Augusto Comte su intensa admiración por la organización católica. Fue quizá Comte, entre los intelectuales de su siglo, quien primero dejó a un lado falsas prevenciones teóricas y deseó unirse al Catolicismo como un aliado. En realidad, triunfante la Iglesia de ese crítico período

moderno, que declaraba incompatibles las metas de la libre inteligencia con la presión católica, las razones para perpetuar el divorcio pierden validez. Nadie puede creer en serio que las empresas intelectuales hoy iniciadas por los sabios corren peligro si no se hacen a extramuros de la Iglesia. La crítica histórica ha realizado en el último siglo la más implacable labor desmontadora que era posible efectuar para eliminar de la Iglesia su carácter divino. Quizá ha tenido razón en sus conclusiones, y éstas son una "verdad histórica" concluyente. Nada de ello tiene interés, sin embargo. La energía efectiva de los mitos no se detiene ante una explicación racional de ellos. Defiéndase o no la divinidad de Jesucristo, es innegable la rotunda fecundidad de su doctrina. ¿Y qué es a la postre ser divina una cosa? ¿A base de qué conferimos a algo un carácter divino? Desde Renán a Strauss la desdivinación de los orígenes cristianos es pura banalidad. ¿Pues qué entiende, repetimos, un investigador de la historia, un erudito, un intelectual por divinidad? Sus conclusiones negativas son fatales. No podían llegar a otras. (Un libro resumen de todo el período analizador y crítico de la figura de Jesucristo es la obra magnífica de W. Schmiedel: *Die Person Jesu im Streite der Meinungen der Gregenwart,* Leipzig, 1906). Los teólogos de otra parte en su mayoría siguen los mismos métodos. Si bien llegan, también *a priori,* a conclusiones diametral-mente opuestas. No en balde ya dijimos en nuestro primer artículo que la Iglesia es en extremo aficionada a los valores de intelecto, y ahí están sus teólogos, que son en general unos magníficos y estupendos intelectuales. Cuenta Schmiedel en ese libro que citamos una agudísima aventura teologal, que creemos inofensiva y llena de sentido y de ironía. Frente a los terribles avances de los desdivinizadores, una legión de teólogos, para demostrar la divinidad de Jesucristo, oponía el tradicional retrato de Jesús, en un todo de acuerdo con las profecías mesiánicas del Antiguo testamento. Lo que probaba de modo indubitable su carácter divino. Pero de la exageración misma de estas pruebas pudo luego algún espíritu travieso y crítico deducir que si la figura histórica de Jesús estaba por completo de acuerdo con el Antiguo testamento, ello acontecía porque era dudosa incluso la autenticidad histórica y humana de Jesús. En vez de haber existido, más bien era algo artificial, elaborado a base de aquellos datos, prefigurando en ellos. El argumento, pues, era contraproducente, y los teólogos e historiadores sagrados se dedicaron entonces a presentar las enormes diferencias que separaban la personalidad histórica de Jesús y los datos que acerca del futuro Mesías se encontraban en los testimonios antiguos. Todo ello, en fin, tarea muy de teólogos, de buenos y magníficos intelectuales.

[LA GACETA LITERARIA, 90, 15 de septiembre de 1930, pág. 12; y 92, 15 de octubre de 1930, pág. 7. Las dos entregas las hemos reunido en un único artículo para comodidad del lector]

Vigencia de Vico

La lectura directa de la obra viquiniana es ciertamente difícil. Sin embargo, resulta hoy fundamental, pues Vico significa el primer gesto humano de enfrentarse con la Historia, de dar sentido y necesidad a la Historia. La Historia será esto o aquello, pero tiene una interna arquitectura, dócil al pensamiento. Vico fue un napolitano solitario, hombre dieciochesco, ensimismado de deliquios. Deliquios intelectuales, claro está, no otros, pero deliquios. Con ellos, a base de ellos, se propuso fundar un nuevo saber, una *scienzia nuova,* hasta entonces no sospechada por nadie. Una ciencia surge de modo inevitable en cuanto dispongamos de sus objetos.

El señalar éstos como tales objetos es la tarea del creador, y denuncia, para nosotros, la viabilidad de una investigación nueva. La "ciencia nueva" de Vico es nada menos que la filosofía de la Historia. Su objeto es la historia misma. Pero veamos claro, no nuestro corriente saber histórico, que es extracientífico, desvirtualizado en hechos individuales e irreductibles; tampoco, en sentido estricto, el acontecer histórico real, en su mostrenca desnudez. Pues se trata de perseguir un saber universal; por tanto, de algo que tolere ese género de saberes. Es la unidad histórica misma, en tanto es considerada y pensada toda ella por alguien. No se le ha reparado bien en este carácter de la obra de Vico, que escudriñaba la perspectiva privilegiada de la Historia, encomendándola al puro pensar de ella, con todo el optimismo racionalista de su siglo. Leyendo el libro de Richard Peters[41], discípulo del viejo Breysis y entusiasta denodado y investigador de Vico, aparecen con toda claridad los resortes secretos de este hombre misterioso, que tiene todas las características del hombre a quien hastían unos saberes y busca y crea otros. A todos los grandes creadores les mueve un poco

[41] RICHARD PETERS: La estructuración de la historia universal en Juan Bautista Vico. Ed. "Revista de Occidente". Madrid, 1930.

de ese afán. Pero en Vico adquiere su cota máxima. Se ve al náufrago de un momento histórico, devoto provinciano, en Nápoles, frente a la imperial inteligencia de Centroeuropa, tan lejana de Vico. Allí, con un poco de burla y de enojo, nace la filosofía de la Historia universal, disciplina de empaque como la que más, con la modestia del Cristo. El problema de Vico es certero, y está ahí, devorando meditaciones. De las dos tareas de Vico —una, de descubridor; otra, de realizador—, la primera tiene todas las perfecciones, y difícilmente pudo delimitarse de mejor modo, con su visión de los ciclos históricos, la envergadura del problema de la Historia, considerándola, en su totalidad, como un ser orgánico. Una vez Vico en posesión de la legitimidad de su problema, comienza su labor de sistematización histórica, de explicación de las situaciones históricas, ya dóciles a la idea primordial que informa el hecho mismo de que esas investigaciones se realicen. Vico se aplica con denuedo a aclarar los orígenes de la Historia, los períodos borrosos que en ella existen, repletos de malentendidos. Vico, por fortuna, estaba libre de la arqueología, y su única información de los tiempos antiguos —a lo menos, la información por él preferida— eran los mitos, lenguaje tan leve, tan ingrávido, que se nos escapa como un fluido. Aquí yace quizá el error capital de Vico, que invalida, al parecer, su segunda tarea de cultivador de su propio huerto. Vico nos sirve una interpretación de los mitos que sólo se diferencian de otras, que puedan hacerse, en que se somete a la idea genial de estructuración histórica manejada por él.

Por otra parte, Vico es un honrado católico y hombre de no muchas disponibilidades de concepción intelectual. De las que, por el contrario, iba a estar superdotado, un poco más tarde, el gran Hegel, que también arremetió vigorosamente contra las dificultades de este orden, pero con otras armas bien distintas, si bien ciñéndose a la cuestión planteada por Vico, que era decisiva y anterior. Pero en Hegel no hay ciclos: hay un viaje único de la Historia universal, que se realiza sin repeticiones. La idea capital de Vico —que realmente, no es otra que la de advertir y denunciar que la Historia, como objeto que es de una ciencia rigurosa, está sometida a leyes— adquiere con Hegel, con sus opulencias de intelecto, esa construcción imperial y disciplinada que dio remate de sistema a su labor. También el *devenir* histórico está aquí ya presente y contribuye a disolver todas las nieblas. Hay que partir de Vico. Los estudios que hoy se hacen sobre temas de filosofía de la Historia adolecen, quizá, de ese pecado original que supone no acordarse de Vico. Este libro de Peters, que publica la *Revista de Occidente* en su colección o biblioteca de "Historiología", llega a hacer bien fácil y cómodo el bautismo que se precisa. Debe leerse y extenderse mucho. Nuestro tiempo deja de interesarse por lo *histórico* —como nada romántico que es— y gusta más que nunca de lo *historiológico.* Por cierto que aquí, en España, donde este vocablo ha nacido con bella oportunidad, mucha falta nos hace una transmutación en este sentido, por leve que sea. Pues siempre hemos naufragado aquí entre el cerebro reseco y minúsculo del erudito, con cierta abundancia de datos, y el teorizante ignaro, con las mismas características cerebrales que el erudito.

[LA GACETA LITERARIA, 91, 1 de octubre de 1930, pág. 4]

Escaparate de libros. Paul Barth: Los estoicos. Ediciones "Revista de Occidente". Madrid, 1930

Uno de los más bellos espectáculos que es dado a presenciar a un historiador de las culturas, es ese fenómeno magnífico de una ruta sistemática a través de los tiempos. Las ideas caminan con firmeza, interfiriendo con otras que le son extrañas. Nace así un pugilato de actitudes espirituales, y el predominio de unas o las otras se explica luego fácilmente con la complicidad de los siglos que transcurren. Aquí, en este libro que ahora publica la "Revista de Occidente" en su colección "Los filósofos", estudia Paul Barth las ideas sustantivas que informaron el estoicismo, y añade unos capítulos en los que analiza el influjo de la actitud estoica ante el universo en las corrientes posteriores más fecundas. Si bien el estoicismo representa en nuestra opinión un notorio abandono de las auténticas dedicaciones filosóficas que en Grecia habían florecido, precisamente su absoluta gravitación moral, hay que reconocerlo como una interesante aventura del espíritu que salvó con cierta grandeza un recodo histórico difícil. No dudamos que en un eclipse general del espíritu filosófico como el acontecido, con muy leves luminosidades, en los cuatro siglos cuyo punto medio es el nacimiento de Cristo, significan los estoicos un asidero de náufragos. Su moral, que es lo único que en ellos hay, es una moral de resignados. Ahora bien, esta resignación es raramente peculiar. En su peculiaridad reside una de las estafas morales más enormes que la historia de las culturas registra. En el fondo no hay sino valores insinceros que se acatan, como quien dice, porque no hay otro remedio. Si estas líneas que aquí hacemos no fueran sino una pequeña indicación a los

estudiosos sobre la existencia de este libro, haríamos algunas consideraciones acerca de la muy curiosa filiación que se advierte en los principios capitales que informan la moral hidalga, entre nosotros triunfante y extendida hasta hace dos siglos, con el estoicismo. Quede para otra ocasión el hacerlo. El libro de Paul Barth es valiosísimo por la gran solidez erudita sobre que su autor estructura el más leal signo. La corriente estoica, fijada en su concepción del universo, en sus valoraciones vitales y, por último, en su bloque moral, aparece en esta obra con claridad idealísima. Por ella desfilan las figuras estoicas que iban suce-diéndose. El estoicismo es de fácil aprendizaje, y la facilidad se hacía aérea en una época propicia como la que alimentó sus floraciones. Su rosario de filósofos impone desde luego grandeza: Zenón, Oleantes, Séneca, Epicteto...

[LA GACETA LITERARIA, 94, 15 de noviembre de 1930, pág. 15]

Filosofía. El filósofo Amor Ruibal

Pocas docenas de españoles habrán puesto a los telegramas de la prensa que anunciaron su muerte, días pasados, el comentario admirativo que el ilustre canónigo de Santiago merecía. Su labor intelectual, en los sectores de la filología, de la filosofía y de la dogmática, ha sido una de las más puras y valiosas que se han realizado en nuestro país en los últimos treinta años. Una labor restricta, limitada a los problemas entrañables. Este carácter espinoso de sus investigaciones y el hecho de vivir como adscrito a esa superviviencia que es la ciudad compostelana, en su núcleo catedralicio y en las aulas de la Universidad eclesiástica, envolvieron su figura en el más absoluto de los aislamientos, sólo vadeable por una relación selectísima con media docena de sabios europeos. El señor Amor Ruibal estaba dotado de una capacidad sorprendente para la filosofía, y sólo la excesiva pasión asimiladora, de estudio constante, persiguiendo el saber de los demás, pudo impedirle la realización, en este dominio, de una obra original y propia, que hubiera exigido, sin embargo, el sacrificio —para él, inmenso— de seccionar por algún tiempo sus afanes de estudioso. Por ello, sus libros mejores son de exposición y crítica históricas. Ahí están *Los problemas fundamentales de la filosofía y del dogma,* tarea magnífica, donde, con una lucidez y minuciosidad exquisitas, aparecen capturadas todas las especies de aventuras intelectuales a que dio origen la dogmática cristiana, en su connubio con la tradición filosófica que nutría los destinos del alma occidental. Este libro gigantesco, del que publicó seis volúmenes, es quizá el índice más eficaz para la comprensión del pensamiento posthelénico y medieval, los siglos extraños, que cada día nos ofrecen nuevas nieblas y nuevas lejanías. El señor Amor Ruibal conocía toda clase de idiomas orientales; y así, estos volúmenes a que nos referimos vienen contrastados por esa incomparable garantía que supone el saber que se tuvieron en cuenta los testimonios escritos de más rara y preciosa certidumbre. Este gran investigador cita, a cada instante, textos griegos, árabes, siríacos, hebreos, coptos, etc., que transcribe con su traducción rigurosa, para resolver la finísima dificultad de una polémica o para justificar la ceguera tradicional en la apreciación de esta o aquella teoría. (Júzguese, de esta pasión suya por los saberes idiomáticos, la calidad de sus trabajos de filología, en cuyo comentario nos está impedido penetrar, pero que sabemos eran estimadísimos entre los mejores.)

Ha sido, pues, el señor Amor Ruibal, en su aspecto filosófico, un recluso en el orbe escolástico, sin esperanza alguna de que sus buenas cualidades para la filosofía se hayan enfrentando ni una sola vez con las problemáticas de nuestro tiempo. Hace unos meses, en un rápido viaje que hice a Santiago, llevaba yo el afán y la ilusión de dialogar con este filósofo acerca de las orientaciones actuales. (Apremios de tiempo lo impidieron, y tuve noticias suyas posteriores, en las que expresaba su sentimiento por ello.) Es un poco absurdo que las dedicaciones filosóficas serias que dentro de la Iglesia aparecen de cuando en cuando sean arrebatadas, por una falsa fidelidad a ortodoxias intelectuales imposibles, a los auténticos destinos de su tiempo. El mundo escolástico y medieval no es ya, para la filosofía, ni tradición ni enseñanza. Entra en el reino de las curiosidades, todo lo sugestivas y magníficas que se quiera. Algo de esto acontece también con el pensamiento helénico, que, en una hora de sinceridad, hay que apresurarse a considerarlo infructuoso e inasible. Hemos vivido quizá inmersos, hasta hace bien poco, en esos orbes fantasmales, y sólo ahora, evadidos de la vigencia de la filosofía moderna, podemos considerar a ésta como tradición y a aquéllos como sin remedio periclitados.

En su modo petrificado de existir, para nosotros, la escolástica ofrece hoy la mejor dimensión para ser calificada de manera definitiva. Fue, sin duda, una gran aventura filosófica, que tiene en su haber victorias intelectuales de alto brillo. Pero su concepción de la filosofía era enormemente

peligrosa, y la condujo, a la postre, a su desprestigio radical. Su empresa fue de tan singular perfil, que presuponía nada menos que la Verdad, unas verdades irrefutables, cuya obtención provenía de algo tan raro como la fe. Una vez ahí las verdades, gravitando sobre mí su aleteo dogmático, la tarea filosófica emprendía el afán de justificarlas y explicarlas. El conflicto entre la razón y la fe, que fue el problema pavoroso de los siglos medievales, no pudo ser eludido con finura especulativa. Los averroístas cristianos creyeron vencer esa dificultad, con su insinuación de las dos verdades, la filosófica y la teológica, diversas una de otra, sin nexo alguno entre ellas, lo que explicaba por qué algo extraño o falso en teología podía considerarse verdadero ante la razón. Dicen bien los que afirman —en algún neoescolástico de hoy lo hemos leído— que los problemas de la filosofía medieval eran de más amplio radio que los actuales. Dicen bien, repito, si se refieren a ese conflicto entre la razón y la fe, ilegítimo problema que apareció en la escolástica como un reproche.

Por lo demás, el ambiente teológico y religioso en que se debatían las cuestiones filosóficas no dejó de originar muy bellas cosas. Así la angelologia, teoría de los ángeles, que adquieren una sugestivísima formulación a lo largo del Medievo. Estas aéreas entidades, los ángeles, constituyen, en realidad, el viejo problema de la individuación de lo universal, que aparece, de una u otra forma, en todo el hacer filosófico desde Platón. La Iglesia entrega estos seres —universales concretos— a la filosofía, provistos de alas y de perfección suma. Amor Ruibal nos aclara, a propósito de la angelología, el singular detalle que aparece en una biografía copta de San Juan Kolobos, según el cual, este Santo fraile intentó convertirse en ángel. Nuestro filósofo sale al paso de los que, amparándose en ese detalle, creían que semejante transmutación aludiría más bien a una creación especulativa que explicase teóricamente la realización de esas concreaciones universales que son los seres angélicos. Amor Ruibal transcribe, en sus *Problemas fundamentales de la filosofía y el dogma,* el original copto de esa biografía, aclarando cómo lo que allí se relata es un individualísimo anhelo místico del Santo, sin extensión a la comunidad ni base alguna filosófica.

La agilidad con que el señor Amor Ruibal nos presenta el panorama de las corrientes helenizantes y su influjo en el pensar occidental cristiano da una idea de la disposición excepcional de este hombre para la filosofía. En sus volúmenes, el aridísimo detalle erudito adquiere su peculiar y valioso carácter, apareciendo en aquellos momentos imprescindibles en que la legitimidad expositiva lo requiere. Su magisterio en la Universidad pontificia compostelana no creemos haya sido muy fecundo. Hombres así, hechos a sí mismos, no suelen tener gran fe en las transmisiones magistrales. Pero, además, ¿qué labor fértil y valiosa es factible hacer entre los muros de •. una Universidad pontificia, en esta España del siglo XX?

Bien harían los estudiosos españoles en fijar su atención sobre la obra magna de este gran hombre, don Ángel Amor Ruibal, cuyo nombre he visto en la Prensa tan sólo dos veces: una, hace algún tiempo, cuando sufrió, durante uno de sus paseos por las afueras de Santiago, un leve atropello de automóvil; otra, en esta ocasión infausta de su muerte.

[LA GACETA LITERARIA, 95, 1 de diciembre de 1930, pág. 3. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 161-166. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 115-119]

Filosofía 1930

(De día en día va adquiriendo vigor en España la vida filosófica. Es ya considerable el número de personas orientadas de un modo vigoroso hacia los tres o cuatro problemas capitales, de la Filosofía actual. Se ha superado, pues, el período heroico. Aquel en que todo destino filosófico se adscribía aquí a la posibilidad de una media docena de profesores. Coincidió por fortuna esta exigencia española de necesitar y reclamar antes que nada unos cuantos buenos profesores con la realidad europea de fines de siglo. En esa fecha, las mentes mejores de la Filosofía alemana se esforzaron en la captura de unos saberes ya elaborados, requiriendo como tarea previa e indispensable para la dedicación filosófica que la Filosofía kantiana fuese comprendida con integridad. Hace unos diez años que la Filosofía europea se ha hecho independiente de esa disciplina profesoral. Lo que no quiere decir que los filósofos no sigan siendo igualmente profesores. No sé cuándo podremos aspirar en España a salir del estricto período de aprendizaje. Puede muy bien suceder a un pueblo que haya una época en que predominen las capacidades receptivas, no creadoras, que persigan el saber de los demás y agoten en una tarea así todas sus reservas. Un leve conocimiento de las características

intelectuales que residen en el español permite asegurar que no nos resignamos a eso. Ya es bien raro —y también magnífico— que durante veinte años la vida filosófica española haya permanecido tensa en disciplinas de interés por comprender, no las cosas ni el universo, que eso sería ya hacer y crear filosofía, sino lo que los demás, algunos hombres geniales, han comprendido. No es difícil, pues, augurar, para muy en breve, un período distinto, y en él la Filosofía española hablará. Ese pleito secular acerca de si en España son o no posibles los valores filosóficos más altos tendría entonces, y sólo entonces, una solución decisiva).

Del año que ahora finaliza, destacamos los hechos y noticias siguientes, que ofrecemos a los lectores con un leve comentario:

1) *Una nueva Filosofía.*— A principios de 1930 inició Ortega en la *Revista de Occidente* unas sesiones filosóficas cuya finalidad era exponer con todo rigor una nueva filosofía, que, como es sabido, Ortega se dispone y decide a estructurar totalmente. Toda Filosofía tiende, quiera o no, a obedecer dos imperativos o necesidades esenciales: Aprehender una realidad que se presenta a nosotros como algo evidente y absoluto. Y a la vez, que se trate de la realidad primaria, previa a todo, en orden a la cual los saberes se jerarquicen e influyan. Una entidad así ha gravitado sobre toda la filosofía moderna, desde Descartes, y es la realidad o cosa llamada pensamiento. Aparece éste desde luego con un rango de obligatoriedad filosófica que nadie puede poner en duda. Tan pronto como filosofe, me doy de bruces con esa realidad, y así el idealismo la ha proclamado como la más radical y primaria. Ortega niega al idealismo la legitimidad de eso, y nos presenta una realidad distinta, anterior e independiente del pensamiento, y que no necesita de él, puesto que se basta a sí misma, siendo por ello una realidad absoluta. Se trata de la "realidad vital", cuyo ingreso en la filosofía hace Ortega. "Pienso porque vivo" debe decirse, rectificando la fuente cartesiana del idealismo. El único dato absoluto es, pues, según Ortega "mi Vida", el acto radical y absoluto de vivir. El idealismo se dio muy bien cuenta de que a la realidad que se denunciase como absoluta había de adscribirse una categoría suprema, la de "ser para sí". Esto lo considera Ortega como una genial invención, pero rebate al idealismo que esa categoría convenga al pensamiento. Al iniciar Ortega la crítica en este punto, obtiene que el pensamiento no es para sí, sino para otro pensamiento. Una vez en posesión de la absoluta realidad vital, es inevitable que Ortega camine a la gigante elaboración de una filosofía radicalmente nueva. Resulta que no hay conocimiento absoluto sino de "mi Vida". Pues distingue al conocimiento absoluto el que agota a los objeto como tales, y esto no ocurrirá sino en algo que sea dado absolutamente. Por tanto, en la Vida. Apenas ha expuesto Ortega diez lecciones sobre esta nueva y admirable Filosofía —nadie dudará que lo es— y resulta por esa razón imposible el más leve intento de juicios críticos. Sin embargo, es de tal magnitud filosófica este acontecimiento que Ortega nos ofrece, y choca de tal modo con las rutas tradicionales de la filosofía, que invita como ninguna otra cosa al fragor polémico, por ingenuo que sea, y así el maestro Ortega ha de perdonarnos que en estas líneas breves, al par que la gran noticia, brote un manojo de interrogaciones impacientes. Parece que lo que en realidad descubre Ortega es un *a priori* vital. Ahora bien, este *a priori* si no actúa luego en nuestro saber teorético de los objetos, no posee necesidad ni rango alguno ineludible. Ese *a priori* no es ciertamente como en Kant un nuevo formalismo, sino que tiene realidad ontológica, es un ser. Influye en las categorías de las cosas. Así, cuando decimos del mundo que es una resistencia ¿queremos decir también que todo lo que sea el mundo, además de eso, está fundado en eso? Las categorías de las cosas, por las cuales forman parte de "mi circunstancia" ¿sirven para mi saber de ellas? Es una de mis mayores impaciencias ante estas investigaciones de Ortega: comprender qué función corresponde a ese *a priori* vital en la elaboración de mi *saber* del mundo. Asimismo, si la realidad vital es previa al pensamiento, permanecerá irreductible ante él. Yo y mi pensamiento estaremos inermes ante ella, sin captura posible de esa su realidad independiente y primaria. ¿Cómo podré, incluso, pensarla? Su realidad, según Ortega dice, es que no puedo dudar de ella, y se presenta ante mí de un modo evidente. "Su ser" entonces consiste en algo que mi pensamiento señala como indudable, como evidente. Para afirmar la realidad vital, para mostrar su ser, por lo único que me sirvo de ella, necesito, pues, del pensamiento. Este sería, por tanto, tan primario como ella. Pero hay más, y es que la radical manifestación del "mi vida" orteguiano se verifica de un modo oscuro. La Vida ¿es realmente evidente como entidad primaria? La Vida se evidencia más bien en y con el *logos,* mediante un doble juego sintético. ¿Hay Vida absoluta sin el *logos?*

2) *El profesor Zubiri.*— Muy pocas cosas hemos sabido de Zubiri en este año de 1930. Ni siquiera la seguridad de que persiga en Alemania, junto a Heidegger, el último engranaje metafísico de la fenomenología. Todos los peligros gravitan sobre Zubiri ahora, cuando las musas escépticas despliegan tentaciones eficaces. Zubiri ha escalado entre nosotros con rapidez y denuedo esa

primera cima que es para el estudioso el ingreso en la orden profesoral. Pero no se trata de esto. El nivel de las exigencias alcanza hoy una cota que nadie sospecharía aquí hace algún tiempo. ¿Pues no queremos ya en España crear y producir filosofía?

3) *José Gaos.*— Uno de los hechos más gratos de reseñar para mí es el triunfo de José Gaos. Ahí está, explicando Filosofía, en la Universidad de Zaragoza. Es el hombre de más entusiasmos filosóficos que conozco. Además de eso, todo en él tiende a robustecer la riqueza intelectual de que dispone, y uno está seguro de que ha de realizar su labor de un modo limpio. Es el filósofo nato. Parece orientarse hacia los problemas metafísicos, y, por tanto, su llegada a la Filosofía no puede ser más oportuna. El hecho de que verle en una Universidad, entre jóvenes curiosos de saberes, es para los que le conocemos garantía de dos cosas: que conseguirá una obra original, todo lo ambiciosa que con absoluta legitimidad puede permitirle su talento. Y también, que en una provincia española habrá un grupo permanente de cultivadores de la Filosofía, sin peligro alguno de fugas deso-rientadoras. Quizá, quizá no sólo eso, sino a la vez una escuela de Filosofía que asegure una continuidad y forje una eficacia. Desde luego, entre los que actualmente se dedican en España al magisterio filosófico, es José Gaos el único que puede algún día contemplar en torno suyo la congregación disciplinada de una escuela.

4) *Fernando de los Ríos en la Central.*— En sus dos ejercicios de oposición a una cátedra de doctorado, Fernando de los Ríos nos proporcionó la mejor de las satisfacciones. Este hombre, que trabaja hoy en los problemas de más fino relieve polémico entre los filósofos del Derecho, nos demostró hasta qué punto ya nuestra época se basta a sí misma y pone en circulación saberes legítimos. Es un signo de grandeza para nuestro tiempo el que prefiera las meditaciones actuales, que hoy mismo se elaboran por hombres que están ahí junto a nosotros, a otras de entraña tradicional. Casi exclusivamente, el profesor delos Ríos se refirió en sus ejercicios a trabajos de Scheler, Hartmann y Heidegger. Saber filosófico, pues, que corresponde casi íntegro a los últimos cinco años. No he podido menos de recordar que el profesor Serra Hunter, de la Facultad de Filosofía de Barcelona, me decía hace unos meses que en sus explicaciones a los discípulos nunca se refería para nada a los filósofos posteriores a Hegel. Si acaso, un poco de Bergson. Es decir, la Filosofía, para constituir un saber legítimo, necesita, según este profesor, petrificarse en la historia. Mi amigo Souto Vilas asiste a la llegada del profesor de los Ríos a la Central con emoción incontenible. Así otros jóvenes. No hay que olvidar, a la vista de esos entusiasmos, que la figura intelectual de don Fernando de los Ríos es de primer rango en la vida española. Yo sé muy bien, por la índole de los trabajos filosóficos y jurídicos en que se ocupa, que en los próximos años atraerá hacia Madrid las atenciones europeas más serias. Su afán de descubrir unas categorías válidas y eficaces para los objetos del orbe jurídico le coloca en la más avanzada línea polémica de estos estudios. (Junto a la semblanza intelectual de D. Fernando de los Ríos, es inevitable que aparezca su semblanza política, de la que radicalmente difiero y estoy llamado a combatir de un modo implacable y agresivo. Creo oportuno decir esto a continuación de las líneas anteriores, de un elogio sin reservas.)

5) *Zaragüeta y el cardenal Mercier.*— Ha sido una de las novedades filosóficas del año. El libro compacto de Zaragüeta, que resume con fidelidad y método pulcro el panorama ideológico del cardenal Mercier. Todas las cosas del Sr. Zaragüeta poseen una distinción y un buen tono intelectual destacado. Su libro, que por otra parte recibió ya de nosotros un amplio comentario polémico, posee cuantiosamente esas características valiosas, y debe recordarse en este breve índice de noticias.

6) *Recuerdo a dos filósofos.*— En 1930 murieron en España dos hombres que trabajaban con entusiasmo en cosas de Filosofía. El Sr. Gómez Izquierdo y D. Ángel Amor Ruibal. Por los días mismos en que aconteció el hecho infausto de sus muertes escribí sendas notas en LA GACETA LITERARIA. Es tanto más triste esa fuga involuntaria si se recuerda que ambos realizaban labor interesante, muy rara además aquí, y aunque no significase ninguna posibilidad de provecho decisivo para la cultura filosófica, convenía sí tener en cuenta conocer y estimar los resultados.

7) *El centenario de San Agustín.*— Si existe alguna figura en la Iglesia cuya genialidad ahogue toda vacilación en admirar, es San Agustín. Bien poco se ha hecho en España para conmemorar el XV centenario de su muerte. Un grupo de frailes, entre los que se advierte el pulso organizador del P. Félix García —hombre intrépido y magnífico—, organizó un ciclo de conferencias que creemos aun inacabado. A ninguna de las celebradas cabe adscribirle en justicia el honor de haber situado ante nosotros la filosofía de San Agustín. Eugenio d'Ors en la suya intentó bosquejar una interpretación histórica del pensamiento agustinia-no, y dijo cosas tan peregrinas y en alguna ocasión de tan manifiesta deshonestidad intelectual, que sólo se explican por el deseo de halagar a parte del auditorio, en alto grado tendencioso. Aun es tiempo de homenajes de más rango y de subsanar

todas las deficiencias. Organícense cursillos. Interésese la Universidad. Hágase, en fin, algo digno de San Agustín.

[LA GACETA LITERARIA, 97, 1 de enero de 1931, págs. 16-17]

Escaparate de libros. Sören Kierkegaard: El concepto de la angustia. Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1930

Hay una serie de cuestiones, las relacionadas con la problemática religiosa, que al aparecer en las filosofías ejercen perturbadora influencia. Y se desvirtúan, incluso a sí mismas. A comienzos del siglo XIX, los sistemas de filosofía estaban demasiado orientados hacia un sentido de enciclopedia y totalidad para dejar al margen sector alguno de cuestiones. Así se renovó la tradicional vena teológica bajo el nombre de Filosofía de la religión. Pero hay unos seres particularmente dotados para inquirir el hondo sentido real de esos problemas, que logran situarse en su misma presencia, y descubren fácilmente la radical falsificación que los filósofos realizan en ellos. Las primeras críticas que se hicieron a los sistemas imperiales de un Hegel, de un Schelling, afectando, repetimos, a sus especulaciones religiosas, surgieron al amparo de unos extraños seres, medio teólogos, medio dialécticos, medio hombres-torturados. Por ejemplo, Schleiermacher. Por ejemplo, Kierkegaard. Sus críticas a la validez general de la filosofía son ingenuas e invaliosas. Pero, en cambio, exponen de modo magistral e insuperable, porque están centrados en esos objetos, que sienten cerca de sí, las investigaciones que requieren la inmediata experiencia de una conexión real, a pesar de yacer en los extractos más profundos de la persona. Todo contribuye en esta clase de pensadores a reafirmar su proyección íntegra hacia los objetos que les interesan de modo exclusivo. Kierkegaard es, como filósofo, el hombre que no encuentra con categoría de realidad, sino la vibración íntima de su yo al hallazgo de unas cuestiones que le son tradicionalmente dadas. Como ese hallazgo se verifica en lo hondo de la subjetividad, allí coloca —reside para él— la realidad absoluta. No se trata, pues, en Kierkegaard de la simple cosa de Berkeley, de que la subjetividad sea lo real. No. En Berkeley ello no se orientaba a la teoría del conocimiento, y aquí tiene, por el contrario, el sentido de denunciar la existencia en el sujeto de una realidad absoluta, en conexión con los problemas eternos que plantea la vida religiosa. El pensador danés alcanza suma grandeza en medio de su afán de someter a nueva concepción algunas derivaciones primitivas. Esto iba a ser de gravedad enorme, porque bordearía de continuo el cauce petrificado e inconmovible de los dogmas. Es curioso, y terrible a la vez, que hombres como Kierkegaard, dotados mejor que nadie para capturar hasta donde sea posible la clara luminosidad de las verdades religiosas, vivan en pugna con las instituciones eclesiásticas y encuentren en estos choques con las atmósferas lógicamente propicias su mayor irritación frente al mundo.

Se publica ahora en español un libro de Kierkegaard sobre la angustia. Y hace varios meses, en la colección "Los filósofos", un buen libro sobre Kierkegaard. Hay ya, pues, en España medios fáciles de acercarse a este grande y profundísimo debatidor de cumbres. O de abismos. El hecho de que por su influjo en Unamuno haya sido presentido antes de hoy por el lector medio, favorecerá, sin duda, la curiosidad actual de acercarse con intrepidez a sus cercanías. *El concepto de la angustia* es un ensayo finísimo, quizá donde aparecen más completas las dotes gigantes de Kierkegaard. Pues no es posible contribuir con más esfuerzo dialéctico que el que aquí se utiliza a exponer con claridad intelectual un problema. Al par que esto, Kierkegaard persigue y logra hacer que la cuestión debatida permanezca en la altura jerárquica que le es propia, sin descender y desnaturalizarse en aspectos de rango inferior. Únase también la capacidad poética desplegada, tan frecuente y rica en Kierkegaard, que eleva el libro a primor literario. Se aporta aquí asimismo una valiosísima investigación sobre el hecho psíquico de la angustia, que es hoy de interés precioso. Pues esta angustia que Kierkegaard delimita y analiza, es ese mismo *concepto* a que Heidegger refiere con frecuencia sus afanes metafísicos. Así, este trabajo magnífico del solitario danés significa también una actualidad en la filosofía que hoy se hace. Es, por tanto, un libro en la orden del día, con casi categoría de imprescindible. No importa que Kierkegaard oriente su investigación sobre la angustia hacia el complejo problema dogmático del pecado, pues el hecho valioso es que nos presenta la angustia metafísica en su vibración vital, y contribuye así a que tengamos que saber de ella, una exploración de ella, en estos momentos, repetimos, de interés inigualado. Qué sea la angustia; en qué se diferencia de otras manifestaciones como el miedo, el temor; por qué se origina y cuál es su sentido en la aventura vital, etc. Es uno de los libros más sugestivos, en definitiva, que hoy pueden

reimprimirse de este gran nórdico. La traducción de José Gaos, como todas las suyas, insuperable.

[LA GACETA LITERARIA, 98, 15 de enero de 1931, pág. 15]

REVISTA DE OCCIDENTE

Bertrand Russell: Análisis de la materia [42]

Se cierne hoy sobre el mundo sabio un racimo de dificultades tremendas. Figuran adscritas a nuestra época, como un legado de abstractos simbolismos, y los mejores espíritus se disponen a batirlas con riguroso ademán. Un semillero de problemas audaces, de amplia significación especulativa, surge en los recintos de todos los saberes. Unas cuestiones llaman a otras en su auxilio, y éstas resultan luego de aprehensión más difícil y arriscada. La nueva física atraviesa, en la actualidad, un parejo estadio de dificultades. Bertrand Russell, en diálogo polémico con los recientes hallazgos de los físicos, ha escrito este *Análisis de la materia,* donde, con intrépida fidelidad y desde un punto de vista filosófico, somete a *reelaboración* las concepciones últimas.

La obra de Bertrand Russell gira alrededor del magno acontecimiento, que es la relatividad de Einstein, de hondas sugestiones para la filosofía. Afirma Russell que las consecuencias filosóficas de esta teoría son de mucho mayor alcance, y por completo diferentes de las que se figuran los filósofos que no conocen la matemática con la debida amplitud. Vamos a fijarnos en la génesis y significación del espacio-tiempo, que Russell desenvuelve con clara oportunidad. Helmholtz fue el primero que declaró insostenible la doctrina kantiana del espacio, en vista de los progresos de las matemáticas, especialmente los descubrimientos geniales de Riemann. Intentó luego Minkowski la desaparición del tiempo y del espacio en sí, y exploró la posibilidad de que uno y otro, combinados, pudiesen conservar individualidad propia. El éxito de tales intentos fue absoluto. La longitud se sustituyó por una noción nueva —el intervalo—, función de la duración y de la distancia, con carácter de invariante. Esta noción de intervalo ha sido objeto de crítica por Weyl y Eddington, que la han despojado últimamente de su carácter absoluto. Bertrand Russell ve en el espacio-tiempo la ventaja de que la ciencia, al utilizarlo, se refiere con más eficacia a grupos de "acontecimientos" que a simples "cosas". Para esta teoría, el tiempo —la fecha— es una de las coordenadas de la posición, haciéndose imposible ocupar el mismo lugar en fecha diferente.

La relatividad generalizada ha referido el campo de gravitación a la métrica del espacio-tiempo, o, lo que es lo mismo, a la geometría cuatridimensio-nal no-euclidiana. Algunos físicos, entre ellos Weyl y Broglie, quieren extender una síntesis semejante al campo electromagnético. Eddington se ha singularizado también en análogos esfuerzos. Que, a nuestro juicio, un poco ingenuo, no es más que el afán de geometrizar la materia, con objeto de lograr una ley que legitime el concepto de sustancia. El filósofo eminente Hans Reichenbach publicó un libro —*Philosophie der Raum-Zeit-Lehre* (Berlín, 1928)— que penetra en estos problemas con inigualada destreza. Todo el mundo sabio ha concedido a Reichenbach la categoría más alta, y nadie pone en duda que es uno de los filósofos (con Bertrand Russell y Meyerson) que han comprendido en toda su íntegra majestad la física de Einstein. En el apéndice de este libro estudia Reichenbach la extensión que pretende dar Weyl al concepto espacial riemanniano[43]. Aquí es imprescindible manejar con todo rigor la noción de campo. El papel que juega en la física moderna es de primordial interés. Aparece mezclado y referido en todos los fenómenos. (El gran Leibnitz, descubridor me-tafísico del concepto de fuerza, pudo haber unido una gloria más a su bien nutrida corona de éxitos. Leibnitz debió haber llegado al concepto de *campo,* después de desmenuzar, como él lo hizo, la energía entrañable de las mónadas, con sólo haber admitido la acción recíproca de éstas. Es sabido que él concibió las mónadas, por el contrario, como entidades cerradas, inaccesibles.)[44]. Pues bien: la teoría de Weyl y de Eddington une el campo gravítico y el campo electromagnético a propiedades puramente geométricas del espacio-tiempo. No está demás hacer notar, sin embargo, que esta generalización no ha recibido la menor comprobación de la experiencia.

Es imposible hablar de cuestiones relacionadas con la materia y eludir el contacto con las especulaciones atomísticas, hoy tan caras a los físicos. Puede aceptarse con facilidad que la materia

---

[42] *Revista de Occidente.* Madrid, 1929, entre paréntesis, figura en el título original.

[43] Para todo cuanto se relacione con los espacios a que aluden constantemente la nueva física y la nueva matemática, véase el magnífico libro de Fréchet, *Les espaces abs-traits* (París, 1928), que, con el de Reichenbach, es una lástima que no pudiese conocer Bertrand Russell al escribir su obra, anterior a éstas.

[44] Ortega y Gasset, en sus agudas reflexiones sobre Kant, habla de ese mundo de Leibnitz, "compuesto de Yos, en cada uno de los cuales nada penetra. Las miradas no tienen ventanas".

esté compuesta de protones y electrones, en la forma que reclaman los atomistas. Las consecuencias que han llegado a derivarse de la hipótesis de la atomicidad, la teoría atrevidísima de los *quanta,* y otras sugestiones de análogo interés, nos conducen a la idea de una materia discontinua, de más difícil examen cada día[45]. Toda la teoría atómica es de un rigor lógico admirable y de gran fuerza convincente. Un sistema material ha de radiar o absorber energía para ostentar su existencia frente a lo que esté situado fuera de él. Ya es imprescindible para esta prueba lógica el auxilio de la teoría de los *quanta.* (Véase Russell, página 35.) Las deficiencias que rodean todas estas teorías son enormes. Más todavía si penetramos en los fenómenos de la luz. Ni el éxito de la teoría de Bohr, ni la novísima mecánica cuántica de Heisenberg, ni la mecánica ondulatoria de Schródinger han conseguido explicar el mecanismo de la emisión ni de la absorción de la luz por el átomo, etc.

Bertrand Russell concede especial importancia al examen de los fundamentos mismos de la física. Las relaciones de la percepción con el conocimiento físico ocupan en su libro el mayor número de capítulos. Russell, que se mueve aquí en constante zona polémica, obtiene resultados de esplendor teorético admirable. En otro lugar (consúltese su *Analyse de l`esprit,* traducción francesa, París, 1926), este hombre magnífico ha intentado una apreciación sintética de la psicología y de la física. No hay duda en reconocer el primordial sentido de la percepción en las especulaciones físicas. Sin base perceptiva, esto es, sin referencia inmediata a la realidad que existe en torno a nosotros, el conocimiento físico es pura nada. Ahora bien: el hecho de percibir, por sí solo, no puede traer consigo, con pareja simultaneidad, una verdad física. Esto acontecerá después, a través de deducciones, más o menos complejas, que hemos de realizar con los instrumentos más adecuados de que dispongamos. De la misma forma que una representación no es para nosotros verdadera o falsa en tanto no la hayamos estructurado en juicios, así una percepción no supone una verdad científica, sino que ésta requiere, para existir, previas y laboriosas deducciones. Se explica de este modo el hecho de que nuestro conocimiento de la física sea exclusivamente matemático, pues "ninguna propiedad no-matemática del mundo físico puede ser deducida de la percepción" (página 261). Cuando el viejo Cournot notaba que la medida de longitudes o de extensiones lineales, por muy complicadas que sean, supone siempre la medida de un ángulo o de un arco de círculo —que ha de hacerse por superposición, puro fenómeno perceptivo—, se refiere a un proceso análogo al indicado por Russell.

Pero se nos presenta la cuestión de la objetividad y del subjetivismo. Señalar la percepción como origen exclusivo del conocimiento físico implica dificultades varias. Pues una percepción supone un percipiente y una serie de referencias intencionales que ponen en peligro el rango imprescindible de su valor objetivo. Veamos cómo desaparecen estos temores. La objetividad en la percepción de un complejo —o, mejor, de un grupo— por varias personas tiene su justificación, no en las percepciones directas, sino en la posible concordancia de las deducciones obtenidas por todas ellas. Creemos de suma importancia se considere este detalle esencial.

Hay que fijarse bien en que una teoría del conocimiento físico así establecida no es una ingenua concepción subjetivista. Para conocer el mundo, hay que tener siempre en cuenta un factor subjetivo, de posible intervención en todas las fórmulas o verdades a que lleguemos. Qué aspecto pueda presentar el universo en un espacio donde no haya sujeto alguno que lo examine, es cosa imposible de averiguar. Ni nos había de importar mucho. Este factor subjetivo a que hemos aludido no representa, después de todo, una perturbación desmesurada. He aquí por qué nos parece el subjetivismo un peligro fantasmal, poco considerable. Bertrand Russell cree posible eliminarlo con facilidad, siempre que se logre reducirlo a una constante. En este sentido es en el que yo he intentado igualar la arbitrariedad subjetiva a un parámetro. Los parámetros, en matemáticas, no son otra cosa que constantes indeterminadas. Un gran número de las fórmulas que utiliza la física encierran una constante. La fórmula en sí, su estructura y su valor, son independientes de ella, cuyo sentido se reduce a reclamar con su presencia una aplicación determinada de la fórmula.

Gracias sean dadas a Bertrand Russell por habernos conducido a estas regiones admirables, que son los esfuerzos por conocer el "esqueleto causal del mundo". (He aquí la más elegante definición de la física.)

[Revista de Occidente, 71, mayo de 1929, págs. 269-273. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs.

---

[45] Hoy, Hilbert y su magnífica escuela de geómetras estudian geometrías no-arquimedianas, que se desenvuelven con sólo excluir el postulado de continuidad.

109-116. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 79-84].

Un libro francés sobre Hegel

No es difícil observar que la filosofía hegeliana atraviesa hoy una atmósfera favorable. Puede atribuirse esto a dos motivos de filiación clara. Uno es que no existen discípulos de Hegel. (Todo el mundo sabe cómo lograron estos señores que nadie se esforzara por comprender a su maestro. No se salvan de esta ironía ni hombres de tan discreta actividad hegeliana como Kuno Fischer y Stirling.) El otro motivo que alimenta el mirar curioso hacia la obra de Hegel consiste en una particularísima convergencia de estilo con la actitud filosófica del presente. Después de un período de indisciplinadas anarquías, vamos ya pensando un poco, como Hegel, que no hay conocimiento posible fuera de un sistema. *"Die wahre Gestalt, in welcher die Wahrheit existiert, kann allein das wissenschaftlische System derselben sein" (Phänomenologie des Geistes,* pág. 5, edición Lasson). La necesidad, pues, de un sistema, el deseo que tenemos de él, es, por tanto, lo que nos conduce a Hegel, el creador del sistema de más bellos perfiles. No puede llevarse muy lejos la simpatía. El sistema de Hegel es perfecto como sistema, pero tiene el inconveniente de que es falso. Un aprendiz de filósofo puede, sin duda, hacer hoy a Hegel objeciones del más grave carácter. Que ese genial violador de conceptos dejaría intactas.

Jean Wahl, autor del libro[46] a que alude el título de esta nota, ha cometido con Hegel la máxima irreverencia, que es la de escrutar los orígenes mismos de su filosofía, poner en claro los desnudos linEamientos de su ejecución, desmontarla y ofrecer al público la palidez de los trofeos.

El libro de Wahl es de una dificultad suma, y hemos de reconocerlo así, porque está hecho con rigurosa precisión, bien a la mano los originales aludidos, y requiere una familiar convivencia con ideas extranjeras, peculiarmente esquivas. Por ello, hay que situarse ante él con grave gesto, y procurar que no se escapen las sutiles derivaciones que el autor cree haber capturado. Jean Wahl ha escrito su libro con un propósito: el de probar que al período estrictamente filosófico de Hegel precedió un período teológico, y es en este último donde tienen su nacimiento y su raíz los problemas centrales que Hegel desarrolló después. Son, pues, los escritos de la juventud de Hegel los que han dado lugar a este intento de fundamentación teológica, creados en años de peregrinación por los sistemas, de inquietudes mozas y de tremendo caminar dubitativo, cuando aún permanecía sin insinuarse la dialéctica.

Toda filosofía está siempre adscrita a la época en que nace. La de Hegel no escapa a este designio. El pensamiento filosófico de los siglos XVII y XVIII nació bajo la influencia de la física matemática, y lo caracteriza una radical ceguera para las cuestiones que hubo de plantearse la filosofía subsiguiente. Los temas hegelianos y la intuición primaria a que obedecían hacen de este filósofo un poeta magno que, en vez de poseer talento expresivo, estaba dotado de una maravillosa facilidad para manejar los conceptos lógicos. Ese espíritu poético enlaza a Hegel, como indica Wahl, con los misticismos de Novalis, de Hólderlin y con las intuiciones de Schiller. Pero no debe exagerarse la similitud proyectiva. La *conscience malheureuse,* que llama Wahl, haciéndola intervenir en las ideas hegelianas de vuelo más pujante, no es sino un síntoma de la necesidad, que sentía Hegel, de encaramarse a un método decisivo. La conciencia —en sí misma— es voraz de negaciones. Es un perpetuo pasar de una idea a otra. La negatividad simple, en tanto tiene conciencia de sí misma, sería la *conscience malheureuse.* O también, dialéctica inmanente en el espíritu, conciencia de la dualidad y de la contradicción. *"Das unglückliche Bewusstsein ist das Bewusstsein seiner als des gedoppelten, nur widersprechenden Wessens" (Phánomenologie,* pág. 139). Toda conciencia es conciencia de lo finito; por lo tanto, contradictoria, angustiada, infeliz, *malheureuse.* Ahora bien: *"La conscience a conscience d'elle méme en tantqu 'elle est l'inessentiel, mais qu 'elle a consciencie que son essence est la destruction de l 'inessentier* (Wahl, pág. 168).

Jean Wahl no consigue imponer su propósito. Al fin, Hegel, por el camino que sea, construye un sistema irreligioso, de pura entraña racional. Su libro nos pone de relieve una serie de veredas posibles que rozan de lejos las concepciones definitivas de Hegel. En el fondo, Whal comete un error de jerarquía. El afán religioso lo resuelve Hegel de una manera racionalista, y la religión queda anulada por la totalidad del sistema. Hasta tal punto es esto así, que no se trata sólo de un negar la

---

[46] Jean Wahl: *La malheur de la conscience dans la philosophie de Hegel,* París, 1929.

religión, sino de un sustituirla. Uno de los aforismos hegelianos que publica Rosenkranz, en su *Hegels Leben,* dice, refiriéndose, sin duda, a este mismo problema, que "a las cuestiones que no responde la filosofía debe responderse que no es legítimo el que sean planteadas".

Puede aceptarse sin violencia, como quiere Jean Wahl, que Hegel, *"avant d'etre un philosophe, il a été un théologieri",* pero en modo alguno que en lo que entendemos por "filosofía hegeliana" predomine este último carácter. El pensamiento de Hegel obedece con todo rigor a tres normas, que son para él como desinfectantes teóricos: 1 .ª Es conceptual, o, lo que es lo mismo, no admite un conocimiento inexpresable por medio de conceptos; 2.ª Es universal; 3.ª Es concreto. La significación estricta de estos irónicos desinfectantes puede verse con toda claridad en el libro de Croce: *Ció che é vivo e ció che é morto della filosofía di Hegel* (Bari, 1907).

La evolución espiritual de un grande hombre es siempre abundante en travesuras. Más que otras, la de Hegel, hombre de dotes excepcionales para triturar sistemas ideológicos, que advino al mundo en una hora difícil, periclitado el aliento de la *Aufklärung* y circulando a su vera el nubarrón romántico. No puede extrañar que en las obras que preceden a su madurez sistemática se hallen y descubran filiaciones divergentes. Es el coloso que se entrena. Creyó Hegel algún día que la moralidad escapa al concepto. Serían los suyos conceptos sin objeto, que no saldrían del yo que los creaba. Nació de aquí la categoría moral del amor, que él mismo refugió de nuevo en el concepto. Análoga trayectoria evolutiva se advierte en la categoría del ser, síntesis "del objeto y del sujeto, en la que uno y otro han perdido su oposición". El gran descubrimiento de la dialéctica, o síntesis de los contrarios, y su famosa triada: Ser, No-ser y Devenir, lo hizo Hegel después de múltiples embates lógicos; decimos lógicos y no de otra índole. Había llegado a tal tensión creadora y se vio envuelto en tal encrucijada, que un esfuerzo gigante le descubrió el enigma. Da vida a los problemas un secreto impulso por contestar una interrogación que existe con anterioridad a ellos. Un poco ingenua es, por esto, la pregunta que hace Wahl: *"L'élément d'opposition et le besoin d"unión qu'il avait découvert dans toutes les formes de la religión chrétienne, ne pouvait-il se rattacher a une conception générale de la nature et de la vie?"* (pág. 232). La lógica de la dialéctica, genuino hallazgo de Hegel, estaba ya implícita en las cuestiones anteriores, y hasta puede decirse que éstas nacían para servir el íntimo anhelo del filósofo. Es la nueva manera de filosofar, que exigía igualmente una nueva lógica, contraria a la de Aristóteles, y que nutrió el romántico afán de Hegel de dialogar con las águilas en una soledad inmensa, castillo roquero de la Idea, donde el más leve acontecimiento guiña un ojo a lo Absoluto.

Merece todos los elogios el francés Whal, que ha removido el período juvenil de Hegel y ha hecho un libro serio, de una honradez intelectual poco corriente. Diríamos que es la obra francesa de realización más fiel que se ha escrito en este país sobre un filósofo germano. Para los que conocíamos ya a Wahl por su agudo estudio sobre el *Parménides,* de Platón, ha sido una nueva prueba de lo mucho que puede esperarse de este francés animoso.

Por otra parte, hemos de celebrar que se estudie de nuevo a Hegel. (Hace dos meses ha salido, también sobre Hegel, un libro del profesor Nico-lai Hartmann.) Es un magno ejemplo de rigor y de fidelidad a la filosofía, que siempre es bueno tener a la vista. ¿Aplicaremos a Hegel, como hace el insigne Croce, lo que el poeta latino decía a su mujer?: *Nec tecum vivere possum, nec sine te.*

[Revista de Occidente, 72, junio de 1929, págs. 388-392. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 85-95. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 65-69].

El causalismo de Meyerson

El oleaje de los tiempos ha lanzado a las orillas de la inteligencia un tipo nuevo de hombre, el epistemólogo, a quien debe adjudicarse una excepcional misión. Es evidente que, en los últimos dos siglos, el problema de la ciencia ha originado el desprestigio de toda las filosofías. Quizá sólo desde hace treinta años, el saber científico comienza a ser objeto de escrutaciones eficaces. Hasta entonces, las ciencias han sido juzgadas, en vez de comprendidas. Los filósofos se acercaban a los *resultados* científicos —lo más dudoso que las ciencias ofrecen— y no asistían a su *hacerse,* cayendo así en la trampa que le tendían las nuevas disciplinas. Pues la ciencia es una cosa real, que existe de alguna manera, y, al inquirir el problema de su sentido, deben abandonarse las pretensiones antiguas. Estas eran de varia índole, si bien la de más peligrosa aplicación, la que oca-

sionó perturbaciones mayores, fue ese loco propósito de sistematizar los hechos científicos. La ciencia es dogmática, pero nunca sistemática. Así pudo llegarse, de un lado, por el idealismo, a elaborar una filosofía de la naturaleza, como la de Hegel, que no es ciencia, y de otro, a la culminación del positivismo, que no es filosofía.

La diferencia entre ambas disciplinas es radical. Más que diferencia de rango entre los saberes —que es absurdo pretender que exista—, es de problemas y métodos. Corresponde a la filosofía una peculiar manera de vitalizar los problemas cósmicos inyectando sentido de totalidad a los acontecimientos más leves. La ciencia es concreta, se atiene a lo dado, tal como está ahí, y en vez de crear dificultades, obteniéndolas de sí misma, recoge tan sólo las que se le presentan desde fuera. La filosofía, no. El fino espíritu de Simmel señaló con claridad estas distinciones: "Pues lo que la filosofía sea, en realidad, sólo dentro de la filosofía, sólo con sus métodos y conceptos, podrá determinarse; ella misma es, por así decir, el primero de sus problemas"[47], El objeto, la finalidad y las rutas de la filosofía nacen de ella misma; son, como si dijésemos, sus prolongaciones necesarias. Las ciencias, por el contrario, reconocen unos objetos a ellas exteriores, que existen con independencia absoluta, esto es, que no necesitan de las ciencias para ser objetos. Si a una inteligencia virgen le explicamos qué cosa sea la física, pero no le damos fenómenos, esto es, cosas, aconteceres ópticos, eléctricos, etc., a este hombre no le servirá para nada el concepto de la física.

Dudamos mucho que toda epistemología que no parta de una clara idea de estas diferencias llegue a conclusión alguna de interés. Su misión es investigar qué es la ciencia real, la que existe y cristaliza en los trabajos de los sabios. A qué principios obedece, qué presupone y si es o no legítima la tarea deductiva de que se sirve. Pues las ciencias estudian unos objetos determinados, tal como se sitúan en sus laboratorios, y no les interesa nunca su historia como tales objetos; esto es, la peripecia psicológica que proclama el hecho de que estén ahí, al alcance de los sabios. (Aludo aquí a los *datos* bergsonianos y su trayectoria posterior hasta ser objetos, ya limpios de todo carácter fetal e incognoscible.)

El insigne Meyerson es uno de los hombres más valiosos que hoy asaltan los problemas de la epistemología. Ha llegado a soluciones muy interesantes, que pretenderemos esbozar en estas líneas. El nombre de causalismo, dado por André Metz[48] a la filosofía de Meyerson, lo adoptamos, a falta de otro, aun creyéndolo deficiente y poco alusivo a la más auténtica significación de esta filosofía. Es quizá Meyerson el único francés a quien el positivismo no ha contaminado. En la elegancia de la huida nos muestra unos argumentos preciosos, que es lástima tener que esgrimir aún para salvarse. La inteligencia francesa naufraga hoy en esas aguas del ochocientos, convictas ya de todos los errores. Resulta extraordinario que una filosofía que pretende excluir toda metafísica y basar sus afirmaciones en verdades de índole científica desconozca, en rigor, lo que la ciencia sea. Gran parte de la labor de Meyerson está ciertamente encaminada a denunciar el influjo del principio de causalidad en las creaciones científicas. La noción de causa yace oculta en ellas, aun siendo con frecuencia negada por los sabios. Bien dice Goblot[49] que lo que importa a éstos es la noción de ley. Que satisface aparentemente las exigencias primeras. Pero un ligero examen aclara que la ciencia, no sólo busca leyes, como suponía el positivismo, sino que pretende también explicar los fenómenos.

La ciencia es sin duda alguna, obra de la razón. Y caracteriza a ésta una indomable tendencia causal. Hay de común entre la ciencia antigua y la moderna *la même foi en la rationalité fonciére de la nature*[50]. Es esa racionalidad el impulso primario del saber científico. A cuyo afán obedece, pues, éste con todo rigor. Explicar es identificar. Mas el principio de identidad, en su simple expresión corriente, A=A, es una tautología. Añadiéndole la consideración de tiempo, pierde ese carácter. Y el principio de causalidad no es sino el de identidad, "aplicado a la existencia de los objetos en el tiempo"[51]. En Leibnitz puede ya advertirse esa relación entre la causalidad —la razón determinante— y la identidad. Establecer una ley sobre alguna cosa no es sino decir que esta cosa se comporta como si aquella ley fuese cierta. Pero, en modo alguno, el postulado de legalidad implica que los objetos permanezcan inmutables en el tiempo. La validez eterna de las leyes nace del hecho de que, para ser cognoscibles sus modificaciones en el tiempo, se necesitaría tener de éste un conocimiento que fuese independiente de las leyes. Establecer leyes naturales no puede ser el objeto de la

[47] Georg Simmel: *Hauptprobleme der Philosophie,* Sammlum Göschen, págs. 8 y 10.
[48] André Metz: *Une nouvelle philosophie des sciences,* París, 1928.
[49] E. Goblot: *Le systéme des sciences,* París, 1922, pág. 34.
[50] Meyerson: *De l'explication dans les sciences,* París, 1927, capítulo XVII.
[51] Meyerson: *Identité et réalité,* París, 3.ª edición, 1926, pág. 38.

ciencia. Yo puedo conocer una relación cualquiera entre dos fenómenos, tan segura y cierta que me sea incluso legítimo afirmar una ley. No es esto suficiente. Queda en el aire, en posición inestable, ese mi saber, si no investigo la causa, el porqué. El postulado causal es un producto de la razón, y, a diferencia de la legalidad, no es confirmado a todas horas por nuestras sensaciones. Su origen va unido a una necesidad de conocimiento. Al crear la ciencia, el hombre ha obedecido tan sólo a su instinto causal[52]. Algunos sabios, entre ellos Painlevé[53], en sus cursos de mecánica racional, eluden establecer este principio, todavía obedientes a la legalidad positivista. Convierten así el nexo de causalidad en una mera relación funcional. La pretensión es ingenua, según puede verse en el ejemplo de Painlevé, que citamos.

En los dominios de la física, el primado de la causalidad aparece de modo más evidente que en cualesquiera otra ciencia. Su fundamentación matemática impregna de este postulado todas sus conclusiones. Realmente, nace la física, como ciencia de gran estilo, el día que pudieron ser utilizadas las ecuaciones diferenciales. Hoy mismo es cierto que la audacia de Heisenberg da a algunas nociones físicas un carácter estadístico. En unión de Born, insinúa que la función de onda que existe en la ecuación de Schrödinger representa una probabilidad, esto es, que lo que se propaga es una probabilidad. Esta física novísima utiliza una matemática especial. Las magnitudes se representan por sistemas de números llamados matrices, que siguen las leyes de una álgebra no conmutativa. No obstante, el cálculo se efectúa por medio de la resolución de ecuaciones con derivadas parciales. Se sigue, pues, fiel a la idea diferencial. Y, por tanto, a la causalidad.

Meyerson ha logrado uno de sus triunfos más indiscutibles con sus trabajos epistemológicos acerca de la relatividad de Einstein. Con singular precisión analizó la entraña misma de esta teoría, aclarando su sentido y la verdadera actitud cognoscitiva a que respondían sus conclusiones. Es sabido cómo de todas partes brotaron filósofos, con la pretensión de acotar para sus recintos la tarea relativista. Meyerson redujo a la nada lo absurdo de estas pretensiones. Alguno de ellos, como Petzholdt, en un libro que quedará como ejemplo de tozudez y de inconsciencia, afirmaba que la relatividad era en un todo conforme al patrón positivista de Mach —cosa que Einstein rechazó desde el principio—; y no sólo esto, sino que el germen de ella estaba en la filosofía de Protágoras (¡!). Meyerson denunció la impropia denominación de la teoría. (Impropiedad para una denominación filosófica, se entiende.) Pues nada más lejos de ella que considerar la existencia de lo real como relativa a otra cosa, y, singularmente, a la conciencia. Por el contrario, lo real, en la teoría relativista, es un absoluto ontológico, "un *véritable étre-en-soi*"[54]. Antes, en 1922, señalaba Ortega y Gasset esto mismo con toda rotundidad: Lo peor que puede ocurrirle a la nueva mecánica "es que se la interprete como un engendro más del viejo relativismo filosófico que, precisamente, viene ella a decapitar"[55].

Meyerson, en páginas muy lúcidas, trata de establecer una comparación agilísima de la relatividad con los sistemas de Hegel y Descartes, que le conduce a advertir en las tres doctrinas una misma "deducción apriorística de lo real"[56]. Einstein, en un trabajo reciente, reconoció estas insinuaciones de Meyerson como legítimas, apropiadas "a la actitud intelectual del teorético relativista"[57].

El mecanismo del progreso científico ha sido captado por Meyerson en las coyunturas más privilegiadas. Unas teorías suceden a otras, y lo que hoy se tiene por el más firme conocimiento es mañana inválido y dudoso. La apariencia superficial es aquí, de nuevo, reducida a polvo. Cuando Fresnel creó su teoría de la luz, lo único que demostraba es que la luz no puede ser una emisión. De aquí que la teoría científica nueva no sea, en rigor, dogmática sino en lo que niega, y nunca en lo que afirma. Sin embargo, el valor de la novedad científica va unido a su rigidez. Y la mayor prueba de que una teoría es verdadera es precisamente que pueda ser refutada. Su parte afirmativa adquiere tan sólo entonces sabor científico genuino. Nos movemos aquí entre esquemas, y no podemos derivar más la cuestión, que es en extremo bella. Digamos que, en el fondo, como apunta con sagacidad André Metz, Meyerson ha llegado a una nueva teoría de la razón humana[58]. De la que se desprende, como flor anunciadora, la idea de que un triunfo total de la razón va contra la razón, es el irracional primero y máximo.

---

[52] Meyerson: *Identité et réalité,* pág. 442.
[53] Dice el célebre matemático: "Un élément matériel infmiment éloigné de tous les autres, reste absolument fixe, si sa vitesse initiale est nulle, et décrit une ligne droite, s'il est animé d'une vitesse initiale."
[54] Meyerson: *La déduction relativiste,* París, 1925, pág. 79.
[55] Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo,* Madrid, 2.ª edición 1928, pág. 224.
[56] Meyerson: *La déduction relativiste,* pág. 79.
[57] Einstein: *La nueva teoría del campo,* en la *Revista de Occidente,* febrero de 1929, pág. 137.
[58] André Metz: *Une nouvelle philosophie,* pág. 203.

Aparte de la fijación epistemológica, las ciencias, como todo lo que hay en el universo, han de ser inquiridas por la especulación filosófica pura. El aspecto deductivo que presentan las ciencias es el blanco vulnerable por donde penetra el escrutar supremo. La fuente de todo conocimiento es sólo y siempre la experiencia. De aquí parte la fenomenología. Esta primera radical afirmación es la única sabiduría con que nacemos. Quien la discuta, queda en el acto invalidado. Pero Heidegger, en un momento de embriaguez fenomenológica frente el kantismo, afirma que *Erfahrung ist hinnehmendes Auschauen, das sich das Seiende geben lassen muss*[59].

La demostración deductiva consiste en referir una verdad a la intuición originaria. La experiencia ha de ser comprendida como intuición, base, a su vez, para el conocimiento de las esencias. Los hechos son individuaciones eidéticas, adscritos a una determinada región fenomenológica. Así escribe Husserl que "toda ciencia de hechos (ciencia empírica) tiene necesariamente sus fundamentos teoréticos en una ontología eidética"[60]. Las ciencias de experiencias, de hechos, subordinadas a las ciencias eidéticas. Las líneas últimas son como un descorrer la cortina frente al panorama fenomenológico, el de máxima pujanza en la actualidad.

[Revista de Occidente, 75, septiembre de 1929, págs. 368-374. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 97-107. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 71-78].

De Rickert a la fenomenología

Ya están a suficiente distancia de años aquellas escuelas neokantianas que a fines del siglo XIX impusieron al caos filosófico de Europa el rigor y la disciplina de la mejor tradición del idealismo. Todavía hoy, el viejo Rickert, único superviviente de entonces, somete en Heidelberg a precisión y fidelidad a los últimos discípulos, que han de ser, en estos años de turbulencia para esa filosofía, los guardadores de la ortodoxia trascendental. Uno de estos discípulos es Augusto Faust. Ha publicado últimamente un pequeño libro acerca de Rickert[61], que nos va a dar ocasión para estas rápidas notas sobre la filosofía contemporánea. Pues se trata de un libro polémico, cuya finalidad es mostrar las insuficiencias radicales de que adolece la fenomenología de Husserl. Aventura muy interesante, porque se realiza al amparo de Rickert, en nombre de su sistemática de los valores, y puede contribuir a que de una manera decisiva queden aclaradas esas dificultades que se denuncian.

El movimiento neokantiano de Baden entregó sus destinos a la posibilidad de una Filosofía de la Cultura. En los propósitos de Windelband y de Rickert residía el deseo de conferir al *Logos* un área de validez mucho más extensa que la que Kant le había impuesto en la *Crítica.* Pues no existía objetividad, para Kant, sino en el conocimiento de la Naturaleza, mundo único donde alcanzaban sentido las categorías. Nació contra esta limitación el orbe de las ciencias culturales y el descubrimiento de una esfera de los valores sobre los que asienta Rickert las bases de un nuevo sistema trascendental, una filosofía de los valores, sin duda la más valiosa aportación ideológica que las escuelas neokantianas han hecho a nuestro siglo. En Marburgo —Cohen, Natorp— quedaron en seguida acotados tres sectores ya tradicionales de la filosofía —*Denken, Wollen* y *Fühlen*—, con sus disciplinas correspondientes, Lógica, Ética y Estética, en cuya especulación los recursos idealistas de Kant adquirieron amplísimo y exagerado carácter. En forma de un logicismo imperial.

El primer choque de Rickert fue contra el hegelianismo. La Filosofía de la Historia, de Hegel, admite tan sólo un protagonista, la Idea, que es el único elemento superhistórico que puede legitimar y conferir sentido a la Historia. Pero Rickert introduce esas nuevas entidades que son los valores, y desplaza así aquella unidad hegeliana que aparecía en la Historia como una embajadora o representante de lo Absoluto. Rickert ha permanecido siempre fiel a las líneas esenciales que Kant descubrió en la objetividad. La *quaestio juris* kantiana preside todo ese conglomerado de los valores, que nacen para hacer posible una amplificación del *Logos.* Entendemos las cosas porque sobre ellas hay un mundo de valores, trascendente a las cosas mismas, y que se nos ofrece como verdadera finalidad de ciertos actos de juicio. Sobre la esfera del ser hay la esfera del valor. El ser es posible mediante la conciencia trascendental, pero la rigurosa objetividad reside en la trascendencia de los

59 M. Heidegger: *Kant und das Problem der Metaphysik,* Bonn, 1929, pág. 111.
60 Husserl: *Ideen zu einer reinen Phánomenologie,* pág. 19.
61 August Faust: *Rickert und seine Stellung inerhalh der Deutschen Philosophie der Gegenwart,* Tübingen, 1927.

valores, que, a su vez, la otorga a las cosas y a mi saber sobre ellas. El mundo de los valores es irreal, puramente abstracto. Las ideas de Platón serían valores si Platón, en vez de carácter ontológico, hubiera intuido para ellas una mera existencia axiológica. Si en todos los juicios objetivos hay un cierto contenido de irrealidad —idealidad, mejor—, esto sólo puede comprenderse como referencia a valores. En Rickert, el sujeto, en forma de conciencia trascendental, posee un rango altísimo, y, si nos fijamos un poco, vemos cómo, a más del mundo del ser, que él legitima y explica, el mundo de los valores es realmente una exigencia del sujeto. Lo trascendente es, para Rickert, lo tras-subjetivo. No podemos hablar de sentido objetivo de los valores sino como sentido trascendente. Así, el contenido de esas objetivaciones no son detenninables por el sujeto. Un objeto es teorético cuando es inmediato para mi posible conocimiento de él. La lógica pura se ocupa de valores teoréticos. Éstos constituyen las formas del sentido trascendente —tras-subjetivo— del juicio, y "son válidos porque, al mismo tiempo, son las formas de los objetos trascendentes"[62].

La raíz de los valores, de Rickert, es el *Sollen,* de Kant. Lo tras-subjetivo no es un ser, pues sólo hay ser en la conciencia trascendental, sino un deber ser. "El acto del juicio capta el valor en la forma de un *Sollen",* escribe el joven Rotter en su magnífica tesis doctoral que hemos citado. La objetividad de la ciencia se fundamenta en la objetividad de los valores, a cuyo servicio está el entendimiento en su instancia más pura.

La filosofía es, pues, un sistema para el conocimiento del mundo inteligible. Este es el territorio en que son trascendentes los valores. Así, en uno de los más recientes trabajos del viejo Rickert, insiste en esa necesidad teorética de referencia a los valores. Para un conocimiento del mundo inteligible, escribe, debemos concebir las *"Formen der gegenstandlichen Sinngebilde überall ais Wertformen"*[63].

Hemos hablado antes de cómo el rasgo principal de la escuela de Baden es una amplificación de la esfera de validez del *Logos.* Representada por cierto afán de una filosofía de la Cultura. No es azar, por tanto, que el más fino de los filósofos que han roto las limitaciones críticas del kantismo en estos años, Emil Lask, sea un discípulo de Rickert. El más fino, hemos dicho, porque realizó sus intentos en el interior mismo de la *Crítica,* en una tarea de reelaboración genial que nadie ha igualado. Cuando Lask pregunta si no es también posible un saber de las categorías, si éstas no se presentan ante mí en cierta manera dadas, origina el quebranto esencial del formalismo apriórico. (En Rickert, la forma es todavía una valoración teorética, la más general, "cuyo contenido escapa al acto del juicio")[64]. Y del menudo racionalismo kantiano, que, aun tan débil como era, significaba un obstáculo para el hambre de objetividad que caracteriza a nuestros días. La síntesis categorial no transforma ni crea nada. Cuando una forma cate-gorial reviste a un material cualquiera, éste *bleibt was er war, es ändert sich nicht seinem Gehalt und Wesen nach* (permanece idéntico, no cambia ni su contenido ni su esencia)[65]. Hay irreductibilidad frente a la forma. Pero nótese: Esto no supone una reducción del Logos. Por el contrario, se amplifica su zona de vigencia, y hay en él eficacia para diferenciar y estructurar el mundo mismo de la forma, proyectando sobre ella la misma claridad de sentido que sobre lo material. De un lado, se afirma la irracionalidad de todo contenido; pero, de otro, se afirma igualmente un contenido ilimitado del Logos. Emil Lask es aún más objetivista que los fenomenólogos, y lo que éstos han hecho con el *a priori* —independizarlo del sujeto—, él lo verifica tanto con lo formal como con lo material. Su unión y síntesis se produce sin intervención del sujeto. Emil Lask es el único de los filósofos de Baden que trató el problema de lo irracional, estableciendo una sutil teoría sobre los tres peldaños o estadios de la irracionalidad, construida con un vigor sistemático admirable[66]. Lask es, sobre todo, un síntoma de los nuevos tiempos, y su objetivismo radical le acerca a la fenomenología de Husserl[67]. Sobre ésta arrecian ahora los discípulos de Rickert, y el libro de Augusto Faust, que citamos al principio, lo expresa así, con simpática petulancia. Nos parece interesante exponer qué clase de dificultades se denuncian en la fenomenología, porque es evidente que el sistema de Rickert tiene autoridad para hacerlas, y es quizás el más adecuado para aventuras de esa índole.

La fenomenología significa, desde luego, un esfuerzo por adentrarse en los recintos primarios del

[62] F. Rotter: *Die Erkenntnistheorie der Wertphilosophie,* Landan-Queichheim, 1927, pág. 21.
[63] H. Rickert: *Die Erkenntnis der inteligibeln Welt und das Problem der Metaphysik.* En Logos, 1929, pág. 69.
[64] H. Rickert: *Der Gegenstand der Erkenntnis,* 5.ª edición, 1921, pág. 236.
[65] Emil Lask: *Logik der Philosophie,* Tübingen, 1911, pág. 73.
[66] Véase F. Kreis: *Zu Lasks Logik der Philosophie,* Logos, Band X, pág. 227.
[67] Para advertir mejor la oposición de Lask a Kant en su modo de considerar las categorías, recuérdese que, para Kant, las categorías sólo pueden ser *pensadas,* nunca *conocidas,* pues esta operación de conocer no es posible sin intuiciones.

pensamiento y capturar su relación con los actos vitales mismos. Tanto es así, que hay que preguntar si esas bases intuitivas, descubiertas con tanta firmeza en los análisis, no aparecen ya desligadas de toda validez y utilidad para la filosofía. No se llega a advertir, por más esfuerzos que se hagan, cómo va a verificarse en la fenomenología el tránsito del intuir al conocer, pues las intuiciones —incluso las intuiciones de esencias— que considera se presentan a nosotros desprovistas de toda ayuda conceptual que las haga válidas para la función del conocimiento. Así se explica que no haya sido escrita por ningún fenomenólogo una verdadera fenomenología del conocimiento, y, en cambio, la haya expuesto con gran brillantez Nicolás Hartmann, a quien no oprimían naturalmente fidelidades de escuela. Ahora bien: esta dificultad proviene de la índole asistemática de la fenomenología. Esta atribución, ese sentido conceptual con que han de ir enlazadas las intuiciones, es cosa que no puede legitimarse sino dentro de un sistema.

Pero acontece también que ese detalle es imprescindible para movernos con cierta soltura en el área de la filosofía. Pues ¿qué cosas se presentan ante mí con derecho a que yo vea en ellas una significación filosófica? El fenomenólogo se encuentra, por tanto, con que no sabe con precisión cuáles son sus objetos. Claro que puede decirnos que sus objetos son los fenómenos. ¿Y qué son los fenómenos? Nada tienen que ver con los que se consideran en los sistemas idealistas tradicionales. Heidegger, con su estilo escultórico, va a decírnoslo. "Fenómeno es lo *Sich-an-ihm-selbst-Zeigende".* Lo "que se hace patente por sí mismo", que podemos escribir en español. (La posibilidad de estas presentaciones patentes es la característica del Logos fenomenológico.) Pero ninguna diferencia notable advertimos entre este fenómeno —que es ni más ni menos un *Tatsache,* un hecho— y el *fait,* el *factum,* que consideraba Augusto Comte. La fenomenología queda, pues, una mera *quaestio facti.* Pero es el caso que Heidegger, sin renunciar a esta existencia puramente fáctica, edifica una ontología, y le vemos hoy en camino de estructurar también una metafísica. Los positivistas del siglo XIX renunciaban a afanes así, y eran, en este aspecto, más honrados y fieles.

Ahora bien: la fenomenología descubre una objetividad, que ella planta ante nosotros, y no le interesa mucho que cumpla los requisitos tradicionales. Heidegger establece, como máximo del buen fenomenólogo, el grito de *zu den Sachen selbst!* ¡A las cosas mismas! Y lo que indigna a los discípulos de Rickert es que atribuyan a las determinaciones fenomenológicas carácter aun más firme que el que corresponde a los resultados de la filosofía trascendental. "Todo establecimiento de hechos se basa, sin duda, en una conceptuación"[68]. He aquí la buena doctrina, que la fenomenología olvida a cada paso. ¿Cómo se legitiman los fenómenos? ¿Cómo establecemos los hechos? Husserl distingue entre hechos y esencias. Los primeros tienen una realidad espacio-temporal. Las segundas son independientes de ella. Pero esta diferencia es sólo terminológica. Tiene lugar en territorios meramente fácticos. (En el sentido que confiere Kant al *factum.)* Aun considera Husserl dos clases de esencias: una, formal o categorial; otra, material, y ambas aprióricas, como dijimos. Son nada menos que las verdaderas condiciones *a priori* para la posibilidad de la experiencia. La distinción entre ambas clases de esencias la hace Husserl con recursos que salen por completo de la fenomenología. Acudiendo violentamente al modo conceptual, como en otras filosofías, se distinguen el contenido y la forma. La unidad sintética, que adquiere tan redondo sentido en una lógica trascendental —en Kant, con la unidad de la apercepción; en Fichte, con el Yo absoluto; en Rickert, con el Sujeto puro—, es, sin embargo, para Husserl de fundamentación difícil, y bien poco consigue a base de una conciencia del "tiempo fenomenológico".

Asimismo, en la consideración de esencias materiales, ¿qué criterio existe para afirmar ésto como esencial y dejar a un lado aquello como ine-sencial? ¿Cuál es el sentido de la intuición de esencias? Parece que los fe-nomenólogos se sirven de obtenciones conceptuales, realizadas en otro orden de saberes, y las utilizan como impudicia. ¿Es posible mi intuición esencial de un gato, sin conocimientos zoológicos, por rudimentarios e ingenuos que sean? ¿Cómo contesto sino a la pregunta de si un gato sin cola es todavía un gato? Las dificultades se elevan en otra esfera de cuestiones; por ejemplo, las que corresponden a la metafísica. Heidegger intenta vencer estos escollos con el mayor ímpetu. Pero ¿lo consigue? Cuando situamos ante nosotros objetos metafísicos (por ejemplo, el problema de la existencia de Dios), es muy difícil que no estemos ya provistos de ciertos saberes que nos proporcionan otras disciplinas. En este caso, de conocimientos psicológicos o teológicos. Husserl dirá: es que las ciencias eidéti-cas —que tratan de esencias— comprenden a los resultados de las ciencias empíricas. Estas dependen de aquéllas, las cuales se construyen fuera de todo influjo de la realidad. (Recuérdese la reducción fenomenológica.) La objeción aquí es bien sencilla. Con igual derecho puedo yo decir lo contrario. Y, sobre todo, no puede

[68] A. Faust: *Obra citada,* pág. 28.

concebirse, por lo menos, la falta de una recíproca dependencia —que niega Husserl— entre ambas clases de ciencias. En particular, estas dificultades resaltan en los objetos geográficos e históricos. Veremos por qué:

La singularidad eidética consiste, según Husserl, en que no es preciso, para su determinación, localizarla en el tiempo y en el espacio. Vamos a ver, sin embargo, cómo las esencias se supeditan a esas determinaciones. Mi intuición esencial de los Pirineos, ¿queda intacta si éstos son trasladados al Perú? Los Pirineos en el Perú, ¿son esencialmente los Pirineos? Indudablemente, que no. De otro lado, ¿mi saber eidético de Prim tolera que lo considere un personaje del siglo XV? El Prim del siglo XV, dado caso de que sea un ente posible, ¿es el Prim que hizo la revolución del 68?

Es que no hay determinaciones ni saberes si prescindimos de la definición. En su tesis doctoral expone ya Rickert cómo la definición es sólo posible mediante un juicio sintético. Así, la definición queda fuera de la fenomenología. Pues esa síntesis ha de consistir en un momento intuitivo y otro inintuitivo que pertenece al concepto. Sólo así llegaremos, en rigor, a una definición. Rickert se aplica por esto a la delimitación de los "contenidos de significación inteligible" que ofrecer a las intuiciones, fiel a las dos frases kantianas de la *Crítica:* "Pensamientos sin contenido son algo vacío; intuiciones sin conceptos son ciegas"[69]. Acontece, pues, que las cosas mismas sobre las que quiere lanzarse Heidegger no tienen nada de objetos; son, como dice Rickert, meras situaciones, *blosse Zustande,* que son, desde luego, intuibles, pero no objetos de conocimiento.

Si resumimos, se puede advertir que la escuela de Rickert lucha, de una parte, contra el excesivo sistematismo de Hegel y, de otra, contra la falta de sistema de los fenomenólogos. En rigor, las críticas anteriores contra la fenomenología son impropias, porque todas desembocan en resaltar su *Sistembosigkeit.* Su falta de sistema. Las dificultades que se denuncian están muy archirresueltas en la filosofía trascendental, a costa de limitaciones que los fenomenólogos no respetan. No obstante, yo mismo haría a éstos una débil observación que desde mi contacto primero con la fenomenología se me ocurre: hay cosas de suyo inintuibles (por ejemplo, dentro de la Física, las fuerzas magnéticas): ¿qué hace el fenomenólogo frente a ellas?

Por lo demás, creo que un fenomenólogo haría frente eficaz a las críticas rickertianas con bien poco esfuerzo; le sería suficiente aclarar a estos discípulos qué es la intuición fenomenológica —que no debe ser confundida con la percepción, ni en lo más remoto—, y también explicar cómo lo dado en la intuición esencial, esto es, los objetos eidéticos, son precisamente objetos. Alguna cosa que es en sí misma dada. Y, asimismo, cómo la posibilidad de una intuición de esencias y la de una intuición individual se corresponden.

[Revista de Occidente, 82, abril de 1930, págs. 123-130. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 47-60. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 35-44].

Las sensaciones táctiles

En los últimos quince años se han escrito con cierta frecuencia libros muy interesantes de psicología. Todos ellos coinciden en restringir su atención a sectores particulares, sin abordar el problema central que permitiese una elaboración sistemática de esta ciencia. Y ese carácter de las publicaciones de índole psicológica no reside sólo en aquellas que son fruto de esfuerzos más o menos aislados, o procedentes de la filosofía, sino que alcanza también al carácter mismo de la problemática que presentan las más famosas escuelas de psicología. Así, el núcleo de los psicólogos de la figura —*Gestalttheorie*—, hoy detenidos casi radicalmente en sus afanes de estructuración total, aunque en pleno triunfo sus concepciones sobre la condición figurativa y apriórica de las vivencias. Así, la escuela de los eidéticos, núcleo que trabaja en Marburgo desde hace más de veinte años, bajo la dirección de E. Jaensch, confinado en una mera cuestión de prehistoria de las percepciones. Pero la idea central, el secreto del fenómeno de conciencia, cuyo planteamiento llevaría consigo todas las investigaciones en pos de metas únicas, no aparece a través de estos libros magníficos que se publican.

Uno de ellos es el de David Katz, sobre las sensaciones táctiles[70]. Nuestra vida psíquica está, al

[69] Kant: *Kritik der reinen Vernunft.* Bibl. Reclam, edición *Kehrbach,* pág. 77.
[70] D. Katz: *El mundo de las sensaciones táctiles.* Traducción española de Manuel G. Morente, editado en la

parecer, repleta de sentidos postergados. A más de otros propósitos, que indicaremos luego, el libro de Katz responde al inmediato afán de reivindicar para las sensaciones táctiles un lugar de primacía en el mundo psíquico. Por esto posee, a veces, un tono seriamente divertido. Resulta que los principios de más alto rango que intervienen en la elaboración de una teoría del conocimiento tienen una directa conexión con modestas vivencias del mundo táctil. Más aun que por medio de los sentidos llamados superiores —vista, oído—, adquirimos las ideas fundamentales que maneja la filosofía por sensaciones táctiles, lo que está de acuerdo con el hecho comprobable de que en los idiomas cultos, los vocablos con que se expresan las funciones supremas del conocimiento proceden, etimológicamente, de términos que aluden a una determinada acción de la mano. Veamos, por ejemplo, en latín: *perispere y comprehendere* se refieren al coger con la mano; *oblivisci* (olvidar), que se deriva de *oblinere,* borrar, naturalmente, un acto de la mano. Y, sobre todo, el caso decisivo: ¿no se confiere más firme carácter de objetividad al *manifestus* (palpable, manifiesto) que al término obtenido del sentido visual, *videre* (parecer)?

El estudio de las sensaciones táctiles conduce a Katz, tanto a considerar los fenómenos propiamente psíquicos como a la discriminación de una esfera material nueva, a la denuncia de un magnífico sector de una teoría de los objetos. En nada aparece con tanta decisión el influjo kantiano sobre la ciencia y la filosofía actuales como en ese acatamiento, en esa aceptación, por parte nuestra, de una teoría de los objetos[71]. Los problemas mínimos encierran muchas veces la clave sobre que descansan construcciones de gran estilo. Qué sea realmente un objeto, en la esfera de la investigación psicológica, no lo sabemos todavía en forma precisa y clara. Pueden contribuir a que ello cese descubrimientos parciales de esta índole. (Muy claro ha visto ya Reininger[72] cómo los fenómenos de conciencia son, a la vez, representación y vivencia: lo uno, por su contenido; lo otro, por el modo de ser dado ese contenido.)

En el campo visual encontramos que existe una materia cromática, invistiendo a las cosas, que el ojo captura y asume. De análoga manera, sería legítimo el hallazgo de unas peculiaridades táctiles, insitas en las cosas, a las que otorgaría realidad y sentido una intervención dérmica. Las investigaciones de Katz reconocen todas un origen experimental. Con hábil ingenio y muy pocos y sencillos aparatos, el psicólogo ha efectuado una gran profusión de experiencias, en las que funda luego las conclusiones de orden teorético. Según era de presumir, Katz adopta en su libro los métodos más recientes y se enlaza con la problemática de última hora. Así, los resultados poseen el vigor necesario para manifestarse en relación con los esfuerzos filosóficos que caracterizan este siglo. Su libro, repetimos, es de origen experimental. Sin embargo, la descripción fenomenológica desplaza las posibles perturbaciones de interpretación. Desde hace cuarenta o cincuenta años, un prejuicio psicofisiológico imperaba en todos los hallazgos de la psicología. La fidelidad a este prejuicio era exigida rigurosamente. Las consecuencias de ello son esas pobres e inarticuladas investigaciones psicológicas a base de nervios, células, cortezas cerebrales y otras cosas del mismo estilo. En todo caso, ¿qué tendría que ver esto con la psicología? He aquí el libro de Katz, donde con todo rigor experimental se estudian las sensaciones táctiles, sin creerse obligado a exponernos un tinglado anatómico sobre células nerviosas de la piel, corpúsculos de Meissner, Pacini, etc. La descripción fenomenológica lo evita felizmente, y su valor resiste todo género de dudas. Asimismo, Katz utiliza a cada momento los trabajos de los psicólogos de la figura, que son hoy imprescindibles en este orden de estudios.

Las sensaciones táctiles interfieren con frecuencia con otras de análoga localización. Tales las de presión, resistencia, temperatura, etc., que, por cierto, suelen contribuir a redondear la impresión táctil. Examinemos cómo participa la temperatura en este orden de fenómenos. Si se coloca a varios cuerpos —un trozo de metal, de madera, etc.— en un recinto a temperatura fija, la ley de equilibrio térmico indica que esos objetos llegarán lógicamente a tener la misma temperatura. Es sabido, sin embargo, que, al contacto de nuestros dedos, nos proporcionan sensaciones diferentes de calor o frío. El metal nos parece más frío que la madera, y ésta más que un paño de lana. No es posible, por tanto, creer que lo que percibimos, al tocar esos objetos, sea su temperatura. Una pura explicación física de este fenómeno alude a la mayor o menor conductibilidad de los objetos, que provocaría en el dedo un enfriamiento por abandono calórico. Ahora bien: no está libre de dificultades una explicación así. Pues aparte de que ya es algo absurdo que un estado térmico de nuestra piel sea referido a un objeto exterior, el hecho de que los diferentes cuerpos no nos ofrezcan todos —a

---

Revista de Occidente, Madrid, 1930.

[71] Espero explicar debidamente esta característica del pensamiento actual en un largo estudio que preparo sobre "La tesis copernicana de Kant y el sentido actual del *a priori".*

[72] Robert Reininger: *Das psycho-physiche Problem,* 2.ª edición. Viena, 1930, pág. 68.

temperatura, claro, inferior a 37°— una impresión de frialdad, aunque fuera de distinto grado, resulta inexplicable. La lana, por ejemplo, se nos aparece como positivamente caliente. En teoría, cuando la lana estuviese a la temperatura de nuestro cuerpo, no podría existir intercambio calórico. Katz trata de resolver estas dificultades. Diversas experiencias le permiten establecer un principio de invariancia térmica. Según éste, los distintos objetos forman una serie fija, que permanece válida para otras temperaturas-ambiente. Katz hizo experimentos desde —3° hasta +26°. ¿No cabe hablar de "figuras térmicas" específicas que residen en los cuerpos, habilitadas por órganos táctiles? Si las experiencias se verifican a temperaturas superiores a la de nuestro cuerpo, acontece un hecho curioso, y es que la serie formada antes se ordena en sentido rigurosamente inverso.

Las operaciones táctiles demuestran asimismo la colaboración de otro orden de sensaciones, las llamadas de vibración[73]. La vida de los sordomudos proporciona argumentos sobrados para intentar un estudio de ellas. Cómo estos hombres llegan al conocimiento de ciertas enseñanzas, recibe explicación satisfactoria con la admisión de las vibraciones capturadas por vía táctil. El caso Sutermeister logrando vivencias musicales perfectas, a pesar de su sordomudez, cuyo origen son sensaciones de vibración que partían, al parecer, del tórax. Algunos fenómenos que antes bordeaban lo maravilloso adquieren, con este nuevo mundo vibrátil, pleno sentido. Vista la independencia de estas sensaciones con las acústicas, puede igualmente comprobarse que son también independientes de las de presión. La forma ondulatoria del estímulo es lo único que tienen de común con las primeras. De las segundas se diferencian totalmente. Si hacemos vibrar un diapasón dentro del agua, se suscitan sensaciones de vibración en el dedo sumergido, siempre que no esté a mucha distancia. Acontece lo mismo en el mercurio, que, según Meissner, no despierta sensaciones de presión por debajo de la superficie. Podría hablarse de una duplicidad en el sentido del tacto. De un lado, la presión como sentido próximo. De otro, el de la vibración como sentido lejano. Tan legítimo es, pues, hablar de un mundo sonoro como de uno vibrante. La intervención del sentido vibrátil en la percepción de ciertas propiedades parece evidente. Si golpeo con la uña, habiéndome tapado previamente los oídos, un material cualquiera, advierto si es elástico o inelástico, duro o blando. Ello obedece al impulso vibratorio. Este es el que nos da también noticia del suelo que pisamos o que tocamos con la punta del bastón, etc.

Parece que los recursos humanos, en cuanto a la variedad de especies de vivencias, son infinitos. Relacionados con fines prácticos e impulsados por vía artificial, serían doblemente infinitos. Es inagotable el descubrimiento de posibilidades de índole psíquica. Entre los Warramunga —pueblos de Australia— existe la costumbre de prohibir a las viudas el uso de la palabra durante los doce meses siguientes a la muerte de su marido. En este tiempo se comunican con los demás por medio de gestos. Pues bien: cuando termina la prohibición, muchas de ellas prefieren continuar expresándose por gestos a utilizar el lenguaje. ¿Qué valores serán esos a que permanecen fieles, despreciando el uso de la palabra?

[Revista de Occidente, 84, junio de 1930, págs. 400-405. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 117-125. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 85-90].

Keyserling y el "sentido"

Se publica ahora, en español, el libro más denso que el conde de Keyserling ha escrito *{El conocimiento creador,* Espasa-Calpe, 1930). Son cursos profesados por él en su famosa Escuela de Sabiduría, y tienen la sugestiva atracción de constituir la raíz esencial de este filósofo. Se nos muestra aquí del brazo de una entidad nueva, el "sentido", sobre la que descansa, al parecer, toda la tarea filosófica de Keyserling. Siempre he creído que la más exacta y breve manera de definir la filosofía es considerarla como una investigación que tiende a descubrir objetos. Y los objetos no son sino cosas en las que hemos advertido posibilidades de conocimiento, aptitud para ser conocidos. Una empresa así supone que el filósofo posee unos recursos ca-tegoriales, legitimados y justificados por la victoria teorética misma. Pues bien: si Keyserling tuviera capacidad sistemática y estuviese

[73] La importancia de los trabajos de Katz, tanto en el descubrimiento y diferenciación de estas sensaciones de vibración como en sus estudios sobre el mundo táctil y el de los colores, para una nueva teoría de la percepción, ha sido proclamada por Max Scheler. Véase su gigantesco libro *Die Wissenformen unddie Gesellschaft,* 1926, págs. 330 y 356.

entregado a la elaboración rigurosa de una filosofía, bien podríamos decir de él, a la vista del libro que comentamos, y de otro suyo también, muy famoso —*Wiedergeburt, Renacimiento*—, que derrocaba los objetos tradicionales de la filosofía, encaminando el esfuerzo cognoscitivo a esferas radicalmente nuevas. Esta "filosofía del sentido", que él descubre y crea, pertenece, sin embargo, a las más interesantes preocupaciones ideológicas de esta hora. ¿Qué es el sentido? Según Keyserling, la zona de más alto rango que nos sea posible discernir. Lo que contiene el máximo valor y otorga, a su vez, valores. El sentido no se conoce, sino que se "realiza" en el mundo "fácti-co" de los aconteceres, donde las cosas reciben de él significación y vida inteligible, esto es, pueden ser comprendidas. Colaboran a esta concepción del "sentido" desde ciertos vislumbres religiosos hasta la *Ding an sich* —cosa en sí— kantiana, pasando por la atmósfera del *Logos* alejandrino, post-helénico y precristiano. El reino del sentido se identifica con los espiritualismos tradicionales por su predominio universal y por su aérea luminosidad trascendente, y se distingue, a su vez, de ellos porque Keyserling le obliga a simbiosis decisivas con sectores conceptuales y, sobre todo, le somete a ejemplos vitales que aquéllos no soportarían. También por una ausencia de ceguera mística, que es lo más valioso de Keyserling. Pues nadie más fiel que Keyserling a las normas intelectuales de Occidente, de las que adopta y recoge los mejores gérmenes. Es un ejemplo de ello la rapidez insólita con que se aprovecha de las obtenciones kantianas, escribiendo que "sobre los límites de la razón, después de las críticas kantianas, no hay más que hablar". Uno se admira de cómo un hombre, a quien con harta frecuencia se le califica de extraño a nuestra cultura, hace suyos resultados laboriosos de Kant, construidos a toda prueba de ortodoxias europeas, y los ensambla en sus asertos sin vacilación. El "Sentido", para Keyserling, una vez realizado, está ahí, ante nosotros, dispuesto pasivamente a la captura. Las cosas adquieren significación merced al sentido, que aparece igualmente en el acontecer histórico. El grande hombre es el realizador de sentido por excelencia. El soporte de la individualidad es el sentido, que requiere estructuras de unidad para manifestarse. (Aquí se refugia el aristocratismo de Keyserling, que, por otra parte, en su teoría del grande hombre, se enlaza con la concepción de Hegel.) Ahora se trata de contestar a la pregunta de qué cosa era el sentido. Por esto, el libro de Keyserling, en cuanto pretende aclararnos regiones trascendentales, no empíricas, es la introducción a una metafísica. Es sabido que nació el término trascendental para denominar una actitud filosófica que desde fuera de la experiencia hiciera posible el conocimiento de la experiencia. Pues Keyserling edifica o postula una semejante actitud para el estudio del sentido, que es un problema metafísico. Lo que le conduce al curioso resultado de que lo trascendente —en este caso, el sentido— ha de escrutarse con categorías empíricas, ajenas al sentido en sí mismas, formas del sentido, por tanto, que nos ofrecen su realización cabal. Esta no es una revolución copernicana, sino hipercopernicana, y lo lamentable es que Keyserling no necesite, para su filosofía del sentido, una base epistemológica, pues se nos priva así de ver el forcejeo curiosísimo a que había de llevarle una empresa de esta índole. Claro que no se trata de conocer estrictamente el sentido. Pero bien difícil es para un occidental renunciar a la idea de que no se comprende una filosofía sino movida por afanes de conocimiento. Jamás triunfaría, pues, Keyserling entre los filósofos de Occidente, si anuncia que él no pretende que se conozca el sentido. Keyserling, como dijimos, eleva los aconteceres vitales a categorías, a ejemplos de sentido. El secreto del Universo se muerde una vez más la cola. Pues el sentido valora las cosas, realizándose en ellas, pero éstas nos proporcionan los únicos atisbos de sentido, y son sus categorías.

[Revista de Occidente, 85, julio de 1930, págs. 113-115. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 85-88. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 61-63].

Esquemas de Nicolai Hartmann

Auxilios fenomenológicos

La filosofía de Hartmann es auténtica de este siglo. Era inevitable, para el pensamiento filosófico, tender a esos problemas que él plantea, y decidirse con la rotundidad que él lo hace a herir en lo más vivo esas tres o cuatro grandes dificultades que anarquizaban la vida filosófica. Hartmann amplía de manera prodigiosa los territorios clásicamente habilitados para la filosofía. Y somete a disciplina de sistema uno de los atisbos más felices de la filosofía actual: el análisis fenomenológico. Atisbo que por sí solo, abandonado a sus propios medios, recluido en su esfera peculiar y con-

firiéndole una íntegra capacidad activadora, hubiera resultado poco menos que invalioso para tareas filosóficas de graduación alta. Nicolai Hartmann fue uno de los primeros en darse cuenta de que la fenomenología de Husserl era un hallazgo primordial, con cuyo auxilio podía ya intentarse una reforma radicalísima en el orbe de la filosofía. Así, en uno de sus libros capitales —*Grundzüge einer Metaphysik der Erkenntnis*—, publicado en 1921, estudia el problema del conocimiento basándose en el análisis fenomenológico y obteniendo conclusiones que suponen una completa transmutación de toda la problemática hasta aquí considerada. La fenomenología, por lo pronto, permite acercarse con eficacia a ese sector de cuestiones que forman las cosas dadas, pues todos sus análisis son previos a lo dado. Recuérdese que Kant, cuando se dispuso genialmente a la elaboración de su *Crítica* y se planteó el hecho del conocimiento, delimitó en seguida una zona material irreductible, lo dado en la experiencia —*Gegebene*—, cuya existencia se vería luego obligada la *Crítica* a aceptar sin demostración. Es cierto que Kant hizo esto sin violencia alguna, pues lo ocurrido fue que no aceptó a ver problemas en el dado, siendo este detalle una de las más anchas pruebas que contribuyen a denunciar el influjo considerable del empirismo inglés —de Hume, sobre todo— en la actitud filosófica kantiana. Pues bien: era forzoso que se preguntase alguna vez la filosofía qué es realmente eso que aparece dado, esa región inexplorada hasta ahora, admitida, sin legitimidad alguna, por los investigadores. A una inquietud intelectual así, que reclama noticias sobre lo dado, que incluso no necesita de lo dado, obedece el nacimiento de la fenomenología. Es natural que al empirismo extremo no le preocupe eso, y sí edificar sobre eso, que es lo que constituye su salvación exclusiva. Hartmann, que se formó filosóficamente en Marburgo, encontrándose, por tanto, en la tradición kantiana, advirtió la fecundidad del método fenomenológico, localizándolo a la vez con agudeza en las regiones donde resultaba adecuado e imprescindible su uso. Esta es su victoria, que confiere a los resultados obtenidos carácter sistemático y firme. Su tarea primera es, pues, una fenomenología del conocimiento, que ha de realizarse en territorios previos a toda consideración de orden teorético. Ahora bien: ¿dónde buscar el *Faktum* del conocimiento? Kant lo hace restrictamente en la ciencia, que es como decir en la matemática y en la física. Parece necesario, no obstante, orientar con más amplitud la cuestión del conocimiento. No todo conocimiento tiene carácter científico. La cosa no es tan baladí como se creen, y ya hace en ella su aparición la carátula de las escuelas. ¿Cuál es el punto de partida de una investigación? Desde la tesis idealista, para que la nada existe dado, sino propuesto —*aufgegeben*—, hasta la positivo-intui-cionista, según la cual "todo es dado", habíamos de perdernos en sutiles y neblinosas marañas. Desde luego, hay alguna cosa que depende de lo dado y no es dado. Así las obtenciones teoréticas. Entre ellas y lo dado se encuentra la elaboración mental de la filosofía. Luego hemos de atenernos, para considerarlo como dado, a lo que sea previo a esa elaboración. El análisis fenomenológico del conocimiento nos proporciona la trascendencia de sujeto y objeto. La función del conocimiento no ejerce modificación alguna en el objeto, pero sí en el sujeto, donde tiene lugar la conciencia del objeto con un contenido, lo que podríamos llamar la imagen del objeto. Pero conocimiento, en tanto fenómeno general de conciencia, es conciencia pura del objeto, no del sujeto, ni del acto, ni siquiera de la imagen. El objeto es aquí determinante; el sujeto, lo determinado. Claro que el objeto no determina al sujeto como esfera total, sino sólo la imagen del objeto que forma parte de ella. En el objeto se distinguen varias zonas que surgen en la función del conocimiento. Hay, así, primero, en el objeto lo objetivado, aquello que se conoce de él. Luego, los trasob-jetivos, en el que se pueden considerar dos partes: una, formada por aquel sector del objeto que, aun permaneciendo desconocido, es cognoscible, y otra, separada de las anteriores por una frontera ya no fluctuante, sino absoluta, es lo trasinteligible, lo incognoscible irracional. Claro que estos límites poseen un carácter gnoseológico. Residen en el ser-objeto, no en el ser-cosa.

El conocimiento como hecho metafísico

El conocimiento no es, como creía el viejo idealismo, un crear —*ers-chaffen*— ni un producir —*erzeugen*—, sino, más bien, un *erfassen* —capturar, aprehender—, algo anterior e independiente del conocimiento mismo. El conocimiento es un hecho de carácter metafísico, y sólo centrándolo en una esfera ontológica adquiere su íntegro perfil. La radical afirmación es la trascendencia de sujeto y objeto, que da origen a la aporética del conocimiento. El salvar esa trascendencia plantea una serie de antinomias, aporías, que Hartmann expone como alusivas al sentido metafísico del problema del conocimiento (pues lo metafísico implica problematismo permanente), a la vez también que necesarias para el tránsito al ambiente final de la teoría. Hay tres fases en la investigación del conocimiento: la fenomenológica, la aporética y, por último, la propiamente teorética. Hartmann, en

rigor, va a insistir sobre el signo ontológico de sujeto y objeto —su ser, en sí—, que confiere al conocimiento la obligatoriedad de moverse en esferas ontológicas. Este es el hecho subversivo que nos interesa destacar. No es posible una teoría del conocimiento eludiendo los problemas del ser. No hay teoría del conocimiento sin metafísica. Cuando el criticismo desalojó de la actualidad las cuestiones tradicionales de la metafísica, debió también apartar a un lado el problema del conocimiento, pues su carácter metafísico era patente desde los antiguos escépticos. No hemos de limitarnos, en el fenómeno —como suelen hacer los fenomenólogos—, a considerar su intencionalidad en la conciencia. Lo intencional es propio de la conciencia, y, si acaso, una parte del fenómeno. Debe observarse también lo que en él existe de metafísico. Muchos objetos intencionales no lo son de conocimiento: les falta el *Ansichsein,* que los independice realmente de los actos. (Por ceñirse Husserl casi tan sólo a la objetividad intencional recae luego, de modo inevitable, en la inmanencia y en el idealismo.) El conocimiento es una relación entre sujeto y objeto. Cómo es ella posible, nos lo aclara la explicación o descripción de las aporías. Esa relación es, naturalmente, una relación de ser. Hay un ser del y para el conocimiento. La *ratio cognoscendi* presupone una *ratio essendi.* Su fina delimitación resuelve la mayor dificultad que engendra el carácter ontológico del conocimiento. El idealismo confundió esas dos *ratios,* y el hecho de no ser accesible la ontología sino mediante resultados gnoseológicos previos, lo entendió como imposibilidad de enraizar el conocimiento sobre el ser. Para el idealismo existía una inmanencia del pensamiento del ser, y ésta se transforma en la reforma ontológica de Hartmann, en una inmanencia del ser del pensamiento. En rigor, aquello no era sino una sobreordenación de la razón al ser. Todo idealismo está teñido, más o menos, de racionalismo. Ahora bien: lo irracional es una modalidad del conocimiento, y es tan legítima su cercanía a nosotros como la de lo racional. En la esfera misma de los objetos reales aparece una zona irracional en función de lo cognoscible. Todo objeto es parcialmente irracional, pues en último término está lo que en él hay de trasinteligible, fuera del límite de lo objetivable en lo trasobjetivo. Lo racional tiene dos características: ser cognoscible y poseer estructura lógica. Júzguese la restricción que lleva consigo toda filosofía racionalista al limitarse a una parcela tan reducida del ser. Hartmann viola sus fronteras, y nos ofrece panoramas integrales. La falta de una de esas características es suficiente para la irracionalidad. Hay, pues, tres tipos diversos de irracionalidad: lo alógico, lo que es a la vez trasinteligible y alógico, y, por último, lo trasinteligible. En lo místico tenemos un ejemplo de algo que pertenece al primer tipo de irracional: es alógico, pero es trasinteligible, etc. Hartmann, asimismo, crea, en su metafísica del conocimiento, una nueva teoría categorial, a la que corresponde hacer luz clara en algunas sombras. Es sabido cómo la filosofía de nuestro tiempo tiende a destruir todos los reductos formalistas que nutren el pensamiento moderno. Uno de estos reductos lo constituyen las categorías. Para Kant, éstas no pueden ser referidas en modo alguno a las cosas, sino que sirven al entendimiento "para deletrear los fenómenos". Lo que acontece es que Kant, y todo el idealismo subjetivista que le sigue, no distingue las categorías que son principio del objeto y los conceptos mismos de ellas. Hay, de un lado, la categoría "que es", que "pensamos", en nuestros conceptos categoriales, y de otro, estos mismos conceptos. Podemos hablar, pues, de trascendencia de las categorías, y aun de su irracionalidad parcial. Los principios categoriales del conocimiento tienen un *Ansichsein,* lo que sólo es posible en un ser del conocimiento, según exponíamos más arriba. Pero no es preciso que estas categorías sean descubiertas para que funcionen como tales. Al contrario, sólo son descubiertas porque y en tanto funcionan siempre en todo conocimiento.

Las dos objetividades. El "a priori"

Una amplificación que corresponde estrictamente a la filosofía de hoy es la perspectiva de la objetividad ideal. El mundo ideal propio es una conquista genuina de la filosofía contemporánea. Así, Hartmann divide su tarea sobre el conocimiento en dos gruesas zonas, que corresponden a los objetos reales e ideales. En la primera, sujeto y objeto son ambos, pertenecen a un mundo óntico real, a una misma esfera del ser. El conocimiento es captación de lo trascendente al sujeto. Captación mediata, pues una captación inmediata lo sería sólo de los propios contenidos de conciencia. La conciencia, para no ser una gigantesca tautología, debe pensar algo que, como tal, no sea su contenido. Lo que no impide ni sacrifica la aprioridad. Hay también una aprioridad trascendente que sería la capacidad del sujeto "para intuir las conexiones esenciales de lo real". Lo que no equivale a la identidad intersubjetiva de las categorías del conocimiento. Lo apriórico, como se sabe, posee necesidad y universalidad. No sería posible sin una especie de concordancia entre la estructura lógica —de que hacemos uso— y la estructura de los objetos. Kant se planteaba la

cuestión de la concordancia —en el *a priori*— entre representación y objeto. Y descubrió su genial principio, a base de las categorías del conocimiento, que constituirían una tercera entidad, válida para el sujeto y para el objeto a la vez. Es su famosa tesis copernicana, la raíz de todo *a priori.* Pero si el objeto es una función del sujeto, como quiere el idealismo, resulta una evidente tautología decir que los principios del sujeto son, al mismo tiempo, los del objeto. No en balde hería a Kant en lo más hondo que calificasen su filosofía de idealismo, ya que —según dice, con razón, en los *Prolegómenos*— aceptaba con decisión la existencia de algo fuera del pensamiento. Su idealismo, en todo caso, es trascendental o crítico, como él dice. Ahora bien: Kant entiende la identidad categorial de un modo completo, esto es, que son idénticas las categorías aprióricas que rigen, de un lado, el conocimiento, y de otro, los objetos del conocimiento. Pero la fenomenología del conocimiento indica lo imposible de una cognoscibilidad total. Si todas las categorías de objetos lo fuesen del conocimiento, no habría incognoscibles, todo sería racional. Y no sólo cognoscible, sino cognoscible *a priori.* Mas el conocimiento apriórico no tiene en cuenta los casos particulares, el conocimiento de lo individual, que es, por fuerza, conocimiento empírico, *a posteriori.* La aceptación del principio kantiano tropieza, por una parte, con lo irracional del objeto; de otra, con las exigencias de la empirie. La identidad categorial se reducirá, pues, a los límites de la racionalidad del objeto. Así, Hartmann descubre su principio de la identidad parcial de las categorías. Que es el siguiente: "En tanto que existe conocimiento apriórico de objetos reales, debe coincidir, por lo menos, una parte de las categorías del ser con las categorías del conocimiento." *("Sofern es Erkenntnis "a priori" von realen Gegestanden gibt, muss wenigstens ein Teil der Seinkategorien mit Erkenntniskategorien zusammen-fallen")* Esto explica cómo no todo lo dado en la intuición puede ser objeto de conocimiento. Para ello es preciso que sus categorías se atengan a esa coincidencia. Lo que no contradice la validez intersubjetiva de las categorías —columna básica del sujeto trascendental—, pues toda categoría coincidente es *eo ipso,* común a todos los sujetos. Pero hay también un conocimiento *a posteriori,* de no menos carácter metafísico que el apriórico. Aún más difícil y arriscado. Los sentidos son los que intervienen en esa captura discreta de lo real. El dato sensible es siempre, para nosotros, el máximo testimonio de realidad. No obstante, sería un error creer que sólo es real aquello que nos proporcionan los sentidos. No sólo lo dado es real. Otra cosa nos llevaría a identificar lo existente con lo dado, la *Gegebenheit* con la existencia. El ser dado constituye más bien un aspecto del ser real. Junto a la objetividad de los objetos reales cabe también una objetividad de los objetos irreales. Y en esta última, dos grupos muy heterogéneos de objetos: los ideales —que poseen un *Ansichsein*— y los meramente fantásticos. Es tan irreal un teorema matemático como una sirena. Pero el primero es alguna cosa, puede ser conocido, lo que quiere decir que permanece adscrito a una esfera del ser (la de los objetos ideales). El segundo es mera intencionalidad, y no puede ser objeto de conocimiento, sino pura representación en la conciencia. En la esfera de lo ideal, todo conocimiento es *a priori.* No hay posibilidad de saber empírico. Lo irracional es en ella trasinteligible, pero no alógico. Así, por ejemplo, el número *e* de la matemática. No puede hablarse de aposterioridad ideal. Sólo de universalidad. Constituye la esfera de las esencias puras. Desde el imperio platónico de las ideas hasta las regiones eidéticas de Husserl. Pero podrá preguntarse: ¿No hay también, en la esfera ideal aconteceres únicos, o, bien *valores* individuales que sólo aparezcan como propios de una única persona? Tienen lugar, en efecto, pero ello no anula la universalidad exclusiva del ser ideal. Pues la idea de una cosa única no es la cosa; lo específico de un valor individual no es la persona misma en quien se *ejemplarice.* Aunque sea única en el mundo de las existencias. El conocimiento ideal, a más de *a priori,* es autónomo y autárquico. Distinguimos, con relación a él, dos clases de intuiciones: *stigmática* y *konspectiva.*

El stigmatismo viene a ser como la percepción en el conocimiento real. Se refiere al esto y al aquí, y lo acompaña esa franca relatividad de las evidencias que se precipitan. Otorga una pretensión segura que constituye el primer alto de certeza para el fenomenólogo. Es un mero "es así", o un "yo lo veo así". Pero la intuición de esencias no es intuición puramente stigmática. Interviene más bien ya una intuición de las conexiones y de las relaciones como tales, de rotundo carácter intelectivo. El intuir es ya, aquí, un comprender, función de índole konspectiva. Pensamiento puro.

¿Hartmann restaurador del escolasticismo?

Frente a la filosofía de Hartmann caben muy diversas actitudes. Yo he comentado en otro lugar la injusta reserva con que se le acoge por algunos. Ahora, en fecha reciente, se ha publicado un libro donde se ensaya presentarla como una resucitación de la metafísica escolástica (Georg Koepgen:

Die neue kritische Ontologie und das scholastische Denken). Es un trabajo hecho con finura, inteligencia y modernidad, pero que, aun así, creemos muy distante de una posición firme. El hecho de que periclite en esta época todo el período moderno, desde Descartes, período fustigador y reemplazados todo él, de la filosofía escolástica, de sus métodos y prevenciones, no autoriza el grito de victoria de los supervivientes. En verdad, la escolástica estaba orientada a lo ontológico, y, por el contrario, la filosofía moderna, a lo lógico. El hecho fundamental que da origen a la ontología de Hartmann es el connubio —*Einbettung*— de sujeto y objeto. Estas dos entidades dan lugar así a un ser supraindividual y extraempírico, donde encuentra su realización el fenómeno del conocimiento. Cuando Hartmann ingresa, con toda fortuna, lo irracional en la filosofía, sin adjudicarle un ápice más de metafísica que a lo racional, no hace, según Koepgen, otra cosa que exhibir con nuevas galas el viejo rostro de la concepción escolástica *del ordo naturae.* Sobre *diese Homogenitat des Scienden* descansan "las bases del conocimiento dogmático donde lo racional y lo irracional (el misterio) aparecen uno junto a otro". Pronto veremos que esta analogía es una simulación vana. La filosofía medieval es puro racionalismo, si bien de otro orden al racionalismo moderno. Para aquélla, la *ratio* va detrás del ser, utilizando unas aprehensiones lógicas que eran un límite policíaco a la meditación. Koepgen apunta con exactitud los rasgos del otro racionalismo, el moderno, pero no del escolástico, que oculta.

Consiste aquél en que la razón legitime unas entidades previas, nacidas de ella, que iluminen las rutas que sobrevengan. El racionalismo escolástico es preponderancia de la razón —exclusividad de la razón— en el pensamiento, falsificando así otras esferas que las racionales. El racionalismo moderno es, en cambio, preponderancia de unos pocos principios racionales. Así, la "claridad y distinción" cartesianas, la "mónada" de Leibnitz, la "razón pura" de Kant la "voluntad" de Schopenhauer, la "idea o lo absoluto" de Hegel, el "yo" de Fichte, lo "inconsciente" de Eduardo von Hartmann. La escolástica maneja, sin embargo, un concepto de sustancia que es una peligrosísima predicación del ser. Y la tendencia al realismo epistemológico no es sino un ingenuo residuo helénico. El griego no comprendía nada sin cualificación de objetivable al yo; de ser frente a ser-yo. De ahí la casi realidad material de las ideas platónicas. Acontece que la filosofía de Hartmann es de radical ademán, y aun cuando significa una honda continuidad con la tradición moderna —Hartmann opera casi dentro de los límites asignados por Kant a la filosofía—, aparece como un alegato decisivo frente a todo el idealismo. Pero su ontología no es la vieja ontología "escolástica y racionalista". Ésta reclama una lógica del ser, y se presenta como mera construcción deductiva y racionalista, sin espacio alguno para lo irracional, pues eso del *misterio,* que Koepgen aduce, tiene muy otro sentido. Mas no es posible captar en toda su magnitud el problema del conocimiento sin una ontología analítica y crítica, que, por tanto, es el extremo diametral de aquella de la Edad Media, *deductiva* y *dogmática.* La diferenciación entre lo irracional y lo racional es exclusiva de la *vatio,* cuyo punto de vista no afecta nada a la discriminación ontológica. La ontología de Hartmann —que es, repitámoslo, analítica y crítica— viene a proclamar, a exigir, un ser real fuera de la conciencia, fuera de la esfera lógica y de los límites de la *ratio.* Proclamar y exigir no es, fíjese el lector, un mero admitir algo que cómodamente resuelva, como una tesis realista vulgar, la problemática gnoseológica. La aventura de Hartmann, proclamando al conocimiento una rigurosa cuestión metafísica, tiene también otras proyecciones. El conocimiento es una de tantas relaciones del ser. Existen muchas otras sobre cuyo carácter esta investigación del conocimiento lanza una luminosidad incomparable. Hartmann camina así al sistema, y es, entre los filósofos actuales, quien realiza la ascensión con más tenaz afán de victoria.

[Revista de Occidente, 89, noviembre de 1930, págs. 252-261. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuadernación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 61-77. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 45-56]

Sobre la filosofía del Renacimiento

Parece que las investigaciones actuales tienden a destruir la idea de que el Renacimiento significase un viraje radical de la Historia. Todos los valores triunfales de esa época habrían sido ya descubiertos, y venían aflorando de una manera larvada desde el siglo XIII. No faltan razones para una concepción así. Por lo que hace a la filosofía, Heimsoeth la ha expresado y defendido con gran vigor. Pero es innegable que caracteriza al pensamiento de esa época un afán fortísimo de novedad y una clara tendencia a desasirse de los saberes tradicionales. Por vez primera, quizá, en la historia

de la filosofía, existe aquí el hecho evidente de renunciar a unas obtenciones laboriosas, producto de varios siglos de especulación y emprender la tarea de su reemplazo. El dominico Fray Pedro Lumbreras ha publicado unos ensayos filosóficos que se ciñen a los problemas renacentistas de mejor perfil[74]. Recogemos de ellos, como su signo más céntrico, el estudio sobre la duda cartesiana y las páginas que dedica a comparar la actitud filosófica a que responde esta duda con la que aparece, anteriormente a Descartes, en Campanella. No tiene novedad alguna este viejo pleito de atribuir a Campanella el honor de haber sido el primero en fijar las ideas capitales de la filosofía moderna. La indudable analogía que, en algún aspecto, existe entre Descartes y Campanella no se oculta al lector más distraído, y en la obra del malogrado Léon Blanchet sobre el segundo filósofo se indica con toda claridad el sentido de esa coincidencia. Pero lo que hasta aquí había sido una discreta indicación de eso, de una coincidencia, se eleva en el P. Lumbreras —dominico, como Campanella, y es de suponer que nada desprovisto de bagajes polémicos— a la sospecha y denuncia de algo más grave: la probabilidad de un plagio en Descartes. Quede indicada tan sólo esta insinuación del señor Lumbreras, cuya sospecha no nos interesa destruir, aunque la creamos tendenciosa y sin base alguna firme. Tiene más interés aprovechar el libro de este Padre para decir alguna cosa sobre los filósofos y la filosofía del Renacimiento. Al advenir este período, la escolástica había agotado todos sus recursos. En los círculos humanistas y en el espíritu de todos los filósofos existía la certeza de que sólo iba a ser posible, en adelante, la filosofía, si se lograba descubrir para ella un nuevo orbe de objetos. La filosofía medieval, hasta Santo Tomás, está toda ella en esta frase axiomática, que hacía imposibles las autenticidades filosóficas en aquellos siglos: *Nisi credideritis, non intelligetis.* El hecho psicológico de la fe, que en el hombre residía de un modo patente, daba origen a la problemática filosófica, cuya finalidad era comprender las posibles cosas racionales que hubiese en los dogmas. Y si comienzo por suponer que no hay otro saber que el encerrado en las Escrituras, claro que debe preceder mi fe en ellas para que tenga efectividad mi conocimiento. La nueva vigencia de Aristóteles, mediante la filosofía de Santo Tomás, destruye esa estrecha concepción de la primera escolástica y es, en este sentido, un gran progreso. Ya existe aquí la naturaleza y el horizonte de problemas se amplía de modo considerable. Ahora bien: en el tomismo se había filtrado el concepto de naturaleza que aparece en la física de Aristóteles. Esto iba a hacer infecundas todas las derivaciones escolásticas, en relación con la *nuova scienza* inminente. La filosofía del Renacimiento es precedida de una nueva física, en armonía con ese redescubrir la naturaleza, que era su necesidad más fuerte. Contra la trascendencia de la física tradicional nace una física de la inmanencia, que se articula de modo magnífico: de una parte, con la experimentación que exigían las normas científicas de la época, y, de otra parte, con el nuevo hallazgo filosófico de la subjetividad, que da origen a todo el idealismo moderno. Uno de los físicos que lograron más eficacia en el quebrantamiento de la antigua física fue Telesio, maestro directo de Campanella, y éste penetró así, desde su primera juventud, en el orbe ideológico del Renacimiento. Es raro que influya en la configuración del idealismo, en la curiosidad filosófica por el *yo,* por el sujeto, el hecho de que se descubra una nueva física, una ciencia de la naturaleza que lógicamente debía orientar la investigación filosófica hacia el mundo exterior, hacia las cosas. No hay, sin embargo paradoja alguna en ello. Pues si los antiguos —los griegos— necesitaban del *yo* para referirse con más firmeza al Cosmos, el hombre moderno que adviene en el Renacimiento necesita de la Naturaleza, del Universo, para mayor firmeza del *yo,* de la subjetividad. Esa nueva física era una física matemática, y sus leyes se ceñían al cálculo matemático. El idealismo inventa al pensamiento como realidad, incluso como ser primario, previo a todo. Pues bien: la metafísica de Campanella expresa ya, en medio de toscas fugas, esa nueva y primaria realidad del pensamiento. Se conocen las cosas en tanto son referidas al *yo,* y este conocimiento es el ser mismo de ellas. Aquí surge un esfuerzo por identificar el ser y el conocer, que, de múltiples maneras aparece después en toda la filosofía moderna, eludiendo así las cuestiones propiamente ontológicas. Cuando Descartes establece el *Cogito,* sirve este mismo afán, y su conclusión es legítima y congruente. Al decir: "Pienso; luego soy", se entiende: "Soy pensamiento". Era, para Descartes, una superfluidad añadir esta última palabra. No escapó en modo alguno a Descartes que el ser que se desprendía y concluía del *Cogito* era, ni más ni menos, la entidad llamada pensamiento. El ser está, para él, íntimamente vinculado al pensar. Las cosas, para ser, necesitan del pensamiento. Y éste es categoría y dimensión de la subjetividad. Se consuma, como se ve, de un modo inexorable el nacimiento del idealismo, expresado también por Campanella en frase gráfica y radical: *"Semper ergo scire est sur* ("Todo conocimiento consiste en conocerse a sí mismo"). Por mucho que se esfuerce el Padre Lumbreras en presentarnos hondas señales que evidencian el uso que hizo Campanella de la duda como método eficaz de investigación, no destruirá la afirmación patentísima de que corresponde a Descartes el mérito de haberla utilizado en el reducto capital y supremo que

[74] Fray Pedro Lumbreras: *Estudios filosóficos,* Biblioteca de Tomistas Españoles, Valencia, 1930.

constituye la filosofía del Renacimiento. La duda es, en Descartes, una esencial cuestión metódica. Desde San Agustín se sabía ya cómo la duda no es precisamente escepticismo, ni conduce a él. Mal podía ser escéptica una actitud filosófica como la cartesiana, que recurría a la duda para conseguir la aprehensión de una certeza. El P. Lumbreras, al estudiar el carácter de la duda cartesiana, dice muy finas cosas. No podía ser, concluye, una duda ficticia, esto es, un cómodo artificio del que pudiera hacerse uso a capricho, una duda presupuesta. Se trata, pues, de una duda real, que sobrecogió, efectivamente, a Descartes. En efecto, una duda ficticia no me ofrece seguridad acerca de su carácter de duda, y, por tanto, no eludo posibles resultados escépticos, pues ni la duda misma me sería lícito afirmar como realidad.

Vea el Padre Lumbreras cómo es este el mejor argumento en pro del carácter real de la duda cartesiana. Descartes, una vez en posesión de la primaria realidad descubierta, construye su filosofía, al contrario de Campanella, que no logra estructurar una filosofía, y de su empirismo primero pasa a unas brumosidades neoplatónicas. Pero acontece a Descartes un hecho curioso. Era un filósofo estricto —al contrario también de Campanella, hombre híbrido, mezcla de filósofo, teólogo, astrólogo y conspirador—, sin sombra alguna de influjo teológico, al modo medieval. No ofrece duda alguna que, al adscribir la existencia de Dios a una idea innata lo hizo guiado por una pura obligatoriedad filosófica. Es lo que ha servido luego, sin embargo, para que algunos autores acentúen su ligazón con la tradición teológica agustiniana. Descartes mantuvo siempre, en materia teológica y dogmática, una discreta inhibición. Su innatismo equivale, no obstante, a un enlace con la tradición de la escolástica hasta Santo Tomás. Tal como aparecía el problema desde éste, que no admitía para la idea de Dios sino dos vías: la revelación por medio de la Iglesia, o la demostración, *a pos-teriori,* por sus efectos, el alma humana que careciese de ellas habría de deslizarse al ateísmo. Y véase cómo Descartes, sin propósito alguno de hacer teología dogmática, establece una continuidad y salva uno de los escollos del tomismo. No aspiró, sin duda, Descartes a tal honor. El Padre Lumbreras, al final de su volumen, comenta y aclara el hecho de que la Iglesia haya proclamado como única filosofía oficial la filosofía de Santo Tomás. En forma de veinticuatro tesis tomistas, que han de ser las normas directivas de toda especulación. Bien es cierto que los Papas, al decretar que se la considere como única filosofía enseñable, lo hacen con la advertencia de que sea propuesta, no impuesta, pues "se trata de filosofía y no de fe". La Iglesia tiene perfectísimo derecho a todo esto, pues no es una institución que exista en el mundo para crear filosofía, sino para propagar y extender unos dogmas. Si cree que la filosofía tomista le ayuda en esta tarea, con fines puramente apologéticos, nadie puede impedirle que la utilice. Pero ¿y el filósofo de nuestro tiempo que permanezca sumergido en Santo Tomás?

[Revista de Occidente, 90, diciembre de 1930, págs. 361-365. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 137-144. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 97-102].

OTRAS PUBLICACIONES

Juventud e impresionismo

A don Eugenio d'Ors, que disparó el adjetivo a quemarropa.

Este sitio en que escribo es un vergel cartujo en decadencia. El valle del Lozoya riega su soledad con los lagrimones de los montes. Fértil en tristeza, alimentada por inagotables glándulas de nieve. Los valles son siempre herméticos al llano, que burla sus guardias y logra introducirse por las carreteras. El valle mismo es un habitáculo gigante en la llanura. Los arquitectos geológicos no le hicieron techumbre, porque se gastaron el presupuesto en la inútil solidez de las murallas. Los arquitectos de cavernas fueron más cabales. Sabían más matemática.

Hoy, en este sitio, una fábrica sustituye al viejo Monasterio en ruinas. Las manos pedigüeñas de los frailes son ahora camiones insolentes. Los pinos, los hombres, las bestias y las rocas del valle cambiaron de señor. La fábrica, ya un poco vieja y decrépita a tanto fumar en su grandiosa pipa, conocerá también algún día las brisas decadentes. Etcétera, etc.

Es aquí donde hemos meditado acerca de la juventud. Como se ve, sin la menor coacción sospechosa de infidelidad. Buscando atmósferas imparciales y benévolas.

Toda novedad auténtica está condenada, por radical designio, a no ser comprendida. Es el caso de las juventudes cuando acometen la creación de nuevos estilos de vitalidad. Los años mozos son envidiables, no por lo que en ellos se haga, sino precisamente por lo contrario: por lo que en ellos deja de hacerse. Esa posible desviación, esa convergencia de rutas desatendidas —solicitaciones fracasadas del exterior— otorgan a la vida joven los máximos rangos. El joven goza cada minuto de ese peculiar sentido, atrofiado en la madurez, que se nutre de renunciar a unos valores por conquistar otros. Acontece en momentos de crisis para una cultura que las preferencias de las almas jóvenes difieren de las que tendrían sus padres ante los mismos inminentes compromisos. He aquí la eterna disconformidad de las generaciones. Esas generaciones terminales que proporcionan al joven, por lo menos, una enseñanza: la de volver la espalda a sus emblemas. Quede aquí consignado un rápido ejemplo de esto que decimos: será suficiente a la actual juventud, cuando intente dar a la vida política un rumbo casi perfecto, que se sitúe ante el problema de España de manera opuesta a como lo hizo la generación del 98. (Sin que esto signifique creer que aquellos hombres padecieran limitaciones miópicas.)

Acontece que la juventud actual es recibida con suspicacia en todos los recintos. Existe un vago recelo a sus iniciativas, porque se la sospecha víctima de un tremendo afán cósmico por destruir valores. La vieja generación teme que los jóvenes destruyan sus valores. Las morales nacientes no suelen respetar escrúpulos venerables. Porque en ellas es siempre legítimo que si yo no poseo un valor, ni puedo conseguirlo, me esfuerce en negar a ese valor toda vigencia. E implante los míos. No es éste el caso de las juventudes actuales. No niegan los viejos valores. Por el contrario, los reafirman y superan. El recelo, pues, no tiene justificación. Fuera de algunas voces aisladas, de ineficaz propósito, en todas partes la nueva juventud asimila los frutos antiguos. No niega la filosofía ni la ciencia, ni el arte, ni la vida política. Es muy posible que esto pueda acontecer algún día. Pero, por fortuna, ese día no es el nuestro. La actitud radical ante el arte viejo consistiría lógicamente, entonces, no en hacer surrealismo, como ahora, sino en la negación total del arte. Esas negaciones radicales y suicidas no se advierten en las juventudes de hoy. ¿A qué, pues, recelar de ellas?

Nosotros hemos oído por ahí que la juventud actual es impresionista. Nos referimos, claro es, a juventudes intelectuales, aunque el debate pueda generalizarse sin modificación esencial a otras áreas cualesquiera. ¿Es legítima una acusación así? Recogemos las alusiones por varios motivos. Uno es que formamos parte del bloque juvenil recién llegado, quizá unido todavía con lazo umbilical a la Universidad. Otro, más particular, es que mi profesión de dubitador impenitente es bien devota de las realidades en torno, y conoce por imperativos de curiosidad lo poco o mucho que intentan elaborar los jóvenes del día. Desde los grupos selectos que bracean con los máximos valores de la cultura hasta los grupitos de pobres diablos que arman camorra liberal en los viejos y resquebrajados Ateneos.

El vocablo *impresionismo* tiene, en la acusación denunciada por nosotros, un claro matiz peyorativo, y parece indicar que los jóvenes no apuran los problemas de la inteligencia con suficiente

vigor y disciplina. Que, en una palabra, no son fieles al espíritu. Entregándose a la primera sugestión que llega. Mucho nos tememos que tal absurdo tenga su origen en la extrañeza que produce a algunos señores el que los jóvenes intelectuales manejen con agilidad las estructuras difíciles. El fenómeno es cierto, y a nadie debe producir pasmo. La física de Heisenberg, la filosofía de Ortega y todo lo referente al arte nuevo es comprendido con más rapidez por un muchacho de veintitrés años que por un señor maduro, de cincuenta. Cuando ese muchacho habla de la física indeterminista o del *a priori* fenomenológico, lo primero que se le ocurre pensar al señor maduro es que está viciado de *impresionismo* y habla de las personas y las cosas sin tener de ellas nociones "claras y distintas". Lo que supone en el enjuiciador apresurado tanto exceso de orgullo como ausencia de generosidad para las juventudes.

Convénzase el señor D'Ors de que lo extraño es, en realidad, que nuestra juventud no sea *impresionista.* Los magisterios universitarios y extrauniversitarios que la dirigen es posible que no alcancen siquiera ese nivel gracioso. "¡Los impresionistas han sido ustedes!", pueden vociferar con justicia los jóvenes intelectuales de ahora. ¿Dónde está aquí un bloque magnífico de maestros que garanticen a la juventud estudiosa la posibilidad de derribar de un puñetazo las limitaciones actuales de los saberes? Ese bloque, que existe en Italia, pongamos como ejemplo de país parejo al nuestro en *anormalidad* de cultura como en voluntad de resurgimiento. He aquí, pues, la generación pasada, impresionista y culpable.

No lo remedian por falta de ambiente, por falta de medios y —digámoslo muy en serio— por sobra de genialidad los cuatro o cinco grandes maestros que hoy tenemos en unas cuantas disciplinas. Se les escatima incluso el entregarles las riendas directoras de la cultura. Amenazada su eficacia y en peligro su labor docente. Hoy mismo vemos cómo la frailería intenta el desprestigio del señor Ortega y Gasset por el pecado vitando de hacer posibles en España estudios filosóficos auténticos. En estas condiciones la cultura superior del país, decir a los jóvenes que son *impresionistas* es un poco risible, si no fuera también, a la vez, un poco triste.

El reducido grupo de jóvenes amigos que nos entrenamos actualmente en disciplinas filosóficas nos encontramos con que el primer obstáculo es que no existe una mediana biblioteca de filosofía, ni siquiera un centro especial consagrado a estos estudios. Con dificultad se encuentran por ahí unas cuantas docenas de libros alemanes. Estos ejemplares brindan a los jóvenes la sorpresa diaria de advertir que no han tenido un solo lector desde que llegaron, hace treinta o cuarenta años.

De esta forma, los jóvenes comprenden que hay que salvarse por sí mismos, dando la batalla a la cultura con sus propios medios. Este solo gesto bastaría para invalidar toda denominación injusta de impresionismo. Es lo que ha iniciado con legítimo vigor joven en el sector literario, y hasta político —que es hoy imprescindible—, mi entrañable camarada Giménez Caballero. Con toda rotundidad.

Desearíamos que don Eugenio d'Ors —hombre valiosísimo, a quien yo admiro mucho— aclarase en qué sentido cree él que la juventud española está enferma de *impresionismo.*

[Atlántico, 3, Madrid, 5 de agosto de 1929, págs. 14-16]

La "Gestalttheorie"

No se crea, no se crea que "el camino seguro de una ciencia", añorado por Kant para su filosofía, ofrece seguridades absolutas. Hace ya tiempo, medio siglo quizá, que el matiz polémico ocupa en las ciencias más firmes espacios enormes. Es, si se quiere, una nueva y radical manera de contemplar el espectáculo científico, que de todos modos supera las concepciones antiguas. El desarrollo de las ciencias se hizo a costa de renunciar a un gran número de nociones difíciles. El principio de economía —de esfuerzo abstracto— ha regido la marcha científica durante los dos últimos dos siglos. Era previsible que una época mejor dotada y heroica acometiese el cultivo de las dificultades eludidas. Para la matemática, podemos señalar el comienzo de una era así en las exploraciones cantorianas que dieron lugar a la magna teoría de los conjuntos. Las Aritméticas transfínitas y la gran discusión suscitada alrededor del conocido axioma de Zarmelo mantiene hoy a esta ciencia en el cauce polémico.

Sin olvidar la renacida pelea en torno al intuicionismo, que en las altas esferas del Análisis matemático sostienen Brouwer, Fréchet y otros.

La *Gestalttheorie* —teoría de la figura o de la estructura— supone para la Psicología uno de esos

fundamentales parpadeos que ponen en quiebra la raíz misma de los saberes. Pues considérese la Psicología, ciencia moderna y petulante, creyéndose ya en ruta ascendente y definitiva, tras de unos *objetos de conciencia* bien localizados y fieles, con unos átomos —las sensaciones— que se prestaban a toda clase de recursos. Y de pronto, la *Gestalttheorie* declara falsos esos objetos, requiriendo para la Psicología una problemática de más firme nivel. Después de la relatividad einsteniana, no creemos que en los años últimos se haya lanzado al mundo una teoría científica de tan honda sugestión. Las peripecias teoréticas que ha sufrido la psicología, desde sus primeros esfuerzos para constituirse en centro de sí misma, son sobremanera curiosas, y ofrecen rasgos que se prestan a consideraciones de interés. Ha sido, durante cincuenta años, la niña terrible de la filosofía y su elemento perturbador más tenaz. En lugar de perspectivas claras, el psicologismo ha Introducido en la filosofía sombras y nieblas.

La *Gestalttheorie* ha tenido el más resonante de los éxitos, y yo la creo limpia de todos los errores de constitución que se advertían en la que ya podemos llamar antigua psicología. Sus creadores, Wertheimer, W. Kohler y Koffka, y un gran número de estudiosos discípulos suyos, tratan hoy de dar a la nueva teoría una estructuración perfecta y sistemática. Los vigías meritísimos de la "Revista de Occidente" tradujeron a su tiempo un libro de Koffka, *Bases de la evolución psíquica,* escrito en los años iniciales de la *Gestalttheorie,* y que es una prueba de las anchas y seguras posibilidades que ofrece para el porvenir científico.

La palabra *Gestalt,* impuesta por estos psicólogos en sus obras, ha sido una de las barreras más tenaces para la comprensión de la teoría. Así, en una reciente discusión de Köhler y Rignano, en la revista *Scientia,* la objeción central de este último tenía su origen en que no comprendía con suficiente claridad ese término endiablado.

Bien es cierto que Rignano, tan admirable en su buena voluntad científica como mediocre en su labor creadora, no es psicólogo muy a propósito para comprender a los *gestaltistas.*

La teoría de la figura entraña una nueva manera de concebir la percepción. En este dominio existía desde Binet la tendencia más absurda. Los *gestaltistas* fundan la psicología no tanto en el estudio de la psique como en el estudio de los objetos que esa psique percibe. La presencia de unidades y grupos (Einhelten und Gruppen), por ellos denunciada, y la no aceptación de sensaciones elementales independientes, ha constituido su inicial punto de partida. En un campo visual, por ejemplo, los estados locales vendrían a depender de su posición, situación y del papel que jueguen en la unidad de la figura. La psicología es definida por Koffka como la ciencia que estudia "la conducta de los seres vivos en su contacto con el mundo ambiente". Este mundo ambiente, afirman los *gestaltistas,* no existe para el ser vivo como un número infinito de sensaciones elementales, sino que, por el contrario, está formado por grupos coherentes en sí mismos, previstos de indiscutible unidad, y que destacan una redondez magnífica del lugar donde se hallen. Esto quiere decir al hablar de *Gestalten in engeren Sinne* (figuras en sentido estricto).

Rignano cree que es inadmisible admitir es estos tiempos esa especie de "formar a priori", y en la discusión a que nos hemos referido calificó a los *gestaltistas* de kantianos tardíos. Y de recaer en el subjetivismo.

Como se ve, la psicología de las figuras es de base física y experimental. Está volcada a lo exterior y derrumba los métodos introspectivos que seguía el antiguo asocionismo. Cuando se contempla la gran arquitectura psicológica que se dispone a realizar la preciosa audacia de estos sabios, se es optimista en cuanto a los destinos de nuestro tiempo, objeto por la moda de tantas predicciones lúgubres.

La *Gestalttheorie,* en resumen, es una física especial, de amplio rodaje especulativo, y haciendo uso de que mis pocos años me autorizan a hacer una afirmación rotunda, sin que nadie tenga derecho a exigirme pruebas ni demostraciones, apunto aquí la idea de que todo este armazón psicológico va a constituir en plazo breve algo así como la fuente de problemas de la disciplina que hoy conocemos con el nombre de física matemática. Psicología trascendental.

[*Hélix,* 10 (extr.), Vilafranca del Penedés, diciembre de 1929, págs. 9 y 11]

Gracián y Schopenhauer

No hay sino dos aromas que impregnen de interés a los objetos —interés, claro, para un ser

capaz de preferencias—: aquello que es semejante a nosotros, pero no idéntico —lo que llamaríamos paralelismo y dirección estricta—, o, bien, aquello que es idéntico a nosotros, pero justamente lo contrario. Este último el más eficaz, en presencia del que fracasa todo subterfugio. Para eludir el primero basta volver la mirada hacia el punto cardinal opuesto al que se identifica con nuestra paralela deleznable. Si cerramos los ojos ante el segundo objeto, chocamos con él. Hablamos de objetos que nos interesan de alguna manera, y, por ello, no queda excluido el caso en que interesan tan sólo para huir de ellos. Así, hacemos la más urgente fenomenología de ambas especies de interés, considerando su rasgo más diferencial: el que nos ofrecen cuando los dos tienen más de análogo: el de producirnos el interés de que desaparezcan. (No sé si resultará esto fácilmente inteligible; pero escribiendo sobre Gracián, en honor y honra suya, toda susceptibilidad de esta índole carece de sentido. Quizá tarde en presentársenos una tan grata ocasión de convivio conceptista.)

Pues bien: el gesto del atrabiliario Schopenhauer, fijando sus recias pupilas en los libros, hechos y dichos de Gracián, es una realización cumplida y exacta del segundo aroma, interés o preferencia por las cosas y personas, que denunciamos en las alambicadas líneas anteriores. Gracián es, para Schopenhauer, su idéntico mismo, a la vez que su idéntico contrario. La posible paradoja de esta frase reside en que no es paradójica, precisamente cuando su significado ideal —su objeto— está reclamando paradojismo.

Schopenhauer tradujo al alemán, en bella prosa, la prosa difícil y tenaz del *Oráculo.* A través de los discos y abstrusidades esquemáticas en que Gracián —director de la vanguardia conceptista— envolvió su pensamiento, Schopenhauer desentraña con magnífica habilidad todas las excelencias, poniendo a prueba su afición a Gracián, como un tributo varonil a las esquiveces desfloradas.

Hay un momento en la historia universal de las ideas —y aquí idea equivale a palpitación valiosa— en que todos los espíritus se aluden. Se encuentran a la misma luna. En que son guiados por preocupaciones, en cierto modo, fraternales. Por lo menos, inevitables analogías de gesto, de estilo. Uno de estos momentos se realiza en el siglo XVII. En el siglo de nuestro Gracián. Siglo áspero, sin aspereza, en que todas las posibilidades históricas se ofrecían al revés. Y, lo peor de todo, en que la conciencia registraba fielmente, con toda crueldad, la verdadera composición química del aire. Aire con la única impureza de ser aire puro. En esa hora, unos pueblos veían desaparecer, perderse, las magnas opulencias del gran Renacimiento. Otros pueblos —los que no lo habían gustado, sino combatido— añoraban igualmente la única salvación que hubiera podido redimirlos: la de rectificar y hundirse y embriagarse con los demás en aquella gran cosa que fue el gran Renacimiento.

En el siglo XVII, el pensador español —español y jesuíta— Gracián, aragonés de alcurnia y de penuria, es aquí la voz universal del pesimismo. El pesimismo del siglo XVII, ante cuyas narices habíanse cerrado, en un fatal descuido, unas puertas hechas con las tablas de la ley de los diez máximos valores. Es lo que conduce al gran artista Poussin a ensombrecer sus bacanales. Momento histórico sin sal ni venas tensas. Desvitalizado y mediocre. Con una sola excepción: la Matemática. Gracián envuelve en el mayor número posible de caparazones las agudezas que su ingenio logra extraer de la universal bellaquería. Su mundo es un mundo de relevo, de segunda potencia. Es la enseñanza de las máximas. Las máximas se nutren del fracaso de los apuros vitales para los que precisamente tendrían ellas eficacia. Por eso, los grandes hombres que se han complacido en bruñir máximas han resultado unos grandes ironistas, con ironía suficiente para alzarse contra toda lamentación y todo lagrimeo. Son seres con sensibilidad tan sólo para aquello que se va, que es, por esencia, decadente y triste. Pero su salvación es la máxima, la moraleja inmoral e ilegítima, que les permita edificar un mundo nuevo. Es algo de lo que le ocurre con la greguería a nuestro genial Ramón Gómez de la Serna.

Pues bien: Schopenhauer realizó el hallazgo de Gracián, advirtiendo en él al hombre ingenuo —e ingenioso— que quiere superar el pesimismo. Schopenhauer, aquí, en la misma dirección exactamente, regresaba. Su pesimismo era de una especial calidad, era un pesimismo metafísico, elaborado a base de todos los recursos. Sin tentar su radical superación. Cuando, con auxilio de la Metafísica —que es el auxilio más eficaz por su ineficacia—, realizamos algo, este algo es ya perenne metafísicamente, que es el grado de perennidad de duración más auténtica. Duración que no admite mediciones sino cuando la unidad extensa es una vida.

Schopenhauer salía, regresaba de un lugar análogo a aquel en que Gracián pugnó siempre por entrar. Lo que para Gracián pudo ser una atmósfera de Renacimiento, para Schopenhauer fue, con toda la integridad, la filosofía kantiana. Antes de los treinta años, Schopenhauer, con su más famoso

libro *El mundo como voluntad y representación,* estiró tanto una de las varias posibles derivaciones de Kant, que su lazo umbical quedó roto. En forma de una filosofía tosca y deleznable. Imposibilitado y pesimista. Una de sus cosas posteriores fue traducir, como dijimos, un libro de Gracián, servicio bien hecho, que deben agradecerle los españoles.

[Heraldo de Aragón, 1 de enero de 1930. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 167-171. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 121-124].

Un pleito entre escritores. Las migajas politicoliterarias del banquete en Pombo a Giménez Caballero. Ledesma Ramos y sus amigos no son fascistas

Recibimos la carta que sigue. HERALDO DE MADRID la acoge con gusto en sus columnas. Es verdad que nuestra vida literaria es muy pobre en vibraciones cívicas y cuando surgen pleitos de matiz político en su seno conviene subrayarlos para alegría de todos.

Lo imprescindible es que los escritores, aún más los jóvenes, se preocupen de la política. Es un síntoma grato.

"Señor director de HERALDO DE MADRID.

Mi respetable Sr. Fontdevilla: Me veo obligado a solicitar de usted publique en su periódico, el órgano más vivaz de la nueva generación española, las siguientes líneas, contestación a un artículo del Sr. Fernández Almagro, donde se me infería el agravio de considerarme —a mí y a otros— afecto a la mostrenquería reaccionaria.

Requiero la hospitalidad de su periódico para salir al paso a unas alusiones demasiado recargadas de injusticia, que el Sr. Fernández Almagro me dirige con motivo de mi intervención final en el banquete a Giménez Caballero.

Es bien triste que en estos momentos en que llueven por las planas de los periódicos opiniones juveniles y se espera como nunca que la generación recién llegada aclare la bruma política nacional sean desvirtuados y falsificados unos propósitos rotundamente nuevos lanzados por un grupo de jóvenes. Aunque sólo fuera por la seria tarea intelectual a que los nombres de estos jóvenes permanecen adscritos, debían merecer un poco más de respeto y atención.

No somos fascistas. Esta fácil etiqueta con que se nos quiere presentar en la vida pública es totalmente arbitraria. Si los elementos seudoliberales —los "restauradores", que viene a ser los mismo, no refiriéndonos a otros aquí— quieren combatirnos, y bien justificado está que lo hagan, tengan primero con nosotros la bondad elemental de enterarse de cuáles son nuestros propósitos y qué cosas queremos y propugnamos.

Vamos contra la vieja España[75] con propósitos superadores. Nuestra posición teórica véase y estúdiese en los libros del maestro José Ortega y Gasset, donde se hallará casi íntegra.

En todo caso, nuestra actitud no consiste sino en el lanzamiento de un idea nacional, a la que hemos de adherirnos con todo tesón. Esa idea nacional será por nosotros elaborada, justificándose en motivaciones que creemos indubitables. Resulta grotesco, por tanto, que por el solo hecho de poner ante la enseña liberal, a la que creemos envejecida y caduca, un signo de indiferencia y de desdén se nos crea en relación con ideologías reaccionarias, tradicionalismo carlista y demás carroña histórica. Nuestras reservas al liberalismo residen en nuestro afán de superarlo briosamente[76].

Gracias, señor director, y créame sus atento s.s. y amigo R. Ledesma Ramos."

[Heraldo de Madrid, 21 de enero de 1930, pág. 13]

Notas al libro Introducción a la filosofía matemática, de Walther Brand y

[75] Línea censurada en *HdM.*
[76] Línea censurada en *HdM.*

Marie Deutschbein, Revista de Occidente, Madrid, 1930

Págs. 44-45, nota 1

Se refieren, sin duda, los autores a ciertas investigaciones de Brouwer. Este matemático intuicionsita, con la aprobación de Weyl, y muy recientemente también con la de Hilbert, ha evidenciado la invalidez del principio de tercio excluido en cuestiones como la que sigue: En un número trascendente, por ejemplo, el número *e,* base de los logaritmos neperianos, ¿aparecerán alguna vez las diez primeras cifras en su orden natural?

Pág. 54, nota 1

En el texto *Wahrheitswert.* Podíamos traducir *valor de verdad,* pero nos parece confuso, y preferimos la palabra *valor* sólo. Entiéndase que se refiere a una nota íntima, primaria, adscrita profundamente a cada enunciado.

Pág. 112, nota 1

Aluden los autores a una demostración debida a König, que utilizando y basándose en un teorema de Bernstein dedujo que el continuo no es un conjunto bien ordenado. Pero ese teorema de Bernstein pareció luego insuficiente, y la deducción de Kónig quedó por esta causa en el aire.

Pág. 130, nota 1

Esta cuestión famosa, también llamada "el último teorema de Fermat", constituye desde hace cien años la pesadilla de todos los matemáticos que investigan en teoría de números. Puede enunciarse así: "Si $n > 2$ no existen tres enteros x, y, z tales que se tenga $x^n + y^n = z^n$" Como se ve, señala la imposibilidad de generalizar la conocida ecuación pitagórica $x^2 + y^2 = z^2$. El matemático Fermat era, al parecer, hombre de humor, y de acuerdo con el carácter de su época, muy dada a los torneos de agudeza matemática, legó al mundo una serie de cuestiones difíciles, ocultando las demostraciones obtenidas por él. Todas ellas han sido resueltas por los matemáticos posteriores menos ésta que nos ocupa. Fermat dejó escrito el enunciado en las márgenes de un libro de su propiedad, una *Aritmética* de Diofanto, afirmando que él la había resuelto, pero que no trascribía la demostración por falta de espacio. El hecho de que nadie lo haya logrado hasta ahora permite suponer que Fermat no lo consiguió tampoco. Se han hecho demostraciones para valores particulares de *n,* como los inferiores a 100, menos para n = 37,59 y 67, que están aún sin demostrar. Por trabajar en este teorema se han obtenido indirectamente resultados muy valiosos en teoría de números. Puede decirse que todas las investigaciones de Kum-mer se debieron a sus preocupaciones por este teorema.

Pág. 142, nota 1

Parece oportuno aludir aquí a ciertos intentos de los físicos actuales que imprimen a su disciplina un decisivo carácter indeterminista. La gravedad teorética de esos esfuerzos es incalculable, y a su lado aparecen minúsculas las pretensiones de la relatividad de Einstein. Born y Heisenberg —este último creador de la mecánica estadística— fueron los primeros en aplicar a la teoría ondulatoria una significación meramente estadística. La función de onda en la ecuación de Schródinger alude a una probabilidad. Esta se propagaría en un espacio cuyo número de dimensiones equivaldría al de grados de libertad del sistema. Lo que lleva consigo la utilización de una nueva matemática —cálculo de *matrices*—, pues se insinúa que la geometría diferencial y el análisis matemático clásico alcanzarían tan sólo una validez macrocósmica, pero no en el universo microcósmico e indeterminista. Nadie creería hace cien años que esas dos palabras irían unidas: Física indeterminista.

Pág. 210, nota 1

Pues observe el lector poco matemático que si en la primera igualdad de la transformación de Galileo, $x' = x - vt$, derivamos dos veces con respecto a t, se obtiene igual derivada segunda para x' y para x. De aquí esa invariancia en la ecuación de la fuerza.

[Por encargo directo de José Ortega y Gasset, Ramiro Ledesma Ramos tradujo al español el libro *Eintuhrimg in die Philosophischen Grundlagen der Mathematik,* de Walther Brand y Marie Deutschbein, que será publicado, con el título *Introducción a la filosofía matemática,* en 1930 (Re-vista de Occidente, Madrid, 246 págs.). Hemos incluido las seis notas introducidas por el traductor]

La Filosofía, disciplina imperial (Notas para una fenomenología del conocimiento filosófico)

"Dasein ist in der Weise, seiend so etwas wie Sein zu verstehen.", M. Heidegger: *Sein und Zeit,* pág. 17.

Cualquier método que sigamos para ensayar una definición de la filosofía fracasa de modo inevitable. Quizá sea el conocimiento filosófico el único que, en el panorama total de los saberes, resulta inabordable desde afuera, esto es, que posee su propia justificación y su secreto en él mismo, y sobre el que no recae un afán concreto que lo localice y sitúe ante una capacidad inquiridora. No hay un ir hacia la filosofía como hay un ir hacia la física, por ejemplo. La filosofía crea sus objetos, les da vida problemática y los legitima como tales. La física y, en general, todas las ciencias, al contrario de eso, elige y destaca sus objetos de entre las cosas que están ahí, dadas, los acota y ciñe a ellos su función de conocimiento. Si no hubiera filósofos y, por tanto, filosofía, los objetos filosóficos permanecerían en las sombras, ignorados, sin existir en el sentido mismo en que ahora los aprehendemos. (Obsérvese curiosamente como, a través de la historia de la filosofía, aparece con cierta frecuencia el signo peculiar del ser en un depender necesario del filósofo, sin que ello deba confundirse con ninguna clase de relativismo psicologista; así, el "ser es ser percibido", de Berkeley; el "ser es ser pensado", del idealismo; el "ser es ser en la conciencia trascendental", de la filosofía kantiana y neokantiana; el "ser es ser vivido", de Husserl; y, por último, el "ser es ser preguntado, reclamado", de Ortega.) No acontece esto en las ciencias, cuyos objetos le son exteriores y no necesitan de las ciencias para ser objetos. Ya vio muy claramente Simmel estas diferencias, cuando escribe de la filosofía que "ella misma es el primero de sus problemas", y que lo que ella sea, sólo con sus propios métodos puede determinarse *(Hauptprobleme der Philosophie,* página 8, Sammlung Göschen). Ello explica que una capacidad filosófica potente se baste a sí misma para escalar los lugares más altos. Es lo acaecido en Fichte, hombre que "sabía" muy pocas cosas, pero de una robustez para la filosofía verdaderamente genial. Ahora bien: un sabio de capacidad científica superlativa nada puede hacer, si ante él no se presentan unos objetos, en el *ser* mismo que *le interesa investigar.* Aún más: acota esos objetos, porque poseen ese *ser* y no otro. Prueba de que con ese *ser* se conforma, sin añadir nada, limitándose a él con servidumbre. Por esto, si a una inteligencia poderosa y virgen le explicamos qué es la física, pero no le damos fenómenos, esto es, cosas, aconteceres luminosos, eléctricos, etc., a este hombre el concepto de la física le sería ininteligible.

Una ligera reflexión sobre esto que hemos dicho nos conduce a descubrir la característica esencial de la filosofía: la de ser y constituir un sistema. El saber filosófico es saber sistemático. Cosa que a él tan solo le acontece, pues a los conocimientos científicos —como tales— les está vedada esa pretensión. Fue un loco propósito del anterior siglo el de sistematizar los problemas y los resultados científicos. Ello surgió a causa de que se había perdido el timón de estos dos conceptos: ciencia y filosofía. Así pudo llegarse, de un lado, por el idealismo, a elaborar una filosofía de la naturaleza, que no es ciencia, y de otro, a la culminación del positivismo, que no es filosofía.

El proceso mismo en que tiene lugar el hallazgo de ambas clases de saberes, filosóficos y científicos, denuncia claramente su genuina diversidad. Cuando Hegel pensaba, con imperial gesto, que no hay conocimiento posible sino dentro de un sistema, lo hacía ante la misma idea de fidelidad a la filosofía que hoy nos informa y sostiene. "Die wahre Gestalt, in welcher die Wahrheit existiert, kann allein das wissenschaftliche System derselben sein." *(Phänomenologie des Geistes,* página 5, ed. Lasson.) Esto escribió Hegel, el creador del sistema de más bellos y más falsos perfiles. Pero la necesidad del sistema que ahí aparece, en tan borrosa terminología como clara ideación, entraña la actual inquietud de pura gravitación hacia la filosofía. Mas la ciencia, repetimos, no es sistemática. Se lo impide ese su depender absoluto de algo que no es de ella, que, por tanto, está sobre ella, forjando su destino último. La ciencia, en verdad, camina sobre rieles teoréticos. Su marcha es a base de jornadas sucesivas, que obedecen a resortes curiosísimos. Meyerson ha hecho, a este respecto, consideraciones de muy fina y superior calidad. Cuando Fresnel creó su teoría de la luz, lo único que *demostraba* es que la luz no puede ser una emisión. Así, el proceso de creación científica viene a ser éste: Tal cosa, o teoría, que hoy se admite por los sabios, demuestro que es imposible, que es falsa. Mi contribución positiva a la marcha de la ciencia es esa demostración negativa de imposibilidad. Ahora bien: si una teoría es debelada por mí, vengo obligado a construir otra, a afirmar otra que suplante a aquélla. El único asidero de legitimidad para mi construcción es realmente que triunfa de mis críticas a la teoría antigua. El que no le alcanzan estas críticas y está libre de ellas. De aquí que la teoría científica se nos ofrezca dotada con el mismo carácter de rigidez. Lo que nos lleva

a una paradoja que encierra todo el profundo sentido de lo que la ciencia es y significa. Y es ésta: La mayor prueba de que una teoría científica es *verdadera* —legítima— consistirá precisamente en que pueda ser refutada algún día. Su parte afirmativa adquiere tan sólo entonces sabor científico genuino. Esto en cuanto a lo que la ciencia tiene de teórico, que es de donde proceden sus habituales confusiones con la filosofía. Pues su estricto matiz experimental, atenido a *esto que ahora observo,* aunque le confieran mis métodos validez universal y firmeza absoluta, no despierta peligro alguno de esa índole.

Ahora bien: ¿qué es un sistema?

Caben tres actitudes frente al mundo: la del filósofo, la del científico y la del hombre ingenuo. En los tres es posible el conocimiento, si bien de muy distinto rango. No de validez, claro, que, sin duda, es la misma para todos, sino rango de objetos sobre los que la atención cognoscitiva de unos y otros se dirige. Ya insinuamos antes que los objetos del filósofo no se presentan dados ante él, sino que tienen que ser descubiertos. Pues bien: la fórmula para ese descubrir, ese ver en alguna cosa capacidad de objeto para la filosofía, es lo que llamamos un sistema. Por ello, no hay filosofía asistemática o sin pretensión agudísima de constituir un sistema. La presencia de éste puede no ser visible en las filosofías, haber quedado inexpreso por los filósofos; pero el sistema —su idea estructuradora— residía en ellos, oscurecido y latente. El hecho mismo de decidirse a filosofar presupone, en cierto modo, el sistema, un sistema que tiene a su cargo la tarea radical de legitimar las obtenciones y situarlas ante nosotros como *saber* filosófico estricto.

El filósofo tiende a una concepción integral del universo, del que forman parte, claro es, los objetos del científico y del hombre ingenuo. Estos últimos seccionan el universo y persiguen así verdades particulares, sin nexo alguno con el resto del ser. Si deseáramos precisar el sentido que, en el campo de los saberes, corresponde a estos dos tipos de hombre, el científico y el ingenuo, observaríamos analogías sorprendentes. Yo vengo sosteniendo en mis escritos, con alguna tenacidad, que la ciencia, la actitud científica, es algo que existe realmente en el mundo desde hace sólo cuatro o cinco siglos. Antes no hubo sino filósofos y hombres ingenuos. El científico sale de estos últimos, superando con impulso grandioso la estrecha visión que los caracteriza. Las verdades de que dispone el hombre ingenuo son verdades aisladas, que se bastan a sí mismas en una restricta finalidad, sin que necesiten nada de otras verdades. Surgen solicitadas concretamente, ellas mismas, agotando el impulso cognoscitivo del interrogador. El científico supera esta primitiva actitud frente al saber del mundo. Lo indican así tres cosas: una, que investiga, esto es, que persigue con uniformidad una tarea, que ha atrapado unos objetos; otra, que le absorbe como un afán de conocer esos objetos, de articular un saber de ellos, y, por último, que otorga a la causalidad la atención suprema. Casi casi, conocer *esto* es para él conocer las causas de *esto.* Hay aquí una glorificación del ser mismo de las relaciones, que culmina en la ciencia positiva del siglo XIX. Al positivismo no le interesaban las cosas como tales, sino las relaciones entre ellas, que son su cualidad más primordial y patente.

Preguntémonos de nuevo: ¿Qué es un sistema?

En algunas ocasiones, el saber lo que una cosa "no es" nos facilita el camino hacia lo que es en realidad. Así, decimos aquí que un sistema no es simplemente un grupo de saberes articulados o conexos. No es tampoco la ordenación o legitimación de unas verdades que andaban por ahí, sueltas, como gaviotas. Y menos aun que eso, un dogma inicial, del que surjan, obedientes, por interna capacidad creadora, todos los saberes posibles.

Por haber tendido a alguna de esas erróneas concepciones del sistema, varias filosofías —y, más que ellas, el vocablo mismo de *sistema*— llegaron en su día a un desprestigio radical. Urge, pues, de nuevo otorgarle sentido auténtico, centrándolo en la privilegiada situación que le corresponde. Ello constituye la tarea inmediata del presente filosófico, que necesita del sistema, volver al sistema, si, en realidad, pretende con ahínco crear filosofía.

Un sistema es algo que permite la presencia del ser ante la vida humana.

Esa presencia es un orbe de problematismos, a los que el filósofo lanza sus dardos teoréticos. Sin ese orbe, la tarea filosófica es pura infecundidad. Presencia del ser, patencia del ser, equivale a evidencia del ser, y conduce a conocimiento del ser. Pero conocimiento de una cosa es una explicación conceptual de ella. Quizá en este segundo estadio, el de nuestras relaciones con el ser —en que lo aprehendemos conceptualmente—, es donde aparece con más cercana precisión la necesidad del sistema. El tránsito de una intuición esencial —y, en general, de algo que se ofrece a mí de un modo patente— a un saber conceptual de ella es algo que requiere el auxilio de una teoría

de las categorías del ser. Pero esto último es sólo posible dentro de un sistema. Un tercer estadio en la elaboración sistemática lo constituye la tendencia a aplicar las categorías del ser a la variedad de objetos filosóficos que forman las regiones *del ser de la experiencia.* Aquí nos encontramos —e interfieren, a veces, con nosotros— a los investigadores científicos en su hacer teorético, tras de un ser real que les parpadea y huye.

Si todo filósofo, en tanto que filosofa con legitimidad, necesita del sistema, no quiere ello decir que ese sistema sea un sistema suyo, elaborado por él íntegramente. No existe, en toda la historia de la filosofía, un solo filósofo del que pueda decirse que elaboró en su íntegra majestad un sistema. Un aspirante a la excepción es quizá Hegel; pero analizando un poco vigorosamente su obra, le advertimos situado en una tradición filosófica estricta, que, si no otras cosas, le proporcionó, desde luego, una concepción del ser.

Precisemos de nuevo los tres estadios de la elaboración sistemática: el primero se resume en una pregunta que el filósofo se hace en los umbrales mismos de su hacer filosófico: ¿Qué es el ser? Para preguntarnos por el ser, necesitamos de él alguna noticia, por breve que sea. Pero en este primer paso sistemático, nada sabemos del ser —bien porque no exista saber alguno tradicional del ser, o bien porque ese saber tradicional del ser es declarado por nosotros inservible. Esa primera noticia, pues, ha de reemplazarse por una vaga curiosidad por el ser que al filósofo, y sólo a él, invade.

Semejante actitud filosófica, que necesita comenzar por teorizar sobre el ser, es muy rara en la historia de la filosofía. Quizá podamos descubrir sólo tres o cuatro momentos históricos en que los filósofos plantean con pureza y rigor esa reclamación auroral del ser. Pero ningún filósofo puede prescindir de una concepción del ser: lo que quiere decir que si en la Historia han existido sólo tres o cuatro corrientes sistemáticas, todas las filosofías han aceptado la tradición ontológica de las mismas. Sólo, por tanto, tres o cuatro veces se ha hecho radicalmente la humanidad la pregunta de qué sea el ser. Así vemos hoy todavía grandes núcleos de pensadores que están influidos por el saber ontológico de los griegos. Pero en esta época nuestra se inicia una revisión de esas influencias, y todo hace sospechar que asistimos a uno de esos raros momentos en que va a darse una respuesta original y nueva a esa pregunta o reclamación por el ser, lo que equivale a decir que adviene al mundo una nueva corriente sistemática. La pregunta original por el ser va a ser contestada cualquier día desde cualquier rincón del universo donde anide un sagaz filósofo.

Dejemos a un lado el segundo estadio, en el que es consumada una interpretación categorial del ser. A él permanece adscrita una teoría del conocimiento del ser (que no es una simple teoría del conocimiento).

El tercer estadio sistemático es el habitual en las filosofías. A él corresponde nuestro saber del mundo. Y presupone los dos anteriores, dense cuenta o no de ello los filósofos. Ya gravita aquí con imperiosa pujanza el aspecto óntico del universo, que da lugar a las exigencias de más rigor. El filósofo se ve rodeado, solicitado, por un ser real que reclama una estructura y, en cierto modo, un acatamiento. Ahora bien: ese ser real mismo es objeto de investigación en los laboratorios de los sabios, que lo aprehenden con unos métodos y una eficacia incuestionables. Ya dijimos antes que en este punto interferían los dos saberes: el saber científico y el saber filosófico del universo. El rango sistemático e imperial, por decirlo así, del segundo sirve de antena diferenciadora. Pues un sistema no nace de los saberes, sino que éstos son posibles gracias al sistema. La cercanía vital en que los conocimientos filosóficos se debaten está en relación directa con ese carácter sistemático que le asignamos. Por todo ello, es absurdo que el filósofo recoja de las ciencias *resultados.* Lo que no impide que estas verdades particulares de las ciencias sean, o puedan ser, verdades en un sistema. (La cuestión que se derivaría de aquí sería ésta: un sistema ¿tolera conocimientos obtenidos sin pretensión sistemática?).

Gracias a la inmersión vital del sistema, a su originaria inmediatez, la filosofía constituye casi un saber sin puestos. La ciencia, en cambio —y con ella cierta simplista filosofía—, adoptan frente al mundo una actitud natural, en algún modo pasiva. Presupone la existencia del mundo. Y no sólo eso, sino también su cognoscibilidad. Lo grave de esos supuestos no es que sean falsos o infundados, no es que sean, a la postre, ilegítimos. No; consiste más bien en que se utilizan unos *conceptos* —el de existir, el de conocer— que, por el hecho de ser conceptos, no pueden ser algo *dado,* sino obtenido. ¿Cómo y de dónde? ¡Ah! El recinto a que apuntan estas dificultades es el recinto de la filosofía y de su sistemática radical. Si el hombre careciese de agudeza filosófica, esos supuestos y otros de gravedad análoga se resistirían a nuestros asaltos teoréticos. Las ciencias serían solamente tautologías gigantescas. Sus *verdades* no alcanzarían sino este tipo de afirmaciones: existe lo que

existe; se mueve lo que tiene movimiento; se conoce lo cognoscible, etc.

Pero el filósofo es un hombre, y el científico es también un hombre. En ambos reside, pues, una entidad vital, que es, a la postre, el único gran supuesto de todos. Resulta, por tanto, que sin los auxilios de la filosofía, los saberes carecerían de legitimidad. Con lo que no queremos decir que fuesen falsos. Sólo el saber sistemático alcanza solidez y es inatacable. Aquello que no está dentro de un sistema no depende de sí, sino de otra cosa que lo trasciende. Cuando Nietzsche, que, por su carácter mismo de pensador arbitrario y genial, fue un hombre condenado a vivir a media luz, proclama que la rectitud de un juicio no basta para otorgarle justificación, busca, sin saberlo, la raíz misma de que se nutre la legitimidad de todas las verdades.

El saber filosófico, debido a su carácter de sistema, logra la máxima legitimidad, y por su esencia misma, está dotado de *capacidad de convivencia* frente al saber científico. Pero la filosofía centra sus problemas en el orbe mismo, donde todas las cosas se unifican y reciben el aliento primario que las hace objetos para nosotros. Es, por ello, según decimos en el título de estas leves notas, una disciplina imperial.

[El Sol, 22 de septiembre de 1931. En *Escritos filosóficos,* Imprenta y Encuademación de los Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1941, págs. 7-20. En *La Filosofía, disciplina imperial,* Tecnos, Madrid, 1982, págs. 5-14].

«La filosofía, disciplina imperial» es el título que quiso dar Ramiro Ledesma Ramos a un volumen que reuniese una selección de sus artículos filosóficos cuando en 1930, a la edad de veinticinco años, decidió cambiar la vida de estudio por la acción política. El libro fue publicado póstumamente en 1941 como «Escritos filosóficos», y hoy, medio siglo después de que su autor lo concibiera, Editorial Tecnos vuelve a sacarlo a la luz con el título original.

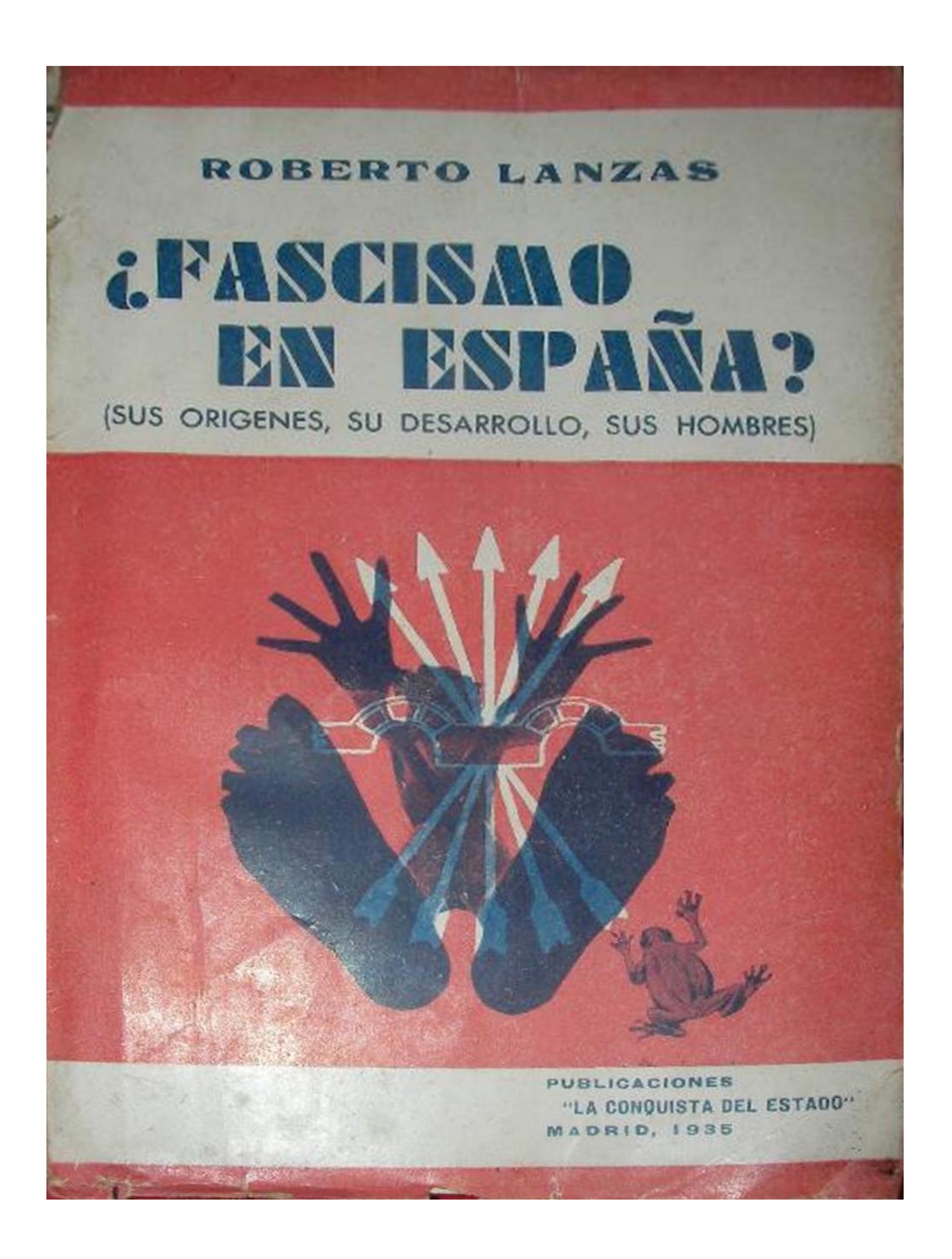
La figura de Ramiro Ledesma Ramos es eminentemente política, en la medida en que fue clave principal en la génesis del fascismo español dentro del marco de la Segunda República. Sus escritos políticos, recientemente reeditados también, son un documento imprescindible para la comprensión de esa época.

Al reeditar sus ensayos filosóficos de juventud, Editorial Tecnos desea igualmente aportar un documento de interés para la historia de la filosofía española de aquellos años.

Completa el volumen un estudio preliminar de Santiago Montero Díaz sobre la evolución intelectual de Ledesma Ramos.

Cuadernos de
Filosofía y Ensayo

tecnos


ROBERTO LANZAS
¿FASCISMO EN ESPAÑA?
(SUS ORIGENES, SU DESARROLLO, SUS HOMBRES)
PUBLICACIONES
"LA CONQUISTA DEL ESTADO"
MADRID, 1935

¿FASCISMO EN ESPAÑA?

Roberto Lanzas

UNAS LÍNEAS PREVIAS

Este libro tiene una explicación sencilla. Sitúa ante el lector los esfuerzos que han sido hechos en España para organizar de modo brioso un movimiento político, de entraña nacional profunda y grandes perspectivas sociales, mejor dicho, socialistas. Lo que las gentes llaman por ahí el fascismo.

El autor ha sido, desde las primeras jornadas, uno de los más fervorosos partidarios de este designio. Entré a formar parte de los primeros grupos nacional-sindicalistas que enarbolaron la bandera de las flechas yugadas y he permanecido en el movimiento hasta hace pocos meses, en que se produjeron los conocidos sucesos de orden interior, reflejos lamentables de descomposición y crisis.

He de manifestar que mi participación en el movimiento ha sido la de un militante de la base, un simple soldado de filas. No he desempeñado cargo alguno ni puedo ofrecer, por tanto, desde estas líneas previas una especial autoridad que confiera al libro prestancias espectaculares.

Ahora bien, creo disponer de dos ingredientes de valor altísimo, que, de seguro, agradecerá el lector y los estimará como los mejores para que este libro le ofrezca confianza. Uno, es mi honradez y mi fervor de militante, que me dota de especial sensibilidad para comprender el sentido de los esfuerzos a que aquí he de referirme. Otro, que poseo la información necesaria, que mis datos son de una autenticidad rigurosa. Pues he colaborado con cierta asiduidad en las revistas y en los periódicos del Partido y he sido honrado, de un modo permanente, con la amistad de los jefes, de los camaradas que han tenido a su cargo las tareas centrales de la organización. Mi información es directa. Ni una sola tilde de cuanto en el libro figura puede ser objeto de rectificación honrada. CUANTO SE DICE EN ESTAS PAGINAS ES RIGUROSAMENTE CIERTO, ES LA VERDAD, AUNQUE NATURALMENTE NO SEA NI PUEDA SER TODA LA VERDAD.

Por último, descubro al lector la causa profunda que me ha decidido a escribir y publicar esta obra. Tengo el firme convencimiento de que el deficiente desarrollo que hoy se percibe en la organización nacional-sindicalista obedece a causas de signo transitorio y, sobre todo, que es de eliminación sencilla. Espero contribuir, presentando con la máxima objetividad hasta sus más minúsculos detalles, a que puedan ser fácilmente precisados los errores y los motivos directos a que el movimiento debe su colapso en los meses últimos.

Estoy seguro de que me lo agradecerán los millares de jóvenes a quienes ese colapso del movimiento puede privar de consignas combativas y de bandera eficaz. Y estoy seguro también de que he de facilitar los trabajos para la victoria y vigorización triunfal del movimiento jonsista, cuyas ideas han sido la única levadura de FALANGE ESPAÑOLA y de las J.O.N.S., y cuyos hombres son los más desprovistos de responsabilidad en la coyuntura desgraciada que la organización atraviesa.

* * *

Rindo aquí mi más emocionado recuerdo a la memoria de los camaradas caídos en la lucha. Su abnegación, combatividad y espíritu de sacrificio revelan cómo la base militante ha estado en todo momento a la altura debida. En la etapa transcurrida, las organizaciones a que aquí vamos a referirnos habrán carecido de otras cosas, pero no de militantes heroicos y abnegados. Es incomprensible, a la vez que doloroso, asistir hoy a la descomposición y desviación de un movimiento en el que la base, los simples soldados, han revelado poseer una capacidad extraordinaria de disciplina, entusiasmo y espíritu de sacrificio.

* * *

Divido el libro en dos partes. La primera trata de explicar el fenómeno del fascismo, primero como actitud mundial, y después, como arista nacional de esta hora española. La segunda es un relato histórico, conciso y breve, acerca del nacimiento, desarrollo y situación presente de las organizaciones mostradas y señaladas en España como fascistas.

Ramiro Ledesma Ramos.

Madrid, noviembre de 1935.

PRIMERA PARTE

1. EL FASCISMO, COMO HECHO O FENÓMENO MUNDIAL

Fácilmente se comprenderá que cuantas veces utilizamos aquí la palabra "Fascismo" lo hacemos como una concesión al vocabulario polémico mundial, pero sin gran fe en la exactitud expresiva, ya que, por nuestra parte, nos inclinamos a negar al fascismo propiamente dicho características universales.

Hablar, pues, de Fascismo en España -según es el tema de este libro- no equivale a exponer las posibilidades de que en España se instaure o no un régimen político que se inspire directamente, ortodoxamente, en el régimen fascista italiano, sino que lo que se quiere decir, y a lo que se alude, es a una política concordante con lo que, en el panorama de las luchas políticas mundiales, se conoce por "Fascismo".

Es evidente que una pesquisa del fascismo, un examen de éste, no ya como régimen concreto de un país determinado, sino como concepto mundial operante, es una empresa lícita y posible. Podemos, en efecto, poner en fila una serie de características, de perfiles, de propósitos y de sueños, que nos entrega con claridad perfecta la figura exacta del fascismo, como fenómeno mundial. En el sentido de ese concepto, y sólo en él, cabe hablar del fascismo fuera de Italia, es decir, adquiere esa palabra capacidad universalista [1].

Podrá ser objeto de investigación el por qué ha adquirido esa palabra, ese concepto político, amplitud mundial. Es decir, podrá preguntarse cada uno cuál es el secreto de su tránsito, desde la proyección episódica y concreta sobre Italia hasta la significación mundial que hoy tiene. No nos interesa a nosotros hacer aquí esa investigación. Sólo nos fijaremos en dos factores, que sin ser desde luego los únicos, ni quizá los de más profundidad, han influido considerablemente en la universalización del fascismo.

Helos aquí:

1) Su tendencia al descubrimiento jurídico-político de un Estado nuevo, con la pretensión histórica de que ese Estado signifique, para el espíritu y las necesidades de la época, lo que el Estado liberal-parlamentario significó en todo el siglo XIX, hasta la Gran guerra.

2) Su estrategia de lucha contra una fuerza social -el marxismo, el partido clasista de los proletarios-, venciéndola revolucionariamente, y sustituyéndola en la ilusión y en el entusiasmo de las masas.

Pues el fracaso del sistema demoburgués ofrece hoy, efectivamente, características universales. Asistimos al hundimiento de las justificaciones morales, políticas y económicas que han sido el soporte del Estado liberal parlamentario, de la democracia burguesa. Cada día son los pueblos más incompatibles con todo cuanto ese régimen significa, y tal incompatibilidad llega a la exasperación y a la violencia cuando se trata de las juventudes mundiales, que son los sectores más implacablemente cercenados por la hipocresía y la flacidez de tal sistema.

En un trance histórico así, cuando casi el mundo entero busca sustitutivos eficaces, angustiado por el derrumbe irremediable de su patrimonio político antiguo, júzguese la capacidad expansiva de un régimen como el fascista de Italia, que se presentó desde el primer día, con inteligente petulancia, como el régimen superador -y por ende, continuador- de la democracia liberal y parlamentaria. Y ello, no sólo cuando ésta naufragaba en sus propias limitaciones, sino también cuando terminaba de sufrir la tremenda embestida bolchevique, y se movilizaban las masas rojas en todas partes a favor de la dictadura proletaria, es decir, contra los pobres vestigios demoburgueses que sobrevivían.

No puede extrañar que, en tal coyuntura, la victoria fascista italiana, su pesquisa afortunada de un Estado nuevo, surgido de la entraña misma de la época, de cara a sus dificultades esenciales y apelando a los valores más firmes -la angustia nacional, la necesidad de un orden y una disciplina, la preocupación por el destino histórico y económico del "todo" el pueblo-, polarizase la atención mundial.

Y veamos el segundo factor, el que nos presenta sus tareas combativas, su orden del día contra el marxismo, su revalorización del ímpetu y de la violencia.

Cuando Mussolini tomó el Poder en Roma tenía tras de sí más de dos años de lucha armada contra el marxismo. Su victoria supuso, por de pronto, la derrota radical y absoluta de la revolución socialista en Italia. Pero no tardó en percibir la Internacional de Moscú que esa victoria era más grave de lo que pudiera creerse,

---

[1] A primera vista parece que estos juicios nuestros se oponen a la concepción del fascismo que defienden algunos de sus teóricos más ilustres. Por ejemplo, la expuesta por Giménez Caballero en su conocido libro La nueva Catolicidad, que le asigna, como indica su mismo título, el rango de una fe universalista nueva. No hay, sin embargo, contradicción esencial, porque esa catolicidad o universalidad fascista la atribuye Giménez Caballero no estrictamente al fascismo mussoliniano, sino más bien a esa resultante mundial a cuya pesquisa nos estamos refiriendo. Hay además en Giménez Caballero el factor ROMA, inesquivable para comprender su concepción del fascismo. De acuerdo con los juicios que exponemos, podríamos decir, tan sólo, que ese famoso teórico del fascismo ha ido quizá demasiado lejos. O que se ha anticipado.

que no se debía, ni mucho menos, a la sola acción defensiva de la vieja sociedad, sino que había en ella, y se daban en ella, síntomas de más robusta traza.

Lo que la Internacional marxista -las dos, la II y la III- comenzó a percibir fue nada menos que esto: el fascismo parece no ser sólo un episodio nacional de Italia. Parece no ser sólo un incidente desgraciado para la revolución socialista mundial, producido en uno de los frentes, en Italia, y restringido a él. Parece más bien un signo de otro orden, una estrategia nueva contra nosotros, provista y alimentada por valores de calidad superior a la de los hasta ahora conocidos. Parece que esa estrategia puede muy bien adquirir rango mundial, es decir, ser desplegada contra el marxismo en el mundo entero. Parece asimismo que su propósito es transformar la vieja sociedad demoburguesa, el viejo Estado parlamentario, y forjar una sociedad nueva y un Estado nuevo, con suficiente vigor para vencer incluso las contradicciones últimas del régimen capitalista. Parece también que su poder de captación consigue hasta el enrolamiento de los proletarios, de los trabajadores, uniéndolos a la pequeña burguesía, a las clases medias, a las juventudes nacionalistas y a todos los patriotas.

La conclusión marxista a esas consideraciones fue, naturalmente, ésta: ¡Lucha mundial contra el fascismo! Una consigna así dio la vuelta al mundo antes de que el propio fascismo tuviese en él análogo cinturón de admiradores. En casi todas partes se organizó y propagó el antifascismo antes que el fascismo apareciese. Y obsérvese que la consigna antifascista no era exclusivamente protesta internacional revolucionaria contra el régimen de Italia, sino que se hacía de ella consigna nacional, contra las supuestas fuerzas fascistas del propio país.

El marxismo, la mística de la revolución proletaria mundial, tiene hoy núcleos fieles hasta en los rincones más apartados del Globo. Las mismas consignas aparecen en un cartelón comunista de los bolcheviques chinos que en uno de los austríacos o búlgaros. Puede hablarse de una internacional marxista, no sólo porque hay marxistas en casi todos los países, sino porque, además, son tipos humanos de calidad rigurosamente idéntica, que han retorcido el cuello a todo signo nacional y de raza, aún a costa de adquirir una configuración espiritual monstruosa. El militante rojo es el mismo en todas partes. Dispone de las mismas armas y lucha por los mismos objetivos. Es, por tanto, también vulnerable a las mismas flechas.

Claro que ese tambor batiente y guerrero contra el fascismo coincidió con otro, de sonido antagonista y contrario: el de las gentes angustiadas por la cercanía bolchevique; el de las gentes ligadas a un espíritu nacional profundo; el de las juventudes bélicas y generosas; el de todo ese gran sector de muchedumbre a la intemperie, ligadas, sin embargo, a una lealtad y a una continuidad de la cultura de su propia sangre.

* * *

No hay ni puede haber una Internacional fascista. El fascismo, como fenómeno mundial, no es hijo de una fe ecuménica, irradiada proféticamente por nadie. Es más bien un concepto que recoge una actitud mundial, que señala una coincidencia amplísima en la manera de acercarse el hombre de nuestra época a las cuestiones políticas, sociales y económicas más altas. Pero hay en esa actitud mundial zonas irreductibles, que son las primeras en denunciar la no universalidad originaria del fascismo. Pues su dimensión más profunda es lo "nacional". *De ahí que el fascismo no tenga otra universalidad que la que le preste el soporte "nacional" en que nace* [2].

Ahora bien, esa actitud, que denominamos fascista, tiene una realidad innegable en el mundo entero. Se trata de un hecho, que se dispone, con fortuna o no, a engendrar otros hechos, quizá más vigorosos. Poco importa, realmente, insistir en el modo cómo esa actitud ha llegado a adquirir vigencia. La historia se nutre y fecunda de hechos, sean cuales sean sus causas. Las fuerzas madres que la impulsan pueden tener los orígenes más sorprendentes y contradictorios.

El fascismo, la bandera del fascismo, la consigna del fascismo, la lucha en pro o en contra del fascismo, todo eso es hoy evidentemente alguna cosa, que no cabe ignorar.

Si lo ignoramos nosotros, este libro, o por lo menos su título -¿FASCISMO EN ESPAÑA?- sería imposible, constituiría, desde luego, un absurdo.

---

[2] El triunfo del nacional-socialismo hitlerista en Alemania entra de lleno en la fenomenología mundial del fascismo. Es su mejor expresión y la mejor corroboración de cuanto venimos diciendo. En primer lugar, denuncia la no universalidad específica del fascismo, ya que no tiene, ni puede tener, una política internacional propia, única. Es sabido que es en su política internacional donde aparece el genio de un pueblo, en relación con sus más altos designios. Lo mismo que no caben farsas con la muerte, no caben tampoco falsificaciones y artificios en la política internacional que un pueblo hace. Pues bien, hoy existen en Europa dos pueblos, dos Estados, de los llamados fascistas: Italia y Alemania. Es notorio el antagonismo internacional de sus políticas. Y es más: muy difícilmente, aun variando el mapa diplomático y la mecánica actual de los Estados europeos, podrían conciliarse los destinos internacionales, históricos, de esos dos pueblos, quizá más antagónicos, o si se quiere sólo, menos coincidentes mientras más "fascistas" sean.

El hecho alemán nos permite confrontar también una de las peripecias de la ruta: los nazis no hicieron la propaganda, ni alcanzaron su victoria, al grito de "¡Viva el fascismo!". Pero todos aquellos que obstaculizaron esa propaganda y se opusieron a esa victoria lo hicieron, en cambio, al grito de "¡Abajo el fascismo!". Repitamos que el movimiento nacional-socialista aclara considerablemente nuestro juicio acerca de cuál es, en realidad, el carácter universalista del fascismo.

* * *

¿Qué significa, en resumen, ser fascista? ¿Qué características ofrece esa actitud moral, política y económica que en el mundo entero se califica hoy de actitud fascista? ¿Qué aspiraciones y qué propósitos tienen esos movimientos que el mundo conoce y señala como movimientos fascistas?

Parece que esas preguntas pueden hoy ser contestadas, y ello, de acuerdo con lo que antes dijimos, sin necesidad de dirigir exclusivamente el catalejo hacia Italia y hacia Mussolini, sino capturando una dimensión esencial de nuestra época, y de la que, en realidad, es ya consecuencia y producto el fascismo italiano mismo.

Señalemos brevemente, en esquemas, las características y afirmaciones centrales, definitorias, que en opinión nuestra determinan el fascismo como fenómeno mundial:

1) La Patria es la categoría histórica y social más firme. Y el culto a la Patria, el impulso creador más vigoroso.

El fascismo requiere, como clima ineludible para subsistir, la vigencia de unos valores nacionales, la existencia de una Patria, con suficiente vigor y suficiente capacidad de futuro para arrebatar en pos de ella el destino espiritual, económico y político de un pueblo entero. Se actualiza así, pues, una teoría aristocrática de los pueblos, distinguiendo entre los que son mera convivencia o agregado de gentes, para realizar cada una su propio y personal destino, y los otros, los grandes pueblos creadores, que han hecho la Historia universal, y son hoy, aún, la garantía de que el genio humano sigue su curso.

La Patria, en manos de la vieja sociedad conservadora, era ya apenas un mero vocablo, muchas veces incluso fachada impresionante que escondía una red de intereses y de privilegios injustos. Era, además, una fortaleza a la intemperie, expugnable con facilidad por todas las tendencias internacionalistas que iban vomitando, día tras día, las sectas de los renegados. Y era, por fin, un valor agónico, a la defensiva, sin destreza ni audacia para convertirse en bandera de las juventudes y de los núcleos más vigorosos y más fuertes.

Parecía, pues, urgente:

a) Desalojar de su servicio a las viejas oligarquías de sentido demoburgués y conservador, que creyéndose quizá, a veces, sinceros defensores y propulsores de la idea nacional, restringen de hecho la grandeza y las posibilidades de la Patria, haciéndola coincidir con sus intereses, con sus marchitas creencias y con su idea burguesa de una vida pacífica y sin sobresaltos.

b) Poner la Patria sobre los hombros de las juventudes, de los productores y de los soldados. Es decir, de las capas más vitales y vigorosas de la sociedad nueva.

* * *

2) El Estado liberal-parlamentario no es ya el Estado nacional. Las instituciones demoburguesas viven al margen del interés de la Patria y del interés del pueblo. No representan ni interpretan ese interés.

Los partidos políticos, las organizaciones de grupos, representan siempre intereses particulares, sin que desmienta este hecho el que representen a veces la mayoría de un país. La mayoría de un pueblo, agrupada en torno a una bandera partidista, es decir, que represente intereses particulares, puede no tener relación alguna con el interés nacional e incluso desconocerlo.

El interés supremo es el de la comunidad de "todo el pueblo". El Estado nacional es quien puede servir ese interés. La realización del Estado nacional tiene tres etapas: a) Organización de una fuerza política, al servicio exclusivo de la idea nacional y de los intereses sociales de "todo el pueblo". b) Partido único triunfante, ejerciendo su dictadura contra los viejos partidos para someter y disciplinar los intereses particulares y de grupo. c) Vigencia del Estado nacional, cuyos móviles supremos y cuya justificación histórica consisten en garantizar la realización de los designios espirituales, políticos y económicos de que sea capaz el genio nacional, con la vista fija, tanto en su apogeo creador como en las circunstancias, buenas o malas, por que atraviese el pueblo.

* * *

3) La oposición a la democracia burguesa y parlamentaria es la oposición a los poderes feudalistas de la sociedad actual.

El fascismo nace y se desarrolla en capas sociales desasistidas y en peligro. Su representación más típica la constituyen las clases medias, que después de experimentar la inanidad de la democracia liberal, no se entregan, sin embargo, a la posición clasista de los proletarios. En este sentido, la rivalidad mundial fascismo-marxismo lo es en tanto las clases medias y los proletarios clasistas se disputan violentamente el puesto de mando de la revolución, así como cuál de los dos incorporará al otro a su empresa.

La existencia de esas fuerzas fascistizadas que se resisten a permanecer pasivas, y menos a ser retaguardia de la revolución clasista bolchevique, es una manifestación típica del actual momento histórico. Que consigan o no movilizar en torno suyo a los sectores más capaces, heroicos y abnegados, es el secreto de su triunfo o de su derrota, frente a los marxistas y frente a la vieja sociedad conservadora y demoburguesa.

Una vez vencido el marxismo, las mayores dificultades se le presentan al fascista por el lado liberal, demoburgués, donde se apiñan, no esas pobres añoranzas de la libertad perdida, como pretenden los plumíferos llorones de la democracia, sino el frente oligárquico capitalista; es decir, los dueños de los grandes periódicos, los directores de los grandes Bancos, todos los magnates, en fin, que ofrece en sus diversas formas el gran capitalismo moderno. Generalmente, todos ellos se muestran partidarios de la democracia liberal, apetecen un régimen de libertad política. Pues son, en efecto, los representantes feudalistas, quienes equivalen en nuestra época al régimen feudal de los grandes señores antiguos, mostrándose hoy enemigos de la prepotencia y de la pujanza del Estado, como sus antecesores lo eran ayer de la soberanía de los monarcas. El fascismo sabe que la democracia parlamentaria es el régimen ideal para que predominen, del modo más descarado, las peores formas de feudalismo moderno.

* * *

4) El marxismo es la solución bestial, antinacional y antihumana que representa el clasismo proletario para resolver los evidentes problemas e injusticias, propias del régimen capitalista. La primera incompatibilidad de tipo irresoluble del fascismo se manifiesta frente a los marxistas. Tan irresoluble, que sólo la violencia más implacable es una solución.

El perfil antimarxista del fascismo es inesquivable, pues el triunfo marxista equivale a la derrota absoluta de todo cuanto la actitud y el espíritu fascista representa. Ese triunfo supondría la quiebra del espíritu nacional, la degradación histórica de "todo el pueblo", la amputación de su libertad, el exterminio de su pujanza y de su espíritu, y, por último, la no realización de la justicia, el escamoteo de las conquistas sociales ofrecidas.

En su lucha con los bolcheviques, el fascismo dispone de otra arma tanto o más eficaz que la violencia, sobre todo para disputarle el predominio entre los trabajadores. Es su actitud social, su espíritu social. Gracias a esa actitud y a ese espíritu, el fascismo no vacila, si es necesario, en rasgar las viejas tablas de la ley de la sociedad capitalista. Y ello, con más eficacia, más equidad y menos estrago, naturalmente, que como pretendía y podría hacerlo el marxismo.

El marxismo equivale, además, a entregar la historia a los aventureros, no en el sentido de que sus dirigentes estén corrompidos, sino en otro incluso peor, pues se trata de aventureros de patrias, es decir, desconocedores y asoladores de la máxima riqueza que los pueblos tienen.

* * *

5) Desde el momento en que el fascismo no es un producto de los sectores más conformistas de la sociedad, es decir, de los grupos más satisfechos y partidarios de la actual ordenación económica y política, su régimen y su victoria implican, necesariamente, grandes transformaciones revolucionarias.

La mecánica actual de las luchas político-sociales hace que el fascismo sea la bandera de una red complejísima de gentes insatisfechas, postergadas y descontentas. De ahí el origen multiforme de sus cupos, unánimes, sin embargo, en la manifestación de un espíritu combativo, de milicia, que revela cómo no son residuos de la vida, sino grupos valiosísimos y fértiles.

Son gentes descontentas de la poquedad de su patria, de la indefensión de sus pequeños patrimonios o negocios, de la rapacidad e ineptitud de los partidos, de la impotencia del Estado demoburgués en presencia de los conflictos sociales y de las crisis, de la monotonía y del vacío de una vida nacional escarnecida, y, en fin, de sentirse pretéridos o subestimados con injusticia por los poderes dominantes.

Al constituir el fascismo un Poder político de enorme autoridad y depositarlo sobre quienes, de modo más directo, interpretan los intereses últimos y supremos de "todo el pueblo", su primera consecuencia es sustraerlo a las potencias feudalistas demoburguesas, liberando de su yugo al Estado y al pueblo.

El fascismo es la forma política y social mediante la que la pequeña propiedad, las clases medias y los proletarios más generosos y humanos luchan contra el gran capitalismo en su grado último de evolución: el capitalismo financiero y monopolista. Esa lucha no supone retroceso ni oposición a los avances técnicos, que son la base de la economía moderna; es decir, no supone la atomización de la economía, frente al progreso técnico de los monopolios, como pudiera creerse. Pues el fascismo supera a la vez esa defensa de las economías privadas más modestas, con el descubrimiento de una categoría económica superior: la economía nacional, que no es la suma de todas las economías privadas, ni siquiera su resultante, sino, sencillamente, la economía entera organizada con vistas a que la nación misma, el Estado nacional, realice y cumpla sus fines.

Todo lo que supone el fascismo de "democracia organizada y jerárquica", su base social sindicalista y corporativa, su concepción totalitaria del Estado, etc., es lo que le pone en pugna, tanto con muchos intereses particulares como con las viejas formas políticas, y lo que a la vez le obliga, ineludiblemente, a presentarse en la historia con perfiles revolucionarios.

* * *

6) El fascismo busca un nuevo sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.

Respecto a la autoridad, vinculándola en jefes verdaderos. Respecto a la disciplina, convirtiéndola en liberación, en eficacia y en grandeza del hombre.

En cuanto a la violencia, su actitud es la propia de quien se sabe ligado profundamente al destino histórico de un pueblo. Es la propia de quien acepta el espíritu de sacrificio y la idea del deber, aun a costa de su misma vida. Y es la propia también -¿por qué no decirlo?- de quien sabe que la vida es lucha, y que donde el hombre se mutila su sentido de la energía y de la violencia triunfa el espíritu rastrero, eunocoide e hipócrita, de los peores representantes de la especie.

* * *

Esos son los rasgos fisionómicos de la actitud fascista mundial. Con mayor o menor fidelidad a algunos de ellos, así piensan los individuos y los grupos a quienes se dirigen las invectivas del antifascismo mundial.

Idea nacional profunda. Oposición a las instituciones demoburguesas, al Estado liberal-parlamentario. Desenmascaramiento de los verdaderos poderes feudalistas de la actual sociedad. Incompatibilidad con el marxismo. Economía nacional y economía del pueblo frente al gran capitalismo financiero y monopolista. Sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.

Es evidente que esta actitud, estas ideas, aspiraciones o propósitos, están en el ambiente público, con capacidad, por tanto, no sólo para dar vida polémica y justificación a partidos o movimientos políticos determinados, sino dispuestas a ser recogidas, en mayor o menor escala, por cualesquiera organización, por cualquier gran instrumento histórico de mando. Pues no hay sólo individuos, grupos y organizaciones fascistas, sino también, y quizá en mayor relieve, individuos, grupos y organizaciones fascistizadas.

2. LOS PROBLEMAS DEL FASCISMO EN ESPAÑA

Repitamos, aun a costa de pesadez y machaconería excesiva, que la utilización del vocablo "Fascismo" la hacemos como una concesión al vocabulario polémico que por ahí circula, y naturalmente en el sentido riguroso cuya pesquisa hemos efectuado en el anterior capítulo. El fascismo como actitud mundial, y por tanto, puesto que España está en el mundo, como posible actitud española, no depende de un modo directo del fascismo italiano, mussoliniano, sino que es un fenómeno de la época, típico de ella como cualquier otro. Tenía esto que decirse en España al aludir a las características del fascismo, pues nuestra Patria es de suyo una Patria imperial, creadora y totalitaria. Nada que sea propio y genuino de otro país encontrará aquí arraigo fundamental, y por eso las formas miméticas del fascismo están aquí felizmente proscritas. Ya se percibirá a lo largo de este libro, y como resumen final suyo, que el colapso actual de los movimientos F.E. y J.O.N.S. se debe, en parte, al gran número de factores miméticos que han existido, sobre todo en el primero, y de los que tienden a liberarse.

Que conste, pues, que al disponernos a escribir someramente acerca de "los problemas del fascismo en España", nos referimos a los problemas de un movimiento cuya bandera estuviese fielmente reflejada por los seis apartados del anterior capítulo.

La realidad actual de España

Para comprender la situación actual de España y sus problemas de orden político, hay que partir de abril de 1931, y no de más atrás. El sistema inmediatamente anterior no influye hoy para nada, ni como añoranza ni como repulsa. Está sencillamente borrado, pues incluso los grupos monárquicos se afanan en prescindir de sus características, y quieren revisar sus bases. Es decir, no lo restaurarían tal y como fue. Y en cuanto a los republicanos ortodoxos de abril, no es tampoco ya aquel régimen punto de referencia para fulminarlo ante las masas. Esa fulminación la dirigen ahora a otros enemigos, que le son más cercanos y peligrosos. Por eso decimos que lo anterior a 1931 no influye nada en la España presente de 1935. No es ningún valor apreciable ni significa lo más mínimo en la política actual el hacer tanto su defensa como su condenación.

Sólo hay que considerar hoy, por tanto, la República, el período y la experiencia de la República. El diagnóstico de ese período y de esa experiencia es sencillísimo, y está en la conciencia de la inmensa mayoría de los españoles. Es éste: la República ha fracasado de un modo vertiginoso. Según hablen unos o según hablen otros, las causas del fracaso son diferentes. Pero la apreciación del fracaso es unánime.

En opinión nuestra muy firme, el motivo único de ese fracaso reside en que la República, el movimiento republicano de abril de 1931, no encarnó ni interpretó la suprema necesidad de España desde hace muchos decenios: Hacer su revolución nacional.

Ahora bien, el período republicano no ha sido una revolución nacional frustrada. No es que se haya quedado a medio camino de su realización. Pues el mismo 14 de abril, los clamores de ese día y el equipo gubernamental instalado en el Poder ese día, presentaban ya esa fecha como frustrada para la revolución nacional. Con los ingredientes ideológicos de aquellos triunfadores y con los nortes político-sociales a que decían estar adscritos, la revolución nacional española era de esperanza imposible. Por tanto, sólo si posteriormente el período republicano hubiera producido episodios que significasen la ruptura con lo típico y propio de abril -la presencia de partidos, la ausencia de fe nacional, la despreocupación por la *totalidad* del pueblo español-, es decir, sólo saliéndose de madre, pudo haberse enderezado históricamente la República. Algunos ingenuos, afanosos por descubrir esa perspectiva, creyeron tenerla delante con Azaña. Puro fenómeno sahárico de espejismo.

La revolución nacional española tiene hoy, entre otros, estos tres objetivos esenciales: Unidad moral de todos los españoles, vinculada en el culto a la Patria común. Creación de un Estado totalitario, provisto de autoridad, capacidad y ayuda popular amplísima. Nueva ordenación social-económica, con tendencia a una vigorización ambiciosa de la riqueza nacional y a la justicia distributiva, incrementando la producción y las explotaciones nuevas, a la vez que socializando el crédito, los transportes, la gran propiedad territorial y en lo posible todos los medios de cambio. Por último, y como consecuencia de esas realizaciones, la libertad internacional de España, su presencia vigorosa en el mundo, pese a quien pese y caiga quien caiga.

Todo esto no puede salir ni saldrá nunca de unas elecciones. Es empresa histórica, cuyo alvéolo es necesariamente una revolución.

El fracaso de la República se manifestó ruidosamente al ser lanzados del Poder sus representantes más ortodoxos. Al finalizar el primer bienio. Quizá esos hombres son todavía lo necesariamente ingenuos para extrañarse de su derrota. Porque desde luego, cuando ocupaban las cimas del Estado, entreveían de vez en vez los nortes ideales que era preciso conseguir. Pretendían su conquista con armas de palo. Así, por ejemplo, Azaña decía en uno de sus discursos: "Quiero hacer del pueblo español una nación grande." Y también: "Para una política mezquina, para una política de tapiales y barbechos que no se cuente conmigo." Quien habla así está desde luego, *a primera vista*, en la vereda fecunda de la historia. Marcelino Domingo soñaba con la escuela

única, y después, al pasar al ministerio de Economía, con ordenar la economía nacional. Citamos todo eso como ejemplos. Porque luego resultaba que Azaña quería hacer una nación grande sin disponer de idea nacional alguna, o con ideas nacionales mezquinas, sin base patriótica en el Estado ni en las masas. Sin promover ardor alguno nacionalista ni en las juventudes ni en el pueblo. Y que Domingo pretendía la escuela única, sin que el Estado tuviese una ortodoxia, una unicidad de cultura con la que inflar y sostener esa realidad de la escuela única, sólo posible en un Estado totalitario, sea fascista o bolchevique. Y en cuanto a la ordenación de la economía, es ingenuidad manifiesta que pueda ser lograda en un sistema político tan anacrónico como el que defendían e instauraron nuestros estadistas del primer bienio republicano. Domingo se queja en un libro de que los intereses particulares y privados no se doblegaban ante el interés general de la nación. Pero hay que preguntar: ¿En qué empresa habían metido ustedes a la Patria y cómo contribuían a su vigorización histórica? Pues sólo en este caso se puede luego con autoridad -y además es sólo posible- hacer que las gentes y los intereses privados se subordinen al interés de la nación española, como unidad económica y política.

El fracaso vertical de la República [3] acontece, sin embargo, en medio de una situación histórica propicia a las soluciones de signo más fértil. Gran parte del pueblo se hizo quizá ilusiones el 14 de abril. Otra gran parte se afana por ilusionarse con otra fecha cualquiera, inédita aún. El hecho es que todo él está movilizado y alerta. En los primeros, el 14 de abril dejó un regusto de cosa frustrada, que según ellos estuvo a punto de dar en el blanco. En los segundos, hay una experiencia cercana, y puede decirse que operan ya bajo el influjo de mitos heroicos. Son los que de una y otra parte se batieron en octubre, o siguieron la batalla con el corazón caliente y las mandíbulas apretadas.

Parece que tal coyuntura sólo puede tener por desenlace la ocupación del Poder político por fuerzas nuevas, con suficiente vigor para hendir su puñal en el sistema fracasado. Esas fuerzas nuevas, cuyo triunfo tenía que equivaler a la resucitación nacional de los españoles y a la derrota de cuanto en España hay de falso, traidor e injusto, no podían adquirir desarrollo, sino mediante una suprema apelación a las energías creadoras del pueblo y de la Patria.

Esa apelación y su ejecución victoriosa constituirían la realización del fascismo, que en España hoy tiene que representar, ante todo, sacar al país de la vía muerta que es ya, por su fracaso, el régimen vigente.

El primer problema -problema fundamental- del fascismo consistía en presentarse ante los españoles como la única fuerza capaz de resolver, nacionalmente, el fracaso de la República, sin peligro alguno de recaer en la rabonada monárquica de antes de abril.

El patriotismo de los españoles

Hace muchos años que es opinión corriente expresar el menguado patriotismo de los españoles. Desde luego, si existe, está bien recóndito y oculto. Quizá sólo allí donde el patriotismo es forzoso, o sea, en el ejército, y en la entraña popular más profunda, podrían encontrarse síntomas de una fe nacional verdadera. Es decir, capacidad de servicio heroico y abnegado a los designios históricos de España. Nadie busque en otras zonas, donde, notoriamente, la emoción nacional española es, en efecto, bien parva.

Ello es un contratiempo esencial para el desarrollo del fascismo, que entre las cosas de que más necesita figura en primer término operar sobre una conciencia nacional al rojo vivo. En parte, el fascismo mismo crea o sostiene esa conciencia, pero no puede prescindir de ella como antecedente. No se crea, por ejemplo, que ha sido Mussolini quien ha forjado el patriotismo actual de los italianos. Este es anterior al fascismo, y obraba en la atmósfera popular de Italia desde mucho antes. Así, el político alemán Von Bülow hablaba ya en 1913, en uno de sus libros, del "patriotismo fogoso de los italianos". En cuanto al patriotismo de los alemanes, también hoy país fascista, nadie será tan ingenuo que tenga por su fundador a Adolfo Hitler.

Lo extraño de España, en relación con lo que se observa en los demás grandes países, es la ausencia de una doctrina nacional y de una política nacional operante en lo que pudiéramos llamar zonas conservadoras. Ello es un fenómeno bien visible, y no ya hoy, que padecen *aparentemente* un eclipse en su poder social y político, sino de vigencia casi secular. Obsérvese el panorama de las grandes potencias europeas, y en todas ellas puede percibirse algo análogo a esto: La presencia y actuación de unas fuerzas y de una doctrina de sentido nacional que da continuidad a una tarea: la de engrandecer y robustecer su propia patria. Existen esa fuerza y esa doctrina en Inglaterra, en torno a la consigna de "la prosperidad y la *conservación* del Imperio". Existen en Francia, bajo la advocación de una burguesía poderosa y del enemigo alemán cercano. Existen en Alemania, a través de todos los decenios que siguen a la segunda unificación del Reich, desde Bismarck. Existen en Italia, desde Cavour.

El sostén más seguro de la doctrina nacional que aparece en estos ejemplos hay que localizarlos en capas de sentido conservador, es decir, derechistas. ¿A qué se debe, pues, en España, la ausencia de una doctrina

[3] Entendemos aquí naturalmente por República, no la forma de gobierno así llamada como oposición a las Monarquías dinásticas, sino las instituciones, los partidos, las ideas y los hombres que gobernaron o aspiraron a gobernar a España con el espíritu del 14 de abril.

nacional firme y animosa? Es, en efecto, evidente que esas fuerzas que hemos señalado como actuantes en otros países, aquí no han logrado victorias nacionales parecidas. La explicación es sencillísima, y no demoramos más su enunciación cruda: Todos esos países han hecho su revolución nacional, es decir, han hecho un reajuste de instituciones y de nortes históricos que les ha permitido avanzar en el camino de la riqueza, del poder y de la cultura. Junto a catástrofes y derrotas, han tenido también victorias, éxitos. Sólo lo conservador es fecundo cuando lo que hay que conservar son conquistas, victorias, una ruta ascensional, en fin. Y sólo entonces lo conservador puede estar al servicio de una doctrina nacional eficiente.

Pero España no ha hecho su revolución nacional moderna. Y desde siglos, su ruta es de declive. Sin nada, pues, que conservar, como no fuesen catástrofes, descensos. Se comprende que las capas conservadoras, las derechas, no hayan dado de sí una doctrina nacional operante y briosa. Para ello, hubiese sido necesaria la presencia en la Historia de España de un hecho triunfal, a partir del que se hubiesen ido sucediendo, aunque fuera con alternativas, los episodios victoriosos. Ese hecho, la revolución nacional española, no existe. Las revoluciones nacionales clásicas, en Europa, se compendian en estos nombres: Cronwell, Bonaparte (flor granada de la Revolución francesa), Bismarck y Cavour. Estos dos últimos, como unificadores. En nuestra época, es decir, en nuestros mismos días, las revoluciones nacionales se desarrollan también con éxito pasmoso. Véanse estos nombres que las representan: Mussolini, Kemal, Hitler y -¿por qué no?- Stalin.

A falta de una doctrina nacional ambiciosa y de unas fuerzas robustas a su servicio, hemos tenido y tenemos en España un factor político de carácter religioso, el ingrediente católico. Pero el catolicismo, como toda religión, es sólo un estimulante eficaz de lo nacional, y puede quizá servir a lo nacional cuando es la religión de todo el pueblo, cuando la unidad religiosa es efectiva. Por eso en el siglo XVI español el catolicismo actuó como potenciador de la expansión nacional y como instrumento rector de la vida política. La situación ha cambiado. Hoy el catolicismo no influye sino en una parte del país y comprende, además, en su seno una gran porción de gentes desprovistas de espíritu nacional brioso. En esas condiciones, y si la dirección de las masas católicas no está en manos de patriotas firmísimos, el factor religioso y católico en la España actual puede muy bien, no ya ser ineficaz para una posible vigorización española, sino hasta convertirse en un instrumento de debilidad y resquebrajamiento. Esto es lo cierto, y lo demás, vacua palabrería tradicionalista.

Parece evidente, ante una situación así, que sólo el fascismo puede hoy en España poner en fila las reservas patrióticas de que dispone, abriendo los manantiales de una actitud nacional nueva, que recoja desde los espíritus fervorosos de la milicia hasta el amor a la tierra y la lealtad a la sangre del campesino y del proletario. La idea nacional española en nuestra época tiene que construirse con una base agresiva, de milicia, y con la mirada fija en los nortes sociales y económicos más ambiciosos. Sólo un movimiento nacional fascista puede interpretar y desarrollar esa actitud hasta la victoria.

La revolución nacional y las derechas

Después de lo que terminamos de decir, se advertirá que difícilmente pueden ser las derechas, por sí solas, las ejecutoras de la revolución nacional, tanto en lo que ésta necesita tener de nacionalismo impetuoso como de actitud social, contra las formas feudales y opresoras del capitalismo moderno. No obstante, un sector extenso de esas fuerzas, después de permanecer y aguzar sus armas en la oposición más de cuatro años, tiende a fascistizarse, y a promover soluciones políticas concordantes con el fascismo.

Ahora bien, es notorio que las derechas se nutren de las capas sociales mejor avenidas con la ordenación económica vigente, y sólo en períodos de una profunda crisis o de peligro para parte de sus privilegios, pueden, de un modo indirecto, adoptar posiciones que beneficien la revolución nacional.

De otra parte, las zonas conservadoras prefieren hoy, sin duda, un sistema político de carácter demoliberal y parlamentarista, más de acuerdo con su tónica de gentes pacíficas que postulan el respeto y la tolerancia para todos. (Y también, claro, que se toleren y respeten sus rentas.) Este hecho de que un gran sector de gente católica y de posición económica próspera, es decir, perteneciente a la alta y aun a la burguesía media, tiendan a los sistemas demoliberales, a las formas parlamentaristas, fenómeno muy de acuerdo con el espíritu burgués, es quizá una de las dificultades mayores para los trabajos de un Calvo Sotelo, pongamos como buen ejemplo de líder derechista fascistizado.

Calvo Sotelo maneja en sus propagandas últimas resortes de evidente servicio a la causa nacional de España. Manifiesta asimismo una inclinación notoria por situar ante sus públicos las excelencias de un sistema autoritario, corporativo y nacionalista. Como todo ello lo efectúa con talento y capacidad, a la vista de sus resultados podrá medirse la cota con que pueden colaborar las derechas y el espíritu derechista en la ejecución de la revolución nacional española.

Tenemos a la vista los resultados de su otro líder, Gil Robles. Por lo que respecta e interesa al encarrilamiento de España, tras de su vigorización nacional y tras de su fuerza y de su poderío, la labor de Gil Robles ha sido puede decirse que nula. Por lo que respecta a las peripecias políticas del presente y al ejercicio del Poder, aunque todos los síntomas últimos revelan la nueva pujanza de Azaña y del marxismo, nada puede aún decirse, porque el señor Gil Robles se encuentra todavía aposentado en el Ministerio de la Guerra.

Las limitaciones derechistas para la empresa que hoy importa a los españoles son de orden vario. Uno, la dificultad de superar su propio carácter de ser derechas, es decir, fuerzas parciales en pugnan con otras fuerzas igualmente parciales, que son las izquierdas. Banderas de signo rotatorio, parlamentario, nacidas para la tolerancia y el turno, más o menos violento. Otras dificultades, su incapacidad para la violencia política, tanto en su aspecto de lucha armada contra las subversiones de signo marxista como en el otro de llevar hasta el fin, impávidamente, la misión histórica que representen. Pero la dificultad esencialísima es esta otra: la de lograr que se identifiquen con los ideales de las derechas zonas extensas de la masa general del pueblo, las capas de españoles en difícil lucha por la vida.

De esos tres órdenes de limitaciones, la última la creemos insuperable para el derechismo. Su incapacidad para la violencia puede, quizá, suplirla, como ya ha ocurrido, con el apoyo de la espada militar, con la apelación al Ejército, cuya doctrina nacional predominante es todavía concorde con la doctrina nacional de las derechas.

No hay que decir que la primera consecuencia de un movimiento fascista en España sería romper esas limitaciones a que nos estamos refiriendo. Sobre todo la última, porque el fascismo tendría que nutrirse de españoles a la intemperie, de grandes masas hoy desasistidas y en peligro.

La revolución nacional y las izquierdas

El izquierdismo español, que se manifestó tan potente al efectuarse la proclamación de la República, no ha podido cumplir en nuestros días misión histórica alguna. Ello es lógico. Su presencia se ha retrasado, puede decirse que un siglo. El fracaso del izquierdismo consiste en no haber podido desplegar sobre España, con ardor jacobino, una bandera nacionalista, popular y exasperada. El siglo XIX ofreció varias coyunturas favorables para esa tarea. Ahora bien, en 1931, al tomar en sus manos el Poder, esa consigna nacionalista exasperada era ya de hallazgo muy difícil. Pues en el izquierdismo actuaba una fuerza nueva -la doctrina clasista e internacionalista de los proletarios-, que chocaría con una posible derivación jacobina y nacionalista de la República, grata quizá, por ejemplo, a un Azaña.

Influido, además, el izquierdismo por toda la acción sentimentalista de la postguerra, y acogido a la sombra de los proletarios rojos, repetimos que es ya, en nuestros días, una fuerza sin misión, perturbadora e infecunda. Desde luego, como se ha visto a su paso por el Gobierno, desprovista de capacidad para promover la resucitación española.

Nos estamos refiriendo, naturalmente, al izquierdismo burgués. Pero lo que da vida a las izquierdas son las zonas proletarias españolas. Los trabajadores están hoy, libremente, a merced de las propagandas marxistas. No gravita sobre ellos ninguna otra bandera revolucionaria como no sean los estandartes negros de la F.A.I.

Un movimiento fascista de envergadura ambiciosa tiene, en la realidad del izquierdismo español, la mejor y más clara indicación de cuál es su verdadero camino. Ha de interpretar primeramente el nacionalismo exasperado que la pequeña burguesía republicana no pudo recoger en abril de 1931. Ha de abrir brecha en el frente rojo de los proletarios, arrebatando un sector de trabajadores y de militantes revolucionarios al marxismo.

La doctrina y la táctica de las izquierdas parecen estar cerradas a cal y canto a toda resonancia de carácter fascista. Sobre este extremo, cuanto ocurre y viene ocurriendo en España ofrece perfiles a la vez dramáticos y cómicos. Muchos identifican la ruta de las derechas con el fascismo. Pero lo que puede observar cualquiera, examinando las tácticas y los fundamentos doctrinales de izquierdas y derechas, es nada menos que esto: *En España las derechas son aparentemente fascistas, y en muchos extremos, esencialmente antifascistas. Y las izquierdas son aparentemente antifascistas, y en muchos aspectos y pretensiones, esencialmente fascistas*. Esto, si no tiene un cien por cien de verdad, habrá que convenir que se acerca mucho a ella.

Ahora bien, el fascismo que puede desarrollar la pequeña burguesía izquierdista, cuando está flanqueada por el marxismo, como le acontece a la española, y cuando no dispone de una doctrina nacional fervorosa, como también le ocurre aquí, ese fascismo, repito, tiene un nombre poco envidiable: *Méjico*.

¿Un nacionalismo obrero español? Textos del líder revolucionario Joaquín Maurín

Aludimos en páginas anteriores a nuestra creencia de que en la entraña popular española encontrarían eco las voces nacionales. Está por hacer una llamamiento así, que ligue la defensa nacional de España, su resucitación como gran pueblo histórico, a los intereses económicos y políticos de las grandes masas. Casi por entero, como también hemos dicho antes, se encuentran éstas bajo el influjo directo de los aventureros.

En un libro reciente de Joaquín Maurín, conocido jefe revolucionario (*Hacia la segunda revolución*, Barcelona, 1935), hay, al lado de la hojarasca *standard* propia de todo autor marxista, o que se cree tal, unas magníficas y formidables incitaciones para lograr la salvación *nacional* española. Maurín supera el sentido clasista a que, al parecer, le obliga su educación marxista, en él aún vigente, y presenta a los trabajadores el panorama de una posible acción revolucionaria, entre cuyos móviles u objetivos figure la vigorización nacional española. Para ello

invoca y convoca a los proletarios, considerándolos como el sector de la Patria mejor provisto de abnegación, capacidad y brío. No dudamos en conceder a la actitud de Joaquín Maurín importancia extraordinaria, y quizá suponga el comienzo de un cambio de frente en las propagandas a los trabajadores, que, al descubrir la ruta nacional, y al disputarla incluso a una burguesía ramplona y sin vigor, puede llevar en sí el secreto de las victorias del futuro. A continuación presento citas literales del libro mencionado e invito a que se me diga qué otro líder revolucionario de la izquierda más subversiva, como lo es Maurín, ha escrito cosas parecidas a éstas:

> La Segunda República española constituye un fracaso casi espectacular, más rápido aún, más fulminante, que el de la misma dictadura de Primo de Rivera.
>
> La burguesía española ha tenido un destino trágico. Colocada en una situación geográfica admirable, se ha visto obligada a contemplar cómo la burguesía de los otros países sumaba victorias, mientras que ella vivía raquítica, pudriéndose en la inacción (pág. 9).
>
> La aspiración de un español revolucionario no ha de ser que un día, quizá no lejano, siguiendo su impulso actual, la Península ibérica quede convertida en un mosaico balkánico, en rivalidades y luchas armadas fomentadas por el imperialismo extranjero, sino que, por el contrario, debe tender a buscar la libre y espontánea reincorporación de Portugal a la gran unidad ibérica (pág. 40).
>
> España tiene proporcionalmente menos población que Portugal y tres veces menos que Italia, país cuyas condiciones naturales son muy inferiores a las de España. Tomando los 132 habitantes que tiene Italia como punto de comparación con los 44 de España, se puede afirmar que la España de la decadencia ha enterrado en cada kilómetro cuadrado de terreno a 88 españoles (pág. 214).
>
> Costa podría repetir que la mitad de los españoles se acuestan sin haber cenado. Hay una minoría que nada en la abundancia, que despilfarra, que vive espléndidamente, y una mayoría aplastante atormentada por el hambre y por la miseria. "Los que no son felices no tienen patria", había dicho Saint-Just. España -hoy- no es una patria (pág. 215).
>
> Lo reaccionario en nuestros días sería el disolvente de España, la anti-España (pág. 224)
>
> Un partido fascista necesita ser nacionalista rabioso, anticatólico, en el fondo, y partidario del capitalismo de Estado. El partido de Gil Robles no es nacionalista. Es agrario-católico, que es muy distinto.
>
> El nacionalismo como fuerza, en un país como España, cuya unidad fue impuesta coactivamente por la Monarquía y la Iglesia, sólo puede alumbrarlo el proletariado (pág. 230).
>
> La España de la decadencia, en la política internacional, se encuentra encallada entre dos escollos: Inglaterra y Francia. No puede salir de ahí. Francia e Inglaterra tienen encadenada a España desde hace largo tiempo, durante la Monarquía como en el período de la República (pág. 233).
>
> A nuestro proletariado le corresponde llevar a cabo una tarea ampliamente nacional. ¿Estrechez nacionalista? ¿Contradicción con el internacionalismo socialista? Es posible que se pregunten los idólatras de las frases, eunucos ante la acción revolucionaria (pág. 240).
>
> Libertadores de la juventud, atada hoy a un régimen moribundo que impide poner a prueba su fuerza expansiva, su intrepidez y su heroísmo.
>
> La revolución no ha de ser para un partido, *ni aun para una clase*, sino para la inmensa mayoría de la población, que ha de considerarla como la aurora de un nuevo mundo más justo, más humano, más ordenado, más habitable, en suma (pág. 241).
>
> El languidecimiento de la España burguesa, entre otras razones, es debido a que Inglaterra y Francia, cada una por su lado, han procurado que no resurgiera en la Península una nación poderosa, una gran potencia, que, de ocurrir, hubiera sido un rival peligrosísimo.
>
> La monarquía absoluta, la monarquía constitucional, la dictadura y la República han seguido sin interrumpir una política internacional, no según las conveniencias de España, sino de acuerdo con los intereses de Francia e Inglaterra (pág. 247).
>
> Los aliados naturales de España no son Francia e Inglaterra mientras estos países sean capitalistas. La línea lógica de alianzas sigue otro meridiano. Y es: Portugal-España-Italia-Alemania-Rusia. Un bloque tal sometería a Francia y a Inglaterra (pág. 248).

Ahí quedan esos textos. Nadie dudará de que respiran emoción nacional española. Maurín, aunque todavía es hombre joven, tiene una experiencia de veinte años de lucha en el movimiento obrero marxista. Aún sigue en sus filas como jefe de un partido no muy amplio, pero que dio luchadores destacados en Asturias, como el dirigente de Mieres, Manuel Grossi. El marxismo tiene en sus garras a españoles como Maurín, que sin sujeción a los lineamientos dogmáticos marxistas prestaría a España formidables servicios históricos. Pues es lo que aquí urge y falta: arrebatar la bandera nacional al grupo rabón que hoy la pasea sobre sus hombros y satisfacer con ella los anhelos de justicia que laten en la entraña de la inmensa mayoría de los españoles. *Sin lo nacional, no hay justicia social posible. Sin satisfacción social en las masas, la Patria seguirá encogida.*

España y Europa

Es bien notorio que España permanece ausente, desde muchas décadas atrás, de los hechos europeos decisivos. España, en realidad, ha sido una víctima de Europa, mientras Europa estaba representada por los imperialismos galo e inglés, enemigos esenciales de España y de su resucitación como gran potencia.

Pero esa Europa del inglés y del galo, vencedora en la gran guerra, es una Europa camino de la descomposición y de la ruina. Las últimas derivaciones del choque italo-inglés, y que tendrán lugar de modo inexorable dentro de muy pocos años -o quizá meses-, van a coincidir con el punto álgido de las dificultades europeas.

Hace crisis una concepción secular de Europa. Necesariamente cambiará el meridiano del poder europeo, que se desplazará de Francia e Inglaterra hacia el centro para luego, en definitiva, fijarse en las zonas meridionales del continente.

¿No supone todo ello la necesidad perentoria de que España se recobre, camino de sus nuevos deberes mundiales? Vuelve para nosotros la coyuntura internacional más ambiciosa y gigantesca. Para hacerle frente, lo primero que se precisa es recobrarse nacionalmente. Independizarse de la tenaza franco-británica y poseer el vigor que requiere la existencia de los pueblos libres.

Puede decirse que, a lo largo de la Historia, sólo dos hombres han tenido en sus manos el timón de Europa, con la conciencia de ejercer sobre ella una proyección salvadora. Son Carlos V y Napoleón. El primero ejerció de hecho su imperio. El segundo -también un meridional, un corso- realizó su misión a medias, sin ser apenas comprendido por Europa, a través de su consigna formidable contra el imperio del inglés.

Sólo el triunfo en nuestra España de un movimiento nacional firmísimo pondrá a la Patria en condiciones de no pestañear ante las responsabilidades históricas, de carácter internacional, que se le echan encima. Sólo una España fuerte puede decidir las contiendas próximas de Europa, en un sentido progresivo y fecundo. Italia es pueblo demasiado poco vigorozo para tal misión, y si la emprendiese sola, se pondría rápidamente en las fauces del germano. Bien sabe esto Mussolini. El secreto de un nuevo orden europeo, que disponga de amplias posibilidades históricas, se resume en esta consigna que nos atañe: *Resucitación española*.

Las perspectivas inmediatas. ¿Los fascistizados?

Es evidente que, tanto el sistema como la situación política misma que hoy rigen en España, carecen en absoluto de raíces. Son cosas en el aire, sin dos horas lícitas de futuro por delante. Ni el Estado, ni las fuerzas que lo apoyan, ni los nortes ideales a cuyo servicio dice estar el sistema, tienen la menor consistencia, ni siquiera respetabilidad.

Es falso que las cosas en política admitan espera. No parece admitirla tampoco la encrucijada presente de España. Si no está dispuesto y maduro lo que es conveniente, triunfará y se interpondrá un sustitutivo, más o menos eficaz y duradero.

Nuestra tesis es que España está a punto para la ejecución de la revolución nacional (fascista, en la terminología que el lector sabe). Cuanto ha ocurrido en España desde hace tres años, es lo más adecuado y favorable que podía ocurrir para que fuese posible con rapidez y éxito la revolución nacional española. Lo primero era crear su instrumento político, es decir, la organización ejecutora de ese designio. La realidad actual es que ese instrumento (que empezó a forjarse en las J.O.N.S., colaboró en ello F.E., y luego, más tarde, proseguido por ambas organizaciones unificadas) no ha podido, por diversas causas, vigorizarse suficientemente. Es, desde luego, garantía de futuro, pues sus bases son las exactas que España precisa. Pero no nos referiremos ahora al mañana, sino al hoy presente e inmediato.

El problema fundamental es clarísimo, y sólo resoluble por una actitud fascista, de la índole de la que en estas páginas se diseña. Pues hay hoy en España dos cosas inesquivables, dos angustias, a las que dar expansión histórica gigantesca. Una, extirpar la poquedad actual de España, dar a los españoles una Patria fuerte y liberadora. Otra, satisfacer los anhelos de justicia de la gran mayoría de la población, que vive una existencia difícil y encogida, muchas veces miserable. Esos dos son imperativos de tal relieve, que su logro está y debe estar por encima de todos, presidiendo la empresa revolucionaria de los españoles, tras de su grandeza y liberación. Y para darles cara, se pisotea todo lo que haya que pisotear, desde la ordenación económica vigente hasta el tipo de vida melindroso y chato de las actuales clases directoras. Las palabras valen poco. Si esa empresa requiere que se verifique al grito de ¡Abajo el fascismo!, pues a ello. No hay dificultades. Aunque no por todas, es cierto que por muchas partes se va a Roma.

Parece evidente que en esta hora de España no existe una fuerza que decida el próximo futuro de la Patria y del pueblo con arreglo a esos imperativos primordiales. Este libro indicará y explicará al lector por qué no existe. El hecho es que su posibilidad victoriosa se ha aplazado y se ha desplazado de su hora, que es esta misma que vivimos.

No hay, pues, fascismo. Los que mejor lo saben son los antifascistas, y de ellos, los ejecutores de la revolución de octubre, que saben muy bien que sólo la ausencia del fascismo, del verdadero, les ha permitido recobrarse.

Si no el fascismo, ¿harán frente a la situación los fascistizados? La empresa es tan sencilla y oportuna que habría que optar por suponer que sí. Los fascistizados son una realidad española fuerte, con posiciones ya conquistadas en el Estado y mucho que perder si el enemigo llega. Es, además, un factor impresionante la facilidad con que los proletarios clasistas se han enlazado de nuevo con el izquierdismo burgués republicano, encomendándole a Azaña una nueva misión rectora. Los fascistizados, ya se sabe, están hoy en lugares muy diversos; pero seguramente responderán con urgencia, el día que sea, al llamamiento del aldabonazo decisivo.

El sistema vigente está en ruinas. ¿Hay que decir que vive de la hipocresía de que todo régimen demoburgués tiene buen acopio? Pero llegará pronto un día -cosas de semanas o de meses- en que ese acopio se gaste, y que resulte ya difícil seguir diciendo a las gentes que viven en un régimen de libertad y democracia. Ese será el momento crítico, en que, o toman el Poder los elementos fascistizados a que nos venimos refiriendo, para ensayar un sistema nuevo, o se abre paso el frente azaño-marxista. Todos los afanes habilidosos, las cataplasmas centristas -que, como es sabido, están ya perfilándose- no podrán impedir que la situación española ande por las crestas, sin más posibilidad panorámica que esas dos escuetas vertientes.

¿Quienes son los fascistizados? Empresa bien fácil y sencilla es señalarlos con el dedo, poner sus nombres en fila: Calvo Sotelo y su Bloque nacional. Gil Robles y sus fuerzas; sobre todo las pertenecientes a la J. A. P. Primo de Rivera y sus grupos, hoy todavía a la órbita de los anteriores, aunque no, sin duda, mañana. Sin olvidar, naturalmente, a un sector del Ejército, de los militares españoles.

Claro que esas fuerzas fascistizadas necesitan una acción militar convergente. Sin ella, en vez de Gobierno, quedaría reducido a Comité electoral de un bloque anti o contrarevolucionario, que comprenderá esos mismos grupos a que nos hemos referido. Muchos parece que prefieren esa vía, deseando transferir el pleito a las urnas. Les rebasará, sin embargo, la plenitud de la coyuntura histórica.

Las posibilidades para un Gobierno de fascistizados son muchas. Muy encogidos tendrán que ser los hombres que representan hoy esas posibilidades para no hacerse cargo de ellas. De ahí que semejante hipótesis apenas se sostenga. El camino para ellos está claro, con visibilidad perfecta y fácil recorrido.

Un régimen más o menos militar no está nada fuera de las características españolas. Casi siempre ha sido España gobernada de ese modo. Los llamados espadones del siglo XIX fueron lo único que de valor político produjo esa centuria española. Unificaron, como pudieron y les fue posible, el vivir de la nación. Siempre han actuado aquí las espadas un poco como resortes supletorios. ¿No estamos hoy ante la necesidad de suplir una fuerza nacional fascista, inexistente cuando es su hora exacta y propia?

Los equipos fascistizados tendrán que desarrollar su lucha, más que contra la inmediatez azaño-marxista (hoy sólo posible en el plano electoral), contra los valores centristas de la República, todavía en pie, contra la inconsciencia y la quietud de los que aún se muestran defensores de las formas demoburguesas y parlamentaristas. El izquierdismo revolucionario no tiene hoy posibilidades en el plano de la violencia. Sí las tiene en el plano electoral. Es cuanto necesitan saber los elementos fascistizados para el desarrollo de su estrategia política.

* * *

El autor de este libro es un nacional-sindicalista, y no renuncia a la más mínima partícula de su fe en España y de su fe en el pueblo. Que no renuncia tampoco a los imperativos en que la batalla jonsista ha de empeñarse algún día.

SEGUNDA PARTE

1. Los orígenes: La publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO

Un puro y radical comienzo

El día 14 de marzo de 1931, justamente un mes antes de la proclamación de la República, comenzó a publicarse en Madrid un semanario político, LA CONQUISTA DEL ESTADO, en cuyos números se encuentran todos los gérmenes, las ideas y las consignas que luego, más tarde, dieron vida y nombre a las organizaciones y a los partidos de tendencia fascista que hoy conocemos.

El examen de las colecciones de ese periódico, que duró seis meses, es, por tanto, imprescindible para conocer los orígenes de los movimientos fascistas españoles, ya que viene a constituir, en el orden histórico, su primer antecedente, su primera manifestación, su primera semblanza.

Antes de LA CONQUISTA DEL ESTADO no pueden apreciarse esfuerzos de ninguna clase por propagar en España una bandera nacional y social, es decir, una bandera de signo fascista. (Había existido, sí, la gesticulación reaccionaria de Albiñana, al servicio descarado de la aristocracia terrateniente y de los núcleos más regresivos del país, y que quiso presentarse, desde luego, como émulo del *Duce* fascista de Italia. Los intentos de Albiñana, que pueden figurar en una historia del pintoresquismo político y picaresco de entonces, no tienen por qué ocupar aquí más larga referencia.)

Vamos, pues, a perfilar brevemente la vida de ese periódico, su nacimiento, el curso de su publicación, quiénes lo fundaron y con qué propósitos; las incidencias que le obligaron a desaparecer y, por último, la fecundidad que cabe adscribir a sus luchas.

LA CONQUISTA DEL ESTADO, repetimos, es un puro comienzo. No pueden señalársele antecedentes. Si acaso, la campaña, de índole exclusivamente literaria, y por tanto restringida, de Giménez Caballero en 1929, que postuló por primera vez en España una doctrina nacionalista moderna, social y vital, desenmascarando con eficacia lo que en el liberalismo demoburgués había de podrido, reaccionario y antisocial. Pero esta labor de Giménez Caballero apenas si es antecedente, puesto que él se incorporó también a LA CONQUISTA DEL ESTADO y siguió en este periódico aquella misma campaña.

El perfil de los fundadores

El grupo fundador estaba constituido por jóvenes recién llegados a la responsabilidad nacional, todos alrededor de los veinticinco años, e inició sus tareas apenas salida España de la dictadura de Primo de Rivera, período que había, naturalmente, desorientado y anulado la formación política de las juventudes. Este grupo, cuyos componentes eran de procedencia en extremo varia, destacó como director a Ramiro Ledesma Ramos, que representaba entre todos ellos, aparte de una garantía de tenacidad, el sentido de la acción política propiamente dicha.

Ramiro Ledesma tenía veinticinco años al ocupar la dirección de *La Conquista del Estado*, coincidiendo este momento con su irrupción en la política activa. Entrada verdaderamente extraña para quienes le conocían de antes, para quienes habían asistido a su primera juventud de metafísico, de estudioso de la filosofía y de la matemática, reflejada en sus trabajos de la *Revista de Occidente*. Esta publicación era la tribuna intelectual más prestigiosa de España en aquellos años, dirigida por Ortega y Gasset, maestro y orientador filosófico de Ledesma Ramos en su época de estudiante. La actividad periodística y política de Ledesma supuso para él el abandono radical de su actividad anterior, cuando se le abrían por ese camino las mejores perspectivas académicas. Es éste uno de los episodios de su vida que menos se explican sus amigos de entonces, y no tiene otra explicación que la profunda generosidad de este hombre, verdadera existencia de fundador, con una mística entrega a la revolución nacional que comenzó a presentir.

Giménez Caballero era ya entonces un prestigio literario, y, como hemos dicho, había presentado dos años antes, en 1929, a las juventudes, un índice intelectual de oposición al liberalismo burgués y de aspiración a una España imperial, sustentada en una doble mística social y heroica. Giménez Caballero ha alcanzado luego con sus libros *Genio de España* (1932) y *La nueva catolicidad* (1933) relieve europeo, como uno de los más profundos y sagaces interpretadores del fenómeno fascista.

Juan Aparicio. Semanas antes de la aparición de LA CONQUISTA DEL ESTADO conoció Ledesma a Juan Aparicio, que se debatía en la sima comunista, pugnando por entrar en ella, pero no pasando nunca de la puerta, en parte por su timidez de poeta y de escritor formidable, en parte también por las vacilaciones que originaba en él su magnífica sensibilidad de español y de patriota. Aparicio pasó a LA CONQUISTA DEL ESTADO como secretario de redacción, y fue hasta el final una de sus mejores plumas.

Ricardo de Jaspe procedía de la burocracia mejor acomodada con el régimen. Representaba en el periódico un *diletantismo* fascista, de joven que se permite el lujo de aparecer como descontento, inquieto por dotar a España de ese tipo de grandeza con la que sueñan todos los diplomáticos-Jaspe lo era-, que sirva un poco para hacer valer más su condición. Jaspe dejó el periódico a poco de llegada la República, se afilió al partido de Azaña, con tal fortuna e inteligencia que a los dos meses ascendía jerárquicamente en el Patronato de Turismo a uno de sus más altos puestos.

Bermúdez Cañete tenía a su cargo en el periódico la sección económica y financiera. Era la única aportación del catolicismo oficioso que figuraba en LA CONQUISTA DEL ESTADO. Algunas veces se le veía un poco vacilante y retraído, hasta que un día descubrió a la Redacción que don Angel Herrera, su mentor y maestro, los calificaba a todos de hegelianos empedernidos, estatólatras y una porción más de herejías. Con frecuencia se quejaba a Ledesma de ese espíritu del periódico; pero el director, que lo conocía bien, no se molestaba mucho en tranquilizarlo, encomendando esta función a la mecanógrafa de la Administración, que lo hacía a maravilla, con sólo ser puntual en la entrega de los 25 duros mensuales que percibía Cañete.

Francisco Mateos era el dibujante. Mateos es un excelente pintor, que une a su gusto artístico un gran sentido de lo popular. Había estado mucho tiempo en el extranjero y tenía un historial político fuertemente extremista. Admiraba mucho a Gross, titulándose su amigo, y a creerle, había sido un héroe comunista, junto a Ernesto Toller, durante las jornadas rojas de Munich, en 1919. Mateos, que frisaba los treinta y seis años, era el redactor de más edad, y ello, unido a su tendencia a la melancolía búdica, le proporcionaba ante los demás una gran autoridad. Dibujaba una sección, titulada *Comicidios*, de gran fuerza satírica. Pero Mateos, con gran sorpresa de todos, reveló de pronto una tendencia insuperable a escribir. El director, que admiraba mucho sus dibujos, arrinconaba, en cambio, las innumerables cuartillas que Mateos ponía en sus manos. Esto debió molestarle profundamente, y un día, a los dos meses escasos de estar en el periódico, aprovechó la ocasión de que Ledesma le pusiese reparos a un dibujo para abandonar LA CONQUISTA DEL ESTADO. A los pocos días comenzaba Mateos a dibujar en *La Tierra*, y también a publicar larguísimas informaciones y reportajes.

Alejandro Raimúndez, administrador del periódico y redactor también de temas económicos, era un gallego inteligente e irónico, un tanto escéptico como buen ateneísta, que luego, más tarde, creemos se afilió al lerrouxismo.

Iglesias Parga, universitario, antiguo lector de español en Suecia, destinatario en 1929 de una carta famosa de Giménez Caballero, formaba parte del grupo con un entusiasmo infantil, que demostró en las calles distribuyendo el manifiesto político que precedió a la salida del periódico. Iglesias era un muchacho grandullón, muy exaltado, que a los pocos meses se hizo comunista, y hasta, al parecer, atravesó un período de salud mental difícil en un sanatorio.

Souto Vilas, hoy catedrático, aportaba su firmeza de campesino celta. Propagó con todo entusiasmo en Galicia las consignas del periódico, y ha sido, y es aún, uno de los que con más honradez, capacidad y consecuencia defienden la bandera nacional-sindicalista.

Completaban el grupo: Antonio Riaño, hijo de un militar republicano a quien Azaña agregó a la Embajada en Londres, que era el redactor universitario. Escribano Ortega, muchacho muy piadoso, de educación medio integrista, monárquico enfeudado, como decía a todas horas, que iba mucho por el periódico, aun mostrándose disconforme y en absoluto desacuerdo con él. Hernández Leza y Puértolas trabajaban como reporteros y traductores.

Tales fueron quienes redactaron LA CONQUISTA DEL ESTADO. A ellos se debe la primera piedra que puede identificarse en España como fascista. A última hora, en el mes de octubre, entró en la redacción Emiliano Aguado, teórico de buena formación intelectual, hoy editorialista en un periódico reaccionario.

Su actitud nacionalista y revolucionaria

El periódico estaba vinculado a dos consignas: era profundamente nacionalista y era profundamente revolucionario, social y subversivo. Conste que su filiación fascista se la damos ahora, al situarlo en la Historia, y, sobre todo, tanto por su posición patriótica y sindicalista de entonces como por las derivaciones finales del grupo. Pero ellos, en el periódico, nunca se llamaron fascistas ni se definieron como tales.

No hay que olvidar el momento de España en que apareció: marzo de 1931. Cuando culminaban las campañas electorales contra la Monarquía y ésta se tambaleaba radicalmente. El periódico, sin embargo, mostró en sus primeros números un soberano desprecio por la ola del republicanismo, aun sin defender, desde luego, para nada a la Monarquía agónica, basándose en que el movimiento republicano ligaba por entero su destino a las formas demoliberales más viejas.

LA CONQUISTA DEL ESTADO pretendía representar un espíritu nuevo, y tenía necesariamente que chocar con el republicanismo de 1931, en cuyas redes veía además caer a toda la juventud, generosa e inexperta. En realidad, la contraposición del periódico al espíritu predominante en los grupos triunfadores de abril era, y tenía que ser, absoluta. Pues quien recuerde sin pasión aquellas fechas -después de todo bien cercanas- advertirá que toda la propaganda del movimiento antimonárquico se hizo a base de ofrecer a los españoles las delicias de un régimen burgués-parlamentario, sin apelación ninguna a un sentido nacional ambicioso y patriótico, y sin perspectiva alguna tampoco de transmutación económica, de modificaciones esenciales que satisfacieran el deseo de una economía española más eficaz y más justa.

Con formidable ímpetu, el periódico aceptó su destino en aquella hora, que consistía en estar frente a todo y frente a todos, dando aldabonazos para despertar una nueva conciencia juvenil, que por entonces no aparecía más que en el grupo redactor y en un centenar escaso de simpatizantes. Apenas proclamada la República, inició una oposición violentísima contra el Gobierno provisional, atacándole por su espíritu demoburgués, antimoderno, y por su indiferencia, por su insensibilidad ante los problemas históricos de signo nacional verdadero. A la vez, naturalmente, el periódico era anticomunista, si bien escrutando con toda fijeza las líneas que postulaban una salida social subversiva -por ejemplo, la C.N.T.-, en busca apasionada de coincidencias que le permitiesen enlazar con alguien sus esfuerzos.

El Gobierno provisional de la República no era capaz siquiera de conservar la adhesión entusiasta de sus mismas filas. Júzguese cómo se situaría ante él un grupo como el de LA CONQUISTA DEL ESTADO, que ambicionaba raer de toda la juventud las ilusiones liberal-burguesas, precisamente las que sustentaban y representaban aquellos gobernantes.

El periódico reflejó su profunda significación nacional y patriótica en una tenacísima y violenta campaña contra los separatistas catalanes. Y mostró asimismo sus afanes revolucionarios, su tendencia a una revolución social económica, vinculándose en muchos aspectos a la actitud de la C.N.T. y exaltando las actividades subversivas del comandante Franco.

Es importante fijar este doble perfil de LA CONQUISTA DEL ESTADO, donde radica su originalidad histórica, su carácter de primera publicación española que trata de nacionalizar el sentido revolucionario moderno, a la vez que de sustentar una bandera nacionalista sobre los intereses socialeconómicos de las grandes masas.

La batalla al separatismo

Su adscripción a una España unida, sin concesiones a los núcleos disgregadores de la periferia, principalmente de Cataluña, proporcionó al periódico las primeras persecuciones. Es bien conocido cómo los primeros gobernantes de la República estaban ligados con Maciá por fuertes compromisos. Una campaña como la que iniciaba LA CONQUISTA DEL ESTADO, moviéndose, no se olvide, dentro de la revolución, en pro de un aplastamiento revolucionario de los separatistas, tenía por fuerza que ser detenida por el Gobierno.

Maciá prohibió en toda Cataluña la circulación del periódico, excediéndose notoriamente en sus atribuciones. Pero por más protestas que se hicieron ante Maura, entonces ministro de la Gobernación, fue imposible su libre circulación en Cataluña. Unos cientos de ejemplares, en fajas vueltas y dirigidos a suscriptores, fueron los únicos que penetraron en Cataluña mientras se hizo la campaña antiseparatista, que puede decirse tuvo casi la misma duración que el periódico.

Pero no se trataba sólo de Maciá. Desde la Dirección General de Seguridad, a cuyo frente se encontraba entonces Galarza, también se dispusieron a desarrollar una acción gubernativa contra LA CONQUISTA DEL ESTADO, naturalmente más a fondo y peligrosa que la organizada por Maciá.

La campaña en pro de la unidad de la revolución y de la unidad de España hizo que aumentase la circulación del periódico, y además, que se acercasen a él algunos grupos de españoles deseosos de complementar su eficacia. Con ellos inició Ledesma los primeros pasos de una posible organización, destrozada por el Gobierno apenas nacida.

Estos grupos -no estarían formados por más de 18 ó 20 militantes- lograron por entonces su primer éxito, lo que dió con Ledesma en la cárcel. La cosa fue así: A los pocos días de las elecciones para las Constituyentes, anunciaron su llegada a Madrid, en tren especial y con todo estruendo, los diputados catalanes afectos a Maciá y a la *Esquerra* separatista.

Esto fue considerado en el periódico como una magnífica ocasión de manifestarse en la calle contra tales elementos. Cuatro días antes de la fecha señalada para su llegada, comenzaron los preparativos, y también las sospechas de la Policía, que puso vigilancia al periódico. El plan consistía en colocar en la estación del Mediodía dos o tres petardos, que debían precisamente estallar en unos coches del tren fronterizo a la vía por donde entrase el de los diputados. A la vez, a la salida de la estación, se esperaba poder situar grupos suficientemente numerosos para organizar una protesta lo más violenta posible. A este efecto, se redactaron unas hojas, invitando al pueblo madrileño a la manifestación, que contenían grandes ataques al separatismo.

Los petardos los preparó un entusiasta unitario, viejo lerrouxista, que veinticinco años antes había luchado en Barcelona contra el separatismo. Era un gran tipo, hombre de vida difícil, comisionista de pocas ventas, a quien demudaba el solo pensamiento de la disgregación española. Tenía más de cincuenta años, doblando, pues, casi la edad al más viejo de los del grupo. Entre sus jóvenes camaradas estaba muy orgulloso, satisfecho de representar un papel de militante neto, como uno más. El y otro compañero fueron los encargados de colocar los petardos en los departamentos del tren, con arreglo al plan que antes hemos dicho.

Las hojas clandestinas se tiraron en una pequeña imprenta, no sin que se enterase, por imprudencia de un redactor, el regente de la otra imprenta donde se hacía el periódico, en la calle de Martín de los Heros. Este regente vendía confidencias en la Dirección de Seguridad, y comunicó enseguida a Galarza el hecho de que se habían impreso gran cantidad de hojas clandestinas contra Maciá y sus diputados. Además, aderezó la confidencia con la afirmación de que había oído a los redactores de LA CONQUISTA DEL ESTADO que preparaban una purga de ricino al propio Galarza.

Este no necesitó más, naturalmente, para proceder contra el grupo. Encontró la Policía veinte mil hojas, que guardaba en uno de los sótanos de su casa Enrique Compte, uno de los primeros adheridos a la política del periódico. También, aunque no los descubrieron, pudo enterarse la Policía de que se habían fabricado petardos - ella suponía que bombas-, presumiendo, en fin, una terrible organización, dispuesta a la violencia contra los diputados separatistas.

Entonces ocurrió lo más pintoresco, y es que, a la vista de tales informes, dándose cuenta de lo desagradable y desastroso que sería para ellos el ser recibidos en Madrid con protestas, prescindieron del tren especial, abandonaron la pretensión de llegar y entrar en Madrid espectacularmente, conformándose con hacerlo en los expresos de viajeros, en dos o tres tandas y sin llamar mucho la atención. Fue, repetimos, el primer éxito de los grupos afectos al periódico, bastando sólo, como hemos visto, docena y media de militantes para impedir la arrogancia de los catalanistas triunfadores.

A consecuencia de ello, sin embargo, Galarza metió en la cárcel al director, y recrudeció la persecución policíaca contra el periódico.

Con la C.N.T. de flanco

En el verano de 1931, la única fuerza disconforme con el Gobierno provisional, que podía representar para éste un verdadero peligro, era la Confederación Nacional del Trabajo, la C.N.T. Del 10 al 14 de junio de ese año, a los dos meses de proclamada la República, celebró la C.N.T. un Congreso extraordinario en Madrid, en el antiguo teatro de la Princesa. Muchos asignaban a ese Congreso trascendencia decisiva para la revolución. La verdad es que, efectivamente, la C.N.T. representaba entonces y polarizaba entonces la ascensión revolucionaria; pero ese Congreso se realizó de un modo atropellado, y puso a la vez al desnudo la penuria táctica de ese formidable organismo. LA CONQUISTA DEL ESTADO, cuyo norte social y nacional difería en absoluto de las directrices cenetistas, vió, sin embargo, en la C.N.T. la palanca subversiva más eficaz de aquella hora, libre asimismo de influjos bolcheviques por la oposición anarcosindicalista a la doctrina del marxismo.

En muy variadas ocasiones demostró el periódico su afán de ayudar de flanco las luchas y las consignas diarias de los sindicalistas.

Así, por ejemplo, dedicó planas enteras a las sesiones del Congreso, publicó interviús con sus líderes más destacados, etc., etc. El número de LA CONQUISTA DEL ESTADO aparecido el día 13 de junio, en pleno Congreso sindical, estaba dedicado, por mitad, a la campaña antiseparatista y a la difusión y comentario de aquella asamblea.

Los redactores del periódico tuvieron ese día la satisfacción de asistir desde uno de los pisos altos a la sesión, y ver en la mayor parte de las manos de los congresistas ejemplares de LA CONQUISTA DEL ESTADO, que se vendía a la entrada. Ese hecho fue advertido por muchos, y comentadísimo en Madrid.

El propósito táctico de enlazar por su flanco, de un modo transitorio, las luchas del grupo con las desarrolladas por la C.N.T. era, pues, una realidad. Hay que advertir que por esta época el grupo redactor inicial había quedado reducido a la mitad, y se mantenían firmes en torno a Ledesma los de mejor temperamento y más alta calidad de luchadores políticos, entre ellos, el que durante toda la publicación del periódico fué su eficacísimo secretario de redacción, Juan Aparicio.

El incremento social del periódico era evidente, y esa evidencia llegaba también a la Dirección General de Seguridad, que forzó al mismo ritmo la acción gubernativa contra el semanario.

Interferencia con la huelga telefónica

Entonces, primera semana de julio, tuvo lugar la famosa huelga telefónica, primera acometida revolucionaria que se desencadenó contra el timorato Gobierno provisional. Pudo ser, en efecto, el camino de la toma del Poder por los Sindicatos y el ensayo, a fondo, de la revolución social española. LA CONQUISTA DEL ESTADO

encontró en la huelga motivo de agitación contra el pulpo capitalista yanqui, aposentado en la Compañía Telefónica. De ahí que no ahorrase esfuerzo alguno en favorecer la huelga, aun sabiendo de sobra el director que tras de ella existía un propósito y un plan subversivos para derribar al Gobierno provisional. Este, tanto por miedo a las represalias del capitalismo estadounidense como por miedo a dicha subversión revolucionaria, se encontraba nerviosísimo ante el desarrollo de la huelga.

Los sindicalistas que formaban el Comité encargado de dirigir el conflicto, tenían la seguridad de que su misión histórica era servirse de él como palanca revolucionaria. A estos efectos, buscaban colaboraciones, armamentos, y recibían y aceptaban los ofrecimientos múltiples que se les hacían desde los más variados sectores, no el menor el de la misma Policía.

Pero la C.N.T. no contaba con un equipo de diez o doce hombres con capacidad de conductores ni de organizadores triunfales de la revolución, entonces ya casi madura, pues se daban las circunstancias favorables de un régimen sin constituir, ingenuo y con defensas fáciles de vulnerar por múltiples puntos. La C.N.T. no contaba más que con esa capacidad elemental y primitiva, muchas veces heroica, de sus militantes; pero sus hombres, por vicio o por defecto inexorable de la ideología anarcosindicalista, eran entonces, y lo han sido siempre, en absoluto incompatibles con una técnica revolucionaria eficiente.

El fracaso de la huelga telefónica marca el descenso o, por lo menos, la paralización revolucionaria de la C.N.T. en 1931. Muchos de sus dirigentes se convencen entonces de la impotencia cenetista para vencer al Gobierno provisional. Así lo confesaron, en la redacción del periódico, dos o tres de ellos.

Para LA CONQUISTA DEL ESTADO, dicha huelga supuso, asimismo, un grave quebranto. No de lectores ni de eficacia, que eso aumentó, sino económico y represivo. Económico, porque diversas acciones y actividades, con motivo de la huelga y de la campaña contra Telefónica, debilitaron la caja del periódico en unas cinco mil pesetas. Y represivo, porque, en vista de la violencia con que se efectuó esa campaña, enlazándola, naturalmente, con la traición del Gobierno, que favorecía de un modo lacayuno los intereses yanquis, se dispuso la Dirección de Seguridad a acabar con el semanario.

A más del encarcelamiento de Ledesma, lo que es lógico supusiese grave contratiempo, se recogía el periódico de una manera sistemática, llevándolo la misma Policía al fiscal. Cinco semanas seguidas fue procesado el director por diversos artículos, siempre relacionados con la Telefónica o con los separatistas.

Peripecia policíaca

La vida de LA CONQUISTA DEL ESTADO se hizo de este modo imposible. La Policía de Galarza no esperaba a que los ejemplares fuesen al Gobierno civil para sellar, sino que ella misma intervenía la edición en la imprenta. El último número que salió de este modo, correspondiente al 25 de julio, se hacía en una imprenta de la calle de Hernani, en los Cuatro Caminos, donde se presentó la Policía cuando iba la tirada por los dos mil ejemplares. Obligó a parar las máquinas, y llevó a la Dirección de Seguridad un par de ellos para que fuesen examinados. Dos agentes quedaron allí de vigilancia, para impedir que se sacasen los demás, y con tal rigor ejecutaban su consigna, que no permitieron llevar a nadie ni un solo ejemplar. En vista de ello, los grupos afectos al periódico entraron en la imprenta escalando una tapia por la parte trasera del edificio, que daba a unos desmontes, y por allí huyeron con los dos mil ejemplares, no sin reducir, primero, a los agentes, que callaron luego prudentemente la faena.

En esas condiciones, como es natural, la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO era a todas luces imposible.

El 25 de julio suspendió -nada voluntariamente, como hemos visto- su salida, que reanudó luego, en segunda etapa, el día 3 de octubre siguiente.

La quema de conventos. Testigos presenciales

LA CONQUISTA DEL ESTADO tenía establecida su redacción en la avenida de Dato, número 7. Ello hizo que los redactores fuesen testigos presenciales, durante la mañana del día 11 de mayo, del incendio del famoso convento jesuítico llamado de la Flor, situado en la misma avenida, a unos cien metros del periódico.

Aproximadamente a las diez, un grupo de doce o quince individuos, coreado por otro que no pasaría tampoco de veinte, comenzó a vocear ante el edificio, lanzando alguna que otra piedra. Inmediatamente rociaron la puerta con gasolina y empezó a arder, facilitándolo un haz de astillas que llevaban ya dispuesto.

En aquel mismo momento llegó una sección de Seguridad, que dispersó a los incendiarios, retirándose éstos hacia la calle de San Bernardo. Desde la esquina de esta calle con la de Dato, donde está la sucursal del Banco de Vizcaya, cuatro o cinco de aquéllos hicieron sobre los guardias unos diez disparos.

El incendio entonces no pasaba de la puerta y del pequeño haz de astillas. A los cinco minutos, todavía levísimo el fuego, apareció un coche de bomberos, que, ante la no muy acalorada presión de los grupos, se retiró

sin actuar. También se retiró la sección de guardias. Entonces, dueños ya en absoluto del terreno, los grupos atizaron el fuego, que al poco tiempo alcanzaba proporciones enormes.

Medio Madrid -de un Madrid pasivo, espectador y al margen, para quien, sin embargo, aquel espectáculo no dejaba de tener formidable interés- llenó toda la ancha Gran Vía contemplando el incendio. Cuando las llamas alcanzaron la cúpula y salían de ésta hacia arriba, delimitadas geométricamente por su redondez, la visión tenía, en efecto, una fuerza arrebatadora.

En la redacción del periódico se percibió enseguida el carácter de los incendios, de cosa urdida, preparada y efectuada por una minoría, y con la complicidad evidente del Gobierno provisional. Y de tal modo era una ínfima minoría la ejecutora que, desde luego, los redactores de LA CONQUISTA DEL ESTADO afirman que hubiese bastado la intervención, en contra de los incendiarios, de dos o tres docenas de individuos para haber impedido el de la Flor, que fue el incendio más resonante. Y del mismo modo hay que suponer que todos los demás.

No faltó en el periódico quien propusiese intentarlo. No, naturalmente, por excesiva simpatía a la Iglesia, pues LA CONQUISTA DEL ESTADO lo era todo menos clerical; sino por oposición a la actuación odiosa de las turbas. Pero se desechó en el acto. Pues lo mismo que tiene sus doctores, debe tener también sus defensores, ya que no son pocos los que medran y se cobijan políticamente en sus banderas. Además, LA CONQUISTA DEL ESTADO culminaba entonces su táctica de estruendo popular, de acercamiento a las consignas de la revolución contra el Gobierno provisional, y su intervención en aquel pleito, después de todo no ligado a ella de una manera demasiado directa, hubiera reducido al periódico y al grupo a la impotencia.

El sábado anterior a los incendios de conventos había publicado LA CONQUISTA DEL ESTADO, a toda plana, una carta revolucionaria, dirigida al comandante Ramón Franco. En ella se le incitaba a proseguir su ruta por el camino de la revolución, si bien para extraer de ésta tanto su dimensión social como la dimensión nacional española, la grandeza de la Patria.

Esa carta, con gruesas titulares, ocupaba toda la primera plana del periódico, dándole un aspecto sensacional.

La tarde del día de los incendios, llena la Gran Vía de masas revolucionarias y de enormes multitudes, creyeron los redactores que era una ocasión magnífica para propagar el número, aprovechando su oportunidad. La cosa tenía, sin embargo, algún riesgo, porque ya LA CONQUISTA DEL ESTADO era calificada por muchos de *fascista*, sobre todo por los comunistas y su Prensa.

No obstante, y como no se encontraron con rapidez vendedores, salió la propia redacción en pleno, con la mecanógrafa administrativa y el conserje, y en menos de una hora vendieron cerca de cinco mil ejemplares sin el más mínimo incidente.

La acción de los incendiarios el día 11 de mayo produjo, naturalmente, cierto estupor en muchos sectores. A los dos o tres días, en parte orientados por la carta a Franco, y en parte buscando en la organización que postulaba el periódico una posible bandera, se presentaron a hablar con Ledesma unos cuantos aviadores, entre ellos Ruiz de Alda, el capitán Iglesias -actual organizador de la expedición al Amazonas-, Escario y algún otro. Mostraron, y hasta firmaron, su adhesión a la política del periódico, pero sin más consecuencias.

Su signo histórico

¿Bajo qué signo histórico cabe apreciar y enjuiciar la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO? Ya hicimos alusión a las circunstancias en que nació y tuvo que desenvolverse. Ante la avalancha demoliberal de 1931 ese periódico, que aparecía totalmente inmunizado contra toda bandera liberalburguesa, se dio cuenta de que le estaban vedadas las eficacias de carácter inmediato. Ledesma Ramos decía por ello, frecuentemente, a sus camaradas, los redactores, que debían tener conciencia clara de que, por el momento, las ideas de LA CONQUISTA DEL ESTADO no podían plasmar de un modo victorioso. Y que el destino del periódico, en tal coyuntura, sería el de batirse en guerrilla e incluso perecer como publicación. Pero que tiempos vendrían, en fecha no muy lejana, recogiendo el espíritu y la eficacia de sus luchas.

La situación dramática del periódico y del grupo consistía en que, permaneciendo, desde luego, en oposición al viejo Estado monárquico, entonces agonizante, estaba asimismo en radical disconformidad con el espíritu que informaba a las fuerzas republicano-socialistas encargadas de sustituirlo.

LA CONQUISTA DEL ESTADO significaba el auténtico nacimiento de un espíritu político y social nuevo en la juventud española. Como toda cosa recién nacida, tenía delante un posible período de vacilaciones, de equivocaciones, de provisionalidad, si se quiere.

Lo primero que hoy advertimos, repasando su colección, es ese carácter suyo, de cosa aún no madura, que busca precisamente llegar a desarrollarse con el máximo de lozanía en el futuro.

Es evidente que, en cualquier otro momento histórico que hubiese surgido habría encontrado una atmósfera más propicia, menos inclemente. Pero nacer en una coyuntura como la que ofrecía España en abril de 1931,

estando en desacuerdo con el régimen que se extinguía y en desacuerdo también con los que lo derrocaban, equivalía, naturalmente, a desplazarse del plano de las eficacias inmediatas.

El periódico, sin embargo, no abandonó su misión. Pudo haberse embarcado con alguna de las tendencias que entonces existían o, por lo menos, seguir el mismo destino de los grupos a quienes ayudó y sirvió de flanco. Pero tuvo la honradez y la conciencia histórica de no hacerlo. Sostuvo, sí, campañas convergentes con los sindicalistas, con las actividades revolucionarias de Franco, etc., mas no se identificó -ni podía identificarse, a menos de traicionar su signo- con ellos, ni tuvo el menor propósito de extraer del río revuelto revolucionario la más mínima ventaja a costa de su propio ser.

Que, en efecto, llevaba dentro eficacias considerables, y que representaba de veras, con su adscripción a la doble empresa nacional y social, fusionadas y fundidas en una sola, una voz de gran futuro, lo demuestran los hechos posteriores, ya que es innegable que este periódico constituye el foco inicial de los movimientos luego señalados y destacados como fascistas Y lo demuestra también que hoy su mismo vocabulario y las organizaciones a que dio vida predominen en la juventud y vayan extendiéndose a otras zonas sociales más amplias.

Surgen las J.O.N.S.

En uno de los últimos números de LA CONQUISTA DEL ESTADO, el correspondiente al 10 de octubre de 1931, se anunciaba la próxima organización de las J.O.N.S. (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista), y en un artículo de su director, luego impreso como manifiesto del nuevo grupo, se indicaban las orientaciones y tácticas de las JUNTAS.

Es así como, incluso sin solución de continuidad, se enlaza con el periódico el nacimiento de la primera organización conocida en España como influida por el fascismo: las J.O.N.S.

2. *De la fundación de las J.O.N.S. a la aparición de EL FASCIO*

Nueve jóvenes quieren salvar a España

Dijimos que en los últimos números de LA CONQUISTA DEL ESTADO se anunciaba la organización de las J.O.N.S. Realmente éstas surgían para que, al desaparecer el periódico, víctima de la represión policiaca, no se diseminaran los diversos grupos de juventudes que en Madrid y provincias aparecían influidos por sus propagandas.

Las J.O.N.S., al nacer, recogían la experiencia de LA CONQUISTA DEL ESTADO, y en su programa-manifiesto disponían ya de una línea más segura y firme que la que informaba las campañas iniciales del periódico.

Encontraron su denominación *nacional-sindicalista*, concepto que aparecía en ellas por primera vez, recogido más tarde en Portugal por Rolao Preto en su fallido empeño de crear una organización fascista.

Desde luego, el nacimiento de las J.O.N.S. significa para sus fundadores el abandono de las tácticas de aproximación a los intentos subversivos de los sindicalistas. Un afán de crear la propia doctrina. Quieren la unidad intangible de España. Postulan el respeto a la tradición religiosa. Llaman de modo preferente a las juventudes, no admitiendo en su seno sino a los españoles menores de cuarenta y cinco años. Manifiestan su incompatibilidad radical con el marxismo. Y presentan una demanda imperiosa de revolución social-económica, a base de la sindicación obligatoria, la intervención nacional de la riqueza y la dignificación plena de los trabajadores.

El espíritu de las J.O.N.S., si bien respondía a una profunda inquietud social, a una actitud nacionalsindicalista, encerraba ciertas concesiones a lo que pudiera llamarse el espíritu de las derechas, y, en parte, para batir al marxismo, buscaba en sus medios el apoyo necesario.

No obstante, en su más íntimo y verdadero propósito, las J.O.N.S. querían recoger la desilusión rápida de la revolución de abril, el fraude que el desarrollo de la misma significaba para las juventudes y para la verdadera liberación social del pueblo.

La fecha de presentación de los primeros estatutos jonsistas en la Dirección de Seguridad es la del 30 de noviembre de 1931.

Los fundadores, en la fecha de aprobación de los estatutos, no llegaban a diez. En la asamblea de constitución estuvieron presentes nueve camaradas, ante la extrañeza atónita del agente de la autoridad, a quien sin duda le parecían muy poca cosa aquellos nueve jóvenes para iniciar la salvación de España.

El nombre de Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.) fue propuesto por Ramiro Ledesma. Se adoptó como emblema jonsista el haz de cinco flechas cruzado por un yugo. Este fue un gran acierto, pues además de su sencillez geométrica, de su belleza, está ligado a los momentos históricos en que España hizo su unidad y simboliza a la perfección las consignas fundamentales del jonsismo.

El líder marxista Fernando de los Ríos descubre el haz de flechas y el yugo

Por cierto que la elección de ese emblema contiene una anécdota curiosa. Se proponían varios. Unos, un león rampante. Otros, un sol con una garra de león dentro. Etcétera. Entonces, Juan Aparicio, que había estudiado Derecho en la Universidad de Granada, recordó ante el grupo que don Fernando de los Ríos, el líder socialista, explicando un día en su cátedra de Derecho político una lección sobre el Estado fascista, después de hacer alusión al emblema lictorio del hacha y de las vergas, dibujó en la pizarra el haz de flechas y el yugo, diciendo que éste sería el emblema del fascismo, de haber nacido o surgido en España.

Unánimemente fue reconocido por todos como el símbolo profundo y exacto que se necesitaba. Y no deja de tener interés esa especie de intervención que corresponde al profesor marxista en el hallazgo de un emblema magnífico para los fascistas españoles.

Pues a pesar de que las flechas y el yugo constituían el sello de los gloriosos Reyes Católicos, y de figurar, por tanto, como emblema real, en multitud de edificios de aquella época, da idea del abandono en que los partidos y organizaciones de espíritu tradicionalista tienen a los mejores símbolos de la Historia española, el hecho de que nadie comprendiese el sentido del emblema adoptado. Así ocurrió que el grupo de camaradas de

Valladolid, cuyos fundadores eran todos de formación reaccionaria, al recibir de Madrid el emblema lo mirasen, asimismo, como cosa rara, a pesar de que en el castillo de la Mota, en un patio del famoso convento de San Gregorio, y en cien sitios históricos más de Valladolid, existen yugos y haces de flechas con profusión.

El grupo de Valladolid

Después de fundarse las J.O.N.S., en Madrid, una de las primeras ciudades donde adquirió desarrollo su funcionamiento fue Valladolid. Se publicaba allí un periódico, *Libertad*, al que LA CONQUISTA DEL ESTADO saludó con simpatía en uno de sus últimos números, pues aunque aquél estaba situado entonces en una zona ultraderechista, destacaba, sin embargo, en sus páginas una inquietud nacional nueva, diferente a la que suele existir en los medios de donde procedía.

Al frente de ese periódico, y acaudillando el grupo de Valladolid, estaba Onésimo Redondo, un joven nada desprovisto de talento, antiguo discípulo de los jesuitas -con los que seguía en íntimo contacto-, buen orador, lleno de ambiciones hispánicas y con verdadera inquietud social por los destinos y los intereses del pueblo.

Este grupo no ofrecía muchas garantías de fidelidad al espíritu y a los propósitos de las J.O.N.S., pues estaba compuesto, en su mayoría, de antiguos «luises», y con una plena formación reaccionaria. Pero Ledesma y los demás fundadores jonsistas, deseosos de ampliar el radio de la organización y de utilizar en lo posible el máximum de colaboraciones, en la creencia de que más tarde llegaría la formación jonsista de los militantes, no mostraron inconveniente en gestionar el ingreso de este grupo en las J.O.N.S., ofreciendo, además, a Onésimo Redondo, un puesto en la dirección nacional del Partido.

Los tiempos duros. Atmósfera glacial en torno

Durante todo el año 1932, la actividad de las J.O.N.S. fue casi nula. La organización estaba en absoluto desprovista de medios económicos. En el mes de mayo de ese año tuvo incluso que abandonar su domicilio en Madrid, una modestísima oficina de cien pesetas mensuales en la Avenida de Dato. No llegaban a 25 los militantes inscritos, y apenas si podía el Partido tirar unas hojas de propaganda, cuyo importe lo satisfacía ese pequeño grupo, no sin grandes sacrificios, pues todos ellos eran pequeños funcionarios, estudiantes y obreros. El domicilio oficial para las autoridades se fijó en el despacho del militante Enrique Compte, en la calle de San Vicente. Pero las reuniones las celebraba el grupo en un pequeño café de la Gran Vía, los domingos por la tarde.

Silenciosamente se crearon, sin embargo, varios grupos en provincias, a base de antiguos lectores de LA CONQUISTA DEL ESTADO, distinguiéndose el de Valencia, organizado por Bartolomé Beneyto, y el de Zafra, formado con gran pujanza, a base de campesinos, por Bernardino Oliva. Y desde luego, el de Valladolid, de que ya hemos hecho mención especial, que desarrolló algunas luchas victoriosas en las calles, con la consigna jonsista de oposición al Estatuto de Cataluña, entonces a discusión en las Constituyentes.

Una conferencia resonante

El día 2 de abril de ese año organizaron, sin embargo, los jonsistas, en Madrid, un acto singular: Una conferencia en el Ateneo, a cargo de Ramiro Ledesma, y con el título de *Fascismo frente a marxismo*. La cosa era de una audacia insólita. Considérese lo que es y representa el Ateneo. El centro más calificadamente enemigo de las ideas que iban a ser defendidas por el conferenciante. Y por si era poco la oposición radical de la mayoría de los socios, se congregó en el salón una representación nutridísima del Partido Comunista, con la intención que es de suponer.

Ramiro Ledesma se presentó en el Ateneo con sus 25 camaradas. El salón estaba completamente lleno de enemigos. El jefe de las J.O.N.S. llevaba, para más gravedad, una camisa negra y una corbata roja, prendas que por entonces pensaban adoptar los jonsistas.

El acto fue, naturalmente, resonante. El público, organizado y preparado para eso, interrumpía al orador a cada segundo, y éste, renunciando a la exposición razonada y discursiva del tema, se dedicó exclusivamente a combatir con las frases más crudas las ideas marxistas del auditorio. Era, pues, una lucha de uno contra 2.000, y que duró, sin embargo, más de media hora.

La Prensa comentó ampliamente el suceso. He aquí dos ejemplos. Dijo el *ABC* al siguiente día:

> En el Ateneo dio ayer tarde una conferencia sobre este tema don Ramiro Ledesma Ramos, viéndose el salón atestado de público, en el que desde el comienzo de la disertación se notaba cierto espíritu de controversia.
>
> El orador se manifestó como portavoz del nuevo partido J.O.N.S., afirmando que la mayor parte de las ideas que pensaba exponer no iban a ser bien recibidas por el auditorio. (Esta confesión inicial es acogida con grandes aplausos.) Añade que va a hablar contra los principios informadores de los partidos políticos de la República, pero que no se le podrá tachar por ello de monárquico, pues no lo es. Va a

combatir las influencias marxistas, poniéndolas frente al fascismo. (El orador viste camisa negra y ostenta en ella la nota violenta de una corbata roja.) Censura las violencias marxistas que han arruinado a las democracias. Que han matado el patriotismo. Que especulan con el hambre de las masas. El marxismo es antinacional y desaloja del alma de las clases populares el sentimiento que corresponde a éstas de modo más directo: la fidelidad a la Patria. El marxismo es enemigo declarado de la nación. Destruye la nación. Presenta la adhesión a la Patria como una bobería burguesa. Sólo en la subconsciencia -o en la conciencia, mejor dicho- de un judío como Marx pudo fraguarse la destrucción de los valores nacionales, asegurándose la colaboración de las masas.

Explicó las características peculiares del Estado fascista, calificándolo de totalitario, es decir, que obliga a la colaboración activa en las tareas del Estado, no sólo a una respetuosa pasividad. «Hay algo donde el espíritu crítico y la frivolidad de la inteligencia individual deben detenerse: ante la majestad del Estado. Sólo contra un Estado artificioso, antinacional, detentador, incapaz, es lícito y obligado indisciplinarse. No hay espacio alguno en la vida del Estado nacional para la disidencia contra el Estado.» (Cada afirmación del conferenciante es acogida con principios de alboroto entre los sectores de distinta ideología.)

Continúa el orador manifestando que la violencia de los rojos hay que combatirla con análogas violencias.

El ambiente de contradicción en que se desenvuelve la conferencia se agudiza, y un miembro de la Directiva interviene pidiendo calma para que la disertación pueda desarrollarse.

Pero como no consigue que reine el silencio para que el orador pueda ser oído éste desiste de acabar su discurso, invitando a los de ideas contrarias a controvertir en cualquier otro lugar.

El Socialista, no sin seria preocupación, oculta en su tono irónico, dedicó a la conferencia un editorial. Helo aquí:

«Una camisa negra, y en ella el violento grito de una corbata roja. Esta combinación *luciférica* no es más que un espantajo contra Marx, aunque el espantajo, en absurda victoria contra toda libertad y razón, afirme donde fuere su poder. No por eso legitimará su origen ni asentará la licitud de su existencia. Lo negro es reacción extrema, y el rojo lo usan también los que se llaman de la última izquierda; ambos extremos se unen contra Marx; no representan nuestra afirmación, tampoco pretenden expresar otra cosa que su odio común. El odio es quien anuda esa corbata roja sobre esa camisa negra. Nosotros, socialistas, nos explicamos perfectamente esa *toilette*. El que la lleva la merece. Nuestras banderas, sencillamente rojas, no tienen nada que ver con los pendones abasidas ni con los velos inquisitoriales.

La confraternidad universal, y la unión de los proletarios de todos los países para afirmarla, no se perdona a Marx por los que no comprenden la vida del Estado si no es limitada y encajada dentro de la frontera; y alimentada, además, del recelo hacia afuera y el egoísmo hacia dentro. A esto se le llama "patriotismo" por los que, en tal camino, empujan a su patria a la guerra y a la ruina. La guerra no es marxista tampoco, pero es la consecuencia del nacionalismo exagerado. El caso es que a la Humanidad inteligente y dueña de su ritmo ni se la explota ni se la tiraniza; pero, dividida en compartimentos estancos, es bien distinto. Las grandes burguesías son por eso fascistas; y el señuelo de la grandeza patria, los destinos de la raza y el ejemplo de Julio César, los mejores fundamentos líricos de un buen nacionalismo. Para eso no es preciso ser monárquico; se puede ser republicano, como Catilina, y hasta demócrata, como Napoleón, antes de su coronamiento. Con tales actitudes y consideraciones, un histrión cualquiera contradice a Marx, y se hace la ilusión de que desbarata el internacionalismo. Sin embargo, le queda un sentido económico que vencer: la evidencia de la explotación del hombre por el hombre tiene una fuerza tal, que es invencible; y por eso ni se la niega ni se la evita: se la acepta, robándosela al propio Marx. Es la razón de la corbata roja en la camisa negra; y a la combinación se la llama nacional-sindicalismo. Hemos llamado cómico a quien lo explique y lo pregone, y en ello no hay ofensa, porque la médula del sermón que predica es una comedia. A los hombres, consignémoslo con pesadumbre y con vergüenza, los han oprimido y gobernado también cómicos apetecibles y a veces espantosos; pero siempre tiranos; y lo terrible son tumbos históricos que a veces llevan los pueblos a las farsas injustas y sangrientas.

Una conferencia en el Ateneo, ahogada entre denuestos y puños, nos inspira lo dicho. Trátase de afirmar la férrea condición del Estado imperial: huelga el monarca, pero importa el sentido; y se excita hasta la máxima tensión el sentimiento nacional. El enemigo es Marx; pero a Marx le da la razón todo un fracaso histórico. La historia es realidad; el razonamiento para llegar a un hecho histórico es muchas veces la comedia; y en ésta, ¡qué frecuentemente una frase feliz salva una situación y arrastra el éxito! ¿Por qué entonces no derrotar con una frase a Marx? Ahí va la frase, por ejemplo: "Sólo en la mente de un judío como Marx puede fraguarse el internacionalismo..."

Por qué no contestarle "¿Sólo en el corazón de un judío como Jesús pudo caber el cristianismo?"

Bien es verdad que todos éstos, en el fondo del corazón y el pensamiento, repugnan a los dos judíos: a Marx y a Cristo. Son de estirpe romana, como Poncio Pilato y Polichinela.»

Aparte los gritos y las protestas verbales, los comunistas no desarrollaron otro género de violencia. Sin embargo, hubo algunos golpes. El estudiante jonsista Luis Batllés dio un fuerte porrazo a un comunista, precisamente el que más se distinguía en su vocerío, y que, por cierto, se afilió años más tarde al fascismo. Luis Batllés, al huir, se dio con la cabeza contra los cristales de la puerta, hiriéndose y deteniéndolo los guardias. No hubo más incidentes.

La insurrección del 10 de agosto

En agosto tuvieron lugar las jornadas insurreccionales de Sanjurjo. Naturalmente que las J.O.N.S. permanecieron al margen, en absoluto al margen, de ese episodio, realizado por los monárquicos en alianza con el sector republicano enemigo del Gobierno Azaña, y en realidad histórica para oponerse tanto al Estatuto de Cataluña como a la reforma agraria y demás leyes sociales.

Ledesma fue, sin embargo, detenido. Se le retuvo en prisión unos veinte días, y puesto en libertad sin que nadie le tomase declaración.

A consecuencia del 10 de agosto, la acción política posterior, y más para organizaciones débiles y nacientes como las J.O.N.S., era muy difícil. En Valladolid parece que los jonsistas, o por lo menos algunos de ellos, estuvieron un tanto ligados a los sucesos, y Onésimo Redondo emigró a Portugal, donde permaneció catorce meses. Su ausencia de Valladolid significó asimismo el empalidecimiento de la sección. Cosa análoga puede decirse de los demás grupos. También en Madrid y en el resto de España la actividad de las J.O.N.S., durante el medio año siguiente a los hechos de agosto, fue en absoluto nula.

Una coyuntura favorable

A fines de enero de 1933, fue detenido Ramiro Ledesma, para cumplir una condena de dos meses, a causa de un artículo publicado hacía casi dos años contra el separatismo catalán.

A los pocos días de estar en la cárcel, el día 30, tomó el poder en Alemania Adolfo Hitler, lo que supuso en el mundo entero una enorme conmoción política.

En España coincidió ese hecho con la hora en que el Gobierno azaño-marxista entraba, después de Casas Viejas, en su etapa de descomposición. Se produjo, pues, en la política española un formidable cambio de clima, que aprovechó el jonsismo para iniciar su época de crecimiento.

Hasta entonces, parte por las ilusiones que en muchos despertaba la actitud supuestamente enérgica y nacional de Azaña, parte también por la dificultad de que bajo un régimen de procedencia revolucionaria, en su período ascensional y constituyente, se organizaran y actuasen fuerzas radicalmente enemigas, la empresa de las J.O.N.S. había sido por fuerza un propósito ilusorio.

En el próximo capítulo hablaremos de la expansión, crecimiento y consolidación definitiva del movimiento jonsista a todo lo largo del año de 1933, desde su mes de marzo.

La aparición de EL FASCIO

Aquí reseñaremos ahora un episodio que tuvo bastante resonancia, y al que le corresponde, naturalmente, en este libro, una alusión en cierto modo amplia. Nos referimos a la aparición de *El Fascio*, semanario del que no salió más que un número, recogido casi íntegramente por la policía.

El episodio es sintomático; pero en realidad fue una formidable ventaja que el Gobierno suspendiese aquella publicación, que en medio de algunos aciertos suponía para el movimiento nacional una posición falsísima y errónea. (Por ejemplo, su misma denominación, *El Fascio*, titulo que no tenía por que decir nada al alma española, era la primera contradicción grave.)

La idea de la fundación de *El Fascio* corresponde íntegra a Delgado Barreto, entonces, y creo que todavía ahora, director de *La Nación*. Se le ocurrió, naturalmente, a la vista del triunfo de Hitler, cuando la enorme masa española, que comenzaba a estar de uñas con el Gobierno Azaña, asistía con admiración a las gestas del fascismo alemán.

Delgado Barreto, con su formidable olfato de periodista garduño, vio con claridad que en un momento así, en una atmósfera como aquélla, si un semanario lograba concentrar la atención y el interés de las gentes por el fascismo, tenía asegurada una tirada de 100.000 ejemplares. Barreto no se engañaba en esta apreciación. Era un hombre que no tenía, posiblemente, del fascismo más que ideas muy elementales, y hasta incluso falsas; pero sabía a la perfección el arte de hacer un periódico fascista para el tendero de la esquina, para el hombre de la calle. Lo que es, desde luego, un valor.

Indudablemente, tras de Barreto estaba ya José Antonio Primo de Rivera. No se olviden las relaciones de Delgado Barreto con el general. Y ahora, ante la empresa fascista, operaba de acuerdo con los propósitos

políticos del hijo, de José Antonio, que en estas fechas comenzó a soñar con un partido fascista del que él fuese el jefe. No obstante, Delgado Barreto daba ya entonces la sensación de que no le dominaba una fe absoluta en cuanto a la capacidad de José Antonio, y con mucha prudencia eludía jugarlo todo a la carta exclusiva de éste.

Se formó un consejo de redacción, para el que fueron requeridos los jonsistas. Estos se prestaron de malísima gana, porque les horrorizaba verdaderamente el título del periódico y porque no veían garantías de que aquello no se convirtiese en una madriguera reaccionaria. Pero el afán de destacar su labor y de popularizar en lo posible al movimiento jonsista pudo más que todo, y convinieron entrar en aquel Consejo, si bien bajo el compromiso de que ellos, los de las J.O.N.S., redactarían dos planas, que de un modo exclusivo estarían con integridad dedicadas al jonsismo.

El Consejo de redacción, además del director, que era Barreto, lo formaban: Giménez Caballero, Primo de Rivera, Ramiro Ledesma, Sánchez Mazas y Juan Aparicio.

Con anterioridad a su salida, *El Fascio* fue profusamente anunciado. Ello hacía que pudieran percibirse las reacciones de la gente, y también que aumentasen de día en día los pedidos de los corresponsales, que a última hora rebasaban los 130.000 ejemplares.

El Gobierno asistía con bastante inquietud a esta realidad. Pero más aún que el Gobierno, los socialistas, a quienes una salida así, descarada y desnuda, de un periódico fascista, al mes y medio escaso de ser batida por Hitler la socialdemocracia alemana, les parecía intolerable.

Al mismo ritmo que aumentaba la expectación de la gente crecía la inquietud del Gobierno, que se disponía a movilizar su aparato policíaco.

En esto, de modo apresurado y espectacular, se reunieron las directivas del partido socialista y de la U.G.T. El acuerdo consistió en anunciar que ambas organizaciones se disponían por sí, y con todas sus fuerzas, a impedir la publicación y venta de *El Fascio*, si las autoridades no se adelantaban a suspenderlo gubernativamente.

El periódico estaba listo y se disponía a arrostrar cualquier vendaval. Desde luego, y después de la actitud coactiva de los socialistas, era segura la intervención del Gobierno, y muy probable el encarcelamiento de los redactores más destacados. El día antes de la salida no faltaba más que el artículo de Sánchez Mazas, hombre al parecer no muy provisto de heroísmo, que, ante la inclemencia del temporal, con diversas excusas, no escribió el artículo y se fue a pasar el día fatídico a El Escorial.

Giménez Caballero hizo todo un plan programático de bastante interés, si bien quizá demasiado severo, intelectual y seco. Primo de Rivera escribió un artículo teórico contra el Estado liberal, que firmó con la inicial *E*. Ledesma y Aparicio llenaron las dos planas jonsistas. Y Barreto, periodista fecundo, escribió innumerables cuartillas haciendo llamamientos, perfilando la futura organización, etc.

El Fascio apareció el día 16 de marzo y sólo pudo venderse en un corto número de poblaciones. Fue rigurosamente recogido por la policía. En Madrid se incautó de una camioneta con más de 40.000 ejemplares.

Repitamos que fue una gran ventaja que la aventura de *El Fascio* terminase apenas nacida. Se iba desde él a una segunda edición del antiguo upetismo, que, naturalmente, para quienes representaban un sentido nuevo, nacional-sindicalista y revolucionario, hubiera significado el mayor de los contratiempos.

Hubiera representado, asimismo, la renuncia a hacer del movimiento una cosa propia, una cosa de la juventud nacional, con su doctrina, su táctica y sus propósitos, en absoluto desligados de la carroña pasadista y superviviente.

Los jonsistas, a la vista de aquella gente, y después de alegrarse de la suspensión, volvieron a sus tiendas, pues comenzaba para ellos su mejor etapa, la que los convirtió en señaladores y orientadores innegables del nuevo movimiento.

Por primera vez conocieron entonces a Primo de Rivera, del que justo es decir no se mostraba tampoco muy conforme con aquella virgolancia de *El Fascio*, pues aunque nada provisto de cualidades de caudillo, es hombre inteligente y de buen sentido. En aquella ocasión, como luego en muchas otras, se dejaba, sin embargo, llevar.

3. La expansión jonsista

La expansión jonsista

El año de 1933 es el verdadero año de las J.O.N.S. Durante él, se convirtieron en la bandera innegable de la juventud nacional, llevando a ésta a sus mejores luchas en pro de la Patria, de la liberación social del pueblo y contra el marxismo.

¿Cómo se desarrolló y tuvo lugar semejante hecho?

Ya dijimos que a fines de enero de ese año entró Ramiro Ledesma en la cárcel, a causa de un antiguo artículo. Permaneció en ella un mes, hasta fines de febrero. También dijimos que por esas fechas la organización jonsista atravesaba una vida canija, difícil, sin éxito. Pero en la cárcel recibió Ledesma la visita de un grupo de diez o doce estudiantes, algunos de ellos antiguos comunistas, que deseaban ponerse bajo su dirección política y organizar las J.O.N.S. en la Universidad.

Al frente de ese grupo, como más destacados, figuraban José Guerrero, Aparicio López y Ortega, tres jóvenes de gran entusiasmo y actividad. Ledesma les dio instrucciones para los primeros trabajos, les explicó con brevedad las consignas del jonsismo revolucionario, y como pensaba quedar libre a los pocos días, los dejó citados para entonces, al objeto de estudiar un plan de irrupción jonsista en la Universidad.

En efecto, hacia el 10 de marzo, con motivo de unos disturbios estudiantiles, se produjo en la Facultad de Derecho un gran alboroto, en el que los escolares manifestaron a grandes gritos sus filiaciones políticas, dividiéndose entre ellos en dos grupos: uno, que vitoreaba al marxismo y cantaba la Internacional, y otro, que vitoreaba a las J.O.N.S., a España y cantaba himnos nacionales.

Tras del choque producido entre ambos, quedaron en absoluto dueños de la Universidad los jonsistas. A la semana siguiente, había ya inscritos en las J.O.N.S. más de cuatrocientos estudiantes madrileños.

Fue preciso buscar un domicilio. El Partido alquiló entonces un tercer piso en la calle del Acuerdo, 16, local que no pudo ser apenas utilizado porque la Policía lo intervenía constantemente y dificultaba todos los trabajos. Comenzó así para las J.O.N.S. un período de vida semilegal, teniendo que pasar a la clandestinidad toda la organización de grupos.

En vista de las grandes perspectivas que se abrían ante las J.O.N.S., pues comenzaban a afiliarse grupos proletarios además de los estudiantes, lo que daba al Partido la verdadera base inicial que requería -estudiantes patriotas y sindicalistas nacionales-, Ledesma se dispuso a desarrollar el máximo de actividad.

La revista mensual teórica

El día 5 de abril se trasladó a Lisboa, donde permanecía exilado Onésimo Redondo, dirigente de la sección de Valladolid, de quien ya hemos hablado. Ledesma estaba firmemente decidido a acentuar el carácter nacional-sindicalista y revolucionario de las J.O.N.S., pues veía que ésta era, además de la misión jonsista, la ruta que conducía a la movilización triunfal de las juventudes. Onésimo, de fuerte educación católica, herreriana, mostraba gran número de resabios derechistas; pero, a pesar de ello, su adscripción a formas patrióticas de signo social era impecable.

Cambiaron largas impresiones en Lisboa, y Ledesma regresó a Madrid a los dos o tres días, anunciando para primeros de mayo la aparición de una revista teórica, mensual, orientadora de los esfuerzos jonsistas. Era la revista *JONS*, bien conocida más tarde.

Con aportaciones de afiliados y algunos donativos logró reunir el Partido unas dos mil pesetas, con las que hizo frente a los gastos de un local clandestino, a la factura del primer número de la revista y a la impresión de gran cantidad de hojas, manifiestos y circulares, que sembraron las universidades españolas de propaganda nacional-sindicalista.

Muchos son los estudiantes que recuerdan la llegada de esa propaganda a los centros universitarios. Dos años después, en estas semanas mismas en que escribo, algunos de ellos, que hoy tienen terminadas sus

carreras, nos han relatado la atención y la emoción que despertó entre los estudiantes la prosa caliente patriótica y sindicalista nacional de los primeros manifiestos jonsistas.

El éxito del primer número de la revista *JONS* fue asimismo enorme. A pesar de su elevado precio para las economías de los estudiantes y de los obreros -una peseta-, se vendió con profusión y rapidez. Obsérvese que las J.O.N.S., en esta época de la primavera de 1933, ponen todo su afán en la conquista de las juventudes universitarias. Era ése su primer objetivo.

En todas las universidades surgieron grupos compactos de jonsistas, con sus jefes y triunviratos, con arreglo a la organización jerárquica del jonsismo. Se distinguieron Valencia, Granada, Santiago y Valladolid. Pero también se formaron núcleos en Zaragoza, Salamanca y Barcelona.

Agitación y lucha

No transcurría semana alguna sin que los estudiantes jonsistas hiciesen acto de presencia y chocaran de algún modo con los afectos al marxismo.

La venta en la Universidad de Madrid del primer número de la revista *JONS* originó un choque de consecuencias graves. El grupo jonsista se vio atacado por los rojos, y tuvo que defenderse con gran violencia. El camarada Fernando González, muchacho de gran valor, les hizo frente con una pistola, hiriendo gravemente a un destacado antifascista y a dos más, no sin recibir el mismo de los rojos fuertes golpes de matraca.

Esas luchas enardecían más y más a los camaradas estudiantes, a pesar de las innumerables detenciones. En Granada, donde los universitarios jonsistas tenían un jefe de gran entusiasmo y movilidad, Gutiérrez Ortega, los éxitos se sucedían día por día. El gobernador les puso dos multas de mil pesetas, que lograron pagar entre todos a base de pequeños donativos. *El Defensor de Granada*, periódico local, escribía con suma indignación el día 6 de mayo frases como estas:

> El Gobierno de la República, con evidente acierto, ha prohibido la propaganda del fascismo en España. A pesar de tal prohibición, esos elementos organizan su propaganda, y en la Universidad casi todos los días se reparten manifiestos de las J.O.N.S. Esto entra de lleno en el terreno de lo intolerable.

En esas líneas puede advertirse la actitud represiva del Gobierno, lo que obligaba a las J.O.N.S., como antes dijimos, a una actuación semiclandestina; pero entiéndase bien, nunca secreta. La revista teórica era legal y llevaba firmas, a la cabeza la del camarada dirigente Ramiro Ledesma. Pero aun la publicación de la revista, a pesar de su aspecto teórico, ofrecía grandes dificultades, y arrancar el sello al Gobierno Civil costaba siempre batallas.

Si el desarrollo de las J.O.N.S. en las universidades, en vez de iniciarse en abril y mayo, ya vencido el curso, se hace en los meses de noviembre y diciembre, con seis meses por delante, la agitación jonsista en los centros universitarios hubiera alcanzado en el seno del país una resonancia y una trascendencia enormes.

Con fecha 30 de mayo, y como final de la agitación, publicó el Triunvirato Ejecutivo Central -y con la firma de Ledesma, el único triunviro que actuaba- un manifiesto a los estudiantes jonsistas, que transcribimos para que se advierta el espíritu que presidía las luchas:

> CAMARADAS: Finaliza ahora el curso universitario, y ello os dispersa a vuestras provincias, os vuelve al círculo familiar, a las amistades antiguas y a la calma de las vacaciones. Pero el Partido vigila la marcha y estima de gran interés orientar la actividad de los camaradas estudiantes en los próximos meses del verano.
>
> Ha tenido lugar en las últimas semanas la presencia de las J.O.N.S. como bandera rotunda de la juventud nacional. Os habéis unido a ella con entusiasmo fervoroso, dispuestos a nutrir las avanzadas del Partido en su lucha con los enemigos de la paz, la prosperidad y la grandeza de España. Pusisteis voces y gritos nacionales en los recintos donde hasta aquí triunfaban las inconsciencias traidoras y los vejámenes marxistas contra la Patria. Cumplisteis las consignas del Partido con decisión, coraje y tenacidad. Algunos, en Madrid, con valor insuperable. ¡Bien por los camaradas estudiantes de las J.O.N.S.!
>
> Ahora, camino de vuestras ciudades y pueblos, os encomendamos otro género de tareas que requieren asimismo amor al Partido, cumplimiento riguroso de su disciplina; pero que se diferencian de las que hasta aquí habéis realizado honrosamente, porque consisten en una labor aislada, de captación y propaganda, en medios y lugares donde quizá hoy es todavía desconocida la existencia misma del Partido.
>
> Vuestro deber de «jonsistas» jóvenes y tenaces es vigorizar el conocimiento doctrinal de las J.O.N.S., desarrollando una labor de captación eficaz en los círculos familiares o amistosos, donde transcurran vuestras vacaciones. Hay que sembrar España de núcleos afectos al Partido, fieles a su disciplina, que garanticen en todo momento la defensa de nuestra dignidad de españoles frente a la barbarie y la traición de las organizaciones marxistas. ¡Que una blasfemia contra la Patria no quede ya

nunca sin la réplica justa de un español auténtico! Esto, camaradas, ha de conseguirlo nuestro Partido, el único, como sabéis, que de un modo revolucionario y violento nace dispuesto a conseguir, cueste lo que cueste, la grandeza y la dignidad de España.

Hay que estar atentos, camaradas, al espíritu que informa a las J.O.N.S., porque en este terreno las confusiones serían grandemente perturbadoras y nocivas. Somos una organización de masas, que necesita y busca el apoyo moral y material del pueblo. Vamos en pos de la PATRIA el PAN y la JUSTICIA. Tres cosas de que está hambriento y exhausto el pueblo español. Hoy, España es una nación deshecha, y no tienen pan ni justicia las masas españolas. Esta verdad tremenda es la que os corresponde extender por el país, con la noticia justa de que ya aparece en las luchas políticas una bandera de salvación y de triunfo: las J.O.N.S. Conseguiremos todo eso que nos falta -la Patria, el Pan y la Justicia-, y sangre jonsista lo garantizará así en batalla permanente contra quienes hoy o mañana nieguen a los españoles esos tres logros supremos.

Entrad en contacto con los Triunviratos más próximos, que a la vista del carnet del Partido os orientarán y darán facilidades. Esperamos de vuestra tarea grandes eficacias.

Todos, pues, a conseguir:

1) Que en octubre haya en vuestras ciudades y pueblos núcleos jonsistas poderosos.

2) Que los obreros y gentes del campo conozcan los propósitos justos del Partido.

3) Que nadie confíe en la democracia liberal-parlamentaria, como medio de aniquilar el poder marxista y de conseguir la paz y prosperidad nacional.

4) Que todos los jóvenes en quienes aliente un deseo de derrotar al marxismo se den cuenta de que ello se logra militando en nuestro Partido, aceptando nuestra consigna de «Revolución nacional española frente a la revolución socialista» y abandonando esas pacíficas organizaciones desde las que ancianidades con careta juvenil les recomiendan paciencia, prudencia y cursos de electoral sabiduría.

5) Que se extienda con pulcritud y pureza la significación del Partido, evitando esos confusionismos con que hoy se nos calumnia, y reafirmando tenazmente nuestro absoluto desdén hacia las personas y los grupos que levantan fuera de las J.O.N.S. bandera de reivindicación nacional, con espíritu reaccionario y baldío.

6) Que sean las J.O.N.S. quienes en toda ocasión y momento desarrollen la máxima violencia contra la barbarie comunista.

En fin, camaradas, recomendamos, como siempre, la necesidad de mantener con intransigencia un espíritu de partido, firme y radical, frente a otros grupos, por muy afines que parezcan. Levantemos y glorifiquemos nuestro sentimiento de facción, de partido activo y militante, que gusta de la verdad plena y sin mácula.

¡VIVAN LAS J.O.N.S.! ¡VIVA LA REVOLUCIÓN NACIONAL ESPAÑOLA!

Por el Triunvirato Ejecutivo Central, vuestro camarada *Ramiro Ledesma Ramos.*

Madrid, 30 de mayo de 1933.

Esta circular fue recogida por la Policía, lo que hizo que llegasen a su destino pocos ejemplares. Pero la dificultad fue suplida en alguna Universidad, como la de Santiago, de un modo magnífico: clavaron los jonsistas dos hojas en la puerta, formando luego una guardia permanente para que nadie impidiese que fueran leídas por todos los estudiantes.

La sola presencia jonsista

En el mes de junio, y conclusa la propaganda en las Universidades por haber finalizado el curso, iniciaron las J.O.N.S. los primeros trabajos para convertirse en una verdadera organización combatiente.

Un detalle de cómo las J.O.N.S. iban alcanzando en aquellos días personalidad lo revela el hecho siguiente: Los elementos derechistas -agrarios, Acción Popular, etcétera- habían organizado para el día de la Ascensión un mitin en la plaza de toros de Valladolid, al que querían dar gran resonancia. Asistirían 30.000 espectadores, campesinos de Castilla, e iban a hablar Royo Villanova, Martínez de Velasco y Gil Robles. Los jonsistas creyeron que era una buena ocasión para influir en aquellas masas campesinas, entregadas de buena fe a los derechistas, y se dispusieron a hacer acto de presencia en el mitin, no naturalmente de un modo hostil, pero sí desligados de los organizadores. Ledesma se trasladó con ese motivo a Valladolid, pues en esta sección no había entonces propiamente jefe, ya que Onésimo Redondo continuaba en su destierro de Portugal.

El acto, por la gran propaganda que le había precedido, tenía pendiente la atención de toda España, y el Gobierno vacilaba entre suspenderlo o no, presionado por las organizaciones obreras socialistas que amenazaban con la huelga. Por fin, horas antes, el ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, decretó la

suspensión, y en unas declaraciones a los periodistas -el 25 de mayo- manifestó que ésta obedecía «a que el acto era fascista, pues se habían mezclado y pensaban influir en él los de las J.O.N.S.».

Preocupación ofensiva y defensiva

Además de penetrar en zonas sociales más amplias, preocupaba al Partido conseguir una efectiva capacidad para la violencia, y ello, tanto por constituir la acción directa y la acción revolucionaria uno de los postulados tácticos del jonsismo, como por propia y elemental necesidad defensiva.

A fines de junio, esos propósitos estaban en Madrid resueltos. Ramiro Ledesma, con un lugarteniente eficaz, el camarada Ramón Ruiz, logró organizar y seleccionar un centenar de militantes, en patrullas de a cinco, que ofrecían todas las garantías apetecibles para la acción. Eran, pues, veinte grupos, algunos de ellos de formidable ímpetu y poder agresivo. Todos sus componentes eran estudiantes, funcionarios jóvenes y antiguos legionarios de Africa. Estas tres procedencias estaban muy niveladas en los grupos, y eran, evidentemente, las más adecuadas para su función.

Únase a esa cualidad la de que casi todos militaban por vez primera en una organización política, siendo, por tanto, desconocidos como tales en la Dirección de Seguridad. Se reunían una vez a la semana, por grupos. Los jardines de la plaza de España constituían el lugar más preferido, por su amplitud y carácter céntrico.

El éxito de una tal organización no tardó en hacerse visible. Como se estaba ya en pleno verano, la atención del Partido residía realmente por entero en esos grupos, ya que la base de militantes estaba desplazada en su gran mayoría, y la fecha era poco oportuna para la propaganda.

El asalto a las oficinas de los Amigos de Rusia

El día 14 de julio una de esas patrullas jonsistas realizó un hecho que tuvo gran resonancia y preocupó considerablemente al Gobierno. Los diputados de la mayoría azaño-marxista, con gran nerviosismo, mostraban y comentaban el hecho como una prueba de la potencia fascista, y pedían graves sanciones.

La cosa fue así:

Dicho día 14, a las once de la mañana, tres individuos penetraron, pistola en mano, en la oficina que los titulados Amigos de la Unión Soviética tenían establecida en la avenida de Dato, número 9.

Se trataba de uno de tantos centros y asociaciones como, so capa de cultura y admiración apolítica por la U.R.S.S., crean los comunistas, siendo en realidad centros de agitación y propaganda bolchevique.

Parece que los jonsistas sabían que en esa oficina había documentación importante acerca del plan para la jornada comunista del próximo 1.° de agosto, a más de un magnífico archivo y pruebas de los propósitos de la Internacional comunista con relación a España.

El asalto se hizo con una perfección y una audacia insuperables. Los jonsistas se mostraron violentos, pero sin efusión innecesaria de sangre. En el interior de la oficina se encontraban entonces el conocido dirigente comunista y profesor Wenceslao Roces y un secretario. Ambos fueron atados a las sillas y amordazados por dos de los asaltantes, mientras el tercero se apoderó de todo el archivo, ficheros y documentación oficial de la entidad, a más de pulverizar todo el mobiliario.

No hay que olvidar que la oficina de los Amigos de la U.S. se hallaba en un tercer piso, de acceso peligroso por una escalera bastante estrecha, y que en la casa hay más de cien oficinas. Sin que se supiese de fijo qué patrulla jonsista realizó el hecho, aquellas semanas circuló por el Partido una versión detallada de él, así como de todas sus incidencias. Parece que mientras destruían los muebles y ataban a los que se encontraban dentro, el jefe comunista Roces mascullaba protestas, entremezcladas con frases de verdadera preocupación religiosa, como: «¡Ay, Dios mío, éstos son fascistas y nos matan!» No les hicieron, sin embargo, el menor daño, a no ser el formidable susto de las pistolas al pecho, presionándoles con fuerza si iniciaban el menor propósito de gritar.

El plan para el 1.° de agosto fue, en efecto, hallado. También documentación de suma importancia, más tarde utilizada por el Partido.

Semejante hecho, repetimos, alcanzó gran resonancia, tanto por la audacia de los realizadores como porque delataba tener estos detrás una organización fuerte y poderosa.

El periódico *Ahora*, al día siguiente, fecha 15, publicó, como el resto de la Prensa, una nota que revela cuanto decimos. Hela aquí:

> Después de la sesión acudieron al despacho de ministros del Congreso, donde se entrevistaron con el señor Casares Quiroga, los diputados señores Hidalgo, Gomáriz, Menéndez (don Teodomiro) y Balbontín, y los señores Montilla y Roces, de la A. Amigos de la U. S. Según manifestó a la salida don Diego Hidalgo, habían hecho ver al ministro de la Gobernación que la actitud en que se han colocado las J.O.N.S. es una cuestión puramente política, y que es necesario terminar con ese brote fascista.

La Policía se puso a actuar con frenesí. Las altas autoridades gubernativas exigían la detención rápida de los autores. Durante una semana fueron detenidas más de cien personas como sospechosas de participación, teniendo luego que ser puestas en libertad al no ser reconocidas por los asaltados. Entre esas cien, apenas había dos jonsistas, lo que prueba el hecho de que antes hicimos mención, el de que los militantes de las J.O.N.S., por ser jóvenes y no figurar en libros de socios ni en ninguna parte, eran en casos tales de identificación casi imposible.

En vista de que no encontraban socios de las J.O.N.S., los agentes detenían a todos los que figuraban en la Dirección de Seguridad como activos y calificados derechistas. Palos auténticos de ciego.

El Gobierno azaño-marxista se organiza un complot

El entonces ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, a la vista de la agitación producida, encargó al director de Seguridad, señor Andrés Casaux, que en el término de tres días le presentase un *dossier* acerca de la verdadera realidad y situación de las fuerzas fascistas.

Digamos aquí, en breves líneas, que por entonces, a más de las J.O.N.S., había otros grupos que se llamaban «fascistas», seguidores del periódico *El Fascio* muerto, como vimos, el mismo día que nació, y que venían dedicados infantilmente a extender hojitas y pasquines, de redacción bastante ingenua, que circulaban profusamente por Madrid y provincias. Estos trabajos eran ya dirigidos por Primo de Rivera y Ruiz de Alda, circulando tales hojas entre elementos de antiguo ligados a la dictadura, militares retirados y terratenientes de las provincias. De todos modos, su actividad se reducía a eso, al reparto de hojas, que llevaban como membrete un recuadro con las iniciales F.E. (Fascismo Español).

Pues bien, la Dirección de Seguridad elevó el «dossier» al ministro, y a consecuencia de él, como satisfacción a las protestas y al miedo que en los sectores marxistas había ocasionado el asalto a los Amigos de Rusia, una buena mañana se dijo a los periódicos que se acababa de descubrir un terrible complot fascista contra el régimen, en el que aparecían complicados la F.A.I., las J.O.N.S. y los fascistas. Nada menos.

Se hicieron en toda España más de 3.000 detenciones, desde el 19 al 22 de julio. No hay que decir que a los verdaderos autores del asalto, causantes directos de todo aquel barullo, no se les detuvo.

Véanse los titulares de Prensa de aquellos días:

El día 23: ¿Se teme de madrugada un complot contra el Gobierno?

El día 25: *El complot, abortado*.

El día 26: *Según parece, se trata de destruir en sus comienzos una organización de tipo fascista.*

Estos titulares están tomados del periódico *Ahora*, y, desde luego, el último de ellos revela con toda claridad el carácter imaginario y represivo del tal complot.

En el penal de Ocaña

Con los detenidos en Madrid se hizo una selección y por la noche, a las tres de la madrugada, en coches celulares, fueron llevados al penal de Ocaña unos noventa. De ellos, cuarenta y un anarquistas, el cristianosocial Padre Gafo, y el resto, un conglomerado de monárquicos, fascistas de Primo de Rivera y el grupo de las J.O.N.S. Entre estos últimos, Ramiro Ledesma, el secretario de redacción de la revista *JONS*, Juan Aparicio, y el antiguo militante Enrique Compte.

El famoso complot era, pues, anarco-jonsista-fascista. Los propósitos del Gobierno no eran nada difíciles de descubrir. Pensó hacer del penal de Ocaña un verdadero campo de concentración para sus enemigos políticos. Lo prueba el que días antes de ser enviados, el director de prisiones se enteró de si allí podían permanecer 2.000 detenidos.

El Gobierno, vacilante, no se atrevió a eso. No se olvide que esto ocurría cuatro o cinco semanas antes de caer la situación Azaña. Así, pues, a los ocho días, llegaron al penal unos magistrados, que pusieron en libertad a los anarquistas y al Padre Gafo, procesando a todos los demás por un delito sumamente raro y no sé si conocido por los juristas, el «de confabulaciones punibles».

La vida en el penal de Ocaña no dejaba de tener perfiles divertidos. Los anarquistas son, por lo común, gente sociable, y no les disgusta dialogar y razonar hasta con sus mayores enemigos. Puede decirse que los 41 que había allí eran los más destacados faístas madrileños, Melchor Rodríguez, los hermanos González Inestal, etc.

Espíritu de grupo sólo se advertía en los anarquistas y en los de las J.O.N.S. En los demás, detenidos como derechistas, se advertía un guirigay pintoresco. Era gente varia, sin ninguna o muy poca ligazón de partido. De ellos, unos doce pertenecían a la organización que por entonces trataba de fundar Primo de Rivera, con el nombre -nos parece recordar- de M.E.S. (Movimiento Español-Sindical). El resto eran derechistas indefinidos, monárquicos, antiguos sindicalistas libres, albiñanistas (de éstos, el secretario particular de Albiñana, Felipe

Simón, un buen chico) y un conocido pistolero del libre, León Simón. Este era el único con el que no hablaban los anarquistas.

-Muchos compañeros nuestros ha asesinado -se decían unos a otros, refiriéndose a este último Simón.

Entre los de Primo de Rivera, estaba José Gómez, antiguo chófer de confianza del general. Parecía muy fiel y admirador del hijo, de José Antonio, y aunque bastante tosco, no dejaba de mostrar buenas cualidades de militante. El levantaba la moral de muchos de sus compañeros, que poco o nada acostumbrados a la persecución política, se deprimían con gran frecuencia, armando entre sí altercados y peloteras. Había entre ellos, por ejemplo, un valenciano que reclamaba a la organización no sé cuántos miles de pesetas por los trastornos -decía- que le ocasionaba la estancia en el penal, y se los reclamaba al que lo había captado para el partido primorriverista, creo que un señor Marquina, antiguo torero.

Todo esto, presenciar esto, era para los jonsistas muy divertido.

Primera noticia de lo que fueron planes para un tremendo acto terrorista

Había allí también un tipo de cierto interés, antiguo servidor o ayuda de cámara de Alfonso XIII. Se llamaba creo que Alonso. Relató a dos o tres compañeros de penal, con quienes adquirió confianza, un hecho, quizá hasta hoy que lo vamos a contar aquí, absolutamente desconocido, y que pudo haber tenido consecuencias históricas incalculables.

Es sabido que, después de llegar la República, muchos de los antiguos servidores del Rey siguieron algunos meses en sus puestos, habitando en Palacio y prestando allí servicios. Pues bien, uno de los primeros banquetes oficiales, celebrados por el Gobierno provisional de la República en el comedor de gala de Palacio, fue servido por los mismos criados del Rey.

Cuando éstos, ocho o diez días antes de la fecha, tuvieron noticia de ello, comenzó a surgir, en su imaginación de servidores fieles a los Reyes, la idea de preparar una venganza terrible contra quienes los habían vencido y expulsado de España.

Júzguese la imprudencia del Gobierno republicano, entregándose inerme a las reacciones resentidas de los antiguos criados del Rey, para quienes aquellos ministros eran poco menos que representantes directos de Lucifer.

Pues bien, los cinco o seis más exaltados organizaron un plan, que fue luego aprobado por el resto de sus compañeros. Se basaba en el conocimiento exacto que ellos tenían del interior de Palacio, y en la situación, al parecer aislada de las guardias, que ocupa el comedor de gala. Pensaban cortar los timbres, y a una señal, pistola en mano, los veinticinco o treinta servidores, ayudados por algunos elementos extraños introducidos previamente, obligar a los comensales a descender por una escalera que conduce, sin casi advertirlo, a un foso interior. Introdujeron en Palacio las pistolas, y tenían perfectamente urdido el plan, que «no se llevó -decía- a la práctica, por la defección de tres o cuatro asustadizos», que deprimió a los demás y, al parecer, los asustó también. (Claro que esto no tiene que extrañar mucho, pues no se olvide que se trataba de criados, de domésticos, y, desde luego, el hecho monstruoso que tramaban hubiera requerido -¿no era el acto terrorista más siniestro de la historia?- para su ejecución una sangre fría y una audacia nada propias de ayudas de cámara.)

Apremios de la Internacional

Al salir de Ocaña, llegó a las J.O.N.S. la noticia de que la Internacional comunista, muy indignada por el asalto a los Amigos de Rusia, exigía una represalia inmediata y severa, con la amenaza, en otro caso, de cortar las subvenciones. Con este motivo, un grupo de comunistas anduvo algún tiempo tras de los dirigentes jonsistas, buscando ocasión de descargar sus pistolas, sin encontrar la ocasión, aunque sí muchas veces a los dirigentes.

La caja del Partido, vacía

El movimiento jonsista tenía entonces, y puede decirse que tuvo siempre, planteada una dificultad grave: su absoluta carencia de medios financieros. No se olvide su carácter de organización combativa, minoritaria, en la que, por tanto, sus ingresos de cuotas eran necesariamente muy reducidos. Además se advertía la necesidad de extender la propaganda, de que viajasen los dirigentes, de «equipar» los grupos, de crear, en lo posible, Prensa.

En tal situación, apenas salió del penal de Ocaña, hizo Ledesma un viaje a Bilbao y San Sebastián, donde tenía algunas amistades, que le conocían y estimaban desde la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Allí pudo lograr de media docena de jóvenes de la alta burguesía que gestionaran algún auxilio económico para las J.O.N.S. Reunieron unas 10.000 pesetas, cifra no muy alta, pero que puso al Partido en franquía, le permitió tener un local amplio y aumentar enormemente el ritmo de la propaganda.

* * *

A fines de agosto fue Ledesma a San Sebastián, donde veraneaban los elementos que, fuera y alejados de las J.O.N.S., venían desde algunos meses antes tratando de organizar una fuerza fascista: Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Valdecasas. Tuvo con los tres una entrevista larga, a la que asistió también José María Areilza. (Un joven ingeniero bilbaíno, muy amigo de Ledesma, de gran sensibilidad nacional y capacidad política.)

Durante los meses anteriores, la relación de las J.O.N.S. con los proyectos de esos elementos a que nos referimos había sido muy escasa. Los jonsistas no creían en la seriedad de sus trabajos, ni les atribuían mucha importancia.

En esa entrevista de San Sebastián, Ledesma pudo apreciar que seguían dispuestos a organizar algo, y que desde luego estaban muy deseosos de contar con los jonsistas. Pero pudo también apreciar que se movían entre grandes vacilaciones, que sus planes eran cosa en exceso fría y calculada, y, sobre todo, que estaban decididos a no dar publicidad a sus propósitos hasta que no aconteciese la caída de Azaña. Ledesma se mostró con ellos quizá demasiado intransigente, encerrado en su trinchera de las J.O.N.S., y no volvió a verlos hasta pasados dos meses, ya celebrado el mitin de la Comedia.

Al regresar a Madrid, y en vísperas de reanudarse, después del verano, la acción política normal, los jonsistas se dispusieron a incrementar la extensión del Partido. En el mes de septiembre puede decirse que todos los focos de la organización estaban a punto para desarrollar una actividad intensa. Fue entonces cuando ingresó en las J.O.N.S. un grupo compacto de sindicalistas, desilusionados de la C.N.T. y deseosos de una disciplina nacional, de una bandera nacional-sindicalista.

La revista mensual duplicó su tirada y aparecieron en diversas provincias semanarios jonsistas, que divulgaban la doctrina de aquélla y contribuían a ensanchar la base del Partido [4].

En octubre, se produjo en la política nacional un hecho de suma trascendencia: la disolución de las Cortes Constituyentes. Se convocaron nuevas Cortes, y entró España, por tanto, en un apasionante período electoral, en el que nada tenían que hacer las J.O.N.S., tanto por su carácter de organización incipiente y juvenil, como por su despego hacia la acción parlamentaria.

En las incidencias electorales, sin embargo, y en el interior de un salón donde se celebraba un mitin socialista, fue muerto un camarada, Ruiz de la Hermosa, jonsista de Daimiel. En esta ciudad manchega, y gracias a la actividad de los hermanos Galiana, dos jóvenes entusiastas, lectores antiguos de LA CONQUISTA DEL ESTADO, se había organizado un magnífico grupo de las J.O.N.S., luego, más tarde, desviado de un modo lamentable.

Las elecciones distrajeron la atención del país durante dos meses. En este tiempo, los jonsistas vigorizaron la cohesión de sus grupos, fortalecieron su disciplina y perfeccionaron su formación teórica.

Tarea y resultados de la revista JONS

La revista mensual *JONS* cumplía su misión orientadora de un modo magnífico. Su colección -se publicaron 11 números y duró año y medio, siendo suspendida gubernativamente dos o tres veces- es hoy la única referencia teórica y la única fuente donde aparecen explicadas las consignas del jonsismo.

Puede decirse que el movimiento jonsista salió íntegro de la revista. En ella surgieron tanto el vocabulario como las ideas, los gritos y la bandera que han sobrevivido a todas las peripecias internas del Partido, y que hoy constituyen la única sustancia sugestiva, fresca y nueva, incorporada por los grupos fascistas.

A pesar de su carácter mensual y teórico, cumplió también una misión de agitación, utilizando un estilo polémico, directo y combativo.

He aquí la presentación que hizo Ledesma, al frente de su primer número:

> Las J.O.N.S. lanzan su revista teórica, es decir, sus razones polémicas frente a aquellas de que dispone y maneja el enemigo. El Partido dará así a la juventud nacional española una línea de firmeza inexpugnable. No sólo la consigna justa, la orden eficaz y el grito resonante, sino también las razones, el sistema y las ideas que consigan para nuestro movimiento, prestigio y profundidad. La revista *JONS* no será para el Partido un remanso, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y «razonable». No. La revista será justamente el laboratorio que proporcione al Partido la teoría revolucionaria que necesita. No hará, pues, un camarada nuestro el gesto más leve, la acción más sencilla, sin que sirva con rotundidad a una teoría revolucionaria, a unos perfiles implacables, que constituyen nuestra fe misma de españoles, nuestro sacrificio, nuestra entrega a la España nuestra.
>
> Aquí aparecerán, pues, justificadas con cierta rigidez, con cierta dureza, las orientaciones del Partido. A ellas han de permanecer sujetos los propagandistas y los organizadores locales, que hoy piden al movimiento bases teóricas, doctrina jonsista. Porque las *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista* no

[4] *Libertad*, en Valladolid; *Revolución*, en Zaragoza; *Unidad*, en Santiago; *Patria sindicalista*, en Valencia.

disponen solo de un estilo vital, es decir, de un modo de ser activo, militante y revolucionario, que es el alma misma de las juventudes de esta época, sino que a la vez disponen de una doctrina, de una justificación, en el plano de los principios teóricos.

Ahora bien, ya tiene razón -sin más razones- nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas. Para hacer esto, basta permanecer fiel a algo que es anterior y primero que toda acción política, que toda idea y que toda manifestación: el culto de la Patria, la defensa de nuestra propia tierra, de nuestro ser más primario y elemental: nuestro ser de españoles. Quede esto dicho con claridad, en primera y única instancia: Para combatir al marxismo no hacen falta razones, mejor dicho, huelgan las razones.

Pero el movimiento J.O.N.S. es antimarxista y otras cosas también. Lo necesitamos todo. Pues las organizaciones que nos han antecedido de modo inmediato nos hacen entrega de una herencia exigua. Algún hombre aislado, de gran emoción nacional y de gran talla. Pero ningún lineamiento seguro, ningún asidero firme en que apoyarnos. Todo hemos de hacerlo y todo lo haremos. Buscando, frente a las ausencias inmediatas, las presencias lejanas, rotundas y luminosas del gran siglo imperial, y también de los años mismos en que aparecieron por vez primera nuestros haces, nuestras flechas enlazadas: la unidad nacional, la realidad histórica de España, los signos creadores y geniales de Isabel y de Fernando.

El movimiento de las J.O.N.S. es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir -o reconstruir- estrictamente una nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles.

En fin, camaradas, al frente de este primer número os pido fe en las J.O.N.S., fe en las consignas justas del Partido, fe en España y fe en el esfuerzo de juventud nacional. Pues con ese bagaje haremos la revolución y triunfaremos.

En la revista colaboran asiduamente, sobre temas doctrinales y tácticos, los camaradas más destacados. En ella aparecían también los manifiestos, circulares y noticiarios de la organización.

Ledesma desarrolla en sus artículos las consignas que luego servían para la propaganda y la actividad diaria del jonsismo. Así, por ejemplo, señaló y justificó como aspiración revolucionaria de éste la conquista de la Patria, el Pan y la Justicia. Y otra vez la de que «el jonsismo sitúa la lucha antimarxista, no en el plano de la reacción, sino en el de la rivalidad revolucionaria». Etcétera, etc.

Onésimo Redondo escribió unos trabajos luminosos sobre el problema histórico de España, la interpretación de Castilla y los posibles cimientos de una doctrina nacional.

Juan Aparicio hizo una amplia labor en la revista. Le corresponde por entero cuanto apareció en ella sobre la resucitación y la valoración del gran Imperio español del siglo XVI, la figura del César Carlos y los mitos fecundos de ese gran momento de España.

José María Areilza, a quien he citado ya en páginas anteriores, desarrolló bastante actividad, al lado de Ledesma, en los primeros florecimientos jonsistas. Escribió en *JONS* sobre nacional-sindicalismo y sobre la unidad nacional. Areilza no permaneció mucho tiempo en el hogar jonsista. Pues su condición social en Bilbao, su fidelidad monárquica y el gran prestigio que su juventud inteligente le proporcionó en Vizcaya lo han convertido en orientador y organizador de las fuerzas unitarias y patriotas a que dan vida en esa región extensos sectores de la alta burguesía vasca.

Otro frecuente colaborador era *Francisco Bravo*. Bravo es un periodista de Salamanca, al que su buen temperamento y su patriotismo habían apartado de viejos coqueteos con el marxismo. Coincidía con las J.O.N.S. en una aspiración cardinal: la de arrebatar al pseudorrevolucionarismo de las izquierdas la bandera catilinaria, subversiva y liberadora, poniéndola al servicio del pueblo y de la Patria; es decir, asentándola sobre los revolucionarios verdaderos. Bravo entendía con claridad esto, que, de otra parte, aparecía como aspiración estratégica jonsista desde los primeros manifiestos. Sus artículos, breves y esquemáticos, fustigaban la tendencia reaccionaria, que él veía o creía agazapada en algún grupo del Partido. (Esto no le impidió, al advenir mucho más tarde la crisis de tendencias, identificarse con la tendencia sectarista y reaccionaria.)

El camarada *Cordero* tenía a su cargo una sección de política internacional. Cordero es un joven irónico e inquieto, particularmente apto para los problemas internacionales, muy informado y desde luego provisto de una fidelísima emoción jonsista.

Montero Díaz, de quien hablaremos luego, publicó un eficacísimo alegato en pro de la unidad nacional, lo que, unido a su labor organizadora en Galicia, lo convirtió en uno de los jonsistas más prestigiosos.

También colaboraron: Giménez Caballero, Emiliano Aguado, García Blázquez, Salaya, Bedoya, etc.

La revista, que al principio, por las dificultades de recaudación de las ventas, era un sacrificio económico para el Partido, tenía a los pocos meses una caja propia, que le permitía satisfacer todos sus gastos. A ello contribuyó, sin embargo, la labor de José Ignacio Ramos, jonsista del primer cupo, que hizo un viaje de negocios a la

Argentina y trajo para la revista cerca de 1.500 pesetas en suscripciones protectoras, hechas por españoles residentes en Buenos Aires.

La revista *JONS* adquirió en el Partido un prestigio enorme. Siguió publicándose hasta después de la unificación con F. E., hasta agosto de 1934, y como no ha vuelto a salir revista alguna de su significación, es hoy la única fuente de doctrina y de explicación teórica con que cuentan las fuerzas llamadas fascistas en España.

Los focos de la organización jonsista

A fines de 1933, ya fundada Falange Española, tenían las J.O.N.S. en sus manos los resortes del sector juvenil más vivaz, más revolucionario y más patriota. Habían creado la bandera nacional-sindicalista, y las flechas yugadas sobre los estandartes rojo y negro constituían el orgullo de esa juventud, que veía todo eso como algo propio y suyo.

Pasemos brevemente revista a la situación y actividad de los focos del Partido hacia el mes de diciembre del año 1933, el año jonsista.

Madrid

En Madrid, según ya dijimos, entró en las J.O.N.S. un grupo de antiguos militantes de la C.N.T. Entre ellos, algunos significados, Sotomayor, Salaya, Olalla; otros de la base, combativos, como Pascual Llorente, que luego se distinguió por su jonsismo violento, siempre amigo y partidario de la trifulca armada. La sección madrileña había adquirido el aire y la solera propios de esta clase de movimientos. La formaban estudiantes inquietos y patriotas, sindicalistas deseosos de un orden nacional firme, pequeños burgueses y empleados con una esperanza española en el corazón y profundos afanes sociales de justicia.

El Triunvirato Ejecutivo Central publicó un manifiesto dirigido a los trabajadores, con las orientaciones sindicales jonsistas, que circuló mucho y fue comentadísimo entre los obreros. Su difusión la hicieron directamente los jonsistas en las obras, los talleres y las fábricas, a pesar de que por aquellos días estaba la clase obrera bastante soliviantada contra el fascismo, debido a las primeras intervenciones públicas de F.E.

Valladolid

En Valladolid la sección jonsista logró un amplio desarrollo y merecido prestigio entre los demás centros del Partido. Onésimo Redondo, después de catorce meses de exilio en Portugal, regresó a España en octubre, publicando de nuevo el semanario *Libertad* e incrementando de modo considerable la acción jonsista. Los afiliados eran en su mayor parte estudiantes de la Universidad y pequeños grupos de obreros huidos del marxismo. Además se extendían las J.O.N.S. por los pueblos de la provincia, en busca del pequeño labrador y de la emoción campesina de Castilla. Redondo tenía en Valladolid dos auxiliares magníficos: el estudiante Javier M. de Bedoya, buen periodista político y orador, y Gutiérrez Palma, proletario, de gran capacidad para la agitación y la lucha. La sección de Valladolid y su periódico *Libertad*, aun representando en el jonsismo una marcada tendencia hacia las formas del catolicismo político, prestaron grandes servicios al movimiento, logrando en Castilla adeptos fervorosos para la bandera nacional-sindicalista.

Barcelona

En Barcelona inició la propaganda jonsista un grupo de camaradas, modelo de disciplina, seriedad y preparación. Lo formaban Ildefonso Cebriano, José Maluquer, Berenguer, Poblador y Vegas, todos ellos antiguos lectores de LA CONQUISTA DEL ESTADO. En poco tiempo, y con la consigna acertada de combatir a los separatistas por burgueses y a los partidos burgueses por separatistas, lograron dar al grupo, a más de importancia numérica, personalidad política y prestigio.

Bilbao

En Bilbao, entre la tenaza del nacionalismo vasco y del marxismo, se formó un interesante núcleo jonsista, que dio en ocasiones prueba de combatividad y entusiasmo. Ledesma puso a su frente a Felipe Sanz, jonsista muy exaltado y, aunque no de mucha inteligencia, patriota y activo.

Zaragoza

En esta ciudad publicaban los jonsistas el semanario *Revolución*, y dirigidos por J. Casafranca, un muchacho de juventud increíble, hicieron con éxito las primeras propagandas.

Valencia

Las J.O.N.S. se extendieron con rapidez en Valencia, apenas llegaron los primeros manifiestos. Toda la ciudad mostraba en sus muros, a las pocas semanas, señales del entusiasmo y del fervor propagandístico de los jonsistas. Publicaron un periódico, *Patria Sindicalista*, que alcanzó justo prestigio en el Partido. Los trabajos jonsistas en Valencia fueron dirigidos por Maximiliano Lloret.

El jonsismo en Galicia. Montero Díaz

Montero Díaz comenzó a publicar en Galicia un periódico, *Unidad*, al objeto de obstruir el Estatuto autonómico que preparaba la confabulación gallega separatista-caciquil. Esa campaña, proseguida en discursos y conferencias, puso a Montero en plena movilización política, convirtiéndose pronto en el adalid de la juventud gallega patriota y nacional-sindicalista. Entonces ingresó en las J.O.N.S., y el Triunvirato Ejecutivo Central puso en sus manos la organización entera de Galicia.

Montero Díaz había sido comunista, si bien de un comunismo lleno de resonancias y apetencias nada bolcheviques. Cuando se publicaba LA CONQUISTA DEL ESTADO, Montero era comunista, creo que incluso afiliado en el partido y directivo de sus juventudes. Escribió una larga carta polémica a Ledesma, que éste publicó en el periódico, pues advirtió enseguida en ella la verdadera y profunda filiación de Montero Díaz, en quien la posición comunista obedecía a una sugestión falsa. La carta, bien escrita y combativa, denunciaba ya lo que en realidad era Montero y lo que le llevó más tarde a las J.O.N.S.: un patriota revolucionario, un subversivo contra el desorden nacional y la poquedad española, es decir, un nacional-sindicalista.

Se hizo cargo de la labor jonsista en Galicia, y muy pronto los grupos, que hasta entonces vivían desconectados y con poco aliento, se convirtieron en los más activos, disciplinados y entusiastas de España. Montero rigió las J.O.N.S. gallegas, hasta el momento mismo de la fusión con F. E. Ya hablaremos más adelante de su actitud con relación a esa fusión.

* * *

Las J.O.N.S., al terminar el año 1933, habían desarrollado en toda España una labor de presencia entre las juventudes, que colocaba a la organización en el plano de los mejores augurios para el porvenir.

Copiamos a continuación la circular de fin de año, representativa del espíritu y de la ambición nacional que en esa fecha dominaba a los jerarcas del Partido.

> CAMARADAS: Al finalizar el año 1933, se presenta al Partido un panorama de nuevos esfuerzos y responsabilidades. Aunque las JUNTAS caminan con el ritmo de crecimiento que les presta su carácter de estar vinculadas a la ascensión histórica de las juventudes, urge hoy, sin embargo, acelerar las etapas y conseguir para en breve eficacias más rotundas. Han de ser las tareas jonsistas de 1934. Las J.O.N.S. disponen ya de todo lo necesario para convertirse en pocos meses en un amplísimo y poderoso movimiento nacional. Pues tenemos una doctrina, una red firme de juventudes a su servicio, una labor callada y lenta de organización, una experiencia magnífica a prueba de dificultades; y, sobre todo, la seguridad optimista de que sólo nosotros representamos el ansia voluntariosa de salvarse con que aparecen hoy equipadas las juventudes españolas.
>
> En 1934 tienen que conseguir las J.O.N.S. uno de los objetivos más difíciles: hacer una brecha en el frente obrero marxista. Es decir, conseguir la colaboración, el apoyo y el entusiasmo de un gran sector de trabajadores. La ruta del Partido está suficientemente provista de espíritu social para que sea lícita, posible y cercana esa pretensión nuestra, que, por otra parte, resulta imprescindible a los propósitos jonsistas de movilizar masas nacionales.
>
> Está, pues, bien clara la consigna para 1934: Pasar de los trabajos internos de organización a una realidad polémica al aire libre, superar la situación de pequeños núcleos entusiastas por la captación y conquista de cuadros numerosos.
>
> Esperamos de todos los camaradas que prosigan con ardor su actuación jonsista, ateniéndose a las normas que siguen, únicas que pueden proporcionar al Partido la victoria que creemos corresponde en 1934:
>
> 1) Necesitamos que todos los militantes robustezcan su sentido de la acción. Pues no hemos nacido para una labor educativa y lenta, sino para realizaciones diarias. Y sólo presentando a los españoles un ejemplo de sacrificio, actividad y desinterés pueden conseguirse los éxitos que busca y necesita el Partido.
>
> 2) Las J.O.N.S. tienen que evitar que se adscriba su acción a una política de derechas o de izquierdas. Nos repugnan por igual quienes se sitúan en esas zonas, que viven a base de alimentar y fomentar la discordia española, desconociendo la urgencia de que en España no haya sino dos frentes de lucha: Primero, el de los que afirman su realidad como nación y tratan de servir esa realidad, uniendo su destino moral y económico al destino moral y económico de España. Y segundo, el de todos los que la niegan y se desentienden traidoramente de ella. Así de sencilla es la concepción jonsista, y a nadie está permitido complicar nuestra bandera con raíces o motivos diferentes. Las propagandas tienen, pues, que hacerse sin olvidar esa amplísima concepción nacional de las J.O.N.S., para que sólo los inconscientes o los traidores queden fuera de la órbita nacional del Partido.
>
> 3) Hay que dotar a las J.O.N.S. de una ancha base proletaria. Afirmamos que es un extraño a nuestra época quien crea lícito mantenerse contra la hostilidad de todos los trabajadores. Nadie confunda el jonsismo con una frívola y vana tarea de señoritos. Interpretamos profundamente una

posición social que se identifica en muchos aspectos con los intereses de la clase trabajadora, y por eso estamos seguros de que si nuestros camaradas propagandistas agitan con inteligencia y coraje la bandera jonsista entre los trabajadores obtendrán formidables eficacias. Para ello, para favorecer y orientar la propaganda en los sectores obreros, han lanzado a las J.O.N.S. el manifiesto a los trabajadores, donde aparecen las consignas justas que deben utilizarse.

4) La disciplina jonsista ha de ser, desde luego, ejemplar. Pero todo lo contrario, sin embargo, de una sumisión ciega que impida la fuerza creadora de las organizaciones. Dentro de las J.O.N.S. habrá grupos especiales -ya de hecho han comenzado a formarse las Patrullas de Asalto con un espíritu así-, donde la disciplina rígida y férrea exista. Pero el Partido, en esta etapa de crecimiento que se avecina, debe lanzarse con denuedo a la acción y a la propaganda, sin estar pendiente cada hora de la actitud de los dirigentes. Bien se nos entenderá esto que decimos. Hay, en los próximos meses, que actuar y que crecer, sea como sea.

5) No puede olvidarse la realidad española. El ochenta por ciento de nuestros compatriotas vive insatisfecho, postergado ilícitamente en sus pretensiones justas. Ello emana de la anarquizada vida moral y social en que se ha debatido España los últimos tiempos. Las J.O.N.S. deben y pueden ser el cauce único donde confluyan los esfuerzos de esos compatriotas por salvarse con dignidad y eficacia. La bandera jonsista puede ofrecer a los desasistidos injustamente, a los lícitamente insatisfechos, a los postergados por los privilegios abusivos de una minoría rapaz e inepta, un cobijo salvador, una victoria común. He ahí el camino y los objetivos inmediatos de la propaganda. ¡Todos a salvarse con y por España!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO! ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA LA REVOLUCION JONSISTA!

No obstante, ya se había producido un hecho, la fundación de Falange Española, que provocó una situación radicalmente decisiva en la ruta jonsista.

4. Falange Española. Su nacimiento y sus primeros pasos

El mitin de la Comedia

El día 29 de octubre de 1933 celebraron un mitin en el teatro de la Comedia, de Madrid, Valdecasas, Ruiz de Alda y Primo de Rivera. Hacía ya dos meses que había caído el Gobierno Azaña, bajo cuyo mando ese mitin no hubiera podido celebrarse. Pero en esa fecha ya estaba el país en pleno período electoral, y el Gobierno de Martínez Barrios se disponía a asistir con buenos ojos a la debilitación del marxismo.

El mitin de la Comedia fue radiado a toda España, y además muy protegido por la fuerza pública. Esto originó que Giménez Caballero, hombre alerta, aunque quizá marre algunas veces la mirada, extendiese la creencia de que la masonería —entonces en el Poder—no sólo favorecería el mitin a que aludimos, sino que además, merced a una amplia intriga, se disponía a controlar el movimiento fascista que de él había de derivarse. El juicio era desde luego temerario, y en opinión nuestra desprovisto de veracidad.

La expectación producida en torno al mitin era en su inmensa mayoría procedente de las zonas derechistas y reaccionarias del país. Algún que otro grupo de muchachos sintió quizá curiosidad, pero el grueso del ambiente que se movilizó, y que se dispuso, una vez celebrado, a adherirse a la nueva bandera, estaba constituido por sectores nada virginales en la política nacional.

La revista teórica de los monárquicos, *Acción Española*, publicó llena de alborozo el discurso íntegro de Primo de Rivera. *La Nación*, antiguo órgano de la Dictadura, dedicó medio número al mitin, publicó los textos taquigráficos de los discursos y, en su editorial de primera plana, señaló el acontecimiento como uno de los tres de más importancia nacional que cabía destacar en el presente siglo. Los otros dos, según el periódico, habían sido: uno, la presencia de Maura en la política española; otro, la dictadura del General Primo de Rivera, padre del nuevo protagonista.

Como se ve, las derechas, en su más extrema representación, se adscribieron al mitin, desde luego sin violentar mucho los textos. Y los oradores, Valdecasas, Ruiz de Alda y Primo de Rivera, no le pusieron a esa adscripción reparo alguno visible. Año y medio después han sobrevenido las rectificaciones, la de las derechas, no sintiéndose representadas por el fascismo de Primo de Rivera, calificándolo de movimiento enteco y sin brío, y la de Primo de Rivera no aceptando como única la filiación derechista.

Falange Española

A los pocos días del mitin anunciaron sus organizadores la fundación de F.E., Falange Española. Fácilmente se advierte en esta denominación el deseo de no abandonar las iniciales F.E., que desde meses antes, como iniciales de Fascismo Español, venían ya utilizando en sus hojas de propaganda.

A Falange Española llegó en las primeras semanas una verdadera avalancha de adhesiones. Renació el entusiasmo de los viejos grupos upetistas que se conservaban fieles a la memoria del General, de todos los añorantes de la Dictadura, de un cierto sector de señoritos muy ricos, de los militares en retiro por la ley Azaña, de los terratenientes de las provincias, etc., etc. No vacilamos en afirmar que la gran masa adherida en los primeros días a Falange era en gran parte mercancía política averiadísima, sin capacidad ni brío para poner sobre sus hombros una empresa como aquella con que soñaban, sin duda, los fundadores.

Tan sólo un grupo de estudiantes, de jóvenes, ingreso en F.E. con propósitos de acción eficaz y verdadera. Ellos, realmente, dieron al movimiento la poca o mucha savia de que dispuso en los primeros meses, y de ellos salió, asimismo, la lista de los primeros mártires.

En aquella fecha, recién salida España, como hemos dicho, de la experiencia azañista, los iniciadores de un movimiento abierto y descaradamente fascista tenían garantizada una inmediata repercusión en el país. Sobre todo si, como en este caso del mitin de la Comedia acontecía, esos iniciadores disponían asimismo de una plataforma resonante. Pues los españoles, quizá por nuestro despego o incapacidad para la tarea crítica, no fijamos realmente la atención, sino en lo que aparece ante nosotros provisto de algún abalorio especial que lo resalte. Actitud de papanatas, de perezosos.

Los tres fundadores de F.E. disponían de ese ingrediente favorable, de esa plataforma adecuada para que los españoles fascitizantes se sintiesen convocados por ellos desde el primer minuto. Valdecasas había sido diputado en las Constituyentes, y tenía, pues, tanto el interés de ser en algún aspecto protagonista del período

abrileño —en los primeros meses de la República desempeñó un alto cargo— como el de ofrecer un nombre de intelectual joven, de universitario y profesor. Ruiz de Alda era el héroe popular del vuelo a América, el hombre, además, a quien rodeaba un rumor público de intrepidez, serenidad y altas cualidades organizadoras. Por último, Primo de Rivera arrastraba esa curiosidad del hijo de un personaje histórico, tan cercano y visible como el General, su padre.

No es ningún secreto, y aquí lo reseñamos con veracidad comprobada, que al dirigirse al mitin ninguno de los tres dejaba voluntariamente el paso a los otros dos. Pero en el mitin destacó considerablemente el discurso de Primo, que dio tono al acto, e incluso en algún aspecto lo salvó de que hubiese resultado un acto político fallido.

Desaparece Valdecasas

A los quince días escasos, Valdecasas, obedeciendo nadie sabe a qué motivos, desapareció de la órbita de F.E. sin dejar rastro. Parece que hizo un gran matrimonio con una marquesa y, dejando a un lado sus propósitos de salvación nacional, estiró su luna de miel por el extranjero durante más de seis meses. Fue, desde luego, un percance para F.E., porque Valdecasas tiene un talento claro y eficaz, ingrediente del que no anduvo nunca muy sobrada la organización fascista.

Quedaron, pues, como dirigentes únicos Ruiz de Alda y Primo de Rivera. En torno a ellos mariposeaba como consejero, como teórico o como proveedor de retórica, el escritor Sánchez Mazas, y se mantenía más a distancia, aunque les mostrase públicamente su adhesión, Giménez Caballero.

Rasgos de la nueva organización

En la fundación de Falange Española hay que tener muy en cuenta dos características, que influyeron decisivamente en su futuro inmediato.

Y son:

Una, que apareció desde el primer día como un movimiento de inspiración mimética, descaradamente fascista; es decir, como la organización que se proponía, sin más, conseguir en España una victoria análoga a las de Italia y Alemania. Ello suponía, pues, como primer objetivo el machacar a las organizaciones marxistas; el dar en realidad la batalla al partido socialista en el plano de la violencia. No se olvide que José Antonio habló en su discurso de «una dialéctica de los puños y las pistolas», y Ruiz de Alda expresó su juicio de que considerarían a los marxistas «como a enemigos en pie de guerra».

Otra, que al nacer vinculada a esas dos figuras, no era dable pensar que se tratase de un juego infantil, sino que sus propósitos serían en efecto esos, provistos para ello de medios financieros considerables y dispuestos a victorias de signo rápido.

Esas dos características, y la réplica que se les dio por el marxismo proporcionaron a F.E. los primeros percances graves. Situándola, incluso, en trance de perecer, apenas nacida.

Ocurrió que la presencia de F.E. se hizo con excesivos optimismos y gesticulaciones. Hay que ser más parvos en el vocabulario de la violencia, sobre todo cuando no se puede dar cumplimiento a sus frases, o cuando hay la casi seguridad de que el enemigo las va a creer al pie de la letra.

En efecto, ambas circunstancias se daban en este caso. Pues ni F.E. ni nadie puede desarrollar, a los ocho días de nacer, una fuerte acción, máxime cuando los propósitos y las preocupaciones primeras de los organizadores consistían no en dar vida a una facción minoritaria y violenta, sino en la adhesión de grandes masas. Y de otra parte, los marxistas creyeron al pie de la letra todas las amenazas, veladas o expresas, que la nueva organización les lanzaba al rostro.

El marxismo se da por enterado

La victoria de Hitler en Alemania llevó al ánimo de los socialistas la necesidad de defenderse contra el fascismo. Pues aquel hecho suponía el derrocamiento absoluto de la sección más firme y segura con que contaba la II Internacional: La social-democracia alemana.

En la reunión de la Internacional que examinó la derrota de los marxistas germanos, fueron aprobadas unas cuantas consignas para los países donde el fascismo no tuviese aun incremento. Por ejemplo, España. Nuestro país, además, desde la proclamación de la República y la participación socialista en el Gobierno, ascendió en el seno de la II Internacional a un plano de primera preocupación.

Las consignas a que nos referimos pueden resumirse en esta frase: «En los países donde aún no esté organizado el fascismo, debe cortársele de raíz en su período inicial, en sus primeros pasos.»

El nacimiento de F.E. aconteció, además, recién celebradas las elecciones, en las que el marxismo sufrió su primer percance por el flanco parlamentario, lo que vino a constituir un motivo más de irritación.

La táctica contra F.E. siguió dos veredas: Una, el asesinato de militantes suyos, por el solo hecho de serlo. Otra, el recrudecimiento de una campaña antifascista, el conseguir llevar a la conciencia de las masas la creencia de que el fascismo significa el aplastamiento de los obreros por una tiranía de señoritos ricos, que organizan bandas armadas al servicio de los explotadores. Esta campaña hizo entre las masas el efecto que apetecían los dirigentes marxistas, y les favorecía mucho para ello que F.E. naciese bajo la advocación de Primo de Rivera, de José Antonio, cuya personalidad llegaba a las capas populares como típicamente representativa del señorito rico, heredero y tiránico, opinión que aceptaba luego, sin crítica, toda la ancha zona de las clases medias, lo que era aún más grave.

Falange Española, a los dos meses escasos de surgir, se encontró en una encrucijada. Cosa, por otra parte, bien previsible.

Tuvo que asistir, semana tras semana, al espectáculo de ver cómo caían asesinados en las calles militantes suyos; y ello, sin poder luchar eficazmente contra las bandas ejecutoras. Se vio envuelta, además, en el peligro de no poder elegir su propia táctica, es decir, en este absurdo dilema: O seguir la propia del enemigo, derivando la lucha armada a una contienda criminal, a base de la caza pistolera del hombre, lo que era gravísimo, infecundo y peligroso. O, si no, seguir sufriendo con impavidez el plomo marxista, lo que ofrecía el riesgo de convertirse en un movimiento bobalicón e inane, en un fascismo de burla, en un «franciscanismo», como en tal coyuntura, antes incluso de que se repitiesen los asesinatos, lo denominó en *ABC*, con gracia roedora, el día 18 de noviembre, el escritor Fernández Flórez.

La violencia de los rojos

La ofensiva se desencadenó con motivo de la aparición del semanario *F.E.* Los quioscos públicos y los vendedores profesionales se negaron a intervenir en su difusión, teniendo, pues, que realizar la venta los propios militantes del partido. Ahí estaba, por tanto, la ocasión semanal que necesitaban los rojos para organizar en las calles el paqueo artero contra las huestes fascistas.

He aquí, escuetamente, los primeros resultados:

El día 11 de enero fue muerto a tiros, en la calle de Alcalá, el joven Francisco Sampol, que terminaba de adquirir el periódico.

Días antes había sido herido gravísimamente, en Zaragoza, el estudiante Baselga, afiliado a F.E.

El día 27 de enero fue muerto, asimismo a tiros, en la calle del Clavel, el capataz de venta del semanario *F.E.*, Vicente Pérez.

El día 3 de febrero, en la Gran Vía, resultaron heridos de bala dos estudiantes de F.E. que vendían el periódico.

El día 9 fue asesinado a tiros, por la espalda, el joven Matías Montero, uno de los estudiantes más activos y fervorosos de que disponía Falange Española. Regresaba a su casa, después de haber intervenido en la venta del semanario.

Hay que advertir que esas violencias no tenían sentido alguno de represalia. Pues, en ese tiempo, F.E. no dio ocasión para ello. Poner una bandera con el grito de «¡Viva el Fascio!» —grito, digamos de paso, horrible e insoportable en una voz nacional española— y romper unos muebles de la FUE en la Universidad, aun resultando herido en la colisión un fueísta, no disminuyen un ápice la categoría de los crímenes mencionados.

Júzguese la situación de ánimo que correspondería, tanto a los dirigentes como a los afiliados de una organización batida de ese modo por la violencia enemiga, e imposibilitada de tomar medidas reparadoras y eficaces.

Algunos publicistas de las derechas comenzaron entonces a insinuar sus críticas, con ironía excesivamente severa. La misma mañana del día en que fue enterrado el joven Montero, un colaborador de *ABC*, comentando la actuación de Falange, escribía: «...la opinión pública esperaba algo más que la *enérgica protesta* de rigor en los periódicos; unas represalias inmediatas... y nada.» Luego añadía que un fascismo así no era más que literatura, sin que constituyese «riesgo alguno para los adversarios».

Primo de Rivera, en su breve discurso del cementerio, contestó dolidamente esas críticas, entre otras, con esta frase: «Es muy fácil aconsejar.»

A su vez, el mismo colaborador de ABC escribía el día 13, contestando a ese discurso, unos renglones, no exentos de dureza polémica: «...mi asombro, que en eso coincide con el de muchas gentes, al ver la indefensión en que F.E. deja a sus animosas juventudes.»

El ambiente se enrareció un tanto en torno a F.E. [5], y en esa coyuntura, la organización fijó su táctica en una nota publicada por la Prensa, a la que pertenece este párrafo:

> Por otra parte, Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes, ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba.

Esas primeras violencias contra F.E. procedían del campo socialista, siendo incubadas y preparadas en sus Juventudes, que de este modo, diez meses antes de la revolución de octubre, comenzaron a presumir de capacidad para la lucha armada. Nada más falso, sin embargo, que creer en la intervención directa de las Juventudes socialistas como ejecutoras de esa violencia. No. Se limitaban a sostener una banda, cuyos componentes no eran generalmente miembros de ellas. El asesino de Montero, al que se le encontró correspondencia sostenida con el presidente de la juventud socialista madrileña, pertenecía a ese género de extremistas que perciben sueldo por sus intervenciones.

* * *

La realidad, un tanto adversa, que se atravesaba en el camino de F.E., originó las primeras discrepancias entre sus dirigentes, Ruiz de Alda y Primo de Rivera. Este declaraba, confidencialmente, que la fundación de F.E., como organización concreta y visible, había sido un gran error, y que con arreglo a la situación española, lo más oportuno era haber continuado la propaganda después del mitin de la Comedia, con análogo sentido generalizador y abstracto. La tarea de hacer organización, de crear una disciplina política, quedaría para más tarde.

Ruiz de Alda, por el contrario, defendía el hecho de haber procedido, inmediatamente después del mitin, a la fundación de Falange, creyéndolo eficacísimo para recoger, preparar y encuadrar con rapidez las adhesiones numerosas que llegaban. Se mostraba, pues, conforme con la creación de F.E., y en la medida que lo permitían su no mucha experiencia política y su capacidad para estas actividades, procuraba ir haciendo cara, con buen ánimo, a todos los conflictos.

Ruiz de Alda presentaba, en apoyo de su opinión, la realidad diaria del enorme volumen de altas en el partido. Primo señalaba, en apoyo de la suya, la impotencia frente a los asesinatos y la organización confusionaria a que obligaba la aglomeración misma de militantes.

Pues no se olvide que las adhesiones primeras que en número considerable llegaron a Falange, no lo eran a ésta como tal, sino que eran adhesiones al fascismo, que en aquel año, 1933, interesaba en España a grandes zonas de opinión. Ahora bien, el fascismo era interpretado por cada uno con arreglo a su propio criterio, resultando así que se afiliaban e inscribían en F.E., influyendo en ella desde el primer día, sobre todo en las provincias, gentes con una rudimentaria y falsísima idea de los objetivos que perseguían los fundadores.

Claro que ello era una consecuencia obligada de la forma en que se hizo la propaganda, así como del perfil externo que adoptó la nueva organización. En un todo se sujetaba al molde fascista italiano. En un todo aparecía como inspirada y dependiente de sus ideas, objetivos y estilos.

Falange Española llegó incluso a redactar una especie de cartilla, algo así como las primeras verdades reveladas del fascismo, en estilo seco, intelectual y frío. Esa cartilla se titulaba *Puntos iniciales*, y se difundió mucho por toda España.

Aparte de las ideas, el ritual y el marchamo fascista (ya en cierto modo internacionalizado), F.E. no lograba incorporar apenas nada nacional y sugestivo. Ni bandera, ni vocabulario, ni agitación profunda en torno a angustias verdaderas de los españoles. (De todo eso se proveyó tres meses más tarde, al unificarse con las J.O.N.S., el movimiento nacional-sindicalista de las flechas yugadas, al que sostenía un mito juvenil brioso y una inquietud social fecundísima.)

Primo de Rivera y Ruiz de Alda tenían, entonces, la confianza de las derechas, sobre todo de los monárquicos. Ya hicimos notar el éxito que en esos sectores tuvo el discurso de Primo en el teatro de la Comedia. Ellos financiaron los primeros meses de F.E. con unas cien mil pesetas. Se comprende que fuese así, porque los monárquicos estaban convencidos de que sin el auxilio de alguna otra idea que la monárquica, capaz de arrastrar multitudes, les sería dificilísimo reforzar sus posiciones. Esa era, desde luego, una observación inteligente; y la estrategia de interferir con los movimientos fascistas, en absoluto favorable para sus intereses.

Agentes de Monipodio en el fascismo

Los jefes de F.E. se encontraron no sólo con las dificultades de la realidad exterior, sino también con otras de distinto linaje; es decir, interiores. Señalemos dos de ellas: una, la ausencia de colaboradores eficaces; otra, que en torno a la alta dirección, excesivamente candorosa e inexperta, se formó una red invisible de agentes de Monipodio, encargados de la invariable faena de absorber los fondos especiales del nuevo partido.

---

[5] La chirle tendencia madrileña al ingenio fácil hizo circular por entonces, con evidente mal gusto, que esas iniciales correspondían al rótulo Funeraria Española.

Esto último es grave, pero exacto. Se comprende con suma facilidad que una organización como F.E. no nació precisamente sin pañales, y que no conoció escasez alguna económica en sus primeros tiempos. Pues bien, se comprende, con la misma evidencia, que son muchas las cosas de que una organización así necesita proveerse con rapidez. Desde materiales de oficina hasta los instrumentos ofensivos y defensivos propios de su sexo.

A espaldas de Ruiz de Alda y Primo de Rivera, la red de proveedores monipodistas, adoptando las más varias formas, triunfó en su empeño de reducir la potencia económica de F.E. por bajo del cero. Hubo observador cercano que afirma que esa red tenía entre sí una organización perfecta, y que actuaba con arreglo a un plan de unidad.

Los colaboradores directos

Los seis u ocho militantes que ocupaban los cargos de inmediata confianza de los dirigentes, eran de un nivel deficientísimo. Señalemos aquí unos ejemplos, en rápida ojeada de *cinema*:

El señor ALVARGONZÁLEZ, militar retirado por la ley Azaña, tenía, además de un apellido romancesco, una barriga considerable y una manía aún más voluminosa que su vientre: la manía de escribir, sin ton, ni son, ni limite. Atrapó un cargo de los de más relieve, con una denominación que era la envidia de los otros altos dignatarios: Jefe de provincias. Toda España era, pues, su ínsula Barataria, que gobernaba sentado a una formidable mesa, con cubierta de cristal, y un gran mapa de la Península extendido entre el cristal y la mesa. El partido le proporcionó, para el desempeño de su alta misión, que consistía en llevar la correspondencia y orientar los grupos provinciales que se iban formando, una mecanógrafa, lo que colmó la satisfacción de Alvargonzález, ya que éste se sentía el hombre más feliz del mundo al poder contestar cada día 50 cartas, de a pliego y medio cada una. Júzguese el resultado de su literatura castelarina, ampulosa, adobada con su mentalidad del siglo XIX, reaccionario y de poquísimas luces, al ser, como era, el orientador de toda la organización de las provincias. Ruiz de Alda descubrió pronto sus manías, pero Alvargonzález era fidelísimo de Primo de Rivera, como lo había sido también del padre, del general, y además tenía otra condición favorable, la de que no era gravoso, pues sus buenas rentas le permitían dedicar gratuitamente diez horas diarias a la correspondencia del partido.

Otro alto colaborador era el señor TARDUCHY, también antiguo hombre de confianza del padre de José Antonio, y que, como Alvargonzález, se distinguía por su devoción al hijo del General. Tarduchy desempeñaba funciones de gran misterio, y escudado en las características delicadas del sector social que tenía a su cargo, mostraba una cautela tan exagerada al dar cuenta de sus trabajos, que, con razón, los dirigentes calibraban éstos como casi nulos. El señor Tarduchy, pequeñito y canoso, era en F.E. otro representante del pasadismo primorriverista, ortodoxamente fiel a la memoria de la Dictadura.

F.E. organizó desde el primer momento unas milicias. Su jefe era ARREDONDO, comandante del ejército y también retirado por la ley Azaña. Este hombre no tenía la más leve idea de su misión. Pues el primer problema, el fundamental problema que se le plantea a un organizador de milicias políticas, es el de hacer de un simple afiliado, de un adherido a una idea política, un verdadero militante, un combativo, un soldado de la revolución a que su partido aspire. Arredondo, con todo su buen propósito, no advirtió esto nunca. Creía que el partido, F.E., le entregaba ya soldados, y que él, como si aún mandase unas compañías en el ejército, no tenía que hacer sino dirigirlos y mantener su disciplina.

No hay necesidad de seguir con más ejemplos. Los primeros meses de F.E. tuvieron ese signo, de organización llena de residuos, de gentes maduras, antijuveniles y añorantes.

Militantes jóvenes

Los mejores militantes de F.E. en su primera hora estaban en el grupo estudiantil, en la juventud universitaria. Seis u ocho de ellos eran y son muchachos fervorosos, eficaces y dinámicos. Crearon una organización universitaria, afecta a F.E., el S.E.U., que aún subsiste. Citemos aquí a Valdés, organizador del S.E.U. Guitarte, antiguo comunista y revolucionario, de buen temperamento v capacidad para la violencia. Aguilar, organizador de las primeras escuadras juveniles de F.E. Allanegui, joven arquitecto, con la fina intuición nacional del aragonés, y bien penetrado del norte revolucionario del partido. También Matías Montero, entre todos ellos el de inquietud histórica más sensible, muy joven, y como ya vimos, uno de los primeros mártires. Desde luego, sólo este grupo universitario tenía en F.E. el sentido histórico que correspondía, o que debía corresponder, al movimiento: el sentido revolucionario, social, antiburgués. Por eso, el patriotismo subversivo de los jonsistas, que tanto repugnaría más tarde al enorme sector reaccionario y upetista de F.E., encontró, sin embargo, en el grupo universitario de Falange la comprensión y estimación propias de camaradas de igual signo.

La publicación del semanario F.E.

Uno de los mayores errores de F.E. en su primera época fue la publicación del semanario. Cuando sectores extensos de España esperaban que el periódico de Falange los orientase políticamente con consignas eficaces y certeras, se encontraba todo el mundo con un semanario retórico, relamido, en el que se advertía el sumo propósito de conseguir una sintaxis académica y cierto rango intelectual. El movimiento perdió en aquellos meses una de sus mejores oportunidades de penetrar, de un modo profundo y fértil, en zonas amplias de la ciudad y del campo.

Resultaba absurdo y triste percibir la gran difusión del periódico, cómo era esperado por las masas y cómo circulaba en los pueblos españoles, para darse cuenta del tremendo error que suponía redactar en tales condiciones una revista de pulcritud literaria, en la que se hablaba de Roma, de Platón, y se abordaba la política con mentalidad, estilo y retórica de aficionados a las letras.

El semanario *F.E*. lo controlaba personalmente Primo de Rivera, que imponía esas características. Su razón fundamental para ello era que por ningún concepto quería que nadie lo presentase como dirigente de un movimiento sin doctrina, seriedad y pulcritud. Que nadie creyese que con él se repetía el ensayo mostrenco de Albiñana. Y, sobre todo, pesaba en el ánimo de José Antonio una preocupación que lo acompaña constantemente, y es piedra crucial de su juicio sobre la dictadura de su padre: el afán de contar con los intelectuales, de halagarlos y apoyarse en ellos. (Preocupación errónea, porque el verdadero creador político —ejemplo histórico, Napoléon, y ejemplo actual, Mussolini— tiene siempre y encuentra siempre la constelación de intelectuales, cuya misión no es de vanguardia, sino de retaguardia, justificando con retórica y conceptos lógicos los triunfos *activos* del político.)

Pero, en fin, esa preocupación de Primo de Rivera puede ser, en cierto modo, respetable, si bien le desorbitaba en absoluto la misión del periódico.

En aquellos momentos, y puede decirse que en todos mientras el período de lucha exista, F.E., como cualquier movimiento revolucionario, necesitaba, más que un periódico de educación, de formación y de aprendizaje (cosas propias de una revista teórica), un periódico de agitación, un periódico combatiente. A Primo le asustaban estas últimas características, porque creía que agitar y combatir equivalía por fuerza a la campaña violenta, personal e injuriosa contra este o aquel político. Ello le irritaba. Pero es que un periódico de agitación y de combate no tiene, necesariamente, que ser un libelo, ni proyectarse sobre éstas o aquéllas personas. Su papel propio, y más teniendo y disponiendo de una organización seria a su espalda, consiste en destacar de la realidad diaria los motivos de agitación eficaz, para robustecer y vigorizar sus propias líneas.

* * *

Como se ve, el panorama que ofrecía F.E. en el momento de su unificación con las J.O.N.S., hecho ocurrido a mediados de febrero de 1934, a los tres meses de existir, tenía, junto a algunas dimensiones valiosas, fallos y defectos de volumen enorme.

Y entramos en el nuevo período de las organizaciones, que se abre con la unificación de F.E. y de las J.O.N.S.

5. Las J.O.N.S. y Falange Española se unifican

Después de perfilados en las páginas anteriores los contornos de ambas organizaciones, extrañará a muchos que pudiesen llegar a un acuerdo de fusión.

Las J.O.N.S. habían levantado y creado una bandera, el nacional-sindicalismo. Habían descubierto y adoptado los símbolos históricos, las flechas yugadas, y manejaban un vocabulario antiburgués, un patriotismo social.

F.E., en tanto, vacilaba en sus nortes, influida en gran parte por la tradición política reaccionaria de la mayoría de sus militantes, influida también por el apellido de su dirigente más destacado, Primo de Rivera, que, naturalmente, enlazaba a la organización de modo automático con el período de la Dictadura.

Sin embargo, la unificación se hizo, aunque no sin vencer dificultades, y en realidad había muchas razones objetivas en favor de ella. En primer lugar, los enormes defectos que se advertían en F.E. eran, quizá, de signo transitorio, podrían ser anulados y vencidos. En cuanto a aquella masa de aluvión, carecía de vigor y de una conciencia histórica unida, por lo que no había de resultar difícil desplazarla de las zonas de dirección. De otra parte, las J.O.N.S., manejando la resonante plataforma de F.E., podían conseguir con relativa facilidad la popularización de sus consignas.

No se olvide que la fundación de F.E., acaecida, como se sabe, cuando las J.O.N.S. comenzaban a ganar popularidad y prestigio, polarizó la atención del país hacia ella como organización del fascismo. Más tarde, los incidentes repetidos en la calle con motivo de la venta del semanario y los asesinatos a que ya nos hemos referido, contribuyeron a mantener en torno a F.E. la expectación, viéndose, en cambio, las J.O.N.S. un tanto desplazadas y luego paralizado su avance.

Aun así, los jonsistas no vacilaron, siguiendo fieles a su bandera; pero el ingreso de nuevos militantes, la ruta ascensional de las J.O.N.S., encalló visiblemente a raíz de la fundación de F.E. Claro que ello podía ser, y lo era sin duda, un fenómeno transitorio, que se da con frecuencia en todas las organizaciones políticas ante la novedad de grupos afines. Y que desaparecería en cuanto pasasen dos o tres meses, al tropezar F.E. con las primeras dificultades. Pero de otra parte, los dirigentes jonsistas sabían que Primo de Rivera y Ruiz de Alda deseaban la unificación y mostraban una marcada tendencia a favorecer las consignas jonsistas, que podrían así imponerse y ser adoptadas por todo el movimiento.

En efecto, Ruiz de Alda, joven, de gran sentido popular, podía sin violencia alguna mostrarse conforme con el nacional-sindicalismo jonsista. Y Primo de Rivera, desde los tiempos inmediatamente postdictatoriales de sus propagandas ultraderechistas de la Unión monárquica, en 1930-31, venía evolucionando cada día más hacia una interpretación revolucionaria del fascismo, que facilitaba la inteligencia con las J.O.N.S.

Los días 11 y 12 de febrero de 1934 se reunió en Madrid el Consejo Nacional jonsista. Entre los temas a tratar figuraba éste: Actitud de las J.O.N.S. ante el grupo F.E.

En aquellos días, con motivo de un registro policíaco en el local jonsista de la calle de los Caños, en el que se habían encontrado unas pistolas, no fue autorizada la celebración del Consejo; y, además, se dicto, por la Dirección de Seguridad, orden de detención contra Ramiro Ledesma, que había de presidirlo.

El Consejo se reunió, clandestinamente, en el despacho de un militante, en un ático de la Gran Vía. Lo componían: Gutiérrez Ortega (Granada), Sanz (Bilbao), Montero Díaz (Galicia), Onésimo Redondo (Valladolid), Bedoya (ídem), Candial (Zaragoza), Oliva (Zafra), Cebriano (Barcelona), Lloret (Valencia) y Juan Aparicio, Sotomayor, Giménez Caballero, Guerrero y Aguado (Madrid).

En relación a la táctica con F.E. fueron examinadas dos tendencias. Una sostenía la necesidad «de que las J.O.N.S. afirmen su desconfianza ante ese grupo, declarando a sus dirigentes y a las fuerzas sobre que apoyan sus primeros pasos como los menos adecuados para articular en España un movimiento de firme contenido nacional y sindicalista». La otra estimaba «que el movimiento F.E. encierra algunas calidades valiosas y que sus dirigentes pueden, sin dificultad, interpretar una actitud nacional-sindicalista. Apreciamos, sin embargo, en su táctica y actuación anterior graves errores, que pueden ser corregidos, y, desde luego, creemos que las J.O.N.S., antes de denunciarlos y combatirlos, deben intentar influir en aquellos medios para lograr su rectificación posible. A este efecto, defendemos que las J.O.N.S. deben invitar solemne y cordialmente a F.E. a que se desplace de sus posiciones rígidas, situándose en un terreno nuevo, donde resulte posible la confluencia, unificación y fusión de ambos movimientos. Y si fracasa la invitación a que aludimos, creemos corresponde apoyar y aprobar la primera tendencia».

Triunfó la segunda por mayoría de opiniones. En el acto, se invitó a Ruiz de Alda y a Primo de Rivera para que, si lo creían oportuno, aclarasen ante el Consejo la posición de F.E., en relación a varios extremos de doctrina y de táctica. Y una vez perfiladas y aceptadas las bases del acuerdo, procedieron a firmarlo, Primo de Rivera por Falange Española, y Ramiro Ledesma, por las J.O.N.S.

Este hecho fue luego muy discutido entre los jonsistas. Los militantes de F.E. lo acogieron de muy distinta manera, según los sectores. El sector anciano, tradicional y upetista, con profundo recelo, pues consideraba a los jonsistas elementos «petroleros» y subversivos, hombres peligrosos. En cambio, la mayoría de los jóvenes de Falange, recibieron la unificación con profunda alegría.

El calificado jonsista Montero Díaz discrepó del acuerdo, dimitió sus cargos y se dio de baja en la organización, baja que reservó Ledesma concediéndole unas vacaciones. Ofrecemos aquí prueba documental de su actitud, mediante una carta suya dirigida a Ledesma, y en circular, a los camaradas de sus secciones gallegas:

> Querido camarada Ledesma: *Las J.O.N.S. no se desvían*, decían los números 5 y 6 de nuestra revista, refiriéndose a F.E.
>
> Y cuando ingresé en las J.O.N.S., llevando un compacto grupo de militantes conmigo, hice de esta plataforma una consigna. Manteníamos el sentido patriota y revolucionario de las J.O.N.S. como nuestra bandera de combate más diáfana.
>
> Llegó el Consejo Nacional, al que no pude asistir. Ya conoces la opinión que os remití. Centuplicar nuestras actividades, aclarar nuestra actitud; no fundirnos con un movimiento cuyas *limitaciones derechistas* eran bien patentes.
>
> Y las J.O.N.S. se desviaron.
>
> Yo, por la campaña que hice en toda Galicia contra la F.E., basándose en aquellas circulares vuestras; porque sé que, a pesar de todas las declaraciones verbalistas en contrario, las gentes, el contenido y las maneras políticas de la Falange están en abierta oposición a la revolución nacional, y siguen estándolo, me encuentro totalmente desplazado dentro de un movimiento que quiere unir dos tendencias en realidad tan distintas como las primitivas J.O.N.S. y la Falange.
>
> Y los revolucionarios de envergadura española os sentiréis también desplazados muy pronto.
>
> Aquella campaña mía me inutiliza en Galicia para militar bajo la doble advocación de F.E. de las J.O.N.S., cuya irreductibilidad mantuve a capa y espada.
>
> Mi íntima convicción de que, *malgré lui*, los contingentes falangistas están muy lejos de entender y sentir los objetivos reales de nuestra revolución, me impide prestar la disciplina inquebrantable y fanática que necesito dar al Partido.
>
> Por esto, camarada, y en congruencia con mi tajante opinión, remitida al Consejo Nacional, prefiero situarme voluntariamente fuera de la nueva disciplina.
>
> Entiende bien —te lo digo a ti porque ni un solo momento reconozco otro jefe político— que mi fe nacional-sindicalista no ha sufrido ni sufrirá el más mínimo quebranto. Pero mi colaboración bajo otros jefes, que sé que representan otro concepto de la revolución, es imposible.
>
> Se llamará *izquierdista* a esta actitud. Y no lo es. Es, en cambio, *derechista* la esencia misma de la Falange. Esa esencia se conserva a pesar de la unión. Y se impondrá, por desgracia, camarada Ledesma. Algún día te darás cuenta de ello.
>
> Y si ese día decides recobrar la independencia del movimiento o crear uno nuevo bajo las mismas orientaciones que las primitivas J.O.N.S., «planteando la lucha con el marxismo en el plano de la *rivalidad revolucionaria*, me volverás a tener incondicionalmente bajo tu jefatura.
>
> Si ese día no llega, o mientras no llegue, puedes tener la seguridad de que mi retirada de toda actividad política será radical y definitiva. Pondré en mi silencio la misma energía que me has visto poner en la acción jonsista en Galicia.
>
> Salud, camarada, y hasta que tú quieras.— Santiago Montero Díaz. 12-3-34.

Montero Díaz tenía, en cierto sentido, razón al calificar así el perfil falangista. Pero su actitud prescindía de circunstancias muy calificadas, que aconsejaban, a pesar de todo, la unificación. Es evidente que las J.O.N.S., aun sacrificando aparentemente su predominio, lograron incrementar considerablemente su radio de acción.

Había, además, en el seno de las J.O.N.S. una corriente que postulaba el acercamiento a F.E. También los jefes falangistas lo deseaban, y al ver las dificultades —no se olvide que transcurrieron más de tres meses desde el mitin de la Comedia hasta la fecha histórica del acuerdo—, unos y otros, maliciosamente, señalaban como una de las trabas el posible afán de Ledesma de no perder la jefatura jonsista. El error era patente. Este amarada, en cuanto creyó oportuna y beneficiosa la unificación, se mostró partidario de ella, con toda generosidad y desprendimiento personal.

Es notorio que los objetivos supremos y fundamentales de las J.O.N.S. eran éstos dos: la lucha por la revolución nacional-sindicalista y la lucha contra el marxismo, rival revolucionario y enemigo peligroso. Si se percibía, en efecto, algún peligro para el carácter decididamente antiburgués y patriótico-social del jonsismo,

había también la posibilidad de robustecerse, sobre todo si en el seno de la nueva entidad, F.E. de las J.O.N.S., se maniobraba con algún talento, capacidad y audacia.

El día 16 de febrero se hizo pública la noticia en la Prensa, mediante la siguiente nota:

> Ha sido firmado el documento por el cual las J.O.N.S. y Falange Española forman una organización única.
>
> El nombre oficial del movimiento será Falange Española de las J.O.N.S.
>
> Se ha establecido como imprescindible que el nuevo movimiento insista en mantener una personalidad que no se preste a confusionismo alguno con los grupos derechistas. Las jerarquías superiores de F.E. y de las J.O.N.S. han constituido una Junta única de mando. En todos los grados nacionales y locales de la organización la fusión se realiza con el mismo criterio de totalidad. Todos los mandos serán encomendados a militantes más jóvenes de cuarenta y cinco años.
>
> El emblema del movimiento ha de ser las cinco flechas y el yugo de las J.O.N.S. En el programa aparecerán siempre mantenidas las bases fundamentales en que ya existía perfecta coincidencia: unidad patria, acción directa, antimarxismo, antiparlamentarismo, revolución económica que instaure la redención de la población campesina, obrera y de todos los pequeños productores.

Puede presumirse el efecto que, en ciertos núcleos falangistas, produciría la nota. Sobre todo, la base que fijaba en cuarenta y cinco años la edad para desempeñar puestos de mando. Pues la mayor parte de las Secciones provinciales de F.E. estaban dirigidas por gentes que sobrepasaban esa edad.

Para F.E., la unificación con las J.O.N.S. supuso un respiro formidable. Era su primer éxito, después de una etapa tremenda, en la que no había cosechado sino víctimas. Después de la fusión, y con motivo de ella, la organización nueva cobró una moral más fuerte y mejores ánimos para la lucha.

Nos parece oportuno publicar aquí pruebas oficiales acerca de cómo fue recibida la unificación y el espíritu con que se hizo por unos y otros. Dos son suficientes: el artículo del semanario *F.E.*, por el que se dio cuenta a la Falange Española del hecho, y la circular de los dirigentes jonsistas a sus camaradas.

He aquí el primero, publicado en el número de *F.E*. correspondiente al día 22 de febrero:

> Desde la pasada semana F.E. y J.O.N.S. forman una organización única, con una Junta única de mando, con una perfecta fusión en todos los grados nacionales y locales de la jerarquía, con una entrañable fraternidad en todas las masas de afiliados. No podía ser de otra manera. No es una unión lo que se ha logrado, sino una hermandad lo que se ha reconocido. Por eso, no nos ha costado un solo minuto la discusión programática, y luego, en toda la práctica labor de acoplamiento de mandos, la generosidad y buena voluntad han sido tales por ambas partes que ninguna dificultad ha surgido en las deliberaciones y resoluciones de la superioridad, cuyo solo criterio ha sido el de dar el máximo incremento a nuestra empresa común de redención de España y de constitución del nuevo Estado. Sirva de ejemplo a todas las Juntas provinciales. F. E y J.O.N.S. eran dos movimientos idénticos, procedentes de un mismo estado de espíritu ético y patético, con raíces intelectuales comunes, nacidos de una misma escueta autenticidad española. Uno y otro estaban y están puestos al servicio de las mismas grandes invariantes de la historia patria y nutridos de la misma actualidad técnica y universal frente a la vicisitud de los tiempos. Además, las gentes de F.E. y de las J.O.N.S. estaban ligadas por amistades verdaderas y por un exacto y mutuo conocimiento, que tenía que sobreponerse de una vez para siempre a toda superficial diferencia y a toda competencia circunstancial. Este último momento de F.E. como entidad separada de las J.O.N.S. es necesario que aprovechemos para levantar el elogio que dentro nos cantaba de siempre a estos camaradas que ya son unos con nosotros, no ya solamente en la fe y en el combate desde siempre comunes, sino en la disciplina, en el destino de cada momento, bajo ese claro símbolo imperial de las flechas y el yugo, que tomamos desde hoy como nuestros, y que siempre sentíamos, como nuestros, insustituibles. Con las J.O.N.S. en hermandad única y nueva vamos a reponer en el escudo, en el cuadrante solar de las Españas, yugo y haz; equilibrio perfecto de la pastoral y la epopeya. Esa es nuestra meta de combate, camaradas de la que hoy se llama para siempre Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista.*Nuestros hermanos de las J.O.N.S., guiados por Ramiro Ledesma, fueron los primeros en abrir la brecha difícil*. Fueron la primera guerrilla del estilo nuevo, los gallos de marzo que cantaron escandalosos y aguerridos la gentil primavera de las Españas, la que hoy nos da ya por todas partes su brote irresistible de verdor. Y no podía ser, decimos, de otra manera. Dos movimientos, con una finalidad idéntica, afianzados, además, en el principio inconmovible de la unidad y la abolición de los partidos, no tenían otro remedio sino aniquilarse uno a otro, lo cual hubiera sido inhumano, ininteligente y absurdo, o fundirse en uno solo apenas demostrada la ya demasiado evidente vitalidad de entrambos. Hecha la unión, en todo nos ha sonreído la fortuna.
>
> El movimiento de las J.O.N.S. había sobre todo insistido en una cierta crudeza de afirmaciones sindicales, que en nosotros habían quizá retardado su virtud operante y expresiva, aunque estuviesen bien dibujadas en nuestras entrañas. Con las J.O.N.S. hoy todavía más que ayer, al formarnos en un solo haz de combate somos rotundamente «ni de izquierdas ni de derechas», o sea, de España, de la

Justicia, de la total comunidad de destino, del pueblo como integridad victoriosa de las clases y de los partidos.

Uno de los primeros efectos que la superioridad había previsto como resultado inmediato de la unión era la seguridad de que nuestro movimiento aumentaría poderosamente sus capacidades de atracción. El mismo día de firmado el pacto este resultado previsor se producía en gran escala, no sólo por mayor afluencia de adhesiones, sino por la incorporación en bloque de núcleos importantes, que daremos a conocer en breve. Saludemos todos esta unión fraternal, absoluta y sin reservas, camaradas de F.E. y de las J.O.N.S. Al escribirse este artículo es la última vez ya que se verán separados nuestros nombres. Nos hemos unido por arriba, como seres nobles y generosos, para defender abnegadamente a la Patria, y no por subalternos intereses particulares, que unen a los partidos de clase bajo máscaras de grandes principios. Nosotros no tenemos intereses subalternos de clase, y quien nos conozca y quien nos mire de cerca y en lo hondo, lo sabe. Nos hemos unido no sólo por lo más alto y noble, sino por la emoción, aún más que por la inteligencia. La sangre de nuestros muertos nos ha unido, y ella es la que ha sellado nuestro pacto. Aquí abajo nos abrazamos nosotros en un solo haz; pero allá arriba, sobre el cielo azul de las Españas, se dan hoy un abrazo estrecho José Ruiz de la Hermosa y Matías Montero. Ante nuestras filas cerradas, ellos están presentes.

No es difícil percibir, a través de la retórica de este artículo, el estado de espíritu de quien recibe con toda oportunidad un auxilio considerable. He aquí ahora el documento jonsista, la circular publicada en la revista *JONS*, mediante la cual se comunicó a todos los camaradas la noticia de la fusión:

Nos apresuramos a informar a todas las Secciones jonsistas acerca de la situación creada al Partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

Ante todo, hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo Nacional como el Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las J.O.N.S. con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacional-sindicalista revolucionaria que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos, naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las J.O.N.S. Los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas organizaciones para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

Vamos a constituir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacional-sindicalista y revolucionario.

A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de completarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a cada Triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jerarcas y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

1) Todas las Secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de... (J.O.N.S. de...) y la integración nacional, la denominación total del Partido será *Falange Española de las J.O.N.S*. Las J.O.N.S. actualmente constituidas permanecen y las Secciones locales de F.E. pasarán a ser J.O.N.S., rigiéndose unas y otras por los nuevos estatutos que se están elaborando.

2) Falange Española de las J.O.N.S. tendrá al frente una Junta de Mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

3) El emblema y bandera del nuevo movimiento son los mismos de las J.O.N.S. Nuestros camaradas no tienen, pues, que modificar en lo más mínimo las insignias que hoy poseen, y esperamos que constituya en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

4) Exactamente a como ya ocurría en nuestras *Juntas*, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

5) F.E. de las J.O.N.S. elaborará un programa concreto, que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

En fin, camaradas, os repetimos como última orden nuestra que nutráis en bloque, con todo entusiasmo, las nuevas filas, que desde luego, son las mismas nuestras anteriores. Y que, en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación o una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre, disponiéndoos a ser más nacional-sindicalistas y más revolucionarios que nunca.

¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVAN LAS J.O.N.S.! *El Triunvirato Ejecutivo Central*.

Madrid, febrero de 1934.

6. La lucha por el nacional-sindicalismo

La lucha por el nacional-sindicalismo

Después de la unificación, comenzó a señalarse como norte del movimiento la revolución nacional-sindicalista. En todas las consignas, discursos y declaraciones aparecía esa invocación, incorporada evidentemente por el jonsismo.

El primer contacto de los jonsistas con la organización de Falange Española les produjo una impresión lamentable. Se dieron cuenta inmediata de que, sobre todo en las secciones provinciales, el falangismo se nutría de gentes poco valiosas.

En tales condiciones, los jonsistas, después de la fusión, sabían que tenían delante dos frentes de lucha: uno, el enemigo exterior, el que constituía su justificación como combatientes, y otro, el ancho sector pasadista, quieto, inerte, al que había que vigilar para que no tomase las riendas e hiciese imposible la victoria.

A pesar de eso, durante las primeras semanas el optimismo de los jonsistas fue absoluto. Los antiguos dirigentes de F.E., Ruiz de Alda y Primo de Rivera, aceptaron la consigna del nacional-sindicalismo revolucionario, y aunque quizá se reservaban su interpretación de ella, bastaba esa actitud para que los jonsistas desarrollasen libremente su actividad.

El Triunvirato dirigente

El nuevo movimiento, Falange Española de las J.O.N.S., estaba regido por un Triunvirato Ejecutivo Central: Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma. Estos tres fueron los dirigentes únicos de la organización desde el 15 de febrero, fecha de la fusión, hasta septiembre del mismo año de 1934.

Este período, en que tuvo efectividad el Triunvirato Alda-Primo-Ledesma, coincide con la etapa culminante del Partido, y es en él cuando tuvo mayor intervención en la política nacional, consiguiendo asimismo inspirar temor a las organizaciones enemigas.

Un mitin resonante en Valladolid

No tardó en advertirse lo que suponía, en realidad, para el robustecimiento del Partido, la unión de ambas organizaciones. A los quince días escasos, el día 4 de marzo, se celebró en Valladolid un gran mitin, primer acto nacional-sindicalista de masas.

Valladolid era, como sabemos, una población de significación jonsista.

El mitin tuvo una resonancia enorme en toda Castilla. Asistieron unos diez mil jóvenes que después del acto demostraban la gran alegría de haber encontrado su bandera de lucha. Pronunciaron discursos Ruiz de Alda, Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma y Primo de Rivera. Antes, dijeron unas eficaces palabras de saludo Gutiérrez Palma y Bedoya; el primero, por los obreros jonsistas de Valladolid; el segundo, por los estudiantes.

A la salida del mitin, presentaron batalla los rojos. Este hecho contribuyó a dar al acto mayor resonancia, pues hubo en las calles encuentros de gran violencia, con muertos y heridos. La jornada del 4 de mayo en Valladolid puso de relieve tanto las posibilidades del movimiento como la entrada efectiva en el camino de su realización. Y también el decidido predominio del espíritu jonsista, que se manifestó rotundamente a los gritos de *¡España, una, grande, libre!,* utilizados desde antiguo por las J.O.N.S. como gritos de combate.

Nuevas violencias rojas en Madrid

Los elementos marxistas se dieron cuenta, por los sucesos de Valladolid, de que la organización fascista se disponía a aceptar la lucha armada en las calles.

A los pocos días, su réplica en Madrid volvió a consistir en el asesinato, con motivo de la venta del famoso y malaventurado semanario *F.E*. El papel de los rojos era bien sencillo. Su táctica, facilísima. Pues aunque los grupos de vendedores iban protegidos, se comprende que siempre eran los agresores quienes disponían de la iniciativa, de la sorpresa. Observaban a los grupos de la venta, los seguían invisibles, como transeúntes, y, cuando lo estimaban oportuno, promovían la agresión disparando sus pistolas.

De este modo, el día 9 de marzo, a los cuatro días del mitin de Valladolid, fue asesinado Angel Montesinos, un obrero del Partido. Este hecho lo realizó en la calle de Fuencarral un grupo de comunistas, que inauguró así la intervención de su partido en la lucha antifascista violenta. Parece que el organizador de ese grupo, así como el que influyó decisivamente en el partido comunista para el desencadenamiento de la violencia, incluso en la forma de atentados, fue Francisco Galán, el hermano del capitán de Jaca.

La necesidad defensiva obligó entonces a F.E. y de las J.O.N.S. a organizar unos grupos especiales integrados por los camaradas de mejor disposición y ánimo para desarrollar la violencia más extrema. Enseguida se constituyeron, integrando la que se llamó Falange de la sangre.

Ansaldo en el Partido

Por esta época, fines de abril, ingresó en el movimiento Juan Antonio Ansaldo, militante intrépido y audaz, que intervino con eficacia en la organización y dirección de esos grupos. Merced a éstos, no quedó ya más ninguna agresión sin réplica, y pudieron incluso planearse objetivos de gran importancia estratégica para el Partido.

Ansaldo controlaba ya, a las pocas semanas, la organización militarizada del movimiento. Sobre todo, los grupos de más capacidad para la violencia. Ansaldo era, sin más complicaciones ideológicas ni matices, un monárquico. Procedía de los núcleos que con más fidelidad y dinamismo habían defendido hasta última hora al Rey. A pesar de eso, de su poquísima compenetración doctrinal —él era, después de todo, un exclusivo hombre de acción—, su presencia en el Partido resultaba de utilidad innegable porque recogía ese sector activo, violento, que el espíritu reaccionario produce en todas partes como uno de los ingredientes más fértiles para la lucha nacional armada. Recuérdese lo que grupos análogos a ésos significaron para el hitlerismo alemán, sobre todo en sus primeros pasos.

Claro que la intervención de esos elementos resulta sólo fecunda cuando no hay peligro alguno de que consigan influir en los nortes teóricos y estratégicos. Es decir, cuando hay por encima de ellos un mando vigoroso y una doctrina clara y firme. Si no, son elementos perturbadores y nefastos.

Concentración de escuadras en un aeródromo de Carabanchel

El Partido iba adquiriendo densidad y volumen. Los cuadros provinciales iban también recayendo en manos jóvenes, merced a la presión continuada de los jonsistas.

La base adquiría asimismo forma y afloraban muchachos de magnífico espíritu, españoles de corazón firme y gentes que comenzaban a percibir el panorama social del movimiento. Junto a ésos, buena cantidad de hombres a la intemperie obreros en paro, antiguos legionarios de Africa, ex anarquistas, etcétera, que daban a las milicias un gran porcentaje de luchadores.

El día 3 de junio se llevó a cabo, por sorpresa, una concentración de milicias en un aeródromo de Carabanchel. Asistieron unos dos mil escuadristas. Una empresa de autobuses impidió, retirando a última hora sus coches, que estuviesen presentes unos doscientos más. (A las pocas horas ardían dos coches de esa empresa.)

Las escuadras carecían entonces casi por completo de capacidad combativa y aun de la necesaria disciplina interior. Mostraban su valor humano de hombres dispuestos a la disciplina y al combate. Pero había, naturalmente, que dotarlos de jefes y de organizadores. Ese era el problema. Unas milicias que carecían de himnos, de cánticos, es decir, de música, y que, además, no efectuaban nunca marchas, excursiones, etcétera, tenían que carecer por fuerza de eficacia militar y combativa. Sin marchas ni música no hay ni puede haber milicias.

La concentración de Carabanchel produjo bastante alarma en ciertos sectores de izquierda. La Dirección de Seguridad sabía, desde luego, a qué atenerse y restó importancia al hecho. Pero como en el orbe de la política lo de menos, en general, es *ser*, sino *parecer*, el Gobierno, presionado por las protestas, impuso multas de 10.000 pesetas a los dirigentes Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Ledesma, Fernández Cuesta y Ansaldo.

El periódico republicano de izquierdas, *Luz*, publicó a toda plana y con fotografías una información sensacional acerca del acto de Carabanchel, que contribuyó, sin proponérselo el periódico, a que la concentración lograse mayor éxito.

Por cierto que en esa información hay unos párrafos que aluden a la influencia de los jonsistas en el seno del Partido, y que transcribimos porque revelan, con un texto nada sospechoso, la trascendental misión que cumplían estos elementos:

> Al amparo de la frivolidad o de la inhibición del Poder público, Falange Española de las J.O.N.S., que después de la fusión *ha sido nutrida por el espíritu revolucionario de los jonsistas*, está propagándose y reclutando adeptos, sobre todo entre los jóvenes. Lo que ayer pudieron llevar a cabo hubiera parecido absolutamente imposible hace muy pocos meses. (4 de junio.)

Otro manojo de violencias.— Los «chíbiris»

El domingo siguiente, día 10, tuvo lugar en El Pardo un terrible suceso. Los comunistas asesinaron a pedradas y navajazos a un joven de Falange. En este hecho no corresponde a los comunistas otra condenación que la de haber dado al adversario una muerte tan salvaje. Pues fue a consecuencia de un choque de grupos, a campo abierto y a plena luz. Medio centenar de fascistas, de excursión por El Pardo, llegó a las cercanías donde acampaba una colonia dominguera roja, precisamente una de las que más se distinguían por la combatividad y saña que sus miembros desarrollaban en la lucha contra el fascismo.

El choque fue inevitable, y como el grupo fascista vacilase, por creer a los rojos en mucho más crecido número, y no aparecer los refuerzos que esperaban, huyeron, no sin que uno de sus camaradas, Cuéllar, cayese en manos de los comunistas, que lo asesinaron del modo más bárbaro. (Uno de los agresores fue «el Rojo», que un año después mato de un tiro a un agente de Policía en Cuatro Caminos.)

Por la noche, ese mismo día, tuvo lugar la agresión armada contra un grupo de «chíbiris», de excursionistas rojos, resultando muerta una muchacha y heridos muy graves dos miembros más de las juventudes socialistas. El entierro de la víctima, Juanita Rico, sirvió a los rojos para hacer un alarde de fuerza y de unidad proletaria. A la misma hora del entierro, un grupo de las juventudes socialistas pasó en un taxi a gran velocidad por la puerta del local de Falange, haciendo unos veinte disparos, que hirieron a dos militantes.

Los «chíbiris» eran llamados así por la tendencia que mostraban a musicalizar sus gritos con esa canción popular y chabacana. Se trataba de excursionistas rojos que inundaban los domingos los alrededores de Madrid, principalmente la Casa de Campo y El Pardo, con sus gorrillos americanos, su pantalón blanco y, por último, su gran pañolón rojo, como filiación marxista.

Salían y regresaban a la ciudad en grupos numerosos, con cierto regusto militar y afanes de impresionar a la población burguesa.

No se olvide que en ese verano de 1934 se incubaba y preparaba a toda marcha la revolución socialista, y los llamados «chíbiris», por medio de sus organizaciones deportivas, contribuían a dar milicianos para los cuadros de choque de la revolución.

No se admite a Calvo Sotelo

La situación del movimiento fascista era a comienzos del verano relativamente vigorosa. Despertaba interés en la opinión del país, disponía ya de cierta experiencia e iba perfeccionando y localizando sus metas finales.

Era en muchos aspectos un movimiento confusionario, cuyos adictos respondían a los más diversos móviles; pero ello, si bien sería perjudicial como hecho permanente, entonces, etapa transitoria de amplificación, era hasta fértil y beneficioso.

En mayo, al regresar Calvo Sotelo a España, después de la amnistía, quiso entrar en el Partido y militar en su seno. Primo de Rivera se encargó de notificarle que ello no era deseable ni para el movimiento ni para él mismo. Parecerá extraño, y lo es, sin duda, que una organización como Falange, que se nutría en gran proporción de elementos derechistas, practicase con Calvo Sotelo esa política de apartamiento. Y más si se tiene en cuenta que éste traía del destierro una figura agigantada y que le asistían con su confianza anchos sectores de opinión.

Calvo Sotelo aparecía como un representante de la gran burguesía y de la aristocracia, lo que chocaba desde luego con los propósitos juveniles y revolucionarios del Partido, así como con la meta final de éste, la revolución nacional-sindicalista. En ese sentido, Primo, que se iba radicalizando, tenía, sin duda, razón. Ruiz de Alda se inclinaba más bien a la admisión, guiado por la proximidad de la revolución socialista y la necesidad en que se encontraba el Partido, si quería intervenir frente a ella con éxito, de vigorizarse y aumentar, como fuese, sus efectivos reales. No carecía de solidez esa actitud de Ruiz de Alda; pero Primo se mantuvo firme.

El problema de la revolución

En ese momento estaba ya de lleno planteado en España el problema de la revolución socialista. ¿Cuáles serían sus resultados y quién o quiénes le harían frente?

Pues que el marxismo preparaba la revolución, era algo a ojos vistas. Sólo un hecho podía influir en los socialistas para que renunciasen a la revolución: que se atendiesen sus demandas. Pero esto era ya casi, naturalmente, su propio triunfo.

En mayo-junio de 1934, no había en España otra fuerza política que Falange y las J.O.N.S. que pudiese plantearse, con seriedad y eficacia, el problema de hacer frente a la revolución socialista.

El solo planteamiento de una lucha a fondo de la organización fascista con el marxismo, hubiera hecho saltar el sistema político de la República demoburguesa, lo que hubiera constituido ya un bien.

Es notorio que Falange no reclamó esa misión histórica, y no intentó siquiera pasar de la escaramuza. Ello supuso la entrada del movimiento en una gravísima crisis interna, y supuso también el libre desarrollo revolucionario, sin otra cosa enfrente que los guardias. Supuso aún más: que los sucesos de octubre tuviesen el desenlace anacrónico, infecundo y absurdo que conocemos.

Se debilita la propaganda

El mitin de Valladolid —4 de marzo de 1934— debió servir al movimiento como acto inicial de una serie de grandes mítines estratégicos, del mismo estilo e importancia. Lejos de intentar ese objetivo, que habría supuesto para la Falange y las J.O.N.S. una labor gigantesca de agitación nacional, colocándose en el primer plano de la actualidad política, Primo de Rivera se mostró partidario de una red de mítines en los pequeños pueblos. Durante toda la primavera, el esfuerzo de la organización, en su capítulo de propaganda, se agotó en siete u ocho actos celebrados en aldeas y pequeñas ciudades, sin relieve social ni realidad política alguna.

Ledesma, opuesto a esa errónea concepción del ritmo de la propaganda, terminó por sabotearla, negándose a tomar parte como orador en tales actos. Baste decir que los mítines celebrados, después del famoso de Valladolid, lo fueron en los siguientes puntos: El Carpio de Tajo, Fuensalida, La Puebla de Almoradiel, Callosa de Segura y Burriana.

No era quizá del todo absurda esa opinión de Primo, que respondía a un afán por entrar en contacto con la España mejor, la España de los campos.

Favorable coyuntura social

A la par que se proyectaba sobre el país la inminencia de la revolución socialista, ocurría también otro hecho, asimismo favorable para la mejor coyuntura del fascismo: la impotencia radical del Estado, la ineptitud absoluta del Gobierno entonces vigente para impedir los conflictos graves. Estos se planteaban a docenas; unos, como estrategia de la revolución; otros, producto mismo del clima político-social en que se vivía.

Hubo, por ejemplo, dos conflictos sociales huelguísticos que demostraron la impotencia absoluta del Gobierno: la huelga metalúrgica de Madrid, de más de dos meses, y la huelga general de Zaragoza, que tuvo a esta importante ciudad más de cuarenta días en paro riguroso.

Eran dos típicos casos de intervención fascista, supliendo las limitaciones del Estado, que perjudicaban por igual a todos los españoles: A los huelguistas, lanzados al vacío, y a la población entera, perturbada en su actividad y en su vida diaria.

Los tres triunviros estudiaron todo un plan de intervención en la huelga general de Zaragoza, cuando ésta duraba ya un mes. Esa intervención estaba organizada a base de formar equipos de trabajo y de movilizar unos mil escuadristas, que, acampados en las afueras, impresionasen a los obreros en huelga, a la ciudad, y garantizaran asimismo el éxito, sosteniendo, si era preciso, la lucha armada. Este plan, tanto en el caso de realización como en el muy probable de ser impedido por el Gobierno, hubiera constituido para la Falange y las J.O.N.S. una victoria enorme.

No se olviden las características de una intervención fascista en conflictos así: No consiste en una mera acción de machacar la huelga, en plan de esquirolaje al servicio de las Empresas y del Gobierno. Es otra cosa. Supone una rivalidad revolucionaria con las organizaciones subversivas de los huelguistas, y la obtención coincidente de una victoria política, de un robustecimiento de la propia bandera. Lo que, como se ve, es muy distinto de la conocida, desacreditada e insulsa ayuda ciudadana, en pro del orden, la tranquilidad, etc.

Pues bien, con vistas a una acción de aquel rango, estudiaron los tres triunviros ya citados un plan de intervención en la huelga general de Zaragoza. No pudo efectuarse, porque la demora en conseguir los medios

financieros de la expedición hizo que se resolviese el conflicto durante los días mismos en que se ultimaban los detalles finales [6].

El conflicto con la Generalidad de Cataluña

Además de las huelgas y conflictos sociales a que nos hemos referido, y a los que hay que añadir la huelga de campesinos y las permanentes invocaciones a la revolución que hacían los socialistas, además de eso, se produjo un acontecimiento sensacional, que venía a favorecer más y más la estrategia del fascismo. Me refiero al choque y situación de gran violencia entre el Gobierno autónomo de Cataluña y el Poder central, representado éste en tales fechas por las mínimas figuras políticas de Samper y Salazar Alonso.

La aparición de este último conflicto en el área política española, cruzándose e interfiriendo con el desarrollo de la propaganda revolucionaria, podía tener —como la tuvo más tarde, en octubre, si bien de otro orden— una gran trascendencia histórica.

Es de advertir que la causa originaria del conflicto entre el Gobierno Samper y la Generalidad carecía absolutamente de dimensión grave. La famosa Ley de Cultivos sería o no legal que la dictase aquella entidad autónoma. Sería más o menos radical en sus ordenaciones del problema de la tierra. Nos inclinamos a creer que sí podía ser dictada por el Parlamento catalán, con arreglo al Estatuto, y que incluso su espíritu social era defendible y justo.

Pero reconózcase que tal aspecto era, en realidad, ínfimo. Para quienes chocaban con el espíritu de las autonomías, para los disconformes con el Estatuto de Cataluña y con la concepción de España y del Estado español que él representa, el conflicto a que nos referimos podía ser lícitamente desligado de sus motivaciones inmediatas, y trasladado al plano nacional de la más alta polémica.

En ese propósito debió descollar la organización fascista. Ledesma puso extraordinario interés en ello, creyendo exacta y justamente que una agitación, en torno a la actitud de verdadera rebeldía de Companys, obtendría un gran éxito. Por fin, imprimió el Partido gran número de hojas clandestinas, se prepararon grandes carteles y una tarde de primeros de julio se organizó una manifestación ruidosa de protesta. Fue lo único que pudo hacerse. Y es que venía larvada en el seno de la organización una gravísima crisis interna, crisis de tendencias y de personas, que, naturalmente, ocasionaba el que la Falange de las J.O.N.S. permaneciese sumida en la inacción y en la impotencia, a pesar de la coyuntura histórica formidable que suponía el verano de 1934.

Impaciencia en los grupos combativos

Sin embargo, pequeños núcleos combativos, señaladamente los que ya hemos citado como integrantes de los grupos especiales—Falange de la Sangre—, estaban dispuestos, con toda firmeza, a luchar contra los socialistas y a perturbar de algún modo el camino de su revolución.

Un par de ejemplos bastarán para ilustrar el género de acciones a que esos grupos tendían y el grado de violencia de sus propósitos.

Una mañana de fines de junio, hacia mediodía, llegaron al Partido dos militantes diciendo que tres compañeros de su mismo grupo habían visto a Indalecio Prieto sentado en la terraza de un café del paseo de Recoletos. Estaban dispuestos a atentar contra el allí mismo y querían que la sección de transportes les facilitase un automóvil. Costó gran esfuerzo a los dirigentes impedir la realización de tal hecho, contrario al espíritu que presidía las normas tácticas de la organización.

Otro grupo, por su exclusiva cuenta, iniciativa y riesgo, preparó un hecho que, de realizarse, hubiera influido enormemente en la trayectoria revolucionaria de los socialistas. Consistía en hacer que estallase en los sótanos de la Casa del Pueblo una bomba potentísima. La cosa, como se ve, podría luego ser difícilmente eludida por los estrategas marxistas. Estos la atribuirían a provocación, a señal de ataque, a decisión de aniquilarlos, a cualquier cosa; pero es seguro que influiría en las fechas y en el destino final de la revolución.

---

[6] Mucho se ha fantaseado sobre cuanto afecta a la financiación del movimiento fascista. Las J.O.N.S., antes de la fusión con F.E., no llegaron nunca a disponer de cantidades ni medios apreciables. Baste decir que toda su acción, su propaganda, revistas, etcétera, desde mayo de 1933 a febrero de 1934, la efectuó con menos de doce mil pesetas. Falange Española fue, naturalmente, otra cosa. Desde el principio contó con medios superiores, cosa lógica, puesto que sus dirigentes, sobre todo Primo de Rivera, procedían de la alta burguesía más pudiente y rica. Así, en sus tres primeros meses, hasta la fusión con las J.O.N.S., dispuso de unas ciento cincuenta mil pesetas. Después, los gastos mensuales de la organización, comprendidos los de toda índole, alcanzaban la cifra de 40.000 pesetas, cifra desde luego excesiva para los resultados logrados. Ese dinero procedía de donativos particulares, y ayudaban y facilitaban su recogida diversos elementos, señaladamente los monárquicos de Renovación Española. Primo apuntó alguna vez, sin éxito, a otras fuentes más delicadas. De todos modos, puede afirmarse que el movimiento administraba pésimamente sus recursos, y que no extraía de estos la debida eficacia.

El grupo a que nos referimos trabajaba en ese empeño con coraje. No se detenía ante nada. Sustrajo cincuenta kilos de dinamita y organizó la colocación de la terrible máquina explosiva valiéndose del alcantarillado y del concurso de dos poceros, que se prestaron a facilitar la entrada, los preparativos y todos los trabajos previos. (Había que hacer excavaciones, construir unos refuerzos con cemento armado, etc.) Hasta tal punto de interés ponían en sus planes, que por aquellos días uno del grupo, sospechoso fundadamente de infidelidad y de espionaje, apareció muerto en una calle apartada de Madrid.

Nosotros, que hemos podido hacernos con todos esos detalles, ignoramos, sin embargo, a qué causas se debió su no realización.

* * *

Si bien, como venimos diciendo, no existía un plan estratégico de oposición eficaz al desarrollo de la revolución socialista, eran frecuentes las incidencias que se producían, algunas de ellas graves. Además, unos y otros eran asimismo objeto por parte de las autoridades de medidas represivas muy análogas.

El día 1.° de julio, uno de los más destacados militantes de los grupos activos, Groizard, fue objeto de una agresión gravísima. Varios elementos de las juventudes socialistas le hicieron unos quince disparos desde un taxi. Groizard, que tuvo entonces una gran suerte, pues sólo resultó herido, era, desde luego, uno de los que se mostraban siempre dispuestos a desarrollar la mayor violencia en la lucha contra el marxismo.

Se advertía con facilidad en esas fechas que los marxistas, naturalmente entregados a la tarea primordial de preparar la revolución, eludían en lo posible sus apelaciones a la agresión violenta. Y ello, sin duda, no por imposibilidad de mantenerla, puesto que le sobraban medios, sino por precaución, por temor a que se les complicase el período prerrevolucionario, con riesgo para sus planes y objetivos finales.

Persecución gubernativa y episodios de la cárcel

A los pocos días de la agresión contra Groizard, hacia el 10 de julio, y sin duda por la actividad de los confidentes, hizo la Policía un registro minucioso en los locales del Partido, en la calle del Marqués de Riscal. Encontró, nadie se explica cómo, armas, dinamita, municiones, bombas, líquidos inflamables, etc. Todos los militantes que se encontraban en el local, unos ochenta, fueron detenidos y procesados, absurdamente, por reunión clandestina.

Permanecieron en la cárcel veinte o veinticinco días y luego absueltos por los Tribunales. No se comprende realmente que la sola y normal presencia de los afiliados en los locales de un partido pueda ser considerada, en ningún caso, como un delito.

Salazar Alonso, ministro de la Gobernación entonces, se acostumbró, con hipocresía demoburguesa, a enlazar siempre las represiones contra los socialistas y contra la Falange de las J.O.N.S. No cerraba un centro marxista ni detenía media docena de socialistas sin que a la vez no tomase medidas análogas con un local de Falange y otra media docena de sus afiliados. No se atrevía a molestar, por poco que fuese, a los revolucionarios rojos sin antes hacerles la concesión de molestar idénticamente a sus enemigos los fascistas. Así, prohibió toda clase de concentraciones juveniles y toda propaganda que no se ajustase a estilos de ancianidad electorera. En la revista *JONS*, a raíz de las detenciones a que nos hemos referido, se publicó un alegato de protesta que revela las formas combatientes y antiburguesas que postulaban los jonsistas, entonces ya de hecho los orientadores teóricos de todo el Partido. He aquí algunos párrafos. (Número de agosto, pág. 186.):

* * *

> Nos honra, naturalmente, esa persecución a que se nos somete. Se trata de un Gobierno sin pizca de autoridad, sin otro apoyo español que el de la fuerza pública. Sin masa alguna afecta, sin juventudes, con su sola realidad de náufragos agarrados al peñón despreciable de la C. E. D. A. Causa por eso risa su gesticulación contra todo cuanto aparece provisto de todo cuanto a él le falta: ideales jugosos, magníficos, y entusiasmo juvenil por el imperio de ellos. Así, prohíbe saludos, concentraciones y la presencia misma de los símbolos disidentes de su política mezquina y fofa.
>
> Y hablamos así, contra las disposiciones últimas del Gobierno en relación con el orden público, aun cuando ello beneficie a nuestros enemigos los marxistas. Pues no faltaba más sino que nosotros, la Falange Española y las J.O.N.S., congregada y formada a base de objetivos de pelea, aprobásemos, como cualquier burgués renacuajo y cobarde, que el Gobierno impida las excursiones uniformadas de los rojos. Para luego, naturalmente, perseguir también las nuestras.
>
> Ese será quizá el ideal del Gobierno, y en eso le acompañará todo el ancho sector de la burguesía inconsciente y bobalicona: asfixiar la juventud nacional, garantizar una vida sin sobresaltos, evitar las luchas, transigir y correr las cortinas.
>
> Pero nosotros no toleraremos que se corran las cortinas ante la situación de España, como si el drama español fuese una aventura de alcoba.

La estancia en la cárcel de aquellos ochenta militantes fue de veras aleccionadora. Durante ella, comenzaron a producirse en el Partido los primeros chispazos de la crisis de tendencias a que nos referiremos luego. Los detenidos eran de la más varia procedencia política, si bien naturalmente todos afiliados a la Falange de las J.O.N.S. Ese detalle, así como el convivir juntos en un pabellón —y no en un régimen de celdas individuales— dio lugar a que se produjeran hechos curiosos. Como estaba también detenido el jefe de las milicias, Arredondo, y era allí el de mayor jerarquía, se le nombró asimismo jefe de los presos.

Organizaron conferencias, charlas sobre el programa y la estrategia del Partido.

Creo haber dicho ya en páginas anteriores que Arredondo era un comandante del Ejército, retirado por la ley Azaña. Hombre de poquísimas complicaciones, formación reaccionaria, y falangista de los de *¡Viva el fascio!* Esas características produjeron en la misma cárcel una casi insurrección contra su autoridad, cosa que él atribuyó, en informe posterior dirigido al Triunvirato, a «la indisciplinada actividad de los jonsistas». Lo ocurrido, en realidad, fue esto: Entre los detenidos estaban Juan Aparicio, cuya conferencia, el día que le correspondió hablar, a más de ser un discurso jonsista cien por cien, logró la adhesión unánime de todos. Estaba también Luis Ciudad, un jonsista combativo, de noble carácter, pero algo picudo de temperamento, y que se distinguía por su adhesión a Ledesma, así como por la confianza personal que éste le dispensaba. La presencia de Aparicio y de Ciudad, el primero un teórico, un creador de perfiles doctrinales, y el segundo un violento, un muchacho de acción, fue lo que en el informe de Arredondo, a que ya nos hemos referido, le hacía decir a éste que, «a pesar de haber transcurrido más de cinco meses desde la fusión, todavía los jonsistas alardean de serlo y de permanecer poco vinculados a F.E., siendo, desde luego, inexplicable que, tratándose de un corto número [7], influyan tanto en la Falange». Después de esto, pedía y proponía sanciones, aplicando casi, casi, el Código militar.

Crisis de personas y de tendencias

Por aquellos días, mediados de julio, se manifestó en la organización una peligrosísima crisis. Varias causas confluyeron a ello. Si bien la primordial y más profunda, la que se deduce y advierte siguiendo la línea política del Partido, era la de que éste no abordaba, en aquel verano de 1934, su misión histórica de comprometerse, a vida o muerte, en su lucha contra el marxismo.

Pero esa causa, profunda, tenía ese carácter, la de ser profunda y, por tanto, advertida por muy pocos. A la vez, como siempre ocurre, la crisis, las dificultades, tuvieron causas visibles e inmediatas, obedecieron también a motivaciones de localización sencilla.

El primer descontento y el primer paso para plantear con decisión el problema surgió y se produjo en el sector ligado, más directamente, a las actividades de Ansaldo. Por tanto, en el sector que podemos calificar derechista, y casi unido a los intereses políticos de los grupos monárquicos. Pedían poco menos que la cabeza de Primo de Rivera —entiéndase su expulsión o alejamiento de las tareas de dirección—, y lo señalaban, con evidente exageración, como principal culpable de la impotencia e inacción del Partido, así como de la orientación errónea del mismo.

Antecedente parlamentario

Como antecedente de esto, hay que aludir a la actuación de Primo en el Parlamento. Desde las primeras semanas de Cortes pudo advertirse su afición a la cosa parlamentaria, faltando poquísimas tardes a las sesiones. Ese perfil parlamentarista gustaba poco al Partido, era bastante impopular entre los militantes, máxime cuando, ni siquiera a los efectos de la propaganda, advertía nadie la eficacia más mínima.

La actuación desafortunada en el Parlamento [8] culminó con un error de bulto, sobre todo para el simplismo ingenuo de cierto sector de militantes. Es sabido que, con motivo del hallazgo de gran número de armas en su domicilio, se pidió a las Cortes autorización para procesar al diputado socialista Lozano. (Ese hallazgo, en relación con otro del mismo color político descubierto en Cuatro Caminos, en el que se encontraron 610 pistolas e incontables municiones, suponía, hasta para el más lerdo, la evidencia del copioso armamento marxista.)

Días después detuvo la Policía a un militante de Falange, al que encontró las armas utilizadas por la guardia nocturna que el Partido organizaba diariamente en el hotel de Primo, en Chamartín. Con ese motivo, los suplicatorios de Primo y de Lozano se discutieron, simultáneamente, en las Cortes. Indalecio Prieto, en su discurso, se mostró opuesto a la concesión del de Primo, haciendo su defensa con la habilidad y el talento parlamentario que todos reconocen en ese líder socialista. Fácilmente se presume que no le guiaba a ello la menor simpatía ni la menor motivación sentimental, sino el afán de mejorar, de rechazo, la situación de su

[7] Al efectuarse la fusión, los militantes jonsistas eran muchos menos en número que los procedentes de F.E. Quizá la proporción llegase a un 10 por 100.

[8] Hay que reconocer que un solo diputado —o dos, puesto que estaba también Eliseda— no puede nunca actuar con fortuna ni eficacia en el Parlamento.

compañero Lozano, cuyo asunto convenía a la revolución socialista se resolviese bien, al objeto de seguir, sin muchas trabas, armando y preparando la insurrección.

Pues bien, Primo, al terminar Prieto su discurso, lo felicitó efusivamente y le estrechó la mano. Esto estaría quizá bien en la lógica de la cortesía parlamentaria; pero en la época en que eran frecuentes los choques violentos, y bien cercanos los mártires hechos a Falange por los socialistas, produjo a todos gran estupor e indignación. Parece que también en las juventudes socialistas contra Prieto, si bien a éste no le correspondió iniciativa alguna, limitándose a no rechazar un saludo que se le ofrecía.

Ansaldo polariza el descontento

Conocida la rapidez de determinación de Ansaldo, era de temer que no tardasen en producirse dificultades interiores, deslizándose por esa coyuntura la crisis de tendencias que se preveía.

Ansaldo consiguió que un grupo de militantes destacados se uniese a su actitud de protesta. Urdieron entonces un plan al objeto de conseguir la expulsión misma de Primo de Rivera. Ese plan llegó a ser aceptado por varios sectores, y, a pesar de ser propuesto por quien representaba una tendencia calificadamente derechista, encontró ayuda y apoyo entre los estudiantes de actitud más revolucionaria. Cuando ya éstos se habían medio comprometido a auxiliar la protesta, enteraron a Ledesma de ello; pues, a ser posible, pretendían que el Triunvirato, basándose en la situación de indisciplina y en lo extenso del sector que exigía medidas contra Primo, apoyara por mayoría los propósitos de los descontentos. En otro caso, parecían dispuestos a apelar a la violencia para apartar a Primo de Rivera.

La cosa era, como se ve, profundamente grave. En el fondo, lo que ocurría era una consecuencia directa, según ya dijimos, de la frivolidad con que la organización fascista abandonaba su misión histórica de aquel momento: luchar a fondo contra la preparación insurreccional de los socialistas, para impedir luego la vergüenza de octubre, no sólo la de los sucesos, sino otra vergüenza nacional tanto o más triste: la de que sea el lerrouxismo, coreado por el miedo de una opinión cobarde y boba, quien aparezca como salvador de la Patria española. ¡Gran sarcasmo!

Cuando un Partido combativo, cuya consigna fundamental es la pelea, no lucha ni combate con sus enemigos, fatalmente ocurre que se despedace por dentro, en luchas internas supletorias.

¿Organización de masas o secta restringida?

Además, la crisis interior a que nos estamos refiriendo, y que vino a durar casi todo el verano de 1934, tenía ante sí otra destacada significación, otra gran prueba. La de verse obligado el Partido a decidir una cuestión fundamental: O una organización de masas o una organización restringida, una secta minoritaria. Falange Española y las J.O.N.S. eran entonces, en muchos sentidos, un conglomerado amorfo, en el que gentes de las procedencias más varias confluían. Pero aun siendo esto así, no podía negarse que todos los sectores que la integraban disponían, más o menos, de un norte común, en unos más claro que en otros. Ahora bien, un mando vigoroso, una dirección enérgica e inteligente, podía, desde luego, canalizarlos a todos ellos, sin excepción, por el cauce preciso.

La forma en que reaccionaron los dirigentes denota cómo consideraba y apreciaba cada uno esa característica del Partido —que era, evidentemente, el camino de las masas—, esa realidad de estar formado por gente varia, con apetencias aun quizá no bien perfiladas y limadas por el propio Partido, aunque dispuestas y propicias, desde luego, a la cohesión.

Para darse cuenta de ese aspecto multiforme, nada mejor que unas frases de Juan Aparicio en un artículo de la revista *JONS*, tratando de aplicar y actualizar el mito de Catilina. En ellas decía, con evidente regusto descriptivo:

> ...nuestro sindicalismo nacional, donde se juntan los veteranos de Primo de Rivera, la juventud de la nobleza antigua, la angustia del estudiante sin cultura oficial y sin Patria libre, del rústico sin cosechas, del católico sin Jesucristo, la rabia y la miseria del parado con hambre. (*JONS*, número 9, pág. 66.)

Repitamos que ése era, en realidad, el camino de las masas y, naturalmente, el camino del triunfo. Sólo una organización que es capaz de atraer a sí gentes de tan varia índole, y que tiene el talento de incrustarlas en sus cuadros, de conservarlas en ellos, cumpliendo una tarea, adscritas a un servicio, revela ser una organización apta para la conquista de las masas.

Es evidente que la organización fascista perseguía el logro de esa cualidad: la de ser y constituir una organización de masas. Nada más opuesto a ello, entonces, que una línea restrictiva, que un examen riguroso, al solicitar su ingreso los nuevos militantes. Y más opuesto aun el prescindir *a priori* de un sector social entero, hostigándolo sin necesidad táctica ni estratégica y expulsando de la organización a quienes lo representan. Ir hacia las masas, forjar una organización —de carácter fascista, no se olvide— de masas, obliga a manejar con

destreza una virtud: la de unificar los alientos y los clamores de unas multitudes que vienen de todos los puntos de la rosa de los vientos, prestándoles cohesión, eficacia y disciplina.

Otra concepción, a más de conducir al fracaso, supone sectarismo. Sectarista en muchos aspectos era, pues, la actitud de Primo de Rivera, que achacaba la indisciplina y la protesta a esa realidad constitutiva de la organización.

En cambio, con gran error, Primo de Rivera no denunció con la energía necesaria al Partido lo que él creía causa de las protestas: una habilidosa artimaña de los reaccionarios. Eso hubiera resuelto a su favor la dificultad en cinco minutos.

Tramitación de la crisis interna

La situación a que nos referimos produjo entre los dirigentes una extraordinaria tirantez personal. Ledesma reconocía que era justa, en algún sentido, la pretensión de Primo de Rivera, pidiendo sanciones contra los que le atacaban tan sañudamente, pero, poco dado a obrar por exclusivas motivaciones sentimentales, creyó oportuno deducir de cuanto entonces ocurría ventajas de orientación, que asegurasen el mejor porvenir del movimiento.

Se valió para ello de una táctica difícil, y añadamos que peligrosa. Al ver que el grupo Ansaldo luchaba contra Primo de Rivera, debilitando considerablemente la fuerza de éste, le pareció aquélla una ocasión oportunísima de ligar y unificar estas dos consignas: UNIDAD DEL MOVIMIENTO Y NORTE NACIONALSINDICALISTA DEL MISMO. Oponiéndose a las expulsiones y al sectarismo de Primo de Rivera, era el defensor y el promotor de la unidad. Desplazando de la influencia decisiva a los dos grupos rivales —los de Ansaldo y Primo— aseguraba la ruta nacional-sindicalista, es decir, el sentido social, antiburgués y revolucionario del movimiento. (Digamos que hasta entonces el grueso del Partido, procedente del falangismo, y sobre todo la jerarquía de las milicias, toda ella de espíritu regresista, oponía grandes resistencias a las orientaciones jonsistas de Ramiro Ledesma.)

Ahora bien, si el grupo Ansaldo —no olvidemos la significación, más bien monárquica, de éste, aunque no la tuviesen sus auxiliares en la protesta— conseguía una victoria plena sobre Primo, logrando su expulsión o alejamiento, el peligro, grave e inmediato, era éste: el control de la organización por gentes de muy sospechosa fidelidad a los que hemos denominado nortes nacional-sindicalistas del Partido.

Para evitar ambas cosas: una, la influencia única y absorbente de José Antonio, cuyo temperamento y cuya formación teórica le conducían con facilidad a operar con ideas falsas y a adoptar tácticas erróneas, y otra, el control de la Falange por elementos que deseaban hacer de ella una organización fiel a las consignas tradicionales de las derechas, se decidió Ledesma a intervenir peligrosamente en la tramitación de la crisis interna.

En vista de las dificultades que encontraba en el seno del Triunvirato para la ejecución de sus medidas, Primo amenazaba con alejarse del Partido, o dar un golpe de mano en la organización, proclamándose jefe único [9], ya que decía tener la seguridad de que toda la ancha base de militantes lo consideraba como el dirigente más calificado.

Ruiz de Alda [10] vaciló ante ciertas proposiciones de Ledesma [11], y, a la postre, después de pensarlo seis u ocho días, le manifestó que, aun de acuerdo con casi todas las metas finales y con casi todas las consecuencias

---

[9] Distingue y caracteriza a Primo de Rivera que opera sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble, procedentes de su formación intelectual y de las circunstancias político-sociales de donde él mismo ha surgido. Posee seriedad en los propósitos, y le mueve seguramente un afán sincero por darles caza. El drama o las dificultades nacen cuando se percibe que esos propósitos no son los que a él le corresponden, que es víctima de sus propias contradicciones y que, en virtud de ellas, puede devorar su misma obra y —lo que es peor— la de sus colaboradores. Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de la fe en las virtudes del ímpetu, del entusiasmo a veces ciego, del sentido nacional y patriótico más fanático y agresivo, de la angustia profunda por la totalidad social del pueblo. Véasele, repito, con su culto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, con su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad, etcétera. Todo eso, con su temperamento cortés y su formación de jurista, le conduciría lógicamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario. Varias circunstancias han impedido, sin embargo, esa ruta. Pues ser hijo de un dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas de suficiente vigor para influir en el propio destino. En José Antonio obraron en el sentido de obligarle a torcer el suyo, y a buscar una actitud político-social que conciliase sus contradicciones. Buscó esa actitud por vía intelectual, y la encontró en el fascismo. Desde el día de su descubrimiento, está en colisión tenaz consigo mismo, esforzándose por creer que esa actitud suya es verdadera, y profunda. En el fondo, barrunta que es algo llegado a él de modo artificial y pegadizo. Sin raíces. Ello explica sus vacilaciones y cuanto en realidad le ocurre. Esas vacilaciones eran las que a veces le hacían preferir el régimen de Triunvirato, refrenando su aspiración a la jefatura única. Sólo al ver en peligro, con motivo de la crisis interna, su posición y preeminencia se determinó a empuñar su jefatura personal. Es curioso, y hasta dramático, percibir cómo tratándose de un hombre no desprovisto de talentos forcejea con ardor contra sus propios límites. Solo, en realidad, tras de ese forcejeo, puede efectivamente alcanzar algún día la victoria.

[10] Ruiz de Alda era un dirigente de magnífica ejecutoria. Por una serie de razones —su profesión, su sentido de lo popular, su serena intrepidez— realizaba un tipo humano que en todas partes ha dado a los movimientos fascistas triunfales las mejores aportaciones. Carece casi en absoluto de capacidad expresiva, de cualidades para la tribuna y el mitin. Ello ha

que perseguía el plan, no colaboraría activamente en su realización. Ese plan tendía a resolver la crisis interna de modo que, sin prescindir naturalmente de Primo de Rivera, tuviese un desenlace fecundo para el movimiento.

Ya veremos luego cómo el criterio de destacar una jefatura única se impuso, logrando salvarse felizmente la unidad del movimiento, coincidiendo todo ello con los primeros chispazos de la revolución de octubre, a cuyas jornadas asistió ya el Partido con un nuevo régimen de mandos.

Los jonsistas movilizan a los parados

Mientras se desarrollaban en el seno del movimiento las incidencias a que terminamos de referirnos, los jonsistas, que no agotaban su atención en seguir de cerca tales problemas, a pesar de su gran interés en ellos, se decidieron a impulsar la creación y desarrollo de Sindicatos, iniciando así la captación de los trabajadores para el Partido.

Esa tarea les corresponde por entero. Coincide, pues, con las semanas agitadas de agosto el momento en que la organización fascista inició, con éxito, la atracción de los obreros, mediante la creación de Sindicatos y la puesta en marcha de la Central Obrera Nacional-Sindicalista, filial del Partido.

A pesar de realizar los primeros trabajos en circunstancias difíciles y con poquísimos medios, los resultados fueron rápidos y fulminantes. A los quince días, los locales que el Partido había puesto a disposición de los Sindicatos eran insuficientes para contener a los trabajadores que llegaban. Estos llenaban todas las dependencias, los jardines y se acumulaban junto a las puertas de la calle. La cosa parecía milagro, pero el milagro no era otro que la actividad, el celo y la «técnica de agitación y organización» de los jonsistas.

A la vista del éxito, el Partido dedicó toda la atención posible a esos trabajos sindicales. Grupos de obreros nacional-sindicalistas, con la colaboración de los demás camaradas del Partido, iban a los barrios proletarios y repartían profusamente hojas de propaganda, invitando a todos los trabajadores a ingresar en estos Sindicatos y a abandonar la disciplina roja.

El propósito era arduo. Y más cuando culminaba la preparación revolucionaria marxista. El día 30 de agosto se produjo en Cuatro Caminos un choque violento entre los que distribuían hojas nacional-sindicalistas en esa glorieta, dirigidas a los parados, y un nutrido grupo de marxistas. Los dos bandos hicieron uso de las armas y resultó muerto uno de los dirigentes del partido comunista, Joaquín de Grado, que tomaba parte en la pelea.

Los jonsistas que dirigían los trabajos de organización sindical, decididos a obtener en el sector obrero una victoria resonante, que diese al Partido la base proletaria que necesitaba, urdieron, con audacia, un plan gigantesco de movilización de los parados.

A costa de un trabajo intensísimo, hicieron una especie de censo de todas las obras y talleres. Después de un examen técnico de las características de cada uno, procedieron a asignarles un número mayor o menor de parados, teniendo en cuenta las jerarquías profesionales.

A la vez, por todo Madrid circularon gran número de hojas y llamamientos a cuantos se encontrasen en paro forzoso, ofreciéndoles trabajo, e invitándoles para ello a inscribirse en los Sindicatos nacional-sindicalistas de la Falange de las J.O.N.S.

Los trabajadores acudieron a los locales del Partido y de los Sindicatos, en la calle del Marqués de Riscal, en número extraordinario. La Dirección de Seguridad se vio obligada a montar un servicio de orden. La calle estaba casi totalmente llena de obreros, que impedían o dificultaban la circulación.

Tal espectáculo dejó extrañado a todo Madrid, expectantes a las autoridades y atónitas a las directivas de las Centrales sindicales rojas. Nadie se explicaba qué resorte, qué varita mágica habían tocado los fascistas para que, en menos de una semana, más de 30.000 obreros acudiesen con rapidez y diligencia a sus organizaciones.

Para el día 3 de septiembre se organizó la primera irrupción de los parados en las obras. Fueron distribuidos unos diez mil volantes a otros tantos obreros de la construcción para que ese día, lunes, a las ocho de la mañana, se presentasen a trabajar en el lugar que indicaba el propio volante.

---

deslucido muchísimo su intervención en las tareas directivas. Pero posee, en cambio, gran agilidad para extraer de los hechos del día las consignas que corresponden, virtud que es imprescindible para el ejercicio del mando en una organización política. Muchas veces, en el seno del Triunvirato parece que era Ruiz de Alda quien con más rapidez y justeza señalaba lo que convenía hacer, y por que razones.

[11] Ramiro Ledesma, antiguo fundador de las J.O.N.S. y su jefe hasta la unificación con Falange, era quien representaba en el Triunvirato y en el Partido el esfuerzo por hacer derivar el movimiento hacia un patriotismo social, hacia un nacionalismo revolucionario. Esa característica, incorporada por Ramiro Ledesma, era de hecho la consigna más fecunda del movimiento, y gracias a ella podía tanto independizarse de las limitaciones derechistas como interpretar la angustia verdadera de anchas masas populares. Era la aparición, por primera vez en España, de un patriotismo directo, popular y, si se quiere, subversivo contra la poquedad presente de la Patria. La presencia de Ramiro Ledesma dio decisivamente a la organización su dimensión social, su perfil nacional-sindicalista. Ledesma puede gloriarse de ello. La causa de que, mientras perteneció al Triunvirato, mostrase gran afecto personal a Primo de Rivera, provenía de que éste, contrariando quizá tendencias de una formación en algún aspecto conservadora y reaccionaria, aceptaba cada día con más firmeza la ruta social y antiderechista del movimiento.

No hubo obra en Madrid, grande o chica, donde ese día no se presentasen a trabajar los parados nacional-sindicalistas. Se produjeron incidentes en gran número. En varios sitios fueron recibidos a tiros por los demás trabajadores, no por considerarles enemigos políticos o sociales como pudiera creerse, sino en nombre de un concepto de rivalidad profesional, defendiendo su propio trabajo.

No pudo continuarse la operación en días sucesivos, aun estando preparada también la movilización de otros gremios. Las autoridades lo impidieron, clausurando locales y defendiendo las obras y talleres contra la presencia violenta de los trabajadores parados.

Pero fue aquélla una magnífica jornada revolucionaria para el nacionalsindicalismo, y de la que salió con verdadero prestigio entre los trabajadores. Estos pudieron advertir que la organización fascista no era una frivolidad, una flor de artificio y engaño, nacida al calor de los patronos, sino una bandera social noble, que señalaba a los trabajadores un camino de lucha, ayudándoles y orientándoles en su batalla diaria por el Pan y la Justicia.

A mediados de septiembre, tras la agitación de los parados y de los esfuerzos para la puesta en marcha de los Sindicatos del Partido, disponían éstos de unos 15.000 trabajadores. Victoria tal, arrancada a las filas sindicales rojas en quince días, era inaudita en campos de signo antimarxista.

Dos atentados gravísimos en San Sebastián

El día 9 de septiembre fue gravísimamente herido a tiros en San Sebastián uno de los dirigentes fascistas de esta ciudad, Carrión, muriendo a las pocas horas. Hay que advertir que la sección de San Sebastián no había sostenido lucha alguna violenta, ni tenía apenas importancia. A más de eso, Carrión, dueño y gerente de un hotel, era un hombre de carácter bondadoso y pacífico. No fue por eso tarea fácil explicar el atentado ni sus móviles.

Pero hubo una segunda parte. A la media hora escasa de morir Carrión, caía, también a tiros, en una calle de San Sebastián el famoso agitador revolucionario y ex director de Seguridad Andrés Casaux. Este era conocidísimo; uno de los pocos hombres de acción y de temple que alumbró el movimiento republicano. La noticia de su muerte conmovió a todo el izquierdismo, sobre todo a los urdidores de la insurrección de octubre, en cuyas jornadas, de no ser asesinado, hubiera, sin duda, Andrés Casaux reverdecido sus laureles de revolucionario. Eran notorias sus actividades y nadie dudaba en adscribirle una participación destacadísima en los preparativos más delicados de la insurrección.

El Socialista, comentando su muerte, insinuaba los grandes servicios de que le era deudor el partido socialista. Servicios —decía— de cuya calidad y magnitud no había entonces por qué hablar. Y que día oportuno llegaría para poder hacerlos públicos.

Nada más sencillo —ni más falso— que ligar los dos asesinatos, en el sentido de atribuir el de Casaux a una venganza de los fascistas. Eso fue lo que creyeron muchos, y lo que creyeron también, o aparentaron creer, las autoridades. Es, sin embargo, posible que los dos sucesos tengan entre sí relación, pero una muy distinta a esa que se le atribuyó entonces.

De todos modos, la muerte de Casaux parece ofrecer poquísimos misterios. Tuvo lugar veinticinco días antes de que dieran comienzo las jornadas insurreccionales. Y no era precisamente la organización fascista —aunque sí hubiera debido serlo— la encargada de desnucar la revolución de octubre. A ello se dedicaban con afán gentes más o menos localizables y visibles. Y también, como es lógico, el Gobierno, el Ministerio de la Gobernación.

Una campaña folletinesca de MUNDO OBRERO. El ex legionario Calero

En la última quincena de septiembre, y, sin duda, como ingrediente de agitación para el golpe revolucionario, comenzó *Mundo Obrero*, el órgano de los comunistas, a publicar unas informaciones espectaculares, acerca de la organización interior y de los propósitos del fascismo. Diariamente, más de dos semanas, con el título general de «Falange Española de las J.O.N.S. organización del crimen al servicio del capitalismo», publicó unos relatos fantásticos, folletinescos, denunciando una serie de crímenes «en proyecto» y «sacando a la luz» las «tenebrosidades» de los grupos armados, así como las peripecias y vida anecdótica del Partido.

Era todo, desde luego, pura fantasía; pero ciertos detalles que se referían a eso que hemos llamado «vida anecdótica», la publicación de facsímiles de circulares y de otros documentos, la exactitud de algunos datos sobre las dificultades internas que entonces culminaban, etcétera, revelaban que el autor de aquellas truculencias era algún afiliado en funciones de espionaje, o alguien que recibía de éste las informaciones necesarias para ello.

Se supo, al fin, que su autor, o por lo menos quien hacía la primera redacción, luego quizá modificada injertándole aquí y allí fraseología marxista, era, en efecto un militante: Calero. Trabajaba en las tareas burocráticas de los Sindicatos, pudiendo de ese modo comer malamente algún que otro día. Era un tipo

pintoresco, muy conocido en todos los sectores políticos que hayan tenido representación en la Cárcel Modelo de Madrid.

Calero es aquel legionario de Africa, del que muchos recordarán, que mató a la novia y se dedicó luego en la cárcel a hacer literatura y amistades con los políticos de todos los colores, desde el equipo republicano de diciembre del 30 hasta los monárquicos del 10 de agosto. Después estuvo en el Dueso, mostrándose muy orgulloso de haber sido allí medio secretario del general Sanjurjo. Pero sus relaciones más continuadas lo fueron, claro, con los extremistas sociales, porque eran también más permanentes como compañeros en la cárcel.

Cuando lo pusieron en libertad, comprendido en un indulto, apareció un buen día por el local fascista, y allí, como era despejado, sabía escribir a máquina y se conformaba con poco, le permitieron colaborar en los trabajos sindicales del Partido.

Calero era, en el fondo, un semiloco, con dos manías u obsesiones. Una, de carácter erótico, que le hacía creerse un don Juan irresistible. Otra, literaria, de grafómano o escribidor. Los comunistas explotaron esas dos manías al inducirle a la traición. Se valieron para tal empresa de una militante roja, Carmen Meana, empleada en el Metro, que había estado en Rusia. El pobre Calero, tan galante, cedió, al parecer, a los requerimientos de su soviética amiga, no sin que también influyera en su determinación de escribir las informaciones de *Mundo Obrero* su otra obsesión, la de grafómano.

Al sentirse descubierto, Calero huyó de Madrid. Nadie sabe si de miedo, de vergüenza o por qué otra causa. A las pocas semanas, apareció muerto en Barcelona. No fue posible a la Policía explicarse el crimen. Como era conocida su presunción donjuanesca y se le encontraron cinco o seis fotos de mujeres en la cartera, atribuyeron el hecho a alguna venganza de orden amoroso. También Calero había actuado en los medios de la F.A.I., haciéndose pesquisas en esa dirección. ¡Cualquiera sabe!

7. Octubre y después de octubre

Nombramiento de jefe nacional | El Partido se manifiesta en las calles contra la insurrección marxista y contra el separatismo rebelde | La lógica obligada | Ambiente enrarecido. Expectación ante posibles sucesos político-militares | Oportunidad y posibilidad de Falange de las J.O.N.S. para una acción armada | La actitud del Gobierno | Un viaje a Asturias | Imperativos de una batalla en el orden sindical | De las filas marxistas al nacional-sindicalismo | Redacción de una hoja programática. Los veintisiete puntos | Impotencia y debilidad | Agonía irremediable. Una reunión de la Junta política | La escisión de los jonsistas

Nombramiento de jefe nacional

La insurrección marxista y separatista de octubre sorprendió al Partido en plena tramitación de su pleito interno. Después de las dificultades de que hemos hecho mención, convinieron los líderes dar paso a la jefatura única, facilitar las aspiraciones de Primo de Rivera, eliminando así de un plumazo rápido la vida anormal del movimiento. Ansaldo fue expulsado de la organización, y los militantes que apetecían, del modo que fuera, un jefe, pudieron ver realizadas sus ilusiones. Otros, en cambio, asistían con todo género de reservas a la designación que, no obstante, aceptaron dispuestos a la colaboración más leal y sincera.

En septiembre el Triunvirato quedó en suspenso como organismo supremo de la Falange, por acuerdo de sus componentes, que transfirieron toda su autoridad a Primo de Rivera para que convocase un Consejo nacional. Primo nombró los consejeros, hizo nuevos Estatutos y dictó asimismo el reglamento para las sesiones del Consejo. Las tareas concretas de éste eran: Aprobación de los Estatutos, nombramiento de jefe nacional y elaboración de unas bases programáticas.

El Consejo estaba convocado para los días 5, 6 y 7 de octubre. Coincidió, pues, totalmente con la revolución socialista y con la rebeldía de Companys. En vista de los sucesos, y que los primeros tiros marcaban las horas de la primera sesión, el Consejo aprobó rápidamente los Estatutos y con el mismo apremio nombró a Primo de Rivera jefe nacional. En cuanto al programa, acordó que lo redactase la Junta política, organismo nuevo, de tipo consultivo, que los Estatutos recién aprobados creaban como alto auxiliar de la Jefatura.

Ya tenía, por tanto, la organización fascista un jefe. Ya no podrían achacarse al mando plural de los triunviros los motivos de confusión, lentitud o ineficacia en los mandos. Además, España ofrecía una coyuntura formidable para prestigiar, robustecer y alentar la ruta de un caudillo. Ocasión mejor, ni soñada. El miedo de unos, la desilusión de otros y la audacia y la inteligencia de una minoría podían ser tres factores que, manejados por la intuición genial de un jefe verdadero, proporcionasen éxitos sorprendentes y rápidos. Era de nuevo la hora fascista, el momento histórico de Falange Española de las J.O.N.S. Pues si antes, en los meses de la tramitación de la revolución socialista, no quiso o no pudo aprovechar otra ocasión análoga para su triunfo, ahora, después del golpe rojo, una segunda demostración de impotencia sería quizá la muerte definitiva del Partido, su probable hundimiento histórico.

Primo de Rivera inauguraba su jefatura con un escenario espléndido. Dentro, el Partido acalló toda disensión y se puso a sus órdenes con la más rigurosa disciplina, lo que era desde luego obligado, tanto por las circunstancias como por el buen sentido. Fuera, España desarrollaba jornadas históricas, henchía su vientre para que fuesen posibles los partos fructuosos. No había más que pedir.

El Partido se manifiesta en las calles contra la insurrección marxista y contra el separatismo rebelde

En la mañana del domingo día 7, al recibirse las primeras noticias del rendimiento de Companys, tuvo el Partido ocasión de hacerse visible en las calles. De madrugada se había desmovilizado a las escuadras, pues debido a la insurrección de la Generalidad y al temor de un incremento de la rebeldía en Madrid, se habían mantenido en vela toda la noche, cosa que venía ocurriendo ya tres días. Ese era el motivo de que hubiese relativamente pocos afiliados en el local central cuando se dio la orden de organizar una manifestación jubilosa por el triunfo del Ejercito contra los separatistas.

A toda prisa se adquirió una bandera tricolor, y las pocas docenas de camaradas que había en el local, convertidos en enlaces, salieron en busca de sus compañeros. A las doce en punto se puso en marcha la manifestación, iniciada desde los locales del Partido con unos quinientos militantes. La ruta era Castellana-Recoletos-Alcalá y Puerta del Sol. La bandera la llevaba un directivo de Barcelona, Roberto Bassas, llegado a Madrid para asistir al Consejo nacional. A la cabeza iba Primo de Rivera, acompañado de Ruiz de Alda, Ledesma y el teniente coronel Rada, que había sido nombrado recientemente jefe de las milicias del Partido.

La manifestación fue un éxito indiscutible. Lo prueba el hecho de que la iniciasen 500 en los locales del Partido y llegaran unos veinte mil a la Puerta del Sol. Fue también un éxito de oportunidad y de entereza. Pues el día 7 la subversión marxista no estaba sino apenas iniciada, y una manifestación numerosa en las calles constituía un blanco fácil para cualquier agresión armada por parte de los grupos rojos, con vistas a sembrar el pánico y el terror en las gentes.

En la Puerta del Sol, subido a unos andamiajes de las obras del Metro, frente al ministerio de la Gobernación, pronunció Primo de Rivera unas palabras. La plaza estaba llena de una muchedumbre anhelosa y en los balcones del edificio oficial había varios ministros. Era el momento de un discurso certero y preñado de futuro histórico. Que fuese, a la vez que remate y consecuencia de la manifestación efectuada, consigna para aquellas masas y aviso implacable para aquel equipo ministerial. Primo se limitó a recordar que aquella fecha, 7 de octubre, era la fecha de Lepanto, e invitó al Gobierno a hacerse cargo de la magnífica coyuntura histórica que se le venía a las manos. Las palabras de Primo de Rivera fueron inexpertas, ingenuas y candorosas. Después de tres días agitadísimos, y frente a la inopinada responsabilidad personal de aquellos minutos, es quizá comprensible que no intuyese con exactitud el signo conveniente.

La lógica obligada

Pues es cierto que el Gobierno Lerroux-Gil Robles necesitaba asistencia en aquellos días, en que se vio agredido por la insurrección marxista. Y que había que proporcionárselas y ofrecérselas con pocas condiciones. Pero esa lógica, que en forma tan sencilla corresponde a una agrupación de las llamadas conservadoras, a un espíritu preocupado tan sólo por el orden del momento, tiene que ser superada por la lógica de un revolucionario nacional, es decir, por la lógica de un fascista. Este no podía limitarse a colaborar en la acción defensiva o represiva de un Gobierno demoburgués como el de Lerroux, sin plantearse con la misma intensidad, con el mismo apremio, el problema de su estrategia contra esa misma situación victoriosa.

Interpretar esa lógica hasta sus últimas consecuencias es algo que no debió perderse de vista por el mando de la Falange de las J.O.N.S., ni un solo minuto, durante todo el mes de octubre.

Desencadenada la insurrección socialista, un movimiento como Falange debió plantearse con toda audacia el problema de la toma del Poder, y la lucha, a fondo, contra el Gobierno demoburgués de Lerroux.

Ambiente enrarecido. Expectación ante posibles sucesos político-militares

Es sabido que la victoria de octubre, en cuanto supuso lucha armada contra la ofensiva de los revolucionarios, corresponde por entero a las tropas y a la fuerza pública. Tanto el episodio de la toma de la Generalidad en Barcelona como los combates de Asturias, revelaron la presencia en las zonas más jóvenes del Ejército de un espíritu eficaz, sensible a la emoción nacional española y dispuesto a servirla de un modo abnegado.

A través de todo el mes de octubre, es decir, aun después de vencida la revolución, la atmósfera española estuvo sobrecargada de espíritu subversivo. Y con esto aludimos, naturalmente, no a las zonas revolucionarias, sino a las zonas restantes del país.

Mucho se conspiró en España desde las veinticuatro horas siguientes a la derrota del marxismo. Lo extraño hubiera sido que no se conspirase. Había corrido la sangre de los soldados y de la fuerza pública. Se había batido, asimismo, un sector numeroso de los proletarios, con inequívoca capacidad para la lucha heroica y abnegada. Los únicos que realmente no significaban nada en la contienda eran los grupos ministeriales, el sistema a que permanecían adscritos y las grandes cimas del régimen. ¡Qué extraño es, repetimos, que pensasen muchos en la necesidad de conquistar el Estado y de gobernar a España como era notorio no podían gobernarla aquellas gentes!

No nos corresponde hacer aquí consideraciones amplias sobre la coyuntura de octubre. Sólo en cuanto podamos relacionarlas con la ruta del fascismo, tema único de estas páginas. Pero sí podemos aludir a la actividad desplegada en ciertos medios para dar a tal coyuntura una salida militar. La danza de generales fue permanente durante unos días en la imaginación de todos los españoles. Lerroux se vio obligado a declarar ante los periodistas que sería disparatada y traidora cualesquiera tentativa de sublevación. Y bien conocida es la frase de otro personaje altísimo, que al recibir noticias de inminentes sucesos de orden militar, contestó a los que se las daban: «También tengo yo mis generales.» No cabía más tirantez, ni tampoco más sintomática idea de cómo la situación era de veras insostenible.

Las gentes eran bien certeras al señalar durante aquellos días con el dedo a una determinada figura militar, como más fácilmente vinculada a la solución directa del pleito. Ese militar mantenía una relación estrecha con Gil Robles, jefe de la C.E.D.A., organización, como se sabe, dotada del menor espíritu posible para tareas de violencia. Es también sabido que la C.E.D.A., como su jefe y los inspiradores de su jefe, constituyen en España las fuerzas políticas más íntima y directamente relacionadas con la diplomacia vaticanista de Roma. No yerra mucho quien sospeche que corresponde a la Iglesia católica, mediante su diplomacia y sus órganos de acción y

de influencia, el error o el acierto de que después de la insurrección marxista y separatista, no se produjesen sucesos políticomilitares en España.

Oportunidad y posibilidad de Falange de las J.O.N.S. para una acción armada

En presencia de los sucesos de octubre, la organización fascista era la única fuerza que estaba en condiciones de hacer de ellos la interpretación histórica más fértil. Falange de las J.O.N.S. no debió poner ni un minuto su confianza en el Gobierno Lerroux, y considerarlo, una vez vencida la insurrección, como su peor enemigo. Tal y como fue vencida la revolución socialista, podía asegurarse, sin riesgo, que ello no suponía la destrucción verdadera del marxismo.

El marxismo no puede ser vencido y destruido radicalmente si no por quien disponga de una angustia social, con que sustituirlo en el alma y en la esperanza de las masas.

En cambio, de una represión antimarxista ordenada y dirigida por un Gobierno demoburgués, como el de Lerroux-Gil Robles, no cabía esperar sino un mayor o menor retraso en la recuperación, y aun superación, de su antigua fuerza.

Pero hubo un momento en que el pueblo español, las grandes masas, estaban propicias a aceptar, como consecuencia lógica de los sucesos de octubre, el aplastamiento del marxismo, y grandes sectores de la clase trabajadora se encontraban asimismo dispuestos a desvincularse de sus organizaciones, abriendo su atención a nortes sociales diferentes.

En esa hora, los generales conspiraban y la base más joven del Ejército vivía en una permanente espera de *hechos* a que sumar su entusiasmo. No se olvide que las jornadas revolucionarias de octubre tuvieron, junto a la dimensión social de Asturias, los episodios antinacionales de Cataluña, la lucha del Ejército contra las partidas de facciosos que pretendían destruir la unidad de España. Este doble aspecto contribuía entonces a que fuese más fácil y sencillo encontrar cooperaciones para la acción salvadora que se requería.

En virtud de requerimientos o por propia iniciativa, Primo dio unos pasos en la atmósfera conspiratoria. No muchos. Pues Primo era escéptico y —lo que no es frecuente ni normal en los jefes— subestimaba entonces la fuerza y la misión de su propio Partido. No le cabía en la cabeza que Falange tuviese o debiera tener en aquella hora de España una intervención decisiva, subestimando con exceso, repetimos, su relieve y sus efectivos.

Claro que, de penetrar en las zonas acotadas del Ejército, la misión que correspondía a la organización fascista no podía consistir, naturalmente, en unirse al séquito de un general cualquiera, jugando el futuro del Partido y de la Patria a la probabilidad de que ese general dispusiera o no de capacidad y de talento. Ni mucho menos. En las reuniones de la Junta política, organismo, no se olvide, de carácter consultivo, Ledesma insistía en que, de lanzarse a la lucha contra el Gobierno, de acuerdo con elementos militares, ello debería hacerse tan sólo arrastrando a las posiciones y a las consignas del Partido al sector de la oficialidad que se mostrase políticamente más intrépida, audaz y decidida. El deber de Falange consistía en dirigir y absorber la capacidad insurreccional de esos elementos, uniéndolos a sus propios grupos para organizar la toma violenta del Poder.

En ese propósito, en su cumplimiento, correspondía entonces al Partido desplegar la actividad máxima, e incluso arrostrar también todos los riesgos, hasta los más graves.

Afirmo sin vacilar que en las primeras semanas de noviembre estaba dentro de las posibilidades reales de la organización el haber promovido eficazmente una acción armada. Influía lo necesario en un grupo de mandos jóvenes del Ejército, propicios a la insurrección, y además contaba con sus escuadras, con los grupos militarizados del Partido, que sin ser desde luego de gran volumen numérico, alcanzaban la importancia combativa que se requería. En cuanto a la oportunidad del momento y a su necesidad para la Patria, no es preciso hablar.

Primo de Rivera no lo vio así ni quiso verlo así. Quizá porque vaciló en comprometer la vida de la organización en un propósito tan grave, al mes escaso de tener en sus manos la jefatura del movimiento. Hay que suponer que influiría también en su resistencia el hecho que antes mencionamos, no por absurdo menos real y verdadero: que Primo subestimaba el relieve del Partido, considerando utopía pura el que éste pudiese aspirar, tan pronto, a la dirección del Estado. No tenía, pues, la menor confianza en el éxito de una acción decretada y dirigida, en aquella hora, por el Partido.

Ahora bien, las ocasiones históricas pasan junto a nosotros, no con arreglo al horario de nuestras preferencias, sino obedeciendo leyes y motivos que, generalmente, le son extraños. Napoleón no desencadenó la Revolución francesa, pero obtuvo de ella y extrajo de ella su imperio personal y el imperio de Francia sobre casi toda Europa. Si en 1799 se hubiese creído excesivamente joven para aspirar a la dignidad de Primer Cónsul, rechazando la coyuntura en espera de una edad más grave, en vez de un genio de la historia hubiera resultado un mentecato.

Además, aunque en octubre o noviembre el éxito no era ni podía ser seguro, no por ello había razón para cerrar los ojos ante el imperativo insurreccional. Las organizaciones combativas se hacen, desarrollan y prestigian en los combates. Un fracaso de Falange Española de las J.O.N.S. en noviembre de 1934,

desencadenando una acción violenta, habría dado con sus dirigentes en la cárcel, habría desarticulado momentáneamente sus organizaciones; pero junto a todo eso le habría también conseguido fuerza moral y prestigio entre las grandes masas españolas. La habría incrustado, en fin, en el porvenir seguro de la Patria, con una ejecutoria de luchas, de sacrificios y de afán heroico por la victoria. ¿Qué ha conseguido, si no, manteniéndose en la legalidad y renunciando a aquellas acciones decisivas?

La actitud del Gobierno

El desarrollo de la política radical-cedista proporcionaba, además, cada día nuevos motivos para insistir en una línea de lucha y de oposición implacable. El indulto escandaloso del traidor Pérez Farras, a la vez que la represión silenciosa en Asturias era durísima. El nombramiento de Portela Valladares para el cargo de gobernador general de Cataluña, siendo uno de los políticos cuya labor en su región gallega había consistido en trasplantar el mismo problema autonómico que condujo, en Cataluña, a los sucesos de octubre, etc., etc.

Junto a eso, añádase que en cuanto fue vencida la revolución y desapareció del horizonte toda sospecha de que se encenderían rescoldos subversivos, el Gobierno arremetió contra F.E. de las J.O.N.S., suspendiendo su Prensa, cerrando sus locales, etc., como si en realidad hubiese sido la ejecutora directa de la subversión a medias con el marxismo.

Un viaje a Asturias

A primeros de noviembre hizo Primo un viaje a Asturias, acompañado de Ruiz de Alda. Este quedó luego allí, tanto para orientar la propaganda del Partido en las semanas de la post-revolución, como para asistir de cerca al desarrollo de las incidencias políticas que eran de prever en las tropas.

Primo pronunció algunos discursos, y desde luego no logró interesar suficientemente a la población, a pesar de que anchos sectores de ella esperaban su viaje con ilusionada simpatía. Es posible que los asturianos no estuviesen todavía repuestos de la tragedia, ni todavía en condiciones de oír y comprender discursos políticos.

Imperativos de una batalla en el orden sindical

Una vez que la oportunidad insurreccional pasó y que el Gobierno normalizó, puede decirse, sus resortes oficiales, el Partido no tenía más que un camino para extraer de la revolución de octubre consecuencias positivas: la captación de los trabajadores. Fue la hora de vigorizar los Sindicatos —tan oportunamente creados, como vimos, dos meses antes—, la hora de una lucha a fondo, en el terreno sindical, contra el marxismo.

Todos saben con qué angustia y con qué preocupación los dirigentes políticos y sindicales del partido socialista y de la U. G. T. creían, durante las semanas posteriores a octubre, que los cuadros de sus Sindicatos iban a ser materialmente trasplantados a las organizaciones de F.E. de las J.O.N.S. Creían de veras en una fuga arrolladora de las masas, provocada de modo inevitable si el fascismo ponía las redes de una táctica sindical inteligente. Pues recordaba la movilización de los parados, hecha en septiembre por los jonsistas, y en la que éstos demostraron gran capacidad para la agitación y la organización de los trabajadores.

Estos temores de los marxistas fueron, por desgracia, infundados. Los obreros permanecieron fieles a sus antiguas organizaciones o se retrajeron de ellas, pero no pasaron a nutrir los cuadros de los Sindicatos nacional-sindicalistas, afectos al fascismo.

Ese fracaso tenía un origen de orden político más que sindical. Evidentemente, los Sindicatos de carácter fascista no tienen por qué basarse en un riguroso sentido profesional, apolítico. Todo lo contrario. Pues les informa en el fondo un sentido de pelea y de rivalidad contra el marxismo, precisamente en lo que éste tiene de tendencia política bien marcada y clara. Sólo un partido fascista vigoroso puede dar vida a unos Sindicatos fascistas que estén asimismo dotados de vigor. Si el Partido vacila y no desarrolla una línea política eficaz y briosa, sus Sindicatos siguen igual suerte.

Y ya hemos dicho que, después de octubre, F.E. de las J.O.N.S. no demostró la decisión necesaria ni encontró su verdadero camino. Es decir, ni se decidió a la insurrección; ni luego, pasada la oportunidad de ella, pudo encontrar el secreto de las masas españolas. De hecho, hubo en el Partido una incomprensible debilidad y falta de visión para la única consigna que entonces era justa y podía tener éxito: la de hostigar y hostilizar al Gobierno Lerroux-Ceda.

Pues la desilusión y la desconfianza con que el país asistía a los modos, tanto por exceso como por defecto, con que el Gobierno desarrollaba la represión y orientaba la política liquidadora de los sucesos, era de tal magnitud que la estrategia más cándida exigía utilizarla como plataforma. Además, y ello es lógico, las masas populares tenían tal odio y repugnancia al equipo lerrouxista que cualesquiera acción iniciada con talento y brío contra él encontraba fuerte resonancia y simpatía entre los trabajadores.

Falange de las J.O.N.S. debió recoger y aprovechar esa situación de ánimo de las masas, sabiendo que la hostilidad contra el Gobierno radical-cedista, dijese lo que dijese el sector más ruin, bobo y cobarde de la burguesía nacional, era lo que menos podía parecerse a un delito de lesa patria.

De las filas marxistas al nacional-sindicalismo

Es bien conocido el hecho. Tanto en Italia como en Alemania, la expansión fascista arrebataba con frecuencia al marxismo buen número de combatientes revolucionarios. Estos descubrían el sentido social verdadero y la emoción nacionalista, profundamente popular, del fascismo. En España, donde desde hace incontable número de años sólo el izquierdismo subversivo y las organizaciones rojas aparecían como las únicas preocupadas o informadas por una inquietud social justiciera, la idea nacional, el patriotismo revolucionario, estaba del todo inédito entre los trabajadores. Esa situación favorecía que cuando dispusiese de una bandera y de una organización eficaz y limpia, se produjesen vacilaciones en un sector más o menos restringido de las filas revolucionarias.

Las J.O.N.S., en su primera época, anterior a la unificación con Falange, percibieron con optimismo cómo ese fenómeno era una esperanza real. Grupos de antiguos revolucionarios rojos se unieron a las tareas jonsistas. Todo el mundo en España asignaba al movimiento fascista como una de sus mejores perspectivas la posibilidad de nacionalizar un determinado sector obrero, desgajándolo de las organizaciones rojas. Esa tenía que ser, efectivamente, una de sus justificaciones. La forma en que nació Falange Española y su adscripción —en el sentir de las masas— a rutas de poquísima garantía popular, dificultó, por desgracia, esa meta espléndida.

La revolución de octubre era de suponer que actualizase de nuevo ese fenómeno. Tanto las enseñanzas que se podían deducir de los sucesos, como la claridad con que éstos hicieron que se dibujase en el horizonte politico-social, junto a la catástrofe marxista, la inanidad e hipocresía de las formas demoliberales, deberían producir en gran número de luchadores honrados una decisión favorable a la bandera nacional-sindicalista del fascismo.

Las esperanzas resultaron fallidas. Sólo grupos aislados procedentes del comunismo hicieron su aparición. Esto ocurrió en Sevilla, un poco en Asturias y también en la región gallega, tratándose, en general, de muy buenos militantes. Su presencia entusiasta, a pesar de la ruta impropia y tímida que cada día era más visible en el Partido, revela las enormes posibilidades que en esa dirección encontraría una auténtica actitud nacional-sindicalista.

Redacción de una hoja programática. Los veintisiete puntos

En octubre de 1934 no había publicado aún el Partido ningún documento de propaganda en el que se reflejasen sus aspiraciones programáticas centrales. Era, evidentemente, útil redactar, en estilo directo y accesible a la comprensión de las grandes masas, una hoja de ese carácter.

Realizar ese propósito a fines de octubre era oportuno y no lo era. Lo primero, si se hacía con vistas a acelerar la propaganda del momento, la coyuntura de la post-revolución. Lo segundo, si, como tenía que ocurrir, la hoja aspiraba a una validez más amplia, para todo el futuro de la organización, pues ello suponía desvincularse de la hora especial de España y de sus problemas inmediatos.

La hoja-programa fue elaborada por la Junta política en la primera decena de noviembre. Contiene 27 puntos, considerados desde entonces por los militantes como su evangelio político. Hizo su primera redacción Ramiro Ledesma, que presidía aquel organismo, y modificada luego por Primo de Rivera en el sentido de hacer más abstractas las expresiones y de dulcificar, desradicalizar, algunos de los puntos.

La hoja quedó así un tanto desvaída, llena de preocupaciones académicas, menos apta para interesar a las grandes muchedumbres de la ciudad y del campo.

Giménez Caballero, que, como miembro de la Junta política, asistía a las reuniones preparatorias para la redacción de ese documento, protestaba con viveza de la inoportunidad de dedicarle jornadas interminables. Su gran sentido de la realidad —a pesar de tratarse de un escritor, de un teórico— le hacía percibir el absurdo de que horas tan gravísimas e históricamente decisivas para España como aquéllas las pasasen los organismos superiores del Partido discutiendo cómo serían las corporaciones, qué características le corresponderían, cómo abordaría el Estado nacional-sindicalista el problema de la enseñanza, etc.

Ello era, en efecto, desconsolador, porque constituía la más palpable muestra de estar desconectados y a tremenda lejanía de la realidad nacional de España, de sus inquietudes presentes y de sus afanes. Ello era también la prueba de que renunciaba a intervenir, con éxito o con desgracia, en las posibles luchas de aquellos días y a desvincularse radicalmente de ellas.

Impotencia y debilidad

A los cuatro meses de la revolución de octubre, y también de la jefatura única de Primo de Rivera, el Partido se encontraba en una situación de impotencia y de debilidad que equivalía, francamente, a su inexistencia. Y ello, como hemos visto, después de la ocasión histórica más fecunda que podía soñarse.

Ninguno de los resultados lógicos que era lícito esperar después de los hechos de octubre fue alcanzado. Disminuyó la recluta de nuevos militantes. Disminuyó el censo de los Sindicatos. Disminuyó, en fin, la proyección del movimiento sobre la vida política del país, sobre la realidad política de la calle.

Algunos sectores, procedentes de la derecha, fueron dándose de baja día a día, para ingresar en el Bloque nacional, entidad reaccionaria que creó por entonces Calvo Sotelo. Al frente de ellos, Eliseda, el único diputado que con Primo mantenía en el Parlamento filiación fascista.

Idéntica actitud, en lo que afecta a desentenderse del movimiento, iban adoptando otros grupos, que se marchaban a sus casas o, desilusionados de su fe nacional, buscaban de nuevo contacto con el extremismo rojo.

La descomposición interna iba creciendo, asimismo, de modo angustioso. Nada resultaba posible. Ni Prensa ni trabajo alguno de ninguna índole. Además, como el Partido no había logrado constituir una organización adecuada para la acción y la propaganda ilegal, únicas posibles en aquellos meses de silencio obligado por el rigor del estado de guerra, la inacción absoluta enmohecía y desmoralizaba hasta a los elementos más entusiastas y más firmes.

Primo de Rivera tardó más semanas de las debidas en darse cuenta. Sería quizá injusticia atribuirle toda la responsabilidad por la situación lamentable a que había llegado el Partido, precisamente en la etapa de su mando único y supremo. Pero no es, desde luego, injusto atribuirle una gran parte. En las páginas anteriores ya aparecen dibujados sus errores en cuanto a la acción y la política desarrollada, con motivo de los sucesos de octubre. Hay otros, de calidad distinta, que influyeron, asimismo, en el decaimiento del Partido, sobre todo en su laxitud interna.

No se olvide que los estatutos adoptados, al hacerse cargo de la jefatura Primo de Rivera, ponían en sus manos todos los poderes de un modo absoluto. Podemos afirmar que no existe partido ni organización alguna en el mundo que posea unos estatutos tan rígidos y que concedan tantas atribuciones al jefe como los de Falange en la época a que aludimos, todavía, al parecer, vigentes.

Pues bien, el jefe que acepta —e incluso impone, puesto que fueron redactados por él y para él— unos estatutos así, parece lógico que asuma toda la responsabilidad, porque los otros miembros u organismos carecían de atribuciones para señalar las rutas diarias del Partido, limitándose, hasta los más altos, como la Junta política, a una significación meramente consultiva.

Ello se complicaba con otra característica de Primo de Rivera: la de una desconfianza, casi enfermiza, hacia sus colaboradores, sobre todo a los que aparecían algo destacados en la organización. Esa desconfianza era propia de su carácter, de su temperamento, pero también, en gran porción, era alimentada por un pequeño grupo, que, no de mala fe, sino por ineptitud y estrechez mental, aconsejaban sus precauciones.

Agonía irremediable. Una reunión de la Junta política

Parecía absurdo asistir con despreocupación a tal estado de cosas. La Falange de las J.O.N.S. marchaba a la deriva, retrocediendo terreno. Sin norte y sin plan, o con el único plan de permanecer, inactiva, en unos cuarteles de invierno interminables.

En tal situación se reunió la Junta política uno de los días finales de diciembre, con asistencia de Primo y de algunos miembros de provincias, entre ellos Onésimo Redondo. Fue una reunión simbólica. Se celebro por la tarde. En el salón hacía un frío enorme, pues el gran edificio de la calle del Marqués de Riscal, 16, llevaba varias semanas sin calefacción. Apenas iniciada la Junta, se hizo de noche, y hubo que encender dos velas, porque también aquella aristocrática mansión se encontraba sin luz eléctrica, cortada días antes por falta de pago a la Compañía. Era, además, uno de los días finales de año, y hasta esa agonía cronológica parecía flotar en la atmósfera de la sala.

Primo reconoció en esa reunión que la situación del Partido era angustiosa, que había entrado en un bache de gran profundidad y peligro. Todos manifestaron sus opiniones y mascullaron débilmente unos problemáticos remedios. Se advertía que la Junta misma, como organismo, estaba también en trance de asfixia. Sus componentes se mostraban allí: unos, con el entusiasmo perdido; otros, dispuestos a esperar con toda paciencia, y el resto, avizorando una posible salvación parcial de aquella impedimenta, que parecía ser el aparato oficial del Partido. Primo de Rivera, a no ser la confesión de gravedad y la leve insinuación de que abandonaría el puesto, no aclaró lo más mínimo el futuro ni propuso consigna alguna «para salir del bache».

La reunión, al objeto de que no adoptase fatalmente un signo cadavérico, derivó a temas alejados del tema central y único, que entonces tenía que ser el suyo. Se habló de esto, de aquello y de lo de más allá. Es decir, de

nada. Y a las ocho de la noche se le dio fin, incumplido por todos el deber de proporcionar una solución, aunque quizá con la atenuante de que ese deber era ya casi un hallazgo imposible.

La escisión de los jonsistas

La casualidad hizo que a la salida de la Junta tomasen el mismo rumbo tres de sus miembros: Ledesma, Onésimo Redondo y Sotomayor. Con este último iba, además, uno de los dirigentes sindicales, Mateo, antiguo comunista. Los cuatro se encaminaron al café Fuyma, en la Gran Vía. Y, naturalmente, lo que no se planteo en la Junta, lo fue allí con toda crudeza. Los reunidos eran, como se sabe, jonsistas, a excepción de Mateo, que había ingresado recientemente en el fascismo.

Todos coincidieron en que si no se hacía algo con rapidez para evitar la descomposición total del movimiento, ésta era inevitable. Sotomayor y Mateo informaron acerca de la situación lamentable de los Sindicatos, que en los últimos cuatro meses, en vez de acrecentar la captación de los trabajadores, se habían desnutrido, hasta el punto de que de los 15.000 obreros inscritos en septiembre no quedaban ni 2.000. Afirmaron, asimismo, que los motivos de la enclenquez sindical eran de origen político, procedían de la palidez política del Partido. Y dijeron más, y es que ellos dos venían ya desde hacía algunos días estudiando el medio de alzar la independencia de los Sindicatos, a cuyo efecto habían gestionado algunos medios económicos.

Predominaba entre los reunidos la creencia de que a ellos, como antiguos dirigentes de las J.O.N.S., les correspondía, a la vista de los escollos, declarar caducada su unificación con Falange, quedando libres para reverdecer de nuevo la gloriosa plataforma jonsista. Esa propuesta pareció excelente a Onésimo Redondo, quien afirmó que toda la sección de Valladolid la adoptaría como un solo hombre. Ramiro Ledesma opuso algunos reparos. Manifestó que, en vez de una actitud escisionista, él prefería, por su parte, dimitir todos sus cargos y quedar al margen de la organización, haciendo esto público mediante un manifiesto.

Ledesma creía irresoluble por vías normales la situación a que había llegado el Partido. Estimaba a Primo como víctima, en cierto modo, de los mismos estatutos por él elaborados, y cuya rigidez hacía casi imposible dar cara con eficacia a los problemas que implicaba la revigorización de la Falange jonsista. Esa creencia lo llevó a la escisión acordada con los demás, y que se hizo pública el 14 de enero.

Los propósitos de los escisionistas consistían en asfixiar toda supervivencia reaccionaria y dar a la organización bases nuevas, tanto de funcionamiento, a los efectos interiores, como de índole social-económica, a los efectos de la propaganda.

La escisión tuvo dos aspectos:

Uno, político, que representaban Ramiro Ledesma y los grupos jonsistas que se identificaron con su actitud, en vista de la experiencia de los últimos meses y de la desgraciada coyuntura del Partido al medio año escaso de octubre.

Otro, sindical, de indisciplina de los Sindicatos, que mantenían Sotomayor y Mateo. Este fue a Valencia a influir en aquella sección, y a la vuelta creyó más conveniente para él quedarse con Primo de Rivera, sustituyendo a su compañero en el cargo de dirigente sindical. José Antonio lo acogió con suma alegría, y hasta parece que lo distingue con su confianza, no queriendo saber, quizá, que fue uno de los más activos forjadores de la actitud escisionista de enero. Mateo hizo bien, por otro lado, en apartarse de la labor sindical de Sotomayor, individuo, al parecer, un tanto averiado.

* * *

A consecuencia de la escisión, se produjeron polémicas desagradables, y hasta cierto punto violentísimas, entre ambos grupos. Ledesma y sus camaradas redactaron un semanario, *La Patria libre*, donde justificaron cumplida y honradamente su actitud nacional-sindicalista. El falangismo personalista de los otros les hizo objeto de ataques, que bordeaban lo calumnioso, lo que puso más al descubierto las diferencias profundas que, realmente, existían entre los dos grupos.

En la publicación del semanario intervinieron con gran eficacia, a más de los dos excelentes camaradas jonsistas de Valladolid, Palma y Bedoya, el grupo que en Madrid seguía más de cerca las orientaciones de Ramiro Ledesma. La polémica trascendió con el mismo sentido violento a la Prensa diaria, mediante cartas e interviús en los periódicos. *El Heraldo* interviuvó a Ledesma. Y en *Informaciones* se publicó una conversación con Primo de Rivera, hecha precisamente por un periodista mercenario, ligado a las capas infrasociales de Madrid.

El Partido se dividió profundamente, y de hecho supuso la disgregación, tanto a un lado como a otro, de los mejores militantes que había en sus filas; es decir, de sus fundadores, de sus dirigentes y de quienes, a través de luchas difíciles, habían caminado con la bandera de la organización a cuestas.

8. La situación actual

Noviembre de 1935

Los acontecimientos escisionistas, a que terminamos de referirnos, estuvieron a punto de arrollar la plataforma política en que venía apoyándose Primo de Rivera, lo que hubiera implicado su retirada de la vida política, por lo menos en el sentido de ser una política interpretadora de «lo fascista».

Ahora bien, también obraron esos acontecimientos como un revulsivo, como una denuncia de errores, a los que dar cara, so pena de morir sacrificado a ellos. Primo de Rivera, con inteligencia, extrajo de ese revulsivo y de sus enseñanzas el aprendizaje debido. Eso le permitió reponerse, no sin vencer angustias y vacilaciones, y dar cara, con cierta audacia personal, a la nueva ruta que tenía delante. Para ello, hizo dos cosas. Una, reforzar su proyección personal sobre la organización que le quedaba. Otra, recoger y hacer suyos los propósitos mismos que esgrimían los elementos que se escisionaron.

Primo publicó un nuevo semanario, *Arriba*, y centuplicó su esfuerzo hasta reorganizar de nuevo los elementos de que disponía. INSISTIO, CON MÁS VIGOR QUE NUNCA, EN LAS CONSIGNAS PROPIAS DEL JONSISMO, HACIÉNDOSE INTÉRPRETE DE ELLAS Y SU MEJOR PROPAGADOR. En algunas intervenciones parlamentarias, y en otros discursos, acentuó su carácter antirreaccionario y juvenil. De ese modo logró, innegablemente, que sus grupos se moviesen en una órbita más fecunda que la indicada por él mismo otras veces.

Primo de Rivera ha tenido el acierto de seguir las consignas jonsistas, independizándose, por tanto, del espíritu derechista, que en España es por completo inoperante para toda empresa nacional profunda.

Resulta, pues, que Primo ha terminado por adoptar y aceptar casi todas las plataformas críticas que fueron la causa de que los jonsistas mantuviesen, desde las primeras horas siguientes a la unificación, toda una larga serie de batallas internas que culminaron en la actitud escisionista última. Primo, ahora, y de acuerdo con lo que aquéllos pedían, ha desplazado a los ineptos falangistas de primera hora y ha acentuado su consigna de un sindicalismo nacional.

La ruta actual de Falange encierra aún evidentes dificultades. Son, desde luego, dificultades propias de la misión que pretende desarrollar. No es nada seguro que esas dificultades puedan ser vencidas por Primo de Rivera. Le acechan mil peligros, entre ellos, el de caer en una organización de carácter sectarista, en una capilla político-literaria, a base de escritores epicénicos y pedantesco protocolo. Le acecha también el peligro de no resistir suficientemente la presión de los reaccionarios y de ser satélite de esas fuerzas [12]. Primo no debe olvidar que su victoria será tanto más propia en tanto menos apoye en las concepciones de los reaccionarios la idea nacional y social de su bandera, en tanto consiga mantener el contacto con las grandes zonas de españoles a la intemperie. Las clases medias de las ciudades y el campesinado pueden darle, junto al ingrediente de las juventudes universitarias, fuerzas sociales suficientemente vigorosas para una intervención fecunda en el presente nacional.

Nada pronosticamos, sin embargo. Las organizaciones que controla Primo de Rivera atraviesan aún etapas que no se prestan sino a augurios confusos. Y es asimismo notorio que él mismo deriva con facilidad a desviaciones que serían verdaderamente mortales para su futuro.

* * *

Ramiro Ledesma y sus amigos creen, con más firmeza cada día, que su escisión y rompimiento con Falange equivale de hecho para ellos a la liquidación definitiva de una concepción que les era preciso superar. Se están operando en España grandes transformaciones; ha habido ocasión, asimismo, de recibir grandes enseñanzas y llega, quizá, deprisa la hora oportuna para dar de nuevo, con otras perspectivas, la gran batalla nacional y social que España y los españoles necesitan.

Los grupos escisionados, una vez que no consiguieron el control total de la organización antigua, perdieron entre sí el contacto. Hoy están dispersos, en parte. Unos, en organizaciones obreras de la derecha. Otros, acampados muy cerca del marxismo, del que procedían. Pero la mayor parte espera de Ramiro Ledesma la consigna de reagrupación y el aldabonazo que les llame para la lucha nueva.

Realmente, estos elementos están, en muchos sentidos, alejados de las concepciones estrictamente «fascistas». Tanto sus nortes políticos como los de índole social-económica rebasan quizá la esfera de soluciones y aspiraciones del fascismo. Permanecen, desde luego, en la órbita nacional de servicio a la Patria

---

[12] Ya en un mitin reciente pedía la constitución, con las derechas, de un frente, que él llamaba patriótico. Mal camino de deslizamiento es ése. Por ahí no llevará la organización sino el fracaso, camino de aparenciales victorias parlamentaristas. Los reaccionarios harían de Primo un nuevo Albiñana, con su partida de la porra correspondiente, para salvaguardar su posición antipopular y regresiva. La tendencia de Primo a pactar con los cedistas es también, evidentemente, un error considerable.

española. Pretenden que la revolución nacional, vigorizadora, sobre todo, de la unidad de España, alcance un sentido social, que consista, incluso, en abordar el problema de la revocación del régimen capitalista. Ni por un momento aceptan la tesis reaccionaria de que la idea nacional, el patriotismo, tenga que estar ligado a un régimen de explotación de la gran mayoría del pueblo. Esa supuesta Patria de los reaccionarios no es la suya, y dispuestos están a raerla de la Historia.

Ledesma se ha trasladado a Barcelona, donde parece reanudará la publicación de *La Patria libre* y acentuará esa bandera que diseñamos. No pretenden ya, tanto él como sus camaradas, organizar, ni remotamente, el fascismo. Lo que en las viejas J.O.N.S. había de fascismo lo recoge hoy Primo de Rivera, sobre todo en sus propagandas últimas. Aquéllos entienden que su misión es otra.

Diríamos, para terminar, que a Ramiro Ledesma y a sus camaradas les viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la camisa negra de Mussolini.

ANEXOS

Movimiento español J.O.N.S.

(Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista) [13]

Qué son las J.O.N.S.

Los orígenes.— Fe política militante.— La maravilla y el orgullo de ser españoles.— Lo primero, la acción.— Buscamos haces, juntas.— Al servicio de una mística de juventud y de violencia.— Imperio y pan.— La glorificación de las masas.— ¡Viva España!

(El FASCIO se encuentra al nacer con el hecho gratísimo de que existe en España una organización de juventudes, las J.O.N.S., disciplinada en torno a ideales muy afines a los nuestros. Pondremos a disposición de estos grupos verdaderos fascios de jóvenes combatientes, una página de nuestra revista, desde la que lanzarán sus consignas, sus razones y sus gritos. Hoy, uno de los fundadores más destacados, Ramiro Ledesma Ramos, señala los orígenes, las rutas y las metas de las J.O.N.S.)

Sentido nacional

He aquí nuestra conversación con Ledesma Ramos:

—¿...?

—Localice usted el nacimiento y creación de las *Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista* en la hora misma en que suspendió su publicación *La Conquista del Estado*, víctima del rigor policiaco de Galarza, y tanto como eso, de la atmósfera de entontecimiento demoliberal que se respiraba en España —derecha, izquierda y centro— hasta hace unos meses. *La Conquista del Estado* desapareció hace ya año y medio; pero sus veintitrés números denunciaron antes que nadie toda la mentira, toda la ineficacia, toda la candidez y todo el peligro de desviación y hasta de traición nacional que representaban aquellos pobres principios decimonónicos de las jornadas abrileñas. Y no era eso oposición a la República, como tal. No. Pues ante nuestra vista estaba bien cercano el pobrísimo impulso y el fracaso terminante de la Monarquía. Era otra cosa: Teníamos sentido nacional español, ansia de servicios eficaces a la cultura y a la tierra que constituían nuestro ser de españoles; sabíamos quién era el enemigo —las organizaciones marxistas, poderosas y violentas—, y nos creíamos, por último, en posesión de las técnicas más precisas para debilitarlo.

—¿...?

—Y entonces, abrazados a una interpretación militante de nuestra fe política, dimos paso a las J.O.N.S., donde, repito, los grupos de jóvenes lectores que se habían adherido a la consigna de resurgimiento nacional propagada en nuestro periódico, colaboraron durante un año en una tarea silenciosa y resignada, con perfecta cohesión y disciplina. Nos sostenía un espíritu vigilante, seguros de que muy pronto el pueblo español sentiría la necesidad de defender a la desesperada su derecho a una Patria y a una cultura que él mismo había creado. Pues la presencia angustiosa de tres realidades, de tres amenazas, como son: los separatismos roedores de la Unidad, la ola marxista antinacional y bárbara operando en nuestro suelo; la ruina económica y el paro constituyen peligro suficiente para que la gran mayoría de los españoles, o por lo menos la minoría más heroica, tenaz y responsable, aceptasen el compromiso de una acción política encaminada a recuperar la fortaleza de la Patria y la prosperidad económica del pueblo.

La eficacia política

—¿...?

—No hay política, eficacia política, sin acción. No interesa tanto a las J.O.N.S. atraer millones de españoles a sus banderas como organizar cientos de miles en un haz de voluntades, con una disciplina y una meta inexorable que atrapar. El nombre mismo de nuestros grupos, las *Juntas*, señala la primera preocupación del Partido, la de promover a categoría activa, militante, el mero existir pasivo y frío que caracteriza hoy la intervención política del pueblo.

—¿...?

—Sí. Delimitamos, por ahora, el sector de nuestras propagandas. Sabemos que el espíritu y la táctica de las J.O.N.S., es decir, sus ideas y su estilo de acción, sólo puede ser aceptado por la juventud española universitaria y obrera. Esto es, hijos de burgueses y proletariado joven, unidos en dos logros supremos: el resurgimiento de la grandeza y dignidad de España y la elaboración de una economía nacional, de sentido sindicalista, corporativo, sin lucha de clases ni marxismo. Sólo la juventud sabe que las instituciones y procedimientos que sirven de base

---

[13] Colaboración de Ramiro Ledesma en forma de entrevista, propagadora de las J.O.N.S., en el periódico *El Fascio* n.° 1, 16 de marzo 1933. Ilustraba la página una fotografía de Ramiro con camisa negra y corbata roja que vistió en su célebre conferencia en el Ateneo de Madrid, 2 de abril 1932, *Fascismo frente a marxismo*.

al Estado liberal-burgués son una ruina en nuestro siglo, capaces tan sólo de despertar la adhesión y el entusiasmo de las gentes viejas. Y sólo ella sabe también que no hay licitud política alguna a extramuros de una idea nacional indiscutible, irrevisable, y que para mantener en su más firme pureza esa fe nacional, ese sentimiento de la Patria, es hoy necesario formar en unas filas uniformadas y violentas que contrarresten y detengan las calidades temibles del enemigo rojo.

El pueblo español

—¿...?

—En efecto, imperio y pan. No hay grandeza nacional y dignidad nacional sin estas dos cosas: un papel que realizar en el mundo, en la pugna de culturas, razas y religiones que caracteriza el vivir humano del planeta; un pueblo satisfecho que coma y alcance un nivel de vida superior, o, por lo menos, igual que el de otras naciones y países. Pero hay más. Si la economía nacional ha de ser próspera, es decir, lo necesariamente rica para asegurar el esplendor vital del pueblo, el primer factor es el de tener como base una pujanza y una fortaleza nacionales, una capacidad productora y un optimismo creador, imperial, que sólo consiguen y atrapan los pueblos que aparecen en la Historia formados apretadamente en torno a la bandera de su Patria. Por ejemplo, la España del siglo XVI. Y hoy, el fascismo italiano.

—¿...?

—Nada es hoy posible sin un orden, una disciplina y una colaboración activísima de las masas. Quien rechace o prescinda de las masas como de algo molesto y negativo está fuera del espíritu español de nuestro siglo, de la realidad que ahora vivimos. Las J.O.N.S. aceptan, acogen y comprenden en su verdadera significación esa especie de glorificación de las masas a que asistimos hoy. Y por ello creemos que la única garantía de que pueda lograrse en España un orden permanente, una fecunda disciplina española, es aceptar, o más aún, reclamar la presencia palpitante del pueblo, de las masas españolas. Demostraremos al marxismo que no nos asustan las masas, porque son nuestras. Es, pues, tarea del Partido, primera justificación del Partido, el encontrar los moldes, los perfiles recios, durables y auténticos sobre que volcar la colaboración, efusividad y fuerza creadora del pueblo español. El marxismo encrespa las masas e inutiliza su carácter de españoles, movilizándolas bajo consignas negativas y rabiosas. Las hace bárbaras, insolidarias y hasta criminales. Al contrario de eso, las J.O.N.S. intentarán ofrecer, aclarar y señalar a las masas hispánicas cuál es la ruta del pan, es decir, de la prosperidad y del honor; esto es, de su salvación como hombres libres y como españoles libres. Sabemos bien que sólo será libre el pueblo español cuando recobre su ser, su coraje y su fuerza —que viene negando o desconociendo desde hace dos siglos— y proyecte todo eso sobre el cerco enemigo que le ataca.

Móviles de índole nacional

—¿...?

—Nuestra negación radical es el marxismo. Nuestra afirmación primera, la grandeza y dignidad de España. Claro que estos dos afanes pueden compartirlos asimismo —en la letra, no en el espíritu— los sectores burgueses de izquierda; pero las J.O.N.S. saben bien que sólo coronando esos propósitos con una política de sacrificio y de violencia, de realidad nacional y no de farsa parlamentaria, de heroísmo en la calle, popular frente a los rojos, pueden ser obtenidos rotundamente. Esperamos, pues, la adhesión inmediata de esas juventudes burguesas de izquierda, ilusionadas hasta ahora por los mitos del siglo XIX, ingenuos, candorosos y, lo que es peor, ineficaces y blandos ante el enemigo.

—¿...?

—Las J.O.N.S. constituyen, puede decirse, un Partido contra los partidos. No admitimos como lícitos en política otros móviles que los de índole nacional. España va a la deriva, gobernada por el egoísmo de los partidos, que hacen jirones la unanimidad histórica de España, su capacidad de independencia y sus defensas esenciales. Queremos el Partido único, formado por españoles sin calificativo alguno derrotista, que interprete por sí los intereses morales, históricos y económicos de nuestra Patria. Queremos la dictadura transitoria de ese Partido nacional, forjado, claro es, en la lucha y asistido activamente por las masas representativas de España. ¡¡Dictadura nacional frente a la dictadura del proletariado que propugnan los rojos y frente a los desmanes de la plutocracia capitalista!! Hasta conseguir las nuevas instituciones, el nuevo orden español, el nuevo Estado nacional de España. Nada nos liga a la España liberal y blanducha anterior al 14 de abril. Nada nos impide, pues, comenzar nuestro camino desde esta situación republicana que hoy existe. Pero, repito, la Historia de España es gloriosa, formidable. Algunos de sus Reyes, magníficos jerarcas, geniales creadores de alma nacional, y de ellos estamos orgullosos ante el mundo. Ahora bien, hoy España, el pueblo español, vive una forma republicana de gobierno, y las J.O.N.S. declaran que se librarán mucho de aconsejar al pueblo su abandono. En todo caso, ni Monarquía ni República: El régimen nacional de las J.O.N.S., el nuevo Estado, la tercera solución que nosotros queremos y pedimos.

Revolucionarias y católicas

—¿...?

—Las J.O.N.S. se consideran revolucionarias. Por su doble índole de Partido que utiliza y propugna la acción directa y lucha por conseguir un nuevo orden, un nuevo Estado, subvirtiendo el orden y el Estado actuales. Somos, en lo económico, sindicalistas nacionales. Tenemos en nuestro programa la sindicación forzosa de productores, y desde los Sindicatos de industria a la alta Corporación de productores —capital y trabajo—, una jerarquía de organismos *nacionales* garantizará a todos los legítimos intereses económicos sus rotundos derechos. Otra cosa es en nuestra época caos, convulsión, ruina de los capitales y hambre del pueblo. Sólo nosotros, nuestro sindicalismo nacional, puede hacer frente a todo eso, aniquilando la lucha de clases y la anarquía económica.

—¿...?

—¿Cómo no vamos a ser católicos? Pues ¿no nos decimos titulares del alma nacional española, que ha dado precisamente al catolicismo lo más entrañable de ella: su salvación histórica y su imperio? La historia de la fe católica en Occidente, su esplendor y sus fatigas, se ha realizado con alma misma de España; es la Historia de España. Pero quede bien claro que las J.O.N.S. aceptan muy poco, se sienten muy poco solidarias de la actuación política de los partidos católicos que hoy existen en España. Viven éstos apartados de la realidad mundial, y al indicar como metas aceptables las conquistas y los equilibrios *belgas*, denuncian un empequeñecimiento intolerable de sus afanes propiamente nacionales, españoles.

—¿...?

—Sí. ¡Viva España! Vamos a airear este grito, haciendo que las masas lo hagan resonar con orgullo. Una de las más tristes cosas, de tantas cosas tristes como se ofrecían a los españoles desde hace sesenta años, era esta realidad de que el grito de ¡Viva España! fuese considerado como un grito reaccionario, al que había que proscribir en nombre de Europa y del progreso. ¡Oh, malditos!

Ideas sobre el Estado [14]

Estas notas sobre el Estado parten de un hecho histórico: ahí está, vencido e inane ante nosotros, el concepto liberal-burgués del Estado, vigente en Europa como avanzada revolucionaria, es decir, como meta ilusionadora de pueblos, todo un larguísimo siglo de vida política.

Así, pues, esta convicción moderna, actual, de que son inservibles y absurdas las bases que informaban las instituciones políticas superiores de los grandes pueblos, nos sitúa en presencia de una formidable época subversiva. Se han desplomado las supuestas gruesas columnas que desde la Revolución francesa sostenían el mito de la eficacia y del progreso revolucionarios.

Hasta aquí todos hemos vivido aceptando como normas para comprender el Estado, la existencia y vigencia del Estado, unas ideas cuya trayectoria precisa derivaba de los momentos mismos en que se incubaron el Estado liberal, la política constitucional moderna y el parlamentarismo. El Estado apareció entonces como un utensilio, una mera forma, un marco donde encuadrar la actividad nacional de un pueblo con objeto de lograr un funcionamiento cómodo. Estaba entonces presente un tipo de hombre, el burgués, que una vez rotas las vigencias tradicionales, los imperativos que la historia y el alma misma de cada pueblo imprimían a su futuro, se encargó de propagar un nuevo concepto de las instituciones públicas. Es el que ha permanecido hasta los aledaños de nuestra propia época, para convertirse ahora en el verdadero peso muerto, retardatario, que hoy cruje ante el vigor, la disciplina y el optimismo nacional, uniformado y rígido de los nuevos jerarcas europeos.

El Estado liberal se asienta sobre una desconfianza y proclama una primacía monstruosa. Sus partidarios, los burgueses, buscaban unas instituciones para su servicio, preferían las que les permitiesen realizar mejor sus propios y peculiares intereses, ignorando, desde luego, o señalándolos como secundarios, los que podemos denominar con pureza fines o intereses nacionales. Así, el Estado, repito, venía a ser un mero utensilio, sin ligazón fundamental a nada que trascendiese al afán individualista de los supuestos ciudadanos. Todas las libertades frente al Estado eran, pues, lícitas, por lo menos de un modo teórico, ya que el Estado mismo era modificable, revisable en su más honda entraña, a cualquier hora del día parlamentario, sin sujeción ni respeto a compromisos tradicionales, incluso los sellados con la sangre, el heroísmo, la grandeza y el genio creador del propio pueblo en los siglos y años precedentes.

Nace el Estado liberal cuando triunfaba en Europa la cultura «racionalista». Una Constitución es ante todo un producto racional, que se nutre de ese peculiar optimismo que caracteriza a todo racionalista: el de estar seguro de la eficacia y el dominio, sobre toda realidad posible, de los productos legislativos de su mente. Y es que la vida nacional, el genio nacional, la auténtica vibración de los pueblos era desconocida, ignorada, y se legislaba, se especulaba sobre el hombre, así en abstracto, sobre el individuo, y lo *nacional* —esta palabra sí circuló en tales períodos políticos, pero ahora veremos en qué erróneo sentido— era cuando más la *totalidad*, el grupo social, cosa de números, lo que luego se llamaría en la lucha de grupos y partidos la *mayoría*.

Y si el Estado era tan sólo un utensilio, pudo concebirse la posibilidad de montar algo así como una fábrica de tales objetos, de artefactos constitucionales, materia de exportación para los pueblos cuyo «atraso o mediocridad revolucionaria» impidiesen constituirlos o realizarlos por sí. Todo el mundo sabe que el moralista inglés Bentham se prestaba de muy buena gana a hacer Constituciones de encargo, con destino a pueblos de las más varias latitudes.

La primera consecuencia de todo esto, el efecto inmediato y seguro del Estado liberal-parlamentario fue entregar a los grupos y partidos políticos la tarea de marcar en «cada hora» la ruta que seguir; y el hacer del Estado y de la vida nacional objeto de botín transitorio, sin fidelidad esencial a nada, originó todas las miserias políticas, todas las pugnas vergonzosas, todos los injuriosos atropellos sobre el cuerpo y el alma del *genio nacional* que pueden seguirse fácilmente en cualquier período de cualquier pueblo donde haya regido un Estado liberalparlamentario.

En el último tercio del siglo XIX algo vino a perturbar la fácil y simple ideología política que informaba al Estado liberal. Fue el acontecimiento marxista, la presencia del marxismo. Con una nueva consigna revolucionaria y al hombro de un tipo humano totalmente distinto del que impulsó y realizó la Revolución francesa. El marxismo alumbró para el proletariado unas metas revolucionarias diferentes. Apartó a los obreros de las ideas de la burguesía liberal en cuanto a los fines y, sobre todo —lo que interesa destacar en estas notas rápidas que ahora hacemos—, los hizo insolidarios, esto es, los orientó en una táctica política que dio en tierra con los artilugios liberales. Pues el marxismo proclamó la lucha de clases e introdujo la violencia en los pacíficos medios constitucionales que el Estado liberal presentaba precisamente como su mayor gloria: la tolerancia, la solidaridad de la discusión, la inclinación respetuosa ante la opinión de la mayoría, el compromiso de la lucha electoral como único camino para las disidencias, etc. Todo ese equilibrio mediocre es lo que hizo temblar el marxismo con su sola presencia. Los partidos obreros marxistas iban, sí, a las elecciones, pero no borraban de su encabezamiento la denominación de revolucionarios, no renunciaban a la actuación violenta, a la imposición

[14] Colaboración de Ramiro Ledesma Ramos en la revista *Acción Española*, núm. 24. Marzo 1933.

coactiva de sus masas, burlando así la doctrina liberal ortodoxa, a la que se acogían, sin embargo, cuando les resultaba conveniente.

Durante la vigencia del Estado liberal, el marxismo era, pues, un luchador con ventaja. Y así resulta que terminó casi por imponerse. Ponía a su servicio todos los medios legales que la candidez liberal-parlamentaria proporcionaba a sus propagandas antinacionales, y además contaba con la eficacia rotunda que corresponde a todo partido que posee fachada y modos revolucionarios, que predica la subversión violenta para alumbrar «un mundo nuevo donde no haya injusticias ni dolores». He aquí el juego con ventaja del marxismo en su pugna con los demás grupos que practiquen en un Estado liberal, con un poco de sinceridad, sus convicciones y propagandas, o los que se recluyen en la farsa que emana de una red de caciques y de argucias abogadescas, o también los que utilicen una violencia transitoria sin raíz de ideales ni justificación ante la Patria. De todo esto, contra todo esto, el marxismo apareció invulnerable. Así aconteció que al filo de la guerra se impuso en Rusia y canalizó tales agitaciones e impulsos subversivos en otros pueblos, que su culminación produjo la presencia en escena de una nueva eficacia, de una táctica, de una resurrección del genio nacional de un pueblo, de un nuevo Estado, en fin, de tal cariz histórico, que tiene derecho a la máxima atención universal. Aludimos al fascismo italiano, hoy —en 1933— ya casi triunfante en su afán de alumbrar instituciones políticas nuevas. Entre ellas, al frente de ellas, el Estado fascista.

* * *

Ya no es, pues, para nosotros el Estado lo que era y representaba para la sociedad liberal-burguesa de nuestros abuelos e incluso nuestros padres. El hombre actual, y más aún mientras más joven sea, encuentra en el Estado un sentido diferente, lo vincula a nuevos valores y tareas, lo que significa la reintegración plena de su jerarquía a la sustancia nacional, a la expresión nacional que yace en la entraña de los grandes pueblos.

Estamos, pues, ahora en presencia del Estado nacional. Su primera ejecutoria es batir al enemigo marxista con triunfal denuedo y despojo inteligente. Es decir, resucitando el culto de la Patria y reivindicando para sí la auténtica angustia*social* de nuestra época.

Para destruir la maraña de particularismos viciosos que un siglo de libre cambio ideológico, de orgía partidista, había creado en torno al fecundo concepto del Estado, la política europea más reciente se ha servido de esta rotulación victoriosa: el partido único. Esto es, un partido totalitario interpreta por sí la vigorosa resurrección de la vida nacional, hasta entonces desconocida o injuriada por los partidos, y rechaza la colaboración de estos partidos, aniquila la base misma que servía de sustentáculo legal a los partidos, o sea, el *derecho* a revisar el problema de la existencia nacional misma y, por último, proclama e impone su propia dictadura. Y he aquí cómo esa inmediata contradicción de *partido único*, etapa imprescindible para el alumbramiento del Estado nacional, aparece resuelta en su transitoria faena polémica de destruir a los partidos, en su empírica y forzada utilidad como realizador estratégico de la revolución contra el orden antiguo.

Ejemplos mundiales de esa ruta son hoy el partido fascista italiano y el nacional-socialismo alemán, entre los resucitadores y alentadores de la *idea nacional* contra la negación marxista, y el partido bolchevique ruso, como embestida ciega y catastrófica, pero con línea y espíritu peculiares de este siglo.

El Estado es ya para nosotros la suprema categoría. Porque, o es la esencia misma de la Patria, el granito mismo de las supremas coincidencias que garantizan el rodar nacional en la Historia, o es la pura nada. En el primer caso, el Estado es y debe ser una jerarquía inaccesible a la disidencia. La Nación en su plenitud de organismo histórico. Así, pues, son cada día más absurdos esos afanes de presentar Estado y Nación como algo diferente e incluso enemigo, como seres en pugna y defensa diaria, uno contra otro. Esa concepción, que nos resulta inexplicable advertir en plumas de carácter y sentido tradicionalista, es hija directa de los tópicos políticos que sirvieron de base al Estado liberal. Pues si Nación es el conjunto de «intereses y apetencias individuales que nutren y forman una sociedad», según estima el liberalismo, claro que hay y puede haber pugna entre ella y el Estado. Pero una Nación no es eso. Es un manojo de coincidencias superiores, trascendentes al individuo y a su destino, que representan un espíritu histórico. Es una Patria. Y la idea de Patria, el sentimiento humano de la Patria, es en los grandes pueblos un orbe imperial, algo que por su misma esencia rechaza la idea de un enemigo interior en sus recintos, de un disconforme, de un disidente. El Estado nacional se nutre, pues, de elementos indiscutibles, innegables. Su simbólica es la Unidad, la disciplina, el sacrificio y la fe militante en sus creaciones.

He aquí el Estado militante que perfila nuestro siglo. Su lógica y su justificación. Su batalla y su brío. Un Estado impetuoso y fuerte, que se acerca a las jerarquías absolutas. Y ahora conviene destruir otro tópico que nubla asimismo a algunos espíritus tradicionalistas. Se cree erróneamente que el Estado liberalburgués es el Estado fuerte por excelencia, ya que aniquiló o sometió a su yugo a las corporaciones y gremios económicos. Pero no es esto. Su supuesta fuerza es una fuerza adventicia, de gendarmería, pero sin realidad alguna honda. Y este bagaje armado a su servicio reconoce, como señala Sorel, un origen pintoresco. Cada triunfo revolucionario demoliberal traía consigo un aumento de fuerza pública para consolidarse y una centralización —no unificación— frenética en las débiles manos de los gobiernos.

Estas notas sobre el Estado tienen un sentido tan actual que les da origen el acontecer político europeo de estos años, casi de estas horas. Pero no quiero dejar de insinuar un ejemplo vigoroso acerca de estos conceptos

que hoy presiden las elaboraciones políticas más nuevas: el Estado español del siglo XVI. La arquitectura funcional del imperio católico de Felipe II. No se ha insistido en este antecedente —no en lo externo y superficial, sino en la eficacia creadora e incluso en la lógica autoritaria— directo del Estado fascista de Italia, romano de gesto y de fachada, pero con tendencia al vigor, la disciplina y el espíritu de *unidad* de cultura, de conciencia nacional, que caracterizaban al Estado español del siglo XVI.

No se trata, pues, de crear y dar nacimiento a nacionalidades de artificio, falsas, según el ejemplo balcánico o las normas que en Versalles presidieron el aniquilamiento de Centroeuropa y las que aquí manejan los deshacedores de la unidad española. Lo que aparece hoy como imperativo dramático que nos conduce al nuevo Estado, frente a las avanzadas rotundas y violentas del marxismo, es el grito de salvación nacional, de resurrección nacional que se advierte en los pueblos dotados de responsabilidad y de tradición fuerte, en los grandes pueblos creadores de historia.

Y hay otro elemento, otra columna fundamental del Estado. Es la angustia *social* que hoy domina con justicia a las masas. El nuevo orden económico entrega al Estado inexorablemente la plena función de presidir con decisión las peripecias de la pugna. Y sólo en nombre de unos fines nacionales, acudiendo a la primera raíz que suponen las coincidencias que han dado origen y vida nacional a una Patria, encuentra el Estado autoridad y justificación a sus designios. El nuevo orden corporativo tiende a servir, no estos o los otros intereses de sentido particularista ni aun de *clase*, sino unos fines que trascienden a todo eso, fines de imperio, de marcha, de vida nacional plena. El marxismo encrespa hoy las clases con idéntica consecuencia subversiva y perturbadora que el liberalismo encrespó en rebeldía económica a los individuos. Pues bien, he aquí la tarea del Estado nacional, con su cortejo de atributos a los que no alcanza siquiera la posibilidad de que sean ignorados como justos: la jerarquía de fines, disciplinando los factores de la producción —no la producción como tal— y del consumo. Pues una economía es algo que no agota su sentido al producir riqueza a unos individuos o a unas clases. Son los suyos fines nacionales, que afectan a la existencia nacional en su base más honda. Tiene, pues, razón el nuevo Estado frente a la concepción liberal-burguesa y frente a la concepción marxista. (Esta última, etapa maldita —si bien por fortuna truncada— en el proceso de desnacionalización de la idea del Estado.)

Y acontece que esos movimientos que surgen al paso del marxismo oponiéndole la autenticidad popular, la eficacia distributiva de sus economías y la decidida voluntad de resistir son ahora los que enarbolan en el mundo los mitos optimistas de la revolución. Se hacen hoy revoluciones para subvertir el orden liberal-burgués y aniquilar la oleada marxista. Los grupos nacionales son hoy, pues, los que manejan la iniciativa revolucionaria, los que practican en la etapa previa a la conquista del Estado la acción directa contra las organizaciones rojas. Y los que mantienen con pulso armado, en la etapa posterior al triunfo, el derecho a una cultura y a una dignidad nacionales.

Ramiro LEDESMA RAMOS